[ENARRATIONES IN PSALMOS.(C,G,S)]

EN EL SALMO LXXX ENARRACIÓN.

SERMON .

1. [vers. 1.] Hemos asumido hablarles sobre el salmo presente: que su tranquilidad apoye nuestra voz; pues está algo debilitada: la atención de los oyentes le dará fuerzas, y la ayuda del que manda que hable. Este salmo tiene el título: Para el fin, sobre los lagares, el quinto día del sábado, Salmo de Asaf. En un solo título se han reunido muchos misterios; de tal manera que el umbral del Salmo indica lo interior. Cuando vamos a hablar de los lagares, ninguno de ustedes espere que digamos algo sobre el lagar, el molino, las cestas; porque ni el mismo salmo lo tiene, y por eso indica más bien un misterio. Pues aunque el texto del Salmo contuviera algo así, no faltaría quien pensara que los lagares deben tomarse literalmente, y que no hay que buscar nada más allí, ni que se ha puesto algo místico y sagrado; sino que diría: El Salmo simplemente habla de los lagares, y tú sospechas no sé qué otra cosa. No han escuchado nada de esto cuando se leyó. Por lo tanto, acepten los lagares como el misterio de la Iglesia, que ahora se lleva a cabo. En los lagares observamos tres cosas: presión, y de la presión dos cosas; una para guardar, otra para desechar. En el lagar se produce el pisoteo, la tribulación, el peso: y en esto el aceite se filtra ocultamente en el depósito; la amurca corre públicamente por las calles. Presten atención a este gran espectáculo. ¿Acaso la locura del circo se puede comparar con este espectáculo? Aquella pertenece a la amurca, esto al aceite. Cuando escuchan a los blasfemos murmurar contumazmente y decir que abundan las presiones en los tiempos cristianos; saben que les gusta decir esto: y es un proverbio antiguo, pero comenzó en los tiempos cristianos, No llueve Dios, lleva a los cristianos. Aunque los anteriores dijeron estas cosas. Pero ahora dicen que llueve Dios, Lleva a los cristianos: no llueve Dios, no sembramos; llueve Dios, no trillamos. Y de ahí quieren enorgullecerse, de donde deberían suplicar más; eligiendo blasfemar en lugar de orar. Cuando recuerdan estas cosas, cuando las alardean, cuando las dicen, y las dicen contumazmente, no con temor, sino con arrogancia; no se perturben. Supongamos que abundan las presiones, tú sé aceite. La amurca negra por las tinieblas de la ignorancia insulta, y aquella como arrojada por las calles insulta públicamente: tú en tu corazón, donde el que ve en lo oculto te recompensará (Mat. VI, 6), filtra en el depósito. La oliva en el árbol es agitada por algunas tempestades, pero no es triturada por las presiones del lagar; por eso ambos cuelgan juntos del árbol, lo que se va a desechar y lo que se va a guardar: pero cuando se llega al lagar y las presiones, ambos se distinguen, se separan; y uno se busca, el otro se rechaza. ¿Quieren conocer la fuerza de estos lagares? Para decir algo de lo que murmuran incluso quienes lo hacen: ¡Cuántos robos en nuestros tiempos, cuántas presiones de inocentes, cuántas expropiaciones de bienes ajenos! Claro que te fijas en la amurca, porque se roban bienes ajenos; no te fijas en el aceite, porque se donan a los pobres y son propios. La antigüedad no tenía tales ladrones de bienes ajenos; pero la antigüedad no tenía tales donadores de sus bienes. Sé un poco más curioso en el lagar; no veas solo lo que fluye públicamente: hay algo que encontrarás buscando. Examina, escucha, reconoce cuántos hacen lo que cuando un rico escuchó de la boca del Señor, se fue triste. Muchos escuchan del Evangelio, Ve, vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos; y ven, sígueme (Id. XIX, 21): ¿no te fijas cuántos lo hacen? Dicen que son pocos. Sin embargo, esos pocos son aceite; y quienes usan bien las cosas que poseen, pertenecen al aceite: suma todo, y verás las despensas de tu padre de familia llenas. Ves un ladrón como nunca has visto; ve un despreciador de sus bienes como nunca has visto. Alaba los lagares, se cumple la profecía del Apocalipsis: El justo sea más justo, y el sucio

ensúciese aún más (Apoc XXII, 11). He aquí los lagares en esta sentencia: El justo sea más justo, y el sucio ensúciese aún más.

2. ¿Por qué también el quinto día del sábado? ¿Qué es esto? Volvamos a las primeras obras de Dios, no sea que allí encontremos algo para entender el sacramento. Pues el sábado es el séptimo día en que Dios descansó de todas sus obras (Gen. II, 2), indicando un gran misterio de nuestro futuro descanso de todas nuestras obras. El primer día del sábado se llama el primer día, que también llamamos dominical: el segundo día del sábado, el segundo día; el tercer día del sábado, el tercer día; el cuarto día del sábado, el cuarto; el quinto día del sábado, el quinto desde el día dominical: después del cual el sexto día del sábado, el sexto día; y el mismo sábado, el séptimo día. Vean, entonces, a quiénes habla este salmo: me parece que habla a los bautizados. Pues en el quinto día Dios creó de las aguas los animales; en el quinto día, es decir, el quinto día del sábado, dijo Dios: Produzcan las aguas reptiles de almas vivas (Gen. I, 20). Vean, entonces, ustedes, en quienes ya las aguas han producido reptiles de almas vivas. Ustedes pertenecen a los lagares; y en ustedes, a quienes las aguas han producido, algo se filtra, algo se desecha. Pues hay muchos que no viven dignamente el Bautismo que han recibido: ¡cuántos bautizados hoy prefirieron llenar el circo que esta basílica! ¡Cuántos bautizados, o construyen casas en los pueblos, o se quejan de que no se hacen! Pero este salmo para los lagares y el quinto día del sábado, en la presión de la discreción, y en el sacramento del Bautismo, se canta a Asaf. Asaf fue un hombre llamado con este nombre, como Idithun, como Coré, como otros nombres que encontramos en los títulos de los Salmos: sin embargo, la interpretación del nombre indica el misterio de la verdad oculta. Asaf en latín se dice Congregación. Por lo tanto, para los lagares, el quinto día del sábado, se canta a Asaf; es decir, para la presión que discierne, a los bautizados renacidos del agua, se canta el Salmo de la congregación del Señor. Leímos el título en el umbral, y en estos lagares entendimos lo que significa: ahora, si les place, veamos también el interior de la obra, es decir, el interior del lagar. Entremos, observemos, regocijémonos, temamos, deseemos, huyamos. Todo esto encontrarán en esta casa interior, es decir, en el texto del mismo salmo, cuando comencemos a leer, y con la ayuda del Señor, a hablar lo que nos ha dado.

3. [vers. 2.] He aquí ustedes, oh Asaf, congregación del Señor, Alégrense en Dios nuestro ayudador. Ustedes que se han congregado hoy, ustedes hoy Asaf del Señor, si es que se les canta el Salmo, a Asaf, Alégrense en Dios nuestro ayudador. Otros se alegran en el circo, ustedes en Dios: otros se alegran en su engañador; alégrense ustedes en su ayudador: otros se alegran en su dios, su vientre; alégrense ustedes en su Dios, su ayudador. Aclamen a Dios de Jacob: porque ustedes también pertenecen a Jacob; más bien, ustedes son Jacob, el pueblo menor al que sirve el mayor (Id. XXV, 23). Aclamen a Dios de Jacob. Lo que no puedan explicar con palabras, no por eso cesen de alegrarse: lo que puedan explicar, clamen; lo que no puedan, aclamen. Pues de la abundancia de los gozos, a los que las palabras no pueden bastar, suele brotar la aclamación: Aclamen a Dios de Jacob.

4. [vers. 3.] Tomen el salmo, y den el pandero. Y tomen, y den. ¿Qué tomen? ¿Qué den? Tomen el salmo, y den el pandero. Dice en un lugar el apóstol Pablo, reprendiendo y lamentando, que nadie le comunicó en razón de lo dado y lo recibido (Filip. IV, 15). ¿Qué es, en razón de lo dado y lo recibido, sino lo que en otro lugar expuso claramente: Si nosotros les sembramos lo espiritual, ¿es mucho que cosechemos de ustedes lo material? (I Cor. IX, 11). Y es verdad que el pandero, que se hace de cuero, pertenece a la carne. El salmo, por tanto, es espiritual, el pandero carnal. Por lo tanto, pueblo de Dios, congregación de Dios, tomen el salmo, y den el pandero: tomen lo espiritual, y den lo carnal. Esto es lo que les exhortamos también en aquella mesa del bienaventurado Mártir, para que tomando lo espiritual, dieran lo

carnal. Pues estas cosas que se construyen por un tiempo, son necesarias para recibir los cuerpos de vivos o muertos, pero en el tiempo que pasa. ¿Acaso después del juicio de Dios llevaremos estas construcciones al cielo? Sin estas cosas, sin embargo, en este tiempo no podremos hacer lo que pertenece a poseer el cielo. Si, por tanto, son ávidos en recibir lo espiritual, sean devotos en distribuir lo carnal. Tomen el salmo, y den el pandero: tomen nuestra voz, devuelvan sus manos.

5. Salterio agradable con cítara. Recuerdo que alguna vez indicamos a su Caridad la diferencia entre el salterio y la cítara: los estudiosos que lo recuerdan, reconozcan; los que no lo han escuchado o no lo recuerdan, aprendan. De estos dos instrumentos musicales, el salterio y la cítara, esta es la diferencia, que el salterio tiene la madera cóncava, de donde se devuelven las cuerdas sonoras, en la parte superior; las cuerdas se golpean abajo, para que suenen arriba: en la cítara, sin embargo, esta misma concavidad de la madera tiene la parte inferior; como si aquello fuera del cielo, esto de la tierra. Pues la predicación de la palabra de Dios es celestial; pero si esperamos lo celestial, no seamos perezosos en obrar lo terrenal; porque el salterio es agradable, pero con cítara. Esto se dijo de otro modo lo que arriba, Tomen el salmo, y den el pandero: aquí en lugar del salmo se puso el salterio, en lugar del pandero la cítara. Sin embargo, se nos advirtió que a la predicación de la palabra de Dios respondamos con obras corporales.

6. [vers. 4.] Toquen la trompeta. Esto es, prediquen más claramente y con confianza; no se asusten: como dice el profeta en un lugar, Clama, y alza tu voz como trompeta (Isai. LVIII, 1). Toquen la trompeta en el inicio del mes de la trompeta. Se ordenó que en el inicio del mes se tocara la trompeta; y esto hasta ahora los judíos lo hacen corporalmente, no lo entienden espiritualmente. Pues el inicio del mes, es la luna nueva; la luna nueva, es la nueva vida. ¿Qué es la luna nueva? Si alguno está en Cristo, nueva criatura es (II Cor. V, 17). ¿Qué es, Toquen la trompeta en el inicio del mes de la trompeta? Con toda confianza prediquen la nueva vida; no teman el ruido de la vida vieja.

7. [vers. 5.] Porque es precepto para Israel, y juicio para el Dios de Jacob. Donde hay precepto, hay juicio. Pues los que pecaron bajo la ley, por la ley serán juzgados (Rom. II, 12). Y el mismo dador del precepto, el Señor Cristo, Verbo hecho carne, En juicio, dice, vine a este mundo, para que los que no ven vean, y los que ven sean cegados (Juan IX, 39). ¿Qué es, para que los que no ven vean, y los que ven sean cegados, sino que los humildes sean exaltados, los soberbios sean abatidos? no es que los que ven sean cegados, sino que los que se creen ver, sean convencidos de ceguera. Esto hace el misterio del lagar, para que los que no ven vean, y los que ven sean cegados.

8. [vers. 6.] Puso esto como testimonio en José. Vamos, hermanos, ¿qué es? José se interpreta como Aumento. Recuerden, conocen a José vendido a Egipto: Cristo pasando a los Gentiles. Allí José después de tribulaciones fue exaltado (Gen. XXXVII, 28; y XLI, 37, etc.), y aquí Cristo después de la pasión de los mártires fue glorificado. Por lo tanto, a José pertenecen más bien los Gentiles: y por eso aumento; porque muchos hijos de la desolada, más que de la que tiene marido (Isai. LIV, 1). Puso esto como testimonio en José, cuando salió de la tierra de Egipto. Vean también aquí significarse el quinto día del sábado: Cuando José salió de la tierra de Egipto, es decir, el pueblo multiplicado por José, fue llevado a través del mar Rojo (Éxodo XIV, 22-31). Y entonces las aguas produjeron reptiles de almas vivas. Nada más significaba entonces en figura el paso del pueblo por el mar, sino el paso de los fieles por el Bautismo; el Apóstol es testigo: No quiero que ignoren, hermanos, que todos nuestros padres estuvieron bajo la nube, y todos pasaron por el mar, y todos en Moisés fueron bautizados en la nube y en el mar (I Cor. X, 1, 2). Nada más significaba, por tanto, el paso por el mar, sino

el Sacramento de los bautizados; nada más los egipcios que perseguían, sino la abundancia de los pecados pasados. Ven los sacramentos más evidentes: los egipcios presionan, urgen; los pecados, por tanto, insisten, pero hasta el agua. ¿Por qué temes, tú que aún no has venido, venir al bautismo de Cristo, pasar por el mar Rojo? ¿Qué es rojo? Consagrado con la sangre del Señor. ¿Por qué temes venir? Tal vez la conciencia de algunos delitos inmensos te estimula, y tortura en ti el ánimo, y te dice que es tan grande lo que cometiste, que desesperas de que te sea perdonado: teme que quede algo de los pecados, si vivió alguno de los egipcios. Pero cuando hayas pasado el mar rojo, cuando hayas sido sacado de tus delitos con mano poderosa y brazo fuerte (Sal. CXXXV, 12), recibirás los misterios que no conocías; porque el mismo José, cuando salió de la tierra de Egipto, escuchó una lengua que no conocía. Escucharás una lengua que no conocías: que ahora escuchan y reconocen, testificando y sabiendo quienes la conocen. Escucharás dónde debes tener el corazón: lo que ahora cuando lo dije, muchos entendieron, y aclamaron; los demás permanecieron mudos, porque aún no han escuchado la lengua que no conocían. Apresúrense, por tanto, pasen, aprendan: Una lengua que no conocía, escuchó.

9. [vers. 7.] Apartó de las cargas su espalda. ¿Quién apartó de las cargas su espalda, sino aquel que clamó: Vengan a mí todos los que están trabajados y cargados (Mat. XI, 28)? De otro modo se significa lo mismo. Lo que hacía la persecución de los egipcios, lo hacen las cargas de los pecados. Apartó de las cargas su espalda. Y como si dijeras, ¿De qué cargas? Sus manos sirvieron en el cesto. Por el cesto se significan las obras serviles. Limpiar, estercolar, llevar tierra se hace con el cesto; son obras serviles; porque todo el que hace pecado es siervo del pecado; y si el Hijo los libera, entonces serán verdaderamente libres (Juan VIII, 34, 36). Con razón también las cosas despreciadas del mundo se consideran como cestos: pero también Dios llenó cestos con migajas; llenó doce cestos de migajas (Mat. XIV, 20); porque eligió las cosas despreciadas de este mundo, para confundir a las fuertes (I Cor. I, 27). Pero también cuando José servía en el cesto, allí llevaba tierra, porque hacía ladrillos: Sus manos sirvieron en el cesto.

10. [vers. 8.] En la tribulación me invocaste, y te libré. Que cada conciencia cristiana reconozca, si ha pasado devotamente el mar rojo, si con fe de creer y observar ha escuchado la lengua que no conocía; que reconozca que fue escuchada en la tribulación. Pues esa gran tribulación era, ser oprimido por las cargas de los pecados; ¡cuánto se alegra la conciencia aliviada! He aquí que has sido bautizado; la conciencia que ayer era oprimida, hoy se regocija. Fuiste escuchado en la tribulación; recuerda tu tribulación. Antes de que te acercaras al agua, ¿qué preocupaciones tenías? ¿qué ayunos exhibías? ¿qué tribulaciones llevabas en el corazón, oraciones internas, piadosas, devotas? Tus enemigos han sido destruidos, todos tus pecados han sido borrados: En la tribulación me invocaste, y te libré.

11. Te escuché en el secreto de la tempestad: no en la tempestad del mar, sino en la tempestad del corazón. Te escuché en el secreto de la tempestad; te probé en el agua de la contradicción. En verdad, hermanos, en verdad, quien ha sido escuchado en el secreto de la tempestad, debe ser probado en el agua de la contradicción. Pues cuando ha creído, cuando ha sido bautizado, cuando ha comenzado a seguir el camino de Dios, cuando ha intentado purificarse en el lagar y se ha apartado del aceite que corre públicamente; tendrá muchos que lo agiten, muchos que lo insulten, muchos detractores, desalentadores, incluso amenazantes donde puedan, intimidantes, opresores: toda esta es el agua de la contradicción. Creo que hoy es así aquí; pienso que hay aquí algunos a quienes sus amigos querían llevar al circo, y a no sé qué tonterías de la festividad de hoy: tal vez ellos mismos los trajeron a la iglesia. Pero ya sea que ellos mismos los trajeron, o que no pudieron ser llevados al circo por ellos, fueron probados

en el agua de la contradicción. No te avergüences, por tanto, de predicar lo que sabes, de defender y entre blasfemos lo que has creído: pues si has sido escuchado en el secreto de la tempestad, con el corazón se cree para justicia; si has sido probado en el agua de la contradicción, con la boca se hace confesión para salvación (Rom. X, 10). ¿Cuánta es esa agua de la contradicción? ya casi se ha secado. Nuestros mayores la sintieron, cuando las naciones resistían ferozmente la palabra de Dios, el misterio de Cristo; el agua se turbaba, pues las aguas a veces deben entenderse como pueblos, como claramente lo demuestra la escritura del Apocalipsis, donde se veían muchas aguas, y se preguntaba qué eran, se respondió, Son pueblos (Apoc. XVII, 15). Soportaron, por tanto, el agua de la contradicción, cuando las naciones se enfurecieron, y los pueblos meditaron cosas vanas; cuando los reyes de la tierra se levantaron, y los príncipes se reunieron en uno, contra el Señor y contra su Cristo (Sal. II, 1, 2). Cuando las naciones se enfurecieron, entonces aquel león salió al encuentro del hombre fuerte Sansón, que venía a tomar esposa de entre los extranjeros, es decir, Cristo descendiendo para tener la Iglesia de entre los Gentiles, rugiendo salió a su encuentro. Pero ¿qué hizo? Lo tomó, lo sujetó, lo rompió, lo dispersó al león; se convirtió en sus manos como un cabrito de cabras. ¿Qué sería el pueblo rugiente, sino un pecador débil? Muerta aquella ferocidad, ya no ruge así el poder real, ya no ruge así el pueblo de los Gentiles al encuentro de Cristo: más bien, en el mismo reino de los Gentiles encontramos leyes a favor de la Iglesia, como un panal en la boca del león (Jueces XIV, 5-8). ¿Por qué, entonces, temeré el agua de la contradicción, que ya casi toda se ha secado? Aquella ya casi calla, si el aceite no contradice. Por mucho que los malos ajenos se ensañen, ¡oh, si no los ayudaran nuestros malos! Te escuché en el secreto de la tempestad, te probé en el agua de la contradicción. Recordáis lo que se dijo de Cristo, que nació para la caída de muchos, y para la resurrección de muchos, y como señal que será contradicha (Luc. II, 34). Lo sabemos, lo vemos: la señal de la cruz fue levantada, y fue contradicha. Se contradijo la gloria de la cruz; pero el título estaba sobre la cruz, que no se corrompía. Pues hay un título en el salmo: En la inscripción del título, no lo corrompas (Sal. LIX, 1). Era una señal que sería contradicha: pues los judíos dijeron, No hagas, Rey de los Judíos; sino haz lo que él mismo dijo ser rey de los Judíos. La contradicción fue vencida; se respondió, Lo que he escrito, he escrito (Juan XIX, 19-22). Te escuché en el secreto de la tempestad, te probé en el agua de la contradicción.

12. [vers. 9, 10.] Todo esto desde el principio del Salmo hasta este verso, lo hemos escuchado sobre el aceite del lagar. Lo que queda es más doloroso y debe evitarse: pues pertenece al aceite del lagar hasta el final; tal vez no en vano y con un diapsalma interpuesto. Pero también es útil escuchar esto, para que quien ya se ve en el aceite, se regocije; quien corre peligro de caer en el aceite, tenga cuidado. Escucha ambos: ama uno, teme el otro. Escucha, pueblo mío, y hablaré, y testificaré contra ti. No a un pueblo ajeno, no a un pueblo que no pertenece al lagar: Juzgad, dice, entre mí y mi viña (Isaías V, 3). Escucha, pueblo mío, y hablaré, y testificaré contra ti.

13. Israel, si me escuchas, no habrá en ti dios reciente. Un dios reciente, es hecho por un tiempo: pero nuestro Dios no es reciente, sino de eternidad en eternidad. Y nuestro Cristo tal vez reciente como hombre, pero eterno como Dios. ¿Qué hay antes del principio? Y ciertamente en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios: y él mismo nuestro Cristo, el Verbo hecho carne, para habitar entre nosotros (Juan I, 1, 14). Por tanto, no haya en nadie un dios reciente: un dios reciente, o es piedra, o es un fantasma. No es, dice, piedra: yo tengo uno de plata y oro. Con razón quiso nombrar esas cosas preciosas, quien dijo, Los ídolos de las naciones son plata y oro. Son grandes, porque son de oro y plata; son preciosos; son brillantes: pero sin embargo tienen ojos, y no ven (Sal. CXIII, 4, 5). Estos dioses son recientes. ¿Qué hay más reciente que un dios salido de un taller? Aunque ya los

haya cubierto la telaraña de las arañas; los que no son eternos, son recientes: esto sobre los paganos. No sé quién más, tomando en vano el nombre del Señor su Dios, se hizo a sí mismo un Cristo criatura, un Cristo desigual e inferior al que lo engendra; diciendo Hijo de Dios, y negando que es Hijo de Dios. Pues si es el único Hijo, es lo que el Padre es, y es desde la eternidad: pero tú has pensado no sé qué otra cosa en tu corazón; has puesto un dios reciente. Otro se hizo a sí mismo un dios luchando contra la nación de las tinieblas, temiendo ser invadido, esforzándose por no ser corrompido; sin embargo, corrompido en parte, para poder ser todo salvo; pero no todo, porque en parte corrompido. Los maniqueos dicen estas cosas; también ellos se hacen en su corazón un dios reciente. No es así nuestro Dios, no es así tu porción Jacob: sino que quien hizo el cielo y la tierra, él es tu Dios; quien no necesita de bienes, quien no teme a los males.

14. Muchos herejes, por tanto, junto con los paganos, se han hecho a sí mismos otros y otros dioses, se han imaginado a sí mismos otros y otros dioses; y aunque no los hayan puesto en templos, sin embargo, lo que es peor, los han puesto en su corazón, y ellos mismos se han convertido en templos de falsos y ridículos ídolos. Es una gran obra, romper estos ídolos por dentro; y limpiar el lugar para el Dios viviente, no reciente. Pues todos estos, pensando de manera diferente, haciéndose a sí mismos otros y otros dioses, y variando la fe con falsedad, parecen disentir; pero todos no se apartan de pensamientos terrenales, en pensamientos terrenales se consienten a sí mismos: la opinión es diversa, la vanidad es una. De ellos se dice en otro salmo, Ellos de vanidad en uno (Sal. LXI, 10): aunque discuerden por la variedad de opiniones, sin embargo, se unen por la misma vanidad. Y sabéis que la vanidad está detrás, es posterior: por eso aquel que olvidó lo que está detrás, es decir, olvidó la vanidad, extendido hacia lo que está delante, es decir, hacia la verdad, sigue hacia la meta de la vocación suprema de Dios en Cristo Jesús (Filip. III, 13, 14). Por tanto, estos se consienten a sí mismos en lo peor, aunque parezcan disentir entre sí. Por eso Sansón ató las colas de los zorros (Jueces XV, 4). Los zorros significan a los insidiosos, especialmente a los herejes; engañosos, fraudulentos, escondidos en recovecos cavernosos y engañadores, también apestando con un olor fétido. Contra este olor dice el Apóstol: Somos buen olor de Cristo en todo lugar (II Cor. II, 15). Estos zorros se mencionan en el Cantar de los Cantares, donde se dice: Capturadnos las pequeñas zorras, que destruyen las viñas, escondidas en cavernas tortuosas (Cant. II, 15). Capturadnos, convencednos; pues capturas a quien convences de falsedad. Finalmente, a las zorras que contradicen al Señor, y dicen, ¿Con qué autoridad haces estas cosas? Respondedme también vosotros, dice, una palabra: ¿El bautismo de Juan, de dónde es, del cielo o de los hombres? Los zorros suelen tener tales madrigueras, que entran por un lado y salen por otro: a cada agujero el cazador de zorros puso redes. Decidme, ¿del cielo es, o de los hombres? Ellos sienten que él ha tendido de ambos lados para atraparlos; y dicen entre sí: Si decimos, dicen, Del cielo; nos dirá, ¿Por qué entonces no creísteis? pues él dio testimonio de Cristo. Si decimos, De la tierra; el pueblo nos apedreará, porque lo tienen como profeta. Sintiendo, por tanto, que de ambos lados serían atrapados, respondieron, No sabemos. Y el Señor: Ni yo os digo con qué autoridad hago estas cosas (Mat. XXI, 23-27). Vosotros decís que no sabéis lo que sabéis; yo no os digo lo que preguntáis: porque no os atrevisteis a salir por ningún lado, permanecisteis en vuestras tinieblas. Obedezcamos, por tanto, también nosotros, si podemos, al verbo de Dios que dice Capturadnos las pequeñas zorras, que destruyen las viñas: veamos si también nosotros podemos capturar algunas zorras; propongamos en cada agujero, para que por donde quiera salir la zorra, sea capturada. Por ejemplo, al maniqueo que se hace a sí mismo un dios reciente, y pone en su corazón lo que no es, digámosle e interroguémosle: ¿La sustancia de Dios es corruptible o incorruptible? Elige lo que quieras, y sal por donde quieras, pero no escaparás. Si dices, Corruptible; no serás apedreado por el pueblo, sino por ti mismo: si dices, Dios es incorruptible; ¿cómo temió el

Dios incorruptible a la nación de las tinieblas? ¿qué haría la nación de la corrupción al incorruptible? ¿Qué queda sino que se diga, No sabemos? Pero si esto no se dice con dolo, sino con ignorancia, no permanezca en las tinieblas: de zorra se haga oveja, crea en el único Dios invisible, incorruptible, no reciente; único, por ser el único, no por ser sol, no sea que nosotros mismos parezcamos haber abierto otra caverna a la zorra que huye. Aunque tampoco temeremos el nombre del sol. Pues está en nuestras Escrituras: Sol de justicia, y sanidad en sus alas (Malach. IV, 2). Del calor de este sol se busca sombra: pero bajo las alas de este sol se huye del calor; pues hay sanidad en sus alas. Este es el sol del que dirán los impíos: Por tanto, nos hemos desviado del camino de la verdad, y la luz de la justicia no nos ha iluminado, y el sol no ha salido para nosotros (Sab. V, 6). Dirán los adoradores del sol, El sol no ha salido para nosotros; porque al adorar al sol que hace salir sobre buenos y malos (Mat. V, 45), no les ha salido el sol que solo ilumina a los buenos. Por tanto, cada uno se hace a sí mismo dioses recientes como quiere: pues ¿qué impide al taller del corazón engañado fabricar un fantasma como quiera? Pero todos estos consienten en lo posterior, es decir, son retenidos por la misma vanidad. Por eso nuestro Sansón, que también se interpreta como Sol de ellos, de aquellos a quienes ilumina; no de todos, como es el que sale sobre buenos y malos, sino sol de algunos, sol de justicia (pues tenía la figura de Cristo), ató, como comencé a decir, las colas de los zorros, y allí ató fuego; fuego para quemar, pero las cosechas de los extranjeros. Por tanto, tales consintiendo en lo posterior, como colas atadas, arrastran fuego corruptor; pero no queman nuestras cosechas. «Conoce» el Señor «quiénes son suyos; y apártese de la iniquidad todo el que invoca el nombre del Señor. En una gran casa no solo hay vasos de oro y plata, sino también de madera y barro: y unos son para honra, otros para deshonra. Si alguno se limpia de estas cosas, será vaso para honra, útil al Señor, preparado para toda buena obra» (II Tim. II, 19-21); y por tanto, no temerá ni las colas de los zorros, ni las antorchas de los zorros. Pero veamos sobre este pueblo: Si me escuchas, dice, no habrá en ti dios reciente. Me conmueve lo que dije, en ti: pues no dijo, De ti, como si fuera un ídolo traído de fuera; sino, en ti, en tu corazón, en la imagen de tu fantasía, en el engaño de tu error llevarás contigo a tu dios reciente, permaneciendo viejo. Si, por tanto, me escuchas; a mí, dice, porque yo soy el que soy (Éxodo III, 14); no habrá en ti dios reciente, ni adorarás a un dios ajeno. Pues si no está en ti, no adorarás a un dios ajeno: Si tú no piensas en un dios falso, no adorarás a un dios fabricado; pues no habrá en ti dios reciente.

15. [vers. 11.] Porque yo soy. ¿Qué quieres adorar lo que no es? Porque yo soy el Señor tu Dios: porque yo soy el que soy sobre toda criatura: sin embargo, ¿qué te he concedido temporalmente? Que te saqué de la tierra de Egipto. No solo se dice a aquel pueblo: todos hemos sido sacados de la tierra de Egipto, todos hemos pasado por el mar Rojo, nuestros enemigos que nos perseguían perecieron en el agua. No seamos ingratos con nuestro Dios; no olvidemos al Dios que permanece, y fabriquemos en nosotros un dios reciente. Que te saqué de la tierra de Egipto: habla Dios. Abre tu boca, y la llenaré. Sufres estrechez en ti por el dios reciente establecido en tu corazón; rompe el vano ídolo, derriba de tu conciencia el ídolo ficticio: abre tu boca, confesando, amando; y la llenaré, porque en mí está la fuente de la vida (Sal. XXXV, 10).

16. [vers. 12.] Esto dice el Señor; pero ¿qué sigue? Y mi pueblo no escuchó mi voz. Pues no hablaría estas cosas, sino a su pueblo: pues sabemos que todo lo que dice la Ley, lo dice a los que están en la Ley (Rom. III, 19). Y mi pueblo no escuchó mi voz; e Israel no me atendió. ¿Quién? ¿a quién? Israel a mí. ¡Oh alma ingrata! por mí alma, llamada por mí alma, por mí llevada a la esperanza, por mí lavada de pecados: E Israel no me atendió. Pues son bautizados y pasan por el mar Rojo; pero en el camino murmuran, contradicen, se quejan, se turban con sediciones, ingratos a quien los liberó de los enemigos que los perseguían, quien los lleva por

el seco, por el desierto, con alimento y bebida, con luz nocturna y sombra diurna: E Israel no me atendió.

17. [vers. 13.] Y los dejé según los deseos de sus corazones. He aquí el lagar: se han abierto las aberturas, corre el aceite. Y los dejé, no según la salvación de mis preceptos; sino, según los deseos de sus corazones: los entregué a sí mismos. También dice el Apóstol: Dios los entregó a las concupiscencias de sus corazones (Id. I, 24). Los dejé según los deseos de sus corazones; irán en sus deseos. De ahí es de donde os horrorizáis: si, sin embargo, os purificáis en los lagares ocultos del Señor, si, sin embargo, habéis amado sus almacenes, de ahí es de donde os horrorizáis. Unos defienden el circo, otros el anfiteatro, otros las casas en los barrios, otros los teatros, otros esto, otros aquello; otros finalmente sus dioses recientes: Irán en sus deseos.

18. [vers. 14, 15.] Si mi pueblo me hubiera escuchado; Israel si hubiera caminado en mis caminos. Pues tal vez dice este Israel, He aquí que peco, es evidente; voy tras los deseos de mi corazón: pero ¿qué hago? El diablo hace esto, los demonios hacen esto. ¿Qué es el diablo? ¿quiénes son los demonios? Ciertamente tus enemigos. Israel si hubiera caminado en mis caminos; a nada habría humillado a todos sus enemigos. Por tanto, Si mi pueblo me hubiera escuchado: pues ¿por qué mío, si no me escucha? Si mi pueblo me hubiera escuchado. ¿Qué es, mi pueblo? Israel. ¿Qué es, me hubiera escuchado? Si hubiera caminado en mis caminos. Se queja, y gime bajo los enemigos: A nada habría humillado a sus enemigos, y sobre los que los afligen habría puesto mi mano.

19. [vers. 16.] Ahora bien, ¿de qué se quejan de los enemigos? Ellos mismos se han hecho peores enemigos. Pues ¿cómo? ¿qué sigue? De los enemigos se quejan; ¿qué sois vosotros? Enemigos del Señor le mintieron. ¿Renuncias? Renuncio: y vuelve a lo que renuncia. Ciertamente, ¿a qué cosas renuncias, sino a las malas obras, a las obras diabólicas, a las obras que Dios condena; a los robos, saqueos, perjurios, homicidios, adulterios, sacrilegios, ritos abominables, curiosidades? A todas estas cosas renuncias, y de nuevo, siendo doblegado, eres superado por ellas. Se han hecho para ti las cosas posteriores peores que las primeras: perro vuelto a su vómito, y cerda lavada en el lodo (II Pedro II, 20, 22). Enemigos del Señor le mintieron. ¿Y cuánta paciencia del Señor! ¿Por qué no son derribados? ¿por qué no son masacrados? ¿por qué no son tragados por la tierra que se abre? ¿por qué no son quemados por el cielo ardiente? Porque grande es la paciencia del Señor. ¿Y serán impunes? De ninguna manera. No se halaguen tanto con la misericordia de Dios, como para prometerse su injusticia. ¿Ignoras que la paciencia de Dios te lleva al arrepentimiento? Pero tú, según la dureza de tu corazón y tu corazón impenitente, atesoras para ti ira en el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios, quien pagará a cada uno según sus obras (Rom. II, 4-6). Y si ahora no paga, entonces pagará: pues si ahora paga, paga temporalmente; pero al no convertido ni corregido, pagará eternamente. Mira, por tanto, que no serán impunes; atiende a lo que sigue: Enemigos del Señor le mintieron. Dirás, ¿Y qué les hizo? ¿No viven? ¿no respiran el aire? ¿no beben la luz? ¿no beben de las fuentes? ¿no comen los frutos de la tierra? Y su tiempo será para siempre.

20. Nadie, por tanto, se engañe a sí mismo, como si perteneciera al lagar: le conviene, si en el lagar pertenece al aceite. No se prometa a sí mismo cada uno que tiene hechos nefastos, que no poseerán el reino de Dios, y diga para sí: Porque tengo el signo de Cristo y los Sacramentos de Cristo, no seré borrado para siempre; y si soy purgado, seré salvo por el fuego. Pues, ¿qué es lo que dice el Apóstol sobre aquellos que tienen el fundamento? Nadie puede poner otro fundamento, fuera del que está puesto, que es Cristo Jesús. ¿Qué es, dicen,

lo que sigue? «Cada uno mire cómo edifica sobre el fundamento. Porque uno edifica sobre él oro, plata, piedras preciosas; otro, madera, heno, paja: la obra de cada uno será probada por el fuego; el día del Señor lo declarará, porque se revelará en el fuego. Si la obra de alguno permanece, recibirá recompensa»: esto es, porque sobre el fundamento edificó obras justas; oro, plata, piedras preciosas. Pero si pecados; madera, heno, paja: sin embargo, por el fundamento él mismo será salvo; pero así como por fuego (I Cor. III, 10-15). Hermanos, quiero ser muy cauteloso: es mejor no darles una falsa seguridad. No daré lo que no recibo, temo y advierto: los haría seguros si yo mismo lo fuera; yo temo el fuego eterno. Y será su tiempo para siempre, no acepto sino el fuego eterno; del cual en otro lugar la Escritura dice: Su fuego no se apagará, y su gusano no morirá (Isai. LXVI, 24). Pero dijo de los impíos, dice alguien, no de mí; que aunque sea pecador, aunque adúltero, aunque defraudador, aunque ladrón, aunque perjuro; tengo sin embargo en el fundamento a Cristo, soy cristiano, estoy bautizado: yo soy purgado por el fuego, y por el fundamento no pereceré. Dime de nuevo, ¿qué eres? Cristiano, dices. Por ahora pasa. ¿Qué más? Ladrón, adúltero, y otras cosas de las que el Apóstol dice: Porque los que hacen tales cosas no poseerán el reino de Dios (Gál. V, 21). ¿Acaso, entonces, no corregido de tales cosas, no haciendo penitencia por tales delitos, esperas el reino de los cielos? No lo creo; porque los que hacen tales cosas no poseerán el reino de Dios. ¿Y no sabes que la paciencia de Dios te lleva al arrepentimiento? Tú, prometiéndote algo, según tu dureza y corazón impenitente, atesoras para ti ira en el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios, quien pagará a cada uno según sus obras. Atiende, pues, al mismo juez que viene. Bien; gracias a Dios: no ocultó la sentencia definitiva, no echó fuera a los culpables y corrió el velo. Antes quiso anunciar lo que dispuso hacer. Ciertamente se congregarán ante él todas las naciones. ¿Qué hará con ellos? Los separará; y pondrá a unos a la derecha, a otros a la izquierda. ¿Acaso se reservó un lugar en medio? ¿Qué dirá a los de la derecha? Venid, benditos de mi Padre, recibid el reino. ¿Qué a los de la izquierda? Id al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles (Mat. XXV, 32, 33, 34, 41). Si no temes ser enviado allí, mira con quién. Si, por tanto, todas esas obras no poseerán el reino de Dios; más bien no las obras, sino quienes hacen tales cosas; pues tales obras no estarán en el fuego: no arderán en ese fuego para robar y adulterar; pero quienes hacen tales cosas no poseerán el reino de Dios: no estarán, por tanto, a la derecha con aquellos a quienes se dirá, Venid, benditos de mi Padre, recibid el reino; porque quienes hacen tales cosas no poseerán el reino de Dios. Si, por tanto, no estarán a la derecha, no queda sino que estén a la izquierda: ¿qué dirá a los de la izquierda? Id al fuego eterno: porque su tiempo será para siempre.

21. Expón, pues, dicen, cómo los que edifican sobre el fundamento con madera, heno, paja no perecen, sino que son salvos; pero así como por fuego. Esa cuestión es oscura, pero, como puedo, lo digo brevemente. Hermanos, hay hombres que desprecian por completo este siglo, a quienes no les agrada nada de lo que fluye temporalmente; no se aferran con amor a las obras terrenales, santos, castos, continentes, justos, tal vez incluso vendiendo todo lo suyo y distribuyéndolo a los pobres, o poseyendo como si no poseyeran, y usando de este mundo como si no usaran (I Cor. VII, 30, 31). Pero hay otros que se aferran con cierto amor a las cosas permitidas por la debilidad. No roba la villa ajena; pero ama tanto la suya, que si la pierde, se turba. No codicia la esposa ajena; pero se une tanto a la suya, se mezcla tanto con la suya, que no guarda allí el límite prescrito por las tablas, por causa de procrear hijos. No toma lo ajeno; pero reclama lo suyo, y tiene juicio con su hermano: a tales se les dice, Ya es una falta en vosotros que tengáis juicios entre vosotros (Id. VI, 7). Sin embargo, esos juicios manda hacerlos en la Iglesia, no llevarlos al foro; sin embargo, dice que son faltas: pues el cristiano contiende por cosas terrenas más de lo que conviene a quien se le ha prometido el reino de los cielos; no eleva todo su corazón hacia arriba, sino que alguna parte de él la

arrastra hacia la tierra. Finalmente, si viene la tentación de sufrir martirio, aquellos que tienen a Cristo en el fundamento, y edifican oro, plata, piedras preciosas, ¿qué dicen en esta oportunidad? Me es mejor partir y estar con Cristo (Filip. I, 23): corren alegres, o se entristecen poco o nada por la fragilidad terrena. Pero aquellos que aman sus bienes, sus casas, se turban gravemente; el heno, la paja, y la madera arden. Tienen, pues, madera, heno, paja sobre el fundamento; pero de cosas permitidas, no ilícitas. Digo, hermanos: posees el fundamento; aférrate al cielo, pisa la tierra. Si eres así, no edificas sino oro, plata, y piedras preciosas. Pero cuando dices, Amo esta posesión, temo que se pierda; y se avecina la pérdida, y te entristeces: no la antepones a Cristo; pues amas tanto esta posesión, que si se te dice, ¿La quieres a ella, o a Cristo? y aunque triste la pierdes, sin embargo, abrazas más a Cristo, a quien pusiste en el fundamento: serás salvo como por fuego. Escucha otra cosa: no puedes conservar esta posesión, a menos que digas falso testimonio. Y no hacerlo, es poner a Cristo en el fundamento: pues la Verdad dijo, La boca que miente, mata el alma (Sap. I, 11). Por tanto, si amas tu posesión, no obstante, no por ella cometes robo, no por ella dices falso testimonio, no por ella cometes homicidio, no por ella juras en falso, no por ella niegas a Cristo; porque no haces estas cosas por ella, tienes a Cristo en el fundamento. Pero, sin embargo, porque la amas, y te entristeces si la pierdes; sobre el fundamento pusiste, no oro, ni plata, ni piedras preciosas, sino madera, heno, paja. Serás, pues, salvo, cuando comience a arder lo que edificaste; pero así como por fuego. Pues nadie que edifique sobre este fundamento adulterios, blasfemias, sacrilegios, idolatrías, perjurios, piense que será salvo por el fuego, como si estas cosas fueran madera, heno, paja: sino quien edifica el amor a las cosas terrenales sobre el fundamento del reino de los cielos, es decir, sobre Cristo; arderá el amor a las cosas temporales, y él mismo será salvo por el fundamento idóneo.

22. [vers. 17.] Los enemigos del Señor le mintieron, diciendo, Voy a la viña, y no yendo (Matth. XXI, 30): y será su tiempo, no por un tiempo, sino para siempre. ¿Y quiénes son estos? Y los alimentó con la grosura del trigo. Conocéis la grosura del trigo, de la cual se alimentan muchos enemigos que le mintieron. Y los alimentó con la grosura del trigo, los mezcló con sus Sacramentos. Y a Judas, cuando le dio el bocado (Juan XIII, 26), lo alimentó con la grosura del trigo: y el enemigo del Señor le mintió, y será su tiempo para siempre. Y los alimentó con la grosura del trigo; y de la roca los sació con miel. ¡Oh ingratos! Los alimentó con la grosura del trigo, y de la roca los sació con miel. En el desierto sacó agua de la roca (Éxodo XVII, 6), no miel. La miel es sabiduría, que tiene el primado de la dulzura en los alimentos del corazón. ¡Cuántos enemigos del Señor que le mienten son alimentados, no solo con la grosura del trigo, sino también de la roca con miel, de la sabiduría de Cristo! ¡Cuántos se deleitan con su palabra y el conocimiento de sus sacramentos, la solución de sus parábolas, cuántos se deleitan, cuántos claman! Y esta miel no es de cualquier hombre, sino de la roca: pero la roca era Cristo (I Cor. X, 4). ¡Cuántos, pues, se sacian de esta miel, claman, dicen, Es suave; dicen, Nada mejor, nada más dulce pudo ser entendido o dicho! y sin embargo, los enemigos del Señor le mintieron. No quiero detenerme más en cosas dolorosas: aunque el Salmo terminó de manera terrible, sin embargo, desde su final, os ruego, volvamos al principio: Exultad a Dios nuestro ayudador, convertidos a Dios.

Y después de la palabra:

23. No poco han mantenido vuestras mentes en el nombre de Cristo los espectáculos divinos, y os han suspendido, no solo para desear algunas cosas, sino también para huir de otras. Estos son espectáculos útiles, saludables, edificantes, no destructivos: más bien destructivos, y edificantes; destructivos de los dioses recientes, edificantes de la fe en el verdadero y eterno Dios. También para el día de mañana invitamos a vuestra Caridad. Mañana tienen, como hemos oído, el mar en el teatro: tengamos nosotros el puerto en Cristo. Pero como pasado

mañana, es decir, el cuarto día de la semana, no podemos reunirnos en la mesa de Cipriano, porque es la festividad de los santos Mártires; mañana reunámonos en esa misma mesa.

ENARRACIÓN SOBRE EL SALMO LXXXI.

1. [vers. 1.] Salmo de Asaf. A este salmo, como a otros que se titulan de manera similar, le dio el título o el nombre del hombre que lo escribió, o la interpretación de ese mismo nombre; para que se refiera a la Sinagoga, que es Asaf, su inteligencia: especialmente porque esto lo asigna también su primer verso. Así comienza: Dios se puso de pie en la sinagoga de los dioses. A quienes ciertamente no debemos entender como dioses de los Gentiles, ya sean ídolos, o alguna criatura celestial o terrestre: ya que poco después este mismo salmo afirma, y expresa más claramente a qué dioses quiere que se entienda, en cuya sinagoga se puso Dios, cuando dice: Yo dije, Sois dioses, y todos vosotros hijos del Altísimo; pero moriréis como hombres, y caeréis como uno de los príncipes. En la sinagoga, pues, de estos hijos del Altísimo, de quienes el mismo Altísimo dice por Isaías, Hijos engendré y exalté; pero ellos me despreciaron (Isai. I, 2), se puso Dios. En la sinagoga entendemos al pueblo de Israel; porque también a ellos propiamente se les suele llamar Sinagoga, aunque también se les ha llamado Iglesia. Pero los Apóstoles nunca llamaron sinagoga a la nuestra, sino siempre Iglesia: ya sea por causa de la distinción, o porque entre congregación, de donde Sinagoga, y convocatoria, de donde Iglesia toma su nombre, hay alguna diferencia; pues también se congregan los rebaños, y propiamente los llamamos así; pero convocar es más propio de los que usan la razón, como son los hombres. Por eso, en otro salmo se canta desde la persona de Asaf, Como un animal fui ante ti, y yo siempre contigo (Sal. LXXII, 23): cuando ciertamente, aunque parecía estar entregado al único Dios verdadero, sin embargo, por grandes y sumos bienes de él requería cosas carnales, terrenales, temporales. Los encontramos a menudo también llamados hijos; no por la gracia que pertenece al Nuevo Testamento, sino por la que pertenece al Antiguo: porque también es gracia aquella por la que eligió a Abraham, y de su carne propagó un pueblo tan grande; por la que, aún no nacidos, amó a Jacob, y a Esaú aborreció (Malach. I, 2, 3); por la que los liberó de Egipto, por la que los introdujo en la tierra de promisión, expulsando a las naciones. Pues si también esta no fuera gracia, ciertamente no se diría de nosotros, a quienes no para un reino terrenal, sino para el reino de los cielos se nos ha dado el poder de ser hechos hijos de Dios, en el mismo Evangelio que recibimos gracia sobre gracia (Juan I, 12, 16); es decir, por las promesas del Antiguo Testamento, las promesas del Nuevo Testamento. Está claro, pues, según creo, en qué sinagoga de dioses se puso Dios.

2. En adelante, debemos investigar si debemos entender que el Padre, o el Hijo, o el Espíritu Santo, o la misma Trinidad se puso de pie en la sinagoga de los dioses; en medio de los cuales discernir a los dioses: porque cada uno es Dios, y la misma Trinidad es un solo Dios. No es fácil dilucidar esto; porque la presencia de Dios no corporal, sino espiritual, que conviene a su sustancia, no puede negarse que está presente en las cosas creadas, de manera maravillosa y apenas comprensible para pocos, a quien se le dice: Si subo al cielo, allí estás; si bajo al infierno, allí estás (Sal. CXXXVIII, 8). Por lo cual se dice con razón que Dios está en la congregación de los hombres invisiblemente, como el cielo y la tierra él llena, lo que él mismo proclama de sí mismo por el profeta (Jerem. XXIII, 24): ni solo se dice, sino que de alguna manera se conoce, según la capacidad de la mente humana, que está en las cosas que creó, si también el hombre se pone de pie y lo escucha, y se alegra con su voz íntima (Juan III, 29). Sin embargo, según creo, este salmo intenta insinuar algo que se hizo en cierto tiempo, para que Dios se pusiera de pie en la sinagoga de los dioses. Pues aquella presencia con la que llena el cielo y la tierra, ni pertenece propiamente a la Sinagoga, ni varía con el tiempo. Dios, por tanto, se puso de pie en la sinagoga de los dioses, sin duda aquel que dijo de sí mismo: No he sido enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel (Matth. XV,

24). Se dice también la causa: En medio de los dioses discernir. Reconozco, pues, que Dios se puso de pie en la sinagoga de los dioses, cuyos padres, y de quienes Cristo según la carne: pues para que Dios se pusiera de pie en la sinagoga de los dioses, para eso de ellos según la carne. Pero, ¿qué Dios? No como aquellos, en cuya sinagoga de dioses se puso; sino, como allí sigue el Apóstol, que es sobre todo Dios bendito por los siglos (Rom. IX, 5). Reconozco, digo, que se puso de pie; reconozco también en medio al Dios esposo, de quien un amigo suyo dice: En medio de vosotros está, a quien no conocéis (Juan I, 26). Pues de quienes poco después en este salmo se dice, No supieron, ni entendieron, en tinieblas andan: testifica también el Apóstol, Que la ceguera en parte ha acontecido a Israel, para que la plenitud de los Gentiles entrara (Rom. XI, 25). Pues lo veían de pie en medio de ellos; pero no lo veían como Dios, como quería ser visto, diciendo: El que me ha visto, ha visto al Padre (Juan XIV, 9). Pero discierne a los dioses, no por sus méritos, sino por su gracia; de la misma mezcla haciendo unos vasos para honra, otros para deshonra (Rom. IX, 21). Pues, ¿quién te discierne? Pues, ¿qué tienes que no hayas recibido, y si lo recibiste, por qué te glorías como si no lo hubieras recibido (I Cor. IV, 7)?

3. [vers. 2, 3.] Escucha también la voz de Dios discerniendo, escucha también la voz del Señor dividiendo la llama de fuego (Sal. XXVIII, 7): ¿Hasta cuándo juzgaréis iniquidad, y aceptaréis las personas de los pecadores? Como en otro lugar: ¿Hasta cuándo seréis duros de corazón (Sal. IV, 3)? ¿Acaso también hasta la venida de aquel que es la luz del corazón? Di la ley; resististeis duramente: envié a los Profetas; los injuriasteis, o los matasteis, o a los que hacían estas cosas les disteis vuestro consentimiento. Pero para que no sea digno hablar con aquellos que mataron a los siervos de Dios enviados a ellos; vosotros que cuando estas cosas sucedieron callasteis, es decir, vosotros que quisisteis imitar a aquellos que entonces callaron, como si fueran inocentes, ¿Hasta cuándo juzgaréis iniquidad, y aceptaréis las personas de los pecadores? ¿Acaso también ahora el heredero que viene debe ser matado? ¿No quiso él ser sin padre por vosotros como un huérfano? ¿No tuvo hambre y sed por vosotros como un necesitado? ¿No clamó a vosotros, Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón (Matth. XI, 29)? ¿No se hizo pobre, siendo rico, para que con su pobreza os enriquecierais (II Cor. VIII, 9)? Juzgad, pues, al huérfano y al necesitado; al humilde y al pobre justificad. No a aquellos por sí mismos soberbios y ricos, sino a este por vosotros humilde y pobre, creed justo, predicad justo.

4. [vers. 4.] Pero le envidiarán, y no le perdonarán en absoluto, diciendo, Este es el heredero, venid, matémosle, y nuestra será la herencia (Matth. XXI, 38). Quitad, pues, al desvalido, y al pobre librad de la mano del pecador. Estas cosas se dijeron, para que se supiera que en ese pueblo en el que nació y fue matado Cristo, ni aquellos fueron inmunes de tan gran crimen, que siendo de tan gran multitud, como dice el Evangelio, los temían los judíos, y por eso no se atrevían a poner mano en Cristo (Luc. XXII, 2), después consintieron, y permitieron que fuera muerto por los malvados y envidiosos príncipes de los judíos; que si hubieran querido, siempre habrían sido temidos, para que nunca prevalecieran las manos de los malhechores sobre él. De estos también se dice en otro lugar: Perros mudos que no supieron ladrar (Isai. LVI, 10). De estos también aquello: He aquí cómo pereció el justo, y nadie lo considera (Id. LVII, 1). Pereció, en cuanto a ellos, que quisieron perderlo: pues, ¿cómo podría él perecer muriendo, quien de ese modo más bien buscaba lo que estaba perdido? Por otra parte, si estos son justamente increpados, y con razón argüidos, que disimulando permitieron que se cometiera tan gran crimen; ¿cómo deben ser increpados, o ni siquiera increpados, sino con qué severidad deben ser condenados aquellos que hicieron esto con consejo y malicia?

5. [vers. 5.] Sin embargo, lo que sigue se aplica muy correctamente a todos: No supieron ni entendieron, caminan en tinieblas. Porque también aquellos, si hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de la gloria (I Cor. II, 8); y aquellos, si hubieran conocido, nunca habrían consentido en pedir la liberación de Barrabás y la crucifixión de Cristo. Pero como la ceguera mencionada anteriormente ocurrió en parte de Israel, hasta que la plenitud de los gentiles entrara; por esta ceguera del pueblo, con Cristo crucificado, se moverán todos los fundamentos de la tierra. Así se movieron, y se moverán, hasta que entre la plenitud de los gentiles que está predestinada. Pues incluso en la misma muerte del Señor, la tierra se movió y las rocas se partieron (Mat. XXVII, 51). Y si entendemos los fundamentos de la tierra como la abundancia de bienes terrenales que hacen felices a los hombres: está bien predicho que se moverán, ya sea admirando que se ame y se cultive tanto la humildad, la pobreza, la muerte, como si fuera una gran miseria de Cristo según ellos; o también ellos mismos, despreciando la vana felicidad de este mundo, amándola y siguiéndola. Así se mueven todos los fundamentos de la tierra, cuando en parte se admiran, en parte también se transforman. Pues así como no es absurdo decir los fundamentos del cielo, sobre los cuales se edifica el reino de los cielos en los santos y fieles, a quienes la Escritura llama piedras vivas (I Pedro II, 5): cuyo fundamento es primeramente Cristo mismo nacido de la virgen; de quien dice el Apóstol, Nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, que es Cristo Jesús (I Cor. III, 11): luego los mismos Apóstoles y Profetas, cuya autoridad elige el lugar celestial, para que siguiéndola seamos edificados juntos; de donde dice a los Efesios, «Ya no sois extranjeros ni advenedizos; sino conciudadanos de los santos y domésticos de Dios, edificados sobre el fundamento de los Apóstoles y Profetas, siendo la principal piedra del ángulo Cristo Jesús, en quien todo el edificio bien coordinado crece para ser un templo santo en el Señor» (Efes. II, 19-22): así no es inconveniente entender los fundamentos de la tierra, cuya felicidad terrenal preeminente y poderosa los hombres envidiando, son llevados por su autoridad a codiciar tales bienes, y al alcanzarlos son edificados juntos como tierra sobre tierra, así como en aquel edificio supremo cielo sobre cielo; porque también al pecador se le dijo, Tierra eres, y a la tierra volverás (Gén. III, 19); y, Los cielos cuentan la gloria de Dios, cuando su sonido salió por toda la tierra, y sus palabras hasta los confines del mundo (Sal. XVIII, 2, 5).

6. [vers. 6, 7]. El reino de la felicidad terrenal es la soberbia, contra la cual vino la humildad de Cristo, reprochando a aquellos a quienes quiere hacer hijos del Altísimo desde la humildad, y reprendiendo: Yo dije, Sois dioses, e hijos del Altísimo todos. Pero vosotros moriréis como hombres, y caeréis como uno de los príncipes. Ya sea que lo haya dicho a aquellos, Yo dije, Sois dioses, e hijos del Altísimo todos, ciertamente a aquellos que están predestinados a la vida eterna; pero a los otros, Pero vosotros moriréis como hombres, y caeréis como uno de los príncipes, de esta manera también discerniendo a los dioses: o reprende a todos juntos, para discernir a los obedientes y corregidos, Yo, dice, dije, Sois dioses e hijos del Altísimo todos; es decir, a todos vosotros os prometí la felicidad celestial; pero vosotros, por la debilidad de la carne, moriréis como hombres, y, por la elevación del espíritu, como uno de los príncipes, es decir, el diablo, no os elevaréis, sino que caeréis. Como si dijera: Con tan pocos días de vuestra vida, que pronto moriréis como hombres, no os sirve para la corrección; sino que como el diablo, cuyos días en este mundo son muchos, porque no muere en la carne, os eleváis, para que caigáis. Pues por la soberbia diabólica ocurrió que los príncipes judíos perversos y ciegos envidiaron la gloria de Cristo: por este vicio ocurrió y ocurre que la humildad de Cristo crucificado hasta la muerte se desprecia por aquellos que aman la excelencia de este mundo.

7. [vers. 8.] Por tanto, para que este vicio sea sanado, se dice desde la persona del mismo profeta: Levántate, Dios, juzga la tierra. Pues la tierra se hinchó cuando te crucificó; levántate

de entre los muertos, y juzga la tierra. Porque tú destruirás entre todas las naciones: ¿qué, sino la tierra? esto es, a aquellos que piensan en lo terrenal; o consumiendo en los creyentes el afecto de la codicia terrenal y la elevación; o discerniendo a los no creyentes, la tierra que debe ser triturada y destruida. Así juzga la tierra a través de sus miembros, cuya conversación está en los cielos, y destruye entre todas las naciones. No debe pasarse por alto que algunos códices tienen, Porque tú heredarás entre todas las naciones: porque esto también se acepta convenientemente, y no hay nada que impida que ambos sean simultáneamente. Por tanto, su herencia se hace a través de la caridad, que cultivando misericordiosamente con sus preceptos y gracia, destruye la codicia terrenal.

EN EL SALMO LXXXII COMENTARIO.

1. [vers. 1.] El título de este salmo es, Cántico del Salmo de Asaf. Ya hemos dicho muchas veces qué significa Asaf, es decir, Congregación. Por tanto, aquel hombre que se llamaba Asaf, se coloca en los títulos de muchos salmos en figura de la congregación del pueblo de Dios. En griego, sin embargo, congregación se dice sinagoga, que el pueblo judío mantuvo como nombre propio, para ser llamado Sinagoga; así como el pueblo cristiano se llama más comúnmente Iglesia, aunque también se congrega.

2. [vers. 2.] Por tanto, el pueblo de Dios en este salmo dice: Dios, ¿quién será semejante a ti? Lo cual creo que se entiende más adecuadamente en Cristo, porque hecho en semejanza de hombres, fue considerado por aquellos que lo despreciaron, comparable a los demás hombres: pues también fue contado entre los inicuos (Is. LIII, 12); pero para ser juzgado. Pero cuando venga a juzgar, entonces se hará lo que aquí se dice, Dios, ¿quién será semejante a ti? Pues si los Salmos no solían hablar al Señor Cristo, tampoco se diría aquello, que ningún fiel puede dudar que se le haya dicho: «Tu trono, Dios, es por los siglos de los siglos, vara de equidad, vara de tu reino: amaste la justicia, y odiaste la iniquidad; por eso te ungió Dios, tu Dios, con óleo de alegría más que a tus compañeros» (Sal. XLIV, 7, 8). Por tanto, a este también se le dice ahora, Dios, ¿quién será semejante a ti? Pues quisiste ser semejante a muchos en humildad, incluso a los ladrones que fueron crucificados contigo (Luc. XXIII, 33); pero en la gloria cuando vengas, ¿quién será semejante a ti? ¿Qué gran cosa se dice, cuando se dice a Dios, ¿Quién será semejante a ti; sino que se dice a aquel que quiso ser semejante a los hombres, tomando forma de siervo, hecho en semejanza de hombres, y hallado en condición como hombre (Filip. II, 7)? Y por eso no dice, ¿Quién es semejante a ti? lo cual ciertamente se diría correctamente, si se refiriera a la divinidad. Pero como se refiere a la forma de siervo, entonces su disimilitud con los demás hombres aparecerá, cuando aparezca en gloria. Por eso sigue, No calles, ni te contengas, Dios: porque primero calló, para ser juzgado; cuando como cordero ante el que lo trasquila fue sin voz, así no abrió su boca (Is. LII, 7), y contuvo su poder. Para mostrar que se contenía, a aquella voz suya cuando dijo, Yo soy, aquellos que buscaban aprehenderlo, retrocedieron y cayeron (Juan XVIII, 5, 6). ¿Cómo entonces sería apresado y sufriría, si no se contuviera y moderara a sí mismo? Pues así también algunos interpretaron lo que aquí se puso, Ni te contengas Dios, para decir, Ni te ablandes Dios. Él mismo dice en otro lugar, Callé; ¿acaso callaré siempre? (Is. XLII, 14). A quien aquí se le dice, no calles; de él se dice en otro lugar, Dios vendrá manifiesto, nuestro Dios, y no callará (Sal. XLIX, 3). Aquí se dice, No calles: pues calló, para ser juzgado, cuando vino oculto; pero no callará, para juzgar, cuando venga manifiesto.

3. [vers. 3.] Porque he aquí que tus enemigos han sonado, y los que te odian han levantado la cabeza. Me parece que significa los últimos días, cuando estas cosas que ahora se reprimen por miedo, estallarán en una voz libre, pero ciertamente irracional, de modo que debe llamarse más sonido que locución o discurso. Por tanto, no comenzarán a odiar entonces, sino

que los que te odian, entonces levantarán la cabeza. Ni cabezas, sino cabeza; cuando llegarán a tener incluso aquella cabeza que se exalta sobre todo lo que se llama Dios y lo que se adora: para que en él principalmente se cumpla, el que se exalta, será humillado (Luc. XIV, 11); y cuando aquel a quien se le dice, No calles, ni te ablandes Dios, lo matará con el espíritu de su boca, y lo anulará con la iluminación de su presencia (II Tes. II, 4, 8).

4. [vers. 4.] Sobre tu pueblo han maquinado consejo maligno; o, como tienen otros códices, han pensado astutamente consejo, y han pensado contra tus santos. Estas cosas se dicen con ironía: ¿cuándo podrían dañar al pueblo o a la plebe de Dios, o a sus santos que saben decir, Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros? (Rom. VIII, 31).

5. [vers. 5.] Dijeron, Venid, y destruyámoslos de entre la gente. Puso el número singular por el plural; como se dice, ¿De quién es este ganado?, aunque se pregunte por un rebaño, y se entienden los animales: de hecho, otros códices tienen, de entre las gentes; donde los intérpretes siguieron más el sentido que la palabra. Venid, y destruyámoslos de entre la gente. Ese es el sonido vano, que, como se dijo antes, tus enemigos han sonado. Y que no se recuerde el nombre de Israel más. Esto otros lo dijeron más claramente, Y que no haya memoria del nombre de Israel más. Porque que se recuerde del nombre, es una locución inusual en latín; más bien se suele decir, que se recuerde el nombre: pero es la misma sentencia; pues quien dijo, que se recuerde del nombre, tradujo una locución griega. Israel aquí debe entenderse ciertamente como la descendencia de Abraham, a quien el Apóstol dice, Por tanto, sois descendencia de Abraham, herederos según la promesa (Gál. III, 29): no Israel según la carne, de quien dice, Mirad a Israel según la carne (I Cor. X, 18).

6. [vers. 6.] Porque han pensado unánimemente, juntos han dispuesto un pacto contra ti: como si pudieran ser más fuertes. Ciertamente, pacto en las Escrituras no se dice solo de aquel que no vale sino con la muerte de los testadores; sino que llamaban pacto y acuerdo a todo pacto y convenio. Pues Labán y Jacob hicieron un pacto (Gén. XXXI, 44), que ciertamente también valdría entre vivos: y se leen innumerables tales en los divinos elocuencias.

7. [vers. 7, 8.] Luego comienza a mencionar a los enemigos de Cristo bajo ciertos nombres de naciones: cuyas interpretaciones de nombres indican suficientemente lo que quiere decir. Pues con tales nombres se figuran muy convenientemente los enemigos de la verdad. Idumeos se interpreta, o Sanguíneos, o Terrenales: Ismaelitas, Obedientes a sí mismos; ciertamente no a Dios: sino a sí mismos. Moab, De padre: lo cual en el mal no se entiende mejor, sino cuando se considera la historia misma, que el padre Lot, mezclado ilícitamente con su hija que se le unió, lo engendró; porque de esa misma cosa recibió tal nombre (Gén. XIX, 36 y 37). Pero buen padre, pero como la Ley, si alguien la usa legítimamente (I Tim. I, 8); no incestuosa e ilícitamente. Agarenos, Prosélitos, es decir, advenedizos: con cuyo nombre se significan entre los enemigos del pueblo de Dios, no aquellos que se hacen ciudadanos; sino que permanecen en ánimo ajeno y adventicio, y muestran su hostilidad cuando encuentran ocasión de dañar. Gebal, Valle vano, es decir, humildad falsa: Amón, Pueblo turbulento, o Pueblo de tristeza: Amalec, Pueblo que lame; de donde se dijo en otro lugar, Y sus enemigos lamerán la tierra (Sal. LXXI, 9). Extranjeros, aunque con el mismo nombre latino se indican ajenos, y por eso consecuentemente enemigos, sin embargo en hebreo se llaman Filisteos; lo que se interpreta Caídos por la bebida, como aquellos que la lujuria secular ha embriagado. Tiro en lengua hebrea se dice Sor; lo que se interprete Angustia o Tribulación, según aquello que dice el Apóstol: Tribulación y angustia sobre toda alma de hombre que hace el mal (Rom. II, 9). Por tanto, todos estos se enumeran así en este

salmo: Tabernáculos de los Idumeos y los Ismaelitas, Moab y los Agarenos, Gebal y Amón y Amalec, y extranjeros con los habitantes de Tiro.

8. [vers. 9.] Y como indicando la causa por la cual son enemigos del pueblo de Dios, añade y dice: Porque también Asur vino con ellos. Asur, sin embargo, suele entenderse figuradamente por el mismo diablo, que obra en los hijos de desobediencia (Efes. II, 2), como en sus vasos, para que ataquen al pueblo de Dios. Se han hecho, dice, en ayuda de los hijos de Lot: porque todos los enemigos, obrando en ellos su príncipe el diablo, se han hecho en ayuda de los hijos de Lot, que se interpreta Declive. Sin embargo, los ángeles apóstatas se entienden bien como hijos de declinación; pues declinando de la verdad, se pasaron al séquito del diablo. Estos son de quienes dice el Apóstol: «No tenéis lucha contra carne y sangre; sino contra principados y potestades y gobernadores de las tinieblas de este mundo, contra malicias espirituales en los lugares celestiales» (Efes. VI, 12). Por tanto, estos enemigos invisibles son ayudados por hombres infieles, en quienes obran para atacar al pueblo de Dios.

9. [vers. 10-13.] Ahora veamos qué imprecación hace el espíritu profético, más prediciendo que maldiciendo. Hazles, dice, como a Madián y a Sísara, como a Jabín en el torrente Cisón. Perecieron en Endor, se hicieron como estiércol de la tierra. Todos estos según la historia fueron derrotados y vencidos por el pueblo de Israel, que entonces era el pueblo de Dios; como también aquellos que menciona después, diciendo, Pon a sus príncipes como a Oreb, y a Zeb, y a Zeba, y a Zalmuna (Jueces IV, VII, VIII). Las interpretaciones de sus nombres son estas: Madián se interpreta Declive del juicio; Sísara, Exclusión del gozo; Jabín, Sabio. Pero en estos enemigos vencidos por el pueblo de Dios, debe entenderse aquel sabio, de quien dice el Apóstol: ¿Dónde está el sabio? ¿dónde el escriba? ¿dónde el investigador de este siglo? (I Cor. I, 20). Oreb, Sequedad: Zeb, Lobo: Zeba, Víctima, pero del lobo; pues también él tiene sus víctimas: Zalmuna, Sombra de conmoción. Todas estas cosas convienen a los malos, a quienes el pueblo de Dios vence en el bien. Por otra parte, Cisón, en cuyo torrente fueron vencidos, se interpreta Dureza de ellos. Endor, donde perecieron, se interpreta Fuente de generación, pero ciertamente carnal, a la cual entregados perecieron: no cuidando de la regeneración, que conduce a la vida, donde no se casarán, ni se darán en matrimonio; pues no comenzarán a morir (Luc. XX, 35, 36). Con razón, por tanto, se dijo de ellos, Se hicieron como estiércol de la tierra; de quienes no se propagó nada, sino la fecundidad terrenal. Así como aquellos todos fueron vencidos en figura por el pueblo de Dios; así se ruega que estos enemigos sean vencidos en verdad.

10. Todos, dice, sus príncipes, que dijeron, Heredemos el santuario de Dios. Ese es el sonido vano, que, como se dijo antes, tus enemigos han sonado. Pero ¿qué se debe entender por santuario de Dios, sino el templo de Dios, del cual dice el Apóstol: El templo de Dios es santo, el cual sois vosotros (I Cor. III, 17)? Pues ¿qué otra cosa intentan los enemigos, sino poseer, es decir, someter al pueblo de Dios, para que ceda a sus impías voluntades?

11. [vers. 14.] Pero ¿qué sigue? Dios mío, ponlos como rueda. Se acepta convenientemente, para que no sean estables en lo que piensan; sin embargo, también creo que se puede entender correctamente así, Ponlos como rueda, porque la rueda se eleva por lo que está detrás, se abate por lo que está delante: así son todos los enemigos del pueblo de Dios. Pues esto no es un deseo, sino una profecía. También añade: Como paja ante el viento. Dice rostro por presencia: pues ¿qué rostro tiene el viento, que no tiene lineamientos de cuerpo; siendo un movimiento, es decir, como una ola de aire? Se pone, sin embargo, por tentación, por la cual los corazones ligeros e inanes son arrastrados:

12. [vers. 15, 16.] La ligereza, por cierto, con la que fácilmente se consiente al mal, sigue un grave tormento; de donde se dice a continuación: Como fuego que quema el bosque, como llama que quema los montes; así los perseguirás en tu tempestad, y en tu ira los turbarás. Dijo bosque por la esterilidad, montes por la elevación: tales son los enemigos del pueblo de Dios; vacíos de justicia, llenos de soberbia. Al decir fuego y llama, repitió lo mismo con otro nombre, queriendo que se entienda a Dios juzgando y castigando. Pero lo que dijo, en tu tempestad; lo explicó a continuación diciendo, en tu ira: y lo que dijo antes, los perseguirás; después, los turbarás. Recordemos ciertamente entender la ira de Dios sin ninguna afectación turbulenta: pues su ira se dice, la razón justa de la venganza; como si se dijera que la ley se enoja, cuando sus ministros se conmueven según ella para vengar.

13. [vers. 17-19.] Llena, dice, sus rostros de ignominia, y buscarán tu nombre, Señor. Esto ciertamente se profetiza como bueno y deseable para ellos: ni se profetizaría, si no hubiera en esa sociedad de enemigos del pueblo de Dios también tales hombres, a quienes esto se les concedería antes del juicio final; porque también ahora son los mismos, y es el mismo cuerpo de enemigos según la envidia con la que emulan al pueblo de Dios. Y ahora, donde pueden, y suenan y levantan la cabeza; pero parcialmente, no universalmente, como al final del siglo, cuando se acerque el juicio final. Sin embargo, es el mismo cuerpo tanto en aquellos que de allí creerán, y pasarán a otro cuerpo (pues sus rostros se llenan saludablemente de ignominia, para que busquen el nombre del Señor); como en aquellos que hasta el fin perseveran en la misma maldad, que se ponen como paja ante el viento, y semejantes a bosques y montes infructuosos son quemados. A estos se vuelve de nuevo, diciendo: Sean avergonzados, y turbados para siempre. Pues no se turban para siempre los que buscan el nombre del Señor; sino que mirando la ignominia de sus pecados, se turban para buscar el nombre del Señor, por el cual no se turben.

14. Y nuevamente se refiere a aquellos que, en la misma sociedad de enemigos, deben ser confundidos para que no sean confundidos eternamente; y deben ser destruidos en cuanto a su maldad, para que sean hallados buenos eternamente. Pues después de haber dicho de ellos, "Y sean confundidos, y perezcan", inmediatamente añadió, "Y reconozcan que tu nombre es Señor; tú solo eres el Altísimo en toda la tierra": al llegar a este conocimiento, sean confundidos de tal manera que agraden; perezcan de tal manera que permanezcan. "Reconozcan", dice, "que tu nombre es Señor": como si no fueran llamados por un nombre verdadero ni propio aquellos otros que son llamados señores; porque dominan servilmente, y comparados con el verdadero Señor, ni siquiera son señores: como se ha dicho, "Yo soy el que soy" (Éxodo III, 14); como si no existieran las cosas que fueron hechas, si se comparan con aquel por quien fueron hechas. Y lo que añadió, "tú solo eres el Altísimo en toda la tierra", o, como tienen otros códices, "sobre toda la tierra"; ciertamente también en todo el cielo, o sobre todo el cielo: pero prefirió decir esto para que la soberbia terrenal fuera reprimida. Pues deja de enorgullecerse la tierra, es decir, el hombre, a quien se le dijo, "Eres tierra" (Génesis III, 19); y, "¿Por qué se enorgullece la tierra y la ceniza?" (Eclesiástico X, 9), cuando reconoce que el Señor es el Altísimo sobre toda la tierra, es decir, que los pensamientos de ningún hombre prevalecen contra aquellos que son llamados según el propósito, y de quienes se dice, "Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros?" (Romanos VIII, 28, 31).

COMENTARIO SOBRE EL SALMO LXXXIII.

1. [vers. 1.] Este salmo está titulado "Para los lagares". Y como vuestra Caridad ha advertido con nosotros (porque notamos que escuchabais con mucha atención), nada se ha dicho en su

texto sobre el lagar, ni sobre las cestas, ni sobre el estanque, ni sobre los instrumentos o el edificio del lagar; en absoluto hemos oído nada de eso: por lo que el significado de su título, que se inscribe "Para los lagares", es una cuestión no menor. Pues si después de este título dijera algo sobre tales cosas como las que he mencionado, se creería por los carnales que realmente quería cantar sobre estos lagares visibles: pero como puso el título "Para los lagares", y después no dijo nada en todo el verso del Salmo sobre estos lagares conocidos por nuestros ojos; no cabe duda de que hay otros lagares que el Espíritu de Dios quiso que buscáramos y entendiéramos aquí. Por lo tanto, recordemos qué se hace en estos lagares visibles, y veamos cómo se lleva a cabo espiritualmente en la Iglesia. Ciertamente, la uva cuelga de las vides, y la aceituna de los árboles (pues con estos dos frutos suelen prepararse los lagares); y mientras cuelgan de sus arbustos, disfrutan de un aire libre; y ni la uva es vino, ni la aceituna es aceite, antes de la presión. Así son los hombres que Dios predestinó antes de los siglos para ser conformes a la imagen de su unigénito Hijo (Romanos VIII, 29), quien especialmente en la pasión fue exprimido como un gran racimo. Por tanto, estos hombres, antes de acercarse al servicio de Dios, disfrutan en el mundo de una libertad deliciosa, como uvas o aceitunas colgantes: pero como se ha dicho, "Hijo, al acercarte al servicio de Dios, mantente en justicia y temor, y prepara tu alma para la tentación" (Eclesiástico II, 1); al acercarse al servicio de Dios, reconozca que ha venido a los lagares; será atribulado, triturado, comprimido; no para perecer en este mundo, sino para fluir hacia los almacenes de Dios. Se despoja de los deseos carnales, como de los hollejos: pues esto le sucedió en los deseos carnales, por los cuales también el Apóstol dice, "Despojaos del hombre viejo, y vestíos del nuevo" (Colosenses III, 9, 10). Todo esto no se hace sino por la presión: por eso se llaman lagares las Iglesias de Dios de este tiempo.

2. Pero, ¿quiénes somos los que estamos en los lagares? Los hijos de Coré. Pues así se añadió, "Para los lagares, hijos de Coré". Tenemos interpretado a los hijos de Coré como hijos del Calvo, según nos pudieron interpretar aquellos que conocen esa lengua, por el ministerio que debían a Dios: y en esto no rehúyo contemplar un gran misterio, y con la ayuda del Señor encontrarlo con vosotros. Pues no toda calvicie debe ser ridiculizada como si fuera de hijos de pestilencia; no sea que cuando alguien se burle de una calvicie sagrada, sea dispersado por los demonios. Pues también Eliseo iba, y unos niños insensatos clamaron tras él, "¡Calvo, calvo!"; y para cumplir el sacramento, se volvió al Señor y pidió que unos osos salieran del bosque y los devoraran (IV Reyes II, 23, 24). Aunque su infancia fue arrebatada a la destrucción de la vida de este mundo; los niños murieron, los ancianos morirán algún día: sin embargo, se dio a los hombres el terror del sacramento. Pues Eliseo representaba entonces la persona de alguien de quien somos hijos, los hijos de Coré, es decir, de nuestro Señor Jesucristo. Ya se os ocurre a vuestra Caridad por el Evangelio, por qué el calvo representaba la persona de Cristo; recordad que fue crucificado en el lugar de la Calavera (Mateo XXVII, 33). Así que, ya sea que esto se interprete como "hijos de Coré", como dijimos siguiendo a los anteriores; o cualquier otra cosa que quizás nos sea desconocida; por ahora, lo que se nos ocurre, ved que está lleno de sacramento. Hijos de Coré, hijos de Cristo: pues también el esposo llama a sus hijos, cuando dice, "No pueden ayunar los hijos del esposo, mientras el esposo está con ellos" (Id. IX, 15). Por tanto, estos lagares son de los cristianos.

3. Pero estando en los lagares, ¿quiénes somos? Los hijos de Coré. Pues así se añadió, "Para los lagares, hijos de Coré". Tenemos interpretado a los hijos de Coré como hijos del Calvo, según nos pudieron interpretar aquellos que conocen esa lengua, por el ministerio que debían a Dios: y en esto no rehúyo contemplar un gran misterio, y con la ayuda del Señor encontrarlo con vosotros. Pues no toda calvicie debe ser ridiculizada como si fuera de hijos de pestilencia; no sea que cuando alguien se burle de una calvicie sagrada, sea dispersado por

los demonios. Pues también Eliseo iba, y unos niños insensatos clamaron tras él, "¡Calvo, calvo!"; y para cumplir el sacramento, se volvió al Señor y pidió que unos osos salieran del bosque y los devoraran (IV Reyes II, 23, 24). Aunque su infancia fue arrebatada a la destrucción de la vida de este mundo; los niños murieron, los ancianos morirán algún día: sin embargo, se dio a los hombres el terror del sacramento. Pues Eliseo representaba entonces la persona de alguien de quien somos hijos, los hijos de Coré, es decir, de nuestro Señor Jesucristo. Ya se os ocurre a vuestra Caridad por el Evangelio, por qué el calvo representaba la persona de Cristo; recordad que fue crucificado en el lugar de la Calavera (Mateo XXVII, 33). Así que, ya sea que esto se interprete como "hijos de Coré", como dijimos siguiendo a los anteriores; o cualquier otra cosa que quizás nos sea desconocida; por ahora, lo que se nos ocurre, ved que está lleno de sacramento. Hijos de Coré, hijos de Cristo: pues también el esposo llama a sus hijos, cuando dice, "No pueden ayunar los hijos del esposo, mientras el esposo está con ellos" (Id. IX, 15). Por tanto, estos lagares son de los cristianos.

4. [vers. 2.] Si, por tanto, sientes las presiones de este mundo, incluso cuando eres feliz, has entendido que estás en el lagar. ¿Pensáis, hermanos míos, que solo se debe temer la infelicidad del mundo, y que la felicidad no debe temerse? En verdad, ninguna infelicidad quiebra a quien ninguna felicidad corrompe. ¿Cómo, entonces, se debe temer y evitar a esa corruptora, no sea que te seduzca con halagos? No te apoyes en un bastón de caña; pues también está escrito que algunos se apoyan en un bastón de caña. No te confíes (IV Reyes XVIII, 21); es frágil lo que te sostiene, se rompe y te destruye. Si, por tanto, el mundo te sonríe con felicidad, considérate en la presión, para que digas, "He encontrado tribulación y dolor, e invoqué el nombre del Señor" (Salmo CXIV, 3, 4). No dijo, "encontré tribulación", sino una que está oculta: pues hay una tribulación que a algunos en este mundo les pasa desapercibida, que creen que están bien cuando están lejos del Señor. Pues mientras estamos en el cuerpo, dice, estamos lejos del Señor (II Corintios V, 6). Si estuvieras lejos de tu padre humano, serías miserable: ¿estás lejos del Señor, y eres feliz? Por tanto, hay quienes creen que están bien. Pero quienes entienden, en cualquier abundancia de riquezas y placeres, aunque todo les sirva a su antojo, aunque nada molesto se infiltre, nada adverso los asuste, sin embargo, están en mal estado mientras están lejos del Señor; con el ojo más agudo han encontrado tribulación y dolor, e invocaron el nombre del Señor. Tal es quien canta en este salmo. ¿Quién es? El cuerpo de Cristo. ¿Quién es este? Vosotros, si queréis; todos nosotros, si queremos; todos los hijos de Coré, y todos un solo hombre, porque un solo cuerpo de Cristo. ¿Cómo no es un solo hombre, quien tiene una sola cabeza? La cabeza de todos nosotros es Cristo: el cuerpo de esa cabeza somos todos nosotros. Y todos en esta vida estamos en los lagares: si somos sabios, ya hemos venido a los lagares. Por tanto, estando en las presiones de las tentaciones, emitamos esta voz, y adelantemos nuestro deseo: "¡Cuán amables son", dice, "tus tabernáculos, Señor de los ejércitos!" Estaba en ciertos tabernáculos, es decir, en los lagares; pero deseaba otros tabernáculos, donde no hay presión: en estos suspiraba por aquellos, de estos a aquellos fluía, por así decirlo, a través del canal del deseo.

5. [vers. 3, 4.] ¿Y qué sigue? Mi alma anhela y desfallece por los atrios del Señor. No es suficiente, "anhela y desfallece"; pero ¿a dónde desfallece? A los atrios del Señor. La uva ha desfallecido; pero ¿a dónde desfalleció? Al vino y al estanque, y al reposo del almacén, guardada en gran quietud. Aquí se desea, allí se alcanza, aquí se suspira, allí se goza; aquí se ora, allí se alaba; aquí se gime, allí se exulta. Que nadie rechace como duro lo que he dicho aquí; que nadie rehúse sufrirlo. Se debe temer que la uva, al temer el lagar, sea comida por las aves o las fieras. Parece estar en gran tristeza cuando dice, "Mi alma anhela y desfallece por los atrios del Señor"; pues no tiene lo que desea: pero ¿acaso está sin gozo? ¿Qué gozo? El que dice el Apóstol: "Gozosos en la esperanza". Allí ya se gozará en la realidad, ahora aún en

la esperanza. Por eso, quienes se gozan en la esperanza, porque están seguros de recibir, soportan en el lagar todas las presiones. Por eso también el mismo apóstol, después de haber dicho, "Gozosos en la esperanza"; como si hablara a aquellos que ya están en el lagar, añadió inmediatamente: "Pacientes en la tribulación". "En la tribulación", dice, "pacientes": ¿qué sigue? "Perseverantes en la oración" (Romanos XII, 12). ¿Qué es "perseverantes"? Porque sois diferidos. Oráis y sois diferidos; soportad que sois diferidos: soportad lo que se difiere; porque cuando venga, no será quitado.

7. Has escuchado el gemido en el lagar, "Mi alma anhela y desfallece por los atrios del Señor"; escucha de dónde proviene, "gozoso en la esperanza": "Mi corazón y mi carne exultaron en el Dios vivo". Exultaron aquí en aquello. ¿De dónde viene la exultación, sino de la esperanza? ¿Hacia dónde exultaron? Hacia el Dios vivo. ¿Qué exultó en ti? Mi corazón y mi carne. ¿De dónde exultaron? Pues también el gorrión, dice, encontró casa para sí, y la tórtola un nido para sí, donde poner sus polluelos. ¿Qué significa esto? Dijo dos cosas, y devolvió dos en similitudes de aves: dijo que su corazón y su carne exultaron, y a estos dos les devolvió el gorrión y la tórtola; el corazón como el gorrión, la carne como la tórtola. El gorrión encontró casa para sí, mi corazón encontró casa para sí. Ejercita sus alas en las virtudes de este tiempo, en la misma fe, esperanza y caridad, con las que volará a su casa: y cuando llegue, permanecerá, y ya no habrá la voz quejumbrosa del gorrión que está aquí. Pues él es el gorrión quejumbroso, del que en otro salmo se dice, "Como gorrión solitario en el tejado" (Sal. 101, 8). Del tejado vuela a la casa. Ya esté en el tejado, pise la casa carnal: tendrá un lugar celestial, una casa perpetua; este gorrión terminará sus quejas. Pero a la tórtola le dio también polluelos, es decir, a la carne: la tórtola encontró un nido donde poner sus polluelos. El gorrión una casa, la tórtola un nido, y un nido ciertamente donde poner sus polluelos. La casa se elige como eterna, el nido se construye temporalmente: con el corazón pensamos en Dios, como el gorrión volando a su casa; pero con la carne hacemos buenas obras. Pues veis cuántas cosas buenas se hacen a través de la carne de los santos: porque por ella obramos lo que se nos ha mandado obrar, con lo que somos ayudados en esta vida. "Parte tu pan con el hambriento, y a los pobres sin techo acoge en tu casa; si ves a un desnudo, vístelo" (Isaías 58, 7); y otras cosas semejantes que se nos han mandado, no las obramos sino a través de la carne. Por tanto, ese gorrión que piensa en su casa, no se aparta de la tórtola que busca un nido para sí, donde poner sus polluelos: pues no los abandona en cualquier lugar, sino que encuentra un nido para sí, donde ponerlos. Decimos, hermanos, lo que sabéis: ¿cuántos parecen hacer el bien fuera de la Iglesia? ¿Cuántos incluso paganos alimentan al hambriento, visten al desnudo, acogen al huésped, visitan al enfermo, consuelan al encarcelado? ¿Cuántos hacen estas cosas? Parece que la tórtola está dando a luz; pero no encuentra un nido para sí. ¿Cuántas cosas no hacen muchos herejes fuera de la Iglesia, no ponen a sus polluelos en el nido? Serán pisoteados y triturados; no serán guardados, no serán protegidos. En la persona de esta carne obradora se coloca una mujer por el apóstol Pablo, cuando dice: "Adán no fue engañado; pero la mujer, siendo engañada, incurrió en transgresión". Pues Adán consintió después a la mujer: porque la mujer fue engañada por la serpiente (Gén. 3, 6). Y ahora no puede ninguna mala persuasión sino primero mover el deseo de tu carne, al que si después consientes con la mente, cae también el gorrión: pero si se vencen los deseos de la carne, se retienen los miembros para buenas obras, se quitan las armas de la concupiscencia; y la tórtola comienza a tener polluelos. Por eso, ¿qué dice allí el Apóstol? "Pero se salvará engendrando hijos". ¿No será más bienaventurada la mujer viuda sin hijos, si persevera? (1 Cor. 7, 40) ¿Acaso no se salvará porque no da a luz hijos? ¿No será mejor la virgen de Dios? ¿Acaso no se salvará porque no tiene hijos? ¿O no pertenece a Dios? Por tanto, la mujer, que se toma como tipo de la carne, se salvará engendrando hijos, es

decir, si hace buenas obras. Pero no en cualquier lugar encuentra la tórtola un nido para sí, donde poner sus polluelos: en la verdadera fe, en la fe católica, en la sociedad de la unidad de la Iglesia dará a luz sus obras. Por eso, cuando el Apóstol hablaba de ella, añadió: "Pero se salvará engendrando hijos, si permanece en fe, amor y santificación, con sobriedad" (1 Tim. 2, 14-15). Permaneciendo, pues, en la fe, esa misma fe es el nido de tus polluelos. Pues por la debilidad de los polluelos de tu tórtola, el Señor se dignó proporcionarte de dónde hacer un nido: se revistió de la hierba de la carne, para venir a ti. En esta fe pon tus polluelos; en este nido obra tus obras. ¿Cuáles son los nidos, o cuál es el nido, sigue inmediatamente; "Tus altares, Señor de los ejércitos". Cuando dijo, "Y la tórtola encontró un nido para sí, donde poner sus polluelos"; como si preguntaras, ¿Qué nido? "Tus altares, Señor de los ejércitos, mi rey y mi Dios". ¿Qué significa, "mi rey y mi Dios"? Tú que me gobiernas, tú que me creaste.

8. [vers. 5.] Pero aquí está el nido, y aquí la peregrinación, y aquí el suspiro, y aquí la trilla, y aquí la presión, porque aquí está el lagar: ¿qué es lo que desea? ¿qué anhela? ¿a dónde va? ¿hacia dónde se dirige nuestro deseo? ¿hacia dónde nos lleva? Aquí, colocado, medita en aquello, colocado entre tentaciones, colocado entre presiones, colocado en los lagares, suspirando por las promesas celestiales; como si ya premeditara las futuras alegrías. "Bienaventurados", dice, "los que habitan en tu casa". ¿Por qué bienaventurados? ¿qué tendrán? ¿qué harán? Todos los que son llamados bienaventurados en la tierra, tienen algo y hacen algo. Ese hombre es bienaventurado, con tantas propiedades, tanta familia, tanto oro y plata: se le llama bienaventurado por tener. Es bienaventurado; ha alcanzado esos honores, el proconsulado, la prefectura: se le llama bienaventurado por hacer. Entonces, o por tener, o por hacer. Pero, ¿por qué son bienaventurados allí? ¿qué tendrán? ¿qué harán? ¿Qué tendrán, ya lo dije antes: "Bienaventurados los que habitan en tu casa". Si tienes tu casa, eres pobre: si tienes la casa de Dios, eres rico. En tu casa temerás a los ladrones; la casa de Dios tiene como muro al mismo Dios. Por tanto, bienaventurados los que habitan en tu casa. Poseen la Jerusalén celestial sin angustia, sin presión, sin diversidad y división de límites: todos la tienen, y cada uno la tiene toda. Grandes son esas riquezas. No estrecha el hermano al hermano; no hay allí indigencia. ¿Qué harán allí entonces? Pues toda acción humana tiene como madre la necesidad. Ya, hermanos, lo he dicho brevemente: recorran con la mente cualquier acción, vean si no la engendra la necesidad. Esas mismas artes memorables que parecen grandes en el socorro, los patrocinios de la lengua y las ayudas de la medicina; esas son en este siglo acciones excelentes: quita a los litigantes; ¿a quién ayuda el abogado? quita las heridas y enfermedades; ¿qué cura el médico? Y todas esas acciones nuestras para la vida cotidiana que se exigen y se hacen, vienen de la necesidad. Arar, sembrar, plantar, navegar; todas esas obras, ¿qué las engendra, sino la necesidad y la indigencia? Quita el hambre, la sed, la desnudez; ¿para quién son necesarias todas estas cosas? Estas mismas buenas obras que se nos mandan: pues estas que he mencionado, son honestas, pero de todos los hombres (excepto las obras pésimas de las que hablo, obras detestables, crímenes y delitos, homicidios, robos, adulterios; no las cuento entre las acciones humanas); hablo de estas honestas, no las engendra sino la necesidad de la fragilidad carnal. Estas mismas que he dicho que se nos mandan, "Parte tu pan con el hambriento": ¿a quién partes, donde nadie tiene hambre? "Acoge al pobre sin techo en tu casa": ¿a qué huésped acoges, donde todos viven en su patria? ¿a quién visitas enfermo, donde gozan de salud perpetua? ¿a quién reconcilias litigante, donde hay paz eterna? ¿a quién entierras muerto, donde siempre se vive? Por tanto, no harás nada de estas obras honestas de todos los hombres: no harás nada de estas buenas obras; porque esos polluelos de la tórtola ya volarán del nido. ¿Qué entonces? Ya dijiste qué tendremos: "Los que habitan en tu casa, son bienaventurados". Di también qué harán, porque no veo allí ninguna necesidad que me impulse a actuar. He aquí que ahora lo que hablo y discuto, lo engendra la necesidad. ¿Acaso habrá allí tal discusión, como la que enseña a los

ignorantes, como la que recuerda a los olvidadizos? ¿O acaso en esa patria se recitará el Evangelio, donde se contemplará la misma Palabra de Dios? Por tanto, porque dijo este deseoso y suspirante con nuestra voz, qué tendremos en esa patria a la que se suspira, y dijo, "Bienaventurados los que habitan en tu casa"; diga también qué haremos. "Por los siglos de los siglos te alabarán". Este será todo nuestro negocio, sin defecto, Aleluya. No os parezca, hermanos, que allí habrá fastidio: porque si ahora lo decís mucho tiempo, no aguantáis; de esa alegría os aparta la necesidad. Y porque no deleita tanto lo que no se ve; si con tanta alegría en esta presión y fragilidad de la carne alabamos lo que creemos, ¿cómo alabaremos lo que veremos? Cuando la muerte sea absorbida en victoria, cuando esto mortal se revista de inmortalidad, y esto corruptible se revista de incorrupción (1 Cor. 15, 53-54), nadie dirá, "He estado mucho tiempo"; nadie dirá, "He ayunado mucho, he velado mucho". Pues allí habrá gran estabilidad, y esa misma inmortalidad de nuestro cuerpo se suspenderá en la contemplación de Dios. Si ahora esta palabra que os damos, mantiene tanto tiempo la fragilidad de nuestra carne de pie; ¿qué nos hará esa alegría? ¿cómo nos cambiará? Pues seremos semejantes a Él, porque le veremos tal como es (1 Juan 3, 2). Ya semejantes a Él, ¿cuándo desfalleceremos? ¿a dónde nos apartaremos? Por tanto, estemos seguros, hermanos; no nos saciará la alabanza de Dios, el amor de Dios. Si desfalleces del amor, desfallecerás de la alabanza: pero si el amor será eterno, porque esa belleza insaciable será; no temas no poder alabar siempre, a quien siempre podrás amar. Por tanto, "Bienaventurados los que habitan en tu casa; por los siglos de los siglos te alabarán". A esta vida suspiremos.

9. [vers. 6, 7.] Pero, ¿cómo llegaremos allí? "Bienaventurado el hombre cuya ayuda es de ti, Señor". Entendió dónde estaba, porque por la fragilidad de su carne no podía volar a esa bienaventuranza: miró sus pesos; porque se dice en otro lugar, "El cuerpo que se corrompe, agrava el alma; y la morada terrena deprime el sentido que piensa en muchas cosas" (Sab. 9, 15). El espíritu llama hacia arriba, el peso de la carne llama hacia abajo: entre los dos esfuerzos de suspensión y peso hay una cierta lucha; y esa misma lucha pertenece a la presión del lagar. Escucha esa lucha expresada del lagar por el Apóstol; porque también él allí era triturado, allí era presionado: "Me deleito", dice, "en la ley de Dios según el hombre interior: pero veo otra ley en mis miembros, que lucha contra la ley de mi mente, y me lleva cautivo en la ley del pecado, que está en mis miembros". Gran lucha, y gran desesperación de escapar, a menos que venga en ayuda lo que sigue: "¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? La gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor" (Rom. 7, 22-25). Por tanto, también aquí en este salmo vio esas alegrías, las pensó en su mente: "Bienaventurados los que habitan en tu casa, Señor; por los siglos de los siglos te alabarán". Pero, ¿quién subirá allí? ¿qué hago con el peso de la carne? "Bienaventurados los que habitan en tu casa; por los siglos de los siglos te alabarán. Pues me deleito en la ley de Dios según el hombre interior". Pero, ¿qué hago? ¿cómo volaré? ¿cómo llegaré? Veo otra ley en mis miembros, que lucha contra la ley de mi mente. Dijo que era miserable, y dijo: "¿Quién me librará de este cuerpo de muerte, para que habite en la casa del Señor, y le alabe por los siglos de los siglos? ¿quién me librará? La gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor". Así como en las palabras del Apóstol a esa dificultad y casi inextricable lucha vino en ayuda lo que añadió, "La gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor"; así también aquí, cuando suspiraba con ardiente deseo en la casa de Dios y en esas alabanzas de Dios, considerando la pesadez de su cuerpo y la masa de su carne, y surgida una cierta desesperación, de nuevo despertó a la esperanza, y dijo: "Bienaventurado el hombre cuya ayuda es de ti, Señor".

10. ¿Qué, entonces, proporciona Dios en esta gracia, a aquel a quien ha tomado para llevar? Sigue, y dice: "Ascensiones en su corazón". Le hace escalones por los cuales suba. ¿Dónde le hace escalones? En el corazón. Cuanto más ames, tanto más subirás. "Ascensiones", dice, "en

su corazón dispuso". ¿Quién? Quien lo tomó: "Bienaventurado aquel cuya ayuda es de ti, Señor". Porque por sí mismo no puede, es necesario que tu gracia lo tome. ¿Y qué hace tu gracia? Dispone ascensiones en el corazón. ¿Dónde dispone ascensiones? En el corazón, en el valle de lágrimas. He aquí que tenéis el lagar, el valle de lágrimas: esas mismas lágrimas piadosas de los atribulados, son el mosto de los amantes. "Ascensiones en su corazón dispuso". ¿Dónde, entonces, dispuso? En el valle de lágrimas. Pues aquí dispuso ascensiones, en el valle de lágrimas; pues aquí se llora donde se siembra: "Iban, iban y lloraban, echando sus semillas" (Sal. 125, 6). Por tanto, que las ascensiones en tu corazón sean dispuestas por Dios por su gracia. Amando sube: de ahí se canta el Cántico de los grados. ¿Y dónde te dispuso estos ascensos? En el corazón, en el valle de lágrimas. Dijo dónde dispuso, lo que dispuso. ¿Qué dispuso? Ascensiones. ¿Dónde? Dentro, en el corazón. ¿En qué región, y como lugar de habitación? En el valle de lágrimas. ¿Para subir a dónde? Al lugar que dispuso. ¿Qué es esto, hermanos, "Al lugar que dispuso"? ¿Qué lugar diría que dispuso, si pudiera decirse? Se te ha dicho, "Ascensiones dispuso en el corazón, en el valle de lágrimas". ¿Preguntas a dónde? ¿Qué te dirá? Lo que ojo no vio, ni oído oyó, ni subió al corazón del hombre (1 Cor. 2, 9). Es una colina, es un monte, es una tierra, es un prado, cerca de todo esto se ha dicho ese lugar. Pero qué es por propiedad, no por similitud (pues ahora vemos por espejo en enigma qué es ese lugar, entonces veremos cara a cara [1 Cor. 13, 12]), ¿quién lo explicará? No busques, entonces, a dónde dispuso, "al lugar que dispuso". Él sabe a dónde, él sabe quién dispuso a dónde te llevará, de quien dispuso ascensiones en el corazón. ¿Qué? ¿temes subir, no sea que se equivoque quien te lleva? He aquí que en el valle de lágrimas dispuso ascensiones, "Al lugar que dispuso". Ya en ese lugar nos regocijaremos.

11. [vers. 8.] ¿Por qué, entonces, en el valle de lágrimas? ¿Y de qué valle de lágrimas llegaremos a ese lugar de alegría? Pues también dará bendición, dice, quien dio la ley. Nos afligió con la Ley, nos presionó con la Ley, nos mostró el lagar; vimos la presión, reconocimos la tribulación de nuestra carne, gemimos con el pecado rebelándose contra nuestra mente, clamamos, ¡Miserable de mí!: gemimos bajo la Ley; ¿qué queda, sino que dé bendición quien dio la Ley? Vendrá la gracia después de la Ley; esa es la bendición. ¿Y qué nos ha proporcionado esta gracia y bendición? «Caminarán de virtud en virtud.» Aquí, en efecto, por gracia se otorgan muchas virtudes: «A uno se le da por el Espíritu palabra de sabiduría, a otro palabra de ciencia, según el mismo Espíritu, a otro fe, a otro don de sanidades, a otro géneros de lenguas, a otro interpretación de palabras, a otro profecía» (I Cor. XII, 8-10). Muchas virtudes, pero necesarias aquí; y de estas virtudes vamos a la virtud. ¿Qué virtud? Cristo, la Virtud de Dios, y la Sabiduría de Dios (I Cor. I, 24). Él mismo da diversas virtudes en este lugar, quien por todas las virtudes necesarias en el valle de lágrimas y útiles dará una virtud, a sí mismo. Pues también las virtudes de nuestra vida activa se describen en cuatro por muchos, y se encuentran en la Escritura. Se llama prudencia, con la que distinguimos entre el bien y el mal. Se llama justicia, con la que damos a cada uno lo suyo; no debiendo nada a nadie, sino amando a todos (Rom. XIII, 8). Se llama templanza, con la que refrenamos las pasiones. Se llama fortaleza, con la que soportamos todas las molestias. Estas virtudes ahora en el valle de lágrimas se nos dan por la gracia de Dios: de estas virtudes vamos a aquella virtud. ¿Y cuál será esa virtud, sino la de la sola contemplación de Dios? No será necesaria allí esta prudencia, donde no habrá males que evitar. Pero, ¿qué pensamos, hermanos? No esta justicia, donde no habrá necesidad de nadie a quien debamos socorrer. No esta templanza, donde no habrá pasión que refrenar. No esta fortaleza, donde no habrá males que soportar. Por lo tanto, de estas virtudes de esta acción iremos a la virtud de aquella contemplación, con la que contemplemos a Dios: como está escrito, Por la mañana estaré ante ti, y contemplaré (Sal. V, 5). Y escucha que de las virtudes

de esta acción, iremos a aquella contemplación. Sigue allí, Irán de virtudes en virtud: ¿qué virtud? La de contemplar. ¿Qué es contemplar? Aparecerá el Dios de los dioses en Sion. Dios de los dioses, Cristo de los cristianos. ¿Cómo Dios de los dioses, Cristo de los cristianos? Yo dije, Sois dioses, y todos vosotros hijos del Altísimo (Sal. LXXXI, 6). Pues les dio potestad de ser hechos hijos de Dios (Juan I, 12), aquel en quien hemos creído, el hermoso esposo, que aquí por nuestra deformidad apareció deforme: porque lo vimos, dice, y no tenía apariencia ni hermosura (Is. LIII, 2). Terminada toda necesidad de mortalidad, tal como es Dios ante Dios, el Verbo ante el Padre, por quien todas las cosas fueron hechas, aparecerá a los puros de corazón: bienaventurados los puros de corazón, porque ellos verán a Dios (Mat. V, 8). Aparecerá el Dios de los dioses en Sion.

12. [vers. 9.] Y nuevamente este, desde la consideración de aquellos gozos, regresa a sus suspiros. Ve lo que ha anticipado con esperanza, y dónde aún está en realidad. Aparecerá entonces el Dios de los dioses en Sion: de esto nos alegraremos; a Él alabaremos por los siglos de los siglos. Pero aún ahora es tiempo de orar, tiempo de suplicar; y si algo de alegría, pero aún en esperanza: estamos en peregrinación, estamos en el valle de lágrimas. Por lo tanto, regresando al gemido de este lugar, dice, Señor Dios de los ejércitos, escucha mi oración; atiende, Dios de Jacob: porque también a Jacob lo hiciste Israel de Jacob. Pues Dios se le apareció, y fue llamado Israel (Gén. XXXII, 28), viendo a Dios. Escúchame, pues, Dios de Jacob, y hazme Israel. ¿Cuándo seré Israel? Cuando aparezca el Dios de los dioses en Sion.

13. [vers. 10.] Mira, oh Dios, nuestro protector. A la sombra de tus alas esperarán (Sal. XXXV, 8); por eso, Mira, oh Dios, nuestro protector. Y mira el rostro de tu Cristo. ¿Cuándo no mira Dios el rostro de su Cristo? ¿Qué significa, Mira el rostro de tu Cristo? Por el rostro nos damos a conocer: ¿qué significa, Mira el rostro de tu Cristo? Haz que tu Cristo sea conocido por todos. Mira el rostro de tu Cristo: que tu Cristo sea conocido por todos, para que podamos ir de virtudes en virtud, para que la gracia pueda sobreabundar, ya que abundó el pecado.

14. [vers. 11.] Porque mejor es un día en tus atrios que mil. Esos atrios son aquellos por los que suspiraba, en los que desfallecía. Mi alma desea y desfallece por los atrios del Señor: mejor es allí un día que mil días. Los hombres desean mil días, y quieren vivir mucho aquí: desprecien mil días, deseen un día, que no tiene amanecer ni ocaso; un día, el día eterno, al que no le sigue el ayer, al que no le urge el mañana. Ese único día debe ser deseado por nosotros. ¿Qué nos importan mil días? Vamos de mil días a un día, como vamos de virtudes en virtud.

15. Elegí ser despreciado en la casa del Señor, más que habitar en las tiendas de los pecadores. Pues este encontró el valle de lágrimas, encontró esta humildad de la que ascender: sabe que si quiere exaltarse, caerá; si se humilla, será levantado; eligió ser despreciado, para ser elevado. ¿Cuántos fuera de este tabernáculo del lagar del Señor, es decir, fuera de la Iglesia católica, queriendo ser exaltados, y amando sus honores, no quieren conocer la verdad? Si tuvieran en su corazón este verso, Elegí ser despreciado en la casa del Señor, más que habitar en las tiendas de los pecadores; ¿no despreciarían los honores, y correrían al valle de lágrimas, y desde allí encontrarían ascensos en el corazón, y desde allí irían de virtudes en virtud, poniendo su esperanza en Cristo, no en algún hombre desconocido? Buena voz, voz de alegría, voz a elegir: Elegí ser despreciado en la casa del Señor, más que habitar en las tiendas de los pecadores. Él eligió ser despreciado en la casa del Señor; pero aquel que invitó al banquete, al que elige el lugar inferior lo llama al superior,

y le dice, Sube (Luc. XIV, 10). Sin embargo, él no eligió sino estar en la casa del Señor, en cualquier lugar, pero no fuera del umbral.

16. [vers. 12.] ¿Por qué eligió ser despreciado en la casa del Señor, más que habitar en las tiendas de los pecadores? Porque Dios ama la misericordia y la verdad. El Señor ama la misericordia, con la que primero me socorrió: ama la verdad, para dar al creyente lo que prometió. Escucha la misericordia y la verdad en el apóstol Pablo, antes Saulo el perseguidor. Necesitaba misericordia, y dijo que se le hizo: «Que antes fui blasfemo, y perseguidor, e injurioso; pero alcancé misericordia, para que en mí mostrara Cristo Jesús toda su longanimidad para con los que habrían de creer en Él para vida eterna» (I Tim. I, 13, 16). Para que cuando Pablo recibiera el perdón de tantos crímenes, nadie desesperara de que se le pudieran perdonar cualesquiera pecados. He aquí tienes la misericordia. No quiso entonces Dios ejercer la verdad, para castigar al pecador. Pues si el pecador fuera castigado, ¿no sería verdad? ¿O se atrevería a decir, No debo ser castigado, quien no podría decir, No he pecado? Y si dijera, No he pecado: ¿a quién se lo diría? ¿a quién engañaría? Por lo tanto, primero el Señor le otorgó misericordia; después de la misericordia, la verdad. Escúchalo ya exigiendo la verdad. Primero, pues, dice: «Alcancé misericordia, que antes fui blasfemo, y perseguidor, e injurioso; pero por la gracia de Dios soy lo que soy» (I Cor. XV, 10). Después dice, cuando se acercaba a la pasión: «He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe; me está reservada la corona de justicia». Aquel que otorgó misericordia, guarda la verdad. ¿De dónde guarda la verdad? Que me dará el Señor en aquel día el justo juez (II Tim. IV, 7, 8). Concedió el perdón, devolverá la corona: es donador del perdón, deudor de la corona. ¿De dónde deudor? ¿Recibió algo? ¿A quién debe algo Dios? He aquí vemos que Pablo lo tiene como deudor, habiendo alcanzado misericordia, exigiendo la verdad: El Señor me dará, dice, en aquel día. ¿Qué te dará, sino lo que te debe? ¿De dónde te debe? ¿qué le diste? ¿Quién le dio primero, y se le retribuirá? (Rom. XI, 35). El Señor mismo se hizo deudor, no recibiendo, sino prometiendo: no se le dice, Devuelve lo que recibiste; sino, Devuelve lo que prometiste. Me otorgó misericordia, dice, para hacerme inocente: pues antes fui blasfemo e injurioso; pero por su gracia fui hecho inocente. ¿Aquel que otorgó misericordia, podrá negar la deuda? Ama la misericordia y la verdad. Gracia y gloria dará. ¿Qué gracia, sino de la que él mismo dijo, Por la gracia de Dios soy lo que soy? ¿Qué gloria, sino de la que él mismo dijo, Me está reservada la corona de justicia?

17. [vers. 13.] Por eso, dice, el Señor no privará de bienes a los que caminan en inocencia. ¿Por qué, entonces, hombres, no queréis mantener la inocencia, sino para tener bienes? No quiere mantener la inocencia, para que no le sea devuelto lo que se le asigna: quiere tener oro y pierde la inocencia. ¿Qué gana? ¿qué pierde? Tiene la ganancia del oro, ha sufrido la pérdida de la inocencia. ¿Hay algo más valioso que la inocencia? Pero si mantengo la inocencia, dice, seré pobre. ¿Son pocas riquezas la misma inocencia? Si tienes un cofre lleno de oro, serás rico: si tienes un corazón lleno de inocencia, ¿serás pobre? Pero he aquí deseando bienes, ahora en escasez, en tribulación, en el valle de lágrimas, en presión, en tentaciones, guarda la inocencia. Pues después será también tu bien lo que deseas; descanso, eternidad, inmortalidad, impasibilidad será después: esos son los bienes que Dios guarda para sus justos. Pues los bienes que ahora deseas como grandes, por los cuales quieres ser nocivo, y no inocente, observa quién los tiene, quién abunda en tales. Ves riquezas entre ladrones, entre impíos, entre criminales, entre deshonestos; ves riquezas entre los viles y malvados: Dios les da estas cosas por la comunión del género humano, por la abundante afluencia de su bondad; quien también hace salir su sol sobre buenos y malos, y hace llover sobre justos e injustos (Mat. V, 45). ¿Tanto da a los malos, y a ti no te guarda nada? ¿Es falso lo que te prometió? Guarda; ten confianza. ¿Quién tuvo misericordia de ti, cuando eras impío; te

abandonará, cuando te has hecho piadoso? ¿Quién al pecador le otorgó la muerte de su Hijo, qué guarda para el salvado por la muerte de su Hijo? Ten confianza, pues. Mantén al deudor, porque creíste en el prometedor. El Señor no privará de bienes a los que caminan en inocencia. Entonces, ¿qué nos queda aquí en el lagar, en la aflicción, en la dura realidad, en la vida presente peligrosa? ¿qué nos queda, para que lleguemos allí? Señor Dios de los ejércitos, bienaventurado el hombre que confía en ti.

EN EL SALMO LXXXIV COMENTARIO.

SERMON A LA GENTE.

1. Hemos suplicado al Señor nuestro Dios, para que nos muestre su misericordia, y nos dé su salvación. Esto se dijo en profecía, cuando estos Salmos se decían y escribían por primera vez: pero en cuanto a este tiempo, ya el Señor ha mostrado a las naciones su misericordia, y les ha dado su salvación. Él ciertamente lo ha mostrado; pero muchos no quieren ser sanados, para ver lo que ha mostrado. Pero porque Él mismo sana los ojos del corazón para ver, por eso cuando dijo, Muéstranos tu misericordia, como si muchos ciegos fueran a decir, ¿Cómo veremos, cuando comience a mostrar? añadió, Y danos tu salvación. Pues dando su salvación, sana en nosotros de donde podamos ver lo que muestra: no como el médico humano que cura, para mostrar esta luz a aquellos a quienes ha curado; y otra cosa es esta luz que va a mostrar, y otra cosa es el mismo médico que cura los ojos para que muestre la luz, que no es él mismo. No así el Señor nuestro Dios: pues Él es el médico que cura de donde podamos ver, y Él es la luz que podamos ver. Sin embargo, recorramos brevemente todo el Salmo, tanto como podamos, tanto como el Señor nos lo conceda, por la limitación del tiempo atentos.

2. [vers. 1.] Su título es, Al final, para los hijos de Coré, Salmo. No entendamos el final, sino como dice el Apóstol, Pues el fin de la Ley es Cristo, para justicia a todo creyente (Rom. X, 4). Por lo tanto, cuando primero en el título del Salmo puso, Al final; dirigió nuestro corazón a Cristo. Si a Él nos dirigimos, no erraremos; porque Él es la verdad a la que nos apresuramos, y Él es el camino por el que corremos (Juan XIV, 6). ¿Qué significa, hijos de Coré? Coré se interpreta del hebreo al latín como Calvo. Entonces, hijos de Coré, hijos del calvo. ¿Quién es este calvo? No para burlarnos de él, sino para llorar ante él. Pues algunos se burlaron, y fueron devastados por demonios: como en el libro de los Reyes los niños se burlaron del calvo Eliseo, y decían tras él, Calvo, calvo; salieron osos del bosque, y devoraron a los niños que se reían mal (IV Reg. II, 23, 24), y que debían ser llorados por sus padres. Este hecho significó proféticamente al Señor nuestro Jesucristo. Pues Él fue burlado por los judíos como calvo, porque en el lugar de la Calavera fue crucificado (Mat. XXVII, 31). Pero si creemos en Él, somos sus hijos. A nosotros, pues, se nos canta este salmo, donde se inscribe, hijos de Coré: pues somos hijos del esposo (Mat. IX, 15). Él es el esposo, dando la prenda a su esposa, su sangre y el Espíritu Santo, con lo que nos enriqueció mientras tanto en esta peregrinación; pero aún guarda para nosotros sus ocultas riquezas. Pues, ¿de dónde dio tal prenda, qué es lo que guarda?

3. [vers. 2.] Así que el Profeta le canta en futuro, y usa palabras como si ya fueran del pasado; como si fueran hechos, dice, lo que estaba por venir; porque para Dios incluso lo que está por venir, ya está hecho. Allí, pues, el Profeta veía lo que para nosotros era futuro, ya hecho en su providencia y predestinación certísima, como dice también en aquel salmo donde todos reconocen a Cristo; pues así se recita, como si se leyera el Evangelio: «Perforaron mis manos y mis pies, contaron todos mis huesos; ellos mismos me miraron y me observaron, dividieron mis vestiduras entre sí y sobre mi ropa echaron suertes» (Sal. XXI, 17-19). ¿Quién no, al leer el lector el Salmo, reconoce el Evangelio? Y sin embargo, cuando se decía en el Salmo, no se

dijo, Perforarán mis manos y mis pies; sino, perforaron mis manos y mis pies: ni se dijo, Contarán mis huesos; sino, contaron mis huesos: ni se dijo, Dividirán mis vestiduras; sino, dividieron mis vestiduras. Todas estas cosas que el Profeta veía como futuras, las indicaba como pasadas: así también aquí, Bendijiste, Señor, tu tierra; como si ya lo hubiera hecho.

4. Avertiste la cautividad de Jacob. Su antiguo pueblo, Jacob, el pueblo de Israel, nacido de la semilla de Abraham, sería en la promesa algún día heredero de Dios. Era, por tanto, aquel pueblo al que se le dio el Antiguo Testamento; pero en el Antiguo Testamento se prefiguraba el Nuevo Testamento: aquella era una figura, esta es la expresión de la verdad. En aquella figura, según una cierta preanunciación de lo futuro, se le dio a ese pueblo una tierra de promesa, en una región donde habitó el pueblo de los judíos; donde también está la ciudad de Jerusalén, cuyo nombre todos hemos oído. Así pues, cuando ese pueblo recibió esta tierra, sufría muchas molestias de sus enemigos vecinos que lo rodeaban: y cuando pecaba contra su Dios, era entregado en cautiverio; no para su destrucción, sino para su disciplina; no por un padre que condena, sino que castiga. Y cuando era poseído, era liberado, y muchas veces fue cautivado y liberado ese pueblo: y ahora está en cautiverio, y esto por el gran pecado de haber crucificado a su Señor. ¿Qué, pues, entendemos según estos, cuando dice: Avertiste la cautividad de Jacob? ¿Acaso entendemos aquí otro cautiverio del que todos deseamos ser liberados? Pues todos pertenecemos a Jacob, si pertenecemos a la semilla de Abraham. Esto es lo que dice el Apóstol: En Isaac será llamada tu semilla; es decir, no los hijos de la carne, estos son hijos de Dios, sino que los hijos de la promesa son contados como semilla (Rom. IX, 7, 8). Si los hijos de la promesa son contados como semilla, los judíos, al ofender a Dios, degeneraron; nosotros, al agradar a Dios, hemos sido hechos del linaje de Abraham, no perteneciendo a la carne, sino perteneciendo a la fe. Pues al imitar la fe, hemos sido hechos hijos: pero ellos, al degenerar de la fe, merecieron ser desheredados. Pues, para que sepáis que perdieron aquello que nacieron de Abraham, cuando se jactaban arrogantemente ante el Señor Jesucristo, gloriándose de la sangre y no de la vida, y decían al Señor: Nosotros tenemos por padre a Abraham; el Señor les dijo como a degenerados: Si sois hijos de Abraham, haced las obras de Abraham (Juan VIII, 39). Si, por tanto, ellos ya no son hijos porque no hacían las obras de Abraham; nosotros somos hijos porque hacemos las obras de Abraham. ¿Cuáles son las obras de Abraham que hacemos? Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia (Gén. XV, 6, y Gál. III, 6). Por tanto, todos pertenecemos a Jacob, imitando la fe de Abraham, quien creyó a Dios, y le fue contado por justicia. ¿Cuál es, entonces, ese cautiverio del que deseamos ser liberados? Pues creo que ninguno de nosotros está ahora entre los bárbaros, ni ha irrumpido alguna nación armada llevándonos cautivos. Pero ahora muestro un cierto cautiverio en el que gemimos, y del que deseamos ser liberados. Que salga el apóstol Pablo, que él lo diga; que sea él nuestro espejo, que él hable, y nos veamos allí: pues no hay nadie que no se reconozca aquí. Dice, por tanto, el bienaventurado apóstol: Me deleito en la ley de Dios según el hombre interior; dentro de mí me deleita la ley de Dios: pero veo otra ley en mis miembros, que lucha contra la ley de mi mente. Ya has oído la ley, has oído la lucha; aún no habías oído el cautiverio, escucha lo que sigue: Que lucha, dice, contra la ley de mi mente, y me lleva cautivo en la ley del pecado que está en mis miembros. Hemos reconocido el cautiverio: ¿quién de nosotros no desea ser liberado de este cautiverio? ¿Y de dónde será liberado? Pues esto mismo cantó el Salmo que sucedería: Avertiste la cautividad de Jacob. ¿A quién se lo dijo? A Cristo, por el Fin, por los hijos de Coré: pues él es quien avirtió la cautividad de Jacob. Escucha también al mismo Pablo confesando. Cuando decía que era llevado cautivo por la ley en sus miembros que luchaba contra la ley de su mente, exclamó bajo ese cautiverio, y dijo: ¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? Buscó quién sería, y de inmediato le vino a la mente: La

gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor (Rom. VII, 22-25). De esta gracia de Dios el Profeta dice a nuestro Señor Jesucristo: Avertiste la cautividad de Jacob. Prestad atención al cautiverio de Jacob, prestad atención porque esto es, Avertiste nuestra cautividad: no liberándonos de los bárbaros, en los que no hemos caído; sino liberándonos de las malas obras, de nuestros pecados, por los cuales Satanás nos dominaba. Pues si alguien ha sido liberado de sus pecados, no tiene de qué el príncipe de los pecadores pueda dominarlo.

5. [vers. 3, 4.] ¿Cómo, pues, avirtió la cautividad de Jacob? Ved que esta liberación es espiritual, ved que se realiza en el interior: Remitiste, dice, la iniquidad de tu pueblo; cubriste todos sus pecados. He aquí de dónde avirtió la cautividad, porque remitió la iniquidad: la iniquidad mantenía cautivo, remitida la iniquidad eres liberado. Confiesa, pues, que estás en cautiverio, para que seas digno de ser liberado: pues quien no ha comprendido a su enemigo, ¿cómo invocará al libertador? Cubriste todos sus pecados. ¿Qué significa, cubriste? Que no los vieras. ¿Qué significa, que no los vieras? Que no los vengaras. No quisiste ver nuestros pecados; y por eso no los viste, porque no quisiste verlos: Cubriste todos sus pecados. Apaciguaste toda tu ira; apartaste de nosotros la indignación de tu ira.

6. [vers. 5.] Y puesto que estas cosas se dicen del futuro, aunque las palabras suenen en pasado; sigue, y dice: Conviértenos, Señor, de nuestras enfermedades. Lo que ahora narraba como si ya hubiera sucedido, ¿cómo ora para que suceda; sino porque quiso mostrar que las palabras pasadas las decía en profecía? Pero que aún no ha sucedido lo que decía ya hecho, lo muestra aquí, porque ora para que suceda: «Conviértenos, Señor, de nuestras enfermedades; y aparta tu ira de nosotros.» ¿No decías hace un momento, «Avertiste la cautividad de Jacob; cubriste todos sus pecados: apaciguaste toda tu ira; apartaste de nosotros la indignación de tu ira?» ¿Cómo aquí, «Y aparta tu ira de nosotros?» Te responde el Profeta: Digo aquellas cosas como hechas, porque veo el futuro; pero como aún no están hechas, oro para que vengan, las que ya he visto. Aparta tu ira de nosotros.

7. [vers. 6.] No te enojes con nosotros para siempre. Pues por la ira de Dios somos mortales, y por la ira de Dios en esta tierra comemos el pan con escasez y sudor de nuestro rostro. Esto escuchó Adán cuando pecó (Gén. III, 19); y aquel Adán éramos todos nosotros, porque en Adán todos mueren: lo que él escuchó, nos siguió a nosotros. Pues ya no éramos nosotros, sino que estábamos en Adán: por eso todo lo que le sucedió a Adán, nos siguió a nosotros, para que muriéramos; todos estábamos en él. Pues los pecados de los padres no afectan a los hijos, que los padres cometen ya nacidos los hijos: pues ya nacidos los hijos pertenecen a sí mismos, y los padres a sí mismos. Así que aquellos que nacen, si siguen los malos caminos de sus padres, necesariamente cargarán con sus méritos: pero si se cambian a sí mismos, y no imitan a los malos padres, comienzan a tener su propio mérito, no el mérito de sus padres. Pero lo que nuestra raíz recibió para esta mortalidad, lo llevó de Adán. ¿Qué llevó? Esta fragilidad de la carne, este tormento de dolores, esta casa de pobreza, este vínculo de muerte, y las trampas de las tentaciones: llevamos todo esto en esta carne; y esto es la ira de Dios, porque es la venganza de Dios. Pero porque estaba destinado a que fuéramos regenerados, y creyendo fuéramos hechos nuevos, y en la resurrección toda esa mortalidad fuera consumida, y la novedad de todo el hombre fuera restaurada; pues así como en Adán todos mueren, así también en Cristo todos serán vivificados (I Cor. XV, 22): viendo esto el Profeta dice: No te enojes con nosotros para siempre, ni extiendas tu ira de generación en generación. Fue la primera generación mortal de tu ira; será la otra generación inmortal de tu misericordia.

8. [vers. 7.] ¿Qué, pues? ¿te has concedido esto a ti mismo, oh hombre, para que porque te convertiste a Dios, merecieras su misericordia; y aquellos que no se convirtieron, no obtuvieron misericordia, sino que encontraron ira? ¿Qué, pues, para que te convirtieras,

podrías, si no fueras llamado? ¿No fue él quien te llamó estando apartado, quien te concedió que te convirtieras? No te atribuyas, pues, ni siquiera esa conversión; porque si él no te llamara huyendo, no podrías convertirte. Por eso, atribuyendo el beneficio de la conversión a Dios, el Profeta ora por esto, y dice: Dios, tú que conviertes, nos vivificarás. Y no como si nosotros mismos por nuestra propia voluntad sin tu misericordia nos convertimos a ti, y tú nos vivificarás: sino, tú que conviertes, nos vivificarás; para que no solo nuestra vivificación sea de ti, sino también la misma conversión para que seamos vivificados. Dios, tú que conviertes, nos vivificarás; y tu pueblo se alegrará en ti. Se alegrará en su mal en sí mismo; se alegrará en su bien en ti. Pues cuando quiso tener alegrías de sí mismo, encontró llanto en sí mismo: ahora bien, porque toda nuestra alegría es Dios, quien quiere alegrarse seguro, que se alegre en aquel que no puede perecer. ¿Qué, pues, hermanos míos, queréis alegraros en la plata? O la plata perece, o tú; y nadie sabe qué primero: sin embargo, es cierto que ambos perecerán; qué primero, es incierto. Pues ni el hombre puede permanecer aquí para siempre, ni la plata puede permanecer aquí para siempre; así el oro, así la vestidura, así la casa, así el dinero, así las amplias propiedades, así finalmente esta luz. No quieras, pues, alegrarte en estas cosas: sino alégrate en aquella luz que no tiene ocaso; alégrate en aquella luz que no es precedida por el día de ayer, ni seguida por el de mañana. ¿Qué es esta luz? Yo soy, dice, la luz del mundo (Juan VIII, 12). Quien te dice, Yo soy la luz del mundo, te llama a sí mismo. Cuando te llama, te convierte; cuando te convierte, te sana; cuando te ha sanado, verás a tu convertidor, a quien se dice, Y tu pueblo se alegrará en ti.

9. [vers. 8.] Muéstranos, Señor, tu misericordia. Esto es lo que hemos cantado, y ya hemos dicho de esto. Muéstranos, Señor, tu misericordia; y danos tu salvación; tu salvación, tu Cristo. Feliz es aquel a quien Dios muestra su misericordia. Él es quien no puede enorgullecerse, a quien Dios muestra su misericordia. Pues mostrándole su misericordia, le persuade de que todo lo bueno que tiene el hombre, no lo tiene sino de aquel que es todo nuestro bien. Y cuando el hombre ve que todo lo bueno que tiene no lo tiene de sí mismo, sino de su Dios; ve que todo lo que en él se alaba, es de la misericordia de Dios, no de sus méritos: y viendo esto no se enorgullece, no enorgulleciéndose no se exalta, no exaltándose no cae, no cayendo permanece, permaneciendo se adhiere, adhiriéndose permanece, permaneciendo disfruta, y se alegra en el Señor su Dios. Sus delicias serán él mismo que lo hizo; y esas delicias nadie las corrompe, nadie las interrumpe, nadie las quita. ¿Quién poderoso amenazará con quitártelas? ¿Qué vecino malo, qué ladrón, qué emboscador te quita a Dios? Y puede quitarte todo lo que posees corporalmente, no te quita a aquel que posees en el corazón. Esa es la misericordia, que ojalá Dios nos muestre, Muéstranos, Señor, tu misericordia; y danos tu salvación: danos tu Cristo: en él está tu misericordia. Digámosle también nosotros: Danos tu Cristo. Ya nos ha dado su Cristo: sin embargo, aún le decimos, Danos tu Cristo; porque le decimos, Danos hoy nuestro pan de cada día (Mat. VI, 11). ¿Y quién es nuestro pan, sino él mismo que dijo, Yo soy el pan vivo que descendió del cielo (Juan VI, 41)? Digámosle: Danos tu Cristo. Pues nos dio su Cristo, pero como hombre: aquel que nos dio como hombre, él mismo nos lo dará como Dios. Pues a los hombres dio al hombre; porque tal lo dio a los hombres como podía ser captado por los hombres: pues a Dios Cristo ningún hombre podía captarlo. Se hizo hombre para los hombres, se reservó como Dios para los dioses. ¿Acaso dije esto con arrogancia? Realmente con arrogancia, si él mismo no hubiera dicho: Yo dije, dioses sois, y todos vosotros hijos del Altísimo (Sal. LXXXI, 6; y Juan X, 34). A esa adopción somos renovados, para que seamos hechos hijos de Dios. Ya lo somos, pero por la fe: somos en esperanza, aún no somos en realidad. «Porque en esperanza fuimos salvados,» como dice el Apóstol. «Pero la esperanza que se ve, no es esperanza: pues lo que uno ve, ¿cómo lo espera? Pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos» (Rom. VIII, 24, 25). ¿Qué, pues, aguardamos con paciencia, sino ver lo que

creemos? Pues ahora creemos lo que no vemos: permaneciendo en lo que creemos sin ver, mereceremos ver lo que creemos. Por eso Juan en su Epístola, ¿qué dice? Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que seremos. ¿Quién no se regocijaría, si de repente se le dijera a alguien peregrino y desconocedor de su linaje, sufriendo alguna escasez, y en aflicción y trabajo, que es hijo de un senador; que su padre goza de un amplio patrimonio en su tierra; que lo llama de regreso a su padre? ¿Con qué alegría se regocijaría, si esto no lo dijera un prometedor engañoso? Viene, pues, un apóstol de Cristo no engañoso, y dice: ¿Qué es lo que desesperáis de vosotros? ¿Qué es lo que os afligís, y os consumís en tristeza? ¿Qué es lo que siguiendo vuestras concupiscencias, queréis consumiros en la escasez de estas voluptuosidades? Tenéis un padre, tenéis una patria, tenéis un patrimonio. ¿Quién es este padre? «Amados, ahora somos hijos de Dios.» ¿Por qué, entonces, aún no vemos a nuestro padre? Porque «aún no se ha manifestado lo que seremos.» Ya somos, pero en esperanza: pues «lo que seremos, aún no se ha manifestado.» ¿Y qué seremos? «Sabemos,» dice, «que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como es» (I Juan III, 2). Pero esto lo dijo del Padre, ¿acaso no seremos bienaventurados viendo al Padre, no al Hijo? Escucha al mismo Cristo: Quien me ha visto, ha visto al Padre. Pues cuando se ve a un solo Dios, se ve a la Trinidad, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Escucha más claramente que la visión del mismo Hijo nos otorgará bienaventuranza, y no hay diferencia entre la visión de él y la visión del Padre. Él dice en el Evangelio: Quien me ama, guarda mis mandamientos, y yo lo amaré, y me manifestaré a él (Juan XIV, 9, 21). Les hablaba a ellos, y decía, me manifestaré a él. ¿Por qué? ¿No era él quien hablaba? Pero la carne veía carne; la divinidad el corazón no veía. Pero para esto la carne vio carne, para que por la fe el corazón se purificara, de donde Dios sería visto. Pues se ha dicho del Señor, Purificando sus corazones por la fe (Hechos XV, 9): y el Señor dijo, Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios (Mat. V, 8). Por tanto, nos prometió mostrarse a nosotros. ¿Cuál es su belleza, hermanos, pensad? Todas estas cosas bellas que veis, que amáis, él las hizo. Si estas son bellas, ¿qué es él? Si estas son grandes, ¿cuán grande es él? Por tanto, de estas cosas que aquí amamos, deseemos más a él; y despreciando estas cosas, amémoslo a él: para que con ese mismo amor por la fe purifiquemos el corazón, y nuestro corazón purificado encuentre su visión. La luz que se nos mostrará, debe encontrarnos sanos: esto es lo que ahora hace la fe. Esto, pues, aquí hemos dicho. Y danos tu salvación: danos tu Cristo, conozcamos tu Cristo, veamos tu Cristo; no como lo vieron los judíos, y lo crucificaron, sino como lo ven los ángeles, y se alegran.

10. [vers. 9.] Escucharé lo que hablará en mí el Señor Dios. Dijo el profeta. Dios hablaba en él internamente, y el mundo le hacía ruido externamente. Conteniendo, por tanto, un poco el ruido del mundo, y volviéndose hacia sí mismo, y de sí mismo hacia aquel cuya voz escuchaba internamente; como tapándose el oído contra la inquietud tumultuosa de esta vida, y contra el alma agobiada por el cuerpo que se corrompe, y el sentido deprimido por la morada terrenal que piensa en muchas cosas (Sab. IX, 15), dijo: Escucharé lo que hablará en mí el Señor Dios: y escuchó, ¿qué? Que hablará paz a su pueblo. La voz de Cristo, la voz de Dios es paz, llama a la paz. Ea, dice, quienes aún no estáis en paz, amad la paz: ¿qué mejor podéis encontrar en mí que la paz? ¿Qué es la paz? Donde no hay guerra. ¿Qué es donde no hay guerra? Donde no hay contradicción, donde nada resiste, nada es adverso. Ved si ya estamos allí; ved si ya no hay conflicto con el diablo, ved si no todos los santos y fieles luchan con el príncipe de los demonios. ¿Y cómo luchan con él, a quien no ven? Luchan con sus concupiscencias, a las que él sugiere pecados: y no consintiendo lo que sugiere, aunque no son vencidos, sin embargo, combaten. Aún no hay paz, donde hay lucha. O dadme un hombre que no sufra tentación en su carne, para que pueda decirme que ya hay paz. Quizás

no sufre tentación en placeres ilícitos, al menos sufre las sugestiones mismas: o se le sugiere lo que rechaza, o le deleita de lo que se contiene. Pero he aquí que ya nada ilícito le deleita; al menos lucha contra el hambre y la sed diariamente: ¿quién justo está exento de esto? Lucha, por tanto, el hambre y la sed, lucha contra nosotros el cansancio de la carne, lucha el deleite del sueño, lucha la opresión. Queremos vigilar; dormimos: queremos ayunar; tenemos hambre y sed: queremos estar de pie; nos fatigamos: buscamos sentarnos; si también esto hacemos por mucho tiempo, nos agotamos. Cualquier cosa que nos proveamos para la restauración, allí nuevamente encontramos el agotamiento. ¿Tienes hambre?, te dice alguien. Respondes, Tengo hambre. Te pone comida delante; la puso para la restauración: persevera en lo que puso; ciertamente querías restaurarte, haz esto siempre; haciendo esto, en lo que habías aplicado para la restauración, allí encuentras el cansancio. Estabas fatigado de tanto estar sentado; te levantas, te restauras caminando: persevera en lo que te restauras, de tanto caminar te cansas; buscas sentarte de nuevo. Encuéntrame algo de lo que te restaures, donde no, si perseveras, nuevamente te agotes. ¿Qué clase de paz es esta, que tienen aquí los hombres con tantas molestias, deseos, necesidades, cansancios resistiendo? No es esta la verdadera, no es la paz perfecta. ¿Cuál será la paz perfecta? «Es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad: entonces se cumplirá la palabra que está escrita, Absorbida es la muerte en victoria. ¿Dónde está, muerte, tu aguijón? ¿Dónde está, muerte, tu contienda?» (I Cor. XV, 53-55). Pues donde aún hay mortalidad, ¿cómo hay paz plena? En efecto, de la muerte viene este cansancio, que encontramos en todas nuestras restauraciones. Es de la muerte, porque llevamos un cuerpo mortal; que el Apóstol llama muerto incluso antes de la disolución del alma: «El cuerpo, en verdad, está muerto a causa del pecado» (Rom. VIII, 10). Pues si perseveras en lo que te restauras, también morirás. Persevera comiendo mucho; eso mismo te matará: persevera ayunando mucho; de eso morirás: siéntate siempre, sin querer levantarte; de eso morirás: camina siempre, sin querer descansar; de eso morirás: vigila siempre, sin querer dormir; de eso morirás: duerme siempre, sin querer vigilar; de eso morirás. Cuando, por tanto, la muerte sea absorbida en victoria, no habrá estas cosas; y habrá paz plena y eterna. Estaremos en cierta ciudad: hermanos, cuando hablo de ella, no quiero terminar, y más cuando los escándalos se multiplican. ¿Quién no deseará esa ciudad, de donde no sale amigo, a donde no entra enemigo, donde no hay tentador, ni sedicioso, ni quien divida al pueblo de Dios, ni quien fatigue a la Iglesia en el ministerio del diablo; cuando el mismo príncipe de ellos es enviado al fuego eterno, y aquellos que con él consienten, y no quieren apartarse de él? Habrá, por tanto, paz purificada en los hijos de Dios, todos amándose, viéndose llenos de Dios, cuando Dios sea todo en todos (I Cor. XV, 28). Tendremos a Dios como espectáculo común; tendremos a Dios como posesión común; tendremos a Dios como paz común. Pues lo que ahora nos da, él mismo será para nosotros en lugar de todo lo que da: esa será la paz perfecta y plena. Esto habla a su pueblo; esto quería escuchar aquel que dijo: «Escucharé lo que hablará en mí el Señor Dios; porque hablará paz a su pueblo, y sobre sus santos, y en aquellos que convierten su corazón a él.» Ea, hermanos, ¿queréis que os pertenezca esa paz que habla Dios? Convertid vuestro corazón a él; no a mí, ni a aquel, ni a ningún hombre. Pues quienquiera que sea el hombre que quiera convertir a sí los corazones de los hombres, cae con ellos. ¿Qué es mejor, caer con aquel a quien te conviertes, o estar firme con aquel con quien te conviertes? Nuestro gozo, nuestra paz, nuestro descanso, el fin de todas las molestias, no es sino Dios: bienaventurados los que convierten su corazón a él.

11. [vers. 10.] Sin embargo, cerca de los que le temen está su salvación. Había algunos que ya le temían en el pueblo de los judíos. Por todas las tierras en todas partes se adoraban ídolos; se temían demonios, no a Dios: en ese pueblo se temía a Dios. Pero, ¿por qué se temía? En el Antiguo Testamento se temía, no fuera que los entregara en cautiverio, no fuera que les

quitara la tierra, no fuera que con granizo golpeara sus viñas, no fuera que hiciera estériles a sus esposas, no fuera que les quitara a sus hijos. Pues estas promesas carnales de Dios aún sostenían a las almas pequeñas, y por estas cosas se temía a Dios: pero estaba cerca de aquellos que al menos por estas cosas le temían. El pagano pedía tierra al diablo; el judío pedía tierra a Dios: era lo mismo lo que pedían; pero no era el mismo de quien lo pedían. Pidiendo este lo que pedía el pagano, sin embargo, se distinguía del pagano, porque lo pedía de aquel que había hecho todo. Y estaba cerca de ellos Dios, que estaba lejos de las naciones; sin embargo, miró tanto a los que estaban lejos como a los que estaban cerca, como dice el Apóstol: «Y viniendo, evangelizó paz a vosotros que estabais lejos, y paz a los que estaban cerca» (Efes. II, 17). ¿A quiénes llamó los que estaban cerca? A los judíos, porque adoraban a un solo Dios. ¿A quiénes llamó los que estaban lejos? A las naciones, porque habían abandonado a aquel por quien fueron hechos, y adoraban lo que ellos mismos habían hecho. Pues no es por regiones que alguien está lejos de Dios, sino por afectos. Amas a Dios, estás cerca; odias a Dios, estás lejos. Estando en un mismo lugar, estás cerca y estás lejos. Por tanto, hermanos, el profeta miró estas cosas: aunque vio la misericordia general de Dios sobre todos; sin embargo, vio algo especial y propio en el pueblo judío, y dijo: Sin embargo. Escucharé lo que hablará en mí el Señor Dios; porque hablará paz a su pueblo: y su pueblo no será solo el judío, sino que se recogerá de todas las naciones; porque sobre sus santos hablará paz, y en aquellos que convierten su corazón a él, y todos los que convertirán su corazón a él de todo el orbe de la tierra. Sin embargo, cerca de los que le temen está su salvación, para que habite la gloria en nuestra tierra: es decir, en esa tierra en la que nació el profeta, habite una gloria mayor; porque de allí comenzó a predicarse Cristo. De allí los apóstoles, y allí primero enviados: de allí los profetas, allí primero el templo, allí se sacrificaba a Dios, allí los patriarcas, allí mismo también vino del linaje de Abraham, allí se manifestó Cristo, allí apareció Cristo: de allí la virgen María, que dio a luz a Cristo. Allí caminó con sus pies, allí hizo maravillas. Finalmente, tanto honor le dio a ese pueblo, que cuando una mujer cananea le interpeló buscando la salvación para su hija, le dijo: «No he sido enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel» (Mat. XV, 24). Esto, por tanto, viendo el profeta, dijo: Sin embargo, cerca de los que le temen está su salvación, para que habite la gloria en nuestra tierra.

12. [vers. 11.] Misericordia y verdad se encontraron. Verdad en nuestra tierra desde la perspectiva de los judíos, misericordia en la tierra de los gentiles. ¿Dónde está la verdad? Donde estaban los oráculos de Dios. ¿Dónde está la misericordia? En aquellos que habían abandonado a su Dios, y se habían vuelto a los demonios. ¿Acaso también a ellos los despreció? Como si dijera: Llama también a estos fugitivos lejanos, que se han alejado mucho de mí; llámalos, que me encuentren buscándolos, porque ellos no querían buscarme. Por tanto, Misericordia y verdad se encontraron; justicia y paz se besaron. Haz justicia, y tendrás paz; para que justicia y paz se besen. Pues si no amas la justicia, no tendrás paz: porque estas dos cosas se aman, justicia y paz, y se besan; para que quien haga justicia, encuentre la paz besando a la justicia. Son dos amigas; quizás tú quieres una, y no haces la otra: pues no hay nadie que no quiera la paz; pero no todos quieren obrar la justicia. Pregunta a todos los hombres: ¿Quieres paz? Con una sola voz te responde todo el género humano: Lo deseo, lo anhelo, lo quiero, lo amo. Ama también la justicia; porque justicia y paz son amigas; ellas se besan: si no amas a la amiga de la paz, la misma paz no te amará, ni vendrá a ti. Pues, ¿qué gran cosa es desear la paz? Cualquier malvado desea la paz. Pues la paz es una cosa buena. Pero haz justicia; porque justicia y paz se besan, no litigan. ¿Por qué litigas tú con la justicia? He aquí que la justicia te dice, No robes; y no escuchas: No cometas adulterio; no quieres escuchar: No hagas a otro lo que no quieres que te hagan a ti, no digas a otro lo que no quieres que te digan a ti. Eres enemigo de mi amiga, te dice la paz; ¿por qué

me buscas? Soy amiga de la justicia, a quienquiera que encuentre enemigo de mi amiga, no me acerco a él. ¿Quieres, por tanto, venir a la paz? Haz justicia. Por eso otro salmo te dice: «Apártate del mal, y haz el bien» (esto es amar la justicia); y cuando ya te hayas apartado del mal, y hayas hecho el bien, «busca la paz, y síguela» (Sal. XXXIII, 15). Pues ya no la buscarás mucho tiempo, porque ella misma te saldrá al encuentro, para besar la justicia.

13. [vers. 12.] La verdad brotó de la tierra, y la justicia miró desde el cielo. La verdad brotó de la tierra: Cristo nació de una mujer. La verdad brotó de la tierra: el Hijo de Dios salió de la carne. ¿Qué es la verdad? El Hijo de Dios. ¿Qué es la tierra? La carne. Pregunta de dónde nació Cristo, y verás que la verdad brotó de la tierra. Pero esta verdad que brotó de la tierra, existía antes de la tierra, y por ella se hizo el cielo y la tierra; pero para que la justicia mirara desde el cielo, es decir, para que los hombres fueran justificados por la gracia divina, la verdad nació de María virgen; para que pudiera ofrecer por ellos un sacrificio, el sacrificio de la pasión, el sacrificio de la cruz. ¿Y de dónde ofrecería sacrificio por nuestros pecados, si no muriera? ¿Y cómo moriría, si no tomara de nosotros donde morir? Es decir, si no tomara de nosotros carne mortal, Cristo no podría morir; porque el Verbo no muere, la divinidad no muere, la Virtud y Sabiduría de Dios no muere. ¿Cómo ofrecería sacrificio, víctima saludable, si no muriera? ¿Y cómo moriría, si no se revistiera de carne? ¿Cómo se revestiría de carne, si la verdad no brotara de la tierra? La verdad brotó de la tierra, y la justicia miró desde el cielo.

14. Podemos decir aquí otro sentido. La verdad brotó de la tierra: confesión del hombre. Pues eras pecador. Oh tierra, que cuando pecaste, escuchaste, «Tierra eres, y a la tierra volverás» (Gén. III, 19), brote de ti la verdad, para que la justicia mire desde el cielo. ¿Cómo brota de ti la verdad, siendo tú pecador, siendo tú iniquo? Confiesa tus pecados, y brotará de ti la verdad. Pues si siendo iniquo, dices que eres justo, ¿cómo brotaría de ti la verdad? Pero si siendo iniquo, dices que eres iniquo; la verdad brotó de la tierra. Atiende a aquel publicano lejos del fariseo en el templo orando, que ni siquiera se atrevía a levantar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo, «Señor, sé propicio a mí, pecador»: he aquí la verdad brotó de la tierra, porque la confesión de los pecados fue hecha por el hombre. ¿Qué sigue entonces? En verdad os digo, que descendió justificado aquel publicano más que aquel fariseo: porque todo el que se exalta, será humillado; y el que se humilla, será exaltado (Luc. XVIII, 13, 14). La verdad brotó de la tierra, en la confesión de los pecados; y la justicia miró desde el cielo, para que descendiera justificado aquel publicano más que aquel fariseo. Pues para que sepáis que la verdad se refiere a la confesión de los pecados, dice el evangelista Juan: «Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros». ¿Cómo, pues, la verdad brota de la tierra, para que la justicia mire desde el cielo, escucha a aquel que sigue diciendo: «Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo, para perdonarnos los pecados, y limpiarnos de toda iniquidad» (I Juan I, 8, 9). La verdad, por tanto, brotó de la tierra, y la justicia miró desde el cielo. ¿Qué justicia miró desde el cielo? Como si Dios dijera: Perdonemos a este hombre, porque él mismo no se perdonó; perdonemos, porque él mismo reconoce. Se ha vuelto a castigar su pecado; me volveré yo también a él para liberarlo. La verdad brotó de la tierra, y la justicia miró desde el cielo.

15. [vers. 13.] Pues el Señor dará dulzura, y nuestra tierra dará su fruto. Queda un verso, pido que no sea tedioso lo que voy a decir. Atended a una cosa necesaria, hermanos míos; atended, percibid, llevad con vosotros, y que no sea vano el semen de Dios en vuestros corazones. La verdad, dice, brotó de la tierra, confesión de los pecados por el hombre; y la justicia miró desde el cielo, es decir, la justificación dada por el Señor Dios al que confiesa, para que él mismo reconozca que siendo impío no puede hacerse piadoso, a menos que lo haga aquel a quien confiesa, creyendo en aquel que justifica al impío (Rom. IV, 5). Por tanto, puedes tener

tus pecados; no tendrás buen fruto, a menos que lo dé aquel a quien confiesas. Por eso, cuando dijo, La verdad brotó de la tierra, y la justicia miró desde el cielo; como si se le dijera, ¿Qué es lo que dijiste, La justicia miró desde el cielo? Pues el Señor dará dulzura y nuestra tierra dará su fruto. Miremos, por tanto, a nosotros mismos; y si no encontramos nada en nosotros sino pecados, odiemos los pecados, y deseemos la justicia. Pues cuando comencemos a odiar los pecados, ya ese mismo odio a los pecados comienza a hacernos semejantes a Dios; porque odiamos lo que Dios odia. Por tanto, cuando comiences a odiar los pecados y a confesar a Dios, cuando las deleitaciones ilícitas te arrastren y te lleven a lo que no te aprovecha, gime a Dios: y confesándole tus pecados, merecerás de él la deleitación, y te dará la dulzura de hacer justicia, para que comience a deleitarte la justicia, a quien primero deleitaba la iniquidad; para que quien primero se alegraba en la embriaguez, se alegre en la sobriedad; y quien primero se alegraba de los robos, para quitarle al hombre lo que no tenía, busque dar al que no tiene lo que tenía; y a quien le deleitaba robar, le deleite dar; a quien le deleitaba mirar, le deleite orar; a quien le deleitaban los cantos vanos y adulterinos, le deleite decir himnos a Dios; correr a la iglesia, quien primero corría al teatro. ¿De dónde nació esta dulzura, sino porque el Señor dará dulzura, y nuestra tierra dará su fruto? Pues ved lo que digo: he aquí que os hemos hablado la palabra de Dios, hemos sembrado la semilla en corazones devotos, encontrando vuestros pechos surcados como por el arado de la confesión; con devoción e intención habéis recibido la semilla, meditad en la palabra que habéis escuchado, como rompiendo los terrones, para que no se lleven las aves la semilla, para que pueda germinar lo que se ha sembrado; y si Dios no llueve, ¿de qué sirve lo que se siembra? Esto es, el Señor dará dulzura, y nuestra tierra dará su fruto. Pues él con sus visitas, en el ocio, en el negocio, en casa, en el lecho, en el banquete, en la conversación, en el paseo visite vuestros corazones, donde nosotros no estamos. Venga la lluvia de Dios, y fructifique lo que allí se ha sembrado; y donde no estamos nosotros, y descansamos seguros, o hacemos otra cosa, Dios dé el incremento a las semillas que hemos sembrado, para que viendo después vuestras buenas costumbres, también nos alegremos del fruto: Porque el Señor dará dulzura, y nuestra tierra dará su fruto.

16. [vers. 14.] La justicia irá delante de él, y pondrá en el camino sus pasos. Esa justicia es la que se encuentra en la confesión de los pecados: pues la verdad misma es. Debes ser justo contigo mismo, para castigarte: esa es la primera justicia del hombre, para castigarte a ti mismo por el mal, y que Dios te haga bueno. Porque esa es la primera justicia del hombre, se convierte en el camino para Dios, para que Dios venga a ti: allí hazle camino, en la confesión de los pecados. Por eso también Juan, cuando bautizaba en el agua del arrepentimiento, y quería que vinieran a él los penitentes por sus acciones pasadas, decía: Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas (Mat. III, 3). Te complacías en tus pecados, oh hombre; desagrada lo que eras, para que puedas ser lo que no eras. Preparad el camino del Señor: preceda esa justicia, para que confieses tus pecados: él vendrá y te visitará, porque pondrá en el camino sus pasos; ya hay donde ponga sus pasos, ya hay donde venga a ti. Pero antes de que confesaras tus pecados, habías cerrado el camino de Dios hacia ti; no había por dónde venir a ti. Confiesa tu vida, y abres el camino; y vendrá Cristo, y pondrá en el camino sus pasos, para formarte con sus huellas.

EN LA EXPLICACIÓN DEL SALMO LXXXV.

SERMON.

1. Ningún don mayor podría dar Dios a los hombres, que hacer de su Verbo, por el cual creó todas las cosas, su cabeza, y unirlos a él como miembros; para que fuera Hijo de Dios e hijo

del hombre, un solo Dios con el Padre, un solo hombre con los hombres: para que cuando hablemos a Dios suplicando, no separemos de allí al Hijo; y cuando el cuerpo del Hijo ore, no separe de sí su cabeza; y sea él el único salvador de su cuerpo, nuestro Señor Jesucristo Hijo de Dios, que ora por nosotros, ora en nosotros, y es orado por nosotros. Ora por nosotros, como nuestro sacerdote; ora en nosotros, como nuestra cabeza, es orado por nosotros, como nuestro Dios. Reconozcamos, pues, en él nuestras voces, y sus voces en nosotros. Y cuando se dice algo del Señor Jesucristo, especialmente en profecía, que parezca pertenecer a cierta humildad indigna de Dios, no dudemos en atribuírselo a él, que no dudó en unirse a nosotros. Porque toda la creación le sirve, ya que por él fue hecha toda la creación. Y por eso, cuando contemplamos su sublimidad y divinidad, cuando escuchamos, En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Esto estaba en el principio con Dios. Todas las cosas fueron hechas por él, y sin él no se hizo nada (Juan I, 1-3); contemplando esta divinidad supremamente elevada y que excede todas las alturas de las criaturas, también escuchamos en alguna parte de las Escrituras como gimiendo, orando, confesando; y dudamos en atribuirle estas palabras, porque nuestro pensamiento, de la reciente contemplación de su divinidad, se resiste a descender a su humildad; y como si le hiciera injuria, si reconociera sus palabras en el hombre, a quien dirigía sus palabras cuando suplicaba a Dios, a menudo vacila, y trata de cambiar el sentido; y no encuentra en la Escritura, sino lo que vuelve a él, y no permite desviarse de él. Despierte, pues, y despierte en su fe; y vea que aquel a quien contemplaba poco antes en la forma de Dios, tomó la forma de siervo, hecho a semejanza de los hombres, y hallado en condición de hombre, se humilló haciéndose obediente hasta la muerte (Filip. II, 5-8); y quiso que las palabras del Salmo fueran suyas, colgando en la cruz, y diciendo: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? (Sal. XXI, 2). Es orado, pues, en la forma de Dios, ora en la forma de siervo: allí Creador, aquí creado, asumiendo la criatura que ha de ser cambiada sin cambiar, y haciéndonos con él un solo hombre, cabeza y cuerpo. Oramos, pues, a él, por él, en él: y decimos con él, y él dice con nosotros; decimos en él, él dice en nosotros la oración de este salmo, que se titula, Oración de David. Porque nuestro Señor según la carne es hijo de David: pero según la divinidad es Señor de David, y creador de David; y no solo antes de David, sino también antes de Abraham, de quien David; sino también antes de Adán, de quien todos los hombres; sino también antes del cielo y la tierra, en quien está toda criatura. Nadie, pues, cuando escucha estas palabras, diga, No lo dice Cristo; o diga de nuevo, No lo digo yo: más bien si se reconoce en el cuerpo de Cristo, diga ambos, y, Cristo lo dice, y, Yo lo digo. No digas nada sin él, y él no dice nada sin ti. ¿No tenemos en el Evangelio? Donde ciertamente está escrito, En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Todas las cosas fueron hechas por él; allí ciertamente tenemos, Y Jesús se entristeció (Mat. XXVI, 38), y Jesús se cansó (Juan IV, 6), y Jesús durmió (Mat. VIII, 24), y Jesús tuvo hambre (Id. IV, 2) y Jesús tuvo sed (Juan IV, 7; y XIX, 28), y oró, y pasó la noche orando Jesús. Pasaba la noche, dice, Jesús (Luc. VI, 12), y perseveraba en la oración; y gotas de sangre corrían por su cuerpo (Id. XXII, 43, 44). ¿Qué mostraba, cuando gotas de sangre corrían por el cuerpo del que oraba, sino que su cuerpo, que es la Iglesia, ya fluía con la sangre de los mártires?

2. [vers. 1.] Inclina, Señor, tu oído, y escúchame. Él lo dice en la forma de siervo; tú, siervo, en la forma de tu Señor: Inclina, Señor, tu oído. Inclina su oído, si tú no levantas el cuello: porque se acerca al humilde; se aleja del exaltado, a menos que él mismo, humillado, lo exalte. Por tanto, Dios inclina su oído hacia nosotros. Porque él está arriba, nosotros abajo; él en la altura, nosotros en la humildad, pero no abandonados. Porque Dios mostró su amor en nosotros: pues cuando aún éramos pecadores, Cristo murió por nosotros. Apenas, dice, por un justo alguien muere; pues por un bueno tal vez alguien se atreva a morir: pero nuestro Señor murió por los impíos (Rom. V, 6-9). Porque no había méritos nuestros que precedieran, por

los cuales el Hijo de Dios muriera; sino más bien porque no había méritos, grande era la misericordia. ¿Cuán cierta, pues, cuán firme promesa guarda a los justos su vida, quien dio a los injustos su muerte? Inclina, Señor, tu oído, y escúchame; porque soy pobre y necesitado. Por tanto, no inclina su oído al rico: inclina su oído al pobre y necesitado, es decir, al humilde y al que confiesa, al que necesita misericordia: no al que está saciado y se exalta, y se jacta, como si nada le faltara, y dice, Te doy gracias, porque no soy como este publicano. Pues el fariseo rico se jactaba de sus méritos: el publicano pobre confesaba sus pecados (Luc. XVIII, 11-13).

3. No entendáis así, hermanos, lo que dije, Que no inclina su oído al rico, como si Dios no escuchara a los que tienen oro y plata, y familia y tierras: si así nacieron, o tienen ese lugar en los asuntos humanos; solo recuerden lo que dice el Apóstol, Manda a los ricos de este mundo que no sean altivos (I Tim. VI, 17). Porque los que no son altivos, son pobres en Dios; y a los pobres y necesitados y menesterosos inclina su oído. Pues saben que su esperanza no está en el oro y la plata, ni en aquellas cosas con las que parecen abundar temporalmente. Basta con que las riquezas no los pierdan; que no perjudiquen es suficiente: pues no pueden beneficiar en nada. Claro que beneficia la obra de misericordia tanto en el rico como en el pobre: en el rico por la voluntad y la obra, en el pobre solo por la voluntad. Cuando, pues, es tal que desprecia en sí mismo lo que suele inflar la soberbia, es pobre de Dios: le inclina su oído, pues conoce su corazón atribulado. Ciertamente, hermanos, aquel pobre ante la puerta del rico lleno de llagas que yacía, fue llevado por los ángeles al seno de Abraham, así leemos, así creemos: pero aquel rico que se vestía de púrpura y lino fino, y banqueteaba espléndidamente cada día, fue llevado al infierno a tormentos (Luc. XVI, 19-24). ¿Acaso realmente aquel pobre fue llevado por los ángeles por el mérito de su pobreza; y aquel rico fue enviado a tormentos por el pecado de sus riquezas? En aquel pobre se entiende la humildad honrada, en aquel rico la soberbia condenada. Brevemente pruebo que no las riquezas, sino la soberbia en aquel rico era lo que se castigaba. Ciertamente aquel pobre fue llevado al seno de Abraham: de Abraham dice la Escritura que tenía aquí mucho oro y plata, y fue rico en la tierra (Gen. XIII, 2). Si quien es rico es llevado a tormentos; ¿cómo Abraham había precedido al pobre, para recibirlo llevado a su seno? Pero Abraham era en las riquezas pobre, humilde, temeroso de todos los mandamientos, y obediente. Y tanto tenía en nada aquellas riquezas, que mandado por el Señor inmolara a su hijo (Id. XXII, 10), a quien guardaba las riquezas. Aprended, pues, a ser pobres y necesitados; ya sea que tengáis algo en este mundo, ya sea que no tengáis. Pues encuentras a un mendigo soberbio, y encuentras a un hombre con riquezas confesando. Dios resiste a los soberbios, tanto a los vestidos de seda como a los de harapos: pero da gracia a los humildes (Santiago IV, 6), tanto a los que tienen alguna sustancia de este mundo como a los que no la tienen. Dios es inspector interior; allí pesa, allí examina: no ves la balanza de Dios; tu pensamiento se eleva a ella. Ved que el mérito de su escucha, es decir, por lo que sería escuchado, lo puso en decir, Porque soy pobre y necesitado. Observa que no seas pobre y necesitado: si no lo eres, no serás escuchado. Cualquier cosa que esté a tu alrededor o en ti de la que puedas presumir, deséchala de ti; toda tu presunción sea Dios: sé necesitado de él, para que él te llene. Pues cualquier otra cosa que tengas sin él, más vacío estás.

4. [vers. 2] Guarda mi alma, porque soy santo. Esto, porque soy santo, no sé si podría decirlo otro, sino aquel que estaba sin pecado en este mundo; no comisor de todos los pecados, sino perdonador. Reconocemos la voz del que dice, Porque soy santo, guarda mi alma: ciertamente en aquella forma de siervo, que había asumido. Pues allí carne, allí también alma. Porque no, como algunos dijeron, era solo carne y Verbo; sino también carne, y alma, y Verbo: y todo esto un solo Hijo de Dios, un solo Cristo, un solo Salvador; en la forma de

Dios igual al Padre, en la forma de siervo cabeza de la Iglesia. Por tanto, Porque soy santo, cuando lo escucho, reconozco su voz; ¿y aquí separo la mía? Ciertamente inseparablemente del cuerpo suyo habla, cuando así habla. ¿Y me atreveré yo a decir, Porque soy santo? Si santo como santificador, y sin necesidad de santificación; soberbio y mentiroso: pero si santo santificado, según lo que se dijo, Sed santos, porque yo soy santo (Lev. XIX, 2); atrévase también el cuerpo de Cristo, atrévase también aquel hombre clamando desde los confines de la tierra (Sal. LX, 3), con su cabeza, y bajo su cabeza a decir, Porque soy santo. Pues ha recibido la gracia de la santidad, la gracia del Bautismo y la remisión de los pecados. Y esto ciertamente fuisteis, dice el Apóstol, enumerando muchos pecados, tanto leves como graves, tanto comunes como horribles: Y esto ciertamente fuisteis; pero fuisteis lavados, pero fuisteis santificados (I Cor. VI, 11). Si, pues, dice santificados, diga también cada uno de los fieles, Soy santo. No es esta la soberbia del altivo, sino la confesión del no ingrato. Pues si dijeras que eres santo por ti mismo, eres soberbio: de nuevo, fiel en Cristo, y miembro de Cristo, si dijeras que no eres santo, eres ingrato. Pues reprendiendo la soberbia el Apóstol, no dice, No tienes; sino dice, ¿Qué tienes que no hayas recibido? (Id. IV, 7). No se te reprendía, porque decías que tenías lo que no tienes; sino porque querías que lo que tienes fuera por ti mismo. Más bien reconoce que tienes, y que no tienes nada por ti mismo, para que no seas soberbio, ni ingrato. Di a tu Dios: Soy santo, porque me santificaste; porque recibí, no porque tuve; porque tú diste, no porque yo merecí. Pues de otro modo empiezas a hacer injuria al mismo Señor nuestro Jesucristo. Pues si todos los cristianos y fieles y bautizados en él se han revestido de él, como dice el Apóstol, Todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo os habéis revestido (Gál. III, 27); si han sido hechos miembros de su cuerpo, y dicen que no son santos, hacen injuria al mismo cabeza, de quien los miembros no son santos. Ya ve dónde estás, y toma de tu cabeza tu dignidad. Pues eras en tinieblas, ahora eres luz en el Señor. Fuisteis, dice, alguna vez tinieblas (Efes. V. 8); pero ¿acaso permanecisteis tinieblas? ¿Para esto vino el iluminador, para que también permanecierais tinieblas, o para que en él fuerais luz? Diga, pues, también cada cristiano, más bien diga todo el cuerpo de Cristo, clame en todas partes sufriendo tribulaciones, diversas tentaciones e innumerables escándalos; diga, Guarda mi alma, porque soy santo: salva a tu siervo, Dios mío, que confía en ti. He aquí que el santo no es soberbio, porque confía en el Señor.

5. [vers. 3.] Ten misericordia de mí, Señor, porque a ti he clamado todo el día: no un solo día. Todo el día, entiende todo el tiempo: desde que el cuerpo de Cristo gime en las presiones, hasta el fin del mundo cuando pasan las presiones, gime este hombre, y clama a Dios; y cada uno de nosotros tiene proporcionalmente su clamor en todo este cuerpo. Clamaste tú en tus días, y pasaron tus días; te sucedió otro, y clamó en sus días; y tú aquí, él allí, él allá: el cuerpo de Cristo clama todo el día, con sus miembros que se van y los que vienen. Un solo hombre se extiende hasta el fin del mundo: los mismos miembros de Cristo claman, y algunos miembros ya descansan en él, algunos ahora claman, y algunos clamarán cuando nosotros mismos hayamos descansado, y después de ellos otros clamarán. Atiende aquí la voz de todo el cuerpo de Cristo, diciendo: A ti he clamado todo el día. Pero nuestra cabeza a la derecha del Padre intercede por nosotros (Rom. VIII, 34): recibe a algunos miembros, castiga a otros, purifica a otros, consuela a otros, crea a otros, llama a otros, llama de nuevo a otros, corrige a otros, restaura a otros.

6. [vers. 4.] Alegra el alma de tu siervo; porque a ti, Señor, he levantado mi alma. Alégrala, porque la he levantado a ti. Pues estaba en la tierra, y en la tierra sentía amargura: para que no se consumiera en la amargura, para que no perdiera toda la dulzura de tu gracia, la he levantado a ti; alégrala en ti. Pues solo tú eres alegría: el mundo está lleno de amargura. Ciertamente rectamente advierte a sus miembros que tengan el corazón en alto. Escuchen,

pues, y hagan; levanten a él lo que está mal en la tierra. Pues allí no se pudre el corazón, si se levanta a Dios. Si tuvieras grano en lo bajo, para que no se pudriera, lo levantarías a lo alto. Cambiarías de lugar el grano, y permites que el corazón se pudra en la tierra? Levantarías el grano a lo alto; levanta el corazón al cielo. Y ¿cómo, dices, puedo? ¿Qué cuerdas, qué máquinas, qué escaleras son necesarias? Los peldaños son los afectos; tu camino es tu voluntad. Subes amando, bajas descuidando. Estando en la tierra, estás en el cielo, si amas a Dios. Pues no se levanta así el corazón, como se levanta el cuerpo: el cuerpo para levantarse, cambia de lugar; el corazón para levantarse, cambia de voluntad. Porque a ti, Señor, he levantado mi alma.

7. [vers. 5.] Porque tú, Señor, eres suave y benigno. Por eso eres agradable. Como si, afectado por el tedio de la amargura terrenal, quisiera endulzarse y buscara la fuente de la dulzura, y no la encontrara en la tierra. Pues dondequiera que se volviera, encontraba escándalos, temores, tribulaciones, tentaciones. ¿En qué hombre hay seguridad? ¿De quién se puede tener un gozo seguro? Ni siquiera de sí mismo; cuánto menos de otro. O son malos, y es necesario soportarlos y esperar que puedan cambiar; o son buenos, y así es necesario amarlos, pero temiendo (porque pueden cambiar) que se vuelvan malos: allí la malicia de ellos causa amargura en el alma; aquí la preocupación y el temor de que caiga quien bien camina. Por tanto, dondequiera que se vuelva, encuentra amargura en las cosas terrenales; no tiene de dónde endulzarse, a menos que se eleve hacia Dios. Porque tú, Señor, eres suave y benigno. ¿Qué significa benigno? Que me soportas hasta que me perfecciones. En verdad, hermanos míos, hablaré como hombre entre hombres, y desde los hombres: que cada uno lleve su corazón y se mire sin adulación y sin halagos. Pues nada es más necio que uno se halague y se engañe a sí mismo. Que observe, pues, y vea cuántas cosas suceden en el corazón humano; cómo a menudo las mismas oraciones son impedidas por pensamientos vanos, de modo que apenas el corazón se mantiene firme ante su Dios: y quiere sostenerse para estar firme, y de algún modo huye de sí mismo, y no encuentra barreras para encerrarse, ni obstáculos para retener sus fugas y ciertos movimientos vagos, y estar firme para deleitarse en su Dios. Apenas ocurre tal oración entre muchas oraciones. Cada uno podría decir que le sucede a él y no a otro, si no encontráramos en las Escrituras de Dios a David orando en cierto lugar, y diciendo: Porque he encontrado, Señor, mi corazón, para orar a ti (II Sam. VII, 27). Dijo que encontró su corazón, como si soliera huir de él, y él lo siguiera como a un fugitivo, y no pudiera atraparlo, y clamara a Dios: Porque mi corazón me ha abandonado (Sal. XXXIX, 13). Así que, hermanos míos, al atender lo que aquí dice, Tú eres suave y benigno; me parece ver aquí lo que dice, benigno. Deleita el alma de tu siervo, porque a ti he elevado mi alma; porque tú eres suave y benigno: me parece que dijo benigno a Dios, porque soporta nuestras cosas, y aún espera de nosotros la oración, para perfeccionarnos; y cuando se la damos, la recibe con gratitud y escucha; y no recuerda tantas que derramamos desordenadamente, y acepta una que apenas encontramos. Pues, hermanos míos, ¿quién es el hombre con quien, si su amigo comienza a hablar, y él quiere responder a su conversación, y ve que se aparta de él y habla con otro, lo soporta? O si acaso interrumpes a un juez, y lo colocas en un lugar para que te escuche, y de repente, cuando le hablas, lo dejas y comienzas a charlar con tu amigo; ¿cuándo te tolera? Y Dios tolera tantos corazones de los que oran, y de los que piensan en cosas diversas: omito decir nocivas, omito decir a veces perversas y enemigas de Dios; pensar en cosas superfluas es una injuria para aquel con quien comenzaste a hablar. Tu oración es una conversación con Dios: cuando lees, Dios te habla; cuando oras, hablas con Dios. Pero, ¿qué? ¿Debemos desesperar de la humanidad, y decir que todo hombre al que se le insinúe algún pensamiento mientras ora, y le interrumpa su oración, pertenece ya a la condenación? Si dijéramos esto, hermanos, no veo qué esperanza quedaría. Sin embargo,

porque hay alguna esperanza en Dios, porque grande es su misericordia, digámosle: Deleita el alma de tu siervo, porque a ti, Señor, he elevado mi alma. ¿Y cómo la he elevado? Como he podido, como tú me has dado fuerzas, como he podido atraparla mientras huía. ¿Y se te ha olvidado que cuantas veces te has presentado ante mí (supón que Dios lo dice), has pensado tantas cosas vanas y superfluas, y apenas me has ofrecido una oración fija y estable: Porque tú eres suave, Señor, y benigno: eres benigno, tolerándome. Me desmorono por la enfermedad; cúrame, y estaré firme: fortaléceme, y seré fuerte. Pero mientras lo haces, me toleras: Porque tú eres suave, Señor, y benigno.

8. Y muy misericordioso. No solo misericordioso, sino muy misericordioso: pues abunda nuestra iniquidad, y abunda también tu misericordia. Y eres muy misericordioso con todos los que te invocan. ¿Y qué es lo que dice en muchos lugares la Escritura, que invocarán, y no los escucharé (Prov. I, 28) (ciertamente misericordioso con todos los que te invocan); sino porque algunos invocan, pero no lo invocan a él? de quienes se dice, No invocaron a Dios (Sal. LII, 6). Invocan, pero no a Dios. Invocas lo que amas; invocas lo que llamas en ti, invocas lo que deseas que venga a ti. Ahora bien, si invocas a Dios para que venga a ti el dinero, para que venga a ti la herencia, para que venga a ti la dignidad secular; invocas aquellas cosas que deseas que vengan a ti: pero pones a Dios como ayudante de tus deseos, no como oyente de tus anhelos. Dios es bueno, si da lo que deseas. ¿Qué, si deseas mal, no será más misericordioso al no darlo? Ahora bien, si no lo da, ya no es nada para ti Dios; y dices: ¡Cuánto he rogado, cuántas veces he rogado, y no he sido escuchado! ¿Qué pedías? Tal vez la muerte de tu enemigo. ¿Qué, si él también pedía la tuya? Quien te creó a ti, también lo creó a él; tú eres hombre, él también es hombre: pero Dios es juez; escucha a ambos, y no escucha a ambos. Estás triste porque no fuiste escuchado contra él; alégrate, porque él no fue escuchado contra ti. Yo, dices, no pedía eso; no pedía la muerte de mi enemigo, sino que pedía la vida de mi hijo: ¿qué mal pedía? No pedías nada malo, según tú lo entendías. Pues, ¿qué, si fue arrebatado para que la maldad no cambiara su entendimiento (Sab. IV, 11)? Pero era pecador, dices; y por eso quería que viviera, para que se corrigiera. Tú querías que viviera, para que fuera mejor: ¿qué si Dios sabía que, si vivía, sería peor? ¿Cómo, entonces, sabes qué le convenía, morir o vivir? Si, pues, no lo sabes, vuelve a tu corazón, deja a Dios su consejo. ¿Qué, entonces, dices, haré? ¿qué oraré? ¿Qué orarás? Lo que te enseñó el Señor, lo que te enseñó el maestro celestial. Invoca a Dios como Dios, ama a Dios como Dios: nada es mejor que él; deséalo a él, anhela a él. Mira al que invoca a Dios en otro salmo: Una cosa he pedido al Señor, esto buscaré. ¿Qué es lo que pide? Que habite en la casa del Señor todos los días de mi vida. ¿Para qué esto? Para contemplar la delicia del Señor (Sal. XXVI, 4). Si, pues, quieres ser amante de Dios, con las más sinceras entrañas y castos suspiros ámalo a él, deséalo a él, anhela a él, en quien no encuentras nada más agradable, nada mejor, nada más alegre, nada más duradero. Pues, ¿qué es tan duradero como lo que es eterno? No temas que alguna vez te falte, quien hace que tú no faltes. Si, pues, invocas a Dios como Dios, ten seguridad, eres escuchado; perteneces a este versículo, Y muy misericordioso con todos los que te invocan.

9. No digas, pues: No me dio eso. Vuelve a tu conciencia; pesa, interroga, no le perdones. Si verdaderamente invocaste a Dios, ten seguridad de que tal vez lo que deseabas temporalmente, por eso no lo dio, porque no te convenía. Que en esto se edifique vuestro corazón, hermanos, corazón cristiano, corazón fiel; para que no comencéis, entristecidos, como defraudados de vuestros deseos, a ir en indignación contra Dios: pues no conviene dar coces contra el aguijón (Hech. IX, 5). Recurre a las Escrituras. Es escuchado el diablo, y no es escuchado el Apóstol: ¿qué os parece? ¿Cómo son escuchados los demonios? Pidieron ir a los cerdos, y se les concedió (Mat. VIII, 31, 32). ¿Cómo fue escuchado el diablo? Pidió tentar

a Job, y lo obtuvo (Job I, 11, 12, y II, 5, 6). ¿Cómo no fue escuchado el Apóstol? «Para que no me ensoberbeciera por la grandeza de las revelaciones, se me dio un aguijón en mi carne, un ángel de Satanás que me abofetee: por lo cual tres veces rogué al Señor que lo apartara de mí, y me dijo: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad» (II Cor. XII, 7-9). Escuchó a quien disponía condenar, y no escuchó a quien quería sanar. Pues también el enfermo pide muchas cosas al médico, el médico no las da: no escucha para la voluntad, para escuchar para la salud. Así que pon a Dios como tu médico; pídele a él la salvación, y él será tu salvación: no como una salvación externa, sino que él mismo sea la salvación; no ames otra salvación aparte de él, sino como tienes en el salmo, Di a mi alma, Yo soy tu salvación (Sal. XXXIV, 3). ¿Qué te importa, qué te diga, para que se te dé? ¿Quieres que se te dé? ¿Qué si lo que deseas tener, él no quiere que lo tengas, para darse a ti? Remueve los impedimentos, para que él entre en ti. Pensad y considerad, hermanos, los bienes que Dios da a los pecadores; y de aquí entendáis qué reserva para sus siervos. A los pecadores que lo blasfeman cada día les da el cielo y la tierra, les da fuentes, frutos, salud, hijos, riquezas, abundancia: todos estos bienes solo los da Dios. A quienes tales cosas da a los pecadores, ¿qué piensas que reserva para sus fieles? ¿Es esto lo que se debe pensar de él, que quien tales cosas da a los malos, nada reserva para los buenos? Más bien, reserva, no la tierra, sino el cielo. Tal vez digo algo vil, cuando digo el cielo; pero a sí mismo, quien hizo el cielo. Hermoso es el cielo, pero más hermoso es el hacedor del cielo. Pero veo el cielo, y a él no lo veo. Pues tienes ojos para ver el cielo; aún no tienes corazón para ver al hacedor del cielo: por eso vino del cielo a la tierra, para purificar el corazón, con el cual se vea al que hizo el cielo y la tierra. Pero ciertamente con paciencia espera la salvación. Con qué medicinas te cure, él lo sabe; con qué cortes, con qué quemaduras, él lo sabe. Tú te procuraste la enfermedad pecando: él vino no solo a consolar, sino también a cortar y quemar. No ves cuánto sufren los hombres bajo las manos de los médicos, con una esperanza incierta prometida por un hombre. Sanarás, dice el médico; sanarás, si te corto. Y el hombre lo dice, y al hombre lo dice; ni quien lo dice está seguro, ni quien lo oye, porque lo dice un hombre, que no hizo al hombre, y no sabe perfectamente qué sucede en el hombre: y sin embargo, a las palabras de un hombre que menos sabe qué sucede en el hombre, el hombre cree, somete sus miembros, se deja atar, o a menudo incluso sin estar atado se corta o se quema; y tal vez recibe la salud de pocos días, ya sanado sin saber cuándo morirá; y tal vez, mientras se cura, muere; y tal vez no podrá ser curado. ¿A quién prometió Dios algo, y lo engañó?

10. [vers. 6.] Inclina, Señor, tu oído a mi oración. Gran afecto del que ora. Inclina, Señor, tu oído a mi oración: es decir, que no salga de tus oídos mi oración, fíjala allí en tus oídos. ¿Cómo ha dado a luz, para fijar su oración en los oídos de Dios? Que Dios responda, y nos diga: ¿Quieres que fije tu oración en mis oídos? Fija en tu corazón mi ley. Inclina, Señor, tu oído a mi oración; y atiende a la voz de mi súplica.

11. [vers. 7.] En el día de mi tribulación clamé a ti, porque me escuchaste. La causa para que me escucharas, porque en el día de mi tribulación clamé a ti. Poco antes había dicho: Todo el día clamé, todo el día estuve atribulado. Ningún cristiano, pues, diga que hay un día en el que no esté atribulado. Entendimos todo el día, todo el tiempo: todo el día está atribulado. ¿Qué, entonces, es tribulación incluso cuando está bien? Sin duda, tribulación. ¿De dónde la tribulación? Porque mientras estamos en el cuerpo, peregrinamos lejos del Señor (II Cor. V, 6). Abunde lo que abunde aquí, aún no estamos en aquella patria a la que nos apresuramos a regresar. ¿A quién le es dulce la peregrinación, no ama la patria: si la patria es dulce, la peregrinación es amarga; si la peregrinación es amarga, todo el día es tribulación. ¿Cuándo no hay tribulación? Cuando en la patria hay deleite. Deleites en tu diestra para siempre. Me llenarás de alegría, dice, con tu rostro (Sal. XV, 11), para contemplar la delicia del Señor

(Sal. XXVI, 4). Allí cesará el trabajo y el gemido: allí no habrá oración, sino alabanza; allí Aleluya, Amén allí, voz consonante con los ángeles; allí visión sin defecto, y amor sin hastío. Mientras, pues, no estemos allí, veis que no estamos en el bien. Pero, ¿abundan todas las cosas? Abunden todas las cosas, ve si estás seguro de que no perecen todas las cosas. Pero tengo lo que no tenía; ha llegado el dinero que no estaba. Tal vez ha llegado también el temor que no estaba; tal vez eras más seguro cuanto más pobre. Finalmente, que haya riquezas, que abunde la afluencia de este siglo, que se dé seguridad de que no perecerán: que Dios diga desde arriba, Serás eterno en estas cosas, estas cosas serán eternas contigo, pero mi rostro no verás. Nadie consulte a la carne; consultad al espíritu: que os responda vuestro corazón; que os responda la esperanza, la fe, la caridad, que ha comenzado a estar en vosotros. ¿Acaso si recibiéramos la seguridad de estar siempre en la abundancia de los bienes seculares, y Dios nos dijera, No veréis mi rostro, nos alegraríamos en esos bienes? Tal vez alguien elegiría alegrarse, y decir: Me sobran estas cosas, me va bien, no busco nada más. Aún no ha comenzado a ser amante de Dios; aún no ha comenzado a suspirar como peregrino. Lejos de nosotros, lejos de nosotros: que se alejen todas las cosas seductoras, que se alejen los falsos halagos; que se alejen aquellas cosas que nos dicen cada día, ¿Dónde está tu Dios? Derramemos sobre nosotros nuestra alma, confesemos en lágrimas, gemamos en confesiones, suspiremos en miserias (Sal. XLI, 11, 4, 5). Todo lo que tenemos aparte de nuestro Dios, no es dulce: no queremos todas las cosas que ha dado, si no se da a sí mismo quien ha dado todas las cosas. Inclina, Señor, tu oído a mi oración, y atiende a la voz de mi súplica. En el día de mi tribulación clamé a ti, porque me escuchaste.

12. [vers. 8.] No hay semejante a ti entre los dioses, Señor. ¿Y qué dijo? No hay semejante a ti entre los dioses, Señor. Que los paganos se fabriquen los dioses que quieran; que traigan a los artesanos de plata, orfebres, pulidores, escultores, que hagan dioses. ¿Qué clase de dioses? Que tienen ojos, y no ven (Sal. CXIII, 5); y lo demás que dice el salmo a continuación. Pero no adoramos esto, dicen; no adoramos, estos son signos. ¿Y qué adoráis? Algo peor: Porque los dioses de las naciones son demonios (Sal. XCV, 5). ¿Y qué? Ni demonios, dicen, adoramos. Ciertamente no tenéis nada más en los templos, nada más llena a vuestros vates que un demonio. Pero, ¿qué decís? Adoramos a los ángeles, tenemos a los ángeles como dioses. No conocéis en verdad a los ángeles. Pues los ángeles adoran a un solo Dios, ni favorecen a los hombres que quieren adorar a los ángeles, y no a Dios. Pues encontramos ángeles honrados, prohibiendo a los hombres que los adoren, sino al verdadero Dios (Apoc. XIX, 10). Pero digan ángeles, digan hombres, porque se dijo, Yo dije, Sois dioses, y todos vosotros hijos del Altísimo (Sal. LXXXI, 6): No hay semejante a ti entre los dioses, Señor. Cualquier otra cosa que el hombre piense, no es semejante lo que fue hecho a aquel que lo hizo. Excepto Dios, cualquier otra cosa en la naturaleza de las cosas, fue hecha por Dios. ¿Cuánto dista entre quien hizo, y aquello que fue hecho, quién lo piensa dignamente? Este, pues, dijo, No hay semejante a ti entre los dioses, Señor: pero cuánto es disímil Dios, no lo dijo, porque no se puede decir. Atienda vuestra Caridad: Dios es inefable; más fácilmente decimos qué no es, que qué es. Piensas en la tierra; esto no es Dios: piensas en el mar; esto no es Dios: todas las cosas que están en la tierra, hombres y animales; esto no es Dios: todas las cosas que están en el mar, que vuelan por el aire; esto no es Dios: cualquier cosa que brilla en el cielo, estrellas, sol y luna; esto no es Dios: el mismo cielo; esto no es Dios: piensas en los ángeles, Virtudes, Potestades, Arcángeles, Tronos, Sedes, Dominaciones; esto no es Dios. ¿Y qué es? Solo pude decir qué no es. ¿Preguntas qué es? Lo que ojo no vio, ni oído oyó, ni subió al corazón del hombre (I Cor. II, 9). ¿Qué buscas que suba a la lengua, lo que no subió al corazón? No hay semejante a ti entre los dioses, Señor; y no hay obras como las tuyas.

13. [vers. 9.] Todas las naciones que has creado vendrán y adorarán ante ti, Señor. Anunció la Iglesia: Todas las naciones que has creado. Si hay una nación que Dios no creó, no lo adorará; pero no hay nación que Dios no haya creado, porque Dios creó a Adán y Eva, la fuente de todas las naciones, y de ellos se propagaron todas las naciones. Por lo tanto, Dios creó a todas las naciones: Todas las naciones que has creado vendrán y adorarán ante ti, Señor. ¿Cuándo se dijo esto? Cuando ante Él no adoraban sino unos pocos santos en un solo pueblo, el de los hebreos, entonces se dijo esto; y ahora se ve lo que se dijo: Todas las naciones que has creado vendrán y adorarán ante ti, Señor. Cuando se decían estas cosas, no se veían, y se creían; cuando se ven, ¿por qué se niegan? Todas las naciones que has creado vendrán y adorarán ante ti, Señor, y glorificarán tu nombre.

14. [vers. 10.] Porque grande eres tú, y haces maravillas; tú eres el único Dios grande. Que nadie se llame grande. Habrá quienes se llamen grandes: contra ellos se dice, Tú eres el único Dios grande. Pues, ¿qué se dice grande a Dios, si Él es el único Dios grande? ¿Quién no sabe esto, que Él es el Dios grande? Pero porque habrá quienes se llamen grandes y hagan pequeño a Dios; contra ellos se dice, tú eres el único Dios grande. Porque lo que tú dices, se cumple, no lo que dicen aquellos que se llaman grandes. ¿Qué dijo Dios por su Espíritu? Todas las naciones que has creado vendrán y adorarán ante ti, Señor. ¿Qué dice no sé quién, que se llama grande? ¡Lejos de nosotros! Dios no es adorado en todas las naciones; todas las naciones han perecido, solo África ha quedado. Esto lo dices tú, que te llamas grande; otra cosa dice quien es el único Dios grande. ¿Qué dice quien es el único Dios grande? Todas las naciones que has creado vendrán y adorarán ante ti, Señor. Veo lo que dijo el único Dios grande; que calle el hombre falsamente grande; por eso falsamente grande, porque se niega a ser pequeño. ¿Quién se niega a ser pequeño? Aquel que dice esto. Cualquiera que quiera ser mayor entre vosotros, dijo el Señor, será vuestro siervo (Mat. XX, 26). Si él quisiera ser siervo de sus hermanos, no los separaría de su madre; pero como quiere ser grande, y no quiere ser saludablemente pequeño; Dios, que resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes (Santiago IV, 6), porque es el único grande, cumple todo lo que predijo, y contradice a los maldicientes. Pues tales maldicen a Cristo, quienes dicen que la Iglesia ha perecido en todo el mundo, y ha quedado solo en África. Si le dijeras a él, Perderás tu villa; tal vez no te perdonaría la mano: y dice que Cristo ha perdido su herencia redimida con su sangre. Pero vean, hermanos, qué injuria le hace. La Escritura dice: En la multitud del pueblo está la gloria del rey; en la disminución del pueblo, la contrición del príncipe (Prov. XIV, 28). Por tanto, le haces esta injuria a Cristo, al decir que su pueblo ha sido reducido a esta pequeñez. ¿Por eso naciste, por eso te llamas cristiano, para envidiar la gloria de Cristo, cuyo signo dices llevar en la frente, y lo has perdido del corazón? En la multitud del pueblo está la gloria del rey: reconoce a tu rey; dale gloria, dale un pueblo numeroso. ¿Qué pueblo numeroso daré, dices? No lo des de tu corazón, y lo darás correctamente. ¿De dónde lo doy, dices? He aquí, da de aquí: Todas las naciones que has creado vendrán y adorarán ante ti, Señor. Di esto, confiesa esto, y has dado un pueblo numeroso: porque todas las naciones en una son una; esa es la unidad. Así como la Iglesia y las Iglesias, aquellas Iglesias que son la Iglesia; así esa nación que son las naciones: antes naciones, muchas naciones; ahora una nación. ¿Por qué una nación? Porque una fe, porque una esperanza, porque una caridad, porque una expectativa. Finalmente, ¿por qué no una nación, si una patria? La patria es celestial, la patria es Jerusalén: quien no es ciudadano de allí, no pertenece a esta nación; pero quien es ciudadano de allí, está en una nación de Dios. Y esta nación se extiende de oriente a occidente, del norte y del mar por las cuatro partes de todo el mundo. Esto dice Dios: Desde el oriente y el occidente, desde el norte y el mar, den gloria a Dios. Esto predijo, esto cumplió, quien es el único grande. Que deje de decir esto contra el único grande, quien no quiso ser pequeño: porque no pueden ser dos grandes, Dios y Donato.

15. [vers. 11.] Guíame, Señor, en tu camino, y caminaré en tu verdad. Tu camino, tu verdad, tu vida, Cristo. Por tanto, el cuerpo hacia Él, y el cuerpo de Él. Yo soy el camino, y la verdad, y la vida (Juan XIV, 6). Guíame, Señor, en tu camino. ¿En qué camino? Y caminaré en tu verdad. Una cosa es que guíe hacia el camino; otra, que guíe en el camino. Mira al hombre pobre en todas partes, necesitado de ayuda en todas partes. Los que están fuera del camino, no son cristianos, o aún no son católicos, que sean guiados hacia el camino: pero cuando hayan sido llevados al camino, y se hayan hecho católicos en Cristo; que sean guiados por Él en ese camino, para que no caigan. Ciertamente ya caminan en el camino. Guíame, Señor, en tu camino: ciertamente ya estoy en tu camino, guíame allí. Y caminaré en tu verdad: guiándome tú, no erraré; si me dejas, erraré. Ora, pues, para que no te deje, sino que te guíe hasta el fin. ¿Cómo guía? Siempre advirtiendo, siempre dándote su mano. ¿Y a quién se ha revelado el brazo del Señor? (Isaías LIII, 1). Dando a su Cristo, da su mano; dando su mano, da a su Cristo. Conduce al camino, llevando a su Cristo; guía en el camino, guiando en su Cristo: Cristo, sin embargo, es la verdad. Guíame, pues, Señor, en tu camino, y caminaré en tu verdad: en aquel que dijo, Yo soy el camino, y la verdad, y la vida. Pues tú que guías en el camino y la verdad, ¿a dónde sino a la vida conduces? Guías, pues, en Él, hacia Él. Guíame, Señor, en tu camino, y caminaré en tu verdad.

16. Alégrese mi corazón, para que tema tu nombre. Por tanto, el temor está en la alegría. ¿Y cómo alegría, si temor? ¿No suele ser amargo el temor? Habrá alguna vez alegría sin temor, ahora alegría con temor: pues aún no hay plena seguridad, ni perfecta alegría. Si no hay alegría, desfallecemos; si hay plena seguridad, nos regocijamos mal. Por tanto, que mezcle alegría y que infunda temor, para que de la dulzura de la alegría nos lleve al asiento de la seguridad: dando temor, no nos haga regocijarnos mal, y apartarnos del camino. Por eso dice el salmo, Servid al Señor con temor, y regocijaos con temblor (Sal. II, 11): así también dice el apóstol Pablo, Con temor y temblor trabajad en vuestra propia salvación; porque Dios es quien obra en vosotros (Filip. II, 12, 13). Por tanto, hermanos, cualquier cosa próspera que venga, es más de temer: lo que consideráis próspero, son más bien tentaciones. Viene la herencia, viene la abundancia de cosas, abunda la prosperidad de no sé qué felicidad: estas son tentaciones; cuídense de que no los corrompan. Cualquier cosa próspera también según Cristo y la genuina caridad de Cristo: si acaso has ganado a tu esposa que estaba en la parte de Donato; si acaso han creído tus hijos que eran paganos; si acaso has ganado a tu amigo que quería seducirte al teatro, y tú lo llevaste a la iglesia; si acaso algún contradictor, no sé qué enemigo tuyo, rabiosamente furioso, ha dejado esa rabia y se ha vuelto manso, y ha reconocido a Dios, y no ladra contra ti, sino que clama contigo contra el mal: estas cosas son alegres. ¿De qué nos alegramos, si no nos alegramos de estas cosas? ¿O cuáles son nuestras otras alegrías, sino estas? Pero porque abundan también las tribulaciones, y las tentaciones, y las disensiones, y los cismas, y otros males, sin los cuales no puede estar este siglo, hasta que pase la iniquidad; que esa exultación no nos haga seguros, sino que así se alegre nuestro corazón, para que tema el nombre del Señor, no sea que se alegre por un lado, y sea herido por otro. No esperen seguridad en la peregrinación: cuando la queramos aquí, será un lazo del cuerpo, no la seguridad del hombre. Alégrese mi corazón, para que tema tu nombre.

17. [vers. 12, 13.] Te confesaré, Señor mi Dios, con todo mi corazón, y glorificaré tu nombre por siempre; porque tu misericordia es grande sobre mí, y has librado mi alma del infierno inferior. Lo que decimos, hermanos, si no se los expongo con certeza, no se enojen. Pues soy hombre, y cuanto se me concede de las Escrituras santas, tanto me atrevo a decir: nada de mí mismo. El infierno ni yo lo he experimentado aún, ni ustedes: y tal vez habrá otro camino, y no será por el infierno. Estas cosas son inciertas. Pero porque lo dice la Escritura, a la cual no se puede contradecir, Has librado mi alma del infierno inferior; entendemos que hay como

dos infiernos, uno superior y otro inferior: pues, ¿de dónde el infierno inferior, sino porque hay un infierno superior? No se diría otro infierno, sino en comparación con esa parte superior. Parece, pues, hermanos, que hay una cierta morada celestial de los ángeles: allí la vida de gozos inefables, allí la inmortalidad e incorruptibilidad, allí todo según el don y la gracia de Dios permanece. Esa parte de las cosas es superior. Si, pues, esa es superior; esta terrena, donde hay carne y sangre, donde hay corruptibilidad, donde hay nacimiento y mortalidad, donde hay partida y sucesión, donde hay mutabilidad e inconstancia, donde hay temores, deseos, horrores, alegrías inciertas, esperanza frágil, sustancia caduca; creo que toda esta parte no puede compararse con aquel cielo del que hablaba hace un momento: si, pues, esa parte no se compara con aquella, esa es superior, esta es inferior. Y después de la muerte, ¿a dónde de aquí, sino que hay un infierno inferior a este infierno, en el que estamos en la carne, y esta mortalidad? Porque el cuerpo está muerto, dice el Apóstol, a causa del pecado (Rom. VIII, 10). Por tanto, también aquí hay muertos; para que no te extrañe que se llame infierno, si abunda en muertos. Pues no dijo, El cuerpo morirá; sino, El cuerpo está muerto. Aún tiene vida ciertamente nuestro cuerpo; y sin embargo, comparado con aquel cuerpo que será como los cuerpos de los ángeles, se encuentra el cuerpo del hombre muerto, aunque aún tenga alma. Pero de nuevo de este infierno, es decir, de esta parte del infierno, hay otro inferior, adonde van los muertos; de donde quiso Dios librar nuestras almas, incluso enviando allí a su Hijo. Pues, hermanos, por estos dos infiernos fue enviado el Hijo de Dios, liberando por todas partes. A este infierno fue enviado naciendo, a aquel muriendo. Por eso su voz está en aquel salmo, no por conjetura de ningún hombre, sino por exposición del Apóstol, donde dice: Porque no dejarás mi alma en el infierno (Sal. XV, 10; Hech. II, 27). Por tanto, o es su voz también aquí, Has librado mi alma del infierno inferior: o nuestra voz por medio de Cristo nuestro Señor; porque por eso Él llegó hasta el infierno, para que no quedáramos en el infierno.

18. También diré otra opinión. Tal vez entre los mismos infiernos hay alguna parte inferior, adonde son empujados los impíos que han pecado mucho. Pues entre los infiernos, si en ciertos lugares no estaba Abraham, no podemos definirlo con certeza. Pues aún no había venido el Señor al infierno, para liberar de allí las almas de todos los santos precedentes, y sin embargo, Abraham estaba allí en reposo. Y un cierto rico, mientras era atormentado en el infierno, al ver a Abraham, levantó los ojos. No podría verlo con los ojos levantados, si él no estuviera arriba, él abajo. ¿Y qué le respondió Abraham, cuando decía, "Padre Abraham, envía a Lázaro, para que moje su dedo y gotee en mi lengua, porque estoy atormentado en esta llama?" "Hijo," dijo, "recuerda que recibiste bienes en tu vida; Lázaro, en cambio, males: ahora él descansa aquí, y tú eres atormentado. Y además," dijo, "entre nosotros y vosotros hay un gran abismo establecido; para que ni nosotros podamos ir a vosotros, ni de allí alguno venir a nosotros" (Luc. XVI, 22-26). Por tanto, entre estos dos infiernos, de los cuales en uno descansaron las almas de los justos, en el otro son atormentadas las almas de los impíos, al considerar alguien que ora aquí, ya aquí en el cuerpo de Cristo puesto, y orando en la voz de Cristo, que Dios ha librado su alma del infierno inferior, porque lo ha liberado de tales pecados por los cuales podría ser llevado a los tormentos del infierno inferior. Así como si un médico viera que te amenaza una enfermedad tal vez por algún esfuerzo, y dijera, Cuídate, trátate así, descansa, usa estos alimentos; pues si no lo haces, enfermarás: pero si lo haces y estás sano, correctamente dices al médico, Me has librado de la enfermedad; no en la que ya estabas, sino en la que ibas a estar. Alguien con un caso molesto, iba a ser enviado a la cárcel; vino otro, lo defendió: dando gracias, ¿qué dice? Me has librado de la cárcel. Un deudor iba a ser colgado; se pagó por él: se dice que fue librado del ahorcamiento. En todos estos casos no estaban; pero porque por tales méritos se conducían, que si no se les ayudaba, estarían allí; correctamente dicen que se libran de allí, adonde por sus libertadores no se les permitió ser

llevados. Por tanto, hermanos, ya sea esto, ya sea aquello; aquí me tengan como un investigador de la palabra de Dios, no como un afirmador temerario. Y has librado mi alma del infierno inferior.

19. [vers. 14.] Dios, los que pasan por alto la ley se levantaron contra mí. ¿A quiénes llama los que pasan por alto la ley? No a los paganos, que no recibieron la ley. Pues nadie pasa por alto lo que no recibió: dice el Apóstol claramente, Donde no hay ley, tampoco hay transgresión (Rom. IV, 15). Los que pasan por alto la ley, llama a los transgresores de la ley. ¿A quiénes, pues, entendemos, hermanos? Si tomamos esta voz del mismo Señor, los que pasan por alto la ley eran los judíos. Se levantaron contra mí los que pasan por alto la ley: no guardaron la ley, y acusaron a Cristo, como si Él pasara por alto la ley. Se levantaron contra mí los que pasan por alto la ley. Y el Señor sufrió lo que sabemos. ¿Crees que su cuerpo no sufre algo similar ahora? ¿Cómo puede ser? Si al padre de familia llamaron Beelzebú; cuánto más a sus domésticos. No es el discípulo superior al maestro, ni el siervo superior a su señor (Mat. X, 25, 24). También sufre el cuerpo los que pasan por alto la ley; y se levantan contra el cuerpo de Cristo. ¿Quiénes son los que pasan por alto la ley? ¿Acaso los judíos se atreven a levantarse contra Cristo? No: pues ni siquiera nos hacen mucha tribulación. Aún no han creído, aún no han reconocido la salvación. Se levantan contra el cuerpo de Cristo los malos cristianos, de quienes el cuerpo de Cristo sufre tribulación diariamente. Todas las divisiones, todas las herejías, todos los que viven mal dentro, y imponen sus costumbres a los que viven bien, y los arrastran a lo suyo, y con malas conversaciones corrompen las buenas costumbres (I Cor. XV, 33); ellos son los que pasan por alto la ley y se levantan contra mí. Que lo diga toda alma piadosa, que lo diga toda alma cristiana. La que no sufre esto, que no lo diga. Pero si es alma cristiana, sabe que sufre males: si reconoce en sí su sufrimiento, que reconozca aquí su voz; pero si está fuera del sufrimiento, que esté fuera de la voz; para que no esté fuera del sufrimiento, que camine por el camino angosto (Mat. VII, 14), y comience a vivir piadosamente en Cristo, es necesario que sufra esta persecución. Porque todos, dice el Apóstol, que quieren vivir piadosamente en Cristo, sufrirán persecución (II Tim. III, 12). Dios, los que pasan por alto la ley se levantaron contra mí; y la sinagoga de los poderosos buscó mi alma. La sinagoga de los poderosos es la congregación de los soberbios. La sinagoga de los poderosos se levantó contra la cabeza, es decir, nuestro Señor Jesucristo, clamando y diciendo a una voz, Crucifícalo, crucifícalo (Juan XIX, 6): de quienes se dijo, Los hijos de los hombres, sus dientes son armas y flechas, y su lengua espada afilada (Sal. LVI, 5). No golpearon, sino que clamaron: clamando hirieron, clamando crucificaron. La voluntad de los que clamaban se cumplió, cuando el Señor fue crucificado: Y la sinagoga de los poderosos buscó mi alma. Y no te pusieron ante sus ojos. ¿Cómo no te pusieron? No entendieron a Dios. Perdonarían al hombre: a lo que veían, a eso caminarían. Supón que no era Dios, era hombre: ¿por eso debía ser matado? Perdona al hombre, y reconoce a Dios.

20. [vers. 15.] Y tú, Señor Dios, misericordioso y compasivo, lento para la ira y grande en misericordia, y veraz. ¿Por qué lento para la ira y grande en misericordia, y compasivo? Porque colgando en la cruz dijo: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Luc. XXIII, 34). ¿A quién pide? ¿Por quiénes pide? ¿Quién pide? ¿Dónde pide? Al Padre el Hijo, por los impíos crucificado, en medio de las mismas injurias, no de palabras, sino de muerte infligida, colgando en la cruz: como si tuviera las manos extendidas para orar así por ellos, para que su oración se dirigiera como incienso ante el Padre, y la elevación de sus manos fuera sacrificio vespertino (Sal. CXL, 2). Lento para la ira, y grande en misericordia, y veraz.

21. [vers. 16.] Si eres veraz, mírame y ten misericordia de mí; da poder a tu siervo. Porque eres veraz, da poder a tu siervo. Que pase el tiempo de la paciencia, que llegue el tiempo del

juicio. ¿Cómo, da poder a tu siervo? El Padre no juzga a nadie; sino que todo juicio lo ha dado al Hijo (Juan V, 22). Él resucitará y vendrá a la tierra para juzgar; se mostrará terrible, quien fue visto como despreciable. Mostrará su poder, quien mostró paciencia: en la cruz había paciencia; en el juicio habrá poder. Aparecerá como hombre juzgando, pero en gloria: porque como lo vieron ir, dijeron los Ángeles, así vendrá (Hechos I, 11). Esa misma forma vendrá al juicio; por eso lo verán también los impíos: pues la forma de Dios no la verán. Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios (Mateo V, 8). Apareciendo en forma de hombre, dirá, Id al fuego eterno; para que se cumpla lo que dijo Isaías, Sea quitado el impío, para que no vea la gloria del Señor (Isaías XXVI, 10, según LXX). Sea quitado para que no vea la forma de Dios. Verán, pues, la forma del hombre. Quien siendo en forma de Dios igual a Dios (Filipenses II, 6): esto no lo verán los impíos. En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios (Juan I, 1): esto no lo verán los impíos. Pues si Dios es Verbo, y bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios; pero los impíos son impuros de corazón: sin duda no verán a Dios. ¿Y dónde está, Verán a quien traspasaron (Id. XIX, 37): sino porque aparece que verán la forma del hombre, para ser juzgados; no verán la forma de Dios, sino aquellos que serán separados a la derecha? Pues cuando sean separados a la derecha, se les dirá: Venid, benditos de mi Padre; heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo. ¿Y a los impíos a la izquierda qué? Id al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles. Pero al concluir el juicio, ¿cómo termina? Así irán los impíos al castigo eterno; pero los justos a la vida eterna (Mateo XXV, 34, 41, 46). Ya desde la visión de la forma del hombre, ellos irán a la visión de la forma de Dios. Porque esta es, dice, la vida eterna, que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado (Juan XVII, 3): se entiende, Y a él mismo, el único Dios verdadero; porque el Padre y el Hijo son un único Dios verdadero: para que este sea el sentido, que te conozcan a ti y a Jesucristo, a quien has enviado, como un único Dios verdadero. Pues no irán a la visión del Padre, y no verán allí también al Hijo. Si el Hijo no estuviera en la visión de su Padre, no diría él mismo a sus discípulos que el Hijo está en el Padre, y el Padre en el Hijo. Dicen los discípulos: Muéstranos al Padre, y nos basta. Él les dice: Tanto tiempo he estado con vosotros, y no me conocéis? Felipe, quien me ha visto, ha visto al Padre. Ved que en la visión del Padre, está también la visión del Hijo; y en la visión del Hijo, está también la visión del Padre. Por eso añadió consecuentemente, y dijo: ¿No sabéis que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí? es decir, al verme a mí, se ve también al Padre, y al ver al Padre, se ve también al Hijo. La visión del Padre y del Hijo no puede separarse: donde no se separa la naturaleza y la sustancia, la visión no puede separarse. Pues para que sepáis que allí debe prepararse el corazón para ver la divinidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, en la cual creemos sin haberla visto, y creyendo, purificamos el corazón para poder verla; el mismo Señor dice en otro lugar: Quien tiene mis mandamientos y los guarda, ese es quien me ama: y quien me ama, será amado por mi Padre; y yo lo amaré, y me manifestaré a él (Id. XIV, 8, 9, 10, 21). ¿Acaso no lo veían con quienes hablaba? Y lo veían, y no lo veían: veían algo, creían algo; veían al hombre, creían en Dios. En el juicio, sin embargo, verán a nuestro mismo Señor Jesús como hombre con los impíos; después del juicio verán a Dios, excepto los impíos. Da poder a tu siervo.

22. Y salva al hijo de tu sierva. El Señor, hijo de una sierva. ¿De qué sierva? A quien, cuando se le anunció que nacería, respondió y dijo: He aquí la sierva del Señor; hágase en mí según tu palabra (Lucas I, 38). Salvó al Hijo de su sierva, y a su Hijo: su Hijo, en forma de Dios; el Hijo de su sierva, en forma de siervo. Del siervo de Dios nació, pues, el Señor en forma de siervo; y dijo, Salva al hijo de tu sierva. Y fue salvado de la muerte, como sabéis, resucitando su carne que estaba muerta. Pero para que veáis que es Dios, y no fue resucitado por el Padre de tal manera que no se resucitara a sí mismo; porque él mismo resucitó su carne, tienes

dicho en el Evangelio, Destruid este templo, y en tres días lo levantaré: para que no sospechemos otra cosa, el Evangelista añadió, Pero él hablaba del templo de su cuerpo (Juan II, 19, 21). Así fue salvado el Hijo de la sierva. Que también cada cristiano, puesto en el cuerpo de Cristo, diga, Salva al hijo de tu sierva. Quizás no puede decir, Da poder a tu siervo; porque ese Hijo recibió poder. Pero, ¿por qué no dice también esto? ¿Acaso no se dijo a los siervos, Os sentaréis sobre doce tronos juzgando a las doce tribus de Israel (Mateo XIX, 28)? y los siervos dicen: ¿No sabéis que juzgaremos a los ángeles (I Cor. VI, 3)? Así que cada uno de los santos recibe poder, y cada uno de los santos es hijo de su sierva. ¿Qué si nació de una pagana, y se hizo cristiano? ¿Cómo puede ser hijo de su sierva siendo hijo de una pagana? Es ciertamente hijo de una pagana carnalmente, pero hijo de la Iglesia espiritualmente. Y salva al hijo de tu sierva.

23. [vers. 17.] Haz conmigo una señal para bien. ¿Qué señal, sino la de la resurrección? El Señor dice: Esta generación perversa y adúltera busca una señal; y no se le dará señal, sino la señal del profeta Jonás. Porque como Jonás estuvo en el vientre del gran pez tres días y tres noches, así estará el Hijo del Hombre en el corazón de la tierra (Mateo XII, 39 y 40). Así que ya se ha hecho una señal para bien con nuestra cabeza: que cada uno de nosotros diga, Haz conmigo una señal para bien; porque en la última trompeta, en la venida del Señor, los muertos resucitarán incorruptibles, y nosotros seremos transformados (I Cor. XV, 52). Esta será la señal para bien. Haz conmigo una señal para bien, para que vean los que me odian, y se confundan. En el juicio se confundirán perniciosamente, quienes ahora no quieren confundirse saludablemente. Ahora, pues, que se confundan; que acusen sus malos caminos, que sigan el buen camino: porque ninguno de nosotros vive sin confusión, a menos que primero, confundido, reviva. Dios les ofrece ahora una oportunidad de confusión saludable, si no desprecian la medicina de la confesión: pero si ahora no quieren confundirse, entonces se confundirán, cuando sus iniquidades los conduzcan al contrario (Sab. IV, 20). ¿Cómo se confundirán? Cuando digan, Estos son a quienes tuvimos alguna vez por burla y por semejanza de reproche. Nosotros, insensatos, considerábamos su vida una locura: ¿cómo han sido contados entre los hijos de Dios? ¿Qué nos ha aprovechado la soberbia? Entonces dirán: ahora digan, y lo dirán saludablemente. Que cada uno se convierta a Dios humildemente, y ahora diga, ¿Qué me ha aprovechado la soberbia? y escuche del Apóstol, ¿Qué fruto teníais entonces en aquellas cosas de las cuales ahora os avergonzáis? (Rom. VI, 21). Ved que hay ahora también una confusión saludable en el lugar de la penitencia; pero entonces será tardía, inútil, infructuosa. ¿Qué nos ha aprovechado la soberbia? ¿o qué nos ha proporcionado la jactancia de las riquezas? Todo ha pasado como una sombra (Sab. 5, 3-9). ¿Qué, pues? cuando vivías aquí, ¿no veías que todo esto pasaba como una sombra? Entonces habrías dejado la sombra, y estarías en la luz; no dirías después, Todo ha pasado como una sombra, cuando vas a pasar de la sombra a las tinieblas. Haz conmigo una señal para bien, para que vean los que me odian, y se confundan.

24. Porque tú, Señor, me has ayudado y me has consolado. Me has ayudado, en la lucha; y me has consolado, en la tristeza. Nadie busca consuelo, sino quien está en miseria. ¿No queréis consolaros? Decid que sois felices. Y escucháis, Pueblo mío (ya respondéis, y oigo el murmullo de quienes bien retienen las Escrituras. Dios, que ha escrito esto en vuestros corazones, lo confirme en vuestras obras. Ved, hermanos, que quienes os dicen, Sois felices, os engañan), Pueblo mío, quienes os dicen felices, os llevan al error, y turban los caminos de vuestros pies (Isaías III, 12). Así también de la Epístola de Santiago apóstol: Sed miserables, dice, y llorad; vuestra risa se convierta en llanto (Santiago IV, 9). Ved lo que habéis escuchado: ¿cuándo se nos dirían estas cosas en la región de la seguridad? Sin duda esta región es de escándalos, y de tentaciones, y de todos los males, para que gemamos aquí, y

merezcamos alegrarnos allí; aquí ser atribulados, y consolados allí, y decir: Porque has librado mis ojos de las lágrimas, mis pies de resbalar; agradaré al Señor en la tierra de los vivientes (Salmo CXIV, 8, 9). Esta es la región de los muertos. Pasa la región de los muertos, viene la región de los vivientes. En la región de los muertos hay trabajo, dolor, miedo, tribulación, tentación, gemido, suspiro: aquí los falsos felices, los verdaderos infelices; porque la falsa felicidad es verdadera miseria. Pero quien se reconoce en verdadera miseria, también estará en verdadera felicidad: y sin embargo, ahora porque eres miserable, escucha al Señor diciendo, Bienaventurados los que lloran (Mateo V, 5). Oh, bienaventurados los que lloran! Nada tan unido a la miseria como el llanto; nada tan alejado y contrario a la miseria como la bienaventuranza: tú dices que lloran, y tú dices que son bienaventurados! Entended, dice, lo que digo: bienaventurados digo a los que lloran; ¿por qué bienaventurados? En esperanza. ¿Por qué lloran? En realidad. Pues lloran en esta muerte, en estas tribulaciones, en su peregrinación; y porque se reconocen en esta miseria, y gimen, son bienaventurados. ¿Por qué lloran? Se entristeció el bienaventurado Cipriano en la pasión; ahora se consuela en la corona. Ahora también consolado aún está triste. Pues nuestro Señor Jesucristo aún intercede por nosotros (Rom. VIII, 34): todos los Mártires que están con él, interceden por nosotros. No pasarán sus intercesiones, sino cuando pase nuestro gemido: pero cuando pase nuestro gemido, todos en una sola voz, en un solo pueblo, en una sola patria seremos consolados, miles de miles unidos a los coros de los Ángeles, a los coros de las Potestades celestiales en una ciudad de vivientes. ¿Quién allí gime? ¿quién allí suspira? ¿quién allí trabaja? ¿quién allí necesita? ¿quién allí muere? ¿quién allí ofrece misericordia? ¿quién parte pan al hambriento, donde todos son saciados con el pan de la justicia? Nadie te dice, Recibe al huésped: allí nadie será peregrino; todos viven en su patria. Nadie te dice, Concuerda a tus amigos que litigan: disfrutan de la paz sempiterna en el rostro de Dios. Nadie te dice, Visita al enfermo: la salud y la inmortalidad permanecen. Nadie te dice, Sepulta al muerto: todos estarán en vida eterna. Cesan las obras de misericordia, porque no se encuentra miseria. ¿Y qué haremos allí? ¿Dormiremos tal vez? Si ahora luchamos contra nosotros mismos, aunque llevemos la casa del sueño que es esta carne, y vigilamos en estas luces, y esta solemnidad nos da ánimo para vigilar; ¿qué vigilias nos dará aquel día? Entonces vigilaremos, no dormiremos. ¿Qué haremos? Estas obras de misericordia no estarán, porque no habrá miseria: donde no habrá necesidad ni miseria, no habrá obras de necesidad ni de misericordia. ¿Qué habrá allí? ¿cuál será nuestro negocio? ¿qué acción nuestra? ¿O ninguna acción, porque hay descanso? ¿Nos sentaremos, pues, y nos entorpeceremos, y no haremos nada? Si se enfría nuestro amor, se enfriará nuestra acción. El amor, pues, quieto en el rostro de Dios, a quien ahora deseamos, por quien suspiramos, cuando lleguemos a él, ¿cómo nos encenderá? A quien aún no visto así suspiramos, cuando lleguemos a él, ¿cómo nos iluminará? ¿cómo nos cambiará? ¿qué hará de nosotros? ¿Qué haremos, hermanos? El Salmo nos lo diga: Bienaventurados los que habitan en tu casa. ¿Por qué? Por los siglos de los siglos te alabarán (Salmo LXXXIII, 5). Esta será nuestra acción, la alabanza de Dios. Amas, y alabas. Dejarás de alabar, si dejas de amar. Pero no dejarás de amar, porque tal es a quien ves, que no te ofende con fastidio: y te sacia, y no te sacia. Es extraño lo que digo. Si digo que te sacia, temo que como saciado quieras irte; como de un almuerzo, como de una cena. Entonces, ¿qué digo? ¿No te sacia? Temo de nuevo que si digo, No te sacia, parezcas necesitado; y como más vacío estés, y menos en ti haya algo que deba llenarse. ¿Qué, pues, diré, sino lo que se puede decir, apenas se puede pensar? Y te sacia, y no te sacia: porque encuentro ambas cosas en la Escritura. Pues cuando decía, Bienaventurados los que tienen hambre, porque ellos serán saciados (Mateo V, 6): está dicho de la Sabiduría, Los que te comen, aún tendrán hambre: y los que te beben, aún tendrán sed (Eclesiástico XXIV, 29). Más bien no dijo, aún; sino dijo, todavía: pues, Aún tendrá sed, como si primero saciado se hubiera ido y hubiera digerido y hubiera vuelto a beber. Así es, Los que te comen, aún tendrán hambre: así cuando comen, tendrán hambre; y los que te

beben, así bebiendo, tendrán sed. ¿Qué es, bebiendo tener sed? Nunca fastidiarse. Si, pues, esa dulzura inefable y sempiterna será; ahora, ¿qué nos pide, hermanos, sino fe no fingida, esperanza firme, caridad pura, y que el hombre camine en el camino que el Señor dio, soporte tentaciones, y reciba consolaciones?

EN EL SALMO LXXXVI COMENTARIO.

SERMON.

1. El Salmo que se ha cantado ahora, es breve en número de palabras, grande en peso de sentencias. Pues todo fue leído, y veis cuán en poco tiempo fue llevado hasta el final. Aquí se nos ha propuesto, tanto como el Señor se digne conceder, para ser tratado con vuestra Caridad, ahora por nuestro beatísimo padre presente. La proposición repentina me pesaría, si no me levantara inmediatamente la oración del proponente. Atienda, pues, vuestra Caridad. Una cierta ciudad ha sido cantada y encomiada en este salmo: de la cual somos ciudadanos, en cuanto somos cristianos; y de la cual peregrinamos, mientras somos mortales; y hacia la cual nos dirigimos, por cuyo camino, que estaba completamente como cerrado por zarzas y espinas, el rey de esa ciudad se hizo camino, para que llegáramos a la ciudad. Caminando, pues, en Cristo, y aún peregrinando hasta que lleguemos, y suspirando por el deseo de una cierta paz inefable que habita en esa ciudad, de la cual paz se ha dicho que esto nos ha sido prometido lo que ojo no vio, ni oído oyó, ni ha subido al corazón del hombre (I Cor. II, 9); caminando, pues, cantemos así, para que deseemos. Pues quien desea, aunque la lengua calle, canta con el corazón: pero quien no desea, por más que con cualquier clamor hiera los oídos de los hombres, es mudo para Dios. Ved cómo eran amantes de esta ciudad ardientes, aquellos mismos por quienes estas cosas fueron dichas, por quienes estas cosas nos fueron encomendadas, con cuánto afecto fueron cantadas por ellos. Este afecto lo generaba en ellos el amor de la ciudad; pero el amor de la ciudad lo había infundido el Espíritu de Dios: La caridad, dice, de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado (Rom. V, 5). Así que, fervientes en este Espíritu, escuchemos lo que se ha dicho de esta ciudad.

2. [vers. 1, 2.] Sus fundamentos están en los montes santos. El Salmo aún no había dicho nada sobre ella; aquí comienza y dice: Sus fundamentos están en los montes santos. ¿De quién son los fundamentos? No hay duda de que los fundamentos, especialmente en los montes, son de alguna ciudad. Este ciudadano, lleno del Espíritu Santo, y reflexionando mucho sobre el amor y el deseo de esta ciudad, como si hubiera meditado mucho en su interior, estalló en esto: Sus fundamentos están en los montes santos; como si ya hubiera dicho algo sobre ella. ¿Cómo no había dicho nada sobre ella, quien nunca había callado sobre ella en su corazón? ¿Cómo se dice su, de la que no se ha dicho nada? Pero, como dije, gestando en silencio muchas cosas sobre esa ciudad, clamando a Dios, también estalló en los oídos de los hombres: Sus fundamentos están en los montes santos. Y como si los hombres que escuchaban preguntaran, ¿De quién? Dice: El Señor ama las puertas de Sion. He aquí de quién son los fundamentos en los montes santos, de una cierta ciudad de Sion, cuyas puertas ama el Señor, como dice a continuación, más que todas las moradas de Jacob. Pero, ¿qué significa, Sus fundamentos están en los montes santos? ¿Quiénes son los montes santos sobre los que está fundada esta ciudad? Otro ciudadano lo dijo más claramente, el apóstol Pablo. Profeta ciudadano de allí, apóstol ciudadano de allí: y ellos hablaban para exhortar a los demás ciudadanos. Pero, ¿cómo son ciudadanos estos, es decir, los Profetas y los Apóstoles? Tal vez de tal manera que ellos mismos sean los montes sobre los que están los fundamentos de esta ciudad, cuyas puertas ama el Señor. Que otro ciudadano lo diga claramente para que

no parezca que estamos conjeturando. Hablando a los Gentiles, y recordándoles que regresen, y como si fueran construidos en un edificio santo, dice: Edificados sobre el fundamento de los Apóstoles y Profetas. Y porque ni los mismos Apóstoles ni los Profetas, en quienes está el fundamento de la ciudad, se sostendrían por sí mismos; sigue diciendo allí: Siendo la principal piedra del ángulo Cristo Jesús mismo. Para que no pensaran los Gentiles que no pertenecían a Sion: había una cierta ciudad terrenal de Sion, que por sombra llevaba la imagen de una cierta Sion de la que ahora se habla, de aquella Jerusalén celestial de la que dice el Apóstol, La cual es madre de todos nosotros (Gálatas IV, 26): para que no se dijera que no pertenecían a Sion, porque no eran del pueblo de los Judíos, les dijo esto: «Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos; sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios, edificados sobre el fundamento de los Apóstoles y Profetas.» Tienes la construcción de una gran ciudad. Pero, ¿dónde se apoya toda esta estructura, dónde descansa, para que no caiga en ninguna parte? Dice: Siendo la principal piedra del ángulo Cristo Jesús (Efesios II, 19 y 20).

3. Tal vez alguien dirá, Si la piedra angular es Cristo Jesús, en él ciertamente se ensamblan dos paredes. Pues no hacen ángulo, sino dos paredes que vienen de diferentes direcciones en una: así también dos pueblos, de la circuncisión y del prepucio, unidos en la paz cristiana en una fe, una esperanza, una caridad. Pero si el ángulo supremo es Cristo Jesús, parece que los fundamentos son anteriores y la piedra angular posterior. Por lo tanto, alguien podría decir que más bien Cristo descansa sobre los Profetas y Apóstoles, no ellos sobre él, si ellos están en el fundamento, él en el ángulo. Pero que piense quien dice esto, que el ángulo también está en el fundamento. Pues no está solo el ángulo donde se ve, para que se eleve a la cima: comienza desde el fundamento. Porque para que sepáis que también el fundamento es Cristo, tanto el primero como el más grande: El fundamento, dice el Apóstol, nadie puede poner otro que el que está puesto, que es Cristo Jesús (I Corintios III, 11). ¿Cómo, entonces, son los Profetas y Apóstoles fundamentos, y cómo es Cristo Jesús el fundamento, más allá del cual no hay nada? ¿Cómo lo entendemos, sino como se dice claramente santo de los santos, así figuradamente fundamento de los fundamentos? Si, pues, consideras los sacramentos, Cristo es santo de los santos: si consideras el rebaño sometido, Cristo es pastor de pastores: si consideras el edificio, Cristo es fundamento de los fundamentos. En estos edificios no puede ser la misma piedra en lo más bajo y en lo más alto: si está en lo más bajo, no estará en lo más alto; si está en lo más alto, no estará en lo más bajo. Pues casi todos los cuerpos sufren estrechez; no pueden estar en todas partes, ni siempre: pero la Divinidad que está presente en todas partes, de todas partes puede ser llevada a semejanza; y todo puede estar en semejanzas, porque nada de esto está en propiedades. ¿Acaso Cristo es puerta, como vemos puertas hechas por el carpintero? No, ciertamente: y sin embargo dijo, Yo soy la puerta. ¿O acaso es pastor, como vemos a estos pastores puestos sobre los rebaños? Dijo, Yo soy el buen pastor. Y en un solo lugar dijo ambas cosas. En el Evangelio dijo que el pastor entra por la puerta: y allí dijo, Yo soy el buen pastor; y allí dijo, Yo soy la puerta (Juan X, 9, 11). El pastor entra por la puerta: ¿y quién es el pastor que entra por la puerta? Yo soy el buen pastor. ¿Y cuál es, entonces, la puerta por la que entras tú, buen pastor? Yo soy la puerta. ¿Cómo, entonces, eres tú todo? ¿Cómo por mí todo? Por ejemplo, cuando Pablo entra por la puerta, ¿no entra Cristo por la puerta? ¿Por qué? No porque Pablo sea Cristo; sino porque en Pablo está Cristo, y por Cristo Pablo. Él mismo dijo: ¿Queréis una prueba de que Cristo habla en mí? (II Corintios XIII, 3). Cuando sus santos y fieles entran por la puerta, ¿no entra Cristo por la puerta? ¿Cómo lo probamos? Porque Saulo, aún no Pablo, perseguía a sus santos, cuando le clamó desde el cielo: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? (Hechos IX, 4). Por lo tanto, él mismo es el fundamento y la piedra angular, surgiendo desde lo más bajo; si es que desde lo más bajo. Pues el origen de este fundamento alcanza la cima: y así como el fundamento de un edificio

corporal está en lo más bajo; así el fundamento de un edificio espiritual está en lo más alto. Si fuéramos edificados hacia la tierra, el fundamento debería ser puesto en lo más bajo para nosotros: porque es un edificio celestial, nuestro fundamento ha precedido a los cielos. Por lo tanto, él mismo es la piedra angular, y los montes son los Apóstoles, grandes Profetas, que sostienen el edificio de la ciudad, haciendo un edificio vivo. ¿Este edificio clama ahora desde vuestros corazones? ¿Esto hace la mano artística de Dios incluso a través de nuestra lengua, para que seáis ajustados a la construcción de ese edificio? Pues no en vano también el arca de Noé fue construida de maderas cuadradas (Génesis VI, 14, según los LXX), que no obstante llevaba la figura de la Iglesia. ¿Qué significa ser cuadrado? Considerad la semejanza de una piedra cuadrada: así debe ser el cristiano. En toda su tentación, el cristiano no cae; y aunque sea empujado, y como si fuera girado, no cae: pues una piedra cuadrada, de cualquier manera que la gires, permanece. Los Mártires parecían caer cuando eran golpeados; pero ¿qué dijo una voz del Cántico? Cuando el justo cae, no se turbará; porque el Señor sostiene su mano (Salmo XXXVI, 24). Así, pues, sed ajustados, preparados para todas las tentaciones; cualquier cosa que os empuje, no os derribe. Que todo caso te encuentre de pie. Por lo tanto, te elevas en este edificio con afecto piadoso, religión sincera, fe, esperanza, caridad; y edificarse es caminar. En estas ciudades, la construcción de los edificios es una cosa, y los ciudadanos que habitan en el edificio son otra: esa ciudad se edifica con sus ciudadanos, ellos son las piedras que son ciudadanos; pues son piedras vivas. Y vosotros, dice, como piedras vivas, sois edificados en casa espiritual (I Pedro II, 5). A nosotros se dirige la voz. Por lo tanto, sigamos hablando de esta ciudad.

4. Sus fundamentos están en los montes santos: el Señor ama las puertas de Sion. Ya he hablado antes para que no penséis que los fundamentos son una cosa y las puertas otra. ¿Por qué son los Apóstoles y los Profetas fundamentos? Porque su autoridad sostiene nuestra debilidad. ¿Por qué son puertas? Porque a través de ellos entramos al reino de Dios: pues nos predican. Y cuando entramos por ellos, entramos por Cristo: pues él es la puerta. Y se dice que hay doce puertas de Jerusalén (Apocalipsis XXI, 12), y una puerta es Cristo, y doce puertas son Cristo; porque en las doce puertas está Cristo: y por eso el número de los Apóstoles es doce. Gran sacramento de este número doce. Dice: Os sentaréis sobre doce tronos, juzgando a las doce tribus de Israel (Mateo XIX, 28). Si hay doce tronos allí; no hay donde se siente el decimotercer apóstol Pablo, y no habrá cómo juzgue: y él mismo dijo que juzgaría, no solo a los hombres, sino también a los ángeles. ¿Qué ángeles, sino los ángeles apóstatas? ¿No sabéis, dice, que juzgaremos a los ángeles? (I Corintios VI, 3). Entonces respondería la multitud: ¿Por qué te jactas de que juzgarás? ¿Dónde te sentarás? El Señor dijo doce tronos a los doce Apóstoles; uno cayó, Judas, en su lugar fue ordenado Matías, se completó el número doce de los tronos (Hechos I, 15-26): primero encuentra un lugar donde te sientes, y luego amenaza con que juzgarás. Veamos, pues, qué significan los doce tronos. Es un sacramento de cierta universalidad; porque la Iglesia iba a estar en todo el mundo, de donde se llama a este edificio a la unión con Cristo: y por eso, porque de todas partes se viene a juzgar, hay doce tronos; así como porque de todas partes se entra en esa ciudad, hay doce puertas. No solo, pues, aquellos doce y el apóstol Pablo, sino todos los que van a juzgar, pertenecen a los doce tronos por la significación de la universalidad; así como todos los que entran, pertenecen a las doce puertas. Pues hay cuatro partes del mundo, Oriente, Occidente, Norte y Sur. Estas cuatro partes se nombran constantemente en las Escrituras. De todos estos cuatro vientos, como dice el Señor en el Evangelio, recogerá a sus elegidos de los cuatro vientos (Marcos XIII, 27); de todos estos cuatro vientos se llama a la Iglesia. ¿Cómo se llama? De todas partes en la Trinidad se llama: no se llama sino por el Bautismo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Cuatro veces tres, se encuentran doce.

5. Llamad, pues, con afecto a estas puertas, y que clame en vosotros Cristo: Abridme las puertas de la justicia (Salmo CXVII, 19). Pues él precedió en la cabeza; se sigue a sí mismo en el cuerpo. Ved lo que dijo el Apóstol, que en él Cristo sufría: Para completar, dice, lo que falta de las aflicciones de Cristo en mi carne (Colosenses I, 24). Para completar: ¿Qué? Lo que falta. ¿A quién le falta? A las aflicciones de Cristo. ¿Y dónde falta? En mi carne. ¿Acaso faltaba algo de las aflicciones en aquel hombre, que fue hecho Verbo de Dios, nacido de María virgen? Pues sufrió todo lo que debía sufrir, por su voluntad no por necesidad de pecado; y parece que todo: pues en la cruz, habiendo recibido el vinagre, dijo: Está consumado; e inclinando la cabeza, entregó el espíritu (Juan XIX, 30). ¿Qué significa, Está consumado? Ya no me falta nada de la medida de las pasiones; todo lo que se ha predicho de mí, se ha cumplido: como si esperara que se completara. ¿Quién es el que parte así, como él salió del cuerpo? Pero, ¿quién pudo hacer esto? El que primero dijo: Tengo poder para poner mi vida, y tengo poder para volver a tomarla: nadie me la quita; sino que yo la pongo de mí mismo, y la vuelvo a tomar (Juan X, 17, 18). La puso cuando quiso; la tomó cuando quiso: nadie se la quitó, nadie se la arrebató. Por lo tanto, todas las pasiones estaban completas, pero en la cabeza: aún quedaban las pasiones de Cristo en el cuerpo. Vosotros sois el cuerpo de Cristo y miembros (I Corintios XII, 27). En estos miembros, pues, estando el Apóstol, dijo: Para completar lo que falta de las aflicciones de Cristo en mi carne. Por lo tanto, vamos a donde Cristo ha precedido, y aún Cristo va a donde ha precedido: pues Cristo ha precedido en la cabeza, sigue en el cuerpo. Y aún Cristo aquí trabaja; y Cristo aquí sufría por Saulo, cuando Saulo oyó: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Como suele decir la lengua, cuando se pisa el pie: Me pisas. La lengua no fue tocada; clama por compasión, no por fricción. Aún Cristo aquí necesita, Cristo aquí peregrina, Cristo aquí enferma, Cristo aquí está encerrado en prisión. Le hacemos injuria, si no lo dijo él mismo: «Tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recogisteis; desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis. Y ellos: ¿Cuándo te vimos padeciendo esto, y te servimos? Y él: Cuando lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis» (Mateo XXV, 35-40). Por lo tanto, seamos edificados en Cristo sobre el fundamento de los Apóstoles y Profetas, siendo la principal piedra del ángulo él mismo; porque el Señor ama las puertas de Sion más que todas las moradas de Jacob. Como si también Sion no estuviera entre las moradas de Jacob. ¿Y dónde estaba Sion sino en el pueblo de Jacob? Pues Jacob, nieto de Abraham, de donde nació el pueblo de los Judíos, se llama pueblo de Israel, porque el mismo Jacob fue llamado también Israel (Génesis XXXII, 28). Esto lo sabe bien vuestra Santidad. Pero porque había ciertas moradas temporales e imaginarias; y este habla de una cierta ciudad, que entiende espiritualmente, cuya sombra y figura era aquella terrenal: dice, El Señor ama las puertas de Sion más que todas las moradas de Jacob. Ama aquella ciudad espiritual más que todas las figuradas, con las que siempre se insinuaba aquella ciudad siempre permanente, y siempre celestial en paz.

6. [vers. 3, 4.] Gloriosas cosas se han dicho de ti, ciudad de Dios. Como si mirara aquella ciudad de Jerusalén en la tierra. Pues ved de qué ciudad habla, de la que se han dicho ciertas cosas gloriosísimas. Pues aquella fue destruida en la tierra; sufrió a los enemigos y cayó en la tierra, ya no es lo que era: expresó la imagen, pasó la sombra. ¿De dónde, pues, Gloriosas cosas se han dicho de ti, ciudad de Dios? Escucha de dónde: Me acordaré de Rahab y de Babilonia, de los que me conocen. En aquella ciudad, dice ya desde la persona de Dios, me acordaré de Rahab, y me acordaré de Babilonia. Rahab no pertenece al pueblo de los Judíos; Babilonia no pertenece al pueblo de los Judíos. Pues sigue: También los extranjeros, y Tiro, y el pueblo de los etíopes, estos estuvieron allí. Con razón se han dicho cosas gloriosísimas de ti, ciudad de Dios: donde no solo está aquel pueblo de los Judíos nacido de la carne de Abraham; sino allí todas las naciones, de las cuales algunas han sido nombradas, para que se

entiendan todas. Me acordaré, dice, de Rahab: ¿quién es esta meretriz, aquella meretriz en Jericó que recibió a los mensajeros y los envió por otro camino; que confió en la promesa, que temió a Dios, a quien se le dijo que colgara un cordón escarlata por la ventana, es decir, que tuviera en la frente la señal de la sangre de Cristo. Fue salvada allí (Josué II y VI, 25), y significó la Iglesia de los Gentiles. Por eso el Señor a los fariseos soberbios: En verdad os digo, los publicanos y las meretrices os preceden en el reino de los cielos (Mateo XXI, 31). Preceden, porque hacen violencia: empujan creyendo, y se cede a la fe, y nadie puede resistir; porque los que hacen violencia, lo arrebatan. Allí está puesto: El reino de los cielos sufre violencia, y los que hacen violencia, lo arrebatan (Mateo XI, 12). Esto hizo aquel ladrón, más fuerte en la cruz (Lucas XXIII, 40-43) que en la garganta. Me acordaré de Rahab y de Babilonia. Babilonia se dice ciudad según el mundo. Así como una ciudad santa, Jerusalén; una ciudad iniqua, Babilonia: todos los inicuos pertenecen a Babilonia; así como todos los santos a Jerusalén. Pero se desliza de Babilonia a Jerusalén. ¿Por dónde, sino por aquel que justifica al impío (Romanos IV, 5)? La ciudad de los piadosos es Jerusalén; la ciudad de los impíos es Babilonia. Pero vino aquel que justifica al impío; porque, Me acordaré, dice, no solo de Rahab, sino también de Babilonia. Pero, ¿de quién se acordará de Rahab y de Babilonia? De los que me conocen. Por eso en cierto lugar dice la Escritura: Derrama tu ira sobre las naciones que no te han conocido (Salmo LXXVIII, 6). Aquí dice, Derrama tu ira sobre las naciones que no te han conocido; y en otro lugar, Extiende tu misericordia a los que te conocen (Salmo XXXV, 11). Y para que sepáis que en Rahab y Babilonia significó a las naciones; como si se dijera, ¿Qué es lo que dijiste, Me acordaré de Rahab y de Babilonia, de los que me conocen? ¿Por qué dijiste esto? También los extranjeros, dice, es decir, pertenecientes a Rahab, pertenecientes a Babilonia, y Tiro. Pero, ¿hasta dónde las naciones? Hasta los confines de la tierra. Pues eligió un pueblo que está en el fin de la tierra: Y el pueblo, dice, de los etíopes, estos estuvieron allí. Si, pues, allí Rahab, allí de Babilonia, porque allí los extranjeros, allí Tiro, allí el pueblo de los etíopes; con razón, se han dicho cosas gloriosísimas de ti, ciudad de Dios.

7. [vers. 5.] Ahora presten atención al gran sacramento. Por él, allí Raab, por él, allí Babilonia, ya no es Babilonia; pues carece de Babilonia y comienza a ser Jerusalén. La hija se divide contra su madre, y será parte de los miembros de aquella reina a quien se dice: Olvida a tu pueblo y la casa de tu padre; el rey deseó tu belleza (Salmo XLIV, 11, 12). ¿De dónde aspiraría Babilonia a Jerusalén? ¿De dónde llegaría Raab a esos fundamentos? ¿De dónde los extranjeros, de dónde Tiro, de dónde el pueblo de los etíopes? Escucha de dónde: Madre Sión, dirá el hombre. Hay un hombre que dice, Madre Sión; y por él vienen todos estos. Pero, ¿quién es este hombre? Dice, si escuchamos, si comprendemos: Madre Sión, dirá el hombre. Sigue allí, como si buscaras, por quién vino Raab, Babilonia, los extranjeros, Tiro, los etíopes. He aquí por quién vinieron, Madre Sión, dirá el hombre; y el hombre fue hecho en ella, y él mismo la fundó el Altísimo. ¿Qué más claro, hermanos? Verdaderamente porque gloriosas cosas se han dicho de ti, ciudad de Dios. He aquí, Madre Sión, dirá el hombre. ¿Qué hombre? El que fue hecho hombre en ella. En ella fue hecho hombre, y él mismo la fundó. ¿Cómo fue hecho en ella, y él mismo la fundó? Para que en ella se hiciera hombre, ya estaba fundada. Así entiende, si puedes. En efecto, Madre Sión, dirá; pero, hombre, Madre Sión, dirá; pero el hombre fue hecho en ella: pero él mismo la fundó, no el hombre, sino el Altísimo. Así fundó la ciudad en la que nacería, como creó a la madre de la que nacería. ¿Qué es esto, hermanos? ¡Qué promesas, cuánta esperanza tenemos! He aquí que por nosotros el Altísimo que fundó la ciudad, Madre, dice a la misma ciudad; y el hombre fue hecho en ella, y el Altísimo la fundó.

8. [vers. 6.] Como si se dijera, ¿De dónde saben esto? Todos cantamos esto, y Cristo canta en todos: hombre por nosotros, Dios antes de nosotros. Pero, ¿qué grande antes de nosotros? Antes de la tierra y el cielo, antes de los siglos. Este hombre, por tanto, hecho por nosotros en ella, el mismo Altísimo la fundó. ¿De dónde sabemos esto? El Señor narrará en la Escritura de los pueblos. Pues esto sigue en el Salmo: Madre Sión, dirá el hombre; y el hombre fue hecho en ella, y él mismo la fundó el Altísimo. El Señor narrará en la Escritura de los pueblos y de los príncipes. ¿De qué príncipes? De aquellos que fueron hechos en ella. Príncipes que fueron hechos en ella, en ella fueron hechos príncipes: pues antes de que en ella fueran hechos príncipes, Dios eligió lo despreciado del mundo para confundir a los fuertes. ¿Acaso un pescador es príncipe? ¿Acaso un publicano es príncipe? Príncipes ciertamente; pero porque fueron hechos en ella. ¿Qué clase de príncipes son estos? Vinieron de Babilonia príncipes, creyentes del mundo vinieron príncipes a la ciudad de Roma, como cabeza de Babilonia; no fueron al templo del Emperador, sino a la memoria del Pescador. ¿De dónde estos príncipes? Dios eligió lo débil del mundo para confundir a los fuertes: y eligió lo innoble, y lo que no es como si fuera, para que lo que es sea anulado (I Cor. I, 27, 28). Esto lo hace quien levanta al pobre del polvo, y al necesitado del estiércol. ¿Para qué lo levanta? Para colocarlo con los príncipes, con los príncipes de su pueblo (Salmo CXII, 7, 8). Gran cosa, gran alegría, gran gozo. Después vinieron a esta ciudad también oradores; pero no vendrían si no los precedieran los pescadores. Esto es grande; pero, ¿dónde está esto, sino en aquella ciudad de Dios, de la que se han dicho cosas gloriosas?

9. [vers. 7.] Por eso, reunidos todos los gozos y fundidos, ¿cómo concluyó? Como la morada de todos los que se alegran en ti. Como la morada de todos los que se alegran en esta ciudad. En esta peregrinación nos desgastamos: nuestra morada, será solo alegría. Desaparecerá el trabajo y el gemido; pasan las oraciones, suceden las alabanzas. Allí, por tanto, la morada de los que se alegran, no habrá gemido de los que desean, sino alegría de los que disfrutan. Pues estará presente aquel por quien ahora suspiramos; seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como es (I Juan III, 2): allí todo nuestro negocio no será sino alabar a Dios, y disfrutar de Dios. ¿Y qué más buscaremos, donde solo él basta, por quien fueron hechas todas las cosas? Seremos habitados y habitaremos: todo se le someterá, para que Dios sea todo en todos (I Cor. XV, 28). Bienaventurados, por tanto, los que habitan en tu casa. ¿Por qué bienaventurados? ¿Por tener oro, por tener plata, por una numerosa familia, por una prole abundante? ¿Por qué bienaventurados? Bienaventurados los que habitan en tu casa; por los siglos de los siglos te alabarán (Salmo LXXXIII, 5). Bienaventurados por este único negocio ocioso. Por tanto, deseemos esto solo, hermanos, cuando lleguemos a esto; preparémonos para alegrarnos en Dios, alabar a Dios. Las buenas obras que ahora nos conducen, no estarán allí. Lo dijimos también ayer, tanto como pudimos; no habrá allí obras de misericordia, donde no habrá miseria: no encontrarás necesitado, no encontrarás desnudo, nadie te encontrará sediento, no habrá peregrino, no habrá enfermo a quien visites, no habrá muerto a quien entierres, no habrá litigantes entre quienes compongas la paz. ¿Qué harás? ¿Acaso por las necesidades de nuestro cuerpo cultivaremos, y aramos, y negociaremos, y peregrinaremos? Gran descanso allí: pues allí todas las obras que la necesidad exige, se retirarán; muerta la necesidad, perecerán las obras de necesidad. ¿Qué habrá entonces? Como pudo, lo dijo la lengua humana: Como la morada de todos los que se alegran en ti. ¿Qué es, como? ¿Por qué, como? Porque allí habrá una alegría tal, que aquí no conocemos. Veo aquí muchas alegrías, y muchos se alegran en el mundo, unos de una cosa, otros de otra; y no hay con qué comparar esa alegría, pero será como alegría. Pues si digo, Alegría; comienza a ocurrirle al hombre tal alegría, como suele tener en banquetes, en comidas, en avaricia, en honores del mundo. Pues los hombres se exaltan, y con cierta alegría enloquecen: pero no hay alegría para los impíos, dice el Señor (Isaías XLVIII, 22, según LXX). Hay una cierta alegría que ni ojo vio, ni oído

oyó, ni subió al corazón del hombre (I Cor. II, 9). Como la morada de todos los que se alegran en ti. Prepárense para otra alegría; porque aquí encontramos algo similar, y no es esto: no sea que nos preparemos para disfrutar allí de tales cosas como las que aquí nos alegran; de lo contrario, nuestra continencia será avaricia. Hay hombres que son invitados a un opulento banquete, donde se pondrán muchas y preciosas cosas; no almuerzan: ya si les preguntas por qué no almuerzan, Ayunamos. Gran obra, obra cristiana el ayuno. No alabes rápidamente: busca la causa; se trata de un negocio del vientre, no de religión. ¿Por qué ayunan? Para que el vientre no se llene de cosas vulgares, y no pueda admitir las preciosas. Por tanto, lleva a cabo un negocio del paladar en el ayuno. Gran cosa ciertamente el ayuno: lucha contra el vientre y el paladar; a veces milita para ellos. Por tanto, hermanos míos, si piensan que tendrán algo así en aquella patria, a la que nos exhorta la trompeta celestial, y por eso se abstienen de las cosas presentes, para recibir allí tales cosas más abundantemente; son como aquellos que ayunan por mayores banquetes, y se contienen con mayor incontinencia. No lo hagan así: prepárense para algo inefable; limpien el corazón de todas sus afecciones terrenales y mundanas. Veremos algo, al ver lo cual seremos bienaventurados, y esto solo nos bastará. ¿Y qué? ¿No comeremos? Al contrario, comeremos; y él mismo será nuestro alimento, que nos refresca y no se agota. Como la morada de todos los que se alegran en ti. Ya se ha dicho de qué nos alegraremos: Bienaventurados los que habitan en tu casa; por los siglos de los siglos te alabarán. Alabemos también ahora al Señor, tanto como podamos, con gemidos mezclados; porque al alabarlo lo deseamos, y aún no lo tenemos: cuando lo tengamos, se retirará todo gemido, y quedará solo la alabanza pura y eterna. Convertidos al Señor.

EN EL SALMO LXXXVII COMENTARIO.

1. [vers. 1.] El título de este octogésimo séptimo salmo tiene algo que trae un nuevo asunto al expositor. Pues en ningún otro salmo se ha puesto lo que aquí se lee: Para el coro en respuesta. Pues sobre el Salmo del cántico y el cántico del salmo ya hemos dicho en otras ocasiones lo que nos parecía: y, hijos de Coré, es usual en los títulos de los salmos y se ha tratado muy a menudo, y qué significa, al final; pero lo que sigue, Para el coro en respuesta, esto tiene algo inusual este título. Para el coro, sin embargo, en latín puede decirse pro choro: pues melech en hebreo significa coro. ¿Qué es entonces, Para el coro en respuesta; sino tal vez para que el coro responda consonando al que canta? Así como no solo este, sino también otros salmos se cree que fueron cantados, aunque recibieron otros títulos; lo cual creo que se hizo por causa de la variedad, para aliviar el tedio. Pues no solo este salmo es digno de que el coro responda, ya que ciertamente no es el único escrito sobre la pasión del Señor. O si hay otra razón por la cual hay tanta variedad de títulos, que pueda mostrar que así todos los Salmos están prenotados, que están prenotados de diferentes maneras, para que ningún título pueda convenir a otro; confieso que, aunque me esforcé mucho, no pude penetrarlo: y si leí algo sobre esto dicho por quienes antes de nosotros trataron estos asuntos, no satisfizo mi expectativa, o mi lentitud. Por tanto, en qué misterio me parece que se dijo, Para el coro en respuesta, es decir, para que al que canta se le responda por el coro, lo expondré. Aquí se profetiza la pasión del Señor. Pero el apóstol Pedro dice, Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigamos sus huellas (I Pedro II, 21): esto es responder. También dice el apóstol Juan, Así como Cristo puso su vida por nosotros, también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos (I Juan III, 16): esto es responder. Pero el coro significa concordia, que consiste en la caridad. Por tanto, cualquiera que, como emulador de la pasión del Señor, entregue su cuerpo para que arda, si no tiene caridad, no responde en el coro; y por eso nada le aprovecha (I Cor. XIII, 3). Por tanto, así como se dice en el arte de la música, como los hombres doctos en ella pudieron decirlo en latín, precentor y

sucentor; precentor, es decir, quien precede con la voz en el canto, sucentor quien responde cantando subsecuentemente: así en este cántico de la pasión, el coro de los mártires sigue al Cristo que precede hacia el fin de las coronas celestiales. Pues esto se canta a los hijos de Coré, es decir, a los imitadores de la pasión de Cristo: ya que en el lugar de la Calavera fue crucificado Cristo (Mateo XXVII, 33); que se dice ser la interpretación de ese nombre hebreo, es decir, Coré. Y este es el entendimiento de Hemán el israelita: lo cual se pone al final de este título. Pues Hemán se dice que se interpreta, Su hermano. Pues Cristo se dignó hacer hermanos suyos a aquellos que entienden el sacramento de su cruz, y no solo no se avergüenzan de ella, sino que también se glorían fielmente en ella, no exaltándose por sus méritos, sino no ingratos a su gracia; para que a cada uno de ellos se le pueda decir, He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño (Juan I, 47): como la Escritura encomia a Israel mismo sin engaño (Génesis XXV, 27). Ahora, por tanto, escuchemos la voz de Cristo profetizando anticipadamente, a quien su coro responde ya sea por imitación, ya sea por acción de gracias.

2. [vers. 2, 3.] Señor Dios de mi salvación, de día clamé y de noche ante ti. Entre en tu presencia mi oración; inclina tu oído a mi súplica. Pues también oró el Señor, no según la forma de Dios, sino según la forma de siervo: pues según esta también padeció. Pero oró tanto cuando actuaba en cosas alegres, lo que se significa con el nombre de día; como cuando en adversidades, lo que se significa con el nombre de noche. La entrada de la oración en la presencia de Dios, es su aceptación; la inclinación del oído de Dios, es la misericordiosa escucha: pues Dios no tiene miembros como los que nosotros tenemos en el cuerpo. Es, sin embargo, una repetición acostumbrada: pues lo que es, Entre en tu presencia mi oración; es lo mismo que, Inclina tu oído a mi súplica.

3. [vers. 4.] Porque mi alma está llena de males, y mi vida se ha acercado al infierno. ¿Nos atrevemos a decir que el alma de Cristo está llena de males, cuando aquella aflicción de la pasión prevaleció en la carne, todo lo que prevaleció? Pues él mismo, animando a los suyos a la tolerancia de la pasión, y exhortando al coro a responder: No temáis, dice, a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma (Mateo X, 28). ¿O acaso el alma no puede ser matada por los perseguidores, pero sí puede ser llenada de males? Si es así, debemos preguntar por cuáles. Pues no podemos decir que el alma de él estaba llena de vicios, por los cuales la iniquidad domina al hombre; pero tal vez de dolores, con los cuales su alma compadece a su carne en su pasión. Pues ni siquiera el dolor que se dice del cuerpo, puede existir sin el alma, al cual inevitablemente precede la tristeza, que es dolor solo del alma. Por tanto, el alma puede dolerse, incluso sin dolerse el cuerpo; pero el cuerpo no puede dolerse sin el alma. ¿Por qué, entonces, no decimos que el alma de Cristo estaba llena no de pecados humanos, sino de males humanos? De quien otro profeta dice que dolió por nosotros (Isaías LIII, 4): y el evangelista, Tomando, dice, a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, comenzó a entristecerse y a angustiarse; y el mismo Señor de sí mismo entonces les dijo, Mi alma está triste hasta la muerte (Mateo XXVI, 37, 38). Previendo estas cosas, el profeta, autor de este salmo, introduciendo a él hablando: Porque mi alma está llena de males, dice, y mi vida se ha acercado al infierno. Pues esa misma sentencia explicó completamente con otras palabras, en la que se dijo, Mi alma está triste hasta la muerte. Pues lo que dice, Mi alma está triste; eso se dijo, Mi alma está llena de males: y lo que sigue, hasta la muerte; eso se dijo, y mi vida se ha acercado al infierno. Pero estos afectos de la debilidad humana, así como la misma carne de la debilidad humana, y la muerte de la carne humana, el Señor Jesús no los asumió por necesidad de condición, sino por voluntad de misericordia, para transfigurar en sí mismo su cuerpo, que es la Iglesia, de la cual se dignó ser cabeza, es decir, sus miembros en sus santos y fieles: para que si a alguno de ellos le sucediera entristecerse y dolerse entre las tentaciones

humanas, no por eso se considerara ajeno a su gracia; y que estos no son pecados, sino indicios de la debilidad humana, como un coro que responde a la voz que precede, así su cuerpo aprendiera de su misma cabeza. Pues en este cuerpo leemos y escuchamos al principal de los miembros, el apóstol Pablo, confesando que su alma estaba llena de tales males, cuando dice que tiene gran tristeza y continuo dolor en su corazón por sus hermanos según la carne, que son israelitas (Romanos IX, 2-4). Si decimos que por ellos también se entristeció el Señor, cuando su pasión se acercaba, en la cual se iban a atar con el más atroz crimen, no creo que digamos incongruentemente.

4. [vers. 5, 6.] De hecho, aquello que dijo en la cruz, Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Lucas XXIII, 34); también se dice a continuación en este salmo, Fui contado con los que descienden al pozo: ciertamente por aquellos que no sabían lo que hacían, quienes pensaron que él moría así como mueren los demás hombres, como sometido a la necesidad y vencido por esa necesidad. Pues pozo dijo, o la profundidad de la miseria o del infierno.

5. "He llegado a ser," dice, "como un hombre sin ayuda, libre entre los muertos." En estas palabras se manifiesta principalmente la persona del Señor. ¿Quién más es libre entre los muertos, sino aquel que, en la semejanza de la carne del pecado (Rom. VIII, 3), está solo entre los pecadores sin pecado? Por eso, a aquellos que insensatamente se creían libres, les dice: "Todo el que comete pecado es esclavo del pecado." Y porque era necesario ser liberado de los pecados por aquel que no tenía pecado, dice: "Si el Hijo os libera, seréis verdaderamente libres" (Juan VIII, 34, 36). Así, pues, aquí está el "libre entre los muertos," quien tenía el poder de poner su vida y volver a tomarla; a quien nadie le quitaba la vida, sino que él mismo la ponía voluntariamente (Juan X, 18); quien también podía resucitar su carne, como un templo destruido, cuando quisiera (Juan II, 19); quien, aunque todos lo abandonaron cuando iba a sufrir, no quedó solo, porque el Padre no lo abandonó, como él mismo testifica (Juan VIII, 29): sin embargo, fue considerado por sus enemigos, por quienes oró, ignorando lo que hacían, y diciendo: "A otros salvó, a sí mismo no puede salvarse. Si es el Hijo de Dios, que descienda ahora de la cruz, y creeremos en él. Que lo salve, si lo quiere" (Mateo XXVII, 40-43); fue hecho, es decir, considerado, "como un hombre sin ayuda." Como los heridos que duermen en el sepulcro. Pero añade, "de quienes no te acuerdas aún": aquí se debe notar la distinción del Señor Cristo de los demás muertos. Pues él también fue herido y puesto muerto en el sepulcro (Mateo XXVII, 50, 60): pero aquellos que no sabían lo que hacían, ignorando quién era, lo consideraron similar a otros heridos muertos y durmiendo en el sepulcro, de quienes Dios aún no se acuerda, es decir, de quienes aún no ha llegado el tiempo de resucitar. Por eso, la Escritura suele llamar a los muertos "durmientes," porque quiere que se entienda que despertarán, es decir, resucitarán. Pero este herido y durmiente en el sepulcro, al tercer día despertó, y se hizo como un gorrión solitario en el tejado (Salmo CI, 8), es decir, a la derecha del Padre en el cielo; ya no muere, y la muerte no tendrá más dominio sobre él (Rom. VI, 9). Por lo tanto, está muy lejos de aquellos de quienes Dios aún no se acuerda para tal resurrección: porque lo que debía preceder en la cabeza, se reserva para el cuerpo al final. Entonces se dice que Dios se acuerda, cuando actúa; se olvida, cuando no actúa: pues ni el olvido cae en Dios, porque de ninguna manera cambia; ni el recuerdo, porque no olvida. "He llegado a ser," entonces, por aquellos que no sabían lo que hacían, "como un hombre sin ayuda;" aunque estaba "libre entre los muertos:" he llegado a ser por aquellos que no sabían lo que hacían, "como los heridos que duermen en el sepulcro." Y ellos fueron expulsados de tu mano: es decir, cuando fui hecho así por ellos, ellos fueron expulsados de tu mano; ellos fueron privados de la ayuda de tu mano, quienes pensaron que yo estaba sin ayuda. Porque cavaron, como dice en otro salmo, "una fosa ante mí, y cayeron en ella" (Salmo LVI, 7). Creo que es mejor entenderlo así, que referir lo que se ha dicho, "Y ellos fueron expulsados de tu

mano," a aquellos que duermen en el sepulcro, de quienes aún no se acuerda: aunque hay justos entre ellos, de quienes, aunque aún no se acuerde para que resuciten; sin embargo, se ha dicho de ellos, "Las almas de los justos están en la mano de Dios" (Sab. III, 1), es decir, habitan en la ayuda del Altísimo, y moran bajo la protección del Dios del cielo (Salmo XC, 1). Pero aquellos fueron expulsados de la mano de Dios, quienes creyeron que el Señor Cristo había sido expulsado de su mano, porque pudieron matarlo al ser contado entre los inicuos.

6. [vers. 7.] "Me pusieron," dice, "en el pozo inferior;" o más bien, "en el pozo más profundo:" así es en griego. ¿Qué es el pozo más profundo, sino la miseria más profunda, que no tiene más profundidad? De donde en otro lugar se dice, "Me sacaste del pozo de la miseria" (Salmo XXXIX, 3). En las tinieblas y en la sombra de la muerte: ciertamente lo pusieron pensando eso, cuando no sabían lo que hacían, e ignoraban a aquel a quien ninguno de los príncipes de este mundo conoció (I Cor. II, 8). Porque la sombra de la muerte, no sé si aquí debe entenderse como la muerte del cuerpo: o más bien aquella de la que está escrito, "Los que habitaban en tinieblas y en sombra de muerte, les ha amanecido la luz" (Isaías IX, 2); porque al creer en la luz y en la vida, fueron sacados de las tinieblas y de la muerte de la impiedad. Así, aquellos que no sabían lo que hacían, consideraron al Señor, y lo pusieron entre tales, sin saberlo, a quienes él mismo socorrió para que no fueran así.

7. [vers. 8.] "En mí se ha confirmado tu indignación;" o, como tienen otros códices, "tu ira;" o como otros, "tu furor." Porque lo que está puesto en griego como θυμὸς, nuestros traductores lo han interpretado de diversas maneras. Pues donde los códices griegos tienen ὀργὴ, casi ningún intérprete ha dudado en decir ira en latín; pero donde está puesto θυμὸς, muchos no han creído que deba llamarse ira, aunque grandes autores de la elocuencia latina han traducido este término de los libros de los filósofos griegos también con el nombre de ira en latín: y no se debe discutir más sobre este asunto; sin embargo, si debemos aplicar otro nombre, preferiría decir indignación que furor. Porque el furor, tal como se entiende en el lenguaje latino, no suele ser propio de los sanos. ¿Qué significa entonces, "En mí se ha confirmado tu ira;" sino como pensaron aquellos que no conocieron al Señor de la gloria? Para ellos, era como si la ira de Dios no solo se hubiera movido, sino también confirmado sobre aquel a quien pudieron llevar hasta la muerte, y no cualquier muerte, sino la que consideraban más execrable que las demás, es decir, hasta la muerte de cruz. De donde dice el Apóstol: "Cristo nos redimió de la maldición de la Ley, hecho por nosotros maldición; porque está escrito, Maldito todo el que cuelga de un madero" (Gál. III, 13). Y por eso, cuando quiso recomendar su obediencia hasta la extrema humildad, dijo: "Se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte:" lo cual, cuando parecía poco, añadió, "y muerte de cruz" (Filip. II, 8). Por esta razón, según me parece, también en este salmo sigue un verso tal: "Y todas tus suspensiones;" o, como algunos han interpretado, "todas tus olas;" o, como otros, "todas tus elevaciones las has traído sobre mí." Está escrito también en otro salmo, "Todas tus suspensiones y tus olas han pasado sobre mí" (Salmo XLI, 8): o, como algunos han traducido mejor, "han pasado sobre mí;" porque en griego es διῆλθον, no εἰσῆλθον. Donde, por tanto, se han puesto ambos, suspensiones y olas, no pudieron ponerse las olas por las suspensiones. Explicamos estos dos términos de manera que dijimos que las suspensiones significan amenazas, y las olas las pasiones mismas: ambas vienen del juicio de Dios. Pero allí se dijo, "Todas han pasado sobre mí;" aquí, "Todas las has traído sobre mí." Allí, por tanto, aunque algunas sucedieron; sin embargo, todos los males que quiso que se entendieran con esas palabras, "han pasado sobre mí," dijo: aquí, "las has traído sobre mí." Porque pasan, ya sea lo que no toca, como las suspensiones; o lo que toca, como las olas. Pero cuando dice, "Todas las suspensiones," no dice, "han pasado sobre mí," sino "las has traído sobre mí;"

significa que todo lo que estaba pendiente ha sucedido: estaba pendiente, sin embargo, mientras en la profecía se esperaba en el futuro, todo lo que se predijo sobre su pasión.

8. [vers. 9, 10.] "Lejos," dice, "has hecho a mis conocidos de mí." Si entendemos que se ha dicho "mis conocidos" de aquellos a quienes conocía, serán todos: pues ¿a quién no conocía él? Pero llama "conocidos" a aquellos a quienes él mismo era conocido, en la medida en que entonces podían conocerlo; ciertamente al menos hasta el punto de saber que era inocente, aunque pensaran que era solo un hombre, no también Dios. Aunque también pudo llamar "conocidos" a los buenos que aprobaba; así como a los malos que desaprobaba, desconocidos, a quienes al final les dirá, "No os conozco" (Mateo VII, 23). Lo que añade, "Me han puesto como abominación para ellos:" pueden entenderse también aquellos a quienes llamó sus conocidos, porque ellos también aborrecían ese tipo de muerte; pero se entiende mejor de aquellos de quienes hablaba anteriormente a sus perseguidores. "He sido entregado," dice, "y no salía." ¿Será porque sus discípulos estaban fuera, cuando él era juzgado dentro? o más bien, "no salía," debemos entenderlo más profundamente, es decir, me ocultaba en mis interiores, no mostraba quién era, no me revelaba, no me manifestaba? y por eso sigue: "Mis ojos se han debilitado por la pobreza." Pues ¿qué ojos suyos debemos entender? Si los exteriores en la carne en la que sufría, no leemos que se debilitaron por la pobreza, es decir, como por hambre, languidecieron: pues después de su cena fue entregado, y el mismo día crucificado. Si los interiores, ¿cómo se han debilitado por la pobreza, cuando en ellos había luz indeficiente? Pero sin duda llamó a sus ojos a los miembros que en su cuerpo, del cual él es la cabeza, amaba más claros y eminentes y principales. De este cuerpo habla el Apóstol, y aplicando una similitud de nuestro cuerpo, dice: "Si todo el cuerpo fuera ojo, ¿dónde estaría el oído? si todo fuera oído, ¿dónde estaría el olfato? Si todo fuera un solo miembro, ¿dónde estaría el cuerpo? Ahora bien, hay muchos miembros, pero un solo cuerpo. No puede decir el ojo a las manos, No os necesito. Y si la mano dijera, Porque no soy ojo, no soy del cuerpo; ¿acaso por eso no es del cuerpo?" Pero lo que quería que se entendiera con estas palabras, lo expresó más claramente diciendo, "Vosotros sois el cuerpo de Cristo y miembros" (I Cor. XII, 12-27). Por lo tanto, también aquellos ojos, es decir, los santos Apóstoles; a quienes no reveló carne y sangre, sino su Padre que está en los cielos, para que Pedro dijera, "Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo" (Mateo XVI, 16, 17), viéndolo ser entregado, y sufrir tantos males; porque no lo veían como querían, porque no salía, es decir, no se manifestaba en su poder y potencia, sino que oculto en sus interiores, soportaba todo como superado e impotente, "se han debilitado por la pobreza," como si se les hubiera quitado su alimento, su luz.

9. "Y clamé," dice, "a ti, Señor." Esto lo hizo de manera muy evidente, cuando colgaba en el madero. Pero lo que sigue, "Todo el día extendí mis manos hacia ti," ¿cómo debe entenderse, merece ser investigado. Pues si en lo que dice, "Extendí mis manos," entendemos el madero de la cruz; ¿cómo entenderemos, "Todo el día"? ¿Acaso colgó todo el día en el madero, cuando también la noche pertenece al día completo? Pero si en este lugar quiso que se entendiera el día, que suele llamarse día sin la noche; también de tal día, cuando fue crucificado, ya había pasado una parte primera y no pequeña. Pero si queremos entender el día como tiempo (especialmente porque puso este nombre en género femenino, que en el lenguaje latino suele significar solo tiempo: aunque en griego no es así; siempre en esa lengua el día se dice en género femenino, y por eso creo que nuestros traductores lo interpretan así), la cuestión se estrecha más. Pues ¿cómo todo el tiempo, si ni siquiera un solo día completo extendió las manos en la cruz? Por lo tanto, si decimos que todo se debe tomar por parte, porque la Sagrada Escritura también suele usar este tipo de locución; no se me ocurre un ejemplo, de que todo pueda tomarse por parte incluso cuando se añade la palabra y

se dice todo. Pues en lo que dijo el Señor en el Evangelio, "Así estará el Hijo del hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches" (Mateo XII, 40); por eso no se toma todo por parte de manera insolente, porque no dijo, Todos los tres días y todas las tres noches: pues uno fue todo el día medio, y partes de dos; la última del primero, la primera del último. Pero si no significó su cruz en esta profecía del Salmo con estas palabras, sino la oración, que aprendimos que hizo a Dios Padre en forma de siervo, como testifica el Evangelio, donde recordamos que oró mucho antes de la pasión, y bajo el día de la pasión, y en la misma cruz; en ninguna parte leemos que lo hizo todo el día. Por lo tanto, podemos entender convenientemente por las manos extendidas todo el día la continuación de las buenas obras, de las cuales nunca cesó su intención.

10. [vers. 11.] Pero porque sus buenas obras no beneficiaron a todos los hombres, ni siquiera a aquellos entre quienes se hicieron, sino solo a los predestinados para la salvación eterna; por eso añadió consecuentemente: "¿Harás maravillas a los muertos?" Pues si pensamos que esto se ha dicho de aquellos cuya carne se hizo inanimada; grandes maravillas se hicieron a los muertos, cuando algunos de ellos incluso resucitaron (Mateo XXVII, 52): y que el Señor penetró en los infiernos, y de allí ascendió victorioso sobre la muerte, fue una gran maravilla hecha a los muertos. Por lo tanto, significa con esta palabra que dice, "¿Harás maravillas a los muertos," a los hombres de corazón tan muerto, que no se movieron a la vida de la fe por tantas maravillas de Cristo. Pues no dijo que no se les hacen maravillas porque no las ven; sino porque no les aprovechan. Pues así como aquí dice, "Todo el día extendí mis manos hacia ti;" porque refiere todas sus obras solo a la voluntad del Padre, testificando muchas veces que vino para cumplir la voluntad del Padre (Juan VI, 38): así, porque el pueblo infiel también vio las mismas obras, otro profeta dice, "Todo el día extendí mis manos hacia un pueblo incrédulo y contradictor" (Isaías LXV, 2). Ellos son los muertos, a quienes no se les hicieron maravillas; no porque no las vieron, sino porque no revivieron por ellas. Lo que sigue, "¿O los médicos resucitarán, y te confesarán?" es decir, porque no serán resucitados por los médicos para confesarte. En hebreo ciertamente se afirma de otra manera; pues no médicos, sino gigantes se dice que son: pero los Setenta intérpretes, cuya autoridad es tan grande, que no sin razón se cree que fueron interpretados por el Espíritu divino debido a su maravillosa consonancia; por la similitud de la voz, que en la lengua hebrea gigantes y médicos suenan casi de la misma manera, y se distinguen por una pequeña diferencia, no por error, sino más bien por ocasión, quisieron significar cómo debían entenderse aquí los gigantes. Pues si entendemos insinuados con el nombre de gigantes a los soberbios, de quienes dice el Apóstol, "¿Dónde está el sabio? ¿dónde el escriba? ¿dónde el investigador de este siglo?" (I Cor. I, 20)? no fue incongruente que los mismos fueran llamados médicos, como prometiendo la salvación de las almas por el arte de su sabiduría: contra quienes se dice, "Del Señor es la salvación" (Salmo III, 9). Pero si tomamos en buen sentido a los gigantes, porque también se dice del mismo Señor, "Se alegró como un gigante para correr el camino" (Salmo XVIII, 6); que así sea gigante de gigantes, es decir, de los grandes y fortísimos, que en su Iglesia sobresalen por su fuerza espiritual; así como es monte de montes, porque de él está escrito, "En los últimos tiempos será manifiesto el monte del Señor, preparado en la cima de los montes" (Isaías II, 2); como también santo de los santos: no es absurdo que los mismos grandes y fuertes también sean llamados médicos. De donde dice el apóstol Pablo: "Si de alguna manera puedo provocar a celos a mi carne, para salvar a algunos de ellos" (Rom. XI, 14). Pero incluso tales médicos, aunque no curen de lo suyo, porque ni los médicos del cuerpo curan de lo suyo; sin embargo, por el fiel ministerio que prestan a la salud, pueden curar a los vivos, no resucitar a los muertos: de quienes se ha dicho, "¿Harás maravillas a los muertos?" Porque la gracia de Dios es demasiado oculta, por la cual las mentes de los hombres reviven de alguna manera, para que puedan escuchar los preceptos de

la salud de cualquiera de sus ministros. Esta gracia la recomienda en el Evangelio diciendo, "Nadie puede venir a mí, si el Padre que me envió no lo atrae:" y poco después repitiendo esto mismo más claramente, dice, "Las palabras que os he hablado son espíritu y vida; pero hay algunos de vosotros que no creen." Luego el Evangelista interponiendo, "Porque Jesús sabía desde el principio quiénes eran los que creían, y quién lo iba a entregar:" y siguiendo y uniendo las palabras del mismo Señor, dice, "Y decía, Por eso os he dicho que nadie puede venir a mí, si no le es dado por mi Padre" (Juan VI, 44, 64, 65, 66). Antes había dicho, "Pero hay algunos de vosotros que no creen;" y como exponiendo la causa de esto, "Por eso os he dicho," dice, "que nadie puede venir a mí, si no le es dado por mi Padre:" para mostrar que incluso la fe con la que se cree, y el alma revive de la muerte de su corazón, nos es dada por Dios. Por lo tanto, por más excelentes que sean los predicadores de la palabra, y los persuadidores de la verdad incluso por milagros, como grandes médicos, que actúan con los hombres; si están muertos y no han revivido por tu gracia, "¿Harás maravillas a los muertos; o los médicos resucitarán, y los que resuciten, te confesarán?" Porque esta confesión indica a los vivos: no como está escrito en otro lugar, "Del muerto, como si no existiera, perece la confesión" (Ecli. XVII, 26).

11. [vers. 12.] ¿Acaso alguien contará en el sepulcro tu misericordia, y tu verdad en la perdición? Se sobreentiende lo que se dijo antes, de modo que este verso también se mantenga como si se hubiera dicho: ¿Acaso alguien contará tu verdad en la perdición? La Escritura ama unir la misericordia y la verdad, especialmente en los Salmos. Lo que dice, en la perdición, repite con otra palabra lo que antes había dicho, en el sepulcro. Así se ha dicho, en el sepulcro, para que se entiendan aquellos que están en el sepulcro, quienes también anteriormente fueron significados con el nombre de muertos, donde dice: ¿Acaso harás maravillas para los muertos? Pues el cuerpo es sepulcro del alma muerta. De ahí que el Señor en el Evangelio diga a tales: «Sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera parecen hermosos a los hombres, pero por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia: así también vosotros por fuera parecéis justos a los hombres; pero por dentro estáis llenos de hipocresía e iniquidad» (Mat. XXIII, 27 y 28).

12. [vers. 13.] ¿Acaso se conocerán en las tinieblas tus maravillas, y tu justicia en la tierra del olvido? Lo que es, en las tinieblas; esto es, en la tierra del olvido. Los infieles son significados con el nombre de tinieblas: de ahí que el Apóstol diga: «Porque en otro tiempo erais tinieblas» (Efes. V, 8). Así también la tierra del olvido es el hombre que ha olvidado a Dios: pues el alma infiel puede llegar a tales tinieblas, que diga el necio en su corazón: «No hay Dios» (Sal. XIII, 1). Todo este sentido se continúa y se teje así: Clamé a ti, Señor, en medio de mis pasiones; todo el día extendí mis manos hacia ti: es decir, no cesé de extender mis obras para glorificarte. ¿Por qué entonces los impíos me persiguen, sino porque no harás maravillas para los muertos? es decir, no se conmueven a la fe, ni los médicos los resucitarán para que te confiesen, en quienes no opera tu gracia oculta, que los atraiga a creer; porque nadie viene a mí, si no lo atraes tú. Pues ¿quién contará en el sepulcro tu misericordia; es decir, el alma muerta, cuya muerte yace bajo el peso del cuerpo? y tu verdad en la perdición; esto es, en tal muerte incapaz de creer y sentir nada de esto. ¿Acaso en las tinieblas de esta muerte, es decir, en el hombre que al olvidarte ha perdido la luz de la vida, se conocerán tus maravillas y justicia?

13. [vers. 14.] Surgía la cuestión de cuál es el uso de estos muertos; qué hace Dios con ellos para la utilidad del cuerpo de Cristo, que es la Iglesia: para que en ellos se demuestre cuál es la gracia de Dios en los predestinados, que han sido llamados según el propósito. De ahí que el mismo cuerpo en otro salmo diga: «Dios mío, su misericordia me precederá. Dios mío, me

mostrará en mis enemigos» (Sal. LVIII, 11 y 12). Por tanto, aquí también sigue diciendo: Y yo a ti, Señor, clamé. En estas palabras ya se debe entender que el Señor Cristo habla con la voz de su cuerpo, es decir, de la Iglesia: ¿qué es, Y yo; sino que también nosotros fuimos en otro tiempo por naturaleza hijos de ira, como los demás? (Efes. II, 3). Pero clamé a ti, para ser salvo. ¿Quién me distingue de los demás hijos de ira, cuando escucho al Apóstol increpando terriblemente a los ingratos, y diciendo: «¿Quién te distingue? ¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido?» (I Cor. IV, 7). La salvación es del Señor: pero el gigante en la multitud de su fuerza no será salvo (Sal. XXXII, 16); sino, como está escrito, «Quien invoque el nombre del Señor, será salvo. ¿Cómo invocarán a aquel en quien no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique? ¿Y cómo predicarán, si no son enviados? Como está escrito: ¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian cosas buenas!» (Rom. X, 13-15). Ellos son los médicos que curan al herido por los ladrones; pero el Señor lo llevó a la posada (Luc. X, 34): porque ellos también son los que trabajan en el campo del Señor; sin embargo, ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios que da el crecimiento (I Cor. III, 7). Por eso también yo clamé al Señor; esto es, invoqué al Señor para ser salvo. ¿Cómo invocaría, si no creyera? ¿Cómo creería, si no oyera? Pero para que creyera lo que oí, él mismo me atrajo; porque en lo oculto del corazón muerto no me levantó cualquier médico, sino él mismo. Pues muchos oyeron; porque su sonido salió por toda la tierra, y sus palabras hasta los confines del mundo (Sal. XVIII, 5): pero no todos tienen fe (II Tes. III, 2); y el Señor conoce a los que son suyos (II Tim. II, 19). Y por tanto, no podría haber creído, si la misericordia de Dios no me hubiera precedido; y porque resucita a los muertos, y llama a las cosas que no son como si fueran, al llamarme en lo oculto, y resucitarme, y atraerme, me sacó de las tinieblas, y me llevó a la luz de la fe. Por eso sigue: Y por la mañana mi oración te precederá. Ya es mañana, después de que la noche de la infidelidad y las tinieblas han pasado. Para que fuera mañana para mí, ciertamente tu misericordia me precedió: pero porque queda aquella glorificación, donde se iluminarán los secretos de las tinieblas, y se manifestarán los pensamientos del corazón, y la alabanza será para cada uno de ti (I Cor. IV, 5); ahora en esta vida, en esta peregrinación, en esta luz de la fe, que en comparación con las tinieblas de los infieles ya es día, pero en comparación con el día donde veremos cara a cara, aún es noche, aún mi oración te precederá.

14. [vers. 15.] Pero para que esta oración se encienda y se ejercite, lo cual nos conviene tanto que, creo, no puede explicarse con palabras; se difiere el bien que se dará eternamente, y los males transitorios se multiplican. Por eso sigue: ¿Por qué, Señor, has rechazado mi oración? Esto también se dijo en aquellas palabras: «Dios mío, Dios mío, mira en mí; ¿por qué me has abandonado?» (Sal. XXI, 2). Se propone la causa para ser conocida, no como si la sabiduría de Dios, que no tiene culpa, hiciera esto sin causa: así también aquí, ¿Por qué, Señor, has rechazado mi oración? Sin embargo, si se observa diligentemente la causa de esto, ya se indicó anteriormente: porque la oración de los santos, por la dilación de tan gran beneficio y la adversidad de las tribulaciones, es como si se rechazara, para que, como el fuego golpeado por el viento, se encienda con más ardor.

15. [vers. 16-19.] Así pues, también expone brevemente las tribulaciones del cuerpo de Cristo. Pues no solo se hicieron en la cabeza, ya que también se le dijo a Saulo: «¿Por qué me persigues?» (Hech. IX, 4); y el mismo Pablo, ya como miembro elegido puesto en el mismo cuerpo, dice: «Para completar lo que falta de las tribulaciones de Cristo en mi carne» (Col. I, 24). «¿Por qué, entonces, Señor, has rechazado mi oración, apartas tu rostro de mí? Soy pobre, y en trabajos desde mi juventud; exaltado, sin embargo, he sido humillado y turbado. Sobre mí pasaron tus iras, y tus terrores me conturbaron. Me rodearon como agua todo el día,

me rodearon juntos. Alejaste de mí al amigo, y a mis conocidos de la miseria.» Todo esto ha sucedido y sucede en los miembros del cuerpo de Cristo. Y Dios aparta su rostro de los que oran, no escuchando lo que quieren, cuando no saben que no les conviene lo que piden. Y la Iglesia es pobre, cuando tiene hambre y sed como peregrina, de lo que se saciará en la patria. Y está en trabajos desde su juventud: pues el mismo cuerpo de Cristo dice en otro salmo: «Muchas veces me han combatido desde mi juventud» (Sal. CXXVIII, 1). Y para esto también se exaltan en este mundo algunos de sus miembros, para que en ellos haya mayor humildad. Y sobre el mismo cuerpo, es decir, la unidad de los santos y fieles, de la cual Cristo es la cabeza, pasan las iras de Dios; pero no permanecen: porque no se dijo del fiel, sino del infiel: «La ira de Dios permanece sobre él» (Juan III, 36). Y los terrores de Dios conturban la debilidad de los fieles; porque todo lo que puede suceder, aunque no suceda, se teme prudentemente. Y a veces esos terrores conturban tanto el ánimo del que piensa en los males que lo rodean, que parecen fluir como agua por todas partes, y rodear al que teme. Y porque a la Iglesia, que peregrina en este mundo, no le faltan estas cosas, mientras que ahora en estos, ahora en aquellos miembros suyos, suceden por todas partes; por eso dijo, todo el día, significando la continuidad del tiempo, hasta que se termine este siglo. Y a menudo los amigos y conocidos, en peligro según el mundo, abandonan a los santos por temor: de los cuales dice el Apóstol: «Todos me abandonaron; no se les impute» (II Tim. IV, 16). Pero ¿por qué todo esto, sino para que la oración de este santo cuerpo por la mañana, es decir, después de la noche de la infidelidad en la luz de la fe, preceda a Dios, hasta que venga aquella salvación, en la cual aún no en la realidad, pero ya en la esperanza hemos sido salvados, y la esperamos fielmente con paciencia (Rom. VIII, 24, 25)? Donde el Señor no rechazará nuestra oración, porque entonces no habrá nada que pedir, sino que todo lo que se pidió correctamente, se obtendrá: ni apartará su rostro de nosotros, porque lo veremos tal como es (I Juan III, 2): ni seremos pobres, porque nuestra abundancia será Dios todo en todos (I Cor. XV, 28): ni trabajaremos, porque no quedará ninguna debilidad: ni exaltados seremos humillados y turbados, porque no habrá adversidad allí: ni soportaremos la ira de Dios, ni siquiera pasajera, porque permaneceremos en su bondad: ni sus terrores nos conturbarán, porque sus promesas cumplidas nos harán bienaventurados: ni el amigo y conocido se alejará de nosotros por temor, donde no habrá enemigo que temer.

EN EL SALMO LXXXVIII COMENTARIO.

SERMON I. Sobre la primera parte del Salmo.

1. [vers. 1.] Este salmo, del cual hemos propuesto hablar a vuestra Caridad, recíbanlo, con la ayuda del Señor, sobre la esperanza que tenemos en Cristo Jesús nuestro Señor: y levanten sus ánimos, porque aquel que prometió, completará las demás cosas, como ha cumplido muchas. Pues nos da confianza en él, no nuestro mérito, sino su misericordia. Y él es, según creo, el Entendimiento de Etán el Israelita; de donde este salmo tomó su título. Pues aunque se vea quién fue el hombre llamado Etán, la interpretación de este nombre indica Fuerte. Y nadie en este mundo es fuerte, sino en la esperanza de la promesa de Dios: pues en cuanto a nuestros méritos, somos débiles; en cuanto a su misericordia, somos fuertes. Así que este débil en sí mismo, fuerte en la misericordia de Dios, comenzó desde ahí.

2. [vers. 2.] Tus misericordias, Señor, cantaré eternamente: de generación en generación anunciaré tu verdad con mi boca. Que mis miembros, dice, sirvan a mi Señor: hablo, pero hablo lo tuyo; anunciaré tu verdad con mi boca. Si no sirvo, no soy siervo; si hablo de mí, soy mentiroso. Por tanto, para que diga de ti y yo diga, hay dos cosas: una tuya, una mía; tu verdad, mi boca. Así que, ¿qué verdad anunciará, qué misericordias cantará, escuchemos.

3. [vers. 3.] Porque dijiste: En eterno se edificará la misericordia. Esto canto; esta es tu verdad, a esta anunciar sirve mi boca: Porque dijiste: En eterno se edificará la misericordia. Así, dices, edifico, para no destruir: porque algunos son destruidos para no ser edificados: pero algunos son destruidos para ser edificados. Pues si algunos no fueran destruidos para ser edificados, no se diría a Jeremías: «Mira que te he puesto para destrucción y edificación» (Jer. I, 10). Y ciertamente todos aquellos que adoraban ídolos y servían a piedras, no serían edificados en Cristo, si no fueran destruidos en su error anterior. Nuevamente, si algunos no fueran destruidos para no ser edificados, no se diría: «Los destruirás, y no los edificarás» (Sal. XXVII, 5). Por tanto, para aquellos que son destruidos y edificados, para que no piensen que la edificación con la que son edificados es temporal, como fue temporal la ruina en la que son destruidos; este, cuyo boca sirve a la verdad de Dios, se mantuvo en la misma verdad de Dios. Por eso anunciaré, por eso digo: Porque dijiste; hombre seguro digo, porque tú Dios dijiste: porque, aunque yo fluctuara en mi palabra, en tu palabra me confirmaría. Porque dijiste. ¿Qué dijiste? En eterno se edificará la misericordia. En los cielos se preparará tu verdad. Como antes, así en lo que sigue. Tus misericordias, Señor, dice, cantaré eternamente: de generación en generación anunciaré tu verdad con mi boca. Dijo misericordias, dijo verdad; así nuevamente unió ambas: Porque dijiste: En eterno se edificará la misericordia. En los cielos se preparará tu verdad. Y aquí repitió misericordia y verdad. Pues todos los caminos del Señor son misericordia y verdad (Sal. XXIV, 10). Pues no se mostraría la verdad en el cumplimiento de las promesas, si no precediera la misericordia en el perdón de los pecados. Luego, porque al pueblo de Israel también según la carne, viniendo de la descendencia de Abraham, se le prometieron muchas cosas proféticamente, y así fue propagado aquel pueblo, en el cual se cumplirían las promesas de Dios; pero Dios no cerró la fuente de su bondad también a las naciones extranjeras, que había puesto bajo los ángeles, haciendo su porción al pueblo de Israel: en estas dos cosas el Apóstol distribuyó distintamente la misericordia del Señor y la verdad. Pues dice que Cristo fue ministro de la circuncisión por la verdad de Dios, para confirmar las promesas de los padres. He aquí que Dios no engañó; he aquí que no rechazó a su pueblo, al que conoció de antemano. Pues cuando se trataba de la caída de los judíos, para que nadie pensara que fueron reprobados de tal manera que no se enviara ningún grano de esa ventilación al granero, dice el Apóstol: «No ha rechazado Dios a su pueblo, al que conoció de antemano; pues también yo soy israelita» (Rom. XI, 1, 2). Si todo aquello fueron espinas, ¿de dónde el grano que os hablo? Por tanto, se cumplió la verdad de Dios en aquellos que de los israelitas creyeron, y vino una pared de la circuncisión aplicándose a la piedra angular (Efes. II, 20). Pero esa piedra no haría ángulo, si no recibiera otra pared de los gentiles. Por tanto, aquella pared pertenece propiamente a la verdad, pero esta otra a la misericordia. Pues digo, dice, que Jesucristo fue ministro de la circuncisión por la verdad de Dios, para confirmar las promesas de los padres; pero las naciones glorifican a Dios por la misericordia (Rom. XV, 8, 9). Con razón, En los cielos se preparará tu verdad. Pues todos aquellos israelitas llamados apóstoles, se convirtieron en cielos que narran la gloria de Dios. De estos cielos se dice: «Los cielos narran la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos». Y para que sepáis que se dice de estos cielos, ciertamente de estos en lo que sigue se dice más expresamente: «No hay lenguas ni palabras, de las cuales no se oigan sus voces». Busca de quiénes, no encontrarás arriba sino de los cielos. Si, por tanto, son los apóstoles, de quienes en todas las lenguas se oyó la voz, ellos son de quienes se dice: «Por toda la tierra salió su sonido, y hasta los confines del mundo sus palabras» (Sal. XVIII, 2, 4, 5); porque aunque fueron asumidos de aquí antes de que la Iglesia llenara el mundo, sin embargo, sus palabras llegaron hasta los confines del mundo: bien aceptamos en ellos lo que ahora leemos, En los cielos se preparará tu verdad.

4. [vers. 4.] He dispuesto un pacto con mis elegidos. Dijiste (entendéis) todo esto: dijiste, He dispuesto un pacto con mis elegidos. ¿Qué pacto, sino el nuevo? ¿Qué pacto, sino por el cual somos renovados para una nueva herencia? ¿Qué pacto, sino por el deseo y amor de cuya herencia cantamos un cántico nuevo? He dispuesto, dice, un pacto con mis elegidos. Juré a David mi siervo. ¡Qué seguro habla este, que entiende, cuya boca sirve a la verdad! Porque dijiste, hablo seguro. Si me haces seguro, porque dijiste; cuánto más seguro, porque juraste. Pues el juramento de Dios es confirmación de la promesa. Bien se prohíbe al hombre jurar (Mat. V, 34); no sea que por la costumbre de jurar, porque el hombre puede ser engañado, también caiga en perjurio. Solo Dios jura seguro, porque no puede ser engañado.

5. [vers. 5.] Veamos, pues, qué ha jurado Dios. He jurado, dice, a David mi siervo: prepararé tu descendencia para siempre. ¿Qué es la descendencia de David, sino la descendencia de Abraham? ¿Y cuál es la descendencia de Abraham? Y a tu descendencia, dice, que es Cristo (Gálatas III, 16). Pero tal vez ese Cristo, cabeza de la Iglesia, salvador del cuerpo (Efesios V, 23), es la descendencia de Abraham, y por tanto de David; ¿y nosotros no somos descendencia de Abraham? Al contrario, como dice el Apóstol: Si sois de Cristo, entonces sois descendencia de Abraham, herederos según la promesa (Gálatas III, 29). Así, hermanos, entendamos aquí: Prepararé tu descendencia para siempre; no solo aquella carne de Cristo nacida de la Virgen María, sino también todos nosotros que creemos en Cristo: pues somos miembros de esa cabeza. Este cuerpo no puede ser decapitado: si la cabeza es eterna, también los miembros se glorían eternamente, para que Cristo sea completo eternamente. Prepararé tu descendencia para siempre; y edificaré tu trono de generación en generación. ¿Pensamos que dijo esto, para siempre, lo que es de generación en generación; porque también antes había dicho, Anunciaré tu verdad de generación en generación con mi boca? ¿Qué significa, de generación en generación? En toda generación. Pues no era necesario repetir la palabra tantas veces como viene y pasa una generación. Por tanto, la multiplicación de las generaciones está significada y encomendada en la repetición. ¿O tal vez deben entenderse dos generaciones, como sabéis, como ya se ha insinuado a vuestra Caridad? Pues hay una generación ahora de carne y sangre; habrá una generación futura en la resurrección de los muertos. Aquí se predica a Cristo; allí se predicará: pero aquí se predica para que se crea; allí se predicará para que se vea. Edificaré tu trono de generación en generación. Ahora Cristo tiene su trono en nosotros, su trono está edificado en nosotros: pues si no se sentara en nosotros, no nos gobernaría; y si no fuéramos gobernados por él, nos precipitaríamos por nosotros mismos. Por tanto, se sienta en nosotros, reinando en nosotros: también se sienta en la otra generación, que será de la resurrección de los muertos. Cristo reinará eternamente en sus santos. Esto prometió Dios, esto dijo Dios: si es poco, esto juró Dios. Porque la promesa es firme no según nuestros méritos, sino según su misericordia; nadie debe predicar con temor, de lo que no puede dudar. Que se haga en nuestros corazones esa fortaleza, de donde Eitán tomó su nombre, Fuerte de corazón: prediquemos la verdad de Dios, la palabra de Dios, las promesas de Dios, el juramento de Dios; y de esta manera, firmes por todas partes, prediquemos, y llevando a Dios, seamos cielos.

6. [vers. 6.] Los cielos confesarán tus maravillas, Señor. No confesarán sus méritos los cielos, sino confesarán tus maravillas, Señor. Pues en toda misericordia de los perdidos, en la justificación de los impíos, ¿qué alabamos sino las maravillas de Dios? Alabas porque resucitaron los muertos; alaba más porque fueron redimidos los perdidos. ¡Qué gracia, qué misericordia de Dios! Ves a un hombre ayer abismo de embriaguez, hoy ornamento de sobriedad: ves a un hombre ayer lodo de lujuria, hoy decoro de templanza: ves a un hombre ayer blasfemo de Dios, hoy alabador de Dios: ves a un hombre ayer siervo de la criatura, hoy adorador del Creador. De todas estas desesperaciones así se convierten los hombres: no miren

sus méritos; sean cielos, confiesen los cielos sus maravillas de aquel por quien fueron hechos cielos. Pues veré, dice, los cielos, obra de tus dedos (Salmo VIII, 4). Los cielos confesarán tus maravillas, Señor. Y para que sepáis quiénes son los cielos que confesarán, ved dónde confiesan: pues sigue, Y tu verdad en la iglesia de los santos. De los cielos, pues, no hay duda, que se entiendan los predicadores de la palabra de la verdad. ¿Y dónde confesarán los cielos tus maravillas y tu verdad? En la iglesia de los santos. Reciba la Iglesia el rocío de los cielos; a la tierra sedienta lluevan los cielos, y al recibir la lluvia, germine buenos brotes, buenas obras: no sea que por buena lluvia dé espinas, y en lugar de granero espere fuego. Los cielos confesarán tus maravillas, Señor, y tu verdad en la iglesia de los santos. Los cielos, pues, confesarán tus maravillas y tu verdad. Todo lo que predican los cielos, es de ti, de ti es; y por eso predican seguros: pues saben a quién predican, porque no pueden avergonzarse de lo predicado.

7. [vers. 7.] ¿Qué predican los cielos? ¿qué confesarán en la iglesia de los santos? Porque ¿quién en las nubes se igualará al Señor? ¿Esto confesarán los cielos, esto lloverán los cielos? ¿Qué? Porque ¿quién en las nubes se igualará al Señor? De ahí los predicadores seguros, porque nadie en las nubes se igualará al Señor. Gran alabanza os parece, hermanos, no igualarse las nubes al Creador. Si se entiende sin misterio a la letra, no es gran alabanza, no igualarse las nubes al Señor. Pues ¿qué? ¿las estrellas que están sobre las nubes se igualan al Señor? Pues ¿qué? ¿el sol, la luna, los ángeles, los cielos, podrán compararse al Señor? ¿Qué es lo que dice por grande, Porque ¿quién en las nubes se igualará al Señor? Entendemos, hermanos, estas nubes como los cielos, ser predicadores de la verdad; Profetas, Apóstoles, anunciadores de la palabra de Dios. Pues todos estos géneros de predicadores se dice que son nubes, lo entendemos de aquella profecía, donde Dios, enojado con su viña, dijo, Mandaré a mis nubes que no lluevan sobre ella lluvia: la cual viña explica y designa clarísimamente, diciendo, La viña del Señor de los ejércitos es la casa de Israel (Isaías V, 6, 7). No entiendas otra cosa, entiéndase a sí misma la casa de Israel ser mi viña; entiéndase a sí misma no haberme dado uva, sino espinas; entiéndase a sí misma haber sido ingrata al plantador y cultivador, ingrata al irrigador. Pues si la viña del Señor de los ejércitos es la casa de Israel, ¿qué dijo enojado? Mandaré a mis nubes que no lluevan sobre ella lluvia. Y en verdad así lo hizo: fueron enviados los Apóstoles como nubes, para que llovieran a los judíos; y ellos, rechazando la palabra de Dios porque dieron espinas en lugar de uva, dijeron los Apóstoles, A vosotros fuimos enviados; pero porque rechazasteis la palabra de Dios, vamos a los Gentiles (Hechos XIII, 46). Desde entonces comenzaron las nubes a no llover lluvia sobre aquella viña. Si, pues, las nubes son predicadores de la verdad, busquemos primero por qué son nubes. Pues los mismos cielos, las mismas nubes: cielos por el resplandor de la verdad, nubes por los secretos de la carne: pues todas las nubes son nebulosas, por la mortalidad; y vienen, y pasan. Por los mismos secretos de la carne, es decir, los secretos de las nubes, dice el Apóstol: No juzguéis nada antes de tiempo, hasta que venga el Señor, y aclare lo oculto de las tinieblas (I Corintios IV, 5). Ahora, pues, ves lo que habla el hombre; lo que lleva en el corazón, no ves: lo que se expresa de la nube, ves; lo que se guarda en la nube, no ves. Pues ¿quiénes ojos penetran la nube? Por tanto, nubes en la carne los predicadores de la verdad. Vino también el Creador de todos en carne. Pero ¿quién en las nubes se igualará al Señor? ¿Quién, pues, en las nubes se igualará al Señor? ¿y quién será semejante al Señor entre los hijos de Dios? Por tanto, nadie entre los hijos de Dios será semejante al Hijo de Dios. Y él fue llamado Hijo de Dios, y nosotros fuimos llamados hijos de Dios; pero ¿quién será semejante al Señor entre los hijos de Dios? Él único, nosotros muchos; él uno, nosotros en él uno; él nacido, nosotros adoptados; él desde la eternidad Hijo engendrado por naturaleza, nosotros desde el tiempo hechos por gracia; él sin pecado alguno, nosotros por él liberados del pecado. ¿Quién, pues, en las nubes se igualará al Señor? ¿o quién será semejante al Señor

entre los hijos de Dios? Se nos llama nubes por la carne, y somos predicadores de la verdad por la lluvia de las nubes; pero nuestra carne vino de una manera, su carne de otra. Se nos llama también hijos de Dios, pero él de otra manera Hijo de Dios. Su nube de la virgen, él Hijo desde la eternidad, igual al Padre. ¿Quién, pues, en las nubes se igualará al Señor? ¿o quién será semejante al Señor entre los hijos de Dios? Diga el mismo Señor si encuentra semejante. ¿Quién dicen los hombres que es el hijo del hombre? Pues porque me ven, porque me contemplan, porque camino entre vosotros, y tal vez por la presencia me he vuelto vil; decid quién dicen los hombres que es el hijo del hombre. Ciertamente porque ven al hijo del hombre, ven la nube: digan, o decid quién dicen los hombres que soy. Y respondieron lo que decían los hombres: Unos dicen Jeremías, otros Elías, otros Juan el Bautista, o uno de los profetas. Se nombraron muchas nubes y hijos de Dios. Pues porque justos y santos, ciertamente también ellos hijos de Dios: Jeremías, Elías, Juan, hijos de Dios; y nubes, porque predicadores de Dios. Dijisteis qué nubes piensan los hombres que soy, y en qué hijos de Dios me cuentan los hombres: decid también vosotros quién decís que soy. Respondiendo Pedro por todos, por la unidad uno: "Tú eres," dice, "Cristo el Hijo de Dios vivo" (Mateo XVI, 13-16). Porque ¿quién en las nubes se igualará al Señor? ¿o quién será semejante al Señor entre los hijos de Dios? Tú eres Cristo el Hijo de Dios vivo; no como los hijos de Dios que no se te igualan: viniste en carne; pero no como las nubes que no se te igualan.

8. [vers. 8.] Pues ¿quién eres tú, a quien se responde, Tú eres Cristo el Hijo de Dios vivo; a quien pensaron otros hombres no santos, no justos, uno de los profetas, o Elías, o Jeremías, o Juan el Bautista: pues quién eres tú? Escucha lo que sigue: "Dios glorificado en el consejo de los justos. Pues ¿quién en las nubes se igualará al Señor? ¿o quién será semejante al Señor entre los hijos de Dios, cuando él es Dios glorificado en el consejo de los justos?" Pues no pueden ser iguales a él; su consejo sea creer en él: pues no pueden ser iguales a él las nubes y los hijos de Dios; queda el consejo a la fragilidad humana, que quien se gloríe, se gloríe en el Señor (I Corintios I, 31). Dios glorificado en el consejo de los justos: grande y terrible en todos los que están a su alrededor. Dios está en todas partes. Pues ¿quiénes están a su alrededor, quien está en todas partes? Pues si tiene algunos a su alrededor, se entiende como limitado por todas partes. Pero si es verdad lo dicho a Dios y de Dios, Su grandeza no tiene fin (Salmo CXLIV, 3); ¿quiénes quedan, quiénes están a su alrededor, sino porque él que está en todas partes, quiso nacer en un lugar, vivir en un pueblo, ser crucificado en un lugar, resucitar de un lugar, ascender al cielo desde un lugar? Donde hizo esto, las naciones están a su alrededor. Si permaneciera allí donde hizo esto, no sería grande y terrible en todos los que están a su alrededor: pues predicó allí de tal manera, que desde allí envió predicadores de su nombre por todas las naciones en todo el mundo; haciendo milagros por sus siervos, se hizo grande y terrible en todos los que están a su alrededor.

9. [vers. 9, 10.] Señor Dios de los ejércitos, ¿quién es como tú? Poderoso eres, Señor, y tu verdad en tu entorno. Grande es tu poder; tú hiciste el cielo y la tierra, y todo lo que hay en ellos: pero más es tu misericordia, que mostró tu verdad en tu entorno. Pues si solo se te predicara allí, donde quisiste nacer, donde quisiste vivir, donde quisiste resucitar, de donde quisiste ascender; se cumpliría aquella verdad de la promesa de Dios, para confirmar las promesas de los padres: pero no se cumpliría, las naciones glorifican a Dios por su misericordia (Romanos XV, 8 y 9), si aquella verdad no se expandiera, y desde aquel lugar donde quisiste aparecer, se difundiera en el entorno. Tú ciertamente tronaste desde tu propia nube, pero para regar en el entorno de las naciones enviaste otras nubes. Verdaderamente poderoso cumpliste lo que dijiste, Desde ahora veréis al Hijo del hombre viniendo en las nubes del cielo (Mateo XXVI, 64). Poderoso eres, Señor, y tu verdad en tu entorno.

10. Pero cuando comenzó a predicarse tu verdad en tu entorno, ciertamente se enfurecieron las naciones, y los pueblos meditaron cosas vanas; se levantaron los reyes de la tierra, y los príncipes se reunieron en uno, contra el Señor y contra su Cristo (Salmo II, 1, 2). Ciertamente cuando comenzó a predicarse tu verdad en tu entorno, como si vinieras a tomar esposa de entre los extranjeros, se presentó el león rugiente, y fue sofocado por ti. Pues esto fue prefigurado en Sansón (Jueces XIV, 5, 6): y con aquellas palabras mías, sin nombrarlo, no aclamaríais, si no lo reconocierais; pues habéis oído, como aquellos que soléis ser regados por las nubes de Dios. Pues tu verdad en tu entorno. Pero ¿cuándo sin persecuciones, cuándo sin contradicciones, cuando se dijo que él nació para señal de contradicción (Lucas II, 34)? Pues porque aquella nación, donde quisiste nacer, donde quisiste vivir, era como tierra separada de las olas de las naciones, para que apareciera la tierra seca que debía ser regada, las demás naciones eran mar en la amargura de su esterilidad; ¿qué hacen tus predicadores esparciendo tu verdad en tu entorno, pues rugen las olas del mar? ¿qué hacen? Tú dominas el poder del mar. Pues ¿qué hizo el mar con su furia, sino el día que hoy celebramos? Mató a los mártires, esparció las semillas de la sangre, brotó la cosecha de la Iglesia. Por tanto, que las nubes avancen seguras; difundan tu verdad en tu entorno, no teman a las olas rabiosas: Tú dominas el poder del mar. Ciertamente el mar se mueve, el mar contradice, el mar resuena; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más allá de lo que podéis (I Corintios X, 13). Pues porque es fiel quien no os deja ser tentados más allá de lo que podéis: Pero el movimiento de sus olas tú lo mitigas.

11. [vers. 11.] Finalmente, para que se calmara el mar, más bien para que se debilitara la furia del mar, ¿qué hiciste en el mismo mar? Tú humillaste como herido al soberbio. Hay un cierto dragón soberbio en el mar, del cual otra Escritura dice, Mandaré al dragón allí que lo muerda (Amós IX, 3); hay un dragón del cual se dice, Este dragón que formaste para burlarte de él (Salmo CIII, 26): cuya cabeza aplastaste sobre el agua. Tú, dice, humillaste como herido al soberbio. Te humillaste, y el soberbio fue humillado. Pues el soberbio por su soberbia tenía a los soberbios: fue humillado el grande, creyendo en él se hizo pequeño. Al nutrirse el pequeño con el ejemplo del grande hecho pequeño, perdió lo que tenía el diablo; pues el soberbio no tenía sino a los soberbios. Dado tan gran ejemplo de humildad, aprendieron los hombres a condenar su soberbia, a imitar la humildad de Dios. Así, pues, perdiendo a los que tenía, también él fue humillado; no corregido, sino postrado. Tú humillaste como herido al soberbio. Te humillaste, y humillaste; fuiste herido, y heriste: pues no lo heriría tu sangre, que fue derramada para borrar el documento de los pecados. Pues ¿de qué se enorgullecía, sino porque tenía un documento contra nosotros? Este documento, este escrito lo borraste con tu sangre (Colosenses II, 14): por tanto, lo heriste, a quien tanto le quitaste. Pues entiende herido al diablo, no con la carne penetrada, que no tiene; sino con el corazón herido, donde es soberbio. Y con el brazo de tu poder dispersaste a tus enemigos.

12. [vers. 12, 13.] Tuyos son los cielos, y tuya es la tierra. De ti llueven, sobre tuya llueven. Tuyos son los cielos, por quienes fue predicada la verdad en tu entorno: tuya es la tierra, que recibió la verdad en tu entorno. Pues ¿qué se hizo de aquella lluvia? Fundaste el orbe de la tierra y su plenitud; el norte y los mares tú los creaste. Pues nada puede contra ti, contra su Creador. Y ciertamente con su malicia, por la perversidad de su voluntad, puede el mundo enfurecerse; pero ¿acaso excede el límite puesto por el Creador, que hizo todas las cosas? Pues ¿qué temo al norte? ¿qué temo a los mares? Ciertamente en el norte está el diablo, que dijo, Pondré mi trono en el norte, y seré semejante al Altísimo (Isaías XIV, 13, 14); pero humillaste como herido al soberbio. Pues lo que en ellos hiciste, vale más para tu dominio, que su voluntad para su malicia. El norte y los mares tú los creaste.

13. Tabor y Hermón en tu nombre se regocijarán. Estos montes se entienden, pero significan algo. Tabor y Hermón en tu nombre se regocijarán. Tabor se dice que significa Luz venidera. Pero ¿de dónde viene la luz de la que se dijo, Vosotros sois la luz del mundo (Mateo V, 14); sino de aquel de quien se dijo, Era la luz verdadera, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo (Juan I, 9)? Pues aquella luz que es la luz del mundo, viene de aquella luz que no se enciende de otro lugar, para que se tema que se apague. Pues viene la luz de aquel, aquella lámpara que no se pone debajo del celemín, sino sobre el candelero, luz venidera Tabor. Hermón, sin embargo, se interpreta como Su anatema. Con razón viene la luz y se hace su anatema. ¿De quién, sino del diablo, herido, soberbio? Pues para que fuéramos iluminados, de ti se nos dio; para que fuera anatema para nosotros quien nos retenía en su error y soberbia, de ti es para nosotros. Pues Tabor y Hermón en tu nombre se regocijarán: no en sus méritos, sino en tu nombre. Pues dirán estos, No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da gloria; por el mar enfurecido: no sea que digan las naciones, ¿Dónde está su Dios? (Salmo CXIII según 1, 2).

14. [vers. 14.] Tu brazo con poder. Nadie se atribuya nada. Tu brazo con poder: de ti fuimos hechos, de ti fuimos defendidos. Tu brazo con poder; afírmese tu mano, y exáltese tu diestra.

15. [vers. 15.] Justicia y juicio son la preparación de tu trono. Tu justicia y tu juicio se manifestarán al final: ahora están ocultos. Y sobre tu juicio se dice en otro salmo, "Por los ocultos del hijo" (Sal. IX, 1). Habrá una manifestación de tu juicio y de tu justicia. Algunos serán colocados a la derecha, y otros a la izquierda (Mat. XXV, 33): y los infieles se aterrorizarán cuando vean lo que ahora, burlándose, no creen; los justos se alegrarán cuando vean lo que ahora, sin ver, creen. Justicia y juicio son la preparación de tu trono: ciertamente en el día del juicio. ¿Y ahora qué? Misericordia y verdad van delante de tu rostro. Temeríamos la preparación de tu trono, tu justicia y tu juicio venidero, si no te precedieran tu misericordia y tu verdad: ¿qué temeré al final de tus juicios, cuando, precediendo tu misericordia, borras mis pecados, y mostrando la verdad, cumples tus promesas? Misericordia y verdad van delante de tu rostro. Porque todos los caminos del Señor son misericordia y verdad (Sal. XXIV, 10).

16. [vers. 16, 17.] ¿No nos regocijaremos en todas estas cosas? ¿O qué tomaremos de lo que nos regocijamos? ¿O las palabras serán suficientes para nuestra alegría? ¿O la lengua será capaz de expresar nuestro gozo? Si, por tanto, ninguna palabra es suficiente; Bienaventurado el pueblo que sabe aclamar. ¡Oh pueblo bienaventurado! ¿Crees que entiendes la aclamación? De ninguna manera eres bienaventurado, a menos que entiendas la aclamación. ¿Qué significa entender la aclamación? Saber de qué te alegras que no puedes expresar con palabras. Porque tu gozo no es de ti, para que el que se gloría, gloríese en el Señor (I Cor. I, 31). No te regocijes, pues, en tu soberbia, sino en la gracia de Dios. Mira que esa gracia es tan grande, que la lengua no es capaz de explicarla, y has entendido la aclamación.

17. Por último, si has entendido la aclamación en la gracia, escucha la recomendación de esa misma gracia. Bienaventurado ciertamente el pueblo que sabe aclamar. ¿Qué aclamación? Mira si no es de gracia, mira si no es de Dios, y en absoluto de ti. Señor, en la luz de tu rostro caminarán. Aquel Tabor, viniendo la luz, a menos que camine en la luz de tu rostro, la lámpara se apaga con el viento de la soberbia. Señor, en la luz de tu rostro caminarán; y en tu nombre se regocijarán todo el día. Aquel Tabor y Hermón se regocijarán en tu nombre: si quieren todo el día, en tu nombre; pero si se regocijan en su propio nombre, no se regocijarán todo el día. Porque no perseverarán en el gozo, cuando se alegren de sí mismos, y caerán por la soberbia. Por tanto, para que se regocijen todo el día, en tu nombre se regocijarán; y en tu

justicia serán exaltados. No en su justicia, sino en la tuya: para que no tengan celo de Dios, pero no según ciencia. Porque algunos son notados por el Apóstol, que tienen celo de Dios, pero no según ciencia; ignorando la justicia de Dios, y queriendo establecer la suya propia, y no regocijándose en tu luz, no están sujetos a la justicia de Dios. Pero, ¿de dónde? Porque tienen celo de Dios, pero no según ciencia (Rom. X, 2 y 3). Pero el pueblo que sabe aclamar (porque ellos no según ciencia; pero el pueblo bienaventurado no ignorante, sino sabiendo aclamar), ¿de dónde debe aclamar, de dónde debe regocijarse, sino en tu nombre, caminando en la luz de tu rostro? Y ciertamente merecerá ser exaltado, pero en tu justicia: quite de en medio su propia justicia, y sea humillado; vendrá la justicia de Dios, y será exaltado. Y en tu justicia serán exaltados.

18. [vers. 18.] Porque tú eres la gloria de su poder, y en tu beneplácito será exaltado nuestro cuerno: porque te ha placido, no porque seamos dignos.

19. [vers. 19.] Porque del Señor es la protección. Pues yo, como un montón de arena, fui empujado, y caería; y habría caído, si el Señor no me hubiera sostenido. Porque del Señor es la protección; y del Santo de Israel nuestro rey. Él mismo es la protección, él mismo te ilumina: en su luz estás seguro, en su luz caminas, en su justicia eres exaltado. Él mismo te ha sostenido, él mismo guarda tu debilidad; él mismo te hace fuerte de él, no de ti.

20. [vers. 20.] Entonces hablaste en la visión a tus hijos, y dijiste. Hablaste en tu visión, revelaste esto a tus profetas. Por eso les hablaste en visión, es decir, en revelación: de ahí que los profetas eran llamados videntes (I Sam. IX, 9). Vieron algo dentro que dijeron fuera; y en secreto escucharon lo que proclamaron abiertamente. Entonces hablaste en la visión a tus hijos, y dijiste, Puse ayuda sobre el poderoso. Entienden a quién se refiere como poderoso. Exalté al elegido de mi pueblo. Entienden a quién se refiere como elegido; a quien ya se alegran de ver exaltado.

21. [vers. 21.] Encontré a David mi siervo: este David del linaje de David. Con mi óleo santo lo ungí: de él se dice, "Te ungió, Dios, tu Dios, con óleo de alegría sobre tus compañeros" (Sal. XLIV, 8).

22. [vers. 22.] Porque mi mano lo ayudará, y mi brazo lo fortalecerá: según lo que se hizo la asunción del hombre, según lo que la carne fue asumida en el vientre de la virgen (Luc. I, 31), según lo que de aquel que en forma de Dios es igual al Padre, se asumió la forma de siervo, y se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz (Filip. II, 6-8).

23. [vers. 23.] No prevalecerá el enemigo contra él. Ciertamente el enemigo se enfurece, pero no prevalecerá contra él: suele hacer daño, pero no dañará. ¿Qué es entonces lo que afligirá? Ejercerá, no dañará: será útil en su furia, porque aquellos contra quienes se enfurece, serán coronados al vencer. ¿Qué se vence, si nada se enfurece contra nosotros? ¿O dónde está nuestro ayudador Dios, si no luchamos? Por tanto, el enemigo hará lo que le corresponde; pero no prevalecerá el enemigo contra él, y el hijo de iniquidad no añadirá daño a él.

24. [vers. 24.] Y destruiré a sus enemigos de su presencia. Son destruidos de su conspiración, y lo que creen es destruido. Poco a poco creen; como si se triturara la cabeza del becerro, vendrán a la bebida del pueblo de Dios. Porque Moisés trituró la cabeza del becerro, la esparció en el agua, y la dio a beber a los hijos de Israel (Éxodo XXXII, 20). Todos los infieles son triturados, creen poco a poco; y son bebidos por el pueblo de Dios, son transferidos al cuerpo de Cristo. Y destruiré a sus enemigos de su presencia; y a los que lo odian, los haré huir: para que no dañen. Pero de estos que huyen, tal vez algunos digan: "¿A

dónde iré de tu espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia?" (Sal. CXXXVIII, 7). Y viendo que no tienen a dónde huir del Omnipotente, convertidos huyen hacia el Omnipotente. Y a los que lo odian, los haré huir.

25. [vers. 25.] Y mi verdad y mi misericordia estarán con él. Todos los caminos del Señor son misericordia y verdad. Recuerden, en la medida de lo posible, cuán a menudo se nos encomiendan estas dos cosas, para que las devolvamos a Dios. Porque así como él nos mostró misericordia, para borrar nuestros pecados; y verdad, para cumplir sus promesas: así también nosotros, caminando en su camino, debemos devolverle misericordia y verdad; misericordia, para compadecernos de los miserables; verdad, para no juzgar injustamente. Que la verdad no te quite la misericordia, ni la misericordia impida la verdad: porque si por misericordia juzgas contra la verdad, o como si por una verdad rígida olvidas la misericordia; no caminarás en el camino de Dios, donde la misericordia y la verdad se encontraron (Sal. LXXXIV, 11). Y en mi nombre será exaltado su cuerno. ¿Qué necesidad hay de que nos detengamos? Son cristianos, reconozcan a Cristo.

26. [vers. 26.] Y pondré en el mar su mano: esto es, dominará sobre las naciones. Y en los ríos su diestra. Los ríos corren hacia el mar; los hombres codiciosos se precipitan en la amargura de este siglo: sin embargo, todos estos géneros estarán sujetos a Cristo.

27. [vers. 27, 28.] Él me invocará, Tú eres mi Padre, mi Dios y el sustentador de mi salvación. Y yo lo haré mi primogénito, excelso entre los reyes de la tierra. Nuestros mártires, cuyos natalicios celebramos, derramaron su sangre por estas cosas creídas y aún no vistas: ¿cuánto más fuertes debemos ser nosotros, viendo lo que ellos creyeron? Porque aún no habían visto a Cristo excelso entre los reyes de la tierra; aún los príncipes se reunían en uno, contra el Señor y contra su Cristo: aún no se había cumplido lo que sigue en el mismo salmo, "Y ahora, reyes, entiendan; sean instruidos todos los que juzgan la tierra" (Sal. II, 2, 10). Ya, pues, Cristo ha sido hecho excelso entre los reyes de la tierra.

28. [vers. 29.] Para siempre guardaré para él mi misericordia, y mi pacto será fiel con él. Por él, pacto fiel; en él se medió el pacto; él mismo es el mediador del pacto, él mismo es el firmante del pacto, él mismo es el fiador del pacto, él mismo es el testigo del pacto, él mismo es la herencia del pacto, él mismo es el coheredero del pacto.

29. [vers. 30.] Y pondré su descendencia para siempre. No solo en este siglo, sino para siempre; donde ciertamente pasará su descendencia, que es su herencia, la descendencia de Abraham que es Cristo. Y si ustedes son de Cristo, entonces son descendencia de Abraham (Gál. III, 16 y 29): y si van a recibir la herencia para siempre, pondrá su descendencia para siempre. Y su trono como los días del cielo. Los tronos de los reyes terrenales son como los días de la tierra. Unos son los días del cielo, otros son los días de la tierra. Los días del cielo son aquellos años de los que se dice: "Pero tú eres el mismo, y tus años no fallarán" (Sal. CI, 28). Los días de la tierra son urgidos por los que suceden, los que preceden son excluidos, ni los que suceden permanecen; sino que vienen para irse, y casi antes de que vengan se van. Así son los días de la tierra. Pero los días del cielo y aquellos años que no fallan, ni tienen principio ni fin; ni allí ningún día se angustia entre ayer y mañana: nadie allí espera el futuro, nadie allí pierde el pasado; sino que los días del cielo siempre están presentes, donde estará su trono para siempre. Lo que queda, si les place, lo guardamos; porque el Salmo es largo, y aún vamos a hacer algo con ustedes en el nombre de Cristo. Por tanto, repongan fuerzas; no digo de su ánimo, pues veo que son infatigables de ánimo: pero para los siervos del alma, para que sus cuerpos duren en el ministerio, repónganse un poco, y repuestos regresen a los alimentos.

SERMON II. De la segunda parte del Salmo.

1. A lo que queda del salmo del que hablamos en la mañana, presten atención, y exijan la deuda piadosa; aquel que nos hizo a nosotros y a ustedes la pagará a través de nosotros. El Señor Cristo en las partes anteriores del Salmo era anunciado por la promesa de Dios, y aún en estas palabras que vamos a tratar, él mismo es anunciado. Porque de él entre otras cosas se dijo poco antes: "Y yo lo haré mi primogénito, excelso entre los reyes de la tierra. Para siempre guardaré para él mi misericordia, y mi pacto será fiel con él. Y pondré su descendencia para siempre, y su trono como los días del cielo." De estas y de todas las cosas anteriores desde el principio, dijimos lo que pudimos.

2. [vers. 31-35.] Pero sigue, "Si sus hijos abandonan mi ley, y no andan en mis juicios; si profanan mis justificaciones, y no guardan mis mandamientos: visitaré con vara sus iniquidades, y con azotes sus delitos. Pero mi misericordia no la apartaré de él, ni haré daño en mi verdad: ni profanaré mi pacto; y lo que sale de mis labios, no lo rechazaré." Gran firmeza de la promesa de Dios. Los hijos de este David, son los hijos del esposo: por tanto, todos los cristianos son llamados sus hijos. Pero es mucho lo que promete Dios, porque "Si los cristianos, es decir, sus hijos abandonan," dice, "mi ley, y no andan en mis juicios; si profanan mis justificaciones, y no guardan mis mandamientos; no los despreciaré, ni los dejaré en perdición: sino, ¿qué haré? Visitaré con vara sus iniquidades, y con azotes sus delitos. No es, pues, solo misericordia del que llama, sino también del que azota y flagela. Sea, pues, la mano paterna sobre ti, y si eres buen hijo, no rechaces la disciplina: ¿quién es el hijo a quien su padre no da disciplina? Que dé disciplina, mientras no quite la misericordia; que azote al contumaz, pero que devuelva la herencia. Si reconociste bien las promesas del padre, no temas ser azotado, sino ser desheredado: porque a quien ama el Señor, corrige; y azota a todo hijo que recibe (Hebr. XII, 5-7). ¿El hijo pecador se indigna de ser azotado, cuando ve al Unigénito sin pecado ser azotado? Visitaré, pues, dice, con vara sus iniquidades. Así también el Apóstol amenaza: "¿Qué quieren? ¿Que venga a ustedes con vara?" (I Cor. IV, 21). Lejos esté que los piadosos hijos dijeran, Si vienes con vara, no vengas. Porque es mejor ser instruido con la vara del padre, que perecer en el halago del ladrón.

3. Visitaré, dice, con vara sus iniquidades, y con azotes sus delitos. Pero mi misericordia no la apartaré de él. ¿De quién? De aquel David a quien prometí tales cosas, a quien ungí con mi óleo santo sobre sus compañeros (Sal. XLIV, 8). ¿Reconocen a aquel de quien Dios no apartará su misericordia? ¿No sea que alguien preocupado diga, Puesto que dice Cristo, de quien confirma que no apartará su misericordia, ¿qué, pues, del pecador? ¿Acaso dijo esto, "Pero mi misericordia no la apartaré de ellos"? Visitaré, dice, con vara sus iniquidades, y con azotes sus delitos. Esperabas para tu seguridad, "Pero mi misericordia no la apartaré de ellos." Y ciertamente algunos códices lo tienen, pero los más corregidos no lo tienen: sin embargo, los que lo tienen, no están fuera de lugar. ¿Cómo, pues, no apartará su misericordia de Cristo? ¿Acaso el Salvador del cuerpo, ya sea en la tierra o en el cielo, pecó; quien se sienta a su derecha, e intercede por nosotros (Rom. VIII, 34)? Sin embargo, de Cristo: pero de sus miembros, de su cuerpo que es la Iglesia. Así, pues, por grande que diga que de él no apartará su misericordia, como si no reconociéramos al unigénito Hijo que está en el seno del Padre: porque no se computa allí la persona del hombre, sino que una persona es Dios y hombre. Por tanto, de él no apartará su misericordia, cuando de sus miembros, cuando de su cuerpo no aparta su misericordia, en el cual él mismo en la tierra sufría persecuciones, cuando ya estaba sentado en el cielo; y desde el cielo clamaba, "Saulo, Saulo," no, "¿Por qué persigues a mis siervos?"; no, "¿Por qué persigues a mis santos?"; no, "¿Por qué persigues a mis discípulos?"; sino, "¿Por qué me persigues?" (Hechos IX, 4). Así como, pues, cuando

nadie lo perseguía sentado en el cielo, clamó, "¿Por qué me persigues?" cuando la cabeza reconocía a sus miembros, y la cabeza no se separaba del cuerpo por el vínculo del amor: así, cuando no aparta su misericordia de él, no la aparta de nosotros, que somos sus miembros y su cuerpo. Sin embargo, no debemos por eso estar seguros de pecar, y prometernos perversamente que, hagamos lo que hagamos, no pereceremos. Porque hay ciertos pecados y ciertas iniquidades de las que ciertamente discutir y definir o es imposible para nosotros, o, si ya fuera posible, ciertamente sería largo para el tiempo. Porque nadie puede decir que está sin pecado; porque si lo dice, mentirá: "Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros" (I Juan 1, 8). Por tanto, cada uno necesariamente es azotado por sus pecados; pero de él, si es cristiano, la misericordia de Dios no se aparta. Claro, si caes en tales iniquidades, que rechaces de ti la vara del que azota, si rechazas la mano del que flagela, y te indignas de la disciplina de Dios, y huyes del Padre que azota, y no quieres soportarlo como padre, porque no perdona al pecador; tú mismo te has alejado de la herencia, él no te ha rechazado: porque si permanecieras azotado, no permanecerías desheredado. Pero mi misericordia, dice, no la apartaré de él, ni haré daño en mi verdad. Porque para esto no se apartará la misericordia del que libera, para que no haga daño la verdad del que castiga.

4. No profanaré mi pacto; y lo que sale de mis labios no lo rechazaré. No porque sus hijos pequen, seré hallado mentiroso: prometí, cumplo. Supón que ellos quieren pecar incluso con desesperación, y así caer completamente en el pecado, ofendiendo los ojos del Padre y mereciendo ser desheredados; ¿acaso no es Él el Dios de quien se dijo: De estas piedras levantará hijos a Abraham (Mat. III, 9)? Por tanto, os digo, hermanos: muchos cristianos pecan de manera tolerable, muchos son corregidos por el castigo del pecado, y se enmiendan y sanan; muchos, completamente apartados, con dura cerviz resistiendo contra la disciplina del Padre, y rechazando por completo la paternidad de Dios, aunque tienen la señal de Cristo, caen en tales iniquidades que no se puede sino recitar contra ellos: Porque los que hacen tales cosas no heredarán el reino de Dios (Gál. V, 21). Sin embargo, no por estos quedará Cristo sin herencia: no por la paja perecerá también el trigo (Mat. III, 12); no por los peces malos nada de esa red se echará en vasijas (Id. XIII, 47, 48). El Señor conoce a los que son suyos (II Tim. II, 19). Seguro prometió, quien nos predestinó antes de que existiéramos: A los que predestinó, también los llamó; a los que llamó, también los justificó; a los que justificó, también los glorificó. Que pequen cuanto quieran los desesperados: respondan los miembros de Cristo, Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros? (Rom. VIII, 29-31). Por tanto, Dios no fallará en su verdad, ni profanará su pacto. Su pacto permanece inmutable, porque Él mismo, previendo, predestinó a los herederos: y lo que sale de sus labios, no lo rechazará.

5. [vers. 36-38.] Escucha para tu confirmación, escucha para tu seguridad, si te reconoces en los miembros de Cristo. Una vez juré por mi santidad, si miento a David. ¿Esperas que Dios jure de nuevo? ¿Cuántas veces jurará, si al jurar una vez miente? Una sola jura tuvo por nuestra vida, quien por nosotros envió a su Único a la muerte. Una vez juré por mi santidad, si miento a David: su descendencia permanecerá para siempre. Su descendencia permanece para siempre; porque el Señor conoce a los que son suyos. Y su trono como el sol ante mí, y como la luna perfecta para siempre; y testigo fiel en el cielo. Su trono, sobre quienes domina, en quienes se sienta, en quienes reina. Si su trono, y sus miembros; porque también nuestros miembros son trono de nuestra cabeza. Ved cómo todos nuestros demás miembros sostienen la cabeza: pero la cabeza misma no sostiene nada sobre sí, sino que es sostenida por nuestros otros miembros, como si todo el cuerpo del hombre fuera el trono de la cabeza. Por tanto, su trono, todos en quienes reina Dios, serán, dice, ante mí como el sol: porque los justos brillarán en el reino de mi Padre como el sol (Mat. XIII, 43). Pero sol espiritualmente; no

corporalmente, como brilla este desde el cielo, que hace salir sobre buenos y malos (Mat. V, 45). En efecto, este sol está a la vista no solo de los hombres, sino también de los animales más pequeños y de las moscas más diminutas: ¿qué animal, por vil que sea, no ve este sol? Pero de aquel sol, ¿qué dice propiamente? Como el sol ante mí. No ante los hombres, no ante la carne, no ante los animales mortales, sino ante mí. Y como la luna: pero ¿qué luna? Perfecta para siempre. Pues, aunque esta luna que conocemos se perfecciona, al día siguiente comienza a menguar, después de haber sido perfecta. Como la luna, dice, perfecta para siempre: así se perfeccionará su trono como la luna; pero luna perfecta para siempre. Si sol, ¿por qué también luna? Las Escrituras suelen significar por la luna la mortalidad de esta carne, por los aumentos y disminuciones, por la apariencia transitoria. De hecho, Jericó se interpreta como Luna: y ciertamente uno que descendía de Jerusalén a Jericó cayó en manos de ladrones (Luc. X, 30); pues descendía de la inmortalidad a la mortalidad. Por tanto, esta carne es semejante a la luna, que en todo tiempo y mes sufre aumentos y disminuciones: pero esta nuestra carne será perfecta en la resurrección; y testigo fiel en el cielo. Por tanto, si solo fuéramos perfeccionados en el alma, solo nos compararía al sol; de nuevo, si solo fuéramos perfeccionados en el cuerpo, solo nos compararía a la luna: pero porque Dios nos perfeccionará tanto en el alma como en el cuerpo, según el alma se dijo, como el sol ante mí; porque el alma solo la ve Dios: y como la luna, ya la carne; perfecta para siempre, en la resurrección de los muertos: y testigo fiel en el cielo; porque todo lo que se decía sobre la resurrección de los muertos era verdadero. Os ruego, escuchad esto de nuevo más claramente, y recordadlo: pues sé que algunos lo han entendido, pero otros quizás aún indagan qué dije. En ninguna cosa se contradice tanto la fe cristiana como en la resurrección de la carne. De hecho, aquel que nació como señal de contradicción (Id. II, 34), resucitó su propia carne, para enfrentar al contradictor; y quien pudo sanar sus miembros de tal manera que no aparecieran heridos, conservó las cicatrices en su cuerpo, para sanar la herida de la duda en el corazón. Por tanto, en ninguna cosa se contradice tan vehementemente, tan obstinadamente, tan tenazmente y con tanto empeño la fe cristiana, como en la resurrección de la carne. Pues sobre la inmortalidad del alma, muchos filósofos gentiles han discutido mucho, y han dejado escrito en memoria en numerosos y variados libros que el alma humana es inmortal: pero cuando se trata de la resurrección de la carne, no titubean, sino que contradicen abiertamente, y su contradicción es tal que dicen que no es posible que esta carne terrena pueda ascender al cielo. Por eso, esta luna perfecta para siempre, y contra todos los contradictores, testigo fiel en el cielo.

6. [vers. 39-46.] Estas cosas sobre Cristo están prometidas, cuán ciertas, cuán firmes, cuán claras, cuán indubitables. Pues, aunque algunas están cubiertas de misterios, otras son tan manifiestas que de ellas fácilmente se pueden aclarar las oscuras. Siendo así estas cosas, ved lo que sigue: "Pero tú has rechazado y llevado a nada, has postergado a tu Cristo. Has destruido el pacto de tu siervo; has profanado en la tierra su santidad. Has destruido todas sus murallas; has puesto sus fortalezas en temor. Lo han saqueado todos los que pasan por el camino; se ha convertido en oprobio para sus vecinos. Has exaltado la diestra de sus enemigos; has alegrado a todos sus enemigos. Has apartado la ayuda de su espada, y no le has socorrido en la batalla. Lo has despojado de su pureza: has derribado su trono a la tierra. Has acortado los días de su trono; lo has cubierto de confusión." ¿Qué es esto? Prometiste todas esas cosas; pero tú has hecho estas contrarias. ¿Dónde están las promesas por las que poco antes nos regocijábamos, de las que tan alegremente aplaudíamos, de las que seguros nos congratulábamos? Como si otro hubiera prometido, otro hubiera destruido. Lo que es sorprendente, no es otro; sino, tú mismo, tú que prometías, tú que confirmabas, tú que por la duda humana incluso jurabas, prometiste aquellas cosas, e hiciste estas. ¿Dónde sostendré tu juramento, dónde encontraré tu promesa? ¿Qué es esto? ¿Acaso Dios prometería falsamente,

o juraría falsamente? ¿Por qué entonces prometió aquellas cosas, e hizo estas? Yo digo que hizo estas para confirmar las promesas. Pero, ¿quién soy yo que digo esto? Veamos si la verdad lo dice; entonces no será vano lo que digo. David estaba puesto a quien se le prometieron todas estas cosas en su descendencia, que es Cristo, para ser cumplidas. Por las promesas, pues, que se dijeron a David, los hombres esperaban que se cumplieran en David. Por tanto, para que ningún cristiano dijera, Se dijo de Cristo; otro dijera, No, sino de aquel David se dijo; y errara, al ver que todo se cumplía en David: lo destruyó en David, para que al ver que no se cumplía en él, lo que necesariamente debe cumplirse, buscaras a otro en quien se mostrara cumplido. Así también de Esaú y Jacob, encontramos que el mayor fue adorado por el menor, cuando está escrito, El mayor servirá al menor (Gen. XXV, 23); para que cuando en aquellos dos anteriores no vieras cumplido, esperes dos pueblos, en los cuales se cumpla lo que Dios, que no miente, se digna prometer. He aquí de tu descendencia, dijo a David, pondré sobre tu trono (Sal. CXXXI, 11). Prometió de su descendencia algo eterno; y nacido Salomón, fue de tal sabiduría, que la promesa de Dios de la descendencia de David se pensó cumplida en él: pero Salomón cayó, y dio lugar a esperar a Cristo; para que, puesto que Dios ni podía ser engañado, ni engañar, quien sabía que caería, no pusiera en él su promesa, sino que después de su caída miraras a Dios, y exigieras la promesa. Entonces, Señor, ¿mentiste? ¿No cumples lo que prometiste? ¿No entregas lo que juraste? Quizás aquí te diría Dios: Juré y prometí, pero este no quiso perseverar. ¿Qué entonces? Señor Dios, ¿no sabías que este no perseveraría? Ciertamente lo sabías. ¿Por qué entonces me prometías en quien no perseveraría algo eterno? ¿No dijiste tú: Si abandonan mi ley, y no andan en mis juicios, y no guardan mis mandamientos, y profanan mi pacto; sin embargo, mi promesa permanecerá, mi juramento se cumplirá? Una vez juré por mi santidad, en lo más íntimo, en la misma fuente de donde bebieron los Profetas, que nos han revelado estas cosas: Una vez, dice, juré, si miento a David. Entonces, muestra lo que juraste, devuelve lo que prometiste. Fue quitado de este David, para que no se esperara en este David. Espera entonces lo que prometí.

7. David mismo lo sabía. Pues ved lo que dice: Pero tú has rechazado y llevado a nada. Entonces, ¿dónde está lo que prometiste? Has postergado a tu Cristo. Aunque enumera cierta tristeza, en esta palabra nos consuela: permanece ciertamente, Dios, lo que prometiste; pues no has quitado a tu Cristo, sino que lo has postergado. A este David, en quien los ignorantes esperaban que Dios cumpliera sus promesas, ved lo que le sucedió, para que las promesas de Dios se cumplieran más firmemente esperadas en otro: Has postergado a tu Cristo: has destruido el pacto de tu siervo. ¿Dónde está el pacto antiguo de los judíos? ¿Dónde está aquella tierra de promisión, en la que habitando pecaron, y al ser destruida emigraron? Buscas el reino de los judíos, no está: buscas el altar de los judíos, no está: buscas el sacrificio de los judíos, no está: buscas el sacerdocio de los judíos, no está. Has destruido el pacto de tu siervo; has profanado en la tierra su santidad. Mostraste que aquellas cosas santas que tenían eran terrenales. Has destruido todas sus murallas, con las que lo habías protegido: pues, ¿cuándo sería saqueado, si no se hubieran destruido las murallas? Has puesto sus fortalezas en temor. ¿Qué es, temor? Para que se diga a los pecadores, Si Dios no perdonó a las ramas naturales, tampoco a ti te perdonará (Rom. XI, 21). Lo han saqueado todos los que pasan por el camino: todas las naciones, pasando por el camino, es decir, por esta vida, han saqueado a Israel, han saqueado a David. Primero ved sus fragmentos en todas las naciones: pues de ellos se dijo, Serán partes de zorros (Sal. LXII, 11). La Escritura llama zorros a los reyes impíos, astutos y temerosos a quienes aterra la virtud ajena. Por eso el mismo Señor, al hablar de Herodes amenazante: Decid, dice, a aquella zorra (Luc. XIII, 32). Un rey que no teme a ningún hombre, él mismo no es zorro: aquel león de la tribu de Judá, a quien se dice, Subiste recostado, dormiste como león (Gen. XLIX, 9). Subiste con poder, dormiste con poder; porque quisiste, dormiste. Por eso en otro salmo dice, Yo dormí. ¿No estaba completa

la sentencia, Dormí, y tomé sueño: y desperté, porque el Señor me sostendrá (Sal. III, 6)? ¿Por qué se añadió, Yo? Y con gran énfasis debe pronunciarse, Yo; Yo dormí. Ellos se enfurecieron, ellos persiguieron, pero si no hubiera querido, no habría dormido. Yo dormí. Por tanto, de quienes se dijo, Serán partes de zorros; de estos ahora se dice, Lo han saqueado todos los que pasan por el camino; se ha convertido en oprobio para sus vecinos. Has exaltado la diestra de sus enemigos; has alegrado a todos sus enemigos. Observad a los judíos, y ved todo cumplido lo que se predijo. Has apartado la ayuda de su espada. ¿Cómo solían pocos luchar, derribar a muchos? Has apartado la ayuda de su espada, y no le has socorrido en la batalla. Con razón vencido, con razón capturado, con razón alejado de su reino, con razón disperso: pues perdió aquella tierra, por la cual mató al Señor. Has apartado la ayuda de su espada, y no le has socorrido en la batalla. Lo has despojado de su pureza. ¿Qué es esto? Entre todos los males, este es un gran terror. Por mucho que Dios castigue, por mucho que se enoje, por mucho que golpee, azote; sin embargo, que azote al atado, a quien purifica, no lo despoje de la pureza: pues si lo despoja de la pureza; ya no tiene que ser purificado, sino arrojado. ¿De qué pureza, entonces, es despojado el judío? De la fe. Pues vivimos por la fe (Gál. III, 11); y de la fe se dijo, Purificando sus corazones por la fe (Hech. XV, 9): y porque solo la fe de Cristo purifica, al no creer en Cristo fueron despojados de la pureza. Lo has despojado de su pureza; has derribado su trono a la tierra: con razón lo has roto. Has acortado los días de su trono: pensaban que reinarían para siempre. Lo has cubierto de confusión. Todas estas cosas sucedieron a los judíos, sin embargo, no quitando a Cristo, sino postergándolo.

8. [vers. 47.] Veamos, pues, si Dios cumple sus promesas. Después de estas duras cosas que recordó haber sucedido a aquel pueblo y a aquel reino, para que no se pensara que Dios había cumplido lo que prometió, y no diera otro reino en Cristo, cuyo reino no tendrá fin; el Profeta lo invoca, y dice: ¿Hasta cuándo, Señor, te apartarás para siempre? Pues quizás no para siempre y de ellos; porque la ceguera en parte ha sucedido a Israel, para que la plenitud de los gentiles entrara, y así todo Israel sea salvo (Rom. XI, 25). Mientras tanto, se encenderá como fuego tu ira.

9. [vers. 48, 49.] Recuerda cuál es mi sustancia. Este David dice puesto en la carne en los judíos, puesto en la esperanza en Cristo, Recuerda cuál es mi sustancia. Pues no porque los judíos fallaron, falló mi sustancia. Pues de aquel pueblo la virgen María, de la virgen María la carne de Cristo; y esa carne no pecadora; sino purificadora de pecados: allí está, dice, mi sustancia. Recuerda cuál es mi sustancia. Pues no en vano constituíste a todos los hijos de los hombres. He aquí que todos los hijos de los hombres han ido a la vanidad; sin embargo, no los constituíste en vano. Cuando, pues, todos han ido a la vanidad, a quienes no constituíste en vano; ¿de dónde los purificarías de la vanidad, acaso no guardaste nada para ti? Aquello que guardaste para ti de donde purificarías a los hombres de la vanidad, aquel santo tuyo, en él mi sustancia. Pues de él se purifican todos, a quienes no constituíste en vano de su propia vanidad: a quienes se dice, Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo seréis pesados de corazón? ¿Por qué amáis la vanidad, y buscáis la mentira? Quizás hechos solícitos se convertirían de la vanidad, encontraríanse manchados de vanidad, buscarían de dónde purificarse; socorre, haz seguros. Y sabed que el Señor ha hecho admirable a su santo (Sal. IV, 3, 4). Hizo admirable a su santo; de allí todos se purificaron de la vanidad: allí está, dice, mi sustancia, recuérdala. Pues no en vano constituíste a todos los hijos de los hombres. Por tanto, guardaste algo de donde se purificarían. ¿Quién es este que guardaste? ¿Quién es el hombre que vivirá y no verá la muerte? Por tanto, aquel hombre que vivirá y no verá la muerte, él purifica de la vanidad. Pues no en vano constituyó a todos los hijos de los hombres, ni puede despreciar a quienes los hizo, para no convertirlos y no purificarlos.

10. ¿Quién es el hombre que vivirá y no verá la muerte? Porque al resucitar de entre los muertos, ya no muere, y la muerte ya no tendrá dominio sobre él (Rom. VI, 9). Finalmente, cuando en otro salmo se lee escrito: No dejarás mi alma en el infierno, ni permitirás que tu Santo vea corrupción (Sal. XV, 10), este testimonio es asumido por la disciplina apostólica, y así en los Hechos de los Apóstoles se disputa contra los infieles, diciendo: Varones hermanos, sabemos que David el patriarca murió, y su carne vio corrupción; por lo tanto, no se dijo de él: Ni permitirás que tu Santo vea corrupción (Hech. II, 27-31). Si, por lo tanto, no se dijo de él, ¿de quién se dijo: ¿Quién es el hombre que vivirá y no verá la muerte? Pero tal vez no hay ninguno. Más bien, ¿Quién es?, se dijo para que preguntes, no para que desesperes. Pero tal vez hay algún hombre que vivirá y no verá la muerte; ¿no obstante, no se dijo de Cristo, que murió? No hay absolutamente ningún hombre que vivirá y no verá la muerte, excepto aquel que ya murió por los mortales. Pues para que sepas que se dijo de él, mira lo que sigue. ¿Quién es el hombre que vivirá y no verá la muerte? ¿Entonces nunca estuvo en la muerte? Estuvo. ¿Cómo entonces vivirá y no verá la muerte? Rescatará su alma de las manos del infierno. He aquí que verdaderamente solo, completamente singularmente solo vivirá y no verá la muerte; rescatará su alma de las manos del infierno: porque aunque los demás fieles suyos resucitarán de los muertos, y vivirán también ellos eternamente, y no verán la muerte; sin embargo, no rescatarán ellos mismos su alma de las manos del infierno. Aquel que rescató su alma de las manos del infierno, él mismo rescatará las almas de sus fieles; ellos no pueden rescatarse a sí mismos. Prueba que él rescató su alma. Tengo poder para poner mi alma, y tengo poder para volver a tomarla. Nadie me la quita; porque yo dormí (Sal. III, 6): pero yo mismo la pongo de mí, y la vuelvo a tomar (Juan X, 17, 18), porque él es quien rescató su alma de las manos del infierno.

11. [vers. 50.] Pero incluso en la misma fe de Cristo se trabajó un poco, y durante mucho tiempo dijeron las naciones enfurecidas: ¿Cuándo morirá, y perecerá su nombre? (Sal. XL, 6). Por estos, entonces, que ya creen en Cristo, pero que trabajarán por algún tiempo, sigue y dice: ¿Dónde están tus misericordias antiguas, Señor? Ya hemos reconocido a Cristo como purificador, ya tenemos en quien cumples las promesas; muestra en él lo que prometiste. Él es quien vivirá y no verá la muerte, él es quien rescató su alma de las manos del infierno: y nosotros, sin embargo, aún trabajamos. Dijeron estas cosas los mártires, cuyo natalicio celebramos. Él vivirá y no verá la muerte, él rescató su alma de las manos del infierno; y nosotros por ti somos muertos todo el día, somos considerados como ovejas para el matadero (Sal. XLIII, 22): ¿Dónde están tus misericordias antiguas, Señor, que juraste a David en tu verdad?

12. [vers. 51.] Recuerda, Señor, el oprobio de tus siervos. Ya viviendo él, ya sentado en el cielo a la derecha del Padre, se lanzaron oprobios a los cristianos: los cristianos durante mucho tiempo tuvieron el crimen de Cristo. Aquella viuda que da a luz, y tiene hijos más abundantes que aquella que tenía marido (Isai. LIV, 1; Galat. IV, 27), escuchó ignominias, escuchó oprobios: pero la Iglesia multiplicada, extendiéndose a la derecha y a la izquierda, ya no recuerda la ignominia de su viudez. Recuerda, Señor, en quien está la abundancia de la dulzura de tu memoria; Recuerda, no olvides. ¿Qué, Recuerda? Recuerda el oprobio de tus siervos, que llevé en mi seno de muchas naciones. Iba, dice, a predicar, y escuchaba oprobios, y los llevaba en mi seno; porque cumplía, Somos blasfemados, rogamos; hemos sido hechos como la escoria del mundo, el desecho de todos (I Cor. IV, 13). Durante mucho tiempo los cristianos llevaron oprobios en su seno, en su corazón; ni se atrevían a resistir a los que los injuriaban: antes, cuando parecía un crimen responder al pagano, ahora ya es un crimen permanecer pagano. Gracias al Señor; se acordó de nuestros oprobios: exaltó el cuerno de su Cristo, lo hizo admirable entre los reyes de la tierra. Ahora ya nadie insulta a los cristianos, o

si insulta, no insulta públicamente: habla de tal manera, que teme más ser escuchado, que desea ser creído. Lo que llevé en mi seno de muchas naciones.

13. [vers. 52.] Lo que reprocharon tus enemigos, Señor: tanto judíos como paganos. Lo que reprocharon: ¿qué reprocharon? La transformación de tu Cristo. Esto reprocharon, la transformación de tu Cristo: pues esto objetaron, que Cristo murió, que Cristo fue crucificado. ¿Qué objetáis, insensatos? Aunque ya no hay nadie que objete; sin embargo, si quedan algunos, ¿qué objetáis porque Cristo murió? Él no fue destruido, sino transformado. Se dice muerto por tres días. He aquí lo que reprocharon tus enemigos: no la pérdida, no la destrucción: sino claramente la transformación de tu Cristo. Fue transformado de la vida temporal a la eterna, fue transformado de los judíos a los gentiles, fue transformado también de la tierra al cielo. Que vayan ahora tus enemigos vanos, y aún reprochen la transformación de tu Cristo. Ojalá también ellos se transformen; no reprocharán la transformación de Cristo. Pero desagrada la transformación de Cristo, porque ellos no quieren transformarse: pues no hay transformación para ellos, y no temieron a Dios (Sal. LIV, 20). Lo que reprocharon tus enemigos, la transformación de tu Cristo.

14. [vers. 53.] Reprocharon su transformación: pero tú, ¿qué? La bendición del Señor en la eternidad: sea, sea. Gracias a su misericordia; gracias a su gracia. Nosotros damos gracias; no damos, ni devolvemos, ni referimos, ni retribuimos: damos gracias con palabras, lo mantenemos con hechos. Él nos hizo salvos gratuitamente, él no atendió a nuestras impiedades; él nos buscó cuando no lo buscábamos, nos encontró, nos redimió, nos liberó del dominio del diablo y del poder de los demonios: nos ató con fe para ser purificados, de donde liberó a aquellos enemigos que no creen, y por eso no pueden ser purificados. Que digan los que quedan cada día lo que quieran, cada día quedarán menos y menos: objeten, se burlen, reprochen, no la destrucción, sino la transformación de tu Cristo. ¿No ven que cuando dicen estas cosas, se extinguen ya sea creyendo, ya sea muriendo? Pues su maldición es temporal; pero la bendición del Señor es en la eternidad. Y para confirmar la bendición, para que nadie tema: sea, sea. Esta es la suscripción de la garantía de Dios. Seguros, pues, de sus promesas, creamos en lo pasado, conozcamos lo presente, esperemos lo futuro. Que el enemigo no nos aparte del camino, para que quien nos recoge como a sus polluelos bajo sus alas, nos proteja; no nos alejemos de sus alas, no sea que el halcón aéreo arrebate a los polluelos aún sin plumas. Pues el cristiano no debe esperar de sí mismo: si quiere ser firme, que sea nutrido por el calor materno. Porque esa es la gallina que recoge a sus polluelos, de la cual se reprocha a aquella ciudad infiel Jerusalén: «Cuántas veces quise recoger a tus hijos como la gallina a sus polluelos bajo sus alas, y no quisiste. He aquí que vuestra casa os será dejada desierta» (Mat. XXIII, 37 y 38). De aquí se dijo, Pusiste sus fortalezas en temor. Porque ellos no quisieron ser cubiertos bajo las alas de esta gallina, y dieron tal ejemplo, por el cual debemos temer a los espíritus inmundos voladores, que buscan cada día qué arrebatar; entremos bajo las alas de esta gallina de la Sabiduría divina, porque por sus polluelos se debilitó hasta la muerte. Amemos al Señor nuestro Dios, amemos su Iglesia: a él como padre, a esta como madre; a él como señor, a esta como su sierva; porque somos hijos de su sierva. Pero este matrimonio se une con gran caridad: nadie ofende a uno, y merece al otro. Nadie diga, A los ídolos voy, consulto a los poseídos y a los sortílegos: pero no dejo la Iglesia de Dios; soy católico. Sosteniendo a la madre, ofendiste al padre. Otro dice, Dios me libre; no consulto al sortílego, no busco al poseído, no busco adivinaciones sacrílegas, no voy a adorar demonios, no sirvo a piedras: pero estoy en la parte de Donato. ¿De qué te sirve no haber ofendido al Padre, que vindica a la madre ofendida? ¿De qué te sirve si confiesas al Señor, honras a Dios, lo predicas, reconoces a su Hijo, confiesas que está sentado a la derecha del Padre; y blasfemas su Iglesia? ¿No te corrigen los ejemplos del matrimonio humano? Si tuvieras algún patrón, a

quien sirvieras diariamente, cuyas puertas desgastaras sirviendo, a quien diariamente, no digo saludaras, sino incluso adoraras, a quien prestaras fieles servicios; si dijeras un solo crimen de su esposa, ¿acaso entrarías en su casa? Sostengan, pues, amadísimos, sostengan todos unánimemente a Dios padre, y a la madre Iglesia. Celebren con sobriedad los natalicios de los santos, para que imitemos a aquellos que nos precedieron y se alegren de ustedes quienes oran por ustedes; para que la bendición del Señor en la eternidad permanezca sobre ustedes: sea, sea.

EXPOSICIÓN SOBRE EL SALMO LXXXIX.

1. [vers. 1.] Oración de Moisés, hombre de Dios, está prenotado este salmo: por medio de quien Dios dio la Ley a su pueblo, a quien liberando de la casa de servidumbre, condujo durante cuarenta años por el desierto. Fue, pues, Moisés ministro del Antiguo Testamento, y profeta del Nuevo Testamento. Porque todas aquellas cosas sucedieron en figura en ellos, como dice el Apóstol: pero están escritas para nuestra corrección, en quienes ha llegado el fin de los siglos (I Cor. X, 11). Según esta dispensación que se hizo por Moisés, debe ser considerado este salmo, que recibió su título de su oración.

2. Señor, dice, te has hecho refugio para nosotros de generación en generación: ya sea en toda generación, ya sea en dos generaciones, la antigua y la nueva; porque, como dije, fue ministro de aquel Testamento perteneciente a la generación antigua, y Profeta del Testamento perteneciente a la generación nueva. Del cual Testamento el garante, y esposo del matrimonio que de aquella generación obtuvo, dice el mismo Jesús: Si creyerais a Moisés, me creeríais a mí; porque de mí escribió él (Juan V, 46). No se debe creer, sin embargo, que este salmo fue escrito por el mismo Moisés, que no está incluido en sus escritos, en los cuales están escritas sus canciones: sino que por alguna razón de significado se ha aplicado el nombre de tan gran siervo de Dios, para que se dirija la intención del lector o del oyente. Te has hecho, pues, dice, Señor, refugio para nosotros de generación en generación.

3. [vers. 2.] Pero ¿qué tipo de refugio se ha hecho, ya que ciertamente comenzó a ser para nosotros lo que no era, es decir, refugio, pero él mismo no era antes de que fuéramos, y antes de que el mundo fuera, sigue diciendo: Antes de que los montes fueran hechos, y se formara la tierra y el orbe de la tierra, y desde el siglo hasta el siglo tú eres. Tú, pues, que siempre eres, y antes de que fuéramos, y antes de que el mundo fuera, refugio desde que nos convertimos a ti te has hecho para nosotros. Sin embargo, no me parece que deba entenderse de alguna manera lo que dice, Antes de que los montes fueran hechos, y se formara la tierra; o, como tienen otros códices, que de una sola palabra griega se ha expresado, se formara la tierra. Porque los montes son partes más altas de la tierra: y ciertamente si antes de que se formara la tierra Dios es, por quien la tierra fue formada; ¿qué gran cosa se dice de los montes o de cualquiera de sus partes, cuando Dios es no solo antes de la tierra, sino también antes del cielo y la tierra, y antes de toda criatura corporal y espiritual? Pero sin duda toda la criatura racional está tal vez distinguida por esta diferencia, para que con el nombre de montes se signifiquen las alturas de los ángeles, y con el nombre de tierra la humildad de los hombres. Y por eso, aunque todas las cosas que fueron creadas, no incongruentemente pueden ser llamadas hechas o formadas; sin embargo, si hay alguna propiedad de las palabras, fueron hechos los ángeles, que cuando se enumeraban en sus obras celestiales, así se concluyó esa enumeración, Él dijo, y fueron hechos; él mandó, y fueron creados (Sal. CXLVIII, 5): pero de donde el hombre según el cuerpo sería hecho, la tierra fue formada. Pues esta palabra usa la Escritura, donde leemos, o, Dios formó; o, Dios formó al hombre del barro de la tierra (Gen. II, 7). Por lo tanto, antes de que fueran hechas aquellas cosas que en tu criatura son sumas y grandes; ¿qué hay más grande que la criatura racional celestial? y

antes de que se formara la tierra, para que hubiera quien te reconociera y te alabará en la tierra: y esto es poco, porque estas cosas comenzaron, ya sea en el tiempo, ya sea con el tiempo; pero desde el siglo y hasta el siglo tú eres. Lo cual más convenientemente se diría, Desde la eternidad en la eternidad: porque Dios no es desde el siglo, que es antes de los siglos; ni hasta el siglo, cuyo fin tiene, siendo él sin fin. Pero de la ambigüedad de la palabra griega se hace a menudo en las Escrituras que o el siglo se ponga por eterno, o eterno por siglo el intérprete latino. Sin embargo, no dijo, Desde el siglo tú fuiste, y hasta el siglo tú serás: sino que puso un verbo de significación presente, insinuando la sustancia de Dios de todo modo inmutable, donde no hay, Fue, y Será; sino solo, Es. De donde se dijo; Yo soy el que soy; y, El que es, me envió a vosotros (Exod. III, 14); y, Los cambiarás, y cambiarán; pero tú eres el mismo, y tus años no fallarán (Sal. CI, 27, y 28). He aquí qué eternidad se ha hecho refugio para nosotros, para que en ella permaneciendo, a ella de esta mutabilidad del tiempo huyamos.

4. [vers. 3.] Pero puesto que mientras estamos aquí, vivimos en grandes y muchas tentaciones, de las cuales debemos temer que nos aparten de este refugio; veamos qué pide consecuentemente la oración del hombre de Dios. No apartes al hombre en humillación: es decir, no sea que apartado de tus eternas y sublimes cosas, el hombre desee las temporales, y saboree las terrenales. Y esto de Dios pide lo que Dios mismo mandó; con una sentencia completamente similar a la que en la oración decimos, No nos dejes caer en tentación (Matth. VI, 13). Finalmente, aquí añade: Y dijiste, Convertíos, hijos de los hombres. Como si dijera, Esto te pido que tú mismo ordenaste: dando la gloria de su gracia, para que quien se gloría, se gloríe en el Señor (I Cor. I, 31); sin cuya ayuda, por el libre albedrío de la voluntad no podemos superar las tentaciones de esta vida. No apartes, dice, al hombre en humillación: y sin embargo tú dijiste, Convertíos, hijos de los hombres. Pero da lo que mandaste, escuchando la súplica del que pide, y ayudando la fe del que quiere.

5. [vers. 4.] Porque mil años ante tus ojos, como el día de ayer, que pasó. Por eso debemos convertirnos a tu refugio, donde sin ninguna mutabilidad tú eres, de estas cosas que pasan y fluyen; porque por mucho que se desee un largo tiempo en esta vida, mil años ante tus ojos, como el día de ayer es, que pasó; no al menos como el día de mañana, que vendrá: así todas las cosas que se cierran con el fin del tiempo, deben ser tenidas por pasadas. De donde también el Apóstol pospuso para sí mismo las cosas que están detrás, olvidándose de ellas, donde se deben entender todas las cosas temporales; y extendiéndose hacia las que están delante (Philipp. III, 13), que es el deseo de las eternas. Para que no pensaran algunos que mil años se computan así ante Dios por un día, como si Dios tuviera días tan largos, cuando esto se dijo para despreciar la longitud del tiempo: por eso añadió, Y como una vigilia en la noche; cuando el espacio de una vigilia no tiene más de tres horas. Y sin embargo, los hombres se atrevieron a presumir el conocimiento de los tiempos; lo que a los discípulos que deseaban saber, el Señor dijo, No os corresponde a vosotros saber los tiempos, que el Padre puso en su potestad (Act. I, 7): y definieron que este siglo puede terminarse en seis mil años, como en seis días. Ni atendieron lo que se dijo, como un día, que pasó: pues no cuando se dijo, solo mil años habían pasado. Y sobre todo debió advertirles, para que no fueran engañados por la incertidumbre de los tiempos, lo que es, como una vigilia en la noche: pues no pueden, como de los seis días algo verosímil parecen haber opinado, por los seis primeros días en que Dios perfeccionó sus obras; así también seis vigilias; es decir, dieciocho horas, pueden adaptar a aquella opinión.

6. [vers. 5, 6.] Luego este hombre de Dios, o más bien el espíritu profético, como si recitara la ley de Dios escrita en su secreta sabiduría, donde a la vida mortal de los pecadores estableció el modo de correr y la aflicción de la mortalidad, parece de algún modo recitar, cuando dice,

Las cosas que se tienen por nada, serán sus años. Por la mañana como la hierba pase, por la mañana florezca, y pase; por la tarde caiga, se endurezca, y se seque. Por lo tanto, la felicidad de los herederos del Antiguo Testamento, que como un gran bien pidieron al Señor su Dios, mereció recibir esta ley en su oculta providencia, que parece recitar Moisés: Las cosas que se tienen por nada, serán sus años. Porque se tienen por nada, las que antes de que vengan, aún no son; cuando vienen, ya no serán: pues no vienen para estar presentes, sino para no estar. Por la mañana, es decir, antes, como la hierba pase, por la mañana florezca, y pase; por la tarde, es decir, después, caiga, se endurezca, y se seque. Caiga, ciertamente en la muerte; se endurezca, en el cadáver; se seque en el polvo. ¿Qué, sino la carne, donde está la concupiscencia condenada de los carnales? Porque toda carne es heno, y la gloria del hombre como la flor del heno: el heno se secó, la flor cayó; pero la palabra del Señor permanece para siempre (Isai. XL, 6, 8).

7. [vers. 7.] No ocultando que este castigo vino por el pecado, inmediatamente añadió: Porque hemos desfallecido en tu ira, y en tu indignación hemos sido turbados. Hemos desfallecido, en la debilidad; hemos sido turbados, por el temor de la muerte. Pues nos hemos vuelto débiles, y tememos terminar con la debilidad. Otro te ceñirá, dice, y te llevará a donde no quieras (Juan XXI, 18); aunque no para ser castigado con el martirio, sino para ser coronado: y el alma del mismo Señor, transformándonos en sí, estaba triste hasta la muerte (Mateo XXVI, 38); porque también la salida del Señor no fue sino de muerte (Salmo LXVII, 21).

8. [vers. 8.] Has puesto nuestras iniquidades ante ti: es decir, no las has disimulado. Nuestro tiempo en la iluminación de tu rostro: se sobreentiende, has puesto. En la iluminación de tu rostro dijo, lo que antes, ante ti, y nuestro tiempo, lo que antes, nuestras iniquidades.

9. [vers. 9, 10.] Porque todos nuestros días han desfallecido, y en tu ira hemos desfallecido. En estas palabras se muestra suficientemente que esta mortalidad es penal. Dice que los días han desfallecido, ya sea porque en ellos desfallecen los hombres amando lo que pasa, ya sea porque han sido reducidos a pocos; lo cual parece aclarar en lo que sigue, cuando dice: «Los años de nuestros días en ellos son setenta años: si en los poderosos, ochenta años, y el resto de ellos es trabajo y dolor.» Estas palabras parecen expresar la brevedad y miseria de esta vida; porque en este tiempo se llaman longevos incluso a los que han vivido setenta años. Hasta ochenta parecen tener alguna fuerza: pero si viven más allá, viven con trabajos y dolores multiplicados. Pero muchos incluso dentro de los setenta años llevan una vejez muy débil y penosa, y a menudo se ha comprobado que los ancianos más allá de los ochenta años vigorizan maravillosamente. Es mejor, por tanto, buscar algo espiritual en estos números. Pues no hay mayor ira de Dios sobre los hijos de Adán, por quien un hombre introdujo el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte, y así la muerte pasó a todos los hombres (Rom. V, 12), porque viven mucho más brevemente que los antiguos; cuando también la longitud de sus vidas fue ridiculizada, donde mil años se compararon con el día de ayer y pasado, y con tres horas: y ciertamente vivían mucho entonces, cuando provocaron la ira de Dios hasta el diluvio en el que perecieron.

10. Setenta años y ochenta, suman ciento cincuenta; número que este libro de los Salmos insinúa suficientemente como sagrado. Pues tienen en significado la misma razón ciento cincuenta que quince: número que se forma uniendo siete y ocho; el primero insinúa el Antiguo Testamento por la observancia del sábado, el segundo el Nuevo Testamento por la resurrección del Señor. De aquí son en el templo quince grados; de aquí son en los Salmos quince cánticos de grados; de aquí el agua del diluvio superó quince codos los montes más

altos (Gén. VII, 20); y si en otros lugares se recomienda este número sagrado. Por tanto, dice, Nuestros años, como la araña meditaban. En cosas corruptibles trabajamos, tejíamos obras corruptibles: que no nos cubrían, según el profeta Isaías (Isaías LIX, 6). Los días de nuestros años en ellos setenta años: si en los poderosos ochenta años. Otra cosa es en ellos, otra en los poderosos. En ellos, es decir, en los mismos años o días que se da a entender en las cosas temporales: por eso setenta; porque las cosas temporales parecen prometerse en el Antiguo Testamento. Pero si, no en los mismos años, sino en los poderosos, es decir, no en las cosas temporales, sino en las eternas, ochenta años; lo que el Nuevo Testamento es en esperanza de renovación y resurrección para siempre: y el resto de ellos es trabajo y dolor; es decir, quien transgrede esta fe y busca algo más, encuentra trabajos y dolores. También puede entenderse así: Porque aunque estemos constituidos en el Nuevo Testamento, que el número ochenta significa, esta vida nuestra tiene más trabajo y dolor, mientras gemimos en nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo: porque en esperanza fuimos salvados; y lo que aún no vemos, lo esperamos con paciencia (Rom. VIII, 23-25). Y esto pertenece a la misericordia de Dios: de donde sigue, y dice, Porque sobrevino sobre nosotros la mansedumbre, y seremos corregidos. Porque el Señor corrige a quien ama; y azota a todo hijo que recibe (Hebr. XII, 6): y da también a algunos grandes un aguijón en la carne, para que sean abofeteados, no se ensalcen en la magnitud de sus revelaciones, para que la virtud se perfeccione en la debilidad (II Cor. XII, 7, 9). Algunos códices ciertamente no tienen, seremos corregidos; sino seremos instruidos, lo cual se refiere a la misma mansedumbre. Pues nadie puede ser instruido sin trabajo y dolor; porque la virtud se perfecciona en la debilidad.

11. [vers. 11, 12]. ¿Quién conoce el poder de tu ira, y por tu temor contar tu ira? Muy pocos hombres, dice, conocen el poder de tu ira; porque a muchos más, cuando perdonas, te enojas, de modo que el trabajo y el dolor, con los que corriges e instruyes a los que amas, se entiende que pertenecen no a la ira, sino más bien a tu mansedumbre, para que no sean torturados con penas eternas: como se lee en otro salmo, El pecador irritó al Señor; por la magnitud de su ira no buscará (Salmo X, 4). ¿Quién entonces conoce, es decir, cuántos se encuentran que conocen el poder de tu ira, y por tu temor contar tu ira? También aquí se sobreentiende, ¿quién conoce? Qué difícil es encontrar quien sepa contar tu ira por tu temor, de modo que también añada esto, y entienda que pertenece a ella, que a algunos, a quienes más te enojas, pareces perdonar, para que el pecador prospere en su camino, y reciba mayores cosas al final. Porque el poder de la ira humana, cuando ha matado el cuerpo, no tiene más que hacer; pero Dios tiene el poder de castigar aquí, y después de la muerte del cuerpo enviar al infierno (Mateo X, 28). Y por pocos eruditos se entiende que su mayor ira es la vana y seductora felicidad de los impíos. Esto no lo conocía aquel cuyos pies casi se movieron, porque envidió a los pecadores, viendo la paz de los pecadores: pero lo aprendió, cuando entró en el santuario de Dios, y entendió al final (Salmo LXXII, 2, 3, 17); donde pocos entran, para aprender a contar su ira por el temor de Dios, y aplicar la prosperidad de los hombres malos al número de los castigos.

12. Haz así conocida tu diestra. Pues así lo tienen más los códices griegos; no como algunos latinos, Hazme conocida tu diestra. ¿Qué es entonces, Haz así conocida tu diestra; sino a tu Cristo, de quien se dijo, ¿Y a quién se ha revelado el brazo del Señor? (Isaías LIII, 1), hazlo así conocido, para que en él tus fieles aprendan a pedir y esperar de ti más bien las recompensas de la fe que no aparecen en el Antiguo Testamento, sino que se revelan en el Nuevo; para que no piensen que la felicidad de los bienes terrenales y temporales debe ser tenida y deseada o amada por mucho, y se conmuevan sus pies, cuando la vean también en aquellos que no te adoran; y sus pasos se derramen en caída, mientras no saben contar tu ira.

Finalmente, según esta oración de su hombre, así hizo conocido a su Cristo, para que con sus pasiones demostrara, no esos dones que parecen sonar en el Antiguo Testamento, donde están las sombras de lo por venir, sino que los eternos deben ser deseados. En este sentido también puede entenderse la diestra de Dios, en la que separará a sus justos de los impíos: porque también ella se hace bien conocida así, cuando azota a todo hijo que recibe, y no permite que prospere en sus pecados más enojándose, sino que en mansedumbre, con la izquierda azota, para que corregido lo ponga a la derecha (Mateo XXV, 32, 33). Y aquello que muchos códices tienen, Hazme conocida tu diestra, puede referirse tanto a Cristo, como a la felicidad eterna: pues Dios no tiene una diestra de forma corporal, como tampoco una ira turbulenta por conmociones.

13. Lo que añade, Y a los atados de corazón en sabiduría: otros códices no tienen, atados, sino, instruidos. Pues la palabra griega suena así en ambas significaciones de manera similar, que una sílaba difiere un poco. Pero cuando aquellos son instruidos en sabiduría, que ponen, como está escrito, el pie en sus grilletes (Eclesiástico VI, 25) (no el pie del cuerpo, sino el pie del corazón), y atados con sus cadenas de oro no se desvían del camino de Dios, ni se hacen fugitivos de él; cualquiera de estas lecturas se conserve, la sentencia de la verdad está a salvo. Pues también a los atados, o instruidos de corazón en sabiduría, Dios los hizo así conocidos en el Nuevo Testamento, para que por la fe que la impiedad de los judíos y gentiles detestaba, despreciaran todo; y se dejaran privar de aquellas cosas que quienes juzgan carnalmente consideran grandes promesas en el Antiguo Testamento.

14. [vers. 13.] Y porque cuando así se hicieron conocidos, para que despreciaran aquellas cosas, y dieran testimonio de las eternas deseables por sus pasiones (de donde también se les llamó testigos; pues así en griego se les llama mártires), soportaron muchas y muy malas y amargas cosas temporales; esto lo atendió este hombre de Dios, y el espíritu profético figurado por el nombre de Moisés, y dijo: Vuélvete, Señor; ¿hasta cuándo? y sé propicio a tus siervos. Es la voz de ellos, o por ellos, que soportando muchos males, perseguidos por este mundo, se hacen conocidos atados de corazón en sabiduría, para que ni coaccionados por tantos males huyan del Señor hacia los bienes de este mundo. Según aquello que está escrito en otro lugar, ¿Hasta cuándo apartarás tu rostro de mí? (Salmo XII, 1). También esto se dijo, Vuélvete, Señor; ¿hasta cuándo? Y para que sepan quienes atribuyen carnalmente demasiado a Dios la forma de un cuerpo humano, que el apartamiento de su rostro y su conversión no se hacen con un movimiento similar a los movimientos de nuestro cuerpo; en este mismo salmo recuerden lo anterior: Has puesto nuestras iniquidades ante ti, nuestro tiempo en la iluminación de tu rostro. ¿Cómo entonces aquí dice, Vuélvete, para que seas propicio, como si hubiera apartado su rostro enojado; cuando allí insinúa así enojado, que no apartó su rostro de las iniquidades y del tiempo de aquellos a quienes se enojaría, sino que más bien las puso ante su vista y en la iluminación de su rostro? Pero lo que se dice, ¿hasta cuándo?, es palabra de justicia orante, no de impaciencia indignada. Ciertamente lo que aquí se ha puesto, sé propicio; otros han interpretado palabra por palabra, intercede. Pero quien dice, sé propicio, evitó lo ambiguo; porque interceder es un verbo común: pues tanto intercede quien ofrece una súplica, como aquel a quien se ofrece; decimos, Te intercedo, y, intercedo de ti.

15. [vers. 14, 15.] Luego anticipando en esperanza aquellos bienes que serán, y como si ya fueran hechos: Hemos sido llenados, dice, por la mañana de tu misericordia. Por tanto, en estos trabajos y dolores nocturnos la profecía nos ha sido encendida, como una lámpara en un lugar oscuro, hasta que el día amanezca, y el lucero de la mañana surja en nuestros corazones (II Pedro I, 19). Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios. Entonces serán llenados con ese bien los justos, que ahora tienen hambre y sed (Mateo V, 8, 6), mientras caminando por la fe peregrinan del Señor (II Cor. V, 6). De donde también se dice,

Me llenarás de alegría con tu rostro (Salmo XV, 11). Por la mañana estarán y contemplarán (Salmo V, 5); y, como dijeron otros intérpretes, Hemos sido saciados por la mañana de tu misericordia, entonces serán saciados: como en otro lugar dice, Seré saciado, cuando se manifieste tu gloria (Salmo XVI, 15). De donde se dice, Muéstranos al Padre, y nos basta; y el mismo Señor dice, Me manifestaré a él (Juan XIV, 8, 21): lo cual hasta que se haga, nada bueno nos basta; ni debe bastar, para que nuestro deseo no se quede en el camino, que hasta que llegue debe extenderse. Hemos sido llenados por la mañana de tu misericordia; y hemos exultado, y nos hemos alegrado en todos nuestros días. Ese día es un día sin fin. Son todos esos días juntos; por eso sacian. Pues no ceden a los que suceden, donde no hay algo que no sea viniendo aún, y viniendo ya no sea. Todos son juntos, porque es uno que permanece y no pasa: esa es la eternidad. Estos son los días de los que se dice: ¿Quién es el hombre que desea la vida, y ama ver días buenos? (Salmo XXXIII, 13). Estos días y en otro lugar se llaman años, donde se dice a Dios: Pero tú eres el mismo, y tus años no fallarán. Pues no son años que se tienen por nada, o días que como sombra declinan (Salmo CI, 28, 12): sino días que son, cuyo número pedía hacerse conocido quien decía, Hazme conocer, Señor, mi fin (al cual llegando permanezca, y nada más ya requiera), y el número de mis días que es; ciertamente que es, no que no es. Porque estos días, de los que allí también dice consecuentemente, He aquí has puesto mis días antiguos (Salmo XXXVIII, 5, 6), no son, porque no permanecen, no duran, con rapidísima mutabilidad transcurren; ni una hora en ellos se encuentra en la que estemos así, que no haya pasado otra parte de ella, otra esté por venir, ninguna se detenga para ser. Pero aquellos años y días no fallan, en los que tampoco fallaremos, sino que sin fallo seremos renovados. Que nuestra alma arda con el deseo de esos días, que arda sedienta ardiente y vehementemente; para que allí seamos llenados, allí seamos saciados, allí digamos lo que aquí predicamos: Hemos sido saciados por la mañana de tu misericordia; y hemos exultado, y nos hemos alegrado en todos nuestros días. Nos hemos alegrado por los días en que nos humillaste, los años en que vimos males.

16. [vers. 16.] Pero ahora en los días aún malignos digamos lo que sigue: Y mira a tus siervos, y a tus obras. Pues esos mismos siervos tuyos son tus obras, no solo para que sean hombres, sino también para que sean tus siervos, es decir, obedientes a tus mandatos. Pues somos su hechura, no solo en Adán, sino también creados en Cristo Jesús, en buenas obras, que Dios preparó para que andemos en ellas (Efes. II, 10). Pues Dios es quien obra en nosotros tanto el querer como el hacer, por su buena voluntad (Filip. II, 13). Y dirige a sus hijos: para que sean rectos de corazón, a quienes Dios es bueno. Pues Dios es bueno para con Israel, pero para con los rectos de corazón. No como aquel a quien se movieron los pies, porque al ver la paz de los pecadores comenzó a desagradarle Dios, como si no supiera estas cosas, como si no las cuidara, y disimulara del gobierno del género humano (Salmo LXXII, 1-14).

17. [vers. 17.] Y sea el esplendor del Señor nuestro Dios sobre nosotros. De donde se dice, Ha sido sellada sobre nosotros la luz de tu rostro, Señor (Salmo IV, 7). Y dirige las obras de nuestras manos sobre nosotros: para que no las hagamos por la recompensa de cosas terrenales; entonces no son rectas, sino curvas. Hasta aquí muchos códices tienen este salmo; pero en algunos se lee otro último verso, Y dirige la obra de nuestras manos. A este verso los diligentes y doctos le ponen una estrella, que llaman asteriscos, con los que significan aquellas cosas que se encuentran en hebreo o en otros intérpretes griegos, pero no están en la interpretación de los Setenta. Si queremos exponer este verso, me parece que tiene el sentido de que todas nuestras buenas obras, son una obra de caridad: pues la plenitud de la Ley es la caridad (Rom. XIII, 10). Pues en el verso anterior cuando dijo, Y dirige las obras de nuestras manos sobre nosotros; en este último no dijo obras, sino obra de nuestras manos dirige: como

queriendo mostrar en el último verso que esas obras son una sola obra, es decir, dirigirse a una sola obra. Entonces las obras son rectas, cuando se dirigen a este único fin: pues el fin del mandamiento es la caridad de un corazón puro, y de una buena conciencia, y de una fe no fingida (I Tim. I, 5). Por tanto, la obra es una, en la que están todas, la fe que obra por el amor (Gál. V, 6): de donde también el Señor en el Evangelio dice, Esta es la obra de Dios, que creáis en aquel que él envió (Juan VI, 29). Pues en este salmo, tanto la vida antigua como la nueva, y la vida mortal y la vital, y los años que se tienen por nada y los días que tienen la plenitud de la misericordia y la verdadera alegría, es decir, tanto el castigo del primer hombre como el reino del segundo, están suficientemente y claramente distinguidos; creo que el nombre del hombre de Dios Moisés está inscrito en su título, para que a aquellos que investigan piadosa y correctamente las Escrituras, de ese modo se les insinuara que también la ley de Dios, que fue ministrada por Moisés, donde por las buenas obras Dios parece prometer solo o casi solo las recompensas de los bienes terrenales, sin duda tiene bajo el velo algo como lo que este salmo muestra. Pero cuando alguien haya pasado a Cristo, se quitará el velo (II Cor. III, 16), y se revelarán sus ojos, para que considere las maravillas de la ley de Dios; por aquel que da a quien decimos, Revela mis ojos, y consideraré las maravillas de tu ley (Salmo CXVIII, 18).

EN EL SALMO XC EXPLICACIÓN.

SERMON I.

1. Este salmo es aquel con el que el diablo se atrevió a tentar a nuestro Señor Jesucristo. Escuchemos, pues, para que, instruidos, podamos resistir al tentador, no confiando en nosotros mismos, sino en aquel que fue tentado antes, para que no seamos vencidos en la tentación. Para Él, la tentación no era necesaria: la tentación de Cristo es nuestra enseñanza. Si atendemos a lo que respondió al diablo, para que también nosotros respondamos de igual manera cuando seamos tentados; entramos por la puerta, como escuchasteis en la lectura del Evangelio. ¿Qué significa entrar por la puerta? Entrar por Cristo. Él mismo dijo: Yo soy la puerta (Juan X, 7). ¿Y qué significa entrar por Cristo? Imitar los caminos de Cristo. ¿En qué hemos de imitar los caminos de Cristo? ¿Acaso en la magnificencia con la que Dios estaba en la carne? ¿O nos exhorta a esto, o nos exige que hagamos milagros como los que Él hizo? ¿O acaso nuestro Señor Jesucristo no gobierna ahora y siempre con el Padre todo el mundo? ¿Y acaso llama al hombre a ser su imitador para que gobierne con Él el cielo y la tierra, y todo lo que hay en ellos; o para que sea también creador, por quien se hagan todas las cosas, como por Cristo fueron hechas todas las cosas? No te invita Dios, nuestro Salvador, el Señor Jesucristo, a estas obras que hizo desde el principio, de las cuales está escrito: Todas las cosas fueron hechas por Él (Juan I, 3), ni a aquellas que hizo en la tierra. No te dice esto: No serás mi discípulo, a menos que camines sobre el mar (Mateo XIV, 25), o a menos que resucites a un muerto de cuatro días (Juan XI, 38-44), o a menos que abras los ojos del ciego de nacimiento (Juan IX, 1-7). No es esto. ¿Qué es entonces entrar por la puerta? Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón (Mateo XI, 29). Lo que se hizo por ti, eso debes atender en Él, para imitarlo. Pues los milagros los hizo incluso antes de nacer de María: ¿quién más los hizo, sino Él de quien se dijo: Él solo hace maravillas grandes (Salmo LXXI, 18)? En su virtud, y antes, quienes hicieron algo, pudieron hacerlo: en la virtud de Cristo, Elías resucitó a un muerto (III Reyes XVII, 22). ¿Acaso es mayor Pedro que Cristo, porque Cristo resucitó al enfermo con su voz (Juan V, 5-9), mientras que a Pedro, cuando pasaba, sacaban a los enfermos para que su sombra los tocara (Hechos V, 15)? ¿Es entonces Pedro más poderoso que Cristo? ¿Quién diría esto, siendo el más demente? ¿Por qué entonces tanto poder en Pedro? Porque Cristo estaba en Pedro. Por eso dijo: Todos los que vinieron, son

ladrones y salteadores (Juan X, 8): es decir, los que vinieron por su propia voluntad, no fueron enviados por mí, los que vinieron sin mí, en quienes yo no estuve, a quienes yo no introduje. Por tanto, todos los milagros que se hicieron, ya sea por los que precedieron, ya sea por los que siguieron, el mismo Señor los hizo, quien los hizo también en su presencia. No te exhorta, pues, a esos milagros que Él hizo incluso antes de ser hombre: ¿a qué te exhorta entonces? A que imites lo que no podría hacer, si no se hubiera hecho hombre. Pues soportar pasiones, ¿acaso podría hacerlo si no fuera hombre? Morir y ser crucificado y humillarse no podría hacerlo si no fuera hombre. Así, pues, cuando padezcas las molestias de este siglo, que hace el diablo, ya sea abiertamente por medio de los hombres, ya sea ocultamente como Job, sé fuerte, sé tolerante; habitando en el auxilio del Altísimo, como dice este salmo: porque si te alejas del auxilio del Altísimo, no pudiendo ayudarte a ti mismo, caerás.

2. Muchos son fuertes cuando sufren persecución de los hombres, y los ven abiertamente ensañarse contra ellos; y piensan que entonces imitan las pasiones de Cristo, si los hombres los persiguen abiertamente: pero si son heridos por la persecución oculta del diablo, piensan que no serán coronados por Cristo. No temas cuando imitas a Cristo. Pues cuando el diablo tentó al Señor, no había ningún hombre en el desierto, lo tentó ocultamente; pero fue vencido, y abiertamente enfurecido fue vencido (Mateo IV, 1-11). Haz tú lo mismo, si quieres entrar por la puerta, cuando el enemigo tienta ocultamente, cuando solicita al hombre para que le haga daño a través de molestias corporales, fiebres, enfermedades, trabajos del cuerpo, como trabajó Job. No veía al diablo, pero entendía el poder de Dios. Sabía que el diablo no podía hacerle nada, a menos que se lo permitiera aquel cuya es la suma potestad: daba toda la gloria a Dios, no daba poder al diablo. Pues cuando el diablo le quitó todo, dijo: El Señor dio, el Señor quitó. No dijo, el Señor dio, el diablo quitó: porque el diablo no habría quitado nada, si el Señor no lo hubiera permitido. Pero el Señor permitió para que el hombre fuera probado, el diablo vencido. Y cuando lo golpeó con una plaga, Él lo permitió. Pues cuando desde la cabeza hasta los pies fluía en putrefacción de gusanos, ni entonces concedió Job ningún poder al diablo: pero cuando su esposa, a quien el diablo había dejado sola, no como consoladora del marido, sino como ayudante suya, le sugirió y le dijo: Di alguna palabra contra Dios, y muere; le respondió: Has hablado como una de las mujeres insensatas: si recibimos el bien de la mano de Dios, ¿no soportaremos el mal? (Job II, 9-10).

3. [vers. 1, 2.] Así pues, quien imita a Cristo de tal manera que soporta todas las molestias de este siglo, su esperanza esté en Dios, para que no sea atrapado por la seducción, ni quebrantado por el miedo, él es quien habita en el auxilio del Altísimo, y morará en la protección del Dios del cielo: como habéis escuchado el salmo, y lo habéis cantado; pues de ahí comienza el Salmo. Con qué palabras tentó el diablo al Señor, cuando lleguemos a ellas, lo reconoceréis: pues son conocidas. Dirá al Señor: Tú eres mi protector, y mi refugio, mi Dios. ¿Quién dice esto al Señor? Quien habita en el auxilio del Altísimo. ¿Quién es quien habita en el auxilio del Altísimo? Quien no habita en su propio auxilio. ¿Quién es quien habita en el auxilio del Altísimo? Quien no es soberbio, como aquellos que comieron para ser como dioses, y perdieron lo que eran hechos hombres inmortales. Pues quisieron habitar en su propio auxilio, no en el auxilio del Altísimo: por eso escucharon la sugerencia de la serpiente, despreciaron el precepto de Dios; y encontraron que les sucedió lo que Dios había amenazado, no lo que el diablo había prometido (Génesis III).

4. [vers. 3.] Así que tú también di: Esperaré en Él; porque Él me librará, no yo a mí mismo. Mira si enseña algo diferente, sino que toda nuestra esperanza no esté en nosotros, no esté en el hombre. ¿De qué te librará? De la trampa de los cazadores, y de la palabra áspera. De la trampa de los cazadores, es algo grande: de la palabra áspera, ¿qué es grande? Muchos han caído en la trampa de los cazadores por la palabra áspera. ¿Qué es lo que digo? El diablo y

sus ángeles tienden trampas, como cazadores tienden trampas; y los hombres que caminan en Cristo caminan lejos de esas trampas: pues no se atreve a tender una trampa en Cristo; la pone cerca del camino, no en el camino. Pero que tu camino sea Cristo, y no caerás en la trampa del diablo. Al desviarse del camino, ya está la trampa. Aquí y allá pone lazos, aquí y allá pone la trampa; caminas entre los lazos. Pero, ¿quieres caminar seguro? No te desvíes ni a la derecha ni a la izquierda; y que tu camino sea aquel que se hizo camino para ti (Juan XIV, 6), para que te lleve a sí mismo por sí mismo; y no temerás los lazos de los cazadores. Pero, ¿qué es, de la palabra áspera? A muchos el diablo los ha enviado a la trampa por la palabra áspera: por ejemplo, quienes quisieron ser cristianos entre los paganos, sufren insultos de los paganos; se avergüenzan entre los insultadores, y al apartarse de la palabra áspera, caen en los lazos de los cazadores. ¿Y qué te hará la palabra áspera? Nada. ¿Acaso no te hará nada el lazo, al que te empuja el enemigo por la palabra áspera? Así como a menudo se tienden redes, se tienden a la cabeza de la cerca para las aves, y se lanzan piedras a la cerca: esas piedras no harán nada a las aves. ¿Cuándo hiere al ave quien lanza la piedra a la cerca? Pero el ave, temiendo el sonido vacío, cae en las redes: así los hombres, temiendo las palabras insultantes y vanas, y avergonzándose de los insultos superfluos, caen en los lazos de los cazadores, y son capturados por el diablo. Pero, ¿por qué no digo, hermanos, lo que no debe callarse, lo que Dios me obliga a decir? Como sea que lo toméis, Dios me obliga a decirlo; y si no lo digo, yo caigo en los lazos de los cazadores: pues si temo las detracciones de los hombres, para no decirlo; yo mismo caigo en los lazos de los cazadores por la palabra áspera, que os aconsejo que no temáis las palabras de los hombres. ¿Qué es, pues, lo que voy a decir? Así como entre los paganos quien sea cristiano, escucha palabras ásperas de los paganos, y si se avergüenza, cae en la trampa de los cazadores: así entre los cristianos quienes quieran ser más diligentes y mejores, escucharán insultos de los mismos cristianos. ¿Y de qué sirve, hermano, que a veces encuentres una ciudad donde no hay ningún pagano? Nadie allí insulta al cristiano por ser cristiano, porque no se encuentra allí ningún pagano: pero hay muchos cristianos que viven mal, entre los cuales quien quiera vivir bien, y ser sobrio entre los borrachos, y casto entre los fornicarios, y adorar sinceramente a Dios entre los consultores de astrólogos y no buscar nada de eso, y no querer ir a ningún lugar sino a la iglesia entre los espectadores de teatros vanos, sufre insultos de esos mismos cristianos, y sufre palabras ásperas; y dicen, Grande tú, justo, tú eres Elías, tú eres Pedro, viniste del cielo. Insultan; dondequiera que se vuelva, escucha aquí y allá la palabra áspera. Y si teme y se aparta del camino de Cristo, cae en los lazos de los cazadores. Pero, ¿cómo cuando se escuchan estas palabras, no se aparta del camino? ¿Qué es, no apartarse del camino? Cuando escucha palabras ásperas, ¿de dónde ha de sacar consuelo, para no preocuparse por las palabras ásperas, ni apartarse del camino, y entrar por la puerta? Diga: ¿qué palabras escucho, siervo, pecador? Mi Señor escuchó: Tienes demonio (Juan VIII, 48). Ahora escuchasteis la palabra áspera que se dijo al Señor: no era necesario que el Señor escuchara esto, pero te advirtió contra las palabras ásperas para que no caigas en los lazos de los cazadores.

5. [vers. 4.] Te cubrirá con sus plumas, y bajo sus alas confiarás. Esto dice, para que tu protección no sea de ti mismo, para que no pienses que puedes protegerte a ti mismo: Él te protegerá, para librarte; y te librará de la trampa de los cazadores, y de la palabra áspera. Te cubrirá con sus plumas, y puedes entenderlo desde la espalda, y desde el pecho: pues las plumas están alrededor de la cabeza. Pero porque dice, bajo sus alas confiarás, es evidente que la protección de las alas extendidas te hace estar entre las plumas de Dios, para que las alas de Dios te pongan en medio: y no temerás que nadie te haga daño; solo no te apartes de allí, donde ningún enemigo se atreve a acercarse. Si la gallina protege a sus polluelos bajo sus alas; cuánto más estarás seguro bajo las alas de Dios, y contra el diablo y sus ángeles, que como gavilanes vuelan alrededor, para llevarse al polluelo débil. Pues no sin razón se

compara la gallina con la Sabiduría de Dios; pues Cristo mismo, nuestro Señor y Salvador, se dijo como una gallina: Jerusalén, Jerusalén, cuántas veces quise reunir a tus hijos, como la gallina a sus polluelos, y no quisiste (Mateo XXIII, 37). Aquella Jerusalén no quiso; queramos nosotros. Aquella fue arrebatada por las potestades aéreas huyendo de las alas de la gallina, presumiendo de sus fuerzas, siendo débil: nosotros confesando nuestra debilidad, huyamos bajo las alas de Dios; pues será para nosotros como una gallina protegiendo a sus polluelos. Pues no es un nombre injurioso el de gallina. Observad las demás aves, hermanos: muchas aves incuban antes que nosotros, calientan a sus polluelos; ninguna ave se debilita tanto con sus polluelos como la gallina. Observad, caridad vuestra: vemos golondrinas, gorriones y cigüeñas fuera de sus nidos, y no sabemos si tienen crías; pero a la gallina la reconocemos en la debilidad de su voz, en la relajación de sus plumas: toda se transforma por el afecto a sus polluelos; porque ellos son débiles, se hace débil. Porque nosotros éramos débiles, la Sabiduría de Dios se hizo débil; pues el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (Juan I, 14), para que bajo sus alas confiemos.

6. [vers. 5, 6.] Su verdad te rodeará como un escudo. Lo que son las alas, esto es el escudo; pues ni son alas, ni es escudo. Si algo de esto fuera propio, ¿acaso las alas podrían ser escudo, o el escudo alas? Pero porque figuradamente todas estas cosas pueden decirse por similitudes, por eso pudieron ser alas y escudo. Si Cristo fuera verdaderamente una piedra, no sería león; y si fuera león, no sería cordero: por eso es león (Apocalipsis V, 5), y cordero (Juan I, 29), y piedra (Hechos IV, 10, 11), y becerro, y si algo de este tipo; porque ni piedra, ni león, ni cordero, ni becerro, sino el salvador de todos, Jesucristo. Pues estas son similitudes, no propiedades. Su verdad, dice, te rodeará como un escudo. Como un escudo es su verdad; para que no mezcle a los que confían en sí mismos, con los que confían en Dios. Pecador es, y pecador: pero da al pecador que presume de sí mismo, que desprecia, que no confiesa sus pecados, y dirá: Si mis pecados desagradan a Dios, no me permitiría vivir. Pero otro no se atrevía a levantar los ojos, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: Señor, ten piedad de mí, pecador (Lucas XVIII, 13). Y aquel pecador, y aquel: pero aquel burlador, este lloroso; aquel despreciador, este confesor de sus pecados. Pero la verdad de Dios, que no acepta personas, distingue al penitente del defensor, distingue al humilde del soberbio, distingue al que presume de sí mismo del que presume de Dios. Por tanto, su verdad te rodeará como un escudo.

7. No temerás el terror nocturno, la flecha que vuela de día, el negocio que camina en las tinieblas, la ruina y el demonio del mediodía. A los dos que dijo antes, se corresponden los dos que dijo después. No temerás el terror nocturno, la flecha que vuela de día: y por el terror nocturno, el negocio que camina en las tinieblas; y por la flecha que vuela de día, la ruina y el demonio del mediodía. ¿Qué es temer en la noche, y qué en el día? Cuando alguien peca ignorante, peca como en la noche: pero cuando peca sabiendo, peca como en el día. Esos dos, pues, más leves; son los mismos más graves, que se repiten. Prestad atención, para que esto, si el Señor lo concede, se os explique diligentemente: pues es oscuro, y será gran fruto si lo entendéis. La tentación que se hace en los ignorantes es leve, la llamó terror nocturno; y la tentación que se hace en los sabios es leve, la llamó flecha que vuela de día. ¿Cuáles son las tentaciones leves? Las que no insisten tanto, no urgen tanto, que obliguen, sino que pueden pasar rápidamente si se evitan. Haz las mismas de nuevo graves. Si el perseguidor insiste, y aterroriza vehementemente a los ignorantes, es decir, a los que aún no están firmes en la fe, ni saben que para esto son cristianos, para esperar la vida futura; cuando comienzan a temer por los males temporales, piensan que Cristo los ha abandonado, y que son cristianos en vano; pues no saben, como dije, que para esto son cristianos, para superar lo presente, y esperar lo futuro: los encuentra el negocio que camina en las tinieblas, y los atrapa. Pero hay algunos

que saben que han sido llamados a la esperanza futura; porque lo que Dios nos prometió, no es de esta tierra, no es de esta vida; porque todas estas tentaciones deben ser soportadas, para que recibamos aquello, adquiramos aquello que Dios nos prometió eternamente; saben esto: pero cuando el perseguidor comienza a insistir más vehementemente, a actuar con amenazas, castigos, tormentos, a veces ceden, y sabiendo caen como en el día.

8. ¿Por qué al mediodía? Porque la persecución es intensa: el mediodía representa el calor más fuerte. Que vuestra Caridad preste atención a las Escrituras que me respaldan. Cuando el Señor hablaba del sembrador que salió a sembrar, y parte de la semilla cayó en el camino, parte en terreno pedregoso, y parte entre espinas; Él mismo se dignó explicar la parábola, y al referirse a las semillas en terreno pedregoso, dijo: Estos son los que oyen la palabra y al momento la reciben con alegría; pero en la tribulación que surge por la palabra, inmediatamente se escandalizan. ¿Qué había dicho sobre las semillas en terreno pedregoso? Al salir el sol, se secaron porque no tenían raíz profunda (Mateo XIII, 3-23). Estos son, por tanto, los que al momento se alegran con la palabra, pero cuando surge la persecución por la palabra, se secan. ¿Por qué se secan? Porque no tenían una raíz firme. ¿Cuál es la raíz? La caridad: esto es lo que dice el Apóstol, Que estéis arraigados y cimentados en el amor (Efesios III, 17). Así como la raíz de todos los males es la avaricia (I Timoteo VI, 10), la raíz de todos los bienes es la caridad. Sabéis esto, y se ha dicho muchas veces: pero, ¿por qué quise recordarlo? Para que entendáis el Salmo, porque el demonio del mediodía se menciona debido al calor de la persecución intensa. Así dice el Señor: Salió el sol, y la hierba se secó porque no tenía raíz. Y al explicarnos qué significa que la hierba se seque por el sol, dijo que cuando se produce la persecución, no permanecen porque no tenían una raíz profunda. Correctamente entendemos aquí el demonio del mediodía como una persecución intensa. Recordemos, hermanos, qué tipo de persecución fue aquella de la que el Señor liberó a su Iglesia, y que vuestra Caridad se digne prestar atención. Primero, los emperadores y reyes del mundo pensaron que persiguiendo podrían eliminar de la tierra el nombre de Cristo y de los cristianos, ordenaron que cualquiera que se confesara cristiano fuera ejecutado. Quien no quiso ser ejecutado, negó ser cristiano, sabiendo el mal que hacía; fue alcanzado por la flecha que vuela de día. Pero quien no se preocupó por la vida presente, sino que con certeza esperó la futura, evitó la flecha que vuela de día, confesó ser cristiano: golpeado en la carne, fue liberado en el espíritu; comenzó a esperar, estando con Dios en reposo, también la redención de su cuerpo en la resurrección de los muertos: escapó de esa tentación, de la flecha que vuela de día. Por tanto, quien se confesó cristiano, fue ejecutado; así fue la flecha que vuela de día. Aún no era el demonio del mediodía, que arde con una persecución intensa, y que causa gran calor incluso a los fuertes. Escuchad lo que siguió: cuando los enemigos vieron que muchos se apresuraban al martirio, y que cuanto más sufrían, más creían en Cristo, dijeron entre sí: Vamos a exterminar a la humanidad, a los miles que creen en este nombre, si matamos a todos, casi nadie quedará en la tierra. Comenzó a arder el sol, comenzó a arder el calor. Escuchad lo que ordenaron: como antes habían ordenado, Quien se confiese cristiano, sea ejecutado; después ordenaron, Quien se confiese cristiano, sea torturado, y sea torturado hasta que niegue ser cristiano. Comparad la flecha que vuela de día con el demonio del mediodía. ¿Qué era la flecha que vuela de día? Quien se confiese cristiano, sea ejecutado. ¿Qué fiel no evitaría esa muerte rápida? Pero aquello, Si se confiesa cristiano, no sea ejecutado; sino torturado hasta que niegue; si niega, sea liberado: era el demonio del mediodía. Muchos, por tanto, que no negaron, desfallecieron en los tormentos; pues eran torturados hasta que negaran. Pero a los que perseveraron sin negar a Cristo, ¿qué podría hacerles la espada, matando el cuerpo de un solo golpe, enviando el alma a Dios? Esto también lo hacían los tormentos prolongados: pero, ¿quién podría resistir tantos y tan largos sufrimientos? Muchos

desfallecieron: y creo que desfallecieron aquellos que confiaron en sí mismos, que no habitaban en el auxilio del Altísimo, y en la protección del Dios del cielo; que no dijeron al Señor, Tú eres mi protector; que no esperaron bajo la sombra de sus alas, sino que confiaron mucho en sus propias fuerzas. Fueron derribados por Dios, para mostrarles que Él es quien protege, Él es quien modera las tentaciones, Él es quien permite que lleguen solo hasta donde puede soportar quien las recibe.

9. [vers. 7.] Muchos, por tanto, cayeron por el demonio del mediodía. ¿Cuántos, queréis saber? Sigue diciendo: Caerán a tu lado mil, y diez mil a tu derecha: pero a ti no se acercará. ¿A quién se dice esto? ¿A quién, hermanos, sino al Señor Jesucristo? Porque el Señor Jesús, no solo en sí mismo, sino también en nosotros. Recordad aquellas palabras: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? (Hechos IX, 4). Cuando nadie lo tocaba, y decía, ¿Por qué me persigues? ¿acaso no se contaba a sí mismo en nosotros? Cuando decía, Quien lo hizo a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hizo (Mateo XXV, 40); ¿acaso no se contaba a sí mismo en nosotros? Porque no están divididos entre sí los miembros, la cabeza y el cuerpo. ¿Qué es la cabeza y el cuerpo? El Salvador y la Iglesia. ¿Cómo, entonces, se dijo, Caerán a tu lado mil, y diez mil a tu derecha? Caerán por el demonio del mediodía. Gran terror, hermanos, caer del lado de Cristo, caer de la derecha de Cristo. ¿Cómo caerán del lado? ¿Por qué unos del lado, otros de la derecha? ¿Por qué mil del lado, y diez mil de la derecha? ¿Qué significa, del lado mil? Porque son menos mil que los diez mil que caerán de la derecha. ¿Quiénes son estos? Ahora será claro en el nombre de Cristo, ahora será evidente. A algunos Cristo les prometió que juzgarían con Él; a los Apóstoles, por supuesto, que dejaron todo y lo siguieron. Pues Pedro le dijo, He aquí, nosotros hemos dejado todo y te hemos seguido; y les prometió esto, Os sentaréis sobre doce tronos, juzgando a las doce tribus de Israel (Mateo XIX, 27, 28). No penséis que el Señor prometió esto solo a ellos. ¿Dónde se sentará el apóstol Pablo, que trabajó más que todos ellos (I Corintios XV, 10), si solo se sentarán allí doce? Porque él es el decimotercero. Pues de los doce cayó Judas; y en lugar de Judas el traidor fue ordenado Matías: lo leemos en los Hechos de los Apóstoles (Hechos I, 15-26). Se completaron los doce tronos. ¿No se sentará allí quien trabajó más que todos ellos? ¿O los doce tronos son la perfección del tribunal? Porque miles se sentarán en los doce tronos. Pero, ¿cómo me pruebas, dice alguien, que también Pablo estará entre los jueces? Escúchalo decir: ¿No sabéis que juzgaremos a los ángeles? (I Corintios VI, 3). Juzgaremos, dice. Y él no dudó en la presunción, en la que creyó, de contarse a sí mismo entre aquellos que juzgarán con Cristo. Los que juzgarán con Cristo son los príncipes de la Iglesia, son perfectos. A tales les dijo: Si quieres ser perfecto, ve, vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres. ¿Qué significa, Quieres ser perfecto? ¿Quieres juzgar conmigo, y no ser juzgado? Él se fue triste (Mateo XIX, 21, 22); pero muchos lo hicieron, y muchos lo hacen: por tanto, estos juzgarán con Él. Pero muchos se prometen a sí mismos que juzgarán con Cristo, porque dejan todo lo suyo y siguen a Cristo, pero tienen presunción de sí mismos, tienen una cierta arrogancia y orgullo, que solo Dios puede conocer, y no pueden evitar el demonio del mediodía, es decir, la caída por el calor ardiente de una persecución excesiva. Muchos de estos, que en aquel tiempo distribuyeron todo lo suyo a los pobres, y ya se prometían a sí mismos que se sentarían con Cristo y juzgarían a las naciones, al arder el calor de la persecución como por el demonio del mediodía, desfallecieron en los tormentos y negaron a Cristo. Estos son los que cayeron del lado: como si fueran a sentarse con Cristo para juzgar al mundo, cayeron.

10. Ahora diré quiénes caen de la derecha. Sabéis que cuando aparezca ese tribunal, donde con Cristo el Señor juzgarán quienes quisieron ser y verdaderamente fueron perfectos, arraigados y cimentados en la caridad, para no secarse por el sol y el demonio del mediodía,

esto dice el Señor: Se reunirán ante Él todas las naciones, y las separará unas de otras, como el pastor separa las ovejas de los cabritos; y pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a su izquierda; y serán juzgados. Muchos serán los que juzgarán, pero serán menos que aquellos que estarán ante el tribunal: porque aquellos como mil, estos como diez mil. ¿Qué dirá a los que están a la derecha? Tuve hambre, y me disteis de comer; fui forastero, y me acogisteis. Es evidente que esto lo dirá a quienes tienen bienes de este mundo, con los que hacen estas obras humanas. Sin embargo, también ellos reinarán con aquellos: porque aquellos como soldados, estos como provinciales que proveen el sustento, bajo un mismo Emperador tanto el soldado como el provincial están en el reino. El soldado fuerte, el provincial devoto: el soldado fuerte lucha con oraciones contra el diablo, el devoto provincial provee sustento a los soldados. Que vuestra Caridad lo entienda. Y oirán al final los que están a la derecha: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo. Por tanto, en aquel tiempo había muchos, cuando el sol de la persecución ardía intensamente y el demonio del mediodía, que se prometían a sí mismos que juzgarían con Cristo; no pudieron soportar el calor de la persecución, y cayeron de su lado: había allí otros, que no se prometían a sí mismos los asientos de los jueces; pero por sus limosnas se prometían a sí mismos que estarían a la derecha, a quienes Cristo les diría, Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo. Y porque muchos cayeron de esa esperanza de juzgar, muchos y muchos más cayeron de esa esperanza de la derecha, por eso se dijo a Cristo: Caerán a tu lado mil, y diez mil a tu derecha. Y porque muchos estarán con Él, que no se preocuparon por todas esas cosas, con quienes como miembros Cristo es uno: Pero a ti, dice, no se acercará. ¿Acaso lo dijo solo a la cabeza, no se acercará? No, ciertamente; sino tampoco a Pedro, ni a Pablo, ni a todos los Apóstoles, ni a todos los mártires, que no desfallecieron en los tormentos. ¿Cómo, entonces, no se acercará? ¿por qué fueron torturados así? El tormento se acercó a la carne, pero no llegó al lugar de la fe. Por tanto, la fe de ellos estaba lejos del terror de los torturadores. Que torturen, pero no se acercará el terror; que torturen, pero se burlarán del tormento, confiando en aquel que primero venció, para que los demás vencieran. ¿Y quiénes vencen, sino aquellos que no confiaron en sí mismos? Que vuestra Caridad preste atención; porque dijo todo lo anterior para esto. Dirá al Señor, Tú eres mi protector, y mi refugio; y, Esperaré en Él; porque Él me librará del lazo de los cazadores. Él me librará, no yo a mí mismo. Bajo sus alas te protegerá: pero ¿cuándo? Cuando bajo sus alas esperes. Su verdad te rodeará como un escudo. Porque confiaste en Él, y pusiste toda tu esperanza en Él, ¿qué sigue? No temerás el terror nocturno, la flecha que vuela de día, el negocio que camina en las tinieblas, la ruina y el demonio del mediodía. ¿Quién no temerá? Quien no confía en sí mismo, sino en Cristo. Pero quienes confían en sí mismos, aunque ya esperaban para sí el lado de Cristo como si fueran a juzgar, aunque ya esperaban estar a la derecha de Cristo, como si les dijera, Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo; vino el demonio del mediodía, es decir, el calor ardiente de la persecución, aterrando intensamente, y muchos cayeron de la esperanza del asiento judicial, de quienes se dijo, Caerán a tu lado mil; y muchos de la esperanza de la recompensa de sus servicios, de quienes se dijo, Y diez mil a tu derecha. Pero a ti, es decir, a la cabeza y al cuerpo, no se acercará, la ruina y el demonio del mediodía; porque el Señor conoce a los que son suyos (II Timoteo II, 19).

11. [vers. 8.] Sin embargo, con tus ojos considerarás, y verás la retribución de los pecadores. ¿Qué significa esto? ¿por qué sin embargo? Porque se permitió a los impíos enorgullecerse sobre tus siervos, se permitió a los impíos perseguir a tus siervos. ¿Será impune, entonces, para los impíos, porque persiguieron a tus siervos? No será impune. Aunque tú lo permitiste, y más bien tus siervos fueron coronados por ello; Sin embargo, con tus ojos considerarás, y verás la retribución de los pecadores. Porque el mal que quisieron, no el bien que se hizo sin

saberlo, se les retribuirá. Ahora es necesario tener ojos de fe, y ver que se exaltan por un tiempo, y llorarán eternamente; y a quienes se les da poder sobre los siervos de Dios temporalmente, se les dirá: Id al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles (Mateo XXV, 32-41). Pero si alguien tiene ojos, como dijo, con tus ojos considerarás; no es fácil ver al impío floreciendo en este mundo, y tener ojos para él, para considerar con fe lo que sufrirá al final, si no se corrige: porque quienes ahora quieren tronar, después serán fulminados. Sin embargo, con tus ojos considerarás, y verás la retribución de los pecadores.

12. [vers. 9.] Porque tú eres, Señor, mi esperanza. He aquí que llega a eso, por qué no cae por la ruina y el demonio del mediodía: Porque tú eres, Señor, mi esperanza; has puesto al Altísimo como tu refugio. ¿Qué significa que en lo alto está tu refugio? Porque muchos se hacen así el refugio de Dios, al que huyen de los calores temporales. En lo alto está el refugio de Dios, está muy oculto, al que huyes de la ira venidera. Dentro, has puesto al Altísimo como tu refugio. No se acercarán a ti los males, y el flagelo no se acercará a tu tienda. Porque a sus ángeles ha mandado acerca de ti, para que te guarden en todos tus caminos. En sus manos te llevarán, para que no tropieces con tu pie en piedra. Estas son las palabras que el diablo dijo al Señor Jesucristo, cuando lo tentó. Pero porque deben considerarse con más atención, para no fatigaros, lo dejaremos para mañana (porque también mañana se os debe un sermón), para que desde este lugar del Salmo comencemos de nuevo, por vuestro cansancio; para que cuando queramos terminar cosas oscuras, no nos precipitemos, y no lleguen a vuestra comprensión.

SERMO II.

1. Como no dudo que vuestra Caridad recuerde, los que asistieron al sermón de ayer, el tiempo no nos permitió terminar de exponer el salmo que habíamos comenzado; y una parte de él se pospuso para el día de hoy. Esto lo recordarán los que estuvieron ayer, y lo conocerán los que no asistieron. Por eso hicimos que se recitara la lectura del Evangelio, donde el Señor fue tentado con las palabras del Salmo que aquí escucharon (Mat. IV, 6). Cristo fue tentado para que el cristiano no sea vencido por el tentador. Él, como maestro, quiso ser tentado en todo, porque nosotros somos tentados; así como quiso morir, porque nosotros morimos; así como quiso resucitar, porque resucitaremos. Lo que mostró en el hombre, que se hizo por nosotros hombre, siendo Dios por quien fuimos hechos, lo mostró por nosotros. Y a menudo hemos recomendado a vuestra Caridad, lo que no nos cansa repetir; para que, ya que muchos de ustedes quizás no pueden leer, porque no tienen tiempo o no saben leer, al menos no olviden su saludable fe escuchando asiduamente. Ciertamente, al repetir esto, podemos parecer molestos para algunos, mientras que edificamos a otros. Sabemos que hay muchos con buena memoria y estudiosos de la lectura divina, que conocen lo que vamos a decir; y quizás desean que digamos lo que no conocen. Pero si son más rápidos, que consideren que caminan el camino con los más lentos. Cuando dos compañeros caminan por el mismo camino, uno más rápido y otro más lento, está en el poder del más rápido caminar con el más lento, no en el del más lento; porque si el más rápido quiere avanzar tanto como puede, el más lento no lo seguirá. Es necesario, entonces, que el más rápido modere su velocidad y no deje atrás al compañero más lento. Esto es lo que he dicho muchas veces, y ahora lo digo de nuevo: como dice el Apóstol, "Escribir las mismas cosas no me es molesto, y para ustedes es seguro" (Filip. III, 1). Nuestro Señor Jesucristo, como hombre perfecto, es la cabeza y el cuerpo: reconocemos la cabeza en aquel hombre que nació de la Virgen María, padeció bajo Poncio Pilato, fue sepultado, resucitó, ascendió al cielo, está sentado a la derecha del Padre, y de allí esperamos que venga a juzgar a los vivos y a los muertos; esta es la cabeza de la Iglesia (Efes. V, 23). El cuerpo de esta cabeza es la Iglesia, no solo la que está en este lugar,

sino la que está aquí y en todo el mundo; no solo la de este tiempo, sino desde Abel hasta los que nacerán y creerán en Cristo hasta el fin, todo el pueblo de los santos que pertenecen a una sola ciudad; esa ciudad es el cuerpo de Cristo, cuya cabeza es Cristo. Allí también están los ángeles, nuestros conciudadanos; pero como nosotros estamos de paso, trabajamos; ellos, en cambio, esperan nuestra llegada en la ciudad. Y de esa ciudad de la que estamos de paso, nos han llegado cartas: esas son las Escrituras, que nos exhortan a vivir bien. ¿Qué diré de que han llegado cartas? El mismo rey descendió y se hizo camino para nosotros en el peregrinaje; para que caminando en él, no nos equivoquemos, ni desfallezcamos, ni caigamos en manos de ladrones, ni en trampas que se colocan junto al camino. Conociendo así a Cristo en su totalidad y universalidad junto con la Iglesia; él mismo, nacido de la virgen, cabeza de la Iglesia, mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús (I Tim. II, 5): mediador para reconciliar a los que se habían alejado; pues no hay mediador sino entre dos. Nos habíamos alejado de la majestad de Dios, y con nuestro pecado lo habíamos ofendido: fue enviado el Hijo como mediador, para que con su sangre pagara nuestros pecados, que nos separaban de Dios; y al interponerse, nos devolviera y reconciliara con él, de quien nos habíamos apartado en nuestros pecados y delitos. Él es nuestra cabeza, él es Dios igual al Padre, el Verbo de Dios por quien todo fue hecho (Juan I, 3): pero Dios para crear, hombre para recrear; Dios para hacer, hombre para rehacer. Mirando a él, escuchemos el Salmo: que vuestra Caridad preste atención. Esta es la disciplina y doctrina de esta escuela, que les servirá no solo para entender un salmo, sino muchos, si mantienen esta regla. A veces el salmo, no solo el salmo, sino toda profecía, a veces habla de Cristo de tal manera que solo recomienda la cabeza, y a veces pasa de la cabeza al cuerpo, es decir, a la Iglesia, y no parece haber cambiado de persona; porque la cabeza no se separa del cuerpo, sino que habla como de uno solo. Que vuestra Caridad vea lo que digo. Es claro para todos el salmo donde se habla de la pasión del Señor: "Han horadado mis manos y mis pies; han contado todos mis huesos: se repartieron mis vestiduras, y sobre mi ropa echaron suertes." Esto, incluso los judíos cuando lo oyen, se avergüenzan; pues evidentemente es una profecía sobre la pasión de nuestro Señor Jesucristo. Sin embargo, nuestro Señor Jesucristo no tenía pecados; y sin embargo, al inicio de ese salmo dice: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? Lejos de mi salvación están las palabras de mis pecados" (Sal. XXI, 17, 18, 19, 2). Ven, entonces, lo que se dice desde la persona de la cabeza, y lo que desde la persona del cuerpo. Los pecados nos pertenecen, la pasión por nosotros pertenece a la cabeza: pero por su pasión por nosotros, se resuelve lo que nos pertenece de los pecados. Así también en este salmo.

2. [vers. 1-8.] Ya tratamos estos versos ayer: recordémoslos brevemente. El que habita al amparo del Altísimo, morará bajo la protección del Dios del cielo. Esto lo recomendamos a vuestra Caridad en estos versos, para que nadie ponga su esperanza en sí mismo, sino que ponga toda su esperanza en aquel en quien están nuestras fuerzas; pues por su ayuda vencemos, no por nuestra presunción. Dios del cielo nos protege, si decimos al Señor lo que sigue: "Dirá al Señor: Mi protector eres tú, y mi refugio, mi Dios, en él confiaré; porque él me librará del lazo del cazador, y de la palabra áspera." Dijimos que muchos, temiendo la palabra áspera, caen en el lazo del cazador. Se insulta al hombre porque es cristiano; y se arrepiente de haberse hecho cristiano, y por la palabra áspera cae en el lazo del diablo. También se insulta al hombre porque vive mejor entre muchos cristianos; y temiendo las palabras ásperas de los que insultan, cae en las trampas del diablo, para no ser trigo en la era, sino seguir la paja. Pero el que confía en Dios, es librado del lazo del cazador y de la palabra áspera. ¿Cómo te protege Dios? Te cubrirá con sus plumas: es decir, te pondrá ante su pecho, para que te proteja con sus alas; si reconoces tu debilidad, como un polluelo débil que huye bajo las alas de la madre, para no ser arrebatado por el milano. Los milanos son las potestades aéreas, el diablo y sus ángeles: quieren arrebatar nuestra debilidad. Huyamos bajo las alas de

la madre Sabiduría, porque también la Sabiduría se debilitó por nosotros; porque el Verbo se hizo carne (Juan I, 14). Así como la gallina se debilita con sus polluelos, para protegerlos con sus alas (Mat. XXIII, 37): así nuestro Señor Jesucristo, que siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse, se debilitó con nosotros, y con sus alas nos protegió, se despojó a sí mismo tomando forma de siervo, hecho a semejanza de los hombres, y hallado en condición de hombre (Filip. II, 6 y 7). Y bajo sus alas confiarás. Su verdad te rodeará como un escudo; no temerás el terror nocturno. Las tentaciones de la ignorancia, el terror nocturno; los pecados de la ciencia, la flecha que vuela de día: en la noche se entiende la ignorancia, en el día la manifestación. Hay quienes pecan ignorando, hay quienes pecan sabiendo: los que pecan ignorando, son suplantados por el terror nocturno; los que pecan sabiendo, son heridos por la flecha que vuela de día. Pero cuando esto ocurre en persecuciones más graves, hasta llegar al mediodía, quien caiga por ese calor, caerá como por el demonio del mediodía. Y muchos cayeron por ese calor, como ya expusimos ayer a vuestra Caridad; porque en la persecución ardiente se decía: "Que los cristianos sean torturados hasta que nieguen que son cristianos." Cuando antes solían ser golpeados por confesar, después eran torturados para que negaran: y cuando todo reo es torturado hasta que niegue; la confesión de los cristianos era torturada, la negación era liberada. Entonces había un gran calor de los perseguidores. Quienquiera que cayera en esa tentación, caía como por el demonio del mediodía. ¡Y cuántos cayeron! Muchos que esperaban sentarse con el Señor y juzgar, cayeron de su lado. También muchos que esperaban estar a la derecha, en el pueblo santo como provinciales que proveen raciones a los soldados, a quienes se les dirá: "Tuve hambre, y me disteis de comer" (porque muchos estarán a la derecha); y de esa esperanza cayeron, y más de ellos, porque son más allí. Menos son los que juzgarán con el Señor, y más los que estarán ante él: pero no es la misma condición para ellos. Unos a la izquierda, otros a la derecha; unos para reinar, otros para ser castigados; unos para oír: "Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino"; otros para oír: "Id al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles" (Mat. XXV, 32-41). Por lo tanto, los que caen por la ruina y el demonio del mediodía, mil caerán a tu lado, y diez mil a tu derecha. Pero a ti no se acercará: ¿qué? El demonio del mediodía no te derribará. ¿Qué maravilla si no derriba a la cabeza? Pero tampoco derriba a aquellos que están tan unidos a la cabeza, como dice el Apóstol: "El Señor conoce a los que son suyos" (II Tim. II, 19). Hay algunos tan predestinados, que el Señor sabe quiénes pertenecen a su cuerpo. Por lo tanto, cuando esa tentación no se acerque a ellos para derribarlos; estos se entienden en lo que está escrito: "Pero a ti no se acercará." Pero para que no se atienda a esos pecadores a quienes se les permitió tanto ejercer contra los cristianos, y se diga por algunos débiles: "Mira, ¿qué quiso Dios, que tanto se permitiera a los impíos y malvados contra los siervos de Dios?" considera un poco con los ojos de la fe, y verás la retribución de los pecadores al final, a quienes ahora se les permite tanto, para que seas ejercitado. Porque esto sigue: "Sin embargo, con tus ojos considerarás, y verás la retribución de los pecadores."

3. [vers. 9-12.] Porque tú, Señor, eres mi esperanza, has puesto al Altísimo como tu refugio. No te sobrevendrá mal. Dice al Señor: "Porque tú, Señor, eres mi esperanza; has puesto al Altísimo como tu refugio. No te sobrevendrá mal; y la plaga no se acercará a tu tienda." Luego ya las palabras que escuchaste dichas por el diablo: "Porque a sus ángeles mandará acerca de ti, que te guarden en todos tus caminos. En sus manos te llevarán, para que no tropieces con tu pie en piedra." ¿A quién se dice esto? ¿A quién se dijo: "Porque tú, Señor, eres mi esperanza"? Ya creo que no es necesario explicar a los cristianos quién es el Señor. Si entienden a Dios Padre, ¿cómo lo llevarán los ángeles en sus manos, para que no tropiece con su pie en piedra? Ven, entonces, que también Cristo el Señor, al hablar del cuerpo, de repente comenzó a hablar de la cabeza. Nuestra cabeza ha sido mencionada ahora, cuando se dijo:

"Porque tú, Señor, eres mi esperanza; has puesto al Altísimo como tu refugio." Por eso has puesto al Altísimo como tu refugio, porque tú, Señor, eres mi esperanza. ¿Qué significa esto? Que vuestra Caridad preste atención: "Porque tú, Señor, eres mi esperanza; has puesto al Altísimo como tu refugio." Ya no es de extrañar: porque por eso sigue: "No te sobrevendrá mal, porque has puesto al Altísimo como tu refugio; y la plaga no se acercará a tu tienda, porque has puesto al Altísimo como tu refugio." Pero no leemos en el Evangelio que en algún lugar los ángeles llevaron al Señor, para que no tropezara con una piedra: y sin embargo, lo entendemos. Pues esto ya se ha cumplido, y no se profetizó sin causa, sino porque iba a suceder. Y no podemos decir: "Después vendrá Cristo, para que no tropiece con su pie en piedra": pues vendrá a juzgar. ¿Dónde, entonces, se ha cumplido? Que vuestra Caridad preste atención.

4. Primero escuchen estos versos: "Porque tú, Señor, eres mi esperanza; has puesto al Altísimo como tu refugio." La humanidad conocía que el hombre muere, no conocía que resucita: por eso tenía lo que temer, no tenía lo que esperar. Para que, entonces, aquel que por disciplina hizo el temor de la muerte, por el premio de la vida eterna futura diera la esperanza de la resurrección, primero resucitó nuestro Señor Jesucristo. Murió después de muchos; resucitó antes que todos. Sufrió al morir lo que ya muchos habían sufrido; hizo al resucitar lo que nadie antes que él: pues ¿cuándo lo recibirá la Iglesia, sino al final? Lo que precedió en la cabeza, los miembros lo esperan: pues vuestra Caridad sabe cómo se dicen entre sí. Diga, entonces, la Iglesia a su Señor Jesucristo, diga el cuerpo a su cabeza: "Porque tú, Señor, eres mi esperanza; has puesto al Altísimo como tu refugio": es decir, por eso resucitaste de entre los muertos, y ascendiste al cielo, para poner alto tu refugio al ascender, y ser mi esperanza, que en la tierra desesperaba, y no creía que resucitaría; ahora ya creo, porque mi cabeza ascendió al cielo; donde la cabeza precedió, también los miembros seguirán. Creo que ya es claro lo que se dijo: "Porque tú, Señor, eres mi esperanza; has puesto al Altísimo como tu refugio." Lo diré más claramente. Para que tuviera la esperanza de la resurrección que no tenía, por eso resucitaste primero, para que donde precediste, esperara seguirte. Pues es la voz de la Iglesia a su Señor, la voz del cuerpo a su cabeza.

5. No te maravilles, entonces: "No te sobrevendrá mal, y la plaga no se acercará a tu tienda." La tienda de Dios es la carne. En la carne habitó el Verbo, y la carne se hizo tienda para Dios: en esa tienda el Emperador militó por nosotros; en esa tienda fue tentado por el enemigo, para que el soldado no desfalleciera. Y porque mostró esa carne a nuestros ojos, porque nuestros ojos se alegran con esta luz, y se deleitan con esta luz visible, porque en manifestación puso su carne, para que todos la vieran; por eso el salmo dice: "En el sol puso su tienda." ¿Qué significa, en el sol? En lo abierto, en lo manifiesto, en la luz terrena; es decir, en la luz que desde el cielo inunda la tierra, allí puso su tienda. Pero ¿cómo pondría allí su tienda, si no saliera como esposo de su tálamo? pues esto sigue. "En el sol puso su tienda": y como si se le dijera, ¿Cómo? "Y él, como esposo que sale de su tálamo; se alegró como un gigante para correr el camino" (Sal. XVIII, 6). Lo que es tienda, es esposa. El Verbo esposo, la carne esposa, y el tálamo el vientre de la virgen. ¿Y qué dice el Apóstol? "Y serán dos en una sola carne. Este misterio es grande; pero yo hablo de Cristo y de la Iglesia" (Efes. V, 31 y 32). ¿Y qué dice el mismo Señor en el Evangelio? "Por tanto, ya no son dos, sino una sola carne" (Mat. XIX, 6). De dos uno, del Verbo y la carne un hombre, un Dios. Pero esta tienda suya sintió los flagelos en la tierra; es manifiesto que el Señor fue flagelado (Mat. XXVII, 26). ¿Acaso siente flagelos en el cielo? De ninguna manera. ¿Por qué? Porque ha puesto al Altísimo como su refugio, para ser nuestra esperanza; y no le sobrevendrán males, ni la plaga se acercará a su tienda. Está lejos sobre todos los cielos, pero tiene los pies en la tierra: la cabeza está en el cielo, el cuerpo en la tierra. Pero cuando sus pies eran flagelados y

pisoteados por Saulo, clamó la cabeza: "Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?" (Hech. IX, 4). He aquí que nadie persigue a la cabeza, he aquí que la cabeza está en el cielo: porque Cristo resucitado de entre los muertos, ya no muere, y la muerte no tendrá dominio sobre él (Rom. VI, 9), "No te sobrevendrán males, ni la plaga se acercará a tu tienda." Pero para que no pensemos que la cabeza está separada del cuerpo: está separada en lugares, pero unida en afecto; esa unión de afecto clamó desde el cielo: "Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?" Pues lo derribó con una voz de reproche, y lo levantó con una mano misericordiosa. Quien perseguía el cuerpo de Cristo, se hizo miembro de Cristo; para que lo que hacía, él mismo lo padeciera allí.

6. ¿Qué diremos, hermanos? ¿Qué se ha dicho de nuestra cabeza? «Porque tú, Señor, eres mi esperanza; has puesto al Altísimo como tu refugio. No te sobrevendrá mal alguno, ni la plaga se acercará a tu morada.» Estas palabras han sido dichas. «Porque a sus ángeles ha dado órdenes acerca de ti, para que te guarden en todos tus caminos.» Lo habéis escuchado ahora, cuando se recitó el Evangelio (Mat. IV, 1-11): prestad atención. El Señor, después de ser bautizado, ayunó. ¿Por qué fue bautizado? Para que no despreciáramos el bautismo. Pues cuando el mismo Juan le decía al Señor: Tú vienes a mí para ser bautizado; yo debo ser bautizado por ti; y el Señor respondió: Déjalo ahora; porque así conviene que cumplamos toda justicia (Mat. III, 14 y 15): quiso cumplir con la humildad, para ser lavado quien no tenía manchas. ¿Por qué esto? Por el orgullo de los futuros. A veces surge algún catecúmeno que, tal vez, supera en doctrina y costumbres a muchos fieles; observa a muchos ya bautizados que son ignorantes, y a muchos que no viven como él vive, no con tanta continencia, no con tanta castidad; ya no busca esposa, y ve a algún fiel que, si bien no fornica, usa de su esposa con intemperancia: puede levantar el cuello del orgullo y decir: ¿Qué necesidad tengo ya de ser bautizado, para recibir lo que tiene este, a quien ya supero en vida y doctrina? A este, el Señor le dice: ¿Cuánto has superado? ¿Tanto como yo a ti? No es el siervo mayor que su señor, ni el discípulo mayor que su maestro: basta al siervo ser como su señor, y al discípulo ser como su maestro (Mat. X, 24 y 25). No te ensalces, para que no busques el Bautismo. Buscas el Bautismo del Señor, yo busqué el del siervo. El Señor fue bautizado, y después del bautismo fue tentado, ayunó cuarenta días en el misterio, que a menudo os he recordado. No se pueden decir todas las cosas a la vez, para no ocupar los tiempos necesarios. Después de cuarenta días tuvo hambre. Podía no tener hambre nunca: pero, ¿cómo sería tentado? O si él no venciera al tentador, ¿cómo aprenderías tú a luchar con el tentador? Tuvo hambre: y ya el tentador, Di a estas piedras que se conviertan en panes, si eres Hijo de Dios. ¿Qué gran cosa era para el Señor Jesucristo hacer pan de las piedras, quien de cinco panes sació a tantas multitudes (Mat. XIV, 17-21)? Hizo pan de la nada. Pues, ¿de dónde procedió tanta cantidad de alimento, que saciara a tantas multitudes? Las fuentes del pan estaban en las manos del Señor. No es de extrañar: pues él mismo hizo de cinco panes mucho pan para saciar a tantas multitudes, quien hace cada día en la tierra de pocos granos cosechas inmensas. Estas son las maravillas del Señor; pero por la asiduidad se han vuelto comunes. ¿Qué, pues, hermanos, era imposible para el Señor hacer panes de las piedras? Hizo hombres de las piedras, como dijo el mismo Juan Bautista: Dios puede de estas piedras suscitar hijos a Abraham (Mat. III, 9). ¿Por qué, entonces, no lo hizo? Para enseñarte a responder al tentador, para que si alguna vez te encuentras en alguna angustia, y el tentador te sugiere: Si fueras cristiano y pertenecieras a Cristo, ¿te abandonaría ahora? ¿No te enviaría ayuda? Y tal vez el médico aún corta, y por eso parece que te abandona: pero no te abandona. ¿Cómo no escuchó a Pablo mismo, porque lo escuchó? Pues Pablo dice que no fue escuchado sobre el aguijón de su carne, el ángel de Satanás, del cual dijo que lo abofeteaba: Por lo cual rogué al Señor tres veces que lo apartara de mí, y me dijo: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad (II Cor.

XII, 7-9). Como si se dijera al médico, puesto tal vez un emplasto: Me molesta este emplasto; te ruego, quítalo. Y el médico: No, es necesario que esté allí mucho tiempo; de otro modo no podrás sanar. El médico no escuchó al enfermo según su voluntad, porque lo escuchó para su salud. Por tanto, sed fuertes, hermanos; y cuando seáis tentados por alguna escasez, con Dios castigándoos y enseñándoos, quien os prepara y guarda una herencia eterna, no os sugiera el diablo: Si fueras justo, ¿no te enviaría pan por un cuervo, como lo envió a Elías (III Reg. 17, 6)? ¿Dónde está lo que leíste, Nunca he visto al justo desamparado, ni a su descendencia mendigando pan (Sal. XXXVI, 25)? Responde al diablo: La Escritura dice la verdad, Nunca he visto al justo desamparado, ni a su descendencia mendigando pan; porque tengo mi pan que tú no conoces. ¿Qué pan? Escucha al Señor: No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra de Dios. ¿Crees que la palabra de Dios es pan? Si la palabra de Dios, por la cual fueron hechas todas las cosas, no fuera pan, no diría: Yo soy el pan vivo que descendió del cielo (Juan VI, 41). Has aprendido, pues, qué responder al tentador en la angustia del hambre.

7. ¿Qué, si te tienta así, diciéndote: Si fueras cristiano, harías milagros, como muchos cristianos hicieron? Ya engañado por la mala sugestión, tentarías al Señor tu Dios, diciendo a nuestro Señor Dios: Si soy cristiano, y estoy ante tus ojos, y me cuentas entre los tuyos, haré también yo algo, como muchos de tus santos hicieron? Tentaste a Dios, como si no fueras cristiano si no haces esto. Muchos deseando tales cosas cayeron. Pues Simón el mago deseó tales cosas de los Apóstoles, quien quiso comprar el Espíritu Santo con dinero (Hech. VIII, 18, 19). Amó el poder de los milagros, y no amó la imitación de la humildad. Por eso, un discípulo, o alguien de la multitud, queriendo seguir al Señor, observando los milagros que hacía; el Señor vio que era soberbio, no buscando el camino de la humildad, sino la vanidad del poder, y dijo: Las zorras tienen madrigueras, y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar su cabeza (Mat. VIII, 20). Las zorras tienen madrigueras en ti; las aves del cielo tienen nidos en ti. La zorra es el engaño; las aves del cielo son la soberbia: pues así como las aves buscan las alturas, así los soberbios; y así como las zorras tienen madrigueras engañosas, así todos los insidiosos. ¿Qué respondió el Señor? Puede habitar en ti la soberbia y el engaño; Cristo no tiene dónde habitar en ti, dónde reclinar su cabeza. Porque la inclinación de la cabeza es la humildad de Cristo. Si no inclinara la cabeza, no serías justificado. Deseando tales cosas también los discípulos, y queriendo ya aspirar al trono del reino, antes de tomar el camino de la humildad, cuando les fue sugerido por la madre de los discípulos, Di que uno se siente a tu derecha, y otro a tu izquierda; buscaban el poder: pero por la pasión de la humildad se llega al poder del reino. Dijo el Señor: ¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber (Mat. XX, 21, 22)? ¿Por qué pensáis en la altura del reino, y no imitáis mi humildad? Entonces, ¿qué, si te tienta así, Haz milagros? para que no tientes a Dios, ¿qué debes responder? Lo que respondió el Señor. Le dijo el diablo. Arrójate abajo; porque está escrito, A sus ángeles ha dado órdenes acerca de ti, para que te sostengan en sus manos, para que no tropieces con tu pie en piedra. Si te arrojas, los ángeles te sostendrán. Y podría suceder, hermanos, que si el Señor se hubiera arrojado, los servicios de los ángeles sostendrían la carne del Señor: pero ¿qué le dijo? También está escrito, No tentarás al Señor tu Dios. Me consideras hombre. Pues el diablo se acercó para tentar si él era el Hijo de Dios. Veía la carne; pero la majestad aparecía en las obras. Los ángeles habían dado testimonio. Él veía al mortal, para tentar, para que al ser tentado Cristo, el cristiano aprendiera. ¿Qué, pues, está escrito? No tentarás al Señor tu Dios. Por tanto, no tentemos al Señor, diciendo. Si te pertenecemos, hagamos un milagro.

8. Volvamos a las palabras del Salmo. A sus ángeles, dice, ha dado órdenes acerca de ti, para que te guarden en todos tus caminos. En sus manos te sostendrán, para que no tropieces con tu pie en piedra. Cristo fue llevado en las manos de los ángeles, cuando fue ascendido al

cielo; no porque, si los ángeles no lo llevaran, caería; sino porque servían al rey. No sea que digáis: ¿Son mejores los que llevaban, que el que era llevado? Entonces, ¿son mejores los animales que los hombres? Pero porque los animales llevan la debilidad de los hombres; tampoco debemos decir esto: pues si los animales se retiran, caen los que están sentados. Pero, ¿cómo debemos decir? Pues también se ha dicho de Dios: El cielo es mi trono (Is. LXVI, 1; Hech. VII, 49). Porque el cielo lleva, y Dios se sienta, ¿es por eso mejor el cielo? Así, pues, también del servicio de los ángeles en este salmo podremos entender, no se refiere a la debilidad del Señor, sino a la honra de ellos, a su servicio. Resucitó, pues, el Señor Jesucristo, ¿por qué? Escuchad al Apóstol. Murió por nuestros delitos, y resucitó para nuestra justificación (Rom. IV, 25). También del Espíritu Santo el Evangelio: El Espíritu, dice, aún no había sido dado, porque Jesús aún no había sido glorificado (Juan VII, 39). ¿Cuál es la glorificación de Jesús? Resucitó, y ascendió al cielo. Glorificado por Dios al ascender al cielo, envió su Espíritu Santo el día de Pentecostés. En la Ley, en el libro de Moisés Éxodo, desde el día del cordero inmolado y comido se cuentan cincuenta días; y se dio la Ley escrita en tablas de piedra con el dedo de Dios (Éx. XII, 19, etc.). ¿Qué es el dedo de Dios? El Evangelio nos lo explica: porque el dedo de Dios es el Espíritu Santo. ¿Cómo lo probamos? El Señor respondiendo a aquellos que decían que él expulsaba demonios en el nombre de Beelzebub, dijo: Si yo expulso demonios en el Espíritu de Dios (Mat. XII, 28): otro evangelista al narrar esto, dice: Si yo expulso demonios en el dedo de Dios (Luc. XI, 20). Lo que, pues, está puesto en uno claramente, está puesto en otro oscuramente: no sabías qué es el dedo de Dios, lo explica otro evangelista, diciendo que es el Espíritu de Dios. La Ley, pues, escrita con el dedo de Dios fue dada el día cincuenta desde la inmolación del cordero, y el Espíritu Santo vino el día cincuenta desde la pasión de nuestro Señor Jesucristo. Fue inmolado el cordero, se hizo la Pascua, se cumplieron cincuenta días, se dio la Ley. Pero aquella Ley era para el temor, no para el amor: para que el temor se convirtiera en amor, fue inmolado el justo ya en verdad; cuyo tipo era aquel cordero que inmolaban los judíos. Resucitó; y desde el día de la Pascua del Señor, como desde el día de la Pascua del cordero inmolado, se cuentan cincuenta días; y vino el Espíritu Santo (Hech. II, 1-4), ya en la plenitud del amor, no en el castigo del temor. ¿Por qué dije esto? Por tanto, el Señor resucitó y fue glorificado, para enviar el Espíritu Santo. Y ya había dicho que la cabeza está en el cielo, los pies en la tierra. Si la cabeza está en el cielo, los pies en la tierra; ¿qué son los pies del Señor en la tierra, sino los santos del Señor en la tierra? ¿Quiénes son los pies del Señor? Los apóstoles enviados por todo el mundo. ¿Quiénes son los pies del Señor? Todos los evangelistas, en quienes el Señor recorre todas las naciones. Se temía que los evangelistas tropezaran en la piedra: pues con la cabeza puesta en el cielo, los pies que trabajaban en la tierra, podían tropezar en la piedra. ¿En qué piedra? En la Ley dada en tablas de piedra. Para que, pues, no fueran culpables de la Ley, no habiendo recibido la gracia, y fueran retenidos culpables en la Ley; esta es la ofensa de la culpa: a quienes la Ley retenía culpables, el Señor los absolvió, para que ya no tropezaran en la Ley. Para que los pies de esta cabeza no incurrieran en la culpa de la Ley, fue enviado el Espíritu Santo para hacer el amor, y liberar del temor. El temor no cumplía la Ley, el amor la cumplió. Temieron los hombres, y no cumplieron; amaron y cumplieron. ¿Cómo temieron, y no cumplieron; amaron, y cumplieron? Temían los hombres, y robaban cosas ajenas; amaron, y dieron las suyas. Por tanto, no es de extrañar que por eso en las manos de los ángeles fue asumido el Señor al cielo, para que no tropezara en la piedra su pie: para que aquellos que trabajaban en la tierra en su cuerpo, recorriendo todo el mundo, no fueran culpables de la Ley, les quitó el temor, y los llenó de amor. Por temor Pedro negó tres veces (Mat. XXVI, 69-75); pues aún no había recibido el Espíritu Santo: recibido después el Espíritu Santo, comenzó a predicar con confianza. Quien a la voz de una criada negó tres veces; recibido el Espíritu Santo, confesó entre los azotes de los príncipes a quien había negado (Hech. II, V, etc.). No es de extrañar;

porque el Señor disolvió aquel triple temor con triple amor. Resucitando de entre los muertos dijo a Pedro: Pedro, ¿me amas? No dijo: ¿Me temes? Pues si aún temiera, tropezaría en la piedra su pie. ¿Me amas? dice; y él: Te amo. Bastaba una vez. Tal vez me bastaría a mí, que no veo el corazón; cuánto más bastaría al Señor, que veía con qué médulas de sus entrañas decía Pedro: Te amo. No basta al Señor responder una vez; pregunta de nuevo, y responde él: Te amo. Pregunta por tercera vez, y ya afectado por el tedio Pedro, como si el Señor dudara de su amor: Señor, tú, dice, sabes todas las cosas, tú sabes que te amo (Juan XXI, 15-17). Pero el Señor trató con él así, como diciendo: Tres veces me negaste temiendo, tres veces confiesa amando. Con este amor y esta caridad llenó a sus discípulos. ¿Por qué? Porque puso al Altísimo como su refugio: porque glorificado envió el Espíritu Santo, liberó a los creyentes de la culpa de la Ley, para que no tropezaran en la piedra sus pies.

9. [vers. 13.] Ya las demás cosas son manifiestas, hermanos, porque a menudo han sido tratadas. Sobre el áspid y el basilisco caminarás, y pisotearás al león y al dragón. Sabéis quién es la serpiente: cómo la Iglesia la pisa, que no es vencida, porque evita sus astucias. ¿Cómo es león y dragón? Creo que también esto lo sabe vuestra Caridad. El león ataca abiertamente; el dragón acecha ocultamente: el diablo tiene ambos poderes y potestades. Cuando los mártires eran asesinados, era un león rugiente: cuando los herejes acechan, es un dragón que se arrastra. Venciste al león, vence también al dragón: no te quebró el león, no te engañe el dragón. Probemos que era un león, cuando atacaba abiertamente. Exhortando a los mártires, Pedro dice: ¿No sabéis que vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar (I Ped. V, 8)? El león rugiente buscaba abiertamente a quien devorar: ¿cómo acecha el dragón? A través de los herejes. Temiendo tales cosas, Pablo, para que no se corrompiera la Iglesia de la virginidad de la fe, que lleva en su corazón, dice: «Porque os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen casta a Cristo; y temo que como la serpiente engañó a Eva con su astucia, así también vuestras mentes se corrompan de la castidad que está en Cristo» (II Cor. XI, 2 y 3). La virginidad del cuerpo pocas mujeres la tienen en la Iglesia; pero la virginidad del corazón todos los fieles la tienen. En esa fe temía que se corrompiera la virginidad del corazón por el diablo; quienes la pierden, en vano son vírgenes en el cuerpo. ¿Qué guarda en el cuerpo quien tiene el corazón corrompido? Tanto más la mujer católica precede a la virgen hereje. Pues aquella no es virgen en el cuerpo, esta se ha hecho mujer en el corazón; y mujer no de su esposo Dios, sino de la serpiente. ¿Qué, pues, la Iglesia? Sobre el áspid y el basilisco caminarás. El basilisco es el rey de las serpientes, como el diablo es el rey de los demonios. Y pisotearás al león y al dragón.

10. [vers. 14.] Ya las palabras de Dios a la Iglesia: Porque en mí ha confiado, lo libraré. No solo, pues, la cabeza, que ahora está sentada en el cielo, porque ha puesto al Altísimo como su refugio, al que no se acercarán los males, y la plaga no se acercará a su morada; sino también nosotros que trabajamos en la tierra, y aún vivimos en tentaciones, cuyos pasos se temen, para que no caigan en trampas, escuchemos la voz de nuestro Señor Dios consolándonos, y diciéndonos: Porque en mí ha confiado, lo libraré; lo protegeré, porque ha conocido mi nombre.

11. [vers. 15.] Me invocará, y yo lo escucharé; con él estoy en la tribulación. No temas cuando estés atribulado, como si Dios no estuviera contigo. Que la fe esté contigo, y Dios está contigo en la tribulación. Son las olas del mar, te turbas en la nave, porque Cristo duerme. Cristo dormía en la nave, los hombres perecían (Mat. VIII, 24, 25). Si tu fe duerme en tu corazón, como en tu nave duerme Cristo: porque Cristo habita en ti por la fe. Cuando comiences a turbarte, despierta a Cristo que duerme; levanta tu fe, y sabrás que no te abandona. Pero piensas que te abandona, porque no te libra cuando quieres. Libró a los tres

jóvenes del fuego (Dan. III, 49, 50). ¿Quién libró a los tres jóvenes, abandonó a los Macabeos (II Mac. VII)? De ninguna manera. Y a aquellos los libró, y a estos: a aquellos corporalmente, para que los infieles se confundieran; a estos espiritualmente, para que los fieles los imitaran. Con él estoy en la tribulación; y lo libraré, y lo glorificaré.

12. [vers. 16.] Lo llenaré de longitud de días. ¿Qué es la longitud de días? La vida eterna. Hermanos, no penséis que se dice longitud de días, como son en invierno los días más cortos, en verano los días más largos. ¿Tales días nos ha de dar? Esa longitud es la que no tiene fin, la vida eterna que se nos promete en días largos. Y verdaderamente, porque basta, no sin razón dijo, lo llenaré. No nos basta cualquier cosa larga en el tiempo, si tiene fin; y por eso ni siquiera debe llamarse larga. Y si somos avaros, debemos ser avaros de la vida eterna: deseemos tal vida, que no tiene fin. Aquí es donde debe extenderse nuestra avaricia. ¿Quieres plata sin fin? Desea la vida eterna sin fin. ¿No quieres que tu posesión tenga fin? Busca la vida eterna. Lo llenaré de longitud de días.

13. Y le mostraré mi salvación. No debemos, hermanos, pasar por alto esto brevemente. Le mostraré mi salvación: esto significa, le mostraré a Cristo mismo. ¿Por qué? ¿No fue visto en la tierra? ¿Qué grande cosa tiene para mostrarnos? Pero no fue visto de la manera en que lo veremos. Fue visto de tal manera que quienes lo vieron, lo crucificaron: he aquí que quienes lo vieron, lo crucificaron; nosotros no lo vimos, y creímos. ¿Ellos tenían ojos y nosotros no? Más bien, nosotros también tenemos ojos del corazón; pero aún lo vemos por la fe, no por la apariencia. ¿Cuándo será la apariencia? Cuando lo veamos cara a cara, como dice el Apóstol (I Cor. XIII, 12): lo que Dios nos promete como gran recompensa de todos nuestros trabajos. Todo lo que trabajas, lo haces para ver. No sé qué grande cosa es lo que veremos, cuando toda nuestra recompensa es la visión: y esa gran visión es nuestro Señor Jesucristo. Él, que fue visto humilde, será visto grande, y nos alegrará, como ahora es visto por los ángeles: En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios (Juan I, 1). Prestad atención a quien prometió esto, al mismo Señor en el Evangelio diciendo: El que me ama, será amado por mi Padre, y yo lo amaré. Y como si se le dijera, ¿Y qué le darás al que te ama? Le mostraré, dice, a mí mismo (Juan XIV, 21). Deseemos y amemos: ardamos, si somos la esposa. El esposo está ausente, esperemos: vendrá aquel a quien deseamos. Nos ha dado una prenda, no tema la esposa ser abandonada por el esposo: no abandona su prenda. ¿Qué prenda dio? Derramó su sangre. ¿Qué prenda dio? Envió al Espíritu Santo. ¿Abandonará tales prendas ese esposo? Si no amara, no daría tales prendas. Ya ama. ¡Oh, si así amáramos! Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos (Juan XV, 13): ¿y cómo podemos nosotros poner nuestras vidas por él? ¿Qué le beneficia, cuando ya ha puesto su refugio en lo más alto, y el azote no se acerca a su morada? Pero, ¿qué dice Juan? Así como Cristo puso su vida por nosotros, así también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos (I Juan III, 16). Cada uno poniendo su vida por el hermano, la pone por Cristo; así como alimentando al hermano, alimenta a Cristo: Cuando lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis (Mateo XXV, 40). Amemos e imitemos; corramos tras sus ungüentos, como se dice en el Cantar de los Cantares: Tras el olor de tus ungüentos correremos (Cantar I, 3). Porque vino y ungió, y su olor llenó el mundo. ¿De dónde el olor? Del cielo. Sigue, pues, al cielo, si no respondes falsamente cuando se dice, Arriba el corazón, arriba el pensamiento, arriba el amor, arriba la esperanza; para que no se pudra en la tierra. No te atreves a poner el trigo en tierra húmeda, para que no se pudra, porque trabajaste y cosechaste, trillaste y aventaste. Buscas un lugar para tu trigo, ¿y no buscas un lugar para tu corazón? ¿No buscas un lugar para tu tesoro? Haz lo que puedas en la tierra: distribuye; no perderás, sino que guardarás. ¿Y quién lo guarda? Cristo, que también te guarda. ¿Sabe guardarte a ti, y no sabe guardar tu tesoro? ¿Por qué quiere que

cambies el lugar de tu tesoro, sino para que cambies el lugar de tu corazón? Porque nadie piensa sino en su tesoro. ¿Cuántos hay aquí que me escuchan ahora, y su corazón no está sino en sus bolsillos? Están en la tierra, porque en la tierra está lo que aman: envíenlo al cielo, y allí estará su corazón. Porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón (Mateo VI, 21).

EXPOSICIÓN DEL SALMO XCI.

SERMON.

1. Prestad atención al Salmo: que el Señor nos conceda abrir los misterios que aquí se contienen; ya que, debido al hastío de los ánimos, se tratan de manera diversa y variada. Pues Dios no nos enseña otro cántico que el de la fe, la esperanza y la caridad: para que nuestra fe sea firme en él, mientras no lo vemos, creyendo en aquel a quien no vemos, para que nos regocijemos cuando lo veamos, y a nuestra fe suceda la apariencia de su luz, donde ya no se nos dirá, Cree lo que no ves; sino, regocíjate porque ves. Que nuestra esperanza también sea inmutable, y esté fijada en él, y no vacile ni fluctúe, no se agite; así como el mismo Dios en quien está fijada, no puede ser agitado. Pues ahora se llama esperanza; entonces no será esperanza, sino realidad. Porque se llama esperanza mientras no se ve lo que se espera, como dice el Apóstol: La esperanza que se ve, no es esperanza: porque lo que uno ve, ¿por qué esperarlo? Pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos (Rom. VIII, 24-25). Ahora, pues, es necesaria la paciencia, mientras llega lo que se ha prometido. Nadie es paciente en los bienes. Cuando se exige paciencia de un hombre, es en los males: cuando se dice, Sé paciente, soporta, aguanta, hay molestia, bajo la cual Dios quiere que seas fuerte, tolerante, longánime, paciente. Pero, ¿acaso engaña quien prometió? El médico saca el bisturí para cortar las heridas, y le dice al que va a cortar, Sé paciente, soporta, aguanta: en los dolores exige paciencia, pero después de los dolores promete salud. Y aquel que soporta los dolores bajo el bisturí del médico, si no se propone la salud, que aún no tiene, desfallece en el dolor que padece. Hay, pues, muchos males en este mundo, dentro, fuera; no cesan en absoluto, abundan los escándalos: nadie los siente, sino quien camina por el camino de Dios. A él se le dice en todas las páginas divinas, que soporte lo presente, espere lo futuro, ame a quien no ve, para que lo abrace cuando lo vea. Porque la caridad, que se nos une como tercera junto a la fe y la esperanza, es mayor que la fe y la esperanza (I Cor. XIII, 13): porque la fe es de cosas que no se ven; pero habrá apariencia cuando sean vistas: y la esperanza es de lo que no se tiene; cuando llegue la misma cosa, ya no será esperanza, porque tendremos, no esperaremos: pero la caridad no sabe sino crecer más y más. Pues si amamos a quien no vemos, ¿cómo amaremos cuando lo veamos? Que nuestro deseo, pues, crezca. No somos cristianos, sino por el mundo futuro: que nadie espere bienes presentes, que nadie se prometa la felicidad del mundo, porque es cristiano; sino que use la felicidad presente, como pueda, cuando pueda, cuanto pueda. Cuando esté presente, dé gracias a Dios por la consolación: cuando falte, dé gracias a Dios por la justicia. Que sea agradecido en todo lugar, en ningún lugar ingrato: y sea agradecido al Padre que consuela y halaga; y al Padre que corrige y azota y da disciplina; porque él siempre ama, ya sea que alague o amenace: y diga lo que escuchasteis en el Salmo, Bueno es confesar al Señor, y cantar salmos a tu nombre, Altísimo.

2. [vers. 1.] El título del Salmo dice, Salmo de cántico para el día del sábado. He aquí que también hoy es día de sábado: en el tiempo presente, los judíos lo celebran con un ocio corporalmente lánguido, flojo y lujurioso. Se dedican a las trivialidades; y cuando Dios ordenó el sábado (Éxodo XX, 8), ellos ejercen el sábado en lo que Dios prohíbe. Nuestra vacación de las malas obras, es la vacación de ellos de las buenas obras. Pues es mejor arar que bailar. Ellos se abstienen de la obra buena; no se abstienen de la obra trivial. Dios nos

impone el sábado. ¿Qué tipo? Primero, ve dónde está. Está dentro, en el corazón está nuestro sábado. Pues muchos descansan con sus miembros, y su conciencia está tumultuosa. Ningún hombre malo puede tener sábado: pues su conciencia no descansa en ningún lugar; necesariamente vive en perturbaciones. Pero aquel cuya conciencia es buena, está tranquilo; y esa tranquilidad es el sábado del corazón. Pues atiende al Señor que promete; y si trabaja en el presente, se extiende con la esperanza del futuro, y se disipa toda nube de tristeza; como dice el Apóstol, Gozosos en la esperanza (Rom. XII, 12). Y ese gozo en la tranquilidad de nuestra esperanza, es nuestro sábado. Esto se recomienda, esto se canta en este salmo, cómo debe ser el hombre cristiano en el sábado de su corazón, es decir, en la vacación y tranquilidad y serenidad de su conciencia no perturbada. Aquí dice de lo que suelen perturbarse los hombres, y te enseña a hacer sábado en tu corazón.

3. [vers. 2.] Lo primero es que tú mismo, si has progresado en algo, confieses a Dios por lo que has progresado, porque son sus dones, no tus méritos. Comienza el sábado no atribuyéndote a ti mismo como si no hubieras recibido lo que has recibido; ni excusándote de lo que haces mal, porque esas cosas son tuyas. Pues los hombres perversos y perturbados, que no hacen sábado, atribuyen sus males a Dios, sus bienes a sí mismos. Si hace algo bueno, dice: Yo lo hice. Si hace algo malo, busca a quién culpar, para no confesar a Dios. ¿Y qué es, Busca a quién culpar? Si no es muy impío, tiene a mano a Satanás a quien culpar: Satanás lo hizo, dice, él me persuadió: como si Satanás tuviera el poder de obligar. Tiene la astucia de persuadir. Pero si Satanás hablara, y Dios callara, tendrías de qué excusarte: ahora tus oídos están puestos entre Dios que amonesta, y la serpiente que sugiere. ¿Por qué se inclinan aquí, se apartan de aquí? Satanás no cesa de persuadir al mal; pero tampoco Dios cesa de amonestar al bien. Pero Satanás no obliga al que no quiere: está en tu poder consentir o no consentir. Si haces algo malo persuadido por Satanás; deja a Satanás, acúsate a ti mismo, para que con tu acusación merezcas la misericordia de Dios. ¿Buscas acusar a aquel que no tiene perdón? Acúsate a ti mismo, y recibirás indulgencia. Además, muchos no acusan a Satanás, sino que acusan al destino. Mi destino me llevó, dice. Cuando le preguntas, ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué pecaste? Y él: Por mi mal destino. Para no decir, Yo lo hice, ya extiende las manos a Dios; la lengua blasfema. Aún no lo dice abiertamente, pero presta atención, y verás que lo dice. Le preguntas qué es el destino; y dice, Estrellas malas. Le preguntas quién hizo las estrellas, quién ordenó las estrellas; no tiene qué responderte, sino Dios. Entonces queda que, ya sea a través de una reja, o a través de una caña larga, o a través de un intermediario, acuse a Dios; y cuando Dios castiga los pecados, haga a Dios autor de sus pecados. Pues no puede ser que castigue lo que hizo: castiga lo que haces, para liberar lo que hizo. Pero a veces, dejando a todos, van directamente a Dios; y cuando pecan, dicen: Dios lo quiso; si Dios no quisiera, no pecaría. ¿Para esto amonesta, para que no solo no se le escuche para no pecar, sino que se le acuse porque pecas? ¿Qué nos enseña, pues, este salmo? Bueno es confesar al Señor. ¿Qué es confesar al Señor? En ambas cosas, tanto en tu pecado, porque tú lo hiciste, como en la buena obra, confiesa al Señor, porque él lo hizo. Entonces cantarás salmos al nombre del Dios altísimo: buscando la gloria de Dios, no la tuya; su nombre, no el tuyo. Pues si buscas el nombre de Dios, él también busca tu nombre: pero si tú descuidas el nombre de Dios, él borra también tu nombre. ¿Cómo dije, Busca tu nombre? Como dijo a sus discípulos cuando regresaron, después de enviarlos a evangelizar. Cuando hicieron muchos milagros, y en el nombre de Cristo expulsaron demonios, regresaron diciendo: Señor, he aquí que los demonios se nos someten. Dijeron, en tu nombre; pero él vio en ellos que se regocijaban con esa glorificación, y se exaltaban, y de ahí iban al orgullo, porque se les permitió expulsar demonios. Vio que buscaban su propia gloria, y les dijo, buscando él mismo, más bien conservando sus nombres con él: No os regocijéis en esto; regocijaos más bien de que vuestros nombres están escritos en el cielo (Lucas X, 17, 20). He aquí donde

tienes tu nombre, si no descuidas el nombre de Dios. Canta, pues, al nombre de Dios, para que tu nombre esté fijo ante Dios. Pero, ¿qué es cantar, hermanos? El salterio es un tipo de instrumento; tiene cuerdas. Nuestra obra es nuestro salterio: quienquiera que con sus manos hace buenas obras, canta a Dios; quienquiera que con su boca confiesa, canta a Dios. Canta con la boca, canta con las obras. ¿Para qué?

4. [vers. 3.] Para anunciar por la mañana tu misericordia, y tu verdad por la noche. ¿Qué significa que por la mañana se debe anunciar la misericordia de Dios, y por la noche la verdad de Dios? Se dice por la mañana, cuando nos va bien: se dice noche, cuando hay tristeza de tribulación. ¿Qué dijo, pues, brevemente? Cuando te va bien, alégrate en Dios, porque es su misericordia. Ya tú dirías: Si me alegro en Dios, cuando me va bien, porque es su misericordia; cuando estoy en tristeza, en tribulación, ¿qué hago? Es su misericordia, cuando me va bien; ¿es entonces su crueldad, cuando me va mal? Si alabo la misericordia, cuando me va bien; ¿reprocharé entonces la crueldad, cuando me va mal? No. Pero cuando te va bien, alaba la misericordia; cuando te va mal, alaba la verdad: porque castiga los pecados, no es injusto. Daniel estaba en la noche, cuando oraba: pues estaba en la cautividad de Jerusalén, estaba bajo el poder de los enemigos. Entonces los santos sufrían muchos males: entonces él fue arrojado al foso de los leones, entonces los tres jóvenes fueron precipitados al fuego (Dan. VI, III). Esto sufría el pueblo de Israel en la cautividad: era noche. Por la noche confesaba Daniel la verdad de Dios; decía en la oración, Hemos pecado, hemos actuado impíamente, hemos hecho iniquidad: a ti, Señor, la gloria, a nosotros la confusión (Dan. IX, 5, 7). Anunciaba la verdad de Dios por la noche. ¿Qué es anunciar la verdad de Dios por la noche? No acusar a Dios, porque sufres algo malo; sino atribuirlo a tus pecados, a su corrección: Para anunciar por la mañana su misericordia, y su verdad por la noche. Cuando anuncias la misericordia por la mañana, y la verdad por la noche, siempre alabas a Dios, siempre confiesas a Dios, y cantas salmos a su nombre.

5. [vers. 4.] En el salterio de diez cuerdas, con cántico en la cítara. Ya habéis oído sobre el salterio de diez cuerdas. El salterio de diez cuerdas significa los diez mandamientos de la Ley. Pero es necesario cantar en él, no solo llevar el salterio. Pues también los judíos tienen la Ley; la llevan, no cantan. ¿Quiénes son los que cantan? Los que obran. Es poco: los que obran con tristeza, aún no cantan. ¿Quiénes son los que cantan? Los que hacen el bien con alegría. Pues en el canto hay alegría. ¿Y qué dice el Apóstol? Porque Dios ama al dador alegre (II Cor. IX, 7). Lo que hagas, hazlo con alegría: entonces haces el bien y bien. Pero si lo haces con tristeza, se hace de ti, no lo haces; y más bien llevas el salterio, no cantas. En el salterio de diez cuerdas, con cántico en la cítara: esto es, con palabra y obra. Con cántico, palabra; en la cítara, obra. Si solo dices palabras, tienes solo el cántico, no tienes la cítara: si obras, y no hablas, tienes solo la cítara. Por eso, habla bien y obra bien, si quieres tener cántico con cítara.

6. [vers. 5.] Porque me has alegrado, Señor, con tu obra, y en las obras de tus manos me regocijaré. Veis lo que dice. Tú me has hecho vivir bien, tú me has formado: si hago algo bueno, me regocijaré en la obra de tus manos: como dice el Apóstol, Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras (Efesios II, 10). Pues si no te formara para buenas obras, no conocerías sino tus malas obras. Porque el que habla mentira, de lo suyo habla (Juan VIII, 44): esto dice el Evangelio. Todo pecado es mentira. Contra la ley y contra la verdad, cualquier cosa se llama mentira. Entonces, ¿qué dice? El que habla mentira, de lo suyo habla; es decir, el que peca, de lo suyo peca. Prestad atención a la sentencia contraria. Pues si el que habla mentira, de lo suyo habla; queda que el que habla verdad, de Dios habla. Por eso se dice en otro lugar: Dios es veraz; pero todo hombre es mentiroso (Romanos III, 4).

No se te dice en esta sentencia, Ve, miente seguro, porque eres hombre: más bien, mira que eres hombre, porque eres mentiroso; y para que seas veraz, bebe la verdad, para que hables de Dios, para que seas veraz. Porque de lo tuyo no puedes tenerla, queda que la bebas de donde fluye. Como si te alejas de la luz, estás en tinieblas: como la piedra no se calienta por sí misma, sino por el sol o el fuego, si la apartas del calor, se enfría; allí se muestra que lo que estaba caliente no era suyo; sino que se calentaba por el sol o el fuego: así también tú, si te alejas de Dios, te enfriarás; si te acercas a Dios, te calentarás; como dice el Apóstol, Fervientes en espíritu (Romanos XII, 11). También sobre la luz, ¿qué dice? Si te acercas a Él, estarás en la luz; por eso el salmo dice: Acercaos a Él, y seréis iluminados; y vuestros rostros no se avergonzarán (Salmo XXXIII, 5). Porque, por tanto, no puedes hacer nada bueno, a menos que seas iluminado por la luz de Dios y calentado por el Espíritu de Dios; cuando te veas obrando bien, confiesa a Dios, y di lo que dice el Apóstol, di a ti mismo para que no te ensalces: ¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido? (I Corintios IV, 7). Aquí, pues, confiesa a Dios y nos enseña una buena confesión, porque dice: Me has alegrado, Señor, con tu obra, y en las obras de tus manos me regocijaré.

7. ¿Qué hacemos con aquellos que viven mal y prosperan? De esto se perturba el ánimo de quien pierde el sábado: se ve a sí mismo diariamente en buenas obras, y trabajando en la angustia de las cosas, tal vez en la escasez de bienes familiares, tal vez en hambre y sed y desnudez, tal vez haciendo el bien en la cárcel, y aquel por quien fue enviado a la cárcel haciendo el mal y regocijándose; y entra en su corazón un mal pensamiento contra Dios, y dice: Dios, ¿por qué te sirvo? ¿por qué obedezco tus palabras? No he robado lo ajeno, no he cometido hurto, no he matado a nadie, no he codiciado la propiedad de nadie, no he dado falso testimonio contra nadie, no he injuriado a mi padre o madre, no me he inclinado ante ídolos, no he tomado el nombre del Señor Dios en vano: me he guardado del pecado. Enumera las diez cuerdas, es decir, los diez mandamientos de la Ley (Éxodo XX, 1-17), y se interroga a sí mismo según cada uno, y ve que no ha pecado, ni en uno; y se entristece porque sufre tales males. Y aquellos que, no digo, tocan algunas cuerdas, sino que ni siquiera tocan el salterio, y no hacen nada bueno, consultan ídolos: y tal vez parecen cristianos cuando nada malo le sucede a su casa; pero cuando hay alguna tribulación allí, corren al adivino, o al hechicero, o al astrólogo. Se le dice el nombre de Cristo; se burla, tuerce la boca. Se le dice: Fiel, ¿consultas al astrólogo? Y él: Aléjate de mí: él me reveló mis cosas; de lo contrario, las habría perdido, y habría quedado en llanto. Hombre bueno, ¿no te marcas con la señal de la cruz de Cristo? Y la ley prohíbe todas estas cosas. Te alegras porque encontraste tus cosas; ¿no estás triste porque te perdiste a ti mismo? ¿Cuánto mejor sería que tu túnica se perdiera que tu alma? Se burla de todo esto; es contumaz con sus padres, odia al enemigo, lo persigue hasta la muerte, roba donde encuentra ocasión, no cesa de dar falso testimonio, acecha el matrimonio ajeno, codicia la propiedad de su prójimo: hace todas estas cosas, y florece en riquezas, en honores, en la excelencia de este mundo. Lo ve aquel pobre que obra bien y sufre males; se perturba y dice: Dios, creo que los malos te agradan, y odias a los buenos, amas a los que hacen iniquidad. Si se conmueve, y consiente en ese pensamiento, perderá el sábado del corazón: ya no empieza a atender a este salterio; se desvía de él, canta en vano, Bueno es confesar al Señor, y cantar salmos a tu nombre, Altísimo. Ya perdido el sábado del hombre interior y excluida la quietud del corazón, y rechazada la buena reflexión, ya empieza a imitar a aquel que ve florecer en el mal; y él mismo se convierte a hacer el mal. Pero Dios es paciente, porque es eterno, y conoce el día de su juicio, donde examina todo.

8. [vers. 6.] ¿Qué nos enseña diciendo? ¡Cuán magnificadas son tus obras, Señor! Muy profundas son tus reflexiones. En verdad, hermanos míos, ningún mar es tan profundo como

este pensamiento de Dios, que los malos florezcan y los buenos sufran: nada tan profundo, nada tan alto; allí naufraga todo infiel, en esta profundidad, en este abismo. ¿Quieres atravesar esta profundidad? No te apartes del madero de Cristo; no te hundirás: aférrate a Cristo. ¿Qué es lo que digo, aférrate a Cristo? Por eso quiso Él mismo sufrir en la tierra. Oísteis, cuando se leía al profeta, que no apartó sus espaldas de los azotes, no apartó su rostro de los escupitajos de los hombres, no apartó su mejilla de las bofetadas de ellos (Isaías L, 6): ¿por qué quiso sufrir todo esto, sino para consolar a los que sufren? Y Él mismo podía resucitar su carne al final; pero tú que no lo viste, no tendrías en qué esperar: no retrasó su resurrección, para que tú no dudases aún. Por tanto, sufre y soporta las tribulaciones en el mundo, con el fin que contemplaste en Cristo; y no te conmuevan los que hacen el mal, y en este siglo florecen. Muy profundas son las reflexiones de Dios. ¿Dónde está la reflexión de Dios? Por ahora afloja las riendas; pero después las apretará. No te alegres por el pez que se regocija en su cebo; aún no ha tirado el anzuelo el pescador: pues ya tiene el anzuelo en sus fauces. Y lo que te parece largo, es breve: todo esto pasa rápidamente. ¿Qué es la larga vida del hombre comparada con la eternidad de Dios? ¿Quieres ser paciente? Mira la eternidad de Dios. Pues atiendes a tus pocos días, y en tus pocos días quieres que se cumpla todo. ¿Qué todo? Que sean condenados todos los impíos, y coronados todos los buenos. ¿Quieres que esto se cumpla en tus días? Dios lo cumplirá en su tiempo. ¿Por qué te cansas y te afliges? Él es eterno; tarda, es paciente: pero tú dices, Por eso no soy paciente, porque soy temporal. Pero lo tienes en tu poder: une tu corazón a la eternidad de Dios, y con Él serás eterno. ¿Qué se ha dicho de los temporales? Toda carne es hierba, y toda la gloria de la carne como flor de hierba: la hierba se seca, y la flor se cae (Isaías XL, 6-8). Todo, pues, se seca y cae; no así la palabra: Porque la palabra del Señor permanece para siempre. Pasa la hierba, pasa la gloria de la hierba; pero tienes a qué aferrarte: La palabra del Señor permanece para siempre. Di, pues, a Él: Muy profundas son tus reflexiones. Te aferraste al madero, pasas por esta profundidad. ¿Ves algo allí? ¿Entiendes algo allí? Entiendo, dices: Si eres cristiano, y bien instruido, dices: Dios reserva todo para su juicio. Los buenos sufren, porque son castigados como hijos: los malos se regocijan, porque son condenados como extraños. Un hombre tiene dos hijos; a uno lo castiga, al otro lo deja: uno hace el mal, y no es corregido por el padre; el otro, tan pronto como se mueve, es golpeado, azotado. ¿Por qué uno es dejado, y el otro es golpeado, sino porque a este que es golpeado se le reserva la herencia, pero el que es dejado es desheredado? Ve que no tiene esperanza, y lo deja hacer lo que quiera. Pero el niño que es azotado, si no tiene corazón, y es imprudente y necio, se alegra por su hermano que no es golpeado; y gime por sí mismo, y dice en su corazón: Mi hermano hace tanto mal, hace lo que quiere contra los preceptos de mi padre, y nadie le dice una palabra dura; yo, tan pronto como me muevo, soy golpeado. Es necio, es imprudente; atiende a lo que sufre, no atiende a lo que se le reserva.

9. [vers. 7, 8.] Por eso, cuando dijo, Muy profundas son tus reflexiones; añadió inmediatamente, El hombre imprudente no conocerá, y el necio no entenderá esto. ¿Qué son las cosas que el necio no entenderá, y que el imprudente no conocerá? Cuando los pecadores brotan como hierba. ¿Qué es, como hierba? Verdecen cuando es invierno; pero se secarán en verano. Atiendes a la flor de la hierba. ¿Qué pasa más rápido? ¿Qué es más brillante? ¿qué más verde? No te deleite su verdor, sino teme su sequedad. Oíste que los pecadores son como hierba, escucha también a los justos: Porque he aquí. Por ahora, ve a los pecadores; como hierba florecen, bien: pero ¿quiénes son los que no conocen? Los necios e imprudentes. Cuando los pecadores brotan como hierba, y miran todos los que obran iniquidad. Todos los que en su corazón no sienten rectamente acerca de Dios, miran a los pecadores brotar como hierba, es decir, florecer por un tiempo. ¿Por qué los miran? Para que perezcan para siempre. Pues atienden a su flor temporal, los imitan, y queriendo florecer con ellos por un tiempo, perecen para siempre: esto es, Para que perezcan para siempre.

10. [vers. 9, 10.] Pero tú, Altísimo, eres para siempre, Señor. Esperando desde lo alto de tu eternidad cuando pase el tiempo de los inicuos, y venga el tiempo de los justos. Porque he aquí. Prestad atención, hermanos. Ya también el que habla (pues habla en nuestra persona, habla en la persona del cuerpo de Cristo: porque Cristo habla en su cuerpo, es decir, en su Iglesia), ya se ha unido a la eternidad de Dios: como os decía hace poco, Dios es paciente y tolerante, soporta todas estas cosas malas que ve hacer a los malos. ¿Por qué? Porque es eterno, y ve lo que les reserva. ¿Quieres tú también ser paciente y tolerante? Únete a la eternidad de Dios; espera con Él lo que está debajo de ti: pues cuando tu corazón se adhiera al Altísimo, todas las cosas mortales estarán debajo de ti; y di lo que sigue, Porque he aquí tus enemigos perecerán. Los que ahora florecen, después perecerán. ¿Quiénes son los enemigos de Dios? Hermanos, ¿acaso pensáis que solo son enemigos de Dios los blasfemos? También lo son, y son atroces aquellos que no se abstienen de injuriar a Dios ni con palabras ni con pensamientos malos. ¿Y qué hacen al Dios excelso, eterno? Si golpeas una columna con el puño, te lastimas: ¿y piensas que blasfemando a Dios no te desgarras? pues no haces nada a Dios. Pero los enemigos de Dios son abiertamente blasfemadores, y diariamente se encuentran ocultos. Guardaos de tales enemistades con Dios. Pues algunos enemigos ocultos de Dios los revela la Escritura; para que, ya que no puedes conocerlos con tu corazón, los conozcas en la Escritura de Dios, y te guardes de ser hallado con ellos. Abiertamente dice Santiago en su Epístola: ¿No sabéis que el amigo de este mundo se constituye enemigo de Dios? (Santiago IV, 4). Has oído. ¿No quieres ser enemigo de Dios? No seas amigo de este mundo: pues si eres amigo de este mundo, serás enemigo de Dios. Así como no puede una esposa ser adúltera, sin ser enemiga de su marido: así el alma adúltera por amor a las cosas mundanas, no puede sino ser enemiga de Dios. Teme, pero no ama: teme el castigo, no se deleita en la justicia. Por tanto, enemigos de Dios son todos los amantes del mundo, todos los buscadores de vanidades, todos los consultores de adivinos, astrólogos, hechiceros. Entren en las iglesias, no entren en las iglesias; son enemigos de Dios. Pueden florecer por un tiempo como hierba; pero perecerán, cuando Él comience a mirar, y traiga su juicio sobre toda carne. Únete a la Escritura de Dios, y di eso con este salmo: Porque he aquí tus enemigos perecerán. No seas hallado allí, donde perecerán. Y se dispersarán todos los que obran iniquidad.

11. [vers. 11.] ¿Qué de ti que ahora sufres, si los enemigos de Dios perecerán, y se dispersarán todos los que obran iniquidad? tú que entre estos escándalos, entre las iniquidades humanas gimes, que te tribulas en la carne, pero te alegras en el corazón, ¿qué de ti? ¿qué esperanza tienes, oh cuerpo de Cristo? Oh Cristo, que en los cielos estás sentado a la derecha del Padre, pero con tus pies y miembros sufres en la tierra, y dices, Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? (Hechos IX, 4) ¿qué esperanza tendrás, si los enemigos de Dios perecerán, y se dispersarán todos los que obran iniquidad? ¿qué será para ti? Y se exaltará como el unicornio mi cuerno. ¿Por qué dijo, como el unicornio? A veces el unicornio significa soberbia, a veces el unicornio significa la exaltación de la unidad: porque la unidad será exaltada, todas las herejías con los enemigos de Dios perecerán. Y se exaltará como el unicornio mi cuerno. ¿Y cuándo será? Y mi vejez en misericordia abundante. ¿Qué dijo, mi vejez? Mis últimos tiempos. Así como en nuestras edades la vejez es lo último; así todo esto que ahora sufre el cuerpo de Cristo en trabajos, en aflicciones, en vigilias, en hambre, en sed, en escándalos, en iniquidades, en presiones, es su juventud: su vejez, es decir, sus últimos tiempos serán en alegría. Y preste atención vuestra Caridad, porque dijo vejez, para que no penséis también en muerte: pues el hombre en la carne envejece para morir. La vejez de la Iglesia será blanca por las buenas obras, pero no se corromperá por la muerte. Lo que es la cabeza del anciano, eso serán nuestras obras. Veis cómo se encanece la cabeza, y se blanquea, cuanto más avanza la vejez. Quien bien envejece en su orden, buscas en su cabeza un cabello negro, y no lo

encuentras: así cuando nuestra vida sea tal, que se busque la negrura de los pecados, y no se encuentre; esta vejez es juvenil, esta vejez es verde, siempre florecerá. Oísteis del heno de los pecadores, escuchad de la vejez de los justos: La vejez en mi misericordia abundante.

12. [vers. 12.] Y miró mi ojo en mis enemigos. ¿A quiénes llama sus enemigos? A todos los que obran iniquidad. No atiendas porque es tu amigo el iniquo: que incurra en un negocio, y allí lo pruebas. Empiezas a venir contra su iniquidad, y allí verás, que cuando te adulaba, era enemigo; pero aún no habías tocado, no para que se instituyera en el corazón lo que no era, sino para que estallara lo que era. Y miró mi ojo en mis enemigos; y en los que se levantan contra mí malignamente, oirá mi oído. ¿Cuándo? En la vejez. ¿Qué es, en la vejez? En lo último. ¿Y qué oirá nuestro oído? Estando a la derecha oiremos lo que se dirá a los que están a la izquierda: Id al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles (Mateo XXV, 41). De este mal oído el justo no temerá. Sabéis que se ha dicho en cierto salmo: En memoria eterna será el justo; del mal oído no temerá (Salmo CXI, 7). ¿De qué mal oído? Id al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles. Y en los que se levantan contra mí malignamente, oirá mi oído.

13. [vers. 13.] Pasa la hierba, pasa la flor de los pecadores: ¿qué de los justos? El justo florecerá como la palma. Ellos brotan como hierba; el justo florecerá como la palma. En la palma significó altura. Tal vez también significó en la palma, porque en sus últimos tiempos es hermosa; para que tomes su inicio desde la tierra, su fin en la cima, donde tiene toda su hermosura: la raíz áspera parece en la tierra, la hermosa copa está bajo el cielo. Por tanto, también tu hermosura estará en el fin. Tu raíz esté fija: pero hacia arriba tenemos nuestra raíz. Pues nuestra raíz es Cristo, que ascendió al cielo. El humillado será exaltado. Como el cedro en el Líbano, se multiplicará. Ved qué árboles dijo: El justo florecerá como la palma; como el cedro en el Líbano, se multiplicará. ¿Acaso cuando sale el sol, se seca la palma? ¿acaso se seca el cedro? Pero cuando el sol candente alguna vez ha sido, se seca la hierba. Vendrá, pues, el juicio, para que se sequen los pecadores, y reverdezcan los fieles. Como el cedro en el Líbano, se multiplicará.

14. [vers. 14-16.] Plantados en la casa del Señor, florecerán en los atrios de la casa de nuestro Dios. Aún se multiplicarán en la vejez fecunda: y estarán tranquilos, para anunciar. Este es el sábado que os recomendé hace poco, de donde el Salmo tiene su título. Estarán tranquilos, para anunciar. ¿Por qué anuncian tranquilos? No los mueve la hierba de los pecadores: el cedro y la palma no se doblan en las tempestades. Por tanto, estén tranquilos, para anunciar: y verdaderamente, porque ahora se debe anunciar incluso a los hombres que se burlan. ¡Oh, miserables hombres amantes del mundo! os anuncian los que están plantados en la casa del Señor; los que confiesan al Señor en canto y cítara, en palabra y obra, os anuncian y os dicen: No os dejéis seducir por la felicidad de los inicuos, no atendáis a la flor de la hierba; no atendáis a los que son felices por un tiempo, eternamente miserables. Ni esa felicidad que ahora parece exterior es verdadera; ni en el corazón son felices, porque son atormentados por una mala conciencia. Pero tú, sé tranquilo, esperando en las promesas del Señor tu Dios. ¿Qué anunciarás en tranquilidad? Que el Señor Dios es recto, y no hay iniquidad en Él. Atended, hermanos, si estáis plantados en la casa del Señor, si queréis florecer como la palma, y multiplicaros como el cedro del Líbano, y no secaros como la hierba al sol ardiente; como aquellos que parecen florecer con el sol ausente. Si, por tanto, no queréis ser hierba, sino palma y cedro, ¿qué anunciaréis? Que el Señor Dios es recto, y no hay iniquidad en Él. ¿Cómo no hay iniquidad? Hace tantos males; está sano, tiene hijos, una casa llena, abunda en gloria, es exaltado con honores, se venga de sus enemigos, y comete todos los males: otro inocente en sus asuntos, no robando lo ajeno, no haciendo mal a nadie, sufre en cadenas, en

cárceles, en la pobreza se agita y suspira. ¿Cómo no hay iniquidad en Él? Sé tranquilo, y entenderás; pues te perturbas, y en tu habitación oscureces la luz para ti. Dios eterno quiere irradiar para ti; no te hagas nublado por la perturbación. Sé tranquilo en ti, y ve lo que te digo. Porque Dios es eterno, porque ahora perdona a los malos, llevándolos al arrepentimiento; castiga a los buenos, instruyéndolos para el reino de los cielos; no hay iniquidad en Él: no temas. He aquí que yo he sido castigado tanto, es manifiesto, lo confieso, he pecado -pues no digo que soy justo. Esto dicen muchos. Cuando alguien está en alguna miseria, en dolores, entras a consolarlo: y él, He pecado, lo confieso, son mis pecados, los reconozco; pero, ¿acaso he pecado tanto como él? Yo sé cuánto ha hecho él, yo sé cuánto ha cometido: mis pecados son, los confieso a Dios, pero son menores que los de él; y he aquí que él no sufre ningún mal. No te turbes, sé tranquilo, para que sepas que el Señor es recto, y no hay iniquidad en Él. ¿Qué, si te castiga ahora para que no te reserve el fuego eterno? ¿Qué, si a él lo deja ahora porque escuchará, Id al fuego eterno? Pero, ¿cuándo? Cuando tú estés puesto a la derecha, entonces se dirá a los puestos a la izquierda: Id al fuego eterno, que está preparado para el diablo y sus ángeles. No te muevan, por tanto, estas cosas: sé tranquilo, guarda el sábado, y anuncia que el Señor Dios es recto, y no hay iniquidad en Él.

EN LA EXPLICACIÓN DEL SALMO XCII.

SERMON A LA PLEBE.

1. Hemos escuchado el título de este Salmo cuando fue pronunciado; y lo que significa, de la Escritura de Dios, esto es, del libro del Génesis, no es difícil de conocer: pues en el título como que se nos advierte en el umbral qué debemos buscar dentro. Está inscrito así: Alabanza del cántico de David, en el día antes del sábado, cuando fue fundada la tierra. Recordando, por tanto, a través de todos los días lo que hizo Dios, cuando creó y ordenó todas las cosas desde el primer día hasta el sexto día (pues el séptimo lo santificó, porque en él descansó después de todas las obras, que hizo muy buenas), encontramos que en el sexto día hizo (que es el día aquí conmemorado, porque dice, antes del sábado) todos los animales en la tierra: luego, en ese mismo día hizo al hombre a su imagen y semejanza. Pero no sin razón esos días están ordenados así, sino porque también las edades habrían de transcurrir así, antes de que descansemos en Dios. Entonces descansaremos, si hacemos obras buenas. Para este ejemplo está escrito de Dios, Descansó Dios el séptimo día, cuando hizo todas las obras muy buenas (Gén. I, y II, 1-3). Pues no se fatigó, para descansar, ni ahora no obra; cuando abiertamente el Señor Cristo dice: Mi Padre hasta ahora trabaja (Juan V, 17). Dice eso a los judíos, que pensaban carnalmente de Dios, ni entendían que Dios obra con quietud, y siempre obra, y siempre está en reposo. Por tanto, también nosotros, a quienes Dios quiso figurar en sí mismo entonces, después de todas las obras buenas tendremos descanso. Y ciertamente nuestras obras buenas, hermanos, que aquí obramos en el mundo antes del descanso, son como con trabajo; y ese descanso está en esperanza, aún no se tiene en realidad: y si no estuviera en esperanza, desfalleceríamos en el trabajo; pero pasan las obras laboriosas y buenas. Pues, ¿qué hay tan bueno como dar pan al hambriento? y lo que escuchábamos ahora, cuando se leía el Evangelio, ¿qué hay tan bueno como lo que advertía en general, Todo el que tiene dos túnicas, dé al que no tiene; y el que tiene alimentos, alimente al hambriento (Luc. III, 11)? Vestir al desnudo, es una buena obra: ¿acaso siempre será esta obra buena? Tiene algo de trabajo, pero tiene consuelo en la esperanza del futuro descanso. ¿Cuánto trabajo tiene el que viste al desnudo? La buena obra no trabaja mucho: la mala obra tiene trabajo. Pues el que viste al desnudo, si tiene con qué hacerlo, no trabaja: si no tiene con qué hacerlo, Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad (Id. II, 14). Pero el que quiere despojar al vestido, ¿cuánto trabaja, quién lo cuenta? Y sin embargo, también estas cosas pasarán, cuando lleguemos a ese descanso, donde nadie tiene hambre

para ser alimentado, nadie está desnudo para ser vestido. Por eso, porque también estas obras buenas pasarán, y este sexto día, cuando se perfeccionan las obras muy buenas, tiene tarde. Pero en el sábado no encontramos que haya tarde, porque nuestro descanso no tendrá fin: pues la tarde se pone por el fin. Así como en el sexto día Dios hizo al hombre a su imagen; así encontramos que en el sexto siglo vino el Señor Jesucristo, para que el hombre fuera reformado a la imagen de Dios. Pues el primer tiempo, como el primer día, desde Adán hasta Noé: el segundo tiempo, como el segundo día, desde Noé hasta Abraham: el tercer tiempo, como el tercer día, desde Abraham hasta David: el cuarto tiempo, como el cuarto día, desde David hasta la deportación a Babilonia: el quinto tiempo, como el quinto día, desde la deportación a Babilonia hasta la predicación de Juan. El sexto día ya se lleva a cabo desde la predicación de Juan hasta el fin, y después del fin del sexto día llegamos al descanso. Ahora, por tanto, se lleva a cabo el sexto día. Si se lleva a cabo el sexto día, ved qué tiene el título: En el día antes del sábado, cuando fue fundada la tierra. Ya escuchemos el mismo Salmo; interroguemos cómo fue fundada la tierra, no sea que entonces fue hecha la tierra: ni en el Génesis leemos así. ¿Cuándo, por tanto, fue fundada la tierra? ¿Cuándo, sino cuando se hace lo que se leyó ahora en el Apóstol: Si permanecéis en la fe, dice, estables e inamovibles (I Cor. XV, 58)? Cuando todos los que creen en toda la tierra son inamovibles en la fe, la tierra está fundada: entonces se hace el hombre a la imagen de Dios. Lo que significa aquel sexto día del Génesis. Pero, ¿cómo lo hizo Dios? ¿cómo fue fundada la tierra? Cristo vino, para fundar la tierra. Pues nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, que es Cristo Jesús (Id. III, 11). De Él, por tanto, canta el Salmo:

2. [vers. 1.] El Señor reinó, se vistió de hermosura; se vistió; el Señor de fortaleza, y se ciñó. Vemos que se vistió de dos cosas, de hermosura y de fortaleza. ¿Para qué, sin embargo? Para fundar la tierra. Pues sigue: Y en verdad afirmó el orbe de la tierra, que no se moverá. ¿De dónde afirmó? Porque se vistió de hermosura. No afirmaría, si solo se vistiera de hermosura, no también de fortaleza. ¿Por qué, por tanto, hermosura? ¿por qué fortaleza? Pues dijo ambas cosas: El Señor reinó, se vistió de hermosura; se vistió el Señor de fortaleza; y se ciñó. Sabéis, hermanos, que nuestro Señor cuando vino en carne, a aquellos a quienes predicaba el Evangelio del reino, a unos les agradaba, a otros les desagradaba. Pues se dividieron las lenguas de los judíos contra sí: Unos decían, Que es bueno; otros decían, No, sino que engaña a las multitudes (Juan VI, 12). Unos, por tanto, hablaban bien; otros detractaban, laceraban, mordían, se burlaban. A aquellos, por tanto, a quienes agradaba, se vistió de hermosura: a aquellos a quienes desagradaba, se vistió de fortaleza. Imita, por tanto, también tú a tu Señor, para que puedas ser su vestidura: sé con hermosura a aquellos a quienes agradan tus buenas obras; sé fuerte contra los detractores. Escucha al apóstol Pablo imitando a su Señor, cómo también él tuvo hermosura, tuvo fortaleza. Somos buen olor de Cristo, dice, en todo lugar, y en los que se salvan, y en los que perecen. Pues a quienes agrada lo bueno, se salvan; quienes detractan lo bueno, perecen. Lo que era suyo, él tenía buen olor; más bien era buen olor: pero ¡ay de los miserables que también con buen olor mueren! Pues no dijo, A ellos somos buen olor, a ellos somos mal olor; sino, Somos buen olor de Cristo, dice, en todo lugar, y en los que se salvan, y en los que perecen. Inmediatamente añadió, A unos ciertamente somos olor de vida para vida, a otros olor de muerte para muerte (II Cor. II, 14-16). A quienes era olor de vida para vida, se había vestido de hermosura: a quienes era olor de muerte para muerte, se había vestido de fortaleza. Si, sin embargo, entonces te alegras, cuando los hombres te alaban, y les agradan tus buenas obras; pero cuando te vituperan, desfalleces en las buenas obras, y como que piensas que has perdido el fruto de las buenas, porque encuentras detractores: no has permanecido inamovible; no perteneces al orbe de la tierra, que no se moverá. El Señor se vistió de fortaleza, y se ciñó. De esa misma hermosura y fortaleza tiene otro lugar el apóstol Pablo: Por las armas de justicia a diestra y siniestra. Ve dónde la

hermosura, dónde la fortaleza: Por gloria, y deshonra. En la gloria hermoso, en la deshonra fuerte. En unos era glorioso predicado; en otros deshonroso despreciado. Traía hermosura a aquellos a quienes agradaba, fortaleza contra aquellos a quienes desagradaba. Y así enumera todo hasta el final, donde dice: Como no teniendo nada, y poseyéndolo todo (Id. VI, 7, 8, 10). Cuando lo posee todo, es hermoso; cuando no tiene nada, es fuerte. No es de extrañar, por tanto, si sigue, Y en verdad afirmó el orbe de la tierra, que no se moverá. Pues, ¿cómo no se moverá el orbe de la tierra? Cuando creen en Cristo todos los fieles, y están preparados para ambas cosas; alegrarse con los que alaban, ser fuertes contra los que vituperan; no ablandarse con las lenguas de los que alaban, ni quebrarse con las lenguas de los que vituperan.

3. Quizás también preguntemos sobre esta palabra, por qué dijo, se ciñó. La cincha significa obras: pues uno se ciñe cuando va a obrar. Pero, ¿por qué no dijo, Se ciñó; sino, se ciñó? Dice en otro salmo: Ciñe tu espada alrededor del muslo, poderoso; los pueblos caerán bajo ti (Sal. XLIV, 4, 6). Ni allí dijo, Ciñe, ni, ciñe, sino, ciñe: pues te ciñes cuando algo añades a tu costado por la cincha; por eso, Ciñe tu espada. La espada del Señor con la que conquistó el orbe de la tierra, matando la iniquidad, es el Espíritu de Dios en la verdad de la palabra de Dios. ¿Por qué se dice ciñe la espada alrededor del muslo? Por el muslo significa la carne. Pues de otro modo no conquistaría el Señor el orbe de la tierra, si no viniera en carne la espada de la verdad. ¿Por qué, por tanto, se ciñó? Quien se ciñe, pone algo delante de sí con lo que se ciñe: de donde se dijo, Se ciñó con un lienzo, y lavó los pies de sus discípulos. Pues cuando fue humilde, cuando se ciñó con un lienzo, lavó los pies de sus discípulos. Toda fortaleza está en la humildad; pues toda soberbia es frágil: por eso cuando hablaba de fortaleza, añadió, se ciñó; para que recuerdes a Dios ciñéndose humildemente, cuando lavó los pies de sus discípulos. Y Pedro se horrorizó de su Señor, su maestro (dije menos su maestro, cuando dije su Señor) inclinándose a sus pies, y lavándole los pies, se espantó, y dijo: Señor, no me lavarás los pies. Y Él: Lo que yo hago, no lo sabes ahora; lo sabrás después. Y él: No me lavarás los pies para siempre. Y Él: Si no te lavo, no tendrás parte conmigo. Quien primero Pedro se había espantado del Señor lavándole los pies, más se espantó, No tendrás parte conmigo; y creyó que no sin causa hacía eso el Señor, sino porque era algún fuerte sacramento, y dijo: Señor, no solo los pies, sino también la cabeza, y todo. Y Él: Quien está lavado una vez, no tiene necesidad de lavarse de nuevo, sino que está limpio todo. No, por tanto, pertenecía al sacramento como de limpieza, que les lavó los pies, sino al ejemplo de humildad: pues había dicho, Lo que yo hago, no lo sabes; lo sabrás después. Veamos si lo supieron después, veamos si les abrió lo que hacía, para que veamos al Señor ciñéndose de fortaleza; pues en la humildad está toda fortaleza. Cuando les lavó los pies, nuevamente se recostó, y les dijo: Me llamáis Maestro, y decís bien; pues lo soy: me llamáis Señor, y decís bien; pues lo soy: si, por tanto, yo vuestro Maestro y Señor os lavé los pies, ¿cómo debéis haceros unos a otros (Juan XIII, 4-15)? Si, por tanto, en la humildad está la fortaleza, no temáis a los soberbios. Los humildes son como la roca: la roca se ve abajo, pero es sólida. ¿Qué son los soberbios? Como el humo: y aunque son altos, se desvanecen. Por tanto, debemos referir a la humildad del Señor lo que se ciñó, según la conmemoración del Evangelio, que se ciñó, para lavar los pies a sus discípulos.

4. Hay otra cosa que podemos entender en esta palabra. Dijimos que quien se ciñe, pone delante de sí lo que se une a sí mismo, para ceñirse. Pues aquellos que nos detractan, a veces lo hacen en nuestra ausencia, como detrás de la espalda; a veces en la cara, como lo hacían al Señor colgado en la cruz, Si es hijo de Dios, descienda de la cruz (Mat. XXVII, 40): no necesitas fortaleza cuando alguien te detracta en ausencia, porque no oyes, ni sientes; pero si te lo dice en la cara, necesitas ser fuerte. ¿Qué es ser fuerte? Que soportes: no pienses que eres fuerte cuando escuchas, porque golpeas con el puño vencido por el insulto. No es esa

fortaleza, si insultado golpeas, pues has sido vencido por la ira: y es muy tonto llamar fuerte a un hombre vencido, cuando dice la Escritura, Mejor es el que vence la ira, que el que toma una ciudad (Prov. XVI, 32). Dijo mejor al vencedor de la ira, que al capturador de la ciudad. Tienes, por tanto, un gran adversario en ti mismo. Cuando escuchado el insulto la ira comienza a surgir, para devolver mal por mal, recuerda las palabras del Apóstol: No devolviendo mal por mal, ni maldición por maldición (I Ped. III, 9). Recordadas estas palabras, rompes la ira, mantienes la fortaleza; y porque te maldijo en la cara, no detrás de tu espalda, te ciñes con ella.

5. Ahora escuchemos lo demás: el Salmo es breve, "Porque Él ha afirmado el orbe de la tierra, que no será conmovido". Veis, hermanos, muchos creen en Cristo, es una gran multitud: y sin embargo, en esta gran multitud, habéis escuchado cuando se leía el Evangelio, que vendrá el Señor llevando la pala en su mano, y limpiará su era; almacenará el trigo en su granero, y quemará la paja con fuego inextinguible (Mateo III, 12). Por tanto, hay en toda la tierra tanto buenos como malos: los buenos son el grano, los malos la paja. Entra la trilla en la era: corta la paja, limpia el trigo. ¿Cuál es entonces el orbe de la tierra que no será conmovido? Ciertamente no lo diría, si no hubiera también un orbe de la tierra que será conmovido. Hay un orbe de la tierra que no será conmovido, y hay un orbe de la tierra que será conmovido. Porque también los buenos que son firmes en la fe son el orbe de la tierra; para que nadie diga, "Están en parte": y los malos, que no permanecen en la fe cuando sienten alguna tribulación, están por todo el orbe de la tierra. Por tanto, hay un orbe de la tierra móvil, y hay un orbe de la tierra inmóvil: del cual habla el Apóstol. Observa el orbe de la tierra móvil. Te ruego, ¿de quiénes hablaba el Apóstol, "De los cuales son Himeneo y Fileto, que se desviaron de la verdad, diciendo que la resurrección ya ha ocurrido, y trastornan la fe de algunos"? ¿Acaso estos pertenecían al orbe de la tierra que no será conmovido? sino que eran paja: "Y trastornan", dice, "la fe de algunos". No dijo, "De todos"; y si dijera "de todos", deberíamos entender a todos los que pertenecen a la ciudad de Babilonia, que ha de ser condenada con el diablo: sin embargo, dijo "la fe de algunos". Y como si se le dijera, "¿Y quién puede resistirles?" añadió inmediatamente: "El fundamento firme de Dios permanece". He aquí que tienes el orbe de la tierra que no será conmovido. Teniendo este sello. ¿Qué sello tiene el fundamento firme? "Conoce el Señor a los que son suyos". Este es el orbe de la tierra que no será conmovido: "Conoce el Señor a los que son suyos". ¿Y qué sello tiene? "Y apártese de la injusticia todo aquel que invoca el nombre del Señor" (II Tim. II, 17-19). Ahora apártese de la iniquidad: porque de los inicuos no puede apartarse, ya que la paja está mezclada con el trigo hasta que sea aventada. ¿Qué decimos, hermanos? Y en la misma era, es una cosa maravillosa del trigo: se aparta de la paja cuando se limpia; y no se aparta de la era cuando se trilla. ¿Cuándo será completamente separado? Cuando venga el aventador. Por tanto, ahora la era está en el orbe de la tierra: es necesario que, si avanzas, vivas entre los inicuos. No puedes apartarte de los inicuos; apártate de la iniquidad. Apártese de la iniquidad todo aquel que invoca el nombre del Señor; y estará en el orbe de la tierra que no será conmovido.

6. [vers. 2.] Tu trono está preparado desde entonces, Dios. Desde entonces, ¿qué significa? Desde entonces. Como si dijera, ¿Cuál es el trono de Dios? ¿dónde se sienta Dios? En sus santos. ¿Quieres ser el trono de Dios? Prepara un lugar en tu corazón donde Él se siente. ¿Cuál es el trono de Dios, sino donde habita Dios? ¿Dónde habita Dios, sino en su templo? ¿Cuál es su templo? ¿Está construido con paredes? De ninguna manera. ¿Es acaso este mundo su templo, porque es muy grande, y es algo digno de contener a Dios? Ni siquiera lo contiene aquel por quien fue hecho. ¿Y dónde es contenido? En un alma tranquila, en un alma justa: ella lo lleva. Gran cosa, hermanos: ciertamente Dios es grande; es pesado para los

fuertes, ligero para los débiles. ¿A quiénes llamé fuertes? A los soberbios, que tienen una presunción de sus fuerzas. Pues esa debilidad en la humildad es mayor fortaleza. Escucha al Apóstol diciendo, "Cuando soy débil, entonces soy fuerte" (II Cor. XII, 10). Esto es lo que he recomendado, porque el Señor está ceñido de fortaleza, cuando enseñaba la humildad. Por tanto, ese es el trono de Dios, que claramente en otro lugar en el profeta se dice, "¿Sobre quién reposará mi Espíritu?" es decir, ¿dónde reposará el Espíritu de Dios, sino en el trono de Dios? Escucha cómo describe ese trono. Tal vez esperabas escuchar de una casa de mármol, amplios espacios de atrios, en gran altura y esplendor de techos. Escucha lo que Dios se prepara: "¿Sobre quién reposará mi Espíritu? Sobre el humilde y tranquilo, y que tiembla ante mis palabras" (Isaías LXVI, 2). He aquí que eres humilde y tranquilo, y en ti habita Dios. Dios es alto, no habita en ti si quieres ser alto. Ciertamente quieres ser alto, para que habite en ti: sé humilde y tiembla ante sus palabras, y allí habita. No teme a una casa que tiembla, porque Él la fortalece. Tu trono está preparado desde entonces, Dios. Desde entonces, es decir, desde entonces; es decir, como si significara un cierto tiempo. Desde entonces, ¿desde cuándo? Tal vez desde el día antes del sábado. Desde entonces, porque el título del Salmo nos prescribe desde cuándo. Pues en el sexto día, es decir, en el sexto tiempo de este mundo, vino el Señor en la carne. Desde entonces, entonces, claramente desde entonces según el hombre, desde entonces desde el vientre. ¿Qué dice otro salmo? "En el esplendor de los santos desde el vientre". En el esplendor de los santos, es decir, para que los santos sean iluminados, para que vean a Dios en la carne; y se purifique el corazón, desde donde se vea en la divinidad. En el esplendor de los santos desde el vientre. Pero ¿qué sigue allí? No sea que pienses que Cristo comenzó desde el vientre: "Antes del lucero de la mañana te engendré" (Salmo CIX, 3). Cuando dijo, "En el esplendor de los santos desde el vientre", añadió inmediatamente, para que no pienses que Cristo comenzó a existir desde que nació, como comenzó Adán, como Abraham, como David, "Antes del lucero de la mañana te engendré": antes de todo lo que es iluminado. Pues por el lucero de la mañana, o significa todas las estrellas, y por las estrellas los tiempos, porque Dios hizo las estrellas como señales de los tiempos (Gén. I, 14), para que encuentres que Cristo nació antes de los tiempos: y ciertamente quien nació antes de los tiempos, no puede ser visto como nacido en el tiempo; porque también los tiempos son creación de Dios. Y ciertamente si todo fue hecho por Él (Juan I, 3) también los tiempos fueron hechos por Él. O ciertamente antes de todo espíritu que es iluminado, de la Sabiduría dijo, "Antes del lucero de la mañana te engendré". Preste atención vuestra Caridad. ¿Cómo entonces cuando dijo, "Desde el vientre", como previniendo nuestra fe, para que no pensáramos que Cristo comenzó desde que nació del vientre de la virgen; añadió inmediatamente, "Antes del lucero de la mañana te engendré": así también aquí cuando dijo, "Desde entonces", es decir, desde un cierto tiempo, desde el día antes del sábado, desde esa sexta edad del mundo, cuando vino el Señor Cristo, y nació en la carne, porque se dignó, hecho hombre por nosotros, Dios no solo antes de Abraham, sino antes del cielo y la tierra, quien dijo, "Antes de Abraham yo soy" (Juan VIII, 58): no solo antes de Abraham, sino antes de Adán; no solo antes de Adán, sino antes de todos los ángeles, antes del cielo y la tierra, porque todo fue hecho por Él: añadió, para que tú, atendiendo al día del nacimiento del Señor desde que nació, no pienses que desde entonces comenzó a existir, "Tu trono está preparado, Dios". Pero ¿qué Dios? Desde la eternidad eres: desde la eternidad dijo ἀπὸ αἰῶνος; así lo tiene el griego: αἰὼν a veces se pone como siglo, a veces como eterno. Por tanto, oh tú que pareces nacido desde entonces, eres desde la eternidad. No se piense en un nacimiento humano, sino en la eternidad divina. Por tanto, comenzó desde que nació, creció: escuchasteis el Evangelio. Eligió discípulos, los llenó, los discípulos comenzaron a predicar. Tal vez esto es lo que dice a continuación.

7. [vers. 3-4.] Los ríos elevaron sus voces. ¿Cuáles son esos ríos que elevaron sus voces? No hemos escuchado: ni cuando nació el Señor, escuchamos a los ríos hablar, ni cuando fue bautizado, ni cuando sufrió; no escuchamos a los ríos hablar. Leed el Evangelio, no encontráis que los ríos hablaron. No solo hablaron, elevaron sus voces: no solo hablaron, sino fuerte, grande, alto. ¿Cuáles son esos ríos que hablaron? Dijimos que en el Evangelio no leemos; sin embargo, busquemos allí. Pues si no encontramos allí, ¿dónde encontraremos? Yo podría inventar para vosotros: y de repente sería un dispensador no seguro, sino un narrador inepto. Busquemos en el Evangelio, busquemos juntos cuáles son los ríos que elevaron sus voces. Jesús estaba de pie, y clamaba, se dice en el Evangelio. ¿Qué clamaba? He aquí que ya el mismo jefe de los ríos clama; la misma fuente de vida de donde correrán los ríos, levantó primero su voz. ¿Y qué clamaba Jesús estando de pie? "El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva". El evangelista sigue inmediatamente: "Esto decía del Espíritu, que habrían de recibir los que creyeran en Él. El Espíritu aún no había sido dado, porque Jesús aún no había sido glorificado" (Juan VII, 37-39). Pero cuando Jesús fue glorificado en la resurrección y ascensión a los cielos, como sabéis, hermanos; cumplidos allí diez días por un cierto sacramento, envió su Espíritu Santo, llenó a los discípulos (Hechos II, 4). Ese mismo Espíritu es un gran río, del cual se llenaron muchos ríos. De ese río dice el salmo en otro lugar: "El ímpetu del río alegra la ciudad de Dios" (Salmo XLV, 5). Por tanto, se hicieron ríos corriendo del interior de los discípulos, cuando recibieron el Espíritu Santo: esos ríos recibieron el Espíritu Santo. ¿De dónde los ríos elevaron sus voces? ¿por qué elevaron? Porque primero tuvieron miedo. Pedro aún no era un río, cuando por la pregunta de una criada negó tres veces a Cristo: "No conozco al hombre" (Mateo XXVI, 69-74). Aquí temiendo miente; aún no eleva su voz, aún no es un río. Pero cuando fueron llenos del Espíritu Santo, los judíos los llamaron, y les ordenaron que no hablaran ni enseñaran en el nombre de Jesús. Pero Pedro y Juan les dijeron: "Si es justo ante Dios obedeceros a vosotros más que a Dios, juzgad: porque no podemos dejar de hablar lo que hemos visto y oído". Por tanto, "los ríos elevaron su voz, de las voces de muchas aguas". A esa elevación de voz pertenece lo que está escrito allí, "Pero Pedro, poniéndose de pie con los once, levantó su voz y les dijo, Varones judíos" (Hechos II, 14); y las demás cosas con las que anuncia a Jesús sin temor con gran confianza. Porque "los ríos elevaron su voz, de las voces de muchas aguas". Pues también cuando los Apóstoles fueron liberados del consejo de los judíos, vinieron a los suyos, y les contaron cuántas cosas les dijeron los sacerdotes y ancianos: y ellos al oírlo levantaron unánimes su voz al Señor, y dijeron, "Señor, tú eres quien hizo el cielo y la tierra, y el mar, y todo lo que en ellos hay" (Hechos IV, 18-24); y las demás cosas que pudieron decir los ríos elevando su voz. Maravillosas son las elevaciones del mar. Pues cuando ellos elevaron sus voces los discípulos, muchos creyeron, y muchos recibieron el Espíritu Santo, y comenzaron muchos ríos a clamar de pocos. Por eso sigue, "De las voces de muchas aguas, maravillosas son las elevaciones del mar": es decir, de este siglo. Cuando Cristo comenzó a ser predicado con tantas voces, el mar comenzó a enojarse, comenzaron a multiplicarse las persecuciones. Cuando los ríos elevaron su voz, de las voces de muchas aguas, maravillosas son las elevaciones del mar. Elevaciones, son exaltaciones; porque cuando el mar se enoja, se elevan las olas. Que se eleven las olas cuanto quieran, que el mar brame cuanto quiera; ciertamente maravillosas son las elevaciones del mar, maravillosas amenazas, maravillosas persecuciones, pero mira lo que sigue: "Maravilloso en las alturas es el Señor". Que el mar se contenga, y alguna vez se tranquilice, se dé paz a los cristianos. El mar se turbaba, la barca se agitaba. La barca es la Iglesia, el mar es el siglo. Vino el Señor, caminó sobre el mar, y presionó las olas (Mateo XIV, 24, 25). ¿Cómo caminó el Señor sobre el mar? Sobre las cabezas de estos grandes y espumosos olas. Potestades y reyes creyeron, se sometieron a Cristo. Por tanto, no temamos, porque maravillosas son las elevaciones del mar: Maravilloso en las alturas es el Señor.

8. [vers. 5.] Tus testimonios se han hecho muy creíbles. Más que maravillosas eran las elevaciones del mar, y maravilloso en las alturas es el Señor. "Tus testimonios se han hecho muy creíbles. Tus testimonios," porque dijo aquello antes: "Estas cosas os digo, para que en mí tengáis paz, en el mundo tendréis tribulación". Por tanto, porque el mundo os hará tribulación, os lo digo. Comenzaron a sufrir, y confirmaron en sí lo que el Señor les había predicho, y se hicieron más fuertes. Pues cuando veían cumplirse en sí las pasiones, esperaban que se cumplieran en sí también las coronas: y por eso "maravillosas son las elevaciones del mar; maravilloso en las alturas es el Señor. Para que en mí," dice, "tengáis paz, en el mundo tendréis tribulación". Entonces, ¿qué hacemos? El mar se enfurece, las olas se elevan, y rabiosas rugen; sufrimos tribulaciones: ¿no desfallecemos acaso? De ninguna manera. "Maravilloso en las alturas es el Señor". Tanto que allí cuando decía, "para que en mí tengáis paz, en el mundo tendréis tribulación"; como si dijeran, "¿Acaso el mundo no nos oprimirá, y nos extinguirá?" inmediatamente añadió, "Pero alegraos, porque yo he vencido al mundo" (Juan XVI, 33). Si pues dice, "yo he vencido al mundo", adhiérete a aquel que venció al mundo, que venció al mar. Alégrate en Él, porque maravilloso es en las alturas el Señor, y tus testimonios se han hecho muy creíbles. ¿Y qué se ha hecho de todo esto? Tu casa conviene a la santificación, Señor. Tu casa, toda tu casa: no aquí, o aquí, o allí; sino toda tu casa, por todo el orbe de la tierra. ¿Por qué por todo el orbe de la tierra? Porque corrigió el orbe de la tierra, que no será conmovido (Salmo XCV, 10). La casa del Señor será fuerte; estará por todo el orbe de la tierra: muchos caerán, pero esa casa permanece; muchos se turbarán, pero esa casa no se moverá. Tu casa conviene a la santificación, Señor. ¿Acaso por poco tiempo? De ninguna manera. En la longitud de los días.

EN EL SALMO XCIII COMENTARIO.

SERMON.

1. Así como hemos escuchado atentamente cuando se leyó este salmo, escuchemos con igual atención cuando el Señor revela los misterios que aquí ha dignado oscurecer. Pues algunos sacramentos de las Escrituras se cierran no para ser negados, sino para ser abiertos a quienes llaman. Si, por tanto, llamáis con afecto piadoso y sincera caridad del corazón, Él abrirá (Mat. VII, 7) quien ve desde dónde llamáis. Todos nosotros sabemos (y ojalá no seamos del número de ellos) que muchos murmuran contra la paciencia de Dios y se lamentan de que los hombres inicuos e impíos vivan en esta tierra o incluso tengan mucho poder; y lo que es más, que a menudo los malos tengan mucho poder contra los buenos, y que frecuentemente los malos opriman a los buenos; que los malos se regocijen, los buenos sufran; que los malos se enorgullezcan, los buenos sean humillados. Al observar tales cosas en el género humano (pues abundan), los impacientes y débiles de ánimo se pervierten, como si fuera en vano ser buenos; porque Dios aparta o parece apartar sus ojos de las buenas obras de los piadosos y fieles, y aumenta a los malos en lo que aman. Pensando, por tanto, los débiles que viven bien en vano, o son invitados a imitar la maldad de aquellos que ven florecer: o si por debilidad de su persona o de su ánimo, temen hacer el mal, no porque amen la justicia, sino, para hablar más claramente, temiendo ser condenados entre los hombres por los hombres, se abstienen de hacer malas obras, pero no se abstienen de malos pensamientos. Y entre sus pensamientos inicuos, principalmente la cabeza de la iniquidad es esa impiedad, por la cual les parece que Dios descuida y no se preocupa por los asuntos humanos; y o bien trata por igual a buenos y malos; o incluso, lo que es más pernicioso pensar, persigue a los buenos y favorece a los malos. Quien piensa tales cosas, aunque no haga mal a nadie, se hace mucho daño a sí mismo, y es impío consigo mismo; y con su iniquidad no daña a Dios, sino que se destruye a

sí mismo. No dañan a los hombres, porque son tímidos quienes piensan tales cosas; pero sin embargo, Dios ve sus homicidios, sus adulterios, sus fraudes y sus robos, y los castiga en sus pensamientos. Pues Él atiende a lo que desean, cuyo ojo no es repelido por la carne, para no ver la voluntad. Tales personas, si encuentran ocasiones, no se vuelven malas, sino que se manifiestan: no para que sientas lo que ha nacido manifiesto, sino para que entiendas lo que estaba oculto. En estos pocos años, y casi ayer, los hombres vieron estas cosas, y las probaron incluso aquellos que tardan en entender. Había aquí una casa muy poderosa por un tiempo, de la cual Dios había hecho un azote para el género humano, y el género humano fue castigado desde allí; si reconoce el azote del padre, y teme la sentencia del juez. Cuando, por tanto, estaba aquí esa misma gran casa, muchos gemían bajo ella, murmuraban, reprendían, detestaban, blasfemaban. Así como los hombres se restringen, y muchos son entregados al juicio divino en las concupiscencias de su corazón (Rom. I, 24). De repente, se convertían en parte de esa misma casa de la que murmuraban; y los hombres sufrían de ellos tales cosas, como las que ellos mismos se quejaban de sufrir de tales personas poco antes. Por tanto, es bueno aquel que, incluso cuando puede hacer el mal, no lo hace; de quien está escrito: Quien pudo transgredir, y no transgredió; y hacer el mal, y no lo hizo. ¿Quién es este, y lo alabaremos? Pues hizo maravillas en su vida (Ecli. XXXI, 10, 9). La Escritura hablaba de los poderosos inocentes. Pues el lobo desea hacer tanto daño como el león: dañan de manera diferente, pero no desean de manera diferente. Pues el león no solo desprecia al perro que ladra; sino que también lo ahuyenta, y viene al redil, y con los perros enmudecidos, arrebata lo que puede: el lobo no se atreve entre los ladridos de los perros. ¿Acaso porque no pudo llevarse nada, aterrorizado por los perros, regresó más inocente? Por tanto, Dios enseña la inocencia, para que cada uno sea inocente no por temor al castigo, sino por amor a la justicia. Pues entonces es libre el inocente y verdadero es el inocente. Pero quien es inocente por temor, no es inocente, aunque no dañe a quien quiere dañar. Pues no daña a otro con un hecho malo, pero se daña mucho a sí mismo con un deseo malo. Pues escucha cómo se daña a sí mismo, escucha la Escritura: Pero quien ama la iniquidad, odia su alma (Sal. X, 6). Y realmente se equivocan mucho los hombres que piensan que su injusticia daña a otros, y no se daña a sí mismos. La iniquidad de cualquiera se extiende a otros, para dañar el cuerpo, para perjudicar la propiedad, para invadir la villa, para llevarse al esclavo, para quitar el oro, o la plata, o cualquier otra cosa que posea. Para esto se lleva la iniquidad al otro. Por tanto, ¿tu iniquidad daña al cuerpo ajeno, pero no daña a tu alma?

2. Contra esta sencilla y verdadera doctrina, que se insinúa a los hombres buenos, para que amen la justicia misma, y quieran agradar a Dios por ella; para que comprendan que su alma es iluminada por una cierta luz inteligible, para que realicen obras justas, y prefieran esa luz de sabiduría a todas las cosas que se aman en el mundo: contra esta doctrina hay tales murmuraciones de los hombres; y si no salen en voz, se roen en el corazón. ¿Qué dicen entonces? ¿Realmente agradaré a Dios por la justicia? ¿O agradan los justos a aquel bajo cuyo imperio florecen los malos? Cometen tantos males, y nada malo les sucede. O si acaso les sucede algo malo; ¿qué te dicen ellos, cuando comienzas a decirles: Mira cuántos males ha hecho, cómo se le ha retribuido? ¿Qué final tuvo? Comienzan a pensar en los justos a quienes les sucedieron cosas malas, y nos los oponen, y dicen: Si a aquel le sucedió algo malo porque fue iniquo; ¿por qué le sucedió a aquel que vivió tan justamente? ¿Aquel que hizo tantas limosnas, que realizó tantas buenas obras en la Iglesia, por qué encontró tal suerte? ¿Por qué tuvo tal final, como aquel hombre que cometió muchas iniquidades? Dicen esto para mostrar que no hacen el mal porque no pueden, o porque no se atreven. Pues lo que quiere el corazón, lo testifica la lengua: y aunque la lengua callara, comprimida por el temor, Dios vería dentro lo que piensa el hombre, aunque otro hombre lo ignore. Por tanto, estas tacitas cogitaciones de los hombres, o incluso que estallan en palabras o hechos, este salmo

las cura, si quieren ser curadas. Presten atención, y sean curados. Y ojalá en toda esta multitud que ahora está entre estos muros, y escucha la palabra del Señor a través de nosotros, no haya tales heridas que curar; ojalá no haya ninguna. Sin embargo, no hacemos algo superfluo al decirlo, si no hay heridas allí. Que los corazones sean instruidos para sanar a otros, cuando comiencen a escuchar tales cosas. Pues creo que cada cristiano, cuando escucha a alguien diciendo tales cosas, si es un buen fiel, y cree bien en Dios, y su esperanza está en el mundo futuro, no en esta tierra, no en esta vida, y no escucha en vano para tener su corazón en lo alto; se burla y se duele de los que murmuran tales cosas, y se dice a sí mismo: Dios sabe lo que hace, nosotros no podemos conocer su consejo, por qué perdona a los malos por un tiempo, o por qué los buenos sufren por un tiempo; sin embargo, me basta saber esto, que el bueno sufre por un tiempo, y el malo florece por un tiempo. Quien es así, está seguro; y soporta pacientemente todas las felicidades de los malos, y soporta pacientemente los sufrimientos de los buenos, hasta que termine este mundo, hasta que pase la iniquidad. Ya tal persona es bienaventurada, y Dios lo ha instruido en su ley, y lo ha mitigado de los días malignos, hasta que se cave una fosa para el pecador. Pero quien aún no es así, escuche a través de nosotros lo que agrada al Señor. Sin embargo, que Él diga más en el corazón, quien mejor ve la herida que debe curar.

3. Este salmo tiene este título, es decir, esta inscripción: Salmo de David, del cuarto día de la semana. Este salmo enseñará la paciencia en los sufrimientos de los justos: enseña paciencia contra las felicidades de los inicuos, edifica paciencia. Esto tiene todo desde el principio hasta el fin. ¿Por qué, entonces, tiene tal título, en el cuarto día de la semana? El primer día de la semana es el domingo; el segundo día de la semana, el lunes, que los seculares llaman día de la Luna; el tercer día de la semana, el martes, que ellos llaman día de Marte. Por tanto, el cuarto día de la semana, el miércoles, que los paganos y muchos cristianos llaman día de Mercurio: pero no quisiéramos; y ojalá corrijan, y no lo digan así. Pues tienen su propia lengua para usar. No en todas las naciones se dice así: muchas naciones diferentes lo llaman de diferentes maneras. Por tanto, es mejor que del boca de un cristiano salga el rito de hablar eclesiástico. Sin embargo, si alguien por costumbre es llevado a que salga de su boca lo que desaprueba en su corazón, entienda que todos aquellos, de cuyos nombres se nombraron las estrellas, fueron hombres, y que esas estrellas no comenzaron a existir en el cielo desde que ellos comenzaron: y antes ya estaban allí; pero por ciertos beneficios mortales, esos hombres por su tiempo, porque pudieron mucho y sobresalieron en este mundo, cuando eran queridos por los hombres, no por la vida eterna, sino por el beneficio temporal, se les rendían honores divinos. Pues los antiguos del mundo, engañados y queriendo engañar, en adulación a aquellos que les habían prestado algo según el amor del mundo, mostraban las estrellas en el cielo, diciendo que esa estrella era de aquel, y aquella de aquel otro: pero los hombres que antes no miraban, para ver que ya estaban allí esas estrellas antes de que nacieran, engañados creyeron; y se concibió la opinión de la vanidad. El diablo confirmó esta opinión del error, Cristo la derribó. Por tanto, según lo que hablamos, el cuarto día de la semana se entiende como el cuarto día desde el domingo. Preste atención, pues, vuestra Caridad a lo que significa este título: aquí hay un gran misterio, y realmente oculto. Pues muchas cosas del mismo Salmo suenan claramente, y claramente conmueven, y se entienden rápidamente; pero este título, lo que hay que confesar, tiene no poca oscuridad: pero el Señor asistirá, despejará la nube, y veréis el Salmo, y lo reconoceréis desde el frente del Salmo. Pues este salmo tiene en el frente, Salmo de David, del cuarto día de la semana. El título está en el umbral, está fijado en los postes. Los hombres quieren conocer el título, y así entrar en la casa. Recordemos, pues, la Escritura santa en el Génesis, qué se hizo el primer día; encontramos la luz: qué se hizo el segundo día; encontramos el firmamento, que Dios llamó cielo: qué se hizo el tercer día; encontramos la apariencia de la tierra y el mar, y la segregación, para que toda la

congregación de las aguas se llamara mar, y la tierra seca se llamara tierra. El cuarto día, Dios hizo las luminarias en el cielo (Gén. I, 3-19); el sol en el poder del día, la luna y las estrellas en el poder de la noche (Sal. CXXXV, 8, 9): esto hizo el cuarto día. ¿Qué significa, entonces, que el Salmo tomó el título del cuarto día; en el cual se enseña la paciencia contra las felicidades de los malos, y los sufrimientos de los buenos? Tienes al apóstol Pablo diciendo a los santos fieles fortalecidos en Cristo: "Haced todo sin murmuraciones y disputas; para que seáis irreprensibles, y sinceros, hijos de Dios sin mancha en medio de una nación torcida y perversa, en la cual aparecéis como luminarias en el mundo, teniendo la palabra de vida" (Filip. II, 14-16). Se dio una similitud de las luminarias a los santos, para que estén sin murmuración en una nación torcida y perversa.

4. Pero para que nadie piense que por eso deben ser adoradas las luminarias del cielo, porque de allí se tomó alguna similitud para significar a los santos; primero expliquemos esto en el nombre de Cristo, que no es consecuente que por eso te parezca que debe ser adorado el sol, o la luna, o las estrellas, o el cielo, porque alguna similitud de ellos se tomó para significar a los santos; porque hay muchas cosas de las cuales se tomó una similitud para significar a los santos, que no se adoran. Pues si piensas que debe ser adorado todo aquello de donde se toma una similitud para los santos; adora montañas y colinas, porque se dijo: "Las montañas saltaron como carneros, y las colinas como corderos de ovejas" (Sal. CXIII, 4). Tú hablas de los santos, yo hablo del mismo Cristo. Adora al león, porque se dijo, "Venció el león de la tribu de Judá" (Apoc. V, 5): adora la roca, porque se dijo, "La roca era Cristo" (I Cor. X, 4). Pero si no adoras en Cristo estas cosas terrenales, aunque se dio alguna similitud de ellas; para significar a los santos, de cualquier criatura que se haya tomado la similitud, tú entiende la similitud de la criatura, y adora al artífice de la criatura. Se dijo que el Señor nuestro Jesucristo es el sol (Sab. V, 6): ¿acaso este sol que incluso los más pequeños animales ven con nosotros? Pero de quien se dijo: "Era la luz verdadera, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo" (Juan I, 9). Pues esta luz no solo ilumina al hombre, sino también a los animales y a todas las criaturas: pero lo que ilumina a todo hombre, ilumina en el corazón, donde solo tiene entendimiento.

5. Entienda, pues, vuestra Caridad, a quienes el Apóstol dijo, "En una nación torcida y perversa," es decir, entre los inicuos, "en los cuales aparecéis como luminarias en el mundo, teniendo la palabra de vida:" de alguna manera nos advirtió a entender este salmo, y a prever su título. Pues tales santos en los cuales está la palabra de vida, por la conversación que tienen en el cielo, desprecian todas las cosas iniquas que se hacen en la tierra: y así como las luminarias en el cielo durante el día y la noche avanzan, cumplen sus caminos, tienen sus cursos ciertos, y se cometen tantos males, ni se desvían las estrellas fijas en el cielo, actuando por los caminos celestiales, que su Creador les ha asignado y establecido; así deben ser los santos, pero si sus corazones están fijados en el cielo, si no escuchan en vano y responden que tienen su corazón en lo alto, si imitan a aquel que dijo, "Nuestra conversación está en los cielos" (Filip. III, 20). Porque están en las alturas, y piensan en las cosas de arriba, como se dijo, "Donde está tu tesoro, allí está también tu corazón" (Mat. VI, 21); por esos pensamientos de las cosas de arriba se vuelven pacientes; y cualquier cosa que se cometa en la tierra, así no les importa, hasta que cumplan sus caminos, como no les importa a las luminarias del cielo, aunque vean tantos males hacerse sobre la tierra. Pero tal vez sea fácil que los justos soporten las iniquidades de los malos, que no se hacen contra ellos: pero así como soportan lo que se hace a otros, así soporten también lo que se hace a ellos mismos. Pues no deben soportar y tolerar porque se hace a otros: y si se hace a ellos, no deben perder la tolerancia. Pues quien pierde la tolerancia, cae del cielo: pero quien tiene su corazón fijo en el cielo, su tierra sufre en la tierra. ¿Cuántas cosas inventan los hombres sobre las mismas

luminarias, y las soportan pacientemente? Así como los justos deben soportar pacientemente todas las falsas acusaciones sobre ellos mismos. Esto mismo que ya dije, que esa estrella es de Mercurio, y esa estrella es de Saturno, y esa estrella es de Júpiter, son insultos a las estrellas. ¿Qué? ¿Acaso cuando escuchan tantos insultos, se mueven, o no ejercen sus cursos? ¿Por qué? Porque están en el cielo. ¿Qué es, entonces, en el cielo? No pasemos por alto esto: ¿cuántas mentiras dicen los hombres, cuando ven oscurecerse la luna, y dicen, Los hechiceros la bajan? cuando tiene sus defectos ciertos según la disposición de Dios. Sin embargo, no le importan esas palabras de los hombres a aquella que está en el cielo. Pero ¿qué es, en el cielo? Está en el firmamento del cielo. Por tanto, aquel cuyo corazón está en el firmamento del libro de Dios, no le importan estas cosas.

6. Pues el cielo, es decir, el firmamento, se entiende como una figura del Libro de la Ley. Por eso en algún lugar se dice: "Extendió el cielo como un cuero" (Salmo 103, 2). Si se extiende como un cuero, es como un libro desplegado para ser leído. Sin embargo, cuando el tiempo ha pasado, ya no se lee. Por eso se lee la Ley, porque aún no hemos llegado a esa Sabiduría que llena los corazones y las mentes de los que contemplan, y no habrá necesidad de que se nos lea algo allí. Porque en lo que se nos lee, las sílabas suenan y pasan: esa luz de la verdad no pasa, sino que permanece fija, embriagando los corazones de los que la ven; como se ha dicho: "Se embriagarán de la abundancia de tu casa, y les darás de beber del torrente de tus delicias; porque en ti está, Señor, la fuente de la vida. Y mira la misma fuente: En tu luz, dice, veremos la luz" (Salmo 35, 9-10). Ahora, por tanto, la lectura es necesaria, mientras "conocemos en parte, y en parte profetizamos", como dice el Apóstol: "pero cuando venga lo perfecto, lo que es en parte será quitado" (1 Corintios 13, 9-10). Porque en esa ciudad de Jerusalén, donde viven los ángeles, de donde ahora estamos peregrinando, y nuestra peregrinación gime; gime, si sabemos que estamos peregrinando; pues odia mucho la patria quien cree que le va bien cuando peregrina: ¿acaso en esa ciudad donde están los ángeles, se lee el Evangelio o el Apóstol? Se alimentan de la Palabra de Dios: esa Palabra de Dios, para que sonara para nosotros por un tiempo, se hizo carne y habitó entre nosotros (Juan 1, 14). Sin embargo, la misma Ley que está escrita es nuestro firmamento: si nuestro corazón está allí, no será sacudido por las iniquidades de los hombres. Por tanto, se ha dicho: "Extendió el cielo como un cuero". Pero cuando pasan los tiempos de necesidad de los libros, ¿qué se ha dicho? "El cielo se enrollará como un libro" (Isaías 34, 4). Quien, por tanto, tiene su corazón en lo alto, su mismo corazón es su luminaria: brilla en el cielo y no es vencido por las tinieblas. Porque abajo están las tinieblas: las tinieblas son la iniquidad; no son tinieblas inmutables. Ya lo recordamos también ayer. Pero quienes hoy son tinieblas, si quieren, mañana serán luz: quienes entraron aquí como tinieblas, si quieren, ya pueden ser luz. Porque el Apóstol claramente, para que nadie pensara que las iniquidades son naturales y no pueden cambiarse, dice: "Porque en otro tiempo erais tinieblas; mas ahora sois luz en el Señor: andad como hijos de luz" (Efesios 5, 8). Luz, dice, en el Señor: no en vosotros. Por tanto, el corazón en el libro: si el corazón está en el libro, el corazón está en el firmamento del cielo. Si el corazón está allí, que brille desde allí, y no será movido por las iniquidades que están debajo: no porque esté allí en el cielo por la carne, sino porque está allí por la conversación, según lo que se ha dicho: "Nuestra conversación está en los cielos". No puedes imaginar esa ciudad, porque aún no la ves. ¿Quieres imaginar el cielo? Piensa en el Libro de Dios. Escucha el salmo: "Y en su ley meditará de día y de noche". Y allí se dice bienaventurado al que no anduvo en el consejo de los impíos, ni se detuvo en el camino de los pecadores, ni se sentó en la silla de los pestilentes; sino que en la ley del Señor está su voluntad (Salmo 1, 1-2). Mira la luminaria en el cielo: "Y en su ley meditará de día y de noche". ¿Quiere soportar todo pacientemente? Que no descienda del cielo, y medite en su ley de día y de noche. Por tanto,

su corazón está en el cielo: si su corazón está en el cielo, todas las iniquidades que se hacen en la tierra por un tiempo, todas las felicidades de los hombres malos, todos los trabajos de los justos, para quien medita de día y de noche la ley de Dios, no son nada; y soporta todo pacientemente, y será bienaventurado, instruido por Dios. ¿Y cómo en el firmamento del cielo? Porque la ley es el firmamento. Bienaventurado el hombre a quien tú instruyes, Señor, y le enseñas de tu ley: para que lo alivies de los días malos, hasta que se cave una fosa para el pecador. Por tanto, observad cómo las luminarias avanzan, se ponen y regresan, realizan sus cursos, distinguen el día y la noche, giran los años y los tiempos; y tantos males ocurren en la tierra, mientras ellos tienen tranquilidad en el cielo. ¿Qué es, entonces, lo que Dios nos enseña? Prestemos atención al Salmo.

7. [vers. 1.] Dios de las venganzas, Señor, Dios de las venganzas ha actuado con confianza. ¿Piensas que no castiga? Castiga el Dios de las venganzas. ¿Qué significa, Dios de las venganzas? Dios de las retribuciones. Ciertamente murmuras porque no se castiga a los malos. No murmures, no sea que estés entre aquellos a quienes se castiga. Él roba, y vive: tú murmuras contra Dios porque no muere quien te robó. Si ya no robas, mira: si ya no lo haces, mira si alguna vez lo hiciste. Si ya eres día, recuerda tu noche: si ya estás fijo en el cielo, recuerda tu tierra. Tal vez te encuentres que alguna vez fuiste ladrón; y tal vez alguien más se molestó porque tú, robando, viviste, y no moriste: pero así como tú cuando lo hacías, viviste para que después no lo hicieras; no quieras, porque tú pasaste, destruir el puente de la misericordia de Dios. ¿No sabes que muchos pasarán por allí, por donde tú pasaste? ¿Serías ahora quien murmura, si se hubiera escuchado a quien antes murmuró de ti? Y sin embargo, ahora deseas la venganza de Dios sobre los malos, para que el ladrón muera, y murmuras contra Dios porque el ladrón no muere. Pesa en la balanza de la equidad al ladrón y al blasfemo: ya dices que no eres ladrón; pero murmurando contra Dios, eres blasfemo. Él acecha el sueño del hombre para robar algo; y tú dices que Dios duerme, y no ve al hombre. Entonces, ¿quieres que él corrija su mano? Primero corrige tú tu lengua: ¿quieres que él corrija su corazón contra el hombre? Corrige tú tu corazón contra Dios; no sea que, al desear la venganza de Dios, si viene, te encuentre primero a ti. Porque él vendrá, vendrá y juzgará a los que perseveran en su maldad, ingratos a la prerrogativa de su misericordia, ingratos a su paciencia, atesorando para sí mismos ira en el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios, quien pagará a cada uno según sus obras (Romanos 2, 4-6): porque Dios de las venganzas, Señor, Dios de las venganzas, por eso ha actuado con confianza. No perdonó a nadie cuando habló aquí: él mismo era el Señor en la debilidad de la carne, pero en el poder de la palabra. No aceptó las personas de los príncipes de los judíos. ¿Cuántas cosas les dice? Y, como se ha dicho, verdaderamente con confianza: porque está escrito en los Salmos sobre él: "Por la miseria de los pobres y el gemido de los necesitados, ahora me levantaré, dice el Señor". ¿Quiénes son los pobres? ¿Quiénes son los necesitados? Aquellos que no tienen esperanza sino en él solo, en quien solo la esperanza no falla. Prestad atención, hermanos, a quiénes son los pobres y los necesitados. No se dice en absoluto que los pobres que no tienen nada son llamados así por la Escritura cuando se alaban a los pobres. Encuentras, de hecho, a un hombre pobre, que cuando sufre alguna injuria, no atiende sino a su patrón, en cuya casa tal vez vive, de quien es inquilino, de quien es colono, de quien es cliente; y por eso afirma que sufre indignamente, porque pertenece a él: su corazón está en el hombre, su esperanza está en el hombre, ceniza en ceniza. Pero hay otros que son opulentos, y se sostienen con honores según el tiempo humano; y sin embargo, no ponen su esperanza en su dinero, ni en sus tierras, ni en su familia, ni en la claridad de una dignidad transitoria; sino que ponen toda su esperanza en aquel a quien no se sucede, quien no puede morir, quien no puede ser engañado ni engañar: tales, aunque parecen tener mucho según el siglo, lo gobiernan bien para la restauración de los necesitados; se cuentan entre los pobres del Señor. Ven, de hecho,

que viven peligrosamente en esta vida, sienten que son peregrinos: así se hospedan en la opulencia de sus riquezas, como un viajero en una posada, de paso, no para poseer. Entonces, ¿qué dice el Señor? "Por la miseria de los pobres y el gemido de los necesitados, ahora me levantaré, dice el Señor: los pondré en salvación". Nuestro Salvador es nuestro salvador: en él quiso poner la esperanza de todos los necesitados y menesterosos. ¿Y qué dice? "Actuaré con confianza en él" (Salmo 11, 6). ¿Qué significa, "Actuaré con confianza"? No temerá, no perdonará los vicios y las concupiscencias de los hombres. Verdaderamente médico fiel, armado con el hierro medicinal de la palabra, cortó todas las heridas. Por eso, quien fue predicho y anunciado así, también fue encontrado así. Hablaba en el monte, donde dijo: "Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos". Allí se dijo bienaventurados a los que sufren persecución por causa de la justicia: en ese mismo discurso dijo: "Porque de ellos es el reino de los cielos". Y para hacerlos luminarias, es decir, pacientes tolerantes de todas estas iniquidades que pasan: "Bienaventurados seréis cuando os persigan y digan todo mal contra vosotros: gozaos y alegraos, porque vuestra recompensa es grande en los cielos" (Mateo 5, 3, 10, 11, 12). Luego, en el progreso del discurso, cuando comenzó a enseñar, aunque la multitud lo rodeaba, dijo tales cosas a sus discípulos que golpearon el rostro de los fariseos y judíos, que tenían como primacía la exposición de todas las Escrituras; que se veían a sí mismos como justos, o pensaban que se veían así, y a cuya primacía la obediencia del pueblo parecía obedecer: no perdonó, y dijo: "Cuando oréis, no seáis como los hipócritas, que aman orar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles, para ser vistos por los hombres" (Mateo 6, 5); y otras cosas semejantes. Tocó a todos, no temió a nadie. Y cuando terminó ese discurso, la escritura del Evangelio lo concluyó así: "Sucedió", dice, "cuando Jesús terminó estas palabras, las multitudes se maravillaban de su doctrina. Porque les enseñaba como quien tiene autoridad; no como sus escribas y fariseos" (Mateo 7, 28-29). ¿Cuántas cosas, entonces, dijo aquel de quien se dijo: "Les enseñaba como quien tiene autoridad"? ¿Cuántas cosas dijo contra ellos en su cara? No temió a nadie. ¿Por qué? Porque Dios es de las venganzas. Por eso no perdonaba en la palabra, para que después hubiera a quienes perdonar en el juicio: porque si no querían aceptar la medicina de la palabra, ciertamente iban a encontrar y encontrarían la sentencia del juez. ¿Por qué? Porque dijo: "Dios de las venganzas, Señor, Dios de las venganzas ha actuado con confianza": es decir, no perdonó a nadie en la palabra. ¿Quién, que no perdonó en la palabra cuando iba a sufrir, perdonará en la sentencia cuando juzgue? ¿Quién no temió a nadie en la humildad, temerá a alguien en la claridad? De lo que ya ha actuado con confianza, piensa cómo actuará al final del siglo. No murmures, por tanto, contra Dios, que parece perdonar a los malos; sino sé bueno, a quien tal vez por un tiempo en el castigo no perdone, y al final perdone en el juicio. Dios de las venganzas, Señor, Dios de las venganzas ha actuado con confianza.

8. [vers. 2.] Y porque ha actuado con confianza, ellos no soportaron su confianza: y porque vino humilde, y estaba vestido de carne mortal, y vino a morir; no a hacer lo que los pecadores, sino a sufrir lo que los pecadores; porque para eso vino, cuando actuó con confianza, y ellos no pudieron soportar su confianza en la palabra, ¿qué hicieron? Lo apresaron, lo azotaron, se burlaron de él, lo golpearon, lo cubrieron de escupitajos, lo coronaron de espinas, lo levantaron en la cruz, finalmente lo mataron. Pero ¿qué sigue de que haya actuado con confianza? "Exáltate, tú que juzgas la tierra". Supón que apresaron al humilde, ¿apresarán al excelso? Supón que juzgaron al mortal, ¿no serán juzgados por el inmortal? ¿Qué, entonces, dice? "Exáltate, tú que juzgas la tierra; devuelve la retribución a los soberbios". La devolverá, hermanos. ¿Qué significa lo que se ha dicho, "Exáltate, tú que juzgas la tierra; devuelve la retribución a los soberbios"? Es una profecía del que predice, no la audacia del que manda. Porque no porque el Profeta dijo: "Exáltate, tú que juzgas la tierra", Cristo obedeció al Profeta para resucitar e ir al cielo; sino porque Cristo iba a hacer

esto, el Profeta lo predijo: no porque Cristo lo hizo, el Profeta lo predijo; sino porque el Profeta lo predijo, porque Cristo lo iba a hacer. Ve al Cristo humilde en espíritu, ve al humilde; a nadie temiendo, a nadie perdonando en la palabra, y dice: "Ha actuado con confianza". Ve cuán confiadamente ha actuado, ve que lo apresaron, ve que lo crucificaron, ve que lo humillaron, ve que resucitó y fue al cielo, y que vendrá de allí a juzgar a aquellos en cuyas manos sufrió todos los males: "Exáltate", dice, "tú que juzgas la tierra; devuelve la retribución a los soberbios". A los soberbios les devolverá, no a los humildes. ¿Quiénes son los soberbios? Aquellos a quienes no les basta hacer el mal, y quieren defender sus pecados. Porque de aquellos que crucificaron a Cristo se hicieron después milagros, cuando de ese mismo número de judíos creyeron, y se les perdonó la sangre de Cristo. Llevaban manos impías y sangrientas de la sangre de Cristo: las lavó él mismo, cuya sangre derramaron. Se unieron a su cuerpo, es decir, a la Iglesia, quienes persiguieron su cuerpo mortal, que vieron. Derramaron su precio, para beber su precio. Porque después muchos se convirtieron. Cuando se hacían muchos milagros por los Apóstoles, varios miles de personas creyeron en un solo día: y se encontraron tan cerca, que vendieron todo lo que tenían, y pusieron el precio de sus cosas a los pies de los Apóstoles; y se distribuía a cada uno según lo que necesitaba; y tenían una sola alma y un solo corazón en Dios; de los mismos crucificadores del Señor. Pero ¿por qué no se les devolvió? Porque se ha dicho: "Devuelve la retribución a los soberbios"; pero ellos no quisieron ser soberbios. Porque cuando vieron muchos milagros hacerse en el nombre de Cristo, a quien pensaban haber matado; conmovidos por los milagros, escucharon de Pedro en cuyo nombre se hacían: porque los siervos no quisieron atribuirse el poder de su Señor, para decir que lo que ellos admiraban se hacía por ellos. Por tanto, los siervos dieron honor a su Señor: dijeron que lo que ellos admiraban se hacía en el nombre de aquel a quien crucificaron. Y se hicieron humildes, se compungieron de corazón, se turbaron confesando su pecado; y buscaron consejo, diciendo: "¿Qué haremos, entonces?" No desesperan de la salvación, sino que buscan la medicina. Entonces Pedro les dijo: "Haced penitencia, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de nuestro Señor Jesucristo" (Hechos 2, 4). Quienes hicieron penitencia, fueron humildes: por tanto, no se les devolvió. Porque, mira lo que dice este salmo: "Exáltate, tú que juzgas la tierra; devuelve la retribución a los soberbios". Por tanto, ¿se devolverá la retribución? Se devolverá, pero a los soberbios.

9. [vers. 3, 4.] ¿Pero cuándo? ¿Cuándo devolverá? Mientras tanto, los malvados triunfan, y los malvados se regocijan, blasfeman, hacen todo tipo de maldades. ¿Te conmueve? Pregunta con piedad, no reprendas con soberbia. ¿Te conmueve? El Salmo también se compadece de ti, busca contigo, no porque no sepa; sino que busca contigo lo que sabe, para que encuentres en él lo que no sabías. Así como quien quiere consolar a alguien, si no comparte su dolor, no lo levanta: primero sufre con él, y así lo reconforta con palabras de consuelo. Pero si se acerca a él riéndose de su luto, no hace lo que se ha leído, como dice el Apóstol: "Gozarse con los que se gozan, llorar con los que lloran" (Rom. XII, 15). Por lo tanto, para que se regocije contigo, primero lloras con él; te entristeces con él, para reconfortarlo: así también el Salmo y el Espíritu de Dios, que ciertamente todo lo sabe, busca contigo, como si dijera tus palabras. ¿Hasta cuándo, Señor, hasta cuándo se gloriarán los pecadores? Responden y hablan iniquidad; hablan todos los que obran injusticia. ¿Qué dicen, sino contra Dios, quienes dicen: "¿De qué nos sirve vivir así?" ¿Qué dirás? ¿Realmente le importan a Dios estas cosas que hacemos? Porque viven, piensan que Dios no sabe lo que hacen. ¡Mira qué mal les sucede! Porque si el guardia lo supiera, los detendría; y por eso evitan los ojos del guardia, para no ser atrapados de inmediato: nadie puede evitar los ojos de Dios; porque no solo ve en la habitación, sino también en lo más íntimo de tu corazón. Ellos también piensan que nada puede ocultarse de Dios; y porque hacen, y saben lo que han hecho, y se ven viviendo

sabiendo Dios, quien no vivirían sabiendo el guardia, se dicen: "Estas cosas agradan a Dios; y realmente, si nuestras acciones le desagradasen, como desagradan a los jueces, como desagradan a los reyes, como desagradan a los emperadores, y como desagradan a los escribas, ¿acaso podríamos evitar los ojos de Dios como evitamos los de ellos? Por lo tanto, estas cosas agradan a Dios." Por eso en otro salmo se dice al pecador: "Estas cosas hiciste, y callé; pensaste iniquidad, que sería como tú." ¿Qué significa "sería como tú"? Que así como te agrada tu mala acción, así piensas que también me agrada a mí. Y amenaza en el futuro: "Te reprenderé" (Sal. XLIX, 21). Por lo tanto, no calla quien dijo "callé". Cuando decía: "Estas cosas hiciste, y callé; pensaste iniquidad, que sería como tú"; y no calló. Porque cuando nosotros hablamos, él no calla; cuando el lector lee, él no calla; cuando el Salmo canta estas cosas, él no calla: y todas estas voces de Dios se hacen por todo el mundo. ¿Cómo, entonces, calla, cómo no calla? No calla en la palabra, calla en la venganza. ¿Qué significa, entonces, "Estas cosas hiciste, y callé"? Estas cosas hiciste, y no vengué. Pensaste iniquidad, que sería como tú. De ese silencio de la venganza, es decir, de la cesación de la venganza, en otro lugar dice: "Callé; ¿acaso siempre callaré?" (Is. XLII, 14). ¿Hasta cuándo, Señor, hasta cuándo se gloriarán los pecadores? Responden y hablan iniquidad; hablan todos los que obran injusticia. Y dice todas las obras. Responden y hablan iniquidad. ¿Qué significa "responden"? Tienen algo que responder contra el justo. Viene algún justo y dice: "No hagas iniquidad." ¿Por qué? Para que no mueras. "He aquí, hice iniquidad; ¿por qué no muero? Él hizo justicia, y murió: ¿por qué murió? Yo hice iniquidad; ¿por qué Dios no me quitó? He aquí, él hizo justicia; ¿y por qué así lo castigó? ¿Por qué él sufre así?" Responden; esto es, responden, porque tienen algo que decir; porque se les perdona, encuentran en la paciencia de Dios un argumento para su respuesta. Él perdona por una razón, ellos responden por otra, porque viven. ¿Por qué él perdona, dice el Apóstol, expone el consejo de la paciencia de Dios: "¿Piensas, dice, tú que haces tales cosas, que escaparás del juicio de Dios? ¿O desprecias las riquezas de su bondad y longanimidad, ignorando que la paciencia de Dios te lleva al arrepentimiento? Pero tú, es decir, aquel que responde y dice: 'Si desagrado a Dios, Dios no me perdonaría': mira lo que se hace a sí mismo, escucha al Apóstol: 'Pero tú, según la dureza de tu corazón y tu corazón impenitente, atesoras para ti ira en el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios, quien pagará a cada uno según sus obras' (Rom. II, 3-6). Él, por lo tanto, aumenta la longanimidad, y tú aumentas la iniquidad. Su tesoro será en eterna misericordia para aquellos que no despreciaron la misericordia; pero tu tesoro se encontrará en la ira, y lo que pones diariamente en pequeñas cantidades, después encontrarás una masa: pones poco a poco, pero encontrarás un cúmulo. No prestes atención a tus pequeños pecados diarios; de las gotas más pequeñas se llenan los ríos.

10. [vers. 5, 6.] ¿Pero qué hacen aquellos que responden y hablan iniquidad, porque hacen y se les perdona? Humillaron a tu pueblo, Señor: es decir, a todos los que viven justamente, sobre quienes quieren enorgullecerse todos los malvados. Humillaron a tu pueblo, Señor, y afligieron tu heredad: mataron a la viuda y a los huérfanos, y asesinaron al prosélito: es decir, al extranjero, al forastero, al advenedizo; a este llama prosélito. Estas cosas son manifiestas, y no es necesario detenerse en ellas.

11. [vers. 7.] Y dijeron: "No verá el Señor." No atiende estas cosas, las descuida, se ocupa de otras cosas, no entiende. Estas son las dos voces de los malvados: una que ya he dicho, "Estas cosas hiciste, y callé: pensaste iniquidad, que sería como tú." ¿Qué significa "que sería como tú"? Piensas que veo tus acciones, y me agradan, porque no vengo. Otra es la voz de los inicuos: "Porque Dios no atiende estas cosas, ni advierte cómo vivo, Dios no se preocupa por mí. ¿Acaso Dios me cuenta entre algo? ¿O realmente me cuenta Dios? ¿O cuenta a los mismos hombres?" ¡Infeliz hombre! ¿Para que existieras se preocupó; para que vivas bien no

se preocupa? Por lo tanto, esta es la voz de ellos. Y dijeron: "No verá el Señor, ni entenderá el Dios de Jacob."

12. [vers. 8.] Entiendan ahora, insensatos del pueblo, y necios, alguna vez sean sabios. Educa a su pueblo, a quienes pueden tambalear sus pies, cuando el hombre ve las felicidades de los inicuos, ya viviendo bien en el número de los santos de Dios, es decir, en el número de los hijos de la Iglesia: ve que los malvados florecen, y hacen iniquidad, y los envidia, y se lleva a imitar sus acciones; porque ve que parece no beneficiarle nada vivir bien humildemente, esperando aquí la recompensa. Pues si espera aquella futura, no la pierde; porque aún no ha llegado el tiempo de recibirla. Trabajas en la viña, haz tu obra, y recibirás tu recompensa. No exigirías al padre de familia antes de trabajar, y ¿exiges a Dios antes de trabajar? Y esta tolerancia pertenece a tu obra, y esto pertenece a la recompensa: quieres hacer menos en la viña, quien no quieres tolerar; porque esa misma tolerancia pertenece a esa misma obra, para que encuentres la recompensa. Pero si eres engañoso, mira que no solo no recibas la recompensa, sino que encuentres el castigo; porque quisiste ser un obrero engañoso. Y ciertamente el obrero engañoso, para comenzar a no hacer bien, observa los ojos del padre de familia, mira a aquel que lo contrató para la viña, para que cuando él desvíe los ojos, cese, y no haga bien; pero cuando él vuelva los ojos, haga bien. Pero Dios, quien te contrató, no desvía los ojos; no te es lícito trabajar engañosamente: sobre ti siempre están los ojos del padre de familia; busca dónde lo engañas, y cesa si puedes. Por lo tanto, si acaso pensabas algo, cuando veías a los malvados florecer, y tus pensamientos hacían tambalear tus pies en el camino de Dios; este salmo te habla: si ninguno de ustedes es así, habla a otros a través de ustedes, diciendo: "Entiendan ahora"; porque dijeron ellos: "No verá el Señor, ni entenderá el Dios de Jacob." Entiendan, dice, "ahora, insensatos del pueblo, y necios, alguna vez sean sabios."

13. [vers. 9, 10.] ¿El que plantó el oído, no oirá? ¿No tiene con qué oír, quien te hizo con qué oír? ¿El que plantó el oído, no oirá? ¿O el que formó el ojo, no considerará? ¿El que instruye a las naciones, no reprenderá? Presten atención a esto con gran cuidado, hermanos míos, "¿El que instruye a las naciones, no reprenderá?" Así actúa Dios, instruye a las naciones: por eso envió su palabra por todo el mundo a los hombres, envió por los ángeles, por los patriarcas, por los profetas, por los siervos, por tantos pregoneros que preceden al juez. Envió también su misma Palabra, envió también a su mismo Hijo; envió a los siervos de su Hijo, y en esos siervos a su Hijo. Por todo el mundo se predica en todas partes la palabra de Dios. ¿Dónde no se dice a los hombres: "Dejen sus iniquidades anteriores, conviértanse a caminos rectos"? Por eso perdona, para que se corrijan; por eso ayer no vengó, para que hoy vivan bien. Instruye a las naciones; ¿no reprenderá entonces? ¿No escuchará a quienes instruye? ¿No juzgará a quienes les envió y sembró su palabra? Si estuvieras en la escuela, ¿recibirías y no devolverías? Ciertamente cuando recibes del maestro, eres instruido: el maestro te confía lo que te ofrece; ¿y no exigirá cuando devuelvas? ¿O cuando comiences a devolver, estarás sin temor a los castigos? Ahora, por lo tanto, recibimos; después estaremos ante el maestro, para devolver todas nuestras pasadas, es decir, para dar cuenta de todas estas cosas que ahora se nos distribuyen. Escucha al Apóstol diciendo: "Todos compareceremos ante el tribunal de Cristo, para que allí reciba cada uno según lo que haya hecho por medio del cuerpo, sea bueno o malo" (Rom. XIV, 10; y II Cor. V, 10). "¿El que instruye a las naciones, no reprenderá; el que enseña al hombre el conocimiento?" ¿Él no sabe quien te hizo saber; "el que enseña al hombre el conocimiento?"

14. [vers. 11.] El Señor conoce los pensamientos de los hombres, que son vanos. Porque aunque tú no conoces los pensamientos de Dios, que son justos; él conoce los pensamientos de los hombres, que son vanos. Y los hombres conocerán los pensamientos de Dios: pero a

quienes ya se ha hecho amigo, revela su consejo. Y ustedes, hermanos míos, no se desprecien: si se acercan con fe al Señor, escuchan los pensamientos de Dios; ahora los aprenden, esto se les dice, y para esto se les instruye por qué Dios perdona ahora a los malvados, para que no murmuren contra Dios, "quien enseña al hombre el conocimiento." El Señor conoce los pensamientos de los hombres, que son vanos. Dejen, por lo tanto, los pensamientos de los hombres, que son vanos; para que comprendan los pensamientos de Dios, que son sabios. Pero ¿quién es el que comprende los pensamientos de Dios? Quien es puesto en el firmamento del cielo. Ya lo hemos cantado, ya lo hemos dicho y expuesto.

15. [vers. 12, 13.] Bienaventurado el hombre a quien tú corriges, Señor, y de tu ley le enseñas: para que lo mitiges de los días malignos, hasta que se cave una fosa para el pecador. He aquí tienes el consejo de Dios, por qué perdona a los malvados: se cava una fosa para el pecador. Ya quieres enterrarlo: aún se le cava una fosa; no te apresures a enterrarlo. ¿Qué significa "hasta que se cave una fosa para el pecador"? ¿O a quién pone como pecador? ¿A un solo hombre? No. ¿Qué, entonces? A todo el género de hombres pecadores, pero soberbios; ya ha dicho antes, "Devuelve retribución a los soberbios." Pues también aquel pecador fue el publicano, quien bajaba los ojos a la tierra, y se golpeaba el pecho, diciendo: "Dios, sé propicio a mí, pecador": pero porque no era soberbio, Dios devolverá retribución a los soberbios; no a él, sino a tales se les cava una fosa, hasta que devuelva retribución a los soberbios. Por lo tanto, lo que dice, "Hasta que se cave una fosa para el pecador," entiende a los soberbios. ¿Quién es soberbio? Quien no hace penitencia con confesión de pecados, para que pueda ser sanado por la humildad. ¿Quién es soberbio? Quien incluso si atribuye a Dios las buenas acciones que hace, insulta sin embargo a aquellos que no las hacen, y se exalta sobre ellos. Pues también aquel fariseo, "Te doy gracias," dice: no dijo, "Yo hago." De lo que hacía, daba gracias a Dios: por lo tanto, sentía que hacía bien, y que lo hacía por él. ¿Por qué, entonces, fue reprobado? Porque insultaba al publicano. Para que sean perfectos, presten atención. Primero debe preceder, ya sea hombre o mujer, la confesión de pecados, una penitencia saludable que pueda corregir al hombre, no para burlarse de Dios: pero cuando después de la penitencia comienza a vivir bien, aún tiene algo que pensar, para no atribuirse a sí mismo lo que hace bien, sino dar gracias a aquel por cuya gracia se hizo que viviera bien; porque él lo llamó, él lo iluminó. ¿Está ya perfecto? No; aún le falta algo. ¿Qué le falta? Que no se enorgullezca sobre aquellos que aún no viven como él vive. Quien sea así, esté seguro; no se le devuelve la retribución de la que se dijo, "Devuelve retribución a los soberbios": no está entre aquellos para quienes se cava una fosa. Pues vean a aquel que decía, "Te doy gracias, porque no soy como los demás hombres, injustos, rapaces, adúlteros, como este publicano": ¿cuánto se exaltó, cuando dice, "Porque no soy como este publicano"? Pero él, con el rostro abatido, se golpeaba el pecho, diciendo: "Dios, sé propicio a mí, pecador." Él era soberbio en las buenas acciones, él humilde en las malas acciones. Vean, hermanos, agradó más a Dios la humildad en las malas acciones, que la soberbia en las buenas acciones: así odia Dios a los soberbios. Y por eso concluyó así: "En verdad les digo, descendió justificado el publicano más que el fariseo." Y dice por qué: "Porque todo el que se exalta, será humillado; y todo el que se humilla, será exaltado" (Luc. XVIII, 10-14). Hermanos míos, al menos de esto aprendemos que Cristo nos enseñó la humildad, porque Dios se hizo hombre. Esa es la humildad que desagrada a los paganos; de la que se burlan de nosotros: "¿Qué clase de Dios adoran que nació? ¿Qué clase de Dios adoran que fue crucificado?" La humildad de Cristo desagrada a los soberbios: pero si a ti, cristiano, te agrada, imítala. Si la imitas, no te cansarás; porque él mismo dijo: "Vengan a mí, todos los que están trabajados y cargados, y aprendan de mí, que soy manso y humilde de corazón" (Mat. XI, 28, 29). Esta es, por lo tanto, la disciplina cristiana: nadie hace algo bien, sino por la gracia de él. Lo que el hombre hace mal, es del hombre: lo que hace bien, lo hace por el beneficio de Dios. Cuando

comienza a hacer bien, no se lo atribuya a sí mismo: cuando no se lo atribuye a sí mismo, dé gracias a aquel de quien lo recibió. Pero cuando hace bien, no insulte a aquel que no lo hace, ni se exalte sobre él: porque la gracia de Dios no ha terminado en él, para que no llegue a otro.

16. Para librarte de los días malignos, hasta que se cave una fosa para el pecador. Sé, pues, manso, quienquiera que seas cristiano, en los días malignos. Malignos son los días en que parecen florecer los pecadores y trabajar los justos; pero el trabajo de los justos es el castigo del Padre, y la felicidad de los pecadores es su propia fosa. Porque Dios te libra de los días malignos, hasta que se cave una fosa para el pecador; no pienses que ahora en algún lugar están los ángeles con azadones cavando esa gran fosa que pueda contener a toda clase de inicuos; y porque ves que hay muchos inicuos, y te dices carnalmente: ¿Realmente una multitud tan grande de inicuos, una turba tan grande de pecadores, qué fosa puede contener? ¿Cuándo se cava tal que los contenga a todos, cuándo se vacía? Por eso Dios perdona. No es así: la fosa de los pecadores es la misma felicidad de los pecadores; en ella caerán como en una fosa. Prestad atención, hermanos, porque es una gran cosa que la felicidad se llame fosa: Hasta que se cave una fosa para el pecador. Porque Dios perdona a aquel que conoce como pecador e impío, con su justicia oculta; y esto mismo que Dios le perdona, por la impunidad lo hace altivo. Él se cree alto, y cae: en eso mismo cae, en lo que se cree alto. Esto se cree que va sublimemente, y Dios llama a esto fosa. La fosa tiende hacia lo bajo, no hacia el cielo: los pecadores soberbios parecen ir hacia el cielo, y se hunden en la tierra. Al contrario, los humildes parecen deprimirse hacia la tierra, y ascienden al cielo. Sé, pues, manso, quienquiera que seas fiel, si has sido instruido en la ley de Dios, para que tu corazón esté en el firmamento del cielo: porque Dios hizo las luminarias en el cuarto día, que se llama cuarto del sábado, de donde este salmo tomó su título. Así como ves a las luminarias dirigir sus cursos con toda paciencia, y no preocuparse de lo que los hombres dicen de ellas; así también tú no te preocupes de lo que la carne te haga. Porque todo hombre es carne y sangre. No eres vil en comparación con otra carne, de la cual pareces oprimido; porque por ti Él asumió carne, y por ti Él derramó sangre, quien te llevará a ti y a él a su juicio: y si tanto te ha dado, cuando eras impío, ¿qué guarda para el fiel? De aquí sé manso. ¿Cómo te haces manso? Cuando dices: Porque Dios lo quiere, por eso florecen los malos; quiere perdonar a los malos, los lleva al arrepentimiento a quienes perdona, pero ellos no se corrigen: Él sabe cómo juzgarlos. El hombre es implacable cuando quiere contradecir la bondad del Señor, o la paciencia, o el poder, o la justicia del juez. El soberbio se levanta contra Dios, Dios lo hunde; y en eso mismo se hunde, en lo que se levanta contra Dios. Pues en otro salmo dice: Los derribaste cuando se exaltaron (Sal. LXXII, 18). No dijo, Los derribaste porque se exaltaron; o, Los derribaste después de que se exaltaron; para que un tiempo sea el de su exaltación, y otro el de su caída: sino que en eso mismo en que se exaltaban, allí eran derribados. Porque cuanto más soberbio es el corazón del hombre, tanto más se aleja de Dios; y si se aleja de Dios, va al abismo. Al contrario, el corazón humilde trae a Dios del cielo, para que se haga cercano. Ciertamente Dios es alto, está sobre todos los cielos, trasciende a todos los ángeles: ¿cuánto tienes que elevarte para alcanzar a ese excelso? No quiero que te rompas extendiéndote; te doy otro consejo, no sea que en esa extensión te rompas por la soberbia: ciertamente Dios es alto; tú humíllate, y descenderá a ti.

17. [vers. 14.] Hemos oído por qué perdona a los malos; esto mismo es su fosa. Dios te dice: Cómo se cava para ellos, y por qué se cava una fosa para ellos, no es tuyo conocerlo; pero aprende de mi ley que debes ser paciente, hasta que se cave una fosa para el pecador. Y ¿qué de mí, preguntas, que trabajo, y trabajo entre esos pecadores? Se te responde lo que sigue: Porque el Señor no rechazará a su pueblo. Lo ejercita, no lo rechaza. Pues ¿cómo dice en otro

lugar la Escritura? Porque a quien ama Dios, corrige; y azota a todo hijo que recibe (Hebr. XII, 6). Él recibe al azotado, ¿tú dices que lo rechaza? Vemos a los hombres hacer eso con sus hijos: a veces ya desesperados de sus hijos los dejan vivir como quieren; a los que tienen esperanza, los azotan; a los que ven que están completamente sin esperanza e indomables, los dejan hacer lo que quieren. Ya a quien deja hacer lo que quiere, no quiere admitirlo en su herencia: pero azota al hijo a quien guarda esa herencia. Pero cuando Dios azota al hijo, que corra bajo la mano del Padre que azota; porque quien azota, educa para la herencia: no rechaza de la herencia a su hijo a quien castiga; sino que lo azota para recibirlo. No seas de tan vano y pueril sentido, que digas: Mi padre ama más a mi hermano, a quien le permite hacer lo que quiera; yo si me muevo contra la orden de mi padre, encuentro azotes. Alégrate bajo los azotes; porque para ti se guarda la herencia, Porque el Señor no rechazará a su pueblo. Por un tiempo corrige, no condena para siempre: pero a ellos les perdona por un tiempo, los condenará para siempre. Elige para ti: ¿quieres trabajo temporal, o castigo eterno? ¿felicidad temporal, o vida eterna? ¿Qué amenaza Dios? Castigo eterno. ¿Qué promete Dios? Descanso eterno. En lo que azota a los buenos, es temporal: en lo que perdona a los malos, es temporal. Porque el Señor no rechazará a su pueblo, y su herencia no la abandonará.

18. [vers. 15.] Hasta que la justicia, dice, se convierta en juicio y todos los que la tienen son rectos de corazón. Atiende ahora, y ten justicia; porque aún no puedes tener juicio. Primero es que tengas justicia; pero esa misma justicia tuya se convertirá en juicio. Aquí tuvieron justicia los Apóstoles, y soportaron a los inicuos. Pero ¿qué se les dice? Os sentaréis sobre doce tronos, juzgando a las doce tribus de Israel (Matth. XIX, 28). Por tanto, su justicia se convertirá en juicio. Pues ahora cualquiera que sea justo aquí, es para que sufra males y los tolere: sufra el tiempo de la pasión, y vendrá el día del juicio. Pero ¿qué digo de los siervos de Dios? El mismo Señor que es juez de todos los vivos y los muertos, primero quiso ser juzgado, y así juzgar. Hasta que la justicia se convierta en juicio: y todos los que la tienen son rectos de corazón. Los que ahora tienen justicia, aún no juzgan. Primero es tener justicia, y después juzgar: primero sufre a los malos, y después juzga a los malos. Ahora que haya justicia; después se convertirá en juicio. Y tanto tiempo sufre a los hombres malos, cuanto Dios quiere, cuanto los soportará la Iglesia de Dios, para ser educada por su malicia. Sin embargo, Dios no rechazará a su pueblo, hasta que la justicia se convierta en juicio: y todos los que la tienen, son rectos de corazón. ¿Quiénes son rectos de corazón? Los que quieren lo que Dios quiere. Perdona a los pecadores, tú quieres que ya pierda a los pecadores. Eres de corazón torcido y voluntad perversa, cuando quieres algo diferente a lo que Dios quiere. Pero Dios quiere perdonar a los malos, tú no quieres que se les perdone: Dios es paciente con los pecadores, tú no quieres tolerar a los pecadores. Pero como comencé a decir, tú quieres algo diferente, Dios quiere otra cosa: convierte tu corazón, y dirígelo hacia Dios; porque el Señor también tuvo compasión de los débiles. Vio en su cuerpo, es decir, en su Iglesia, a los débiles, que primero intentarían seguir su propia voluntad; pero cuando vieran que la voluntad de Dios era otra, se dirigirían a sí mismos y su corazón para aceptar y seguir la voluntad de Dios. No quieras torcer la voluntad de Dios a tu voluntad, sino corrige la tuya a la voluntad de Dios. La voluntad de Dios es como una regla: mira, supón que torciste la regla; ¿de dónde tienes para corregirte? Pero ella permanece íntegra: porque la regla es inmutable. Mientras la regla esté íntegra, tienes a dónde convertirte y corregir tu torcedura, tienes de dónde corregir lo que en ti está torcido. Pero ¿qué quieren los hombres? No es suficiente que tengan su voluntad torcida; también quieren hacer torcida la voluntad de Dios según su corazón, para que Dios haga lo que ellos quieren, cuando ellos deben hacer lo que Dios quiere.

19. ¿Cómo, pues, el Señor unió en el hombre que llevaba dos voluntades en una sola? Prefigurando en su cuerpo, es decir, en su Iglesia, a algunos que querrían hacer su voluntad,

pero después seguirían la de Dios; porque mostró que algunos débiles le pertenecen, y los prefiguró en sí mismo. Pues por eso sudó sangre por todo el cuerpo (Luc. XXII, 44), porque en su cuerpo, es decir, en su Iglesia, mostró la sangre de los mártires. La sangre salía por todo su cuerpo: así su Iglesia tiene mártires; por todo su cuerpo se derramó la sangre. Por tanto, prefigurando a algunos débiles en sí mismo, o en su cuerpo; desde la persona de los débiles, compadeciéndose de ellos, dijo: Padre, si es posible, pase de mí este cáliz. Mostró la voluntad del hombre: si permaneciera en esa voluntad, ya parecería mostrar un corazón torcido. Pero si se compadeció de ti, y te libera en sí; imita lo que sigue, diciendo: Sin embargo, no lo que yo quiero, sino lo que tú quieres, Padre (Matth. XXVI, 39). Si comienza a infiltrarse en ti la voluntad humana, Oh, si Dios matara a ese enemigo mío, para que no me persiga! oh, si pudiera ser que no sufriera tanto de él! ya si perseveras, y eso te agrada, y ves que Dios no quiere eso, eres de corazón torcido, no tienes la justicia que se convertirá en juicio: porque quienes la tienen, todos son rectos de corazón. ¿Y quiénes son rectos de corazón? Los que se encuentran como Job, quien dijo: El Señor dio, el Señor quitó; como al Señor le agradó, así se hizo: sea bendito el nombre del Señor (Job I, 21). He aquí un corazón recto. Nuevamente, en una grave herida, ¿qué dijo a su esposa, a quien el diablo había dejado y no matado, para que él tuviera una ayudante, no para que el esposo tuviera una consoladora? Pues recordaba que por esa Eva fue engañado Adán (Gen. III, 6), y consideraba necesaria para él a esta Eva. Se acercó a Job ella, como Eva; pero Adán fue mejor en el estiércol como vencedor que Adán vencido en el paraíso: ¿qué respondió a esa mujer? Mira el corazón preparado, mira el corazón recto. ¿Acaso no sufría persecuciones, y graves? Y todos los cristianos sufren; y si no los hombres, el diablo los persigue: y si los emperadores se han hecho cristianos, ¿acaso el diablo se ha hecho cristiano? Atienda, pues, Vuestra Santidad, qué es un corazón recto. Se acercó a él, y dijo: Di algo contra Dios, y muere. Enumeró todas las desgracias, tanto de él como de ella: Di algo, dijo, contra Dios, y muere. Y él ya reconociendo a Eva, queriendo regresar de donde había caído, con el corazón fijo en Dios como una luminaria en el firmamento, habitando con el corazón en el libro de Dios: Has hablado, dijo, como una de las mujeres insensatas; si recibimos lo bueno de la mano del Señor, ¿no toleraremos lo malo? (Job II, 9, 10). Porque el corazón está fijo en Dios, por eso es recto: porque Dios es recto, cuando fijas en Él tu corazón, sea para ti una forma, para que tu corazón sea recto. Fija, pues, tu corazón en Él, y será un corazón recto. Pero se infiltraba la voluntad humana; no sé qué de la debilidad de la carne alimentaba tu mente: no desesperes ya. El Señor te prefiguró en su debilidad, no a sí mismo: pues no temía el Señor sufrir, resucitaría al tercer día. Si realmente como hombre sufriera, y no como Dios viniera a sufrir, y si supiera que resucitaría al tercer día, de ninguna manera temería morir, lo que no temió el apóstol Pablo, que resucitaría al final de los tiempos. Pues dice: Estoy presionado por ambos lados: teniendo el deseo de partir y estar con Cristo, porque es mucho mejor; permanecer en la carne es necesario por vosotros (Philipp. I, 23 y 24). Pues le era tedioso permanecer en la carne, sufría ardor por ambos lados; decía que partir y estar con Cristo era mucho mejor. Tanto que cuando se acercaba esa pasión, ¡cómo exultaba! ¡cómo se gloriaba! He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe; de aquí en adelante me está reservada la corona de justicia, que me dará el Señor en aquel día, el justo juez (II Tim. IV, 7 y 8). Este se alegra de ser coronado, y está triste aquel que va a coronar: así se alegra el Apóstol, y dice Cristo nuestro Señor, Padre, si es posible, pase de mí este cáliz. Pero asumió la tristeza como asumió la carne. No penséis que decimos que el Señor no estaba triste. Pues si decimos que no estaba triste, cuando el Evangelio dice, Mi alma está triste hasta la muerte (Matth. XXVI, 38, 39): entonces también cuando el Evangelio dice, Jesús durmió (Id. VIII, 24), Jesús no durmió; y cuando el Evangelio dice, Jesús comió (Luc. XIV, 1, etc.), Jesús no comió: se infiltra el gusano de la putrefacción, y no deja nada sano, para que se diga que tampoco el cuerpo era verdadero, y que no tenía carne verdadera. Por tanto, todo lo que está escrito de Él, hermanos, se hizo, es

verdad. ¿Entonces estaba triste? Completamente triste, pero voluntariamente asumiendo la tristeza, como voluntariamente asumiendo la carne; como voluntariamente carne verdadera, así voluntariamente tristeza verdadera. Así, pues, voluntariamente lo mostró en sí, para que si acaso se infiltra en ti la debilidad humana, y comienza a querer algo diferente a lo que Dios quiere, veas la torcedura de tu corazón fuera de la regla, fijes en la regla, y se dirija a Dios tu corazón, que en el hombre comenzaba a ser torcido. Así, pues, el Señor mostrándote dijo, Mi alma está triste hasta la muerte; y dijo, Padre, si es posible pase de mí este cáliz. Pero haz enseguida lo que hizo para enseñarte: Sin embargo, no lo que yo quiero, sino lo que tú quieres, Padre. Pues si hacéis esto, tendréis justicia: si tenéis justicia, el corazón es recto; si el corazón es recto, esa justicia que ahora tolera, se convertirá en juicio, y después, cuando juzgue tu Señor, no solo no temerás los males, sino que también te gloriarás de la corona. Entonces verás cómo ha aprovechado la paciencia de Dios, ya sea para el castigo de ellos, o para tu corona: ahora no ves; cree lo que aún no ves, para que no te avergüences cuando veas. Hasta que la justicia se convierta en juicio: y todos los que la tienen, son rectos de corazón.

20. [vers. 16] ¿Quién se levantará por mí contra los malignos? ¿o quién se pondrá de pie por mí contra los que obran iniquidad? Muchos persuaden muchas maldades, el susurro de la serpiente no cesa, para que hagas iniquidad: a dondequiera que te vuelvas, tal vez si has progresado, buscas vivir bien con alguien, y apenas encuentras; muchos malos te rodean, porque pocos granos, mucha paja. Esta era tiene sus granos, pero aún trabajan. Separada, pues, de la paja toda la masa será grande: pocos granos son, pero en comparación con las pajas; muchos, sin embargo, en sí mismos. Por tanto, cuando por todas partes los malos resuenan, y dicen, ¿Por qué vives así? ¿eres tú el único cristiano? ¿Por qué no haces lo que hacen los demás? ¿por qué no miras, como los demás? ¿por qué no aplicas remedios y amuletos? ¿por qué no consultas a los astrólogos y arúspices, como los demás? y tú te santiguas, y dices, Soy cristiano, para rechazar a esos no sé quiénes: pero el adversario presiona, urge; lo que es peor, con el ejemplo de los cristianos sofoca a los cristianos. Se suda, se agita; el alma cristiana es tribulada: tiene que vencer, sin embargo; pero ¿acaso de sí misma? Por eso mira lo que dice. Pues responde, ¿De qué me sirve que ahora me haga remedios, y gane pocos días? salgo de aquí de este mundo, y voy a mi Señor, y me enviará al fuego; porque he preferido pocos días a la vida futura, me enviará al infierno. ¿Qué infiernos? Del juicio eterno de Dios. ¿Realmente piensas que a Dios le importa cómo viven los hombres? Y esto tal vez no te lo dice un amigo en la plaza, sino en casa la esposa, o tal vez el esposo a la esposa fiel, buena y santa, engañador de ella. Si la mujer al marido, es Eva para él; si el hombre a la esposa, es el diablo para ella: o ella es Eva para ti, o tú eres la serpiente para ella. A veces el padre quiere convertir su pensamiento o al hijo: lo encuentra también malo, muy malvado; se agita, fluctúa, busca cómo vencer, casi es absorbido, casi consiente, pero que Dios esté presente. Escuchad, pues, el Salmo: ¿Quién se levantará por mí, dice, contra los malignos? Son tantos; a dondequiera que miro, ellos se presentan. ¿Quién se enfrentará al príncipe de la iniquidad, al diablo, y a sus ángeles, y a los hombres seducidos por él?

21. [vers. 17.] "Si el Señor no me hubiera ayudado," dice, "poco faltó para que mi alma habitara en el infierno." Estuve a punto de caer en esa fosa que se prepara para los pecadores: es decir, "poco faltó para que mi alma habitara en el infierno." Porque ya vacilaba, ya casi consentía, miré al Señor. Supongamos, por ejemplo, que se le insultaba para que cometiera una iniquidad. A veces los malvados se reúnen y se burlan de los buenos; especialmente si son muchos y atrapan a uno solo, como cuando hay mucha paja alrededor de un solo grano (entonces no estarán juntos cuando la masa sea aventada): entre muchos inicuos, aquel es capturado, se le insulta, se le rodea; quieren imponerse sobre él, lo agitan como si fuera justo,

y se burlan de él como si fuera por su misma justicia: "Gran apóstol," dicen, "volaste al cielo, como Elías." Los hombres hacen estas cosas, de tal manera que a veces, al prestar atención a la lengua humana, uno se avergüenza de ser bueno entre los malos. Resista, pues, a los malvados; pero no por sus propias fuerzas, no sea que se vuelva orgulloso al querer escapar de los orgullosos, y aumente el número de los soberbios. Pero, ¿qué debe decir? "¿Quién se levantará por mí contra los malignos? ¿O quién se pondrá de pie por mí contra los que obran iniquidad? Si el Señor no me hubiera ayudado, poco faltó para que mi alma habitara en el infierno."

22. [vers. 18, 19.] Si decía, "Mi pie se ha movido," tu misericordia, Señor, me ayudaba. Mira cómo Dios ama la confesión. Tu pie se mueve, y no dices, "Mi pie se mueve," sino que dices que estás firme, cuando ya estás cayendo. Más bien, si ya comenzaste a moverte, si ya comenzaste a tambalear, confiesa el movimiento, para que no lamentes la caída; para que Él te ayude, para que tu alma no esté en el infierno. Dios quiere confesión, quiere humildad. Tienes miedo, como hombre; Él te ayuda, como Dios: pero di, sin embargo, "Mi pie se ha movido." ¿Por qué ya te mueves y dices, "Estoy firme"? Si decía, "Mi pie se ha movido," tu misericordia, Señor, me ayudaba. Como Pedro presumió, no en sus propias fuerzas. El Señor parecía caminar sobre el mar, pisando las cabezas de todos los soberbios en este mundo. Su camino, pisando las cabezas de los soberbios, lo significó caminando sobre las olas hinchadas. También la Iglesia pisa: pues ella es Pedro. Sin embargo, Pedro no se atrevió a caminar sobre las aguas por sí mismo: pero, ¿qué dijo? "Señor, si eres tú, manda que yo vaya a ti sobre las aguas." Él en su poder, Pedro en su mandato. "Manda," dijo, "que yo vaya a ti." Él respondió: "Ven." También la Iglesia pisa las cabezas de los soberbios; pero porque la Iglesia es y tiene debilidad humana, para que se cumpla, "Si decía, 'Mi pie se ha movido,'" Pedro vaciló en el mar, y clamó: "Señor, me estoy hundiendo." Lo que aquí se dice, "Si decía, 'Mi pie se ha movido,'" allí se dice, "Señor, me estoy hundiendo." Y lo que aquí se dice, "Tu misericordia, Señor, me ayudaba," allí se dice, "Jesús extendió la mano diciendo, 'Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?'" (Mateo XIV, 25-31). Es asombroso cómo Dios prueba a los hombres: nuestros mismos peligros nos hacen más dulce al liberador. Pues miren lo que sigue. Porque dijo, "Si decía, 'Mi pie se ha movido,' tu misericordia, Señor, me ayudaba": el Señor se le hizo dulce, librándolo de los peligros; y por eso, exponiendo esa dulzura del Señor, exclama diciendo, "Señor, según la multitud de mis dolores en mi corazón, tus exhortaciones alegraron mi alma." Muchos dolores, pero muchas consolaciones: heridas amargas, pero medicinas dulces.

23. [vers. 20.] ¿Acaso se adhiere a ti el trono de la iniquidad, tú que finges dolor en el precepto? Esto dijo, "Nadie se sienta contigo en la iniquidad, ni tendrás trono de iniquidad." Y de dónde entiende esto, da la razón: "Tú que finges," dice, "dolor en el precepto." Por esto entiendo que no se adhiere a ti el trono de la iniquidad, porque ni siquiera a nosotros nos perdonaste. Tienes esto en la Epístola del apóstol Pedro, y para esto puso testimonio de la Escritura; "Es tiempo," dice, "de que el juicio comience por la casa de Dios"; es decir, es tiempo de que ahora sean juzgados los que pertenecen a la casa de Dios. Si los hijos son azotados, ¿qué deben esperar los siervos malvados? Por eso añadió: "Y si el juicio comienza por nosotros, ¿cuál será el fin de los que no creen en el Evangelio de Dios?" Luego añade ese testimonio: "Y si el justo con dificultad se salva, ¿dónde aparecerán el pecador y el impío?" (I Pedro IV, 17, 18). ¿Cómo, entonces, estarán contigo los inicuos, cuando ni siquiera a tus fieles perdonas, para ejercitarlos y educarlos? Pero porque no perdona para educar; por eso dijo, "Tú que finges dolor en el precepto." Fingir es, hacer formas, modelar; de ahí que se llamen alfareros, y se diga vasija de barro: no fingido en el sentido de mentira; sino que se forma para que sea, y tenga alguna forma, como ya se dijo, "¿El que formó el ojo, no verá?"

¿Acaso, "formó el ojo," es mentira? Pero se entiende, "Modeló el ojo, hizo el ojo." ¿No es alfarero, cuando hace frágiles, débiles y terrenales? Escucha al Apóstol diciendo: "Tenemos este tesoro en vasos de barro" (II Cor. IV, 7). Pero tal vez otro nos hizo estos vasos. Escucha al mismo diciendo: "Oh hombre, ¿quién eres tú para responder a Dios? ¿Acaso dice la cosa formada al que la formó, '¿Por qué me hiciste así?' ¿No tiene potestad el alfarero sobre el barro para hacer de la misma masa un vaso para honra y otro para deshonra?" (Rom. IX, 20, 21). Mira también al mismo Señor Cristo, porque se mostró como alfarero. Pues porque había hecho al hombre del barro (Juan IX, 1-6). Entonces, lo que dijo, "¿Acaso se adhiere a ti el trono de la iniquidad, tú que finges dolor en el precepto?" digamos así, "¿Acaso se adhiere a ti el trono de la iniquidad, tú que formas dolor en el precepto?" Formas, dice, dolor en el precepto, es decir, haces del dolor un precepto para nosotros, para que el mismo dolor sea un precepto para nosotros. ¿Cómo es el dolor un precepto para nosotros? Cuando te azota quien murió por ti, y no te promete felicidad en esta vida, y no puede engañarte, y aquí no te da lo que buscas. ¿Qué dará? ¿Dónde dará? ¿Cuánto dará, quien aquí no da, quien aquí educa, quien forma dolor en el precepto? Tu trabajo está aquí, y se te promete descanso. Consideras que tienes trabajo aquí; pero considera qué tipo de descanso promete. ¿Acaso puedes imaginarlo? Si pudieras imaginarlo, verías que no trabajas nada en comparación. Escucha a quien lo veía en parte, quien dijo, "Ahora conozco en parte" (I Cor. XIII, 12): ¿qué dice el Apóstol? "Porque lo que es temporal y leve de nuestra tribulación presente, en modo increíble, y de manera increíble, produce para nosotros un eterno peso de gloria." ¿Qué es, "produce para nosotros un eterno peso de gloria"? ¿Para quiénes produce? "No mirando las cosas que se ven, sino las que no se ven: porque las cosas que se ven son temporales; pero las que no se ven son eternas" (II Cor. IV, 17, 18). No seas perezoso en el trabajo por poco tiempo, y te alegrarás sin cesar. Dios te dará la vida eterna: piensa cuánto trabajo debe costar.

24. Presten atención, hermanos; está a la venta. Está a la venta lo que tengo, dice Dios; cómpralo. ¿Qué tiene a la venta? Tengo a la venta el descanso; cómpralo con trabajo. Presten atención, para que seamos en el nombre de Cristo cristianos fuertes: ya queda poco del Salmo, no nos cansemos. Pues, ¿cómo podrá ser fuerte en la acción quien se cansa en la escucha? El Señor estará presente para que expliquemos lo que queda. Presten atención: de alguna manera Dios ha puesto a la venta el reino de los cielos. Le dices: ¿Cuánto vale? El precio es el trabajo: como si dijera, el precio es oro, no bastaría con decir esto solo, sino que preguntarías cuánto oro. Pues tanto el sólido es oro, como la semiuncia, y la libra, y algo así. Por eso dijo el precio, para que no te esforzaras en buscar cuánto tiempo encontrarías. El precio de esto es el trabajo: ¿cuánto trabajo es? Ya busca tú cuánto trabajo se requiere. Aún no se te dice cuánto será ese trabajo, o cuánto trabajo se te exigirá: Dios te dice, "Yo te muestro cuán grande será ese descanso; tú juzga cuánto trabajo debe costar." Que Dios diga cuán grande será ese descanso. Bienaventurados los que habitan en tu casa; te alabarán por los siglos de los siglos. (Sal. LXXXIII, 5). Este es el descanso eterno: sin fin será este descanso, sin fin será este gozo, sin fin será esta alegría, sin fin será la incorruptibilidad; tendrás vida eterna; descanso que no tiene fin. ¿Cuánto trabajo merece el descanso que no tiene fin? Si quieres comparar verdaderamente, y juzgar verdaderamente, el descanso eterno se compra justamente con trabajo eterno. Esto es verdad: pero no temas, Dios es misericordioso. Pues si tuvieras trabajo eterno, nunca llegarías al descanso eterno. Siempre trabajando, ¿cuándo llegarías a lo que dignamente puede comprarse con trabajo eterno, porque el descanso es eterno? Precio justo: ciertamente el descanso eterno merece ser comprado con trabajo eterno. Pero si siempre trabajaras, nunca llegarías al descanso. Por lo tanto, para que alguna vez llegues a lo que compras, no se debe trabajar eternamente: no porque no valga tanto, sino para que se posea lo que se compra. Ciertamente merece ser comprado con trabajo perpetuo; pero es necesario que se compre con trabajo temporal.

Ciertamente tanto debería ser, es decir, trabajo eterno por descanso eterno. Diez veces cien mil años en trabajo, ¿qué valen? Diez veces cien mil años tienen fin: Lo que te daré, dice Dios, no tendrá fin. ¿Qué misericordia de Dios? Ni siquiera dice, "Trabaja diez veces cien mil años"; no dice, "Trabaja mil años"; no dice, "Trabaja quinientos años": mientras vivas, trabaja, en pocos años: de ahí ya será descanso, y no tendrá fin. Y aún escucha lo que sigue: "Señor, según la multitud de mis dolores en mi corazón, tus exhortaciones alegraron mi alma." Y trabajas pocos años, y en esos trabajos no falta la consolación, no faltan las alegrías diarias. Pero no te alegres en el mundo: alégrate en Cristo, alégrate en su palabra, alégrate en su ley. A esas alegrías pertenece lo que hablamos, y lo que escuchas. ¿Cuántas son, entonces, esas consolaciones en tantos trabajos? Es verdad, pues, lo que dijo el Apóstol, "Porque lo que es temporal y leve de nuestra tribulación presente, en modo increíble, y de manera increíble, produce para nosotros un eterno peso de gloria." Mira cuánto precio damos, de alguna manera una sola vaina para recibir tesoros eternos: una vaina de trabajo para un descanso increíble, según lo que se ha dicho, "En modo increíble, y de manera increíble, produce un eterno peso de gloria." Te alegras por un tiempo; no confíes en ello: estás triste por un tiempo; no desesperes. No te corrompa la felicidad, y no te rompa la adversidad: no sea que digas en tu corazón, "No puede ser que Dios admita a los inicuos, quien corrige a los justos para salvarlos; quien por eso los corrige, para educarlos. Si el justo apenas se salva; ¿dónde aparecerán el pecador y el impío?" ¿Acaso se adhiere a ti el trono de la iniquidad? es decir, ¿Acaso se adhiere a ti el trono de los impíos; tú que finges dolor en el precepto, tú que quisiste ejercitar y educar así a estos hijos, quisiste darles preceptos de tal manera que no estuvieran sin temor, para que no amaran otra cosa, y se olvidaran de ti, su verdadero bien? Dios es bueno: si Dios cesara, y no mezclara amarguras con las felicidades del mundo, lo olvidaríamos.

25. Pero donde las angustias de las molestias hacen olas en el alma, esa fe que dormía allí, se despierte. Pues estaba tranquilo cuando Cristo dormía en el mar: mientras dormía, se levantó la tempestad, y comenzaron a estar en peligro. Así, en el corazón cristiano habrá tranquilidad y paz; pero mientras nuestra fe esté despierta: si nuestra fe duerme, estamos en peligro. Esto significa Cristo durmiendo, porque algunos olvidan su fe, y están en peligro. Pero así como aquella nave, cuando se agitaba, Cristo fue despertado por los que se agitaban, y decían, "Señor, perecemos"; Él se levantó, mandó a las tempestades, mandó a las olas, cesó el peligro, se hizo la tranquilidad (Mateo VIII, 23-26): así también cuando te turban las malas concupiscencias, las malas persuasiones, son olas, se calmarán. Ya desesperas, y piensas que no perteneces al Señor: despierte tu fe, despierta a Cristo en tu corazón; al levantarse la fe, ya reconoces dónde estás: y si tal vez las olas de la concupiscencia te tientan, miras lo que Dios ha prometido; y la dulzura de las promesas te hará despreciador de las dulzuras del mundo: y si tal vez muchas amenazas de los poderosos malvados te apremian, y te expulsan de la justicia; consideras lo que Dios amenaza, "Id al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles" (Mateo XXV, 41), y no abandonas la justicia: temiendo, pues, el fuego eterno, desprecias los dolores temporales; y por lo que Dios ha prometido, desprecias la felicidad temporal. Prometió descanso; soporta la molestia: amenaza con fuego eterno; desprecia los dolores temporales: y al despertar Cristo, se tranquilice tu corazón, para que también llegues al puerto. Pues no prepararía el puerto, quien preparó la nave. ¿Acaso se adhiere a ti el trono de la iniquidad, tú que finges dolor en el precepto? Nos ejercita con los hombres malos, y nos educa con sus persecuciones. Por la malicia del malo es azotado el bueno, y por el siervo es corregido el hijo: así se forma el dolor en el precepto. Lo que Dios permite que los hombres malos puedan hacer, eso hacen, a quienes por un tiempo perdona.

26. [vers. 21.] Pues, ¿qué sigue? Captarán el alma del justo. ¿Por qué captarán? Porque no encuentran un verdadero crimen que imputar. ¿Qué captaron en el Señor? Inventaron falsos crímenes (Mateo XXVI, 59), porque no pudieron encontrar verdaderos. Y condenarán la sangre inocente. ¿Por qué sucede todo esto? Lo declarará en lo que sigue.

27. [vers. 22.] Y el Señor se ha hecho mi refugio. No buscarías tal refugio si no estuvieras en peligro: pero por eso estás en peligro, para que busques; porque Él forma el dolor en el precepto. Me hace tribulación por la malicia de los malos; herido por la tribulación, comencé a buscar el refugio que en esa felicidad mundana había dejado de buscar. Pues, ¿quién fácilmente recuerda a Dios, quien siempre es feliz, y se alegra con la esperanza presente? Que se aleje la esperanza del mundo, y que se acerque la esperanza de Dios; para que puedas decir, "Y el Señor se ha hecho mi refugio": para esto sufro, para que el Señor se haga mi refugio. Y mi Dios en ayuda de mi esperanza. Ahora el Señor es esperanza, pues mientras estamos aquí, estamos en esperanza, aún no en realidad. Pero para que no desfallezcamos en la esperanza, está presente el prometedor levantándonos, y moderando los mismos males que sufrimos. Pues no en vano se ha dicho, "Fiel es Dios, que no permitirá que seáis tentados más allá de lo que podéis soportar; sino que hará con la tentación también la salida, para que podáis soportar." (I Cor. X, 13), así envía a la hornaza de la tribulación, para que se cocine el vaso, no para que se rompa. Y el Señor se ha hecho mi refugio, y mi Dios en ayuda de mi esperanza. ¿Por qué, entonces, te parecía que era injusto porque perdona a los malos? Mira cómo ya se corrige el Salmo, y tú corrige con el Salmo: pues tenía tus voces el Salmo. ¿Cuáles son las voces? "¿Hasta cuándo, Señor, hasta cuándo se gloriarán los pecadores?" El Salmo tenía tus voces: ahora, pues, ten tú las voces del Salmo. ¿Cuáles son las voces del Salmo? "Y el Señor se ha hecho mi refugio, y mi Dios en ayuda de mi esperanza."

28. [vers. 23.] Y el Señor les retribuirá según sus obras; y según su malicia los destruirá el Señor nuestro Dios. No es casual que diga, según su malicia. A mí me beneficia por ellos; y sin embargo, se menciona su malicia, no sus beneficios. Ciertamente, nos ejercita con los malos, nos azota. ¿Para qué nos azota? Sin duda, para el reino de los cielos. Pues azota a todo hijo que recibe: y ¿quién es el hijo a quien su padre no disciplina? (Hebr. XII, 6, 7). Cuando Dios hace esto, nos instruye para la herencia eterna; y a menudo nos beneficia a través de los hombres malos, en quienes ejercita y perfecciona nuestro amor, que quiere extender hasta los enemigos. Pues el amor del cristiano no es perfecto, a menos que cumpla lo que Cristo mandó: Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian, y orad por los que os persiguen (Mat. V, 44). De aquí se vence al mismo diablo, de aquí se obtiene la corona de la victoria. Mirad cuánto nos concede Dios a través de los hombres malos: y sin embargo, no les retribuirá según lo que nos concede por ellos, sino según su malicia. Ved cuánto nos concedió del mismo crimen atroz de Judas el traidor. Judas entregó al Hijo de Dios a la pasión, y por la pasión del Hijo de Dios todas las naciones fueron redimidas para la salvación: sin embargo, no se le dio a Judas la recompensa por la salvación de las naciones, sino que se le retribuyó con el castigo debido por su malicia. Pues si se considera la entrega de Cristo, y no la intención del que lo entregó, Judas hizo lo que hizo Dios Padre, de quien está escrito que no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros (Rom. VIII, 32). Judas hizo lo que hizo el mismo Señor Cristo, de quien está escrito: Se entregó a sí mismo por nosotros como ofrenda y sacrificio a Dios en olor de suavidad: y de nuevo, Como Cristo, dice, amó a la Iglesia, y se entregó a sí mismo por ella (Ephes. V, 2, 25). Y sin embargo, damos gracias a Dios Padre, que no perdonó a su único Hijo, sino que lo entregó por nosotros; damos gracias al mismo Hijo, que se entregó por nosotros, y en ello cumplió la voluntad del Padre: y detestamos a Judas, de cuyo acto Dios nos concedió tanto beneficio; y decimos con razón, El Señor le retribuyó según su iniquidad, y según su malicia lo destruyó. Pues él no entregó a

Cristo por nosotros, sino por el dinero con que lo vendió: aunque la entrega de Cristo es nuestra recepción, y la venta de Cristo es nuestra redención. Así también aquellos que persiguieron a los mártires, persiguiéndolos en la tierra, los enviaban al cielo; y aunque sabían que causaban daño en esta vida presente, no sabían que contribuían al beneficio de la vida futura: sin embargo, todos los que perseveraron en el odio injusto hacia los justos, el Señor les retribuirá según sus iniquidades, y según su malicia los destruirá. Pues así como la bondad de los justos perjudica a los malos, así la iniquidad de los impíos beneficia a los buenos. Porque el Señor dice: Yo he venido para que los que no ven, vean, y los que ven, se vuelvan ciegos (Joan. IX, 39): y el Apóstol dice: Para unos somos olor de vida para vida, y para otros olor de muerte para muerte (II Cor. II, 16). La malicia de los inicuos son las armas siniestras de los justos; como dice el mismo apóstol: Por las armas de justicia a diestra y siniestra, es decir, por la gloria y la ignominia (Id. VI, 7, 8): y así prosigue enumerando las demás, mostrando las armas diestras, la gloria de Dios, la buena fama, la verdad por la cual se conocía que vivían, que no eran muertos, que se alegraban, que enriquecían a muchos, que poseían todo; y las siniestras, que eran considerados ignobles y de mala fama, que eran tenidos por seductores, que eran ignorados, asesinados, reprimidos, entristecidos, que parecían carecer y no tener nada. ¿Y qué maravilla si los soldados de Cristo combaten al diablo con armas diestras y siniestras? Así como la paz es para los hombres de buena voluntad (Luc. II, 14), incluso cuando son para otros olor de muerte para muerte; así la destrucción es para los hombres de mala voluntad, incluso cuando son armas siniestras para la salvación de los justos. Por tanto, les retribuirá no según nuestra utilidad, que se obtiene de ellos; sino según su iniquidad, que amando odian sus almas: y no según el beneficio que nos concede por ellos, los honra, que incluso usa bien a los malos; sino según su malicia los destruirá el Señor nuestro Dios.

29. Tolere, pues, el justo al injusto; tolere la impunidad temporal del injusto, el trabajo temporal del justo: pero el justo vivirá por la fe (Rom. I, 17). Pues no hay otra justicia del hombre en esta vida, sino vivir por la fe, que obra por el amor (Galat. V, 6). Y si vive por la fe, crea también que le espera el descanso futuro después del trabajo presente, y a ellos tormentos eternos después de la exultación presente. Y si la fe obra por el amor, ame también a sus enemigos, y en cuanto dependa de él, quiera beneficiarlos: así hará que no le perjudiquen, cuando ellos lo deseen. Y cuando tal vez reciban el poder de dañar y dominar; tenga su corazón en lo alto, donde nadie le daña, instruido y educado por la ley de Dios, para que se mitigue de los días malignos, hasta que se cave una fosa para el pecador. Pues si en la ley del Señor está su voluntad, y en su ley medita día y noche (Psal. I, 2), cuya conversación está en los cielos (Philipp. III, 20); desde el firmamento brilla sobre la tierra: de donde este salmo recibió el título del cuarto día del sábado, cuando se hicieron las luminarias (Gen. I, 14); para que haga todo sin murmuración, teniendo la palabra de vida en una nación torcida y perversa (Philipp. II, 14-16). Pues así como las estrellas en el cielo no las apaga la noche; así las mentes de los fieles adheridas al firmamento de la Escritura de Dios no las vence la iniquidad. Y esto mismo, que nuestras cosas terrenales a veces se entregan al poder de los malos, no solo pertenece a nuestra instrucción, para que el Señor sea nuestro refugio, y Dios nuestra ayuda en nuestra esperanza; sino que también contribuye a la fosa del mismo pecador, de quien en otro salmo se dice: Se inclinará y caerá, cuando domine a los pobres (Psal. IX, 10).

30. Tal vez os haya resultado pesada la longitud del discurso: aunque en este entusiasmo de vuestro estudio no parece así. Pero aunque sea así, perdonadme: primero, porque lo hice por mandato; pues el Señor nuestro Dios me lo mandó a través de aquellos hermanos en quienes habita. Pues Dios no manda sino desde su sede. Luego, porque habéis sido tan ávidos de

nosotros, confesamos que también nosotros hemos sido ávidos de vosotros. Que nuestro Dios consuele este trabajo, para que este sudor nuestro sea para vuestro progreso en la salvación, no en testimonio de acusación. Esto digo, hermanos, para que de lo que habéis escuchado, progreséis, y lo rumiéis con vosotros: no os permitáis olvidarlo, no solo recordándolo y conversando, sino también viviendo así. Pues la buena vida que se lleva según los preceptos de Dios, es como un estilo que escribe lo que se oye en el corazón. Si se escribiera en cera, fácilmente se borraría: escribidlo en vuestros corazones, en vuestras costumbres, y nunca se borrará.

EN EL SALMO XCIV COMENTARIO.

SERMON.

1. [vers. 1.] Yo desearía, hermanos, que escucháramos más bien a nuestro padre; pero también es bueno obedecer al padre. Porque nos mandó, quien se digna orar por nosotros, que del presente salmo lo que el Señor Dios de todos nosotros se digne conceder, lo hable a vuestra Caridad. El título del Salmo es, Alabanza del cántico de David. Alabanza del cántico significa tanto alegría, porque es un cántico; como devoción, porque es alabanza. Pues ¿qué debe alabar más el hombre, que aquello que le agrada de tal manera, que no puede desagradarle? La seguridad de la alabanza está en la alabanza de Dios. Allí el que alaba está seguro, donde no teme avergonzarse de lo que alaba. Y alabemos, pues, y cantemos; esto es, con alegría y con gozo alabemos. Pero ¿qué vamos a alabar? El mismo Salmo nos lo indica en los versículos siguientes.

2. Venid, exultemos al Señor. Invita a grandes banquetes de exultación, no al mundo, sino al Señor. Pues si no hubiera en este mundo una exultación mala, que debe distinguirse de la exultación buena, bastaría con decir, Venid, exultemos: pero brevemente lo distingue. ¿Qué es exultar bien? Exultar en el Señor. Por tanto, la exultación mala es exultar en el mundo; la exultación buena es exultar en el Señor. Debes exultar piadosamente en el Señor, si quieres insultar al mundo con seguridad. Pero ¿qué es, Venid? ¿De dónde llama a venir, con quienes quiere exultar en el Señor; sino porque están lejos para que acercándose se aproximen, aproximándose se acerquen, acercándose exulten? Pero ¿de dónde están lejos? ¿Acaso puede el hombre estar lejos en lugares de aquel que está en todas partes? ¿Quieres estar lejos de él? ¿A dónde irás para estar lejos? Pues un pecador, aunque con esperanza de salvación, penitente y doliente por sus pecados, y temeroso de la ira de Dios, y queriendo agradar a Dios, así habla en otro salmo: ¿A dónde iré de tu espíritu? ¿Y de tu presencia a dónde huiré? Si subo al cielo, allí estás. ¿Qué queda entonces? Porque si sube al cielo, allí encuentra a Dios: ¿a dónde irá para estar lejos de Dios? Mira lo que dice: Si desciendo al infierno, allí estás (Psal. CXXXVIII, 7, 8). Si pues subiendo al cielo, allí encuentra a Dios; descendiendo al infierno, no huye de Dios: ¿a dónde irá, a dónde huirá de él airado, sino a él mismo aplacado? Y sin embargo, aunque nadie pueda huir de aquel que está en todas partes, si algunos no estuvieran lejos de Dios, no se diría: Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí (Isai. XXIX, 13). Por tanto, no está lejos de Dios cualquiera por el lugar, sino por la disimilitud. ¿Qué es, disimilitud? Mala vida, malas costumbres. Pues si por las buenas costumbres se aproxima a Dios; por las malas costumbres se aleja de Dios. Así que un mismo hombre, estando de pie en un lugar, amando a Dios se acerca a Dios, y amando la iniquidad se aleja de Dios: no mueve los pies, y sin embargo puede tanto acercarse como alejarse. Pues nuestros pies en este camino, son nuestros afectos. Según el afecto que tenga cada uno, según el amor que tenga cada uno, así se acerca o se aleja de Dios. ¿No decimos a menudo, cuando encontramos algunas cosas disímiles: Esto está lejos de aquello? Cuando comparamos a dos hombres, dos caballos, dos vestiduras, y alguien dice, Esta vestidura es

similar, es como aquella; o, Este hombre es como aquel: ¿qué dice otro, que contradice? Lejos de eso; está lejos de aquello. ¿Qué es, está lejos de aquello? Es disímil a aquello. Y están de pie juntos, y sin embargo este está lejos de aquel. Y dos inicuos iguales en vida y costumbres, si uno está en Oriente, otro en Occidente están juntos. Y dos justos de igual manera, uno está en Oriente, otro en Occidente, están juntos, porque están en Dios. Por el contrario, un justo, otro iniquo, aunque estén atados con una misma cadena, están muy separados entre sí. Por tanto, si por la disimilitud nos alejamos de Dios, por la similitud nos acercamos a Dios. ¿Qué similitud? A la que fuimos hechos, que en nosotros habíamos corrompido pecando, que recibimos por el perdón de los pecados, que se renueva en nosotros interiormente en la mente, para que como si se reesculpiera en la moneda, es decir, en nuestra alma la imagen de nuestro Dios, y volvamos a sus tesoros. Pues ¿de dónde, hermanos, quiso nuestro Señor Jesucristo mostrar a sus tentadores qué busca Dios con la moneda? Pues cuando sobre el tributo del César, buscando causa de calumnia, quisieron consultar al maestro de la verdad, y consultando tentarle si era lícito dar tributo al César; ¿qué dijo él? ¿Por qué me tentáis, hipócritas? Pidió que le trajeran una moneda, y le fue traída. ¿De quién tiene, dijo, la imagen? Respondieron: Del César. Y él: Dad, pues, al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios (Matth. XXII, 15-21). Como si dijera: Si César busca en la moneda su imagen, ¿Dios no busca en el hombre su imagen? A esta similitud nos invita nuestro Señor Jesucristo, mandándonos que amemos incluso a nuestros enemigos; y da ejemplo de Dios mismo: Como vuestro Padre, dice, que está en los cielos, que hace salir su sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos e injustos. Sed, pues, perfectos como vuestro Padre (Id. V, 45, 48). Cuando dice, Sed perfectos como él, nos invita a la similitud. Si, pues, nos invita a la similitud, es evidente que siendo disímiles nos habíamos alejado de Dios, y nos habíamos hecho lejos por la disimilitud, y nos hacemos cercanos por la similitud, para que ya se cumpla en nosotros lo que está escrito, Acercaos a Dios, y seréis iluminados (Psal. XXXIII, 5). Por tanto, a algunos que están lejos y viven mal, este salmo les dice, Venid, exultemos al Señor. ¿A dónde vais? ¿a dónde os alejáis? ¿a dónde os apartáis? ¿a dónde huís, exultando en el mundo? Venid, exultemos al Señor. ¿A dónde vais a exultar, donde desfallecéis? Venid, exultemos en aquel por quien fuimos hechos. Venid, exultemos al Señor.

3. Jubilemos a Dios, nuestro salvador. ¿Qué es jubilar? No poder expresar con palabras el gozo, y sin embargo testimoniar con la voz lo que se ha concebido interiormente y no puede explicarse con palabras: esto es jubilar. Pues que vuestra Caridad considere a quienes jubilan en cualquier canto, y como en una especie de certamen de alegría secular; y veis como entre cánticos expresados con palabras, exultando de alegría, a la que la lengua no basta para expresar, cómo jubilan, para que por aquella voz se indique el afecto del alma, que no puede expresar con palabras lo que se concibe en el corazón. Si, pues, ellos jubilan por un gozo terrenal; ¿no debemos nosotros jubilar por un gozo celestial, que verdaderamente no podemos expresar con palabras?

4. [vers. 2.] Preocupemos su rostro con confesión. La confesión, en efecto, se entiende de dos maneras en las Escrituras. Hay confesión del que alaba, hay confesión del que gime. La confesión del que alaba, pertenece al honor de aquel que es alabado: la confesión del que gime, pertenece a la penitencia de aquel que se confiesa. Pues los hombres confiesan, cuando alaban a Dios: confiesan, cuando se acusan a sí mismos; y nada hace más dignamente la lengua. Verdaderamente creo que estos son los votos, de los que dice en otro salmo. Pagaré mis votos, que pronunciaron mis labios (Psal. LXV, 13, 14). Nada más sublime que esta distinción, nada tan necesario tanto para entender como para hacer. ¿Cómo, pues, distingues los votos que pagas a Dios? Para alabarle a él, acusarte a ti; porque de él es la misericordia, para perdonar nuestros pecados. Pues si quisiera actuar según los méritos, no encontraría sino

a quienes condenar. Venid, pues, dijo, para que ya nos apartemos de nuestros pecados, y no lleve con nosotros la cuenta de los pasados; sino que como si se hicieran nuevas tablas, quemados todos los documentos de nuestras deudas. ¿Cuánta, pues, es la alabanza de él, cuánta su misericordia, confesemos, alabando. Pues si siempre la confesión fuera del penitente, no se diría en el Evangelio de él mismo: En aquella hora exultó Jesús en el Espíritu Santo, y dijo, Te confieso, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas a los sabios y prudentes, y las revelaste a los pequeños (Luc. X, 21). ¿Acaso porque Cristo confesaba, era penitente? A él nada podía hacerle penitente, porque nada había hecho culpablemente; pero confesaba en alabanza del Padre. Por tanto, porque aquí es lugar de exultación, tal vez debamos entender aquella confesión que es en alabanza de Dios: de donde también Alabanza del cántico, para que no entendamos aquí la confesión de los penitentes, sino de los que alaban. ¿Y qué es lo que inmediatamente nos advierte de cierta confesión cuando dice: Preocupemos su rostro con confesión? ¿Qué es, Preocupemos su rostro con confesión? Vendrá; Preocupemos su rostro con confesión, primero: antes de que venga, confesando condenemos lo que hicimos, para que él encuentre lo que corone, no lo que condene. ¿Acaso esto no pertenece a la alabanza de Dios, cuando confiesas tus pecados? Más bien, pertenece principalmente a la alabanza de Dios. ¿Por qué pertenece principalmente a la alabanza de Dios? Porque tanto más se alaba al médico, cuanto más se desesperaba del enfermo. Confiesa, pues, tus pecados, cuanto más desesperabas de ti por tus iniquidades. Pues tanto mayor es la alabanza del que perdona, cuanto mayor es la exageración de los pecados del que confiesa. No pensemos, pues, que nos hemos apartado de la alabanza del cántico, si entendemos aquí esta confesión, por la cual confesamos nuestros pecados: y esto pertenece a la alabanza del cántico; porque cuando reconocemos nuestros pecados, recomendamos la gloria de Dios. Preocupemos su rostro con confesión.

5. Y en los salmos jubilemos ante Él. Ya hemos dicho qué significa jubilar; se repite para confirmar en la acción: esta repetición es una exhortación. No es que ya lo hayamos olvidado, para que queramos ser advertidos de lo que se dijo antes, para que jubilemos: pero a menudo en el afecto del alma se repite una palabra que ya era conocida, no para que se dé a conocer, sino para que la misma repetición haga la confirmación; se repite para entender el afecto del que habla. De ahí que el Señor diga: Amén, amén os digo (Juan 1, 51); bastaba con un solo Amén; ¿por qué, Amén, amén, sino porque la misma repetición es confirmación? En los salmos, pues, dice, jubilemos ante Él. ¿Y qué diremos en los salmos? ¿Qué diremos, o más bien sentiremos en la jubilación? ¿Cuáles son las cosas que pertenecen a la alabanza de este cántico? Ya escuchad: Porque Dios es grande, el Señor, y rey grande sobre todos los dioses: por eso jubilemos ante Él. Porque el Señor no rechazará a su pueblo: jubilemos ante Él. Porque en su mano están los confines de la tierra, y las alturas de los montes son suyas: en todas estas cosas jubilemos ante Él. Porque suyo es el mar, y Él lo hizo, y la tierra seca sus manos formaron: jubilemos ante Él. Pero todo esto, ¿qué significa, si se discute adecuadamente, el tiempo tal vez no sea suficiente: pero si se descuida completamente, quedaremos en deuda. Brevemente, pues, por el tiempo, cuanto podamos abarcar, recibid; porque incluso pocas semillas traen una cosecha muy abundante, si la tierra es fértil.

6. [vers. 3.] Primero, ¿por qué jubilemos, por qué alabemos, esto puso: Porque Dios es grande, el Señor, y rey grande sobre todos los dioses. Existen, pues, dioses sobre los cuales es grande nuestro Dios, a quien jubilamos, a quien exultamos, a quien decimos alabanzas del cántico; existen, pero no para nosotros. Pues el Apóstol dice: «Porque aunque hay quienes son llamados dioses, ya sea en el cielo, ya sea en la tierra, como hay muchos dioses y muchos señores: para nosotros, sin embargo, un solo Dios, de quien son todas las cosas, y nosotros por Él, y un solo Señor nuestro Jesucristo, por quien son todas las cosas, y nosotros en Él» (1

Cor. 8, 5-6). Si, pues, no para nosotros, ¿para quiénes? Escucha de otro salmo: Porque los dioses de las naciones son demonios; pero el Señor hizo los cielos (Sal. 95, 5). El Espíritu Santo no pudo encomendarte de manera más magnífica y breve a tu Dios y Señor a través del Profeta. Pues no era poco que Dios fuera terrible sobre todos los demonios: ¿qué grande es ser sobre todos los demonios? Porque los dioses de las naciones son demonios. Pero, ¿dónde está tu Dios? Pero el Señor hizo los cielos. Eso lo hizo tu Señor, donde no pueden habitar los demonios: pues de los cielos fueron arrojados los demonios. Los cielos son preferidos a los demonios, tu Señor y los cielos; porque tu Señor hizo los cielos. ¿Cuánto más alto, pues, que los demonios, dioses de las naciones, quien es más alto que los cielos, de donde cayeron los ángeles para convertirse en demonios? Y sin embargo, todas las naciones estaban bajo los demonios: a los demonios se les construyeron templos, a los demonios se les erigieron altares, a los demonios se les instituyeron sacerdotes, a los demonios se les ofrecieron sacrificios, a los demonios se les introdujeron arrebatados como vates. Todas estas cosas las naciones ofrecieron a los demonios; todas estas cosas verdaderas no se deben sino a un solo gran Dios: las naciones hicieron un templo para los demonios; Dios tiene un templo: las naciones hicieron sacerdotes para los demonios; Dios tiene un sacerdote: las naciones ofrecieron sacrificio a los demonios; Dios tiene un sacrificio. Pues esos demonios, queriendo parecer dioses, no exigirían estas cosas para engañar, si no supieran que se deben al verdadero Dios. Pues es costumbre que se deba al verdadero Dios lo que exige el falso dios. Por tanto, reconocemos el verdadero templo de Dios. Pues el templo de Dios es santo, dice, que sois vosotros (1 Cor. 3, 17). Si, pues, nosotros somos el templo de Dios; el altar de Dios es nuestra alma. ¿Cuál es el sacrificio de Dios? Tal vez lo hacemos ahora, ponemos en el altar el sacrificio, cuando alabamos a Dios; pues el salmo nos enseña, diciendo: El sacrificio de alabanza me glorificará, y allí está el camino, donde le mostraré la salvación de Dios (Sal. 49, 23). Pero si buscas al sacerdote, está sobre los cielos; intercede por ti, quien en la tierra murió por ti (Rom. 8, 34). Por tanto, Dios es grande, el Señor, y rey grande sobre todos los dioses. Aquí toma a los hombres como dioses: pues el Señor no es rey sobre los demonios. Y de aquí tenemos el testimonio de la Escritura: Dios se levantó en la sinagoga de los dioses; en medio de los dioses discernir (Sal. 81, 1). Llamó dioses por participación, no por naturaleza; por gracia, por la cual quiso hacer dioses. ¿Cuán grande es Dios que hace dioses? ¿O qué clase de dioses son los que hace el hombre? Cuanto más grande es aquel haciendo dioses, tanto más nada son aquellos que son hechos por el hombre. El verdadero Dios hace dioses creyentes en Él, a quienes dio potestad de ser hechos hijos de Dios (Juan 1, 12). Y por eso Él es el verdadero Dios, porque Dios no fue hecho: nosotros, sin embargo, hechos, no verdaderos dioses, pero mejores que aquellos que el hombre hace. Porque los ídolos de las naciones son plata y oro, obra de manos de hombres: tienen boca, y no hablarán; tienen ojos y no verán (Sal. 113, 4-5). Pero nuestro Dios nos hizo ojos que ven. Sin embargo, no en eso nos hizo dioses, porque nos hizo ojos que ven; pues hizo esto también a los animales: pero por eso nos hizo dioses, porque iluminó nuestros ojos interiores. Por tanto, sea alabanza a Él, confesión a Él, sea jubilación a Él: Porque grande es el Señor, y rey grande sobre todos los dioses.

7. Porque el Señor no rechazará a su pueblo: alabanza a Él, jubilación a Él. ¿Qué pueblo no rechazará? Aquí no se nos permite interpretar algo: tenemos un mandato del Apóstol, el Apóstol expuso de dónde se dijo esto (Rom. 11, 1). Pues era el pueblo judío, el pueblo donde estuvieron los Profetas, el pueblo donde estuvieron los Patriarcas, el pueblo también propagado según la carne de la semilla de Abraham; el pueblo en el que precedieron todos los sacramentos prometiendo a nuestro Salvador; el pueblo donde se instituyó el templo, la unción, el sacerdote como figura, para que cuando todas esas sombras pasaran, llegara la misma luz: por tanto, este era el pueblo de Dios; a él fueron enviados los Profetas, nacidos en él quienes fueron enviados; a él se le entregaron y confiaron las palabras de Dios. ¿Qué,

pues? ¿Todo eso fue condenado? De ninguna manera. El mismo árbol de olivo fue llamado por el Apóstol, pues este árbol comenzó con los Patriarcas: pero había allí ramas secas, porque eran demasiado altas por soberbia; por tanto, fueron cortadas por esterilidad, el acebuche fue injertado por humildad. Sin embargo, queridos, para que el acebuche injertado no se enorgulleciera, ¿qué dice el Apóstol? «Si tú, cortado del acebuche natural, y contra naturaleza fuiste injertado en el buen olivo; ¿cuánto más los que son según naturaleza, serán injertados en su propio olivo?» (Rom. 11, 16-24). Para que así como tú, no permaneciendo en la incredulidad, mereciste ser injertado en el olivo, siendo acebuche; así estos corregidos más fácilmente sean injertados en su propio olivo naturalmente: esto del Apóstol sobre ellos. Por tanto, ese es el árbol; y si algunas ramas fueron quebradas, no todas. Pues si todas las ramas fueran quebradas, ¿de dónde Pedro? ¿de dónde Juan? ¿de dónde Tomás? ¿de dónde Mateo? ¿de dónde Andrés? ¿de dónde todos esos Apóstoles? ¿de dónde el mismo apóstol Pablo que hablaba, y con su fruto testificaba el olivo? ¿No son todos ellos de allí? ¿De dónde también aquellos quinientos hermanos a quienes el Señor apareció después de la resurrección (1 Cor. 15, 6)? ¿de dónde tantas miles a la voz de Pedro, cuando los Apóstoles llenos del Espíritu Santo hablaron en las lenguas de todas las naciones, se convirtieron con tanta avidez de alabanza a Dios y acusación de sí mismos, que quienes primero derramaron la sangre del Señor enfurecidos, aprendieron a beber ya creyendo? Así, pues, todas esas miles de personas se convirtieron, que vendieron sus bienes, y pusieron el precio de sus bienes a los pies de los Apóstoles (Hechos 2, 4). Lo que un rico no hizo, cuando oyó de la boca del Señor, y se fue triste del Señor (Mat. 19, 21-22), eso hicieron de inmediato tantas miles de esas personas, en cuyas manos Cristo fue crucificado. Cuanto mayor era la herida en su corazón, tanto más ávidamente buscaron al médico. Pues si todos ellos fueron de allí, de ellos dice ahora el Salmo: Porque el Señor no rechazará a su pueblo. Pues con este testimonio del Salmo, cuando hablaba de esto, el Apóstol lo usó, y dijo: «¿Qué diremos, hermanos? ¿Acaso Dios rechazó a su pueblo, al que conoció de antemano? De ninguna manera: pues también yo soy israelita, de la semilla de Abraham, de la tribu de Benjamín. No rechazó Dios a su pueblo, al que conoció de antemano» (Rom. 11, 1-2). Ciertamente, si el Señor rechazara a su pueblo, no habría de dónde fuera el mismo Apóstol: de donde él, de allí también otros. En estos está el pueblo del Señor, no en todos; sino, como está escrito, Las reliquias serán salvas (Isa. 10, 22; y Rom. 9, 27). No en todos; sino el área aventada, la masa ha sido introducida, la paja yace (Mat. 3, 12). Todo lo que ves de los judíos reprobados, ves la paja. De donde ves esa paja, ya de allí salió la masa, ya está guardada en el granero. Veamos ambas cosas, discernamos ambas.

8. [vers. 4.] ¿Qué añade el Salmo? Porque en su mano están los confines de la tierra. Reconocemos la piedra angular; la piedra angular, Cristo. No puede ser ángulo, a menos que haya unido en sí dos paredes: al ángulo vienen de diverso, pero en el ángulo no se oponen. Viene de una parte la circuncisión, viene de otra parte el prepucio: en Cristo ambos pueblos concordaron; porque Él se hizo piedra, de la cual está escrito, La piedra que desecharon los edificadores, esta se ha convertido en cabeza de ángulo (Sal. 117, 22). Si, pues, Cristo es cabeza de ángulo, no atendamos a la diversidad de los que vienen de lejos, sino a la proximidad en Cristo de los que se adhieren. Allí se trata, allí veamos, Porque el Señor no rechazará a su pueblo. He aquí una pared, en la que ya, como dijimos, el Señor no rechazó a su pueblo: de allí los Apóstoles, de allí todos los israelitas que creyeron, y pusieron el precio de sus bienes vendidos a los pies de los Apóstoles; pobres por voluntad, ricos en Dios. Reconocimos una pared; se ha cumplido allí lo que dijimos, Porque el Señor no rechazará a su pueblo: veamos también la otra pared. Porque en su mano están los confines de la tierra. He aquí otra pared en todas las naciones: En su mano están los confines de la tierra. También vinieron todas las naciones a la piedra angular, donde reconocieron el beso de paz; en aquel

uno que de dos hizo uno: no como los herejes, que de uno hicieron dos. Pues esto mismo dice el apóstol del Señor Cristo: Porque Él es nuestra paz, quien hizo de ambos uno (Efes. 2, 14). Por tanto, jubilemos ante Él. ¿Por qué? Porque el Señor no rechazará a su pueblo. De nuevo, ¿por qué? Porque en su mano están los confines de la tierra, y las alturas de los montes son suyas. Las alturas de los montes, las sublimidades de las tierras. A veces esas sublimidades, es decir, esas mismas potestades terrenales, se opusieron a la Iglesia; promulgaron leyes contra la Iglesia, intentaron borrar el nombre cristiano de la tierra: pero después de que se cumplió lo que fue profetizado, Todos los reyes de la tierra lo adorarán (Sal. 71, 11); se ha hecho lo que aquí se dice, Las alturas de los montes son suyas.

9. [vers. 5.] Pero tal vez te preocupas por las tentaciones, para que, establecido en tanta gracia de las promesas de Dios, te turbes por los escándalos del mundo. Ni siquiera esos escándalos te hacen algo; porque han recibido medida del Señor: Porque suyo es el mar. Pues el mundo es este mar, pero también el mar lo hizo Dios: ni los olas pueden enfurecerse, sino hasta la orilla, donde Él puso el límite. Ninguna tentación, pues, a menos que haya recibido medida del Señor. Sean, pues, tentaciones, sean tribulaciones; te perfeccionas con ellas, no te consumes. Mira si esas mismas tentaciones no son útiles. Atiende al Apóstol: Fiel es Dios, que no permitirá que seáis tentados más allá de lo que podéis soportar; sino que hará con la tentación también la salida, para que podáis soportar (1 Cor. 10, 13). No dijo, No permitirá que seáis tentados en absoluto. Pues si rechazases la tentación, rechazarías la restauración. Por tanto, te restauras; y si te restauras, estás en las manos del artífice. Algo te quita, algo corrige, algo allana, algo limpia: actúa con algunas de sus herramientas; esos son los escándalos de este siglo: tú solo no caigas de la mano del artífice. Ninguna tentación se acercará más allá de tus fuerzas. Esto permite Dios para tu utilidad, de donde puedas progresar. De hecho, escucha al mismo Apóstol uniendo esto: Pero hará con la tentación también la salida para que podáis soportar. ¿Era, pues, el mar tal vez temible para ti? No temas: Porque suyo es el mar, y Él lo hizo. ¿Temes escándalos de las naciones? Y también las naciones Él las hizo; no permitirá que ellas se enfurezcan más allá de la medida que Él conoce, de la cual progresas. ¿No dice otro salmo, Todas las naciones que hiciste vendrán y adorarán delante de ti, Señor (Sal. 85, 9)? Si todas las naciones que hiciste, es manifiesto que también las naciones Él las hizo: por eso, Suyo es el mar, y Él lo hizo, y la tierra seca sus manos formaron. Sé tú tierra seca, ansía la gracia de Dios, para que venga sobre ti la lluvia dulce, encuentre en ti fruto. No permite que las olas cubran lo que sembró: Y la tierra seca sus manos formaron. Por tanto, también de esto jubilemos ante Él.

10. [vers. 6.] Pues ya que estas cosas son así, ya que hemos explicado tantas cosas que pertenecen a la alabanza de Dios, volved a aquello de donde comenzó: Venid, adoremos, y postrémonos ante Él, y lloremos ante el Señor que nos hizo. Por eso exultemos, porque hizo esto y aquello. Y recordó muchas cosas, y ahora repite la exhortación: Venid, adoremos, y postrémonos ante Él, y lloremos ante el Señor que nos hizo. Ya con las alabanzas de Dios que he mencionado, no seáis perezosos, y no estéis lejos en vida y costumbres: Venid, adoremos, y postrémonos ante Él. Pero tal vez estáis preocupados por vuestros pecados, que os hicieron estar lejos de Dios; hagamos lo siguiente: Y lloremos ante el Señor que nos hizo. Tal vez ardes con la conciencia del delito; extingue con lágrimas la llama del pecado, llora ante el Señor: llora seguro ante Dios, que te hizo; pues no desprecia en ti la obra de sus manos. No pienses que puedes ser restaurado por ti mismo. Puedes decaer por ti mismo, no puedes restaurarte a ti mismo: Él restaura quien te hizo. Lloremos ante el Señor que nos hizo: llora ante Él, confiésate a Él, anticípate a su rostro en confesión. Pues, ¿quién eres tú que lloras ante Él, y te confiesas a Él, sino aquel que hizo? No es poca la confianza de la obra hecha

ante el hacedor, y no hecha de cualquier manera, sino a su imagen y semejanza: Venid, adoremos, y postrémonos ante Él, y lloremos ante el Señor que nos hizo.

11. [vers. 7.] Porque Él es el Señor nuestro Dios. Pero para que seguros nos postremos ante Él y lloremos, ¿qué somos nosotros? Nosotros, sin embargo, el pueblo de su pasto, y las ovejas de sus manos. Mira qué elegantemente cambió el orden de las palabras, y como si no devolviera lo propio; para que entendamos a las mismas ovejas, que son también pueblos. No dijo, Ovejas de su pasto y pueblo de sus manos; lo que más se pensaba que podía concordar, porque las ovejas pertenecen al pasto: sino que dijo, pueblo de su pasto. Por tanto, el pueblo son ovejas, porque dice, pueblo de su pasto; el mismo pueblo son ovejas. Pero de nuevo, porque nosotros tenemos ovejas que compramos, no que hicimos; pero había dicho antes, Postrémonos ante Él que nos hizo: correctamente se dijo, ovejas de sus manos. Ningún hombre se hace ovejas a sí mismo: puede comprarlas, pueden serle donadas, puede encontrarlas, puede agregarlas, finalmente puede robarlas; hacer ovejas no puede. Pero nuestro Señor nos hizo; por eso pueblo de su pasto y ovejas de sus manos, son las mismas que Él mismo se dignó hacer con su gracia. Pues estas ovejas alaba también en el Cantar de los Cantares, diciendo de algunos perfectos como dientes de la santa Iglesia su esposa: Tus dientes son como rebaño de trasquiladas que suben del lavadero, que paren gemelos, y estéril no hay en ellas (Cant. 4, 2; y 6, 5). ¿Qué significa, Tus dientes? Por quienes hablas: pues los dientes de la Iglesia, por quienes habla la Iglesia. ¿Qué clase de dientes tuyos? Como rebaño de trasquiladas. ¿Por qué trasquiladas? Porque han dejado las cargas del mundo. ¿No eran trasquiladas aquellas ovejas, de las que hablaba hace un momento, que el precepto de Dios trasquiló, diciendo: Ve, vende todo lo que tienes, da a los pobres, y tendrás tesoro en los cielos; y ven, sígueme (Mat. 19, 21)? Hicieron este precepto; trasquilados vinieron. Y porque fueron bautizados creyendo en Cristo, ¿qué se dice allí? Subiendo del lavadero; es decir, subiendo de la purificación. Y todos paren gemelos: ¿qué gemelos? Esos dos preceptos, en los que toda la Ley y los Profetas dependen. Nosotros, pues, el pueblo de su pasto, y las ovejas de sus manos.

12. [vers. 8.] Por tanto, Hoy si oís su voz. Oh mi pueblo, pueblo de Dios. Dios habla a su pueblo, no solo a aquel pueblo suyo que no rechazará, sino también a todo su pueblo. Pues habla en el ángulo a ambas paredes (Efes. 2, 20); es decir, en Cristo la profecía habla, tanto al pueblo de los judíos, como al pueblo de los gentiles. Hoy si oís su voz, no endurezcáis vuestros corazones. Pues alguna vez oísteis su voz por medio de Moisés, y endurecisteis vuestros corazones. Habló por el pregonero, cuando endurecisteis vuestros corazones; ahora habla por sí mismo, ablandad vuestros corazones. Quien antes enviaba pregoneros, se dignó venir Él mismo; con su boca aquí habla, quien hablaba por las bocas de los Profetas. Hoy, pues, si oís su voz, no endurezcáis vuestros corazones.

13. [vers. 9.] ¿Por qué dijiste, No endurezcáis vuestros corazones? Porque recordáis lo que solían hacer vuestros padres. No endurezcáis vuestros corazones: como en aquella amargura, según el día de la tentación en el desierto. Recordáis ciertamente, hermanos, que aquel pueblo tentó a Dios (Éxodo XVI, 2, 3; y XVII, 2-7), recibió disciplina, y fue guiado en el desierto como por el mejor de los jinetes, con las riendas de las leyes, con las riendas de los preceptos; y no fue abandonado por Dios incluso siendo indómito, no solo con beneficios presentes, sino también con la vara de corrección que no cesaba. No endurezcáis, pues, vuestros corazones: como en la amargura, según el día de la tentación en el desierto, donde me tentaron vuestros padres. Que ya no sean así vuestros padres; no los imitéis. Eran vuestros padres; pero si no los imitáis, no serán vuestros padres: sin embargo, porque de ellos nacisteis, eran vuestros padres. Y si las naciones que vienen desde el extremo de la tierra, como dice Jeremías, A ti

vendrán las naciones desde el extremo de la tierra, y dirán, Verdaderamente nuestros padres adoraron mentiras, ídolos en los que no hay utilidad (Jeremías XVI, 19): si las naciones dejaron sus ídolos para venir al Dios de Israel; a quienes el mismo Dios de Israel sacó de Egipto por el mar Rojo, en el cual cubrió a sus enemigos que los perseguían (Éxodo XIV, 21-31); a quienes condujo al desierto, alimentó con maná (Éxodo XVI, 13-35), nunca retiró su vara de su disciplina, nunca les quitó los beneficios de su misericordia; ¿deberían ellos abandonar a su Dios cuando las naciones han venido a su Dios? Donde me tentaron vuestros padres; me probaron, y vieron mis obras. Durante cuarenta años vieron mis obras, durante cuarenta años me irritaron: antes de ellos hacía milagros en la mano de Moisés, y ellos más y más endurecían sus corazones.

14. [vers. 10.] Durante cuarenta años estuve cerca de esta generación. ¿Qué significa, estuve cerca? Me presenté en mis señales y prodigios: no un día, no dos; sino, Durante cuarenta años estuve cerca de esta generación; y dije, Siempre se equivocan de corazón. Esto significaron los cuarenta años, que también siempre. Pues este número cuarenta indica la integridad de los siglos, como si los siglos se completaran por este número. Por eso el Señor ayunó cuarenta días, fue tentado cuarenta días en el desierto (Mateo IV, 1-11), y estuvo cuarenta días con los discípulos después de la resurrección (Hechos I, 3). En los primeros cuarenta días mostró la tentación, en los últimos cuarenta días mostró la consolación; porque cuando somos tentados, sin duda somos consolados. Pues su cuerpo, es decir, la Iglesia, necesariamente debe sufrir tentaciones en este siglo; pero no falta aquel consolador que dijo: He aquí yo estoy con vosotros hasta la consumación del siglo (Mateo XXVIII, 20). Y dije, Siempre se equivocan de corazón. Estuve con ellos durante cuarenta años para mostrar una clase de hombres que siempre me irritan hasta el fin del siglo: porque por aquellos cuarenta años, quiso significar todo el siglo.

15. [vers. 11.] ¿Qué, entonces? ¿no habrá otros que entren en el descanso de Dios? Fueron reprobados aquellos a quienes les desagradó la misericordia de Dios, que resistieron a Dios con corazón endurecido; a esos reprobados, ¿acaso perdió Dios a su pueblo? ¿No será verdad, Puede Dios de estas piedras suscitar hijos a Abraham (Mateo III, 9)? Por tanto, dije, Siempre se equivocan de corazón. Y ellos no conocieron mis caminos, a quienes juré en mi ira, Si entrarán en mi descanso. A quienes juré en mi ira, si entrarán en mi descanso: gran terror. Comenzamos con exultación, pero este salmo concluyó con gran temor: A quienes juré en mi ira, Si entrarán en mi descanso. Que hable el Señor es grande; cuánto más que jure Dios. A un hombre que jura debes temer, no sea que por el juramento haga lo que es contra su voluntad; cuánto más a Dios, que no puede jurar temerariamente. Quiso que el juramento fuera para confirmación. ¿Y por quién jura Dios? Por sí mismo: pues no tiene mayor por quien jurar (Hebreos VI, 13). Por sí mismo confirma sus promesas, por sí mismo confirma sus amenazas. Nadie diga en su corazón: Es verdad lo que promete; es falso lo que amenaza. Así como es verdad lo que promete, así es cierto lo que amenaza. Debes estar tan seguro del descanso, de la felicidad, de la eternidad, de la inmortalidad, si cumples sus preceptos, como debes estar seguro de la destrucción, del ardor del fuego eterno, de la condenación con el diablo, si desprecias sus preceptos. Juró, pues, a ellos en su ira, que no entrarían en su descanso: y sin embargo, es necesario que algunos entren en su descanso; pues no se dará su descanso a nadie. A esos reprobados, nosotros entraremos: porque aunque algunos de las ramas fueron quebradas por la disimilitud y la infidelidad, nosotros por la fe y la humildad seremos injertados (Romanos XI, 19 y 20). Nosotros, pues, entremos en su descanso. ¿De dónde entraron aquellos que entraron, aquellos que fueron elegidos, que no resistieron con corazón endurecido? Porque es verdad que el Señor no rechazará a su pueblo.

EN LA EXPLICACIÓN DEL SALMO XCV.

SERMON.

1. [vers. 1.] El Señor y mi hermano Severo aún difiere nuestra alegría por el sermón que nos debe: pues reconoce que está obligado como deudor. Porque el Señor alegró a todas las Iglesias por donde pasó, a través de su boca: mucho más, pues, debe alegrar a esta, de la cual el Señor lo propagó a las demás. Pero, ¿qué haremos, sino servir a su voluntad? Sin embargo, dije que lo difiere, hermanos, no que lo defrauda. Así que retened al deudor, y no lo soltéis, sino cuando haya pagado. Preste atención, pues, vuestra Caridad: cuanto el Señor nos concede, digamos algo de este salmo que ya conocéis; pero es dulce la conmemoración de la verdad. Quizás cuando se pronunció su título, algunos lo escucharon con admiración. Pues el título del Salmo es: Cuando se edificaba la casa después de la cautividad. Con este título anunciado, ya en el mismo texto del Salmo esperabais quizás qué piedras serían cortadas de los montes, qué masas serían atraídas, qué fundamentos serían colocados, qué vigas serían puestas, qué columnas serían levantadas. Nada de esto canta: y si algo diferente, ¿no concuerda entonces el Salmo con su título, y lleva algo en el frente, y otra cosa en la voz? Más bien, no es diferente, sino que busca entendidos. Pues habla de la edificación de la casa. Todos los piedras de esa casa entiendan lo que cantaron. Pues se edifica una casa para Dios, no en aquel lugar donde Salomón edificó. Pues edificó un templo (III Reyes VI, 1): y de ese templo escuchasteis ahora lo que dijo el Señor. Cuando los discípulos admiraban las piedras del templo y las grandes masas, mostraron al Señor su admiración y asombro; y el Señor les dijo: En verdad os digo, no quedará aquí piedra sobre piedra que no sea destruida (Mateo XXIV, 1, 2). No se edifica una casa así. Pues ved dónde se edifica, porque no en un solo lugar, en alguna parte. Así comienza:

2. Cantad al Señor un cántico nuevo, cantad al Señor toda la tierra. Si toda la tierra canta un cántico nuevo; así se edifica, cuando canta: ese cantar, es edificar; pero si no canta lo viejo. Lo viejo canta la codicia de la carne: lo nuevo canta la caridad de Dios. Cualquier cosa que cantes de codicia, cantas viejo; y si suenan en la boca las palabras de un cántico nuevo, no es hermosa la alabanza en la boca del pecador (Eclesiástico XV, 9). Es mejor que calles nuevo, que cantes viejo; porque si eres nuevo, y callas, no suena a los oídos de los hombres: pues tu corazón no calla el cántico nuevo; y llega a los oídos de Dios, que te hizo hombre nuevo. Amas, y callas: el mismo amor es voz para Dios, y el mismo amor es cántico nuevo. Escucha porque es cántico nuevo: el Señor dice, Un mandamiento nuevo os doy, que os améis unos a otros (Juan XIII, 34). Toda la tierra, pues, canta un cántico nuevo: allí se edifica la casa. Toda la tierra, pues, es la casa de Dios. Si toda la tierra es la casa de Dios, quien no se adhiere a toda la tierra, es ruina, no casa; aquella ruina vieja, de la cual el templo viejo tenía sombra. Pues allí se derribaba la vejez, para que se edificara la novedad. ¿Y cómo se derriba la vejez? En verdad os digo, dice, no quedará piedra sobre piedra que no sea destruida. La piedra es Cristo: pero dice el Apóstol, Todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo os habéis revestido (Gálatas III, 27). Si quien se bautiza en Cristo se reviste de Cristo; ¿quién pone piedra sobre piedra, sino quien impone Bautismo sobre Bautismo? Pero no os asustéis; no quedará que no sea destruido. Pues las piedras para la nueva fábrica, que se edifica después de la cautividad, se recogen así, y así las une la caridad en unidad, para que no sea piedra sobre piedra, sino que todas las piedras sean una sola piedra. No os asombréis: esto hizo el cántico nuevo, es decir, esto hizo la renovación de la caridad. A esa estructura nos ajusta el Apóstol, y en esa unidad nos une, diciendo: Soportándoos unos a otros en amor, procurando guardar la unidad del espíritu, en el vínculo de la paz (Efesios IV, 2, 3). Donde hay unidad del Espíritu, una piedra; pero una piedra hecha de muchas. ¿Cómo de muchas se hizo una? Soportándoos unos a otros en amor. Se edifica, pues, la casa del Señor nuestro Dios, se edifica: esto se hace, esto se actúa, esto hacen estas voces, esto las lecturas, esto la

predicación del Evangelio por todo el mundo; aún se edifica. Esta casa ha crecido mucho, y ha llenado muchas naciones: pero aún no ha ocupado todas las naciones: creciendo ha retenido muchas, ocupará todas; y se le contradice por aquellos que se glorían de ser sus domésticos, y se dice, Ya ha decrecido. Aún crece, aún creerán todas las naciones que no han creído: no sea que alguien diga, ¿Y esa lengua creerá? ¿y los Bárbaros creerán? ¿Y qué significa que el Espíritu Santo apareció en lenguas de fuego (Hechos II, 3), sino que no hay dureza de lengua que no se disuelva con ese fuego? Pues no tenemos ya muchas naciones Bárbaras que han creído en Cristo: donde aún no se ha extendido el imperio Romano, ya Cristo posee; lo que aún está cerrado a aquellos que luchan con hierro, no está cerrado a aquel que lucha con madera. Pues el Señor reinó desde el madero. ¿Quién es el que lucha con madera? Cristo. Desde su cruz venció a los reyes, y a los sometidos fijó la misma cruz en la frente; y se glorían de ella, porque allí está su salvación. Esto se hace, así crece la casa, así se edifica: y para que sepáis, escuchad lo que sigue del Salmo; ved a los que trabajan y fabrican la casa. Cantad al Señor un cántico nuevo, cantad al Señor toda la tierra.

3. [vers. 2, 3]. Cantad al Señor, bendecid su nombre, anunciad de día en día su salvación. ¿Cómo crece el edificio? Anunciad, dice, de día en día su salvación. De día en día se predique; de día en día, dice, se edifique; crezca, dice Dios, mi casa. Y como si se dijera por los obreros, ¿Dónde mandas edificar? ¿dónde quieres que crezca tu casa? Elíjenos algún lugar igual, algún lugar espacioso, si quieres que se edifique una casa amplia para ti. ¿Dónde mandas que anunciemos de día en día? Muestra el lugar: Anunciad entre las naciones su gloria. Su gloria, dice, anunciad entre las naciones: su gloria, no vuestra gloria. Oh constructores, anunciad su gloria entre las naciones. Si queréis anunciar vuestra gloria, caeréis; si la suya seréis edificados, mientras edificáis. Por eso los que quisieron anunciar su gloria, no quisieron estar en esta casa; y por eso no cantan el cántico nuevo con toda la tierra. Pues no comunican con todo el orbe de la tierra: y por eso no son edificadores en la casa, sino que han erigido un muro blanqueado. ¿Cuánto amenaza Dios al muro blanqueado? Hay innumerables testimonios de los Profetas, donde maldice al muro blanqueado. ¿Qué es el muro blanqueado, sino hipocresía, es decir, simulación? Por fuera brilla, por dentro es lodo. Lo que voy a decir, ya se ha dicho, pero porque se dijo con el espíritu que el Señor también se dignó impartirnos, nosotros lo dijimos; y cualquier cosa que ahora decimos con el mismo Espíritu, lo dijeron aquellos que fueron antes que nosotros. No debe, pues, omitirse, sino decirse, porque se dijo por don de Dios. Alguien hablando de este muro blanqueado dijo esto: "Así como en un muro no unido a otros muros, sino erigido singularmente, si haces una puerta, quienquiera que entre está fuera; así en aquella parte que no quiso cantar con la casa el cántico nuevo, sino que quiso erigir un muro, y este blanqueado, no sólido, ¿de qué vale que tenga puerta? Si entras, te encuentras fuera." Pues como ellos no entraron por la puerta, y su puerta no introduce. Pues el Señor dice: Yo soy la puerta; por mí se entra. ¿Quiénes son los que entran por la puerta? Los que buscan la gloria del Señor, no la suya. ¿Quiénes entran por la puerta? Los que hacen lo que se dijo, Anunciad entre las naciones su gloria. Quien entra por la puerta, es pastor de las ovejas, dice el Señor; pero quien sube por otra parte, ese es ladrón y salteador (Juan X, 7, 9, 1, 2). Quien entra por la puerta, es humilde; quien sube por otra parte, es soberbio: por eso a aquel lo dijo entrar, a este subir. Pero aquel entrando es recibido; este subiendo es precipitado. Anunciad entre las naciones su gloria. ¿Qué es, entre las naciones? Quizás se nombran naciones y pocas; y aún tiene que decir aquella parte que erigió el muro blanqueado: ¿Por qué no son naciones Getulia, Numidia, Mauritania, Bizacena? Las provincias son naciones. Que quite el discurso a la hipocresía del muro blanqueado, el discurso de Dios, edificando la casa por todo el orbe de la tierra. Poco es que dijo, Anunciad entre las naciones su gloria; para que no creyeras que algunas naciones están exceptuadas, sigue y dice, En todos los pueblos sus maravillas.

4. [vers. 4.] Porque grande es el Señor y digno de suprema alabanza. ¿Quién es el Señor, sino Jesucristo, grande y digno de suprema alabanza? Sabéis ciertamente que apareció como hombre; sabéis ciertamente que fue concebido en el vientre de una mujer, sabéis que nació del vientre, sabéis que fue amamantado, que fue llevado en brazos, que fue circuncidado, que se ofreció una ofrenda por él, que creció; finalmente sabéis que fue abofeteado, escupido, coronado de espinas, crucificado, muerto, herido con una lanza; sabéis que sufrió todas estas cosas: Grande es y digno de suprema alabanza. No despreciéis al pequeño, entended al grande. Se hizo pequeño, porque erais pequeños; entiéndase grande, y en él seréis grandes. Pues así se edifica la casa, así se levantan las masas en esa casa: crecen las piedras que se llevan al edificio. Creced, pues, entended a Cristo grande: y el pequeño es grande, grande en extremo. Terminó las palabras: quería decir cuán grande; y aunque dijera todo el día, Grande, grande, ¿qué diría? Diciendo todo el día, Grande terminaría alguna vez; porque el día termina: su grandeza antes de los días, más allá de los días, sin día. ¿Qué diría, pues? Porque grande es el Señor y digno de suprema alabanza. ¿Qué dirá la lengua pequeña para alabar al grande? Diciendo, en extremo, emitió una voz, y dio a la mente lo que debe saborear: como diciendo, Lo que no puedo sonar, tú piensa; y cuando pienses, será poco. Lo que la mente de nadie explica, ¿lo explicará la lengua de alguien? Grande es el Señor y digno de suprema alabanza. Él sea alabado, él sea predicado, su gloria sea anunciada, y se edifica la casa.

5. Terrible es sobre todos los dioses. ¿Existen dioses sobre los cuales Él sea terrible? Veamos a quiénes se refiere y por qué lo dice. Mientras tanto, antes de que lo diga, queridos, presten atención. Aquel que parece atemorizado entre los hombres, es terrible sobre todos los dioses. ¿Acaso no se amotinaron las naciones? ¿Acaso los pueblos no meditaron cosas vanas contra el Señor y contra su Cristo (Sal. II, 1)? ¿Acaso no lo rodearon aquellos toros gordos? ¿Acaso no rugió sobre Él aquel león rugiente (Sal. XXI, 13, 14), y entrando en los corazones de los furiosos exclamó, Crucifícalo, crucifícalo (Mat. XXVII, 23); como si Él se atemorizara con ese rugido, siendo terrible, no sobre todos los hombres, sino sobre todos los dioses? Pues donde Él quiere edificar su casa, el lugar mismo es boscoso, de donde se dijo ayer, La encontramos en los campos del bosque. Buscaba la misma casa cuando decía, En los campos del bosque. ¿Y por qué es boscoso ese lugar? Los hombres adoraban ídolos: no es de extrañar que cuidaran cerdos. Pues era aquel hijo que dejó al padre y consumió todo lo suyo con prostitutas, viviendo prodigiosamente; cuidaba cerdos (Luc. XV, 12-15), es decir, adoraba demonios: y con esa misma superstición de los gentiles, toda la tierra se había convertido en un bosque. Pero quien edifica la casa desarraiga el bosque; y por eso se dijo, Cuando la casa se edificó después de la cautividad. Pues los hombres estaban cautivos bajo el diablo, y servían a los demonios; pero fueron redimidos de la cautividad. Pudieron venderse, pero no pudieron redimirse. Vino el Redentor y dio el precio; derramó su sangre, compró el mundo entero. ¿Preguntan qué compró? Vean qué dio, y encuentren qué compró. La sangre de Cristo es el precio. ¿Cuánto vale? ¿Qué, sino todo el mundo? ¿Qué, sino todas las naciones? Son muy ingratos con su precio, o muy soberbios, quienes dicen que es tan pequeño que solo compró a los africanos; o que son tan grandes, por quienes solo se dio. No se exalten, no se enorgullezcan: por todo dio, cuanto dio. Sabe qué compró, porque sabe cuánto pagó. Por eso, porque fuimos redimidos después de la cautividad, se edifica la casa. ¿Y quiénes son los que nos mantenían en cautividad? Porque aquellos a quienes se dice, Anuncien, son los que desarraigan el bosque: para que desarraiguen el bosque, liberen la tierra de la cautividad, y construyan, edifiquen, anunciando la grandeza de la casa del Señor. ¿De dónde se desarraiga el bosque de los demonios, sino predicando a aquel que está sobre todos? Por tanto, todas las naciones tenían demonios como dioses: los que llamaban dioses, eran demonios, como dice más claramente el Apóstol, Porque lo que sacrifican los gentiles, a los demonios lo sacrifican,

y no a Dios (I Cor. X, 20). Porque estaban en cautividad, porque sacrificaban a los demonios, y por eso toda la tierra permanecía boscosa; se anuncia a este grande y muy digno de alabanza.

6. [vers. 5.] ¿Y cómo se muestra su grandeza, para erradicar esas supersticiones bajo las cuales el pueblo cautivo estaba retenido, al que vino a redimir, terrible sobre todos los dioses? Y como si se le dijera, ¿Por qué dijiste, sobre todos los dioses? ¿Acaso hay dioses? sigue y dice, Porque todos los dioses de las naciones son demonios. Presten atención, queridos. Decía algo grande poco antes, Grande es el Señor; y como si se quedara corto en su alabanza, y muy digno de alabanza. ¿No dije esto, porque te dejó pensar lo que no podía explicar con palabras? Pero al explicar con palabras, ¿qué grande me dijo del Señor Jesucristo? ¿Acaso que está sobre todos los demonios? Pues cuando dijo, Terrible sobre todos los dioses; añadió, Porque todos los dioses de las naciones son demonios. No es grande estar sobre los demonios: y tú, si quieres, lo estarás; pero si crees en Él. ¿Es esa la grandeza de la alabanza, Grande es el Señor y muy digno de alabanza? Pues queriendo explicar, como podía la lengua humana, y aunque el Espíritu Santo es un gran tocador de órgano, sin embargo, a través de las limitaciones del espíritu humano suena las sílabas, pero genera pensamientos: queriendo explicar, ¿qué dice? Grande es el Señor y muy digno de alabanza. Di, di, cuánto digno de alabanza; di. Es terrible, dice, sobre todos los dioses. ¿Por qué dijiste, sobre todos los dioses? Porque todos los dioses de las naciones son demonios. ¿Y esa es toda la alabanza de aquel que es muy digno de alabanza, porque supera a todos los dioses de las naciones, que son demonios? Espera, y escucha lo que sigue: Pero el Señor hizo los cielos. Ya no solo sobre los demonios, sino sobre todos los cielos que hizo. Si dijera, Sobre todos los dioses, porque todos los dioses de las naciones son demonios, y allí solo quedara la alabanza del Señor, habría dicho menos de lo que solemos pensar de Cristo: pero cuando dijo, Pero el Señor hizo los cielos; vean qué diferencia hay entre los cielos y los demonios; y vean qué diferencia hay entre los mismos cielos y aquel que hizo los cielos; he aquí cuán excelso es el Señor. No dijo, Pero el Señor se sienta sobre los cielos; pues tal vez se pensaría que otro los hizo, sobre los cuales se sentaría: sino que dijo, Pero el Señor hizo los cielos. Si hizo los cielos, también hizo a los ángeles: Él hizo a los ángeles, Él hizo a los apóstoles. A los apóstoles cedían los demonios: pero los mismos apóstoles eran cielos, que llevaban al Señor. ¿Y qué Señor llevaban? Aquel por quien fueron hechos. Escucha que son cielos: Los cielos cuentan la gloria de Dios (Sal. XVIII, 2). A esos cielos se les dice, Anuncien entre las naciones su gloria, en todos los pueblos sus maravillas. Porque grande es el Señor y muy digno de alabanza, es terrible sobre todos los dioses. ¿Qué dioses? Porque todos los dioses de las naciones son demonios. Y Él es terrible sobre todos esos dioses. Pero el Señor hizo los cielos. Oh cielos, que hizo, anuncien entre las naciones su gloria. Que se edifique la casa por toda la tierra, que toda la tierra cante un cántico nuevo.

7. [vers. 6.] Confesión y hermosura delante de Él. ¿Amas la hermosura? ¿Quieres ser hermoso? Confiesa. No dijo, Hermosura y confesión; sino, Confesión y hermosura. Eras feo, confiesa para que seas hermoso: eras pecador, confiesa para que seas justo. Pudiste afearte; no puedes hacerte hermoso. ¿Cómo es nuestro esposo, que amó a la fea para hacerla hermosa? ¿Cómo, dice alguien, amó a la fea? No vine, dice, a llamar a justos, sino a pecadores (Mat. IX, 13). ¿A quiénes llamas pecadores, para que permanezcan pecadores? No, dice. ¿Y cómo no serán pecadores? Confesión y hermosura delante de Él. Pues confiesan sus pecados, vomitan los males que ávidamente devoraron; no vuelven a su vómito, como el perro inmundo (II Ped. II, 22): y habrá confesión y hermosura. Amamos la hermosura; primero elijamos la confesión, para que siga la hermosura. De nuevo surge quien ama el poder, ama también la magnificencia; quiere ser grande como los ángeles. Hay cierta

magnificencia en los ángeles; y tanto poder, que si los ángeles hicieran todo lo que pueden, no se podría soportar. Y todo hombre desea el poder de los ángeles, pero no ama la justicia de los ángeles. Primero ama la justicia, y te seguirá el poder. Pues ¿qué sigue aquí? Santidad y magnificencia en su santificación. Ya buscabas magnificencia: primero ama la santidad; cuando seas santificado, serás también magnífico. Pues si de manera desordenada primero quisieras ser magnífico, caerás antes de levantarte: no te levantas, sino que te ensalzas. Mejor te levantas, si te levanta aquel que no cae. Pues descendió a ti aquel que no cae: tú habías caído, Él descendió, te extendió la mano; no puedes levantarte con tus fuerzas, abraza la mano del que desciende, para que te levante el fuerte.

8. [vers. 7.] ¿Qué, entonces? Si confesión y hermosura delante de Él, santidad y magnificencia en su santificación (esto anunciamos, cuando edificamos la casa; ya ha sido anunciado a las naciones); ¿qué deben hacer las naciones, a quienes anunciaron aquellos que desarraigaron el bosque? Ya a las mismas naciones dice, Traigan al Señor, familias de las naciones, traigan al Señor gloria y honor: no a ustedes; porque aquellos que les anunciaron, no anunciaron su gloria, sino la de Él: y ustedes traigan al Señor gloria y honor; y digan, No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da gloria (Sal. CXIII, 1). No pongan su esperanza en el hombre. Si cada uno de ustedes es bautizado, diga: Él me bautiza, de quien el amigo del esposo dijo, Este es quien bautiza (Juan I, 33). Pues si dicen esto, traen al Señor gloria y honor: Traigan al Señor gloria y honor.

9. [vers. 8.] Traigan al Señor la gloria de su nombre. No al nombre de los hombres, no a su nombre, sino al de Él traigan gloria. Lleven ofrendas, y entren en sus atrios. Lleven ofrendas: ¿qué van a traer, para entrar en sus atrios? Pues ya ha crecido la casa, y se han hecho los atrios; quienes traen ofrendas, entren en los atrios. ¿Vamos a traer toros, cabras o ovejas? De ninguna manera. Si quisieras sacrificio, ciertamente lo daría. Él nos recomendaba la ofrenda que debemos ofrecer. Vean si esa es la ofrenda, de la que hace tiempo dijo, Confesión y hermosura delante de Él. La confesión es ofrenda a Dios. Oh, entonces, naciones, si quieren entrar en sus atrios, no entren vacías, Lleven ofrendas. ¿Qué ofrendas llevaremos con nosotros? Sacrificio a Dios es un espíritu contrito; un corazón contrito y humillado, Dios no desprecia (Sal. L, 18, 19). Con un corazón humilde entra en la casa de Dios, y con ofrenda has entrado. Pero si eres soberbio, entras vacío. Pues ¿de dónde te ensoberbeces, si no estás vacío? Pues si estuvieras lleno, no te inflarías. ¿Cómo estarías lleno? Si llevaras contigo la ofrenda, que llevarías a los atrios del Señor. Ya para no retenernos mucho, corramos lo demás. Vean la casa creciendo, vean el edificio extendiéndose por todo el mundo. Alégrense, porque han entrado en los atrios; alégrense, porque son edificados en templo de Dios. Pues quienes entran, ellos mismos son edificados, ellos son la casa de Dios: Él es el habitante, para quien se edifica la casa en todo el mundo, y esto después de la cautividad. Lleven ofrendas, y entren en sus atrios.

10. [vers. 9, 10.] Adoren al Señor en su atrio santo: en la Iglesia católica; este es su atrio santo. Nadie diga, Aquí está Cristo, allí está. Pues surgirán falsos profetas. Diles esto, No quedará piedra sobre piedra, que no sea destruida (Mat. XXIV, 23, 24, 2): a la pared blanqueada llaman; en el atrio santo adoro a mi Dios.

11. Tiembla toda la tierra ante Él: digan entre las naciones, El Señor reinó desde el madero. Pues corrigió el mundo, que no será conmovido. ¡Qué testimonios de la edificación de la casa de Dios! Las nubes del cielo resuenan por todo el mundo edificando la casa de Dios; y las ranas de la ciénaga claman, Solo nosotros somos cristianos. ¿Qué testimonios presento? Del Salterio. Presento lo que cantas sordo: abre los oídos, tú cantas esto; cantas conmigo, y no concuerdas conmigo; tu lengua suena lo que suena la mía, y tu corazón disuena de mi

corazón. ¿No cantas esto? Ve los testimonios del mundo: Tiembla toda la tierra ante Él: ¿y tú dices que no se conmueve? Digan entre las naciones, El Señor reinó desde el madero. ¿O acaso aquí prevalecerán, y dirán que reinan desde el madero, porque reinan con los garrotes de los Circunceliones? Reina desde la cruz de Cristo, si vas a reinar desde el madero. Pues este tu madero te hace de madera: el madero de Cristo te lleva por el mar. Escuchas al Salmo diciendo, Corrigió el mundo, que no será conmovido; y tú dices que no solo se movió después de la corrección, sino que también se disminuyó. ¿Tú dices la verdad; este miente? ¿Los falsos profetas clamando, Aquí está Cristo, allí está, dicen la verdad; y este profeta miente? Hermanos, contra estas voces clarísimas escuchan en los rincones el ruido, Aquel entregó, y aquel entregó. ¿Qué dices? ¿Tus voces deben ser escuchadas, o las voces de Dios? Pues corrigió el mundo, que no será conmovido. Yo te muestro el mundo edificado; lleva la ofrenda, entra en los atrios del Señor. No tienes ofrendas, por eso no quieres entrar. ¿Qué es esto? Si Dios te indicara como ofrenda un toro, una cabra, un carnero, encontrarías qué traer: te indicó un corazón humilde, y no quieres entrar. Pues eso no encuentras en ti, porque te has hinchado de soberbia. Pues corrigió el mundo, que no será conmovido. Juzgará a los pueblos con equidad. Entonces se lamentarán aquellos que ahora no quieren amar la equidad.

12. [vers. 11.] Alégrense los cielos, y exulte la tierra. Alégrense los cielos, que cuentan la gloria de Dios; alégrense los cielos, que el Señor hizo: exulte la tierra, que los cielos riegan. Pues los cielos son los predicadores, la tierra los oyentes. Tiembla el mar y su plenitud. ¿Qué mar? El mundo. El mar se agitó, y la plenitud del mar: todo el mundo se agitó contra la Iglesia, cuando se extendía y edificaba, por todo el mundo. De esa agitación escuchaste en el Evangelio, Los entregarán a los tribunales (Marc. XIII, 9). El mar se agitó: pero ¿cuándo vencería el mar a aquel que hizo los cielos?

13. [vers. 12, 13.] Se alegrarán los campos, y todo lo que hay en ellos. Todos los mansos, todos los humildes, todos los justos, son campos de Dios. Entonces exultarán todos los árboles del bosque. Los árboles del bosque son los paganos. ¿Por qué ya se alegran? Porque fueron cortados del acebuche, e injertados en el olivo (Rom. XI, 17). Entonces exultarán todos los árboles del bosque: porque fueron cortados grandes árboles de cedro y ciprés, y maderas imputrescibles fueron trasladadas para la edificación de la casa. Eran árboles del bosque, pero antes de ir al edificio; eran árboles del bosque, pero antes de dar fruto al olivo.

14. Entonces exultarán todos los árboles del bosque, ante el Señor, porque viene, porque viene a juzgar la tierra. Primero vino, y después vendrá. Primero vino en su Iglesia en las nubes. ¿Cuáles son las nubes que lo llevaron? Los apóstoles predicando, de quienes escuchaste, cuando se leyó el Apóstol: Fungimos como embajadores por Cristo, rogando por Cristo reconciliarse con Dios (II Cor. V, 20). Esas son las nubes en las que vino, excepto en su posterior venida, cuando vendrá a juzgar a vivos y muertos. Primero vino en las nubes. Esta fue primero su voz en el Evangelio: Desde ahora verán al Hijo del Hombre viniendo en las nubes. ¿Qué significa, Desde ahora? ¿No vendrá el Señor después, cuando todas las tribus de la tierra se lamenten? Primero vino en sus predicadores, y llenó toda la tierra. No resistamos a su primera venida, para no temer la segunda. Y ay entonces de las embarazadas y lactantes. Escuchaste ahora en el Evangelio: Tengan cuidado, porque no saben a qué hora vendrá (Marc. XIII, 26, 17, 33). Se dijo en figura. ¿Quiénes son las embarazadas, y quiénes son las lactantes? Se llaman embarazadas las almas que tienen esperanza en el mundo. Pero las que ya han alcanzado lo que esperaban, se ponen como lactantes. Por ejemplo: quiere comprar una finca; está embarazada, pues aún no se ha hecho, el vientre se hincha en esperanza: compra; ha dado a luz, ya amamanta lo que compró. Ay de las embarazadas y lactantes: ay de quienes tienen esperanza en el mundo, ay de quienes se aferran a estas cosas que han dado a luz de la esperanza del mundo. ¿Qué debe hacer entonces el cristiano? Usar el

mundo, no servir al mundo. ¿Qué significa esto? Tener como si no se tuviera. Así dice, así exhorta a quienes no quiere encontrar en aquel día como embarazadas y lactantes, así los exhorta: «Por lo demás, hermanos, el tiempo es breve: queda que los que tienen esposa, sean como si no la tuvieran; y los que lloran, como si no lloraran; y los que se alegran, como si no se alegraran; y los que compran, como si no poseyeran; y los que usan de este mundo, como si no usaran: porque la figura de este mundo pasa. Quiero que estén sin preocupaciones» (I Cor. VII, 29-32). Quien está sin preocupaciones, espera seguro cuando venga su Señor. Pues ¿qué clase de amor es a Cristo, temer que venga? Hermanos, ¿no nos avergonzamos? Amamos, y tememos que venga. ¿Ciertamente amamos? ¿O amamos más nuestros pecados? Por tanto, odiemos esos pecados, y amemos a aquel que vendrá a castigar los pecados. Vendrá, queramos o no: pues no porque ahora no venga, no vendrá. Vendrá, y cuando no sabes; y si te encuentra preparado, nada te perjudica que no sepas. Entonces exultarán todos los árboles del bosque, ante el Señor, porque viene: primero. ¿Y después qué? Porque viene a juzgar la tierra. Y exultarán todos los árboles del bosque. Vino primero, y después a juzgar la tierra: exultantes los encontrará quienes creyeron en su primera venida, porque viene.

15. Porque juzgará al mundo con equidad: no una parte, porque no compró una parte. Tiene que juzgar todo, porque dio el precio por todo. Habéis escuchado el Evangelio, porque cuando venga, dice, reunirá a sus elegidos de los cuatro vientos (Marcos XIII, 27). Reúne a todos los elegidos de los cuatro vientos: por lo tanto, de todo el mundo. Porque incluso el mismo Adán [alguna vez dije esto] significa el mundo según la lengua griega. Pues son cuatro letras, A, D, A, y M. Así como los griegos hablan, estas cuatro partes del mundo tienen estas letras al principio, Ανατολὴν dicen Oriente; Δύσιν, Occidente; Αρκτον, Norte; Μεσημβρίαν, Sur: tienes, Adán. Así pues, Adán está esparcido por todo el mundo. Estuvo en un solo lugar, y cayó, y de alguna manera fragmentado llenó el mundo: pero la misericordia de Dios recogió las fracturas de todas partes, y las fundió con el fuego de la caridad, e hizo uno lo que estaba roto. Sabe hacer eso el artesano; que nadie desespere: es mucho, pero pensad quién es el artesano. Él restauró, quien hizo; él reformó, quien formó. Juzgará al mundo con equidad, y a los pueblos con su verdad. ¿Cuál es la equidad y la verdad? Reunirá consigo a sus elegidos para juzgar, pero separará a los demás: pues pondrá a unos a la derecha, y a otros a la izquierda. ¿Y qué es más equitativo, qué más verdadero, que no esperen misericordia del juez, quienes no quisieron hacer misericordia, antes de que viniera el juez? Pero quienes quisieron hacer misericordia, serán juzgados con misericordia. Pues se les dirá a los que estén a la derecha: Venid, benditos de mi Padre, recibid el reino preparado para vosotros desde el origen del mundo. Y les imputa obras de misericordia: Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber, y demás. De nuevo, a los que estén a la izquierda, ¿qué se les imputa? Que no quisieron hacer misericordia. ¿Y a dónde irán? Id al fuego eterno. Este mal oído hará un gran gemido. Pero ¿qué dijo otro salmo? En memoria eterna será el justo; del mal oído no temerá (Salmo CXI, 7). ¿Qué es el mal oído? Id al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles (Mateo XXV, 31-46). Quien se alegrará al buen oído, no temerá del mal oído. ¿Cómo se alegrarán al buen oído? Venid, benditos de mi Padre. ¿Y de qué oído no temerán? Id al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles. Esta es la equidad, esta es la verdad. Pues juzgará al mundo con equidad, y a los pueblos con su verdad. ¿O porque tú eres injusto, no será justo el juez? ¿O porque tú eres mentiroso, no será veraz la verdad? Pero si quieres tener misericordioso, sé misericordioso antes de que venga: perdona si algo se ha cometido contra ti, da de lo que tienes en abundancia. ¿Y de quién das, sino de él? Si dieras de lo tuyo, sería generosidad: cuando das de lo suyo, es devolución. Pues ¿qué tienes que no hayas recibido? (I Cor. IV, 7). Estas son las ofrendas más agradables a

Dios, misericordia, humildad, confesión, paz, caridad. Ofrezcámoslas, y esperaremos seguros la venida del juez, que juzgará al mundo con equidad, y a los pueblos con su verdad.

EN LA EXPLICACIÓN DEL SALMO XCVI.

SERMON AL PUEBLO.

1. Dios ofrece grandes espectáculos al corazón cristiano, y nada más agradable puede encontrarse; si, sin embargo, está presente el paladar de la fe, al que le sabe la miel de Dios. Creemos que en todos vosotros, que habéis creído en nuestro Salvador con todo el corazón, está su Espíritu, que os deleita cuando se leen las profecías, pronunciadas hace tantos años por boca de los santos, y cumplidas después de tantos años en la fe de las naciones. Pues los mismos santos Profetas experimentaban gran alegría cuando las veían en espíritu, no ya cumplidas, sino aún futuras. Era para ellos un gran deleite: pero aun así, por la caridad con la que estaban encendidos hacia nosotros, a quienes aún no veían, y en espíritu nos engendraban; querían, si fuera posible, vivir en este tiempo con nosotros, y ver cumplido lo que profetizaban en espíritu. De ahí que el Señor dijera a sus discípulos, que ya comenzaban a ver estas cosas: Muchos justos y profetas desearon ver lo que veis, y no lo vieron; y oír lo que oís, y no lo oyeron (Mateo XIII, 17). Pues aunque veían estas cosas en espíritu, sin embargo, para ellos de alguna manera se formaban como futuras: pero a los Apóstoles ya se les devolvían como presentes. Por eso aquel Simeón, un anciano justo, se regocijó mucho al ver al niño Jesús, y reconociendo en el pequeño al grande, y en la carne pequeña al Creador del cielo y de la tierra. Por tanto, se regocijó mucho, porque había recibido la respuesta de que no saldría de esta vida antes de ver la salvación de Dios. Lo reconoció, se alegró, exultó de gozo; y dijo: Señor, ahora despides a tu siervo en paz; porque han visto mis ojos tu salvación (Lucas II, 25-30). Grande es, pues, este gozo; y lo produce la caridad. Nos deleitamos cuando se cantó este salmo: y algunas cosas allí fueron entendidas por todos; otras, creemos, o por pocos, o ciertamente no por todos. Considerémoslo juntos, pues, en este sermón en el que os servimos; y veamos con cuánta dignación Dios ha querido alegrarnos, presentando lo que prometió, y ofreciéndonos la verdad de sus promesas.

2. [vers. 1.] El Salmo está titulado, A David, cuando su tierra fue restaurada. Refiramos todo a Cristo, si queremos seguir el camino de la recta inteligencia: no nos apartemos de la piedra angular (Efesios II, 20), para que nuestro entendimiento no caiga: en él se afiance lo que vacilaba con movimiento inestable; en él se apoye lo que pendía en la incertidumbre. Cualquier duda que tenga el hombre en su mente al escuchar las Escrituras de Dios, que no se aparte de Cristo; cuando Cristo le sea revelado en esas palabras, entienda que ha entendido: pero antes de llegar al entendimiento de Cristo, no presuma haber entendido. Pues el fin de la Ley es Cristo, para justicia de todo creyente (Romanos X, 4). ¿Qué es, entonces, y cómo se entiende en Cristo, Cuando su tierra fue restaurada? Pues cómo se entiende que David es Cristo, es fácil de reconocer. Cristo es de María, y del linaje de David; y porque iba a ser del linaje de él, por eso en figura se profetizaba con su nombre. Por tanto, David es Cristo: porque la interpretación de David es Mano fuerte; y ¿quién es tan fuerte de mano, como el que venció al mundo desde la cruz? Pues después de su resurrección y ascensión, recibido el Espíritu Santo, hablando los Apóstoles en varias lenguas, la multitud de aquellos mismos que lo crucificaron, buscó consejo de salvación; lo recibió, creyó; se les perdonó, se les concedió el perdón del pecado de la sangre de Cristo, se les dio a beber la sangre de Cristo; se hicieron fieles de aquel a quien habían perseguido; creyeron en aquel a quien crucificaron, y ante quien movieron la cabeza insultando; quisieron tenerlo a él mismo como cabeza (Hechos II). Así pues, su tierra fue restaurada, como dice el título del Salmo. Pues su tierra es Judea: y toda Judea había perecido, cuando crucificaron a su Señor ignorantes, frenéticos atacando al

médico, y rechazando la salvación con locura. Como si toda Judea hubiera perecido: ¿cómo toda? Incluso los mismos Apóstoles temblaron. Pedro, que seguía con audaz amor, negó tres veces con temeroso temblor. Resucitado, en el camino encontró a algunos hablando entre sí de él, de tal manera que dijeron al mismo Señor Jesucristo, que les preguntaba de qué hablaban: «¿Eres tú el único forastero en Jerusalén, y no has conocido lo que ha sucedido en ella en estos días? A lo que él respondió: ¿Qué? Y dijeron: De Jesús Nazareno, que fue un profeta poderoso en obra y palabra, ante Dios y todo el pueblo; y cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros príncipes a la condenación de muerte, y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que él fuera a redimir a Israel» (Lucas XXIV, 18-21). Ya habían perdido la esperanza en Cristo. Pues no dijeron, Esperamos que él redima; sino, Esperábamos que él redimiera a Israel. Él estaba con ellos, y su esperanza no estaba en ellos. Se les mostró, se manifestó también a los demás discípulos, fue visto, tocado, y encontrado por aquellos a quienes ya parecía haber perecido: se restauró la fe de aquellos que habían caído; su tierra fue restaurada. Luego, después de estar con ellos cuarenta días, ascendió al cielo (Hechos I, 3, 9); y, como mencioné hace poco, enviado el Espíritu Santo, hizo que sus discípulos, hombres sin letras, hablaran en las lenguas de todas las naciones. Entonces aquellos por quienes no en vano había dicho, Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Lucas XXIII, 34), conmovidos, como dijimos, buscaron la salvación, recibieron el consejo de creer en él; creyeron en un día tres mil, y luego cinco mil (Hechos II, 41; y IV, 4); comenzó a arder la Iglesia de Cristo por Judea, donde había ardido el oprobio de Cristo; y su tierra fue restaurada. Pero porque él mismo había dicho, Tengo otras ovejas que no son de este redil; es necesario que también a ellas las traiga, para que haya un solo rebaño y un solo pastor (Juan X, 16); también a los Gentiles, a quienes no fueron enviados los Profetas, fueron enviados los Apóstoles. Fueron buscados quienes no buscaban, fueron encontrados quienes no esperaban nada: a quien no tenían como Dios prometedor, encontraron como redentor. Pues ya los judíos tenían a Dios prometedor, porque allí los Profetas habían predicado a Cristo, allí habían prometido a Cristo; pero al que habían oído prometido, no lo reconocieron presente: a ellos no se les había prometido nada; pero sin embargo, en los Profetas también se había dicho de su fe. No se les había dicho a ellos, pero se había dicho de ellos. También se les envió: y escuchasteis de la dispensación de Dios; pues esa misma lectura se os leyó ahora en los Hechos de los Apóstoles, cómo el centurión Cornelio creyó. Pues Cornelio el centurión no era de la gente de los judíos. Oraba, ayunaba, hacía limosnas. Dios no lo abandonó, aunque estaba entre los Gentiles; y se le envió un ángel, que le anunciara que sus limosnas y oraciones habían sido aceptadas ante Dios: creyó, llamando a Pedro (Hechos X). ¿Acaso no podía el ángel enseñarle? Lo envió a Pedro, para que más bien por un hombre le llegara la fe; porque el Señor había dignado visitar a los hombres: ni despreciaba enseñar por un hombre, quien se dignó ser hombre. Así pues, su tierra fue restaurada, viniendo un muro de los judíos, otro muro de los Gentiles; para que estos dos muros viniendo de diverso, él fuera la piedra angular, donde ambos se unieran (Efesios II, 20).

3. De nuevo, ¿cómo entendemos, Cuando su tierra fue restaurada? Cuando su carne fue resucitada. Pues otro entendimiento, sin embargo, no apartándose de Cristo, así puede ocurrirnos: tierra restaurada, carne resucitada. Pues después de su resurrección se hicieron todas estas cosas que se cantan en el Salmo. Escuchemos ya del gozo de la restauración de la tierra. Que el mismo Señor nuestro Dios nos despierte una expectativa y un gozo dignos de tan gran cosa; que él modere nuestro discurso apto para vuestros corazones, para que todo lo que aquí exulta nuestro corazón en tales espectáculos, lo lleve a la lengua, y de allí a vuestros oídos, luego a vuestro corazón, de allí a vuestras obras.

4. El Señor reinó. Aquel que estuvo ante el juez, aquel que recibió bofetadas, aquel que fue azotado, aquel que fue escupido, aquel que fue coronado de espinas, aquel que fue golpeado con puñetazos, aquel que fue colgado en el madero, aquel a quien colgado en el madero se le insultó, aquel que murió en la cruz; aquel que fue herido con una lanza, aquel que fue sepultado, él mismo resucitó. El Señor reinó. Que se enfurezcan cuanto puedan los reinos; ¿qué harán al Rey de los reinos, al Señor de todos los reyes, al Creador de todos los siglos? ¿O es despreciado porque apareció tan sumiso y tan humilde? Es misericordia, no impotencia: pues él apareció humilde, para que lo captáramos. Pero ya veamos: El Señor reinó; exulte la tierra, alégrense muchas islas. Es cierto, porque la palabra de Dios no solo se predicó en la tierra firme, sino también en las islas que están en medio del mar: y ellas también están llenas de cristianos, llenas de siervos de Dios. Pues el mar no separa a quien hizo el mar. ¿A dónde pueden llegar los barcos, no pueden las palabras de Dios? Las islas están llenas. Sin embargo, también pueden entenderse correctamente en figura las islas, todas las Iglesias. ¿Por qué islas? Porque están rodeadas de las olas de todas las tentaciones. Pero así como una isla puede ser golpeada por las olas que la rodean por todas partes, no puede ser rota, y más bien rompe las olas que vienen, que ser rota por ellas: así también las Iglesias de Dios brotando por todo el mundo, han sufrido persecuciones de infieles rugientes por todas partes, y he aquí que las islas permanecen, y ya el mar está calmado. Alégrense muchas islas.

5. [vers. 2.] «Nubes y oscuridad alrededor de él; justicia y juicio dirección de su trono.» ¿Para quiénes «nubes y oscuridad alrededor de él»? ¿Para quiénes «justicia y juicio dirección de su trono»? Nubes y oscuridad para los impíos, que no lo entendieron; justicia y juicio para los fieles, que creyeron en él: pues aquellos por soberbia no vieron, aquellos por humildad merecieron ser dirigidos. Escucha nubes y oscuridad, y escucha justicia y juicio. El mismo Señor dice: En juicio vine a este mundo, para que los que no ven vean, y los que ven sean ciegos (Juan IX, 39). ¿Qué es, los que ven sean ciegos? Los que se creen ver, los que se consideran sabios, los que no creen necesitar medicina, ellos mismos sean ciegos, ellos mismos no entiendan. Pero los que no ven, vean: los que confiesan su ceguera, merezcan ser iluminados. Sea, pues, alrededor de él nubes y oscuridad, para quienes no lo conocieron; pero para los que confiesan y se humillan, justicia y juicio dirección de su trono. Llama trono suyo a aquellos mismos que creyeron en él: pues de ellos se hizo trono, porque en ellos se sienta la Sabiduría; pues el Hijo de Dios es la Sabiduría de Dios (I Cor. I, 24). Pero hemos escuchado de otra Escritura un gran documento de esta inteligencia. El alma del justo, trono de la sabiduría. Por tanto, porque estos se hicieron justos, que creyeron en él; justificados por la fe, se hicieron su trono: se sienta en ellos, juzgando desde ellos, y dirigiéndolos. ¿Por qué? Porque los encontró mansos, como bestias dóciles, no recalcitrantes, no sacudiendo el cuello soberbio contra su yugo, no rechazando su látigo: se hicieron sus buenas bestias, dóciles; y merecieron lo que se dice en otro salmo, Dirigirá a los mansos en juicio, enseñará a los humildes sus caminos (Salmo XXIV, 9). Por eso, pues, para ellos nubes y oscuridad, porque no son rectos; pero para los mansos, justicia y juicio dirección de su trono.

6. [vers. 3.] Un fuego irá delante de él, y quemará a su alrededor a sus enemigos. ¿De qué fuego habla, hermanos, cuando dice: Un fuego irá delante de él, y quemará a su alrededor a sus enemigos? No creo que se refiera a aquel fuego en el que serán arrojados los impíos por la última sentencia del juicio, a quienes, separados a la izquierda, como recordamos haber leído en el Evangelio, se les dirá: Id al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles (Mat. XXV, 41): no creo que se refiera a ese fuego. ¿Por qué no lo creo? Porque habla de un fuego que irá delante de él, antes de que venga al juicio. Se ha dicho que el fuego irá delante y quemará a su alrededor, es decir, por todo el orbe de la tierra, a sus enemigos. Aquel fuego será después de su venida; este fuego, sin embargo, irá delante de él. ¿Qué fuego es entonces

este? Podemos entenderlo como un castigo para los malos, o como una salvación para los redimidos. ¿Como castigo para los malos, cómo? Porque cuando se predicaba a Cristo, las naciones se enfurecieron y provocaron persecución: esa ira fue un fuego que consumía más a los que perseguían que a los que eran perseguidos. Pues cuando vemos a dos personas, una enfurecida y la otra soportando pacientemente, ¿quién de ellos arde? Es vuestro juicio decidir. Podéis contemplar tal espectáculo en el género humano. Imaginad ante vuestros ojos a un hombre injusto, agitado en su ánimo, con rostro feroz, ojos llameantes, palabras chispeantes, llevado a la muerte de un hombre, al saqueo, a las injurias, a las afrentas, sin poder contenerse; y a otro que recibe pacientemente las palabras, los golpes, lo que quiera que el otro quiera infligirle, y al que golpea en la mejilla, ofreciéndole también la otra: cuando veis de un lado furias, del otro lado mansedumbre; de un lado ira, del otro lado paciencia; de un lado llamas, del otro lado tolerancia; ¿dudaréis en pronunciar quién de ellos arde y sufre el castigo? ¿Aquel cuyo cuerpo es atormentado, o aquel cuyo ánimo es devastado? Por eso también el profeta Isaías dijo: Y ahora el fuego devorará a los adversarios (Isai. XXVI, 11). ¿Qué significa, Y ahora? Antes de que venga aquel gran día del juicio, ya arden en su furia quienes después arderán en el castigo de aquel fuego eterno. A menos que penséis, hermanos míos, que la injusticia que procede de un hombre para dañar a otro hombre perjudica a aquel a quien se dirige, y no perjudica a aquel de quien procede. ¿Cómo puede ser? A veces se aplica una antorcha ardiente a un leño húmedo y verde, y no lo enciende, pero ella misma arde; así también tu enemigo. Si acaso hay un injusto que te trama insidias o prepara alguna molestia, es injusto: tú, si eres un leño verde, es decir, si estás lleno de savia espiritual y vigoroso, resistes las llamas de la enemistad, orando por aquel que te persigue; él arde, tú permaneces íntegro; y su injusticia le perjudica a él, a ti no te perjudica en nada. A menos que pienses que te perjudica si hace algo a tu cuerpo, y tu alma paciente e incorrupta llega a ser coronada por Dios, siguiendo el ejemplo de su Señor, quien prefirió sufrir a manos de los judíos, y quien pudo no morir, murió, porque quien pudo no nacer, nació. Tú, en efecto, naciste por condición, él por voluntad; tú mueres por condición, él por misericordia. Así como los judíos no le hicieron daño a él; así tampoco ningún perseguidor enemigo te hará daño a ti, si eliges ser miembro de aquel que es tu cabeza.

7. He aquí que hemos entendido el fuego que va delante de él, es decir, en este tiempo debe entenderse como un cierto castigo para los infieles e inicuos: entendamos el fuego, si podemos, también como salvación para los redimidos; así lo habíamos propuesto. El mismo Señor dijo: Fuego vine a traer a la tierra (Luc. XII, 49). Así el fuego, como la espada: pues en cierto lugar también dijo que no vino a traer paz a la tierra, sino espada (Mat. X, 34). Espada para la separación, fuego para la quema: pero ambos saludables, porque la espada de su palabra nos separó saludablemente de la mala costumbre. Trajo la espada, y separó a cada uno de los fieles de su padre que no había creído en Cristo, o de su madre igualmente infiel; o ciertamente, si nació de padres cristianos, al menos de su progenie anterior. Ninguno de nosotros no tiene un abuelo, o bisabuelo, o algún antiguo origen en los gentiles, y en aquella execrable infidelidad a Dios: fuimos separados de lo que éramos; pero la espada intervino separando, no matando. De esta manera también el fuego: Fuego vine a traer a la tierra. Los hombres creyentes en él se encendieron, recibieron la llama de la caridad; por eso también el Espíritu Santo cuando fue enviado a los Apóstoles, así apareció: Se les aparecieron, dice, lenguas divididas como de fuego, que se posaron sobre cada uno de ellos (Act. II, 3). Inflamados con este fuego comenzaron a ir por el mundo, y a inflamar, y a incendiar a su alrededor a sus enemigos. ¿Qué enemigos suyos? Aquellos que, abandonando a Dios por quien fueron hechos, adoraban las imágenes que habían hecho. Ellos mismos eran incendiados, si eran malos, para su consumo; si eran buenos, para su reparación: o él mismo era incendiado, quien no quería creer, con aquel fuego, hecho peor al escuchar la palabra de

Dios, consumido por su envidia; o si se convertía y creía, tampoco en él nada ardía. Pues había ardido el heno, para que se purificara el oro. El oro es la fe, el heno es la concupiscencia carnal. Toda carne es heno, dice Isaías, y toda la gloria de la carne como la flor del heno (Isai. XL, 6). Todo lo que hay en el hombre carnal deseando cosas vanas y mundanas, es heno. ¿Cuántos de nuestros hermanos han ido al teatro? Fueron llevados por el heno. ¿No es deseable para ellos este fuego, para que el heno arda, y el oro se purifique? Pues lo que hay en ellos de fe, está oprimido por el heno. Es bueno para ellos arder con fuego santo, para que, consumido el heno, brille lo precioso que Cristo redimió. Por tanto, Un fuego irá delante de él, y quemará a su alrededor a sus enemigos. Hay quienes ardieron saludablemente, hoy son sus fieles; eran sus enemigos, y ahora ya son sus fieles: buscas enemigos, no los hay; fueron consumidos, ardieron; la caridad consumió en ellos lo que perseguía a Cristo, y purificó en ellos lo que creían en Cristo: Y quemará a su alrededor a sus enemigos.

8. [vers. 4.] Aparecieron sus relámpagos al mundo. Gran exultación. ¿Acaso no lo vemos? ¿No es manifiesto? Aparecieron sus relámpagos a toda la tierra; los enemigos fueron inflamados, los enemigos fueron incendiados. Ardió todo lo que contradecía, y aparecieron sus relámpagos al mundo. ¿Cómo aparecieron? Para que ya creyeran. ¿De dónde los relámpagos? De las nubes. ¿Cuáles son las nubes de Dios? Los predicadores de la verdad. Ves una nube en el cielo nebulosa, oscura, y tiene dentro algo que no sé qué es, oculto. Si relampaguea desde la nube, brilla el esplendor: de aquello mismo que despreciabas, de allí salió lo que temes. Así nuestro Señor Jesucristo envió a sus Apóstoles, sus predicadores, como nubes: parecían hombres y eran despreciados; como se ven las nubes, y se desprecian, antes de que de ellas salga lo que admiras. Pues eran primero hombres llevando carne, débiles; luego ignorantes, indoctos, ignobles: pero había en ellos lo que relampagueaba, había en ellos lo que resplandecía. Se acercaba Pedro, un hombre pescador, oraba, y el muerto se levantaba (Act. IX, 40). La forma humana era la nube, el esplendor del milagro era el relámpago. Así en las palabras, así en los hechos, cuando dicen cosas admirables, y hacen cosas admirables, Aparecieron sus relámpagos al mundo. Vio y se conmovió la tierra. Pues si no es verdad, si no toda la tierra ya clama cristiana, Amén, conmovida por los relámpagos que de aquellas nubes estallan. Vio, y se conmovió la tierra.

9. [vers. 5.] Los montes se derritieron como cera ante la faz del Señor. ¿Quiénes son los montes? Los soberbios. Toda altitud que se eleva contra Dios, tembló ante las obras de Cristo y de los cristianos, sucumbió, y cuando digo lo que se ha dicho, Se derritió, no se puede encontrar mejor palabra. Los montes se derritieron como cera ante la faz del Señor. ¿Dónde está la altitud de los poderes? ¿Dónde la dureza de los infieles? Los montes se derritieron como cera ante la faz del Señor. El Señor fue fuego para ellos, ellos ante su faz se derritieron como cera; duros hasta que aquel fuego se acercó. Toda altitud ha sido allanada; ahora no se atreve a blasfemar contra Cristo: y el pagano no cree en él, pero no lo blasfema; y si aún no se ha convertido en piedra viva, al menos ha sido vencido como monte duro. Los montes se derritieron como cera ante la faz del Señor, ante la faz del Señor de toda la tierra: no solo de los judíos, sino también de los gentiles, como dice el Apóstol (Rom. III, 29); pues no es solo Dios de los judíos, sino también de los gentiles. El Señor, por tanto, de toda la tierra, el Señor Jesucristo nacido en Judea, pero no solo nacido para Judea: porque incluso antes de nacer hizo a todos; y quien hizo a todos, a todos los rehizo. Ante la faz del Señor de toda la tierra.

10. [vers. 6.] Los cielos anunciaron su justicia, y vieron todos los pueblos su gloria. ¿Qué cielos anunciaron? Los cielos cuentan la gloria de Dios (Sal. XVIII, 2). ¿Quiénes son los cielos? Los que se han convertido en su sede. Pues así como Dios se sienta en los cielos, así se sienta en los Apóstoles, así se sienta en los predicadores del Evangelio. Y tú, si quieres,

serás cielo. ¿Quieres ser cielo? Purga de tu corazón la tierra. Si no tienes concupiscencias terrenales, y no respondes en vano que tienes el corazón en lo alto, serás cielo. Si habéis resucitado con Cristo (habla el Apóstol a los fieles), buscad las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios; saboread las cosas de arriba, no las de la tierra (Col. III, 1 y 2). Has comenzado a saborear las cosas de arriba, y no las de la tierra; ¿no te has convertido en cielo? Llevas carne, y ya eres cielo de corazón: pues tu conversación estará en los cielos (Filip. III, 20). Así anuncias también tú a Cristo: ¿acaso piensas que solo nosotros, estando aquí, anunciamos a Cristo, y vosotros no lo anunciáis? ¿De dónde vienen a nosotros, queriendo ser cristianos, aquellos que nunca hemos visto, que no conocemos, a quienes nunca hemos predicado? ¿O acaso creyeron sin que nadie les anunciara? El Apóstol dice: ¿Cómo creerán en aquel de quien no han oído, cómo oirán sin que alguien les predique? (Rom. X, 14). Por tanto, toda la Iglesia predica a Cristo, y los cielos anuncian su justicia; porque todos los fieles que se preocupan por ganar para Dios a aquellos que aún no han creído, y lo hacen por caridad, son cielos. Dios truena desde ellos el terror de su juicio; y tiembla quien era infiel, y se asusta, y cree. Mostrad a los hombres lo que pudo Cristo por todo el orbe, hablándoles, y llevándolos a amar a Cristo. Pues cuántos hoy han llevado a sus amigos, ya sea a un mimo, o a un flautista. ¿Por qué, sino por amarlo? Y vosotros amad a Cristo. Pues ha ofrecido tantos espectáculos, en los que nadie puede decir que ha encontrado algo de lo que avergonzarse, aquel que venció al mundo. Pues incluso a veces aquel a quien alguien ama en el teatro, es vencido en él. Pero nadie es vencido en Cristo: no hay de qué avergonzarse. Tomad, llevad, atraed a quienes podáis: estad seguros, lleváis a aquel que no desagrada a los que lo ven; y rogad a él para que los ilumine, y vean bien. Los cielos anunciaron su justicia, y vieron todos los pueblos su gloria.

11. [vers. 7.] Sean confundidos todos los que adoran esculturas. ¿Acaso no ha sucedido? ¿Acaso no han sido confundidos? ¿Acaso no son confundidos cada día? Pues las esculturas son ídolos hechos por manos. ¿Por qué ya son confundidos todos los que adoran esculturas? Porque vieron todos los pueblos su gloria. Ya todos los pueblos confiesan la gloria de Cristo: avergüéncense quienes adoran piedras. Pues aquellas piedras estaban muertas, nosotros encontramos una piedra viva: más bien aquellas piedras nunca vivieron, para que ni siquiera se les llame muertas; pero nuestra piedra está viva, y siempre vivió con el Padre, y por nosotros murió y revivió, y ahora vive, y la muerte ya no tendrá dominio sobre él (Rom. VI, 9). Esta gloria suya conocieron los pueblos; abandonan los templos, corren a las iglesias. Sean confundidos todos los que adoran esculturas. ¿Aún buscan adorar esculturas? No quisieron abandonar los ídolos; fueron abandonados por los ídolos. Sean confundidos todos los que adoran esculturas, que se glorían en sus imágenes. Pero surge no sé qué disputador que se creía sabio y dice: No adoro esa piedra, ni esa imagen que está sin sentido; pues no pudo vuestro profeta saber que tienen ojos y no ven (Sal. CXIII, 5), y yo no sé que esa imagen ni tiene alma, ni ve con los ojos, ni oye con los oídos: no adoro eso; pero adoro lo que veo, y sirvo a aquel que no veo. ¿Quién es este? Un cierto numen, dice, invisible que preside sobre esa imagen. De esta manera, al dar razón de sus imágenes, se creen elocuentes, porque no adoran ídolos, y adoran demonios. Pues, hermanos, como dice el Apóstol, Lo que sacrifican los gentiles, a los demonios lo sacrifican, y no a Dios. No quiero, dice, que os hagáis partícipes de los demonios (I Cor. X, 19, 20): pues sabemos que el ídolo no es nada (Id. VIII, 4). Esto mismo dijo el Apóstol, Sabemos que el ídolo no es nada, pero lo que sacrifican los gentiles, a los demonios lo sacrifican, y no a Dios: dijo, No quiero que os hagáis partícipes de los demonios. No se excusen, por tanto, de esto, porque como si no estuvieran dedicados a ídolos insensatos; más bien están dedicados a demonios, lo cual es más peligroso. Pues si solo adoraran ídolos, así como no les ayudarían, tampoco les harían daño; pero si adoras y sirves a demonios, serán tus señores. ¿Y quiénes serán tus señores?

Tus envidiosos: es necesario que envidien tu libertad, siempre quieran poseerte, siempre hacerte tal que puedan llevarte con ellos. Pues hay en estos malos espíritus una cierta malevolencia innata y una ruina de hacer daño: se alegran del mal de los hombres; y de nuestro engaño, si nos engañan, se alimentan. ¿Y qué buscan? No a quienes dominar eternamente, sino con quienes ser condenados eternamente; como suele un ladrón malevolente nombrar a un inocente. ¿Acaso si es quemado vivo, arde menos si arden dos? ¿Muere menos si mueren dos? No se le disminuye el castigo, pero se alimenta la malevolencia. Que muera conmigo, no diciendo que morirá menos, sino que tiene el mal consuelo del mal ajeno. Así es el diablo; quiere seducir a aquellos que serán castigados con él: y porque no puede engañar al juez Dios (pues no nombra ante él a un inocente), queriendo tener verdaderos crímenes que objetar, persuade pecados. He aquí qué clase de señores se hacen quienes adoran ídolos y demonios: Pues lo que sacrifican los gentiles, a los demonios lo sacrifican, y no a Dios: no quiero que os hagáis partícipes de los demonios.

12. ¿Pero qué clase de Dios tenemos? Escuchen lo que sigue. Pues cuando dijo: "Sean confundidos todos los que adoran ídolos, que se glorían en sus imágenes", no para que existieran como si dieran razón de los ídolos, y dijeran: No adoramos piedras, sino divinidades; ¿Qué divinidades adoras? Dime, ¿adoras demonios o buenos espíritus, como los Ángeles? Porque hay Ángeles santos, y hay espíritus malignos. Yo digo que en tus templos no se adoran sino espíritus malignos: que exigen sacrificio con soberbia, y quieren ser adorados como dioses, son malignos, son soberbios. Así son también los hombres no buenos, que buscan su propia gloria y desprecian la gloria de Dios. Pero observen a los hombres santos, que son semejantes a los Ángeles. Cuando encuentras a un hombre santo, si quisieras adorarlo como a Dios, te lo prohíbe: no quiere atribuirse el honor de Dios, no quiere ser para ti como Dios, sino estar contigo bajo Dios. Esto hicieron los santos apóstoles Pablo y Bernabé. Predicaban la palabra de Dios en Licaonia. Cuando hicieron maravillas en Licaonia, los ciudadanos de esa región trajeron víctimas y quisieron sacrificarles, llamando a Bernabé Júpiter, y a Pablo Mercurio: ellos no se deleitaron. ¿Acaso no quisieron que se les inmolara porque se compararon con demonios y los execraron? No, sino porque temieron que se les rindiera honor divino a los hombres. Sus palabras lo indican, no lo sospechamos. Sigue la lectura del mismo libro, y dice cómo se conmovieron: "Entonces Pablo y Bernabé rasgaron sus vestiduras, y dijeron: Hermanos, ¿qué hacen? También nosotros somos hombres mortales, semejantes a ustedes" (Hechos XIV, 13 y 14). Presten atención. Así como los hombres buenos prohíben a quienes quisieran adorarlos como dioses, y prefieren que se adore a un solo Dios, que se ofrezca sacrificio a un solo Dios, no a ellos: así también todos los santos Ángeles buscan la gloria de aquel a quien aman; se esfuerzan por atraer e inflamar a todos los que aman hacia su culto, su adoración, su contemplación; a él lo anuncian, no a sí mismos, porque son Ángeles: y porque son soldados, no saben buscar otra gloria que la de su Emperador; si buscaran su propia gloria, serían condenados como tiranos. Así fue el diablo y los demonios, es decir, sus ángeles: se arrogó el honor divino para sí y para todos los demonios; llenó los templos de los paganos, y persuadió a ofrecer sacrificios a las imágenes. ¿No sería mejor adorar a los santos Ángeles que a los demonios? Responden: No adoramos a los malos demonios; a los Ángeles que ustedes mencionan, también nosotros los adoramos, virtudes del gran Dios y ministerios del gran Dios. Ojalá quisieran adorarlos: fácilmente aprenderían de ellos a no adorarlos. Escuchen al ángel maestro. Enseñaba a un discípulo de Cristo, y le mostraba muchos milagros en el Apocalipsis de Juan: pero cuando le mostró un milagro de la visión, él se asustó y se postró a los pies del Ángel; y el ángel que no buscaba sino la gloria de su Señor, dijo: "Levántate, ¿qué haces? Adora a él; porque yo soy consiervo tuyo, y de tus hermanos" (Apoc. XIX, 10). Entonces, hermanos míos, ¿nadie diga: Temo que

el ángel se enoje conmigo si no lo adoro como a mi dios. Entonces se enoja contigo cuando quieres adorarlo: porque es bueno y ama a Dios. Así como los demonios se enojan si no son adorados; así los Ángeles se indignan si son adorados como Dios. Pero no sea que un corazón débil, un corazón temeroso diga: Entonces, si los demonios se enojan porque no son adorados, temo ofender a los demonios. ¿Qué te hará el príncipe de ellos, el diablo? Si pudiera algo, ninguno de nosotros quedaría. ¿No se dicen tantas cosas contra él diariamente por boca de los cristianos, y crece la cosecha de los cristianos? Cuando te enojas con tu peor siervo, le pones este nombre: Satanás, diablo; eso le dices. Tal vez en esto te equivocas, porque se lo dices a un hombre, y te dejas llevar por una ira desmedida para insultar la imagen de Dios: y sin embargo eliges decirle lo que detestas profundamente. Si pudiera, ¿no se vengaría? Pero no se le permite: y hace solo lo que se le permite. Pues también quiso tentar a Job, y no buscó sino el poder (Job I, 11); y no haría nada, si no hubiera recibido poder. ¿Por qué no adoras a Dios con seguridad, cuando nadie puede dañarte sin su voluntad, y cuando te permite ser corregido, no destruido? Porque si al Señor tu Dios le place permitir que algún hombre te dañe, o algún espíritu te dañe; te corregirá, para que clames a él: "El Señor me corrigió, pero no me entregó a la muerte" (Salmo CXVII, 18). Por tanto, "Sean confundidos todos los que adoran ídolos, que se glorían en sus imágenes. Adórenlo todos sus Ángeles". Que los paganos aprendan a adorar a Dios. Quieren adorar a los Ángeles; imiten a los Ángeles, y adoren a aquel que es adorado por los Ángeles. Adórenlo todos sus Ángeles. Que lo adore el ángel que fue enviado a Cornelio; pues adorándolo, Cornelio fue enviado a Pedro (Hechos X, 3, etc.): que adore a Cristo, el Señor de Pedro, y él mismo consiervo de Pedro. Adórenlo todos sus Ángeles.

13. [vers. 8.] Oyó, y se alegró Sion. ¿Qué oyó Sion? Que lo adoran todos sus Ángeles. ¿Qué oyó Sion? He aquí lo que oyó: "Los cielos anunciaron su justicia, y todos los pueblos vieron su gloria: sean confundidos todos los que adoran ídolos, que se glorían en sus imágenes". Pues la Iglesia aún no estaba entre los gentiles; en Judea habían creído algunos judíos, y los mismos judíos que habían creído pensaban que solo ellos pertenecían a Cristo: los Apóstoles fueron enviados a los gentiles, se predicó a Cornelio; Cornelio creyó, fue bautizado, y también fueron bautizados los que estaban con Cornelio. Pero para que fueran bautizados, ¿qué sucedió, lo saben? No ha llegado hasta aquí el lector, pero algunos lo recuerdan; y quienes no lo recuerdan, escúchenlo brevemente de mí. Un ángel fue enviado a Cornelio, el ángel envió a Cornelio a Pedro, Pedro vino a Cornelio. Y porque Cornelio era de los gentiles, él y los que estaban con él no estaban circuncidados: para que no dudaran en entregar el Evangelio a los no circuncidados; antes de que Cornelio y los que estaban con él fueran bautizados, vino el Espíritu Santo, y los llenó, y comenzaron a hablar en lenguas. Pero el Espíritu Santo no había caído sobre nadie, sino sobre quien había sido bautizado: pero sobre estos cayó antes del Bautismo. Pues Pedro podría haber dudado si debía bautizar a los no circuncidados: vino el Espíritu Santo, comenzaron a hablar en lenguas; se dio el don invisible, y eliminó la duda sobre el Sacramento visible; todos fueron bautizados. Y está escrito allí: "Y oyeron los Apóstoles, y los hermanos que estaban en Judea, que también los gentiles habían recibido la palabra de Dios, y bendecían a Dios". Esto es lo que aquí se recuerda: "Oyó, y se alegró Sion; y se regocijaron las hijas de Judea". ¿Qué oyó, y se alegró Sion? Que los gentiles recibieron la palabra de Dios. Una pared había venido, pero aún no había ángel. Sion, la misma Iglesia que estaba en Judea, es propiamente nombrada aquí. Oyó, y se alegró Sion; y se regocijaron las hijas de Judea. Así está escrito: "Oyeron los Apóstoles, y los hermanos que estaban en Judea". Vean si no se regocijaron las hijas de Judea. ¿Qué oyeron? Que también los gentiles recibieron la palabra de Dios. ¿Dónde dijo esto este salmo? "Los cielos anunciaron su justicia, y todos los pueblos vieron su gloria". Y porque los gentiles creyeron, de quienes se adoraban los ídolos; siguió diciendo: "Sean confundidos

todos los que adoran ídolos, que se glorían en sus imágenes". Oyó, y se alegró Sion; y se regocijaron las hijas de Judea. Después, algunos de los circuncidados quisieron calumniar a Pedro, y le dijeron: "¿Por qué entraste a los gentiles no circuncidados, y comiste con ellos?" Pero él les dio razón, cómo cuando oraba se le mostró un lienzo colgando de cuatro puntas. Ese lienzo que tenía todos los animales, significaba a todos los gentiles. Y colgaba de cuatro puntas porque hay cuatro partes del mundo, de donde habrían de venir los pueblos: y por eso los cuatro Evangelios predican a Cristo, para que se entienda que su gracia se extiende a todas las cuatro partes del mundo. Porque tal visión fue mostrada a Pedro, les indicó, les abrió todo, cómo Cornelio creyó, porque antes de que el hombre gentil fuera bautizado, vino sobre él el Espíritu Santo. Cuando oyeron esto, callaron, y magnificaron a Dios, diciendo: "Ciertamente también a los gentiles Dios ha dado arrepentimiento para vida" (Hechos XI, 1-18). He aquí, "Oyó, y se alegró Sion; y se regocijaron las hijas de Judea, por tus juicios, Señor". ¿Qué juicios? Porque Dios no hace acepción de personas. Pues el mismo Pedro, cuando vio a Cornelio el centurión, y a los que estaban con él, llenos del Espíritu Santo, exclamó, y dijo: "En verdad comprendo que Dios no hace acepción de personas". Por tanto, "Se regocijaron las hijas de Judea, por tus juicios, Señor". ¿Qué significa, "por tus juicios"? Porque "en toda nación, y en todo pueblo, cualquiera que le sirva, le es acepto" (Hechos X, 34, 35). Porque no es solo Dios de los judíos, sino también de los gentiles (Romanos III, 29).

14. [vers. 9.] Vean si no es esto por lo que se regocijaron las hijas de Judea. Y se regocijaron las hijas de Judea, por tus juicios, Señor. Porque tú eres el Señor altísimo sobre toda la tierra. No solo sobre Judea, no solo sobre Jerusalén, no solo sobre Sion, sino "sobre toda la tierra". Los juicios de Dios han prevalecido sobre toda esta tierra, para convocar a los pueblos de todas partes: con los que no se comunican, quienes se han separado; ni escuchan lo predicho, ni ven lo cumplido, "Porque tú eres el Señor altísimo sobre toda la tierra". Muy exaltado eres sobre todos los dioses. ¿Qué significa, "muy"? Pues se dice de Cristo. ¿Qué significa entonces, "muy", sino que se te entienda igual al Padre? ¿Qué significa, "sobre todos los dioses"? ¿quiénes son? Los ídolos no tienen sentido, no tienen vida: los demonios tienen sentido, tienen vida; pero son malos. ¿Qué grande es que Cristo sea exaltado sobre los ídolos? Exaltado es sobre los demonios; pero tampoco esto es muy grande: los demonios son dioses de los gentiles (Salmo XCV, 5), pero él es muy exaltado sobre todos los dioses. Y los hombres han sido llamados dioses, "Yo dije, dioses sois, y todos vosotros hijos del Altísimo": también está escrito, "Dios está en la congregación de los dioses; en medio de los dioses juzga" (Salmo LXXXI, 6, 1). Sobre todos ha sido exaltado nuestro Señor Jesucristo: no solo sobre los ídolos, no solo sobre los demonios; sino sobre todos los hombres justos. Y esto es poco; también sobre todos los Ángeles: pues de dónde es, "Adórenlo todos sus Ángeles"? Muy exaltado eres sobre todos los dioses.

15. [vers. 10.] ¿Qué hacemos entonces todos los que nos reunimos con él, con aquel que es muy exaltado sobre todos los dioses? Nos dio un breve precepto. Los que aman al Señor, odien el mal. Cristo no es digno de ser amado junto con la avaricia. Lo amas a él; debes odiar lo que él odia. Un hombre es tu enemigo, es lo que tú; fueron creados por un solo Creador, en una sola condición: y sin embargo, si tu hijo habla con tu enemigo, y va a la casa de tu enemigo, y tiene conversaciones frecuentes con él, quieres desheredarlo; porque habla con tu enemigo. ¿Y cómo? Porque parece que tienes una voz justa: Eres amigo de mi enemigo, ¡y buscas algo de mi propiedad! Entonces presta atención. Amas a Cristo, la avaricia es enemiga de Cristo; ¿por qué hablas con ella? No digo, hablas con ella; ¿por qué le sirves? Pues Cristo manda muchas cosas, y no las haces; ella manda, y lo haces. Cristo manda que vistas al pobre, y no lo haces; la avaricia manda que cometas fraude, y eso haces. Si esto es así, si eres tal, no te prometas mucho la herencia de Cristo. Pero dices: Amo a Cristo. Los que aman al

Señor, odien el mal. De aquí se muestra que amas lo que es bueno, si se te encuentra odiando lo que es malo: "Los que aman al Señor, odien el mal".

16. Pero cuando comenzamos a odiar el mal, seguirán las persecuciones. Odiamos el mal; un perseguidor nos dice, Comete fraude; nos dice, Adora un ídolo, nos dice, Ofrece incienso a los demonios: pero hemos escuchado, "Los que aman al Señor, odien el mal". Lo hemos escuchado, pero si no lo hacemos, él se enfurece. ¿Hasta cuándo se enfurece? ¿Qué te va a quitar? Responde; ¿por qué eres cristiano? ¿por una herencia eterna, o por una felicidad terrenal? Pregunta a tu fe, pon en el potro de la conciencia tu alma, tortúrate con el temor del juicio, responde a quién has creído, por qué has creído. Me dices: He creído en Cristo. ¿Qué te prometió Cristo, sino lo que mostró en sí mismo? ¿Qué mostró en sí mismo? Murió, y resucitó, ascendió al cielo. ¿Quieres seguirlo? Imita su pasión, espera su promesa. Entonces, ¿qué te va a quitar el que se enfurece, cuando comienzas a odiar el mal, porque amas al Señor? ¿qué te va a quitar? El patrimonio: ¿acaso el cielo? Finalmente, lo que Dios te dio, que lo quite (no lo quita, si Dios no quiere, pero si Dios quiere, quita lo que Dios te dio, para que no se te quite Dios mismo): nadie te quitará a Dios, tú mismo te lo quitas, si huyes de él.

17. Tal vez respondes: No me importa mi patrimonio; "El Señor dio, el Señor quitó"; puedo decir, "Como al Señor le plació, así se hizo" (Job I, 21); pero temo que me mate. Eso es todo. Escucha entonces al Salmo consolador: "El Señor guarda las almas de sus siervos". Porque dijo antes, "Los que aman al Señor, odien el mal"; para que no temas odiar el mal, no sea que el maligno te mate, añadió de inmediato, "El Señor guarda las almas de sus siervos". Escucha a aquel que guarda las almas de sus siervos, y dice: "No teman a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma" (Mateo X, 28). Mata también el cuerpo, quien más pueda en ti: ¿qué te ha hecho? Lo que también a tu Señor Dios. ¿Por qué amas tener lo que Cristo, si temes sufrir lo que Cristo? Él vino a llevar tu vida temporal, débil, sujeta a la muerte. Ciertamente teme morir, si puedes no morir. Lo que por naturaleza no puedes evitar, ¿por qué no lo aceptas por la fe? Que te quite esta vida quien amenaza el adversario, Dios te da otra vida: porque también esta te la dio él, y si él no quiere, ni siquiera esta se quitará; pero si quiere que se te quite, tiene con qué cambiarla contigo; no temas ser despojado por él. ¿No quieres despojarte de una vestidura raída? Te dará una estola de gloria. ¿Qué estola me dices? Es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad (I Cor. XV, 53). Esta misma carne tuya no perecerá. Hasta la muerte puede enfurecerse el enemigo: no tiene poder más allá, ni sobre el alma, ni sobre la misma carne; porque aunque disipe la carne, no impide la resurrección. Los hombres temían por su alma, y ¿qué les dijo el Señor? "Pero aun los cabellos de vuestra cabeza están todos contados" (Mateo X, 30). ¿Temes perder el alma, quien no pierde un cabello? Para Dios todo está contado. Todo lo restaurará, quien todo lo creó. No existían, y fueron creados: existían, ¿y no serán restaurados? Crean entonces con todo el corazón, hermanos míos, y "los que aman al Señor, odien el mal". Sean fuertes, no solo en amar a Dios, sino también en odiar el mal. Que nadie los aterrorice; más poderoso es quien los llamó, es omnipotente; más fuerte que todo fuerte, superior a todo excelso. El Hijo de Dios murió por nosotros; ten la seguridad de que recibirás su vida, quien tienes como prenda su muerte. ¿Por quiénes murió? ¿acaso por los justos? Pregunta a Pablo. Porque Cristo murió por los impíos (Romanos V, 6). Eras impío, y murió por ti, ¿justificado, te abandonará? ¿Quién justificó al impío, dejará al piadoso? Los que aman al Señor, odien el mal. Que nadie tema: "El Señor guarda las almas de sus siervos, de la mano del pecador las librará".

18. [vers. 11.] Pero quizás dirás: Pierdo esta luz. La luz ha surgido para el justo. ¿Qué luz temes perder? ¿Temes estar en tinieblas? No temas perder la luz, más bien teme que, mientras

intentas no perder esta luz, pierdas aquella luz verdadera. Pues la luz que temes perder, la vemos otorgada a quienes la comparten contigo. ¿Acaso solo los buenos ven este sol, cuando hace salir su sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos e injustos (Mat. V, 45)? Esta luz la ven contigo los inicuos, la ven contigo los ladrones, la ven contigo los impúdicos, la ven contigo las bestias, las moscas, los gusanos. ¿Qué luz reserva para el justo aquel que también otorga esta luz a estos? Con razón los mártires vieron esta luz en la fe. Pues quienes la despreciaron, vieron alguna que desearon, quienes rechazaron esta. La luz ha surgido para el justo, y para los rectos de corazón, alegría. No penséis que realmente estaban en miseria cuando caminaban encadenados. La cárcel fue amplia para los fieles, las cadenas fueron ligeras para los confesores. Tenían gozo en el patíbulo, quienes predicaban a Cristo entre tormentos. La luz ha surgido para el justo. ¿Qué luz ha surgido para el justo? Aquella que no surge para el injusto; no esta luz que hace salir sobre buenos y malos. Hay otra luz que surge para el justo; de la cual, cuando no les haya surgido, al final dirán los injustos: Erramos del camino de la verdad, y la luz de la justicia no brilló para nosotros, y el sol no salió para nosotros (Sab. V, 6). He aquí que, amando este sol, yacen en las tinieblas del corazón. ¿De qué sirve a los ojos ver este, y con la mente no ver aquel? Tobías estaba ciego, y enseñaba a su hijo el camino de Dios. Sabéis esto, que Tobías advertía a su hijo, y decía: Hijo, haz limosnas, porque las limosnas no permiten ir a las tinieblas (Tob. IV, 7, 11): y hablaba aquel que estaba en tinieblas. ¿Veis que hay otra luz que surge para el justo, y para los rectos de corazón, alegría? No tenía ojos, y decía a su hijo: Haz limosnas; las limosnas no permiten ir a las tinieblas: y no temió que su hijo le dijera en su corazón: Tú no hiciste limosnas: ¿por qué me hablas ciego? He aquí que las limosnas te llevaron a las tinieblas, y ¿cómo me dices: Las limosnas no permiten ir a las tinieblas? ¿Por qué decía esto con confianza, sino porque veía otra luz? El hijo sostenía la mano del padre para que caminara: pero el padre enseñaba al hijo el camino para que viviera. Hay, pues, otra luz que surge para el justo: La luz ha surgido para el justo, y para los rectos de corazón, alegría. ¿Quieres conocerla? Sé recto de corazón. ¿Qué es ser recto de corazón? No seas de corazón torcido hacia Dios, resistiendo su voluntad, y queriendo doblarlo hacia ti, y no dirigirte tú hacia él, y sentirás la alegría que conocen todos los que son rectos de corazón. La luz ha surgido para el justo, y para los rectos de corazón, alegría.

19. [vers. 12.] Alegraos, justos. Ya quizás los fieles al escuchar, Alegraos, piensan en banquetes, preparan copas, esperan el tiempo de las rosas; porque se ha dicho, Alegraos, justos. Mira lo que sigue: en el Señor. Alegraos, justos, en el Señor. Esperas el tiempo de la primavera para alegrarte: tienes al Señor como alegría, el Señor siempre está contigo, no tiene tiempo; lo tienes de noche, lo tienes de día. Sé recto de corazón, y siempre tendrás de él alegría. Pues la alegría que es según el mundo, no es verdadera alegría. Escucha al profeta Isaías: No hay alegría para los impíos, dice el Señor (Is. XLVIII, 22; y LVII, 21). La alegría que llaman los impíos, no es alegría. ¿Qué clase de alegría conocía quien desaprobaba esta alegría? Creámosle, hermanos. Era hombre, pero conocía ambas alegrías. Sin duda conocía las alegrías de la copa, porque era hombre, conocía la alegría de la mesa, conocía la alegría del lecho, conocía estas alegrías mundanas y lujuriosas. Aquel que conocía esas, dijo con certeza: No hay alegría para los impíos, dice el Señor. Pero no lo dice un hombre; el Señor dice: con la verdad del Señor, No hay alegría para los impíos. Pues a ellos les parece que se alegran: No hay, sin embargo, alegría para los impíos, dice, no un hombre, sino el Señor. De donde viendo él esa misma alegría, dijo: Y no deseé el día de los hombres, tú lo sabes (Jer. XVI, 16). Tú que me muestras otro día, que me enseñas otra luz, que me llenas de otra alegría, que me insinúas algo diferente en mi interior, me hiciste no desear el día de los hombres. Sin duda veía Isaías a los hombres en la bebida, en la lujuria, en los teatros y espectáculos, todo el mundo entregado a diversas frivolidades; y sin embargo clamaba, No

hay alegría para los impíos, dice el Señor. Si esto no es alegría, ¿qué clase de alegría veía, en comparación con la cual esta no era alegría? Como si tú conocieras el sol, y a alguien que alaba una lámpara le dijeras: Esto no es luz. ¿Por qué no es luz? Él lo tiene por grande, se alegra, exulta; y tú dices: Esto no es luz. O si alguien admirara a un simio, dirías: Esto no es belleza. Y si acaso él estuviera ocupado en la composición de los miembros de esa bestia, y admirara todas esas congruencias; tú que conocías otra belleza, negarías esta, y dirías: No es. ¿Por qué? Porque conoces otra. Pero dices: Yo no veo aquella que veía Isaías. Cree, y verás. Pues quizás no tienes con qué ver; hay un ojo con el que se ve esa belleza. Pues así como hay un ojo de la carne, con el que se ve esta luz; así hay un ojo del corazón, con el que se ve esa alegría: quizás ese ojo está herido, está sucio, está turbado por la ira, por la avaricia, por la codicia, por la lujuria insensata; tu ojo está turbado, no puede ver esa luz. Cree, antes de ver: serás sanado, y verás. La luz ha surgido para el justo, y para los rectos de corazón, alegría.

20. Alegraos, dice, justos en el Señor: y confesad la memoria de su santidad. Ya alegrados en el Señor, ya gozosos en el Señor, confesad a él; porque si no quisiera, no nos alegraríamos en él. Pues el mismo Señor dice: Estas cosas os he hablado, para que en mí tengáis paz, en el mundo tendréis tribulación (Juan XVI, 33). Si sois cristianos, esperad tribulaciones en este mundo; no esperéis tiempos más tranquilos y mejores. Hermanos, os engañáis; lo que el Evangelio no os promete, no os lo prometáis a vosotros mismos. Sabéis lo que dice el Evangelio: hablamos a cristianos; no debemos ser prevaricadores de la fe. El Evangelio dice esto, que en los últimos tiempos habrá muchos males, muchos escándalos, muchas tribulaciones, muchas iniquidades abundarán: pero el que persevere hasta el fin, este será salvo. Se enfriará, dice, la caridad de muchos (Mat. XXIV, 3-13). Por tanto, quien fervorosamente permanezca en el espíritu, según el Apóstol, que dice, Fervientes en el espíritu (Rom. XII, 11), su caridad no se enfriará; porque esa misma caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Id. V, 5). Nadie, pues, se prometa lo que el Evangelio no promete. He aquí que vendrán tiempos más alegres, y hago esto, y compro aquello. Es bueno para ti que atiendas a aquel que no se engaña, ni engañó a nadie, que te prometió no aquí la alegría, sino en él; y cuando estas cosas hayan pasado, esperes que con él reinarás eternamente; no sea que queriendo reinar aquí, ni aquí tengas alegría, ni allí la encuentres.

EN EL SALMO XCVII EXPLICACIÓN.

SERMON A LA GENTE.

1. [vers. 1.] Cantad al Señor un cántico nuevo. El hombre nuevo lo conoce, el viejo no lo conoce. El hombre viejo es la vida vieja, y el hombre nuevo es la vida nueva: la vida vieja se deriva de Adán, la vida nueva se forma en Cristo. Se dice en este salmo a todo el orbe de la tierra que cante un cántico nuevo. Pues más claramente en otro lugar se dice así, Cantad al Señor un cántico nuevo; cantad al Señor, toda la tierra (Sal. XCV, 1); para que entiendan quienes se separan de la comunión de todo el orbe de la tierra, que no pueden cantar el cántico nuevo, porque el cántico nuevo se canta en el todo, no en parte. Y aquí prestad atención y ved que se dice esto. Y cuando se dice a todo el orbe de la tierra que cante un cántico nuevo, se entiende esto, que la paz canta un cántico nuevo. Cantad al Señor un cántico nuevo; porque ha hecho maravillas el Señor. ¿Qué maravillas? He aquí que se leía ahora el Evangelio, y escuchamos las maravillas del Señor. Se llevaba a enterrar al hijo único de su madre, que era viuda: el Señor, compadecido, hizo que se detuvieran; lo bajaron; y dijo, Joven, a ti te digo, levántate. Y se sentó el muerto, y comenzó a hablar, y lo devolvió a su madre (Luc. VII, 12-15). He aquí que el Señor ha hecho maravillas; pero son mucho mayores las maravillas de que ha levantado a todo el orbe de la tierra de la muerte eterna, que de haber

resucitado al hijo único de una madre viuda. Cantad, pues, al Señor un cántico nuevo; porque ha hecho maravillas el Señor. ¿Qué maravillas? Escucha: Le ha salvado su diestra y su brazo santo. ¿Qué es el brazo santo del Señor? Nuestro Señor Jesucristo. Escucha a Isaías: ¿Quién ha creído a nuestro anuncio? y ¿a quién se ha revelado el brazo del Señor? (Is. LIII, 1). Por tanto, el brazo santo y la diestra de él, es él mismo. Así que nuestro Señor Jesucristo es el brazo de Dios, y la diestra de Dios: por eso, Le ha salvado. No se ha dicho solo, Ha salvado al orbe de la tierra su diestra; sino, Le ha salvado. Pues muchos son sanados para sí, no para él. He aquí cuántos desean esta salud corporal, y la reciben de él; son sanados por él, y no para él. ¿Cómo son sanados por él, y no para él? Recibida la salud, se entregan a la lascivia: quienes enfermos eran castos, sanados se vuelven adúlteros; quienes cuando estaban enfermos no dañaban a nadie, recobradas las fuerzas invaden y oprimen a los inocentes: han sido sanados, pero no para él. ¿Quién es el que es sanado para él? Quien es sanado interiormente. ¿Quién es el que es sanado interiormente? Quien cree en él para que, cuando haya sido sanado interiormente, reformado en el hombre nuevo, después también esto que languidece temporalmente, esta carne mortal, reciba al final su salud perfectísima. Seamos, pues, sanados para él. Y para que seamos sanados para él, creamos en su diestra; porque le ha salvado su diestra y su brazo santo.

2. [vers. 2.] El Señor ha hecho conocer su salvación. Esa diestra, ese brazo, esa salvación es nuestro Señor Jesucristo, de quien se ha dicho, Y verá toda carne la salvación de Dios (Luc. III, 6): de quien también dijo aquel Simeón que tomó al niño en sus manos, «Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz; porque han visto mis ojos tu salvación» (Id. II, 28-30). El Señor ha hecho conocer su salvación. ¿A quién la ha hecho conocer? ¿a una parte, o al universo? No a una parte. Nadie engañe, nadie se equivoque, nadie diga, He aquí que aquí está Cristo, he aquí que allí (Mat. XXIV, 23): quien dice, He aquí que aquí está, he aquí que allí, muestra partes. ¿A quién ha hecho conocer el Señor su salvación? Escucha lo que sigue: Ante la vista de las naciones ha revelado su justicia. La diestra de Dios, el brazo de Dios, la salvación de Dios, y la justicia de Dios, es nuestro salvador Jesucristo.

3. [vers. 3.] «Se acordó de su misericordia Jacob, y de su verdad a la casa de Israel.» ¿Qué es, «Se acordó de su misericordia y de su verdad?» Para prometer, tuvo misericordia; porque prometió y exhibió misericordia, la verdad siguió: la misericordia precedió a la promesa, la promesa devolvió la verdad. Se acordó de su misericordia Jacob, y de su verdad a la casa de Israel. ¿Y qué? ¿solo Jacob, y solo a la casa de Israel? La casa de los judíos y esa descendencia de Abraham según la carne suele llamarse casa de Israel, e Israel Jacob. Pues Jacob es hijo de Isaac, Isaac es hijo de Abraham. Así que Jacob fue nieto de Abraham; y de Jacob doce hijos, y de los doce hijos toda la descendencia de los judíos. ¿Acaso solo a ellos se les prometió Cristo? Si examinas qué es Israel, a Israel se le prometió Cristo. Israel es el que ve a Dios. Veremos cara a cara, si ahora vemos por la fe. Que nuestra fe tenga ojos, y se exhibirá la verdad de la fe: creamos en aquel a quien no vemos, y gozosos lo veremos; deseemos al no visto, y disfrutaremos del visto. Así que ahora Israel por la fe; pero entonces Israel por la visión, cara a cara. No ya por espejo, no en enigma (I Cor. XIII, 12); sino, como se ha dicho por Juan, «Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que seremos: sabemos que cuando se manifieste, seremos semejantes a él; porque le veremos tal como es» (I Juan III, 2). Para esta visión preparad vuestros corazones, para este gozo preparad vuestras almas: como si Dios quisiera mostraros el sol, os advertiría que prepararais los ojos de la carne; pero porque se digna mostraros la apariencia de su sabiduría, preparad los ojos del corazón. Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios (Mat. V, 8). Se acordó de su misericordia Jacob, y de su verdad a la casa de Israel. ¿Quién es este Israel? No sea que pienses en una sola nación de los judíos, escucha lo que sigue: Han

visto todos los confines de la tierra la salvación de nuestro Dios. No se ha dicho, toda la tierra; sino, todos los confines de la tierra: como se dice, de un extremo al otro. Nadie divida, nadie disperse; fuerte es la unidad de Cristo. Compró todo, quien dio tan gran precio: Han visto todos los confines de la tierra la salvación de nuestro Dios.

4. [vers. 4.] Porque han visto, Aclamad a Dios, toda la tierra. Ya sabéis qué es aclamar. Alegraos y hablad. Si lo que os alegra no podéis decirlo, aclamad; que vuestra alegría exprese la aclamación, si no puede la locución: no sea, sin embargo, muda la alegría; que el corazón no calle a su Dios, no calle sus dones. Si te hablas a ti mismo, para ti has sido sanado; si él te sanó con su diestra, háblale a él para quien has sido sanado. «Han visto todos los confines de la tierra la salvación de nuestro Dios. Aclamad a Dios, toda la tierra; cantad, y exultad, y salmodiad.

5. [vers. 5.] Salmodiad al Señor nuestro Dios con cítara, con cítara y voz de salmo. Salmodiad, no solo con la voz; tomad obras, para que no solo cantéis, sino también obréis. Quien canta y obra, salmodia con cítara y salterio.

6. [vers. 6.] Y mira qué instrumentos se añaden en las comparaciones: Con trompetas de metal y voz de trompeta de cuerno. ¿Qué significan las trompetas de metal y las trompetas de cuerno? Las trompetas de metal son de bronce, se producen golpeando. Si golpeando, entonces recibiendo golpes. Seréis trompetas de metal, producidas para la alabanza de Dios, si cuando sois atribulados progresáis: la tribulación es el golpe, el progreso es la producción. Job era una trompeta de metal, cuando de repente fue golpeado con tantas pérdidas y la orfandad de sus hijos, con ese golpe de tanta tribulación se hizo trompeta de metal, sonó: El Señor dio, el Señor quitó; como al Señor le agradó así se hizo: sea el nombre del Señor bendito. ¡Cómo sonó! ¡Qué dulce sonido dio! ¿A quién no despierta este sonido? ¿A quién no anima la confianza en Dios, para que seguro avance en la batalla contra el diablo; no obteniendo con sus fuerzas, sino con la de aquel que prueba? Pues él también golpea; no haría el martillo de sí mismo. Pues de ese mismo diablo, el profeta recordando su futura pena dice: Ha sido quebrantado el martillo de toda la tierra (Jerem. L, 23). Quiso que se entendiera al diablo como el martillo de toda la tierra. De ese martillo puesto en la mano de Dios, es decir, en el poder de Dios, se golpean las trompetas de metal, para que resuenen las alabanzas de Dios. Ved cómo (me atrevo a decir, hermanos míos,) de este martillo también el Apóstol era golpeado: Para que no me ensoberbeciera por la grandeza de las revelaciones, se me dio un aguijón en mi carne, un ángel de Satanás que me abofetee. He aquí que es golpeado; veamos cómo suena: Por lo cual, dice, tres veces rogué al Señor, que lo apartara de mí; y me dijo, Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad. Yo quiero perfeccionar la trompeta, dice el fabricante, no la perfeccionaré si no la golpeo: en la debilidad se perfecciona el poder. Y escucha ya a esa trompeta de metal bien sonante: Cuando soy débil, entonces soy fuerte (II Cor. XII, 7-10). Y el mismo Apóstol, como apóstol adherido a Cristo, adherido a esa diestra de la que se sostiene el martillo para producir la trompeta, puesto en esa diestra también hace del mismo martillo; dice de algunos, A quienes entregué a Satanás, para que aprendan a no blasfemar (I Tim. I, 20). Los entregó al martillo para ser golpeados. Sonaban mal antes de ser producidos; quizás producidos y hechos trompetas de metal, perdida la blasfemia, sonaron las alabanzas del Señor. Estas son las trompetas de metal.

7. ¿Qué es la voz de la trompeta de cuerno? El cuerno supera la carne: es necesario que, superando la carne, sea firme para perdurar y capaz de emitir sonido. ¿Pero de dónde proviene esto? Porque ha superado la carne. Quien desea ser una trompeta de cuerno, que

supere la carne. ¿Qué significa superar la carne? Que trascienda los afectos carnales, que venza las pasiones carnales. Escucha las trompetas de cuerno: «Si habéis resucitado con Cristo,» dice el Apóstol, «buscad las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios; saboread las cosas de arriba, no las de la tierra» (Colosenses III, 1 y 2). ¿Qué significa «buscad las cosas de arriba»? Es decir, superad la carne, no penséis en cosas carnales. Aún no eran trompetas de cuerno aquellos a quienes todavía se les hablaba así: «Hermanos, no pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales. Como a niños en Cristo, os di leche para beber, no alimento sólido; porque aún no podíais, ni ahora podéis; sois todavía carnales.» Por tanto, no eran trompetas de cuerno, porque no habían superado la carne. El cuerno se adhiere a la carne y la supera; y aunque surge de la carne, la supera. Si eres, por tanto, espiritual a partir de lo carnal; aún pisas la tierra con la carne, y con el espíritu te elevas al cielo: «Porque aunque andamos en la carne,» dice, «no militamos según la carne» (II Corintios X, 3). No omitamos lo que el Apóstol dijo a aquellos hermanos. ¿Qué les dijo para probar que eran carnales y pensaban en cosas carnales, y que aún no se habían convertido en trompetas de cuerno? «Porque cuando uno de vosotros dice, Yo soy de Pablo; otro, Yo de Apolo; y otro, Yo de Cefas: ¿no sois carnales y andáis según el hombre? ¿Qué es, pues, Apolo? ¿Qué es Pablo? Ministros de Dios, por quienes habéis creído. Yo planté, Apolo regó; pero Dios dio el crecimiento» (I Corintios I, 12, y III, 1-6). Quiere, por tanto, que se eleven de la esperanza que pusieron en el hombre, y alcancen las cosas espirituales de Cristo; para que puedan ser trompetas de cuerno, si superan la carne. Hermanos, no insultéis a los hermanos que aún no ha convertido la misericordia de Dios; sabed que mientras hacéis esto, pensáis en cosas carnales. Esa no es la trompeta que deleita los oídos de Dios: la trompeta de la burla hace una guerra infructuosa. Que la trompeta de cuerno te levante contra el diablo, no la trompeta de carne contra tu hermano. Con trompetas de plata y con la voz de la trompeta de cuerno, aclamad en presencia del rey, el Señor.

8. [vers. 7-9.] Y mientras vosotros aclamáis y os regocijáis con trompetas de plata y con la voz de la trompeta de cuerno, ¿qué sigue? Que se conmueva el mar y su plenitud. Hermanos, cuando los Apóstoles predicaban la verdad, como trompetas de plata y trompetas de cuerno, el mar se conmovió, se levantaron las olas, crecieron las tempestades, se produjeron persecuciones contra la Iglesia. ¿De dónde se conmovió el mar? Cuando se aclamaba, cuando se cantaba a Dios; los oídos de Dios se deleitaban, las olas del mar se agitaban. Que se conmueva el mar y su plenitud, el orbe de la tierra y todos sus habitantes. Que se conmueva el mar en las persecuciones. Los ríos aplaudirán con las manos al unísono. Que se mueva el mar, y los ríos aplaudirán con las manos al unísono: se producen persecuciones, y los santos se alegran en Dios. ¿De dónde aplauden los ríos con las manos? ¿Qué significa aplaudir con las manos? Alegrarse con las obras. Aplaudir es alegrarse; con las manos, con las obras. ¿Qué ríos? Aquellos a quienes Dios hizo ríos, dándoles esa agua, el Espíritu Santo. Si alguno tiene sed, dice, venga y beba. El que cree en mí, de su interior correrán ríos de agua viva (Juan VII, 37-39). Estos ríos aplaudían con las manos, estos ríos se alegraban con las obras, y bendecían a Dios.

9. Los montes exultarán ante el Señor, porque viene, porque viene a juzgar la tierra. Grandes, montes. Viene Dios a juzgar la tierra, y se alegran. Hay montes que, al venir el Señor a juzgar la tierra, tiemblan. Por tanto, hay montes buenos, hay montes malos: montes buenos, grandeza espiritual; montes malos, hinchazón de soberbia. Los montes exultarán ante el Señor, porque viene, porque viene a juzgar la tierra. ¿Por qué vendrá, y cómo vendrá? Porque viene a juzgar la tierra. Juzgará el orbe de la tierra con justicia, y a los pueblos con equidad. Alégrense, pues, los montes; porque él no juzgará injustamente. Si viene un juez humano, cuya conciencia no puede ser conocida, tiemblan los hombres, incluso los inocentes, si

esperan de él la recompensa de la alabanza, o temen el castigo de la condenación: cuando venga aquel que no puede ser engañado, alégrense los montes, alégrense seguros; serán iluminados por él, no condenados; alégrense, porque vendrá el Señor a juzgar el orbe de la tierra con equidad; y si los montes justos se alegran, los inicuos tiemblen. Pero he aquí que aún no ha venido, ¿qué necesidad hay de temer? Corríjanse, y alégrense. Está en tu poder cómo esperas la venida de Cristo. Por eso difiere en venir, para que cuando venga no te condene. He aquí que aún no ha venido, él está en el cielo, tú en la tierra: él difiere su venida, tú no difieras tu conversión. Su venida es dura para los duros, es suave para los piadosos. Mira, pues, ahora quién eres: si eres duro, puedes suavizarte; si eres piadoso, ya alégrate por su venida. Eres cristiano. Así es, dices. Creo que oras, y dices: Venga tu reino (Mateo VI, 10). Deseas que venga, a quien temes que venga. Corrígete, para que no ores contra ti.

EN EL SALMO XCVIII COMENTARIO.

SERMON A LA PLEBE.

1. Hermanos, debe ser ya conocido por vuestra Caridad, como hijos de la Iglesia, y educados en la escuela de Cristo por todas las Escrituras de nuestros antiguos padres, quienes escribieron las palabras de Dios y las maravillas de Dios, que ellos quisieron aconsejarnos a nosotros, que seríamos en este tiempo ya creyentes en Cristo; quien vino a nosotros en el tiempo oportuno, primero humilde, después vendrá excelso. Primero vino para estar ante el juez: después vendrá como juez para sentarse, para que ante él esté la humanidad según su mérito. Sin embargo, le precedieron muchos pregoneros, como a un gran juez, y aún vendría en humildad. Muchos pregoneros le precedieron aún por nacer de la Virgen María, para ser un niño, y amamantarse; para ser un pequeño, el Verbo de Dios por quien fueron hechas todas las cosas, le precedieron muchos pregoneros, y dijeron de esos tiempos futuros: pero lo dijeron de tal manera que con ciertas figuras de cosas cubrieron sus sentencias, y el mismo velo con el que la verdad estaba cubierta en los Libros antiguos, se quitaría cuando ya la misma verdad surgiera de la tierra. Así se dice en el salmo: La verdad brotó de la tierra, y la justicia miró desde el cielo (Salmo LXXXIV, 12). Ahora, por tanto, toda nuestra intención es, cuando escuchamos el Salmo, cuando el Profeta, cuando la Ley, que todo fue escrito antes de que viniera en carne nuestro Señor Jesucristo, ver a Cristo allí, entender a Cristo allí. Atienda, pues, con nosotros vuestra Caridad a este salmo, y busquemos aquí a Cristo: ciertamente aparecerá a los que lo buscan, quien primero apareció a los que no lo buscaban; y no abandonará a los que lo desean, quien redimió a los que lo descuidaban. He aquí que el Salmo comenzó de él, de él se dice.

2. [vers. 1.] El Señor reinó, enójense los pueblos. Comenzó a reinar nuestro Señor Jesucristo, comenzó a ser predicado, después de que resucitó de entre los muertos y ascendió al cielo, después de que llenó a sus discípulos con la confianza del Espíritu Santo, para que no temieran la muerte, que él ya había matado en sí mismo. Comenzó, pues, a ser predicado el Señor Cristo, para que en él creyeran quienes quisieran tener salvación; y se enojaron los pueblos que adoraban ídolos. Se enojaban quienes adoraban lo que habían hecho, porque se anunciaba a aquel por quien fueron hechos. Ciertamente él se anunciaba a través de sus discípulos, quien quería que se convirtieran a aquel por quien fueron hechos, y se apartaran de lo que ellos mismos habían hecho. Ellos se enojaban por su ídolo contra su Señor, que si se enojaran por su ídolo contra su siervo, serían condenados. Mejor es su siervo que su ídolo: porque su siervo lo hizo Dios, su ídolo lo hizo un artesano. Así se enojaban por su ídolo, que no temían enojarse contra su Señor. Pero que se enojen, fue predicho, no ordenado; en la profecía se dice, El Señor reinó, enójense los pueblos. Hay algo que hacer con los pueblos enojados: que se enojen, y en su ira los mártires sean coronados. ¿Qué hicieron a los

anunciadores de la palabra de verdad, las nubes de Cristo que recorrían el orbe de la tierra y regaban el campo de Dios? ¿Qué hicieron a aquellos que se enojaban, sino que entre sus manos la carne era afligida, y en las manos de Cristo el espíritu era coronado? Ni siquiera la carne que los perseguidores pudieron matar, murió de tal manera que pereciera para siempre: porque tendrá su tiempo en el que también resucitará; porque la resurrección de la carne ya la mostró el Señor en sí mismo. Por eso quiso tomarla de nosotros, para que no pudiéramos desesperar de la nuestra. Por tanto, hermanos, la carne de los siervos que los adoradores de ídolos mataron, resucitará en su tiempo: los ídolos que Cristo rompió, nunca más los hará un artesano. Habéis escuchado, cuando se leía Jeremías antes de la lectura apostólica, si prestasteis atención; visteis allí los tiempos presentes que ahora vivimos. Dijo: Los dioses que no hicieron el cielo y la tierra, perezcan de la tierra y de debajo del cielo (Jeremías X, 11). No dijo, Los dioses que no hicieron el cielo y la tierra, perezcan del cielo y de la tierra; porque nunca estuvieron en el cielo: pero ¿qué dijo? Los dioses que no hicieron el cielo y la tierra, perezcan de la tierra. Como si respondiera a la tierra, y no tuviera que responder del cielo, porque ellos no estuvieron en el cielo: mencionó dos veces la tierra, porque es la que está bajo el cielo. Perezcan de la tierra y de debajo del cielo, de sus templos. Ved si no se está cumpliendo, si no se ha cumplido ya en gran parte: ¿qué ha quedado, o cuánto ha quedado? Más han quedado los ídolos en los corazones de los paganos, que en los lugares de los templos.

3. Por tanto, El Señor reinó, enójense los pueblos. El que se sienta sobre los querubines: se sobreentiende, reinó. Conmueva la tierra. De nuevo dijo, Enójense los pueblos. Porque lo que dijo, El Señor; esto repitió, El que se sienta sobre los querubines: y lo que dijo, reinó, hizo que se sobreentendiera en el otro verso: y lo que dijo, Enójense los pueblos; esto dijo, Conmueva la tierra. ¿Qué son los pueblos, sino tierra? ¿Cuánto puede enojarse la tierra contra aquel que ya está sentado en el cielo? Porque el Señor estuvo también en la tierra, y asumió la tierra en la que estaría en la tierra. Se revistió de carne, y primero quiso sufrir a los pueblos enojados. Para que los siervos de él no temieran la ira de los pueblos, primero quiso sufrirla: y porque la ira de los pueblos era necesaria para sus siervos, para que por esas tribulaciones fueran curados de todos sus pecados, y sanados; el amargo cáliz primero lo bebió el médico, para que no temiera beberlo el enfermo. Por tanto, El Señor reinó, enójense los pueblos: que se enojen los pueblos, porque de su ira Dios hace muchos bienes. Ellos se enojan, y los siervos de Dios son purificados; porque son ejercitados, son coronados. Enójense los pueblos. El que se sienta sobre los querubines reinó; conmueva la tierra. Querubines es el trono de Dios, como enseñan las Escrituras, un cierto trono celestial sublime, que nosotros no vemos; pero la palabra de Dios lo conoce, lo conoce como su trono, y el mismo Verbo de Dios y el Espíritu de Dios dijo a sus siervos dónde se sienta Dios. No porque Dios se siente así, como un hombre: pero si tú quieres que Dios se siente en ti, si eres bueno, serás trono de Dios; así está escrito, Trono de la sabiduría, el alma del justo. Trono, en latín, se dice sede. Porque también el mismo Querubines algunos han interpretado lo que se dice en latín, que conocen esa lengua hebrea; porque en lengua hebrea se dijo Querubines; y dijeron que Querubines significa Plenitud de ciencia. Por tanto, porque Dios supera toda ciencia, se dice que se sienta sobre la plenitud de la ciencia. Que haya en ti, pues, plenitud de ciencia, y serás también tú trono de Dios. Pero tal vez dirás: ¿Y cuándo habrá en mí plenitud de ciencia? y ¿quién puede llegar a tal cumbre para que haya en él plenitud de ciencia? ¿Piensas que Dios quiere que haya en nosotros esa plenitud de ciencia, para que sepamos cuántas son las estrellas, o cuántos son los granos, no digo de arena, sino de trigo, o cuántas frutas cuelgan del árbol? Él lo sabe todo; porque nuestros cabellos están contados por Dios (Mateo X, 30). Pero otra es la plenitud de ciencia que quiso que el hombre conociera; se refiere a la ley de Dios la ciencia que quiso que tuvieras. Y ¿quién puede, tal vez me digas, conocer perfectamente la Ley, para

tener en sí plenitud de ciencia de la Ley, y poder ser trono de Dios? No te turbes; brevemente se te dice qué debes tener, si quieres tener plenitud de ciencia, y ser trono de Dios: dice el Apóstol, Plenitud de la Ley es la caridad (Romanos XIII, 10). ¿Qué, pues, es? Has perdido toda excusa. Interroga tu corazón, ve si tiene caridad. Si hay caridad, hay plenitud de la Ley; ya en ti habita Dios, te has convertido en trono de Dios. Enójense los pueblos; ¿qué harán los pueblos enojados contra ti que te has convertido en trono de Dios? ¿Qué harán contra ti que eres cielo, donde se sienta Dios?

4. [vers. 2.] El Señor es grande en Sion, y excelso sobre todos los pueblos. El Señor es grande y excelso en Sion. He aquí, si te era oscuro, porque se dijo, El que se sienta sobre los querubines, no sabías qué es Querubines; y tal vez te imaginabas en tu mente un cierto trono celestial, inmenso, engastado de gemas, y decías que eso era Querubines, volando con sentido carnal por fantasmas: se te dijo que Querubines es plenitud de ciencia; y se te dijo que plenitud de ciencia, no de cualquier ciencia, sino plenitud de ciencia de la Ley es útil para el hombre; y para que no desesperaras de esa ciencia de la Ley, brevemente se te dijo, Plenitud de la Ley es la caridad. Ten, pues, caridad en Dios y en el prójimo, y serás trono de Dios; pertenecerás a Querubines. Pero si aún no entiendes, escucha lo que sigue: El Señor es grande en Sion. ¿Qué es Sion? Sion sabemos que es la ciudad de Dios. Sion se llamó la ciudad que es Jerusalén; se llamó así por una cierta interpretación, recibiendo el nombre porque Sion se dice Especulación, es decir, visión y contemplación. Porque especular es mirar, o contemplar, o atender para ver. Pero Sion es toda alma, si atiende a ver la luz que debe ser vista. Porque si atiende a la suya, se oscurece: si atiende a la luz de aquel, se ilumina. Pero porque es manifiesto que Sion es la ciudad de Dios; ¿cuál es la ciudad de Dios, sino la santa Iglesia? Porque los hombres que se aman mutuamente, y aman a su Dios que habita en ellos, hacen una ciudad para Dios. Porque una ciudad se mantiene unida por una ley; esa ley de ellos es la caridad; y esa caridad, es Dios: está escrito claramente, Dios es caridad (I Juan IV, 8). Quien, pues, está lleno de caridad, está lleno de Dios; y muchos llenos de caridad, hacen una ciudad para Dios. Esa ciudad de Dios se llama Sion: por tanto, la Iglesia es Sion. En ella es grande Dios. En ella está, y no estará fuera de ti Dios. Cuando, pues, Dios esté en ti, porque te has convertido en parte de Sion, miembro de Sion, ciudadano de Sion, perteneciente a la sociedad del pueblo de Dios; Dios será excelso en ti sobre todos los pueblos, sobre aquellos que se enojan, o sobre aquellos que se enojaban. ¿Pensáis que entonces se enojaban, y ahora no se enojan? Se enojaban entonces: pero porque eran más, se enojaban abiertamente; ahora porque se han hecho pocos, se enojan ocultamente. Por ahora se ha roto la audacia; se acabará también la ira.

5. ¿Pensáis, hermanos, que aquellos cuyos instrumentos resonaban ayer, no se enojan por nuestros ayunos? No nos enojemos con ellos, sino ayunemos por ellos. Pues nuestro Señor Dios, que habita en nosotros, nos mandó que oremos por nuestros enemigos, oremos por quienes nos persiguen (Mat. V, 44): y cuando la Iglesia hace esto, los perseguidores casi han terminado. Pues fue escuchada cuando lo hizo, y es escuchada cuando lo hace: prevalecían por su maldad, terminaron por su bondad. ¿Queréis saber cómo terminaron? Fueron consumidos por la Iglesia. Los buscas en sí mismos y no los encuentras; búscalos en aquella que los consumió, y se encuentran en sus entrañas. Pues al pasar a la Iglesia, se hicieron cristianos; los perseguidores perecieron, los predicadores crecieron. Por eso, durante sus días festivos, porque vemos a aquellos que quedaron, aún enloquecer en sus malas y perversas voluptuosidades, rogamos a Dios por ellos, para que quienes escuchan con deleite el órgano, escuchen con mayor deleite la voz de Dios. Pues no es que lo que suena sin razón deleite el oído, y la palabra de Dios no deleite el corazón. Pero por eso oramos por ellos, cuando en sus días festivos no ayunamos, para que se conviertan en espectáculo para sí mismos. Pues

cuando se vean, se disgustarán consigo mismos; pero no se disgustan consigo mismos porque no se atienden. El ebrio no se disgusta consigo mismo, pero sí con el sobrio. Da al hombre que ya se deleita en Dios, vive con gravedad, suspira por aquella paz eterna que Dios le prometió; y verás que cuando mire al hombre que danza al son del órgano, le duele más verlo enloquecer que a un frenético febril. Por tanto, si conocemos sus males, porque de esos mismos males fuimos liberados, dolámonos por ellos; y si nos dolemos por ellos, oremos por ellos; y para ser escuchados, ayunemos por ellos. Pues no celebramos nuestros ayunos durante sus días festivos. Nuestros ayunos son otros, que celebramos durante los días de la futura Pascua, y otros que son solemnes para nosotros en Cristo: pero durante estos días ayunamos para que cuando ellos se alegren, nosotros gemamos por ellos. Pues su alegría nos recuerda nuestro dolor, y nos hace recordar cuán miserables son aún. Pero porque vemos a muchos liberados de allí, donde también estuvimos, no debemos desesperar de ellos. Y si aún se enojan, oremos; y si aún se conmueve la parte de la tierra que quedó, permanezcamos en gemido por ellos, para que Dios les conceda entendimiento, y con nosotros escuchen estas voces, de las cuales ahora nos alegramos. El Señor es grande en Sion, y excelso sobre todos los pueblos.

6. [vers. 3, 4.] Confiesen tu gran nombre. Todos los pueblos, sobre los cuales eres grande en Sion, ya confiesen tu gran nombre. Tu nombre fue pequeño cuando se enojaban: se ha hecho grande; ya confiesen. ¿Cómo decimos que el nombre de Cristo fue pequeño, antes de que Cristo fuera claramente difundido? Porque su nombre se dice su fama. Era un nombre pequeño; ahora ya es un nombre grande. ¿Qué nación no ha oído el nombre de Cristo? Ya entonces confiesen los pueblos a tu gran nombre, que antes se enojaban con tu pequeño nombre: Confiesen tu gran nombre. ¿Por qué confiesen? Porque es terrible y santo. Tu nombre mismo es terrible y santo. Así se predica al crucificado, así se predica al humillado, así se predica al juzgado, para que venga y sea excelso, venga vivo, venga con poder a juzgar. Ahora perdona a los pueblos blasfemos, porque la paciencia de Dios lleva al arrepentimiento (Rom. II, 4). Pues quien ahora perdona, no siempre ha de perdonar; ni quien ahora se predica para ser temido, no ha de venir para juzgar. Vendrá, hermanos míos, vendrá: temámosle, y vivamos de tal manera que seamos hallados a su derecha. Pues vendrá, y juzgará, para poner a unos a la izquierda, a otros a la derecha (Mat. XXV, 31-33). Y no lo hace de cualquier manera, para que se equivoque en los hombres, de modo que quien debe ser puesto a la derecha, sea puesto a la izquierda; o quien debe estar a la izquierda, errando Dios, sea puesto a la derecha: no puede errar, para poner allí al malo, donde debe poner al bueno; ni pondrá allí al bueno, donde debe poner al malo. Si no puede errar, nosotros erramos si no tememos; pero si tememos ahora, entonces no tendremos qué temer. Porque es terrible y santo; y el honor del rey ama el juicio. Así pues, teman los pueblos, para que se corrijan: no como presumiendo mucho de su misericordia, se abandonen y vivan mal; pues ama la misericordia, pero también ama el juicio. ¿Cuál es la misericordia? Que ahora te predique la verdad, que ahora clame a ti para que te conviertas. ¿Es poca misericordia que hayas vivido en malas obras, y aún no te haya quitado cuando pecabas, para que creyendo te perdonara tus pecados? ¿Es poca misericordia? ¿Piensas que siempre será misericordia, para que no castigue a nadie? No lo pienses así. Su nombre es terrible y santo; y el honor del rey ama el juicio. Pues el juicio es injusto, y no es juicio en absoluto, a menos que se devuelvan a cada uno sus méritos, según lo que haya hecho en el cuerpo, sea bueno o malo (II Cor. V, 10): y el honor del rey ama el juicio. Por tanto, temamos, por tanto, hagamos justicia, por tanto, hagamos equidad.

7. Pero, ¿quién hace equidad? ¿Quién hace justicia? ¿El hombre pecador, el hombre injusto, el hombre perverso, el hombre apartado de la luz de la verdad? ¿Qué debe hacer el hombre? Convertirse solamente a Dios, para que Él forme en él la equidad, que él mismo no puede

formar, sino deformar. El hombre es capaz de herirse; ¿acaso es capaz de sanarse? Cuando quiere, enferma, no cuando quiere se levanta. Si quiere, viva intemperantemente ya sea en frío o en calor; enferma el día que quiera: pero cuando viviendo intemperantemente comienza a enfermar, levántese cuando quiera; quien yacía cuando quiso, levántese, si puede, cuando quiera. Para yacer enfermo, tuvo su intemperancia necesaria: pero para levantarse, tiene necesaria la medicina del artífice. Así pues, para pecar el hombre, él mismo se basta para pecar: para ser justificado, no se basta a sí mismo, a menos que sea justificado por aquel que solo es justo. Para que entonces los hombres se entreguen a Él para ser formados en justicia, cuando el salmo aterrorizó a los pueblos, y dijo, Confiesen tu gran nombre, porque es terrible y santo; y el honor del rey ama el juicio; como buscando ya a los pueblos aterrorizados cómo deben vivir justamente, porque en sí mismos no pueden tener justicia, les recomendó también al formador de su justicia, y siguió diciendo: Tú preparaste la equidad; juicio y justicia en Jacob tú hiciste. Pues debemos también nosotros tener juicio, debemos tener justicia; pero Él en nosotros hace juicio y justicia, quien nos hizo en quienes hacer. ¿Cómo debemos también nosotros tener juicio y justicia? Tienes juicio, cuando disciernes el mal del bien; justicia, cuando sigues el bien, y te apartas del mal. Discerniendo, tienes juicio; haciendo, tienes justicia. Apártate del mal, dice, y haz el bien; busca la paz, y síguela (Sal. XXXIII, 15). Primero debes tener juicio, y después justicia. ¿Qué juicio? Para que primero juzgues qué es malo, y qué es bueno. ¿Y qué justicia? Te apartas del mal, y haces el bien. Pero esto no lo tendrás de ti; porque mira lo que dijo: Juicio y justicia en Jacob tú hiciste.

8. [vers. 5.] Exaltad al Señor nuestro Dios. Verdaderamente exaltad, bien exaltad. Alabémosle, exaltemos a aquel que hizo la misma justicia que tenemos; Él la hizo en nosotros. Pues, ¿quién hizo en nosotros la justicia, sino quien nos justificó? De Cristo se dijo, Quien justifica al impío (Rom. IV, 5). Nosotros, pues, impíos, Él justificador, cuando incluso la misma justicia Él la hizo en nosotros para que le agrademos, para que nos ponga a la derecha, y no a la izquierda: para que diga a los puestos a la derecha, Venid, benditos de mi Padre, recibid el reino que os está preparado desde el origen del mundo; y no nos ponga a la izquierda, entre aquellos a quienes dirá, Id al fuego eterno, que está preparado para el diablo y sus ángeles (Mat. XXV, 34, 41). Quien en nosotros coronará no nuestros méritos, sino sus dones, ¿cuánto debe ser exaltado? Exaltad al Señor nuestro Dios.

9. Y adorad el escabel de sus pies, porque santo es. ¿Qué debemos adorar? El escabel de sus pies. Se dice escabel al supedáneo. Lo que los griegos llaman ὑποπόδιον, los latinos dijeron scabellum; y otros dijeron, supedáneo. Pero ved, hermanos, qué nos manda adorar. En otro lugar de las Escrituras se dice: El cielo es mi trono, y la tierra el escabel de mis pies (Isai. LXVI, 1). ¿Nos manda entonces adorar la tierra, porque dijo en otro lugar que es el escabel de los pies de Dios? ¿Y cómo adoraremos la tierra, cuando la Escritura dice claramente: Al Señor tu Dios adorarás (Deut. VI, 13)? Y aquí dice, Adorad el escabel de sus pies; pero explicándome qué es el escabel de sus pies, dice, La tierra es el escabel de mis pies. Me encuentro en una encrucijada: temo adorar la tierra, no sea que me condene quien hizo el cielo y la tierra; de nuevo temo no adorar el escabel de los pies de mi Señor, porque el Salmo me dice, Adorad el escabel de sus pies. Busco qué es el escabel de sus pies; y la Escritura me dice: La tierra es el escabel de mis pies. Fluctuando, me vuelvo a Cristo, porque a Él busco aquí; y encuentro cómo sin impiedad se adora la tierra, sin impiedad se adora el escabel de sus pies. Pues tomó de la tierra tierra; porque la carne es de la tierra, y de la carne de María tomó carne. Y porque en esa carne aquí caminó, y esa misma carne nos la dio para comer para salvación; nadie come esa carne, si no la ha adorado primero: se ha encontrado cómo se adora tal escabel de los pies del Señor, y no solo no pecamos adorando, sino que pecamos no adorando. ¿Acaso la carne vivifica? El mismo Señor dijo, cuando hablaba de la misma

recomendación de esa tierra: El espíritu es el que vivifica; la carne para nada aprovecha. Por eso, cuando te inclinas y postras ante cualquier tierra, no mires como a tierra, sino a aquel Santo cuyo escabel de pies es lo que adoras; pues por Él adoras: por eso aquí añadió, Adorad el escabel de sus pies, porque santo es. ¿Quién es santo? En cuyo honor adoras el escabel de sus pies. Y cuando le adoras, no te quedes en la carne con el pensamiento, y no seas vivificado por el espíritu: Pues el espíritu es el que vivifica; la carne para nada aprovecha. Entonces, cuando el Señor recomendó esto, hablaba de su carne, y dijo: Si no coméis mi carne, no tendréis en vosotros vida eterna. Se escandalizaron algunos de sus discípulos, unos setenta aproximadamente, y dijeron: Duro es este discurso; ¿quién puede entenderlo? Y se apartaron de Él, y ya no andaban con Él. Les pareció duro lo que dijo, Si no coméis mi carne, no tendréis vida eterna: lo tomaron neciamente, lo pensaron carnalmente, y pensaron que el Señor iba a cortarles algunas partes de su cuerpo, y dijeron, Duro es este discurso. Ellos eran duros, no el discurso. Pues si no fueran duros, sino mansos, se dirían a sí mismos: No lo dice sin razón, sino porque hay algún sacramento oculto. Permanecerían con Él mansos, no duros; y aprenderían de Él, lo que, al irse ellos, los que quedaron aprendieron. Pues cuando quedaron con Él los doce discípulos, al irse aquellos, le sugirieron a Él, como dolidos por su muerte, que se escandalizaron en su palabra y se apartaron. Pero Él los instruyó, y les dijo: El espíritu es el que vivifica; la carne para nada aprovecha: las palabras que os he hablado, son espíritu y vida (Juan VI, 54-64). Entended espiritualmente lo que he dicho: no comeréis este cuerpo que veis, ni beberéis esa sangre, que derramarán quienes me crucifiquen. Os he recomendado algún sacramento; entendido espiritualmente os vivificará. Aunque es necesario celebrarlo visiblemente, es necesario entenderlo invisiblemente. Exaltad al Señor nuestro Dios, y adorad el escabel de sus pies, porque santo es.

10. [vers. 6-8.] Moisés y Aarón entre sus sacerdotes, y Samuel entre los que invocan su nombre. Invocaban al Señor, y Él los escuchaba; en columna de nube les hablaba. Estos antiguos Moisés y Aarón y Samuel, siervos de Dios, grandes entre los antiguos. Sabéis que Moisés sacó con el poder de Dios al pueblo de Israel de Egipto por el Mar Rojo; y lo condujo en el desierto; y cuántos milagros hizo Dios en aquel tiempo por mano de Moisés, lo saben todos los que escuchan con gusto estas Escrituras en la Iglesia, o las leen por sí mismos, o de cualquier modo las han aprendido. Aarón fue su hermano, a quien también ordenó sacerdote. Y allí ciertamente no se ve que sea sacerdote, sino Aarón. Pues abiertamente en aquellas Escrituras se nombra a Aarón como sacerdote de Dios (Éxodo XXVIII, 1, etc.): de Moisés no se dice allí que fuera sacerdote. Pero si no lo era, ¿qué era? ¿Acaso podía ser mayor que el sacerdote? El salmo expresa que también él era sacerdote: Moisés, y Aarón entre sus sacerdotes. Por tanto, eran sacerdotes del Señor. Samuel después ya se lee en el libro de los Reyes: este es Samuel en tiempos de David; pues él ungió al santo David. Samuel desde el principio de su edad creció en el templo. Su madre fue estéril: queriendo tener un hijo, oró al Señor con gran gemido, y pidiendo que Dios le diera un hijo, mostró que no quería tenerlo carnalmente, a quien nacido le dio, quien quiso que fuera. Pues lo prometió al Señor Dios, y dijo, Si me nace un varón, servirá en tu templo: y así lo hizo. Nació el santo Samuel, estuvo con su madre en el tiempo de la lactancia; tan pronto como lo destetó, lo dio al templo, para que allí creciera, allí se fortaleciera en el espíritu, allí sirviera a Dios: se hizo un gran sacerdote, un sacerdote santo en aquel tiempo (I Sam. I, etc.). Los menciona a ellos, y por ellos quiere que entendamos a todos los santos. ¿Por qué los nombró aquí? Porque dijimos que aquí debemos entender a Cristo. Preste atención vuestra Santidad. Dijo antes, Exaltad al Señor nuestro Dios, y adorad el escabel de sus pies, porque santo es: recomendando a alguien, es decir, a nuestro Señor Jesucristo, cuyo escabel de pies debe ser adorado, porque asumió carne, en la cual apareciera al género humano; y queriendo mostrarnos que también los antiguos padres lo predicaron, porque Él es el verdadero sacerdote nuestro Señor

Jesucristo, los mencionó a ellos, porque en columna de nube les hablaba Dios. ¿Qué es, en columna de nube? Hablaba por figuras. Pues si en una pequeña nube hablaba; aquellas palabras oscuras prefiguraban a alguien manifiesto. Pero ese alguien, ya no es alguien desconocido; porque es conocido por nosotros, nuestro Señor Jesucristo. «Moisés y Aarón entre sus sacerdotes, y Samuel entre los que invocan su nombre. Invocaban al Señor, y Él los escuchaba; en columna de nube les hablaba.» Quien primero hablaba en columna de nube, Él mismo nos habló en el escabel de sus pies; es decir, en la tierra asumida en carne, de donde adoramos el escabel de sus pies, porque santo es. Él mismo hablaba desde la nube lo que entonces no se entendía; habló en el escabel de sus pies, y se entendieron las palabras de su nube. En columna de nube les hablaba.

11. Atendamos, pues, hermanos: ved a quiénes y qué santos ha nombrado. «Guardaban sus testimonios, y sus preceptos que les dio.» Guardaban ciertamente, prestad atención. «Guardaban sus testimonios, y sus preceptos que les dio.» Esto dice, y no se puede negar. ¿No tenían nada de pecado? ¿Cómo? Cuando guardaban sus preceptos, guardaban sus testimonios. Ved cómo quiere formarnos, para que no presumamos de una justicia perfecta. He aquí Moisés y Aarón entre sus sacerdotes, y Samuel entre los que invocan su nombre, a quienes desde la columna de nube hablaba, tan abiertamente los escuchaba, quienes guardaban sus testimonios y preceptos que les dio. Señor, dice, Dios nuestro, tú los escuchaste; Dios, tú fuiste propicio a ellos. Propicio no se dice Dios, sino a los pecados: cuando da perdón, entonces se dice propicio. ¿Y qué tenía en ellos que vengar, para ser propicio perdonando? Era propicio perdonando pecados, era propicio también vengando. Pues ¿qué sigue? Tú fuiste propicio a ellos, y vengador en todas sus acciones. Aun vengando fuiste propicio: no solo perdonando pecados, sino también vengando fuiste propicio. Ved, hermanos míos, qué ha recomendado aquí; prestad atención. A aquel Dios se enoja, a quien pecando no castiga: pues a quien verdaderamente es propicio, no solo le perdona los pecados, para que no dañen en el siglo futuro; sino que también lo castiga, para que no siempre le deleite pecar.

12. Actuad, hermanos; si buscamos cómo se hizo justicia en ellos, el Señor estará presente para que lo diga. Busquemos a estas tres personas, Moisés, Aarón y Samuel, y cómo se hizo justicia en ellos, porque dijo: "Haciendo justicia en todas sus afecciones"; ciertamente refiriéndose a esas afecciones que el Señor conocía en sus corazones, las cuales los hombres no conocían. De hecho, se comportaban sin reproche humano en medio del pueblo de Dios. Pero, ¿qué decimos? ¿Que Moisés tuvo una primera vida quizás pecaminosa? Pues incluso después de haber matado a un hombre, huyó de Egipto (Éxodo II, 12, 15). Aarón también tuvo una primera vida que desagradó a Dios. Pues permitió al pueblo enloquecido y furioso hacer un ídolo, y el pueblo de Dios tuvo un ídolo que adoró (Éxodo XXXII, 1-4). ¿Qué hizo Samuel, dado al templo desde niño? Pasó todas sus edades entre los santos sacramentos de Dios, desde su temprana edad como siervo de Dios. Nunca se dijo nada de Samuel, nada por parte de los hombres. Quizás Dios conocía allí algo que purificar; porque lo que ya parece perfecto a los hombres, aún es imperfecto para esa perfección. Muchos artesanos hacen cosas y las muestran a los inexpertos; y cuando los inexpertos ya han juzgado que están perfectas, los artesanos las pulen, quienes saben lo que aún les falta, para que los hombres se asombren de tal pulido en cosas que ya habían declarado perfectas. Esto sucede en edificios, pinturas, vestimentas y casi en todo tipo de artes. Primero juzgan que ya está casi perfecto, para que sus ojos no deseen más: pero una cosa juzga el ojo inexperto, otra cosa juzga la regla del arte. Así también esos santos se comportaban ante los ojos de Dios, como sin culpa, como perfectos, como ángeles: pero Él sabía lo que les faltaba, quien hacía justicia en todas sus afecciones. Sin embargo, hacía justicia no con ira, sino con misericordia: hacía justicia para

perfeccionar lo comenzado, no para condenar lo desechado. Dios, por tanto, hacía justicia en todas sus afecciones. ¿Cómo hizo justicia en Samuel? ¿Dónde está esa justicia? Esto lo digo para que los cristianos, que ya aquí han conocido a Cristo, a quienes vino en el escabel de sus pies, a quienes amó tanto, por quienes derramó su sangre; sepan cómo son castigados, cuando han progresado mucho. Buscamos justicia en Moisés; casi no tiene ninguna, excepto que al final Dios le dijo: "Sube al monte y muere". Le dijo al anciano: "Muere"; ya había completado sus edades: ¿acaso nunca iba a morir? ¿Qué clase de justicia es esa? Mostró allí su justicia, al decirle: "No entrarás en la tierra de la promesa" (Deuteronomio XXXII, 49, 52), ¿a dónde iba a entrar el pueblo? Moisés representaba una figura de algunos. Pues quien ha entrado en el reino de los cielos, ¿era un gran castigo para él no llegar a esa tierra, que fue prometida por un tiempo, para mostrar una sombra y pasar? ¿No entraron muchos infieles en esa tierra? ¿No hicieron muchas maldades viviendo en esa tierra, y ofendieron a Dios? ¿No siguieron incluso la idolatría en esa tierra? ¿Era un gran castigo no haber dado esa tierra a Moisés? Pero Moisés quiso representar la figura de aquellos que estaban bajo la Ley, porque por Moisés fue dada la Ley: y mostró que aquellos que quisieran estar bajo la Ley, y no quisieran estar bajo la gracia, no entrarían en la tierra de la promesa. Por lo tanto, lo que se dijo a Moisés era una figura, no un castigo. ¿Qué castigo es la muerte para un anciano? ¿Qué castigo es no entrar en esa tierra, donde entraron los indignos? ¿Y qué se dijo de Aarón? También él murió anciano, sus hijos le sucedieron en el sacerdocio; su hijo después administró el sacerdocio (Números XX, 24-28; y XXXIII, 38): ¿cómo se hizo justicia en él? Samuel, también un santo anciano, murió, dejando a sus hijos como sus sucesores (I Samuel VIII, 1; y XXV, 1). ¿Qué es lo que se hizo justicia en ellos, busco, y según los hombres no lo encuentro: pero según lo que sé que sufren los siervos de Dios, diariamente se hacía justicia en ellos. Lean y vean las justicias, y quienes progresan soporten las justicias. Diariamente sufrían a los pueblos que contradecían, diariamente sufrían a los que vivían injustamente; y se veían obligados a vivir entre aquellos cuya vida diariamente reprendían. Esta era la justicia. Aún no progresa quien la considera pequeña. Tanto te atormenta la injusticia ajena, cuanto te has alejado de la tuya. Pues cuando seas trigo, es decir, buena hierba de buena semilla, hijo del reino, cuando comiences a dar fruto, entonces te aparecerán las cizañas: pues cuando creció la hierba y dio fruto, entonces aparecieron las cizañas. Cuando comiencen a aparecer las cizañas, verás que estás entre los malos. Quieres como separar de ti a los malos, y separar de la Iglesia a todos los malos; te responderá la sentencia del Señor: "Dejad crecer juntos lo uno y lo otro hasta la siega, no sea que al querer arrancar las cizañas, arranquéis también el trigo" (Mateo XIII, 26-29). Por la sentencia del Señor será necesario perdonar a las cizañas, por la condición del siervo será necesario vivir entre las cizañas: no puedes separarlas, es necesario que las toleres. Mira cuántas heridas sufres en el corazón, tú que con el cuerpo intacto te mueves entre los malos. Lo probaréis todos los que progreséis, lo probáis los que ya habéis progresado. Por lo tanto, estas cosas deben ser toleradas; y tal vez esto se refiere a aquello: "El siervo que conoce la voluntad de su señor, y no hace lo que es digno, será azotado con muchos azotes" (Lucas XII, 47, 48). Pues en muchas cosas, en cuanto se nos da a conocer la voluntad de Dios, también se nos da a conocer nuestra culpa; y cuanto más se nos da a conocer, tanto más vamos en llanto y lágrimas. Pues vemos cuán justo es lo que Dios exige de nosotros, en cuánta imperfección aún yacemos; y se cumple en nosotros lo que se ha dicho: "Quien añade conocimiento, añade dolor" (Eclesiastés I, 18). Mira, abunda en ti la caridad, más dolerás por el que peca. Cuanto mayor es la caridad en ti, tanto más te atormentará a quien toleras: no te atormentará como si estuvieras enojado con él, sino como si dolieras por él.

13. Mira al apóstol Pablo, lo que sufría; mira quién sufría qué: "Además de las cosas que son externas" (dijo muchas cosas que sufría, y comenzó a decir las internas, además de las que

eran externas, que sufría de los malos perseguidores de Cristo), "la preocupación diaria por todas las Iglesias". Y mira qué clase de preocupación, cuán paternal, cuán maternal; mira cómo era azotado, para que se hiciera justicia en todas sus afecciones: diremos también las afecciones de él, en las que Dios hacía justicia. "¿Quién se enferma", dice, "y yo no me enfermo? ¿Quién se escandaliza, y yo no me quemo?" (II Corintios XI, 28, 29). Cuanto mayor es la caridad, tanto mayores son las heridas por los pecados ajenos. Él había recibido también un aguijón en la carne, un ángel de Satanás, que lo abofeteaba. Mira cómo Dios era misericordioso, haciendo justicia en todas sus afecciones. ¿Cuáles son las afecciones en las que así hacía justicia? Él mismo lo explicó, él mismo lo dijo: "Para que no me ensoberbezca por la grandeza de las revelaciones, se me dio un aguijón en mi carne, un ángel de Satanás, que me abofetee". Tan perfecto era, que sin embargo había que temer que se ensoberbeciera: pues Dios no pondría un remedio donde no hubiera herida. Y rogó que se quitara; ese enfermo rogó que se quitara el remedio: "Por lo cual tres veces rogué al Señor", dice, "que lo quitara de mí", es decir, el aguijón de la carne por el que era abofeteado, quizás algún dolor del cuerpo: "rogué", dice, "que lo quitara de mí; y me dijo: 'Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad'" (II Corintios XII, 7-9). Yo sé a quién curo; no me dé consejo quien está enfermo. Como un emplasto mordaz te quema, pero te sana. Ruega al médico que quite el emplasto; y no lo quita, sino cuando ha sanado lo que había puesto. El poder se perfecciona en la debilidad. Por lo tanto, hermanos, cualquiera que progrese en Cristo, no piense que estará sin castigo: porque por mucho que progresemos, Él conoce nuestros pecados; a veces también nos los muestra, y vemos también nuestros pecados. Y cuando comenzamos a movernos entre tales hombres, para que ya los hombres no encuentren qué reprochar en nosotros; Él aún reprende, quien todo lo sabe, y hace justicia en todas las afecciones, porque es misericordioso con nosotros. Pues si no hace justicia, y nos abandona, perecemos. Dios, tú fuiste misericordioso con ellos, y haciendo justicia en todas sus afecciones.

14. [vers. 9.] Exaltad al Señor nuestro Dios. Nuevamente lo exaltamos: quien es bueno incluso cuando hiere, ¿cómo ha de ser alabado, cómo ha de ser exaltado? ¿Puedes hacer esto por tu hijo, y Dios no puede? Pues no eres bueno cuando acaricias a tu hijo, y malo cuando lo castigas. Y cuando lo acaricias, eres padre; y cuando lo castigas, eres padre: por eso lo acaricias, para que no desfallezca; por eso lo castigas, para que no perezca. Exaltad al Señor nuestro Dios, y adorad en su monte santo: porque santo es el Señor nuestro Dios. Como antes dijo: "Exaltad al Señor nuestro Dios, y adorad el escabel de sus pies"; entendimos qué significa adorar el escabel de sus pies: así también ahora, después de la exaltación del Señor nuestro Dios, para que nadie lo exalte fuera de su monte, recomendó también su monte. ¿Cuál es su monte? Leemos en otro lugar sobre este monte que una piedra fue cortada del monte sin manos, y rompió todos los reinos de la tierra, y esa piedra creció. Esta es la visión de Daniel que narro. Esa piedra que fue cortada del monte sin manos, creció y se convirtió, dice, en un gran monte, de modo que llenó toda la faz de la tierra (Daniel II, 34, 35). En ese gran monte adoremos, si queremos ser escuchados. Los herejes no adoran en este monte; porque este monte ha llenado toda la faz de la tierra: se han quedado en una parte, y han perdido el todo. Si reconocen la Iglesia católica, adorarán en este monte con nosotros. Pues esa piedra que fue cortada del monte sin manos, ya vemos cuánto ha crecido, y cuántas regiones de la tierra ha ocupado, y hasta qué naciones ha llegado. ¿Qué es el monte del que fue cortada la piedra sin manos? El reino de los judíos: primero porque adoraban a un solo Dios. De allí fue cortada la piedra, nuestro Señor Jesucristo. Él fue llamado, "La piedra que desecharon los edificadores, ha venido a ser la cabeza del ángulo" (Salmo CXVII, 22; Hechos IV, 11). Esa piedra cortada del monte sin manos, rompió todos los reinos de la tierra: vemos rotos por esa piedra todos los reinos de la tierra. ¿Cuáles eran los reinos de la tierra? Los reinos de los ídolos, los reinos

de los demonios fueron rotos. Saturno reinaba en muchos hombres: ¿dónde está su reino? Mercurio reinaba en muchos hombres: ¿dónde está su reino? Fue roto, fueron reducidos al reino de Cristo, en quienes él reinaba. ¡Qué reino tenía Coelestis en Cartago! ¿Dónde está ahora el reino de Coelestis? Esa piedra rompió todos los reinos de la tierra, la piedra cortada del monte sin manos. ¿Qué significa, cortada del monte sin manos? Nacido de la gente de los judíos sin obra de hombres. Pues todos los que nacen, nacen de la obra marital; él nació de una virgen, sin manos nació; pues por manos se significa la obra humana: donde no llegaron manos humanas, donde no hubo abrazo marital, sin embargo hubo fruto. Nació, pues, del monte sin manos esa piedra: creció, y creciendo rompió todos los reinos de la tierra. Pero se convirtió en un gran monte, y llenó toda la faz de la tierra. Esta es la Iglesia católica, con la que os alegráis de comunicar. Pero aquellos que no comunican con ella, porque adoran y alaban a Dios fuera de ese monte, no son escuchados para la vida eterna; aunque sean escuchados para algunas cosas temporales. No se engañen, pues, porque Dios los escucha en algunas cosas: pues también escucha a los paganos en algunas cosas. ¿No claman los paganos a Dios, y llueve? ¿Por qué? Porque hace salir su sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos e injustos (Mateo V, 45). No te gloríes, pues, pagano, porque al clamar tú a Dios, Dios hace llover, quien hace llover sobre justos e injustos. Te escuchó para cosas temporales; no te escucha para las eternas, a menos que adores en su monte santo. Adorad al Señor en su monte santo, porque santo es el Señor nuestro Dios.

15. Estas cosas del Salmo sean suficientes para vuestra Caridad; cuanto el Señor ha dado, hemos hablado. Y cualquier cosa que hablemos en nombre de Dios, puesto que es de Dios quien habla a través de nosotros, es lluvia de Dios: ved vosotros qué tipo de tierra sois. Pues cuando la lluvia cae sobre la tierra, si la tierra es buena, produce buenos frutos; si la tierra es mala, produce espinas: sin embargo, la lluvia es dulce tanto sobre los frutos como sobre las espinas. Quien, habiendo escuchado estas palabras, se haga peor, y produzca espinas de la lluvia, espere el fuego, no acuse a la lluvia: quien, sin embargo, se haga mejor, y produzca frutos de buena tierra, espere el granero, alabe la lluvia. ¿O qué son las nubes, o qué es la lluvia, sino la misericordia de Dios, haciendo todo alrededor de aquellos a quienes ama, y a quienes ha dado para que sean amados por Él?

EN EL SALMO XCIX COMENTARIO.

SERMON A LA GENTE.

1. El Salmo, hermanos, lo habéis escuchado cuando se cantaba; es breve, y no oscuro: como si diera seguridad, para que no temáis el trabajo. Veamos, sin embargo, con más atención, y cuanto más libremente, tanto más diligentemente, qué quieren decir esas mismas cosas que suenan claramente, para que, cuanto el Señor se digne dar, se entiendan espiritualmente. La voz de Dios sonando por cualquier órgano, sin embargo, es la voz de Dios; pues no deleita sus oídos, sino su voz: pues también nosotros cuando hablamos, lo deleitamos cuando Él habla de nosotros.

2. [vers. 1.] Salmo en confesión: así se inscribe, este es su título, Salmo en confesión. Son pocos versos, llenos de grandes cosas: que las semillas den fruto en vuestros corazones, para que se prepare el granero para la cosecha del Señor. Este Salmo en confesión nos ordena, nos exhorta a que jubilemos a Dios. Ni exhorta como a algún rincón de la tierra, o a alguna habitación o congregación de hombres; sino porque sabe que ha sembrado bendición en todas partes, exige júbilo de todas partes.

3. [vers. 2.] Jubilad, pues, al Señor, toda la tierra. ¿Acaso ahora mi voz la escucha toda la tierra? Y sin embargo, toda la tierra ha escuchado esta voz. Ya toda la tierra jubila al Señor; y la que aún no jubila, jubilará. Pues extendiéndose la bendición, comenzando la Iglesia desde Jerusalén por todas las naciones (Lucas XXIV, 47), derriba la impiedad en todas partes, construye la piedad en todas partes: y están mezclados buenos y malos, y malos por toda la tierra, y buenos por toda la tierra. En los malos murmura toda la tierra, en los buenos jubila toda la tierra. ¿Qué es, pues, jubilar? Pues mucho nos hace atentos a esta palabra el título del presente Salmo, porque se inscribe, En confesión. ¿Qué es, en confesión jubilar? Hay una sentencia de otro Salmo que dice: "Bienaventurado el pueblo que entiende el júbilo" (Salmo LXXXVIII, 16): ciertamente es algo grande, lo que entendido hace bienaventurados. El Señor, pues, nuestro Dios, quien hace bienaventurados a los hombres, me dé entender lo que digo, os dé entender lo que escucháis: "Bienaventurado el pueblo que entiende el júbilo". Corramos, pues, hacia esta bienaventuranza, entendamos el júbilo, no lo emitamos sin entendimiento. ¿Qué necesidad hay de jubilar y obedecer a este Salmo que dice: "Jubilad a Dios, toda la tierra", y no entender el júbilo, para que solo nuestra voz jubile, y no jubile el corazón? Pues el sonido del corazón es el entendimiento.

4. Lo que sabéis voy a decir. Quien jubila, no dice palabras, sino que es un sonido de alegría sin palabras: es la voz del alma difundida en alegría, expresando el afecto tanto como puede, no el sentido comprensible. Un hombre gozoso en su exultación, de algunas palabras que no pueden decirse y entenderse, estalla en una voz de exultación sin palabras; de modo que aparece que se alegra con esa voz, pero como lleno de demasiado gozo, no puede explicar con palabras lo que se alegra: Observad esto en aquellos que cantan incluso no honestamente. Pues no será tal nuestra jubilación, como la de ellos; nosotros debemos jubilar en justificación, ellos jubilan en iniquidad: así que nosotros en confesión, ellos en confusión. Sin embargo, para que entendáis lo que digo, o más bien recordéis algo conocido, principalmente jubilan quienes trabajan en los campos; los segadores, o los vendimiadores, o quienes cosechan frutos, y en la misma fecundidad de la tierra y fertilidad se alegran, cantan exultando; e intercalan entre los cánticos que expresan con palabras, algunas voces sin palabras en la elevación del alma exultante, y esto se llama jubilación. Si alguien quizás no lo reconoce porque nunca lo ha advertido, que lo advierta de ahora en adelante. Y ojalá no encuentre a quienes advertir, para que Dios no encuentre a quienes destruir. Pero sin embargo, porque no cesan de nacer espinas, en los que exultan mal, advirtamos la jubilación que debe ser reprobada, y ofrezcamos a Dios la jubilación que debe ser coronada.

5. ¿Cuándo entonces jubilamos? Cuando alabamos lo que no se puede decir. Observamos toda la creación, la tierra y el mar, y el cielo, y todo lo que hay en ellos: observamos que cada cosa tiene sus orígenes y causas, la fuerza de las semillas, el orden de nacer, el modo de permanecer, el fin de desaparecer, el transcurrir de los siglos sin perturbación alguna, las estrellas girando de alguna manera de oriente a occidente, cumpliendo los ciclos de los años, vemos las dimensiones de los meses, las distensiones de las horas; y en todas estas cosas hay algo invisible, que se llama espíritu o alma, presente en todos los seres animados para buscar el placer y evitar el dolor, para conservar su integridad, una huella de unidad; también hay en el hombre algo común con los Ángeles de Dios; no con los animales, como es vivir, oír, ver, y otras cosas, sino que entiende a Dios, lo que pertenece propiamente a la mente, que así como el ojo distingue el blanco y el negro, así distingue la equidad de la iniquidad. En toda esta consideración de la creación, que hemos podido nombrar y recorrer de alguna manera, el alma se pregunta: ¿Quién hizo todas estas cosas? ¿quién las creó? ¿quién te creó a ti misma? ¿Qué son estas cosas que consideras? ¿qué eres tú que consideras? ¿Quién es aquel que hizo las cosas a considerar y al que considera? ¿quién es este? Nómbralo; para nombrarlo,

piénsalo. Pues puedes pensar algo, y tal vez no puedas decirlo; de ninguna manera podrás decir lo que no has podido pensar. Por lo tanto, piénsalo antes de decirlo; para pensarlo, acércate a él. Pues lo que deseas ver bien, para tener de qué hablar, te acercas para observar, no sea que al verlo de lejos te equivoques. Pero así como estas cosas corporales se ven con los ojos, así él se contempla con la mente, se atiende y se ve con el corazón. ¿Y dónde está el corazón desde donde se le ve? Bienaventurados, dice, los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios (Mat. V, 8). Oigo, creo, entiendo como puedo, que Dios se ve con el corazón, y que no puede ser visto sino con un corazón limpio; pero oigo otra Escritura: ¿Quién se gloriará de tener un corazón puro? o ¿quién se gloriará de estar limpio de pecado? (Prov. XX, 9). Por lo tanto, he observado toda la creación, tanto como he podido; he advertido lo corporal en el cielo y en la tierra, y lo espiritual en mí mismo que hablo, que animo los miembros, que emito la voz, que muevo la lengua, que pronuncio palabras, y que discierno los sentidos. ¿Y cuándo me comprendo a mí mismo en mí? ¿Cómo, entonces, puedo comprender lo que está por encima de mí? Sin embargo, se promete al corazón humano la visión de Dios, y se ordena cierta operación de limpieza del corazón; esto se dice en la Escritura: Prepara de dónde verás lo que amas, antes de que lo veas. Pues al oír de Dios y su nombre, ¿a quién no le agrada lo que oye, sino al impío muy alejado, muy apartado? Porque he aquí, dice, los que se alejan de ti, perecerán; sigue, Has destruido a todos los que se apartan de ti (Sal. LXXII, 27). ¿Y a nosotros qué? Porque ellos están lejos, y por eso en tinieblas, y con los ojos tan heridos en las tinieblas, que no solo no desean la luz, sino que también la temen; ¿qué se nos dice a nosotros que hemos sido encontrados en la lejanía? Acérquense a él, y sean iluminados (Sal. XXXIII, 6). Pero para que te acerques y seas iluminado, que te desagraden tus tinieblas; condena lo que eres, para que merezcas ser lo que no eres. Eres injusto, debes ser justo: nunca percibirás la justicia, si aún te agrada la iniquidad. Destruye eso en tu corazón, y límpialo; expúlsalo de tu corazón, donde quiere habitar aquel a quien deseas ver. Así, de alguna manera, el alma humana se acerca, el hombre interior recreado a imagen de Dios, porque fue creado a imagen de Dios; cuanto más se alejó, más se hizo disímil. Pues no se accede a Dios ni se aleja de Dios por intervalos de lugares: hecho disímil, te alejaste; hecho semejante, te acercas. Mira cómo el Señor quiere que nos acerquemos, haciéndonos primero semejantes, para que nos acerquemos. Sean, dice, como su Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos e injustos (Mat. V, 45). Aprende a amar al enemigo, si quieres evitar al enemigo. En la medida en que crece en ti la caridad, haciéndote y devolviéndote a la semejanza de Dios, se extiende hasta los enemigos; para que seas semejante a aquel que hace salir su sol, no solo sobre los buenos, sino sobre buenos y malos; y llueve, no solo sobre los justos, sino sobre justos e injustos. Cuanto más te acercas a la semejanza, tanto más progresas en la caridad, y tanto más comienzas a sentir a Dios. ¿Y a quién sientes? ¿al que viene a ti, o al que tú regresas? Pues él nunca se alejó de ti: Dios se aleja de ti, cuando tú te alejas de Dios. Todo está presente para los ciegos, como para los que ven: estando en un mismo lugar, el ciego y el vidente, ambos están rodeados por las mismas formas de las cosas; uno está presente a las cosas, el otro ausente: de dos que están en un mismo lugar, uno está presente, el otro ausente; no porque las cosas mismas se acerquen a uno y se alejen del otro, sino por la disimilitud de sus ojos. Aquel que se llama ciego, porque se ha extinguido allí lo que suele adaptarse a la luz que todo lo viste, está presente en vano a las cosas que no ve; más bien, se le llama con razón ausente que presente: donde no está su sentido, con razón se le llama ausente; eso es estar ausente, estar ausente de sentido. Así también Dios está presente en todas partes, en todas partes entero. Su sabiduría alcanza de un extremo al otro con fortaleza, y dispone suavemente todas las cosas (Sab. VIII, 1). Lo que es Dios Padre, eso es su Verbo y su Sabiduría, luz de luz, Dios de Dios. ¿Qué deseas ver, entonces? No está lejos de ti lo que deseas ver. El Apóstol dice que no está lejos de cada uno de nosotros: porque en él vivimos, nos movemos y

existimos (Hech. XVII, 27, 28). ¿Cuánta miseria, entonces, es estar lejos de aquel que está en todas partes?

6. Sé, pues, semejante en piedad, y diligente en pensamiento: porque las cosas invisibles de él, por las cosas hechas, se comprenden al ser vistas (Rom. I, 20); observa las cosas hechas, admíralas, busca al autor. Si eres disímil, serás rechazado; si eres semejante, te regocijarás. Y cuando comiences a acercarte semejante, y a percibir a Dios, en la medida en que crece en ti la caridad, porque también la caridad es Dios (I Juan IV, 8), sentirás algo que decías, y no decías. Pues antes de que sintieras, pensabas que decías a Dios: comienzas a sentir, y allí sientes que no se puede decir lo que sientes. Pero cuando allí aprendas que no se puede decir lo que sientes, ¿callarás, no alabarás? ¿Serás entonces mudo en las alabanzas de Dios, y no darás gracias a aquel que quiso hacerse conocido por ti? ¿Alababas cuando buscabas; callarás cuando encuentres? De ninguna manera; no serás ingrato. Se debe honor, se debe reverencia, se debe gran alabanza. Atiende quién eres, tierra y ceniza: mira quién ha merecido, qué ver; mira quién, qué, hombre a Dios. Reconozco no el mérito del hombre, sino la misericordia de Dios. Alaba, pues, al misericordioso. ¿Cómo, dices, alabaré? Ese poco que puedo sentir en parte en enigma por espejo (I Cor. XIII, 12), ya no puedo explicarlo. Escucha, pues, el Salmo: Aclamen al Señor, toda la tierra. Entendiste la aclamación de toda la tierra, si aclamas al Señor. Aclama al Señor; no dividas tu aclamación en otras y otras cosas. Finalmente, las demás cosas pueden decirse de alguna manera. Él solo es inefable, quien dijo, y todas las cosas fueron hechas. Dijo, y fuimos hechos: pero nosotros no podemos decirlo (Sal. XXXII, 9). Su Verbo por el cual fuimos dichos, es su Hijo: para que de alguna manera fuera dicho por nosotros, débiles, se hizo débil. Podemos decir aclamación en lugar de palabra, no podemos decir palabra en lugar de palabra. Aclamen, pues, al Señor, toda la tierra.

7. Sirvan al Señor con alegría. Toda servidumbre está llena de amargura: todos los obligados por la condición servil sirven y murmuran. No teman la servidumbre de ese Señor: allí no habrá gemido, ni murmullo, ni indignación; nadie se pedirá a sí mismo ser vendido, porque es dulce que todos hemos sido redimidos. Gran felicidad, hermanos, es ser en esta gran casa un siervo, aunque con grilletes. No temas, siervo encadenado, confiesa al Señor: atribuye tus grilletes a tus méritos; confiesa en los grilletes, si quieres que se conviertan en adornos. No en vano, ni sin ser escuchado, se dijo: Que entre en tu presencia el gemido de los encadenados (Sal. LXXVIII, 11). Sirvan al Señor con alegría. La servidumbre es libre ante el Señor; servidumbre libre, donde no sirve la necesidad, sino la caridad. Ustedes, dice, han sido llamados a la libertad, hermanos: solo que no den la libertad como ocasión para la carne; sino que por la caridad del espíritu sírvanse unos a otros (Gál. V, 13). Que la caridad te haga siervo, porque la verdad te hizo libre. Si permanecen, dice, en mi palabra, verdaderamente son mis discípulos; y conocerán la verdad, y la verdad los hará libres (Juan VIII, 31, 32). Eres a la vez siervo y libre: siervo, porque has sido hecho; libre, porque eres amado por Dios, por quien has sido hecho: más aún, libre porque amas a aquel por quien has sido hecho. No sirvas con murmullo; pues tus murmullos no logran que no sirvas, sino que sirvas mal. Eres siervo del Señor, eres liberto del Señor; no busques ser manumitido de tal manera que te alejes de la casa de tu manumitidor.

8. Sirvan al Señor con alegría. Esa alegría será plena y perfecta, cuando esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad (I Cor. XV, 54): entonces será la alegría perfecta, entonces esa aclamación perfecta, entonces la alabanza sin defecto, entonces el amor sin escándalo, entonces el fruto sin temor, entonces la vida sin muerte. ¿Y aquí? ¿ninguna alegría? Si ninguna alegría, ninguna aclamación: ¿cómo, Aclamen al Señor, toda la tierra? Hay ciertamente aquí alegría; de la esperanza de la vida futura se saborea aquí de lo que allí nos saciaremos. Pero es necesario que muchos sufran entre la cizaña: hay granos

entre la paja (Mat. III, 12; y XIII, 30), hay un lirio entre las espinas. ¿Qué escucha la Iglesia? Como un lirio entre espinas, así mi amada entre las hijas (Cant. II, 2). No se dijo, Entre extranjeras; sino, entre las hijas. Oh Señor, ¿cómo consuelas, cómo fortaleces, cómo asustas? ¿Qué es lo que dices? Como un lirio en medio, ¿de qué espinas? Así mi amada en medio, ¿de qué hijas? ¿a quiénes llamas espinas, a esas mismas hijas? Responde: Son espinas por sus costumbres; hijas, por mis sacramentos. Ojalá entonces se gemiera entre los gemidos de los extraños; se gemiría menos. Ese es el mayor gemido, Porque si un enemigo me hubiera insultado, lo habría soportado; y si el que me odiaba hubiera hablado grandes cosas contra mí, me habría escondido de él. Son voces de los Salmos: quien conoce nuestras Escrituras, sigue; quien no las conoce, aprenda, para que siga. Si el que me odiaba hubiera hablado grandes cosas contra mí, me habría escondido de él: pero tú, unánime, mi guía y mi conocido, que conmigo tomabas dulces alimentos (Sal. LIV, 13-15). ¿Qué dulces alimentos toman con nosotros, quienes no siempre estarán con nosotros? ¿qué dulces alimentos, sino, Gusten y vean qué dulce es el Señor (Sal. XXXIII, 8)? Entre ellos es necesario que gemamos.

9. Pero, ¿a dónde se separará el cristiano, para no gemir entre falsos hermanos? ¿A dónde irá? ¿qué hará? ¿Buscará soledades? Siguen los escándalos. ¿Se separará quien progresa bien, para no soportar a ningún hombre? ¿Qué si nadie hubiera querido soportarlo antes de que progresara? Si, entonces, porque progresa, no quiere soportar a ningún hombre, por el mismo hecho de no querer soportar a ningún hombre, se demuestra que no ha progresado. Atienda su Caridad: Soportándose unos a otros, dice el Apóstol, en amor, esforzándose por guardar la unidad del espíritu en el vínculo de la paz (Efes. IV, 2, 3). Soportándose unos a otros: ¿no tienes algo en ti que otro soporte? Me sorprende si no lo hay: pero he aquí que no lo hay; cuanto más fuerte eres para soportar a los demás, cuanto ya no tienes algo en ti que otros soporten. No eres soportado, soporta a los demás. No puedo, dices. Entonces tienes algo que otros soporten en ti. Soportándose unos a otros en amor. ¿Desertarás de las cosas humanas, y te separarás, para que nadie te vea; a quién beneficiarás? ¿Habrías llegado a esto, si nadie te hubiera beneficiado? ¿O porque te pareces tener pies veloces para pasar, cortarás el puente? Exhorto a todos, la voz de Dios exhorta a todos: Soportándose unos a otros en amor.

10. Me separaré, dice alguien, con unos pocos buenos; con ellos me irá bien. Pues no beneficiar a nadie es impío y cruel. No me enseñó esto mi Señor. Pues no condenó al siervo que malversó lo que recibió, sino al que no lo distribuyó. Se entiende la pena del malversador por la pena del perezoso. Siervo malo y perezoso, dice el Señor condenando: no dijo, Malversaste mi dinero; no dijo, Te di, y no me devolviste lo que te di íntegro: Porque no creció, porque no lo distribuiste, por eso, dice, te castigaré (Mat. XXV, 14-30). Dios es avaro de nuestra salvación. Entonces me separaré, dice, con unos pocos buenos: ¿qué tengo que ver con las multitudes? Bien: esos pocos buenos, ¿de qué multitudes han sido seleccionados? Si, sin embargo, esos pocos, todos buenos: sin embargo, buena es la intención humana, loable, estar con tales que eligieron una vida tranquila; alejados del ruido popular, de las turbas inquietas, de las grandes olas del siglo, están como en un puerto. ¿Está ya allí esa alegría? ¿ya allí esa aclamación prometida? Aún no; sino todavía gemido, todavía preocupación por las tentaciones. Pues el puerto también tiene acceso: si el puerto no tuviera acceso por ninguna parte, ninguna nave entraría en él; por lo tanto, debe haber acceso por alguna parte: pero a veces por esa parte por donde hay acceso, el viento irrumpe; y donde no hay escollos, las naves se rompen al chocar entre sí. ¿Dónde, entonces, está la seguridad, si ni siquiera en el puerto? Y sin embargo, de alguna manera son más felices en el puerto que en el mar, hay que admitirlo, concederlo, es verdad. Ámense, naves en el puerto, aplíquense bien unas a otras, no se choquen: manténgase allí la igualdad de la equidad, la constancia de la caridad; y cuando tal vez el viento irrumpe por esa parte por donde hay acceso, haya allí una cauta gobernación.

11. Pues, ¿qué dirá quien tal vez preside en tales lugares, o más bien sirve a los hermanos, en lo que se llaman monasterios? ¿qué dirá? Seré cauteloso, no admitiré ningún mal. ¿Cómo no admitirás ningún mal? No admitiré a ningún hombre malo, a ningún hermano malo que entre; con unos pocos buenos me irá bien. ¿Dónde reconoces a quien tal vez deseas excluir? Para que se reconozca al malo, debe ser probado dentro: ¿cómo, entonces, excluirás al que va a entrar, quien después debe ser probado, y no puede ser probado si no entra? ¿Rechazarás a todos los malos? Dices que sabes inspeccionar. ¿Todos vienen a ti con corazones desnudos? Los que van a entrar, ellos mismos no se conocen; ¿cuánto menos tú? Pues muchos se prometieron a sí mismos que cumplirían esa vida santa, teniendo todo en común, donde nadie dice que algo es suyo, quienes tienen una sola alma y un solo corazón en Dios (Hech. IV, 32, 35): fueron enviados al horno, y estallaron. ¿Cómo, entonces, reconoces a quien tal vez aún es desconocido para sí mismo? ¿Excluirás a los malos hermanos del convento de los buenos? De tu corazón, quienquiera que digas estas cosas, excluye todas las malas pensamientos, si puedes: que no entre en tu corazón ni siquiera una mala sugerencia. No consiento, dices. Pero entró, sin embargo, para sugerir. Pues todos queremos tener corazones fortificados, para que nada entre que sugiera mal. ¿Por dónde entra, quién lo sabe? Y luchamos diariamente en un solo corazón nuestro; un hombre en su corazón lucha con una multitud. Sugiere la avaricia, sugiere la lujuria, sugiere la voracidad, sugiere esta alegría popular; todo sugiere: de todo se contiene, a todo responde, y de todo se aparta; es difícil que no sea herido por algo. ¿Dónde, entonces, está la seguridad? Aquí en ninguna parte; en esta vida en ninguna parte, sino solo en la esperanza de las promesas de Dios. Pero allí, cuando lleguemos, perfecta seguridad, cuando se cierran las puertas, y se confirman los cerrojos de las puertas de Jerusalén (Sal. CXLVII, 13): allí verdaderamente plena aclamación y gran alegría. Ahora, sin embargo, no alabes con seguridad cualquier vida; antes de la muerte no alabes a ningún hombre (Ecli. XI, 30).

12. Aquí se equivocan los hombres, ya sea porque no adoptan una vida mejor o porque la emprenden temerariamente; pues cuando quieren alabar, lo hacen de tal manera que no mencionan los males que están mezclados; y quienes quieren criticar, lo hacen con un ánimo envidioso y perverso, cerrando los ojos ante los bienes y exagerando solo los males que allí existen o se creen que existen. De ahí que cada profesión, mal alabada, es decir, no cautelosamente alabada, cuando invita a los hombres con su alabanza, aquellos que llegan encuentran a algunos que no creían que estuvieran allí; y ofendidos por los malos, se apartan de los buenos. Hermanos, aplicad esta disciplina a vuestra vida y escuchad de tal manera que viváis. Se alaba, para hablar en general, a la Iglesia de Dios: grandes hombres cristianos, solo cristianos, la gran Católica; todos se aman, cada uno ofrece lo que puede, se dedican a oraciones, ayunos, himnos por todo el orbe, Dios es alabado con una sola concordia de paz. Quizás escucha alguien que no sabe que se ha callado sobre los males mezclados, viene invitado por la alabanza, encuentra malos mezclados, que no le fueron anunciados antes de venir; se ofende por los falsos cristianos, huye de los verdaderos cristianos. Nuevamente, los odiosos, los maldicientes, irrumpen en la crítica: ¿Qué clase de cristianos? ¿Qué cristianos? Avaros, usureros. ¿No son ellos los que llenan los teatros y anfiteatros con juegos y otros espectáculos, los que llenan las iglesias en días festivos? Borrachos, glotones, envidiosos, se atacan mutuamente. Son tales, pero no solo tales. Y este crítico con ánimo ciego calla a los buenos; y aquel alabador con ánimo incauto calla a los malos. Pero si la Iglesia de Dios es alabada en este tiempo como la alaban las Escrituras de Dios, he aquí cómo lo he dicho ahora: Como el lirio entre espinas, así mi amada entre las hijas: el hombre escucha, considera, le agrada el lirio, entra, se adhiere al lirio, tolera las espinas; merecerá estar en la alabanza y en los besos del esposo, que dice: Como el lirio entre espinas, así mi amada entre las hijas.

Así también entre los clérigos. Los alabadores de los clérigos destacan allí a los buenos ministros, fieles dispensadores, tolerantes con todos, entregando sus entrañas a aquellos que quieren progresar, no buscando lo suyo, sino lo de Jesucristo. Alaban esto, olvidan que están mezclados con malos. Nuevamente, quienes critican la avaricia de los clérigos, las maldades de los clérigos, las disputas de los clérigos, los que desean bienes ajenos, los borrachos, los glotones, lo proclaman. Y tú, envidioso, criticas, y tú, incauto, alabas: tú que alabas, menciona a los malos mezclados; tú que criticas, ve allí también a los buenos. Así también en esa vida común de los hermanos, que es en el monasterio: Grandes hombres, santos, diariamente en himnos, en oraciones, en alabanzas a Dios, de allí viven, con la lectura tienen su asunto; trabajan con sus manos, de allí se sostienen; no piden nada con avaricia, usan con suficiencia y caridad lo que les es ofrecido por los piadosos hermanos; nadie se apropia de algo que otro no tenga; todos se aman, todos se soportan mutuamente. Has alabado, has alabado: quien no sabe lo que se hace interiormente, quien no sabe cómo incluso con ese viento entrando, las naves se golpean en el puerto, entra esperando seguridad, sin tener a nadie que tolerar; encuentra allí hermanos malos, que no podrían ser encontrados malos, si no fueran admitidos (y es necesario que primero sean tolerados, no sea que se corrijan; ni pueden ser fácilmente excluidos, a menos que primero hayan sido tolerados): y él mismo se convierte en alguien de intolerable impaciencia. ¿Quién me buscaba aquí? Yo pensaba que aquí había caridad. Y molesto por la incomodidad de unos pocos hombres, al no perseverar en cumplir lo que prometió, se convierte en desertor de tan santo propósito, y culpable de un voto no cumplido. Ahora bien, cuando sale de allí, él mismo se convierte en crítico y maldiciente: y dice solo aquellas cosas que afirma no haber podido soportar; y a veces son verdaderas. Pero las verdades de los malos deben ser toleradas por la sociedad de los buenos. La Escritura le dice: ¡Ay de aquellos que han perdido la paciencia! (Eclo. II, 16). Y lo que es más, exhala el mal olor de la indignación, de donde aleja a los que van a entrar; porque él mismo, cuando entró, no pudo perseverar. ¿Qué clase de personas son esas? Envidiosos, litigiosos, que no soportan a nadie, avaros; aquel hizo esto allí, y aquel hizo aquello allí. Oh malvado, ¿por qué callas a los buenos? A quienes no pudiste tolerar, los proclamas: a quienes te toleraron siendo malo, los callas.

13. Con razón aquello, hermanos carísimos, magnífico en el Evangelio del Señor, de la boca del Señor: Dos en el campo; uno será tomado, y otro será dejado: dos mujeres moliendo; una será tomada, y otra será dejada: dos en la cama; uno será tomado, y otro será dejado (Mat. XXIV, 40, 41, y Luc. XVII, 34, 35). ¿Quiénes son los dos en el campo? Lo que dice el Apóstol: Yo planté, Apolo regó; pero Dios dio el crecimiento. Vosotros sois labranza de Dios (I Cor. III, 6, 9). En el campo trabajamos. Dos en el campo, son los clérigos: uno será tomado, y otro será dejado; será tomado el bueno, será dejado el malo. En el molino dos mujeres, se refiere a las plebes. ¿Por qué en el molino? Porque atadas al mundo, en el giro de las cosas temporales, como la muela, están detenidas. Y de allí una será tomada, y otra será dejada. ¿Quién será tomada de allí? La que hace buenas obras, atendiendo a la necesidad de los siervos de Dios, a la necesidad de los pobres, fiel en la confesión, segura en la alegría de la esperanza, vigilante hacia Dios, no maldiciendo a nadie, amando cuanto puede, no solo a los amigos, sino también a los enemigos, no conociendo a ninguna otra mujer fuera de su esposa, no conociendo a ningún otro hombre fuera de su marido; será tomada también del molino: pero la que sea de otra manera, será dejada. Otros dicen: Queremos tranquilidad, no queremos sufrir a nadie, nos alejamos de las multitudes; nos irá bien en cierta seguridad. Si buscas tranquilidad, buscas como una cama, para descansar sin ninguna preocupación. Y de allí uno será tomado, y otro será dejado. Que nadie os engañe, hermanos: si no queréis ser engañados, y queréis amar a los hermanos, sabed que toda profesión en la Iglesia tiene hipócritas. No he dicho que todo hombre sea hipócrita, sino que toda profesión tiene personas

hipócritas: hay cristianos malos, pero también hay buenos. Ves como si fueran más los malos, porque son paja, y no te permiten llegar al grano: también hay grano allí, acércate, intenta, examina, aplica el juicio de la boca. Encuentras religiosas indisciplinadas; ¿acaso por eso debe ser reprobada la vida religiosa? Muchas no permanecen en sus casas, rondan casas ajenas, curiosas, hablando lo que no deben, soberbias, chismosas (I Tim. V, 13), borrachas: y aunque sean vírgenes, ¿de qué sirve la carne íntegra, con la mente corrupta? Es mejor un matrimonio humilde que una virginidad soberbia. Pues si se casara, no tendría el nombre del que enorgullecerse, y tendría un freno por el que ser guiada. Pero, ¿acaso por las vírgenes malas, vamos a condenar a las santas de cuerpo y espíritu (I Cor. VII, 34)? ¿O por aquellas laudables, también nos veremos obligados a alabar a las que deben ser reprobadas? En todas partes uno será tomado, y otro será dejado.

14. [vers. 2.] Por tanto, hermanos, terminemos el Salmo, porque es claro. Servid al Señor con alegría: os habla a vosotros, quienes en la caridad lo soportáis todo, y os alegráis en la esperanza. Servid al Señor, no con amargura de murmuración, sino con alegría de amor. Entrad en su presencia con júbilo. Es fácil exultar por fuera; exulta en la presencia de Dios. No exulte mucho la lengua; exulte la conciencia. Entrad en su presencia con júbilo.

15. [vers. 3.] Sabed que el Señor es Dios. ¿Quién no sabe que el Señor es Dios? Pero habla del Señor, a quien los hombres no consideraban Dios: Sabed que el Señor es Dios, que el Señor no os sea despreciable: lo crucificasteis, lo azotasteis, lo cubristeis de escupitajos, lo coronasteis de espinas, lo vestisteis con una vestidura ignominiosa, lo colgasteis en el madero, lo clavasteis con clavos, lo heristeis con una lanza, pusisteis guardias en el sepulcro; él es Dios. Sabed que el Señor es Dios. Él nos hizo, y no nosotros. Él nos hizo: todas las cosas fueron hechas por él, y sin él nada fue hecho (Juan I, 3). ¿De qué os jactáis? ¿De qué os enorgullecéis? Otro os hizo; y quien os hizo, él mismo sufre de vosotros. Pero vosotros os jactáis y os gloriáis, y os exaltáis, como si os hubierais hecho a vosotros mismos. Es bueno para vosotros que quien os hizo, os perfeccione. Él nos hizo, y no nosotros. No debemos enorgullecernos: todo el bien que tenemos, lo tenemos de nuestro artífice; lo que en nosotros hicimos nosotros, de eso somos condenados; lo que en nosotros hizo él, de eso somos coronados. Él nos hizo, y no nosotros. Nosotros somos su pueblo, y las ovejas de su prado. Ovejas y oveja: esas ovejas son una oveja. ¡Y qué pastor tan amoroso tenemos! Dejó noventa y nueve, descendió a buscar una, la lleva en sus hombros redimida con su sangre. Seguro murió el pastor por la oveja, quien resucitando posee la oveja. Nosotros somos su pueblo, y las ovejas de su prado.

16. [vers. 4, 5.] Entrad por sus puertas con confesión. En las puertas está el inicio; comienza con la confesión. De ahí el Salmo en confesión, allí jubilad. Confesaos no hechos por vosotros, alabad a aquel por quien fuisteis hechos. Que de él sea tu bien, de quien al apartarte hiciste tu mal. Entrad por sus puertas con confesión. Que el rebaño entre por las puertas, no permanezca fuera a los lobos. ¿Y cómo entrar? Con confesión. La puerta, es decir, el inicio, sea para ti la confesión. Por eso en otro salmo se dice: Comenzad al Señor con confesión (Sal. CXLVI, 7). Lo que allí dice, Comenzad; aquí lo llamó, puertas: Entrad por sus puertas con confesión. ¿Y qué, cuando ya hayamos entrado, no confesaremos? Siempre confiesa, siempre tienes algo que confesar. Es difícil en esta vida, que el hombre se cambie de tal manera que no se encuentre en él algo que reprochar: es necesario que tú te reproches, para que no te reproche aquel que va a condenar. Por tanto, incluso cuando hayas entrado en los atrios, confiesa. ¿Cuándo no habrá confesión de pecados? En aquel descanso, en aquella igualdad con los ángeles. Pero ved lo que he dicho: No habrá confesión de pecados. No dije, No habrá confesión: porque habrá confesión de alabanza. Siempre confesarás, a él como Dios, a ti como criatura; a él como protector, a ti como protegido. En él de alguna manera

estarás escondido, como se ha dicho, Los esconderás en el secreto de tu rostro (Sal. XXX, 21). En sus atrios con himnos confesaos a él. En las puertas confesaos; y en los atrios cuando hayáis entrado, confesaos con himnos. Los himnos son alabanzas. Cuando entras, repréndete; cuando hayas entrado, alábalo a él. Abridme las puertas de la justicia, dice en otro salmo; entrando en ellas confesaré al Señor (Sal. CXVII, 19). ¿Acaso dijo, cuando haya entrado, ya no confesaré? Incluso entrando confesará. ¿Qué pecados confesaba nuestro Señor Jesucristo, cuando dijo: Te confieso, Padre, Señor del cielo y de la tierra (Mat. XI, 25)? Confesaba alabándolo, no acusándose.

17. Alabad su nombre, porque el Señor es bueno. No penséis que os cansáis al alabar. Vuestra alabanza será como un alimento: cuanto más alabáis, más fuerzas adquirís, y más dulce se vuelve aquel a quien alabáis. Alabad su nombre, porque el Señor es bueno. Su misericordia es eterna. Pues no cuando te haya liberado, dejará de ser misericordioso: y para proteger siempre en la vida eterna, es por su misericordia. Por tanto, su misericordia es eterna, y su verdad hasta generación y generación. O toma toda generación lo que se ha dicho, en generación y generación; o en dos generaciones, una terrenal, otra celestial. Esta es una generación que engendra mortales; otra que engendra eternos. Su verdad está aquí y allí. No pienses que aquí no está su verdad: si aquí no estuviera su verdad, no diría en otro salmo: La verdad ha brotado de la tierra (Sal. LXXXIV, 12); ni la misma Verdad diría: He aquí yo estoy con vosotros hasta la consumación del siglo (Mat. XXVIII, 20).

ENARRACIÓN SOBRE EL SALMO C.

SERMON A LA PLEBE.

1. [vers. 1.] Este salmo centésimo, lo que tiene en el primer verso, debemos buscarlo en todo su cuerpo. Misericordia y juicio cantaré a ti, Señor. Que nadie se adule a sí mismo con impunidad por la misericordia de Dios; porque también hay juicio: y que nadie, cambiado para mejor, tema el juicio de Dios; porque precede la misericordia. Pues cuando los hombres juzgan, a veces vencidos por la misericordia, actúan contra la justicia; y parece que en ellos hay misericordia, y no hay juicio: pero a veces queriendo mantener un juicio rígido, pierden la misericordia. Dios, sin embargo, ni en la bondad de la misericordia pierde la severidad del juicio, ni al juzgar con severidad pierde la bondad de la misericordia. He aquí si distinguimos estos dos, misericordia y juicio, por tiempos; pues no sin razón están puestos en ese orden, para que no dijera, Juicio y misericordia, sino, misericordia y juicio: si entonces distinguimos estos dos por tiempos, tal vez encontramos que ahora es tiempo de misericordia, y el tiempo futuro de juicio. ¿Cómo es primero tiempo de misericordia? Primero considera en Dios, para que también tú, cuanto él te lo conceda, imites al Padre. Pues no decimos con arrogancia que debemos imitar a nuestro Padre; ya que el mismo Señor, el único Hijo de Dios, nos exhorta a esto, diciendo: Sed como vuestro Padre celestial. Cuando decía, Amad a vuestros enemigos, orad por los que os persiguen: para que seáis, dice, hijos de vuestro Padre que está en los cielos; que hace salir su sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos e injustos (Mat. V, 48, 44, 45). He aquí la misericordia. Cuando ves a justos e injustos contemplar el mismo sol, recibir la misma luz, beber de las mismas fuentes, ser alimentados por la misma lluvia, llenarse de los mismos frutos de la tierra, respirar el mismo aire, tener igualmente los bienes del mundo; no pienses que Dios es injusto, que da estas cosas igualmente a justos e injustos. Es tiempo de misericordia, no aún de juicio. Pues si primero Dios no perdonara por misericordia, no encontraría a quienes coronar por juicio. Es, por tanto, tiempo de misericordia, cuando la paciencia de Dios lleva a los pecadores al arrepentimiento.

2. Escucha al Apóstol distinguiendo ambos tiempos, y distingue tú también: "¿Piensas, oh hombre, que juzgas a los que hacen tales cosas y haces lo mismo, que escaparás del juicio de Dios?" Presta atención. Pues veía que él mismo (pero, ¿a quién dice esto? No lo dice a un solo hombre, sino a un tipo de hombres así), veía que cometía muchos males diariamente, y sin embargo vivía, nada malo le sucedía; y pensaba que o Dios dormía, o no atendía a las cosas humanas, o amaba las malas acciones de los hombres. Quita este pensamiento del corazón, pero a los que entienden bien. ¿Qué dice entonces? "¿Piensas, oh hombre, que juzgas a los que hacen tales cosas y haces lo mismo, que escaparás del juicio de Dios?" Y como si dijera, "¿Por qué hago tantos males diariamente y nada malo me sucede?", luego le muestra el tiempo de la misericordia: "¿O desprecias las riquezas de su bondad, paciencia y longanimidad?" Y verdaderamente porque esto despreciaba; pero lo hizo estar inquieto. "¿Ignoras que la bondad de Dios te lleva al arrepentimiento?" He aquí el tiempo de la misericordia. Pero para que no pensara que esto siempre sería así, ¿cómo lo asustó después? "Pero tú" (ahora escucha el tiempo del juicio; has escuchado el tiempo de la misericordia, por eso, "Cantaré misericordia y juicio a ti, Señor"): "Pero tú, según la dureza de tu corazón y tu corazón impenitente, atesoras para ti ira en el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios, quien pagará a cada uno según sus obras" (Rom. II, 3-6). He aquí, "Cantaré misericordia y juicio a ti, Señor." Pero ha amenazado con el juicio: ¿acaso el juicio de Dios solo debe ser temido, y no amado? Temido por los malos por el castigo, amado por los buenos por la corona. Porque el Apóstol asustó a los malos en este testimonio que he recordado, escucha dónde da esperanza a los buenos sobre el juicio. Se pone a sí mismo como ejemplo, y dice, y muestra también en sí mismo el tiempo de la misericordia. Porque si él mismo no hubiera encontrado el tiempo de la misericordia, ¿cómo lo encontraría el juicio? Blasfemo, perseguidor, injurioso. Así lo dice, y encomienda el tiempo de la misericordia, en el que ahora estamos: "Quien antes fui blasfemo, y perseguidor, e injurioso; pero alcancé misericordia." Pero tal vez solo él alcanzó misericordia. Escucha cómo nos levanta: "Para que en mí, dice, Cristo Jesús mostrara toda su longanimidad, para ejemplo de los que habrían de creer en él para vida eterna" (I Tim. I, 13, 16). ¿Qué es, "en mí mostrara longanimidad"? Para que cada pecador y criminal viera que Pablo recibió perdón, y no desesperara de sí mismo. He aquí, se mostró a sí mismo, y levantó a otros. ¿Dónde? En el tiempo de la misericordia. Escucha en el tiempo del juicio qué dice sobre los buenos, nuevamente hablando de sí mismo y de otros. Primero alcanzó misericordia. ¿Por qué? Porque fue blasfemo, y perseguidor, e injurioso. El Señor vino para perdonar a Pablo, no para devolverle. Pues si quisiera devolverle, ¿qué encontraría para devolverle al pecador, sino castigo y suplicio? No quiso devolver castigo, sino que otorgó gracia. Escucha porque aquel a quien otorgó, tiene al Señor también como deudor. Lo encontró como donador en el tiempo de la misericordia, lo tiene como deudor en el tiempo del juicio. ¿Cómo dice esto? Vean. "Porque yo ya estoy para ser sacrificado, dijo, y el tiempo de mi partida está cercano. He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe." Esto, en el tiempo de la misericordia, escucha sobre el juicio. "Por lo demás, me está reservada la corona de justicia, que me dará el Señor en aquel día, el justo juez." No dijo, "dará"; sino, "dará." Cuando daba, era misericordioso; cuando dará, será juez: porque, "Cantaré misericordia y juicio a ti, Señor." Pero al perdonar los delitos, se hizo deudor de la corona: allí "alcancé misericordia." Misericordioso, pues, el Señor primero, aquí sin embargo "me dará la corona de justicia." ¿De dónde dará? Porque "es justo juez." ¿Por qué justo juez? Porque "he peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe." Por eso el justo no puede sino coronar estas cosas. Pues encontró estas cosas que coronar: antes, ¿qué había encontrado? "Quien antes fui blasfemo y perseguidor." Estas cosas las perdonó, aquellas las coronará; perdonó estas en el tiempo de la misericordia, coronará aquellas en el tiempo del juicio: porque, "Cantaré misericordia y juicio a ti, Señor." Pero, ¿acaso solo Pablo lo mereció? Esto había dicho, como en aquel testimonio asustó, así

en este levantó. Cuando dijo, "El Señor me dará en aquel día el justo juez: no solo a mí, dice, sino a todos los que aman su manifestación y su reino" (II Tim. IV, 6-8).

3. Por tanto, hermanos, ya que tenemos el tiempo de la misericordia, no nos halaguemos, no nos abandonemos, no digamos: Siempre perdona Dios. He aquí que hice ayer, Dios perdonó; hago hoy, y Dios perdona; haré mañana, porque Dios perdona. Atiendes a la misericordia, y no temes el juicio. Si quieres cantar misericordia y juicio, entiende que por eso perdona, para que te corrijas, no para que permanezcas en la maldad. No te atesores ira en el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios. Porque en el tiempo de la misericordia en otro salmo se dice: "Pero al pecador dijo Dios, ¿Por qué narras mis justificaciones, y tomas mi pacto en tu boca? Tú, sin embargo, odiaste la disciplina, y echaste mis palabras detrás de ti: si veías a un ladrón, corrías con él, y con los adúlteros ponías tu parte; sentado hablabas mal contra tu hermano, y contra el hijo de tu madre ponías escándalo. Estas cosas hiciste, y callé." Mira el tiempo de la misericordia. ¿Qué es, "callé"? ¿Acaso, no corregí? Sino, no juzgué. Pues, ¿cómo calla quien clama diariamente en las Escrituras, en el Evangelio, en sus predicadores? Callé del castigo, no de la palabra. Estas cosas hiciste, y callé. Y porque Dios calló, es decir, no vengó: ¿qué se dijo a sí mismo en el corazón el pecador? Escucha: "Pensaste, dice, iniquidad, que sería como tú." Es decir, no solo eras así; y me pensaste así. Y habiéndole mostrado el tiempo de la misericordia, lo asustó sobre el tiempo del juicio: "Te reprenderé, y te pondré delante de tu rostro" (Sal. XLIX, 16-21). Tú te pones detrás de ti, yo te pondré delante de ti. Pues todo aquel que no quiere ver sus pecados, se pone detrás de su espalda, y agudamente atiende a los pecados de otros, no por diligencia, sino por envidia; no queriendo sanar, sino acusar: pero se olvida de sí mismo. Por eso el Señor dice a tales, "La paja en el ojo de tu hermano ves, y la viga en tu ojo no ves" (Mat. VII, 3). Porque, pues, misericordia y juicio se nos canta, y nosotros haciendo misericordia esperemos seguros el juicio: y estemos en su cuerpo, y cantemos también nosotros. Pues esto lo canta Cristo: si solo la cabeza canta, este canto es del Señor, no nos concierne; pero si todo Cristo, es decir, su cabeza y su cuerpo, está en sus miembros, adhiérete a él por la fe, y por la esperanza, y por la caridad; y en él cantas, en él te regocijas: porque él mismo en ti trabaja, en ti tiene sed, en ti tiene hambre y es atribulado. Él en ti aún muere, y tú en él ya has resucitado. Pues si no muriera en ti, no querría que se le perdonara en ti del perseguidor, cuando decía: "Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?" (Hech. IX, 4). Por tanto, hermanos míos, Cristo canta; pero cómo, lo sabéis: a Cristo os lo hemos recomendado continuamente; y sé que no os es desconocido. El Señor Cristo es el Verbo de Dios, por el cual fueron hechas todas las cosas. Este Verbo, para redimirnos, se hizo carne, y habitó entre nosotros (Juan I, 3, 14): se hizo hombre Dios sobre todo, Hijo de Dios igual al Padre; para esto se hizo hombre, para que Dios hombre fuera mediador entre los hombres y Dios, y reconciliara a los que estaban lejos, y uniera a los separados, y llamara a los alejados, y trajera de vuelta a los peregrinos; para esto se hizo hombre. Se hizo, pues, cabeza de la Iglesia, tiene también cuerpo y miembros. Busca sus miembros, ahora gimen por todo el mundo: entonces se alegrarán al final, en la corona de justicia, de la cual dice Pablo, "Que me dará el Señor en aquel día el justo juez." Y ahora, pues, cantemos en esperanza, todos reunidos en uno. Pues vestidos de Cristo somos Cristo con nuestra cabeza; porque ciertamente somos la descendencia de Abraham. El Apóstol dice esto. Porque dije, somos Cristo. El Apóstol dice, "Por tanto, sois descendencia de Abraham, herederos según la promesa. Sois descendencia de Abraham: veamos, si la descendencia de Abraham es Cristo. 'En tu descendencia serán bendecidas todas las naciones. No dice, En las descendencias, como en muchos; sino como en uno, Y a tu descendencia, que es Cristo' (Gál. III, 29, 8, 16)." Y nos dice, "Por tanto, sois descendencia de Abraham." Es claro que pertenecemos a Cristo; y porque somos sus miembros y su cuerpo, con nuestra cabeza somos un solo hombre. Cantemos, pues, "Misericordia y juicio cantaré a ti, Señor."

4. [vers. 2.] Cantaré, y entenderé en el camino inmaculado, cuando vengas a mí. A menos que estés en el camino inmaculado, no puedes cantar, ni entender. Si quieres entender, en el camino inmaculado canta, es decir, obra con alegría para tu Dios. ¿Cuál es el camino inmaculado? Escucha lo que sigue: "Andaba en la inocencia de mi corazón, en medio de mi casa." Este camino inmaculado comenzó con la inocencia, en ella también se llega. ¿Qué buscas muchas palabras? Sé inocente, y has perfeccionado la justicia. Pero, ¿qué es ser inocente? Pues el hombre daña de dos maneras, en cuanto está en él; o haciendo miserable, o abandonando al miserable: porque tú tampoco quieres que otro te haga miserable, y no quieres ser abandonado por otro, si fueras miserable. ¿Quién es el que hace miserables? Quien inflige violencias o insidias, roba bienes ajenos, oprime a los pobres, hurta, solicita matrimonios ajenos, es calumniador, quiere infligir a los hombres lo que les duela, por el afán de la malevolencia. ¿Quién es el que abandona a los miserables? Quien ve a un necesitado de alguna ayuda, y teniendo cómo prestarla, lo desprecia, lo desestima, aleja su corazón. Que si ya fuera tal, que no necesitara alguna misericordia; sería soberbio, si abandonara al miserable: aún está en la tribulación de la carne, sin saber qué le puede suceder mañana, y desprecia las lágrimas de los miserables; no es inocente. Pero, ¿quién es inocente? Quien no daña a otro, ni a sí mismo. Pues quien se daña a sí mismo, no es inocente. Dice alguien: He aquí que no he tomado nada de nadie, ni he oprimido a nadie: de mi propia cosa, de mi justo trabajo me haré bien, quiero tener un banquete preparado, quiero gastar cuanto me deleite, beber con quienes quiera cuanto me deleite; ¿a quién he tomado algo? ¿a quién he oprimido? ¿quién se ha quejado de mí? Parece inocente. Pero si se corrompe a sí mismo, si destruye en sí el templo de Dios, ¿qué esperas, que haga misericordia a otros, y perdone a los miserables? ¿Quién es cruel consigo mismo, puede ser misericordioso con otro? Toda la justicia, pues, se reduce a una palabra de inocencia. Pero quien ama la iniquidad, odia su alma (Sal. X, 6). Cuando amaba la iniquidad, pensaba que dañaba a otros. Pero ve si dañaba a otros: "Quien ama, dice, la iniquidad, odia su alma." A sí mismo, pues, se daña quien quiere dañar a otros; ni anda, porque no hay dónde. Pues toda malicia padece estrechez: solo la inocencia es amplia, donde se puede andar. "Andaba en la inocencia de mi corazón, en medio de mi casa." Medio de su casa, o dice la misma Iglesia; pues Cristo en ella anda: o su corazón; pues nuestra casa interior, es nuestro corazón: para que esto explique lo que antes dijo, "En la inocencia de mi corazón." ¿Cuál es la inocencia de su corazón? Medio de su casa. Quien tiene esta casa mala, es echado fuera de ella. Pues quien en su corazón es oprimido por mala conciencia, como cualquiera sale de su casa por el goteo, o por el humo, no se permite habitar allí: así quien no tiene tranquilo el corazón, no puede habitar en su corazón con gusto. Tales salen fuera de sí mismos con la intención del alma, y se deleitan en las cosas que están fuera alrededor del cuerpo; buscan descanso en vanidades, en espectáculos, en lujurias, en todos los males. ¿Por qué quieren estar bien fuera de sí? Porque no están bien dentro de sí, de donde se alegren en la conciencia. Por eso el Señor cuando sanó al paralítico, dijo: "Toma tu lecho, y vete a tu casa" (Mat. IX, 6). Haga esto el alma que está como disuelta por parálisis: en los miembros de la buena obra se fortalezca, para que obre bien, tome su lecho, gobierne su cuerpo; ya vaya a su casa, entre en su conciencia: ya la encontrará amplia, donde ande, y cante, y entienda.

5. [vers. 3, 4.] No ponía delante de mis ojos cosa mala. ¿Qué es, "No ponía delante de mis ojos cosa mala"? No amaba. Pues se suele decir, como sabéis, de un hombre que es amado por alguien, "Lo tiene delante de sus ojos": y aquel que es despreciado, así suele quejarse, "No me tiene delante de sus ojos." ¿Qué es, pues, tener delante de los ojos? Amar. ¿Qué es, no amar? No habitar allí con el corazón. Dijo, pues, "No ponía delante de mis ojos cosa mala": no amaba cosa mala. Y expone esa cosa mala: "A los que hacen prevaricación odié."

Prestad atención, hermanos míos. Si andáis con Cristo en medio de su casa, es decir, si bien descansáis en vuestro corazón, o en la misma Iglesia lleváis buen camino en la vía inmaculada; no solo a los que están fuera debéis odiar prevaricadores, sino también a quienesquiera que encontréis dentro. ¿Quiénes son los prevaricadores? Quienes odian la ley de Dios; quienes la oyen, y no la hacen, se llaman prevaricadores. A los que hacen prevaricación odia, recházalos de ti. Pero debes odiar a los prevaricadores, no a los hombres. Un hombre prevaricador, ve que tiene dos nombres, hombre, y prevaricador: al hombre lo hizo Dios, prevaricador se hizo él mismo; ama en él lo que Dios hizo, persigue en él lo que él mismo se hizo. Pues cuando persigues su prevaricación, matas lo que hizo el hombre, y se libera lo que hizo Dios. "A los que hacen prevaricación odié."

6. No se me adhirió corazón perverso. ¿Qué es corazón perverso? Corazón torcido. ¿Qué es corazón torcido? Corazón no recto. ¿Qué es corazón no recto? Ve qué es corazón recto, y allí encuentras qué es corazón no recto. Corazón recto se dice del hombre, que todo lo que quiere Dios, no lo quiere él. Prestad atención. Ora alguien para que no suceda algo; ora, y no se le impide. Pida cuanto pueda: pero contra su voluntad sucede algo; sométase a la voluntad de Dios, no resista a la voluntad grande. Pues el mismo Señor así lo expone: mostrando nuestra debilidad en sí, cuando iba a padecer, dijo, "Mi alma está triste hasta la muerte." Pues no temía verdaderamente la muerte, quien tenía poder para poner su vida, y poder para volver a tomarla (Juan X, 18). Y Pablo apóstol, su soldado, su siervo clama: "He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe; por lo demás, me está reservada la corona de justicia, que me dará el Señor en aquel día el justo juez." Se regocija porque va a morir; y su Señor y Capitán está triste porque va a morir? Entonces, ¿mejor el siervo que el Señor? Y ¿dónde está lo que dice el mismo Señor: "Basta al siervo ser como su señor; basta al discípulo ser como su maestro" (Mat. X, 25)? He aquí que Pablo es fuerte ante la muerte venidera, y el Señor está triste? "Deseaba, dice, partir, y estar con Cristo" (Filip. I, 23). Se alegra porque va a partir, para estar con Cristo; y el mismo Cristo está triste, con quien este se alegra de estar? Pero, ¿qué era esa voz, sino el sonido de nuestra debilidad? Muchos aún débiles se entristecen por la muerte venidera: pero tengan corazón recto; eviten la muerte, cuanto puedan; pero si no pueden, digan lo que el mismo Señor no por sí, sino por nosotros dijo. Pues, ¿qué dijo? "Padre, si es posible, pase de mí este cáliz." He aquí tienes la voluntad humana expresada; ve ya el corazón recto: "Pero no lo que yo quiero, sino lo que tú quieres, Padre" (Mat. XXVI, 38, 39). Si, pues, el corazón recto sigue a Dios, el corazón perverso resiste a Dios. Algo le sucede adverso, clama: Dios, ¿qué te he hecho? ¿qué he cometido? ¿qué he pecado? Quiere parecer justo, a Dios injusto. ¿Qué tan perverso? No solo está torcido; y piensa que la regla torcida. Corrígete, y encuentras recto de donde te torciste. Él justo, tú injusto: y por eso estás pervertido, porque dices al hombre justo, y a Dios injusto. ¿Qué hombre justo dices? A ti mismo. Pues cuando dices, ¿Qué te he hecho?; te crees justo. Pero que te responda Dios: Dices la verdad, a mí nada me has hecho; pues todo te lo has hecho a ti. Pues si algo me hubieras hecho a mí, algo bueno habrías hecho. Pues todo lo que se hace bien, se me hace a mí; porque se hace por mi precepto: pero todo lo malo que se hace, se hace a ti, no se me hace a mí; porque el malo no hace nada sino a sí mismo, porque esto no lo mando yo. Tales cuando los veáis, hermanos, corregid, reprended, corregid: y si no podéis corregir o corregir, no consintáis; para que podáis decir. No se me adhirió corazón perverso.

7. Cuando el maligno se apartaba de mí, no lo reconocía. ¿Qué significa, no lo reconocía? No lo aprobaba, no lo alababa, no me agradaba. Encontramos en las Escrituras que a veces se dice reconocer en el sentido de agradarnos. ¿Qué puede ocultarse a Dios, hermanos? ¿Acaso conoce a los justos y no a los injustos? ¿Qué piensas que Él no sabe? No digo, ¿qué haces?; sino, ¿qué piensas que Él no sabe? No digo, ¿qué piensas?; sino, ¿qué vas a pensar que Él no

haya visto antes? Dios lo sabe todo: y sin embargo, al final, es decir, en el juicio después de la misericordia, dice de algunos: «En aquel día muchos vendrán y dirán: Señor, Señor, en tu nombre expulsamos demonios, en tu nombre hicimos muchas obras poderosas, en tu nombre comimos y bebimos; y les diré: Apartaos de mí, obradores de iniquidad; no os conozco» (Mateo VII, 22 y 23). ¿Acaso Él no conoce a alguien? Pero, ¿qué significa, No os conozco? En mi regla no os reconozco. Conozco la regla de mi justicia: no os ajustáis a ella, os habéis desviado de ella, estáis torcidos. Por eso aquí también dice, No lo reconocía. Cuando el maligno se apartaba de mí, no lo reconocía. ¿Qué significa, no lo reconocía? ¿Acaso porque el maligno, cuando se encuentra con el justo en un camino estrecho, dice para sí lo que está escrito en la Sabiduría de Salomón, Nos es gravoso incluso verlo (Sab. II, 15); y cambia de camino para no ver a quien no quiere? Pero, ¿cuántos son los malignos que vemos, y que nos ven, y no solo no se apartan de nosotros, sino que corren hacia nosotros, y a veces desean que sus iniquidades se cumplan a través de nosotros? A menudo nos sucede. Entonces, ¿cómo se apartan? Se aparta de ti quien es diferente a ti. ¿Qué significa, se aparta de ti? No te sigue. ¿Qué significa, no te sigue? No te imita. Por lo tanto, Cuando el maligno se apartaba de mí, es decir, cuando el maligno era diferente a mí, y no quería imitar mis caminos, no quería vivir como yo le propuse para imitación; no lo reconocía. ¿Qué significa, no lo reconocía? No porque no lo supiera, sino porque no lo aprobaba.

8. [vers. 5.] Al que calumniaba a su prójimo en secreto, a este perseguía. He aquí un buen perseguidor, no del hombre, sino del pecado. Con ojos altivos y corazón insaciable, con este no me sentaba a la mesa. ¿Qué significa, no me sentaba a la mesa? No comía con él. Prestad atención, queridos, porque vais a escuchar algo sorprendente. Si no se sentaba a la mesa con él, no comía; pues comer es alimentarse: ¿por qué entonces encontramos al mismo Señor comiendo con los soberbios? No con aquellos publicanos y pecadores, pues ellos eran humildes: reconocían su enfermedad y buscaban al médico. Encontramos que comía con aquellos soberbios fariseos. Pues un cierto soberbio lo había invitado: es aquel a quien le disgustó que una mujer pecadora, famosa en la ciudad, se acercara a los pies del Señor; y dijo en su corazón (porque tal era la pureza de los fariseos, que nadie impuro los tocara; si alguien impuro los tocaba siquiera un poco, se horrorizaban, no fuera que el toque impuro los hiciera impuros. Pero cuando aquella pecadora, famosa en la ciudad, se acercó a llorar a los pies del Señor, él al verla, dijo en su corazón): Si este fuera profeta, sabría qué clase de mujer se le ha acercado a los pies. ¿Cómo sabía que Cristo no sabía, sino porque sospechó que no sabía, ya que no la rechazó? Porque si él fuera, la habría rechazado. Pero el Señor no solo conocía a aquella mujer pecadora, sino que también veía las heridas incurables de aquel soberbio como médico. Pues dijo al escuchar su pensamiento, para mostrarle su soberbia: «Simón, tengo algo que decirte: Dos deudores había para cierto prestamista; uno le debía cincuenta denarios, el otro quinientos; como no tenían con qué pagar, perdonó a ambos: ¿quién lo amó más?» Y él pronunció sentencia contra sí mismo, forzado a confesar por la verdad: «Creo, Señor, a quien más perdonó. Y volviéndose hacia la mujer, dijo a Simón: ¿Ves a esta mujer? Entré en tu casa; no me diste agua para los pies: pero ella ha lavado mis pies con sus lágrimas» (Lucas VII, 36-44); y lo demás que sabéis. No es necesario detenerse más en otros asuntos por los cuales hemos traído este testimonio. Este fariseo era soberbio, y el Señor se sentaba a la mesa con él; entonces, ¿qué significa cuando dice, Con ojos altivos y corazón insaciable, con este no me sentaba a la mesa? ¿Qué significa, no me sentaba a la mesa? No comía con él. ¿Cómo nos propone estas cosas que él mismo no hizo? Nos exhorta a su imitación: lo vemos sentado a la mesa con los soberbios, ¿cómo nos prohíbe que nos sentemos con ellos? Nosotros, hermanos, por alguna corrección nos abstenemos incluso de nuestros hermanos, y no nos sentamos a la mesa con ellos, para que se corrijan. Nos sentamos más bien con extraños, con paganos, que con aquellos que están con nosotros, si los vemos vivir mal, para que se

avergüencen y se corrijan; como dice el Apóstol: Si alguno no obedece a nuestra palabra por carta, a este señaladlo, y no os mezcléis con él; y no lo consideréis como enemigo, sino corregidlo como a un hermano (II Tes. III, 14, 15). Hacemos esto a menudo por medicina; y sin embargo, con muchos extraños y con impíos a menudo comemos.

9. ¿Qué significa esto que dice, Con ojos altivos y corazón insaciable, con este no me sentaba a la mesa? El corazón piadoso tiene sus banquetes, el corazón soberbio tiene sus banquetes: pues por los mismos alimentos del corazón soberbio, por eso dijo, corazón insaciable. ¿De qué se alimenta el corazón soberbio? Si es soberbio, es envidioso: de otra manera no puede ser. La soberbia es madre de la envidia: no puede sino engendrarla, y siempre estar con ella. Todo soberbio, por tanto, es envidioso: si es envidioso, se alimenta de los males ajenos. Por eso dice el Apóstol: Si os mordéis y os devoráis unos a otros; mirad que no os consumáis unos a otros (Gál. V, 15). Ved, pues, a los que comen; no os sentéis a la mesa con ellos, huid de tal banquete; pues no se sacian alegrándose de los males ajenos, porque tienen un corazón insaciable. Cuida de no ser atrapado en sus banquetes por el lazo del diablo. De tales alimentos se alimentaban los judíos cuando crucificaron al Señor: pero porque se alimentaban como de la pena del Señor. (Pues también nosotros nos alimentamos de la cruz del Señor, porque comemos su cuerpo.) Decían, pues, al verlo colgado en la cruz, insultando, porque tenían un corazón insaciable; decían, pues: Si es Hijo de Dios, descienda de la cruz; a otros salvó, a sí mismo no puede salvarse (Mateo XXVII, 40, 42). Se alimentaban del alimento de su crueldad, y él se alimentaba del alimento de su misericordia. Padre, dijo, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Lucas XXIII, 34). Ellos, pues, tenían otros banquetes, él otros. Pero escuchad lo que se dice de la mesa de los soberbios: Sea su mesa delante de ellos en trampa, y en retribución, y en escándalo (Salmo LXVIII, 23). Se alimentaron, fueron atrapados. Pues como las aves en la trampa, o los peces en el anzuelo se alimentan, pero son atrapados; así también ellos. Los impíos, pues, tienen sus banquetes, y los piadosos tienen sus banquetes. Escucha los banquetes de los piadosos: Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados (Mateo V, 6). Si, pues, el piadoso se alimenta del alimento de la justicia, y el impío de la soberbia; no es de extrañar si tiene un corazón insaciable. Se alimenta del alimento de la iniquidad: no te alimentes del alimento de la iniquidad, y no se sentará a la mesa contigo el soberbio de ojos altivos y corazón insaciable.

10. [vers. 6.] ¿Y de qué te alimentabas tú? ¿Y qué te deleitaba, donde él no se sentaba a la mesa contigo? Mis ojos, dice, sobre los fieles de la tierra, para que se sienten conmigo. El Señor dice, Mis ojos sobre los fieles de la tierra, para que se sienten conmigo: es decir, para que se sienten conmigo. ¿Cómo se sentarían? Os sentaréis sobre doce tronos, juzgando a las doce tribus de Israel (Id. XIX, 28). Juzgan los fieles de la tierra, a quienes se les dice: ¿No sabéis que juzgaremos a los ángeles? (I Cor. VI, 3). Mis ojos sobre los fieles de la tierra, para que se sienten conmigo. El que camina en el camino inmaculado, este me servía. Me servía, dice, no a sí mismo. Pues muchos sirven el Evangelio, pero se sirven a sí mismos; porque buscan lo suyo, no lo de Jesucristo (Filip. II, 21). ¿Qué significa, servir a Cristo? Buscar lo que es de Cristo. Y aunque los malos anuncien el Evangelio, otros se salvan, ellos son castigados. Pues se ha dicho: Lo que dicen, haced; lo que hacen, no lo hagáis (Mateo XXIII, 3). No temas, pues, cuando escuchas el Evangelio de un malo. ¡Ay de aquel que se sirve a sí mismo, es decir, que busca lo suyo allí: tú, recibe lo de Cristo. El que camina en el camino inmaculado, este me servía.

11. [vers. 7.] No habitaba en medio de mi casa el que hacía soberbia. Referid esto a aquella casa, es decir, al corazón. No habitaba en mi corazón el que hacía soberbia: ninguno de tal clase habitaba en mi corazón; pues rebotaba de allí. Nadie habitaba en mi corazón; sino el manso y tranquilo; el soberbio no habitaba allí. Pues en el corazón del justo no habita el

injusto. Que el justo esté alejado de ti no sé cuántas millas y mansiones; habitáis juntos, si tenéis un solo corazón. No habitaba en medio de mi casa el que hacía soberbia. El que hablaba iniquidades no se dirigía en la presencia de mis ojos. Este es el camino inmaculado, donde entendemos cuándo viene a nosotros el Señor.

12. [vers. 8] Por la mañana destruía a todos los pecadores de la tierra. Esto es oscuro; dignaos prestar atención: ya es el final del Salmo. Por la mañana destruía a todos los pecadores de la tierra. ¿Por qué? Para destruir de la ciudad del Señor a todos los que obran iniquidad. Por tanto, hay en la ciudad del Señor quienes obran iniquidad, y como si se les perdonara ahora. ¿Por qué? Porque es tiempo de misericordia: pero vendrá también el juicio; porque así comenzó el Salmo, Misericordia y juicio cantaré a ti, Señor. Ya enumeró antes que no se le unieron sino los buenos. No se unió a los malos, ni se deleitaba en los banquetes de iniquidad de aquellos que se servían a sí mismos, no al Señor, es decir, que buscaban lo suyo. Y como si se le dijera, ¿Y por qué toleraste a tales en tu ciudad tanto tiempo? Es tiempo de misericordia, dice. ¿Qué significa, tiempo de misericordia? Aún no se ha revelado el juicio: es noche; aparecerá el día, aparecerá el juicio. Escucha al Apóstol: Así que no juzguéis nada antes de tiempo. ¿Qué significa, antes de tiempo? Antes del día. Escucha porque dijo antes del día: Hasta que venga el Señor, y ilumine lo oculto de las tinieblas, y manifieste los pensamientos del corazón; y entonces la alabanza será para cada uno de Dios (I Cor. IV, 5). Pues ahora, mientras no ves mi corazón y yo no veo tu corazón, es noche. No sé qué pediste a un hombre; no recibiste, piensas que te desprecian: y tal vez no te desprecian; pues no ves el corazón: y pronto blasfemas; en la noche se te debe perdonar el error. Alguien te ama, no sé quién, y piensas que te odia; o te odia, y piensas que te ama: pero sea lo que sea, es noche. No temas, confía en Cristo, en él ten el día: no hay nada malo que pensar de él, porque estamos seguros, y estamos ciertos de que no puede ser engañado; nos ama. Pero de nosotros mismos aún no estamos seguros. Pues Dios conoce nuestro amor mutuo: pero nosotros, aunque nos amemos mutuamente, ¿quién ve con qué disposición hacemos estas cosas? ¿Por qué nadie ve el corazón? Porque es noche. En esta noche abundan las tentaciones. Como si el mismo salmo hablara de esta noche: Pusiste tinieblas, y fue noche; en ella pasarán todas las bestias del bosque: los cachorros de león rugiendo para arrebatar, y para buscar de Dios alimento para sí (Salmo CIII, 20, 21). En la noche buscan alimento los cachorros de león. ¿Quiénes son los cachorros de león? Principados y potestades de este aire, demonios y ángeles del diablo (Efes. II, 2). ¿Cómo buscan alimento para sí? Cuando tientan. Pero porque no se acercan, a menos que Dios les haya dado poder; por eso se dice, Buscando de Dios alimento para sí. Pidió tentar a Job. ¿Qué clase de alimento? Opulento, gordo, justo de Dios, a quien el mismo Dios dio testimonio, y dijo: Hombre sin reproche, verdadero adorador de Dios fue. Pidió tentarlo, buscando de Dios alimento: y se le concedió tentarlo, pero no oprimirlo; purificarlo, no destruirlo; o tal vez ni siquiera purificarlo, sino probarlo. Sin embargo, también los que son tentados, a veces son entregados por su mérito oculto en manos del tentador, porque tal vez fueron entregados a sus concupiscencias. Pues el diablo no daña a nadie, a menos que haya recibido poder de Dios. Pero ¿cuándo? En la noche. ¿Qué significa, en la noche? En este tiempo. Pero cuando pase la noche, y venga el día, los malos son enviados con él al fuego eterno, y los justos a la vida eterna (Mateo XXV, 46). Allí no habrá tentador, porque no hay cachorros de león; porque la noche ha pasado. Por eso el Señor dijo a sus discípulos: Esta noche Satanás ha pedido zarandearos como a trigo; y yo he rogado por ti, Pedro, para que no falte tu fe (Lucas XXII, 31, 32). ¿Qué significa, zarandear como a trigo? Así como el trigo no es comido por el hombre, a menos que primero sea triturado, para hacer pan; así nadie es comido por el diablo, a menos que primero lo haya destruido por tribulación. Tritura, para comer: pero cuando eres tribulado, si permaneces grano, no te perturbes; nada te sucede. Así como cuando los bueyes trituran, ¿acaso solo entran al trigo? Se lanzan juntos con la

tribulación en la era. Pero, ¿acaso el trigo debe temer? De ninguna manera. Solo se corta la paja; el trigo se despoja de lo superfluo, y venga la ventilación, y encontrará la masa pura: el que encuentra grano lo pone en su granero; y el montón de paja lo quemará con fuego inextinguible (Mateo III, 12).

13. ¿Por qué dije esto? Porque tenemos el día en esperanza. El día debe ser para nosotros en Cristo. Pues mientras estamos entre tentaciones, es noche. En esta noche Dios perdona a los pecadores, para no quitarlos; los azota con tentaciones, para que se corrijan; los tolera en su ciudad. ¿Pensamos que siempre los tolerará? Si siempre es misericordia, no hay juicio: pero si, Misericordia y juicio cantaré a ti, Señor; ahora perdona, entonces juzgará. Pero ¿cuándo juzgará? Cuando pase la noche. Por eso dice, Por la mañana destruía a todos los pecadores de la tierra. ¿Qué significa, Por la mañana? Cuando ya haya venido el día, pasada la noche. Por la mañana destruía a todos los pecadores de la tierra. ¿Por qué les perdona hasta la mañana? Porque era noche. ¿Qué significa, era noche? Porque era tiempo de perdonar: perdonaba, cuando los corazones de los hombres eran ocultos. Ves a alguien vivir mal, lo toleras: no sabes qué será, porque es noche; si el que hoy vive mal, mañana vivirá bien; y si el que hoy vive bien, mañana será malo. Pues es noche, y Dios tolera a todos, porque es longánime. Tolera, para que los pecadores se conviertan a él. Pero los que no se corrigieren en este tiempo de misericordia, serán destruidos. ¿Y por qué serán destruidos? Para que sean dispersados de la ciudad del Señor, de la sociedad de Jerusalén, de la sociedad de los santos, de la sociedad de la Iglesia. ¿Cuándo serán destruidos? Por la mañana. ¿Qué significa, Por la mañana? Cuando haya pasado la noche. ¿Por qué ahora perdona? Porque es tiempo de misericordia. ¿Por qué no siempre perdona? Porque, Misericordia y juicio cantaré a ti, Señor. Hermanos, que nadie se engañe: serán destruidos todos los que obran iniquidad; los destruirá Cristo por la mañana, y los dispersará de su ciudad. Pero ahora, cuando es tiempo de misericordia, que lo escuchen. En todas partes clama por la Ley, por los Profetas, por los Salmos, por las Epístolas, por los Evangelios: ved que no calla, porque perdona, porque otorga misericordia; pero tened cuidado, porque vendrá el juicio.

EN EL SALMO CI COMENTARIO.

SERMON I. De la primera parte del Salmo.

1. [vers. 1.] He aquí un pobre que ora, y no ora en silencio. Por tanto, escuchemos y veamos quién es: no sea que sea aquel de quien dice el Apóstol: "Siendo rico, se hizo pobre por vosotros, para que con su pobreza vosotros fuerais enriquecidos" (II Cor. VIII, 9). Si es él, ¿cómo es pobre? Pues, ¿quién no ve cómo es rico? ¿De dónde son ricos los hombres? Creo que por el oro, la plata, la familia, la tierra: pero todas las cosas fueron hechas por él. ¿Qué hay más rico que aquel por quien fueron hechas las riquezas, incluso aquellas que no son verdaderas riquezas? Por él también esas riquezas, el ingenio, la memoria, las costumbres, la vida, la salud del cuerpo mismo, los sentidos, y la conformación de los miembros: pues cuando estas cosas están a salvo, incluso los pobres son ricos. Por él también esas mayores riquezas, la fe, la piedad, la justicia, la caridad, la castidad, las buenas costumbres: pues nadie tiene estas cosas, sino por aquel que justifica al impío (Rom. IV, 5). He aquí cuán rico es. ¿Quién es rico, el que tiene lo que desea por otro que lo hace, o el que hace lo que desea y otro lo tiene? Creo que es más rico aquel que hizo lo que tienes; porque lo que él tiene, tú no lo tienes. He aquí cuán rico es. ¿Cómo reconoceremos estas palabras en alguien tan rico: "Ceniza como pan comí, y mi bebida con llanto mezclé"? ¿A tal punto han llegado esas grandes riquezas? Muy alto aquello, muy bajo esto. ¿Qué haremos? ¿Cómo combinaremos estas cosas bajas con aquellas altas? Están demasiado lejos una de otra. Aún no reconozco a

este pobre; tal vez sea otro: pero sigamos buscando. ¿Por qué no nos parece él, es extraño si preguntas y no temes las riquezas: "En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios: esto estaba en el principio con Dios. Todas las cosas fueron hechas por él, y sin él no se hizo nada"? Quien dijo estas cosas, cuando las decía, era rico; cuánto más aquel de quien decía: "En el principio era el Verbo": y no cualquier Verbo, sino "Verbo Dios"; y no en cualquier lugar, sino "con Dios"; y no vacío, sino "todas las cosas fueron hechas por él". ¿Ceniza como pan comió, y su bebida con llanto mezcló? Es de temer que nuestra pobreza haga injuria a tan grandes riquezas. Sin embargo, busca aún si él es este pobre; porque "el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros" (Juan I, 1, 2, 3, 14). Mira también aquella voz: "Yo soy tu siervo y el hijo de tu sierva" (Sal. CXV, 16). Atiende a aquella sierva casta, y virgen, y madre: allí tomó nuestra pobreza, donde se vistió de la forma de siervo, vaciándose a sí mismo; para que no temieras sus riquezas, y no te atrevieras a acercarte a él con tu mendicidad. Allí tomó, digo, la forma de siervo, allí se vistió de nuestra pobreza; allí se empobreció, allí nos enriqueció. Ya nos acercamos a entender esto de él: sin embargo, aún no se debe pronunciar temerariamente. El parto de la virgen es una piedra cortada del monte sin manos (Dan. II, 34), donde ningún hombre trabajó, ninguna concupiscencia transfundida, sino solo la fe encendida, y la carne del Verbo concebida. Luego salió del vientre; los cielos hablaron, los ángeles anunciaron a los pastores (Luc. II, 7-14), la estrella atrajo a los magos para adorar al rey (Mat. II, 1, 2), Simeón lleno del Espíritu reconoció al Dios niño en las manos de su madre. La edad avanzó, no a la divinidad, sino a la carne. Se asombran y se maravillan de la sabiduría del niño de doce años, los ancianos ignorantes (Luc. II, 25-47). O incluso si son ancianos sabios, ¿qué es su sabiduría comparada con el Verbo de Dios? ¿Qué es su sabiduría comparada con la Sabiduría de Dios? ¿No es cierto que incluso los sabios, sin su ayuda, ciertamente perecerían? Aún crece en edad corporal: viene al río para ser bautizado; el bautizador reconoce a Dios, confiesa que es indigno de desatar la correa de su calzado (Marc. I, 7-11). Desde entonces, los ciegos son iluminados, a los sordos se les abre el oído, los mudos hablan, los leprosos son limpiados, los paralíticos son fortalecidos, los enfermos se recuperan, los muertos resucitan (Mat. XI, 5).

2. Ya en comparación con aquel Verbo por el cual todas las cosas fueron hechas, reconozco la pobreza de las riquezas; pero, ¿cuán lejos aún del polvo y del llanto con bebida? Aún temo decir, Él es; y sin embargo, quiero. Hay aquí cosas que me obligan a querer, y nuevamente algunas que me obligan a temer. Él es, y no es él. Ya está en la forma de siervo, ya lleva carne mortal y frágil, ya ha venido para morir, y sin embargo aún no se entiende en esta indigencia. Ceniza como pan comí, y mi bebida con llanto mezclé. Añada, pues, pobreza a la pobreza, y transforme en sí mismo el cuerpo de nuestra humildad (Filip. III, 21): sea nuestra cabeza, seamos sus miembros, sean dos en una sola carne. Pues ya para ser pobre al principio, tomando la forma de siervo (Id. II, 7), dejó al Padre: pero al nacer de la virgen, deje también a la madre, y adhiera a su esposa, y sean dos en una sola carne (Efes. V, 31, 32). Así serán dos y en una sola voz, y en esa única voz ya no nos maravillaremos de nuestra voz: Ceniza como pan comí, y mi bebida con llanto mezclé. Se dignó tenernos como miembros. También hay penitentes en sus miembros. No están excluidos, ni separados de su Iglesia: ni se uniría a sí mismo una esposa, sino con aquella voz, "Haced penitencia, porque el reino de los cielos se ha acercado" (Mat. III, 2). Escuchemos, pues, qué ora la cabeza (Efes. IV, 15) y el cuerpo, el esposo (Juan III, 29) y la esposa, Cristo y la Iglesia, ambos uno: pero el Verbo y la carne no ambos uno; el Padre y el Verbo ambos uno; Cristo y la Iglesia ambos uno, un cierto hombre perfecto en la forma de su plenitud: "Hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe, al conocimiento del Hijo de Dios, al hombre perfecto, a la medida de la edad de la plenitud de Cristo" (Efes. IV, 13). Pero hasta que lleguemos, aquí se lleva a cabo nuestra pobreza, aquí aún se lleva a cabo el trabajo y el gemido. Gracias a su misericordia. ¿De dónde le viene el

trabajo, de dónde el gemido al Verbo, por el cual todas las cosas fueron hechas? Si se dignó tener nuestra muerte, ¿no nos dará su vida? Nos ha elevado a una gran esperanza, con gran esperanza gemimos. El gemido tiene tristeza; pero hay un gemido que también tiene alegría. Creo que Sara, estéril, gemía con alegría cuando daba a luz: y nosotros, por tu temor, hemos concebido y dado a luz el espíritu de salvación (Isai. XXVI, 18). Escuchemos, pues, a Cristo pobre en nosotros y con nosotros, y por nosotros. Pues el mismo título indica al pobre. Finalmente, supongamos que he sospechado quién es este pobre; escuchemos la oración, y reconozcamos la persona: no sea que te equivoques, cuando escuches algo que no pueda aplicarse a su cabeza; por eso he hablado antes, para que cuando escuches algo así, notes que suena por la debilidad del cuerpo, y reconozcas la voz de los miembros en la cabeza. La oración del pobre, esto tiene el título, cuando estaba angustiado, y en la presencia del Señor derramó su súplica. Él mismo es el pobre, que en otro lugar dice: "Desde los confines de la tierra clamé a ti, cuando mi corazón estaba angustiado" (Sal. LX, 3). Este mismo pobre es, porque él mismo es Cristo; quien en el profeta se llamó a sí mismo, tanto esposo como esposa: "Como a un esposo me ha ceñido con una mitra; y como a una esposa me ha adornado con ornamento" (Isai. LXI, 10). Se llamó a sí mismo esposo, se llamó a sí mismo esposa; ¿de dónde esto, sino porque esposo por la cabeza, esposa por el cuerpo? Por tanto, una sola voz, porque una sola carne. Escuchemos, y más bien en estas voces también nos reconozcamos; y si nos vemos fuera, trabajemos por estar allí.

3. [vers. 2, 3.] "Escucha, Señor, mi oración, y mi clamor llegue a ti." Esto es, "Escucha, Señor, mi oración;" que es, "mi clamor llegue a ti:" en la repetición está el afecto del que pide. No apartes tu rostro de mí. ¿Cuándo Dios del Hijo? ¿Cuándo el Padre de Cristo? Pero por la pobreza de los miembros, "No apartes tu rostro de mí." En cualquier día que esté angustiado, inclina tu oído hacia mí. Pues estoy angustiado abajo; pero tú estás arriba: si me exalto, te alejas; si me humillo, inclinas tu oído hacia mí. Pero, ¿qué es, "En cualquier día que esté angustiado"? ¿Acaso ahora no está angustiado? ¿O diría esto, si no estuviera angustiado? Bastaría, pues, "Inclina tu oído hacia mí, porque estoy angustiado." "En cualquier día que esté angustiado, inclina tu oído hacia mí:" como unidad del cuerpo; si un miembro sufre, todos los miembros sufren con él (I Cor. XII, 26). Hoy estás angustiado, yo estoy angustiado; otro está angustiado mañana, yo estoy angustiado; después de esta generación, otros descendientes, que suceden a los descendientes, están angustiados, yo estoy angustiado; hasta el fin del mundo, cualquiera que en mi cuerpo esté angustiado, yo estoy angustiado. "En cualquier día," pues, "que esté angustiado, inclina tu oído hacia mí. En cualquier día que te invoque, escúchame pronto." Esto es lo mismo. Ya ahora invoco; pero, "En cualquier día que te invoque, escúchame pronto." Oró Pedro, oró Pablo, oraron los demás Apóstoles; oraron los fieles en aquellos tiempos, oraron los fieles en tiempos posteriores, oraron los fieles en tiempos de los mártires, oran los fieles en nuestros tiempos, orarán los fieles en tiempos futuros: "En cualquier día que te invoque, escúchame pronto." Escúchame pronto: pues ya pido lo que quieres dar. No terrenal como terrenal, sino ya redimido de la primera cautividad, deseo el reino de los cielos; "Escúchame pronto:" pues no dijiste sino con tal deseo, "Aún hablando tú, diré, Aquí estoy" (Isai. LVIII, 9). "En cualquier día que te invoque, escúchame pronto." ¿De dónde invocas? ¿De qué tribulación? ¿De qué indigencia? Oh pobre ante la puerta del Dios rico, ¿con qué deseo mendigas? ¿Con qué indigencia buscas? ¿Con qué pobreza llamas, para que se te abra? Di, escuchemos esa misma indigencia; en ella también nos encontremos, y contigo roguemos. Escucha, y reconoce, si puedes.

4. [vers. 4.] Porque se desvanecieron como humo mis días. Oh días, si días: pues donde se escucha días, se entiende luz. Pero se desvanecieron como humo mis días. Mis días, mis tiempos: ¿por qué como humo, sino por la elevación de la soberbia? Tales días mereció

recibir el soberbio Adán, de quien Cristo tomó carne. Por tanto, en Adán Cristo, y Adán en Cristo. Ciertamente liberó también de los días de humo, quien se dignó tener la voz de los días de humo. Porque se desvanecieron como humo mis días. Vean el humo semejante a la soberbia, ascendiendo, hinchándose, desvaneciéndose: con razón, pues, desvaneciéndose, no permaneciendo. Porque se desvanecieron como humo mis días; y mis huesos como en un sartén se han quemado. Y también mis huesos, y también mi fortaleza, no sin tribulación, no sin quemadura. Los huesos del cuerpo de Cristo, la fortaleza del cuerpo de Cristo, ¿dónde mayor que en los santos Apóstoles? Y sin embargo, vean los huesos quemarse: "¿Quién se escandaliza, y yo no me quemo?" (II Cor. XI, 29). Son fuertes, fieles, buenos intérpretes y predicadores de la palabra, viviendo como hablan, hablando como escuchan: ciertamente son fuertes, pero todos los que sufren escándalos, son su sartén. Pues allí está la caridad, y más en los huesos. Los huesos son más interiores que todas las carnes, y llevan todas las carnes. Pero si alguien sufre algún escándalo, y en su alma está en peligro; tanto se quema el hueso, cuanto ama. Falta amor, nadie se quema: está la caridad, y si un miembro sufre, sufriendo un miembro; ¿cómo se queman los que llevan todos los miembros? Mis huesos como en un sartén se han quemado.

5. [vers. 5.] Mi corazón ha sido herido como hierba, y se ha secado. Mira a Adán, de quien proviene el género humano. ¿De dónde sino de él se ha propagado la miseria? ¿De dónde sino de él esta pobreza hereditaria? Diga, pues, con esperanza ya en el cuerpo de Cristo, aquel alguna vez desesperado en su propio cuerpo, "Mi corazón ha sido herido como hierba, y se ha secado." Con razón, porque toda carne es hierba (Isai. XL, 6). Pero, ¿de dónde te ha sucedido esto? Porque me olvidé de comer mi pan. Pues Dios había dado el pan del precepto. Pues, ¿qué es el pan del alma, sino la palabra de Dios? Sugiriendo la serpiente, transgrediendo la mujer, tocó lo prohibido (Gen. III, 6), se olvidó del precepto: con razón fue herido como hierba, y se secó su corazón, porque se olvidó de comer su pan. Olvidó comer el pan, bebió veneno; fue herido su corazón, y se secó como hierba. Él es aquel herido en Isaías, de quien se dice, y a quien se dice: "No me enojaré para siempre con vosotros: pues el espíritu procede de mí, y yo hice todo aliento. Por un poco de pecado lo entristecí, y lo herí, y aparté mi rostro de él." Con razón aquí, "No apartes tu rostro de mí:" esto es, del herido, de quien dijiste, "Lo herí;" de quien dijiste, "Vi sus caminos, y lo sané" (Isai. LVII, 16-18). "Mi corazón ha sido herido como hierba, y se ha secado, porque me olvidé de comer mi pan." Ahora come lo que olvidaste. Pero vino también el mismo pan, en cuyo cuerpo puedes recordar la voz de tu olvido, y clamar desde la pobreza, para que tomes riquezas. Ahora come; pues estás en su cuerpo, quien dijo: "Yo soy el pan vivo que descendió del cielo" (Juan VI, 41). Olvidaste comer tu pan; pero ya crucificado él, se acordarán y se convertirán al Señor todos los confines de la tierra (Sal. XXI, 28). Después del olvido venga el recuerdo, coma el pan del cielo, para que viva; no el maná, como aquellos comieron y murieron (Juan VI, 49): pan del que se dice, "Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia" (Mat. V, 6).

6. [vers. 6.] A la voz de mi gemido se adhirieron mis huesos a mi carne. A la voz que entiendo, a la voz que conozco: A la voz de mi gemido, no a la voz del gemido de aquellos con quienes compadezco. Muchos gimen, gimo yo también; y esto gimo, porque gimen mal. Perdió una moneda, gime; perdió la fe, no gime: yo peso la moneda y la fe, y encuentro mayor gemido por el que gime mal, o no gime. Hace fraude, y se alegra. ¿Con qué ganancia? ¿Con qué pérdida? Adquirió dinero, perdió justicia. Gime de esto quien sabe gemir; quien se acerca a la cabeza, quien correctamente se adhiere al cuerpo de Cristo, gime de esto. Pero los carnales no gimen de esto, y se hacen dignos de gemir, porque no gimen de esto: ni podemos despreciarlos, o no gimiendo, o gimiendo mal. Queremos corregirlos, queremos enmendarlos, queremos repararlos: y cuando no podemos, gemimos; y cuando gemimos, no nos separamos

de ellos. Pues a la voz de mi gemido se adhirieron mis huesos a mi carne: se adhirieron los fuertes a los débiles, se adhirieron los firmes a los enfermos. ¿De dónde se adhirieron? A la voz de su gemido, no a la voz del gemido de ellos. ¿Por qué ley se adhirieron, sino por la que se dijo: "Debemos nosotros los fuertes soportar las flaquezas de los débiles" (Rom. XV, 1)? Se adhirieron mis huesos a mi carne.

7. [vers. 7, 8.] Me he vuelto semejante al pelícano que habita en la soledad; me he vuelto como el búho en las ruinas. He velado, y me he vuelto como el gorrión solitario en el tejado. He aquí tres aves y tres lugares; que el Señor nos conceda decir lo que significan, y que escuchéis provechosamente lo que se dice para vuestra salud. ¿Qué significan estas tres aves y tres lugares? ¿Cuáles son las tres aves? El pelícano, el búho y el gorrión; y los tres lugares, la soledad, las ruinas y el tejado. El pelícano en la soledad, el búho en las ruinas, el gorrión en el tejado. Primero, debemos hablar sobre qué es el pelícano. Esta ave nace en una región que nos es desconocida. Nace en las soledades, especialmente en el río Nilo, en Egipto. Sea cual sea esta ave, lo que el Salmo quiso decir sobre ella, eso debemos considerar. Habita, dice, en la soledad. ¿Qué buscas de su forma, sus miembros, su voz, sus costumbres? Lo que el Salmo te dice es que es un ave que habita en la soledad. El búho, un ave amante de la noche. Las ruinas se llaman así, lo que comúnmente llamamos ruinas, donde las paredes están sin techo, sin habitantes: allí habita el búho. Ahora bien, el gorrión y el tejado, sabéis lo que son. Encuentro, por tanto, a alguien del cuerpo de Cristo, un predicador de la palabra, compasivo con los enfermos, buscando las ganancias de Cristo, recordando a su Señor que vendrá, para que no diga: Siervo malo y perezoso, debías haber dado mi dinero a los banqueros (Mat. XXV, 26, 27). Desde el oficio de este dispensador, veamos estas tres cosas. Viene entre algunos donde no hay cristianos; es un pelícano en la soledad: viene a aquellos que fueron y cayeron, es un búho en las ruinas; pues no abandona las tinieblas de aquellos que habitan en la noche, y quiere ganarlos: viene a aquellos que son cristianos, que habitan en la casa, no como los que no han creído, o que han dejado lo que creyeron, sino que caminan tibios en lo que creen; el gorrión clama a ellos, no en la soledad, porque son cristianos; ni en las ruinas, porque no han caído; pero están en el tejado; más bien bajo el tejado, porque están bajo la carne. Aquel que está sobre la carne clama el gorrión, no calla los preceptos de Dios, ni se hace carnal para someterse al tejado. Porque el que está en el tejado, no descienda a tomar algo de la casa (Mat. XXIV, 17); y, Lo que oís al oído, predicadlo desde los tejados (Id. X, 27). Estas son las tres aves y los tres lugares; y un hombre puede tener la persona de las tres aves, y tres hombres pueden tener la persona de las tres aves; y los tres tipos de lugares son tres tipos de hombres; sin embargo, la soledad, las ruinas y el tejado no son más que tres tipos de hombres.

8. Pero, ¿qué más sobre esto? Veamos al mismo Señor, no sea que Él mismo sea, y mejor se le reconozca, el pelícano en la soledad, el búho en las ruinas, y el gorrión solitario en el tejado. Que nos hable este pobre, nuestra cabeza: pobre por voluntad, hable a los pobres en necesidad. Lo que se dice o incluso se lee sobre esta ave, es decir, el pelícano, no lo callemos; no afirmando algo temerariamente, pero tampoco callando lo que quienes escribieron quisieron que se leyera y dijera. Escuchad así, para que si es verdad, concuerde; si es falso, no os retenga. Se dice que estas aves matan a sus crías con golpes de pico, y las lloran en el nido durante tres días: finalmente, dicen que la madre se hiere gravemente a sí misma y derrama su sangre sobre los hijos, y al ser rociados reviven. Quizás esto sea verdad, quizás sea falso: sin embargo, si es verdad, ved cómo concuerda con aquel que nos vivificó con su sangre. Concuerda con él que la carne de la madre vivifique a sus hijos con su sangre; concuerda bastante. Pues él mismo se dice gallina sobre sus polluelos: Jerusalén, Jerusalén, cuántas veces quise reunir a tus hijos, como la gallina a sus polluelos bajo sus alas, y no

quisiste (Id. XXIII, 37). Tiene autoridad paterna, afecto materno: como también Pablo es padre y madre; no por sí mismo, sino por el Evangelio: padre donde dice, Aunque tengáis muchos pedagogos en Cristo, no muchos padres; pues en Cristo Jesús por el Evangelio yo os engendré (I Cor. IV, 15); madre donde dice, Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros (Galat. IV, 19). Por tanto, esta ave, si realmente es así, tiene gran similitud con la carne de Cristo, por cuya sangre hemos sido vivificados. Pero, ¿cómo concuerda con Cristo que ella misma mate a sus hijos? ¿O no le concuerda también a él: Yo mataré, y yo vivificaré; yo heriré, y yo sanaré (Deut. XXXII, 39)? ¿O acaso Saulo, el perseguidor, no habría muerto, si no hubiera sido herido desde el cielo (Act. IX, 4); o el predicador no habría sido levantado, si no hubiera sido vivificado por su sangre? Pero esto lo vean quienes escribieron; no debemos establecer nuestro entendimiento en la incertidumbre. Reconozcamos más bien a esta ave en la soledad; pues el Salmo quiso poner esto, Pelícano en la soledad. Creo que aquí se entiende a Cristo nacido de una virgen. Pues solo así, por eso soledad: nacido en soledad, porque solo así nació. Después del nacimiento vino la pasión: ¿por quiénes fue crucificado? ¿acaso por los que estaban de pie? ¿acaso por los que lloraban? Por tanto, como en la noche de su ignorancia, y como en las ruinas de su caída. He aquí el búho y en las ruinas, ama también la noche. Pues si no la amara, ¿de dónde diría, Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Luc. XXIII, 34)? Luego, nacido en soledad, porque solo así nació; padeció en las tinieblas de los judíos como en la noche, en la transgresión como en las ruinas: ¿qué después? Velé. Entonces, ¿dormiste en las ruinas, y dijiste: Yo dormí. ¿Qué significa, Yo dormí? Porque quise, dormí; amando la noche dormí: pero allí sigue, Y me levanté (Psal. III, 6). Por tanto, aquí, Velé. Pero después de haber velado, ¿qué hizo? Subió al cielo, se hizo como el gorrión volando, es decir, ascendiendo: solitario en el tejado, es decir, en el cielo. Por tanto, pelícano naciendo, búho muriendo, gorrión resucitando: allí en la soledad, como solo; aquí en las ruinas, como por ellos muerto, que no pudieron permanecer en el edificio; aquí ya velando y volando solitario en el tejado, allí intercede por nosotros (Rom. VIII, 34). Pues nuestra cabeza es el gorrión, su cuerpo la tórtola. Pues el gorrión encontró para sí casa. ¿Qué casa? Está en el cielo, intercede por nosotros. Y la tórtola nido para sí, la Iglesia de Dios nido de los maderos de su cruz; donde ponga sus polluelos (Psal. LXXXIII, 4), sus pequeños. Velé, y me hice como el gorrión solitario en el tejado.

9. [vers. 9.] Todo el día me reprochaban mis enemigos, y los que me alababan, contra mí juraban. Con la boca alababan, con el corazón preparaban insidias. Escucha su alabanza. Maestro, sabemos que enseñas el camino de Dios en verdad, y no haces acepción de personas: ¿es lícito dar tributo al César (Mat. XXII, 16, 17)? A quien alabas, engañas. ¿Por qué, sino porque los que me alababan, contra mí juraban? ¿De dónde este oprobio, sino porque vine a hacer a mis miembros pecadores, para que haciendo penitencia estén en mi cuerpo? De ahí todo el oprobio, de ahí la persecución: ¿Por qué vuestro maestro come con pecadores y publicanos? No necesitan médico los sanos, sino los enfermos (Id. IX, 11 y 12). Ojalá supierais que estáis enfermos, para que buscarais al médico; no lo mataríais, y por una soberbia demencia pereceríais con falsa salud.

10. [vers. 10.] Pero, ¿de dónde todo el día me reprochaban mis enemigos? ¿de dónde los que me alababan, contra mí juraban? Porque ceniza como pan comí, y mi bebida con llanto mezclaba. Porque quiso tener estos tipos de hombres en sus miembros para sanar y liberar, de ahí el oprobio. Hoy también, ¿cuál es el oprobio de los paganos contra nosotros? ¿qué pensáis, hermanos, qué pensáis que nos dicen? Corrompéis la disciplina, y pervertís las costumbres del género humano. ¿Por qué te enfureces? di por qué; ¿qué hemos hecho? Dando, dice, a los hombres lugar para la penitencia, prometiendo impunidad de todos los

delitos: por eso los hombres hacen el mal, seguros de que, cuando se conviertan, todo les será perdonado. De ahí el oprobio, Porque ceniza como pan comí, y mi bebida con llanto mezclaba. Oh tú que insultas, te invito a este pan. Pues no te atreves a decir que no eres pecador. Examina tu conciencia, sube al tribunal de tu mente, no te perdones, examínate, que te hable la médula de tu corazón; ve si te atreves a profesar inocencia. Aquí, si se mira a sí mismo, se turbará; si no se halaga, confesará. ¿Y qué harás, miserable, si no hay puerto de impunidad? Si solo hubo licencia para pecar, y no hay indulgencia de los pecados, ¿dónde estarás? ¿a dónde irás? Ciertamente, también por ti se hizo, para que este pobre ceniza como pan comiera, y su bebida con llanto mezclara. ¿No te agrada ya tal banquete? Pero, sin embargo, dice, los hombres aumentan los pecados con la esperanza del perdón. Más bien aumentarían los pecados por la desesperación del perdón. ¿No ves cómo viven con licencia cruel los gladiadores? ¿De dónde esto, sino que ya destinados como al hierro y a la víctima, quieren satisfacer su lujuria antes de derramar su sangre? ¿No te dirías esto a ti mismo: Ya soy pecador, ya iniquo, ya condenado, no hay esperanza de perdón; ¿por qué no hacer ya lo que me plazca, aunque no sea lícito? ¿Por qué no cumplir, cuanto pueda, cualquier deseo, si después de esto no quedan más que tormentos? ¿No te dirías esto, y por la misma desesperación serías peor? Más bien te corrige quien promete indulgencia, y dice: Volved, transgresores, al corazón (Isai. XLVI, 8). No quiero la muerte del impío; tanto que se convierta, y viva (Ezech. XXXIII, 11). Sin duda, con este puerto propuesto, bajas las velas de la iniquidad, giras la proa, navegas hacia la justicia, y esperando la vida, no descuidas la medicina. Ni en esto te desagrade Dios, como si por esta promesa de indulgencia hubiera hecho seguros a los pecadores. Pues para que los hombres no vivieran peor por desesperación, prometió el puerto de la indulgencia, de nuevo, para que no vivieran peor por la esperanza del perdón, hizo incierto el día de la muerte: estableciendo con gran providencia ambos, y a los que se convierten dónde sean recibidos, y a los que difieren de dónde sean aterrados. Come ceniza como pan, y mezcla tu llanto con tu bebida; por este banquete llegarás a la mesa de Dios. No desesperes; se te ha prometido indulgencia. Gracias a Dios, dice, porque se me ha prometido; tengo la promesa de Dios. Entonces ya vive bien. Mañana, dice, viviré bien. Dios te prometió indulgencia; nadie te prometió el día de mañana. Si viviste mal, vive bien ya hoy. Necio, esta noche te será quitada tu alma. No digo, Lo que preparaste, ¿de quién será? (Luc. XII, 20) sino, Según viviste, ¿dónde estarás? Corrígete, para que puedas en el cuerpo de Cristo tener esta voz, que, si no me equivoco, reconoces con gusto: Porque ceniza como pan comí, y mi bebida con llanto mezclaba.

11. [vers. 11.] A causa de tu ira y de tu indignación, porque me levantaste, me quebrantaste. Esa es tu ira, Señor, en Adán; ira con la que todos nacimos, a la que nos unimos al nacer; ira de la propagación de la iniquidad, ira de la masa del pecado: según la cual dice el Apóstol, Fuimos también nosotros en otro tiempo por naturaleza hijos de ira, como los demás; y de donde dice el Señor, La ira de Dios permanece sobre él, porque no ha creído en el unigénito Hijo de Dios (Joan. III, 36). Pues no dijo, La ira de Dios vendrá sobre él; sino, permanece sobre él: porque no se quita en la que nació. ¿Por qué, entonces, y qué significa esta voz, Porque me levantaste, me quebrantaste? Pues no dijo, Porque me levantaste, y me quebrantaste; sino, Porque me levantaste, me quebrantaste. Por eso me quebrantaste, porque me levantaste. ¿De dónde esto? El hombre en honor fue puesto, hecho a imagen de Dios: levantado a este honor, erguido del polvo, erguido de la tierra, recibió un alma racional, fue puesto sobre todas las bestias, ganados, aves, peces por la vivacidad de su razón (Gen. I, 26). ¿Cuál de estos tiene razón de inteligencia? Porque ninguno de estos fue hecho a imagen de Dios. Así como ninguno de estos tiene este honor, así ninguno de estos tiene esta miseria. Pues, ¿qué bestia llora por el pecado? ¿qué ave teme el infierno de fuego eterno? Porque no tiene participación en la vida bienaventurada, no tiene aguijones de miserias. Pero el hombre,

porque fue hecho para estar en la vida bienaventurada, si vive bien; por eso estará en la vida miserable, porque vivió mal. Por tanto, Porque me levantaste, me quebrantaste: por eso me sigue el castigo, porque me diste libre albedrío. Pues si no me hubieras dado libre albedrío, y por esta razón no me hubieras hecho mejor que las bestias, no me seguiría justa condenación pecando. Por tanto, por el libre albedrío me levantaste, y por el juicio de justicia me quebrantaste.

12. [vers. 12.] Mis días como sombra declinaron. Pues pudieron ser tus días no declinantes, si no hubieras declinado del verdadero día: declinaste, y recibiste días declinantes. ¿Qué maravilla si tus días se hicieron semejantes a ti? Pues son días declinantes, porque te desviaste, que son días de humo, porque te envaneciste. Pues antes había dicho, Mis días se desvanecieron como humo; y ahora dice, Mis días como sombra declinaron. En esta sombra debe reconocerse el día, en esta sombra debe verse la luz; no sea que después con tardía e infructuosa penitencia se diga: ¿Qué nos aprovechó la soberbia? y la jactancia de las riquezas, ¿qué nos benefició? Pasaron todas como sombra (Sap. V, 8, 9). Ahora di, Pasarán todas como sombra, y tú no pases como sombra. Mis días como sombra declinaron; y yo como heno me sequé. Pues también antes había dicho, Mi corazón fue herido como heno, y se secó. Pero el heno reverdecerá regado con la sangre del Salvador. Yo como heno me sequé: yo hombre, después de aquella transgresión; esto yo por tu justo juicio: pero tú, ¿qué?

13. [vers. 13.] Pero tú, Señor, permaneces para siempre. Mis días como sombra declinaron, y tú permaneces para siempre: el eterno salve al temporal. Pues no porque yo caí, tú envejeciste: pues vigorizas para liberarme, quien vigoraste para humillarme. Pero tú, Señor, permaneces para siempre; y tu memorial de generación en generación. Tu memorial, porque no olvidas; de generación, no una, sino de generación en generación: pues tenemos la promesa de la vida presente y futura (I Tim. IV, 8).

14. [vers. 14.] Tú levantándote te apiadarás de Sion, porque es tiempo de apiadarte de ella. ¿Qué tiempo? Pero cuando vino la plenitud del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la Ley. ¿Y dónde está Sion? Para redimir a los que estaban bajo la Ley (Galat. IV, 4, 5). Primero, pues, los judíos: de allí los Apóstoles, de allí aquellos más de quinientos hermanos (I Cor. XV, 6), de allí aquella multitud después, que tenía un alma y un corazón en Dios (Act. IV, 32). Por tanto, Tú levantándote te apiadarás de Sion, porque es tiempo de apiadarte de ella, porque ha llegado el tiempo. ¿Qué tiempo? He aquí ahora el tiempo aceptable, he aquí ahora el día de salvación (II Cor. VI, 2). ¿Quién dice esto? El siervo de Dios edificador, que decía, Sois edificio de Dios; que decía, Como sabio arquitecto puse el fundamento; y, Nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, que es Cristo Jesús (I Cor. III, 9-11).

14. [vers. 15.] Entonces, ¿qué dice aquí? Porque tus siervos se complacieron en sus piedras. ¿En las piedras de quién? En las piedras de Sion. Pero allí también hay polvo. ¿De quién no hay piedras? Entonces, ¿qué sigue? Y se compadecerán de su polvo. Reconozcamos las piedras en Sion, reconozcamos el polvo en Sion. No dice, Se compadecerán de sus piedras; sino, ¿qué dice? Porque tus siervos se complacieron en sus piedras, y se compadecerán de su polvo. Se complacieron en sus piedras; pero se compadecerán de su polvo. Entiendo las piedras de Sion, todos los Profetas: allí se anticipó la voz de la predicación, de allí se asumió el oficio evangélico, por esa proclamación se conoció a Cristo. Por tanto, tus siervos se complacieron en las piedras de Sion. Pero aquellos transgresores, alejándose del Señor y ofendiendo al Creador con sus malas acciones, regresaron a la tierra de donde fueron tomados. Se convirtieron en polvo, se hicieron impíos: de quienes se dice, No así los impíos,

no así; sino como el polvo que el viento arroja de la faz de la tierra (Salmo I, 4). Pero espera, Señor; ten paciencia, Señor; sé paciente, Señor: que no venga el viento y se lleve este polvo de la faz de la tierra. Que vengan, que vengan tus siervos, reconozcan en las piedras tus palabras, se compadezcan del polvo de Sion, que el hombre sea formado a tu imagen: que diga el polvo para no perecer, Recuerda que somos polvo (Salmo CII, 14). Y se compadecerán de su polvo. Esto sobre Sion. ¿Acaso no era polvo el que crucificó al Señor? Lo que es peor, polvo de las ruinas. Era polvo por completo: sin embargo, no en vano se dijo del polvo, Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Lucas XXIII, 34). De ese mismo polvo vino la pared de tantos miles de creyentes, y poniendo el precio de sus bienes a los pies de los Apóstoles. Por tanto, de ese polvo surgió humanidad formada y hermosa. ¿Quién de los Gentiles hizo esto? ¿Cuán pocos admiramos que hayan hecho esto en comparación con sus miles? De repente primero tres, luego cinco mil; todos viviendo en unidad, todos poniendo el precio de sus bienes vendidos a los pies de los Apóstoles, para que se distribuyera a cada uno según su necesidad, quienes tenían un alma y un corazón en Dios (Hechos II, 41, y IV, 4, 32, etc.). ¿Quién hizo esto incluso de este polvo, sino quien también hizo a Adán del polvo? Esto, por tanto, de Sion, pero no solo en Sion.

16. [vers. 16.] ¿Qué sigue entonces? Y temerán las naciones tu nombre, Señor, y todos los reyes de la tierra tu gloria. Ya que te has compadecido de Sion, ya que tus siervos se complacieron en sus piedras, reconociendo el fundamento de los Apóstoles y Profetas; ya que se compadecieron de su polvo, para que se formara, o más bien se reformara, un hombre vivo del polvo; de aquí creció la predicación entre las naciones: que teman tu nombre las naciones, y todos los reyes de la tierra tu gloria; que venga también otra pared de los Gentiles, que se reconozca la piedra angular (Efesios II, 20), allí se adhieran dos que vienen de diferentes lugares, pero ya no con sentimientos adversos.

17. [vers. 17.] Porque edificará el Señor a Sion. Esto se está haciendo ahora. ¡Ea, piedras vivas, corran a la estructura, no a la ruina! Se edifica Sion; cuídense de las ruinas: se edifica la torre, se edifica el arca; observen el diluvio. Esto se está haciendo ahora, Porque edificará el Señor a Sion. Pero una vez edificada Sion, ¿qué sucederá? Y se verá en su gloria. Para edificar Sion, para que hubiera un fundamento en Sion, fue visto desde Sion, pero no en su gloria: Lo vimos, y no tenía aspecto ni hermosura (Isaías LIII, 2). Pero cuando venga a juzgar con sus ángeles, cuando se reúnan ante él todas las naciones, cuando las ovejas sean separadas a la derecha y los cabritos a la izquierda (Mateo XXV, 31-33), ¿no verán entonces a quien traspasaron (Zacarías XII, 10)? Y se avergonzarán tarde, quienes no quisieron avergonzarse con el primer arrepentimiento y saludable. Edificará el Señor a Sion, y se verá en su gloria: quien primero fue visto en ella en su debilidad.

18. [vers. 18.] Miró a la oración de los humildes, y no despreció su súplica. En la edificación de Sion esto se está haciendo ahora; los que edifican Sion oran, gimen: ese único pobre, porque muchos pobres; porque miles en tantas naciones uno, porque unidad de paz de la Iglesia. Él mismo uno, él mismo muchos: uno, por la caridad; muchos, por la amplitud. Por tanto, ahora se ora, ahora se corre; ahora, si alguien era de otra manera, y de otra manera se comportaba, que coma ceniza como pan, y mezcle su bebida con llanto. Ahora es el tiempo, cuando se edifica Sion; ahora entran las piedras en la estructura: con el edificio perfecto y la casa dedicada, ¿por qué corres, buscando tarde, pidiendo en vano, llamando en vano, quedándote fuera con las cinco vírgenes necias (Mateo XXV, 12)? Ahora, por tanto, corre: Porque miró a la oración de los humildes, y no despreció su súplica.

19. [vers. 19, 20.] Que se escriban estas cosas para la generación futura. Cuando se escribían estas cosas, no eran tan útiles para aquellos entre quienes se escribían: se escribían para

profetizar el Nuevo Testamento, entre hombres que vivían del Antiguo Testamento. Pero también ese Antiguo Testamento Dios lo había dado, y en esa tierra de promesa había colocado a su pueblo. Pero porque tu memorial es de generación en generación, no es de los inicuos, sino de los justos: en una generación pertenece al Antiguo Testamento; pero en otra generación pertenece al Nuevo Testamento. Y porque esto que fue profetizado anuncia el Nuevo Testamento; Que se escriban estas cosas para la generación futura: y el pueblo que será creado alabará al Señor. No el pueblo que fue creado, sino el pueblo que será creado. ¿Qué más claro, hermanos míos? Aquí se predijo aquella creación de la que dice el Apóstol: Si alguno está en Cristo, nueva criatura es, las cosas viejas pasaron, he aquí todas son hechas nuevas; pero todas son de Dios (II Cor. V, 17 y 18). ¿Qué significa, pero todas son de Dios? Tanto las viejas como las nuevas, porque tu memorial es de generación en generación: Y el pueblo que será creado alabará al Señor. Porque miró desde su alto santuario. Miró desde lo alto, para venir a los humildes: desde lo alto se hizo humilde, para exaltar a los humildes.

SERMON II. De la segunda parte del Salmo.

1. Ayer escuchamos el gemido de un pobre en oración; y lo reconocimos como aquel que por nosotros se hizo pobre, siendo rico (II Cor. VIII, 9), y a quien se adhieren miembros que hablan a través de su cabeza. Pues allí también nos vimos a nosotros mismos; si es que por su gracia algo también nosotros. Pero ya habían terminado las palabras de los gemidos, y habían comenzado las de consolación; pero no pudieron terminarse ayer al tratar sobre ellas: en lo que queda, escuchemos hoy no ya al pobre gimiendo, sino gozando; gozando porque espera; esperando porque no presume de sí mismo. Predijo la felicidad de las cosas humanas en los Escritos de Dios, y añadió: Que se escriban estas cosas para la generación futura: y el pueblo que será creado alabará al Señor. Porque miró desde su alto santuario. Hasta aquí llegó el sermón de ayer; vean lo que sigue.

2. [vers. 20-22.] El Señor miró desde el cielo a la tierra, para escuchar el gemido de los prisioneros, para liberar a los hijos de los que fueron muertos. Encontramos en otro salmo dicho, Que entre en tu presencia el gemido de los prisioneros (Salmo LXXVIII, 11); y en ese lugar se entendía la voz de los mártires. ¿De dónde los mártires prisioneros? ¿No más bien encadenados que prisioneros? Pues sabemos que los santos mártires de Dios, llevados ante los jueces, recorriendo las provincias, fueron puestos en cadenas; pero no sabemos que fueran puestos en prisiones. Se reconocen también las prisiones de la disciplina de Dios y de su temor, de lo que se dice: El principio de la sabiduría es el temor del Señor (Eclesiástico I, 16). Pues por este temor los siervos de Dios no temieron a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma; porque temían a aquel que tiene poder para matar tanto el cuerpo como el alma en el infierno de fuego (Mateo X, 28). Pues si los mártires no hubieran estado atados con estas prisiones, ¿cuándo habrían soportado todas esas cosas duras y molestas de sus perseguidores, cuando les era libre hacer lo que se les obligaba, y escapar de lo que sufrían? Pero Dios los había atado con estas prisiones, duras y molestas por un tiempo, pero soportables por sus promesas, a quien se dice: Por las palabras de tus labios, yo guardé caminos duros (Salmo XVI, 4). Se debe gemir en estas prisiones para obtener la misericordia de Dios; de donde es la voz de los mártires en otro salmo, Que entre en tu presencia el gemido de los prisioneros: pero no deben evitarse tales prisiones, para que no se busque una libertad perniciosa, y la dulzura de una vida temporal y breve, que sigue a una amargura perpetua. Por tanto, la Escritura, para que no rechacemos ser prisioneros de la sabiduría, nos habla así: «Escucha, hijo, y recibe mi sentencia, y no rechaces mi consejo; y pon tu pie en sus prisiones, y en su collar tu cuello: somete tu hombro y llévala, y no odies sus cadenas. Con toda tu alma acércate a ella, y con toda tu fuerza guarda sus caminos: investiga y busca, y se te dará a conocer; y hecho constante, no la abandones. Pues al final encontrarás su descanso,

y se convertirá para ti en alegría, y sus prisiones serán para ti en protección de fortaleza, y su collar en manto de gloria. Pues en ella hay un adorno de oro, y sus cadenas son hilos de jacinto: te vestirás con el manto de gloria, y te pondrás la corona de exultación» (Eclesiástico VI, 24-32). Clamen, pues, los prisioneros, mientras están en las cadenas de la disciplina de Dios, en la que fueron ejercitados los mártires: se romperán las prisiones, y volarán, y esas mismas se convertirán después en ornamento. Esto se ha hecho con los mártires. ¿Qué hicieron los perseguidores al matarlos, sino romper las prisiones, y convertirlas en coronas?

3. Por tanto, el Señor miró desde el cielo, para escuchar el gemido de los prisioneros, para liberar a los hijos de los que fueron muertos. Aquellos fueron muertos; pero, ¿quiénes son los hijos de los que fueron muertos, sino nosotros? ¿Y cómo somos liberados nosotros, sino cuando le decimos: Rompiste mis cadenas; te ofreceré sacrificio de alabanza (Salmo CXV, 16 y 17)? Pues cada uno es liberado de las cadenas de malas codicias, o de los nudos de sus pecados. La remisión de los pecados es liberación. ¿De qué le habría servido a Lázaro, porque salió del sepulcro, si no se hubiera dicho: Desatadlo, y dejadlo ir (Juan XI, 44)? Él mismo con su voz lo resucitó del sepulcro, él mismo clamando devolvió el alma, él mismo venció la carga terrenal impuesta al sepultado, y salió él atado: no, pues, con sus propios pies, sino con la virtud del que lo sacaba. Esto sucede en el corazón del penitente: cuando escuchas a un hombre arrepentirse de sus pecados, ya ha revivido; cuando escuchas a un hombre confesando sacar su conciencia, ya ha sido sacado del sepulcro, pero aún no ha sido desatado. ¿Cuándo es desatado? ¿por quiénes es desatado? Lo que desatéis, dice, en la tierra, será desatado en el cielo (Mateo XVI, 19). Con razón a través de la Iglesia se puede dar la liberación de los pecados: pero resucitar al muerto no puede sino con el clamor interior del Señor; pues esto lo hace Dios interiormente. Hablamos a vuestros oídos; ¿cómo sabemos lo que se hace en vuestros corazones? Lo que se hace dentro, no lo hacemos nosotros, sino él.

4. Miró, pues, para liberar a los hijos de los que fueron muertos. ¿De qué muertos habéis oído, de qué hijos habéis oído? ¿Qué, pues, de esto? Para que se anuncie en Sion el nombre del Señor. Pues primero la Iglesia era oprimida, cuando eran muertos los prisioneros: después de esas presiones se anuncia en Sion el nombre del Señor, con gran libertad, en la misma Iglesia. Pues ella es Sion: no aquel único lugar primero soberbio, después cautivo; sino Sion de la cual era sombra aquella Sion, que se interpreta Especulación; por eso porque en la carne puestos vemos en lo anterior, extendiéndonos no a lo presente que es, sino a lo que será. Por eso especulación. Pues todo especulador ve de lejos. Se llama especula, donde se ponen los guardianes: se hacen estas especulas en las rocas, en los montes, en los árboles, para que desde un lugar más alto se vea de lejos. Sion, pues, especulación, Iglesia especulación. ¿De dónde especulación? Ver de lejos, esto es especulación. Hay trabajo ante mí, hasta que entre en el santuario de Dios, y entienda en lo último (Salmo LXXII, 16 y 17). ¿Qué especulación, entender en lo último? Pasar el mar viendo, no navegando, y habitar en lo último del mar (Salmo CXXXVIII, 9); es decir, poner allí la esperanza, en lo que será al final del siglo. Por tanto, si la Iglesia es especulación, allí ya se anuncia el nombre del Señor. No solo se anuncia el nombre del Señor en esta Sion, sino también su alabanza, dice, en Jerusalén.

5. [vers. 23.] ¿Y cómo se anuncia? En la reunión de los pueblos en uno, y los reinos, para que sirvan al Señor. ¿De dónde se hizo esto, sino de la sangre de los que fueron muertos? ¿de dónde se hizo esto, sino de los gemidos de los prisioneros? Fueron escuchados, pues, los que estaban en presión y humildad; para que en nuestros tiempos la Iglesia esté en tanta gloria, como la vemos, para que ya los reinos que perseguían, ellos mismos sirvan al Señor.

6. [vers. 24.] Le respondió en el camino de su fortaleza. ¿A quién le respondió, sino al Señor? ¿Quién le respondió, veamos arriba: Y su alabanza, dice, en Jerusalén; en la reunión de los

pueblos en uno, y los reinos, para que sirvan al Señor. Le respondió en el camino de su fortaleza. ¿Quién le respondió, o quién le respondió, en el camino de su fortaleza? Busquemos, pues, primero quién respondió, y así busquemos cuál es el camino de su fortaleza. Las palabras anteriores indican que le respondió, o su alabanza, o Jerusalén: pues arriba dijo, Y su alabanza en Jerusalén; en la reunión de los pueblos en uno, y los reinos, para que sirvan al Señor. Le respondió, no podemos decir, los Reinos; porque habría dicho, Respondieron. Le respondió, no podemos decir, los Pueblos; porque también aquí habría dicho, Respondieron. Porque, pues, le respondió, buscamos el número singular arriba, y no encontramos, sino o su alabanza, o Jerusalén. Y porque esto es ambiguo, si su alabanza, o Jerusalén, tratemos según ambos. ¿Cómo también le respondió su alabanza? Cuando le dan gracias los llamados por él. Pues él llama, nosotros respondemos; no con voz, sino con fe; no con lengua, sino con vida. Pues si Dios te llama, y te manda vivir bien, y tú vives mal, no respondes a su llamada, ni su alabanza le responde de ti; porque vives de tal manera que él no es alabado, sino más bien blasfemado por ti: pero cuando vivimos de tal manera que por nosotros es alabado Dios, le responde su alabanza. De los llamados y santos suyos, le respondió también Jerusalén. Pues fue llamada también Jerusalén, y la primera Jerusalén no quiso escuchar, y se le dijo: He aquí vuestra casa será dejada desierta. Jerusalén, Jerusalén (clama, y no se le responde), ¡cuántas veces quise reunir a tus hijos, como la gallina a sus polluelos bajo sus alas, y no quisiste! (Mateo XXIII, 38, 37). No se le responde: se llueve desde arriba, y en lugar de fruto se producen espinas. Pero aquella Jerusalén, de la que se dijo, Alégrate, estéril, que no das a luz; rompe y clama, que no das a luz, porque muchos son los hijos de la desolada, más que de la que tiene marido (Isaías LIV, 1; Gálatas IV, 27); le respondió. ¿Qué es, le respondió? No despreció al que llama. ¿Qué es, le respondió? Él llovió, ella dio fruto.

7. Le respondió, pero ¿dónde? En el camino de su fortaleza. ¿Acaso en sí misma? Pues, ¿qué habría en sí misma, o qué voz tendría en sí misma, de sí misma, sino solo la voz del pecado, la voz de la iniquidad? Examina su voz, ¿qué encuentras sino mucho, Yo dije, Señor, ten misericordia de mí; sana mi alma, porque he pecado contra ti (Salmo XL, 5)? Pero, si ha sido justificada, le respondió, no por sus méritos, sino por sus manos. ¿Dónde? En el camino de su fortaleza. Cristo es, él mismo es: Yo soy, dice, el camino, la verdad, y la vida (Juan XIV, 6). Pero antes de la resurrección no era reconocido por su pueblo; y especialmente crucificado por debilidad (II Cor. XIII, 4) se ocultó quién era, hasta que fuerte resucitando apareció. No le respondió, pues, la Iglesia en el camino de la debilidad, sino en el camino de su fortaleza; porque después de la resurrección llamó a la Iglesia de todo el orbe, ya no débil en la cruz, sino fuerte en el cielo. Pues no es alabanza de la fe de los cristianos, porque creen en Cristo muerto; sino porque creen que resucitó Cristo. Pues muerto también el pagano cree; y esto te lo objeta como crimen, porque creíste en un muerto. ¿Cuál es, pues, tu alabanza? Creer que resucitó Cristo, y esperar que tú resucitarás por Cristo: esta es la alabanza de la fe. Pues si creyeres en tu corazón que el Señor es Jesús, y confesares con tu boca que Dios lo resucitó de los muertos, serás salvo. No dice, Si confesares que Dios lo entregó para ser muerto; sino, que Dios lo resucitó de los muertos si confesares, entonces serás salvo. Pues con el corazón se cree para justicia; pero con la boca se hace confesión para salvación (Romanos X, 9, 10). ¿Por qué, pues, creemos también en el muerto? Porque no podemos creer que resucitó, si primero no creemos que murió. Pues, ¿quién resucita, si no ha muerto primero? ¿quién despierta, si no ha dormido primero? Pero, ¿acaso el que duerme, no añadirá que resucitará (Salmo XL, 9)? Esta es la fe de los cristianos. En esta fe, pues, en la que se congregó la Iglesia, muchos aquellos hijos de la desolada, más que de la que tiene marido; le respondió, le dijo alabanza según sus preceptos; en el camino de su fortaleza, no en el camino de su debilidad.

8. Cómo le respondió, ya lo habéis oído antes: En la reunión de los pueblos en uno, y los reinos, para que sirvan al Señor. En esto le respondió, en la unidad: pero quien no está en la unidad, no le responde. Porque él es uno, la Iglesia es unidad: no responde a uno, sino a la unidad. Pero existen quienes dicen. Ya se ha hecho esto; la Iglesia le respondió en todas las naciones, engendrando más hijos que aquella que tenía marido, respondió en el camino de su fortaleza; pues creyó que Cristo resucitó, creyeron en él todas las naciones: pero aquella Iglesia que fue de todas las naciones, ya no es; ha perecido. Esto dicen quienes no están en ella. ¡Oh voz impúdica! ¿No es ella porque tú no estás en ella? Mira que no seas tú quien no está; pues ella será, aunque tú no estés. Esta voz abominable, detestable, llena de presunción y falsedad, sin ningún apoyo de verdad, sin ninguna sabiduría iluminada, sin ninguna sal condimentada, vana, temeraria, precipitada, perniciosa, la previó el Espíritu de Dios, y como contra ellos cuando anunciaba la unidad: En la reunión de los pueblos en uno, y los reinos, para que sirvan al Señor. Y cuando añadió, Le respondió, ciertamente su alabanza, ciertamente Jerusalén nuestra madre que ha de ser llamada de la peregrinación, fecunda con muchos hijos, más que aquella que tenía marido; porque algunos iban a decir en contra, Fue, y no es: La brevedad, dice, de mis días anúnciame. ¿Qué es esto, que algunos alejándose de mí, murmuran contra mí? ¿Qué es esto, que los perdidos sostienen que he perecido? Ciertamente dicen esto, porque fui, y no soy: Anúnciame la brevedad de mis días. No te pido aquellos días eternos: ellos son sin fin, donde estaré; no los pido: pido días temporales, anúnciame días temporales: La brevedad de mis días, no la eternidad de mis días, anúnciame. ¿Cuánto tiempo estaré en este mundo, anúnciame. por aquellos que dicen, Fue, y ya no es: por aquellos que dicen, Se han cumplido las Escrituras, todas las naciones creyeron, pero la Iglesia apostató y pereció de todas las naciones. ¿Qué es esto, Anúnciame la brevedad de mis días? Y lo anunció, y no quedó vacía esa voz. ¿Quién me lo anunció, sino el mismo camino? ¿Cómo lo anunció? He aquí que yo estoy con vosotros hasta la consumación del siglo (Mat. XXVIII, 20).

9. Pero aquí existen, y dicen: Estoy con vosotros, dice, hasta la consumación del siglo; porque nos preveía, porque la parte de Donato estará en la tierra. ¿Acaso es ella la que dijo, Anúnciame la brevedad de mis días; y no más bien aquella que hablaba antes, En la reunión de los pueblos en uno, y los reinos, para que sirvan al Señor? ¿De dónde os duele el corazón? Porque también los emperadores proponen leyes contra los herejes: allí se cumplió, Y los reinos, para que sirvan al Señor. Pues no sois hijos de aquellos muertos, cuya voz de los encadenados fue escuchada por el Señor. Lejos de eso: no lo indican vuestras obras, no lo indica vuestra soberbia, no lo indica vuestra vanidad: no sabéis, y estáis fuera; sois sal insípida, por eso también sois pisoteados por los hombres (Mat. V, 13). Escuchad lo que dice: ¿qué Iglesia? La que reunió a los pueblos en uno. ¿Qué Iglesia? La que reunió a los reinos, para que sirvan al Señor. Movida por vuestras voces y vuestras falsas opiniones, pide a Dios que le anuncie la brevedad de sus días, y encuentra que el Señor dijo: He aquí que yo estoy con vosotros hasta la consumación del siglo. Aquí decís: De nosotros dijo; nosotros somos, nosotros seremos hasta la consumación del siglo. Pregúntese al mismo Cristo, a quien se le dijo, «Anúnciame la brevedad de mis días. Y se predicará,» dice, «este Evangelio en todo el mundo, en testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin» (Id. XXIV, 14). ¿Qué es lo que decías: Esto ciertamente fue y pereció? Escucha al Señor anunciando la brevedad de mis días. Se predicará, dice, este Evangelio. ¿Dónde? En todo el mundo. ¿A quiénes? En testimonio a todas las naciones. ¿Qué después? Y entonces vendrá el fin. ¿No ves que aún hay naciones en las que no se ha predicado el Evangelio? Cuando, por tanto, es necesario que se cumpla lo que el Señor dijo, anunciando la brevedad de mis días a la Iglesia, para que se predique este Evangelio en todas las naciones, y entonces venga el fin; ¿qué es lo que dices

que ya ha perecido la Iglesia de todas las naciones, cuando para esto se predica el Evangelio, para que pueda estar en todas las naciones? Por tanto, hasta el fin del siglo la Iglesia en todas las naciones; y esa es la brevedad de los días, porque es breve todo lo que tiene fin; para que ya se pase a la eternidad desde esta brevedad. Perezcan los herejes, perezcan lo que son, y sean encontrados para ser lo que no son. La brevedad de los días será hasta el fin del siglo: brevedad por eso, porque todo este tiempo, no digo desde el día de hoy hasta el fin del siglo, sino desde Adán hasta el fin del siglo, es una pequeña gota comparada con la eternidad.

10. [vers. 25.] No se engañen, pues, los herejes contra mí, porque dije, La brevedad de mis días, como si no fuera a permanecer hasta el fin del siglo. ¿Qué añadió? No me revoques en la mitad de mis días. No hagas conmigo como hablan los herejes. Llévame hasta el fin del siglo, no en la mitad de mis días; y completa para mí los días breves, para que después me des días eternos. ¿Por qué, entonces, preguntaste sobre la brevedad de los días? ¿Por qué? ¿Quieres escuchar? En la generación de generaciones tus años. Por eso pregunté sobre los días breves, porque aunque duren conmigo estos días hasta el fin del siglo, son breves en comparación con tus días: Porque tus años en la generación de generaciones. ¿Por qué no dijo, Tus años en los siglos de los siglos; así es como más se suele significar la eternidad en las santas Escrituras: sino que dijo, En la generación de generaciones tus años? pero ¿qué años tuyos? ¿Cuáles, sino los que no vienen y pasan? ¿Cuáles, sino los que no vienen para no ser? Pues todo día en este tiempo viene para no ser; toda hora, todo mes, todo año: nada de esto permanece; antes de que venga, será; cuando venga, no será. Por tanto, esos años tuyos eternos, tus años que no cambian, estarán en la generación de generaciones. Hay una generación de generaciones; en ella estarán tus años. ¿Cuál es esta? Hay una, y si la reconocemos bien, en ella estaremos, y los años de Dios estarán en nosotros. ¿Cómo estarán en nosotros? Como Dios mismo estará en nosotros: de donde se dijo, Para que Dios sea todo en todos (I Cor. XV, 28). Pues no es otra cosa los años de Dios, y otra cosa él mismo: sino que los años de Dios, es la eternidad de Dios: la eternidad, es la misma sustancia de Dios, que no tiene nada mutable; allí no hay nada pasado, como si ya no fuera; nada futuro, como si aún no fuera. No hay allí sino, Es; no hay allí, Fue y será; porque lo que fue, ya no es; y lo que será, aún no es: pero todo lo que allí es, no es sino es. Con razón así envió Dios a su siervo Moisés. Pues preguntó el nombre del que lo enviaba; preguntó, y escuchó, ni fue desechado el deseo de la buena concupiscencia. Pero preguntó, no como curiosidad de presunción, sino por necesidad de ministrar. ¿Qué, dice, diré a los hijos de Israel, si me dicen: ¿Quién te envió a nosotros? Y él indicando que es el Creador de la criatura, Dios al hombre, inmortal al mortal, eterno al temporal: Yo, dice, soy el que soy. Tú dirías, Yo soy. ¿Quién? Gayo; otro, Lucio; otro, Marco. ¿No dirías otra cosa, sino tu nombre? Esto se esperaba de Dios. Esto era lo que se preguntaba. ¿Cómo te llamas? ¿Por quién responderé que he sido enviado a los que preguntan? Yo soy. ¿Quién? El que soy. ¿Es este tu nombre? ¿es esto todo lo que te llamas? ¿Sería para ti el nombre mismo ser, si todo lo que es otro, comparado contigo, se encontrara que no es verdaderamente? Este es tu nombre: expresa esto mismo mejor. Ve, dice, y di a los hijos de Israel: El que es, me envió a vosotros. Yo soy el que soy: el que es, me envió a vosotros. Grande es el Ser, grande es el Ser. ¿Qué es el hombre ante esto? Ante ese tan grande Ser, ¿qué es el hombre, lo que sea que sea? ¿Quién alcanzará ese ser? ¿quién será partícipe de él? ¿quién suspirará? ¿quién aspirará? ¿quién presumirá poder estar allí? No desesperes, fragilidad humana. Yo soy, dice, el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob (Éxodo III, 13-15). Has oído lo que soy en mí, escucha también lo que soy por ti. Por tanto, esta eternidad nos llamó, y brotó de la eternidad el Verbo. Ya eternidad, ya Verbo, y aún no tiempo. ¿Por qué aún no tiempo? Porque se hizo también el tiempo. ¿Cómo se hizo también el tiempo? Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada fue hecho (Juan I, 3). Oh Verbo antes de los tiempos, por el cual fueron hechos los tiempos, nacido

también en el tiempo, siendo vida eterna, llamando a los temporales, haciendo eternos. Esta es la generación de generaciones. Pues la generación va, y la generación viene (Eclesiastés I, 4). Y veis las generaciones de los hombres ser así en la tierra, como en el árbol las hojas; pero en el árbol del olivo, o del laurel, o de cualquier otro que esté vestido de follaje todo el tiempo. Así como hojas el género humano la tierra lleva: está llena de hombres, pero mientras unos mueren, otros nacen sucediéndoles. Pues siempre ese árbol está adornado con vestidura verde: pero mira debajo cuántas hojas secas pisas.

11. Por tanto, hubo una generación bajo Adán, pasó. Nacieron de allí algunos futuros partícipes de la eternidad de Dios incluso en ese tiempo: pues de allí Abel, de allí Set, de allí Enoc. Pasó esa generación, vino el diluvio, quedó una sola casa. Y esa generación dio algunos, el mismo Noé, y sus tres hijos, y sus tres nueras: pues en toda esa casa de ocho solo uno fue hallado pecador. Se añadió número a la generación anterior. Luego de los tres hijos de Noé, como de tres medidas de harina, se llenó el mundo. Fue elegido Abraham, Isaac, y Jacob; hombres santos, patriarcas, agradaron a Dios (Génesis IV-XXVIII). Y esa generación dio también siguientes generando, dieron profetas, dieron pregoneros de Dios. Vino también después nuestro mismo Señor Jesucristo, puso levadura en tres medidas de harina, hasta que todo fermentara (Mateo XIII, 33). En los tiempos en la tierra de su carne hubo apóstoles, hubo santos; después de ellos otros santos: y ahora en el nombre de Cristo quienes sean santos, y después de nosotros quienes sean, y hasta el fin del siglo quienes sean santos. De tantas generaciones recogerás todas las santas proles de todas las generaciones, y harás de ellas una generación: En esa generación de generaciones tus años, es decir, esa eternidad en esa generación será, que de todas las generaciones se recoge, y en una se reduce; ella será partícipe de tu eternidad. Las demás generaciones se generan para cumplir los tiempos, de las cuales esa se regenera para siempre; cambiada vivificará, será idónea para llevarte, recibiendo fuerzas de ti. En la generación de generaciones tus años.

12. [vers. 26-28.] En el principio fundaste la tierra, Señor. Conozco tu eternidad, que precedes a todo lo que hiciste. En el principio fundaste la tierra, Señor; y obra de tus manos son los cielos. Ellos perecerán; pero tú permaneces: y todos como vestidura se envejecerán, y como manto los cambiarás, y serán cambiados; pero tú eres el mismo. ¿Tú quién eres? Tú eres el mismo. Tú que dijiste, Yo soy el que soy, tú eres el mismo. Y aunque también ellos no serían sino de ti, y por ti, y en ti, sin embargo no lo que tú eres: Pues tú eres el mismo. Y tus años no faltarán. Esos años tuyos no faltarán, esos años tuyos que serán en la generación de generaciones, no faltarán. Por tanto, sabiendo esto, preguntaría sobre la brevedad de mis días a ti, si no supiera que todos los días del siglo desde el principio hasta el fin son breves en comparación con tu eternidad. Por tanto, sé de dónde pregunté. No se enorgullezcan los herejes, como si fueran breves los días de la Iglesia, difundida por todo el mundo; pues también hasta el fin, aunque sean, son breves. ¿Por qué son breves? Porque alguna vez han de terminar. Esos años que serán en la generación de generaciones, esos son amables, esos deseables, por esos se suspira; por esos se debe permanecer en unidad, por esos se debe evitar todo mal de los herejes, por esos se debe responder a los perdidos, por esos se debe ganar a los que erraron, y se debe llamar de nuevo a los que perecieron: allí debe estar el deseo. Pero sin embargo, para los verbosos, para los que hablan mal, para los calumniadores, murmuradores, detractores, respondo, por eso anúnciame la brevedad de mis días; y no me revoques en la mitad de mis días, para que no me quites de la tierra antes de que todo el mundo sea llenado con el Evangelio, contra la respuesta de mi Señor, diciendo: Es necesario que se predique este Evangelio en todo el mundo, en testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin (Mateo XXIV, 14). ¿Qué a esto, hermanos? Son claras, son manifiestas: Dios fundó la tierra, lo sabemos; obra de sus manos son los cielos. Pues no

penséis que Dios hace una cosa con la mano, otra con la palabra. Lo que hace con la palabra, eso hace con la mano; pues no está dividido en miembros corporales, quien dijo, Yo soy el que soy. Y tal vez su palabra es su mano. Ciertamente su mano es su poder. Pues porque se dijo, Hágase el firmamento, y se hizo el firmamento; se entiende que lo hizo con la palabra: porque dijo, Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza (Génesis I, 6, 26); parece que lo hizo con la mano. Escucha, pues: Obra de tus manos son los cielos. He aquí lo que hizo con la palabra, ciertamente también lo hizo con las manos; porque con su poder, porque con su potestad lo hizo. Atiende más bien a lo que hizo, y no busques cómo lo hizo. Es mucho para ti comprender cómo lo hizo, cuando te hizo a ti mismo así, para que primero seas siervo obediente, y después tal vez amigo inteligente. Por tanto, Obra de tus manos son los cielos.

13. Ellos perecerán; pero tú permaneces. Claramente lo dijo el apóstol Pedro: Los cielos eran antiguamente de agua y por agua constituidos por la palabra de Dios; por los cuales el mundo que fue hecho, inundado de agua pereció: pero la tierra y los cielos que ahora son, por la misma palabra están reservados para el fuego (II Pedro III, 5-7). Ya dijo que los cielos perecieron por el diluvio: pero sabemos que los cielos perecieron según la cantidad y los espacios de este aire. Pues el agua creció, y ocupó toda esa capacidad donde vuelan las aves; y así ciertamente los cielos perecieron cercanos a las tierras: cielos, según los cuales se dice aves del cielo. Pero hay también cielos de los cielos superiores en el firmamento: pero si también ellos perecerán por el fuego, o solo estos cielos que también perecieron por el diluvio, es una disquisición algo más escrupulosa entre los doctos, y no fácilmente, especialmente en la estrechez del tiempo, se puede explicar. Dejemos, pues, o difiramos eso; sepamos, sin embargo, que estas cosas perecen, Dios permanece. Y si permanecen algunas cosas con Dios, que fueron hechas por Dios, no permanecen en sí, sino en Dios, no alejándose de Dios. Pues ¿qué? ¿diremos, hermanos, que los ángeles perecerán por el fuego, con el que se encenderá el mundo? Lejos de eso. Pero ¿qué? ¿diremos que Dios no hizo a los ángeles? Lejos de eso. Pero ¿qué diremos? ¿Y de dónde serían, si no hubieran sido hechos por él? Él dijo, y fueron hechas; él mandó y fueron creadas (Salmo XXXII, 9). Pues esto se dijo, cuando se hacía la conmemoración de sus obras, en las cuales también se nombraron los ángeles. Por tanto, estarán con él los ángeles, incluso con el mundo ardiendo en fuego; y será el incendio del mundo, no incendiando a los santos de Dios: lo que fue el horno del rey para los tres jóvenes (Daniel III), eso será el mundo ardiente para los justos sellados en la Trinidad.

14. Quizás aquí no sea inapropiado entender por cielos a los justos, los santos de Dios, en quienes Dios, permaneciendo, ha tronado con preceptos, ha resplandecido con milagros, ha regado la tierra con la sabiduría de la verdad; pues los cielos cuentan la gloria de Dios (Salmo XVIII, 2). Pero, ¿acaso también ellos perecerán? ¿O perecerán de alguna manera? ¿De qué manera? Según el vestido. ¿Qué significa, según el vestido? Según el cuerpo. Pues el cuerpo es el vestido del alma; el Señor lo llamó vestido cuando dijo: ¿No es el alma más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido? (Mateo VI, 25). ¿Cómo, entonces, perece el vestido? Aunque nuestro hombre exterior se corrompe, el interior se renueva de día en día (II Cor. IV, 16). Por lo tanto, ellos perecerán, pero según el cuerpo: Tú, sin embargo, permaneces. Si, entonces, perecerán según el cuerpo, ¿dónde está la resurrección de la carne? ¿Dónde el ejemplo de los miembros que precedió en la cabeza? ¿Dónde? ¿Quieres escuchar? Se transformará; no será tal como fue. Escucha al Apóstol diciendo: Y los muertos resucitarán incorruptibles, y nosotros seremos transformados. ¿Cómo seremos transformados? Se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual (I Cor. XV, 52, 4). Así que se siembra mortal, resucitará inmortal; se siembra corruptible, resucitará incorruptible. Esperamos, por tanto, la transformación: así perecerán los cielos, y los cielos se

transformarán. Pero, ¿acaso no se dice correctamente que los cuerpos de los santos son cielos? Si no llevan a Dios, no son cielos. ¿Y de dónde, dices, me pruebas que llevan a Dios? ¿Acaso se te ha olvidado, Glorificad y llevad a Dios en vuestro cuerpo (I Cor. VI, 20)? Por lo tanto, tales cielos perecerán, pero no para siempre; perecerán para ser transformados. ¿No dice esto el Salmo? Lee lo siguiente: "Y todos ellos se envejecerán como un vestido, y como un manto los cambiarás, y serán cambiados; pero tú eres el mismo, y tus años no acabarán." Oyes vestido, oyes manto, ¿y entiendes algo diferente al cuerpo? Esperemos, entonces, también la transformación de nuestros cuerpos, pero de aquel que era antes de nosotros, y permanece después de nosotros; de quien somos lo que somos, a quien llegaremos cuando seamos transformados; el que transforma, no transformado; el que hace, no hecho; y el que mueve, pero permanece; y cómo puede ser entendido por carne y sangre, Yo soy el que soy: Tú, sin embargo, eres el mismo, y tus años no acabarán. Pero nosotros, ¿qué somos comparados con esos años con estos años raídos? ¿Y qué son ellos? Sin embargo, no debemos desesperar. Pues ya con cierta grandeza y excelencia de sabiduría había dicho, Yo soy el que soy; y sin embargo, para consolarnos, dijo, Yo soy el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob: y nosotros somos la descendencia de Abraham (Gálatas III, 29): y nosotros, aunque despreciables, aunque tierra y ceniza, en él esperamos. Somos siervos; pero por nosotros nuestro Señor tomó la forma de siervo (Filipenses II, 7): por nosotros, siendo inmortal, quiso morir, por nosotros mostró este ejemplo de resurrección. Esperemos, entonces, llegar a esos años permanentes, en los cuales los días no se cumplen con el giro del sol, sino que permanece lo que es tal como es, porque esto solo es verdaderamente.

15. [vers. 29.] Pero, ¿podremos alguna vez estar allí? Escucha, y ve si debes desesperar; escucha lo que sigue: Los hijos de tus siervos habitarán. ¿Dónde sino en los años que no acaban? Los hijos de tus siervos habitarán; y su descendencia será establecida para siempre: para siempre, para siempre eterno, para siempre permanente. Pero dice, los hijos de tus siervos: ¿debemos temer que seamos siervos de Dios, y que nuestros hijos estén allí, no nosotros? O si somos hijos de siervos, porque somos hijos de los Apóstoles, ¿qué diremos? ¿Qué audacia tan infeliz de los hijos nacientes, y de la reciente sucesión que se gloría, que se atreva a decir: Nosotros estaremos allí; los Apóstoles no estarán allí? Esto esté lejos de la piedad de los hijos, lejos de la fe de los pequeños, lejos de la inteligencia de los grandes. Allí estarán también los Apóstoles: los carneros preceden, los corderos siguen. ¿Por qué, entonces, los hijos de tus siervos; y no simplemente, tus siervos? Y ellos son tus siervos, y los hijos de ellos son tus siervos, y los hijos de estos son los nietos de aquellos, ¿qué, sino tus siervos? Todos los incluirías en resumen, si dijeras: Tus siervos habitarán. Veamos qué quiso advertirnos. Pues algo se llevó a cabo en los siglos anteriores. Durante cuarenta años los hijos de Israel fueron afligidos en el desierto: ninguno de ellos entró en la tierra de la promesa, sino sus hijos; entraron, ciertamente, porque así lo recordamos, a menos que me equivoque, dos, los demás no (Números XIV, 29, 30). De tantos miles entraron dos. Se trabajó con ellos tanto: pero Dios no se cansa; ciertamente sus siervos se cansaron. ¿Cuánto soportó, cuánto oyó Moisés por hombres que no entrarían en la tierra de la promesa? Entraron sus hijos, ¿qué significa? Entraron hombres nuevos, los viejos no entraron. Sin embargo, entraron dos, uno y unidad, como cabeza y cuerpo, Cristo y la Iglesia, con toda esa novedad, es decir, de los hijos. Por lo tanto, los hijos de tus siervos habitarán. Los hijos de los siervos son las obras de los siervos; nadie habitará allí, sino por sus obras. ¿Qué significa, entonces, y los hijos habitarán? Nadie se gloríe de que habitará, si dice que es siervo de Dios, y no tiene obras; pues no habitarán sino los hijos. ¿Qué significa, entonces, los hijos de tus siervos habitarán? Los siervos habitarán por sus obras, los siervos habitarán por sus hijos. No seas, entonces, estéril, si quieres habitar; envía por delante los frutos que seguirás, enviándolos, no llevándolos. Que tus hijos te conduzcan a la tierra de la promesa, la tierra de los vivientes, no

de los moribundos: mientras aquí vives en esta peregrinación, que ellos te precedan, te reciban. Por la provisión carnal, el hijo precedió a Jacob en Egipto, y dijo a su padre y a sus hermanos: Yo he ido delante para prepararos alimentos (Génesis XLV, 7). Que tus hijos, entonces, te precedan, que tus obras te precedan: tales hijos como envíes, tales seguirás.

EN EL SALMO CII COMENTARIO.

SERMON.

1. [vers. 1.] En todo don del Señor nuestro Dios, en toda su consolación, en toda corrección, en la gracia que ha dignado dar, en la indulgencia con la que no nos ha dado lo que merecíamos, en todas sus obras, bendiga nuestra alma al Señor. Esto es lo que hemos cantado; de ahí comienza el Salmo, del cual hablaremos, con la ayuda de aquel a quien nuestra alma bendice. Cada uno de nosotros despierte y exhorte a su alma, y le diga: Bendice, alma mía, al Señor. Y todos nosotros, y los hermanos en Cristo que están en todas partes, un solo hombre, cuya cabeza está en el cielo, exhorte a su alma, y le diga: Bendice, alma mía, al Señor. Obedece, se somete, lo hace, se le persuade, no por nuestros dones, sino por el de aquel a quien nuestra alma bendice. Pues este salmo ha tomado para mostrarnos por qué nuestra alma debe bendecir al Señor, como si su alma le hubiera respondido: ¿Por qué me dices, Bendice al Señor? Escuchemos, entonces, que nuestra alma escuche, considere todo lo que la excite, para que no sea perezosa en la bendición del Señor; y vea si es justo lo que se le dice, Bendice, alma mía, al Señor: vea si debe bendecir a otro que no sea al Señor. Bendice, dice, alma mía, al Señor.

2. Repite esto, y dice más expresamente lo que había dicho, Bendice, alma mía, al Señor: y todo mi interior, su santo nombre. Creo que no se dirige a los interiores del cuerpo; creo que no está diciendo esto, para que nuestro pulmón y el hígado, y si hay intestinos de la carne, estallen en voz de bendición del Señor. Ciertamente, el pulmón de nuestro pecho es como un fuelle que exhala el espíritu recíproco, que el espíritu del aire concebido se expresa en voz y sonido, cuando articulamos palabras; ni puede sonar algo de voz desde nuestra boca, sino lo que el pulmón comprimido ha emitido: pero no se trata de esto; todo esto es para los oídos de los hombres. Dios tiene oídos, y el corazón tiene sonido. El hombre se dirige a sus interiores, para que bendigan al Señor, y les dice: Todo mi interior bendiga su santo nombre. ¿Preguntas cuáles son tus interiores? Tu propia alma. Lo que, entonces, dice, Bendice, alma mía, al Señor; eso dice, todo mi interior, su santo nombre: se sobreentiende, Bendecid. Clama con voz, si hay hombre que escuche: calla con voz, cuando no hay quien escuche; tus interiores nunca carecen de quien escuche. Así que ya hace tiempo que sonaba la bendición desde nuestra boca, y cantábamos estas mismas palabras: Bendice, alma mía, al Señor; y todo mi interior, su santo nombre. Cantamos cuanto fue suficiente para el tiempo, y callamos: ¿acaso deben callar nuestros interiores de la bendición del Señor? Alterna por tiempo el sonido de las voces, sea perpetua la voz de los interiores. Cuando vienes a la iglesia a decir un himno, suena tu voz en alabanzas de Dios: dijiste cuanto pudiste, te fuiste; que tu alma alabe a Dios. Estás en tus negocios; que tu alma alabe a Dios. Tomas alimento; mira lo que dice el Apóstol: Ya sea que comáis, ya sea que bebáis, hacedlo todo para la gloria de Dios (I Cor. X, 31). Me atrevo a decir: cuando duermes, que tu alma bendiga al Señor. No te despierte el pensamiento de un delito, no te despierte la disposición de un robo, no te despierte un pacto de corrupción. Tu inocencia es también en el que duerme la voz de tu alma. Bendice, alma mía, al Señor; y todo mi interior, su santo nombre.

3. [vers. 2.] Bendice, alma mía, al Señor, y no olvides todas sus retribuciones. Bendice, dice, alma mía, al Señor. ¿Qué es tu alma? Todo tu interior. Bendice, alma mía, al Señor. La

repetición sirve para la exhortación. Para que bendigas siempre al Señor. No olvides todas sus retribuciones. Si olvidas, callarás. Pero no podrán estar ante tus ojos las retribuciones del Señor, si no están ante tus ojos tus pecados. No esté ante tus ojos el deleite del pecado pasado, sino esté ante tus ojos la condena del pecado: condena de ti, remisión de Dios. Pues esto retribuye el Señor, para que puedas decir: ¿Qué retribuiré al Señor, por todos los beneficios que me ha hecho? (Salmo CXV, 12). Pues considerando esto los mártires, cuya memoria también celebramos hoy, y todos los santos que despreciaron esta vida, y como escuchasteis en la Epístola de Juan, pusieron sus vidas por sus hermanos (I Juan III, 16), que es la perfección de la caridad, diciendo el Señor, Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos (Juan XV, 13): considerando esto, entonces, los santos mártires, despreciaron sus vidas aquí, para encontrarlas allí, siguiendo las palabras del Señor que dice, El que ama su vida, la perderá; y el que la pierda por mí, la hallará para vida eterna (Juan XII, 25). Pues quisieron retribuir: ¿quiénes? ¿y qué? ¿y a quién? Los hombres retribuyeron a Dios su servicio hasta la muerte. ¿Qué, que él no haya dado? ¿Qué dieron, que no hayan recibido? Retribuye, entonces, él verdaderamente, quien solo da: pero no retribuye según nuestros pecados; pues otras retribuciones nos eran debidas, y otras nos fueron dadas. No olvides, dice, todas sus retribuciones: no tribuciones, sino retribuciones. Pues una cosa era debida, y se dio lo que no era debido. Por eso también aquel: ¿Qué retribuiré al Señor, por todos, dice, los beneficios que me ha hecho? (Salmo CXV, 12). No dijo, que me ha dado; sino, que me ha hecho. Tú retribuiste, entonces, males por bienes; él retribuye bienes por males. ¿Cómo retribuiste tú, oh hombre, a Dios males por bienes? Que primero fuiste blasfemo, y perseguidor, e injurioso (I Tim. I, 13), retribuiste blasfemias. ¿Por qué bienes? Primero, porque eres: pero también es una piedra. Luego, porque vives: pero también vive un animal. ¿Qué retribuirás al Señor, por haber hecho sobre todos los animales y sobre todas las aves a su imagen y semejanza? (Génesis I, 26). No busques qué le retribuirás: retribúyele su semejanza, no busca más; exige su moneda (Mateo XXII, 21). Pero tú, en lugar de dar gracias, en lugar de humildad, en lugar de servicio, en lugar de culto religioso, es decir, por todos estos bienes que debías a tu Dios, por los bienes que recibiste, que dije, retribuiste blasfemias. ¿Qué, entonces, él? Confiesa, perdono. Retribuyo también yo, pero no lo que tú retribuiste: tú retribuiste males por bienes; yo retribuyo bienes por males.

4. Considera, entonces, alma, todas las retribuciones de Dios, considerando todos tus malos hechos: pues tantos tus malos hechos, tantas sus buenas retribuciones. ¿Y qué le ofrecerás quizás de regalos? ¿qué de dones? ¿qué de sacrificios? Ya que no olvidas sus retribuciones, en este sacrificio se deleita: Bendice, alma, al Señor. Sacrificio de alabanza me glorificará: ofrece a Dios sacrificio de alabanza, y paga al Altísimo tus votos (Salmo XLIX, 14, 23). Dios quiere ser alabado; y esto, para que tú progreses, no para que él sea exaltado. No hay absolutamente nada que le retribuyas: y lo que exige, no lo exige para él, sino para ti; te beneficiará a ti, se guarda para ti. No ama esto de ti, que lo aumente, sino que te lleve a él. Por eso buscaban los mártires, de algún modo desfallecían al no encontrar, y decían, ¿Qué retribuiré al Señor, por todos los beneficios que me ha hecho? Y no encontraron qué retribuir, sino, Tomaré el cáliz de la salvación, e invocaré el nombre del Señor (Salmo CXV, 12, 13). ¿Qué retribuirás al Señor? Pues pensabas, y no encontrabas: Tomaré el cáliz de la salvación. ¿Qué? ¿acaso el cáliz de la salvación no lo dio el mismo Señor? Retribuye algo de lo tuyo, si puedes. No, diría; no lo hagas, no retribuyas de lo tuyo; Dios no quiere que se le retribuya de lo tuyo. Si retribuyes de lo tuyo, retribuyes pecado. Pues todo lo que tienes, de él lo tienes: solo tienes tu pecado. No quiere que se le retribuya de lo tuyo, quiere de lo suyo. ¿Cómo los agricultores, de la tierra que sembró, si trajiste la cosecha, retribuiste del fruto del agricultor; si espinas, ofreciste de lo tuyo. Retribuye la verdad, en verdad alaba al Señor: si de lo tuyo quisieras, mentirías. El que habla mentira, de lo suyo habla (Juan VIII, 44). Si el que habla

mentira, de lo suyo habla; el que habla verdad, de Dios habla. Pero, ¿qué es tomar el cáliz de la salvación, sino imitar las pasiones del Señor? Esto hicieron los mártires. Esto dijo a los soberbios, y ya buscando altos asientos, y evitando el valle de lágrimas, que querían sentarse, uno a la derecha, otro a la izquierda. ¿Qué, entonces, dijo? ¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber? (Mateo XX, 22). Así que ya el mártir preparado para la santa víctima dice. Tomaré el cáliz de la salvación: tomaré el cáliz de Cristo, beberé la pasión del Señor. Cuídate de no desfallecer. Pero invocaré el nombre del Señor. ¿Qué, entonces, desfallecieron, no invocaron al Señor; confiaron en su fortaleza. Así devuelve, recordando que recibiste lo que devuelves. Así, entonces, que tu alma bendiga al Señor, para que no olvide todas sus retribuciones.

5. [vers. 3-5.] Escuchad todas sus recompensas. «Él es quien perdona todas tus iniquidades, quien sana todas tus dolencias. Él redime tu vida de la corrupción, te corona con misericordia y compasión. Él sacia de bienes tu deseo: tu juventud se renovará como la del águila.» He aquí las recompensas. ¿Qué se le debía al pecador, sino el castigo? ¿Qué se le debía al blasfemo, sino el infierno de fuego ardiente? No te retribuye eso: no temas, no te horrorices, no temas sin amor. No olvides todas sus buenas recompensas; y cambia ya, para no experimentar sus retribuciones: ¿qué diré? ¿malas? Si son justas, no son malas. Para ti, entonces, malas; pero para Dios, ni siquiera estas que sufres son malas: si son justas, son buenas; pero para ti que las sufres, son malas. ¿No quieres que sean malas para ti, las que son justas de Dios? Que no sea mala ante los ojos de Dios tu iniquidad. Porque no ha dejado de llamar, ni ha descuidado instruir al llamado, ni ha dejado de perfeccionar al instruido, ni ha descuidado coronar al perfecto. ¿Qué dices? ¿Que eres pecador? Conviértete y recibe estas recompensas; Él perdona todas tus iniquidades. Después del perdón de los pecados, llevas un cuerpo enfermo: es necesario que haya ciertos deseos carnales que te tienten y que te sugieran deleites ilícitos; vienen de tu debilidad. Pues aún llevas carne enferma, aún no ha sido absorbida la muerte en victoria, aún no ha revestido esto corruptible de incorrupción (I Cor. XV, 53, 54): aún el alma misma es sacudida por ciertas perturbaciones después del perdón de los pecados; aún se encuentra en peligros de tentaciones, se deleita con ciertas sugestiones, con otras no se deleita, y en aquellas en que se deleita, a veces consiente en algunas, es capturada. Es una dolencia; Él sana todas tus dolencias. Todas tus dolencias serán sanadas, no temas. Son grandes, dirás: pero mayor es el médico. Al médico omnipotente no se le presenta ninguna dolencia incurable: solo deja que te cure, no rechaces sus manos; Él sabe lo que hace. No solo te deleites cuando te cuida, sino también soporta cuando te corta: soporta el dolor medicinal, pensando en la futura salud. Ved, hermanos míos, cuántos toleran en estas dolencias del cuerpo, para vivir pocos días, y estos pocos días inciertos. Pues muchos, después de tolerar grandes dolores, cuando eran cortados por los médicos, o murieron en manos de los médicos, o ya sanos, al irrumpir alguna enfermedad, fallecieron. Si esperaran una muerte tan cercana, ¿soportarían esos inmensos dolores? Tú no soportas por algo incierto: quien prometió salud, no puede fallar. A veces el médico se equivoca, y promete salud del cuerpo humano. ¿Por qué se equivoca? Porque no cura lo que hizo. Dios hizo tu cuerpo, Dios hizo tu alma; sabe cómo recrear lo que creó, sabe cómo reformar lo que Él mismo formó: solo permanece bajo las manos del médico; pues aborrece a quien rechaza sus manos. Esto no ocurre en las manos de un médico humano. Los hombres quieren ser atados y cortados; darán por una salud incierta un dolor cierto, una gran recompensa. Dios te cuida, a quien hizo, y lo hace con certeza y gratuitamente. Soporta, pues, sus manos, oh alma, que bendices a Él, no olvidando sus recompensas; pues sana todas tus dolencias.

6. Él redime tu vida de la corrupción. De ahí que sana todas tus dolencias, porque redime tu vida de la corrupción. He aquí el cuerpo que se corrompe, agobia al alma (Sab. IX, 15). Por tanto, el alma tiene vida en el cuerpo corruptible. ¿Qué clase de vida? Sufre cargas, soporta

pesos. ¿Cuántas cosas impiden pensar en Dios como es digno que el hombre piense en Dios, como si interrumpieran por la necesidad de la corrupción humana? ¿Cuántas cosas desvían? ¿Cuántas apartan de la intención sublime? ¿Cuántas interrumpen? ¿Qué multitud de fantasmas? ¿Qué pueblos de sugestiones? Todo esto en el corazón humano, como si brotara de los gusanos de esta corrupción. Hemos exagerado la enfermedad, alabemos también al médico. ¿No te sanará, quien te hizo de tal manera que no enfermaras, si hubieras querido guardar la ley de la salud recibida? ¿No te dispuso y mandó qué tocaras y qué no tocaras para conservar la salud (Gén. II, 16, 17)? No quisiste escuchar para conservarla, escucha para recuperarla. Con tu enfermedad experimentaste cuán verdadero era lo que Él ordenó. Ya al fin, que el hombre escuche lo que no mantuvo advertido, al menos experimentado. ¿Qué dureza es esta, que ni la experiencia enseña? ¿No te sanará quien te hizo de tal manera que nunca enfermaras, si hubieras querido guardar sus preceptos? ¿No te sanará quien hizo a los ángeles, y a ti, restaurado, te igualará a los ángeles? ¿No sanará a quien hizo a su imagen, quien hizo el cielo y la tierra? Te sanará; es necesario que quieras ser sanado. Él sana completamente a cualquier enfermo, pero no sana al que no quiere. ¿Qué hay más dichoso para ti, que tener en tu voluntad tu salud, como si estuviera en tu mano? Si quisieras estar en algún alto honor en esta tierra; si desearas un ducado, un proconsulado, una prefectura: ¿acaso podrías inmediatamente como quisieras? ¿Acaso tu voluntad seguiría al poder? Muchos quieren llegar a estas cosas, y no pueden: pero si llegaran, ¿de qué sirve el honor a los enfermos? ¿Quién no enferma en esta vida? ¿Quién no arrastra una larga enfermedad? Nacer aquí en un cuerpo mortal es comenzar a enfermar. Nuestras necesidades se sostienen con medicinas diarias, las medicinas diarias son las restauraciones de todas las necesidades. ¿No te mataría el hambre si no aplicaras su medicina? ¿No te mataría la sed si no la extinguieras bebiendo, no completamente, sino posponiéndola? Pues la sed volverá, apenas atenuada. Así, mitigamos con estos remedios la carga de nuestra enfermedad. Estabas cansado de estar de pie, te alivias al sentarte; el mismo sentarse es medicina para el cansancio: en esa misma medicina te cansas de nuevo; no podrás estar sentado mucho tiempo. Cualquier cosa que sea donde se socorre al cansancio, comienza otro cansancio. ¿Qué deseas entonces, enfermo? Primero piensa en tu salud. A veces un hombre enferma en su casa, en su cama, con una enfermedad más manifiesta; aunque esta también es manifiesta, que los hombres no quieren ver: sin embargo, con esa enfermedad, para la cual se buscan médicos humanos, cualquiera enferma en su casa, jadea con fiebre en su cama; tal vez quiera pensar en sus asuntos familiares, ordenar algo en su casa o en su finca, o disponer; inmediatamente, con el cuidado de los suyos rodeándolo y murmurando, es apartado de tales cuidados, y se le dice, Deja eso, primero piensa en tu salud. Por tanto, esto se te dice: Todo hombre, si no enfermas, piensa en otras cosas; si el mismo languor te convence de que estás enfermo, primero piensa en tu salud. Tu salud es Cristo: piensa, pues, en Cristo. Toma el cáliz de su salvación, Él sana todas tus dolencias: si quieres esta salud, la obtendrás. Cuando busques honores y riquezas, no inmediatamente si quieres, las tendrás: esto es más precioso, y sigue a la voluntad. Él sana todas tus dolencias, Él redime tu vida de la corrupción. Allí se sanará toda tu dolencia, cuando esto corruptible se revista de incorrupción. Pues tu vida ha sido redimida de la corrupción; ya estás seguro: se ha iniciado un contrato de buena fe; nadie engaña a tu redentor, nadie lo burla, nadie lo oprime. Aquí realizó un comercio, ya pagó el precio, derramó su sangre. Derramó, digo, la sangre del único Hijo de Dios por nosotros: oh alma, levántate, vales tanto. Él redime tu vida de la corrupción. Mostró con el ejemplo lo que prometió como recompensa. Murió por nuestras ofensas, y resucitó por nuestra justificación (Rom. IV, 25). Esperen los miembros lo que se demostró en la cabeza. ¿No cuidará de sus miembros, cuyo cabeza elevó al cielo? Por tanto, Él redime tu vida de la corrupción.

7. Él te corona con misericordia y compasión. Pues ya tal vez comenzabas a ser arrogante, cuando escuchabas, Él te corona. Entonces soy grande, entonces he luchado. ¿Con qué fuerzas? Con las tuyas, pero suministradas por Él. Pues luchas, es evidente; y por eso serás coronado, porque vencerás: pero mira quién venció primero, mira quién te hace también vencedor en segundo lugar. Yo, dice, he vencido al mundo, regocijaos (Juan XVI, 33). ¿Y de qué nos regocijamos, si Él venció al mundo? ¿Como si nosotros hubiéramos vencido? Así es, regocijémonos, porque nosotros hemos vencido. Quien en nosotros fue vencido, en Él hemos vencido. Por tanto, Él te corona, porque corona sus dones, no tus méritos. Más que todos ellos trabajé, dice el Apóstol: pero mira lo que añade, No yo, sino la gracia de Dios conmigo (I Cor. XV, 10). Y después de todos los trabajos espera esa misma corona, y dice, «He peleado el buen combate, he terminado la carrera, he guardado la fe: por lo demás, me está reservada la corona de justicia, que me dará el Señor en aquel día, el justo juez» (II Tim. IV, 7, 8). ¿Por qué? Porque he peleado el combate. ¿Por qué? Porque he terminado la carrera. ¿Por qué? Porque he guardado la fe. ¿De dónde peleaste? ¿de dónde guardaste la fe? No yo, sino la gracia de Dios conmigo. Por tanto, y porque eres coronado, eres coronado por su misericordia. No seas orgulloso en ningún lugar; siempre alaba al Señor, no olvides todas sus recompensas. Es una recompensa, cuando siendo pecador e impío fuiste llamado, para ser justificado. Es una recompensa, cuando fuiste levantado y guiado para no caer. Es una recompensa, cuando se te suministraron fuerzas, para que perseveraras hasta el fin. Es una recompensa, para que también esta carne tuya con la que eras oprimido, resucite, y ni un cabello de tu cabeza perezca. Es una recompensa, para que después de la resurrección seas coronado. Es una recompensa, para que alabes a Dios mismo eternamente sin defecto. No olvides todas sus recompensas, si quieres que tu alma bendiga al Señor, quien te corona con misericordia y compasión.

8. ¿Y qué haré coronado? He aquí que fui ayudado cuando luchaba, después de terminado el combate seré coronado; ya no quedará ninguna sugestión o corrupción enemiga con la que luchar. Pues siempre en esta vida luchamos con esta corrupción: pero ¿qué está escrito? La última enemiga que será destruida es la muerte. Después de la destrucción de la muerte, no temerás a ningún enemigo: entonces la muerte será absorbida en victoria (I Cor. XV, 26, 54). Entonces será la victoria, entonces la corona. Después del combate, pues, seré coronado, después de la corona, ¿qué haré? Él sacia de bienes tu deseo. Ahora escuchas el bien, y anhelas; escuchas el bien, y suspiras: y esto mismo que tal vez pecas, eres engañado por la avidez de elegir bienes; y en eso eres retenido culpable, porque no escuchas el buen consejo de Dios, qué debe ser despreciado y qué debe ser elegido; lo que tal vez descuidas aprender, si al elegir el bien eras engañado. Dondequiera que pecas, buscas como un bien, como si desearas una restauración. Estos bienes que buscas son buenos; pero serán malos para ti, si abandonas a aquel por quien fueron hechos buenos. Busca tu bien, oh alma. Pues hay un bien para uno y otro, y todas las criaturas tienen un cierto bien propio, de su integridad, y de la perfección de su naturaleza: importa qué es necesario para cada cosa imperfecta, para que sea perfeccionada; busca tu bien. Nadie es bueno sino solo Dios (Mat. XIX, 17). El sumo bien, este es tu bien. ¿Qué le falta a quien el sumo bien es su bien? Pues hay también bienes inferiores, que son buenos para unos y otros. ¿Qué es bueno para el ganado, hermanos, sino llenar el vientre, carecer de necesidad, dormir, retozar, vivir, estar sano, procrear? Es bueno para él, y hasta cierto punto tiene la medida de su bien otorgada, y concedida por Dios, creador de todas las cosas. ¿Buscas tú un bien así? Dios también da esto; pero no lo busques solo. Coheredero de Cristo, ¿por qué te alegras, porque eres compañero del ganado? Eleva tu esperanza al bien de todos los bienes. Él será tu bien, por quien fuiste hecho bueno en tu género, y todas las cosas fueron hechas buenas en su género. Pues Dios hizo todas las cosas muy buenas. Por tanto, ese bien que es Dios, si decimos que es muy bueno, ya se ha dicho de

la criatura: Dios hizo todas las cosas muy buenas. ¿Qué diremos entonces de ese bien del que se dijo, Nadie es bueno sino solo Dios? ¿decimos que es muy bueno? Nos viene a la memoria el recuerdo de todas las criaturas, porque se dijo, Dios hizo todas las cosas muy buenas. ¿Qué diremos entonces? Nos quedamos sin palabras, pero no sin afecto. Que venga a la mente esa reciente exposición del Salmo: no podemos explicarlo, jubilemos. Dios es bueno. ¿Qué clase de bien, quién lo dirá? He aquí que no podemos decirlo, y no se nos permite callar. Por tanto, si no podemos decirlo, y por el gozo no se nos permite callar; ni hablemos, ni callemos. ¿Qué haremos entonces, no hablando y no callando? Jubilemos. Aclamad a Dios, nuestro salvador, Aclamad a Dios, toda la tierra. ¿Qué es, Aclamad? Elevad la voz inefable de vuestros gozos, y exhalad en Él vuestras alegrías. ¿Y qué será esa exhalación después de la saciedad, si ahora después de estas pequeñas restauraciones nuestra alma se conmueve tanto? ¿Qué será, cuando se haga después de la redención de toda corrupción, lo que se dijo en este salmo, Él sacia de bienes tu deseo?

9. Y como si preguntaras, ¿Cuándo sacia? pues ahora no me sacio; a lo que sea que me vuelva, se me hace vil una vez obtenido, aunque haya encendido el deseo: con todo lo que amo cuando no lo tengo, cuando lo tengo lo desprecio, ¿qué bien me saciará? La alabanza de Dios. Y esta misma, cuando el cuerpo que se corrompe agobia al alma, y la morada terrena deprime el sentido que piensa en muchas cosas, no se llena mi alma, no se perfecciona: otras deleites de la corrupción de las necesidades me desvían de ella. ¿Cuándo se saciará mi deseo en bienes? ¿cuándo, preguntas? Se renovará como el águila tu juventud. ¿Preguntas entonces cuándo se saciará tu alma en bienes? Cuando tu juventud sea renovada. Y añadió, como el águila. Sin duda aquí hay algo oculto: lo que se dice del águila, no lo callamos, porque no está fuera de lugar entender esto. Solo insinuemos en nuestros corazones, no sin razón fue dicho por el Espíritu Santo, Se renovará como el águila tu juventud. Significó para nosotros una cierta resurrección. Y ciertamente se renueva también la juventud del águila, pero no para la inmortalidad. Se dio la similitud, en cuanto de una cosa mortal se pudo extraer para significar de alguna manera una cosa inmortal, no para demostrarla. Se dice que el águila, cuando está oprimida por la vejez del cuerpo, por el crecimiento desmedido del pico no puede tomar alimento. Pues la parte superior de su pico, que se curva sobre la parte inferior, cuando por la vejez ha crecido desmedidamente, su longitud no le permite abrir la boca, para que haya algún intervalo entre la parte inferior y la superior curva. Pues si no se abre algún intervalo, no tiene el mordisco como una pinza, de donde como si cortara lo que pasa a la garganta. Creciendo así la parte superior, y demasiado curvada, no podrá abrir la boca y tomar algo. Esto le hace la vejez. Se agobia por la dolencia de la vejez, y por la falta de alimento languidece mucho; ambas cosas, la edad y la escasez, se acumulan. Así, de una manera natural, en la medida de la reparación de su juventud, se dice que el águila golpea y golpea contra la roca su misma parte superior del pico, con la que al crecer demasiado se cierra el acceso al alimento: y así, golpeándola contra la roca, se la quita, y se libera de la carga del pico anterior, con el que se impedía el alimento. Se acerca al alimento, y todo se restaura: será después de la vejez como un águila joven; vuelve el vigor de todos los miembros, el brillo de las plumas, el control de las alas, vuela alto como antes, se produce en ella una cierta resurrección. Para esto se expuso esta similitud: como se pone de la luna, porque la luna disminuida y como interceptada vuelve a nacer y se llena; y nos significa la resurrección; pero llena no permanece; vuelve a disminuir, para que siempre signifique. Así, pues, también esto que se dijo del águila: no se renueva el águila para la inmortalidad, pero nosotros para la vida eterna; sin embargo, por eso se tomó la similitud, para que lo que nos impide, la roca nos lo quite. No presumas, pues, de tus fuerzas; la firmeza de la roca te quita la vejez: Pero la roca era Cristo (I Cor. X, 4). En Cristo se renovará como el águila nuestra juventud. Pues hemos envejecido entre nuestros enemigos, como es conocida la voz del

salmo: He envejecido, dice, en todos mis enemigos (Sal. VI, 8). ¿De dónde hemos envejecido? Con carne mortal, con esta carne de heno: y por eso, «Mi corazón fue herido como heno, y se secó, porque olvidé comer mi pan» (Sal. CI, 5). «Olvidé,» dice, «comer mi pan.» Creció la vejez, cerró la boca, que se desgaste en la roca.

10. Así pues, también en este salmo del que hablamos, cuando se ha dicho: "Él sacia de bienes tu deseo", es como si el alma respondiera: No me saciaré de cosas mortales, no me saciaré de cosas temporales; que me conceda algo eterno, que me otorgue algo eterno: que me dé su Sabiduría, que me dé su Verbo, Dios junto a Dios, y Él mismo como Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. Estoy como un mendigo ante su puerta, no duerme aquel a quien invoco, que me dé tres panes. Recordad el Evangelio: he aquí lo que significa conocer las Escrituras de Dios; quienes las han leído se han conmovido. Recordad a aquel pobre que vino a la casa de su amigo y pidió tres panes. Y él, dice, le respondía desde dentro, diciendo: "Ya estoy descansando, y mis hijos están conmigo en la cama". Pero él, perseverando en su petición, obtuvo por insistencia lo que no podía por mérito (Lucas 11, 5-8). Dios, sin embargo, quiere dar; pero no da sino al que pide, para no dar a quien no puede recibir. No quiere ser despertado por tu insistencia. Pues cuando oras, no eres molesto como si Él durmiera: "No dormirá ni cabeceará el que guarda a Israel" (Salmo 120, 4). Cristo durmió una vez, para que de su costado surgiera la esposa: durmió en la cruz, es evidente. Pues murió, para decir: "Yo dormí y tomé sueño". Pero, ¿acaso el que duerme no volverá a levantarse? (Salmo 40, 9). Por eso sigue allí: "Y me levanté, porque el Señor me sostendrá" (Salmo 3, 6). ¿Y qué dice ya el Apóstol? Cristo, dice, "resucitado de entre los muertos, ya no muere, la muerte ya no tiene dominio sobre Él" (Romanos 6, 9). Él, por tanto, no duerme; cuida que no duerma tu fe. Diga, pues, el alma ya deseosa de saciarse de un bien excelso, inefable, del cual se jubila más que se explica; pues ya quiere, ya siente algo de ello: ve que se ve impedida por el peso del cuerpo, que no puede saciarse en esta vida; y como si respondiera, dijera: ¿Qué me dices, "Se saciará de bienes tu deseo"? Conozco el bien que deseo, sé lo que me basta, lo veo en Felipe: "Muéstranos", dice, "al Padre, y nos basta". Deseaba solo al Padre: el Señor mostró tres panes deseables; quien es un solo pan mostró y dijo: "¿Tanto tiempo estoy con vosotros, y no conocéis al Padre? Felipe, quien me ve, ve también al Padre. Prometió también el Espíritu: "A quien enviará", dice, "el Padre en mi nombre" (Juan 14, 8, 9, 26); y también dice, "A quien yo enviaré a vosotros desde el Padre" (Juan 15, 26): su don igual a Él. Sé lo que deseo; pero ¿cuándo me saciaré de ello? He aquí que ahora pienso en la Trinidad, de alguna manera sobre la Trinidad, apenas en enigma a través de un espejo, en parte me atrevo a sentir algo; ¿cuándo me saciaré? Se renovará como el águila tu juventud. No te sacias ahora, porque tu alma no es idónea para ese alimento sólido y grande; pero con el pico cerrado, no es idónea. La vejez te ha cerrado la boca, por eso se te ha dado la piedra, donde, desgastada por la vejez, se renovará tu juventud como la del águila; para que puedas comer tu pan, aquel que dice: "Yo soy el pan vivo que descendió del cielo" (Juan 6, 41). Se renovará tu juventud como la del águila: entonces te saciarás de bienes.

11. [vers. 6.] El Señor hace misericordias y juicio a los que sufren injusticia. Lo hace ahora, hermanos, antes de que lleguemos a la renovación como el águila, antes de que nos saciemos de bienes. ¿Qué aquí, qué en esta peregrinación, qué en esta vida? ¿Acaso somos abandonados? No. El Señor hace misericordias. Y ved cómo hace misericordias, no dejándonos en el desierto, no dejándonos en el yermo, hasta que lleguemos a la patria: haciendo misericordias; pero, ¿a quiénes? Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Lo habéis oído ahora, hermanos, cuando se leía el Evangelio. No piense, pues, alguien que la misericordia de Dios será para él, si él mismo es inmisericorde. Pero escucha cuál es la medida de la misericordia, no sea que sea solo para el amigo, y no

para el enemigo. Se ha dicho: "Amad a vuestros enemigos" (Mateo 5, 7, 44). Quieres saciarte de los bienes de Dios; que la misericordia se sacie en ti. La misericordia plena es la misericordia perfecta; es la que ama, la que ama incluso al que la odia. Pues, ¿qué haré, dices? Si empiezo a amar a mi enemigo, recibiré injurias, y soportaré injurias, y no me vengaré, ¿cuando hay leyes? Es justo que te vengues; se concede, porque es justo: mira si no tienes algo por lo que se te deba vengar, y venga. Así dices, ¿Acaso no me vengaré? como si Dios reprimiera la justicia de la venganza, y no extinguiera la soberbia del vengador. ¿O acaso aquella adúltera no debía ser lapidada? ¿O si se la lapidara, se haría algo injusto? Si se hiciera injustamente, injustamente se ordenó; pero la Ley lo ordenó, Dios lo ordenó: pero, oh vosotros vengadores, ved si no sois pecadores. Fue traída una mujer adúltera para ser lapidada según la Ley, pero fue traída al dador de la Ley. Tú que trajiste con saña: mira a quién atacas, y a quién atacas; si pecador contra pecadora, deja de atacar, primero confiesa: si pecador atacas a pecadora, déjala; Él sabe qué pensar de ella, qué juzgar, cómo perdonar, cómo sanar. ¿Atacas según la Ley? Mejor sabe qué hacer el dador de la Ley, según la cual atacas. Ya el Señor, en el momento en que le fue presentada, escribía en la tierra con la cabeza inclinada. Entonces escribió en la tierra, cuando se inclinó a la tierra: antes de inclinarse a la tierra, no escribió en la tierra, sino en la piedra. Ya algo fructífero iba a dar la tierra de las Escrituras del Señor. Había escrito la Ley en piedra, significando la dureza de los judíos: escribió en la tierra, significando el fruto de los cristianos. Vinieron, pues, aquellos trayendo a la adúltera, como olas furiosas contra la roca: pero fueron quebrantados por su respuesta. Les dijo: "El que de vosotros esté sin pecado, sea el primero en arrojar la piedra contra ella". Y de nuevo, con la cabeza inclinada, escribía en la tierra. Y cada uno ya interrogando su conciencia, no aparecieron (Juan 8, 3-9). Los rechazó, no la débil mujer adúltera, sino la conciencia adulterada. Querían vengarse, deseaban juzgar: vinieron a la roca, fueron absorbidos junto a la roca sus jueces (Salmo 140, 6).

12. El Señor hace misericordias: pero, ¿a quiénes? Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Haz misericordia a todos. ¿Qué misericordia harás al justo? Solo en las necesidades corporales; a quienes si les faltan tus ayudas, no les faltarán las de Dios. Lo que haces, por tanto, te beneficia más a ti. Das al mendigo que pasa y pide: busca también al justo a quien dar, por quien seas recibido en las moradas eternas; porque "quien recibe a un justo en nombre de justo, recibirá recompensa de justo" (Mateo 10, 41). El mendigo te busca, tú busca al justo. Pues de uno se ha dicho: "A todo el que te pida, da" (Lucas 6, 30): y de otro se ha dicho: "Que tu limosna sude en tu mano, hasta que encuentres al justo a quien dársela". Y si no se encuentra por mucho tiempo; busca por mucho tiempo, encontrarás. Pero, ¿qué darás? ¿No se te da más a ti? "Si nosotros", dice, "hemos sembrado en vosotros lo espiritual, ¿es mucho que cosechemos de vosotros lo material?" De ahí es también lo que antes expusimos en el mandato del Señor, porque la tierra produce hierba para el ganado (Salmo 104, 14), es decir, lo material para los que trituran: porque, "No pondrás bozal al buey que trilla" (1 Corintios 9, 11, 9). Por eso os hemos exhortado a ser diligentes en esta materia, cautos, sobrios; que consideréis vuestras obras como vuestros tesoros. Pero, ¿acaso decimos esto, hermanos, para que se haga así con nosotros? Creo que en el nombre del Señor puede ser esta voz de los débiles, aunque apostólica, pero os beneficia, como dice el mismo Apóstol: "No porque busque el don, sino que busco el fruto" (Filipenses 4, 17). ¿Qué limosna, pues, harás al justo? No alimentaba la viuda, alimentaba el cuervo; porque alimentaba quien hizo al cuervo (1 Reyes 17, 6, 12): hablo de Elías. No falta, pues, de dónde Dios dé a los suyos: tú mira qué compras, cuándo compras, cuánto compras. Compras el reino de los cielos; y no hay tiempo de comprar, sino en esta vida. Y mira a qué precio compras, atiende. Te vale tanto como puedas tener.

13. Haz misericordia al iniquo, no como al iniquo. Pues al mismo iniquo en cuanto iniquo es, no lo recibas: es decir, no lo recibas con la intención y amor de su iniquidad. Pues está prohibido dar al pecador, y recibir a los pecadores. ¿Y cómo, "A todo el que te pida, da"? ¿Y cómo, "Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer" (Romanos 12, 20)? Parecen contrarios, pero se abren en el nombre de Cristo a los que llaman, y serán manifiestos a los que buscan. No entregues al pecador, y no recibas al pecador (Eclesiástico 12, 4-6); y sin embargo, "A todo el que te pida, da". Pero el pecador es quien me pide. Da, no como al pecador. ¿Cuándo das como al pecador? Cuando en lo que es pecador, eso te agrada para dar. Que vuestra Caridad preste atención un poco, hasta que el asunto se desarrolle también con ejemplos, muy útil para entender. Esto dijo, Cuando alguien tenga hambre, si tienes de dónde dar, da; si ves que es necesario dar para ayudar, da. No se endurezcan en esto las entrañas de misericordia, porque te encuentras con un pecador: pues te encuentras con un hombre pecador. Cuando digo, Te encuentras con un hombre pecador, he dicho dos nombres; estos dos nombres no son superfluos: dos nombres, uno lo que es hombre, otro lo que es pecador; lo que es hombre, es obra de Dios; lo que es pecador, es obra del hombre: da a la obra de Dios, no a la obra del hombre. ¿Y cómo, dices, me prohíbes dar a la obra del hombre? ¿Qué es dar a la obra del hombre? Dar al pecador por el pecado, agradándote por el pecado. ¿Y quién hará esto, dices? ¿Quién hará esto? Ojalá nadie, ojalá pocos, ojalá no públicamente. Los que dan a los cazadores, ¿por qué dan, que me digan? ¿Por qué da al cazador? Esto ama en él, en lo que es el más malvado; esto en él alimenta, esto en él viste, esa misma maldad pública para el espectáculo de todos. Los que dan a los actores, los que dan a los aurigas, los que dan a las prostitutas, ¿por qué dan? ¿Acaso no dan también a hombres? Sin embargo, no atienden allí la naturaleza de la obra de Dios, sino la maldad de la obra humana. ¿Quieres ver qué honras en el cazador, cuando lo vistes? Que se te diga, Sé tal: lo amas, te alegras con él, quieres de algún modo despojarte a ti mismo, y vestirlo a él; no lo tomes como una injuria, si se te dice, Que tus hijos sean tales. Es una injuria, dices. ¿Por qué es una injuria, sino porque esa iniquidad? ¿Por qué es una injuria, sino porque esa deshonra? No das, pues, cuando das, a la fortaleza, sino a la deshonra. Así como el que da al cazador, no da al hombre, sino al arte más malvado (pues si solo fuera hombre, y no cazador, no darías; honras en él el vicio, no la naturaleza): así al contrario, si das al justo, si das al profeta, si das al discípulo de Cristo algo que necesita, y no piensas allí porque es discípulo de Cristo, porque es ministro de Dios, porque es dispensador de Dios; sino que piensas allí algún beneficio temporal, tal vez para suplir la avaricia, tal vez para ayudar, para que un hombre sea engañado, oprimido; porque buscas tal servicio de él, tal vez por eso lo recibes: te negó la recompensa del justo, a menos que con adición. Pues dijo: "Quien reciba a un justo": bastaría. Pero porque puede recibirse a un justo con otra intención, cuando se cree que puede ser útil para algo temporal, tal vez para suplir la avaricia, tal vez para ayudar, para que un hombre sea engañado, oprimido; porque buscas tal servicio de él, tal vez por eso lo recibes: te negó la recompensa del justo, a menos que con adición. Pues dijo: "Quien reciba a un justo en nombre de justo"; es decir, recibiéndolo porque es justo: y, "Quien reciba a un profeta"; no solo reciba a un profeta, sino, "en nombre de profeta", honrando en él lo que es profeta: al final, "Quien dé un vaso de agua fría a uno de estos pequeños, solo en nombre de discípulo", es decir, porque es discípulo de Cristo, porque es dispensador del sacramento; "en verdad os digo, no perderá su recompensa" (Mateo 10, 41, 42). Así como entiendes, "Quien reciba a un justo en nombre de justo, recibirá recompensa de justo"; así entiende, Quien reciba a un pecador en nombre de pecador, perderá la recompensa.

14. Por tanto, hermanos, ejercitad la misericordia. No hay otro vínculo de caridad, no hay otro vehículo por el cual seamos llevados de esta vida a aquella patria; extendid el amor hasta los enemigos: estad seguros. Por eso vino Cristo, a quien tanto antes se le dijo, "De la boca de

los niños y de los lactantes perfeccionaste la alabanza, para destruir al enemigo y al vengador" (Salmo 8, 3): que algunos códices tienen "defensor"; pero más verdaderamente, "vengador". El Señor quiso destruir al vengador, es decir, a aquel que quiso vengarse, para que no se le perdonen sus pecados. ¿Qué, pues, dices? ¿Dormirá la disciplina? ¿Se quitará toda corrección? No se quitará. Pues, ¿qué harás con el hijo lujurioso? ¿No lo castigarás, no lo azotarás? ¿Y a tu mismo siervo, si lo ves viviendo mal, no lo refrenarás con alguna pena, con azotes? Hazlo, hazlo: Dios lo admite, más bien lo reprende si no se hace; pero hazlo con ánimo de amor, no con ánimo de venganza. Pero cuando sufras injurias de algunos más poderosos, donde no te es lícito ejercer disciplina, ni tal vez incluso amonestar o mandar; soporta, soporta seguro: escucha el Evangelio que se leyó ahora, "Bienaventurados seréis cuando os persigan los hombres, y digan contra vosotros todo mal, mintiendo, por mi nombre" (Mateo 5, 11). Y allí añadió por qué, para que no recibas maldiciones por tu mérito, no por causa de las justificaciones de Dios. Pues no porque sea maldecido, es justo: sino porque es justo, y maldecido injustamente; y si es maldecido injustamente, se le devuelve una recompensa. Por tanto, estate seguro misericordioso, extiende el amor hasta los enemigos: que tal vez pertenecen a tu gobierno, venga, cohibe con amor, con caridad, atendiendo a la salvación eterna; no sea que al perdonar a la carne, el alma perezca. Haz esto: y sufrirás a muchos, en quienes no puedes ejercer disciplina, porque no pertenecen a los derechos de tu gobierno; soporta las injurias, estate seguro. Pues hará misericordias el Señor, y juicio a todos los que sufren injusticia. Así hará misericordia en ti, si has tenido misericordia: así serás misericordioso, para que lo que sufres de injuria no quede impune, "Mía es la venganza, yo pagaré" (Deuteronomio 32, 35), dice el Señor.

15. [vers. 7.] Dio a conocer sus caminos a Moisés. ¿Qué caminos dio a conocer a Moisés? ¿Por qué eligió a Moisés? En Moisés, entiende a todos los justos, a todos los santos: puso a uno, que todos se encuentren. Sin embargo, por Moisés se dio la Ley, y la misma tradición de la Ley tiene algo oscuro. Pues la Ley fue dada para que el enfermo fuera convencido y pidiera al médico. Esa es la vía oculta de Dios. Ya habías oído, "El que sana todas tus enfermedades". Las enfermedades estaban ocultas en los enfermos, se dieron los cinco libros de Moisés: la piscina estaba rodeada de cinco pórticos; sacó a los enfermos para que allí yacieran, para que fueran expuestos, no para que fueran sanados. Los cinco pórticos exponían a los enfermos, no los curaban; la piscina curaba cuando uno descendía, y esto con la piscina agitada (Juan 5, 2-4): la agitación de la piscina en la pasión del Señor. Pues viniendo y haciéndose desconocido, cuando se dice por otros, "Él es el Cristo"; por otros, "No es el Cristo"; es justo, es pecador; es maestro, es seductor: agitó el agua, es decir, agitó al pueblo; y en toda esa perturbación del agua uno era sanado, porque en la pasión del Señor la unidad es sanada. Quien esté fuera de la unidad, aunque yaciera en los pórticos, no podrá ser sanado: aunque tenga la Ley, no llegará a la salvación. Por tanto, porque allí está este misterio, enseña que la Ley fue dada para que los pecadores fueran convencidos y para que invocaran al médico para recibir la gracia. De donde aquel fue convencido, a quien Pablo apóstol se transfigura en sí mismo, diciendo: "¡Infeliz de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?" Pues por el mandamiento le fue demostrada cierta lucha en sí mismo, de donde dice, "Veo otra ley en mis miembros que lucha contra la ley de mi mente, y me lleva cautivo bajo la ley del pecado, que está en mis miembros." Se reconoció en miseria, en gemido, en lucha y contienda; él mismo no concordando consigo mismo, disonante de sí mismo, resiliendo de sí mismo: y ¿qué dice, deseando paz, paz verdadera, paz suprema? "¡Infeliz de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? La gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor" (Rom. 7, 23-25). "Donde" abundó el pecado, sobreabundó la gracia." ¿De dónde abundó el pecado? La Ley entró para que abundara el pecado (Id. 5, 20). ¿Por qué al entrar la

Ley abundó el pecado? Porque los hombres no querían confesarse pecadores, con la Ley añadida se hicieron también transgresores. Pues no es transgresor cualquiera, sino cuando ha transgredido la ley. El mismo Apóstol dice esto: "Donde no hay ley, tampoco hay transgresión" (Id. 4, 15). Abundó, pues, el pecado, para que sobreabundara la gracia. Por tanto, como comencé a decir, porque esto es un gran misterio en la Ley, por eso fue dada, para que al crecer el pecado, los soberbios fueran humillados, humillados confesaran, confesados fueran sanados: esos son los caminos ocultos que dio a conocer a Moisés, por quien dio la Ley, para que el pecado abundara, para que sobreabundara la gracia. Dios no hizo esto cruelmente, sino con el consejo de la medicina. Pues a veces el hombre se cree sano, y está enfermo; y en lo que está enfermo y no lo siente, no busca al médico: la enfermedad aumenta, crece la molestia, se busca al médico, y todo se sana. Dio a conocer sus caminos a Moisés; a los hijos de Israel sus voluntades. ¿Acaso a todos los hijos de Israel? Sino a los verdaderos hijos de Israel; más bien a todos los hijos de Israel. Pues los engañosos, los insidiosos, los hipócritas, no son hijos de Israel. ¿Y quiénes son los hijos de Israel? He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño (Juan 1, 47). A los hijos de Israel sus voluntades.

16. [vers. 8.] Misericordioso y compasivo es el Señor, lento para la ira y grande en misericordia. ¿Qué tan paciente? ¿Qué tan grande en misericordia? Se peca y se vive; se añaden pecados, se aumenta la vida: se blasfema diariamente, y hace salir su sol sobre buenos y malos (Mat. 5, 45). Llama de todas partes a la corrección, llama de todas partes al arrepentimiento, llama con los beneficios de la creación, llama otorgando tiempo para vivir, llama por el lector, llama por el predicador, llama por el pensamiento íntimo, llama por el castigo de la corrección, llama por la misericordia de la consolación: Lento para la ira y grande en misericordia. Pero observa no sea que usando mal de la longitud de la misericordia de Dios, te acumules para ti lo que dice el Apóstol, ira en el día de la ira. Pues esto dice el Apóstol: "¿O desprecias las riquezas de su bondad y paciencia, ignorando que la paciencia de Dios te lleva al arrepentimiento?" (Rom. 2, 5, 4). ¿Porque te perdona, piensas que le agradas? "Esto hiciste," dice, "y callé; pensaste iniquidad, que sería como tú" (Sal. 49, 21). No me agradan los pecados, sino que con paciencia busco las obras rectas. Si castigara a los pecadores, no encontraría confesores. Por tanto, Dios te lleva al arrepentimiento con su paciencia perdonándote: pero tú, cuando diariamente dices, "Termina el día de hoy, y así seré también mañana, pues no será el último; y al tercer día": y de repente viene su ira. Hermano, no tardes en convertirte al Señor (Eclo. 5, 8). Pues hay quienes preparan la conversión, y la posponen, y se convierte en ellos la voz del cuervo, "Mañana, mañana." El cuervo enviado desde el arca, no regresó (Gen. 8, 7). Dios no busca dilación en la voz del cuervo, sino confesión en el gemido de la paloma. La paloma enviada regresó. ¿Hasta cuándo, "Mañana, mañana"? Observa el último mañana: porque ignoras cuál será el último mañana, basta con que hayas vivido hasta hoy como pecador. Has oído, sueles oír a menudo, has oído también hoy: cuanto más oyes diariamente, tanto menos te corriges. "Tú" pues "según la dureza de tu corazón y corazón impenitente, acumulas para ti ira en el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios, quien pagará a cada uno según sus obras" (Rom. 2, 5, 6). No te parezca Dios tan misericordioso, que no te parezca justo. Misericordioso y compasivo es el Señor. Oigo, y me alegro: así dices. Oye, y alégrate; aún añade, Lento para la ira y grande en misericordia: y al final, Y veraz. Te alegras con las palabras anteriores, al final tiembla. Así es misericordioso y paciente, como también es veraz. Cuando te hayas acumulado ira en el día de la ira, ¿no experimentarás al justo, a quien despreciaste benigno?

17. [vers. 9.] No se enojará para siempre, ni guardará su ira eternamente. Pues también lo que vivimos en los castigos y la corrupción de la mortalidad, es de su indignación: de la pena

tenemos esto del primer pecado. Hermanos míos, no solo debemos pensar en evitar sus futuras amenazas, sino también su ira presente; porque también esta es su ira, de la cual el Apóstol dice que éramos hijos: pues dice, "Fuimos también nosotros en otro tiempo por naturaleza hijos de ira, como los demás" (Efes. 2, 3). Por tanto, de su ira es que aquí el hombre peregrina, que trabaja. ¿No es de su ira, hermanos míos, "Con sudor y trabajo comerás tu pan, y la tierra te producirá espinas y cardos" (Gen. 3, 19, 18)? A nuestro Creador se le dijo. O si nuestra vida es otra cosa; si puedes, conviértete a algún placer, donde no sientas espinas. Elige lo que quieras, avaro, lujurioso, para decir solo esos dos; añade un tercero, ambicioso: en el deseo de honores, ¿cuántas espinas? en la lujuria de las pasiones, ¿cuántas espinas? en el ardor de la avaricia, ¿cuántas espinas? ¿Cuántas molestias tienen los amores deshonestos? ¿Cuántas preocupaciones aquí en esta vida? Omito los infiernos. Mira no seas ya tú mismo tu infierno. Todo esto, hermanos míos, es de su ira: y cuando te conviertas, para actuar justamente, no podrás sino trabajar en la tierra; y no se termina el trabajo, sino cuando se haya terminado el camino. Es necesario trabajar en el camino, para que en la patria nos regocijemos. Por tanto, consuela con su promesa tu trabajo, tu sudor, tus molestias, y te dice: "No se enojará para siempre, ni guardará su ira eternamente."

18. [vers. 10, 11.] No nos ha tratado según nuestros pecados. Gracias a Dios, porque así lo quiso. No hemos recibido lo que merecíamos: "No nos ha tratado según nuestros pecados, ni nos ha pagado conforme a nuestras iniquidades. Porque como la altura del cielo sobre la tierra, ha confirmado el Señor su misericordia sobre los que le temen. Ha confirmado el Señor su misericordia sobre los que le temen:" ¿según qué? "Según la altura del cielo sobre la tierra." ¿Qué dijo? Si alguna vez puede el cielo apartarse de la protección de la tierra, alguna vez podrá Dios no proteger a los que le temen. Observa también el cielo: en todas partes, por todas partes protege la tierra, y no hay parte de la tierra que no esté protegida por el cielo. Los hombres pecan bajo el cielo, hacen todo mal bajo el cielo; sin embargo, están protegidos por el cielo. De allí la luz a los ojos, de allí el aire, de allí el aliento, de allí la lluvia a la tierra para los frutos, de allí toda misericordia del cielo. Quita la ayuda del cielo a la tierra, inmediatamente fallará. Así como la protección del cielo permanece sobre la tierra, así la protección del Señor permanece sobre los que le temen. Temes a Dios, sobre ti está su protección. Pero tal vez eres castigado, y piensas que Dios te ha abandonado. Si la protección del cielo ha abandonado la tierra: "Porque como la altura del cielo sobre la tierra, ha confirmado el Señor su misericordia sobre los que le temen."

19. [vers. 12.] ¿Y qué hizo? Porque no nos ha pagado según nuestros pecados. Cuanto dista el oriente del occidente, ha alejado de nosotros nuestros pecados. Como la altura del cielo sobre la tierra, ha confirmado el Señor su misericordia sobre nosotros. Dije por qué: por la protección. ¿De dónde? Cuanto dista el oriente del occidente, ha alejado de nosotros nuestros pecados. Lo saben quienes conocen los sacramentos; sin embargo, digo lo que todos pueden escuchar. Cuando se perdona el pecado, tus pecados mueren, tu gracia nace: tus pecados están como en el ocaso; la gracia por la que eres liberado, en el amanecer. La verdad ha brotado de la tierra (Sal. 84, 12). ¿Qué es, "La verdad ha brotado de la tierra"? Ha nacido tu gracia, tus pecados mueren, te renuevas de algún modo. Debes atender al amanecer, debes apartarte del ocaso. Apártate de tus pecados, conviértete a la gracia de Dios; con aquellos muriendo, te levantas y progresas. Pero la parte del cielo que surge, nuevamente va al ocaso. No de cualquier manera pueden llevarse las similitudes a la perfección, pueden alinearse las cosas a las que se aplican: como dijo del águila, como de la luna, así también aquí. Una parte del cielo se pone, otra surge: pero la parte que surge ahora, después de doce horas se pondrá. No es así la gracia que nos surge: y los pecados mueren para siempre, y la gracia permanece para siempre.

20. [vers. 13.] ¿Por qué, pues, "Cuanto dista el oriente del occidente," tanto ha alejado de nosotros nuestros pecados, para que aquellos mueran, y la gracia surja? ¿Por qué creéis? Como un padre se compadece de sus hijos, así se ha compadecido el Señor de los que le temen. Ya que se enfurezca cuanto quiera, es padre. Pero nos ha castigado, y nos ha afligido, y nos ha quebrantado: es padre. Hijo, si lloras, llora bajo un padre; no con indignación, no con el orgullo de la soberbia. Lo que sufres, por lo que lloras, es medicina, no castigo; es corrección, no condenación. No rechaces el castigo, si no quieres ser rechazado de la herencia: no mires cuánta pena tienes en el castigo, sino qué lugar en el testamento. Como un padre se compadece de sus hijos, así se ha compadecido el Señor de los que le temen.

21. [vers. 14.] Porque él conoce nuestra formación: es decir, nuestra debilidad. Sabe lo que hizo, cómo cayó, cómo debe ser restaurado, cómo debe ser adoptado, cómo debe ser enriquecido. He aquí que fuimos hechos de barro: "El primer hombre de la tierra, terrenal; el segundo hombre del cielo, celestial" (1 Cor. 15, 47). Envió también a su Hijo, que se hizo el segundo hombre, que antes de todo es Dios. Segundo en la venida, primero en el regreso: murió después de muchos, resucitó antes que todos. Él conoce nuestra formación: ¿qué formación? Nosotros. ¿De dónde hablas porque conoce? Porque se ha compadecido. Recuerda que somos polvo. A Dios mismo vuelto dice, "Recuerda," como si Dios olvidara: así conoce, así sabe, que no olvida. Pero ¿qué es, "Recuerda"? Que tu misericordia permanezca con nosotros. Conociste nuestra formación de algún modo; no olvides nuestra formación, no olvidemos tu gracia. Recuerda que somos polvo.

22. [vers. 15.] El hombre, como la hierba son sus días. Atienda qué es el hombre; no se enorgullezca el hombre: como la hierba son sus días. ¿Qué se enorgullece la hierba ahora floreciente, después de un poco secándose? ¿Qué se enorgullece la hierba por un tiempo verde, y esto por poco tiempo, hasta que el sol brille? Es bueno, pues, para nosotros que su misericordia esté sobre nosotros, y de la hierba haga oro. Pues el hombre, como la hierba son sus días; como la flor del campo, así florecerá. Todo el esplendor del género humano; honores, poderes, riquezas, orgullos, amenazas, es la flor de la hierba. Florece esa casa, y grande esa casa, florece esa familia; ¿y cuántos florecen, o cuántos años viven? Muchos años para ti; breve tiempo para Dios. Dios no cuenta así, como tú cuentas. En comparación con los largos y longevos siglos, toda flor de cualquier casa es así, como la flor del campo. Apenas es anual toda la belleza del año. Todo lo que allí prospera, todo lo que allí brilla, todo lo que allí es hermoso, no dura un año; más bien no puede llevarse por todo el año. ¿Qué tan poco tiempo pasan las flores, y esto es lo hermoso en las hierbas? Esto que es muy hermoso, esto cae pronto. "Toda carne es hierba, y la gloria del hombre como la flor de la hierba. La hierba se seca, y la flor cae: Pero la palabra del Señor permanece para siempre" (Isa. 40, 6-8). Porque pues como el Padre conoce nuestra formación, porque somos hierba, y podemos florecer por un tiempo; nos envió su Verbo, y su Verbo que permanece para siempre, hizo hermano al heno que no permanece para siempre: por naturaleza Unigénito, único nacido de su sustancia hizo hermano a tantos hermanos adoptados. No te maravilles porque serás partícipe de su eternidad; él mismo se hizo primero partícipe de tu heno. ¿Lo que es excelso de ti, te lo negará, quien lo que era humilde de ti lo asumió? Por tanto, el hombre, en cuanto al hombre se refiere, como la hierba son sus días; como la flor del campo, así florecerá.

23. [vers. 16.] Porque el espíritu pasará por él, y no será, y no conocerá más su lugar. Como una pérdida, como una destrucción. He aquí quien se infla, he aquí quien se hincha, he aquí quien se exalta, "El espíritu pasará por él, y no será, y no conocerá más su lugar." Vean diariamente a los que mueren; y esto será todo, él mismo será el fin. Pues no habla a la hierba, sino por lo que también el Verbo se hizo hierba. Pues tú hombre; por ti también el Verbo se hizo hombre: tú carne, y por ti el Verbo se hizo carne. Toda carne es hierba, y el

Verbo se hizo carne (Juan 1, 14). ¿Cuánta esperanza, pues, para la hierba, cuando el Verbo se hizo carne? Aquello que permanece para siempre, no despreció asumir la hierba, para que la hierba no desesperara de sí misma.

24. [vers. 17.] Por tanto, en cuanto a ti te atiendes, piensa en tu humildad, piensa en tu polvo; no te exaltes: lo que sea mejor en ti, será por su gracia, será por su misericordia. Escucha pues lo que sigue: "Pero la misericordia del Señor es de siglo en siglo, sobre los que le temen." Los que no le temen, hierba, y en la hierba, y en el tormento con la hierba serán: pues la carne resucitará para el tormento. Alégrense aquellos que le temen, porque sobre ellos está su misericordia.

25. [vers. 18.] Y su justicia sobre los hijos de los hijos. Dice la retribución, sobre los hijos de los hijos. ¿Cuántos son los siervos de Dios que no tienen hijos, cuánto menos hijos de los hijos? pero llama hijos nuestros a nuestras obras; hijos de los hijos, la recompensa de nuestras obras. Su justicia sobre los hijos de los hijos, a los que guardan su pacto. Vean que no piensen que todo lo dicho les pertenece: elijan, cuando se les permite. A los que guardan, dice, su pacto, y recuerdan sus mandamientos para hacerlos. Ya te disponías a exaltarte, y tal vez devolverme el Salterio, que yo no tengo, o recitar toda la Ley de memoria. Claramente en memoria mejor que yo, mejor que cualquier justo, si el justo no tiene la Ley de memoria palabra por palabra: pero mira que guardes los preceptos. Pero ¿cómo los guardas? No en memoria, sino en vida. Recuerdan sus mandamientos: no para recitarlos; sino, para hacerlos. Tal vez ahora se perturba el alma de cada uno. ¿Quién guarda todos los mandamientos de Dios? ¿Quién guarda todas las Escrituras de Dios? He aquí que quiero no solo guardarlos en memoria, sino también hacerlos con mis obras: pero ¿quién guarda todo en memoria? No temas; no te sobrecarga. En dos mandamientos pende toda la Ley, y los Profetas (Mat. 22, 40). Pero quiero guardar toda la Ley. Guárdala, si puedes, cuando puedas, como puedas. Cualquier página que preguntes, esto te responderá: Lo que guardas, guárdalo; guarda la caridad: "El fin del mandamiento es la caridad" (1 Tim. 1, 5). No pienses en la multitud de ramas; guarda la raíz, y todo el árbol está en ti. Y recuerdan sus mandamientos para hacerlos.

26. [vers. 19.] El Señor ha preparado su trono en el cielo. ¿Quién, sino Cristo, ha preparado su trono en el cielo? Él que descendió y ascendió, que murió y resucitó, que elevó al hombre asumido al cielo, él mismo preparó su trono en el cielo. El trono es la sede del juez: observad, pues, vosotros que escucháis, que ha preparado su trono en el cielo. Que cada uno haga lo que quiera en la tierra, el pecado no quedará impune, la justicia no será infructuosa; porque el Señor, que fue burlado ante el trono del juez humano, ha preparado su trono en el cielo. El Señor ha preparado su trono en el cielo; y su reino dominará sobre todos. El reino es del Señor, y él dominará sobre las naciones (Sal. XXI, 29). Y su reino dominará sobre todos.

27. [vers. 20.] Bendecid al Señor, todos sus ángeles, poderosos en fortaleza, que ejecutáis su palabra. Por tanto, tú no eres justo ni fiel a la palabra de Dios, a menos que la cumplas. Poderosos en fortaleza, que ejecutáis su palabra, para escuchar la voz de sus palabras.

28. [vers. 21.] Bendecid al Señor, todas sus virtudes, sus ministros, que hacéis su voluntad. Todos los ángeles, todos los poderosos en fortaleza, que ejecutáis su palabra, todas sus virtudes, todos sus ministros, que hacéis su voluntad, vosotros, vosotros bendecid al Señor. Porque todos los que viven mal, aunque su lengua calle, con su vida maldicen al Señor. ¿De qué sirve que tu lengua cante un himno, si tu vida exhala sacrilegio? Viviendo mal has llevado a muchas lenguas a la blasfemia. Tu lengua está libre para el himno, y las demás de los que te observan están libres para las blasfemias. Si, pues, quieres bendecir al Señor, haz

su palabra, haz su voluntad. Edifica sobre la roca, no sobre la arena. Oír y no hacer es edificar sobre la arena; oír y hacer es edificar sobre la roca; ni oír ni hacer es no edificar nada. Si edificas sobre la arena, edificas una ruina; si no edificas nada, expuesto a la lluvia, a los ríos, a los vientos, serás arrastrado antes de que te mantengas firme (Mat. VII, 24-27). Por tanto, no hay que cesar, sino edificar: y no edificar de tal manera que se edifique una ruina; sino edificar sobre la roca, para que la tentación no derribe. Si es así, bendice al Señor: si no es así, no te adules con tu lengua; interroga a tu vida, que ella te responda. Encuentra qué mal eres; gime, confiesa: tu confesión puede bendecir al Señor; pero que tu cambio persevere en la bendición.

29. [vers. 22.] Bendecid al Señor, todas sus obras, en todo lugar de su dominio. Por tanto, en todo lugar. Que no se bendiga allí donde no domina: En todo lugar de su dominio. No sea que alguien diga: No puedo bendecir al Señor en el oriente, porque ha partido hacia el occidente; o, No puedo en el occidente, porque está en el oriente. No del oriente ni del occidente, no de los montes desiertos; porque Dios es el juez (Sal. LXXIV, 7, 8). Así está en todas partes, para que en todas partes sea bendecido: así está por todas partes, para que por todas partes se le jubile: así es bendecido por todas partes, para que por todas partes se viva bien. Bendecid al Señor, todas sus obras. Porque cuando comiences a bendecir al Señor con una buena vida, sus obras lo bendicen, no tus méritos. Pues él mismo obra el bien por ti y en ti, como dice el Apóstol: Con temor y temblor trabajad en vuestra propia salvación; porque Dios es el que obra en vosotros (Filip. II, 12, 13). Por tanto, no te ensalces, porque haces su palabra, porque haces su voluntad, quiso humillarte, mirando su gracia, de donde lo has conseguido. En todo lugar de su dominio. Bendice, alma mía, al Señor. Este último verso es el primero: de la bendición partimos, a la bendición volvamos, en la bendición reinemos.

EN EL SALMO CIII COMENTARIO.

SERMON I.

1. El día anteayer, tanto como os dignéis recordar, fuisteis abundantemente alimentados: pero como nos dejasteis aún después de un largo sermón con gran avidez, no pensamos que vuestra Santidad deba ser defraudada del deber del día de hoy; para que esto sea del deber, aquello del lucro. El salmo que se ha leído está casi todo tejido de figuras de cosas y misterios, y requiere no solo nuestra, sino también vuestra no pequeña atención; aunque también todo lo que se ha dicho puede ser religiosamente entendido al pie de la letra. Pues se enumeran, aunque no todas, muchas obras de Dios, que son conocidas por todos los que las contemplan, que saben y por estas cosas que han sido hechas y se ven, contemplar intelectualmente sus invisibles (Rom. I, 20). Vemos, pues, la obra del mundo como una cierta gran estructura de cielo y tierra, y de todas las cosas que hay en ellos; y de la magnitud y belleza de esta estructura, la magnitud y belleza inestimable del mismo creador, aunque aún no la vemos, ya la amamos. Pues no ha cesado, quien aún no puede ser contemplado por la pureza de nuestro corazón, de poner ante nuestros ojos sus obras, para que viendo lo que podemos, amemos a quien no podemos ver, para que por el mérito de ese amor suyo podamos alguna vez verlo. Sin embargo, en todo lo que se ha dicho, también debe buscarse el entendimiento espiritual, para cuya investigación nos ayudarán en el nombre de Cristo vuestros deseos; con los cuales, como manos invisibles, golpeáis a la puerta invisible, para que se os abra invisiblemente, y entréis invisiblemente, y seáis sanados invisiblemente.

2. [vers. 1.] Digamos, pues, todos: Bendice, alma mía, al Señor. Hablemos todos a nuestra alma: porque el alma de todos nosotros, por una sola fe, es un alma; y todos nosotros, quienesquiera que creemos en Cristo, por la unidad de su cuerpo somos un solo hombre.

Bendiga nuestra alma al Señor, por tantos beneficios suyos, por tantos y grandes dones de sus gracias: que encontramos en este salmo atentos, y sacudida la niebla del pensamiento carnal, con la mente erguida tanto como podemos, y con la mirada tanto como podemos directa, y con el ojo puro de nuestro corazón tanto como no lo impide la vida presente, tanto como no ocupan los deseos de las cosas presentes, tanto como no ciega la codicia del siglo. Estaremos, pues, erguidos para escuchar sus grandes, alegres y hermosos, deseables y llenos de alegría y dones de gozo; que ya aquel que concibió este salmo, veía con el alma, y con la exultación de esa visión exclamaba diciendo: Bendice, alma mía, al Señor.

3. Señor Dios mío, te has engrandecido mucho. Mira las cosas magníficas que va a decir; en las cuales magníficas no debe ser alabado sino el autor de todas las cosas magníficas. Te has vestido de confesión y de decoro. Oh Señor Dios mío, que te has engrandecido mucho, ¿de dónde te has engrandecido mucho? ¿No eres siempre grande? ¿No eres siempre magnífico? ¿Acaso no eres perfecto, para que crezcas? ¿Acaso decaes, para que alguna vez disminuyas? Pero porque eres lo que eres, y verdaderamente eres, ciertamente dijiste tu nombre a tu siervo Moisés, Yo soy el que soy (Éxodo III, 14): ciertamente eres grande, y tu grandeza es sempiterna, ni comenzó, ni termina; ni comienza desde el principio del tiempo, ni se extiende hasta el fin del tiempo, ni sufre algo en medio: pues es una grandeza inmutable. ¿Cómo, pues, te has engrandecido mucho? Otro salmo nos advierte; pues dice, Admirable es tu ciencia en mí (Sal. CXXXVIII, 6). Si se dice correctamente, Admirable es tu ciencia en mí; se dice correctamente, Señor Dios mío, te has engrandecido mucho, en mí. Pero también esto aún debe ser investigado. ¿En mí se engrandece mi Dios? Entonces en mí se hace grande. Nos enseña algo también la oración cotidiana de nuestra salvación. Santificado sea tu nombre (Mat. VI, 9): pedimos diariamente, rogamos diariamente que se haga. Si alguien nos preguntara, ¿Qué es lo que pedís, que sea santificado el nombre de Dios? ¿Acaso alguna vez no es santo, para que ahora sea santificado? Y sin embargo, si no quisiéramos que se hiciera, no pediríamos que se hiciera. Pues una cosa es la gratulación, otra la oración: nos congratulamos, por lo que es; oramos, para que sea lo que aún no es. ¿Qué es, pues, Santificado sea tu nombre? y entendemos, lo que aquí se ha dicho, Señor Dios mío, te has engrandecido mucho. Esto es, Santificado sea tu nombre, que sea santo entre los hombres tu nombre. Pues siempre es santo tu nombre, pero para algunos impuros aún no es santo tu nombre. Pues dice el Apóstol, Todas las cosas son puras para los puros, pero para los impuros e infieles nada es puro. Si para los impuros e infieles nada es puro, busco la causa: Pero están contaminados, dice, su mente y su conciencia (Tito I, 15). Si nada es puro para ellos, ni siquiera Dios; a menos que quizás penséis que Dios parece puro a aquellos que diariamente lo blasfeman. Si es puro, que les agrade; si les agrada, que sea alabado: pero si es blasfemado, les desagrada; y si les desagrada, ¿cómo puede ser puro para ti quien te desagrada? ¿Qué, pues, rogamos, Santificado sea tu nombre? Para que a aquellos hombres que por la infidelidad aún no lo tienen, el nombre de Dios sea santo, para quienes aún no es santo aquel que por sí mismo, y en sí mismo, y en sus santos es santo. Rogamos por el género humano, rogamos por el orbe de la tierra, por todas las naciones, que diariamente se sientan y discuten que Dios no es justo, y que Dios no juzga rectamente; para que alguna vez ellos mismos se corrijan, y lleven un corazón recto a su rectitud; y adhiriéndose a él, dirigidos hacia lo recto, ya no lo vituperen, sino que agrade a los rectos el recto: porque, Cuán bueno es Dios para Israel, pero para los rectos de corazón (Sal. LXXII, 1). Por tanto, cuando vio este que canta, este mismo nosotros mismos, es decir, el cuerpo de Cristo, los miembros de Cristo; cuando vio cuántas cosas ha concedido Dios al género humano, a quien antes o no le parecía Dios, o le parecía falso, o no tan grande, viéndolo en sus obras; Señor Dios mío, dice, te has engrandecido mucho: es decir, quien aún no te entendía, te entiendo grande. Siempre grande, incluso oculto; pero para mí entonces grande, cuando te manifestaste. Te has engrandecido,

pues, en mí: como Admirable es tu ciencia en mí; pues admirable se ha hecho en mí. Yo la admiro convertido a ella; pero ella, aunque no me convierta, aunque después de la conversión me aparte, permanece íntegra. Pero yo ya grande hecho en ella, y de disminuido hecho íntegro en ella, admiro lo que no conocía; no lo que ahora se ha hecho grande desde que aprendí, sino porque grande me he hecho desde que aprendí. Escucha ya también dónde se ve engrandecido Dios mucho, siempre grande; pues engrandecido mucho en sus obras hacia nosotros.

4. Te has vestido de confesión y de decoro. Antes del decoro puso la confesión, el decoro en la belleza. Buscas la belleza; buscas una buena cosa. Pero, ¿por qué buscas la belleza, oh alma? Para que te ame tu esposo; pues le desagradas siendo fea. Pues, ¿cómo es él? Hermoso en forma más que los hijos de los hombres. Quieres besar al hermoso siendo fea; pero no te das cuenta de que estás llena de iniquidades. Sin embargo, la gracia se ha derramado en tus labios. Pues así se ha dicho de él: Hermoso en forma más que los hijos de los hombres, la gracia se ha derramado en tus labios; por eso las doncellas te amaron (Sal. XLIV, 3). Hay, pues, uno hermoso, hay uno bello más que los hijos de los hombres; aunque hijo de hombre, sin embargo más que los hijos de los hombres. A este quieres agradar, oh alma humana, oh una en muchos? Escuchemos a la Iglesia; pues había en ellos un alma y un corazón en Dios (Hechos IV, 32): a esta se dirige el Salmo. ¿Quieres agradarle? No puedes, mientras seas deforme: ¿qué harás para ser hermosa? Primero te desagrade tu deformidad, y entonces por el mismo a quien quieres agradar hermosa, merecerás la belleza. Pues él mismo será tu reformador, quien fue tu formador. Por tanto, primero atiende qué eres, para que no te atrevas a ir fea a los besos del hermoso. Y, ¿qué mirando, dices, me veré? Te ha puesto un espejo su Escritura; se te lee: Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios (Mat. V, 8). El espejo en esta lectura se te ha propuesto: ve si eres lo que dijo; si aún no eres, gime para serlo. Te anunciará el espejo tu rostro: así como no sentirás al espejo adulador, así tampoco te adules. Ese brillo te muestra lo que eres: ve lo que eres; y si te desagrada, busca no serlo. Pues si siendo fea, aún te desagradas a ti misma, ya agradas al hermoso. ¿Qué, pues? Porque te desagrada tu fealdad, comienzas a confesarle; como se dice en otro lugar: Comenzad al Señor en confesión (Sal. CXLVI, 7). Primero acusa tu fealdad: pues la fealdad del alma es por los pecados, por las iniquidades. Acusando tu fealdad comienza a confesar, de la confesión comienzas a embellecerte: ¿quién te embellece, sino el hermoso en forma más que los hijos de los hombres?

5. Pero para hacerla hermosa, me atrevo a decir, amó también a la fea. ¿Qué es, amó también a la fea? Pues Cristo murió por los impíos (Rom. V, 6). ¿Qué vida te guarda justificado, quien dio su muerte también al impío? He aquí el hermoso y hermoso en forma más que los hijos de los hombres, porque justísimo más que los hijos de los hombres, porque venía a la fea, para hacerla hermosa, (diré también esto, porque lo encuentro en las Escrituras) se hizo feo. No me escuchéis en esto, no sea que en esta palabra haya caído temerariamente. Pues como había dicho, Amó también a la fea; no lo habría dicho congruentemente a algunos que lo aman, si no me saliera un testigo; y dije lo que dijo el Apóstol: ¿quieres saber que amó también a la fea? Cristo murió por los impíos: así también ahora lo que dije, Para venir a la fea, se hizo feo, se hizo deforme, ¿cómo lo probaré; cuando ya me había predicho el divino elocuente, Hermoso en forma más que los hijos de los hombres? Pero en ese mismo divino elocuente tengo de nuevo, Lo vimos, y no tenía forma, ni hermosura (Isaías LIII, 2). Hermoso en forma más que los hijos de los hombres: Lo vimos, y no tenía forma, ni hermosura. No dijo, No lo vimos, y por eso no sabíamos si tenía forma o hermosura: he aquí lo vimos, y no tenía forma, ni hermosura. ¿Dónde, pues, lo vio quien dijo, Hermoso en forma más que los hijos de los hombres? y ¿dónde lo vio quien dijo, No tenía forma, ni hermosura? Escucha dónde lo vio

quien dijo, Hermoso en forma más que los hijos de los hombres. Cuando en forma de Dios estaba, no consideró el ser igual a Dios como usurpación. Con razón más que los hijos de los hombres, porque igual a Dios: he aquí he recibido y reconocido dónde lo vio quien dijo, Hermoso en forma más que los hijos de los hombres. Pues nos respondió, ¿Dónde lo vi, preguntas? En forma de Dios. Y ¿de dónde lo viste en forma de Dios? ¿cómo lo viste en forma de Dios? Porque sus invisibles por las cosas hechas se entienden y se contemplan (Rom. I, 20). Bien, muy bien; he recibido, he reconocido también a quién viste, y cómo lo viste, y dónde lo viste, y de dónde lo viste. ¿A quién viste? A nuestro esposo. ¿Cómo lo viste? Hermoso en forma más que los hijos de los hombres. ¿Dónde lo viste? Cuando en forma de Dios estaba. ¿De dónde lo viste? Por las cosas hechas se entienden y se contemplan. Veamos también de este qué dice otro profeta, pero no otro espíritu; pues no discrepan entre sí. Nos mostró aquel hermoso en forma más que los hijos de los hombres, muéstrenos también este lo que dice, Lo vimos, y no tenía forma, ni hermosura. Un apóstol Pablo une a ambos profetas; un solo capítulo de Pablo da testimonio a ambos profetas. Allí tengo hermoso en forma más que los hijos de los hombres: Quien cuando en forma de Dios estaba, no consideró el ser igual a Dios como usurpación. Allí dijo, lo que vio también otro, no teniendo forma ni hermosura: porque se vació a sí mismo tomando forma de siervo, hecho a semejanza de los hombres, y hallado en condición como hombre; se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz (Filip. II, 6-8). Con razón lo vieron, y no tenía forma ni hermosura. Con razón antes de la cruz movían la cabeza: ¿Es este todo el Hijo de Dios? Si es Hijo de Dios, descienda de la cruz (Mat. XXVII, 40). Pero no tenía forma ni hermosura. Aun así, oh a quienes desagrada, porque no tenía forma ni hermosura! Oh moviendo la cabeza ante la cruz, y no fijando la cabeza en la cabeza que colgaba en la cruz! Con razón la cabeza de los que insultan se mueve, hasta que sea su cabeza aquel mismo a quien se insultaba. He aquí retoma la hermosura, y gran hermosura. He aquí lo que dices tú, es menos que lo que hizo. Dices tú, Si es Hijo de Dios, descienda de la cruz: he aquí no descendió de la cruz, sino que resucitó del sepulcro.

6. Por lo tanto, alma, no puedes ser hermosa a menos que confieses tu fealdad a aquel que siempre es hermoso, y que por ti fue temporalmente no hermoso; y así fue temporalmente no hermoso en la forma de siervo, para que nunca le faltara la belleza que está en la forma de Dios. Por lo tanto, tú, Iglesia, tienes belleza: se te dice en el Cantar de los Cantares, "Oh hermosa entre las mujeres" (Cant. V, 9). Se dice de ti: "¿Quién es esta que sube blanqueada?" (Id. VIII, 5, según LXX). ¿Qué significa blanqueada? Iluminada: no blanqueada como maquillada, como las mujeres que quieren parecer lo que no son; no blanqueada como una pared blanqueada; porque será destruida, como dice el Apóstol, una pared blanqueada (Hechos XXIII, 3), hipocresía y simulación. Una pared blanqueada, por fuera revestida, por dentro barro. No, por lo tanto, así blanqueada; sino blanqueada, iluminada, porque no es blanca por sí misma. Primero, dice, fui blasfemo (I Tim. 1, 13); y también, "Fuimos en otro tiempo por naturaleza hijos de ira, como los demás" (Efesios II, 3). Se acerca la gracia que ilumina y blanquea: primero fuiste negra, pero te has hecho blanca por la gracia de Él. Porque en otro tiempo fuisteis tinieblas; ahora sois luz en el Señor. Por lo tanto, se dice de ti, "¿Quién es esta que sube blanqueada?" Ya admirable, ya apenas contemplable. Es de admirar decir, "¿Quién es esta que sube blanqueada, tan hermosa, tan luminosa, tan sin mancha ni arruga?" (Id. V, 8, 27). ¿No es esta la que yacía en el lodo de las iniquidades? ¿No es esta la que yacía en la fornicación de los ídolos? ¿No es esta la que estaba inmunda en toda codicia y deseo carnal? ¿Quién es, entonces, esta que sube blanqueada? Observa quién es aquel que por ella se hizo sin apariencia ni belleza, y entenderás el honor de esta claridad. Si te maravillas de su humildad por ella, no te maravilles ya de su elevación por él. ¡Qué gran felicidad es esta

blanqueada, que incluso cuando era negra, atrajo hacia sí al hermoso, que murió por los impíos! Por lo tanto, el Señor nuestro Dios se ha revestido de confesión y belleza, se ha revestido de la Iglesia: porque la Iglesia misma es confesión y belleza. Primero confesión, luego belleza; confesión de pecados, belleza de obras rectas: "Te has revestido de confesión y belleza."

7. [vers. 2.] Envuelto en luz como en un vestido. Esa es su vestidura, de la que ya he hablado: "Sin mancha ni arruga." Se llama luz; y ya lo he dicho: "En otro tiempo fuisteis tinieblas; ahora sois luz en el Señor." No, por lo tanto, en vosotros; porque las tinieblas están en vosotros, pero la luz en el Señor. Por lo tanto, "Envuelto en luz como en un vestido." Extiende el cielo como una piel. ¿Cómo hizo esto, para vestirse de luz como un vestido, la Iglesia, quiere enumerarlo con ciertos sacramentos figurados: cómo la Iglesia se hizo luz, cómo se hizo sin mancha ni arruga, cómo se hizo blanca, blanqueada, resplandeciente en el vestido de su esposo, adherida a él, cómo se hizo, escuchemos. Extiende el cielo como una piel. Y esto lo veo. ¿Quién, pues, extendió este cielo, que contemplamos con nuestros ojos carnales, sino Dios? Y, "Extiende como una piel," lo redujo a facilidad, si lo tomas literalmente. Porque cuando ves esta gran estructura, ya que cualquier hombre que extienda una sola o pequeña cámara, lo hace con gran esfuerzo, gran trabajo y dificultad y operación prolongada; para que la debilidad humana no sospechara tal trabajo en las obras de Dios, trajo cierta facilidad para tu capacidad, para que de alguna manera comiences a creer que Dios obra fácilmente, y no pienses que extendió el cielo como tú el techo de tu casa; sino que así como te es fácil extender una piel, así le fue fácil a él extender un cielo tan grande. Maravillosa facilidad, y sin embargo el Espíritu todavía te habla a ti, lento. A ti, digo, todavía lento te habla el Espíritu. Porque ni siquiera así extendió Dios el cielo, como tú la piel. Porque si lo extendió así, he aquí, ante ti se coloca una piel arrugada o plegada; di que se extienda, extiende la piel con tu palabra. No puedo, dices. Por lo tanto, incluso en extender una piel estás muy lejos de la facilidad de Dios. Porque él dijo, y fueron hechas (Salmo CXLVIII, 5). Dijo, "Hágase un firmamento entre las aguas y las aguas"; y así fue hecho (Gén. I, 6). Sin embargo, para significar la facilidad, según tu sentido, has tomado algo por ahora literalmente.

8. Pero figuradamente, si queremos descubrir algo cubierto, y golpear a lo cerrado, encontramos que Dios extendió el cielo como una piel, para que entendamos el cielo como la Sagrada Escritura. Esta autoridad primero la puso Dios en su Iglesia; de ahí comenzó a ejecutar las demás cosas: porque puso el cielo, y lo extendió como una piel, y no en vano como una piel. Primero extendió esta fama de los predicadores como una piel: la piel significa mortalidad: por eso también aquellos dos primeros padres nuestros, autores del pecado del género humano, Adán y Eva, cuando en el paraíso, despreciando el precepto de Dios, a la sugerencia y persuasión de la serpiente transgredieron lo que Dios había ordenado, fueron hechos mortales y expulsados del paraíso; y para que se significara su propia mortalidad, fueron vestidos con túnicas de piel; porque recibieron túnicas hechas de pieles (Gén. III): pero las pieles no suelen quitarse sino a los animales muertos: por lo tanto, en el nombre de las pieles se figuró aquella mortalidad. ¿Qué, entonces, si aquí se significa la Sagrada Escritura con el nombre de piel, cómo hizo Dios el cielo de piel, y extendió el cielo como una piel? Porque por quienes nos fue predicada la Escritura, fueron mortales. Aquel Verbo de Dios siempre el mismo, siempre inmutable e indeficiente. He aquí, "En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios." ¿Acaso era, y ahora no es? Y es, y siempre será. Si, por lo tanto, el Verbo de Dios es Dios con Dios, léelo si puedes. Pero, ¿qué dices? que está arriba, y por eso no puedes leerlo? El Verbo de Dios está en todas partes; se extiende de un extremo al otro con fuerza, y alcanza todo por su pureza (Sab. VIII,

1; y VII, 24). En este mundo estaba, y el mundo fue hecho por él (Juan I, 1, 10): y cuando vino, aquí estaba. Porque vino en carne, nunca ausente en divinidad. ¿Por qué, entonces, no podías leerlo? Porque en la sabiduría de Dios el mundo no conoció a Dios por la sabiduría, estando allí establecido en la sabiduría de Dios; porque todas las cosas están allí, y, quitadas ellas, no hay nada; estando allí establecido no podías conocer a Dios por la sabiduría: por lo tanto, era necesario lo que sigue, "Agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación" (I Cor. I, 21). Si por la locura de la predicación iban a ser salvos los creyentes, Dios eligió ciertas cosas mortales, eligió hombres mortales y que morirían; con una lengua mortal exhibió sonidos mortales, con la dispensación de los mortales usó instrumentos mortales, y en eso se te hizo el cielo, para que en una cosa mortal conocieras el Verbo inmortal, y tú también te hicieras inmortal por la participación de ese Verbo. Moisés vivió, y murió: porque Dios le dijo, "Sube al monte, y muere" (Deut. XXXII, 49). Jeremías murió, y todos los Profetas murieron; y las palabras de los muertos, porque no eran de ellos, sino de aquel que por ellos era, quien "extendió el cielo como una piel," permanecen hasta nuestra posteridad. He aquí el Apóstol liberado de esta vida, quien dijo, "deseo partir y estar con Cristo, lo cual es mucho mejor" (Filip. I, 23), vive ahora con Cristo, como todos aquellos Profetas viven con Cristo: pero, ¿por qué nos dispensó lo que leemos? Por lo que iba a morir, por la boca, por la lengua, los dientes, las manos. Todas estas cosas por las que el Apóstol obró todo lo que leemos, son oficios del cuerpo, pero mandando el alma a la que Dios mandaba: por eso se extendió el cielo como una piel. Nosotros bajo el cielo, como bajo la piel de las Escrituras divinas leemos ahora, cuando se extiende. Porque después "el cielo se enrollará como un libro" (Isaías XXXIV, 4). No en vano, hermanos, aquí como una piel, allí como un libro; algo figurado se nos ha dado allí. En cuanto a la Sagrada Escritura, se extiende la palabra de los muertos: por eso se extiende como una piel; y mucho más se extiende, porque ellos murieron. Porque después de la muerte los Profetas y Apóstoles se hicieron más conocidos; no eran tan conocidos cuando vivían: los Profetas vivos solo los tuvo Judea, muertos todas las naciones. Porque cuando vivían, aún no se había extendido la piel, aún no se había extendido el cielo, para cubrir la tierra. Por lo tanto, extendió el cielo como una piel.

9. [vers. 3.] Quien cubre en las aguas sus partes superiores. Y esto lo leemos, y se entiende bien literalmente. Porque cuando ordenó que se hiciera un firmamento entre las aguas y las aguas, se hizo, para que haya aguas inferiores que riegan las tierras, y haya aguas superiores alejadas de la vista, sin embargo, confiadas a la fe. Y las aguas, dice, que están sobre los cielos, alaben el nombre del Señor: porque él dijo, y fueron hechas; él mandó, y fueron creadas (Salmo CXLVIII, 4, 5). Por lo tanto, se ha explicado el sentido literalmente; porque cubre en las aguas sus partes superiores. ¿Qué en cuanto a la figura? Porque en figura hemos tomado la piel como la Sagrada Escritura, y la autoridad de la palabra divina dispensada a nosotros por mortales, por quienes muertos se extiende la fama de esa dispensación; según esto, ¿cómo cubre en las aguas sus partes superiores? ¿De quién las partes superiores? Del cielo. ¿Y qué es el cielo? La Sagrada Escritura. ¿Cuáles son las partes superiores de la Sagrada Escritura? ¿Qué encontramos en las Escrituras sagradas superior? Pregunta a Pablo: "Os muestro un camino más excelente" (I Cor. XII, 31). ¿Qué dice que es el camino más excelente? "Si hablo en lenguas humanas y angélicas, pero no tengo amor, he venido a ser como metal que resuena, o címbalo que retiñe" (I Cor. XIII, 1). Si, por lo tanto, nada más excelente se puede encontrar en la Sagrada Escritura que el amor; ¿cómo se cubren las partes superiores del cielo en las aguas, si las partes superiores de la Escritura son los preceptos del amor? Escucha cómo: "El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado" (Rom. V, 5). Ya en el nombre de difusión entiende las aguas en el amor del Espíritu Santo. Estas son las aguas, de las que se dice en cierta Escritura:

"Y en tus plazas corran tus aguas; que ningún extraño comparta contigo" (Prov. V, 16 y 17). Porque todos los extraños al camino de la verdad, ya sean paganos, judíos, herejes, y todos los malos cristianos, pueden tener muchos dones, pero no pueden tener amor. ¿Por qué es esto mismo un don? para que no hablemos de otros dones externos, que todos los hombres tienen, porque hace salir su sol sobre buenos y malos (Mat. V, 45): son dones de Dios, y no solo comunes a buenos y malos, sino también a bestias y animales. El mismo ser, vivir, ver, sentir, oír, y realizar las demás funciones de los sentidos, son dones de Dios: pero ve con quiénes y cuántos son comunes, y con aquellos a quienes no deseas imitar. El mismo ingenio agudo lo tienen también los peores hombres, la habilidad industriosa de las artes la tienen también los más viles actores, las riquezas las tienen también los ladrones, matrimonios, hijos, muchos malos los tienen. Todos los dones de Dios son hermosos, nadie lo niega; pero ve con quiénes son comunes. Mira los dones de la misma Iglesia. El don de los Sacramentos en el Bautismo, en la Eucaristía, en los demás santos Sacramentos, ¿qué don es este? Este don lo obtuvo también Simón el mago (Hechos VIII, 13). ¿Qué don es la profecía? También profetizó Saúl, el mal rey, y profetizó cuando perseguía al santo David. Prestad atención: no dije, cuando lo había perseguido. Tal vez lo persiguió, se arrepintió, y fue digno del espíritu de profecía. No lo persiguió, ni lo iba a perseguir, sino que lo perseguía cuando profetizó. Envió a sus ministros a capturar a David: pero David en ese momento estaba entre los profetas, donde estaba también el santo Samuel; fueron llenos del espíritu de profecía los que fueron enviados, y profetizaron. Pero tal vez vinieron con buena disposición, o por necesidad de su oficio, o no iban a hacer lo que se les ordenó. Envió a otros: esto mismo sucedió en ellos; y de este modo interpretemos su disposición. Cuando ellos tardaron, vino él mismo furioso, jadeando por la matanza, sediento de la sangre del inocente santo, a quien también era ingrato; y él mismo fue lleno del espíritu de profecía, y profetizó (I Sam. XIX, 18-24). Por lo tanto, no se jacten aquellos que tal vez sin amor han tenido este santo don de Dios, como el santo bautismo; pero vean qué tipo de cuenta tendrán con Dios, quienes no usan santamente las cosas santas. De estos serán los que dirán: "En tu nombre profetizamos." No se les dirá, "Mentís"; sino que se les dirá, "No os conozco; apartaos de mí, hacedores de iniquidad" (Mat. VII, 22, 23). Porque "si tengo toda la profecía, pero no tengo amor, nada soy" (I Cor. XIII, 2). También profetizó Saúl, pero obraba iniquidad. ¿Y quién obra iniquidad, sino el que no tiene amor? Porque "la plenitud de la Ley es el amor" (Rom. XIII, 10). Por lo tanto, "cubre en las aguas sus partes superiores," ¿qué dijo? En todas las Escrituras, el camino más excelente, el lugar más excelente lo ocupa el amor; no aspiran a él sino los buenos, no comparten con nosotros los malos este amor: pueden compartir el Bautismo, pueden compartir los demás Sacramentos, pueden compartir la oración, pueden compartir estos muros, y esta unión; no comparten con nosotros el amor. Porque es la fuente propia de los buenos, propia de los santos, de la que se dice: "Que ningún extraño comparta contigo." ¿Quiénes son los extraños? Todos los que oyen, "No os conozco." Porque si no son conocidos, ciertamente son extraños, a quienes se les dice, "No os conozco." Por lo tanto, el camino más excelente del amor sostiene a aquellos que propiamente pertenecen al reino de los cielos. Por lo tanto, el precepto del amor sobre los cielos, sobre todos los libros: porque a él se someten los libros, a él sirve toda lengua de los santos, y todo movimiento de los dispensadores de Dios, tanto del alma como del cuerpo. Por lo tanto, es el camino más excelente, y con razón cubre en las aguas las partes superiores del cielo; porque nada más excelente se encuentra en los libros divinos que el amor.

10. Pero escucha aún más claramente qué es el agua. Porque hemos dicho que el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado: también hemos dicho, "En tus plazas corran tus aguas." Y alguien me dice, No se ha dicho expresamente allí, si debo entender el amor: ¿qué si otro entiende algo diferente? Solo

recuerda lo que dijo el Apóstol, "El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones." ¿De dónde? Por el Espíritu Santo que nos fue dado. Escucha ahora al Señor, maestro de los Apóstoles: "Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. Diga aún: "El que cree en mí, de su interior correrán ríos de agua viva." ¿Qué es esto? Que lo explique el Evangelista: "Esto dijo," dice, "del Espíritu que habían de recibir los que creyeran en él. Porque el Espíritu aún no había sido dado, porque Jesús aún no había sido glorificado." Por lo tanto, hermanos, si por eso el Espíritu aún no había sido dado, porque Jesús aún no había sido glorificado; glorificado él y ascendiendo a los cielos, fue enviado el Espíritu Santo (Juan VII, 37-39), y los Apóstoles fueron llenos de amor, derramado en sus corazones por el Espíritu Santo que les fue dado; porque las partes superiores del cielo se cubren con aguas. Y bien, porque el Señor ascendió a los cielos, para ser superior a los cielos, y desde allí enviar el amor. Porque Dios no cubre así, como si fuera sostenido por aquel a quien cubre: levanta a quien cubre, no lo carga. Así, por lo tanto, cubre el cielo con aguas, para que más bien sea elevado por el Espíritu divino. Lo que levanta, está arriba; lo que es levantado, está abajo: aquello sostiene, esto pende. Si, por lo tanto, aquello sostiene, esto pende; escucha porque este cielo de las Escrituras pende del amor. Son dos esos preceptos de amor bien conocidos: "De estos dos mandamientos depende toda la Ley y los Profetas" (Mat. XXII, 40). "Quien cubre en las aguas sus partes superiores."

11. Qui pone nubes como su ascenso. Esto también se puede interpretar literalmente. El Señor ascendió visiblemente al cielo. ¿Cómo se colocaron las nubes como su ascenso al cielo? Después de haber dicho esto, una nube lo recibió (Hechos I, 9). También tienes predicho sobre nuestra resurrección: "Y los muertos en Cristo resucitarán primero; luego nosotros, los que vivimos, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor" (I Tes. IV, 15, 16). Tienes las nubes como su ascenso al cielo: también mostraré las nubes como su ascenso a este cielo, es decir, de las Escrituras divinas. ¿Qué es esto, hermanos? Ojalá el Señor mi Dios se digne contarme entre esas nubes, aunque sean de poca importancia; Él verá cuán nebulosa nube soy: sin embargo, consideren a todos los predicadores de la palabra de verdad como nubes. Por lo tanto, cualquiera que sea débil y no pueda ascender a este cielo, es decir, al entendimiento de las Escrituras, que ascienda por las nubes. Quizás incluso ahora se está haciendo para ustedes; si hacemos algo, si nuestro trabajo y sudor no son infructuosos, ascienden al cielo de las Escrituras divinas, es decir, a su entendimiento a través de nuestra predicación. ¡Qué alto era el cielo en este salmo! Ninguno de ustedes veía qué era en figura: "Extendió el cielo como una piel, quien protege en las aguas sus partes superiores". Esto mismo que se dijo, "Quien pone las nubes como su ascenso"; he aquí que ya se ha entendido, tanto como el Señor nos ha concedido, al predicar nosotros; pues las nubes no llueven de su propio don. Ustedes asciendan entendiendo, fructifiquen en el mismo entendimiento; no sean como aquella viña de la que se dice en el profeta: "Mandaré a mis nubes que no lluevan sobre ella". Pues se acusaba a cierta viña de que en lugar de uvas había dado espinas, no había devuelto la gracia digna de la dulce lluvia. Porque quien oye lo bueno y hace lo malo, es regado con dulce lluvia y genera espinas. No es para que sospechemos, hermanos, que el Señor habló de alguna viña terrenal y visible. Pues allí, para que no quedara oculta la excusa de la iniquidad bajo la oscuridad del discurso, el mismo Señor a través del mismo profeta expuso a qué viña se refería, y de qué viña hablaba: "La viña", dice, "del Señor de los Ejércitos es la casa de Israel". ¿Por qué vagan, oh inicuos, vuestros corazones por montes y colinas de viñadores? Sé, dice, de qué viña hablo, sé dónde buscaba uvas y encontré espinas; en vano sospechan y opinan otra cosa, no queriendo entender para actuar bien. Pues también está escrito: "No quiso entender para actuar bien" (Sal. XXXV, 4). Quiten todas sus sospechas de en medio:

"La viña del Señor de los Ejércitos es la casa de Israel; y el hombre de Judá, su plantío amado" (Isaías V, 1-7). Amado, cuando fue plantado; condenado, cuando produjo espinas. Por lo tanto, hermanos, tal vez la casa de Israel fue la viña, ¿y nosotros no somos la viña? Escuchemos con temor lo que vemos que se dijo a los judíos. Vean cómo el Apóstol aterra a las ramas injertadas de las ramas quebradas, y en las ramas quebradas recomienda temer la severidad, en las ramas injertadas recomienda amar la bondad (Rom. XI, 20-22). No seas infructuoso en la bondad, para que no sientas la severidad estéril. Pero no soy vid, me dices. ¿Dónde está la voz del Señor: "Yo soy la vid, ustedes son las ramas; mi Padre es el labrador" (Juan XV, 1, 5)? ¿Dónde está la voz del Apóstol: "¿Quién planta una viña y no come de su fruto?" (I Cor. IX, 7)? Por lo tanto, eres viña, oh Iglesia, y tienes a Dios como labrador. Ningún labrador humano riega su viña. Por lo tanto, hermanos amadísimos, entrañas de la Iglesia, promesas de la Iglesia, hijos de la madre celestial, escuchen cuando es tiempo. Dios amenazó a aquella viña con la más atroz amenaza: "Mandaré a mis nubes", dice, "que no lluevan sobre ella". Y así fue: vinieron los Apóstoles a los judíos, los rechazaron; y les dijeron: "A ustedes fuimos enviados, pero porque rechazaron la palabra de Dios, vamos a los gentiles" (Hechos XIII, 46). Ven cómo en el mismo Espíritu de Dios, por mandato de aquel que habita en los corazones de los suyos, se ordenó a las nubes de Dios que no llovieran sobre la viña, que cuando se esperaba que diera uvas, produjo espinas. Por eso también las nubes hicieron su ascenso, y el cielo se extendió como una piel. No hay de qué quejarse: la autoridad de las Escrituras se ha extendido sobre toda la tierra, no faltan nubes, se predica la palabra de verdad, se exponen todas las cosas que son oscuras, para que sus corazones asciendan por las nubes. Vean cómo creen, vean qué reciben: después del predicador vendrá el juez, después del dispensador vendrá el cobrador. Quien pone nubes como su ascenso.

12. Quien camina sobre las alas de los vientos. Esto ya es peligroso de tomar literalmente. ¿O cuáles son las alas de los vientos? ¿O acaso, como en una pintura, haremos para nosotros vientos voladores y con alas? El viento no es, hermanos, sino lo que sentimos, un cierto movimiento y casi oleaje del aire, empujando lo que puede según sus fuerzas. ¿Cuáles son las alas de los vientos? Pero, ¿y cuáles son las alas de Dios? Y sin embargo, se ha dicho: "A la sombra de tus alas esperarán" (Sal. XXXV, 8). Intentemos, por lo tanto, también tomar esto literalmente, como si fuera propio de esta creación. Tal vez la Escritura está recomendando la velocidad de la palabra; de la cual ya hablamos en otro salmo, donde está escrito: "Hasta la velocidad corre su palabra" (Sal. CXLVII, 15). Porque los hombres no conocen nada más veloz que los vientos. Así como se recomendaba aquella facilidad en la piel; nada más fácil de extender por el hombre que la piel: así también aquí insinuando que Dios o su Palabra está presente en todas partes, superando en velocidad de movimiento, porque tú no conocías nada más veloz que el viento, "Camina", dice, "sobre las alas de los vientos", es decir, su velocidad supera la velocidad de los vientos: para que por las alas de los vientos entiendas la velocidad de los vientos, y entiendas la palabra de Dios más veloz que todos los vientos. Y así en la primera cara de la consideración: toquemos algo interior, y estas letras nos indiquen algo figuradamente.

13. Los vientos, de hecho, entendemos en figura no absurdamente como almas: no porque el viento sea alma, sino porque el viento es invisible, aunque sea una cosa corpórea, empujando cuerpos, sin embargo, porque escapa a la vista del ojo humano; pero el alma es invisible, por eso entendemos bien las almas como vientos. De ahí que también se dice que Dios insufló el espíritu de vida en el hombre formado; y el hombre se convirtió en un alma viviente (Gén. II, 7). Por lo tanto, los vientos, las almas en alegoría no se toman absurdamente. Pero no piensen que al mencionar alegoría, he dicho algo de pantomima. Pues algunas palabras, porque son palabras, y proceden de la lengua, son comunes a nosotros incluso con cosas lúdicas y no

honestas: sin embargo, estas palabras tienen su lugar en la Iglesia, y su lugar en la escena. No he dicho lo que el Apóstol no dijo, cuando hablaba de los dos hijos de Abraham: "Las cuales son", dice, "en alegoría" (Gál. IV, 24). Se dice alegoría, cuando algo parece sonar en las palabras, y otra cosa significar en el entendimiento. Así como se dice que Cristo es cordero (Juan I, 29): ¿acaso es un animal? Cristo es león (Apoc. V, 5): ¿acaso es una bestia? Cristo es roca (I Cor. X, 4): ¿acaso es dureza? Cristo es monte (Dan. II, 35): ¿acaso es un bulto de tierra? Y así muchas cosas parecen sonar una cosa, y significar otra; y se llama alegoría. Pues quien piensa que he dicho alegoría del teatro, piense también que el Señor ha dicho parábola del anfiteatro. Ven lo que hace la ciudad donde abundan los espectáculos: en el campo hablaría más seguro; pues qué es alegoría, tal vez no lo habrían aprendido los hombres allí, sino en las Escrituras de Dios. Por lo tanto, lo que decimos que la alegoría es una figura, un sacramento figurado es alegoría. ¿Y qué entendemos aquí, "Ascendió sobre las alas de los vientos"? Dijimos, bien se toma figuradamente los vientos como almas. Las alas de los vientos, ¿cuáles son las alas de las almas, sino aquellas por las que se elevan hacia arriba? Las alas de las almas, por lo tanto, son las virtudes, las buenas obras, los hechos rectos. En dos alas tienen todas las plumas; pues todos los mandamientos están en dos mandamientos. Quien ama a Dios y al prójimo, tiene un alma alada, con alas libres, volando con santo amor hacia el Señor. Quien se enreda en amor carnal, tiene liga en las alas. Pues si el alma no tiene alas y plumas, ¿de dónde aquel quejándose en tribulaciones dice: "¿Quién me dará alas como de paloma?" Y sigue: "Y volaré, y descansaré" (Sal. LIV, 7). También en otro lugar: "¿A dónde iré de tu espíritu, y a dónde huiré de tu presencia? Si subo al cielo, allí estás; si desciendo al infierno, allí estás; si tomo mis alas como de paloma, y vuelo a los confines del mar". Como si dijera: Así puedo huir de tu ira, si tomo alas como de paloma, y vuelo a los confines del mar. Volar a los confines del mar, es ya extender la esperanza al fin del mundo, como aquel que dice: "Esto es trabajo para mí, hasta que entre en el santuario de Dios, y entienda en lo último" (Sal. LXXII, 16, 17). ¿Y cómo llega a los confines del mar, incluso con alas? Pues también allí, dice, tu mano me guiará, y tu diestra me sostendrá (Sal. CXXXVIII, 7-10). Pues incluso con mis alas caeré, a menos que tú me guíes. Por lo tanto, tienen alas buenas y libres, y no atadas con ninguna liga, las almas que obran bien los mandamientos de Dios, teniendo caridad de conciencia pura y fe no fingida (I Tim. I, 5). Pero por más que estén dotadas de virtudes de caridad, ¿qué es en comparación con aquel amor de Dios, con el que son amadas, incluso cuando estaban atadas con liga? Mayor, por lo tanto, es en nosotros el amor de Dios, que nuestro amor en Él. Nuestro amor son nuestras alas, pero Él camina incluso sobre las alas de los vientos.

14. Ya decía el Apóstol a algunos: "Doblo mis rodillas por ustedes ante el Padre, para que les dé según el hombre interior habitar a Cristo por la fe en sus corazones, para que en caridad estén arraigados y cimentados". Ya les da caridad, ya les da alas y plumas. Para que puedan, dice, comprender cuál es la anchura, la longitud, la altura y la profundidad. Tal vez significa la cruz del Señor. Pues había anchura, en la que se extendieron las manos; longitud desde la tierra elevándose, en la que estaba el cuerpo fijado; altura, desde aquel madero inclinado que sobresale; profundidad, donde estaba fijada la cruz, y allí toda nuestra esperanza de vida. La anchura es en las buenas obras, la longitud en perseverar hasta el fin, la altura por el "Sursum cor", para que todas nuestras buenas obras, en las que perseveramos hasta el fin, teniendo anchura en la que obramos bien, y longitud en la que perseveramos hasta el fin, no las hagamos sino con la esperanza de las recompensas celestiales. Esa es la altura, no buscar la recompensa aquí, sino arriba; para que no se nos diga: "En verdad les digo, ya tienen su recompensa" (Mat. VI, 2). La profundidad, sin embargo, que dije, donde estaba fijada la parte de la cruz, y no se veía; de allí surgían las cosas que se veían. ¿Qué es lo que está oculto, y no es público en la Iglesia? El sacramento del Bautismo, el sacramento de la Eucaristía. Pues

nuestras buenas obras las ven también los paganos, pero los sacramentos se les ocultan: pero de lo que no ven, surgen aquellas que ven; así como de la profundidad de la cruz que se fija en la tierra, surge toda la cruz que aparece y se ve. ¿Y qué después? Cuando el Apóstol dijo esto, añadió, "Conocer también la supereminente ciencia de la caridad de Cristo" (Efes. III, 14-19); cuando ya se había dicho, "En caridad arraigados y cimentados". Pues aman a Cristo, y por eso obran en la cruz. Pero, ¿acaso aman tanto como Él los amó? Amando, sin embargo, cuanto puedan, vuelan hacia Él, para conocer cómo Él los amó; esto es, para conocer la supereminencia de la caridad de Cristo. Pues aman cuanto pueden, y vuelan cuanto pueden: pero Él camina incluso sobre las alas de los vientos. Quien camina sobre las alas de los vientos.

15. [vers. 4.] Quien hace a sus ángeles espíritus, y a sus ministros fuego ardiente. Y esto, aunque no veamos la aparición de los ángeles; pues está oculta a nuestros ojos, y está en una cierta gran república del gran emperador Dios, sin embargo, sabemos que existen ángeles por la fe, y leemos que han aparecido a muchos, y lo sostenemos, ni es lícito dudar de ello. Los ángeles son espíritus; y cuando son espíritus, no son ángeles; cuando son enviados, se convierten en ángeles. Pues ángel es un nombre de oficio, no de naturaleza. Preguntas el nombre de esta naturaleza, es espíritu; preguntas el oficio, es ángel: por lo que es, es espíritu; por lo que hace, es ángel. Mira eso en el hombre. Nombre de naturaleza, hombre; de oficio, soldado: nombre de naturaleza, varón; de oficio, pregonero; pues el hombre se convierte en pregonero, es decir, el que era hombre se convierte en pregonero; no el que era pregonero se convierte en hombre. Así, por lo tanto, los que ya eran espíritus creados por el creador Dios, los hace ángeles, enviándolos a anunciar lo que ha ordenado; y hace a sus ministros fuego ardiente. Leemos que apareció fuego en la zarza (Éxodo III, 2), leemos también que se envió fuego desde arriba, y cumplió lo que se ordenó. Por lo tanto, ministró, cuando cumplió: cuando era, estaba en su naturaleza; cuando hizo lo que se ordenó, cumplió el ministerio. Así según la letra en la creación.

16. ¿Qué es, sin embargo, en la Iglesia figuradamente? ¿Cómo entendemos, "Quien hace a sus ángeles espíritus, y a sus ministros fuego ardiente"? Espíritus espirituales dice. Bien hace a sus ángeles espirituales, es decir, mensajeros de su palabra. Pues el espiritual juzga todas las cosas; pero él mismo no es juzgado por nadie (I Cor. II, 15). Ve al espiritual hecho ángel de Dios. No pude, dice, hablarles como a espirituales, sino como a carnales (I Cor. III, 1). De una cierta afección espiritual fue enviado a los carnales, como un ángel del cielo a la tierra. ¿Cómo dice, y a sus ministros fuego ardiente, sino como dice, "Fervientes en espíritu" (Rom. XII, 11)? Pues ferviente en espíritu, es fuego ardiente todo ministro de Dios. ¿No ardía Esteban? ¿Con qué fuego ardía? ¿Y qué fuego era aquel, cuando era apedreado, y rogaba por aquellos de quienes era apedreado (Hechos VII, 59)? Cuando escuchas, "Fuego es ministro de Dios"; ¿piensas que va a incendiar? Que incendie, si quiere, pero tu heno; es decir, que queme todos tus deseos carnales el ministro de Dios, predicando la palabra de Dios. Escúchalo: "Así nos considere el hombre, como ministros de Cristo, y dispensadores de los misterios de Dios" (I Cor. IV, 1). ¿Cómo ardía, cuando decía: "Nuestra boca está abierta a ustedes, oh corintios; nuestro corazón está ensanchado" (II Cor. VI, 11)? Ardía y flameaba con caridad, y se dirigía a ellos, para encenderlos. Este fuego decía el Señor que venía a enviar a la tierra, cuando dijo: "Fuego vine a traer a la tierra" (Lucas XII, 49). Como la espada (Mat. X, 34), así el fuego. La espada divide el afecto carnal, el fuego lo consume. Todo entiéndelo en la palabra de Dios, todo conócelo en el espíritu de Dios. Comienza a arder en caridad por la palabra que escuchas, y ve lo que ha hecho en ti el fuego ministro de Dios. Quien hace a sus ángeles espíritus, y a sus ministros fuego ardiente.

17. [vers. 5.] Fundó la tierra sobre su firmeza; no se inclinará por los siglos de los siglos. De esta tierra tomar esto, no sé si tiene alguna salida, si se dice correctamente, "No se inclinará por los siglos de los siglos"; de la que se dijo, "El cielo y la tierra pasarán" (Mat. XXIV, 35). Se tiene dificultad aquí, si buscas tomarlo literalmente. Pues lo que dice, "Fundó la tierra sobre su firmeza"; tal vez hay una cierta firmeza oculta para nosotros, que sostiene la tierra, y esto dijo, "Fundó". ¿Sobre qué? Sobre la firmeza de la misma tierra, que le puso debajo, para que se sostuviera, que tal vez escapa a tus ojos. Que estas cosas sean ocultas en la creación, no por la oscuridad de la creación el Creador quedará oculto: lo que podemos veamos, de lo que vemos alabemos y amemos a Él. Volvamos a buscar algo aquí puesto en figura. Fundó la tierra, entiendo la Iglesia. Del Señor es la tierra y su plenitud (Sal. XXIII, 1); entiendo la Iglesia como tierra. Ella es la tierra sedienta, ella es la que dice en los Salmos; una sola dice de todas: "Mi alma como tierra sin agua para ti" (Sal. CXLII, 6). ¿Qué es, sin agua? Sedienta. Así mi alma tiene sed de ti, como tierra sin agua: pues si no tiene sed, no será regada correctamente. Para el alma ebria la lluvia es un diluvio; debe tener sed: "Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia" (Mat. V, 6): y diga, "Mi alma como tierra sin agua para ti"; porque dice en otro lugar, "Mi alma tiene sed de Dios vivo" (Sal. XLI, 3). Por lo tanto, entiendo la tierra como la Iglesia. ¿Cuál es su firmeza sobre la que está fundada, sino su fundamento? ¿O incongruentemente entendemos la firmeza sobre la que está fundada la tierra, el fundamento donde está establecida la Iglesia? ¿Cuál es ese fundamento? "Nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, que es Cristo Jesús" (I Cor. III, 11). Allí, por lo tanto, estamos firmados. Con razón porque allí firmados, no nos inclinaremos por los siglos de los siglos; pues nada es más firme que este fundamento. Tú eras débil, pero el firme fundamento te sostiene. En ti no podías ser firme; serás siempre firme, si no te apartas de aquel firme fundamento. No se inclinará por los siglos de los siglos. Ella es la columna predestinada y el fundamento de la verdad (I Tim. III, 15).

18. [vers. 6-17.] «El abismo como un vestido es su manto: sobre los montes estarán las aguas. A tu reprensión huirán, a la voz de tu trueno temerán. Suben los montes, y descienden los valles, al lugar que les has fundado. Has puesto un límite que no pasarán, ni volverán a cubrir la tierra. Tú que envías fuentes en los valles; en medio de los montes pasarán las aguas. Beberán todos los animales del campo, los asnos salvajes saciarán su sed. Sobre ellos habitarán las aves del cielo, desde las rocas darán su voz. Riegas los montes desde tus alturas: de los frutos de tus obras se saciará la tierra. Produces hierba para el ganado, y plantas para el servicio del hombre. Para que saque pan de la tierra; y el vino que alegra el corazón del hombre. Para que su rostro brille con aceite; y el pan fortalece el corazón del hombre. Se saciarán los árboles del campo, y los cedros del Líbano que plantaste. Allí anidarán los pájaros; la cigüeña tiene su casa en ellos.» Observáis el cielo extendido, queréis ascender con el entendimiento, y yo veo. Sin embargo, cuán alto sea, creo que vuestra Caridad lo considera conmigo. Por eso quise pronunciar muchos versos, para que veáis cuán alto están puestos los sacramentos de Dios; no despreciemos lo ofrecido, no se devalúe lo que está a la mano, para que siempre lo buscado, aunque con dificultad, se encuentre con mayor alegría. Sin embargo, entre otras cosas, hermanos, que pueden tomarse literalmente; ¿acaso también esto que se ha dicho, «Allí anidarán los pájaros; la cigüeña tiene su casa en ellos»? ¿Acaso la casa de la cigüeña es el líder de los pájaros? ¿O la casa de la cigüeña es el líder de los cedros? Pues también está allí, «Y los cedros del Líbano que plantaste: allí anidarán los pájaros; la cigüeña tiene su casa en ellos.» Y ciertamente en la locución latina, «eorum» de los cedros, no podemos entender; pues los cedros son de género femenino. Entonces, ¿cómo es la casa de la cigüeña el líder de los pájaros? Esto no puede entenderse de ninguna manera en esta criatura que está ante nuestros ojos. Sabemos que las cigüeñas son aves marinas o de estanques. La

casa de la cigüeña es el nido de la cigüeña: ¿cómo entonces es la casa de la cigüeña el líder de los pájaros? ¿Por qué el Espíritu Santo mezcla algunas cosas en las realidades visibles que parecen absurdas, sino para que, al no poder tomarlas literalmente, nos obligue a buscarlas espiritualmente?

19. Por tanto, si queréis ascender con el entendimiento, como dije, al cielo extendido como una piel, y las nubes hicieron su ascensión; esta nube que os habla, es hoy débil para exponer todo esto. Perdonad, aunque no a vuestra, ciertamente a mi debilidad. Veo vuestra avidez tan grande, que siempre estáis dispuestos a escuchar: pero hay dos cosas cuya razón no debe ser despreciada. Pues también debe considerarse la debilidad de nuestro cuerpo, y la memoria de las cosas mismas que se exponen. Mientras tanto, meditad lo que habéis escuchado. ¿Qué dije? Lo que habéis comido, rumiad. Así seréis animales puros, y aptos para los banquetes de Dios. Observad, sin embargo, vuestro fruto en vuestras obras. Pues muy mal digiere quien escucha bien, y no obra bien: porque el Señor nuestro Dios no deja de alimentar. Es conocido por todos que del pan que hemos recibido, y que distribuimos, daremos cuenta. Vuestra Caridad lo sabe muy bien; pues la Página divina no nos calla, ni Dios nos adula. De este lugar cuán libres somos con vosotros, podéis advertirlo: y si tal vez yo soy menos libre, o todos los que en este lugar os hablan, si somos menos libres, ciertamente la palabra de Dios no teme a nadie. Nosotros, ya sea que temamos, ya sea que seamos libres, estamos obligados a anunciarlo, quien no teme a nadie: esto no os lo ha dado hombres, sino Dios, para que incluso a través de los altivos escuchéis libremente. No tendréis excusa en el juicio de Dios, a menos que os ejercitéis en buenas obras, y de lo que habéis escuchado, como lluvia, deis fruto adecuado. El fruto adecuado son las buenas obras; el fruto adecuado es el amor sincero, no solo del hermano, sino también del enemigo. No desprecies a ningún suplicante, y a quien no puedas dar lo que pide, no lo desprecies: si puedes dar, da; si no puedes, muéstrate afable. Dios corona la voluntad interior, donde no encuentra la capacidad. Nadie diga: No tengo. La caridad no se distribuye del bolsillo: porque todo lo que decimos, y todo lo que hemos dicho, y todo lo que podríamos decir, ya sea nosotros, o después de nosotros, o quienes antes de nosotros, no tienen fin sino la caridad: porque el fin del mandamiento es la caridad, de corazón puro, y buena conciencia, y fe no fingida (I Tim. I, 5). Preguntad, cuando rogáis a Dios, a vuestros corazones; ved cómo transmitís este verso: «Perdona nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores» (Mat. VI, 12). No serás orante, a menos que digas esto: si dices otra cosa, no te escuchará; porque no te la dictó el Jurisperito que envió. Es necesario, por tanto, que cuando decimos nuestras palabras en la oración, las digamos según ella; y cuando decimos esas palabras, entendamos bien lo que decimos, porque Dios quiso que fuera manifiesta. Si, por tanto, no oráis, no tendréis esperanza: si oráis de otra manera que como el Maestro enseñó, no seréis escuchados; o si en la oración mentís, no obtendréis. Por tanto, hay que orar, y decir la verdad, y orar como él enseñó. Quieras o no, dirás cada día: «Perdona nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores.» ¿Quieres decirlo con seguridad? Haz lo que dices.

SERMO II.

1. Sé que nos tenéis como deudores, no por necesidad, sino por lo que es más vehemente, la caridad. Sin embargo, debemos esto primero a nuestro Señor Dios, que habitando también en vosotros exige esto de nosotros: luego al señor y padre, presente y ordenando y orando por mí; luego a vuestra violencia con la que extorsionáis incluso nuestras fuerzas débiles. Sin embargo, tanto como el Señor concede, quien también se digne dar esas fuerzas a vosotros que oráis, ya que tratamos las primeras partes de este salmo el día ya recientemente pasado; también deben asumirse las siguientes, y con su ayuda, en cuyo nombre comenzamos, deben terminarse. Habíamos recomendado a vuestra Caridad, que estuvisteis presentes, que todo

este salmo está tejido con misterios figurados. Por lo cual lo que se busca con más dificultad, suele encontrarse con más dulzura. Y no penséis que estas cosas os han sido sustraídas por oscuridad, sino que han sido escondidas por dificultad; para esto, que ya hemos dicho muchas veces, para que se dé a los que piden, se encuentre por los que buscan, se entre por los que llaman (Mat. VII, 7 y 8). Pero necesitamos un poco más de vuestro silencio, y de vuestra paciencia, para que las pocas cosas que vamos a decir, no ocupen más tiempo por el ruido. Pues la angustia del tiempo nos obliga a decir pocas cosas, lo que vuestra Caridad también sabe que debemos al solemne servicio fúnebre del cuerpo fiel. He aquí que ya no nos veamos obligados a repetir lo que se ha dicho, y a exponerlo de nuevo: si faltaron algunos, que no escucharon, que no falten; pero tal vez les sea útil, que no escuchen ahora lo que escucharon quienes estuvieron presentes, para que también ellos aprendan a estar presentes. Leamos, pues, rápidamente.

2. [vers. 1, 2.] Bendice, alma mía, al Señor. Que nuestra alma diga, hecha una en Cristo. Señor Dios mío, te has engrandecido mucho. ¿De dónde te has engrandecido? Te has vestido de confesión y de decoro. Confesad, para que os adornéis, para que os vista. Vestido de luz como de un vestido. Vestido de su Iglesia; porque ella se ha hecho luz en él, que antes era tinieblas en sí, dice el Apóstol: «Fuisteis en otro tiempo tinieblas, ahora sois luz en el Señor» (Efes. V, 8). Extendiendo el cielo como una piel: o tan fácilmente como tú una piel, si es tan fácil, como para tomarlo literalmente: o entendamos la autoridad de las Escrituras extendida por todo el mundo con el nombre de piel; porque la mortalidad se significa en la piel, pero toda la autoridad de las Escrituras divinas nos ha sido dispensada por hombres mortales, cuya fama ya muerta se extiende.

3. [vers. 3.] Que protege en las aguas sus alturas. ¿De quién son las alturas? Del cielo. ¿Qué es el cielo? Figuradamente al menos dijimos la Escritura divina. ¿Cuáles son las alturas de la Escritura divina? El precepto, que no hay nada más eminente, de la caridad. ¿Por qué, entonces, la caridad se compara con las aguas? Porque la caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado (Rom. V, 5). ¿De dónde el agua es el mismo Espíritu? Porque Jesús estaba de pie, y clamaba: «Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, de su interior correrán ríos de agua viva.» ¿De dónde probamos que se dijo del Espíritu? Que lo diga el mismo Evangelista, que sigue y dice: «Esto dijo del Espíritu, que habían de recibir los que creyeran en él» (Juan VI, 37-39). Que camina sobre las alas de los vientos: es decir, sobre las virtudes de las almas. ¿Cuál es la virtud del alma? La misma caridad. ¿Cómo, entonces, camina él sobre ella? Porque la caridad de Dios hacia nosotros es mayor que la nuestra hacia Dios.

4. [vers. 4.] Que hace a sus ángeles espíritus, y a sus ministros fuego ardiente: es decir, a aquellos que ya son espíritus, que son espirituales, no carnales, los hace sus ángeles, enviándolos a predicar su Evangelio. Y a sus ministros fuego ardiente. Pues si el ministro que predica no arde, no enciende a aquel a quien predica.

5. [vers. 5, 6.] Fundó la tierra sobre su firmeza. Afirmó la Iglesia sobre la firmeza de la Iglesia. ¿Cuál es la firmeza de la Iglesia, sino el fundamento de la Iglesia? ¿Cuál es el fundamento de la Iglesia, sino de quien dice el Apóstol: «Nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, que es Cristo Jesús» (I Cor. III, 11)? Y por eso, sostenida por tal fundamento, ¿qué mereció oír? No se inclinará por los siglos de los siglos. Fundó la tierra sobre su firmeza, es decir, afirmó la Iglesia sobre el fundamento de Cristo. La Iglesia vacilará si vacila el fundamento: pero ¿de dónde vacilará Cristo, quien antes de venir a nosotros, y asumir carne, «todo fue hecho por él, y sin él no se hizo nada» (Juan I, 3); quien todo lo contiene con majestad, y a nosotros con bondad? No vacilando Cristo, no se inclinará por los

siglos de los siglos. ¿Dónde están los que dicen que la Iglesia ha perecido del mundo, cuando ni siquiera puede inclinarse?

6. Pero ¿de dónde comenzó el Señor a afirmar esta Iglesia, a revelarla, a comenzar, a mostrar, a difundir? ¿De dónde comenzó esto? ¿Qué era primero? Porque fundó la tierra sobre su firmeza, no se inclinará por los siglos de los siglos. El abismo como un vestido es su manto. ¿De quién? ¿Acaso de Dios? Pero ya había dicho de su manto, «Vestido de luz, como de un vestido.» Oigo a Dios vestido de luz, y esa luz si queremos, somos nosotros. ¿Qué es, si queremos? Si ya no somos tinieblas. Por tanto, si Dios está vestido de luz, ¿de quién es nuevamente el vestido el abismo? Pues el abismo se llama la inmensa cantidad de aguas: toda agua, toda naturaleza húmeda, y sustancia difundida por los mares, y ríos, y cavernas ocultas, se llama con un solo nombre abismo. Por tanto, entendemos la tierra, de la que dijo, «Fundó la tierra sobre su firmeza; no se inclinará por los siglos de los siglos;» de ella creo que se dijo, «El abismo como un vestido es su manto.» Pues el agua es como el vestido de la tierra, rodeándola y cubriéndola. Pero alguna vez en el diluvio esta vestidura de la tierra creció tanto, que cubrió todo por completo, y superó los montes más altos, como testifica la Escritura, casi quince codos (Gén. VII, 20). Tal vez este tiempo significó este salmo, cuando dijo, «El abismo como un vestido es su manto.»

7. Sobre los montes estarán las aguas: es decir, el vestido de la tierra, que es el abismo, creció tanto, que incluso sobre los montes estaban las aguas. Leemos esto, como dije, hecho en el diluvio. ¿Hablaba el Profeta de esto? ¿Nos narraba cosas pasadas, o predecía futuras? Pero si narrara cosas pasadas, no nos diría, «Sobre los montes estarán las aguas;» sino, «Sobre los montes estuvieron las aguas.» Pues el tiempo pasado suele ponerse por el futuro en las Escrituras, así previendo el Espíritu lo que ha de venir, como si ya estuviera hecho, solemos leer. De ahí es que conocemos todos aquel otro salmo, donde se recita como el Evangelio: «Perforaron mis manos y mis pies, contaron todos mis huesos; sobre mi vestidura echaron suertes» (Sal. XXI, 17-19). Todo se recuerda como ya hecho, lo que ciertamente aún se veía venir. Pero ¿cuánto puede nuestra diligencia? ¿Cuánto, sin embargo, puede tanta ocupación? ¿O cuándo así vaca, para que podamos decir con certeza: Así es? Observamos a menudo a los Profetas decir en tiempo pasado cosas futuras; pero decir en figura de futuro cosas pasadas, no fácilmente ocurre al lector. No me atrevo a decir, No es; pero ciertamente a los estudiosos de esas Escrituras les he indicado qué buscar. Si lo encuentran, y nos lo traen, nos alegraremos con los estudios de los jóvenes, ocupados los ancianos ociosos, y de su ministerio también aprenderemos algo. Pues Cristo enseña a todos. Esto, por tanto, dice: «Sobre los montes estarán las aguas.» El Profeta cuidando de predecir futuros, no narrar pasados, por eso dijo, porque quería que se entendiera la Iglesia futura en el diluvio de las persecuciones. Pues hubo un tiempo en que la tierra de Dios, la Iglesia de Dios, fue cubierta por las aguas de los perseguidores; y fue cubierta de tal manera, que no aparecían ni los mismos grandes, que son los montes. Pues cuando en todas partes huían, ¿cómo no aparecían menos? Y tal vez de esas aguas es aquella voz: «Sálvame, Dios, porque las aguas han entrado hasta mi alma» (Sal. LXVIII, 2). Máxime las aguas que hacen el mar, procelosas, infructuosas. Pues no cualquier tierra que cubra el agua marina, la fecundará más bien que la llevará a la esterilidad. Pues había también montes bajo las aguas; porque sobre los montes estaban las aguas: los pueblos resistentes habían superado la autoridad de todos los que en todas partes evangelizaban fuertemente la palabra de Dios, los cubrían las aguas, y sobre ellos estaban las aguas, decían, Presiona, presiona; y presionaban: Extingue, que no aparezcan. Decían esto, y prevalecían sobre los mártires, y en todas partes huían los cristianos, y con una especie de fuga se ocultaban los Apóstoles. ¿De dónde con una fuga se ocultaban los

Apóstoles? Porque sobre los montes estaban las aguas. Había gran poder de las aguas. Pero ¿hasta cuándo? Oye lo que sigue.

8. [vers. 7.] A tu reprensión huirán. Y esto se hizo, hermanos; a la reprensión de Dios huyeron las aguas: esto es, de la presión de los montes se retiraron. Ya esos mismos montes se destacan Pedro y Pablo: ¿cómo sobresalen? Quienes antes eran oprimidos por los perseguidores, ahora son venerados por los emperadores. Pues huyeron las aguas a la reprensión de Dios: porque el corazón de los reyes está en la mano de Dios; lo desvió a donde quiso (Prov. XXI, 1), ordenó que se diera paz a los cristianos; brilló y sobresalió la autoridad apostólica. ¿Acaso también cuando las aguas estaban encima, había fallado la magnitud de los montes? Pero sin embargo, hermanos míos, para que todos vieran la eminencia de los montes, por los cuales los montes habría salvación para el género humano, porque, «Levanté mis ojos a los montes, ¿de dónde vendrá mi ayuda?» (Sal. CXX, 1); a la reprensión de Dios huyeron las aguas. A la voz de tu trueno temerán. Ya ¿quién no se aterra a la voz de Dios por los Apóstoles, a la voz de Dios por las Escrituras, por sus nubes? Se calmó el mar, temieron las aguas, se desnudaron los montes, ordenó el emperador. Pero ¿quién habría ordenado, si Dios no hubiera tronado? Porque quiso Dios, ellos ordenaron, y se hizo. Por tanto, ningún hombre se atribuya algo; temieron las aguas, pero a la voz de tu trueno. Pues he aquí, cuando quiso Dios, huyeron las aguas, para que no oprimieran los montes; antes de que eso sucediera, y bajo las aguas los montes eran firmes.

9. [vers. 8-10.] Suben los montes, y descienden los valles, al lugar que les has fundado. Aún habla de las aguas. No tomemos aquí montes, como terrenos; ni valles, como terrenos: sino olas tan grandes, que se comparen con montes. Alguna vez el mar fluctuó, y sus olas eran como montes, que cubrieran esos montes Apóstoles. Pero ¿hasta cuándo suben los montes, y descienden los valles? Se enfurecieron, y se apaciguaron. Cuando se enfurecían, eran montes: cuando se apaciguaron, se hicieron valles; pues les fundó un lugar. Hay un cierto paso, como un lugar profundo, donde de alguna manera fueron recibidos todos los corazones saevientes de los mortales. ¿Cuántos ahora son salados, y amargos; y sin embargo tranquilos? ¿Cuántos hay que no quieren dulcificarse? ¿Quiénes son los que no quieren dulcificarse? Los que aún no quieren creer en Cristo. Y aunque muchos son los que aún no han creído, ¿qué hacen a la Iglesia? Alguna vez eran montes, ahora son valles: sin embargo, hermanos míos, y la calma es mar. ¿Por qué, pues, no saevían ahora? ¿Por qué no enloquecen? ¿Por qué no se esfuerzan? Si no pueden destruir nuestra tierra, ciertamente cubrirla. ¿Por qué no? Oye: Has puesto un límite que no pasarán, ni volverán a cubrir la tierra.

10. ¿Qué sucede entonces, ya que las olas más amargas han recibido un límite, para que nos sea permitido predicar tales cosas libremente; ya que han recibido un término debido, ya que no pueden transgredir el fin impuesto, ni volverán a cubrir la tierra? ¿Qué ocurre en esa tierra? ¿Qué operaciones se realizan allí, que el mar ya ha desnudado? Aunque en su orilla las olas tenues resuenan, aunque los paganos aún murmuran; escucho el sonido de las costas, no temo el diluvio. ¿Qué sucede entonces, qué ocurre en la tierra? Tú que envías fuentes en los valles. Envías, dice, fuentes en los valles. Sabéis qué son los valles, lugares bajos de la tierra. Pues los valles o depresiones se oponen en figura a las colinas y montañas. Las colinas y montañas son elevaciones de la tierra; los valles o depresiones, humillaciones de la tierra. No desprecies las humillaciones; de allí fluyen las fuentes: Envías fuentes en los valles. Escucha al monte: dice el Apóstol, He trabajado más que todos ellos. Se encomia cierta grandeza; sin embargo, inmediatamente, para que fluyan las aguas, se hace valle: No yo, sino la gracia de Dios conmigo (I Cor. XV, 10). No es contradictorio que quienes son montes, sean también valles; pues así como se les llama montes por su grandeza espiritual, también se les llama

valles por la humildad de su espíritu. No yo, dice, sino la gracia de Dios conmigo. No yo, es un valle; y la gracia de Dios conmigo, es una fuente. Tú que envías fuentes en los valles. Se decía del Espíritu lo que acabo de recordar, Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, de su interior correrán ríos de agua viva. Esto decía del Espíritu, que habrían de recibir los que creyeran en él. Veamos si son valles, para que se envíen fuentes en los valles. Escucha al profeta: ¿Sobre quién reposará mi Espíritu, sino sobre el humilde, el tranquilo, y el que tiembla ante mis palabras? (Isai. LXVI, 2). ¿Qué significa, Sobre quién reposará mi Espíritu, sino sobre el humilde y el tranquilo? ¿Quién tendrá mi fuente? El valle.

11. Entre medio de los montes pasarán las aguas. Hasta aquí ha sido pronunciado el Salmo por el Lector, hasta aquí sea suficiente para vuestra Caridad. Diremos esto, y en el nombre de Dios terminaremos el sermón. ¿Qué significa, Entre medio de los montes pasarán las aguas? Hemos escuchado quiénes son los montes, grandes predicadores de la palabra, sublimes ángeles de Dios, aunque aún en carne mortal: elevados no por su propia virtud, sino por la gracia de aquel; pero en cuanto a ellos mismos, son valles, humildemente emiten fuentes. Y entre medio de los montes, dice, pasarán las aguas. Pensemos que esto se ha dicho así, Entre medio de los Apóstoles pasarán las predicaciones de la palabra de verdad. ¿Qué significa, Entre medio de los Apóstoles? Lo que se dice medio, es común. Una cosa común, de la que todos viven igualmente, es media, y no me pertenece a mí; pero tampoco te pertenece a ti, ni a mí. Por eso hablamos así de algunas personas: Tienen paz entre ellos, tienen fe entre ellos, tienen caridad entre ellos; así ciertamente decimos. ¿Qué significa, entre ellos? En medio de ellos. ¿Qué significa, en medio de ellos? Es común para ellos. Escucha las aguas entre medio de los montes. Porque la fe era común para ellos, y nadie tenía las aguas como propias y suyas. Pues si no están en medio, son como privadas, no fluyen públicamente; y yo tengo la mía, y él tiene la suya, no está en medio lo que tanto yo como él tenemos; pero tal predicación no es pacífica. Pero para que entre medio de los montes fluyan las aguas, escucha la voz del monte: Dios, dice, de la paz os dé que penséis lo mismo unos con otros (Rom. XV, 5). Y de nuevo: Para que todos penséis lo mismo, y no haya entre vosotros divisiones (I Cor. I, 10). Lo que siento, lo sientes; en medio fluye el agua: no tengo como propio lo mío, ni tú lo tuyo. La verdad no sea ni mía ni tuya, para que sea tanto tuya como mía: Entre medio de los montes pasarán las aguas. Escucha al mismo monte, como dije, porque entre medio de los montes pasarán las aguas. Ya sea que yo, ya sea que ellos, así predicamos, y así creísteis (Id. XV, 11). Dijo con seguridad, Ya sea yo, ya sea ellos, así predicamos, y así creísteis: pues entre medio de los montes fluían las aguas; ninguna discordia de las aguas entre los montes, sino paz de consenso, y sociedad de caridad: pero si alguien quisiera predicar algo diferente, ya predicaría de lo suyo, no de en medio. Y escucha lo que se dice de aquel que emite fuentes en los valles: El que habla mentira, de lo suyo habla (Juan VIII, 44). Por tanto, para que no se tome a algún monte que no fluya de en medio, sino de lo suyo, dice el Apóstol: Cualquiera que os evangelice más allá de lo que habéis recibido, sea anatema. Y mira cómo no quiso que se presumiera del monte: no sea que el monte se aparte de las aguas que corren por en medio, y quiera influir algo propio. Aunque si nosotros (¡Y qué gran monte dijo esto! ¡Cuán abundantemente fluía el agua de su valle! Sin embargo, quería que corriera entre los montes, y allí estuviera la fe cierta de los pueblos, lo que los Apóstoles retenían como medio y común entre ellos). Aunque si nosotros, dice. ¿Y tú, Pablo, puedes predicar algo diferente? de Pablo es la cuestión; escucha lo que sigue: Aunque si nosotros, o un ángel del cielo os anunciara algo diferente de lo que habéis recibido; sea anatema (Gál. I, 9, 8). Si viene un monte evangelizando algo diferente, sea anatema; si viene un ángel evangelizando algo diferente, sea anatema. ¿De dónde esto? Porque quiere fluir de lo privado, no de en medio. Y esto tal vez un hombre impedido por la niebla carnal, y reducido de la fuente común a su propia falsedad, pueda hacerlo; ¿acaso también un ángel? ¿realmente acaso también un ángel? Si un

ángel fluyendo de lo propio no hubiera sido escuchado en el paraíso, no habríamos caído en la muerte. El agua media estaba puesta para los hombres, el precepto de Dios: agua media, agua de algún modo pública, valía sin fraude, como dijimos a vuestra Caridad, fluía sin mancha, sin cieno. Si siempre se bebiera de esa agua, siempre se viviría. Vino un ángel caído del cielo, hecho serpiente, porque ya deseaba insidiosamente esparcir veneno: emitió veneno, habló de lo propio, de lo suyo; porque el que habla mentira, de lo suyo habla: y los miserables al escuchar dejaron lo que era común, de donde eran bienaventurados; y reducidos a lo propio, al querer ser perversamente semejantes a Dios (pues esto les había dicho, Gustad, y seréis como dioses [Gen. III, 5]), deseando lo que no eran, perdieron lo que habían recibido. Por tanto, hermanos, que lo que dijimos a vuestra Caridad valga para las fuentes: para que fluyan de vosotros, sed valles, y compartid con todos lo que tenéis de Dios. Que las aguas fluyan en medio, no envidiéis a nadie; bebed, saciaos; manad saciados. En todas partes el agua común de Dios tenga gloria, no las mentiras privadas de los hombres.

SERMO III.

1. Vuestra Caridad nos recuerda que somos deudores de tratar las partes restantes de este salmo. Por tanto, no es necesario que mueva vuestra atención con algún preámbulo. Pues veo que estáis suspendidos con toda prontitud para entender los misterios proféticos; y no es necesario que mi discurso haga atentos a quienes ya ha hecho el Espíritu de Dios. Más bien hagamos lo que urge. De las fuentes emitidas en los valles, y de las aguas que pasan entre medio de los montes ya se ha dicho: pero hasta aquí se ha dicho; desde aquí en adelante comencemos.

2. [vers. 11.] Pues sigue: Beberán todas las bestias del bosque. ¿Qué beberán? Las aguas que pasan entre medio de los montes. ¿Qué beberán? Las fuentes emitidas en los valles. ¿Y quiénes beberán? Las bestias del bosque. Vemos ciertamente esto también en esta creación, las bestias del bosque beben de las fuentes y de los ríos que corren entre los montes: pero ya que a Dios le ha placido ocultar su sabiduría en figuras de tales cosas, no para quitarla a los estudiosos, sino para cerrarla a los negligentes, abrirla a los que llaman; también le ha placido a nuestro Señor Dios exhortaros a través de nosotros, para que en todas estas cosas, que se dicen como de la creación corporal y visible, busquemos algo espiritualmente oculto, que al encontrarlo nos regocijemos. Entendemos por bestias del bosque a las naciones; y la Escritura lo atestigua en muchos lugares. Pero sin embargo, dos documentos evidentísimos ocurren principalmente, que en el arca de Noé, que ninguno de nosotros duda que prefiguraba la Iglesia, no se incluirían todos los géneros de animales (Gen. VII, 2, 14), si en esa unidad de estructura no se significaran todas las naciones: a menos que tal vez pensemos, si todas esas cosas fueran completamente destruidas por el diluvio, que a Dios le faltaría el poder de ordenar que la tierra las produjera, como al principio las había producido con su palabra (Id. I, 24). Por tanto, no en vano, no al azar, no por alguna necesidad de Dios o falta de poder se ordenó que esos animales se incluyeran en el arca. Pues después de que llegó el tiempo (ya debemos añadir el otro testimonio evidentísimo): cuando llegó el tiempo, para que lo que estaba prefigurado en el arca, ya se cumpliera en la Iglesia, Pedro apóstol dudando en dar el sacramento evangélico a los gentiles incircuncisos; más bien no dudando, sino pensando que no debía darse en absoluto, un día teniendo hambre cuando quería almorzar, subió a orar. Esto es conocido por todos los que leen bien y escuchan bien los Hechos de los Apóstoles. Mientras oraba, le sobrevino un éxtasis, que los griegos llaman éxtasis: es decir, su mente se apartó de la costumbre corporal para contemplar una visión, alienada de las cosas presentes. Entonces vio un cierto recipiente como un lienzo bajado del cielo con cuatro puntas, donde había todos los animales, de todo tipo de bestias; y le sonó una voz: Pedro, mata y come. Pero él, que había sido educado en la Ley, y había crecido en la costumbre judía, y retenía el

precepto de Dios dado por Moisés su siervo, y había guardado fielmente toda su vida, respondió: Lejos de mí, Señor; nunca ha entrado en mi boca cosa común. Común e inmundo, como dicen los judíos y la Ley, bien lo saben quienes han aprendido las Escrituras eclesiásticas. Y la voz le dijo: Lo que Dios ha purificado, no lo llames tú inmundo. Esto se hizo tres veces, y fue retirado el lienzo que se le mostraba bajado tres veces del cielo (Act. X, 9-16). El lienzo que estaba contenido por cuatro puntas, era el orbe de la tierra en cuatro partes. Estas cuatro partes las menciona a menudo la Escritura, el oriente y el occidente, el norte y el sur. Por eso, porque todo el orbe era llamado por el Evangelio, se escribieron cuatro Evangelios. Tres veces bajado del cielo significa, porque se dijo a los Apóstoles: Id, bautizad a todas las naciones en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo (Mat. XXVIII, 19). De ahí se deduce, como ya sabéis, también el número doce de los discípulos. No en vano quiso tener doce; y así ese número fue consagrado, que en lugar de uno que había caído, no podía ser ordenado sino otro. ¿Por qué doce Apóstoles? Porque hay cuatro partes del orbe, y todo el orbe era llamado en el Evangelio, de donde se escribieron cuatro Evangelios, y todo el orbe es llamado en el nombre de la Trinidad, para que se congregue la Iglesia: cuatro veces tres, hacen doce. Por tanto, no nos extrañemos si de esas aguas que pasan entre medio de los montes, en esa doctrina apostólica que fluye en medio por la concordia de la comunión, todas las bestias del bosque beben. Pues todas estaban en el arca, todas en el lienzo, todas las mata y come Pedro; porque Pedro es la roca, la roca es la Iglesia. ¿Qué significa matar y comer? Matar en ellos lo que eran, y asumirlos en sus entrañas. Disuadiste al pagano de los sacrilegios, mataste lo que era; al darle el sacramento de Cristo lo incorporaste a la Iglesia, lo comiste.

3. Por tanto, esas bestias beben esas aguas, que pasan sin embargo: no permanecen, sino que pasan. Pues toda doctrina que se dispensa en este tiempo, pasa. De ahí dice el Apóstol: Y la ciencia se destruirá, y la profecía se vaciará. ¿Por qué se vaciarán estas cosas? Porque en parte conocemos, y en parte profetizamos: pero cuando venga lo perfecto, lo que es en parte se vaciará (I Cor. XIII, 8-10). A menos que tal vez vuestra Caridad piense que en aquella ciudad a la que se dice, Alaba, Jerusalén, al Señor, alaba a tu Dios, Sion; porque ha confirmado los cerrojos de tus puertas (Sal. CXLVII, 12 y 13), ya confirmados los cerrojos y cerrada la ciudad, de donde, como ya dijimos, nadie sale amigo, y a donde nadie entra enemigo; ¿qué códice se leerá allí, o qué sermón se tratará, como ahora se os trata? Por eso ahora se trata, para que allí se retenga; por eso ahora se divide en sílabas, para que allí se contemple todo y entero. No faltará allí la palabra de Dios; pero sin embargo no por letras, no por sonidos, no por códices, no por lector, no por tratador. ¿Cómo entonces? Como en el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Pues no vino a nosotros así, para que de allí se apartara; porque en este mundo estaba, y el mundo por él fue hecho (Juan I, 1, 10). Tal palabra contemplaremos. Pues aparecerá Dios de dioses en Sion (Sal. LXXXIII, 8). Pero ¿cuándo? Después de la peregrinación, terminada la vía; si sin embargo después de terminada la vía no somos entregados al juez, para que el juez nos envíe a la cárcel. Pero si terminada la vía, como esperamos, y deseamos, y nos esforzamos, llegamos a la patria, allí contemplaremos lo que siempre alabaremos: ni faltará lo que está presente para nosotros, ni nosotros que disfrutamos; ni fastidiará al que coma, ni faltará lo que coma. Grande y maravillosa será aquella contemplación. ¿Y quién habla dignamente de ella en este tiempo, cuando entre los montes fluyen las aguas? Mientras tanto, pues, fluyan las aguas entre los montes, y pasen: cuando pasan las aguas, se bebe en la peregrinación, para que no desfallezcamos de sed en el camino. Beberán todas las bestias del bosque. De allí vinisteis, de la selva fuisteis recogidos. ¿Y de qué selva? Ningún hombre pasaba por allí, porque ningún profeta había sido enviado allí. Pero para construir el arca se cortaron maderas de las selvas:

de allí las maderas, de allí las bestias, de allí vinisteis. Por tanto, bebed. Beberán todas las bestias del bosque.

4. Los onagros recibirán en su sed. Onagros se refiere a ciertas grandes bestias. Pues ¿quién no sabe que se llaman onagros a los asnos salvajes? Se refiere, pues, a ciertos grandes indomables. Pues ninguna de las naciones tenía el yugo de la Ley; vivían muchas naciones según sus costumbres, vagando con una jactancia soberbia, como en el desierto. Y todas las bestias así, pero los onagros se colocan para significar la grandeza. También ellos beberán en su sed; pues también para ellos fluyen las aguas. De allí bebe la liebre, de allí el onagro: la liebre pequeña, y el onagro grande; la liebre tímida, y el onagro fiero; ambos beben de allí, pero cada uno en su sed. No dice el agua, A la liebre le basto, y rechaza al onagro: ni dice esto, Que venga el onagro, si la liebre se acerca, será arrebatada. Fluye tan fiel y moderadamente, que sacia al onagro sin asustar a la liebre. Resuena el estruendo de la voz de Cicerón, se lee Cicerón, hay algún libro, es su diálogo, ya sea de él, ya sea de Platón, o de cualquiera de tales: escuchan los inexpertos, los débiles de menor corazón; ¿quién se atreve a aspirar allí? Estrépito de agua, y tal vez turbia; ciertamente, sin embargo, fluyendo tan rapacemente, que el animal tímido no se atreve a acercarse y beber. ¿A quién le sonó, En el principio creó Dios el cielo y la tierra (Gen. I, 1), y no se atrevió a beber? ¿A quién le suena el Salmo y dice: ¿Es mucho para mí? He aquí ahora lo que suena el Salmo, ciertamente son misterios ocultos; sin embargo, suena de tal manera, que también a los niños les deleita escuchar, y los inexpertos se acercan a beber, y saciados eructan en el salmo. Beben, pues, las bestias menores y las mayores; pero más abundantemente las mayores, porque los onagros recibirán en su sed. Beban los menores lo que se ha dicho: Maridos, amad a vuestras esposas, como también Cristo amó a la Iglesia. Las mujeres estén sujetas a sus maridos (Ephes. V, 25, 24). Beban los menores. Pero se dijo al Señor: ¿Es lícito repudiar a la esposa por cualquier causa? El Señor lo prohibió, y dijo que no era lícito. "¿No sabéis," dice, "que Dios al principio hizo al hombre y a la mujer? Lo que Dios unió, no lo separe el hombre." Luego añadió: "Quien repudia a su esposa, excepto por causa de fornicación, la hace cometer adulterio; y si se casa con otra, comete adulterio (Matth. XIX, 3, etc.)." Confirmó la cadena: esto conviene al que está atado; antes debería haber actuado para no ser atado. ¿Estás atado a una esposa? no busques la disolución. ¿Estás libre de esposa? no busques esposa (I Cor. VII, 27). Si aún no eres onagro, y estás libre de esposa, tienes allí lo que también la liebre beba: y si tomas esposa, no has pecado. Pero los discípulos al escuchar que el Señor decía que no era lícito de ninguna manera, excepto por causa de fornicación, disolver los matrimonios: Si tal es, dicen, la causa con la esposa, no conviene casarse. Y el Señor: No todos entienden esta palabra (Matth. XIX, 10-12). Pues decís la verdad, que si tal es la causa con la esposa, no conviene casarse; pero ¿acaso solo los onagros beberán? No todos entienden esta palabra, muchos no la entienden. ¿Y quiénes son los que la entienden? Los onagros recibirán en su sed. ¿Qué significa, Los onagros recibirán en su sed? El que pueda entender, que entienda.

5. [vers. 12.] Luego sigue en su contexto el Salmo: Sobre ellos habitarán las aves del cielo. ¿Sobre quiénes? ¿Sobre los onagros, o más bien sobre los montes? Pues de allí se dirige este sentido: «Entre medio de los montes pasarán las aguas; beberán todas las bestias del bosque; recibirán los onagros en su sed: sobre ellos habitarán las aves del cielo.» Entendemos más congruentemente sobre los montes, porque esto es también similar a esta criatura. Las aves pueden habitar sobre los montes, no sobre los onagros: esto entenderíamos si la necesidad lo exigiera. Sobre los montes, pues, habitarán las aves del cielo. Vemos a estas aves habitar sobre los montes: pero muchas de ellas habitan en los campos, muchas en los valles, muchas en los bosques, muchas en los jardines, no todas sobre los montes. Hay ciertas aves que no habitan sino sobre los montes. Este nombre significa ciertas almas espirituales: las aves son

corazones espirituales, que disfrutan del aire libre. Estas aves se alegran de la serenidad del cielo: pero sin embargo su alimento está en los montes; allí habitarán. Conocéis los montes; ya han sido tratados. Los montes son los Profetas, los montes son los Apóstoles, los montes son todos los predicadores de la verdad. Quienquiera que desee ser espiritual, habite allí: no se desvíe en su corazón; habite, persevere orando. Tenemos aves que significan algo espiritual. No en vano se ha dicho: Se renovará tu juventud como la del águila (Sal. 102, 5). No en vano se ha dicho de Abraham: Pero no dividió las aves. Abraham en aquel sacrificio bastante místico recibió tres animales; un carnero de tres años, una vaca de tres años, una cabra de tres años, y una tórtola, y una paloma. El carnero fue dividido, y las partes fueron colocadas una frente a la otra; la cabra fue dividida, no obstante, las partes fueron colocadas una frente a la otra; la vaca fue dividida, así también se hizo con su carne: y la Escritura añadió, Pero no dividió las aves. Luego se dice carnero de tres años, vaca de tres años, cabra de tres años: de la edad de las aves se guarda silencio. ¿Por qué, os pregunto, sino porque en las aves se significan ciertos espirituales, cuya edad temporal se guarda en silencio porque meditan en lo eterno, y trascienden con deseo e intelecto todas las cosas temporales? Los hombres espirituales que juzgan de todo, y no son juzgados por nadie (1 Cor. 2, 15): por lo tanto, ellos solos no se dividen en herejías y cismas. En el carnero se entienden los superiores; pues guían los rebaños: en la vaca se entiende el pueblo de los judíos; pues tuvo el yugo de la Ley, bajo el cual trabajaba: en la cabra se entiende la Iglesia de los Gentiles; pues con ciertos saltos libres se burlaba, y se alimentaba del amargo acebuche. Estos animales se dicen de tres años, porque en el tercer tiempo se reveló la gracia. Pues el primero fue antes de la Ley; el segundo, desde que se dio la Ley; el tercero, que es ahora, desde que se predica el reino de los cielos. ¿Qué decimos entonces, que el carnero no se divide? ¿Acaso no fueron los obispos autores de cismas y herejías? Pero si los mismos pueblos no se dividieran, es decir, si la vaca no se dividiera, si la cabra no se dividiera; tal vez ellos se habrían avergonzado en sus divisiones, y habrían regresado a la unidad. Se dividen los líderes, se dividen también los pueblos, para que el ciego siga al ciego, y juntos caigan en el hoyo (Mat. 15, 14): se colocan uno contra otro. Pero no dividió las aves. Los espirituales no tienen división, no piensan en cismas: hay paz en ellos, la guardan en los demás tanto como pueden; donde en otros fallan, en sí mismos la mantienen. Si allí hay, dice, hijo de paz, vuestra paz descansará sobre él; si no, volverá a vosotros (Luc. 10, 6). No es hijo de paz, quiso dividirse, volverá a ti tu paz; porque no dividió las aves. Vendrá también el horno: pues Abraham se sentó allí hasta la tarde, y vino el gran terror del día del juicio. Pues aquella tarde es el fin del siglo; y aquel horno, el día del juicio que viene. Dividió entre medio de aquellas cosas que estaban divididas, también el horno (Gén. 15, 9-17). Si el horno pasó entre medio, separó unas a la derecha, otras a la izquierda. Hay, pues, algunos carnales, y sin embargo están contenidos en el seno de la Iglesia, viviendo según un cierto modo suyo, de quienes tememos que sean seducidos por los herejes: pues mientras son carnales, son divisibles. Pero no dividió las aves; los carnales se dividen. No pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales. ¿Y cómo se prueba que los carnales se dividen? Añade: «Pues cuando uno de vosotros dice, Yo soy de Pablo, yo de Apolo, yo de Cefas; ¿no sois carnales, y andáis según el hombre?» Os ruego, hermanos, escuchad, y aprovechad; sacudíos del lugar carnal, avanzad hacia la tórtola y la paloma: Pues no dividió las aves. Pero quienquiera que permanezca tal, y según un cierto modo de vida apto para los carnales, y no se haya apartado del seno de la Iglesia, y no haya sido seducido por los herejes, para que se divida desde la parte contraria; vendrá el horno, y no podrá ser colocado a la derecha sin el horno. Pero si no quiere sufrir el horno, avance hacia la tórtola y la paloma. Quien pueda entender, que entienda. Pero si no es así, y ha edificado sobre el fundamento madera, heno, paja, es decir, amores mundanos sobre el fundamento de su fe; sin embargo, si en el fundamento está Cristo, para que Él tenga el primer lugar en el corazón, y no se le anteponga nada en absoluto; también estos son

llevados, también estos son tolerados: vendrá el horno, quemará la madera, el heno, la paja: Pero él mismo, dice, será salvo, aunque así como por fuego (1 Cor. 1, 12, 13; y 3, 1-15). Esto hará el horno; a unos separará a la izquierda, a otros de algún modo purificará a la derecha. Pero no dividió las aves. Pero que las aves vean, si son tales aves que habiten sobre aquellos montes; no deben seguir la altitud de su corazón, de los cuales se dice: Pusieron en el cielo su boca (Sal. 72, 9). Para que no sean llevadas por los vientos, descansen en los montes. Tienen la autoridad de los santos, descansen en los montes, en los Apóstoles, en los Profetas: allí habiten tales aves, porque en los montes encuentran piedras, ciertos fundamentos de preceptos. Pues así como aquella única piedra, Cristo Verbo de Dios; así muchas palabras de Dios, muchas piedras, y estas piedras en los montes. Ve las aves habitando allí: Sobre ellos habitarán las aves del cielo.

6. Pero no pienses que estas aves del cielo siguen su propia autoridad; ve lo que dice el Salmo: De en medio de las piedras darán su voz. Ahora si os digo, Creed, pues esto lo dijo Cicerón, esto lo dijo Platón, esto lo dijo Pitágoras; ¿quién de vosotros no se reirá de mí? Pues seré un ave que no emite su voz desde la piedra. ¿Qué debe decirme cada uno de vosotros? ¿Qué debe decir aquel que está así instruido? Si alguien os evangeliza más allá de lo que habéis recibido, sea anatema (Gál. 1, 9). ¿Qué me dices de Platón, y de Cicerón, y de Virgilio? Tienes ante ti las piedras de los montes, de en medio de las piedras dame tu voz. De en medio de las piedras darán su voz. Sean escuchados los que oyen de la piedra: sean escuchados, porque también en esas muchas piedras se oye la piedra: Pues la piedra era Cristo (1 Cor. 10, 4). Sean escuchados, pues, con gusto, dando su voz de en medio de las piedras, Nada más dulce que tal voz de los alados. Ellas suenan, y las piedras resuenan: ellas suenan, los espirituales discuten; las piedras resuenan, los testimonios de las Escrituras responden. He aquí que de allí las aves de en medio de las piedras dan su voz; pues habitan en los montes.

7. [vers. 13.] ¿De dónde tienen voz esos montes y aquellas piedras? Pues para que seamos regados por las Escrituras, acudimos al apóstol Pablo. ¿De dónde la tiene él? Acudimos a Isaías. ¿De dónde Isaías? Escucha de dónde: Regando los montes desde sus alturas. Ahora si viene a nosotros un hombre gentil incircunciso, dispuesto a creer en Cristo, le damos el Bautismo, y no lo llamamos a aquellas obras de la Ley. Y si un judío nos pregunta por qué hacemos así, sonamos desde la piedra, decimos, Esto lo hizo Pedro, esto lo hizo Pablo: de en medio de las piedras damos nuestra voz. Pero aquella piedra, el mismo Pedro gran monte, cuando oraba y veía aquella visión, era regado desde las alturas. El apóstol Pablo dice a los Gentiles: Si os circuncidáis, Cristo no os aprovechará de nada (Gál. 5, 2). Esto lo dice Pablo, como monte: de allí lo decimos nosotros, sonando desde la piedra. El Señor riega esa misma piedra desde sus alturas. Pues cuando esa piedra aún estaba en la incredulidad áspera, queriendo regarla desde sus alturas para que fluyera agua en el valle, clamó: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? No le leyó un profeta, no le leyó otro apóstol; pues todas estas cosas las despreciaría el gran monte: lo regó desde sus alturas; y enseguida regado y ya queriendo manar: Señor, dice, ¿qué me mandas hacer? (Hech. 9, 4, 6). Toma ese monte o piedra, de donde puedas dar tu voz; toma eso, y ve que es regado desde las alturas, y fluye en los inferiores. Escucha esto también en un lugar: Sea, dice, que nos excedamos en mente a Dios, sea que seamos sobrios para vosotros. Lo que dice, nos excedemos en mente; vosotros no podéis captar: pues nos excedemos en todas estas cosas carnales, vosotros aún sois carnales. A Dios, pues, nos excedemos en mente; y lo que vemos cuando nos excedemos en mente, no podemos expresarlo: pues allí oyó palabras inefables, que no es lícito al hombre hablar (2 Cor. 12, 4). ¿Qué, pues, dicen aquellos carnales, aquellos conejos, no seremos regados? ¿nada llegará a nosotros? ¿Y cómo emite fuentes en los valles? ¿y cómo en medio de los montes

pasarán las aguas? A esto se refiere, Sea que seamos sobrios para vosotros. ¿De dónde esto? ¿a quién imitamos? La caridad, dice, de Cristo nos apremia (2 Cor. 5, 13, 14). Tú partícipe del Verbo, aunque hoy espiritual, ayer carnal, ¿te niegas a descender a los carnales, cuando el mismo Verbo se hizo carne, para habitar en vosotros (Juan 1, 14)?

8. Bendigamos, pues, al Señor, y alabémoslo a Él que riega los montes desde sus alturas. De allí vendrá la irrigación a la tierra, de allí también se saciarán los humildes: pues sigue, De los frutos de tus obras se saciará la tierra. ¿Qué significa, De los frutos de tus obras? Nadie se gloríe en sus obras; sino quien se gloría, gloríese en el Señor (1 Cor. 1, 31). Tu gracia se sacia, cuando se sacia: no diga que la gracia le fue dada por sus méritos. Si se llama gracia, se da gratuitamente: si se devuelve por obras, se devuelve como salario (Rom. 4, 4, 5). Recibe, pues, gratuitamente, porque siendo impío eres justificado. De los frutos de tus obras se saciará la tierra.

9. [vers. 14.] Produciendo heno para los animales, y hierba para el servicio de los hombres. Es verdad, veo, reconozco la creación: la tierra produce heno para los animales, y hierba para el servicio de los hombres. Pero veo también otros animales del Señor, que se significan, cuando se dice, No pondrás bozal al buey que trilla: pues dice el mismo animal, ¿Acaso se preocupa Dios de los bueyes? Por nosotros, pues, lo dice la Escritura. ¿Cómo, pues, produce la tierra heno para los animales? Porque el Señor dispuso que quienes anuncian el Evangelio, vivan del Evangelio. Envió predicadores, y les dijo: Todo lo que os pongan, comed; pues digno es el obrero de su salario (Luc. 10, 7 y 8). Pues cuando dijo, Lo que os pongan, comed; para que no dijeran ellos, Seremos imprudentes en mesas ajenas cuando lo necesitemos, ¿quieres que seamos tan descarados? No, dice, no es esa su donación, sino vuestro salario. ¿De qué cosa salario? ¿Qué dan? ¿qué reciben? Dan cosas espirituales, reciben cosas carnales; dan oro, reciben heno. Pues toda carne es heno, y la gloria de la carne como flor del heno (Is. 40, 6). Todas las cosas temporales que te sobran y redundan, son heno para los animales. ¿Por qué? Porque son carnales. Escucha de qué animales es el heno. Si nosotros os sembramos cosas espirituales, ¿es mucho si cosechamos vuestras cosas carnales? Esto lo dijo el Apóstol, tal anunciador tan laborioso, tan incansable, tan ejercitado, que incluso donó el heno a la tierra. Yo, dice, de ninguno de estos he usado. Mostró que se le debía, y no lo aceptó; ni condenó a aquellos que aceptaron lo que se les debía. Pues debían ser condenados los que exigían lo indebido, no los que aceptaban su salario: sin embargo, él también donó su salario. No porque otro te lo haya donado, no debes a otro; de lo contrario, no serás tierra regada que produce heno para los animales. De los frutos de tus obras, dice, se saciará la tierra: produciendo heno para los animales. No seas estéril, produce heno para los animales: si los animales no quieren tu heno, no te encuentren, sin embargo, estéril. Recibes cosas espirituales, devuelve cosas carnales: son debidas al soldado, devuélvelas al soldado; eres provincial de Cristo. ¿Quién milita alguna vez a sus propias expensas? ¿quién planta una viña, y no come de su fruto? ¿quién apacienta un rebaño, y no percibe de su leche? No lo digo para que esto se haga en mí. Hubo un soldado que incluso donó la ración al provincial: pero, sin embargo, que el provincial devuelva la ración. Pero para que hable de esto más bien; son animales: No pondrás bozal al buey que trilla. Produciendo, dice, heno para los animales; y como explicando esto añadió, Y hierba para el servicio de los hombres: para que no entiendas lo que se dijo, Produciendo heno para los animales, con la repetición explicó lo que había dicho antes. Pues lo que dijo arriba heno, después lo llamó hierba; lo que dijo animales, lo llamó servicio de los hombres. Por lo tanto, al servicio, y no a la libertad. ¿Dónde está, Pues a libertad habéis sido llamados? Pero escucha al mismo: Pues siendo libre de todos, me hice siervo de todos, para ganar a más (1 Cor. 9, 7-19). Y a quienes dijo, A libertad habéis sido llamados? ¿y qué añadió? Pero no uséis la libertad como ocasión para la carne, sino

servíos por amor los unos a los otros (Gál. 5, 13). A quienes hizo libres, los hizo siervos; no por condición, sino por la redención de Cristo; no por necesidad, sino por amor: Por amor, dice, servíos los unos a los otros. Pero servimos a Cristo los unos a los otros, dice; no a los pueblos, no a los carnales, no a los débiles. Bien sirves a Cristo, si sirves a quienes Cristo sirvió. ¿Acaso no se dijo de Él: Bien sirviendo a muchos? Se lee en el Profeta: de nadie más se suele entender sino de Cristo. Escuchemos, sin embargo, propiamente en el Evangelio su voz: Quienquiera que quiera ser mayor entre vosotros, será vuestro siervo. Te hizo mi siervo, quien te hizo libre con su sangre. Decidnos esto, porque decís la verdad. Escucha a Él en otro lugar: Pero nosotros vuestros siervos por Jesús (2 Cor. 4, 5). Bien amad a vuestros siervos, pero en vuestro Señor. Que nos conceda servir bien. Pues queramos o no, somos siervos: y sin embargo, si somos voluntarios, no servimos por necesidad, sino por amor. Pues de algún modo como si la soberbia de los siervos se irritara, parecía, cuando el Señor decía: Será vuestro siervo quien quiera ser mayor entre vosotros. Pues ya los hijos de Zebedeo buscaban los asientos más altos: uno quería sentarse a la derecha, otro a la izquierda, diciendo por la madre lo que ellos deseaban. El Señor no les envidió los asientos, sino que primero les mostró el valle de lágrimas, como diciendo, ¿Queréis llegar allí donde estoy yo? venid por donde yo. ¿Qué significa, venid por donde yo? Por la humildad. Yo descendí de lo alto, y humillado subo: os encontré en la tierra, y queréis volar antes de ser alimentados; primero nutriros, educaros, llevad el nido. Pues ¿qué dijo? ¿cómo los llamó a la humildad, ya buscando la altura? ¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber? Y ellos, incluso en esto soberbios: Podemos. Como Pedro: Contigo hasta la muerte. Hombre fuerte, hasta que una mujer dijera: Y este estaba con ellos (Mat. 26, 35, 69). Así también ellos: Podemos. ¿Podéis? Podemos. Y Él, Mi cáliz ciertamente beberéis, aunque ahora no podéis, lo beberéis: como a Pedro, «No puedes seguirme ahora; me seguirás después» (Juan 13, 36). Mi cáliz ciertamente beberéis; pero sentarse a mi derecha o a mi izquierda, no es mío darlo a vosotros» (Mat. 20, 20-27). ¿Qué significa, No es mío darlo a vosotros? No es mío darlo a los soberbios. Ahora a quienes hablo, sois soberbios; por eso dije, No es mío darlo a vosotros. Pero tal vez dirían, Seremos humildes. No seréis, pues, vosotros: yo, a vosotros dije. No dije, No daré a los humildes: sino, no daré a los soberbios. Pero quien siendo rey se hace humilde al soberbio, no será quien era.

10. Por lo tanto, los predicadores de la palabra son tanto bestias de carga como siervos. Que la tierra, si está regada, produzca heno para las bestias y hierba para el servicio de los hombres. Este es el fruto, para que se pueda cumplir lo que se dice en el Evangelio: "Para que ellos también os reciban en las moradas eternas" (Luc. XVI, 9). Observa qué haces con el heno, observa qué compras con algo vil. "Para que os reciban", dice, "en las moradas eternas": donde ellos estarán, allí os recibirán. ¿Por qué esto? Porque "quien recibe a un justo en nombre de justo, recibirá recompensa de justo; y quien recibe a un profeta en nombre de profeta, recibirá recompensa de profeta; y quien dé un vaso de agua fría a uno de estos pequeños, solo en nombre de discípulo; en verdad os digo, no perderá su recompensa" (Mat. X, 41-42). ¿Qué recompensa no perderá? Os recibirán en las moradas eternas. ¿Quién no se apresura? ¿Quién no corre con más entusiasmo? Si sois tierra, sed regados con el fruto de las obras de Dios: no digáis, No hay con quienes hacerlo; nuestros predicadores, las bestias de carga, los hombres servidores no necesitan de nosotros. Sin embargo, busca, no sea que alguien necesite: finalmente, incluso quien no necesita, encuentre en ti lo que no quiera aceptar. Pues acepta la buena voluntad, cuando tú aceptas la paz: y aunque no busque el don, busca el fruto (Filip. IV, 17). Sin embargo, busca, no sea que alguien necesite; y no digas: Si pide, daré. ¿Esperas entonces a que pida? ¿Así alimentas al buey de Dios, como a un mendigo que pasa? A aquel que pide, das, porque está escrito, "A todo el que te pida, da"

(Luc. VI, 30). ¿Qué está escrito sobre esto? "Bienaventurado el que entiende sobre el necesitado y el pobre" (Sal. XL, 2). Busca a quién dar: "Bienaventurado" es "el que entiende sobre el necesitado y el pobre", quien anticipa la voz del que va a pedir. Si entre vosotros los soldados de Cristo necesitan tanto que incluso piden; ved que no os juzguen antes de que pidan. ¿Cómo, dices, busco? Sé curioso, sé previsor; observa, atiende de qué vive cada uno, de qué se sostiene, de qué tiene: no se reprochará esta curiosidad tuya; serás tierra que produce heno para las bestias y hierba para el servicio de los hombres. Sé curioso, y entiende sobre el necesitado y el pobre. Uno viene a ti para pedir; a otro, anticípate, para que no pida. Pues así como de aquel que te busca se ha dicho, "A todo el que te pida, da"; así de aquel a quien debes buscar se ha dicho, "Que la limosna sude en tu mano, hasta que encuentres al justo a quien entregarla". Pues si se ha de dar también a estos pobres que piden; no les ha prohibido Dios las limosnas, cuando Cristo dice de ellos, "Cuando hagas banquete, convoca a los ciegos, cojos, débiles, que no tienen con qué devolverte; se te recompensará en la resurrección de los justos" (Luc. XIV, 13-14): llama también a ellos, aliméntalos también; banquetea, cuando ellos banquetean; alégrate, cuando ellos se sacian; pues ellos con tu pan, tú con la justicia de Dios. Que nadie os diga: Cristo mandó que se dé al siervo de Dios, no al mendigo. ¡Lejos de ello! El que dice esto es impío. Dale a él, pero mucho más a aquel. Pues aquel pide, y en la voz del que pide reconoces a quién dar: pero cuanto menos pide aquel, tanto más debes vigilar para anticiparte al que va a pedir; o tal vez ahora no va a pedir, y alguna vez te condenará. Por lo tanto, sed curiosos en esto, hermanos míos; encontraréis la necesidad de muchos siervos de Dios, solo que queráis encontrar. Pero porque os agrada la excusa con la que queréis decir, No sabíamos; por eso no encontráis.

11. El mismo Señor tenía una bolsa, donde se ponían las cosas necesarias, y se poseían monedas para el uso de los que estaban con Él y de Él: pues cuando se dice, "Tuvo hambre" (Mat. IV, 2; y XXI, 18), el evangelista no miente. Quiso tener hambre por ti, para que no tengas hambre en Él, que se hizo pobre, siendo rico, para que con su pobreza nos enriqueciera (II Cor. VIII, 9). Pues tenía una bolsa; y se dijo de ciertas mujeres religiosas, que caminaban donde iban sus pies evangelizando, y le servían de sus bienes. Se nombran esas mujeres en el Evangelio, donde estaba también cierta esposa de un tal Chuza, procurador de Herodes (Luc. VIII, 3). Mira lo que sucedía. Pablo iba a ser alguien que nunca buscaría tal cosa, y daría todo a las provincias. Pero porque muchos débiles iban a buscar estas cosas, Cristo asumió más bien la persona de los débiles. Más sublime Pablo, ¿acaso más sublime que Cristo? Más sublime Cristo, porque más misericordioso. Pues al ver que Pablo no iba a buscar estas cosas, previó que no condenara al que las buscara, y ofreció un ejemplo al débil: así como al ver a muchos dispuestos y gozosos de ir al martirio de la pasión, exultantes en la misma pasión, fuertes, maduros para el granero; sin embargo, de algunos débiles, que veía que podían ser perturbados por la pasión venidera, para que no desfallecieran, sino que más bien unieran la voluntad humana a la voluntad del Creador, quiso asumir la persona de ellos en la pasión Cristo, diciendo, "Mi alma está triste hasta la muerte"; y de nuevo, "Padre, si es posible, pase de mí este cáliz". Enseñó lo que diría el débil, pero luego mostró lo que debería hacer el débil: "Sin embargo, no lo que yo quiero, sino lo que tú quieres, Padre" (Mat. XXVI, 38, 39). Así como en la pasión asumió la persona de los débiles, prefigurada en su cuerpo, porque también ellos son sus miembros; pues no en vano se dijo, "Mis ojos vieron mi imperfección, y en tu libro todos serán escritos" (Sal. CXXXVIII, 16): así también al tener una bolsa, y al exigir de algún modo el sustento, no pidiendo, sino ofreciendo, asumió la necesidad. Lo recibió Zaqueo, y se alegró (Luc. XIX, 6). ¿A quién beneficia esto? ¿A Cristo, o a Zaqueo? En verdad, si Zaqueo no lo recibiera, ¿no habría donde permaneciera el creador del mundo? ¿O si Zaqueo no lo alimentara, necesitaría aquel que de cinco panes sació a tantas miles de personas? Por lo tanto, cuando alguien recibe a un santo, no se beneficia al recibido, sino al

receptor. ¿Acaso en aquella hambre no se alimentaba Elías? ¿No le traía el cuervo pan y carne, sirviendo la criatura al siervo de Dios? (III Reg. XVII, 6). Sin embargo, fue enviado a ser alimentado por una viuda; no para que se le diera a un soldado, sino para que se le diera algo a un provincial.

12. Por lo tanto, porque decíamos, hermanos, también sobre alimentar a los pobres; cuando el Señor tenía una bolsa, sin embargo, cuando dijo a Judas que lo iba a traicionar, "Lo que haces, hazlo pronto"; no entendiendo los demás lo que había dicho, pensaron que le había dicho que preparara algo que se diera a los pobres. Pues él tenía la bolsa, esto está escrito en el Evangelio (Juan XIII, 27-29). ¿Podrían haber pensado esto, si no lo tuviera el Señor por costumbre? De lo que se daba y se ponía en la bolsa, se daba también a esos pobres, a quienes Dios enseñó a no despreciar. Pero si no desprecias a aquel, ¿cuánto más al buey por el cual se trilla esta era? ¿Cuánto más a tu siervo? No necesita comida, tal vez necesita ropa. No necesita ropa, tal vez necesita techo, tal vez está construyendo una iglesia, tal vez está haciendo algo útil en la casa de Dios; espera que prestes atención, espera que entiendas sobre el necesitado y el pobre. Tú, en cambio, tierra dura, pedregosa, no regada, o regada en vano, te guardas para decir: No sabía, no conocía, nadie me dijo. ¿Nadie te dijo? Cristo no cesa de decir, el profeta no cesa de decir: "Bienaventurado el que entiende sobre el necesitado y el pobre". ¿No ves el arca vacía de tu superior? Ciertamente ves al menos la construcción que se levanta, a la que vas a entrar y orar. ¿No se te muestra a los ojos? A menos que tal vez penséis, hermanos, que vuestros superiores atesoran: y conocemos a muchos que no atesoran, y que carecen de lo cotidiano, de quienes no se cree en absoluto; a quienes también encontraríais, si quisierais, si observarais, si vigilarais para dar fruto. Dije lo que pude, cuanto pude. Sin embargo, creo que somos manifiestos para vosotros, como dice el Apóstol, no decimos esto para que lo hagáis con nosotros. Que Dios conceda que no haya dicho esto en vano: que Dios conceda que seáis tierra regada, no pedregosa, como la de los judíos, de donde merecieron recibir tablas de piedra; sino tierra fructífera, tierra que regada devuelva al agricultor. Aquellos mismos con corazón de piedra, lo que se significó en las tablas de piedra, daban diezmos. Incluso gemís, y aún nada sale. Si gemís, dad a luz; si estáis de parto, parid. ¿Por qué gemido vano? ¿Por qué gemido estéril? ¿Se retuercen las entrañas, o no hay dentro lo que se dé a luz? Riega los montes desde sus alturas: de los frutos de tus obras se saciará la tierra. Bienaventurados los que hacen, bienaventurados los que escuchan esto fructuosamente, bienaventurados los que no claman en vano. De los frutos de tus obras se saciará la tierra: produciendo heno para las bestias, y hierba para el servicio de los hombres. ¿Para qué esto? Para que saque pan de la tierra. ¿Qué pan? Cristo. ¿De qué tierra? De Pedro, de Pablo, de los demás dispensadores de la verdad. Escucha que es de la tierra: "Tenemos", dice, "este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia sea del poder de Dios" (II Cor. IV, 7). Él es el pan que descendió del cielo (Juan VI, 41), para que se saque de la tierra, cuando se predica a través de la carne de sus siervos. La tierra produce heno, para que saque pan de la tierra. ¿Qué tierra produce heno? Los pueblos piadosos, los pueblos santos. ¿Para que de qué tierra se saque pan? La palabra de Dios de los Apóstoles, de los dispensadores de los Sacramentos de Dios, aún caminando en la tierra, aún llevando un cuerpo terrenal.

13. [vers. 15.] Y el vino alegra el corazón del hombre. Que nadie se prepare para la embriaguez; más bien, que todo hombre se prepare para la embriaguez. ¡Qué glorioso es tu cáliz embriagador! (Sal. XXII, 5). No queremos decir: Que nadie se embriague. Embriagaos, pero ved de dónde. Si os embriaga el cáliz del Señor glorioso, se verá esta embriaguez en vuestras obras, se verá en el santo amor de la justicia, se verá finalmente en la alienación de vuestra mente, pero de las cosas terrenales al cielo. Para alegrar su rostro con aceite. Veo qué tierra cuánto fruto produce, si produce heno para las bestias. Estos siervos no venden lo que

dan; pues no son vendedores del Evangelio: dan gratis, porque gratis recibieron. Se alegran con vuestras buenas obras; pues esto os beneficia: no buscan el don, sino que buscan el fruto. ¿Qué es la alegría del rostro con aceite? La gracia de Dios, un cierto brillo en la manifestación; como dice el Apóstol: "A cada uno se le da el Espíritu para la manifestación" (I Cor. XII, 7). Una cierta gracia que es visible de los hombres a los hombres, para conciliar el santo amor, se llama aceite, en el brillo divino; y como apareció excelentemente en Cristo, todo el mundo lo ama: quien, aunque aquí fue despreciado, ahora es adorado por toda nación: "Porque suyo es el reino, y él dominará sobre las naciones" (Sal. XXI, 29). Tan grande es su gracia, que muchos que no creen en él, lo alaban, y por eso dicen que no quieren creer en él, porque nadie puede cumplir lo que manda. Alabando se ven impedidos, quienes en él vituperando se ensañaban. Sin embargo, es amado por todos, es predicado por todos; porque excelentemente ungido, por eso Cristo. Cristo es ungido, llamado Cristo por el crisma. Mesías en hebreo, en griego Cristo, en latín Ungido: pero unge todo su cuerpo. Por lo tanto, todos los que vienen reciben gracia, para alegrar su rostro con aceite.

14. Y el pan fortalece el corazón del hombre. ¿Qué es esto, hermanos? Casi obliga a entender de qué pan habla. Pues este pan visible fortalece el estómago, fortalece el vientre: hay otro pan que fortalece el corazón, porque es pan del corazón. Ya había dicho del pan antes, "Para que saque pan de la tierra", pero no había dicho qué tipo de pan es ese. Y el vino alegra el corazón del hombre. Parece ya hablar del vino espiritual; pues eso alegra el corazón del hombre. Pero aún puede pensarse que se dice del vino este, porque los ebrios parecen aparecer como alegres de corazón. Ojalá se alegren, y no riñan. Me dices: ¿Qué más alegre que un ebrio? Más bien, ¿qué más insensato que un ebrio? ¿Qué más iracundo a menudo? Hay, por lo tanto, un vino que verdaderamente alegra el corazón, y no sabe hacer otra cosa que alegrar el corazón. Pero para que no pienses que esto debe tomarse del vino espiritual, pero no del pan; que también es espiritual, lo expuso también: "Y el pan", dice, "fortalece el corazón del hombre". Por lo tanto, toma del pan como tomas del vino; tienes hambre interior, tienes sed interior: "Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados" (Mat. V, 6). Aquel pan es justicia, aquel vino es justicia: es verdad, la verdad es Cristo (Juan XIV, 6). "Yo soy", dice, "el pan vivo que descendió del cielo" (Juan VI, 41); y, "Yo soy la vid, vosotros los sarmientos" (Juan XV, 5). Y el pan fortalece el corazón del hombre.

15. [vers. 16.] Se saciarán los árboles del campo: pero de esta gracia sacada de la tierra. Los árboles del campo, los pueblos de las naciones. Y los cedros del Líbano que plantó. Los cedros del Líbano, poderosos en el mundo, ellos también se saciarán. El pan, el vino y el aceite de Cristo han llegado a senadores, a nobles, a reyes; se han saciado los árboles del campo. Primero se saciaron los humildes, luego también los cedros del Líbano, pero "que plantó" él mismo: cedros piadosos, fieles religiosos; tales plantó. Pues también hay cedros impíos del Líbano, porque "El Señor quebrantará los cedros del Líbano" (Sal. XXVIII, 5). Líbano es un monte; allí estas árboles incluso según la letra son antiquísimas y altísimas. Líbano se interpreta, como leemos en aquellos que escribieron esto, Candidatura. Líbano se dice candidatura: parece ser la candidatura de este mundo, ahora brillante y resplandeciente en sus pompas. Hay allí cedros del Líbano que plantó el Señor; ellos se saciarán "que plantó el Señor". Pues "el árbol", dice, "que no plantó mi Padre, será arrancado" (Mat. XV, 13). Y los cedros del Líbano que plantó.

16. [vers. 17.] Allí anidarán los gorriones. La focha es su líder. ¿Dónde anidarán los gorriones? En los cedros del Líbano. Ya hemos oído qué son los cedros del Líbano, nobles del mundo, altos en linaje, riquezas, honores: y esos cedros se sacian, sin embargo, los que plantó él. En estos cedros anidan los gorriones. ¿Quiénes son los gorriones? Aves y volátiles

del cielo son los gorriones, pero los volátiles pequeños suelen llamarse gorriones. Por lo tanto, hay algunos espirituales anidando en los cedros del Líbano: es decir, hay algunos siervos de Dios que escuchan en el Evangelio, "Deja todas tus cosas", o, "vende todas tus cosas, y dales a los pobres, y tendrás tesoro en los cielos; y ven, sígueme" (Mat. XIX, 21). Y no solo esto lo escucharon los grandes, sino que también lo escucharon los pequeños, y quisieron hacer esto también los pequeños, y ser espirituales; no unirse a esposas, no ser agobiados por el cuidado de los hijos, no tener sedes propias a las que se ataran, sino ir a una vida común. Pero, ¿qué dejaron estos gorriones? Pues parecen pequeños volátiles de este mundo. ¿Qué dejaron? ¿Qué grande dejaron? Otro se convirtió, dejó la pobre celda de su padre, apenas una cama y un arca. Sin embargo, se convirtió, se hizo gorrión, buscó lo espiritual. Bien, muy bien; no le insultemos, no digamos: No dejaste nada. No se enorgullezca quien dejó mucho. Pedro para seguir al Señor, sabemos que era pescador, ¿qué pudo dejar? O su hermano Andrés, o los hijos de Zebedeo Juan y Jacobo, también ellos pescadores (Mat. IV, 18, 21); y sin embargo, ¿qué dijeron? "He aquí, nosotros hemos dejado todo, y te hemos seguido" (Mat. XIX, 27). No le dijo el Señor: ¿Olvidaste tu pobreza? ¿Qué dejaste para recibir todo el mundo? Mucho dejó, hermanos míos, mucho dejó, quien no solo dejó lo que tenía, sino también lo que deseaba tener. ¿Quién pobre no se hincha en la esperanza de este mundo? ¿Quién no desea diariamente aumentar lo que tiene? Esta codicia fue cortada: iba al infinito, recibió un límite, ¿y nada se dejó? En verdad, Pedro dejó todo el mundo, y Pedro recibió todo el mundo. "Como no teniendo nada, y poseyéndolo todo" (II Cor. VI, 10). Esto hacen muchos: esto hacen quienes tienen poco, y vienen, y se hacen gorriones útiles. Parecen pequeños, porque no tienen la altura de la dignidad secular: anidan en los cedros del Líbano. Pues también los cedros del Líbano, nobles y ricos y altos de este mundo, porque con temor escuchan, "Bienaventurado el que entiende sobre el necesitado y el pobre"; atienden sus bienes, sus villas, y todas las copias superfluas, con las que parecen altos, y las ofrecen a los siervos de Dios; dan campos, dan huertos, edifican iglesias, monasterios, recogen gorriones, para que en los cedros del Líbano aniden los gorriones. Por lo tanto, se sacian los cedros del Líbano que plantó el Señor, y allí anidarán los gorriones. Observad toda la tierra, si no es así. Para hablar de esto, no solo creí, sino que también vi; me dio entendimiento la misma experiencia. Preguntad a las tierras más extensas que conocéis, y ved en cuántos cedros del Líbano anidan esos gorriones, de los que he hablado.

17. Sin embargo, hermanos míos, si los mismos gorriones son espirituales, aunque aniden en los cedros del Líbano, no deben considerar de gran importancia los cedros del Líbano, ni pensar que son superiores aquellos de quienes reciben lo necesario. Pues son gorriones; pero aquellos son cedros del Líbano. Por lo tanto, la casa del somormujo es la guía de los gorriones. Aunque los gorriones aniden en los cedros del Líbano, no son los cedros del Líbano los guías de los gorriones. He aquí que se saciarán los árboles del campo, todos los pueblos; y se saciarán los cedros del Líbano, que plantó el Señor, todos los nobles y excelsos fieles. Allí, es decir, en los cedros del Líbano, anidarán los gorriones; ofrecerán las ramas de sus facultades para recoger a los pequeños espirituales. Ofrecen esto, hacen esto los cedros del Líbano que plantó el Señor; lo hacen, y lo hacen con gusto; saben lo que hacen, saben lo que reciben. Pero aunque los gorriones aniden en los cedros del Líbano, la casa del somormujo es su guía. ¿Qué es la casa del somormujo? El somormujo, como todos sabemos, es un ave marina; o está en los estanques, o está en el mar. Tiene una casa no fácilmente en la orilla de la tierra, o nunca; sino en aquellas que están en medio del agua: por lo tanto, generalmente en las rocas que el agua rodea. Entendemos, por lo tanto, que la roca es una casa adecuada para el somormujo, en ningún lugar habita más fuerte y firmemente que en la roca. ¿En qué tipo de roca? En el mar establecida. Aunque es golpeada por las olas, sin

embargo rompe las olas, no se rompe: esto tiene de grande la roca establecida en el mar. ¿Cuántas olas golpearon nuestra roca, el Señor Cristo? Fueron destrozados en él los judíos; ellos se rompieron, él permaneció intacto. Y cada uno que imita a Cristo, así debe estar en este siglo, es decir, en este mar, donde no puede sino sentir tormentas y tempestades, para que no ceda a ningún viento, a ninguna ola, sino que reciba todo, y permanezca intacto. Por lo tanto, la casa del somormujo es fuerte y humilde. No tiene casa el somormujo en las alturas; nada más firme que esa casa, y nada más humilde. En los cedros ciertamente anidan los gorriones, por la necesidad presente: pero tienen como guía aquella roca, que es golpeada por las olas, y no se rompe; pues imitan las pasiones de Cristo. Y si acaso los cedros del Líbano se enojaran, y causaran alguna molestia o escándalo a los siervos de Dios en sus ramas, volarán de allí los gorriones; pero ¡ay del cedro que queda sin los nidos de los gorriones! Pues los gorriones no naufragarán, no perecerán; porque la casa del somormujo es su guía.

18. ¿Qué sigue entonces? Los montes altísimos para los ciervos. Los ciervos, grandes, espirituales, que en su carrera trascienden todo lo espinoso de los matorrales y bosques. Él perfecciona, dice, mis pies como los de los ciervos, y me establecerá sobre las alturas (Salmo XVII, 34). Que los montes altos, los altos preceptos de Dios, los mantengan; que piensen en lo sublime, que mantengan lo que sobresale mucho en las Escrituras, que se justifiquen en lo más alto: pues para los ciervos son esos montes altísimos. ¿Qué de las bestias humildes? ¿Qué del conejo? ¿Qué del erizo? El conejo, un animal pequeño e indefenso, el erizo también espinoso: aquel animal tímido, aquel animal cubierto de espinas. ¿Qué significan las espinas, sino los pecadores? Quien peca diariamente, aunque no sean grandes pecados, está cubierto de espinas muy pequeñas. En lo que teme, es un conejo; en lo que está cubierto de pecados muy pequeños, es un erizo: y no puede sostener aquellos preceptos excelsos y perfectos. Pues los montes altísimos son para los ciervos. ¿Qué entonces? ¿Perecen estos? No. Así como los montes altísimos son para los ciervos, también para estos veas qué sigue: La roca es refugio para los erizos y los conejos. Porque el Señor se ha hecho refugio para el pobre (Salmo IX, 10). Pon esa roca en la tierra, es refugio para los erizos y los conejos: ponla en el mar, es casa para el somormujo. En todas partes útil es la roca. Y en los montes ella es útil: los montes sin el fundamento de la roca caerían en el abismo. ¿No se decía ya de los montes: Allí habitarán las aves del cielo; desde el medio de las rocas darán sus voces? En todas partes, por lo tanto, la roca es nuestro refugio: ya sea en los montes esté en lo alto, ya sea en el mar sea golpeada por las olas, no se rompa, ya sea en la tierra se solidifique; hacia ella los ciervos, hacia ella el somormujo, hacia ella el conejo y el erizo. Golpeen sus pechos los conejos, y los erizos confiesen sus pecados: aunque estén cubiertos de pecados pequeños y cotidianos; no les falta, sin embargo, la roca, que les enseñó a decir, Perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores (Mateo VI, 12). La roca es refugio para los erizos y los conejos.

19. Hizo la luna para los tiempos. Entendemos espiritualmente a la Iglesia creciendo desde lo mínimo, y en esta mortalidad de la vida de alguna manera envejeciendo; pero para acercarse al sol. No digo esta luna visible a los ojos, sino la que se significa con este nombre. Esta cuando la Iglesia estaba oscura, cuando aún no aparecía, aún no sobresalía, los hombres eran seducidos, y se decía, Esta es la Iglesia, aquí está Cristo; para que dispararan en la luna oscura a los rectos de corazón (Salmo X, 3). ¿Ahora cuán ciego es quien yerra con la luna llena? Hizo la luna para los tiempos. Pues aquí temporalmente pasa la Iglesia; no será siempre aquí esta mortalidad: crecer y disminuir alguna vez pasará; para los tiempos fue hecha. El sol conoció su ocaso. ¿Y quién es este sol, sino aquel sol de justicia, que los impíos lamentarán no haberles salido en el día del juicio? Que dirán en aquel día, Por tanto, erramos del camino de la verdad, y la luz de la justicia no nos iluminó, y el sol no salió para nosotros

(Sabiduría V, 6). A él le sale este sol, quien entiende a Cristo. Pero se aparta de su entendimiento Cristo, quien se enoja tanto con su hermano, que guarda rencor. Por tanto, enójense, y no pequen (Salmo IV, 5). La caridad aunque se enoje a veces, para corregir, no se considera culpable; porque no envejeció la ira, para convertirse en odio. Pero si la ira se convierte en odio, el sol se pone sobre su enojo. No, por tanto, se ponga el sol sobre su enojo (Efesios IV, 26).

20. Y no piensen, hermanos, que por eso el sol debe ser adorado por algunos, porque el sol en las Escrituras a veces significa a Cristo. Tal es la demencia de los hombres; como si se dijera que algo debe ser adorado, cuando se dice, El sol significa a Cristo. Adora entonces también la roca, porque significa a Cristo (I Corintios X, 4). Como oveja fue llevado al sacrificio (Isaías LIII, 7); adora también la oveja, porque significa a Cristo. Venció el león de la tribu de Judá (Apocalipsis V, 5); adora también al león, porque significa a Cristo. Vean cuántas cosas significan a Cristo; todas estas cosas son Cristo en similitud, no en propiedad. ¿Buscas la propiedad de Cristo? En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios. He aquí la propiedad de Cristo, por la cual fuiste hecho. ¿Quieres oír también la propiedad por la cual fuiste restaurado? Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (Juan I, 1, 14). Las demás son similitudes. Entiende, sé capaz de la Escritura, para que veas que una cosa se presenta a tus ojos, y otra se insinúa a tu corazón.

21. Por tanto, aquel sol, ya decimos con seguridad, aquel sol de justicia, no sin razón no sale para los impíos, aunque lo deseen: pues la misma Sabiduría dice, Me buscarán los malos, y no me encontrarán. Buscarán, y no encontrarán. ¿Y por qué? Porque odiaron la sabiduría. La misma Sabiduría habla, y dice: Me buscarán los malos, y no me encontrarán; porque odiaron la sabiduría (Proverbios I, 28, 29). Si, por tanto, la odiaron, ¿por qué la buscan? La buscan, no para disfrutarla, sino para inflarse; la buscan con palabras, la odian con costumbres. Pues el espíritu santo de disciplina huirá del fingimiento, y se apartará de los pensamientos que son sin entendimiento (Sabiduría I, 5). Por tanto, aquel sol no sale para los impíos, no sale para los malos. Pero de este sol, ¿qué se ha dicho? Que hace salir su sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos e injustos (Mateo V, 45). Por tanto, de aquel sol de justicia no sé qué significa este salmo según el misterio; pues vemos que estas cosas suceden en la creación también según la especie de las cosas visibles: El sol conoció su ocaso. ¿Qué es, El sol conoció su ocaso? Cristo conoció su pasión: el ocaso de Cristo, la pasión de Cristo. Pero, ¿acaso el sol se puso de tal manera que no saldrá? ¿Acaso quien duerme, no añadirá para resucitar (Salmo XL, 9)? ¿Acaso no dijo él mismo, Dormí turbado? y de él se dijo, Exáltate sobre los cielos, Dios (Salmo LVI, 5, 6)? Por tanto, El sol conoció su ocaso: ¿qué es, conoció? Lo aprobó, le agradó. ¿Y de dónde mostramos que conoció, es decir, le agradó? Pues, ¿qué no conoce Dios? ¿qué no conoce Cristo? Y sin embargo, dirá en el fin a algunos: No los conozco (Mateo VII, 23). ¿Cómo entonces allí, No los conozco, no es como si dijera, Me son desconocidos, sino, no me agradan; así también aquí, conoció su ocaso, le agradó su ocaso. Pues si no le agradara, ¿cómo sufriría? Pues al hombre, porque no es aquel sol, aunque no le agrade su pasión, sufre lo que no quiere. Pero él no sufriría, si no le agradara: es decir, si no conociera su ocaso, no se pondría; porque él mismo dijo, «Tengo poder para poner mi vida, y tengo poder para volver a tomarla: nadie me la quita, sino que yo mismo la pongo de mí» (Juan X, 18). Por tanto, conoció su ocaso.

22. ¿Y qué, cuando se puso el sol, cuando el Señor sufrió? Se hicieron ciertas tinieblas en los Apóstoles, desfalleció su esperanza, en quienes primero parecía grande y redentor de todos. ¿Por qué? «Pusiste tinieblas, y se hizo noche: allí pasarán todas las bestias del bosque. Cachorros de leones rugientes, para arrebatar, buscando de Dios alimento para sí». ¿Qué entiendo espiritualmente por cachorros de leones, sino las maldades espirituales (Efesios VI,

12)? ¿Qué entiendo sino los malos demonios, que se alimentan de los errores de los hombres? Pues hay príncipes de los demonios, y hay ciertos demonios despreciables. Estos demonios buscan seducir almas, pero donde el sol no ha salido; pues son tinieblas. Y cuando son tinieblas, buscan los cachorros de leones a quienes devorar. El mismo león mayor, príncipe de todos esos leones, ¿qué se ha dicho de él? «¿No saben que su adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor, buscando a quien devorar?» (I Pedro V, 8). Por eso «buscando de Dios alimento para sí»; porque nadie puede ser tentado por el diablo, sino con el permiso de Dios. El santo Job estaba ante el diablo, y sin embargo, estaba lejos de él: a la vista ante él, pero en poder alejado de él. ¿Cuándo se atrevería a tentar ya sea su carne, ya sea sus bienes que poseía, si no hubiera recibido poder? ¿Por qué se da poder? O para condenar a los impíos, o para probar a los piadosos. Justamente el Señor hace todo esto; y en nadie tiene el diablo poder, ni en algo suyo, a menos que lo conceda aquel que tiene el poder supremo y sublime. Así al diablo, así al hombre, ningún poder tiene sobre el hombre, a menos que se le dé desde arriba. Estaba el juez de vivos y muertos ante el juez humano, y se infló el juez humano viendo ante sí a Cristo, y dijo: «¿No sabes que tengo poder para matarte y dejarte libre?» Pero aquel que había venido a enseñarle, a quien era juzgado: «No tendrías», dijo, «poder sobre mí, si no te fuera dado desde arriba» (Juan XIX, 10, 11). Y el hombre y el diablo y cualquier demonio no dañan sino con poder recibido: pero a los que progresan no dañan. A los malos son como fuego al heno; a los buenos son como fuego al oro. Judas fue devorado como heno; Job fue probado como oro. Pusiste tinieblas, y se hizo noche: allí pasarán todas las bestias del bosque. Ya las bestias del bosque de otro modo: pues de un modo y de otro modo siempre se entienden estas cosas; como el mismo Señor es cordero, es león. ¿Qué tan diverso como cordero y león? Pero, ¿qué cordero? Que vencería al lobo, vencería al león. Él mismo es roca, él mismo es pastor, él mismo es puerta. El pastor entra por la puerta: y dice, «Yo soy el buen pastor»; y dice, «Yo soy la puerta» (Juan X, 7, 11). El mismo nombre de león significa al Señor; porque, «Venció el león de la tribu de Judá» (Apocalipsis V, 5), y al diablo; porque, «Pisoteó al león y al dragón» (Salmo XC, 13). Aprendan a entender así, cuando estas cosas se dicen figuradamente; no sea que donde lean que la roca significa a Cristo (I Corintios X, 4), en todas partes piensen que la roca es Cristo. Significa una cosa y otra, según la letra en qué lugar se ponga, allí entiendes su fuerza. Si oyes la letra primera en el nombre de Dios, y piensas que siempre debe ponerse allí, la borrarás en el nombre del diablo. Pues del mismo modo comienza el nombre de Dios, del mismo modo comienza el nombre del diablo; y nada tan disjunto como Dios y el diablo. Mira, por tanto, cuán absurdo es de las cosas humanas y divinas, quien dijera de la letra singular D, No debe tenerse en la cabeza del nombre del diablo, y cuando preguntes, ¿por qué? responda: Yo en el nombre de Dios leí esa letra. Se ríe de este; pues ni siquiera tal es a quien dignes dar razón. No piensen, por tanto, tan puerilmente también estas cosas divinas, que acaso alguno de ustedes, porque dije anteriormente que las bestias del bosque significan a las naciones, ahora digo que las bestias del bosque significan a los demonios y ángeles de la transgresión, piense que digo algo contrario. Pues son similitudes, y en cualquier lugar que estén, se exponen por su circunstancia. Allí pasarán todas las bestias del bosque. ¿Dónde? En la noche que puso el Señor, porque el sol conoció su ocaso. Cachorros de leones rugientes, para arrebatar, y para buscar de Dios alimento para sí. Con razón el Señor, viniendo a su ocaso, él mismo sol de justicia conociendo su ocaso, dijo a los discípulos, como a las tinieblas futuras, al león que andaría alrededor, para buscar a quien devorar, que aquel león no devoraría a nadie, a menos que pidiera: «Esta noche», dijo, «pidió Satanás zarandearlos como trigo; y yo he rogado por ti, Pedro, para que no falte tu fe» (Lucas XXII, 31, 32). ¿No estaba Pedro cuando negó tres veces (Mateo XXVI, 70-74), ya entre los dientes del león? Cachorros de leones rugientes, para arrebatar, y para buscar de Dios alimento para sí.

23. Salió el sol. Quien dijo, «Tengo poder para poner mi vida, y tengo poder para volver a tomarla»; conoció su ocaso, y la puso; salió el sol, y la tomó. Salió el sol, porque el sol se puso, pero no se extinguió el sol. Aún para aquellos que no entienden a Cristo, es todavía noche; aún para ellos no ha salido el sol: esfuércense, para que entiendan, no sea que sean arrebatados por el león rugiente. Pues he aquí que para quienes ha salido, no se atreven a invadirlos los cachorros de leones. Pues sigue: Salió el sol, y se congregaron, y en sus guaridas se acostarán. Cuanto más y más donde sale este sol, para que sea entendido por el orbe de la tierra, y sea glorificado Cristo en todo el mundo, se congregan los cachorros de leones; aquellos demonios se retiran de la persecución de la Iglesia, que instigaban a perseguir la casa de Dios, operando en los hijos de la desobediencia. Pues se ha dicho: «Según el príncipe de la potestad del aire, que ahora opera en los hijos de la infidelidad» (Efesios II, 2). Ahora ya porque ninguno de ellos se atreve a perseguir a la Iglesia, salió el sol, y se congregaron. ¿Y dónde están? Y en sus guaridas se acostarán. Sus guaridas, los corazones de los infieles. ¿Cuántos llevan leones acostados en sus corazones? No salen de allí, no hacen un ataque a esta Jerusalén peregrina. ¿Por qué no lo hacen? Porque ya salió el sol, y brilla en todo el orbe de la tierra.

24. Por tanto, ve qué sigue, porque salió el sol, y se congregaron, y en sus guaridas se acostarán. ¿Qué tú, oh hombre de Dios? ¿Qué tú, oh Iglesia de Dios? ¿Qué tú, oh cuerpo de Cristo, cuya cabeza está en el cielo? ¿Qué haces tú, oh hombre, su unidad? Saldrá, dice, el hombre a su obra. Trabaje, por tanto, este hombre obras buenas en la seguridad de la paz de la Iglesia, trabaje hasta el fin. Pues alguna vez habrá cierta oscuridad, y se hará cierto ataque, pero en la tarde, es decir, al final del mundo: pero ahora en paz y tranquilidad trabaja la Iglesia; porque saldrá el hombre a su obra, y a su operación hasta la tarde.

25. [vers. 24.] ¡Cuán magnificadas son tus obras, Señor! Con razón son grandes, con razón son excelsas. ¿Dónde se realizaron estas obras tan grandes? ¿Cuál es esa estación de Dios donde se detuvo, o cuál es ese asiento donde se sentó y las realizó? ¿Qué lugar es donde las realizó? ¿De dónde surgieron primero estas cosas tan hermosas? Si lo tomas literalmente, toda criatura ordenada, corriendo ordenadamente, hermosamente ordenada, surgiendo ordenadamente, cayendo ordenadamente, realizando ordenadamente todos los tiempos, ¿de dónde surgió? Pero, ¿cómo recibió la Iglesia incrementos, éxitos, perfección? ¿Cómo se destina a un fin de inmortalidad? ¿Con qué pregones se proclama? ¿Con qué misterios se encomienda? ¿Con qué sacramentos se oculta? ¿Con qué predicación se revela? ¿Dónde hizo Dios estas cosas? Veo grandes obras: ¡Cuán magnificadas son tus obras, Señor! Busco dónde las hizo, no encuentro lugar; pero veo lo que sigue: Todo lo hiciste con sabiduría. Por lo tanto, todo lo hiciste en Cristo. Aquel despreciado, aquel abofeteado, aquel escupido, aquel coronado de espinas, aquel crucificado, todo lo hiciste en él. Oigo, oigo lo que anuncias a los hombres sobre tu soldado; lo que predicas a las naciones sobre aquel heraldo santo, a Cristo, Poder de Dios y Sabiduría de Dios. Que los judíos se burlen de Cristo crucificado, porque es un escándalo para ellos; que los paganos se burlen de Cristo crucificado, porque es una necedad para ellos: Pero nosotros, dice, predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente escándalo, para los gentiles necedad; pero para los llamados, tanto judíos como griegos, a Cristo, Poder de Dios y Sabiduría de Dios (I Cor. I, 23, 24). Todo lo hiciste con sabiduría.

26. La tierra está llena de tu criatura. La tierra está llena de la criatura de Cristo. ¿Y cómo? Como vemos: ¿qué no fue creado por el Padre a través del Hijo? Todo lo que camina y se arrastra en la tierra, todo lo que nada en las aguas, todo lo que vuela en el aire, todo lo que gira en el cielo, cuánto más la tierra, todo el mundo es criatura de Dios. Pero no sé qué

significa aquí sobre una cierta nueva criatura, de la que dice el Apóstol: Si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí, todas son hechas nuevas: y todo es de Dios (II Cor. V, 17, 18). La nueva criatura que se ha hecho, todos los creyentes en Cristo, despojándose del viejo hombre y revistiéndose del nuevo (Efes. IV, 22, 24). La tierra está llena de tu criatura. En un solo lugar de la tierra fue crucificado, en un pequeño lugar cayó aquel grano en la tierra y murió; pero dio gran fruto. Eras singular, Señor Jesús, hasta que pasaste; reconozco en otro salmo tu voz, donde dijiste: Soy singular hasta que pase (Sal. CXL, 10). Eras singular, hasta que pasaste; eras singular, cuando reconociste tu ocaso: pero del ocaso pasaste al orto. Naciste, resplandeciste, fuiste glorificado, cuando ascendiste al cielo, y la tierra está llena de tu criatura. Aún no hemos terminado el salmo, hermanos; pero dejemos algo de él en el nombre de Cristo también para el día del Señor.

SERMO IV.

1. Recuerda vuestra Caridad, que aunque hay un solo sermón de Dios extendido en todas las Escrituras, y por muchas bocas de los santos suena una sola Palabra, que siendo en el principio Dios con Dios, allí no tiene sílabas, porque no tiene tiempos; y no nos debe sorprender, porque por nuestra debilidad descendió a las partículas de nuestros sonidos, cuando descendió a asumir la debilidad de nuestro cuerpo (Juan I, 1, 14): sin embargo, este salmo ya nos ha hecho muchos sermones, y los mismos misterios que aquí están cerrados, para que se abran a los que llaman, nos han traído no pocas demoras de tiempo durante varios días, cuando se pronuncian, cuando se encomiendan, cuando se muestran cerrados, cuando se abren, cuando se extraen, cuando se muestran; y por esto recuerda, como dije, vuestra Caridad, que ni el día pasado pudimos llegar al término del salmo, y lo pospusimos para este día. Quiso el Señor también darnos tiempo para la devolución, y hacerme satisfacer la deuda, y hacer a los acreedores más seguros: que él mismo dé el bien que devolvamos, quien no devolvió el mal que hicimos.

2. [vers. 24, 25.] Exclamaron, como sabéis, como recordáis con piedad y alegría, exclamaron con el Salmo las entrañas de nuestro corazón, y dijeron: ¡Cuán magnificadas son tus obras, Señor! Todo lo hiciste con sabiduría: la tierra está llena de tu criatura. Todo lo que fue hecho por Dios, fue hecho con sabiduría, y por sabiduría fue hecho. Todo lo que conoce la sabiduría, y todo lo que no conoce la sabiduría, y sin embargo está en la criatura de Dios, fue hecho con sabiduría, y por sabiduría fue hecho. Los que conocen la sabiduría, tienen la luz de la sabiduría; los que no la conocen, sin embargo tienen al artífice sabiduría, aunque ellos mismos estén detenidos en la insensatez: y los que tienen esa luz; también tienen al artífice; no todos los que tienen al artífice, también tienen la luz. Y ciertamente entre los hombres hay muchos que se hacen partícipes de ella, y se les llama sabios; muchos carecen de ella, se les llama necios. Por esto se les llama necios con un nombre vicioso, porque si se esfuerzan por la sabiduría, si piden, si buscan, si llaman, pueden llegar a su participación: no se les niega por naturaleza, sino por negligencia. Pero hay otras criaturas que no pueden hacerse partícipes de la sabiduría; como todas las bestias, todos los ganados, todos los árboles, que no tienen ningún sentido. ¿Acaso porque no pueden ser partícipes de la sabiduría, por eso no fueron hechas con sabiduría y por sabiduría? Por lo tanto, Dios no exige entendimiento del caballo y del mulo: pero a los hombres les dice: No seáis como el caballo y el mulo, que no tienen entendimiento (Sal. XXXI, 9). Lo que es naturaleza para el caballo, es crimen para el hombre. Esto dice Dios: No exijo la participación de mi sabiduría de aquellos que no hice a mi imagen; pero donde la hice, de allí exijo, y pido el uso de aquello que di. Por lo tanto, los hombres devolviendo a Dios lo que es de Dios, si devuelven al César lo que es del César (Mat. XXII, 21); es decir, devolviendo al César su imagen, y devolviendo a Dios su imagen, levantan su mente, no hacia sí mismos, sino hacia su artífice, y hacia la luz de donde son, y

hacia un cierto calor espiritual de donde se calientan, y de donde se enfrían al alejarse, y de donde se oscurecen al alejarse, y a donde se iluminan al regresar: y porque piadosamente le dijeron, Tú iluminarás mi lámpara, Señor; mi Dios, iluminarás mis tinieblas (Sal. XVII, 29); disipadas las tinieblas de la insensatez terrenal, abriendo la boca y tomando aliento, levantan, como dije, el ojo confiado del corazón; y contemplan con la mente todo el universo, la tierra, el mar y el cielo, y viendo todo dispuesto hermosamente, corriendo ordenadamente, distribuido en géneros, sostenido por semillas, cambiado por sucesiones, corriendo por tiempos, les agrada en estas cosas el artífice, para que también ellos agraden en el arte al artífice; y exclaman con gran alegría, porque verdaderamente a esta alegría nada se le puede comparar: ¡Cuán magnificadas son tus obras, Señor! Todo lo hiciste con sabiduría. ¿Dónde está esa sabiduría en la que hiciste todo? ¿Con qué sentido se alcanza? ¿Con qué ojo se ve? ¿Con qué estudio se busca? ¿Con qué mérito se posee? ¿Con qué creéis, sino con su gracia? Quien nos dio ser, nos da ser buenos. Da a los convertidos, quien antes de que se convirtieran, y cuando apartados iban tras sus caminos, ¿no los buscó? ¿No descendió? ¿No se hizo el Verbo carne, y habitó entre nosotros (Juan I, 14)? ¿No encendió la lámpara de su carne, mientras colgaba en la cruz, y buscó la dracma perdida (Luc. XV, 8)? La buscó y la encontró, con los vecinos congratulándose, es decir, con toda la criatura espiritual que toca a Dios de cerca. Con los vecinos alegrándose se encontró la dracma; con los ángeles alegrándose se encontró el alma humana. Se encontró, por lo tanto, que se alegre, y diga: ¡Cuán magnificadas son tus obras, Señor! Todo lo hiciste con sabiduría.

3. La tierra está llena de tu criatura. ¿Con qué criatura tuya está llena la tierra? Con todos los árboles y arbustos, con todos los animales y ganados; y con todo el mismo género humano, la tierra está llena de la criatura de Dios. Vemos, conocemos, leemos, reconocemos, alabamos, y en estas cosas predicamos; y en estas cosas no nos basta alabar tanto, cuanto abunda de buena inspección nuestro corazón. Pero debemos atender más a aquella criatura, de la que dice el Apóstol: Si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí, todas son hechas nuevas (II Cor. V, 17). ¿Qué cosas viejas pasaron? En los gentiles toda idolatría, en los mismos judíos toda aquella servidumbre de la Ley, todos aquellos sacrificios que anunciaban el presente sacrificio. Abundaba entonces la vejez del hombre; vino quien renovara su obra, vino quien refinara su plata, quien formara su moneda, y atendemos a la tierra llena de cristianos creyentes en Dios, apartándose de sus inmundicias anteriores y de la idolatría, de la esperanza pasada a la esperanza del nuevo siglo: y he aquí que aún no está en la realidad, y ya se tiene en la esperanza, y por esa misma esperanza ya cantamos y decimos, La tierra está llena de tu criatura. Pues aún no cantamos esto en la patria, aún no en aquel descanso que se promete, aún no con los cerrojos de las puertas de Jerusalén confirmados (Sal. CXLVII, 13); sino aún en la peregrinación contemplando este mundo entero, y por todas partes hombres corriendo a la fe, temiendo las gehennas, despreciando la muerte, amando la vida eterna, despreciando la presente, y con tal espectáculo llenos de gozo decimos, La tierra está llena de tu criatura.

4. Pero este siglo aún es sacudido por las olas de las tentaciones, aún es turbado por las tempestades y tormentas de tribulaciones y tumultos: sin embargo, por aquí se va. Aunque el mar amenace, y se hinche con olas, y engendre tormentas; por aquí se va, se nos ha dado un madero en el que naveguemos: La tierra está llena de tu criatura. Pero aún no estamos en la tierra de los vivientes, aún esta es la tierra de los moribundos; pero clamamos, y decimos: Tú eres mi esperanza, mi porción en la tierra de los vivientes (Sal. CXLI, 6). En la tierra de los moribundos mi esperanza, en la tierra de los vivientes mi porción. He aquí esta tierra que está llena de la criatura de Dios. Quien aún está en esta tierra de los moribundos, aún no en la tierra de los vivientes, ¿por dónde pasa? Escucha lo que sigue: Este mar grande y espacioso,

allí reptan cosas innumerables; animales pequeños y grandes. El mar terrible significa: allí reptan cosas innumerables. Las insidias reptan en este siglo, y de repente atrapan a los incautos: pero, ¿quién cuenta las tentaciones reptantes? Reptan, pero ten cuidado, no sea que te sorprendan. Se vigila en el madero; incluso en las aguas, incluso en las olas estamos seguros: que Cristo no duerma, que la fe no duerma; y si duerme, que se despierte; mandará a los vientos, calmará el mar (Mat. VIII, 24-26); se acabará el camino, se gozará en la patria. Allí reptan cosas innumerables; animales pequeños y grandes. Pues veo aún en este mar temible a los que no creen: ellos se mueven en las aguas amargas y estériles; pero ellos son tanto pequeños como grandes. Sabemos esto; muchos pequeños del siglo aún no han creído, muchos príncipes del siglo aún no han creído: son animales pequeños y grandes en este mar. Odian a la Iglesia, son oprimidos por el nombre de Cristo; no son violentos, porque no se les permite: la violencia no se manifiesta en las manos, está encerrada en el corazón. Pues todos, ya sean pequeños o grandes, animales pequeños y grandes, que ahora se duelen de que los templos estén cerrados, los altares derribados, las estatuas rotas, las leyes promulgadas para que sacrificar a los ídolos sea un crimen capital; todos los que se duelen de esto, aún están en el mar. ¿Qué, pues, nosotros? ¿A qué patria vamos? A través de este mismo mar, pero en el madero. No temas el peligro; el madero te lleva que contiene el siglo. Por lo tanto, atiende: Este mar grande y espacioso, allí reptan cosas innumerables; animales pequeños y grandes. No temas, no te aterres; desea la patria, entiende la peregrinación.

5. [vers. 26.] Allí navegan las naves. He aquí que en lo que aterraba, las naves flotan, y no se hunden. Las naves entendemos que son las Iglesias; navegan entre tempestades, entre tormentas de tentaciones, entre las olas del siglo, entre animales pequeños y grandes. El piloto es Cristo en el madero de su cruz. Allí navegan las naves. No teman las naves, no atiendan mucho dónde navegan, sino por quién son gobernadas. Allí navegan las naves. ¿Qué triste comercio encuentran, cuando sienten al piloto Cristo? Navegan seguras, navegan perseverantes, llegarán al fin debido, serán llevadas a la tierra de descanso.

6. Hay en este mar algo que supera a todos los animales pequeños y grandes. ¿Qué es esto? Escuchemos el salmo: Este dragón que formaste para burlarte de él. Allí reptan cosas innumerables, allí animales pequeños y grandes; allí navegan las naves, y no temerán, no solo a las cosas reptantes, innumerables, y a los animales pequeños y grandes, sino tampoco al dragón que está allí: Que formaste, dice a Dios, para burlarte de él. Un gran secreto, y sin embargo, lo que sabéis os diré. Conocéis al enemigo de la Iglesia, un cierto dragón: no lo habéis visto con los ojos de la carne, pero lo veis con los ojos de la fe. Él es quien también se llama león: de él dice la Escritura, Conculcarás al león y al dragón (Sal. XC, 13). Está sometido a tu cabeza, también se someterá a su cuerpo; que los miembros se adhieran a su cabeza, para que sean sus miembros. Se dijo de la primera mujer, a quien sedujo este dragón; Eva, por supuesto, a quien dio el consejo de muerte, y con astuta persuasión se deslizó en el corazón femenino como una serpiente. Sucedió lo que sabemos, lo que también hicimos allí, lo que lamentamos. Pues en esos dos hombres toda la raza humana: de allí la propagación de la muerte, de allí también en los niños la deuda, los delitos. Pues, ¿quién es limpio, dice la Escritura, ante tus ojos? Ni siquiera el niño cuya vida es de un día sobre la tierra (Job XIV, 4 y 5). La transmisión del pecado, la transmisión de la muerte del primer pecado. Pues sabéis también lo que se dijo a la mujer, o más bien a la serpiente, cuando Dios escuchó el pecado del primer hombre: Ella observará tu cabeza, y tú observarás su talón (Gen. III, 15). Dicho en gran misterio, en figura de la Iglesia futura, hecha del costado de su esposo, y esto durmiendo. Pero Adán era figura del futuro. Esto dice el Apóstol: Que es figura del futuro (Rom. V, 14). Se prefiguró lo que iba a ser, se hizo la Iglesia del costado del Señor durmiente en la cruz. Pues del costado del crucificado herido (Juan XIX, 34), fluyeron los Sacramentos

de la Iglesia. ¿Qué se dijo entonces a la Iglesia? Ahora escuchad, entended, tened cuidado: Ella observará tu cabeza, y tú su talón. Oh Iglesia, observa la cabeza de la serpiente. ¿Qué es la cabeza de la serpiente? La primera sugerencia del pecado. Viene a tu mente algo ilícito; no mantengas tu mente allí, no consientas. Esto que viene a la mente, es la cabeza de la serpiente; pisa la cabeza, y evitarás los demás movimientos. ¿Qué es, pisa la cabeza? Desprecia la sugerencia. Pero sugirió ganancia: hay gran ganancia allí, hay gran oro allí; si haces este fraude, serás rico. Es la cabeza de la serpiente, pisa. ¿Qué es, pisa? Desprecia lo que sugirió. Pero sugirió gran oro. ¿Y de qué le sirve al hombre, si gana todo el mundo, pero pierde su alma (Mat. XVI, 26)? Que se pierda la ganancia del mundo, para que no haya daño al alma. Diciendo esto, observaste la cabeza de la serpiente, y la pisaste. Pero ese diablo observa tu talón. ¿Qué es, observa tu talón? Cuando te desvíes del camino de Dios. Tú observas la primera sugerencia, él observa tu caída. Pues si caes, caerás; si caes, te poseerá. Para que no caigas, no salgas del camino. Dios te ha trazado un camino estrecho; todo lo que está fuera de él, es resbaladizo. Por eso, Cristo es la luz, y Cristo es el camino: Era la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo (Juan I, 9); y, Yo soy el camino, y la verdad, y la vida (Juan XIV, 6). Por mí vas, a mí vas. Si él es la luz, y él es el camino; si te alejas de él, no estarás en la luz, ni en el camino. ¿Y qué te sigue? Lo que dice un salmo sobre los impíos: Sea su camino tinieblas y resbaladizo (Sal. XXXIV, 6).

7. Este dragón, nuestro antiguo enemigo, ardiente de ira y astuto en sus engaños, está en el gran mar. Este dragón que creaste para burlarte de él. Ahora tú burla al dragón: para esto fue hecho este dragón. Él, al caer por su pecado desde la sublime morada de los cielos, y de ángel convertirse en diablo, recibió un cierto lugar en este gran y espacioso mar. Su reino, que crees que es suyo, es su prisión. Muchos dicen: ¿Por qué recibió el diablo tanto poder, para que domine en este mundo, y tenga tanto valor, tanto poder? ¿Cuánto vale, o cuánto puede? Sin permiso, no puede nada. Actúa de tal manera que no se le permita en ti; o si se le permite tentar, que se retire vencido y no posea. Fue permitido tentar a ciertos santos siervos de Dios: lo superaron porque no se apartaron del camino, no cayeron, aquellos cuyo talón observaba. Job, aquel santo, se sentaba en el estiércol, y corría en el camino: vean cómo observaba su cabeza, y cómo él atendía su talón. Él rechazaba al que sugería, él esperaba al que caía: tomó incluso a su mujer; le quitó todo lo que tenía, dejando solo a su ayudante, no como consoladora del marido, sino más bien como tentadora; incluso la tomó a ella, no observando su cabeza. Pues ella aún era Eva; pero él ya no era Adán. Quitado todo, Job quedó con su esposa, por quien sería tentado; y con Dios, por quien sería guiado. ¿Qué más pobre que él de repente, si consideras su casa? ¿Qué más rico que él, si piensas en su corazón? Mira la pobreza de la casa: todo fue quitado. Mira las riquezas del corazón: El Señor dio, el Señor quitó; como al Señor le agradó, así se hizo: bendito sea el nombre del Señor. El Señor dio, el Señor quitó: conocía a su rector, y a su tentador; conocía al permisor de su tentador. Nada, dice, el diablo se atribuya a sí mismo; tiene la voluntad de hacer daño, pero no tendría poder si no lo recibiera; cuanto poder recibió, tanto sufro yo: no sufro, pues, de él, sino de aquel que le dio el poder; despreciada sea la soberbia de mi tentador, soportadas sean las correcciones de mi Padre. El tentador fue rechazado, su cabeza fue observada, no pudo penetrar en el corazón. Atacó desde fuera la ciudad amurallada, pero no la conquistó. Vino otra tentación: se le permitió tocar su cuerpo, lo hirió con una grave llaga desde la cabeza hasta los pies; se consumía en podredumbre, rebosaba de gusanos, habiendo perdido su casa, se sentaba en el estiércol. Allí Eva fue capturada, no puesta por el diablo para ayudar al marido, sino para su caída, sugiere que se blasfeme contra Dios. Primero sugirió en el paraíso que se despreciara a Dios, ahora que se blasfeme contra Dios. Entonces pudo en su integridad, ahora fue vencido por la podredumbre: en el paraíso derribó, en el estiércol fue superado. Pero aquel dragón

observaba si Job tropezaba con su lengua. Pues todo hombre en su acción tiene sus pies en lo que hace; en lo que se mueve, allí como que camina. Decía él muchas cosas; cuántas dijo Job, lo saben quienes leen: en todas esas palabras el serpiente observaba el talón del que caía. Pero aquel que observaba la cabeza del serpiente, rechazó toda sugerencia. Respondió también a la mujer, como era digno responder a una mujer: Has hablado, dijo, como una de las mujeres insensatas: si recibimos el bien de la mano del Señor, ¿no soportaremos el mal? Y en todas esas cosas que dijo, en ninguna parte tropezó (Job II, 10). Lo que muchos en esas palabras no entienden, y algunas allí las toman como si Job hubiera dicho algo duro contra Dios.

8. Pues entre muchas cosas también dijo esto, como si se quejara contra Dios, como parecía a los que no entendían: pero él llevaba la gran persona de una gran profecía: ¡Ojalá, dijo hablando a Dios, ojalá tuviéramos un árbitro (Id. IX, 33, según LXX)! ¿Qué es, Ojalá tuviéramos un árbitro? Como quien juzgara entre nosotros, y con cuyo juicio mi causa prevaleciera. Así se entiende al primer sonido: pero examínate, no sea que tropieces; pues aquel serpiente siempre observa tu talón. ¿Qué pareció decir Job? ¡Ojalá tuviéramos un árbitro! ¡Ojalá hubiera alguien en medio que juzgara entre mí y tú! Esto al hombre a Dios, esto al hombre en el estiércol, esto incluso al ángel en el cielo a Dios: ¡Ojalá tuviéramos un árbitro! Pero ¿qué preveía? ¿qué deseaba? Muchos, dice el Señor, justos y profetas desearon ver lo que ustedes ven, y no lo vieron (Mat. XIII, 17). Deseaba un árbitro. ¿Qué es un árbitro? Un mediador para componer la causa. ¿No éramos enemigos de Dios, y teníamos una mala causa contra Dios? ¿Quién terminaría esta mala causa, sino aquel mediador árbitro, que si no viniera, el camino de la misericordia se perdería? De quien el Apóstol dice, Porque hay un solo Dios y un solo mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús (I Tim. II, 5). Si no fuera hombre, no sería mediador; porque es igual al Padre como Dios. Dice en otro lugar: Pero el mediador no es de uno solo; pero Dios es uno (Gál. III, 20). Entre dos es mediador: por tanto, Cristo es mediador entre el hombre y Dios. No porque sea Dios, sino porque es hombre: pues porque es Dios, es igual al Padre; pero igual al Padre, no es mediador. Para que sea mediador, descienda del superior al inferior, de la igualdad del Padre; haga lo que dice el Apóstol: Se despojó a sí mismo tomando forma de siervo, hecho a semejanza de los hombres, y hallado en forma de hombre (Filip. II, 7). Derrame su sangre, borre nuestro documento de deuda (Col. II, 14), componga entre nosotros y Dios; corrigiendo nuestra voluntad hacia la justicia, inclinando su sentencia hacia la misericordia. Así como hemos expuesto esto uno, cuanto el Señor dio, que parece duro dicho por Job; así también las demás cosas que allí parecen ásperas y blasfemas, tienen sus significados. Lo que pensaríamos que es de otra manera, si Dios no diera testimonio, tanto antes de que Job hablara, como después de que todo lo dijo. Dios dio testimonio primero, diciendo: Hombre sin reproche, verdadero adorador de Dios (Job. I, 8). Esto dijo Dios, esto dijo antes de su tentación. Para que nadie, al malentender esas palabras, se escandalizara, y pensara que Job era un hombre justo antes de la tentación, pero en la grave tentación falló, y cayó en sacrílega blasfemia; después de que todos los discursos terminaron, tanto de Job como de sus amigos que le daban consuelo, el Señor da testimonio, diciendo que ellos no hablaron la verdad, como su siervo Job. Pues no han hablado, dice, nada verdadero ante mí, como mi siervo Job. Luego ordena que él ofrezca sacrificios por ellos, para que sus pecados sean perdonados (Id. XLII, 7, 8).

9. Vamos, hermanos míos, quien quiera observar la cabeza del serpiente, y pasar seguro este mar; porque es necesario que este serpiente habite aquí, y, como comencé a decir, el diablo caído del cielo recibió este lugar; observe su cabeza, del temor del mundo, y de la codicia del mundo. Pues de aquí sugiere algo, o de lo que temes, o de lo que deseas; o tienta tu amor, o tu temor. Si temes el infierno, amas el reino de Dios, observarás su cabeza. Evitando la cabeza,

estarás seguro; ni él sostendrá tu caída, ni se alegrará de tu ruina. Pero nadie diga, como dije: Tiene gran poder. Pues los hombres ven como cuánto poder recibió; lo que perdió, no lo ven. Pero el santo Job en sus palabras místicas y profundamente secretas, hablando de este poder que se dice que el diablo tiene, y describiéndolo de muchas maneras en figuras de similitudes, exponiendo qué es él, o qué puede, también dijo esto: «No hay nada semejante a él hecho sobre la tierra, para burlarse de él por mis ángeles.» Dios habla allí en el libro de Job: «No hay nada semejante a él hecho sobre la tierra, para burlarse de él por mis ángeles. Todo lo alto ve; y él mismo es rey de todo lo que está en las aguas» (Id. XLI, 24 y 25, según LXX). A este testimonio se ajusta esto en el Salmo. Pues cuando decía del gran y espacioso mar, donde hay animales pequeños y grandes, donde hay reptiles innumerables, donde las naves navegan seguras en madera, dice: Este dragón que creaste para burlarte de él. Pero si para burlarse, ¿cómo Dios se burla de él? ¿O lo entregó para que se burlen de él, es decir, para que sea burlado? Pensaríamos que Dios se burla de él, si la Escritura de Job no resolviera la cuestión; pues allí se dijo: Para burlarse de él por mis ángeles. ¿Quieres burlarte del dragón? Sé un ángel de Dios. Pero aún no eres un ángel de Dios. Hasta que lo seas, si sigues el curso para serlo, hay ángeles que se burlan del dragón, para que no te haga daño. Pues los ángeles del cielo están puestos sobre las potestades aéreas, y de allí procede la palabra que se hace aquí. Pues miran la ley fija, la ley eterna, ordenando sin escritura, sin sílabas, sin ruido, siempre fija y estable; los ángeles la miran con corazón puro, y de ella hacen todo lo que aquí se hace, y las potestades de ella se ordenan desde las más altas hasta las más bajas. Y si las potestades de los cielos superiores son gobernadas por la palabra de Dios, ¿cuánto más las inferiores y terrenales? Queda, pues, en los malos solo el deseo de hacer daño. Este deseo de hacer daño lo tiene el hombre en su poder, la voluntad para la perdición. Pero si puede hacer daño a alguien, no se gloríe; no él hizo daño, se le dio poder. Una vez dicho, la sentencia es firme: No hay poder, sino de Dios (Rom. XIII, 1). ¿Qué temes entonces? Que el dragón esté en las aguas, que el dragón esté en el mar; por allí pasarás. Así está hecho para que se burle, aquí a este lugar está ordenado, en estas sedes está destinado. Crees que estas sedes son algo grande para él, porque no conoces las sedes de los ángeles de donde cayó: lo que te parece su gloria, es su condenación.

10. Tomen una breve similitud; porque realmente es algo grande conocer y entender esto. Consideren toda esta administración de la creación como una gran casa: esta gran casa tiene un señor, tiene siervos, y entre esos siervos tiene a algunos cerca de él en los mejores servicios de vestiduras, tesoros, graneros, grandes posesiones; también tiene siervos en los ministerios más bajos, tan sometidos a sus potestades, que tiene a algunos incluso para limpiar las cloacas: desde los más altos procuradores hasta estos extremos y bajos ministerios, cuántos grados hay. Si, pues, algún gran procurador ofende, y por castigo de su señor, por ejemplo, se convierte en portero en algún lugar extremo; si ejerciendo el poder que se le dio, perturba a quienes quieren entrar o salir, según la medida del poder que recibió del señor, pero ellos no saben que alguna vez fue un gran procurador; creen que su poder es grande, porque no saben lo que perdió. Y sin embargo, hermanos míos, ese portero del que hablé, a semejanza de esta gran casa terrenal, puede hacer algo sin que su señor lo sepa, y perturbar a alguien sin que él lo ordene: pero este no está puesto en esa puerta por la que entramos a Dios. Cristo es esa puerta, y por Cristo entramos a la vida eterna (Juan X, 9). Pero hay una cierta puerta, por la que se entra en este mundo, una cierta puerta de mortalidad: alrededor de estos detrimentos y suplementos de esta carne débil, en esa puerta está como un portero; aquí tiene poder en este mar, por donde pasan las naves, pero no tanto como para hacer algo sin que su Señor lo sepa o lo quiera. No sea que alguien diga: Perdió gran poder de los aparatos superiores; pero yo estoy en estos bajos, aquí puede tenerme en su poder, es necesario que le sirva. No te engañes; tu Señor te conoce, y te conoce de tal manera que tiene

contados tus cabellos (Mat. X, 30). ¿Qué temes entonces? Tal vez tentará tu carne: es el azote de tu Señor, no el poder de tu tentador. Quiere dañar la salvación que se promete; pero no se le permite: para que no se le permita, ten a Cristo como cabeza; rechaza la cabeza del dragón, no consientas a su sugerencia, no te desvíes de tu camino. Este dragón que creaste para burlarte de él.

11. [vers. 27-29.] Pues ¿quieres ver cuánto no te hace daño, a menos que se le permita? Todos, dice, esperan de ti, Señor, que les des su alimento a su tiempo oportuno. Y este dragón quiere comer, pero no come lo que quiere. Todos esperan de ti, Señor, que les des su alimento a su tiempo oportuno. Todos: y los reptiles innumerables, y los animales pequeños y grandes, y el mismo dragón, y toda tu creación, con la que llenaste la tierra; Todos esperan de ti que les des su alimento a su tiempo oportuno, a cada uno su alimento. Tienes tu alimento, y el dragón tiene su alimento. Si vives bien, tendrás a Cristo como alimento; si te apartas de Cristo, serás alimento del dragón. Todos esperan de ti que les des su alimento a su tiempo oportuno. ¿Qué se dijo al dragón? Comerás tierra. Al dragón se le dijo: Comerás tierra todos los días de tu vida. Has oído el alimento del dragón. ¿No quieres que Dios te dé para que te coma el dragón? No seas alimento del dragón, es decir, no dejes la palabra de Dios. Pues donde se dijo al dragón, Comerás tierra; allí ya se había dicho al transgresor, Tierra eres, y a la tierra volverás (Gen. III, 14, 19). ¿No quieres ser alimento del serpiente? No seas tierra. ¿Cómo, dices, no seré tierra? Si no piensas en cosas terrenales. Escucha al Apóstol, para que no seas tierra. Pues el cuerpo que llevas es tierra, pero tú no seas tierra. ¿Qué es esto? Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios; pensad en las cosas de arriba, no en las de la tierra (Col. III, 1 y 2). Si no piensas en cosas terrenales, no eres tierra; si no eres tierra, no serás comido por el serpiente, a quien se le dio la tierra como alimento. Dios da su alimento al serpiente, cuando quiere, a quien quiere: pero juzga bien, no puede ser engañado, no le da oro por tierra. Todos esperan de ti, Señor, que les des su alimento a su tiempo oportuno. Cuando les das, recogen. Están ante ellos; pero no recogerán, a menos que les des. Job estaba ante el diablo; y de hecho no devoró a Job, pero ni siquiera se atrevió a tentar, a menos que él diera. Esperan de ti: cuando les das, recogen; si no les das, no recogerán.

12. ¿Y qué de nosotros, hermanos? ¿qué alimento tenemos? Sigue también sobre nuestro alimento. Pero cuando abres tu mano, todos se llenarán de bondad. ¿Qué es, oh Señor, que abres tu mano? Tu mano es Cristo. ¿Y a quién se ha revelado el brazo del Señor (Isai. LIII, 1)? A quien se le revela, a él se le abre: pues revelación es apertura. Pero cuando abres tu mano, todos se llenarán de bondad. Revelando a Cristo tuyo, todos se llenarán de bondad. No tienen bondad de sí mismos; pues a veces se les prueba: Pero cuando apartas tu rostro, se turban. Muchos llenos de bondad, se atribuyeron a sí mismos lo que tenían, y quisieron gloriarse como en sus justificaciones, y se dijeron a sí mismos, Soy justo, soy grande; y se hicieron complacientes consigo mismos. Y les sonó el Apóstol: ¿Qué tienes que no hayas recibido (I Cor. IV, 7)? Pero queriendo Dios probar al hombre que de él tiene lo que tiene, para que con bondad tenga también humildad, a veces lo perturba; aparta de él su rostro, y cae en tentación; y le muestra que lo que era justo, y caminaba rectamente, se hacía por su guía. Pero cuando apartas tu rostro, se turban. Vean lo que dice también en otro salmo: Yo dije en mi abundancia, No seré movido para siempre. Presumió de sí mismo; estaba lleno de bondad, y pensaba que toda la bondad era de sí mismo, y dijo en su corazón: No seré movido para siempre. Pero porque ya había sentido que había recibido la gracia de Dios, por lo que había experimentado, devolvió acción de gracias: Señor, en tu voluntad has dado fuerza a mi belleza; pero apartaste tu rostro de mí, y fui turbado (Sal. XXIX, 7, 8). Así también aquí, Pero

cuando abres tu mano; abrirás la mano, y todos se llenarán de bondad; no con su mano, sino con tu mano abierta: Pero cuando apartas tu rostro, se turban.

13. Pero ¿por qué haces esto? ¿por qué apartas tu rostro, para que se turben? Quitarás su espíritu, y desfallecerán. Su espíritu, su soberbia era: se glorían, se atribuyen a sí mismos, se justifican a sí mismos. Aparta, pues, tu rostro, para que se turben: quita su espíritu, y desfallecerán; clamen a ti, Pronto escúchame, Señor; mi espíritu desfallece. No apartes tu rostro de mí (Sal. CXLII, 7). Quitarás su espíritu, y desfallecerán, y se convertirán en su polvo. El hombre penitente por su pecado, encuentra que no tenía fuerzas de sí mismo; y confiesa a Dios, diciendo que es tierra y ceniza. Oh soberbio, te has convertido en tu polvo, se ha quitado tu espíritu; ya no te jactas, no te exaltas, no te justificas; ves que de polvo fuiste hecho, y apartando su rostro el Señor, en tu polvo has recaído. Ruega, pues, confiesa tu polvo y tu debilidad.

14. [vers. 30.] Y observa lo que sigue: Envías tu espíritu, y son creados. Retiras su espíritu, envías el tuyo: retiras su espíritu, no tendrán su propio espíritu. ¿Entonces están abandonados? Bienaventurados los pobres de espíritu: pero no están abandonados, porque de ellos es el reino de los cielos (Mat. V, 3). No quisieron tener su propio espíritu, tendrán el Espíritu de Dios. Esto es lo que dijo a los futuros mártires: Cuando os tomen y os lleven, no os preocupéis de cómo o qué hablaréis: porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros (Id. X, 19, 20). No os atribuyáis la fortaleza. Si es vuestra, dice, y no es mía; es dureza, no fortaleza. Retiras su espíritu, y desfallecen, y se convierten en su polvo: envías tu espíritu, y son creados. Porque somos su hechura, dijo el Apóstol, creados en buenas obras (Efes. II, 10). De su espíritu recibimos la gracia, para que vivamos en justicia: porque él es quien justifica al impío (Rom. IV, 5). Retiras su espíritu, y desfallecen: envías tu espíritu, y son creados; y renovarás la faz de la tierra: es decir, con hombres nuevos, confesando que han sido justificados, no justos por sí mismos, para que la gracia de Dios esté en ellos. Observa cómo son aquellos a quienes se ha renovado la faz de la tierra. Pablo dice: Trabajé más que todos ellos. ¿Qué es, Pablo? Observa si tú, si tu espíritu. No yo, dice, sino la gracia de Dios conmigo (I Cor. XV, 10).

15. [vers. 31.] ¿Qué entonces? Porque cuando retire nuestro espíritu, nos convertiremos en nuestro polvo, contemplando útilmente nuestra debilidad, para que al recibir su espíritu seamos recreados. Observa lo que sigue: Sea la gloria del Señor para siempre. No la tuya, no la mía, no la de aquel, o la de aquel otro; sea la gloria del Señor, no por un tiempo, sino para siempre. Se alegrará el Señor en sus obras. No en las tuyas, como si fueran tuyas: porque tus obras, si son malas, por tu iniquidad; si son buenas, por la gracia de Dios. Se alegrará el Señor en sus obras.

16. [vers. 32.] Él mira la tierra, y la hace temblar; toca los montes, y humean. Oh tierra, te regocijabas de tu bondad, te atribuías las fuerzas de tu opulencia; he aquí que el Señor te mira, y te hace temblar. Que te mire, y te haga temblar: porque es mejor el temblor de la humildad, que la confianza de la soberbia. Ved cómo Dios mira la tierra, y la hace temblar. A la tierra, como si confiara en sí misma y se regocijara, le habla el Apóstol: «Con temor y temblor trabajad en vuestra propia salvación. Con temor y temblor: porque Dios es quien obra en vosotros» (Filip. II, 12, 13). Dices, oh Pablo, Trabajad; dices que trabajemos: ¿por qué con temblor? Porque Dios es, dice, quien obra en vosotros. Por eso con temblor, porque Dios obra. Porque él lo dio, no es de ti lo que tienes, trabajarás con temor y temblor: pues si no le temes, quitará lo que dio. Trabaja, pues, con temblor. Observa otro salmo: Servid al Señor con temor, y regocijaos con temblor (Sal. II, 11). Si con temblor se ha de regocijar,

Dios mira, se produce un terremoto: al mirar Dios, tiemblen nuestros corazones; entonces allí descansará Dios. Escucha en otro lugar: «¿Sobre quién descansará mi espíritu? Sobre el humilde, y el tranquilo, y el que tiembla ante mis palabras» (Is. LXVI, 2). «Él mira la tierra, y la hace temblar; toca los montes, y humean.» Los montes eran soberbios, se jactaban, no los había tocado Dios: los toca, y humean. ¿Qué es que los montes humeen? Ofrecer oración al Señor. He aquí grandes montes, soberbios, montes inmensos, no rogaban a Dios: querían ser rogados, y no rogaban al superior. ¿Quién es poderoso, y altivo, y soberbio en la tierra, que se digne rogar humildemente a Dios? Hablo de los impíos, no de los cedros del Líbano que plantó el Señor. Cualquier impío, alma infeliz, no sabe rogar a Dios, y quiere ser rogado por los hombres. Es un monte, es necesario que Dios lo toque, y humea: cuando comience a humear, ofrecerá a Dios oración, como sacrificio del corazón. Humea hacia Dios, luego golpea su pecho: comienza también a llorar, porque el humo provoca lágrimas. Él toca los montes, y humean.

17. [vers. 33.] Cantaré al Señor en mi vida. ¿Qué cantará? Todo lo que es, cantará. Cantemos al Señor en nuestra vida. Nuestra vida ahora es esperanza; nuestra vida después será eternidad: la vida de la vida mortal, es esperanza de la vida inmortal. Cantaré al Señor en mi vida; cantaré salmos a mi Dios mientras viva. Porque en él estoy sin fin, mientras viva, cantaré salmos a mi Dios. No sea que cuando comencemos a cantar salmos a Dios en aquella ciudad, pensemos que haremos otra cosa: toda nuestra vida será cantar salmos a Dios. Si llega a ser tedioso que alabemos, puede llegar a ser tediosa también nuestra alabanza. Si siempre se le ama, siempre se le alaba: Cantaré salmos a mi Dios mientras viva.

18. [vers. 34.] Sea agradable a él mi meditación: yo me regocijaré en el Señor. Sea agradable a él mi meditación: ¿cuál es la meditación del hombre hacia Dios, sino la confesión de los pecados? Confiesa a Dios lo que eres, y has meditado con él. Medita con él, haz buenas obras, y medita. «Lavaos, sed limpios,» dice Isaías, «quitad las iniquidades de vuestras almas, de la vista de mis ojos; cesad de vuestras iniquidades, aprended a hacer el bien, juzgad al huérfano, y justificad a la viuda, y venid, meditemos, dice el Señor» (Is. I, 16-18). ¿Qué es meditar con Dios? Muéstrate a él que te conoce, para que se muestre a ti que no lo conoces. Sea agradable a él mi meditación. He aquí esto es agradable al Señor, tu meditación; el sacrificio de tu humildad, la contrición de tu corazón, el holocausto de tu vida, esto es agradable a Dios. ¿Y qué es agradable para ti? Yo me regocijaré en el Señor. Esa es la mutua meditación que mencioné: muéstrate a él que te conoce, y él se mostrará a ti que no lo conoces. Tu confesión es agradable a él, su gracia es agradable a ti. Él se mostró a ti. ¿Cómo se mostró a ti? A través del Verbo. ¿Qué Verbo? Cristo. Y se mostró a ti, y se mostró a sí mismo. Porque envió a Cristo, se mostró a sí mismo. Así es, escuchemos al mismo Verbo: Quien me ha visto, ha visto al Padre (Juan XIV, 9). Yo me regocijaré en el Señor.

19. [vers. 35.] Que los pecadores desaparezcan de la tierra. Parece severo. ¡Oh alma santa, que aquí canta y gime! ¡Ojalá nuestra alma sea como esa alma! ¡Ojalá se una a ella, y se asocie, y se junte con ella! verá también la misericordia del que parece severo. ¿Quién puede entender esto, sino quien ha sido lleno de caridad? Que los pecadores desaparezcan de la tierra. Te estremeces, porque maldice. ¿Y quién maldice? Un santo. Sin duda es escuchado. Pero se ha dicho a los santos: Bendecid, y no maldigáis (Rom. XII, 14). ¿Qué significa entonces que dice, Que los pecadores desaparezcan de la tierra? Que desaparezcan; que se retire su espíritu, y desaparezcan, para que envíe su espíritu, y sean recreados. Que los pecadores desaparezcan de la tierra, y los inicuos, de modo que no existan. ¿Qué significa que no existan, sino que no sean inicuos? Por lo tanto, que sean justificados, para que no sean inicuos. Vio esto, y se llenó de gozo, y recuerda el primer verso del salmo: Bendice, alma mía, al Señor. Bendiga nuestra alma al Señor, hermanos, porque se ha dignado darnos tanto la

capacidad como la palabra, y a vosotros la intención y el estudio. Cada uno, como pueda, recuerde lo que ha escuchado; en conversación mutua, compartid vuestra abundancia, rumiad lo que habéis recibido, no se pierda en las entrañas de vuestro olvido. Que el tesoro deseable repose en vuestra boca (Prov. XXI, 20). Con gran esfuerzo se buscaron y encontraron, con gran esfuerzo se anunciaron y discutieron; que nuestro esfuerzo sea fructífero para vosotros, y bendiga nuestra alma al Señor.

EN LA EXPLICACIÓN DEL SALMO CIV.

1. [vers. 1.] El Salmo ciento cuatro es el primero de aquellos en los que se preanuncia Aleluya. La interpretación de esta palabra, o más bien de estas dos palabras, es, Alabad a Dios. Y por eso comienza así: Confesaos al Señor, e invocad su nombre. En esta confesión debe entenderse la alabanza, como está escrito, Te confieso, Padre, Señor del cielo y de la tierra (Mat. XI, 25). Pues precedida la alabanza, suele seguir la invocación, donde el suplicante ata sus deseos: de ahí que la misma oración del Señor tiene al principio una brevísima alabanza, que es, Padre nuestro que estás en los cielos (Id. VI, 9). Luego siguen las peticiones. Por eso en otro salmo se dice: Te confesaremos, Dios, te confesaremos, e invocaremos tu nombre (Sal. LXXIV, 2). Lo que en otro lugar es más claro: Alabando invocaré al Señor, y seré salvo de mis enemigos (Sal. XVII, 4): así también aquí, Confesaos, dice, al Señor, e invocad su nombre; lo cual es como si dijera, Alabad al Señor, e invocad su nombre. Porque escucha al que invoca, a quien ve alabando: ve alabando, a quien aprueba amando. ¿Y en qué quiso el Señor que se mostrara principalmente el amor del buen siervo hacia él, sino en lo que le dice, Apacienta mis ovejas (Juan XXI, 17)? Por eso aquí sigue, Anunciad entre las naciones sus obras; o más bien, para expresarlo literalmente del griego, como también tienen otros códices latinos, Evangelizad en las naciones sus obras. ¿A quiénes se dice esto, sino a los evangelistas en profecía?

2. [vers. 2, 3.] Cantad a él, y salmodiad a él. Alabad con palabra y obra: con la boca se canta; con el salterio, es decir, con las manos, se salmodia. Narrad todas sus maravillas: gloríaos en su santo nombre. Estos dos versos pueden parecer referirse a las dos palabras anteriores: de modo que lo que dice: Narrad todas sus maravillas, se refiera a lo que se dijo, Cantad a él; y lo que sigue, Gloríaos en su santo nombre, se refiera a lo que se dijo, Y salmodiad a él: aquello, a la buena palabra, con la que se canta a él, y se narran todas sus maravillas; esto, a la buena obra, con la que se salmodia a él, para que nadie quiera gloriarse de su buena obra como si fuera por su propia virtud. Por eso, cuando dijo, Gloríaos, lo cual pueden hacer con razón los que obran bien; añadió, en su santo nombre: para que quien se gloría, se gloríe en el Señor (I Cor. I, 31). Por tanto, quienes no quieren salmodiar para sí mismos, sino para él, eviten hacer su justicia delante de los hombres, para ser vistos por ellos; de lo contrario, no tendrán recompensa con el Padre que está en los cielos (Mat. VI, 1): pero que sus obras brillen delante de los hombres, no con el fin de ser vistos por ellos, sino para que vean sus buenas obras, y glorifiquen a su Padre que está en los cielos (Id. V, 16). Esto es gloriarse en su santo nombre. Por eso en otro salmo se lee: En el Señor se gloriará mi alma; oigan los mansos, y se alegren (Sal. XXXIII, 2, 3). Lo cual aquí de algún modo sigue, Alégrese el corazón de los que buscan al Señor: porque así se alegran los mansos, que no envidian amargamente a los que ya obran bien.

3. [vers. 4.] Buscad al Señor, y fortaleceos. Esto está expresado más claramente del griego, aunque el verbo parezca menos latino: por eso otros códices tienen, confirmaos; otros, corroboraos. Y ciertamente se dice, Mi fortaleza (Sal. XVII, 2); y, Mi fortaleza la guardaré para ti (Sal. LVIII, 10): para que buscándolo y acercándonos a él, seamos iluminados y fortalecidos; no sea que por ceguera no veamos qué se debe hacer, o por debilidad no

hagamos incluso lo que vemos. Lo que, pues, es para ver, Acercaos a él, y seréis iluminados (Sal. XXXIII, 5); esto es para hacer, Buscad al Señor, y corroboraos. Buscad, dice, su rostro siempre. ¿Cuál es el rostro del Señor, sino la presencia de Dios? Como el rostro del viento, y el rostro del fuego: pues se ha dicho, Como paja ante el rostro del viento (Sal. LXXXII, 14); y, Como se derrite la cera ante el rostro del fuego (Sal. LXVII, 3). Y muchas cosas así pone la Escritura, queriendo que se entienda nada más que la presencia de esas cosas, de las cuales nombra el rostro. Pero, ¿qué significa, Buscad su rostro siempre? Sé que para mí adherirme a Dios es bueno (Sal. LXXII, 28); pero si siempre se busca, ¿cuándo se encuentra? ¿O dijo siempre, en toda esta vida en la que aquí se vive, desde que supimos que debemos hacerlo, cuando incluso encontrado debe ser buscado? Pues ya lo ha encontrado la fe, pero aún lo busca la esperanza. Pero la caridad lo ha encontrado por la fe, y lo busca tener por la visión: donde entonces será encontrado de tal manera, que nos baste, y no se busque más. Pues si no lo encontrara la fe en esta vida, no se diría, Buscad al Señor; y cuando lo encontréis, Deje el impío sus caminos, y el hombre inicuo sus pensamientos (Is. LV, 6, 7). Asimismo, si encontrado por la fe, no debiera ser aún buscado, no se diría, «Si lo que no vemos, esperamos, con paciencia lo aguardamos» (Rom. VIII, 25): y lo que dice Juan, «Sabemos que cuando se manifieste, seremos semejantes a él; porque lo veremos tal como es» (I Juan III, 2). ¿O acaso incluso cuando lo veamos cara a cara tal como es, aún deberá ser buscado, y sin fin buscado, porque sin fin amado? Pues decimos incluso a alguien presente, No te busco; es decir, no te amo. Por tanto, quien es amado, incluso presente es buscado, mientras con perpetua caridad, para que no se haga ausente, se actúa. Por consiguiente, a quien alguien ama, incluso cuando lo ve, sin fastidio siempre quiere que esté presente, es decir, siempre busca que esté presente. Y sin duda esto es, Buscad su rostro siempre, para que esta búsqueda, que significa amor, no tenga fin con el hallazgo, sino que con el amor creciendo, crezca la búsqueda del hallado.

4. [vers. 5.] Desde aquí en adelante, este ardiente alabador se modera, y desciende a palabras comprensibles; nutriendo con los milagros temporales de Dios al amor débil y lactante. Recordad, dice, sus maravillas que ha hecho, sus prodigios y los juicios de su boca. Este lugar parece similar a aquel lugar, donde a Moisés que preguntaba quién era, después de haber dicho, Yo soy el que soy, y, Dirás a los hijos de Israel, El que es, me ha enviado a vosotros: lo cual la mente capta de una pequeña y rara parte: luego, al mencionar su nombre, moderó misericordiosamente su gracia hacia los hombres, diciendo, Yo soy el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob; este es mi nombre para siempre (Éxodo III, 14, 13). Donde quiso que se entendiera, y aquellos de quienes se dijo que era su Dios, viven con él para siempre, y esto dijo que incluso los pequeños podían entender: para que, Yo soy el que soy, lo entendieran aquellos según su capacidad, que con grandes fuerzas de caridad supieran buscar su rostro siempre. Si, pues, lo que él es, es mucho para vosotros incluso intentar buscarlo, Recordad sus maravillas que ha hecho, sus prodigios y los juicios de su boca.

5. [vers. 6, 7.] ¿Y a quiénes se dice? Semilla de Abraham su siervo, hijos de Jacob sus escogidos. Vosotros semilla de Abraham, vosotros hijos de Jacob, recordad sus maravillas que ha hecho, sus prodigios y los juicios de su boca. Pero para que nadie atribuyera esto a una sola nación de los israelitas según la carne, y no entendiera que más bien son semilla de Abraham los hijos de la promesa que los hijos de la carne, a quienes el Apóstol dice, cuando hablaba a los gentiles, «Vosotros, pues, sois semilla de Abraham, herederos según la promesa» (Gál. III, 29); sigue y dice, «Él es el Señor nuestro Dios; en toda la tierra están sus juicios.» Esto se dice por Isaías a Jerusalén libre, nuestra madre: Y el que te redimió, él es tu Dios, será llamado Dios de toda la tierra (Is. LIV, 5). ¿Es acaso Dios de los judíos solamente? De ninguna manera (Rom. III, 29). Él es el Señor nuestro Dios; en toda la tierra están sus

juicios: porque en toda la tierra está su Iglesia, donde se predican sus juicios. ¿Qué, pues, dice en otro salmo: «Él anuncia su palabra a Jacob, sus justicias y sus juicios a Israel; no hizo así con ninguna nación, y sus juicios no los manifestó a ellos» (Sal. CXLVII, 19, 20). Por eso se dijo, porque quiso que se entendiera una sola nación perteneciente a la semilla de Abraham; que fue llamada de entre todas las naciones, y así en ella se dicen todas las naciones, de modo que sea una sola nación llamada a la adopción. Fuera de esta, a ninguna nación manifestó sus juicios: porque quienes no los creyeron, aunque fueron anunciados, no les fueron manifestados; porque si no creen, no entenderán.

6. [vers. 8-11.] Recordó para siempre su pacto. Otros códices tienen, para la eternidad; lo cual se debe a la ambigüedad del griego. Pero si se entiende en este siglo, no para siempre; ¿cómo, al explicar de qué pacto se acordó, añade y dice: "La palabra que mandó a mil generaciones"? Lo cual aún puede entenderse con algún fin; pero luego dice: "Que dispuso a Abraham, y de su juramento a Isaac; y lo estableció a Jacob como precepto, y a Israel como pacto eterno." Donde no hay lugar a ambigüedad: el griego tiene αἰώνιον, que nuestros traductores siempre han interpretado como eterno; apenas algunos en algún lugar han dicho αἰώνιον como eterno. A menos que, porque αἰῶνα se interpreta más familiarmente como siglo, quieran interpretar αἰώνιον no como eterno, sino como secular; lo cual no recuerdo que nadie se haya atrevido a hacer. Pero si en este lugar se debe entender el Antiguo Testamento, por la tierra de Canaán; pues así se conecta el discurso, "Y lo estableció" a Jacob "como precepto, y" a Israel "como pacto eterno, diciendo, Te daré la tierra de Canaán, la cuerda de vuestra herencia:" ¿cómo se debe entender eterno, cuando aquella herencia terrenal no puede ser eterna? Y por eso se llama Antiguo Testamento, porque se abole por el Nuevo. Mil generaciones, tampoco parecen significar algo eterno; porque ciertamente tienen fin, y para las mismas cosas temporales son demasiadas. Pues aunque una generación se determine en pocos años, que los griegos llaman γενεάν; algunos la han fijado en quince años, desde que el hombre comienza a poder engendrar; ¿cuáles son esas mil generaciones, no solo desde el tiempo de Abraham, cuando se le hizo esta promesa, hasta el tiempo del Nuevo Testamento, sino desde el mismo Adán, hasta el fin del siglo? ¿Quién se atrevería a decir que este siglo se extiende por miles de años de quince?

7. Por lo tanto, me parece que aquí no se debe entender el Antiguo Testamento, que se dice que será abolido por el Nuevo a través del profeta, "He aquí vienen días, dice el Señor, y confirmaré a la casa de Jacob un Nuevo Testamento; no según el Testamento que establecí con sus padres, cuando los saqué de la tierra de Egipto" (Jeremías XXXI, 31, 32): sino el testamento de la fe, que el Apóstol alaba, cuando nos propone a Abraham para imitar, y convence a los que se glorían en las obras de la Ley, porque Abraham incluso antes de la circuncisión creyó a Dios, y le fue contado por justicia (Gálatas III, 5, 6): Finalmente, cuando dijo, Recordó para siempre su pacto; que debemos entender como eterno, es decir, el pacto de justificación y herencia eterna, que Dios prometió a la fe: La palabra, dice, que mandó a mil generaciones. ¿Qué es, mandó? Porque lo que dice, Te daré la tierra de Canaán, no es un mandato, sino una promesa: el mandato es lo que debemos hacer, la promesa lo que debemos recibir. Por lo tanto, el mandato es la fe, para que el justo viva por la fe (Romanos I, 17); y a esta fe se le promete la herencia eterna. Mil generaciones, por la perfección del número, deben entenderse por todas; es decir, mientras una generación suceda a otra, tanto tiempo se debe vivir por fe. Lo que observa el pueblo de Dios, los hijos de la promesa naciendo y muriendo, hasta que toda generación termine; lo cual se significó con el número milenario, porque el número diez cuadrado sólido, y esto diez veces, llega a mil. Lo que dispuso, dice, a Abraham, y de su juramento a Isaac. Y lo estableció a Jacob, es decir, a Jacob mismo, como precepto. Ellos son los tres patriarcas de quienes se dice especialmente que es su Dios, a

quienes el Señor también nombra en el Nuevo Testamento, donde dice: "Muchos vendrán del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos" (Mateo VIII, 11). Esta es la herencia eterna. Pues también aquí, donde dice, Lo estableció a Jacob como precepto; manifiesta que el precepto es de fe: pues no llamaría precepto a una promesa. Si la obra está en el precepto, la recompensa está en la promesa: "Esta es la obra de Dios," dice el Señor, "que creáis en aquel que él envió" (Juan VI, 29). Por lo tanto, esta palabra que mandó, recordando eternamente su pacto, es decir, la palabra de fe que predicamos (Romanos X, 8), lo estableció a Jacob como precepto; y a Israel como pacto eterno, es decir, que de esa palabra y precepto cumplido daría algo eterno. Diciendo, Te daré la tierra de Canaán, la cuerda de vuestra herencia. ¿Cómo, entonces, es esto eterno, si no significa algo eterno? Pues se llamó tierra de promesa, tierra que fluye leche y miel (Éxodo III, 8, 17). Todo lo cual significa la gracia, en la que se saborea cuán dulce es el Señor (Salmo XXXIII, 8); a la cual no pertenecen todos los hombres: pues no todos tienen fe (II Tesalonicenses III, 2). Por eso añadió, La cuerda de vuestra herencia. De donde en otro salmo, se entiende que habla una vez a Abraham, que es Cristo, donde dice: "Las cuerdas cayeron para mí en lugares agradables; en verdad, mi herencia es agradable para mí" (Salmo XV, 6). Pero ¿por qué se llamó tierra de Canaán? La interpretación de este nombre lo revela; pues Canaán se interpreta como Humilde. Y si se refiere a aquella sentencia del santo Noé, donde dijo que Canaán sería siervo de sus hermanos (Génesis IX, 25), de aquí también es el temor servil. Pero el siervo no permanece en la casa para siempre; el hijo permanece para siempre (Juan VIII, 35). Por eso, excluido el cananeo, se da la tierra de promesa a la descendencia de Abraham. Pues la caridad perfecta echa fuera el temor (I Juan IV, 18), para que el hijo permanezca en la casa para siempre. De donde se dijo, Y a Israel como pacto eterno.

8. [vers. 12.] Luego prosigue la historia en la verdad conocida de los Libros sagrados. Cuando eran en número breve, poquísimos y extranjeros en ella: es decir, en la tierra de Canaán. Cuando allí habitaron los padres Abraham, Isaac y Jacob, antes de que recibieran esa herencia, eran poquísimos y extranjeros en ella. Sin embargo, algunos códices tienen, no, poquísimos y extranjeros; sino, poquísimos y extranjeros. Donde se ve que quienes así lo interpretaron, siguieron la locución griega, que no puede trasladarse al latín, sino con esa absurdidad, que de ninguna manera puede tolerarse. Pues si intentamos trasladar toda esa locución, diremos, Estar en ese número breve, poquísimos y extranjeros en ella. Pero lo que dice el griego, Estar en eso, es en latín, Cuando eran: lo cual no puede seguir el caso acusativo, sino el nominativo. Pues ¿quién diría, Cuando eran poquísimos? sino, Cuando eran poquísimos.

9. [vers. 13-15.] "Cuando" pues "eran en número breve," o, "en número breve, poquísimos y extranjeros en ella; pasaron de nación en nación, y de reino a otro pueblo." Es una repetición de lo que había dicho, "de nación en nación. No permitió que hombre les hiciera daño:" es decir, no permitió. Pero la locución griega es, hacerles daño; la latina, hacerles daño. Y reprendió por ellos a reyes. No toquéis, dice, a mis ungidos, y no hagáis mal a mis profetas. Dijo palabras de Dios reprendiendo o amonestando a reyes, para que no dañaran a los santos padres, cuando eran en número breve, y poquísimos y extranjeros en la tierra de Canaán. Aunque estas palabras no se lean en los libros de esa historia, sin embargo, deben entenderse dichas latentemente, como Dios habla en los corazones de los hombres con visiones ocultas y verdaderas, o incluso expresadas por un ángel. Pues tanto el rey de Gerar como el rey de los egipcios fueron advertidos divinamente para que no dañaran a Abraham (Génesis XII, 17-20; y XX, 3), y otro rey para que no dañara a Isaac (Génesis XXVI, 8-11), y otros para que no dañaran a Jacob (Génesis XXXI-XXXIII); cuando eran poquísimos y extranjeros, antes de

que Jacob pasara con sus hijos a habitar en Egipto: lo cual se entiende en lo que se mencionó, cuando dijo, Pasaron de nación en nación, de reino a otro pueblo. Pero como surgía la pregunta de cómo, antes de que pasaran y se multiplicaran en Egipto, pudieron perdurar siendo en número breve, poquísimos y extranjeros en tierra ajena, añadió a continuación, No permitió que hombre les hiciera daño, y reprendió por ellos a reyes. No toquéis a mis ungidos, y no hagáis mal a mis profetas.

10. Sin embargo, puede con razón sorprender cómo fueron llamados ungidos, antes de que existiera la unción, de la cual este nombre fue impuesto a los reyes: lo cual comenzó con Saúl, a quien David sucedió en el reino; y desde entonces los demás, tanto reyes de Judá como reyes de Israel, eran ungidos por la continuación de la consagrada costumbre: en cuya unción se figuraba el único verdadero Cristo, a quien se le dijo, "Te ungió, Dios, tu Dios con óleo de alegría más que a tus compañeros" (Salmo XLIV, 8). ¿De dónde, entonces, ya se les llamaba ungidos? Pues leemos que eran profetas, de Abraham; y ciertamente, lo que se dice manifiestamente de él, también debe entenderse de ellos. ¿O es que por eso eran ungidos, porque aunque latentemente, ya eran cristianos? pues aunque la carne de Cristo es de ellos, sin embargo, Cristo es antes que ellos: lo cual también respondió a los judíos, diciendo, "Antes de que Abraham fuera, yo soy." ¿Cómo, entonces, podrían ignorarlo, o no creer en él; cuando por eso se les llamaba profetas, porque aunque más ocultamente, sin embargo, anunciaban al Señor? De donde él mismo dice claramente: "Abraham deseó ver mi día, y lo vio, y se alegró" (Juan VIII, 58, 56). Pues nadie, fuera de esta fe que está en Cristo Jesús, ya sea antes de su encarnación o después, ha sido reconciliado con Dios; ya que está definido por el Apóstol con toda verdad: "Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús" (I Timoteo II, 5).

11. [vers. 16.] Luego comienza a narrar cómo sucedió que pasaron de nación en nación, y de reino a otro pueblo. "Y llamó," dice, "hambre sobre la tierra; destruyó todo sustento de pan. Envió delante de ellos a un hombre; José fue vendido como esclavo." Por esto sucedió que pasaron de nación en nación, de reino a otro pueblo. Pero no deben pasarse por alto las locuciones de las sagradas Escrituras. Llamó, dice, hambre sobre la tierra: como si el hambre fuera alguna persona, o algún cuerpo animado, o algún espíritu que pudiera obedecer al que llama; cuando el hambre es una calamidad contraída por la inanición, y así está en aquellos que la padecen, como alguna enfermedad. Pues así como la enfermedad, para que cese, a menudo se trata con medicina; así también el hambre se sana de alguna manera con alimento. ¿Qué es, entonces, Llamó hambre? ¿O tal vez estos males que sufren los hombres, tienen algunos ángeles malos como sus superiores (pues en otro salmo dice que Dios afligió a los hombres con una incursión de ángeles malos [Salmo LXXVII, 49], no con un juicio errante), y esto es tal vez, Llamó hambre, es decir, al ángel encargado del hambre, y llamado por el nombre de aquello de lo que es superior? De esta opinión, los antiguos romanos consagraron a algunos dioses tales, como la diosa Febris, y el dios Pallor. ¿O lo que es más creíble, Llamó hambre, debe entenderse como, Dijo que hubiera hambre; para que esto sea llamar, lo que es nombrar; esto nombrar, lo que es decir; esto decir, lo que es ordenar? Pues él llamó hambre, quien "llama las cosas que no son, como si fueran." Ni allí el Apóstol dijo, "Quien llama las cosas que no son, para que sean;" sino, "como si fueran" (Romanos IV, 17). Pues para Dios ya está hecho lo que está dispuesto a suceder; porque de él se dice en otro lugar, "Quien hizo las cosas que serán" (Isaías XLV, 11, según LXX). Y aquí cuando el hambre se hizo, entonces se dijo que fue llamada, es decir, para que estuviera presente lo que ya había sido dispuesto en su gobierno oculto. Finalmente, cómo llamó al hambre, lo expuso de inmediato, diciendo, "Destruyó todo sustento de pan." Y esta es una locución inusual: pues dijo destruyó, por lo que es, consumió.

12. [vers. 17.] Envió delante de ellos a un hombre. ¿Qué hombre? José. ¿Cómo lo envió? José fue vendido como esclavo. Sin duda, cuando sucedió, fue pecado de los hermanos, y sin embargo, Dios envió a José a Egipto. Por lo tanto, debe observarse una gran y muy necesaria cosa, cómo Dios usa bien las malas obras de los hombres, así como ellos usan mal las buenas obras de Dios.

13. [vers. 18, 19.] Luego continúa la narración, recordando lo que sufrió José en su humillación, y cómo fue exaltado. Humillaron sus pies con grilletes; el hierro atravesó su alma, hasta que llegó su palabra. No leemos que José recibiera grilletes; pero que sucedió, no debe dudarse. Pues algunas cosas pudieron haberse omitido en esa historia, que sin embargo no pasarían desapercibidas para el Espíritu Santo, que habla en estos Salmos. Pero el hierro que dice que atravesó su alma, lo entendemos como la tribulación de una dura necesidad: pues no dijo cuerpo, sino alma. Tal es la locución en el Evangelio, donde Simeón dijo a María: "He aquí, este está puesto para caída y para levantamiento de muchos en Israel, y para señal que será contradicha; y una espada atravesará tu propia alma, para que se revelen los pensamientos de muchos corazones" (Lucas II, 34, 35). Pues la pasión del Señor, que fue caída para muchos, y en la que se revelaron los secretos de muchos corazones, porque se expresó lo que sentían sobre el Señor, sin duda también entristeció gravemente a su madre con la orfandad carnal. En esa tribulación estuvo José, hasta que llegó su palabra, por la cual había interpretado verazmente los sueños: de donde fue recomendado al rey, para que también le predijera el futuro sobre sus sueños (Génesis XLI). Pero porque dijo, hasta que llegó su palabra, para que de ninguna manera entendamos su palabra, como si alguien pensara que una cosa tan grande debe atribuirse al hombre; inmediatamente añadió, "La palabra del Señor lo encendió:" o, lo que más fielmente expresan otros códices del griego, "La palabra del Señor lo inflamó;" para que también él se contara entre aquellos a quienes se dice: "Gloriaos en su santo nombre." La palabra del Señor lo inflamó. Con razón el Espíritu Santo, cuando fue enviado por el Señor, se les aparecieron lenguas divididas como de fuego (Hechos II, 3): y el Apóstol dice, "Fervientes en espíritu" (Romanos XII, 11). De este fuego se apartan, de quienes se dice: "El amor de muchos se enfriará" (Mateo XXIV, 12).

14. [vers. 20-22.] Finalmente, sigue, "Envió el rey, y lo soltó; el príncipe de los pueblos, y lo liberó." Él es el rey, que es el príncipe de los pueblos: soltó al encadenado, liberó al encerrado. Lo constituyó señor de su casa, y príncipe de toda su posesión. Para instruir a sus príncipes como a sí mismo, y enseñar prudencia a sus ancianos. El griego tiene, "Y enseñar sabiduría a sus ancianos." Lo cual de ninguna manera podría decirse literalmente: "Instruir a sus príncipes como a sí mismo, y hacer sabios a sus ancianos:" pues tiene πρεσβυτέρους, que solemos llamar ancianos, no γέροντας, es decir, viejos; σοφίσαι, que no puede decirse en una sola palabra en latín, se dice de la sabiduría, que en griego se llama σοφία, no de la prudencia, que se llama φρόνησις. Sin embargo, esto no lo leemos en la exaltación de José, como tampoco los grilletes en su humillación. Pero ¿cómo podría ser que un hombre tan grande, adorador del único Dios verdadero, en Egipto estuviera solo dedicado a alimentar cuerpos, y a gobernar solo cosas corporales, y no se preocupara de mejorar las almas? Pero se escribieron en esa historia las cosas que, según la intención del escritor, en quien estaba el Espíritu Santo, se juzgaron suficientes para significar cosas futuras con esa narración.

15. [vers. 23.] Y entró Israel en Egipto, y Jacob fue extranjero en la tierra de Cam. Lo que es Israel, es Jacob; y lo que es Egipto, es la tierra de Cam. Pues aquí se demostró claramente que de la descendencia de Cam, hijo de Noé, cuyo primogénito fue Canaán, también surgió la nación de los egipcios. Por lo tanto, en los códices donde se lee aquí Canaán, debe corregirse. Pero se interpretó mejor, fue extranjero, que, como tienen otros códices, habitó: lo cual sería lo mismo, si también se dijera inquilino; pues no significa otra cosa. Pues es la misma palabra

en griego en este lugar, que también está arriba, donde se dijo, "Poquísimos y extranjeros en ella." La inquilinidad, o el ser extranjero, no muestra a un nativo, sino a un advenedizo. He aquí cómo pasaron de nación en nación, de reino a otro pueblo. Lo que se propuso brevemente, se explicó brevemente narrando. Pero de qué reino pasaron a otro pueblo, puede con razón preguntarse. Pues aún no reinaban en la tierra de Canaán, porque aún no se había constituido allí el reino del pueblo de Israel. ¿Cómo, entonces, puede entenderse, sino tal vez según anticipación, porque allí sería el reino de su descendencia?

16. [vers. 24.] Luego se narran las cosas que sucedieron en Egipto. "Y aumentó," dice, "su pueblo en gran manera, y lo fortaleció sobre sus enemigos." También esto se propuso brevemente, para que luego se narre cómo sucedió. Pues no fue entonces cuando el pueblo de Dios fue fortalecido sobre los egipcios sus enemigos, cuando se mataban a sus hijos varones, o cuando se agotaban haciendo ladrillos; sino cuando con mano poderosa, por las señales y prodigios del Señor su Dios, se hicieron temidos y honrados, hasta que se venció la contienda del rey obstinado, y el Mar Rojo sepultó al perseguidor con su ejército.

17. [vers. 25.] Lo que se ha expresado brevemente, "Fortaleció a su pueblo sobre sus enemigos", como si buscáramos cómo se hizo; comienza a decirlo, hasta que también lo determine narrando. Y convirtió su corazón, para que odiaran a su pueblo, e hicieran engaño a sus siervos. ¿Acaso se debe entender o creer que Dios convierte el corazón del hombre para cometer pecados? ¿O no es pecado, o es un pecado pequeño, odiar al pueblo de Dios y engañar a sus siervos? ¿Quién diría esto? ¿Es entonces Dios el autor de estos pecados tan graves, quien no debe ser considerado autor ni siquiera del más leve pecado? ¿Quién es sabio y entenderá estas cosas (Salmo CVI, 43)? Pues esta es aquella maravillosa bondad de Dios, que usa bien incluso a los malos, ya sean ángeles o humanos. Porque aunque ellos sean malos por su propio vicio, Él hace bien de su maldad. No es que antes de que odiaran a su pueblo fueran buenos; sino que eran malvados e impíos, quienes fácilmente envidiarían a sus felices habitantes. Por lo tanto, en lo que multiplicó a su pueblo, con este beneficio suyo convirtió a los malos a la envidia. Porque la envidia es el odio a la felicidad ajena. Así pues, convirtió su corazón, para que por envidia odiaran a su pueblo, e hicieran engaño a sus siervos. No, por tanto, haciendo malo su corazón, sino beneficiando a su pueblo, convirtió su corazón, que ya era malo por sí mismo, al odio. No pervirtió un corazón recto, sino que convirtió al odio un corazón ya perverso por su propia voluntad hacia el pueblo, donde usaría bien ese mal; no haciendo malos a ellos, sino otorgando bienes a estos, a quienes los malos fácilmente podrían envidiar. De qué manera usó su odio, tanto para la ejercitación de su pueblo como para la gloria de su nombre, que nos es útil, lo enseñan las cosas siguientes: que se recuerdan en su alabanza cuando se canta Aleluya.

18. [vers. 26.] Envió a Moisés su siervo, Aarón a quien eligió. Bastaría con decir "a quien eligió"; pero no hay nada que buscar en lo que se añadió, "a él mismo". Es una expresión de las Escrituras, como es, "En la cual habitarán en ella" (Núm. XIII, 20; y Lev. XVIII, 3, según los LXX): con esta expresión están llenas las páginas divinas.

19. [vers. 27.] Puso en ellos las palabras de sus señales y prodigios en la tierra de Cam. No debemos entender "las palabras de las señales y prodigios" como palabras, por las cuales se harían señales y prodigios, es decir, que se dijeran para que se hicieran señales y prodigios. Pues muchas cosas se hicieron sin palabras, ya sea con la vara, o con la mano extendida, o con ceniza lanzada al cielo. Pero porque aquellas mismas cosas que se hicieron no eran vacías de significado, como tampoco lo son las palabras que hablamos; por eso también se llamaron

palabras, no de voces y sonidos, sino de señales y prodigios. Puso en ellos, es decir, hizo a través de ellos.

20. [vers. 28.] Envió tinieblas, y oscureció. Esto también está escrito entre las plagas con las que los egipcios fueron golpeados. Pero lo que sigue, se lee de manera diferente en diversos códices. Pues algunos tienen, "Y exacerbaron sus palabras"; otros, "Y no exacerbaron sus palabras": pero lo que dije primero, lo encontramos en la mayoría; donde se añadió la partícula negativa, apenas pudimos encontrar dos códices. Pero no sea que la corrupción haya abundado por el sentido más fácil; pues ¿qué se entiende más fácilmente que lo que se dijo, "Y exacerbaron sus palabras", ciertamente con sus contumaces contradicciones? intentamos exponer también aquello según algún sentido correcto: y esto se nos ocurrió por el momento, "No exacerbaron sus palabras", es decir, en Moisés y Aarón; porque incluso a los más duros los soportaron pacientemente, hasta que todo lo que Dios había dispuesto hacer en ellos, se cumpliera en orden.

21. [vers. 29, 30.] Convirtió sus aguas en sangre, y mató sus peces. Dio su tierra a las ranas, en los aposentos de sus reyes: como si dijera, Convirtió su tierra en ranas. Pues hubo tal multitud de ranas, que esto se podría decir convenientemente por hipérbole.

22. [vers. 31.] Dijo, y vino la mosca y los mosquitos en todos sus confines. Si se pregunta cuándo lo dijo, estaba en su palabra antes de que se hiciera; y sin tiempo estaba allí, en el tiempo en que se haría: aunque también por los ángeles, y por sus siervos Moisés y Aarón, también entonces de alguna manera dijo que se hiciera, cuando debía hacerse.

23. [vers. 32.] Puso sus lluvias como granizo. Es una expresión similar a aquella donde dice, "Dio su tierra a las ranas"; excepto que allí no toda la tierra se convirtió en ranas, pero la lluvia sí pudo convertirse toda en granizo. Fuego ardiente en su tierra: se sobreentiende, puso.

24. [vers. 33.] Y golpeó sus viñas y sus higueras, y quebró todo árbol de sus confines. Esto se hizo por la fuerza del granizo y los rayos; de donde también dijo fuego ardiente.

25. [vers. 34.] Dijo, y vino la langosta y el saltón, cuyo número no había. Una plaga es la langosta y el saltón; pues una es la madre, la otra es la cría.

26. [vers. 35.] Y comió toda la hierba en su tierra, y comió todo el fruto de su tierra. Y la hierba es fruto, como la Escritura suele hablar, que llama hierba también a las cosechas de los frutos, pero para decir dos cosas, tal vez quiso concordar con el número de las dos que había dicho, es decir, la langosta y el saltón. Pero todo esto pertenece a la variedad de la elocución que cura el tedio, no a la diversidad de los sentidos.

27. [vers. 36.] Y golpeó a todo primogénito en su tierra, las primicias de todo su trabajo. Esta es la última plaga, excepto la muerte en el Mar Rojo. Las primicias de los trabajos, creo que se dijo por los primogénitos del ganado. Aunque estas plagas son diez, no todas se mencionan, ni en el mismo orden en que se leen que ocurrieron allí. Pues la alabanza es libre de la ley del narrador y del que teje la historia. Y como el autor y dictador de esta alabanza es el Espíritu Santo a través del Profeta; con la misma autoridad con la que a través de él actuó el hombre que escribió la historia, también recuerda algo hecho que no se lee allí, y pasa por alto lo que se lee allí.

28. [vers. 37.] Añade también esto a las alabanzas de Dios, que enriqueció a los israelitas con plata y oro al sacarlos de Egipto; porque ellos mismos eran tales, que aún no podían despreciar la recompensa de sus trabajos, aunque temporal, sin embargo, justa y debida: ni en

que engañaron a los egipcios, de quienes pidieron que se les prestara oro y plata, debe pensarse que Dios ordena tales engaños a aquellos que tienen el corazón elevado, o que si lo hacen, lo aprueba. Más bien, por aquellas palabras de Dios, ciertamente por aquel que veía su corazón y examinaba sus deseos, se les permitió hacer estas cosas, más que se les ordenó: no obstante, no sin algún progreso del alma carnal, que lo hicieron también a aquellos que justamente sufrieron tales cosas, y aunque por engaño, sin embargo, de hombres inicuos tomaron lo que debía devolvérseles. Pero así como con la iniquidad de los egipcios, así con la debilidad de estos, Dios usó divinamente para figurar y preanunciar lo que era necesario con esos hechos. Y los sacó con plata y oro. Y esta es una expresión de las Escrituras. Pues se dijo "con plata y oro", como si se dijera, con plata y oro. Y no había en sus tribus enfermo: pero corporalmente, no en ánimo. También esto fue un gran beneficio de Dios, que en aquella necesidad de emigrar no hubiera enfermo alguno.

29. [vers. 38.] Se alegró Egipto en su partida, porque cayó sobre ellos el temor de ellos. El temor ciertamente de los hebreos sobre los egipcios. No es el temor de ellos, con el que temían los hebreos, sino con el que eran temidos. Alguien dirá: ¿Cómo entonces no querían dejarlos ir los egipcios? ¿Cómo los dejaron ir como si fueran a regresar? ¿Cómo prestaron oro y plata a quienes pedían como si fueran a regresar y devolverlos, si se alegró Egipto en su partida? Pero debe entenderse que después de aquella última muerte de los egipcios, y tan gran matanza en el Mar Rojo de tan gran ejército perseguidor, los egipcios que quedaron temieron que los hebreos regresaran, y con gran facilidad destruyeran sus restos. Entonces se cumplió lo que antes, cuando dijo, "Y aumentó a su pueblo en gran manera", añadió enseguida, "Y lo fortaleció sobre sus enemigos". Pues esta sentencia propuesta en un versículo para explicar cómo se hizo, añadió las demás cosas que en esta alabanza de la calamidad narró, hasta este lugar, donde dice, "se alegró Egipto en su partida, porque cayó sobre ellos el temor de ellos"; como asignando lo que había propuesto, porque fortaleció a su pueblo sobre sus enemigos.

30. [vers. 39.] Por tanto, ya dice qué beneficios divinos se otorgaron a los que viajaban en el desierto. Extendió una nube para protección de ellos, y fuego para iluminarles por la noche. Estas cosas son tan manifiestas como conocidas.

31. [vers. 40.] Pidieron, y vino codorniz. No desearon la codorniz, sino carne. Pero como la codorniz también es carne, y en este salmo no habla de la amargura de aquellos en quienes no hay complacencia de Dios, sino de la fe de los elegidos, que es la verdadera descendencia de Abraham; se debe entender que pidieron que viniera para que se reprimiera el murmullo de los amargados. Ya en el verso que sigue, "Y con pan del cielo los sació", no mencionó el maná, pero no es oscuro para quien lee esas letras.

32. [vers. 41.] Rompió la roca, y fluyeron aguas; los ríos corrieron en seco. Y esto se entiende tan pronto como se lee.

33. [vers. 42-44.] Pero con todos estos beneficios suyos, Dios encomienda en Abraham el mérito de la fe. Pues sigue diciendo: "Porque se acordó de su santa palabra, que tuvo con Abraham su siervo. Y sacó a su pueblo con alegría, y a sus elegidos con júbilo." Lo que dice, su pueblo; lo repitió, sus elegidos: y lo que dice, con alegría; lo repitió, con júbilo. Y les dio las tierras de las naciones, y poseyeron los trabajos de los pueblos. Lo que son, tierras de las naciones; eso son, trabajos de los pueblos: y lo que se dijo, les dio; eso se repitió, poseyeron.

34. [vers. 45.] Y como si preguntáramos para qué bien se dieron estas cosas, para que no se pensara que este mismo era el sumo bien, que esta felicidad de cosas temporales se dio al

pueblo de Dios; enseguida lo refirió a otra cosa, donde debe buscarse el sumo bien: "Para que guarden", dice, "sus justificaciones, y busquen su ley." Donde se debe entender que los siervos de Dios y los hijos elegidos de la promesa, la verdadera y genuina descendencia de Abraham, imitando la fe de Abraham, toman estas cosas buenas terrenales de Dios, no para disiparse en el lujo, ni para adormecerse en una seguridad perversa; sino que tienen todas estas cosas preparadas por la divina misericordia, en las que podrían ocuparse en trabajos muy laboriosos, para que se dediquen a aquello de donde se pueda adquirir el bien eterno, esto es, "Para que guarden sus justificaciones, y busquen su ley." Finalmente, porque quiso que se entendiera que la descendencia de Abraham aquí son aquellos que verdaderamente son la descendencia de Abraham, de los cuales ciertamente no faltaron en aquel pueblo: lo que también el apóstol Pablo muestra suficientemente, cuando dice, "Pero no en todos ellos complació a Dios" (I Cor. X, 5); pues si "no en todos", ciertamente hubo algunos en quienes complació a Dios: porque este salmo encomienda a tales, no dijo nada aquí de las iniquidades y provocaciones y amargura de aquellos en quienes no complació a Dios. Pero porque incluso a los inicuos no solo la justicia, sino también la misericordia de Dios omnipotente y clemente apareció; de ellos habla el siguiente salmo con alabanzas a Dios. Y sin embargo, ambos estuvieron en un solo pueblo, ni aquellos contaminaron a estos con el contagio de sus iniquidades. Pues "conoce el Señor a los que son suyos": y si en este mundo no puede apartarse de los injustos, "apártese de la injusticia todo el que invoca el nombre del Señor" (II Tim. II, 19).

35. Para que, por tanto, como en el cuerpo de este salmo, recomendemos como su alma, de alguna manera latente, esto es, en las palabras como exteriores, el entendimiento interior: me parece que se advierte a la descendencia de Abraham, que son todos los hijos de la promesa que pertenecen a la herencia eterna del testamento eterno, que elijan a Dios como su herencia, y lo adoren gratuitamente, es decir, por Él mismo, no por algún beneficio de recompensa fuera de Él; y que lo hagan alabando, invocando, anunciando, no para su propia gloria, sino para la de Él, obrando bien por la fe, gozando en la esperanza, fervientes en la caridad (Rom. XII, 11, 12). Todo esto suena en estos versos: "Confesad al Señor, e invocad su nombre, anunciad entre las naciones sus obras. Cantadle, y salmodiadle, narrad todas sus maravillas. Gloriaros en su santo nombre; alégrese el corazón de los que buscan al Señor. Buscad al Señor, y fortaleceos; buscad siempre su rostro."

36. Luego, para nutrir los corazones de los pequeños, para que se fortalezcan en la fe, se proponen ejemplos de los Patriarcas y de su fe y la promesa de Dios, para que imitando y esperando seamos su descendencia, no solo de la gente de los hebreos, sino cuantos reciban esta gracia en toda la tierra. Todo esto se contiene en estos versos: "Recordad sus maravillas que hizo, sus prodigios y los juicios de su boca. Descendencia de Abraham su siervo, hijos de Jacob sus elegidos. Él es el Señor nuestro Dios, en toda la tierra sus juicios. Se acordó para siempre de su pacto, de la palabra que mandó a mil generaciones. Que dispuso a Abraham, y de su juramento a Isaac. Y lo estableció a Jacob como precepto; y a Israel como pacto eterno, diciendo, A ti te daré la tierra de Canaán, la cuerda de vuestra herencia." Todo lo cual, según mi capacidad, he expuesto cómo debe ser entendido.

37. Aquí se presentaba a la mente de la fe pequeña: Si, por tanto, Dios debe ser adorado gratuitamente, y la herencia del pacto eterno debe ser buscada en Él mismo; ¿no abandona su multiplicación de misericordia esta vida mortal de los que lo buscan, y sus necesidades temporales? Pues escuchad atentamente lo que hizo por nuestros padres, ya sea en quienes estableció ejemplos de fe, o quienes, nacidos de su carne, también imitaron su fe. Cuando ellos eran en número pequeño, poquísimos y extranjeros en ella: es decir, en la tierra de Canaán. Y pasaron de nación en nación, y de reino en pueblo ajeno. No permitió que hombre

alguno les hiciera daño, y reprendió por ellos a reyes. No toquéis a mis ungidos, y no hagáis mal a mis profetas.

38. Pero si buscáis cómo "pasaron de nación en nación, y de reino en pueblo ajeno", escuchad: "Y llamó al hambre sobre la tierra, destruyó todo sustento de pan. Envió delante de ellos a un hombre; José fue vendido como esclavo. Afligieron sus pies con grilletes; su alma fue traspasada por el hierro, hasta que llegó su palabra. La palabra del Señor lo probó: envió el rey, y lo soltó; el príncipe de los pueblos, y lo liberó. Lo estableció señor de su casa, y gobernador de toda su posesión. Para instruir a sus príncipes como a sí mismo, y enseñar sabiduría a sus ancianos. E Israel entró en Egipto, y Jacob fue extranjero en la tierra de Cam." He aquí cómo "pasaron de nación en nación, y de reino en pueblo ajeno."

39. Y aumentó a su pueblo en gran manera, y lo fortaleció sobre sus enemigos. Pero si queréis saber cómo lo fortaleció sobre sus enemigos, escuchad: "Convirtió su corazón, para que odiaran a su pueblo, e hicieran engaño a sus siervos. Envió a Moisés su siervo, Aarón a quien eligió. Puso en ellos las palabras de sus señales y prodigios en la tierra de Cam. Envió tinieblas, y oscureció, y exacerbaron sus palabras. Convirtió sus aguas en sangre, y mató sus peces. Dio su tierra a las ranas, en los aposentos de sus reyes. Dijo, y vino la mosca y los mosquitos en todos sus confines. Puso sus lluvias como granizo, fuego ardiente en su tierra. Y golpeó sus viñas y sus higueras, y quebró todo árbol de sus confines. Dijo, y vino la langosta y el saltón, cuyo número no había. Y comió toda la hierba en su tierra, y comió todo el fruto de su tierra. Y golpeó a todo primogénito en su tierra, las primicias de todo su trabajo. Y los sacó con plata y oro, y no había en sus tribus enfermo. Se alegró Egipto en su partida, porque cayó sobre ellos el temor de ellos." He aquí cómo fortaleció a su pueblo sobre sus enemigos.

40. Cuando la justicia de Dios infligió estos males a sus enemigos, considerad también los bienes temporales que su misericordia les otorgó: «Extendió una nube para protegerlos, y un fuego para iluminarles por la noche. Pidieron, y vino la codorniz, y los sació con pan del cielo. Partió la roca, y brotaron aguas; los ríos fluyeron en tierra seca. Porque se acordó de su santa palabra, que había dado a Abraham su siervo. Y sacó a su pueblo con alegría, y a sus escogidos con júbilo. Y les dio las tierras de las naciones, y poseyeron el trabajo de los pueblos». No para que lo adoren por estas cosas, sino para que también las refieran y conviertan al bien eterno; es decir, para que guarden sus justificaciones y busquen su ley. Por tanto, cualquier otro bien que Dios da, debe referirse a su culto gratuito: pero su culto no debe referirse a otros bienes que Dios da; pues entonces será gratuito. A este desafío provocador, el enemigo se atrevió a decirle a Dios: ¿Acaso Job teme a Dios de balde? (Job I, 9). Ahora bien, si José, vendido como esclavo, humillado y exaltado, abrió el camino a los bienes temporales para el pueblo de Dios, para que se fortaleciera sobre sus enemigos; cuánto más Jesús, vendido y humillado por sus hermanos según la carne, y exaltado en los cielos, abre el camino a los bienes eternos para el pueblo de Dios, triunfante sobre el diablo y sus ángeles. Escucha, pues, semilla de Abraham, no gloriándote en la carne, sino imitando la fe; escuchad, siervos de Dios, y elegidos de Dios, que tenéis la promesa de la vida presente y futura (I Tim. IV, 8). Si las tentaciones son duras en este siglo, pensad en José en la cárcel, en Jesús en la cruz. Si la prosperidad de las cosas temporales está presente, no es por ella que se debe adorar a Dios, sino que se debe usar por Dios: y no penséis que es adorado por sus adoradores por las necesidades de esta vida, que también concede a sus blasfemos; sino buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas (Mat. VI, 33).

EXPOSICIÓN DEL SALMO CV.

1. El Salmo ciento cinco también está titulado, Aleluya: y esto de manera doble. Pero algunos dicen que un Aleluya pertenece al final del salmo anterior, y el otro al principio de este. Y afirman que todos los salmos aleluyáticos tienen Aleluya al final, no todos al principio: por lo que cualquier salmo que no tenga Aleluya al final, tampoco quieren que lo tenga al principio; y lo que parece estar al principio de este, pertenece al final del anterior. Pero nosotros, hasta que nos convenzan con pruebas ciertas de que esto es verdad, seguimos la costumbre de muchos, que dondequiera que leen Aleluya, lo atribuyen al mismo salmo en cuyo principio lo encuentran. Pues son muy pocos los códices (que no he encontrado en ninguno de los griegos que he podido examinar) que tienen Aleluya al final del salmo ciento cincuenta; después del cual ya no hay ninguno que pertenezca a ese mismo canon. Pero ni siquiera esto podría prescribir a la costumbre, aunque todos los códices lo tuvieran. Pues pudo haber sido que por alguna razón de alabanza a Dios, todo el libro de los Salmos, que se dice constar de cinco libros (pues donde está escrito, Sea, sea, allí dicen que están los finales de los libros), después de todo lo que se ha cantado, se cerrara con un último Aleluya: y no veo necesario que por el final del salmo ciento cincuenta, todos los salmos aleluyáticos tengan Aleluya al final. Pero cuando al principio del salmo se duplica Aleluya, no sé por qué el Señor a veces dice Amén una vez, a veces dos veces, y de la misma manera no podría decirse Aleluya una vez, a veces dos veces: especialmente porque después de la nota del número, con el que se inscribe el salmo, como este ciento cinco, se ha puesto ambos Aleluya. Sin embargo, uno debió ponerse antes del mismo número, si pertenece al final del anterior; y después del número del Salmo escribir el otro Aleluya, que pertenece al Salmo de ese número. Pero tal vez en esto también ha prevalecido la costumbre ignorante, y se puede aportar algo que aún desconocemos, de donde el juicio de la verdad nos debe enseñar más que el prejuicio de la costumbre. Ahora bien, antes de que aprendamos esto, dondequiera que después del número del salmo, ya sea una vez, ya sea dos veces, encontremos escrito Aleluya, según la costumbre muy conocida de la Iglesia, lo atribuimos al salmo que está marcado con ese número; confesando que creemos que los títulos de todos los salmos y el orden de los mismos son grandes, y que aún no hemos podido penetrar como quisiéramos.

2. [vers. 1.] Veo, sin embargo, que estos dos, el ciento cuatro y el ciento cinco, están tan unidos entre sí, que en uno de ellos, el que precede, se encomienda al pueblo de Dios en sus elegidos, de los cuales no se hace ninguna queja, que creo que estaban allí en quienes Dios se complació (I Cor. X, 5): pero en este que sigue, se mencionan aquellos que amargaron en el mismo pueblo; sin embargo, tampoco a ellos les faltó la misericordia de Dios. Estas cosas se dicen desde la perspectiva de aquellos que, convertidos, piden perdón; y se recuerdan ejemplos de aquellos en quienes incluso los pecadores la rica misericordia de Dios se manifestó. Por tanto, este salmo también comienza como aquel: Confesad al Señor. Pero allí sigue, Y llamad su nombre; aquí, Porque es bueno, porque su misericordia es para siempre. Por lo tanto, aquí también puede entenderse la confesión de los pecados; pues después de unos pocos versos sigue, Pecamos con nuestros padres, actuamos injustamente, cometimos iniquidad: pero en lo que dice, Porque es bueno, porque su misericordia es para siempre, es ciertamente alabanza de Dios, y en su alabanza confesión. Aunque también cuando uno confiesa sus pecados, debe confesar con alabanza a Dios; y no es piadosa la confesión de los pecados si no es sin desesperación, y pidiendo la misericordia de Dios. Por tanto, tiene su alabanza, ya sea también en palabras, cuando lo llama bueno y misericordioso; o solo en el afecto, cuando lo cree. Pues aquel publicano, cuyas únicas palabras se recuerdan, Señor, sé propicio a mí, pecador (Luc. XVI, XVIII, 13), aunque no dijo, Porque eres bueno y misericordioso, o algo similar; no obstante, no lo habría dicho si no lo creyera; porque oró con esperanza, que no podría existir sin esa fe. Por tanto, puede haber verdadera y piadosa

alabanza de Dios, donde no haya confesión de pecados; pero no hay confesión de pecados piadosa y útil, donde no se alabe a Dios, ya sea en el corazón, ya sea también en la boca y el discurso. Pero lo que tienen otros códices, Porque es bueno; otros tienen, Porque es suave: así, una palabra griega, que se dice χρηστὸς, ha seguido una interpretación diversa. Asimismo, lo que se ha dicho, Porque su misericordia es para siempre; el griego tiene εἰς τὸν αἰῶνα, que también puede interpretarse como para siempre. Por tanto, si aquí se entiende esa misericordia, por la cual nadie puede ser feliz sin Dios; mejor entendemos para siempre: pero si es esa misericordia que se muestra a los miserables, para que sean consolados en la miseria, o incluso liberados de ella; mejor en el siglo, es decir, hasta el fin del siglo, en el que no faltarán miserables a quienes se les brinde misericordia. A menos que alguien se atreva a decir que incluso a aquellos que serán condenados con el diablo y sus ángeles, no les faltará alguna misericordia de Dios; no para ser liberados de esa condenación, sino para que de alguna manera se les mitigue: y así se pueda entender la misericordia eterna de Dios sobre su miseria eterna. Pero leemos que algunos recibirán una condenación más tolerable en comparación con otros; pero que se mitigue a alguien a quien se le ha entregado el castigo, o que tenga alguna pausa en ciertos intervalos, ¿quién lo diría audazmente, cuando ni siquiera una gota mereció aquel rico (Id. XVI, 24-26)? Pero sobre este gran asunto se debe discutir más detenidamente en otro momento; ahora, en lo que respecta a este salmo, basta con haber dicho esto.

3. [vers. 2.] ¿Quién hablará de las potencias del Señor? Lleno de la consideración de las obras divinas, quien pide su misericordia, dice: ¿Quién, dice, hablará de las potencias del Señor, hará oír todas sus alabanzas? Se debe entender lo que se dijo antes, para que también esta sentencia esté completa, ¿Quién hará oír todas sus alabanzas? es decir, ¿quién podrá hacer oír todas sus alabanzas? Hará oír, dijo, es decir, hará que se escuchen; mostrando así que las potencias del Señor y sus alabanzas deben ser proclamadas a los oyentes. Pero, ¿quién puede todas? ¿O tal vez porque sigue, Bienaventurados los que guardan el juicio, y hacen justicia en todo tiempo, dijo esas alabanzas suyas, que se entienden como sus obras en sus preceptos? Porque Dios es, dice el Apóstol, quien obra en vosotros. Y se dijo a la semilla de Abraham, Cantad a él, y salmodiad a él: lo que entendimos así dicho, como si se dijera, Haced el bien en su alabanza y decidlo, y hacedlo. Con estas dos palabras, es decir, cantar y salmodiar, se corresponden los dos versos siguientes, de modo que lo que se dijo, Narrad todas sus maravillas; esto es, Cantad a él: lo que se dijo, Gloriad en su santo nombre (Sal. CIV, 2, 3); esto es, Salmodiad a él. Pues a esta semilla también el mismo Señor dice: Que vuestras obras brillen delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos (Mat. V, 16). Aquí, pues, considerando los mismos preceptos de Dios, cuyas obras son sus alabanzas, dice: ¿Quién hablará de las potencias del Señor? porque las obra de manera inefable. ¿Quién hará oír todas sus alabanzas? es decir, ¿quién, cuando las haya oído, hace todas sus alabanzas? que son las obras de sus preceptos. Porque en cuanto se hacen, aunque no se hagan todas las que se han oído, él es digno de alabanza, quien obra en nosotros tanto el querer como el hacer, por su buena voluntad (Filip. II, 13). Por eso, cuando pudo decir, Todos sus mandamientos, o, todas las obras de sus mandamientos; prefirió decir, sus alabanzas: porque, como se ha dicho, en cuanto se hacen, él es digno de alabanza. Sin embargo, ¿quién es capaz de hacer oír todas sus alabanzas? es decir, ¿quién, cuando las haya oído, es capaz de hacer todas?

4. [vers. 3.] Bienaventurados los que guardan el juicio, y hacen justicia en todo tiempo: ciertamente desde que comienzan y viven en el tiempo. Porque el que persevere hasta el fin, este será salvo (Mat. X, 22). Sin embargo, puede parecer una repetición de la misma sentencia, de modo que hacer justicia sea lo mismo que guardar el juicio: de modo que

también en el verso anterior se subentienda, en todo tiempo; como en el posterior se subentiende, bienaventurados; y con lo que se subentiende, se diga así, Bienaventurados los que guardan el juicio en todo tiempo, bienaventurados los que hacen justicia en todo tiempo. Pero si no hubiera alguna diferencia entre juicio y justicia, no se diría en otro salmo, Hasta que la justicia se convierta en juicio (Sal. XCIII, 15). La Escritura ama, ciertamente, poner juntos estos dos: como está, Justicia y juicio son la dirección de su trono (Sal. XCVI, 2); y aquello, Y sacará como luz tu justicia, y tu juicio como el mediodía (Sal. XXXVI, 6); aunque también allí parece ser una repetición de la misma sentencia. Y tal vez debido a la proximidad de significado, también uno puede ponerse por el otro, ya sea juicio por justicia, o justicia por juicio: sin embargo, si se dicen propiamente, no dudo que haya alguna diferencia, de modo que se diga que guarda el juicio quien juzga rectamente, y hace justicia quien actúa rectamente. Ni absurdamente creo que se pueda entender según lo que se dijo, Hasta que la justicia se convierta en juicio, también aquí se dice bienaventurados a los que guardan el juicio en la fe, hacen justicia en la obra. Porque vendrá el tiempo en que el juicio que ahora se guarda en la fe, también se ejercerá en la obra, cuando la justicia se haya convertido en juicio, es decir, cuando los justos reciban el poder de juzgar a aquellos que ahora no los juzgan rectamente. De donde en otro lugar el mismo cuerpo de Cristo se entiende que dice, Cuando tome el tiempo, yo juzgaré justicias (Sal. LXXIV, 3). Esta palabra, de palabra en palabra, se diría más, Equidades juzgaré. Pero no dijo, Cuando tome el tiempo, haré justicia; porque en todo tiempo debe hacerse, como también aquí dice, Quienes hacen justicia en todo tiempo.

5. [vers. 4, 5.] Luego, porque Dios justifica, es decir, hace justos, sanándolos de sus iniquidades, sigue la oración, Acuérdate de nosotros, Señor, en el beneplácito de tu pueblo: es decir, para que estemos entre aquellos en quienes te complaces; porque no en todos ellos se complace Dios. Visítanos en tu salvación. Pues él es el Salvador, en quien se perdonan los pecados, y se sanan las almas, para que puedan guardar el juicio, y hacer justicia; a quienes, cuando entendieron que eran bienaventurados, quienes dicen estas cosas, esto se piden orando consecuentemente. De esta salvación se dice en otro lugar, Para que conozcamos en la tierra tu camino: y como si preguntáramos en qué tierra, siguió, En todas las naciones; de nuevo, como si preguntáramos qué camino, siguió, Tu salvación (Sal. LXVI, 3). Pues de él dijo el anciano Simeón, Porque han visto mis ojos tu salvación (Luc. II, 30); quien de sí mismo dijo, Yo soy el camino (Juan XIV, 6). Visítanos, pues, en tu salvación, para ver en la bondad de tus elegidos, para alegrarnos en la alegría de tu pueblo: es decir, visítanos en tu salvación, para que veamos en la bondad de tus elegidos, y nos alegremos en la alegría de tu pueblo. Pero lo que aquí se ha puesto, en la bondad; otros códices tienen, en la suavidad: como aquello, Porque es bueno; otros tienen, Porque es suave. Es la misma palabra en griego, que también se lee en otro lugar, El Señor dará suavidad (Sal. LXXXIV, 13): que algunos han interpretado como bondad, otros como benignidad. Pero, ¿qué significa, Visítanos, para que veamos en la bondad de tus elegidos, es decir, en esa bondad que otorgas a tus elegidos; sino para que no permanezcamos ciegos, como aquellos a quienes se les dijo: Ahora decís, Porque vemos; vuestro pecado permanece (Juan IX, 41)? Pues el Señor ilumina a los ciegos (Sal. CXLV, 8), no por sus méritos, sino en la bondad de sus elegidos, es decir, la que exhibe o dona a sus elegidos: como Salud de mi rostro, no de mí mismo, sino mi Dios (Sal. XLII, 5); y decimos nuestro pan cotidiano, pero añadimos, danos (Mat. VI, 11). Visítanos, pues, en tu salvación, para ver, es decir, para que veamos, en la bondad de tus elegidos; para alegrarnos, es decir, para que nos alegremos, en la alegría de tu pueblo. Debemos entender un solo pueblo de Dios, toda la semilla de Abraham; pero los hijos de la promesa, no de la carne. Estos, pues, cuya voz es, desean tener la alegría de ese mismo pueblo. ¿Y cuál es la alegría de este pueblo, sino su Dios? A quien se le dice, Mi exultación, redímeme (Sal. XXXI, 7): y a quien se le dice, Se ha sellado sobre nosotros la luz de tu rostro, Señor; diste alegría en mi

corazón (Sal. IV, 7); ciertamente el bien supremo, verdadero, inmutable y beatificante, que es el mismo Dios. Para que seas alabado con tu heredad. Me sorprende que este verso esté así interpretado en muchos códices, cuando es una y la misma en estos tres versos la locución griega, de modo que si esto es correcto lo que se lee, Para que seas alabado con tu heredad; podría decirse correctamente, Para que veas en la bondad de tus elegidos, y te alegres en la alegría de tu pueblo: con todo este sentido así conectado, Visítanos en tu salvación, para que veas en la bondad de tus elegidos, para que te alegres en la alegría de tu pueblo, y seas alabado con tu heredad. Según lo que hemos dicho, Visítanos, para que veamos en la bondad de tus elegidos, y nos alegremos en la alegría de tu pueblo; consecuentemente aquí debió decirse, Para que seamos alabados con tu heredad: a cuya heredad se le dijo, Gloriad en su santo nombre. Sin embargo, como esta locución parece ambigua; si es verdadero este sentido por el cual los intérpretes prefirieron decir, Para que seas alabado; también los dos versos anteriores deben entenderse así, porque, como he dicho, es una locución griega en estos tres versos: para que todo esto se entienda así dicho, Visítanos en tu salvación, para que veas en la bondad de tus elegidos, es decir, para que nos hagas estar allí, y allí nos veas; para que te alegres en la alegría de tu pueblo, es decir, para que se diga que te alegras, cuando ellos se alegran de ti; para que seas alabado con tu heredad, es decir, cuando seas alabado con ella, porque no se alaba sino por ti. Por tanto, ya sea de una manera o de otra se entienda lo que se ha dicho, para ver, para alegrarse, para alabar; desean ser visitados en la salvación de Dios, es decir, en su Cristo, para no ser ajenos a su pueblo, y a aquellos en quienes Dios se complace.

6. [vers. 6, 7.] Escuchemos ahora lo que confiesan: «Hemos pecado con nuestros padres, hemos actuado injustamente, hemos cometido iniquidad.» ¿Qué significa, con nuestros padres? ¿Acaso como dice la Epístola a los Hebreos, que también Leví fue diezmado con Abraham, porque estaba en sus lomos cuando dio los diezmos al sacerdote Melquisedec (Hebr. VII, 1-10); así también estos pecaron con sus padres, en cuyos lomos estaban cuando ellos estuvieron en Egipto? Pues los que vivían en el tiempo en que se escribió este salmo, especialmente sus descendientes (porque pudo ser dicho por los que entonces vivían o profetizado sobre los futuros), estaban muy lejos de la época de aquellos que pecaron en Egipto, no comprendiendo las maravillas de Dios. Esto es lo que sigue, explicando cómo pecaron con sus padres: Nuestros padres, dice, en Egipto no comprendieron tus maravillas; y otras muchas cosas que recuerda sobre sus pecados. ¿O más bien debe entenderse lo que dice, Hemos pecado con nuestros padres, como si dijera, Hemos pecado como nuestros padres, imitando sus pecados? Si es así, debe demostrarse con algún ejemplo de esta forma de hablar: lo cual, al buscarlo en el momento, no se me ocurre, que alguien diga que ha pecado con otro, o que ha hecho algo con otro, a quien ha imitado en un hecho similar incluso después de mucho tiempo.

7. ¿Qué significa, Nuestros padres no comprendieron tus maravillas; sino que no reconocieron lo que querías otorgarles a través de esas maravillas? ¿Qué otra cosa sino la vida eterna, y no un bien temporal sino inmutable, que se espera con paciencia? Por eso murmuraron impacientemente, se amargaron, y buscaron hacerse felices con los bienes presentes, engañosos y fugaces. No recordaron la multitud de tu misericordia. Y reprende su entendimiento y su memoria. Era necesario el entendimiento para que pensaran a qué bienes eternos los llamaba Dios a través de esos temporales: y la memoria, para que al menos no olvidaran las maravillas hechas temporalmente, y confiaran fielmente en que con el mismo poder que ya habían experimentado, Dios los libraría de la persecución de sus enemigos; pero olvidaron lo que les había concedido en Egipto para destruir a sus enemigos con tantos prodigios. Y lo irritaron, subiendo al mar, al mar Rojo. El códice que observaba, así lo tenía: y en estas dos últimas palabras, lo que se dijo, mar Rojo, estaba señalado con un asterisco;

con el cual se indican las palabras que están en hebreo y no en la interpretación de los Setenta. Sin embargo, muchos códices, tanto griegos como latinos que pude consultar, lo tienen así: Y lo irritaron, o, lo que es más expresivo del griego, Y lo amargaron, subiendo al mar Rojo. Quien lee aquella historia, cuando salieron de Egipto y cruzaron el mar Rojo, lamenta su infidelidad, en cuánta trepidación y desesperación estuvieron, después de tantos y tan recientes milagros en Egipto; de cuya multitud de misericordias de Dios dice que no fueron memoriosos. Subieron, se dice, porque así es la posición de la tierra, que se dice descenso a Egipto desde la tierra de Canaán, y de allí ascenso. Es de notar cómo la Escritura quiso culpar, no entender lo que debe entenderse, y no recordar lo que debe retenerse en la memoria: lo cual los hombres no quieren atribuir a su culpa, para no suplicar menos, y ser menos humildes ante Dios, en cuya presencia confiesen lo que son, y con la ayuda obtenida puedan ser lo que no son. Pues también los pecados de ignorancia o negligencia se acusan mejor para que perezcan, que se excusan para que permanezcan; y se purgan mejor invocando a Dios, que se afirman irritándolo.

8. [vers. 8.] Sin embargo, añade que Dios no actuó según su infidelidad. Y los salvó, dice, por amor de su nombre, para hacer notoria su potencia: no por ningún mérito bueno de ellos.

9. [vers. 9.] Y reprendió al mar Rojo, y se secó. No leemos que se emitiera ninguna voz celestial para reprender al mar; sino que llamó reprensión al poder divino con el que se hizo esto: a menos que alguien diga que fue reprendido secretamente, de modo que el agua pudiera oír, y los hombres no pudieran. Es una fuerza muy oculta y profunda con la que Dios actúa, para que incluso aquellas cosas que carecen de sentido, obedezcan inmediatamente a su voluntad. Y los sacó por los abismos, como por el desierto. Llamó abismos a la multitud de aguas. Pues algunos queriendo interpretar todo este versículo, dijeron, Y los sacó por muchas aguas. ¿Qué significa entonces, por los abismos, como por el desierto, sino que se hizo un desierto por la sequedad donde había abismos de aguas?

10. [vers. 10.] Y los salvó de la mano de los que los odiaban. Algunos interpretaron este versículo de manera indirecta, evitando palabras menos latinas: Y los hizo salvos de la mano de los que los odiaban. Y los redimió de la mano del enemigo. ¿Qué precio se dio en esta redención? ¿O es una profecía, que esto se hizo en figura del Bautismo, donde somos redimidos de la mano del diablo a gran precio, que es la sangre de Cristo? Por lo cual no en cualquier mar, sino en el mar Rojo se figuró esto más convenientemente: pues la sangre tiene color rojo.

11. [vers. 11.] Y cubrió el agua a los que los afligían; no quedó ni uno de ellos: no de todos los egipcios, sino de aquellos que perseguían a los que partían, deseando alcanzarlos o matarlos.

12. [vers. 12.] Y creyeron en sus palabras. Parece una locución menos latina, porque no dijo, En sus palabras, o, en sus palabras, sino, en sus palabras; sin embargo, es muy usada en las Escrituras. Y alabaron su alabanza. Son locuciones como cuando decimos, Sirvió esta servidumbre, vivió tal vida. La alabanza de Dios que menciona es aquella muy conocida, donde se dice: Cantemos al Señor; porque se ha gloriosamente engrandecido: caballo y jinete arrojó al mar (Éxodo XV, 1).

13. [vers. 13.] Pronto hicieron, se olvidaron de sus obras. Otros códices lo tienen más inteligible, Se apresuraron, se olvidaron de sus obras: no esperaron su consejo. Debieron pensar que tantas obras de Dios hacia ellos no eran vanas, sino que llamaban a alguna felicidad sin fin, que debe esperarse con paciencia; pero se apresuraron a hacerse felices con

cosas temporales, que por eso no confieren a nadie la verdadera felicidad, porque no extinguen la insaciable codicia: Porque quien beba de esta agua, dice, volverá a tener sed (Juan IV, 13).

14. [vers. 14.] Finalmente, Y desearon un deseo en el desierto, y tentaron a Dios en un lugar sin agua. Lo que es, en el desierto; esto se repite, en un lugar sin agua, es decir, en un lugar sin agua: lo que es, desearon un deseo; esto es, tentaron a Dios. Tal es la locución, Desearon un deseo; como la anterior, Alabaron una alabanza.

15. [vers. 15.] Y les dio su petición: es decir, lo que pidieron con petición. Y envió saciedad en su alma. Pero no los hizo felices; porque no era aquella saciedad de la que se dice: Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados (Mateo V, 6). Así que aquí no dijo alma en cuanto a lo que es racional, sino en cuanto a lo que anima el cuerpo animal. A la sustentación de este animal pertenece el alimento y la bebida, según lo que se dice en el Evangelio, ¿No es el alma más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido? (Id. VI, 25) como si al alma le correspondiera comer, al cuerpo vestirse. Según esto se dice en Isaías: ¿Por qué hemos ayunado, y no lo viste; hemos afligido nuestras almas, y no lo supiste? (Isaías LVIII, 3).

16. [vers. 16.] Y irritaron a Moisés en el campamento, Aarón el santo del Señor. Qué irritación dice, o, como otros lo han interpretado más expresivamente, amargura, lo indican suficientemente las consecuencias.

17. [vers. 17.] Se abrió, dice, y tragó a Datán, y cubrió sobre la congregación de Abirón. Lo que es, tragó; esto es, cubrió. De ambos, es decir, Datán y Abirón, una era la causa del cisma más soberbio y sacrílego.

18. [vers. 18.] Y se encendió fuego en su sinagoga, la llama consumió a los pecadores. Este nombre no es usado en las Escrituras para aquellos que, aunque vivan justamente y de manera loable, no están sin pecado. Pues así como hay diferencia entre los que se burlan y los burladores, entre los que murmuran y los murmuradores, entre los que escriben y los escritores, y otras cosas similares; así la Escritura suele llamar pecadores a los muy inicuos y cargados con grandes cargas de pecados.

19. [vers. 19, 20.] «E hicieron un becerro en Horeb; y adoraron una imagen esculpida. Y cambiaron su gloria en la semejanza de un becerro que come hierba.» No dijo, en semejanza, sino, en semejanza. Es una locución como aquella donde dice, Y creyeron en sus palabras. Elegante y sabiamente no dijo, Y cambiaron la gloria de Dios, cuando hicieron esto; como también habla el Apóstol, Y cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible (Rom. I, 23): sino que dijo su gloria. Pues Dios era su gloria, si soportaran su consejo, y no se apresuraran; a quien se dice, Mi gloria, y el que exalta mi cabeza (Salmo III, 4). Esta su gloria, es decir, Dios, la cambiaron en la semejanza de un becerro que come hierba, para ser comidos por él, por quien son comidos los que piensan según la carne: Porque toda carne es hierba (Isaías XL, 6).

20. [vers. 21, 22.] Se olvidaron de Dios que los salvó. ¿Cómo los salvó? Que hizo grandes cosas en Egipto, maravillas en la tierra de Cam, cosas terribles en el mar Rojo. Las maravillas son las mismas cosas terribles; pues no hay admiración sin cierto temor: aunque estas también pueden llamarse terribles porque afligieron a los adversarios, y mostraron a estos lo que debían temer.

21. [vers. 23.] Y dijo que los destruiría. Porque se olvidaron de él que los salvó, haciendo grandes cosas, y hicieron y adoraron una imagen esculpida, con este crimen tan inmenso e increíble impiedad, eran dignos de perecer. Dijo entonces que los destruiría; si no se hubiera interpuesto Moisés, su elegido, en la brecha delante de él. No dijo que se interpuso en la brecha, como si fuera a romper la ira de Dios; sino en la brecha, es decir, en la herida con la que iban a ser golpeados: es decir, si no se hubiera interpuesto por ellos, diciendo, Si perdonas su pecado, perdónalos; pero si no, bórrame de tu libro (Éxodo XXXII, 31, 32). Donde se demuestra cuánto vale la intercesión de los santos por otros ante Dios. Pues seguro Moisés de la justicia de Dios, que no podía borrarlo, obtuvo misericordia, para que no borrara a aquellos que justamente podía. Así se interpuso en la brecha delante de él, para apartar su ira, para que no los destruyera.

22. [vers. 24.] Y tuvieron en poco la tierra deseable. Pero, ¿acaso la habían visto? ¿Cómo entonces tuvieron en poco lo que no habían visto, sino como sigue: Ni creyeron en sus palabras? Ciertamente, si aquella tierra no significara algo grande, que se decía tierra que fluye leche y miel (Éxodo III, 8), por lo cual el sacramento visible llevara a la gracia invisible y al reino de los cielos a aquellos que comprendían sus maravillas; de ninguna manera serían culpados por tener en poco aquella tierra, cuyo reino temporal también nosotros debemos tener en poco, para que amemos verdaderamente deseable a Jerusalén, nuestra madre libre, que está en los cielos (Gálatas IV, 26). Pero más bien aquí se reprende con razón la infidelidad, porque en que tuvieron en poco la tierra deseable, no creyeron en las palabras de Dios, que a través de cosas pequeñas los conducían a grandes, y apresurándose a ser felices con cosas temporales, que pensaban según la carne, no esperaron, como se dijo antes, su consejo.

23. [vers. 25.] Y murmuraron en sus tiendas; no escucharon la voz del Señor: que vehementemente los prohibía murmurar.

24. Y levantó su mano sobre ellos, para derribarlos en el desierto: y para derribar su descendencia entre las naciones, y dispersarlos en las regiones.

25. [vers. 28, 29.] Aquí, antes de decir que alguien intercedió ante tanta indignación de Dios, y de alguna manera lo aplacó, añadió lo siguiente. Y se iniciaron en Baal-peor; es decir, consagrados al ídolo de las naciones: Y comieron sacrificios de muertos. Y lo irritaron con sus invenciones, y se multiplicó en ellos la ruina. Como si para esto hubiera diferido, que había levantado su mano sobre ellos para derribarlos en el desierto, y derribar su descendencia entre las naciones, y dispersarlos en las regiones, para que entregados a una mente reprobada, también cometieran aquello, en lo que con un crimen más atroz fueran castigados con evidente justicia; como dice el Apóstol: Y como no aprobaron tener a Dios en su conocimiento, Dios los entregó a una mente reprobada, para hacer lo que no conviene (Rom. I, 28).

26. [vers. 30.] Finalmente, fue tan grande su crimen, que se consagraron al ídolo, y comieron sacrificios de muertos (es decir, porque sacrificaban a hombres muertos como dioses las naciones), que de otra manera Dios no quiso ser aplacado, sino como lo aplacó el sacerdote Finees, quien mató a un hombre y una mujer sorprendidos en adulterio (Núm. XXV, 8). Lo cual, si lo hubiera hecho por odio hacia ellos, no por amor, mientras lo consumía el celo por la casa de Dios, no se le habría contado por justicia. Pues con este hecho, golpeó al pueblo cuyo mayor exterminio estaba por venir, como si fuera una sola persona, para salvar su alma de la muerte. Aunque el Señor Cristo quiso que la disciplina fuera más suave con el Nuevo Testamento revelado; pero la amenaza del infierno es más atroz, que entonces en aquellas

amenazas de Dios por la dispensación de los tiempos no leemos. Se multiplicó entonces en ellos la ruina, cuando por sus graves pecados fueron gravemente devastados. Y se levantó Finees, y aplacó, y cesó la plaga. Brevemente lo dijo todo, porque aquí no enseña a los ignorantes, sino que recuerda a los que saben. Lo que aquí se llama plaga, es lo mismo que antes se llamó quebrantamiento: pues en griego es una sola palabra.

27. [vers. 31.] Y le fue contado por justicia, por generación y generación hasta siempre. Dios lo contó a su sacerdote por justicia, no solo mientras dura la generación, sino hasta siempre; quien escudriña el corazón, y sabe pesar cuánta fue la caridad del pueblo con que se hizo.

28. [vers. 32, 33.] «Y lo irritaron en las aguas de la contradicción, y Moisés fue afligido por ellos; porque exacerbaron su espíritu. Y distinguió con sus labios.» ¿Qué significa, distinguió? Como si aquello no pudiera hacerlo Dios, quien ya había hecho tantas cosas, para que el agua brotara de la roca. Pues golpeó la roca con la vara dudando, y por eso distinguió este milagro de los otros milagros, en los cuales no había dudado. Por esto ofendió, por esto mereció oír que moriría, para no entrar en la tierra de la promesa (Deut. XXXII, 49-52). Perturbado por el murmullo del pueblo infiel, no mantuvo la confianza como debía. Sin embargo, Dios a su elegido, incluso después de su muerte, le da buen testimonio, para que entendamos que aquella vacilación de su fe fue corregida con esta sola pena, que no se le permitió entrar en aquella tierra, a la que él mismo conducía al pueblo. Pero lejos esté de nosotros creer que fue alejado del reino de la gracia de Dios, que significaba aquella tierra de la promesa, de donde se decía que fluía leche y miel. Este es más bien el testamento eterno que dispuso a Abraham, no según la carne nuestro padre, sino según la fe.

29. [vers. 34, 36.] Pero aquellos de cuyas iniquidades habla este salmo, cuando entraron en aquella tierra temporal de la promesa, «No destruyeron a las naciones, que el Señor les había dicho. Y se mezclaron entre las naciones, y aprendieron sus obras, y sirvieron a sus imágenes esculpidas; y les fue por tropiezo.» Aquello de que no las destruyeron, sino que se mezclaron con ellas, les fue por tropiezo.

30. [vers. 37, 40.] «Y sacrificaron a sus hijos y a sus hijas a los demonios: y derramaron sangre inocente, la sangre de sus hijos y de sus hijas, que sacrificaron a las imágenes esculpidas de Canaán.» No cuenta aquella historia que sacrificaran a sus hijos y a sus hijas a los demonios y a los ídolos; pero ni este salmo puede mentir, ni los Profetas, que lo dicen en muchos lugares de sus reprensiones. Que las naciones tenían esta costumbre, tampoco sus escritos lo callaron.

31. ¿Pero qué es lo que sigue? Y la tierra fue asesinada en sangres. Pensaríamos que es un error del escritor, y diríamos que en lugar de "infectada", escribió "asesinada", si no tuviéramos el beneficio de Dios, quien quiso que sus Escrituras estuvieran en muchas lenguas; y así está escrito, "La tierra fue asesinada en sangres", al revisar los códices griegos lo veríamos. ¿Qué significa entonces "La tierra fue asesinada", sino que esto se refiere a los hombres que habitaban en la tierra, en una expresión figurada, donde se significa por lo que contiene, lo que es contenido, como decimos una casa mala, en la que habitan malos, y una buena en la que habitan buenos? Ellos mismos asesinaban sus almas sacrificando a sus hijos y derramando la sangre de los pequeños por la complicidad de ese crimen de los extraños: de ahí que se diga, "Derramaron sangre inocente". Por lo tanto, "La tierra fue asesinada en sangres, y contaminada en sus obras", cuando ellos mismos fueron asesinados en el alma, y contaminados en sus obras. Y fornicaron en sus invenciones. Llama a estas invenciones, lo que los griegos llaman ἐπιτηδεύματα: pues esta palabra está en los códices griegos tanto en

este lugar como anteriormente, donde se dice, "Lo provocaron en sus invenciones"; ya que tanto allí como aquí llama invenciones a aquellas en las que imitaron a otros. No debemos, por lo tanto, considerar que estas invenciones fueron llamadas así como si fueran instituidas por ellos mismos, sin ningún ejemplo previo que imitaran. Por eso, otros de nuestros intérpretes prefirieron decir no invenciones, sino estudios; otros, afectos o afectaciones, otros, placeres: y los mismos que dijeron invenciones, en otro lugar pusieron estudios. Quise recordar esto, para que el nombre de invención no genere una cuestión en aquello que no idearon por sí mismos, sino que imitaron a otros.

32. [vers. 40, 43.] Y el Señor se enojó con furia contra su pueblo. Algunos de nuestros intérpretes no quisieron poner ira, en lo que el griego tiene θυμὸς: pero algunos pusieron mente; otros indignación, otros interpretaron ánimo. Sin embargo, cualquiera de estas palabras que se diga, la perturbación no recae en Dios; sino que, por costumbre, se ha trasladado, y este nombre se ha tomado por el poder de vengar.

33. "Y abominó su heredad. Y los entregó en manos de las naciones, y se enseñorearon de ellos los que los odiaban: y los afligieron sus enemigos, y fueron humillados bajo sus manos." Cuando los llamó heredad de Dios, es evidente que no los abominó para su perdición, sino para su disciplina, y los entregó en manos de sus enemigos. De hecho, sigue: "Muchas veces los libró."

34. Pero ellos lo exasperaron con su consejo. Esto es lo que dijo anteriormente, "No soportaron su consejo." Sin embargo, el consejo del hombre es pernicioso para el mismo hombre, cuando busca lo que es suyo, no lo que es de Dios (Filip. II, 21). En cuya heredad, que Él mismo es para nosotros, cuando se digna a ofrecerse para nuestro disfrute, no sufriremos con los santos las angustias de la sociedad, por el amor a nuestra cosa como si fuera privada. Porque aquella ciudad gloriosísima, habiendo alcanzado la heredad prometida, en la que nadie morirá, nadie nacerá, no tendrá ciudadanos que individualmente se alegren de sus cosas, porque Dios será todo en todos (I Cor. XV, 28). Quien desee fiel y ardientemente esta sociedad en esta peregrinación, se acostumbra a preferir lo común a lo privado, no buscando lo suyo, sino lo que es de Jesucristo: para que no siendo sabio para sí mismo y aconsejándose a sí mismo, exaspere a Dios con su consejo; sino que, esperando lo que no ve, no se apresure a ser feliz con lo que se ve, y esperando pacientemente aquello eterno que no se ve, siga su consejo en sus promesas, de quien en las tentaciones pide ayuda. Así será también humilde en sus confesiones, para no ser semejante a aquellos de quienes se dice: "Y fueron humillados en sus iniquidades."

35. [vers. 44, 45.] Sin embargo, Dios, lleno de misericordia, no los despreció; "Y vio cuando estaban afligidos, cuando escuchó su oración. Y se acordó de su pacto, y se arrepintió según la multitud de su misericordia." Se dice que se arrepintió, porque cambió lo que parecía que iba a destruirlos. Y en Dios, ciertamente, todas las cosas están dispuestas y fijas; ni hace algo como por un consejo repentino, que no haya previsto desde la eternidad que iba a hacer: pero en los movimientos temporales de la criatura, que gobierna maravillosamente, Él no se mueve temporalmente, sino que se dice que hace con una voluntad repentina lo que con la inmutabilidad de su consejo secretísimo dispuso, por las causas ordenadas de las cosas, que reconocidas en sus tiempos, hace presentes, y ya hizo futuras. ¿Y quién es suficiente para estas cosas? Escuchemos, pues, la Escritura, hablando humildemente de cosas excelsas, cuando ofrece lo que debe ser tomado para nutrir a los pequeños, y propone lo que debe ser investigado para ejercitar a los mayores. Y vio cuando estaban afligidos, cuando escuchó su oración; y se acordó de su pacto: ciertamente del pacto eterno que dispuso con Abraham, no del antiguo que se abole, sino del nuevo que también está oculto en el antiguo. Y se arrepintió

según la multitud de su misericordia. Hizo esto que había dispuesto, pero había previsto que se lo concedería a los afligidos y orantes; porque incluso su oración, cuando aún no existía, sino que iba a existir, sin duda no estaba oculta a Dios.

36. [vers. 46.] Y los entregó en misericordias. Para que no fueran vasos de ira, sino vasos de misericordia (Rom. IX, 22, 23). Por eso creo que se dice misericordias en plural, en las que los entregó, porque cada uno tiene su propio don de Dios, uno de una manera, otro de otra (I Cor. VII, 7). Los entregó, pues, en misericordias, ante la vista de todos los que los habían capturado. Ahora bien, tú que lees esto, y conoces la gracia de Dios, por la cual somos redimidos para la vida eterna por nuestro Señor Jesucristo, leyendo en las Cartas apostólicas, y escudriñando en las proféticas, y ves el Antiguo Testamento revelado en el Nuevo, y el Nuevo velado en el Antiguo; recuerda a quién llamó el apóstol Pablo príncipe de la potestad del aire, que opera en los hijos de desobediencia (Ephes. II, 2), y aquello donde dice de algunos, para que se arrepientan de los lazos del diablo, cautivos por él según su voluntad (II Tim. II, 26): y las palabras del Señor Jesucristo, donde al expulsarlo de los corazones de los fieles dice, "Ahora el príncipe de este mundo ha sido echado fuera" (Joan. XII, 31); y del mismo Apóstol diciendo, "Quien nos libró del poder de las tinieblas, y nos trasladó al reino del Hijo de su amor" (Coloss. I, 13). Reflexionando sobre estas y otras cosas semejantes, dirige tu mente también a las letras del Antiguo Testamento, y ve lo que se canta en ese salmo cuyo título es, "Cuando se edificaba la casa después de la cautividad": pues allí se dice, "Cantad al Señor un cántico nuevo. Y no pienses que se refiere solo al pueblo de los judíos: "Cantad", dice, "al Señor, toda la tierra; cantad al Señor, bendecid su nombre, anunciad, o más bien, proclamad bien, mejor dicho, para traducir la misma palabra que está en griego, evangelizad día tras día, su salvación. Pues de ahí se deriva el nombre de Evangelio, en el que se anuncia día tras día, el Señor Cristo, luz de luz, Hijo del Padre. Pues esto es también su salvación; porque la salvación de Dios es Cristo, como ya hemos demostrado anteriormente. "Anunciad entre las naciones su gloria, en todos los pueblos sus maravillas. Porque grande es el Señor y digno de alabanza, temible sobre todos los dioses: porque todos los dioses de las naciones son demonios" (Psal. XCV, 1-5). Estos enemigos, pues, con su rey el diablo, mantenían cautivo al pueblo de Dios. De esta cautividad, cuando somos redimidos, y el príncipe de este mundo es echado fuera, se edifica la casa después de la cautividad: cuyo piedra angular es Cristo, quien hizo de los dos uno, en un nuevo hombre, haciendo la paz, que el día tras día vino a evangelizar a los que estaban cerca, y a los que estaban lejos, haciendo de ambos uno (Ephes. II, 13-22); y trayendo otras ovejas que no son de este redil, para que haya un solo rebaño y un solo pastor (Joan. X, 16). Y así Dios los entregó en misericordias a sus predestinados; porque no es del que quiere ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia (Rom. IX, 16): ante la vista de todos los que los habían capturado. Estos enemigos, el diablo y sus ángeles, habían capturado a los predestinados para el reino y la gloria de Dios: pero nuestro Redentor los echó fuera, quienes solían dominar a los infieles desde dentro, ahora atacan a los fieles desde fuera. Pero atacan, no conquistan a aquellos que toman la torre de fortaleza ante el enemigo (Psal. LX, 4). Para que ataquen, sienten en nosotros las reliquias de la debilidad, por las cuales decimos, "Perdona nuestras deudas"; por las cuales decimos, "No nos dejes caer en la tentación, sino líbranos del mal" (Matth. VI, 12, 13). Así que, con estos enemigos expulsados, el Señor Cristo perfeccionó las sanidades en el cuerpo, del cual Él mismo es la cabeza, el Salvador del cuerpo (Ephes. V, 23), para que en ese mismo cuerpo suyo se consuma el tercero. Pues así dijo, "He aquí, expulso demonios, y perfecciono sanidades hoy y mañana, y al tercer día soy consumado" (Luc. XIII, 32); es decir, soy perfeccionado, encontrándonos todos en un hombre perfecto, en la medida de la estatura de la plenitud de Cristo (Ephes. IV, 13).

37. [vers. 47, 48] Así que, con los demonios expulsados, por quienes éramos mantenidos cautivos, perfecciona las sanidades. Por eso, aquí, después de haber dicho, "Y los entregó en misericordias, ante la vista de todos los que los habían capturado"; como si los demonios que los habían capturado fueran expulsados, se hace una oración para que perfeccione las sanidades. Sálvanos, Señor nuestro Dios, y reúnenos de las naciones, o, como tienen otros códices, de los Gentiles; para que confesemos tu santo nombre, y nos gloriemos en tu alabanza. Luego brevemente añadió la misma alabanza, "Bendito sea el Señor Dios de Israel, desde el siglo y hasta el siglo": lo que entendemos, desde la eternidad hasta la eternidad; porque sin fin será alabado por aquellos de quienes se dice, "Bienaventurados los que habitan en tu casa, te alabarán por los siglos de los siglos" (Psal. LXXXIII, 5). Esta es la tercera consumación del cuerpo de Cristo, con los demonios expulsados y las sanidades perfeccionadas, hasta la inmortalidad de ese mismo cuerpo, el reino eterno de los que alaban perfectamente, porque aman perfectamente: y aman perfectamente, porque contemplan cara a cara. Entonces se perfeccionará lo que al principio de este salmo se oró: "Acuérdate de nosotros, Señor, en el beneplácito de tu pueblo; visítanos en tu salvación, para ver en la bondad de tus elegidos, para alegrarnos en la alegría de tu pueblo, para que seas alabado con tu heredad." Pues no solo de los Gentiles reúne las ovejas que se perdieron de la casa de Israel (Matth. XV, 24), sino también aquellas que no son de ese redil; para que haya un solo rebaño, como se ha dicho, y un solo pastor. Pero los judíos, al pensar que esta profecía se refiere a su reino visible, porque no saben alegrarse con la esperanza de los bienes invisibles; caerán en los lazos de aquel de quien el Señor dijo: "Yo he venido en nombre de mi Padre, y no me recibisteis; otro vendrá en su propio nombre, a él recibiréis" (Joan. V, 43). De quien el apóstol Pablo dice, "Porque se revelará el hombre de pecado, el hijo de perdición, que se opone y se exalta sobre todo lo que se llama Dios, o que es adorado, de modo que se sienta en el templo de Dios, mostrándose como si fuera Dios." Y poco después, "Entonces se revelará," dice, "el inicuo, a quien el Señor Jesús matará con el espíritu de su boca, y destruirá con la iluminación de su presencia, cuya presencia es según la operación de Satanás, con todo poder y señales y prodigios de mentira, y con toda seducción de iniquidad para los que perecen, porque no recibieron el amor de la verdad para ser salvos; y por eso Dios les enviará una operación de error, para que crean en la mentira, y sean juzgados todos los que no creyeron en la verdad, sino que consintieron en la iniquidad" (II Thess. II, 3-11). Por este fugitivo, por este que se exalta sobre todo lo que se llama Dios, o que es adorado, me parece que el pueblo de los israelitas carnales pensará que se cumple esta profecía que dice, "Sálvanos, Señor nuestro Dios, y reúnenos de los Gentiles"; que con ese líder, como ante la vista de sus enemigos visibles, que los habían capturado visiblemente, tendrán una gloria visible. Así creerán en la mentira, porque no recibieron el amor de la verdad, para no desear los bienes carnales, sino los espirituales. Pues así fueron engañados por el diablo, para que mataran a Cristo, cuando dijeron, "Si lo dejamos así, todos creerán en él, y vendrán los romanos, y tomarán nuestro lugar y nuestra nación": cuando "Caifás, uno de ellos, siendo sumo sacerdote de aquel año, les dijo, Vosotros no sabéis nada, ni pensáis que nos conviene que un hombre muera por el pueblo, y no perezca toda la nación. Esto," como entendió el Evangelista, "no lo dijo de sí mismo, sino que siendo sumo sacerdote de aquel año, profetizó que Jesús iba a morir por la nación; y no solo por la nación," es decir, por las ovejas que se perdieron de la casa de Israel, "sino para reunir en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos" (Joan. XI, 48-52). Pues tenía otras ovejas que no eran de ese redil: todas estas ovejas, tanto de los israelitas como de los gentiles, el diablo y sus ángeles las habían capturado. Así que, con el dominio del diablo expulsado de ellas, ante la vista de los espíritus malignos que las habían capturado, para que sean salvadas y perfeccionadas para siempre, su voz es en la profecía: "Sálvanos, Señor nuestro Dios, y reúnenos de los Gentiles." No como creen los judíos que se cumplirá por el anticristo, sino por Cristo nuestro Señor que viene en el nombre de su Padre,

"día tras día, su salvación"; de quien también se dijo aquí, "Visítanos en tu salvación." Y dirá todo el pueblo: este pueblo predestinado de la circuncisión y el prepucio, nación santa, pueblo en adopción: "Sea, sea."

EN EL SALMO CVI COMENTARIO.

1. Este salmo nos encomienda las misericordias de Dios, probadas en nosotros, y por eso es más dulce para los que las han experimentado. Y es extraño si puede ser dulce para cualquiera, excepto para aquel que ha aprendido en sí mismo lo que escucha en este salmo. Sin embargo, no está escrito para uno o dos, sino para el pueblo de Dios, y se propone como un espejo para que se reconozcan a sí mismos. Su título no debe ser tratado ahora: es "Aleluya", y dos veces "Aleluya". Lo cual es costumbre para nosotros cantar en cierto tiempo solemnemente, según la antigua tradición de la Iglesia: pues tampoco cantamos esto sin sacramento en ciertos días. Cantamos "Aleluya" en ciertos días, pero lo pensamos todos los días. Pues si con esta palabra se significa la alabanza de Dios, aunque no esté en la boca de la carne, ciertamente en la boca del corazón, "Siempre su alabanza en mi boca" (Psal. XXXIII, 2). Pero el hecho de que este título tenga "Aleluya" no una vez, sino dos veces, no es propio de este salmo, sino que otro anterior también lo tiene. Y según parece por su texto, aquel fue cantado sobre el pueblo de Israel; pero este se canta sobre toda la Iglesia de Dios extendida por toda la tierra. Quizás no sin razón tiene "Aleluya" dos veces: porque clamamos "Abba, Padre". Aunque "Abba" no es otra cosa que "Padre": sin embargo, no en vano dijo el Apóstol, "En quien clamamos, Abba, Padre" (Rom. VIII, 15): porque una pared viene al ángulo de la piedra, clama "Abba"; otra desde el otro lado clama "Padre"; en aquel mismo ángulo de la piedra, que es nuestra paz, que hizo de ambos uno (Ephes. II, 14, 20). Veamos, pues, aquí qué se nos advierte, y de qué nos alegramos, y de qué gemimos, y de qué pedimos ayuda; de qué somos abandonados, de qué se nos socorre; qué somos por nosotros mismos, qué por la misericordia de Dios; cómo nuestra soberbia es quebrantada, para que su gracia sea glorificada. Que lo que voy a decir, si es posible, ocurra en cada uno de los hombres. Hablo, sin embargo, a hombres que caminan en el camino de Dios, y están establecidos en algún progreso espiritual: por lo que si algunos quizás me entienden menos por esto, encuentren dónde están, y apresúrense a avanzar hacia el entendimiento. No creo, sin embargo, que Dios vaya a abandonar nuestro esfuerzo, para que lo que hablamos llegue a todos, ya sean experimentados o inexpertos, para que los experimentados lo aprueben, los inexpertos lo deseen, y mi discurso sea dulce para todos: que primero será dulce al Señor, si será verídico; y será verídico, si no será de mí mismo, sino de Él. Así comenzó el Salmo.

2. [vers. 1.] Confesad al Señor, porque es bueno, porque su misericordia es para siempre. Esto confesad, porque es bueno: si habéis gustado, confesad. Pero no puede confesar quien no quiso gustar: ¿cómo dirá que es bueno lo que no conoce? Pero si habéis gustado cuán bueno es el Señor (I Petr. II, 3), "Confesad al Señor, porque es bueno": si habéis gustado con avidez, confesad con alabanza. Porque su misericordia es para siempre, es decir, para siempre. Aquí está puesto así, "para siempre", porque también en algunos lugares de la Escritura, "para siempre", es decir, lo que en griego se dice εἰς αἰῶνα, se entiende como para siempre. Pues su misericordia no es temporal, y no es para siempre; ya que esta misericordia suya está sobre los hombres para que vivan con los ángeles para siempre.

3. [vers. 2-9.] Digan los redimidos del Señor. El pueblo de Israel fue redimido de la tierra de Egipto, de la mano de la servidumbre, de trabajos infructuosos, de obras de barro: veamos, sin embargo, si son ellos quienes dicen esto, quienes fueron liberados de Egipto por el Señor. No es así. Pero, ¿quiénes son estos? A quienes redimió de la mano de los enemigos. Aún se

puede considerar a aquellos redimidos de la mano de los enemigos, es decir, de los egipcios. Se expresan propiamente quienes son por quienes este salmo quiere ser cantado. De las regiones los congregó. Pueden ser aún las regiones de Egipto, pues incluso una sola provincia tiene muchas regiones. Que lo diga claramente: Del oriente y del occidente, del norte y del mar. A estos ya redimidos los entendemos en todo el orbe de la tierra. Este pueblo de Dios, liberado de un Egipto grande y extenso, es conducido como por el Mar Rojo, para que en el Bautismo termine con los enemigos. Pues en el sacramento, como en el Mar Rojo, es decir, en el Bautismo consagrado con la sangre de Cristo, los egipcios que persiguen, los pecados, son borrados; y al escapar tú, no queda enemigo alguno que te oprima. Que estos, pues, digan esto; y escuchemos ya, hermanos, (pues este pueblo de Dios es conducido) qué se hace aquí en la congregación de todas las naciones redimidas por Cristo: no como si estas cosas que se cantan sucedieran simultáneamente en todos, sino en cada uno de los creyentes; pero en aquel pueblo de otra manera. Pues todo el pueblo, toda aquella nación de la semilla de Abraham según la carne, toda la multitud de la casa de Israel fue sacada de Egipto una sola vez, conducida una sola vez por el Mar Rojo, llevada una sola vez a la tierra de la promesa; pues todos estaban juntos en quienes estas cosas sucedían: Pero todas estas cosas les sucedían en figura; y están escritas para nuestra corrección, a quienes ha llegado el fin de los siglos (I Cor. X, 11). Nosotros, en cambio, no todos juntos, sino poco a poco y uno por uno, somos congregados en una cierta ciudad, y en un solo pueblo de Dios; pero en cada uno de nosotros, incluso individualmente, suceden estas cosas que están escritas, suceden en el pueblo. Pues el pueblo se compone de individuos, no los individuos del pueblo: ¿acaso un solo hombre de los pueblos? Sino que el pueblo se compone de individuos. Por tanto, cualquier cosa que reconozcas en ti cuando hablo, quienquiera que lo hayas experimentado, no pienses que permanece en ti solo, y creas que solo te sucede a ti; sino cree que estas cosas suceden o en todos, o en casi todos los que vienen a este pueblo, y son redimidos de la mano de los enemigos con preciosa sangre.

4. Repetirá continuamente lo que cantamos ahora: Confiesen al Señor sus misericordias, y sus maravillas a los hijos de los hombres. Estos versos, tanto como he podido advertir, lo que también ustedes pueden, los repite cuatro veces; en este número, tanto como hemos podido investigar con la ayuda del Señor, nos significa cuatro ciertas tentaciones, de las cuales nos libera aquel a quien confiesan sus misericordias. Imagina a un hombre que al principio no busca nada, viviendo según la vida antigua con una seguridad engañosa, sin pensar que hay algo más después de esta vida que alguna vez terminará; negligente y perezoso, con el corazón sepultado en las seducciones del mundo, y adormecido por deleites mortales: para que este sea despertado a buscar la gracia de Dios, para que se vuelva solícito, y como si despertara del sueño, ¿no es la mano de Dios quien lo despierta? Pero aún ignora de quién ha sido despertado. Comienza, sin embargo, a ser ya de Dios, cuando conoce la fe de la verdad. Pero antes de conocerla, lamenta su error. Pues se encuentra en el error, quiere conocer la verdad, llama donde puede, intenta lo que puede, vaga donde puede, incluso sufre hambre de la misma verdad. La primera tentación, por tanto, es de error y hambre. Cuando en esta tentación, fatigado, clame a Dios, es conducido al camino de la fe, desde donde comienza a dirigirse a la ciudad de la paz. Es conducido, pues, a Cristo, quien dijo: Yo soy el camino (Juan XIV, 6).

5. Cuando, pues, esté allí, ya sabiendo qué debe observar, a veces, atribuyéndose mucho a sí mismo, y como presumiendo de sus propias fuerzas, comienza a querer luchar contra los pecados, y por la soberbia es vencido. Se encuentra, pues, atado por las dificultades de las pasiones, y no puede caminar por el camino debido a los grilletes: se siente encerrado por la dificultad de los vicios; y como si un muro de imposibilidad se levantara, con las puertas

cerradas, no encuentra por dónde escapar para vivir rectamente. Ya sabe cómo debe vivir: antes estaba en el error, y sufría hambre de la verdad; pero ya ha recibido el alimento de la verdad, y ha sido puesto en el camino: escucha, Vive bien, según lo que sabes; antes no sabías cómo vivir, ahora has recibido y sabes. Lo intenta, no puede; se siente atado, clama al Señor. La segunda tentación, pues, es de dificultad en obrar bien, como aquella primera de error y hambre. Clama también en esta al Señor: el Señor lo libera de las necesidades, rompe las cadenas de la dificultad, lo establece en la operación de la equidad. Comienza a serle ya fácil lo que antes era difícil, abstenerse de los males, no adulterar, no robar, no cometer homicidio, no sacrilegio, no codiciar lo ajeno: se ha hecho facilidad lo que antes era dificultad. El Señor pudo conceder esto sin dificultad; pero si lo tuviéramos sin dificultad, no reconoceríamos al dador de este bien. Pues si al principio, cuando quisiera, pudiera, y no sintiera las pasiones oponiéndosele, ni su alma cargada por sus cadenas se golpeara; atribuiría a sus propias fuerzas lo que siente que puede, y no confesarían al Señor sus misericordias.

6. Después de estas dos tentaciones, la primera de error y falta de verdad, la segunda de dificultad en obrar bien, la tercera tentación toma al hombre: hablo a quien ya ha pasado estas dos. Pues estas dos, confieso, son conocidas por muchos. ¿Quién no sabe que ha venido de la ignorancia a la verdad, del error al camino, del hambre de sabiduría a la palabra de fe? Luego muchos luchan con las dificultades de sus vicios, y aún gimen atados por la costumbre como en un encierro y grilletes. Reconocen también esta tentación, aunque ya digan, si acaso dicen: ¡Infeliz de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? (Rom. VII, 24). Pues mira las cadenas más estrechas: La carne, dice, codicia contra el espíritu, y el espíritu contra la carne; para que no hagáis lo que queréis (Gál. V, 17). Por tanto, quien ya ha sido ayudado por el espíritu, para que así como no quiso ser adúltero, así no lo sea; como no quiso ser ladrón, así no lo sea; y todas aquellas cosas que los hombres quieren vencer, y a menudo, doblados, son vencidos, para que clamen a Dios, para que los saque de sus necesidades, y liberados de allí confiesen al Señor sus misericordias: quienquiera que sea tal, y ha vencido aquellas dificultades, y ya se comporta de manera aprobable entre los hombres, sin ninguna queja de malos hábitos, es tomado por la tercera tentación de cierto tedio en la demora de esta vida, de modo que a veces ni leer ni orar le deleita. La tercera tentación es contraria a la primera: pues antes peligraba por hambre, después por hastío. ¿De dónde también esto, sino de cierta languidez del alma? Ya no te seduce el adulterio, pero tampoco te deleita la palabra de Dios. Ya después del peligro de la ignorancia y la concupiscencia, de las cuales dos te alegras de haber escapado, mira que no te mate el tedio y el hastío. Esta tampoco es una tentación leve: reconócete en ella, y clama al Señor, para que también aquí te libere de tus necesidades; y cuando hayas sido liberado de esta tentación, confiesa a Él sus misericordias.

7. Pero liberado del error, liberado de la dificultad de obrar bien, liberado del tedio y hastío de la palabra de Dios, tal vez serás digno de que se te confíe un pueblo; serás puesto en el timón de la nave, para gobernar la Iglesia. Allí la cuarta tentación. Las tempestades del mar que sacuden a la Iglesia, turban al timonel. De hecho, esas tres tentaciones puede experimentar todo piadoso fiel en el pueblo de Dios; esta cuarta es nuestra. Pues cuanto más somos honrados, tanto más peligramos. Se debe temer que el peligro del error aparte a alguno de ustedes de la verdad; se debe temer que la concupiscencia venza a cualquiera, y elija seguirla, en lugar de clamar al Señor por sus dificultades; se debe temer que a cualquiera de ustedes le sepa menos la palabra de Dios, y muera de hastío: pero la tentación de gobernar, la tentación de los peligros en el gobierno de la Iglesia nos toca principalmente a nosotros. Pero, ¿cómo estarán ustedes ajenos, si toda la nave peligra? Lo digo para que en esta cuarta tentación, como si fuera nuestra propia (donde es necesario que no cesen de orar, pues

ustedes son los primeros en naufragar), no sean menos solícitos, y oren menos por nosotros. Pues, hermanos, ¿porque no se sientan en el mismo timón, no navegan en la misma nave?

8. Después de estas cuatro tentaciones, cuatro clamores, cuatro liberaciones, cuatro confesiones de las misericordias del Señor, en este salmo se encomienda en general la misma Iglesia; para que sepan evidentemente de qué hablaba el Salmo desde el principio. Se encomienda, además, de tal manera que en todo se nos predica la gracia de Dios, quien resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes (Santiago IV, 6): porque por eso vino, para que los que no ven, vean, y los que ven, se vuelvan ciegos (Juan IX, 32); porque todo valle será llenado, y todo monte y collado será humillado (Isaías XL, 4). Con esto encomendado, se dice algo que también se puede entender de los herejes, con los cuales la Iglesia es sacudida como por guerras civiles; y se concluye el Salmo, que ya he expuesto, tal vez más brevemente de lo que pensaban. Pues hasta tal punto creo que he expuesto todo este salmo algo extenso, que ya no esperen de mí el oficio de un expositor, sino casi de un lector, si retienen lo que dije. Pues creo que están ante sus ojos; pero para que se recomienden mejor, se repitan brevemente. La primera tentación es de error y hambre de la palabra; la segunda de dificultad para vencer las concupiscencias; la tercera de tedio y hastío; la cuarta de tempestad y peligros en el gobierno de las Iglesias: y en todas estas, clamores, y liberaciones, y confesiones de las misericordias de Dios. Al final se hace la recomendación de la misma Iglesia, que también ha sido salvada por la gracia de nuestro Dios, no por su mérito: y se recuerda la aflicción de los enemigos por la soberbia; con los cuales extinguidos, la Iglesia se levanta: y por ciertas insidias de disminución de los herejes, y de ciertos daños domésticos, y de estos beneficios divinos alrededor de la Iglesia; y la conclusión del Salmo. Leamos ya más que discutamos.

9. «Digan los redimidos del Señor, a quienes redimió de la mano de los enemigos; de las regiones los congregó, del oriente y del occidente, y del norte y del mar.» Que lo digan, pues, los cristianos, convocados de todo el orbe. Erraron en el desierto, en la sequedad, no encontraron el camino de la ciudad de habitación. Escuchamos el error miserable: ¿qué de la indigencia? Hambrientos y sedientos, su alma desfalleció en ellos. Pero, ¿por qué desfalleció? ¿para qué bien? Pues Dios no es cruel; sino que se recomienda a sí mismo, lo que nos conviene, para que al desfallecer nosotros, se le ruegue, y al socorrer, se le ame. Y por eso, después de este error y hambre y sed, Y clamaron al Señor, cuando estaban angustiados; y los libró de sus necesidades. ¿Y qué les concedió, porque erraban? Y los condujo por el camino recto. No encontraban el camino de la ciudad de habitación, ardían de hambre y sed, y desfallecían, Y los condujo por el camino recto, para que fueran a la ciudad de habitación. Cómo socorrió su hambre y sed, aún no lo dice, pero también esto esperen. Confiesen al Señor sus misericordias, y sus maravillas a los hijos de los hombres. Digan, experimentados, a los inexpertos, ya puestos en el camino, ya dirigidos a encontrar la ciudad, ya finalmente liberados del hambre y la sed: Porque sació el alma vacía, y el alma hambrienta la llenó de bienes.

10. [vers. 10-17.] Vive, pues, bien; ya estás puesto en el camino, ya has escuchado qué debes hacer, qué esperar. ¿Qué otra cosa sigue, ya que intentas y eres vencido? Sentados en tinieblas y en sombra de muerte, atados en miseria y hierro. ¿De dónde esto, sino porque te atribuías a ti mismo, porque no reconocías la gracia de Dios, porque reprobabas el consejo del Señor sobre ti? Pues mira lo que añade: Porque amargaron las palabras del Señor; por soberbia, ignorando la justicia del Señor, y queriendo establecer la suya (Rom. X, 3). Y el consejo del Altísimo lo exacerbaron. Y su corazón fue humillado en trabajos. Y ahora lucha contra la concupiscencia. Al desistir Dios de la ayuda, puedes trabajar, no puedes vencer. Y cuando hayas sido oprimido por tu costumbre mala, tu corazón será humillado en trabajos;

para que ya con el corazón humillado aprendas a clamar: «¡Infeliz de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?» Fue, pues, «humillado en trabajos su corazón; se debilitaron, y no hubo quien los ayudara.» ¿Qué, pues, queda, sino por qué fue hecho? «Pues si se hubiera dado una ley que pudiera vivificar, ciertamente la justicia sería por la Ley: pero la Escritura encerró todo bajo pecado, para que la promesa por la fe de Jesucristo se diera a los creyentes» (Gál. III, 21, 22). «La ley, sin embargo, se introdujo para que abundara el delito» (Rom. V, 20). Recibiste la palabra, recibiste el precepto, y no dejas de hacer lo que hacías mal; y al recibir el precepto, aumentas los pecados por la transgresión. Soberbio, si te desconocías, al menos aprende humillado: clamarás, serás liberado de la necesidad; liberado confesarás las misericordias del Señor. Y clamaron al Señor, cuando estaban angustiados, y los salvó de sus necesidades. Fueron liberados de la segunda tentación, queda la del tedio y hastío. Pero primero vean qué les concedió a estos liberados. «Y los sacó de las tinieblas y de la sombra de muerte, y rompió sus cadenas. Confiesen al Señor sus misericordias, y sus maravillas a los hijos de los hombres.» ¿Por qué? ¿Qué dificultades venció? «Porque rompió las puertas de bronce, y quebró los cerrojos de hierro. Los rescató del camino de su iniquidad: pues por sus injusticias fueron humillados.» Porque se atribuían a sí mismos, no a Dios: porque establecían su justicia, ignorando la justicia de Dios, fueron humillados. Se encontraron no pudiendo sin su ayuda, quienes presumían de sus propias fuerzas.

11. [vers. 18-22.] Pero, ¿qué otro género queda? Toda comida abominó su alma. Ya sufren hastío, languidecen de hastío, peligran de hastío: a menos que pienses que pudieron ser muertos de hambre, y no de hastío. Mira lo que sigue, cuando dijo, Toda comida abominó su alma; para que no creas que, como si estuvieran seguros por la saciedad, no más bien veas que morirán de hastío: Y se acercaron, dice, hasta las puertas de la muerte. ¿Qué, pues, queda? Para que lo que te deleita la palabra de Dios, no te lo atribuyas, ni de aquí te infles con alguna arrogancia, y ávido de alimento, te lances con soberbia sobre aquellos que peligran de hastío. Entiende que también esto te ha sido concedido, no de ti mismo. Pues, ¿qué tienes que no hayas recibido? (I Cor. IV, 7). Entendiendo esto, pues, y peligrando por este vicio y languidez, haz lo que sigue: Y clamaron al Señor, cuando estaban angustiados, y los libró de sus necesidades. Y porque era languidez no deleitarse: Envió su palabra, y los sanó. Mira qué mal tiene el hastío; mira de qué libera aquel a quien clama el que está en hastío. Envió su palabra, y los sanó: y los libró. ¿De dónde? No del error, no del hambre, no de la dificultad de vencer los pecados, sino de su corrupción. Cierta corrupción de la mente es abominar lo que es dulce. Por tanto, también de este beneficio, como de los anteriores, Confiesen al Señor sus misericordias, y sus maravillas a los hijos de los hombres. Y ofrezcan sacrificio de alabanza. Pues ya para que sea alabado, es dulce el Señor. Y anuncien sus obras con júbilo: no con hastío, no con tristeza, no con ansiedad, no con fastidio, sino con júbilo.

12. [vers. 23-31.] Queda la cuarta, en la que todos estamos en peligro. Todos estamos en el barco: unos trabajan, otros son llevados; sin embargo, todos juntos estamos en peligro en la tempestad y somos salvados en el puerto. Después de todo esto sigue, "Los que descienden al mar en naves, haciendo obra en muchas aguas": es decir, en muchos pueblos. Que las aguas a menudo se ponen por pueblos, lo atestigua el Apocalipsis de Juan, donde al preguntar Juan qué eran aquellas aguas, se le respondió, "Son pueblos" (Apoc. XVII, 15). Los que hacen obra en muchas aguas, ellos vieron las obras del Señor y sus maravillas en el abismo. ¿Qué hay más profundo que los corazones humanos? De allí a menudo surgen los vientos, las tempestades de sediciones, y las disensiones perturban la nave. ¿Y qué se hace en estos casos? Queriendo Dios que clamen a Él tanto los que gobiernan como los que son llevados, "Dijo, y se detuvo el espíritu de la tormenta". ¿Qué significa "se detuvo"? Permaneció, perduró: aún turba, sacude por mucho tiempo, se enfurece, y no pasa. Porque "dijo, y se

detuvo el espíritu de la tormenta". ¿Y qué hizo este espíritu de la tormenta? "Y se exaltaron sus olas. Suben hasta los cielos", al oír: "descienden hasta los abismos", al temer. Suben hasta los cielos, descienden hasta los abismos: "fuera luchas, dentro temores". Su alma se consumía en males. Se turbaron y se movieron como ebrios. Los que se sientan al timón y los que aman fielmente la nave sienten lo que digo: "Se turbaron y se movieron como ebrios". Ciertamente cuando hablan, cuando leen, cuando tratan, parecen sabios: ¡ay de la tempestad! Y toda su sabiduría, dice, fue absorbida. A veces fallan todos los consejos humanos: a donde quiera que uno se vuelva, las olas rugen, la tempestad se enfurece, los brazos fallan; hacia dónde se dirija la proa, a qué ola se exponga el costado, hacia dónde se empuje la nave, de qué rocas se refrene para no perecer, no lo ven en absoluto los rectores. ¿Y qué queda, sino lo que sigue? "Y clamaron al Señor en su tribulación, y los sacó de sus necesidades. Y mandó a la tormenta, y se convirtió en brisa". No se detuvo en la tempestad, sino en la brisa. Y se calmaron sus olas. Escuchen sobre este asunto la voz de un cierto gobernador en peligro, humillado, liberado: "No quiero", dice, "que ignoren, hermanos, nuestra tribulación que nos sobrevino en Asia, porque fuimos abrumados más allá de nuestras fuerzas, y más allá de lo soportable," (veo toda su sabiduría absorbida) "de tal manera que nos cansamos", dice, "incluso de vivir". ¿Y qué? ¿Él los abandonaría así desfallecientes? ¿O no fue para que desfallecieran, para que Él encontrara gloria en ellos? Finalmente, ¿qué sigue? "Pero tuvimos en nosotros mismos la sentencia de muerte, para que no confiáramos en nosotros mismos, sino en Dios que resucita a los muertos" (II Cor. I, 8, 9). "Y mandó a la tormenta, y se convirtió en brisa". Ya tenían en sí mismos la sentencia de muerte, aquellos cuya sabiduría fue absorbida. "Y se calmaron sus olas. Y se alegraron porque se calmaron: y los condujo al puerto de su voluntad. Confiesen al Señor sus misericordias". En todo lugar, en todo lugar confiesen al Señor, no nuestros méritos, no nuestras fuerzas, no nuestra sabiduría, sino sus misericordias. Que Él sea amado en toda nuestra liberación, quien es invocado en toda nuestra tribulación. Confiesen al Señor sus misericordias y sus maravillas para con los hijos de los hombres.

13. [vers. 32-38.] Y vean de dónde dice, de dónde ha hablado de todas estas cosas, de dónde ha enumerado todo esto, dónde se llevan a cabo estas cosas. "Y exáltenlo en la Iglesia del pueblo, y en la cátedra de los ancianos lo alaben. Y exáltenlo," esto es, "lo alaben:" y lo alaben," esto es, "lo exalten." Exalten, alaben pueblos y ancianos, comerciantes y gobernadores. ¿Qué ha hecho en esta Iglesia? ¿Qué ha establecido? ¿De dónde la ha sacado? ¿Qué le ha concedido? Como resistió a los soberbios, dio gracia a los humildes (Santiago IV, 6): a los soberbios, es decir, al primer pueblo de los judíos, arrogante y enaltecido por ser del linaje de Abraham, y porque a esa nación se le confiaron los oráculos de Dios (Rom. III, 2). No les valían estas cosas para la salud, sino para la exaltación del corazón, para la hinchazón más que para la grandeza. ¿Qué hizo entonces Dios, resistiendo a los soberbios, dando gracia a los humildes; cortando las ramas naturales por la soberbia, injertando el acebuche por la humildad (Id. XI, 17-24)? ¿Qué hizo Dios? Escuchen estas dos cosas: cómo Dios resiste a los soberbios, luego cómo da gracia a los humildes. Puso ríos en el desierto. Corrían allí las aguas, corrían las profecías: busca ahora un profeta entre los judíos, no lo encuentras. "Puso" ríos "en el desierto, y salidas de aguas en sed. Puso ríos en el desierto." Digan, "Ya no hay profeta, y no nos conocerá más" (Sal. LXXIII, 9). "Puso ríos en el desierto, y salidas de aguas en sed, tierra fructífera en salinas." Buscas allí la fe de Cristo, no la encuentras; buscas un profeta, no lo encuentras; buscas un sacerdote, no lo encuentras, buscas sacrificio, no lo encuentras; buscas templo, no lo encuentras. ¿Por qué esto? Porque, "Puso ríos en el desierto, y salidas de aguas en sed; tierra fructífera en salinas." ¿De dónde, por qué mérito? "Por la maldad de los que habitan en ella." Así es como resiste a los soberbios: escucha cómo da gracia a los humildes. "Puso el desierto en estanques de aguas, y la tierra sin agua en salidas

de aguas. Y allí hizo habitar a los hambrientos." Porque a ellos se les dijo: "Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec" (Sal. CIX, 4). Buscas sacrificio entre los judíos; no tienes según el orden de Aarón, porque puso ríos en el desierto: buscas según el orden de Melquisedec; entre ellos no lo encuentras, pero se celebra en toda la Iglesia por todo el mundo. Desde el nacimiento del sol hasta su ocaso se alaba el nombre del Señor (Sal. CXII, 3). Y Dios dice a aquellos cuyos ríos puso en el desierto: "No tengo voluntad en vosotros, dice el Señor, ni aceptaré sacrificio de vuestras manos, porque desde el nacimiento del sol hasta su ocaso, se ofrece sacrificio puro a mi nombre" (Malac. I, 10 y 11). Donde estaban todos los sacrificios impuros, cuando eran desierto, cuando estaban desolados, cuando todas las naciones eran salinas; allí ahora hay fuentes, allí ahora hay ríos, allí ahora hay estanques de aguas, y salidas de aguas. Por lo tanto, resistió a los soberbios, pero dio gracia a los humildes. Y allí hizo habitar a los hambrientos: porque, "Comerán los pobres, y se saciarán" (Sal. XXI, 27). Y establecieron una ciudad de habitación: por ahora una habitación en esperanza; porque, "El que me escucha," dice, "habitará en esperanza" (Prov. I, 33, según LXX). Y establecieron una ciudad de habitación. Y sembraron campos, y plantaron viñas, y produjeron fruto de grano: al que se alegra aquel obrero que dice, "No porque busque dádiva, sino que busco fruto" (Filip. IV, 17). "Y los bendijo, y se multiplicaron mucho, y sus ganados no disminuyeron." Esto permanece. "Porque el fundamento firme de Dios está, porque el Señor conoce a los que son suyos" (II Tim. II, 19). Se llaman ganados y rebaños, en la Iglesia caminando simplemente, pero útiles; no muy doctos, pero llenos de fe. Por lo tanto, tanto a los espirituales como a los carnales los bendijo, y se multiplicaron mucho, y sus ganados no disminuyeron.

14. [vers. 39-42.] Y se hicieron pocos, y fueron afligidos. ¿De dónde esto, de lo externo? Más bien de lo interno. Para que se hicieran pocos, "salieron de nosotros, pero no eran de nosotros". Sin embargo, se habla de ellos como si fueran los mismos de los que se hablaba antes, para que se distingan con entendimiento; porque se habla de ellos como si fueran los mismos, debido a los sacramentos comunes. Pertenecen al pueblo de Dios, aunque no por virtud, ciertamente por apariencia de piedad; de ellos escuchamos al Apóstol: "En los últimos tiempos vendrán tiempos peligrosos; porque habrá hombres amadores de sí mismos" (Id. III, 1, 2). El primer mal, amadores de sí mismos; ciertamente complaciéndose a sí mismos. Ojalá se desagraden a sí mismos, y agraden a Dios; ojalá clamen en las dificultades, y sean liberados de las necesidades. Pero presumiendo mucho de sí mismos, se hicieron pocos. Es evidente, hermanos; todos los que se dividen de la unidad, se hacen pocos. Son muchos, pero en la unidad, mientras no se separan de la unidad: porque cuando la multitud de la unidad deja de pertenecerles, en la herejía y en el cisma son pocos. Y se hicieron pocos, y fueron afligidos por la tribulación de los males y el dolor. Se derramó desprecio sobre los príncipes. Fueron rechazados por la Iglesia de Dios: y más, porque quisieron ser príncipes, por eso fueron despreciados, y se convirtieron en sal insípida arrojada fuera; por eso son pisoteados por los hombres (Mat. V, 13). Se derramó desprecio sobre los príncipes. Y los sedujo en un camino sin salida, y no en el camino. Aquellos arriba en el camino, aquellos dirigidos a la ciudad, finalmente conducidos, no seducidos: pero estos seducidos en un camino sin salida. ¿Qué significa, los sedujo? Dios los entregó a las concupiscencias de sus corazones (Rom. I, 24). Esto es, los sedujo, los entregó a sí mismos. Porque si lo buscas propiamente, ellos mismos se seducen. Porque el que piensa que es algo, siendo nada, se engaña a sí mismo (Gál. VI, 3). ¿Qué significa entonces, los sedujo? Los dejó. En un camino sin salida, y no en el camino: ¿cómo pueden estar en el camino los hombres que toman una parte y dejan el todo? ¿Cómo en el camino? ¿Cuál es entonces el camino, o dónde se reconoce el camino? "Dios," dice, "tenga misericordia de nosotros, y nos bendiga; haga resplandecer su rostro sobre nosotros, para que conozcamos en la tierra tu camino." ¿En qué tierra? "En todas las

naciones tu salvación" (Sal. LXVI, 2, 3). Ciertamente tales que se disminuyan, que se hagan pocos, de aquí salen; de la multitud de la unidad todos salieron, como mencioné antes dicho de ellos: "Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros; porque si hubieran sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros" (I Juan II, 19). Pero si tal vez son nuestros en la presciencia oculta de Dios, es necesario que regresen. ¿Cuántos no son nuestros aún como si estuvieran dentro, y cuántos son nuestros aún como si estuvieran fuera? El Señor conoce a los que son suyos. Y aquellos que no son nuestros que están dentro, cuando encuentran ocasiones, salen; y aquellos nuestros que están fuera, cuando encuentran ocasiones, regresan. Por lo tanto, tomen lo que Dios sabe, según esto los sedujo en un camino sin salida, y no en el camino. ¿Y qué hizo con ellos? Lo que comencé a decir, que escuchen atentamente. Podría haberlos soportado siempre dentro, pero no habríamos progresado por ellos: pero cuando se separan, y con preguntas maliciosas nos inquietan, se nos propone de ellos tanto el estudio de la investigación como el ejemplo del temor. Cada uno tiembla, cuando ve a otro salir, como si de su salida se le dijera: "Por tanto, el que piensa estar firme, mire que no caiga" (I Cor. X, 12). Por lo tanto, son útiles porque salen: porque si estuvieran dentro, y fueran tan malos, nada de ellos sería útil. ¿Qué se dice de ellos en cierto salmo? Congregación de toros, es decir, de los que se encorvan y son soberbios; congregación de toros entre las vacas de los pueblos. Llama vacas a las almas seducibles, que fácilmente consienten a los seductores toros. ¿Pero por qué esto? Para que sean excluidos los que han sido probados con plata (Sal. LXVII, 31). ¿Qué significa, para que sean excluidos? Para que aparezcan, para que resalten aquellos que son probados en la palabra de Dios. Porque cuando se responde a los herejes por necesidad, los católicos se edifican por utilidad. Esta sentencia claramente la expresó Pablo: "Porque es necesario," dice, "que haya herejías, para que los aprobados se manifiesten entre vosotros" (I Cor. XI, 19). Es necesario que también haya toros seductores, "para que los que han sido probados con plata," sean manifiestos, es decir, "sean excluidos." ¿Qué significa, probados con plata? Las palabras del Señor, palabras puras; plata refinada en el fuego de la tierra, purificada siete veces (Sal. XI, 7). Cualquiera que sea probado en esta plata, es decir, en la palabra del Señor, no puede desplegar plenamente esta plata, sino cuando es inquietado por las cuestiones de los herejes. Y aquí presten atención porque no se ha omitido: he aquí se derramó desprecio sobre los príncipes, sobre aquellos toros. ¿Por qué fueron despreciados? Anunciando algo diferente. ¿Qué son despreciados? Anatema. Porque cualquiera que os anuncie algo diferente de lo que habéis recibido, sea anatema. ¿Qué hay más despreciado que la sal insípida, que es arrojada fuera y pisoteada? Y vean si no son príncipes; escuchen al mismo Pablo: "Aunque nosotros, o un ángel del cielo os anuncie algo diferente de lo que habéis recibido, sea anatema" (Gál. I, 8, 9). Son príncipes, son doctos, son grandes, son piedras preciosas. ¿Qué más vas a decir; acaso son ángeles? Y sin embargo, "aunque un ángel del cielo os anuncie algo diferente de lo que habéis recibido, sea anatema": porque el mismo diablo es un ángel caído del cielo. "Se derramó" por lo tanto "desprecio sobre los príncipes. Y ayudó al pobre de la mendicidad." ¿Qué es esto, hermanos, Despreciados son los príncipes, y el pobre es ayudado? Los soberbios son rechazados, y el humilde es instruido. Esto hizo, y al hacer esto ayudó al pobre de la mendicidad. El mendigo es aquel que no se atribuye nada a sí mismo, esperando todo de la misericordia de Dios; clama diariamente ante la puerta del Señor, golpeando para que se le abra, desnudo y tembloroso para ser vestido, bajando los ojos a la tierra, y golpeando su pecho. A este mendigo, a este pobre, a este humilde Dios lo ayudó mucho, incluso de la misma separación de los herejes; porque se hicieron pocos, y fueron afligidos, y seducidos en un camino sin salida y no en el camino. Finalmente, ¿qué se hace después de aquellos disminuidos, seducidos, hechos pocos, afligidos, en el pobre ayudado? Y los puso como ovejas en familias. Como si entendieras un solo pobre y un solo mendigo, de quien dijo, "Y ayudó al pobre de la mendicidad": este pobre son muchas familias, este pobre son muchos pueblos; muchas Iglesias una Iglesia, un pueblo, una familia, una oveja es. Y los

puso como ovejas en familias. Grandes misterios estos, grandes sacramentos, cuán profundos, llenos de misterios; cuán dulcemente encontrados, porque por mucho tiempo ocultos. Por lo tanto, "Verán los rectos, y se alegrarán; y toda iniquidad cerrará su boca." Aquella iniquidad que murmura contra la unidad, y obliga a manifestar la verdad, convicta cerrará su boca.

15. [vers. 43.] "¿Quién es sabio? y guardará estas cosas, y entenderá las misericordias del Señor." Vean con qué final cerró: "¿Quién es sabio? y guardará estas cosas." ¿Y qué guardará el sabio? Es decir, si es pobre, guarda; si no es rico, es decir, no es soberbio, no está inflado, guarda estas cosas. ¿Por qué guarda estas cosas? Porque entenderá las misericordias del Señor: no sus méritos, no sus fuerzas, no su poder; sino las misericordias del Señor, que condujo y alimentó al errante y necesitado en el camino; que liberó y soltó al que luchaba contra la dificultad de los pecados, y atado por las cadenas de la costumbre; que revivió con la medicina de su palabra al que despreciaba la palabra de Dios, y casi moría de tedio; que condujo al puerto al que estaba en peligro entre naufragios y tormentas, con el mar calmado: que finalmente lo estableció en ese pueblo, donde da gracia a los humildes, no en aquel donde resiste a los soberbios; y lo hizo suyo, para que permaneciendo dentro se multiplicara, no para que saliendo fuera se disminuyera. Esto ven los rectos, y se alegran. Por lo tanto, toda iniquidad cerrará su boca, y el que es sabio, guardará estas cosas. ¿De dónde las guardará? Por la humildad, entendiendo las misericordias del Señor; porque en todo lugar se ha dicho, "Confiesen al Señor sus misericordias, y sus maravillas para con los hijos de los hombres."

EN EL SALMO CVII. Por qué en este lugar no se añade una Exposición.

1. No consideré necesario exponer el salmo ciento siete; ya que ya lo expuse en el salmo cincuenta y seis, y en el salmo cincuenta y nueve, de cuyas partes posteriores este consta. Pues la parte final del cincuenta y seis, es la primera de este, hasta el versículo donde se dice, "Y sobre toda la tierra tu gloria." Desde aquí hasta el final, es la parte final del cincuenta y nueve: así como la parte final del ciento treinta y cuatro, es la misma que la del ciento trece, desde el versículo donde se dice, "Los ídolos de las naciones son plata y oro": así como el decimotercero y el cincuenta y dos, con algunos cambios en el medio, tienen todo lo mismo desde el principio hasta el final. Por lo tanto, cualquiera que sea lo que en este salmo ciento siete está puesto de manera algo diferente que en aquellos dos, de cuyas partes consta, no tiene un entendimiento difícil: como en el cincuenta y seis se dice, "Cantaré, y salmodiaré; despierta, gloria mía"; pero en este, "Cantaré, y salmodiaré en mi gloria." Porque allí se dijo "Despierta," para que en ella se cantara y se salmodiara. También allí, "Porque magnificada es hasta los cielos tu misericordia"; o, como otros han interpretado, "elevada es": pero aquí, "Porque grande es sobre los cielos tu misericordia." Porque fue magnificada hasta los cielos, para que sea grande en los cielos; esto es lo que quiso decir, sobre los cielos. También en el cincuenta y nueve, "Me alegraré, y dividiré Siquem": pero aquí, "Me exaltaré, y dividiré Siquem." Donde se muestra que lo que se significó sobre dividir Siquem, se predijo que sucedería después de la exaltación del Señor, y esa alegría pertenece a esta exaltación; para que por eso se alegre, porque se exalta. Por lo cual en otro lugar dice, "Convertiste mi luto en gozo para mí; rasgaste mi saco, y me ceñiste de alegría" (Sal. XXIX, 12). También allí, "Y Efraín es la fortaleza de mi cabeza": pero aquí, "Y Efraín es el sostén de mi cabeza." Porque al sostener se hace fortaleza, es decir, al sostener hace fuertes, fructificando en nosotros: porque Efraín se interpreta como Fructificación. El sostén puede referirse a ambos, ya sea cuando sostenemos a Cristo, o cuando Él nos sostiene a nosotros, que es la cabeza de la Iglesia. Y lo que allí dice, "Los que nos afligen"; pero aquí, "nuestros enemigos": ciertamente son los mismos.

2. Este salmo nos advierte claramente que los títulos que parecen estar basados en la historia deben entenderse correctamente como profecías, según vemos que los salmos fueron escritos. ¿Qué puede ser tan diverso según la historia como lo que está en el título del quincuagésimo sexto, «Al final, no destruyas; de David, en la inscripción del título, cuando huía de Saúl en la cueva», y en el título del quincuagésimo noveno, «Al final, para aquellos que serán transformados, en la inscripción del título, de David, para enseñanza, cuando incendió Mesopotamia, Siria y Siria Sobal, y Joab regresó y golpeó en el valle de la sal doce mil»? Pues, aparte de lo que se ha puesto, «En la inscripción del título», «de David» y «al final», el resto es tan diverso que uno tiene la humildad de David, el otro la fortaleza; uno la huida, el otro las victorias. Y sin embargo, de las partes posteriores de estos dos, cuyos títulos son tan diferentes, se compone este salmo. Aquí se indica que ambos convergen en algo único, no en la superficie de la historia, sino en la profundidad de la profecía, uniendo los fines de ambos en este único, cuyo título es, Cántico del salmo, de David; no similar a ninguno de esos títulos, excepto que aquí también se ha puesto, de David. Porque en muchas partes y de muchas maneras, como dice la Epístola a los Hebreos, Dios habló en otro tiempo a los Padres por los Profetas (Hebr. I, 1); sin embargo, habló de aquel a quien envió después, para que se cumplieran las palabras de los Profetas: Porque todas las promesas de Dios son en él (II Cor. I, 20).

EXPOSICIÓN DEL SALMO CVIII.

1. Cualquiera que lea fielmente los Hechos de los Apóstoles reconoce que este salmo tiene una profecía sobre Cristo; donde se profetiza sobre el traidor de Cristo, Judas, lo que aquí está escrito: Sean pocos sus días, y tome otro su episcopado, cuando Matías fue ordenado en lugar de Judas, y se unió como el duodécimo al número de los Apóstoles (Hech. I, 15-26), aparece claramente. Pero si intentamos entender todo lo que aquí se dice en mal sentido sobre ese único hombre, la razón de la exposición no podrá, o apenas podrá, satisfacer; pero si se trata de un tipo de hombres malvados, es decir, enemigos de Cristo y judíos ingratos, todo me parece poder aclararse más claramente. Pues así como se dicen ciertas cosas que parecen pertenecer propiamente al apóstol Pedro, y sin embargo no tienen un entendimiento claro, a menos que se refieran a la Iglesia, de la cual él es reconocido como figura por el primado que tuvo entre los discípulos; como es, Te daré las llaves del reino de los cielos (Mat. XVI, 19), y si hay algo semejante: así Judas sostiene de alguna manera la persona de los enemigos de Cristo, los judíos, que entonces odiaban a Cristo, y ahora, por sucesión, perseverando en el mismo género de impiedad, lo odian. De estos hombres y de este pueblo pueden entenderse no inconvenientemente, no solo aquellas cosas que leemos más abiertamente sobre ellos en este salmo, sino también aquellas que se dicen más propiamente de Judas mismo; como es lo que mencioné, Sean pocos sus días, y tome otro su episcopado. Lo cual aparecerá, con la ayuda del Señor, cuando lleguemos a esos versículos en el orden de la exposición.

2. [vers. 2.] Así comienza el Salmo: Dios, no calles mi alabanza; porque la boca del pecador y la boca del engañador se han abierto contra mí. De donde aparece que es falsa la difamación que no calla el pecador y el engañador, y verdadera la alabanza que no calla Dios. Porque Dios es veraz, y todo hombre es mentiroso (Rom. III, 4); porque no hay hombre veraz, sino en quien habla Dios. La mayor alabanza es del unigénito Hijo de Dios, por la cual se proclama que es el unigénito Hijo de Dios. Esto no aparecía, pero su debilidad aparente lo ocultaba, cuando la boca del pecador y la boca del engañador se abrieron contra él; y por eso se abrió, porque su virtud estaba oculta. Por eso dice, Se abrió la boca del engañador, porque el odio que se ocultaba con engaño, estalló en voz. Esto también se dice más claramente en los versículos siguientes.

3. [vers. 3.] Hablaron contra mí con lengua engañosa: ciertamente cuando lo alababan con adulación capciosa como a un buen maestro. De donde en otro lugar se dice: Y los que me alababan, contra mí juraban (Sal. CI, 9). Luego, porque estallaron clamando, Crucifícalo, crucifícalo (Juan IX, 6); añadió, Y con palabras de odio me rodearon. Aquellos que con lengua engañosa, como si no fueran palabras de odio, sino de amor, hablaron; por eso contra mí, porque lo hacían con insidia; después con palabras, no de falso y engañoso amor, sino de odio abierto me rodearon, y me combatieron sin causa. Así como los piadosos aman a Cristo sin causa, así los impíos lo odian sin causa; porque así como la verdad se busca por sí misma sin ningún beneficio externo por los mejores, así la iniquidad por los peores. De donde también entre los autores de las letras seculares se ha dicho de un cierto malvado: Era malo y cruel gratuitamente (Salustio, de la Guerra de Catilina).

4. [vers. 4.] En lugar de amarme, me difamaban. Hay seis diferencias en este género que se pueden notar fácilmente: devolver bien por mal, no devolver mal por mal; devolver bien por bien, devolver mal por mal; no devolver bien por bien, devolver mal por bien. De estos, los dos primeros son de los buenos, y el primero de ellos es mejor; los dos últimos son de los malos, y el último de ellos es peor; los dos del medio son de los que están en medio, pero el primero de ellos es cercano a los buenos, el último cercano a los malos. Esto debe observarse en las Escrituras sagradas. Devuelve bien por mal el mismo Señor, que justifica al impío (Rom. IV, 5), y colgado en la cruz dijo: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Luc. XXIII, 34). Siguiendo sus huellas, el santo Esteban, arrodillado, oró por los que lo apedreaban, diciendo: Señor, no les tomes en cuenta este pecado (Hech. VII, 59). A esto se refiere el precepto, Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian, y orad por los que os persiguen (Mat. V, 44). No se deben devolver males por males, dice el apóstol Pablo, No devolviendo mal por mal (Rom. XII, 17); y el apóstol Pedro, No devolviendo mal por mal, ni maldición por maldición (I Ped. III, 9): de donde también se lee en los Salmos, Si he devuelto mal a los que me hacían mal (Sal. VII, 5). De los dos últimos, el más suave se refiere a los nueve leprosos, que cuando fueron limpiados por el Señor, no dieron gracias (Luc. XVII, 12, 18): pero el último, que no hay nada peor, se refiere a aquellos de los que se lee en este salmo. En lugar de amarme, me difamaban. Pues debían amor por tantos beneficios del Señor; que no solo no lo devolvían, sino que además por ese bien infligían mal. Los dos del medio que dijimos que son de los hombres de alguna manera intermedios, son tales que el primero de ellos, que es devolver bien por bien, lo tienen tanto los buenos como los medianamente buenos o medianamente malos. Por eso el Señor no lo reprende, pero no quiere que sus discípulos permanezcan solo en eso, a quienes quiere llevar a mayores cosas, a quienes dice: Si amáis a los que os aman, es decir, si devolvéis bien por bien; ¿qué recompensa tendréis?, es decir, ¿qué grande haréis? ¿no hacen también los publicanos lo mismo? (Mat. V, 46). Pero quiere que hagan esto, y mucho más; es decir, que no solo amen a los amigos, sino también a los enemigos. Pero el último, que es devolver mal por mal, lo tienen tanto los malos como los medianamente malos o medianamente buenos; hasta el punto de que la Ley les dio un modo de vengarse, Ojo por ojo, diente por diente (Deut. XIX, 21): que, si se puede decir, es la justicia de los injustos. No porque sea injusto que cada uno reciba lo que hizo; de lo contrario, la Ley no lo habría establecido: sino porque el deseo de venganza es vicioso, y más bien corresponde al juez decidir esto entre otros, que a un buen hombre buscarlo para sí mismo. Por lo tanto, los impíos, habiendo caído de esa cumbre de la benignidad, donde se devuelven bienes por males, ¿a qué profundidad de malignidad han llegado, devolviendo males por bienes! ¡Con qué precipicio han pasado tantos grados intermedios! Y no debe considerarse algo pequeño, porque no dijo, En lugar de amarme, me mataban; sino, me difamaban: pues por eso lo mataron, porque lo difamaron, negando al Hijo de Dios, y diciendo que en el príncipe de los demonios expulsa demonios (Luc. XI, 15); y,

Tiene demonio, y está loco; ¿por qué le escucháis? (Juan X, 20); y otras cosas semejantes. Con esta difamación apartaban de él a aquellos cuya conversión él buscaba: y por eso dijo esto, para mostrar que más dañan los que difaman a Cristo, y por esto matan almas, que los que atravesaron su carne mortal, especialmente resucitada pronto, con su furia.

5. Pero cuando dijo, En lugar de amarme, me difamaban; ¿qué dijo? Pero yo oraba. No dijo ciertamente por qué oraba; pero ¿qué mejor entendemos, que por ellos mismos? Pues le difamaban principalmente cuando crucificado, como a un hombre, a quien como si hubieran vencido, se burlaban; de la cual cruz él dijo, Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen: para que, ya que en el abismo de la malignidad devolvían ellos males por bienes, él en la cumbre de la benignidad devolviera bienes por males. Aunque bien se entiende también que oraba por sus discípulos, lo que también dijo antes de su pasión, para que no desfalleciera su fe (Luc. XXII, 32), cuando él mismo colgado en el madero, para recomendar la paciencia, no mostraba el poder entre las palabras de los que le difamaban, a quienes podía destruir con su poder divino. Pero nos era más útil que nos diera ejemplo de paciencia, que si destruyera sin demora a sus enemigos, para edificarnos en esto, que impacientemente deseáramos que se vengara de aquellos que sufrimos como malos: cuando está escrito: Mejor es el paciente que el hombre fuerte (Prov. XVI, 32). Nos enseñan, pues, las palabras divinas con el ejemplo del Señor, cuando oímos, En lugar de amarme, me difamaban; pero yo oraba; para que cuando sintamos a algunos ingratos, no solo no devolviendo bienes, sino además devolviendo males por bienes, oremos: y él ciertamente por otros, ya sea que persigan, o que sufran, y estén en peligro en la fe; pero nosotros también por nosotros mismos primeramente, para que con la misericordia y ayuda de Dios venzamos nuestro ánimo, que se inclina al deseo de venganza, cuando se nos difama ya sea presentes o ausentes. Luego, cuando recordamos la paciencia de Cristo, como si él mismo se despertara, como sucedió, cuando dormía en la nave (Mat. VIII, 24, 25), quien calma la perturbación y tempestad de nuestro corazón, con el ánimo sereno y apaciguado oremos también por los mismos que nos difaman, para que seguros digamos: Perdónanos, como también nosotros perdonamos (Mat. VI, 12). Pero él perdonaba, quien ciertamente no tenía pecado que le fuera perdonado.

6. [vers. 5.] Pero después de haber dicho, En lugar de amarme, me difamaban; ¿qué dice? Y pusieron contra mí males por bienes. Y como si preguntáramos, ¿Qué males? ¿por qué bienes? Y odio, dice, por mi amor. Este es todo y gran delito de ellos. Pues ¿qué pudieron dañar persiguiendo, a quien moría por voluntad, no por necesidad? Pero el mismo odio es el mayor crimen del perseguidor, aunque sea la pena voluntaria del que sufre. Además, explicó suficientemente cómo dijo antes, En lugar de que me amaran, porque no solo debían amor, sino amor por su amor; cuando aquí añadió, por mi amor. Este amor lo menciona en el Evangelio, donde dice: Jerusalén, Jerusalén, cuántas veces quise reunir a tus hijos, como la gallina a sus polluelos bajo sus alas, y no quisiste (Mat. XXIII, 27).

7. Luego comienza a profetizar qué recibirán por esa impiedad; y lo dice de tal manera, como si por deseo de venganza deseara que sucediera; cuando se dicen cosas futuras con la verdad más cierta, y por la justicia de Dios dignamente vendrán sobre tales. Este modo de predecir el futuro, como si fuera con la apariencia de desear el mal, algunos no lo entienden, y piensan que se devuelve odio por odio, y mal ánimo por mal ánimo: porque realmente es de pocos discernir, cómo agrada la pena de los inicuos al acusador que desea saciar sus enemistades, y cuán lejos de otro modo agrada al juez que castiga con recta voluntad los pecados. Pues aquel devuelve mal por mal; pero este, incluso cuando castiga, no devuelve mal por mal, porque devuelve justo al injusto: lo que es justo, ciertamente es bueno. Castiga, pues, no por el deleite de la miseria ajena, que es mal por mal; sino por el amor a la justicia, que es bien por mal. Por tanto, no calumnien a la luz de las Escrituras los ciegos, opinando que Dios no

castiga los pecados; ni se halaguen los injustos, como si devolviera mal por mal. Escuchemos, pues, lo que el divino discurso continúa; y en las palabras como si deseara el mal, entendamos lo predicho por el profeta; y a Dios retribuyendo justamente, con la mente elevada a su ley eterna contemplemos.

8. [vers. 6.] Pon sobre él al pecador, y el diablo esté a su derecha. Aunque la queja anterior fue sobre muchos, ahora el Salmo habla de uno. Antes había dicho: Hablaron contra mí con lengua engañosa, y con palabras de odio me rodearon, y me combatieron sin causa: en lugar de amarme, me difamaban; pero yo oraba: y pusieron contra mí males por bienes, y odio por mi amor. Todo sobre muchos. Pero ahora, al predecir qué merecían por estas iniquidades suyas, y qué les sucedería por el juicio divino, dice, Pon sobre él al pecador: como si se dirigiera a aquel que se entregó a tales, de los cuales hablaba de sus enemigos anteriormente. Por tanto, cuando aquí predice que Judas el traidor será castigado con el debido castigo según la escritura de los Hechos de los Apóstoles (Hech. I, 20); ¿qué es, Pon sobre él al pecador, sino aquel a quien indica en el siguiente versículo, cuando dice, Y el diablo esté a su derecha? Esto, pues, mereció, que tenga sobre sí al diablo, es decir, que esté sometido al diablo, quien no quiso estar sometido a Cristo. Y esté a su derecha, se dijo, porque prefirió las obras del diablo a las obras de Dios. Pues ciertamente se dice derecho a lo que uno prefiere; así como se prefiere la derecha a la izquierda. Por eso, de aquellos que prefirieron las alegrías de este mundo a Dios, diciendo bienaventurado al pueblo que tiene estas cosas, se dijo con toda razón, Su derecha es derecha de iniquidad. De donde, lo que dijeron bienaventurado al pueblo que tiene estas cosas, su boca habló vanidad; lo que se dijo de ellos anteriormente. Pero aquel cuya boca habla verdad, contra lo que dijeron estos bienaventurado al pueblo que tiene estas cosas, debe también él decir lo que sigue en el mismo salmo, Bienaventurado el pueblo cuyo Dios es el Señor (Sal. CXLIII, 11, 15): pues a este no está el diablo a su derecha, sino el Señor: como también dice en otro lugar, Veía al Señor siempre delante de mí, porque está a mi derecha, para que no sea conmovido (Sal. XV, 8). El diablo, pues, estuvo a su derecha, cuando prefirió la avaricia a la sabiduría, y el dinero a su salvación, para entregarlo, a quien debía ser poseído, para no ser poseído por aquel, cuyas obras el mismo Cristo deshizo, por quien no quiso ser poseído.

9. [vers. 7.] Cuando sea juzgado, salga condenado. Pues no quiso ser tal a quien se le dijera, Entra en el gozo de tu señor; sino tal de quien se dice, Echadlo en las tinieblas exteriores (Mat. XXV, 21, 30). Y su oración sea en pecado. Pues no es justa la oración, sino por Cristo, a quien vendió con la enormidad de su pecado: pero la oración que no se hace por Cristo, no solo no puede borrar el pecado, sino que ella misma se convierte en pecado. Pero cuándo pudo Judas orar de tal manera, que su oración se convirtiera en pecado, puede preguntarse. Creo, antes de que entregara al Señor, y ya pensara en entregarlo: pues ya no podía orar por Cristo. Pues después de que lo entregó, y se arrepintió, si orara por Cristo, pediría indulgencia; si pidiera indulgencia, tendría esperanza; si tuviera esperanza, esperaría misericordia; si esperara misericordia, no se ataría el cuello con desesperación. Por tanto, cuando dijo, Cuando sea juzgado, salga condenado; para que no se pensara que podía liberarse de la condenación inminente con la oración, que había aprendido con sus condiscípulos, donde se dice, Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores: Y su oración, dice, sea en pecado; porque no se hace por Cristo, a quien no quiso seguir, sino perseguir.

10. [vers. 8.] Sean pocos sus días. Dijo sus días, los días de su apostolado; que fueron pocos, porque antes de la pasión del Señor fueron consumidos por su crimen y muerte. Y como si se dijera, ¿Qué será, pues, del sacratísimo número duodenario, en el cual no en vano el Señor quiso tener doce primeros Apóstoles? Inmediatamente añadió, Y tome otro su episcopado.

Como diciendo, Y él sea castigado por su mérito, y ese número sea completado. Si alguien desea saber cómo se hizo, lea los Hechos de los Apóstoles.

11. [vers. 9.] Sean sus hijos huérfanos, y su esposa viuda. Ciertamente muerto él, sus hijos quedaron huérfanos, y su esposa viuda.

12. [vers. 10.] Vaguen sus hijos, y mendiguen. Vaguen se dijo, inciertos de adónde ir, desprovistos de todo auxilio. Sean expulsados de sus moradas. Explicó lo que antes dijo, sean trasladados. Pero todo esto, ¿cómo sucedió a su esposa e hijos, lo indican los versículos siguientes?

13. [vers. 11, 12.] Que el usurero examine toda su sustancia, y extraños saqueen sus labores. No haya para él quien le ayude: dice para proteger su posteridad; por eso sigue, Ni haya quien tenga misericordia de sus huérfanos.

14. [vers. 13.] Pero como los huérfanos podrían crecer sin ayuda y sin tutor, incluso en la miseria y la pobreza, y preservar su linaje mediante la procreación; sigue diciendo: Que sus hijos sean condenados a la destrucción, que en una generación se borre su nombre: es decir, que lo que de él se ha generado ya no genere, y pase rápidamente. 15. [vers. 14.] Pero, ¿qué significa lo que añade después? Que la iniquidad de sus padres vuelva a la memoria ante el Señor, y que el pecado de su madre no sea borrado. ¿Se debe entender que se le devuelven también los pecados de sus padres? No se le devuelven a quien ha sido transformado en Cristo y ha dejado de ser hijo de los inicuos, no imitando sus costumbres: porque también está escrito con toda verdad: Devolveré los pecados de los padres en los hijos; y aquello que dice el profeta: El alma del padre es mía, y el alma del hijo es mía; el alma que pecare, esa morirá. Esto se ha dicho de aquellos que se convierten a Dios y no imitan las malas acciones de sus padres; lo cual el mismo profeta muestra claramente: dice que las iniquidades de los padres no perjudican a aquellos que, haciendo justicia, son diferentes (Ezequiel XVIII, 4, 20). Pero aquello que se dijo, Devolveré los pecados de los padres en los hijos, se añadió, que me odian (Éxodo XX, 5), es decir, como me odiaban sus padres: para que así como la imitación de los buenos hace que incluso los propios pecados sean borrados, así la imitación de los malos haga que no solo se hereden los propios, sino también los de aquellos a quienes imitaron. Si, por tanto, Judas hubiera mantenido aquello a lo que fue llamado, de ninguna manera le corresponderían ni sus propios pecados pasados ni la iniquidad de sus padres: porque, al no haber mantenido la adopción en la familia de Dios, sino haber elegido más bien la iniquidad de su antigua estirpe; la iniquidad de sus padres volvió ante el Señor, para que también en él fuera castigada; y el pecado de su madre no fue borrado en él.

16. [vers. 15.] Que sean siempre contra el Señor: es decir, que sus padres y su madre sean siempre contra el Señor, no para oponerse al Señor, sino para que el Señor no olvide sus pésimos méritos en él, cuando les retribuya a ellos mismos. Porque dijo Contra el Señor, En presencia del Señor: pues otros traductores lo han traducido así, Que sean siempre en presencia del Señor; y otros, Que estén siempre ante el Señor: como se dijo en otro lugar, Pusiste nuestras iniquidades ante ti (Salmo LXXXIX, 8). Dice siempre, para que ese crimen sea sin remisión, tanto aquí como en el siglo futuro. Que desaparezca de la tierra su memoria: es decir, de sus padres y de su madre. Se refiere a la memoria de ellos, que se conserva en la descendencia de la generación: profetizó que esta desaparecería de la tierra, porque tanto Judas como sus hijos, que eran como la memoria de sus padres y de su madre, sin sucesión de descendencia, como se dijo anteriormente, fueron extinguidos en la brevedad de una generación.

17. Alguien podría decir: ¿También se debe creer que esto pertenece al castigo de Judas, que después de su muerte su esposa e hijos cayeron en la mendicidad, y fueron trasladados, expulsados de sus hogares, con el usurero escudriñando toda su sustancia, y los extraños saqueando todos sus trabajos, sin que nadie ayudara ni tuviera compasión de sus huérfanos, y que murieron rápidamente sin descendencia? ¿Acaso también de lo que sucede a los suyos después de la muerte de cada uno, algún dolor toca a los muertos? ¿O se debe pensar que al menos saben estas cosas, cuyo sentido está en otro lugar según sus méritos, ya sea bien o mal? A lo cual respondo que es una gran cuestión, y no para ser discutida en el presente, ya que es obra de mayor extensión, si, o en qué medida, o cómo los espíritus de los muertos conocen lo que sucede a nuestro alrededor. Sin embargo, lo que se puede decir brevemente, si no tuvieran ninguna preocupación por nosotros, el Señor no habría dicho que aquel rico que sufría tormentos en el infierno dijo: Tengo allí cinco hermanos, para que ellos no vengan también a este lugar de tormentos. Pero, de cualquier manera que lo entiendan quienes intentan entenderlo de otra manera, y porque se debe admitir que no es consecuente que si los muertos saben que los suyos viven, porque ni en los lugares de tormento los ven, donde estaba aquel rico, ni en el descanso de los bienaventurados, donde reconocía a Lázaro y a Abraham aunque de lejos (Lucas XVI, 28, 23), por eso también deben saber lo que sucede alrededor de sus seres queridos, ya sea alegre o triste: digo esto, que son pocos los hombres de tal ánimo, que después de su muerte descuiden lo que les suceda a los suyos, al menos mientras viven, y lo desprecien por completo; pero muchos, como lo indica también tanto cuidado en recomendar la última voluntad y cualquier tipo de testamento, se esfuerzan bastante para que, cuando hayan fallecido, a los suyos les vaya bien. Solo aquellos que se cortan a sí mismos por el reino de los cielos, y desean que sus hijos hagan lo mismo, o desean que sean coronados con el martirio, de modo que ninguno de ellos permanezca en la tierra, desprecian laudablemente la permanencia de su posteridad a través de las sucesiones de generaciones: pero todos los demás, o casi todos, quieren que los suyos sean felices en esta vida después de su muerte, y no quieren que su linaje perezca. Por lo tanto, que después de la muerte de Judas tan infeliz, su esposa quedara viuda y sus hijos huérfanos, de modo que, con el usurero escudriñando toda su sustancia, y los extraños saqueando sus trabajos, fueran expulsados de sus hogares, y no encontraran a nadie que tuviera compasión de sus huérfanos, y en una generación perecieran sin descendencia; si los muertos sienten esto, es un cúmulo de males; si no lo sienten, es el temor de los vivos. Si, además, preocupa cómo pudo tener sustancia que el usurero escudriñara, y los extraños saquearan, cuando ya seguía al Señor con los otros once; que se crea que dejó todo lo que tenía a sus hijos y esposa, de modo que no rompió sinceramente ni perseverantemente el vínculo de la codicia: que incluso si pareciera venderlas para distribuirlas a los pobres, ciertamente haría lo que Ananías después de la ascensión del Señor (Hechos V, 1 y 2). Pues no temería que el Señor lo conociera por su divinidad, a quien pensaba que podía engañar, cuando tomaba de la bolsa lo que se enviaba (Juan XII, 6).

18. [vers. 6-15.] Pero veamos ahora, si podemos, cuanto el Señor nos ayude, cómo estas cosas también pueden aplicarse al pueblo de los judíos, cuya enemistad contra el Señor ha permanecido con odio obstinado: del cual dijimos que Judas representó en figura la persona, así como el apóstol Pedro representó a la Iglesia. Pon sobre él al pecador, y que el diablo esté a su derecha. Así como en Judas, así debe entenderse en este pueblo; que al rechazar a Cristo se hizo súbdito del diablo, cuyas persuasiones en todas las codicias perversas y terrenales prefirió a la salvación eterna. Cuando sea juzgado, salga condenado: porque persistiendo en la maldad y en la infidelidad, atesora para sí ira en el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios, quien pagará a cada uno según sus obras (Romanos II, 5, 6). Y que su oración

se convierta en pecado; porque no se hace por medio del mediador entre Dios y los hombres, el hombre Jesucristo (I Timoteo II, 5), y sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec (Salmo CIX, 4). Que sus días sean pocos. Debe entenderse según el reino, porque no mucho después perseveró el reino de los judíos. Y que otro tome su episcopado. No creo que sea incongruente entender que el mismo Señor Cristo tomó el episcopado del pueblo de los judíos, porque según la carne fue hecho de la tribu de Judá: y el Apóstol dice: Digo que Cristo fue ministro de la circuncisión por la verdad de Dios, para confirmar las promesas hechas a los padres (Romanos XV, 8). Y él mismo dice: No he sido enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel (Mateo XV, 24); porque a ellos les mostró en la carne su presencia. Y los Magos que vinieron de oriente dijeron esto: ¿Dónde está el que ha nacido rey de los judíos? (Mateo II, 1, 2). Y esto estaba escrito en el título sobre el crucificado: por lo cual Pilato respondió no en vano a quienes querían cambiarlo, Lo que he escrito, he escrito (Juan XIX, 19-22). Por lo tanto, este episcopado del pueblo de los judíos, es decir, el Señor Cristo, lo tomó otro, es decir, el pueblo de los gentiles. Que sus hijos sean huérfanos: de quienes se dice, Pero los hijos del reino serán echados a las tinieblas exteriores (Mateo VIII, 12). Se hicieron huérfanos al perder el mismo reino, como si hubieran perdido a su padre; aunque también se entiende bien que perdieron a Dios como padre: Porque el que no tiene al Hijo, dice la Verdad, tampoco tiene al Padre (I Juan II, 24). Y su esposa viuda. La esposa del reino puede entenderse como el pueblo, al que los reyes sometidos dominan: se hizo viuda al perder el mismo reino. Que sus hijos sean trasladados y mendiguen. Fueron trasladados por los peligros, urgidos por los enemigos, derrotados los hijos del reino de los judíos. ¿Y qué es mendigar, sino vivir de la misericordia de los hombres, como viven bajo los reyes de aquellas naciones a las que fueron trasladados? Que sean expulsados de sus hogares. Así fue hecho. Que el usurero escudriñe toda su sustancia: es decir, de su pueblo. No se entiende mejor que sus deudas no sean perdonadas, porque solo en Cristo son perdonadas, a quien rechazaron; quien también enseñó a decir, Perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores (Mateo VI, 12). Y toda su sustancia se dijo, toda su vida; para que ninguna deuda, es decir, ningún pecado, le sea perdonado. Y que los extraños saqueen sus trabajos: el diablo y sus ángeles; porque no atesoran en el cielo quienes no tienen a Cristo. Que no tenga ayudador. ¿Quién es ayudador de aquel a quien Cristo no es? Ni haya quien tenga misericordia de sus huérfanos. Quienes, al perder a su padre, es decir, el reino, así quedaron, o al perder a Dios, cuyo Hijo persiguieron y odiaron, no hay quien tenga misericordia de ellos, no para tomar o sustentar la vida temporal, sino para la verdadera vida, es decir, la eterna. Que sus hijos sean condenados a la destrucción: ciertamente a la destrucción eterna. En una generación se borre su nombre. Porque fueron generados, no regenerados, por eso en una generación son borrados: pues en otra, es decir, en la regeneración, si la conocieran y la mantuvieran, no serían borrados. Que la iniquidad de sus padres vuelva a la memoria ante el Señor: para que el Señor devuelva al mismo pueblo, perseverante en la maldad, también la iniquidad de sus padres. Pues así les dice: "Sois testigos contra vosotros mismos, que sois hijos de aquellos que mataron a los profetas:" y poco después dice, "Para que venga sobre vosotros toda la sangre justa derramada sobre la tierra, desde la sangre de Abel el justo hasta la sangre de Zacarías. Y el pecado de su madre no sea borrado." El pecado de Jerusalén, que sirve con sus hijos, que mata a los profetas y apedrea a los enviados a ella (Mateo XXIII, 31, 35, 37). Que sean siempre contra el Señor, su iniquidad y su pecado; es decir, para que no sean borrados de la presencia del Señor, con Dios vengándose eternamente. Y que desaparezca de la tierra su memoria. La tierra de Dios es el campo de Dios; el campo de Dios es la Iglesia de Dios: de la cual tierra ha desaparecido su memoria, quienes siendo ramas naturales, fueron quebradas por la infidelidad (Romanos XI, 20, 21).

19. [vers. 16, 17.] Porque no se acordó, ya sea Judas, o el mismo pueblo, de hacer misericordia. Pero se entiende mejor del pueblo lo que dice, no se acordó: pues si mató a Cristo, al menos debería haberse acordado arrepintiéndose, y hacer misericordia sobre sus miembros, a quienes persiguió con la mayor perseverancia. Por eso dice que persiguió al hombre pobre y mendigo. Puede entenderse de Judas; porque el Señor no despreció hacerse pobre, siendo rico, para que con su pobreza nos enriqueciera (II Corintios VIII, 9). Pero, ¿cómo entender mendigo, sino tal vez porque dijo a la mujer samaritana, Dame de beber (Juan IV, 7), y en la cruz dijo, Tengo sed (Juan XIX, 28)? Pero, ¿cómo se entiende lo que sigue en el mismo nuestro cabeza, es decir, el Salvador de su cuerpo, a quien Judas persiguió, no lo encuentro. Pues cuando dijo, Y persiguió al hombre pobre y mendigo, añadió y dijo, Y al compungido de corazón para matarlo; es decir, para matarlo: pues algunos incluso lo han interpretado así. Compungido de corazón no suele decirse, sino por los estímulos de los pecados en el dolor del arrepentimiento; como se dijo de aquellos que, cuando oyeron a los Apóstoles después de la ascensión del Señor, fueron compungidos de corazón, quienes mataron al Señor. A quienes el bienaventurado Pedro se dirigió diciendo entre otras cosas: Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre del Señor Jesucristo, y se os perdonarán vuestros pecados (Hechos II, 37, 38). Pero como esos mismos se hicieron miembros de aquel a quien clavaron en el madero, el pueblo de los judíos no se acordó de hacer misericordia; persiguió al hombre pobre y mendigo, pero en sus miembros: de quienes dirá, en lo que respecta a las mismas obras de misericordia, "Cuando no lo hicisteis a uno de estos mis más pequeños, a mí no lo hicisteis" (Mateo XXV, 45). "Y al compungido de corazón para matarlo:" claramente "compungido de corazón," pero en sus miembros. De aquellos que los persiguieron, para matar al compungido de corazón, era también Saulo consintiendo en la muerte de Esteban compungido de corazón (Hechos VII, 59); porque el mismo Esteban era de aquellos que fueron compungidos de corazón. Pero Saulo se acordó de hacer misericordia; y quien por la mañana arrebataba, al atardecer repartió alimentos (Génesis XLIX, 27): y él mismo compungido de corazón, comenzó a sufrir tales cosas, como hacía a los compungidos de corazón. Pues al perseguir al pobre y mendigo y compungido de corazón para matarlo, oyó desde el cielo, Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? y hecho compungido de corazón, comenzó a sufrir tales cosas como hacía a los compungidos de corazón (Hechos IX, 1-24).

20. [vers. 18.] Luego sigue el Salmo: Y amó la maldición, y vendrá sobre él. Aunque Judas amó la maldición, tanto robando de la bolsa, como vendiendo y entregando al Señor; sin embargo, más abiertamente el pueblo amó la maldición, cuando dijo: Su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos (Mateo XXVII, 25). Y no quiso la bendición, y se alejará de él. Y Judas ciertamente, porque no quiso a Cristo, en quien está la bendición eterna; pero más abiertamente no quiso la bendición el pueblo de los judíos, a quien dijo aquel iluminado por el Señor: ¿Acaso también vosotros queréis ser sus discípulos? Y no quiso la bendición, y la tuvo por maldición; y respondió, Tú sé su discípulo (Juan IX, 27 y 28): y la bendición se alejó de él, porque hizo el tránsito a los gentiles. Y vistió la maldición como vestidura: ya sea Judas, ya sea aquel pueblo. Y entró como agua en sus entrañas. Por lo tanto, tanto fuera como dentro; fuera como vestidura, dentro como agua: porque cayó en su juicio, quien puede matar tanto el cuerpo como el alma en el infierno (Mateo X, 28); el cuerpo fuera, el alma dentro. Y como aceite en sus huesos. Muestra que hace el mal con deleite, y se procura la maldición, es decir, el castigo eterno; porque la bendición es la vida eterna. Pues ahora las malas acciones deleitan, como el agua en las entrañas, y como el aceite en los huesos; pero por eso se llama maldición, porque Dios ha predicho tormentos para tales. Como en los huesos es el aceite la maldición, cuando los hombres se creen fuertes por eso, porque les es lícito cometer malas acciones como impunemente.

21. [vers. 19.] Sea también como vestidura con la que se cubre. Habiendo dicho anteriormente sobre la vestidura, ¿qué es lo que repite? ¿O porque dijo, Vistió la maldición como vestidura, difiere de la vestidura con la que no se viste, sino que se cubre? Pues uno se viste con una túnica, se cubre con un manto. ¿Y qué es esto, sino gloriarse de la iniquidad incluso ante los hombres? Y como cinturón, dice, con el que siempre se ciñe. Principalmente los hombres se ciñen para estar más aptos para trabajar, para que no se les impida la vestidura con sus pliegues. Por lo tanto, se ciñe con la maldición, quien no acomete el mal de repente, sino dispuesto, y así aprende a hacer el mal, que siempre está preparado: por eso también aquí dice, Y como cinturón con el que siempre se ciñe.

22. [vers. 20.] Esta es la obra de aquellos que me calumnian ante el Señor. No dijo, su recompensa; sino, su obra: pues es evidente que con la vestidura, y el manto, y el agua, y el aceite, y el cinturón, describía las mismas obras con las que se procura la maldición eterna. No es, por lo tanto, un solo Judas, sino muchos, de quienes se dice, Esta es la obra de aquellos que me calumnian ante el Señor. Aunque también se pudo poner el número plural por el singular; como, muerto Herodes, se dijo por el ángel: Murieron los que buscaban la vida del niño (Mateo II, 20). Pero, ¿quiénes calumnian más a Cristo ante el Señor, sino aquellos que calumnian las mismas palabras del Señor, diciendo que no es él a quien la Ley del Señor y los Profetas anunciaron? Y que hablan, dice, mal contra mi alma: negando que él, cuando quiso, pudo resucitar; cuando dice, Tengo poder para poner mi vida, y tengo poder para volver a tomarla (Juan X, 18).

23. [vers. 21.] Y tú, Señor, Señor, haz conmigo. Algunos han pensado que se debe entender la palabra misericordia, y algunos incluso la han añadido; pero los códices más correctos tienen: Y tú, Señor, Señor, haz conmigo, por tu nombre. De donde no debe omitirse el sentido más profundo, que el Hijo dijo al Padre, Haz conmigo, porque las obras del Padre y del Hijo son las mismas. Donde, incluso si entendemos misericordia (pues sigue, Porque dulce es tu misericordia), y porque no dijo, Haz en mí; o Haz sobre mí; o algo por el estilo; sino que dijo, Haz conmigo; entendemos bien que tanto el Padre como el Hijo hacen juntos misericordia en los vasos de misericordia (Rom. IX, 23). Esto también puede entenderse así: Haz conmigo, es decir, ayúdame. Lo que tenemos en el uso cotidiano del lenguaje, cuando hablamos de algo que es de nuestra parte, decimos: Hace con nosotros. Pues el Padre ayuda al Hijo, en cuanto Dios al hombre, por la forma de siervo: a quien el hombre Dios, y a cuya forma de siervo también el Padre es Señor. Porque en la forma de Dios, el Hijo no necesita ayuda; pues es igualmente omnipotente con el Padre, por lo cual él mismo es también ayudador del hombre. Pues como el Padre resucita a los muertos y da vida, así también el Hijo da vida a quienes quiere (Juan V, 21): ni el Padre a unos, el Hijo a otros, ni de manera diferente el Padre, de manera diferente el Hijo; porque hacen lo mismo, y de la misma manera. Por lo cual, en cuanto el Hijo de Dios es hombre, Dios lo resucitó de entre los muertos, es decir, el Padre, a quien dice en los Salmos, Resucítame, y les devolveré (Sal. XL, 11): pero en cuanto es Dios, él mismo se resucitó; por lo cual dice, Destruid este templo, y en tres días lo levantaré (Juan II, 19). Lo que también aquí significó, si alguien presta atención diligente: pues mandó escudriñar las Escrituras, que dan testimonio de él (Id. V, 39), no pasar superficialmente. Pues no solo dijo, Tú, Señor, Señor, haz conmigo; sino que dijo, Y tú. ¿Qué es, Y tú, sino que también yo? Pero el hecho de que no dijo una sola vez Señor, sino repitiendo dijo, Señor, Señor; tiene en esto el afecto del que ora: como es, Dios, Dios mío (Sal. XXI, 2). Pero cuando dijo, Haz conmigo, añadió, por tu nombre; recomendó la gracia. Pues sin méritos de obras precedentes, la naturaleza humana fue elevada a tal altura, que todo junto, Verbo y carne, es decir, Dios y hombre, fue llamado Hijo unigénito de Dios. Esto se hizo para que por aquel

que creó, por lo que no pereció, se buscara lo que pereció: de donde también aquí sigue, Porque dulce es tu misericordia.

24. [vers. 22.] Líbrame, porque soy pobre y necesitado. La pobreza y necesidad es la debilidad por la cual fue crucificado. Y mi corazón está turbado dentro de mí. Esto se refiere a lo que dijo al acercarse la pasión, Mi alma está triste hasta la muerte (Mat. XXVI, 38).

25. [vers. 23.] Como sombra cuando declina, he sido arrebatado. Esto significó la misma muerte. Pues así como de la sombra que declina se hace la noche, así de la carne mortal se hace la muerte. He sido sacudido como las langostas. Esto ya creo que se entiende más adecuadamente en sus miembros, es decir, en sus fieles. Para ponerlo un poco más claro, prefirió decir, como las langostas, que como la langosta: aunque también en número singular podrían entenderse muchas, como aquello, Dijo, y vino la langosta (Sal. CIV, 34); pero sería más oscuro. Fueron sacudidos, es decir, perseguidos por los perseguidores sus fieles, cuya multitud quiso significar con el nombre de langostas, o porque saltaron de un lugar a otro.

26. [vers. 24.] Mis rodillas se debilitaron por el ayuno. Leemos que el Señor Cristo tuvo un ayuno de cuarenta días (Mat. IV, 2): pero, ¿acaso esa inanición fue tan poderosa en él que sus rodillas se debilitaron? ¿O esto se entiende más adecuadamente en sus miembros, es decir, en sus santos? Y mi carne ha cambiado por el aceite: por la gracia espiritual. De donde también Cristo es llamado por la unción: la unción es el crisma. Pero la carne por el aceite no cambió para peor, sino para mejor, es decir, levantándose de la afrenta de la muerte a la gloria de la inmortalidad. Así que cuando dijo, Mis rodillas se debilitaron por el ayuno, donde creo que se significó a aquellos que en sus miembros parecían fuertes, como si al serles quitado el pan que los sostenía, en su pasión desfallecieron hasta la negación, que apareció en Pedro; como para confirmarlos, para que no cayeran completamente sucumbiendo, Y mi carne, dijo, ha cambiado por el aceite, para que a aquellos que desfallecieron por mi muerte, los fortaleciera con mi resurrección, y al enviar el Espíritu Santo los ungiera, que no vendría a ellos si yo no me fuera. Pues había dicho, No puede venir, si yo no me voy (Juan XVI, 7): y el Evangelista dijo, Aún no había sido dado el Espíritu, porque Jesús aún no había sido glorificado (Id. VII, 39). Aún no había sido cambiada su carne. Ya sea que se signifique el Espíritu Santo por el agua para la ablución o irrigación, o por el aceite para la exaltación e inflamación de la caridad; no por eso es diverso de sí mismo, porque los signos son diversos. Pues son muy diferentes también el león y el cordero, y sin embargo, en ambos se significó a Cristo. León por una cosa, cordero por otra; no obstante, no es otro: porque ni el cordero es fuerte, ni el león es inocente; pero Cristo es tanto inocente como un cordero, y fuerte como un león. Dice también en Isaías el mismo Jesucristo: El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido (Isa. LXI, 1).

27. [vers. 25.] Y yo me he convertido en oprobio para ellos: por la muerte de cruz. Pues Cristo nos redimió de la maldición de la Ley, hecho por nosotros maldición (Gál. III, 13). Me vieron, y movieron sus cabezas. Porque vieron que colgaba, no vieron que resucitó; vieron cuando sus rodillas se debilitaron, no vieron cuando su carne fue cambiada.

28. [vers. 26.] Ayúdame, Señor mi Dios, sálvame según tu misericordia. Esto puede referirse a todo, es decir, tanto a la cabeza como al cuerpo: a la cabeza, por la forma de siervo; al cuerpo, por los mismos siervos. Pues pudo decir en ellos a Dios, "Ayúdame," y, "sálvame;" en quienes dijo a Saulo, "¿Por qué me persigues?" (Hech. IX, 4). Pero lo que añadió, "según tu misericordia;" se recuerda la gracia gratuita, no por deuda de obras.

29. [vers. 27.] Y sepan que esta es tu mano, y tú, Señor, la hiciste. Dijo de estos, sepan, por quienes oró mientras lo perseguían; porque entre aquellos a quienes se convirtió en oprobio moviendo sus cabezas en burla de él, estaban también aquellos que después creyeron en él. Aprendan, pues, quienes atribuyen a Dios la forma de un cuerpo humano, cómo tiene Dios mano. Pues si lo que hace, lo hace con la mano, ¿acaso también su misma mano la hace con la mano? ¿Cómo, pues, aquí se dijo, Y sepan que esta es tu mano, y tú, Señor, la hiciste? Entendamos, pues, que la mano de Dios es Cristo: de donde en otro lugar se dice, ¿Y a quién se ha revelado el brazo del Señor? (Isa. LIII, 1). Esta mano era, y la hizo; porque, En el principio era el Verbo, y el Verbo se hizo carne (Juan I, 1, 14): y era sin tiempo según la divinidad, y se hizo de la simiente de David según la carne (Rom. I, 3).

30. [vers. 28.] Ellos maldecirán, y tú bendecirás. Es vana, pues, y falsa la maldición de los hijos de los hombres, que aman la vanidad, y buscan la mentira (Sal. IV, 3); pero cuando Dios bendice, hace lo que dice. Los que se levantan contra mí, sean confundidos. Pues para que se levanten, creen que algo logran contra mí; pero cuando sea exaltado sobre los cielos, y mi gloria comience a estar sobre toda la tierra, serán confundidos. Pero tu siervo se alegrará: ya sea en la diestra del Padre, o en sus miembros que se alegran, y entre las tentaciones en esperanza, y después de las tentaciones para siempre.

31. [vers. 29.] Vístanse de vergüenza los que me calumnian: es decir, que se avergüencen de haberme calumniado. Pero esto también puede entenderse en buen sentido, mientras se corrigen. Y cúbranse como con un manto doble su confusión. El manto doble es un diplois. Pues algunos también han interpretado este verso así: Y cúbranse como con un manto doble su confusión. Se entiende, pues, que se confundan tanto por dentro como por fuera, es decir, tanto ante Dios como ante los hombres.

32. [vers. 30.] Confesaré al Señor mucho en mi boca. Mucho se suele decir en el uso del lenguaje latino, lo que es más de lo que debe: lo contrario es poco, lo que es menos de lo que debe. Pero mucho, en griego ἄγαν se dice; pero este verso no tiene ἄγαν, sino que tiene σφόδρα. Algunos de los nuestros lo han interpretado así, poniendo a veces mucho, a veces muy. Pero si mucho se entiende por lo que es muy, puede también ponerse en alabanza; pues esta confesión significa alabanza. Así sigue: Y en medio de muchos lo alabaré. Dice también en otro salmo, En medio de la Iglesia te cantaré (Sal. XXI, 23). Pero cuando la misma Iglesia canta, que es el cuerpo de Cristo, ¿cómo en medio de la Iglesia canta la Iglesia? Así también aquí, muchos siendo miembros de Cristo, si cuando ellos alaban, él alaba, porque son sus miembros; ¿cómo alaba en medio de muchos, cuando a esos muchos alabando se dice que él mismo alaba? ¿O por eso alaba en medio de muchos, porque está con su Iglesia aquí hasta la consumación del siglo (Mat. XXVIII, 20); para que lo que dice, en medio de muchos, lo entendamos como que es honrado por esos mismos muchos? Pues se dice que está en medio, a quien se le exhibe honor principal. Pero si el corazón es como el medio del hombre; nada mejor se entiende dicho, que en los corazones de muchos lo alabaré. Pues Cristo habita por la fe en nuestros corazones (Efes. III, 17): y por eso dice, en mi boca, es decir, en la boca de mi cuerpo, que es la Iglesia. Pues con el corazón se cree para justicia; pero con la boca se hace confesión para salvación (Rom. X, 10).

33. [vers. 31.] Porque estuvo a la derecha del pobre. De Judas se había dicho, Y el diablo esté a su derecha; quien quiso aumentar sus riquezas vendiendo a Cristo: pero aquí el Señor estuvo a la derecha del pobre, para que las riquezas del pobre sean el mismo Señor. Pues estuvo a la derecha del pobre, no para multiplicarle los años de vida que alguna vez terminarán, ni para aumentarle el dinero, ni para hacerlo fuerte en las fuerzas del cuerpo, o para hacerlo temporalmente ileso; sino para salvar, dice, mi alma de los que me persiguen. El

alma se salva de los que la persiguen, si no se consiente con ellos para el mal; no se consiente con ellos, cuando el Señor está a la derecha del pobre, para que no sucumba por esa misma pobreza, es decir, debilidad. Esta ayuda fue prestada al cuerpo de Cristo en todos los santos mártires.

EN EL SALMO CIX EXPLICACIÓN.

SERMON A LA GENTE.

1. En la medida en que el Señor lo concede, quien nos ha constituido ministros de su palabra y sacramento para servirles a ustedes en la abundancia de su misericordia, hemos asumido este salmo, que acabamos de cantar, breve en número de palabras, grande en peso de sentencias, con la ayuda de aquel que los ha hecho atentos, para que también nos haga idóneos, como podamos, para considerar y tratar. Viva su alma, y vele en Dios. Pues Dios ha establecido un tiempo para sus promesas, y un tiempo para cumplir lo que ha prometido. El tiempo de las promesas era en el tiempo de los Profetas hasta Juan el Bautista: desde entonces y en adelante hasta el fin, es el tiempo de cumplir lo que se ha prometido. Dios fiel que se hizo nuestro deudor; no recibiendo algo de nosotros, sino prometiéndonos tanto. No era suficiente la promesa, también quiso ser retenido por escrito, como haciendo con nosotros un documento de sus promesas; para que cuando comenzara a cumplir lo que prometió, en la escritura de las promesas consideráramos el orden de lo que se cumpliría. Por lo tanto, el tiempo de la profecía era la predicción, como ya hemos dicho muchas veces, de las promesas. Prometió la salvación eterna, y la vida bienaventurada con los ángeles sin fin, y la herencia incorruptible, la gloria sempiterna, la dulzura de su rostro, la casa de su santificación en los cielos, de la resurrección de los muertos sin temor de morir de nuevo. Esta es su promesa como final, a la que se dirige toda nuestra intención, a la que cuando lleguemos, no busquemos más, no exijamos más. Pero al orden de cómo se llegará a lo que será al final, tampoco lo calló prometiendo y prediciendo. Pues prometió a los hombres divinidad, a los mortales inmortalidad, a los pecadores justificación, a los despreciados glorificación. Todo lo que prometió, lo prometió a los indignos, para que no se prometiera como recompensa de obras, sino que se diera gratuitamente por su nombre. Pues incluso esto mismo que vive justamente, en cuanto el hombre puede vivir justamente, no es mérito humano, sino beneficio divino. Nadie vive justamente, sino justificado, es decir, hecho justo: pero esto lo hace el hombre justo, quien nunca puede ser injusto. Pues así como la lámpara no se enciende por sí misma, así tampoco el alma humana se da luz a sí misma; sino que clama a Dios, Tú iluminarás mi lámpara, Señor (Sal. XVII, 29).

2. Pues cuando a los pecadores se les prometió el reino de los cielos, no permaneciendo en el pecado, sino liberados del pecado, y sirviendo a la justicia; lo cual mismo para que puedan, como hemos dicho, son ayudados por la gracia, y justificados por aquel que siempre es justo; parecía increíble que Dios tuviera tanto cuidado por los hombres, y hoy también quienes desesperan de la gracia divina, y no quieren convertirse de sus malos hábitos a Dios, para ser justificados por él, y por su indulgencia borrados todos sus pecados, comiencen a vivir justamente en él, quien nunca vivió injustamente, tienen esta perdición de su pensamiento en sí mismos, que dicen que Dios no se preocupa por las cosas humanas, ni puede pensar el artífice y rector de este mundo, cómo vive cada mortal en la tierra. Así, el hombre no se considera contado por Dios, quien fue hecho por Dios. A tal hombre si pudiéramos hablarle: si nos admitiera primero a sus oídos, luego a su corazón; si no nos rechazara resistiendo al que lo busca, y permitiera al perdido ser encontrado; podríamos decirle: Oh hombre, ¿cómo no te contará Dios hecho, quien antes se preocupó para que fueras hecho? ¿Por qué no crees que estás en el orden de las cosas creadas? No creas al seductor: tus cabellos están contados

por el creador (Mat. X, 30). Esto, de hecho, también el Señor en el Evangelio dijo a los discípulos, para que no temieran la muerte, para que no pensaran que algo suyo perecería en la muerte. Ellos temían por su alma en la muerte, él les daba seguridad incluso por sus cabellos. ¿Acaso el alma perece, cuyo cabello no perece? Sin embargo, hermanos, porque parecía increíble a los hombres lo que Dios prometía, que de esta mortalidad, corrupción, abyección, debilidad, polvo y ceniza, los hombres serían iguales a los ángeles de Dios; no solo hizo Escritura con los hombres, para que creyeran; sino que también puso un mediador de su fe, no cualquier príncipe, ni cualquier ángel o arcángel, sino su único Hijo: para que por el mismo Hijo suyo mostrara y proveyera el camino por el cual nos conduciría a ese fin que prometió. Pues no era suficiente para Dios si hacía a su Hijo demostrador del camino; lo hizo él mismo el camino, para que por él fueras guiado, caminando por él.

3. Prometió, por tanto, que vendríamos a Él, es decir, a esa inefable inmortalidad, y a la igualdad con sus Ángeles. ¿Qué tan lejos estábamos? ¿Cuán alto estaba Él, y cuán bajo nosotros? ¿Cuán en lo más alto estaba Él, y cuán en lo más bajo y desesperados yacíamos nosotros? Enfermos sin esperanza de salvación: fue enviado el médico, a quien el enfermo no reconoció. Porque si lo hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de la gloria (I Cor. II, 8). Pero esto también sirvió como medicina para el enfermo, que el enfermo matara al médico: vino para visitarlo, fue asesinado para sanarlo. Se insinuó a los creyentes como Dios y hombre; Dios por quien fuimos hechos, hombre por quien fuimos recreados. Algo en Él aparecía; algo estaba oculto; y lo que estaba oculto era mucho más excelente que lo que aparecía: pero lo que era más excelente, no podía ser visto. El enfermo era curado por lo que podía ser visto; para que después se hiciera capaz de la visión de aquello que, al estar oculto, se difería, no se negaba ni se quitaba. Así pues, el Hijo único de Dios vendría a los hombres, asumiría la humanidad, y por lo que asumió sería hombre, moriría, resucitaría, ascendería al cielo, se sentaría a la derecha del Padre, y cumpliría en las naciones lo que prometió, y después de cumplir sus promesas en las naciones, también cumpliría esto: que vendría, y exigiría lo que había prometido, separaría los vasos de ira de los vasos de misericordia, daría a los impíos lo que había amenazado, a los justos lo que había prometido: todo esto, por tanto, debía ser profetizado, anunciado de antemano, debía ser recomendado como venidero; para que no fuera temido al venir de repente, sino esperado con fe. De estas promesas es este salmo, profetizando ciertamente y abiertamente a nuestro Señor y Salvador Jesucristo; para que no podamos dudar en absoluto de que Cristo es anunciado en este salmo: puesto que somos cristianos, y ya creemos en el Evangelio. Pues cuando nuestro mismo Señor y Salvador Jesucristo preguntó a los judíos de quién decían que era hijo el Cristo, y respondieron, de David; Él inmediatamente replicó a los que respondían, y dijo: «¿Cómo entonces David en el espíritu lo llama Señor, diciendo, Dijo el Señor a mi Señor, Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies? Si entonces en el espíritu,» dice, «lo llama Señor, ¿cómo es su hijo?» (Mat. XXII, 42-45). Desde este verso comienza este salmo.

4. [vers. 1.] Dijo el Señor a mi Señor, Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies. Esta cuestión propuesta a los judíos por el Señor, debemos tratarla al inicio del Salmo. Pues si lo que respondieron los judíos se nos exige a nosotros, si lo confesamos también o lo negamos; lejos de nosotros negarlo. Si se nos dice, ¿Cristo es hijo de David, o no lo es? si dijéramos que no, contradecimos al Evangelio; pues al escribir Mateo, así comienza el Evangelio: Libro de la generación de Jesucristo, hijo de David (Mat. I, 1). El evangelista dice que escribe el libro de la generación de Jesucristo, hijo de David. Por tanto, correctamente los judíos, interrogados por Cristo, de quién creían que era hijo el Cristo, respondieron, de David. La respuesta de ellos concuerda con el Evangelio. Esto no

solo lo sostiene la sospecha de los judíos, sino también la fe de los cristianos. Aún veo otros fundamentos. Dice el Apóstol, Que fue hecho de la simiente de David según la carne (Rom. I, 3): dice también a Timoteo, Recuerda que Jesucristo resucitó de los muertos de la simiente de David, según mi evangelio. Y sobre ese evangelio, ¿qué dice? En el cual sufro hasta cadenas, como malhechor; pero la palabra de Dios no está encadenada (II Tim. II, 8, 9). El Apóstol sufría hasta cadenas por su evangelio, es decir, por la dispensación evangélica, que predicaba a los pueblos, que ofrecía a los pueblos: aquel que por la mañana arrebataba, por la tarde repartía alimentos (Gen. XLIX, 27). Por tanto, sufría hasta cadenas por el evangelio. ¿Qué evangelio? Que Jesucristo resucitó de los muertos, de la simiente de David. Por este evangelio sufría el Apóstol: y sin embargo, sobre esto preguntaba Cristo; y a los judíos que respondían lo que predicaba el Apóstol, les replicó con una voz como de contradicción, y dijo: ¿Cómo entonces David en el espíritu lo llama Señor? e interpuso el testimonio de este salmo, Dijo el Señor a mi Señor. Si entonces en el espíritu lo llama Señor, ¿cómo es su hijo? Los judíos bajo esta pregunta guardaron silencio; no encontraron qué responder después: ni buscaron a Él como Señor, porque tampoco reconocieron que Él era aquel hijo de David. Pero nosotros, hermanos, creamos, y digamos: porque con el corazón se cree para justicia; pero con la boca se hace confesión para salvación (Rom. X, 10): creamos, digo, y digamos tanto hijo de David, como Señor de David. No nos avergoncemos del hijo de David, para no encontrar al Señor de David enojado.

5. Pues con este nombre, llamándolo correctamente al pasar, los ciegos merecieron ser iluminados. Jesús pasaba, y ellos, al oír el sonido de la multitud que pasaba, reconociendo con el oído lo que aún no podían con los ojos, clamaron con gran voz, y dijeron: Ten misericordia de nosotros, hijo de David. Pero la multitud los reprendía para que callaran: y ellos, no obstante, con el deseo de la luz, venciendo la contradicción de la multitud, perseveraron en clamar; detuvieron al que pasaba; y merecieron ser iluminados por el que los tocó. Pues decían al que pasaba: Ten misericordia de nosotros, hijo de David. Él se detuvo, y vencido por su clamor que contradecía: ¿Qué, dijo, queréis que os haga? Y ellos, Señor, que veamos. Tocó y abrió sus ojos; vieron al presente, a quien habían sentido pasar (Mat. XX, 29-34). Por tanto, el Señor hizo algo transitorio: pero hay algo que permanece. Digo, hay algo transitorio del Señor, y algo estable del Señor. Lo transitorio del Señor, el parto de la Virgen, la encarnación del Verbo, el progreso de las edades, la exhibición de los milagros, el sufrimiento de las pasiones, la muerte, la resurrección, la ascensión al cielo: todo esto fue transitorio. Pues Cristo ya no nace, ni muere, ni resucita, ni asciende al cielo. ¿No veis que estas cosas hechas, corrieron a través del tiempo, exhibieron a los viajeros algo transitorio, para que no permanecieran en el camino, sino que llegaran a la patria? Finalmente, aquellos ciegos estaban sentados junto al camino, allí sintieron al que pasaba, y clamando lo detuvieron. En el camino de este mundo, el Señor hizo esto transitorio de sí mismo, y esto transitorio pertenece al hijo de David. Por eso, al Señor que pasaba: Ten misericordia de nosotros, hijo de David. Como si dijeran: Reconocemos al hijo de David en el que pasa, aprendemos al hijo de David hecho en el tránsito. Reconozcamos, pues, también nosotros, y confesemos al hijo de David, para que merezcamos ser iluminados. Pues sentimos al hijo de David que pasa, y somos iluminados por el Señor de David.

6. He aquí, pues, que nuestro Maestro interrogó a los judíos, y por eso no respondieron, porque no quisieron ser discípulos; he aquí si nos interrogara, ¿qué responderíamos? Los judíos fallaron en esta pregunta, que los cristianos progresen; no se perturben, sino que sean instruidos. Pues el Señor no interroga queriendo aprender, sino que interroga como un maestro. Los miserables judíos dirían: Tú, dinos. Prefirieron romperse con un silencio inflado, que ser instruidos con una confesión humilde. Que nos diga, pues, nuestro Maestro, y

veamos qué responderíamos al que interroga: ¿Qué os parece del Cristo? ¿de quién es hijo? Respondamos en todo como los judíos, pero no permanezcamos donde los judíos. Recordemos el Evangelio que creemos: Libro de la generación de Jesucristo, hijo de David. No porque se nos pregunte, se nos olvide que Cristo es hijo de David, lo que el Apóstol encomienda a la memoria; Vamos, cristiano, recuerda que Jesucristo resucitó de los muertos, de la simiente de David. Por tanto, seamos interrogados y respondamos: ¿Qué os parece del Cristo? ¿de quién es hijo? Que las bocas cristianas digan con concordia: De David. Que el Maestro replique, y nos recuerde: «¿Cómo entonces David en el espíritu lo llama Señor? Dijo el Señor a mi Señor, Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies.» ¿Cómo diríamos nosotros, si no aprendiéramos de ti? Ahora, pues, que hemos aprendido, decimos: En el principio eras el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios; todas las cosas por ti fueron hechas: he aquí el Señor de David. Pero por nuestra debilidad, porque yacíamos desesperados en la carne, el Verbo se hizo carne, para habitar en nosotros (Juan I, 1, 3, 14): he aquí el hijo de David. Ciertamente tú, en la forma de Dios, no consideraste el ser igual a Dios como algo a qué aferrarte; por eso el Señor de David: pero te despojaste a ti mismo tomando forma de siervo (Filip. II, 7); de ahí el hijo de David. Finalmente, incluso en tu pregunta diciendo, ¿Cómo es su hijo? no negaste ser su hijo, sino que inquiriste el modo en que esto se haría. Dices que David lo llama Señor; ¿cómo es su hijo? no lo niego, pero dime cómo. Por tanto, ellos de las Escrituras que leían, y no entendían, si en esta pregunta recordaran el modo, ¿no responderían: ¿Cómo preguntas? He aquí que la virgen concebirá en su vientre, y dará a luz un hijo, y llamarán su nombre Emmanuel, que interpretado es, Dios con nosotros (Isaías VII, 14; Mat. I, 23). La virgen concebirá en su vientre, la virgen de la simiente de David dará a luz un hijo, para que sea hijo de David: pues José y María eran de la casa y patria de David (Luc. I, 27, 32; y II, 4, 5). Por tanto, aquella virgen dio a luz, para que fuera hijo de David. Pero aquel a quien dio a luz, llamarán su nombre Emmanuel, Dios con nosotros: he aquí tienes también al Señor de David.

7. Quizás algo de esta cuestión, de cómo Cristo es tanto hijo de David como Señor de David, también nos lo insinúe este salmo. Escuchemos, pues, y lo tratemos; toquemos con piedad, arranquemos con caridad. David, por tanto, él mismo dice: pues no se nos permite contradecir al Señor: David, dice, en el espíritu lo llama Señor. Él mismo, pues, David, ¿qué dice de Cristo? Pues, Al mismo David Salmo: y este es todo el título, simple, sin figura de cuestión, sin nudo de dificultad. ¿Qué dice, pues, David? Dijo el Señor a mi Señor, Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies. Lo que es, por estrado de tus pies; esto es, bajo tus pies: pues el estrado de los pies está bajo los pies. Dijo, dice, el Señor a mi Señor. David oyó esto, lo oyó en el espíritu: donde nosotros, cuando lo oyó, no lo oímos; pero al que habló lo que oyó y lo escribió, le creímos. Por tanto, lo oyó ciertamente, lo oyó en un cierto secreto de la verdad, en un cierto santuario de misterios: donde los Profetas oyeron en oculto, lo que en público predicaron; allí oyó David, quien con gran confianza dice, Dijo el Señor a mi Señor, Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies. Sabemos que Cristo se sienta a la derecha del Padre después de la resurrección de los muertos, y la ascensión a los cielos. Ya se ha hecho; ni lo vimos, pero lo creímos: en los Libros lo leímos, lo escuchamos predicado, lo retenemos con fe. Por lo tanto, por el mismo hecho de que Cristo era hijo de David, se hizo Señor de David. Pues aquello que nació de la simiente de David, fue tan honrado, que también fue Señor de David. Así te maravillas de esto, como si en las cosas humanas no sucedieran estas cosas. Pues si sucede que el hijo de alguien se convierte en rey con el padre privado, ¿no será señor del padre? Es más admirable lo que puede suceder, que no solo el hijo de un privado hecho rey, sea señor de su padre; sino que el hijo de un laico hecho obispo, sea padre de su padre. Por tanto, también por el mismo hecho de que Cristo tomó carne, que en la carne murió, que en la misma carne resucitó, que

en la misma ascendió al cielo y se sienta a la derecha del Padre, y en esa misma carne así honrada, así glorificada, así transformada en un estado celestial, es tanto hijo de David como Señor de David. Según esta dispensación del tránsito de Cristo, también aquello es dicho por el Apóstol: Por lo cual lo exaltó de entre los muertos, y le dio un nombre que es sobre todo nombre; para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla, de los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra (Filip. II, 9, 10). Le dio, dice, un nombre que es sobre todo nombre: a Cristo según el hombre, a Cristo según la carne muerto, resucitado, ascendido, le dio un nombre que es sobre todo nombre; para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla, de los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra. ¿Dónde estará David, para que no sea su Señor? Que esté en el cielo, en la tierra, en el infierno; será su Señor quien es Señor de los celestiales, terrenales y de los infernales. Por tanto, que David se regocije con nosotros, honrado por el nacimiento de su hijo, liberado por su dominio; y que regocijándose diga, sea escuchado por los que se regocijan: Dijo el Señor a mi Señor, Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies.

8. Siéntate, no solo en lo alto, sino también en lo oculto: excelso para dominar, oculto para ser creído. Pues, ¿cuál sería la recompensa de la fe, si lo que creemos estuviera a la vista? Pero la recompensa de la fe es ver lo que creímos antes de ver. Como, sin embargo, la Escritura resuena, El justo vivirá por la fe (Rom. I, 17). Por tanto, no habría justicia de la fe, si estuviera oculto lo que se predicó que creíamos, y creyendo llegáramos a ver. ¡Cuán grande es la multitud de tu dulzura, Señor, que has escondido para los que te temen! Por tanto, escondiste, ¿y permanecieron? De ninguna manera: Pero perfeccionaste para los que esperan en ti (Sal. XXX, 20). Por tanto, el misterio admirable de Cristo sentado a la derecha de Dios: fue ocultado para ser creído, fue sustraído para ser esperado. Porque en esperanza fuimos salvos. Pero la esperanza que se ve, no es esperanza: pues lo que uno ve, ¿por qué esperarlo? Son palabras del Apóstol. Las reconocéis ciertamente, pero las recomiendo para los inexpertos. ¿Qué dice, pues, el Apóstol? En esperanza, dice, fuimos salvos. Pero la esperanza que se ve, no es esperanza: pues lo que uno ve, ¿por qué esperarlo? Pero si lo que no vemos esperamos, con paciencia lo aguardamos (Rom. VII, 24, 25). Porque, por tanto, lo que se ve no es esperanza; Has escondido la dulzura para los que te temen. Porque lo que no vemos, esperamos, y con paciencia lo aguardamos; Perfeccionaste para los que esperan en ti. Finalmente, amadísimos, recibid atentamente lo que voy a decir. Porque nuestra justicia es por la fe, y por la fe se purifican nuestros corazones, para que lo que creímos, podamos ver: pues ambas cosas están puestas; y, Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios (Mat. V, 8); y, Purificando sus corazones por la fe (Hechos XV, 9). Porque, por tanto, esta es la justicia de la fe, creer lo que no ves, y por el mismo mérito de la fe llegar a la visión en su tiempo; el Señor en el Evangelio al prometer el Espíritu Santo, dijo esto: Él convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio. ¿De qué pecado? ¿de qué justicia? ¿de qué juicio? Él mismo sigue y lo expone; no admite conjeturas humanas: De pecado, dice, porque no creyeron en mí. ¡Cuántos otros pecados de los judíos! Y sin embargo, como si esto fuera uno solo, así dijo: De pecado, porque no creyeron en mí. Este es aquel pecado, del que en otro lugar dice: Si no hubiera venido, no tendrían pecado (Juan XV, 22). ¿Qué es esto, Si no hubiera venido, no tendrían pecado? ¿Entonces viniste a los justos, y los hiciste pecadores? Pero exceptuando otros pecados, que podrían ser remitidos por la fe, nombró este único pecado, que si no se cometiera, todos los demás serían perdonados por la indulgencia de la gracia obtenida por la fe. Por tanto, de pecado, porque no creyeron en mí: de justicia, porque voy al Padre, y ya no me veréis (Juan XVI, 8-10). Esta es la justicia, porque vas al Padre, y ya no te verán: esta justicia es por la fe. Pues el justo vivirá por la fe; y entonces vive por la fe, si no ve lo que cree. Porque, por tanto, pertenece a la justicia vivir por la fe, y nadie vive por la fe, si no ve lo que cree; para hacer esa justicia en los hombres, es decir, para que

creyeran lo que no veían, De justicia, dice, porque voy al Padre, y ya no me veréis. Esta, dice, será vuestra justicia, que creáis en aquel a quien no veis, y purificados por la fe, a aquel en quien creísteis, en el día de la resurrección después veréis.

9. Cristo está sentado a la derecha de Dios, el Hijo está a la derecha del Padre en lo oculto: creamos. Aquí se mencionan dos cosas, ya que Dios dijo: "Siéntate a mi derecha"; y añadió: "hasta que ponga a tus enemigos como escabel de tus pies", es decir, bajo tus pies. No ves a Cristo sentado a la derecha del Padre: pero puedes ver cómo sus enemigos son puestos como escabel de sus pies. Cuando esto se cumple abiertamente, cree que aquello está en lo oculto. ¿Quiénes son los enemigos que se ponen como escabel de sus pies? A aquellos que meditan vanidades se les dice: "¿Por qué se amotinan las naciones y los pueblos meditan cosas vanas? Se levantaron los reyes de la tierra, y los príncipes se reunieron en uno, contra el Señor y contra su Cristo"; y dijeron: "Rompamos sus cadenas y arrojemos de nosotros su yugo: no nos dominen, no nos subyuguen". El que habita en los cielos se burlará de ellos: eras enemigo; estarás bajo sus pies, ya sea adoptado o vencido. Busca, pues, qué lugar tendrás bajo los pies del Señor tu Dios; porque es necesario que tengas uno, ya sea de gracia o de castigo. Cristo está sentado a la derecha de Dios, hasta que sus enemigos sean puestos bajo sus pies. Esto se está haciendo, esto se está llevando a cabo: aunque se realice poco a poco, se lleva a cabo sin cesar. Porque aunque las naciones se amotinen y los pueblos mediten cosas vanas; aunque los reyes de la tierra se levanten y los príncipes se reúnan en uno, contra el Señor y contra su Cristo: ¿acaso lograrán, amotinándose, meditando vanidades, reuniéndose en uno contra Cristo, que no se cumpla: "Te daré las naciones como herencia, y los confines de la tierra como posesión"? Se cumplirá completamente, y aunque ellos se amotinen, y aunque mediten vanidades, "Te daré las naciones como herencia, y los confines de la tierra como posesión". Porque ellos meditan vanidades: pero para que se cumpla, "Te daré las naciones como herencia, y los confines de la tierra como posesión"; no lo dijo cualquier charlatán, sino "El Señor dijo a mi Señor" (Salmo II, 1-8). Así también en este salmo podemos decir: "Dijo", no cualquiera, no aquellos que se amotinan y meditan vanidades; sino "Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos como escabel de tus pies". Que se amotinen, que mediten vanidades, que hagan ruido; ¿acaso no se cumplirá? Su memoria pereció con estruendo. Ciertamente habla otro salmo, pero no otro espíritu: "Su memoria pereció con estruendo, y el Señor permanece para siempre" (Salmo IX, 7, 8). Aquel, pues, cuya memoria perece con estruendo, permanece para siempre, él dijo a mi Señor: "Siéntate a mi derecha". Porque está sentado a la derecha del Padre, hasta que ponga a todos sus enemigos como escabel de sus pies.

10. [vers. 2.] ¿Y qué sigue? El Señor enviará desde Sion la vara de tu poder. Aparece, hermanos, aparece clarísimamente que el Profeta no habla de aquel reino de Cristo, en el que reina siempre con el Padre, Señor de las cosas que por él fueron creadas: ¿cuándo no reina en el principio el Verbo Dios con Dios? Pues se dice: "Al Rey de los siglos, invisible, incorruptible, al único Dios, honor y gloria, por los siglos de los siglos" (1 Tim. I, 17). "Al Rey de los siglos, honor y gloria, por los siglos de los siglos": ¿a qué "Rey de los siglos"? Invisible, incorruptible. Porque en lo que Cristo es con el Padre invisible e incorruptible, porque es su Verbo, y su Poder, y su Sabiduría, y Dios con Dios, por quien fueron hechas todas las cosas; es Rey de los siglos: pero sin embargo, aquel reino dispensador y transitorio, por el cual nos llamó a la eternidad a través de la mediación de su carne, comienza con los cristianos; pero su reino no tendrá fin. Por lo tanto, sus enemigos son puestos como escabel de sus pies, mientras está sentado a la derecha del Padre, son puestos, como se ha dicho; esto se está haciendo, esto se está llevando a cabo hasta el fin. Que nadie diga que no puede cumplirse lo que ha comenzado. ¿Por qué desesperas del fin de lo comenzado? El

Omnipotente comenzó, el Omnipotente prometió que cumpliría lo que comenzó. ¿De dónde comenzó? El Señor enviará desde Sion la vara de tu poder. ¿Qué Sion, es la misma Jerusalén? Escucha al mismo Señor: "Era necesario que Cristo padeciera y resucitara de entre los muertos al tercer día. Desde allí está sentado a la derecha de Dios Padre, resucitando donde estaba. Luego, estando él sentado a la derecha del Padre, ¿qué se está haciendo? Para que sus enemigos sean puestos como escabel de sus pies, ¿qué se está haciendo? Escucha a él enseñando y exponiendo: "Y se predicará en su nombre el arrepentimiento y la remisión de los pecados a todas las naciones, comenzando desde Jerusalén" (Lucas XXIV, 46, 47); porque, "El Señor enviará desde Sion la vara de tu poder. La vara de tu poder", es decir, el reino de tu poder; porque, "Los regirás con vara de hierro" (Salmo II, 9): "el Señor enviará desde Sion"; porque, "Comenzando desde Jerusalén".

11. Cuando, pues, haya enviado desde Sion la vara de su poder, ¿qué sucederá? Y dominarás en medio de tus enemigos. Primero, dominarás en medio de tus enemigos: entre las naciones que se amotinan. ¿Acaso después, cuando los santos hayan recibido su honor, y los impíos su condenación, dominará en medio de sus enemigos? ¿Y qué maravilla si entonces dominará, con los justos reinando con él eternamente, y los impíos ardiendo en penas eternas? ¿Qué maravilla si entonces? Ahora en medio de tus enemigos, ahora en este tránsito de los siglos, en esta propagación y sucesión de la mortalidad humana, ahora mientras el torrente de los tiempos pasa, para esto se ha enviado la vara de tu poder desde Sion, para que domines en medio de tus enemigos. Domina, domina en medio de los paganos, judíos, herejes, falsos hermanos. Domina, domina, hijo de David, Señor de David, domina en medio de los paganos, judíos, herejes, falsos hermanos. Domina en medio de tus enemigos. No entendemos correctamente este verso, si no vemos que ya se está cumpliendo. Siéntate, pues, a la derecha de Dios, ocúltate para que se crea en ti, hasta que se cumplan los tiempos de los gentiles. Pues así está escrito: "A quien es necesario que el cielo reciba, hasta que se cumplan los tiempos de los gentiles" (Hechos III, 21). Para que resucitaras, moriste; para que ascendieras, resucitaste; para que te sentaras a la derecha del Padre, ascendiste: por lo tanto, para que te sentaras a la derecha del Padre, moriste. De la muerte, pues, la resurrección, de la resurrección la ascensión, de la ascensión la sesión a la derecha: todo esto, pues, comenzó con la muerte. La excelencia de esta claridad tiene su principio en la humildad. Así que, sentado a la derecha del Padre, se cumplen los tiempos de los gentiles, todos los enemigos son puestos como escabel de tus pies, y para que se llegue a esto, primero dominarás en medio de tus enemigos: para esto, pues, "el Señor enviará desde Sion la vara de tu poder". Para que murieras, y por tu muerte se borrara el documento de los pecados (Colosenses II, 14), y se predicara el arrepentimiento y la remisión de los delitos a todas las naciones, comenzando desde Jerusalén, la ceguera de los judíos lo hizo. Para iluminar a otros, la ceguera de algunos sirvió: "La ceguera en parte ha sucedido a Israel, para que la plenitud de los gentiles entrara, y así todo Israel sea salvo" (Romanos XI, 25). "La ceguera en parte ha sucedido a Israel" te mató; resucitado, lavaste con tu sangre los pecados de los gentiles, sentado a la derecha del Padre recogiste a los que sufren y a los que a ti se refugian. "La ceguera en parte ha sucedido a Israel, para que la plenitud de los gentiles entrara, y así todo Israel sea salvo", y todos tus enemigos sean escabel de tus pies. Pero esto ahora, ¿después qué?

12. [vers. 3.] Contigo el principio en el día de tu poder. ¿Cuál es este día de su poder? ¿Cuándo con él el principio, o qué principio, o cómo con él el principio; ya que él mismo es el principio? Que el Señor nos ayude, para que ni a mí me perturbe decirlo, ni a vosotros oírlo. Pues veo lo que ya se ha hecho, y con vosotros veo con los ojos de la fe: también con los ojos de la carne veo lo que ya se está haciendo, y nuevamente con los ojos de la fe con

vosotros espero lo que ha de venir. ¿Qué, pues, se ha hecho? ¿Qué se está haciendo? ¿Qué ha de venir? Cristo padeció, murió, resucitó al tercer día, ascendió al cielo, como sabemos, al cuadragésimo día, está sentado a la derecha del Padre: esto ya se ha hecho, no lo vimos, pero lo creemos. ¿Qué se está haciendo ahora? Domina en medio de sus enemigos, enviada la vara de su poder desde Sion; esto se está haciendo, esto se está llevando a cabo. La forma de siervo la vieron entonces presente los siervos, y ahora la creen ausente los siervos. Esto creemos de la forma de siervo, lo que podemos captar, mientras aún somos siervos. Esto es, pues, aquella leche de los niños, que él ha templado, pasando el pan a través de la carne. Pues aquel pan de los ángeles, en el principio era el Verbo: para que, sin embargo, el hombre comiera el pan de los ángeles (Salmo LXXVII, 25), el Creador de los ángeles se hizo hombre. Así el Verbo encarnado se nos hizo accesible: lo que no podríamos recibir, si el Hijo igual a Dios no se hubiera vaciado tomando forma de siervo, hecho a semejanza de los hombres, y hallado en condición como hombre (Filipenses II, 6 y 7). Para que, pues, de alguna manera pudiéramos captar a aquel que no podía ser captado por los mortales, el inmortal se hizo mortal; para que, habiendo cumplido su muerte, hiciera inmortales, y diera algo para ser visto, algo para ser creído, algo para ser visto después. Dio la forma de siervo para ser vista por los presentes, no solo con los ojos, sino también para ser tocada con las manos. Con esa misma forma ascendió al cielo, nos mandó creer lo que a ellos les permitió ver. Pero también nosotros tenemos algo que ver: pues ellos vieron la vara enviada desde Sion, nosotros vemos que domina en medio de sus enemigos. Todo esto, hermanos, pertenece a la dispensación de la forma servil, que es tolerablemente captada por los siervos, y amada por los futuros libres. Pues la verdad inmutable que es el Verbo de Dios, Dios con Dios, por quien todas las cosas fueron hechas, permaneciendo en sí mismo renueva todas las cosas (Sabiduría VII, 27). Para ver esto, es necesaria una gran y perfecta pureza de corazón, que se hace por la fe. Pues la forma de siervo ha sido mostrada, ha sido diferida para mostrar la forma de Dios. Porque el mismo hablando en forma de siervo a los siervos dijo: "El que me ama, guarda mis mandamientos: y el que me ama, será amado por mi Padre; y yo lo amaré, y me manifestaré a él" (Juan XIV, 21). Prometió mostrarse a los que ya lo veían. ¿Qué veían? ¿Qué prometía? Veían la forma de siervo, prometía la forma de Dios. "Me manifestaré", dijo, "a él". Esa es la claridad a la que se conduce el reino que ahora se recoge en el tránsito de este siglo: pues se conduce a una visión inefable, que los impíos no merecerán. Sin embargo, la forma de siervo cuando estuvo aquí, fue vista por los impíos: la vieron los que creyeron, la vieron los que lo mataron. No pienses que es algo grande ver esa forma, la vieron amigos, la vieron enemigos; y algunos viéndola lo mataron, algunos no viéndola creyeron. Por lo tanto, esa forma de siervo, que aquí ya en humildad vieron tanto los piadosos como los impíos, la verán también en el juicio tanto los piadosos como los impíos. Pues cuando el Señor fue llevado al cielo ante los ojos de sus discípulos, sonó la voz angélica a los que lo miraban: "Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este Jesús vendrá así como lo habéis visto ir al cielo" (Hechos I, 11). Así, pues, así, en la misma forma: porque de los impíos se ha dicho, "Verán a aquel a quien traspasaron" (Zacarías XII, 10). Verán al que juzga, al que se burlaron juzgado. Por lo tanto, esa forma de siervo será visible en el juicio tanto para los justos como para los injustos, tanto para los piadosos como para los impíos, tanto para los fieles como para los infieles. ¿Qué, pues, no verán los impíos? Pues de quienes se ha dicho, "Verán a aquel a quien traspasaron"; de ellos se ha dicho también, "Sea quitado el impío, para que no vea la gloria del Señor" (Isaías XXVI, 10). ¿Qué es esto, hermanos? Discutamos, examinemos. Se despierta al impío, para que vea algo; se quita al impío, para que no vea algo. Ya hemos mostrado qué verá; esa forma de la que se ha dicho, "Así vendrá". ¿Qué, pues, no verá? "Y me manifestaré a él". ¿Qué es, "a mí mismo"? No la forma de siervo. ¿Qué es, "a mí mismo"? La forma de Dios, en la que no consideré el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse (Filipenses II, 6 y 7). ¿Qué es, "a mí mismo"? "Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no

se ha manifestado lo que seremos: sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él; porque lo veremos tal como es" (1 Juan III, 2). Esta es la claridad de Dios, luz inefable, fuente de luz sin cambio, verdad sin defecto, sabiduría permaneciendo en sí misma, renovando todas las cosas: esta es la sustancia de Dios. Por lo tanto, el impío será quitado, para que no vea este honor del Señor. Pues bienaventurados los puros de corazón, porque ellos verán a Dios (Mateo V, 8).

13. Me parece, hermanos, en la medida en que el Señor se digna impartir a nuestra capacidad, que de ese tiempo: si es que debe llamarse tiempo; pues en algún tiempo vendremos a no tiempo: de ahí me parece que se ha dicho; lo diré sin prejuicio, si alguien puede entender algo mejor, más claramente, más probablemente: de ahí me parece que se ha dicho, "Contigo el principio en el día de tu poder". Pues este, creo, lo explica suficientemente en el verso siguiente. Porque aquí también se ha dicho su poder, con el que sometió a las naciones a su yugo, con el que abatió a los pueblos, no con hierro, sino con madera, aunque en carne, aunque en humildad, aunque aún cuanto la forma servil permite, sin embargo, se capta su gran poder; porque lo que es débil de Dios, es más fuerte que los hombres (1 Corintios I, 25): porque aquí también se ha dicho su poder, que ha recomendado diciendo, "El Señor enviará desde Sion la vara de tu poder, y dominarás en medio de tus enemigos": pues cuán grande es su poder dominando en medio de sus enemigos que hacen ruido, que nada pueden contra él, que diariamente dicen entre sí, "¿Cuándo morirá, y perecerá su nombre?" (Salmo XL, 6)? mientras su gloria crece entre los pueblos, mientras las naciones se someten a su nombre, mientras el pecador ve y se enoja, rechina los dientes y se consume (Salmo CXI, 10): porque aquí también está su poder, queriendo el Profeta recomendar de otra manera su poder, tal como es el Poder de Dios y la Sabiduría de Dios Cristo en la luz perpetua de la verdad inmutable; a cuya visión somos guardados, a cuya visión somos diferidos, a cuya visión somos purificados por la fe, de cuya visión el impío es quitado, para que no vea el honor del Señor; queriendo, pues, mostrar esto, "Contigo", dice, "el principio en el día de tu poder". ¿Qué es, "Contigo el principio"? Pon cualquier principio. Si es Cristo mismo; más bien se diría, Tú eres el principio, que "Contigo el principio". Pues respondió a los que le preguntaban, "Tú, ¿quién eres?", y dijo, "El principio, porque también os hablo" (Juan VIII, 25): siendo el principio también el Padre, de quien es el unigénito Hijo, en quien el principio era el Verbo, porque el Verbo era con Dios. ¿Qué, pues, si el Padre es principio, y el Hijo es principio, dos principios? De ninguna manera. Pues así como el Padre es Dios y el Hijo es Dios, pero el Padre y el Hijo no son dos dioses, sino un solo Dios: así el Padre es principio y el Hijo es principio, pero el Padre y el Hijo no son dos, sino un solo principio. "Contigo el principio". Entonces se verá cómo contigo es el principio. Pues no aquí contigo el principio. ¿No dijiste tú: "He aquí que cada uno va a lo suyo, y me dejaréis solo; pero no estoy solo, porque el Padre está conmigo" (Juan XVI, 32)? Y aquí, pues, contigo el principio. Pues dijiste también en otro lugar, "El Padre que mora en mí, él hace sus obras" (Juan XIV, 10). "Contigo el principio"; nunca el Padre se ha separado de ti. Pero cuando se verá contigo el principio, entonces será manifiesto a todos los que ya se han hecho semejantes a ti; porque te verán tal como eres (1 Juan III, 2): pues aquí Felipe te veía, y buscaba al Padre. Entonces, pues, se verá lo que ahora se cree: entonces contigo el principio será visto por los santos, visto por los justos; quitados de en medio los impíos, para que no vean el honor del Señor.

14. Ahora, pues, creamos, hermanos, lo que entonces veremos. Pues también Felipe fue reprendido por buscar ver al Padre, cuando en el mismo Hijo no reconocía al Padre: "¿Tanto tiempo he estado con vosotros, y no me has conocido? Felipe, el que me ha visto, ha visto al Padre. Pero el que me ha visto, no el que ha visto la forma de siervo en mí. El que, pues, me ha visto, tal como me he ocultado a los que me temen, tal como me perfecciono para ser visto

por los que esperan en mí (Salmo XXX, 20), ha visto al Padre. Pero como esa visión será después, ¿qué tendremos ahora por ella? Veamos qué dice a Felipe, a quien le había dicho, "El que me ha visto, ha visto al Padre". Como si Felipe le respondiera en silencio, ¿Y cómo te veré, si te ves de otra manera que en la forma de siervo? ¿O cómo veré al Padre, siendo un hombre mortal débil, polvo y ceniza? Volviéndose a él, difiriendo la visión, ordenando la fe, quien había dicho, "El que me ha visto, ha visto al Padre"; porque era mucho para Felipe, y estaba lejos de él ver: "¿No crees", dice, "que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí?" (Juan XIV, 8-11). Lo que no puedes ver aún, créelo, para que merezcas verlo. Cuando, pues, se llegue a ver, entonces aparecerá, "Contigo el principio en el día de tu poder". De tu poder: no del poder de tu debilidad, porque allí está el poder. De tu poder: los hombres tienen ahora en la fe, en la esperanza, en la caridad, en las buenas obras sus poderes; pero irán de poder en poder (Salmo LXXXIII, 8). "Contigo, pues, el principio": serás visto con el Padre, en el Padre, para que el Padre contigo sea el principio en el día de tu poder, de aquel poder tuyo que el impío no verá. Pues también este tu débil, es más fuerte que los hombres: pues en el día de tu poder contigo el principio.

15. Explica de qué virtud hablas. Porque aquí, como se ha dicho, se menciona su virtud, cuando se envía la vara de su poder desde Sion, para que domine en medio de sus enemigos. ¿De qué virtud hablas? En el esplendor de los santos. En el esplendor, dice, de los santos. Habla de esa virtud cuando los santos estén en esplendor: no cuando aún llevan la carne terrenal y gimen en un cuerpo mortal y corruptible, que pesa sobre el alma y deprime el sentido con muchas preocupaciones (Sab. IX, 15); cuando esos pensamientos no se ven entre sí, eso no es, En el esplendor de los santos. Pero, ¿qué es, En el esplendor de los santos? Hasta que venga el Señor y ilumine lo oculto de las tinieblas, y manifieste los pensamientos del corazón; y entonces cada uno recibirá alabanza de Dios (I Cor. IV, 5). Esto será, En el esplendor de los santos; porque entonces los justos brillarán en el reino de su Padre, como el sol. Escuchen qué es esto, En el esplendor de los santos. Vendrá, dice, la cosecha, vendrá el fin del mundo: el padre de familia enviará a sus ángeles, y recogerán de su reino todos los escándalos, y los echarán en el horno de fuego ardiente. Entonces los justos brillarán como el sol en el reino de su Padre (Mat. XIII, 39-43). ¿En qué reino? Vean si se guarda alguna visión, de la cual se nos ha dicho, Contigo el principio. ¿En qué reino? Sin duda en la vida eterna. Pues a los que estén a la derecha les dirá: Vengan, benditos de mi Padre, hereden el reino preparado para ustedes desde el inicio del mundo. Luego, condenados los impíos, separados y alabados los justos, ¿qué sigue de lo que había dicho, Hereden el reino? Entonces los impíos irán al castigo eterno, pero los justos a la vida eterna (Id. XXV, 34, 46). Lo que había dicho reino, lo dijo vida eterna, a donde no irán los impíos. Vean si alguna visión es la vida eterna: Esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a quien enviaste, Jesucristo (Juan XVII, 3); porque contigo el principio en el día de tu poder. Por lo tanto, Contigo el principio en el día de tu poder, en el esplendor de los santos.

16. Pero esto se pospone, esto se dará después: ¿qué ahora? Desde el seno antes del lucero de la mañana te engendré. ¿Qué aquí, si Dios tiene un Hijo, acaso también tiene un seno? Como los cuerpos de carne, no tiene: porque tampoco tiene regazo; sin embargo, se ha dicho, El que está en el seno del Padre, él lo ha contado (Id. I, 18). Lo que es el seno, es el útero; y el seno y el útero se han puesto por lo secreto. ¿Qué es, Desde el seno? Desde lo secreto, desde lo oculto; de mí mismo, de mi sustancia; esto es, Desde el seno: porque, ¿Quién contará su generación? (Isa. LIII, 8). Aceptemos, pues, al Padre diciendo al Hijo, Desde el seno antes del lucero de la mañana te engendré. ¿Qué es entonces antes del lucero de la mañana? El lucero se ha puesto por las estrellas, como parte que significa el todo en la Escritura, y de la estrella eminente todas las estrellas. Pero, ¿cómo se hicieron esas estrellas? Para que sean en

señales, y en tiempos, y en días, y en años (Gen. I, 14). Si, por tanto, las estrellas se han puesto en señales y en tiempos, y el lucero se ha nombrado por las estrellas; lo que es antes del lucero, esto es antes de las estrellas; y lo que es antes de las estrellas, esto es antes de los tiempos; si, por tanto, antes de los tiempos, desde la eternidad: no busques cuándo; la eternidad no tiene cuándo. Cuándo y alguna vez son palabras de tiempos. No nació del Padre en el tiempo, por quien se hicieron los tiempos. Se ha dicho, pues, como debía decirse, figuradamente, proféticamente, para que tanto el útero por la sustancia secreta, como el lucero por los tiempos se pusieran. ¿O quieren que también miremos a David mismo, quien llamó a su Señor su hijo? Pues para decir esto, escuchó de su Señor; de aquel escuchó de quien no podía ser engañado: y ya llamó a su Señor, porque, Dijo, dice, el Señor a mi Señor, Siéntate a mi derecha. Y él mismo habla, su discurso está como tejido. Si, por tanto, él mismo habla, tal vez él mismo pudo decir, Desde el seno antes del lucero de la mañana te engendré: del seno virginal, desde el seno antes del lucero de la mañana te engendré. Pues si aquella virgen llevando descendencia de la carne de David, de ese seno nació Cristo, como engendrado del seno de David. Desde el seno, donde no accedió varón: desde el seno, en verdad, propiamente desde el seno, porque solo de solo el seno. Por lo tanto, Desde el seno, dice aquel que lo llamó su Señor, Desde el seno antes del lucero de la mañana te engendré. Y esto mismo antes del lucero de la mañana se ha dicho figuradamente, y propiamente dicho, y así cumplido. Pues el Señor nació de noche del seno de la virgen María: lo indican los testimonios de los pastores, que vigilaban sobre su rebaño (Luc. II, 7 y 8). Desde el seno antes del lucero de la mañana te engendré. Oh tú, mi Señor, sentado a la derecha de mi Señor, ¿de dónde mi hijo, sino porque Desde el seno antes del lucero de la mañana te engendré?

17. [vers. 4.] ¿Y para qué naciste? Juró el Señor, y no se arrepentirá, Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec. Para esto nació del seno antes del lucero de la mañana, para que fueras sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec. Si entendemos nacido del seno, de la virgen; antes del lucero de la mañana, de noche, como los Evangelios atestiguan; sin duda de ahí del seno antes del lucero de la mañana, para que fuera sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec. Pues según lo que nació de Dios Padre, Dios con Dios, coeterno al que engendra, no sacerdote; sino sacerdote por la carne asumida, por la víctima que ofrecería por nosotros aceptada de nosotros. Juró, pues, el Señor. ¿Qué es, Juró el Señor? ¿Acaso jura el Señor, quien prohíbe al hombre jurar (Mat. V, 34)? ¿O tal vez por eso más prohíbe al hombre jurar, para que no caiga en perjurio, y por eso Dios más jura, porque no puede ser perjuro? Pues el hombre que por costumbre de jurar puede con la lengua caer en perjurio, bien se le prohíbe jurar: tanto más lejos estará del perjurio, cuanto más lejos esté de jurar. Pues el hombre que jura, puede jurar falso y verdadero: pero el que no jura. ¿Por qué, entonces, no jurará el Señor, cuando el juramento del Señor es el firme fundamento de la promesa? Jure del todo. ¿Qué haces tú, entonces, cuando juras? Testificas a Dios: esto es jurar, testificar a Dios; y por eso es molesto, para que no apliques a Dios como testigo de alguna falsedad. Si, pues, tú jurando testificas a Dios, ¿por qué, entonces, no testificará también Dios a sí mismo jurando? Vivo yo, dice el Señor, es el juramento de Dios. Así juró sobre la descendencia de Abraham: «Vivo yo, dice el Señor; porque escuchaste mi voz, y no perdonaste a tu único hijo por mí, sino bendiciendo te bendeciré, y multiplicando multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo, y como la arena que está a la orilla del mar, y en tu descendencia serán bendecidas todas las naciones» (Gen. XXII, 16-18). Y la descendencia de Abraham que es Cristo, esa descendencia de Abraham, tomando carne de la descendencia de Abraham, será sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec. Del sacerdocio, pues, según el orden de Melquisedec, juró el Señor, y no se arrepentirá. ¿Qué del sacerdocio según el orden de Aarón? ¿Acaso se arrepiente Dios, como el hombre, o cae en algo sin querer para hacerlo, o imprudente se desliza, para que después se arrepienta de su

desliz? Sabe lo que hace, sabe hasta dónde progresa algo; de dónde se cambia a otra cosa, está en el poder del rector. Pero el arrepentimiento significa cambio de cosas. Pues como tú, cuando te arrepientes de algo, te duele lo que hiciste: así cuando Dios cambia algo más allá de la esperanza de los hombres, es decir, más allá de lo que esperan los hombres, se dice que se arrepiente; tanto que incluso de nuestro castigo se arrepiente, si nos arrepentimos de nuestra mala vida. Juró, pues, el Señor; juró, afirmó: no se arrepentirá, no cambiará. ¿Qué? Tú eres sacerdote para siempre. Por eso para siempre, porque no se arrepentirá. Pero sacerdote, ¿según qué? ¿Acaso serán aquellas ofrendas, víctimas ofrecidas por los Patriarcas, altares de sangre y tabernáculo, y aquellos sacramentos del primer Testamento Antiguo? De ninguna manera. Ya han sido quitados, ya destruido el templo, removido aquel sacerdocio, pereciendo su víctima y sacrificio: esto ni los judíos lo tienen. Ven que ya ha perecido el sacerdocio según el orden de Aarón, y no reconocen el sacerdocio según el orden de Melquisedec. Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec. Hablo a los fieles. Si los catecúmenos no entienden algo, quiten la pereza, apresúrense al conocimiento. No es necesario, pues, revelar los misterios; las Escrituras les indican qué es el sacerdocio según el orden de Melquisedec.

18. [vers. 5.] El Señor a tu derecha. El Señor había dicho, Siéntate a mi derecha; ahora el Señor a su derecha, como si hubieran cambiado de lugar. ¿O tal vez así más bien, Juró el Señor, y no se arrepentirá, Tú eres sacerdote para siempre, se ha dicho a Cristo? Tú eres sacerdote para siempre, juró el Señor. ¿Qué Señor? El que dijo a mi Señor, Siéntate a mi derecha, él mismo juró. Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec; y al mismo Señor que juró, se dirige el discurso, El Señor a tu derecha. Oh Señor, que juraste y dijiste, Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec; el mismo sacerdote para siempre, el Señor está a tu derecha; el mismo, digo, sacerdote para siempre, de quien juraste, el Señor está a tu derecha: porque a ese mismo Señor mío dijiste, Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos por escabel de tus pies. Este, pues, Señor que está a tu derecha, de quien juraste, y a quien juraste diciendo, Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec, Conquebrantará en el día de su ira a los reyes. Él mismo ciertamente Cristo el Señor a tu derecha, a quien juraste, y no te arrepentirás: ¿qué hace el sacerdote para siempre? ¿qué hace, quien está a la derecha de Dios, e intercede por nosotros (Rom. VIII, 34), como sacerdote entrando en los interiores o en el santo de los santos, en los secretos de los cielos, él solo no teniendo pecado, y por eso fácilmente limpiando de pecados (Hebr. IX, 12, 14, 24)? Él, pues, a tu derecha conquebrantará en el día de su ira a los reyes. ¿Qué reyes, preguntas? Se te ha olvidado, Se levantaron los reyes de la tierra, y los príncipes se reunieron en uno, contra el Señor y contra su Cristo (Sal. II, 2)? A estos reyes los conquebrantó con su gloria, y con el peso de su nombre debilitó a los reyes, para que no pudieran hacer lo que querían. Pues intentaron mucho borrar el nombre cristiano de la tierra, y no pudieron; porque quien tropiece en esa piedra, será quebrantado (Mat. XXI, 44). Tropezaron, pues, en la piedra de tropiezo, y por eso fueron quebrantados los reyes, cuando dicen: ¿Quién es Cristo? No sé quién, un judío, no sé quién, un galileo, así muerto, así asesinado. La piedra está ante tus pies, como vil y humildemente yacente: por eso, despreciando tropiezas, tropezando caes, cayendo eres quebrantado. Si, pues, tanta es la ira del oculto, ¿qué será el juicio del manifiesto? Han oído la ira del oculto, de la cual el salmo se titula, Por los ocultos del hijo: el noveno salmo, si bien recuerdo, se titula, Por los ocultos del hijo; y allí se muestra el juicio oculto de la ira oculta. Con Dios airado viven quienes tropiezan en esa piedra; son quebrantados. ¿Y de qué sirve que sean quebrantados? Escuchen también del juicio futuro: Porque quien tropiece en esa piedra, dice, será quebrantado; sobre quien caiga esa piedra, lo triturará (Luc. XX, 18). Cuando, pues, se tropieza en él, como humildemente yace; entonces quebranta: pero cuando triture, vendrá desde arriba. Vean cómo

con estas dos palabras, quebrantará y triturará, tropieza en él y vendrá sobre él, se distribuyen dos tiempos, de la humildad y la claridad de Cristo, de la pena oculta y del juicio futuro. No triturará viniendo, a quien no quebrante yaciendo. Yaciendo digo, como apareciendo despreciable. Pues él está a la derecha de Dios, y poderosamente desde lo alto clamó, Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? (Hech. IX, 4). Pero, sin embargo, aunque desde el cielo, no diría, ¿Por qué me persigues? a quien nadie tocaba, si no estuviera sentado a la derecha del Padre en el cielo, como también en la tierra en nosotros yaciera. El Señor a tu derecha, quebrantó en el día de su ira a los reyes.

19. [vers. 6.] Juzgará entre las naciones. Pero ahora, Por los ocultos; pues habrá también juicio manifiesto: Juzgará entre las naciones. Ahora, pues, se hace, Pereció su memoria con estruendo. En el mismo salmo está, Por los ocultos: Pereció su memoria con estruendo, y el Señor permanece para siempre; preparó su trono para el juicio, y él juzgará al mundo con equidad. Allí se dijo, Increpaste a las naciones, y pereció el impío; su nombre borraste para siempre (Sal. IX, 6-9): esto se hace ocultamente. En el día, pues, de su ira quebrantó a los reyes. Juzgará entre las naciones. ¿Cómo? Escuchen lo que sigue: Llenará de cadáveres. Ahora así juzga entre las naciones, para llenar de cadáveres: pues cuando al final juzgue, condenará a los cadáveres. Llenará de cadáveres: ¿qué cadáveres? Cualquiera que tema su nombre, caerá: cuando caiga, se derrumbará lo que era, para que se edifique lo que no era. Juzgará entre las naciones, llenará de cadáveres. Cualquiera que seas contumaz en Cristo, has erigido una torre que caerá en lo alto. Es bueno que te derrumbes a ti mismo, te hagas humilde, te postres a los pies del que está sentado a la derecha del Padre, para que se haga en ti una ruina que se construya. Pues si permaneces en la mala altitud, entonces serás derribado, cuando no serás edificado. Pues de tales dice en otro lugar la Escritura, Destrúyelos, y no los edificarás (Sal. XXVII, 5). Sin duda no diría de algunos, Destrúyelos, y no los edificarás; si no destruyera a algunos, para edificarlos. Lo que se hace en este tiempo, cuando Cristo en las naciones así juzga, para llenar de cadáveres. Quebrantará cabezas sobre la tierra muchas. Aquí, sobre la tierra, en esta vida, quebrantará muchas cabezas. De los soberbios hace humildes: y me atrevo a decir, hermanos míos, es útil andar aquí con la cabeza quebrantada humildemente, que con la cabeza erguida caer en el juicio de muerte eterna. Muchas cabezas quebrantará haciendo ruinas, pero llenando edificará.

20. [vers. 7.] Beberá del torrente en el camino; por eso levantará la cabeza. Veamos también bebiendo en el camino del torrente. Primero, ¿qué es el torrente? El flujo de la mortalidad humana. Pues así como el torrente se recoge de las aguas pluviales, rebosa, resuena, corre, y corriendo se agota, es decir, termina su curso; así es todo este curso de la mortalidad. Nacen los hombres; viven, mueren; y, mientras unos mueren, otros nacen, y de nuevo, mientras esos mueren, otros surgen: suceden, acceden, decaen, y no permanecerán. ¿Qué se retiene aquí? ¿Qué no corre? ¿Qué no va como recogido de la lluvia al abismo? Pues así como el río repentinamente recogido de la lluvia, de las gotas de lluvia, va al mar, y no aparece; ni aparecía, antes de ser recogido de la lluvia: así este género humano se recoge de lo oculto, y fluye; con la muerte de nuevo va a lo oculto; este medio suena, y pasa. De este torrente bebió él; no desdeñó beber de este torrente. Beber de este torrente, para él era nacer y morir. Esto tiene este torrente, nacimiento y muerte: Cristo asumió esto; nació, murió: así del torrente en el camino bebió. Se alegró como un gigante para correr el camino (Sal. XVIII, 6). Del torrente, pues, en el camino bebió; porque en el camino de los pecadores no se detuvo (Sal. I, 1). Porque, pues, del torrente en el camino bebió; por eso levantó la cabeza: es decir, porque se humilló, «y se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz; por eso Dios lo exaltó de entre los muertos, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de

Jesús se doble toda rodilla, de los celestiales, terrenales, e infernales, y toda lengua confiese, que el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre (Filip. II, 8-11).

EN LA EXPLICACIÓN DEL SALMO CX.

SERMON.

1. Han llegado los días para que cantemos Aleluya: estén atentos, hermanos, para recibir lo que el Señor sugiere para nuestra exhortación y para nutrir la caridad, con la cual es bueno para nosotros adherirnos a Dios. Estén atentos, buenos cantores, hijos de la alabanza y de la gloria sempiterna del verdadero e incorrupto Dios. Estén atentos, ustedes que saben cantar y salmodiar en sus corazones al Señor, dando siempre gracias en todo (Efes. V, 19, 20): y alaben a Dios; esto es Aleluya. Y estos días vienen para pasar, y pasan para venir, y significan el día que no viene y pasa, porque no es precedido por el ayer para venir, ni es urgido por el mañana para pasar. A ese día, cuando lleguemos, adheridos a él, tampoco nosotros pasaremos: y como se canta en cierto lugar a Dios, Bienaventurados los que habitan en tu casa: por los siglos de los siglos te alabarán (Sal. LXXXIII, 5); este será el negocio de los ociosos, esta la obra de los que descansan, esta la acción de los tranquilos, esta la preocupación de los seguros. Así como estos días suceden con grata solemnidad a los días pasados de Cuaresma, en los cuales antes de la resurrección del cuerpo del Señor se significa el dolor de esta vida: así aquel día que se dará después de la resurrección al cuerpo pleno del Señor, es decir, a la santa Iglesia, excluidos todos los trabajos y dolores de esta vida, sucederá con eterna bienaventuranza. Esta vida, sin embargo, exige de nosotros continencia, para que incluso con trabajo y lucha, gimiendo cargados y deseando ser revestidos de nuestra morada celestial (II Cor. V, 2); nos abstengamos de las delectaciones mundanas: y se significa con el número cuarenta, con el cual Moisés, Elías y el mismo Señor ayunaron (Éxodo XXXIV, 28; III Reyes XIX, 8; Mateo IV, 2). Se nos ordena, en efecto, tanto por la Ley, como por los Profetas, y por el mismo Evangelio (que tiene testimonio de la Ley y los Profetas; de donde también en el monte el Salvador resplandeció en medio de ambas personas [Mateo XVII, 3]), que refrenemos nuestra avidez como con el ayuno de la templanza de todas las seducciones del mundo, por las cuales los hombres cautivos olvidan a Dios; mientras la perfección del Decálogo de la Ley, como un salterio de diez cuerdas, se predica por las cuatro partes del mismo mundo, es decir, por todo el orbe, para que diez veces cuatro signifiquen el número cuarenta. Pero con el número cincuenta después de la resurrección del Señor, cuando cantamos Aleluya, no se significa el fin y tránsito de un tiempo, sino aquella bienaventurada eternidad; porque al número cuarenta se le añade el diez, y a los fieles que trabajan en esta vida se les paga aquella recompensa que el padre de familia preparó igual para los primeros y los últimos. Escuchemos, pues, el corazón del pueblo de Dios lleno de alabanza divina. He aquí que resuena en este salmo alguien exultante con feliz exultación, prefigura y brota del corazón en el amor de Dios un pueblo, es decir, el cuerpo de Cristo, liberado de todo mal.

2. [vers. 6.] Te confesaré, dice, Señor, con todo mi corazón. No siempre la confesión es de pecados, sino que también la alabanza de Dios se expresa con la devoción de la confesión. Aquella llora, esta se alegra; aquella muestra la herida al médico, esta da gracias por la salud. Esta confesión significa a alguien no solo liberado de todo mal, sino también separado de todos los malignos. Y por eso veamos dónde confiesa al Señor con todo el corazón. En el consejo, dice, de los rectos, y en la congregación: creo, que se sentarán sobre doce tronos, juzgando a las doce tribus de Israel (Mateo XIX, 28). Pues ya no hay entre ellos ningún iniquo, no se toleran los robos de ningún Judas, no se bautiza a ningún Simón el mago, queriendo comprar el Espíritu, mientras piensa en venderlo (Hechos VIII, 13, 18, 19); ningún

Alejandro el calderero muestra muchos males (II Tim. IV, 14), nadie cubierto con piel de oveja se infiltra con falsa fraternidad: entre tales ahora es necesario que la Iglesia gima, y tales entonces debe excluir, cuando todos los justos sean congregados. Estas son las grandes obras del Señor, buscadas en todas sus voluntades: por las cuales no abandona la misericordia a ningún confesante, ni queda impune la iniquidad de nadie; cuando azota también a todo hijo que recibe (Hebr. XII, 6). Pero si el justo apenas se salva, ¿dónde aparecerán el pecador y el impío? (I Pedro IV, 18). Que el hombre elija lo que quiera: no están dispuestas así las obras del Señor, para que la criatura constituida en libre albedrío supere la voluntad del Creador, aunque actúe contra su voluntad. Dios no quiere que peques; pues lo prohíbe: sin embargo, si pecas, no pienses que el hombre hizo lo que quiso, y que a Dios le sucedió lo que no quiso. Pues así como quiere que el hombre no peque, así quiere perdonar al pecador, para que se convierta y viva; así quiere finalmente castigar al que persevera en el pecado, para que el contumaz no escape al poder de la justicia. Así, elijas lo que elijas, al Omnipotente no le faltará de dónde cumplir su voluntad contigo. Porque grandes son las obras del Señor, buscadas en todas sus voluntades.

3. [vers. 3.] Confesión y magnificencia es su obra. ¿Qué más magnífico que justificar al impío? Pero tal vez la obra del hombre precede a esta magnificencia de Dios, para que cuando haya confesado sus pecados, merezca ser justificado. "Descendió" en efecto "del templo justificado el publicano más que el fariseo;" porque "ni siquiera se atrevía a levantar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: Dios, sé propicio a mí, pecador." Esta es la magnificencia del Señor, la justificación del pecador: porque quien se humilla, será exaltado; y quien se exalta, será humillado (Luc. XVIII, 13, 14). Esta es la magnificencia del Señor; porque a quien se le perdona mucho, ama mucho (Id. VII, 42-48). Esta es la magnificencia del Señor; porque donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia (Rom. V, 20). Pero tal vez por las obras. No, dice, por las obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura suya, creados en Cristo para buenas obras (Efes. II, 9, 10). Porque el hombre no obra la justicia sino justificado: creyendo en aquel que justifica al impío (Rom. IV, 5), comienza por la fe; para que las buenas obras, no precedentes a lo que mereció, sino consecuentes a lo que recibió, lo muestren. ¿De dónde, entonces, aquella confesión? Aún no es obra de justicia, sino desaprobación del delito: pero sea como sea, ni siquiera en ella te gloríes, para que quien se gloría, se gloríe en el Señor (I Cor. I, 31). ¿Qué tienes que no hayas recibido? (Id. IV, 7). No solo la magnificencia con la que se justifica al impío, sino también "confesión y magnificencia es su obra. ¿Qué diremos entonces?" porque "a quien quiere tiene misericordia, y a quien quiere endurece; ¿hay injusticia en Dios? De ninguna manera. Porque su justicia permanece por los siglos de los siglos. Pero tú, hombre" de este mundo, "¿quién eres para responder a Dios?" (Rom. IX, 14, 18, 20).

4. [vers. 4, 5.] Hizo memoria de sus maravillas: humillando a este, y exaltando a aquel. Hizo memoria de sus maravillas: reservando oportunamente prodigios inusitados, que la debilidad del hombre, atenta a la novedad, recuerde, siendo sus milagros cotidianos mayores. Crea tantos árboles por toda la tierra, y nadie se maravilla: secó uno con su palabra, y los corazones de los mortales quedaron asombrados (Mat. XXI, 19, 20); pero hizo memoria de sus maravillas. Pues este milagro se adherirá principalmente a los corazones atentos, que la asiduidad no lo haya devaluado.

5. ¿De qué sirvieron los milagros, sino para que se temiera? ¿De qué serviría el temor, si el Señor misericordioso y compasivo no diera alimento a los que le temen? alimento que no se corrompe, el pan que descendió del cielo (Juan VI, 27, 51), que dio sin méritos. Porque Cristo murió por los impíos (Rom. V, 6). Nadie, pues, daría tal alimento, sino el Señor misericordioso y compasivo. Si dio tanto a esta vida, si el Verbo hecho carne fue recibido

para justificar al pecador; ¿qué recibirá en el siglo futuro glorificado? Porque recordará por siempre su pacto. Ni todo dio quien dio una prenda.

6. [vers. 6-9.] Anunciará al pueblo su fortaleza. No se entristezcan los santos israelitas, que dejaron todo lo suyo y lo siguieron; no se entristezcan diciendo: ¿Quién podrá salvarse? Porque es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que un rico entre en el reino de los cielos (Mat. XIX, 24-26). Porque les anunció la fortaleza de sus obras; porque lo que es difícil para los hombres, es fácil para Dios. Para darles la herencia de las naciones. Porque se fue también a las naciones, y se ordenó a los ricos de este mundo no ser altivos, ni poner su esperanza en la incertidumbre de las riquezas; sino en el Dios vivo (I Tim. VI, 17), para quien es fácil lo que es difícil para los hombres. Así muchos fueron llamados, así se ocupó la herencia de las naciones, así se hizo que incluso muchos que no dejaron todo lo suyo en esta vida para seguirlo, despreciaran incluso la vida misma por la confesión de su nombre; y como camellos humillándose para llevar las cargas de las presiones, entraran incluso como por el ojo de una aguja, por las angustias punzantes de la pasión. Él hizo esto, para quien todo es posible.

7. Las obras de sus manos son verdad y juicio. Que la verdad sea sostenida por aquellos que son juzgados aquí. Aquí son juzgados los mártires, y llevados al juicio, donde no solo juzgarán a aquellos por quienes fueron juzgados, sino también a los ángeles, contra quienes tenían lucha, incluso cuando parecían ser juzgados por los hombres. Que la tribulación, la angustia, el hambre, la desnudez, la espada no los separen de Cristo (Rom. VIII, 35). Porque fieles son todos sus mandamientos: no engaña, cumple lo que prometió. Sin embargo, lo que prometió no debe esperarse aquí, no debe esperarse aquí; sino que están confirmados por los siglos de los siglos, hechos en verdad y justicia. Esto es verdadero y justo, que aquí se trabaje, allí se descanse: porque envió redención a su pueblo. ¿De dónde son redimidos, sino de la cautividad de esta peregrinación? No se busque, pues, el descanso sino en la patria celestial.

8. Dios dio ciertamente a los israelitas carnales la Jerusalén terrenal, que sirve con sus hijos: pero esto es el Antiguo Testamento, perteneciente al hombre viejo. Pero quienes entendieron allí la figura, también entonces se convirtieron en herederos del Nuevo Testamento; porque la Jerusalén que está arriba es libre, que es nuestra madre (Gál. IV, 25, 26) eterna en los cielos. Pero con aquel, se probó en realidad que prometía cosas transitorias: Porque mandó en eterno su Testamento. Pero ¿qué, sino el Nuevo? Del cual, si quieres ser heredero, no te engañes, ni pienses carnalmente en una tierra que mana leche y miel, no en propiedades amenas, no en huertos fructíferos y sombreados, no medites en adquirir algo así, como suele aquí desear el ojo de la avaricia. Porque siendo la raíz de todos los males la codicia (I Tim. VI, 10), debe ser eliminada para que aquí se consuma, no diferida para que allí se sacie. Primero huye de las penas, evita las gehennas: antes de desear al Dios que promete, teme al que amenaza. Porque santo y terrible es su nombre.

9. [vers. 10.] En lugar de todos los deleites de este siglo, cualesquiera que hayas experimentado, o puedas aumentar y multiplicar pensando, desea la sabiduría, madre de deleites inmortales: pero, el principio de la sabiduría es el temor del Señor. Ella deleitará, y sin duda deleitará inefablemente con los abrazos castos y eternos de la verdad: pero primero deben serte perdonadas las deudas, antes de que se pidan las recompensas. El principio, pues, de la sabiduría es el temor del Señor. Bueno es el entendimiento. ¿Quién lo niega? Pero entender y no hacer, es peligroso. Bueno, pues, para los que hacen. No eleve la mente en soberbia. Porque de quien es el temor el principio de la sabiduría, su alabanza permanece por los siglos de los siglos: y este será el premio, este el fin, esta la estación y sede perpetua. Allí

se encuentran los mandamientos fieles, confirmados por los siglos de los siglos; esa es la herencia del Nuevo Testamento mandada en eterno. Una cosa pedí, dice, al Señor, esta buscaré, que habite en la casa del Señor todos los días de mi vida (Sal. XXVI, 4). Porque bienaventurados los que habitan en la casa del Señor; por los siglos de los siglos lo alabarán (Sal. LXXXIII, 5): porque su alabanza permanece por los siglos de los siglos.

EN EL SALMO CXI EXPLICACIÓN

SERMON AL PUEBLO.

1. Creo que han prestado atención, hermanos, al título de este salmo, y lo han memorizado. Conversión, dice, de Ageo y Zacarías. Aún no eran estos profetas, cuando esto se cantó. Pues entre el tiempo de David y la transmigración del pueblo de Israel a Babilonia, se cuentan catorce generaciones, como lo atestigua la Escritura divina, y especialmente el evangelista Mateo (Mat. I, 17): la renovación del templo, según la profecía del santo Jeremías, se esperaba después de setenta años de aquella transmigración (Jerem. XXV, 12; y XXIX, 10): que cuando se cumplían, bajo el rey Darío de Babilonia, estos dos profetas, Ageo y Zacarías, fueron llenos del Espíritu Santo, y ambos comenzaron a profetizar sucesivamente dentro de un año, lo que parece referirse a la renovación del templo, como se predijo tanto tiempo antes (I Esdr. I, V; Agg. I; Zachar. I). Pero quien fija el ojo del corazón en los hechos corporales, y no se extiende de allí a la gracia del entendimiento espiritual, habita en pensamiento en las piedras del templo, con las cuales se levanta la estructura visible construida por manos humanas; ni él mismo se convierte en piedra viva, acomodada y apta para aquel templo, que el Señor figuró primero en su cuerpo, cuando dijo: Destruyan este templo, y en tres días lo levantaré (Juan II, 19). Porque el cuerpo del Señor es más pleno que la misma santa Iglesia, cuya cabeza ascendió al cielo, que es principalmente la piedra viva, la piedra angular, de la cual dice el bienaventurado Pedro: "Acercándose a él, piedra viva, rechazada por los hombres, pero elegida y honrada por Dios; y ustedes también, como piedras vivas, sean edificados en casa espiritual, en sacerdocio santo, ofreciendo sacrificios espirituales aceptos a Dios por medio de Jesucristo: porque contiene la Escritura, He aquí pongo en Sion una piedra angular, elegida, preciosa, y el que crea en él, no será confundido" (I Pedro II, 4-6). Por tanto, para que alguien se convierta en piedra viva apta para tal edificación, entienda espiritualmente la renovación del templo desde la ruina antigua que se hizo en Adán, la reparación del nuevo pueblo según el nuevo hombre y celestial: para que así como llevamos la imagen del terrenal, llevemos también la imagen del que es del cielo (I Cor. XV, 49), para que podamos después de todas las edades de este siglo, como después de setenta años, que se presagian con el número místico de la perfección, y como después de la cautividad de una larga peregrinación, no ser construidos con una mole que se derrumba, sino ser solidificados con eterna inmortalidad. Porque la Jerusalén espiritual, no la consideren más de los judíos que de ustedes. Porque como dice el Apóstol, "Ya no son extranjeros ni advenedizos; sino conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor, en quien también ustedes son juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu" (Efes. II, 19-22). Este es el templo de Dios, al que pertenece el sacramento de la profecía de Ageo y Zacarías: al cual nuevamente el mismo apóstol dice, Porque el templo de Dios, que son ustedes, es santo (I Cor. III, 17). Cualquiera, pues, que se convierta a la obra de esta coedificación, y a la esperanza de la santa y firme unión, como piedra viva de la ruina ruinosa de este mundo; entiende el título del Salmo, entiende la conversión de Ageo y Zacarías. Cante, pues, lo que sigue, no tanto con la voz de la lengua, como con la vida. Porque la perfección del edificio será aquella paz inefable de la sabiduría, cuyo principio es el

temor del Señor (Prov. I, 7): por tanto, que comience desde allí, quien es coedificado por esta conversión.

2. [vers. 1.] Porque bienaventurado el hombre que teme al Señor, en sus mandamientos querrá mucho. Dios verá, quien solo y verdaderamente y misericordiosamente juzga, cuánto progresa este en sus mandamientos: porque la vida humana es una tentación sobre la tierra, como dice el santo Job (Job VII, 1). Y nuevamente está escrito: "Porque el cuerpo que se corrompe, agrava el alma, y la morada terrena deprime el sentido que piensa en muchas cosas" (Sab. IX, 15). Pero quien nos juzga, es el Señor: ni debemos juzgar antes de tiempo, hasta que venga el Señor, y ilumine lo oculto de las tinieblas, y manifieste los pensamientos del corazón; y entonces la alabanza será para cada uno de Dios (I Cor. IV, 4 y 5). Vea, pues, él cuánto progresa cada uno en sus mandamientos: sin embargo, querrá mucho quien haya amado la paz de aquella coedificación; ni debe ya desesperar, porque en sus mandamientos querrá mucho, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad (Luc. II, 14).

3. [vers. 2, 3.] De ahí, Potente en la tierra será su descendencia. La semilla de la futura cosecha, las obras de misericordia, son testimonio del Apóstol, quien dice: No nos cansemos de hacer el bien; a su tiempo cosecharemos (Gál. VI, 9): y de nuevo, Esto es, dice, el que siembra escasamente, escasamente cosechará (II Cor. IX, 6). ¿Qué hay, hermanos, más poderoso que comprar el reino de los cielos, no solo Zaqueo con la mitad de sus bienes (Luc. XIX, 8), sino también la viuda con dos moneditas (Marc. XII, 42), y que ambos posean lo mismo allí? ¿Qué hay más poderoso que el mismo reino valga tanto para el rico con sus tesoros como para el pobre con un vaso de agua fría? Hay quienes hacen estas cosas mientras buscan lo terrenal, esperando aquí la recompensa del Señor o deseando agradar a los hombres: pero, La generación de los rectos será bendecida, es decir, sus obras, de aquellos cuyo Dios es bueno para Israel, que son rectos de corazón; el corazón recto es no resistir al Padre que corrige, y creer en el que promete: no de aquellos cuyos pies se conmueven, y sus pasos se derraman y caen, como se canta en otro salmo, mientras envidian a los pecadores viendo la paz de los pecadores, y piensan que sus obras perecen, porque no se les da una recompensa perecedera (Sal. LXXII, 1-14). Pero este hombre que teme al Señor, y se adapta al templo santo de Dios con la conversión de un corazón recto, no busca la gloria de los hombres, ni codicia las riquezas terrenales; y sin embargo, Gloria y riquezas en su casa. Su casa es su corazón; donde, alabando a Dios, habita más ricamente con la esperanza de la vida eterna, que, adulando a los hombres, en techos de mármol y artesonados con el temor de la muerte eterna. Porque su justicia permanece por los siglos de los siglos: esa es su gloria, esas son sus riquezas. Pero la púrpura y el lino fino y los espléndidos banquetes de aquel, aunque estén presentes, pasan; y cuando lleguen al final, deseando una gota de agua de un dedo que gotea, clamará con la lengua ardiente (Luc. XVI, 19-24).

4. [vers. 4-9.] Ha surgido en las tinieblas una luz para los rectos de corazón. Con razón dirigen su corazón a su Dios, con razón caminan rectos con su Dios, anteponiendo su voluntad a la suya; ni presumiendo nada con soberbia de sí mismos. Recuerdan que alguna vez fueron tinieblas, pero ahora son luz en el Señor (Efes. V, 8). Misericordioso y compasivo y justo es el Señor Dios. Deleita que sea misericordioso y compasivo, pero tal vez asusta que sea justo el Señor Dios. No temas con desesperación, bienaventurado el hombre que teme al Señor y en sus mandamientos se deleita en gran manera: sé amable, ten misericordia y presta. Porque el Señor Dios es justo, hará juicio sin misericordia a quien no hizo misericordia (Santiago II, 13): Pero el hombre amable que tiene misericordia y presta; Dios no lo aparta de su boca, como si fuera desagradable. Perdonad, dice, y se os perdonará; dad, y se os dará (Luc. VI, 37, 38). En lo que perdonas, para que se te perdone, tienes misericordia; en lo que

das, para que se te dé, prestas. Aunque en general se llama misericordia a toda ayuda al necesitado, sin embargo, hay diferencia cuando no gastas ni el costo del dinero, ni la industria del trabajo corporal, sino que perdonando lo que alguien ha pecado contra ti, obtienes gratis el perdón de tus pecados. Estos dos oficios de bondad, el perdón de los pecados y la distribución de beneficios, como en el Evangelio que recordamos, Perdonad, y se os perdonará; dad, y se os dará; así en este verso creo que están distinguidos, El hombre amable que tiene misericordia y presta. No seamos perezosos para esto, hermanos. Busca la gloria quien desea ser vengado; pero atiende lo que está escrito: Mejor es el que vence la ira, que el que toma una ciudad (Prov. XVI, 32). Busca riquezas quien no quiere dar a los pobres; atiende lo que está escrito: Tendrás un tesoro en el cielo (Mat. XIX, 21). No serás, pues, sin gloria perdonando; porque de la ira vencida se triunfa más laudablemente: no serás pobre dando; porque el tesoro celestial se posee con más certeza. Este verso engendraba el anterior, Gloria y riquezas en su casa.

5. Quien hace estas cosas, Dispone sus palabras con juicio. Las mismas obras son palabras con las que se defenderá en el juicio; lo cual no será sin misericordia para él, porque él mismo hizo misericordia. Porque no será conmovido para siempre: quien segregado a la derecha oirá, Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde el principio del mundo. Porque allí no se mencionan de ellos sino las obras de misericordia. Oirá, pues, Venid, benditos de mi Padre; porque la generación de los rectos será bendecida. Así, En memoria eterna será el justo: y no temerá el mal rumor; lo que oirá decir a los que estarán a la izquierda, Id al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles (Mat. XXV, 34, 41).

6. Así que quien aquí no busca lo suyo, sino lo de Jesucristo; soporta los trabajos con mucha paciencia, espera con confianza las promesas: Está preparado su corazón para confiar en el Señor. Ni se quiebra con ninguna tentación: Está firme su corazón, no se conmoverá, hasta que vea sobre sus enemigos. Sus enemigos aquí quisieron ver el bien, y cuando se les prometían cosas invisibles, decían: ¿Quién nos mostrará el bien? (Sal. IV, 6). Así que esté firme nuestro corazón, y no nos conmoveremos, hasta que veamos sobre nuestros enemigos. Ellos quieren ver el bien de los hombres en la tierra de los moribundos; nosotros creemos ver el bien del Señor en la tierra de los vivientes (Sal. XXVI, 13).

7. Pero es grande tener el corazón firme y no conmoverse, cuando ellos se alegran los que aman lo que ven, y se burlan de aquel que espera lo que no ve: y no se conmoverá hasta que vea él mismo, no abajo lo que sus enemigos, sino arriba sobre sus enemigos, lo que ojo no vio, ni oído oyó, ni subió al corazón del hombre, lo que Dios ha preparado para los que le aman (I Cor. II, 9). Cuánto vale esto que no se ve, y se compra tanto como cada uno pueda tenerlo. Por esto también él esparció, dio a los pobres: no veía, y compraba; pero él guardaba el tesoro en el cielo, quien se dignaba tener hambre y sed en los pobres en la tierra. No es de extrañar, pues, si Su justicia permanece por los siglos de los siglos: con aquel guardián que creó los siglos. Su cuerno será exaltado en gloria: cuya humildad era despreciada por los soberbios.

8. [vers. 10.] El pecador verá, y se enojará: ciertamente ese arrepentimiento tardío e infructuoso. Pues se enojará, ¿con quién más que consigo mismo, cuando diga: ¿Qué nos aprovechó la soberbia? y ¿qué nos benefició la jactancia de las riquezas? viendo su cuerno exaltarse en gloria, quien esparció y dio a los pobres. Crujirá los dientes, y se consumirá: porque allí habrá llanto y crujir de dientes. No florecerá, y reverdecerá, como sucedería si se arrepintiera a tiempo; pero entonces se arrepentirá, cuando el deseo de los pecadores perecerá: sin ningún consuelo que lo suceda. Perecerá el deseo de los pecadores, cuando todo

pase como una sombra (Sab. V, 8, 9), cuando la hierba se seque y la flor caiga. Pero la palabra del Señor que permanece para siempre (Is. XL, 8), así como fue burlada por la vanidad de los falsos bienaventurados, así se reirá de la perdición de los mismos verdaderos miserables.

EN EL SALMO CXII COMENTARIO.

SERMON AL PUEBLO.

1. [vers. 1-3.] Sabéis, hermanos, y habéis oído muchísimas veces en el Evangelio al Señor decir: «Dejad que los niños vengan a mí; porque de ellos es el reino de los cielos;» y de nuevo, «Si alguien no recibe el reino de Dios como un niño, no entrará en él» (Mat. XIX, 14; XVIII, 3; y Marc. X, 14, 15): y en muchos otros lugares nuestro Señor, por un singular ejemplo de humildad, acusa la soberbia del hombre viejo para renovar humildemente la vida con la semejanza de la edad infantil. Por lo tanto, carísimos, cuando oís cantar en los Salmos, Alabad, niños, al Señor, no penséis que esta exhortación no os concierne, porque ya habéis superado la infancia del cuerpo, o estáis floreciendo con el decoro juvenil, o encaneciendo con el honor senil: a todos vosotros os dice el Apóstol, No os hagáis niños en la mente; pero en la malicia sed niños, para que seáis perfectos en la mente (I Cor. XIV, 20). ¿Qué malicia, sino la soberbia? Pues ella, presumiendo de una vana grandeza, no permite al hombre caminar por el camino estrecho, e ingresar por la puerta angosta: el niño, sin embargo, entra fácilmente por lo angosto; y por eso nadie, sino como niño, entra en el reino de los cielos. ¿Qué hay peor que la malicia de la soberbia, que no quiere tener superior ni a Dios? Pues está escrito, El principio de la soberbia del hombre es apartarse de Dios (Eclo. X, 14). A esta que se levanta contra los preceptos divinos con cerviz hinchada y resiste al yugo suave del Señor, derribadla, rompedla, trituradla y consumidla, y alabad, niños, al Señor, alabad el nombre del Señor. Pues ella postrada y extinguida, de la boca de los niños y lactantes se perfecciona la alabanza (Sal. VIII, 3); ella oprimida y destruida, quien se gloría, gloríese en el Señor (I Cor. I, 31). No cantan esto quienes se creen grandes; no cantan esto quienes conociendo a Dios, no lo glorificaron como Dios, ni le dieron gracias: se alaban a sí mismos, no a Dios; pues no son niños. Quieren que su nombre sea proclamado por mucho tiempo y ampliamente, pronto ellos mismos pasarán a la estrechez. A Dios le conviene, al Señor le conviene ser proclamado siempre y en todas partes. Por tanto, sea siempre proclamado: «Sea el nombre del Señor bendito, desde ahora y para siempre.» Sea proclamado en todas partes: «Desde el nacimiento del sol hasta su ocaso, alabad el nombre del Señor.

2. Que me pregunte alguno de los niños santos que alaban el nombre del Señor, y me diga: He aquí hasta siempre, entiendo hasta la eternidad; pero ¿por qué desde ahora, y no antes de esto y antes de todos los siglos sea el nombre del Señor bendito? Responderé al pequeño, que no pregunta con contumacia: A vosotros se dice, señores y niños, a vosotros se dice, Alabad el nombre del Señor: sea el nombre del Señor bendito; sea de vosotros el nombre del Señor bendito, desde ahora ciertamente desde que se os dice. Pues comenzáis a alabar, pero sin fin alabéis. Desde ahora, pues, y hasta siempre, sin fin alabéis. No digáis: Comenzamos a alabar al Señor, porque somos niños; pero cuando crezcamos y seamos grandes, nos alabaremos a nosotros mismos. No así, niños, no así: por eso dice el Señor por Isaías, Yo soy; y hasta que envejezcáis, yo soy (Is. XLVI, 4). Él siempre debe ser alabado quien es. Alabad, niños, desde ahora, alabad, ancianos, y hasta siempre. Porque vuestra vejez blanqueará ciertamente con las canas de la sabiduría, pero no se marchitará con la vetustez de la carne. O porque en este lugar parece significar más bien la humildad la infancia, a la que es contraria la vana y falsa grandeza de la soberbia; y por eso al Señor no lo alaban sino los niños, porque los soberbios no saben alabarlo: sea vuestra vejez infantil, y vuestra infancia senil; es decir: que ni vuestra

sabiduría sea con soberbia, ni vuestra humildad sin sabiduría, para que alabéis al Señor desde ahora y hasta siempre. Pero en cualquier lugar donde se difunda en los pequeños santos la Iglesia de Cristo, Alabad el nombre del Señor: esto es, Desde el nacimiento del sol hasta su ocaso, alabad el nombre del Señor.

3. [vers. 4.] Excelso sobre todas las naciones es el Señor. Las naciones son hombres: ¿qué maravilla que sobre los hombres sea excelso el Señor? Ellos sobre sí mismos tienen excelsos a quienes adoran, ven con sus ojos brillar en el cielo, el sol y la luna y las estrellas, que sirven a la criatura, abandonando al Creador. Pero no solo excelso sobre todas las naciones es el Señor; sino también sobre los cielos su gloria. Los cielos lo miran hacia arriba; y los humildes lo tienen consigo, constituidos en carne debajo del cielo, que por él no adoran al cielo.

4. [vers. 5, 6.] ¿Quién como el Señor nuestro Dios, que habita en las alturas, y mira lo humilde? Alguien podría pensar que habita en las alturas del cielo, desde donde mira lo humilde en la tierra; pero mira lo humilde en el cielo y en la tierra. ¿En qué alturas, pues, habita, desde donde mira lo humilde en el cielo y en la tierra? ¿O en qué alturas habita, también mira lo humilde? Pues así exalta a los humildes, que no los hace soberbios. Así que también en otros habita a quienes exalta, y los hace para sí cielo, es decir, su sede; y sin embargo, no soberbios, sino siempre sometidos mirándolos, también en el mismo cielo mira lo humilde, en los cuales habita en las alturas. Pues el Espíritu por Isaías así habla; «Esto dice el Altísimo que habita en las alturas, en eterno su nombre, el Señor altísimo que tiene descanso en los santos.» Explicó qué quiso decir, habitando en las alturas; pues esto lo expresó más plenamente, en los santos, dice, tiene descanso. Pero ¿quiénes son los santos, sino los humildes, que los niños alaban al Señor? Así que añade: Y al pusilánime da magnanimidad, y da vida a los que están en la humildad del corazón (Is. LVII, 15). En quienes tiene descanso, a estos pusilánimes da magnanimidad. Dando ciertamente magnanimidad los hace excelsos, en quienes teniendo descanso habita en las alturas. Pero porque al pusilánime da magnanimidad, las mismas alturas en las que habita, mira lo humilde. Pero mira lo humilde en el cielo y en la tierra.

5. Y nos ha incitado también a buscar si las mismas en el cielo, que en la tierra; o si otras en el cielo, otras en la tierra mira lo humilde el Señor nuestro Dios. Pues si las mismas, veo cómo entender esto según el Apóstol diciendo: Porque aunque andamos en la carne, no militamos según la carne: porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios (II Cor. X, 3 y 4). ¿De dónde, pues, poderosas, sino porque son espirituales? Así que cuando el Apóstol anda en la carne, y milita espiritualmente, no es de extrañar si su humildad se mira en el cielo por la libertad del espíritu, y en la tierra por la servidumbre del cuerpo. Pues él mismo en otro lugar dice, Porque nuestra conversación está en los cielos (Filip. III, 20): él mismo también dice, que es mejor para él disolverse y estar con Cristo, pero permanecer en la carne es necesario, dice, por vosotros (Id. I, 23, 24). Por tanto, quien entienda tanto la conversación del Apóstol en los cielos, como la permanencia en la carne en la tierra; debe entender al mismo tiempo que el Señor nuestro Dios habitando en los excelsos santos, cómo sin embargo a los mismos santos humildes se mira a sí mismo en el cielo, porque piensan en las cosas de arriba, que han resucitado con Cristo en esperanza (Col. III, 1); y en la tierra, porque aún no están sueltos del vínculo de la carne, para que puedan estar con Cristo de toda su vida. Pero si otras cosas mira lo humilde el Señor nuestro Dios en el cielo, y otras en la tierra; creo que en el cielo ya mira a quienes ha llamado, y habita en ellos; en la tierra, sin embargo, mira a quienes llama, para habitar en ellos. Pues a estos posee pensando en lo celestial, a aquellos excita soñando en lo terrenal.

6. Pero porque difícilmente obtenemos que puedan llamarse ya humildes, quienes aún no han unido sus piadosos cuellos al suave yugo del Señor, ya que lo humilde en este lugar, para que lo entendamos como santo, a lo largo del texto del Salmo las divinas letras nos advierten; hay también otra interpretación, que la Caridad de vosotros considere conmigo. Creo que ahora se significa por cielos a aquellos que se sentarán sobre doce tronos, y con el Señor juzgarán (Mat. XIX, 28); pero por el nombre de tierra a la multitud restante de los benditos, que se constituirán a la derecha, para que por las obras de misericordia alabados sean recibidos por ellos en tabernáculos eternos, a quienes se hicieron amigos de sí mismos del mamón de iniquidad en esta vida mortal (Luc. XVI, 9). Pues a ellos les dice el Apóstol: Si nosotros os sembramos lo espiritual, ¿es mucho si cosechamos lo carnal vuestro? (I Cor. IX, 11). Lo cual también puede decirse con estas palabras: Si nosotros os sembramos lo celestial, ¿es mucho si cosechamos lo terrenal vuestro? En el cielo, pues, mira a los que siembran lo celestial, en la tierra, sin embargo, a los que devuelven lo terrenal; sin embargo, humildes tanto a estos como a aquellos. Pues mira lo humilde en el cielo y en la tierra; porque ambos recuerdan qué fueron por su malicia, qué se hicieron por la gracia del Señor. Pues no solo a ellos les dice el Vaso de elección, Porque fuisteis alguna vez tinieblas; ahora, sin embargo, luz en el Señor (Efes. V, 8); y de nuevo, Por gracia sois salvos por la fe, y esto no de vosotros, sino don de Dios, no de obras, para que nadie se gloríe: sino que también se añade a sí mismo consecuentemente, diciendo, Porque somos hechura suya, creados en buenas obras. Dice también por separado de sí mismo y de aquellos que se miran en el cielo: Porque fuimos también nosotros naturalmente hijos de ira, como los demás (Id. II, 3 10). Y de nuevo: Porque fuimos también nosotros, dice, necios alguna vez e incrédulos, errantes, sirviendo a deseos y placeres varios, actuando en malicia y envidia, abominables, odiándonos mutuamente: pero cuando la bondad y humanidad de nuestro Salvador Dios iluminó, no por obras de justicia que nosotros hayamos hecho, sino según su misericordia nos salvó por el lavamiento de la regeneración (Tit. III, 3-5). He aquí lo humilde que se mira en el cielo. Pues son espirituales, y todo lo juzgan; pero sin embargo humildes, para que no sean juzgados derribados. ¿Qué de sí mismo singularmente? ¿no son tales las cosas que recuerda? No soy, dice, digno de ser llamado apóstol, porque perseguí a la Iglesia de Dios (I Cor. XV, 9): pero alcancé misericordia, porque lo hice ignorante en incredulidad (I Tim. I, 13).

7. [vers. 7-9.] Finalmente, después de estos versos en los que el Espíritu dice en el Salmo: «¿Quién como el Señor nuestro Dios, que habita en las alturas y mira lo humilde en el cielo y en la tierra?», queriendo enseñarnos por qué en el cielo lo humilde, cuando ya los grandes espirituales y dignos de sedes judiciales son significados con tal elocuencia; añadió inmediatamente: «Él levanta del polvo al pobre y exalta al necesitado del estiércol, para colocarlo con los príncipes, con los príncipes de su pueblo». No se desdeñen, pues, de ser humildes las cabezas de los excelsos, bajo la diestra del Señor. Aunque el fiel dispensador de la riqueza del Señor sea colocado con los príncipes del pueblo de Dios, aunque se siente en las doce sedes y también juzgue a los ángeles; sin embargo, el pobre es levantado de la tierra y el necesitado es exaltado del estiércol. ¿O acaso no es exaltado del estiércol quien servía a deseos y placeres varios? Pero tal vez cuando ya decía esto, no era pobre, no era necesitado. ¿Por qué entonces aún gime cargado, deseando ser revestido de la morada que es del cielo (II Cor. V, 2)? ¿Por qué, no sea que se ensalce, es abofeteado y sometido al ángel de Satanás, el aguijón de su carne (Id. XII, 7)? Es alto, en verdad, con el Señor habitando en él, y teniendo el Espíritu que escudriña todo, incluso la profundidad de Dios (I Cor. II, 10): así que está en el cielo; pero también en el cielo el Señor mira lo humilde.

8. ¿Qué, entonces, hermanos, si ya hemos escuchado lo humilde que está en el cielo, exaltado del estiércol, para ser colocado con los príncipes del pueblo; no hemos escuchado nada

consecuente sobre los humildes que en la tierra mira el Señor? Pues son menos aquellos amigos que juzgarán con el Señor, pero más aquellos que son recibidos en las moradas eternas. Aunque toda la masa de trigo en comparación con la paja separada parezca tener pocos; considerada por sí misma, es abundante. Muchos son los hijos de la desolada, más que de la que tiene marido (Isai. LIV, 1): muchos son los hijos de la que por gracia concibió en la vejez, que de la que desde la juventud está casada con el vínculo de la Ley. Y yo, en verdad, digo, concibió en la vejez; mirando a Sara, nuestra madre, en un solo Isaac, madre de los fieles por todas las naciones. Pero vean qué persona es en Isaías: como si no fuera madre en absoluto, ni de la que dio a luz a alguien. Y sin embargo, ¿qué se le dice? «Dirán», dice, «en tus oídos tus hijos que perdiste: Nos es estrecho este lugar, así que háznoslo ahora un lugar donde habitemos. Pero tú dirás en tu corazón: ¿Quién me ha engendrado estos, sabiendo que soy sin hijos y viuda? ¿Quién, entonces, me ha criado estos? porque yo fui dejada sola; pero estos, ¿dónde estaban para mí?» (Isai. XLIX, 20 y 21). Por esa parte, entonces, dice esto la Iglesia, que parece no dar a luz en estas multitudes que no han dejado todo para seguir al Señor y sentarse sobre los doce tronos. Pero, ¿cuántos en esa misma multitud, haciéndose amigos del mamón de iniquidad, por obras de misericordia estarán a la derecha? No solo, pues, levanta del estiércol al que coloca con los príncipes de su pueblo; sino también, hace habitar a la estéril en casa, madre de hijos gozosa: quien habita en las alturas y mira lo humilde en el cielo y en la tierra, la simiente de Abraham como las estrellas del cielo, la santidad sublime colocada en las sedes superiores, y como la arena en la orilla del mar, la multitud misericordiosa e innumerable segregada de las olas izquierdas y de la amargura impía.

EN EL SALMO CXIII COMENTARIO.

SERMON I. Sobre la primera parte del Salmo.

1. [vers. 1-6.] Leemos, y es bien conocido, amados hermanos, lo que se narra en el libro del Éxodo, que el pueblo de Israel, liberado del dominio iniquo de los egipcios, pasó por tierra seca entre las aguas divididas del mar (Éxodo XIV, 22): también el río Jordán, cuando entraron por él en la tierra de la promesa, tocado por los pies de los sacerdotes que llevaban el arca del Señor, se detuvo con su corriente frenada desde arriba; y desde la parte inferior fluyó lo que corría hacia el mar, hasta que, estando los sacerdotes en seco, pasó todo el pueblo (Josué III, 15-17): conocemos estas cosas, y sin embargo, no debemos pensar que en este salmo, al que ahora respondemos con el Alleluia pronunciado y cantado, el Espíritu Santo actúa para que recordemos aquellos hechos pasados, sin pensar en tales cosas futuras. Porque aquellos, como dice el Apóstol, les sucedían en figura; pero están escritos para nuestra corrección, sobre quienes ha llegado el fin de los siglos (I Cor. X, 11). Por tanto, cuando escuchamos en el Salmo, En la salida de Israel de Egipto, la casa de Jacob de un pueblo bárbaro, Judá se convirtió en su santificación, Israel en su poder; el mar lo vio y huyó, el Jordán se volvió atrás: no piensen que se nos narran cosas pasadas, sino más bien se predicen futuras; porque aquellos milagros, cuando se realizaban en aquel pueblo, aunque presentes, no se llevaban a cabo sin la significación de futuros. Y así, para mostrar que quien cantando estas cosas las predecía, hacía con palabras lo mismo que allí se hacía con hechos, operando el mismo Espíritu tanto en aquellos hechos como en estas palabras, para que lo que se reservaba para manifestarse al final de los siglos, se anunciara con figuras de cosas y palabras que precedían; no dijo en absoluto lo que allí se hizo, sino que añadió algunas cosas de manera diferente a como las aprendimos leídas allí: para que no se pensara que recordaba cosas pasadas, más bien que predecía futuras. Primero, porque no leemos que el mismo Jordán se volviera atrás, sino que se detuvo desde la parte donde las aguas fluían desde arriba, cuando aquel pueblo pasaba; luego, no leemos que los montes y colinas saltaran: lo cual

añadió de tal manera que también repitiera todas estas cosas. Pues cuando dijo, «El mar lo vio y huyó, el Jordán se volvió atrás;» añadió, «Los montes saltaron como carneros, y las colinas como corderos de ovejas: y repite lo mismo preguntando, «¿Qué te pasa, mar, que huiste; y tú, Jordán, que te volviste atrás? montes, que saltasteis como carneros; y colinas, como corderos de ovejas?»

2. Prestemos atención, entonces, a lo que se nos advierte; porque aquellos hechos fueron figuras nuestras, y estas palabras nos exhortan a reconocernos a nosotros mismos. Pues si retenemos con firmeza la gracia de Dios que se nos ha dado, nosotros somos Israel, la simiente de Abraham: a nosotros nos dice el Apóstol, «Por tanto, sois simiente de Abraham» (Gál. III, 29). Porque como dice en otro lugar, «No en la circuncisión, sino en la incircuncisión se le imputó a Abraham la fe para justicia, y recibió la señal de la circuncisión, sello de la justicia de la fe que tenía en la incircuncisión, para que se le imputara también a ellos para justicia; para que sea padre de la circuncisión, no solo de los que son de la circuncisión, sino también de los que siguen las pisadas de la fe que tenía en la incircuncisión de nuestro padre Abraham.» Porque no solo se hizo padre de la nación carnalmente circuncidada, a la que se le dijo, Te he puesto por padre de muchas naciones. Pero de muchas, no de algunas, sino de todas (Rom. IV, 9-17); lo cual se dice claramente cuando se le dice: Y en ti serán bendecidas todas las naciones (Gén. XXII, 18). Por tanto, ningún cristiano debe considerarse ajeno al nombre de Israel. Porque a aquellos que creyeron de entre los judíos, entre los cuales encontramos principalmente a los Apóstoles, nos unimos en la piedra angular. De aquí dice el Señor en otro lugar: Tengo otras ovejas que no son de este redil; es necesario que también a ellas las traiga, para que haya un solo rebaño y un solo pastor (Juan X, 16). Por tanto, el pueblo cristiano es más Israel, y él más bien la casa de Jacob. Porque el mismo Israel es Jacob. Pero aquella multitud de judíos, que por el mérito de la infidelidad fue rechazada, vendió sus primogenituras por placer carnal, para no pertenecer a Jacob, sino más bien a Esaú. Pues saben que en este misterio se dijo, Que el mayor servirá al menor (Gén. XXV, 33, 23).

3. Pero Egipto, porque se interpreta como Aflicción, o Afligente, o Compresor, a menudo se pone en imagen de este siglo; del cual hay que apartarse espiritualmente, para no llevar yugo con los infieles (II Cor. VI, 14). Pues así como uno se hace idóneo ciudadano de la Jerusalén celestial, cuando primero ha renunciado a este siglo; así como aquel pueblo no pudo ser conducido a la tierra de la promesa, si primero no se apartaba de Egipto. Pero así como aquel no salió de allí, sino liberado por la ayuda divina; así nadie se aparta de este siglo con el corazón, sino ayudado por el don de la misericordia divina. Porque lo que allí se prefiguró una vez, esto en este fin del siglo, en esta, como escribe el bienaventurado Juan, última hora (I Juan II, 18), se completa en los nacimientos diarios de la Iglesia en cada creyente. Escuchen al Apóstol, maestro de los gentiles, enseñando e instruyendo: «Porque no quiero que ignoréis, hermanos, que todos nuestros padres estuvieron bajo la nube, y todos pasaron por el mar, y todos fueron bautizados en Moisés en la nube y en el mar, y todos comieron el mismo alimento espiritual, y todos bebieron la misma bebida espiritual. Porque bebían de la roca espiritual que los seguía: y la roca era Cristo. Pero en la mayoría de ellos no se complació Dios: porque fueron postrados en el desierto. Estas cosas fueron hechas figuras nuestras» (I Cor. X, 1-6). ¿Qué más quieren, hermanos amadísimos? Ciertamente es manifiesto no por sospecha humana, sino por magisterio apostólico, es decir, divino y del Señor; porque Dios hablaba en ellos, y aunque de nubes carnales, sin embargo, el Señor tronaba: ciertamente, pues, con tanto testimonio es manifiesto que todas aquellas cosas se hicieron figuradamente, ahora se cumplen en nuestra salvación; porque entonces se preanunciaban futuras, ahora se leen pasadas, y se conocen presentes.

4. Escuchen lo que es más maravilloso, los sacramentos de los libros antiguos ocultados y velados, en parte revelados por los mismos libros antiguos. Pues el profeta Miqueas habla así: «Según los días,» dice, «de su salida de Egipto, les mostraré maravillas. Verán las naciones, y se confundirán de todo su poder: se taparán la boca con las manos, sus oídos se ensordecerán, lamiendo la tierra, como serpientes arrastrándose por la tierra; se turbarán por sus encierros, en el Señor nuestro Dios se desmayarán, y se aterrarán de ti. ¿Quién es como tu Dios, que quita la iniquidad, y pasa por alto la impiedad de los restos de tu heredad? Y no retuvo su ira para siempre, porque es voluntario y misericordioso; él volverá y se compadecerá de nosotros, sumergirá nuestras iniquidades, sumergirá en el fondo del mar todas nuestras culpas» (Miqueas VII, 15-19). Sin duda advierten, hermanos, que aquí se abren más claramente los sagrados misterios. En este salmo, pues, aunque el Espíritu de la profecía admirable contemple lo futuro, sin embargo, parece narrar como pasados los hechos. Se hizo, dice, Judá su santificación: el mar lo vio y huyó: y se hizo, y huyó, son palabras de tiempo pasado; y se volvió el Jordán, y saltaron los montes, y se conmovió la tierra, suenan de la misma manera en pasado; sin perjuicio, sin embargo, de entender lo futuro. De lo contrario, nos vemos obligados a entender también aquellas cosas no como preanunciadas futuras, sino como recordadas pasadas, contra el testimonio evangélico: Dividieron entre sí mis vestiduras, y sobre mi ropa echaron suertes (Salmo XXI, 19). Que aunque dichas con palabras de tiempo pasado, sin embargo, preanunciaban lo que mucho después se cumpliría en la pasión del Señor. Pero, amadísimos, este profeta que he mencionado, también ha afinado los corazones toscos, y los ha extendido sin vacilación a entender lo futuro de las cosas pasadas; para que no solo por autoridad apostólica creamos que aquellas cosas fueron figuras nuestras, sino que tampoco los mismos profetas dejaron de hacerlo, para que también por su elocuencia reveladora, viendo y gozando, seguros y confiados, saquemos del tesoro de Dios tanto lo nuevo como lo viejo, concordantemente unidos entre sí. Pues aunque tanto después de la salida de aquel pueblo de Egipto, y tanto antes de estos tiempos de la Iglesia, cantó estas cosas que he mencionado; sin embargo, testifica sin ninguna duda que predice lo futuro. Según los días, dice, de su salida de Egipto, les mostraré maravillas. Verán las naciones, y se confundirán. Esto es lo que aquí se dice, El mar lo vio, y huyó: pues si aquí por palabras de tiempo pasado, como es, vio y huyó, se predicen ocultamente cosas futuras; Verán ciertamente y se confundirán, cuando son palabras de tiempo futuro, ¿quién se atreverá a pensar en cosas pasadas? Y poco después, a nuestros mismos enemigos, que nos seguían huyendo para destruirnos, es decir, nuestras iniquidades, como a los egipcios en el mar sepultados, así en el Bautismo sumergidos y extinguidos, lo indica con claridad de luz, diciendo: «Porque es voluntario y misericordioso, él volverá y se compadecerá de nosotros; sumergirá nuestras iniquidades, sumergirá en el fondo del mar todas nuestras culpas.»

5. ¿Qué es, amadísimos? Ustedes que se conocen como israelitas según la simiente de Abraham, que son casa de Jacob según la promesa herederos, reconozcan también que han salido de Egipto, quienes han renunciado a este siglo; han salido de un pueblo bárbaro, quienes con la confesión de piedad se han separado de las blasfemias de las naciones. Porque no es su lengua, sino bárbara, la que no sabe alabar a Dios, a quien ustedes cantan Alleluia. «Se hizo» en ustedes «Judá su santificación»: «Porque no es judío el que lo es en lo manifiesto, ni la circuncisión la que es en lo manifiesto en la carne; sino el que lo es en lo oculto, y la circuncisión del corazón» (Rom. II, 28, 29). Pregunten, pues, a sus corazones: si la fe los ha circuncidado, si la confesión los ha purificado; en ustedes se hizo Judá su santificación, en ustedes Israel su poder. Porque les dio potestad de ser hechos hijos de Dios (Juan I, 12).

6. Ahora bien, recuerde cada uno de ustedes, cuando quiso aplicar su corazón a Dios, y someter su devoto ánimo al suave yugo de Él, apartándose de los deseos de su ignorancia anterior, y de las obras carnales de este mundo (en las que trabajaba sin fruto, como si en Egipto hiciera ladrillos bajo el duro dominio del diablo), al escuchar la voz del Señor diciendo, Vengan a mí, todos los que están trabajados y cargados, y yo los haré descansar (Mat. XI, 28), correr, dejando y desechando todos los impedimentos seculares, bajo la ligera carga de Cristo: recuerde, pues, cada uno de ustedes cómo todos los impedimentos mundanos cedieron, las voces de los disuasores o no se atrevieron a estallar, o al considerar el nombre de Cristo exaltado y honrado por todas las tierras, temblorosas callaron. Por tanto, El mar lo vio y huyó: para que se abriera el camino sin contradicción hacia la libertad espiritual.

7. Pero el Jordán, ¿cómo se volvió atrás? No quiero que lo busquen fuera de ustedes, no quiero que sospechen algo malo. Pues el Señor reprende a algunos que pusieron su espalda hacia Él, y no su rostro (Jerem. II, 27). Y cualquiera que abandona su principio, y se aparta de su Creador, como un río en el mar, se desliza en la amarga malicia de este siglo. Por tanto, es bueno para él volverse atrás, y que Dios sea para él delante del rostro al volver, a quien había puesto detrás de sí; y que el mar de este siglo sea para él detrás, que había hecho delante de su rostro, cuando se precipitaba ávidamente hacia allí; y así olvide lo que está detrás, para extenderse hacia lo que está delante (Filip. III, 13): lo cual ya es útil para el convertido. Pues antes de que se convierta, si olvida lo que está detrás, olvida a Dios; porque lo había hecho detrás de sí, a quien había puesto su espalda: y si se extiende hacia lo que está delante, se extiende hacia el siglo; porque lo había puesto delante de su rostro, hacia donde se precipitaba ávidamente. Por tanto, el Jordán significa a aquellos que han recibido la gracia del Bautismo; y así el Jordán se vuelve atrás, cuando ellos se convierten a Dios, para que ya no lo tengan detrás, sino que con el rostro revelado contemplando la gloria del Señor, se transformen en la misma imagen de gloria en gloria (II Cor. III, 18).

8. Los montes saltaron como carneros: los fieles dispensadores de la palabra de verdad, los santos Apóstoles, los predicadores del santo Evangelio. Y las colinas como corderos de ovejas. Estos son a quienes se dice, En Cristo Jesús por el Evangelio yo los engendré: estos son a quienes se dice, No para avergonzarlos escribo estas cosas, sino para amonestarlos como a mis hijos amadísimos (I Cor. IV, 15, 14): estos son de quienes se dice, Traigan al Señor hijos de carneros (Salmo XXVIII, 1). Observen por todas las tierras, ustedes que saben admirar estas cosas, y alegrarse y cantar al Señor su Dios; observen que estas cosas se cumplen por todas las naciones, que antes de tan largos tiempos fueron figuradamente hechas y predichas.

9. Pregunten y digan, «¿Qué te pasa, mar, que huiste; y tú, Jordán, que te volviste atrás? montes, que saltasteis como carneros; y colinas, como corderos de ovejas?» ¿Qué es, oh siglo, que tus impedimentos cedieron? ¿Qué es, oh tantos miles de fieles en todo el mundo, que renuncian a este mundo, que se convierten a su Señor? ¿Qué es lo que se alegran, a quienes al final se les dirá: Bien, buen siervo, porque en lo poco fuiste fiel, sobre mucho te pondré? ¿Qué es lo que se alegran, a quienes al final se les dirá: Vengan, benditos de mi Padre, hereden el reino preparado para ustedes desde la fundación del mundo (Mat. XXV, 21, 34)?

10. [vers. 7.] Todas estas cosas les responderán, y ustedes mismos se responderán: A la presencia del Señor se conmovió la tierra, a la presencia del Dios de Jacob. ¿Qué es, a la presencia del Señor; sino su presencia que dijo: He aquí, yo estoy con ustedes todos los días, hasta el fin del mundo (Id. XXVIII, 20)? Porque la tierra se conmovió; pero porque había

permanecido mal perezosa, se conmovió, para que más firmemente se estableciera a la presencia del Señor.

11. [vers. 8.] Qui convertit petram in stagna aquarum, et rupem in fontes aquarum. Seipsum enim et quamdam suam duritiam liquefecit ad irrigandos fideles suos, ut fieret in eis fons aquae salientis in vitam aeternam (Joan. IV, 14); quia prius, cum ignoraretur, durus videbatur. Inde illi turbati sunt, et non exspectaverunt donec Scripturis apertis influeret atque inundaret in eos, qui dixerunt, Durus est hic sermo, quis potest eum audire (Id. VI, 61)? Ista petra, ista duritia conversa est in stagna aquarum, et ista rupes in fontes aquarum, cum resurgens exposuit eis, incipiens a Moyse per omnes Prophetas, quia sic oportebat Christum pati (Luc. XXIV, 26 et 27); et misit Spiritum sanctum, de quo dicebat, Si quis sitit, veniat et bibat (Joan. VII, 37).

EN EL SALMO CXIII SEGUNDO.

12. [vers. 1.] No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da gloria. Pues esta gracia del agua brotando de la roca (la roca era Cristo [I Cor. X, 4]), no fue dada como si precedieran obras, sino por la misericordia de aquel que justifica al impío (Rom. IV, 5). Porque Cristo murió por los impíos (Id. V, 6), para que los hombres no buscaran ninguna gloria propia, sino la del nombre de Dios.

13. [vers. 2.] Sobre tu misericordia, dice, y tu verdad. Estas dos cosas, misericordia y verdad, noten en las santas Escrituras cuán a menudo se juntan. Pues en su misericordia llamó a los impíos, y en la verdad juzga a aquellos que llamados no quisieron venir. No sea que digan las naciones, ¿Dónde está su Dios? Pues al final aparecerá su misericordia y verdad, cuando el signo del Hijo del hombre aparezca en el cielo, y entonces llorarán todas las tribus de la tierra, y no dirán, ¿Dónde está su Dios? cuando ya no se predica para ser creído, sino que se muestra para ser temido.

14. [vers. 3.] Pero nuestro Dios está en el cielo arriba. No en el cielo, donde ven el sol y la luna, obras de Dios que adoran; sino en el cielo arriba, que trasciende todos los cuerpos celestiales y terrestres. Ni así está en el cielo nuestro Dios, como si al serle quitado el cielo temiera la ruina sin sede. En los cielos y en la tierra hizo todo lo que quiso. Ni necesita de sus obras, como si en ellas se colocara para permanecer; sino que persiste en su eternidad, en la cual permaneciendo hizo todo lo que quiso en los cielos y en la tierra: pues no es que ya lo llevaban, para que por él pudieran ser hechos; cuando, si no fueran hechos, no podrían llevarlo. Por tanto, en quienes está él, como si por necesidad los contiene, no es contenido por ellos como si necesitara. O así se entienda, En los cielos y en la tierra hizo todo lo que quiso, o en los superiores, o en los inferiores de su pueblo estableció su gracia voluntaria, para que nadie se gloríe de los méritos de las obras: porque ya sea que los montes salten como carneros, o los collados como corderos de ovejas; la tierra se conmovió ante la faz del Señor, para que no permanecieran perpetuamente en las inmundicias terrenales.

SERMON II. De la otra parte del Salmo.

1. [vers. 4.] Aunque tal vez todos los Salmos tengan una conexión para los que los observan diligentemente, de modo que ninguno siga que no pueda unirse al anterior; sin embargo, consideremos este como si ambos fueran uno, este y el anterior. Pues cuando en aquel se dijo, «No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da gloria: sobre tu misericordia y tu verdad: no sea que digan las naciones, ¿Dónde está su Dios?» porque adoramos a un Dios

invisible, que no es conocido por los ojos corporales de nadie, pero sí por los corazones purísimos de unos pocos: como si por eso las naciones pudieran decir, ¿Dónde está su Dios? porque ellos pueden mostrar a sus dioses a los ojos; primero advirtió que la presencia de nuestro Dios se siente por sus obras, porque aunque está en el cielo arriba, en el cielo y en la tierra hizo todo lo que quiso. Y como si dijera, Que las naciones muestren a sus dioses; dice, Los ídolos de las naciones son plata y oro, obra de manos de hombres: es decir, aunque no podamos mostrar a nuestro Dios a vuestros ojos carnales, a quien debisteis entender por sus obras; no os dejéis seducir por vuestras vanidades, porque vosotros podéis mostrar con el dedo lo que adoráis. Pues mucho más honesto sería no tener lo que podríais mostrar, que en lo que se os muestra a estos ojos, se muestre la ceguera de vuestro corazón: ¿qué mostráis, sino oro y plata? Tienen también ídolos de bronce, de madera, de barro, y de otras materias de este tipo; pero el Espíritu Santo prefirió mencionar lo precioso de ellos, porque cuando alguien se avergüenza de lo que le es más querido, mucho más fácilmente se aparta de la veneración de lo más vil. Pues se ha dicho en otro lugar de las Escrituras sobre los adoradores de ídolos: Diciendo al leño, Padre mío eres tú; y a la piedra, Tú me engendraste (Jerem. II, 27). Pero para que no se crea más prudente quien no lo dice al leño y a la piedra, sino al oro y a la plata; que mire aquí, que incline aquí el oído del corazón: Los ídolos de las naciones son plata y oro. No se ha nombrado algo despreciable y abyecto: y para el alma que no es tierra, tierra es también el oro y la plata; pero más hermosa y resplandeciente, más sólida y firme. No añadas, pues, las manos de los hombres, para que de ese metal que hizo el verdadero Dios, quieras hacer un falso dios; más bien un falso hombre, a quien veneres como verdadero Dios; a quien si alguien recibiera como verdadero hombre en amistad, enloquecería. Pues la semejanza de la forma, y la imitación de la estructura de los miembros, lleva y arrastra con un afecto bajo los corazones débiles de los mortales: pero así como muestras cada cosa fabricada, así muestra las funciones de cada uno, cuya imagen, oh vanidad humana, te atrae.

2. [vers. 5-7.] «Tienen boca, y no hablarán; tienen ojos, y no verán: tienen oídos, y no oirán; tienen narices, y no olerán: tienen manos, y no tocarán; tienen pies, y no andarán: no clamarán con su garganta.» Ya, pues, el artífice es mejor que ellos, porque pudo fabricar con el movimiento y función de los miembros: sin embargo, te avergonzaría adorar al artífice. Mejor eres tú, aunque no los hayas hecho; porque haces lo que ellos no pueden. Mejor es también la bestia: por eso se añadió, No clamarán con su garganta. Pues, cuando antes dijo, Tienen boca, y no hablarán; ¿qué necesidad había, después de haber recorrido los miembros desde la cabeza hasta los pies, de repetir sobre el clamor de la garganta; sino, creo, porque lo que decía de los otros miembros, sentimos que es común a hombres y bestias? Pues también ven, oyen, huelen, andan, y algunas, como los simios, tocan con las manos. Pero aquello que dijo de la boca, es propio del hombre; pues las bestias no hablan. Para que nadie refiriera lo dicho solo a las obras de los miembros humanos, y antepusiera solo a los hombres a los dioses de las naciones; después de todo añadió, diciendo, No clamarán con su garganta: lo cual es común a hombres y bestias. Si lo hubiera dicho primero, cuando comenzó a recorrer los miembros desde la boca, Tienen boca, y no clamarán; todo también se referiría a la naturaleza del hombre, y el sentido del oyente no advertiría fácilmente nada de la comunión con las bestias. Pero cuando dijo aquello de la boca, que es propio del hombre, y después de la enumeración de las partes del cuerpo que parecía haber terminado con los pies mencionados, añadió, No clamarán con su garganta; hizo al lector o al oyente atento, para que mientras busca por qué se añadió, encuentre que se le advierte que debe anteponer no solo a los hombres, sino también a las bestias a los ídolos de las naciones: para que si le avergüenza adorar a la bestia, que Dios hizo viendo, oyendo, oliendo, tocando, andando, clamando con su garganta, vea cuán vergonzoso es adorar una imagen muda, carente de vida y sentido; a la cual le está presente la semejanza de los miembros, para que el alma entregada a los sentidos

carnales, aplique el afecto como si fuera una forma viviente y animada, cuando ve en ella lo que siente en su propio cuerpo vivo y animado. Cuánto mejor, pues, los ratones y las serpientes, y otros animales de este tipo, juzgan, si así se puede decir, sobre los ídolos de las naciones, en los cuales, porque no sienten la vida humana, no se preocupan por la figura humana. Así que en ellos a menudo anidan, y si no son ahuyentados por los movimientos humanos, no buscan moradas más seguras. Se mueve, pues, el hombre, para ahuyentar a la bestia viviente de su dios; y a aquel que no se mueve, como si fuera poderoso, lo adora, de quien ahuyentó a uno mejor. Pues ahuyentó al que ve del ciego, al que oye del sordo, al que clama del mudo, al que anda del inmóvil, al que siente del insensible, al que vive del muerto, más bien del que es peor que el muerto. Pues como es manifiesto que el muerto no vive, así es manifiesto que alguna vez vivió. Por tanto, un dios que ni vive ni vivió, ciertamente también el muerto lo antecede.

3. ¿Qué hay más claro que esto, hermanos míos amadísimos? ¿Qué más evidente? ¿Qué niño interrogado no respondería que es cierto que Los ídolos de las naciones tienen boca, y no hablarán; tienen ojos, y no verán, y las demás cosas que el divino discurso ha tejido? ¿Por qué, pues, el Espíritu Santo cuida tanto de insinuar y repetir esto en muchos lugares de las Escrituras como si fuera a los ignorantes, como si no fuera clarísimo y conocidísimo para todos; sino porque la apariencia de los miembros, que naturalmente en los seres animados vivos hemos acostumbrado a ver, y en nosotros mismos a sentir, aunque, como ellos afirman, fabricada y colocada en un lugar eminente como signo de algo, cuando comienza a ser adorada y honrada por la multitud, produce en cada uno el afecto más vil del error, de modo que como no encuentra en esa figura movimiento vital, cree en un numen oculto; sin embargo, la imagen semejante al cuerpo viviente, seducido por la forma y movido por la autoridad de las instituciones de los supuestamente sabios y de las multitudes obedientes, no cree que esté sin un habitante vivo. De aquí que los malos demonios sean invitados a poseer los ídolos de las naciones por tal afecto humano, cuya presidencia siembra y multiplica varios errores mortales. Por tanto, en otros lugares las Escrituras divinas también vigilan contra esto, para que nadie diga, cuando los ídolos han sido ridiculizados: No adoro esto visible, sino el numen que invisiblemente habita allí. Así, en otro salmo, la misma Escritura condena esos numina: Porque los dioses de las naciones, dice, son demonios; pero el Señor hizo los cielos (Sal. XCV, 5). Y el Apóstol dice: No que el ídolo sea algo, sino que lo que sacrifican las naciones, a los demonios lo sacrifican, y no a Dios. No quiero que seáis partícipes con los demonios (I Cor. X, 19 y 20).

4. Sin embargo, parecen ser de una religión más pura, quienes dicen: Ni el ídolo, ni el demonio adoro; sino que contemplo la imagen corporal como un signo de aquello que debo adorar. Así interpretan los ídolos, para decir que en uno se significa la tierra, de donde suelen llamar templo a Tellus; en otro el mar, como con el ídolo de Neptuno; en otro el aire, como con el de Juno; en otro el fuego, como con el de Vulcano; en otro el lucero, como con el de Venus; en otro el sol, en otro la luna, a cuyos ídolos les imponen los mismos nombres que a Tellus; en otro aquella estrella, en otro aquella criatura: pues no podemos enumerar todas. De las cuales, cuando comienzan a ser criticadas, porque adoran cuerpos, especialmente la tierra, el mar, el aire, y el fuego, de los cuales tenemos uso a mano (pues de los celestiales, como no podemos tocarlos ni manejarlos con nuestro cuerpo, sino con los rayos de los ojos, no se avergüenzan tanto); se atreven a responder que no adoran los cuerpos mismos, sino los numina que presiden sobre ellos. Así que el Apóstol con una sola sentencia testifica la condenación y castigo de estos: Que cambiaron, dice, la verdad de Dios en mentira, y adoraron y sirvieron a la criatura antes que al Creador, que es bendito por los siglos (Rom. I, 25). Pues en la primera parte de esta sentencia, condenó los ídolos; pero en la segunda, las

interpretaciones de los ídolos: pues llamando a las imágenes hechas por el artífice con los nombres de aquellas cosas que Dios fabricó, cambian la verdad de Dios en mentira; pero teniendo y venerando las cosas mismas como dioses, sirven a la criatura antes que al Creador, que es bendito por los siglos.

5. ¿Quién adora o reza mirando un ídolo, que no se afecta de tal manera, que cree ser escuchado por él, espera que le sea concedido lo que desea? Así que los hombres atados por tales supersticiones, a menudo dan la espalda al mismo sol, derraman oraciones a la estatua que llaman sol; y cuando son golpeados por el sonido del mar a sus espaldas, golpean con gemidos la estatua de Neptuno que adoran como el mismo mar. Pues esto hace y de algún modo extorsiona aquella figura de los miembros, para que el alma viviente en los sentidos del cuerpo, más bien crea que siente el cuerpo que ve semejante al suyo, que el sol redondo y las olas extendidas, y cualquier cosa que no ve formada con las mismas líneas con las que ve formadas las cosas vivientes que está acostumbrado a ver. Contra este afecto, por el cual la debilidad humana y carnal puede ser fácilmente capturada, canta la Escritura de Dios cosas muy conocidas, para que recuerde y como despierte las mentes de los hombres dormidas en la costumbre de los cuerpos. Los ídolos, dice, de las naciones son plata y oro. Pero Dios hizo la plata y el oro. Obras, dice, de manos de hombres: pues adoran lo que ellos mismos hicieron de oro y plata.

6. Pero nosotros también tenemos muchos instrumentos y vasos de este tipo de materia o metal para el uso de celebrar los sacramentos, que por el mismo ministerio consagrado se llaman santos, en honor de aquel a quien se sirve para nuestra salvación: y son ciertamente también estos instrumentos o vasos, ¿qué otra cosa que obras de manos de hombres? Sin embargo, ¿tienen boca, y no hablarán? ¿Tienen ojos, y no verán? ¿Les suplicamos a ellos, porque por ellos suplicamos a Dios? Esa es principalmente la causa de la impiedad insana, que más vale en los afectos de los miserables la forma semejante al viviente que se hace suplicar, que el hecho de que es manifiesto que no es viviente, para que deba ser despreciado por el viviente. Pues más valen los ídolos para doblar el alma infeliz porque tienen boca, tienen ojos, tienen oídos, tienen narices, tienen manos, tienen pies, que para corregirla porque no hablarán, no verán, no oirán, no olerán, no tocarán, no andarán.

7. [vers. 8.] Así que sigue que también se haga aquello que también sigue en este salmo; que es, que Similes illis fiant omnes qui faciunt ea, et omnes qui confidunt in eis. Que vean, pues, estos con ojos abiertos y sentidos, y adoren con mentes cerradas y muertas, ídolos que ni ven, ni viven.

8. [vers. 9-11.] «La casa de Israel esperó en el Señor. Pues la esperanza que se ve, no es esperanza: porque lo que ve alguien, ¿qué espera? Pero si lo que no vemos esperamos, con paciencia lo aguardamos» (Rom. VIII, 24, 25). Pero para que perdure hasta el fin esa paciencia, «Es su ayudador y protector.» ¿O acaso los espirituales (de quienes los carnales son instruidos en el espíritu de mansedumbre, porque ellos como superiores suplican por los inferiores) ya ven, y para ellos ya es cosa lo que para los inferiores aún es esperanza? No es así: pues también «la casa de Aarón esperó en el Señor.» Por tanto, para que también ellos se extiendan perseverantemente hacia lo que está delante, y corran perseverantemente, hasta que alcancen en lo que fueron alcanzados (Filip. III, 12-14), y conozcan como fueron conocidos (I Cor. XIII, 12), «Es su ayudador y protector.» Pues ambos temen al Señor, y esperaron en el Señor: es su ayudador y protector.

9. [vers. 12, 13.] Pues no prevenimos con nuestros méritos la misericordia del Señor: sino que, «El Señor se acordó de nosotros, y nos bendijo. Bendijo la casa de Israel, bendijo la casa

de Aarón.» Bendiciendo a ambos, «Bendijo a todos los que temen al Señor.» Preguntas a quiénes a ambos? se responde, «A pequeños con grandes.» Esto es, a la casa de Israel con la casa de Aarón, a aquellos ciertamente que de esa gente creyeron en el salvador Jesús; porque «no en todos ellos se complació Dios» (Id. X, 5). Pero si algunos de ellos no creyeron, ¿acaso su incredulidad anulará la fe de Dios? ¡De ninguna manera! (Rom. III, 3). Pues no todos los que son de Israel, son Israel; ni todos los que son semilla de Abraham, son hijos: sino, como está escrito, «Las reliquias fueron salvas.» Desde la persona de aquellos que de allí creyeron, se dice: «Si el Señor de los ejércitos no nos hubiera dejado semilla, como Sodoma habríamos sido, y como Gomorra nos habríamos parecido» (Id. IX, 6, 7, 27, 29). Pero por eso semilla, porque esparcida por las tierras se multiplicó.

10. [vers. 14-18.] Pues dijeron los grandes de la casa de Aarón, «Añada el Señor sobre vosotros, sobre vosotros y sobre vuestros hijos.» Y así fue hecho. Pues se añadieron también de las piedras levantados hijos de Abraham (Mat. III, 9): se añadieron ovejas que no eran de este redil, para que se hiciera un solo rebaño y un solo pastor (Joan. X, 16): se añadió la fe de todas las naciones, y creció el número no solo de los sabios prelados, sino también de los pueblos obedientes; añadiendo el Señor no solo sobre los padres, que en Cristo precedieran a los demás para ser imitados, sino también sobre sus hijos, que siguieran las piadosas huellas de los padres. Pues así dice aquel a quienes engendró en Cristo por el Evangelio: «Sed imitadores de mí, como yo de Cristo» (I Cor. IV, 15 y 16). Añadió, pues, el Señor, no solo sobre los montes saltando como carneros, sino también sobre los collados saltando como corderos de ovejas.

11. Por lo tanto, a estos grandes y pequeños, montes y colinas, carneros y corderos, el Profeta les dice lo que sigue: Benditos sois del Señor, que hizo el cielo y la tierra. Como si dijera, Benditos sois del Señor, que os hizo cielo en los grandes, tierra en los pequeños: pero no el cielo visible, lleno de luminarias para estos ojos. Porque el cielo de los cielos es del Señor; quien elevó y sublimó las mentes de ciertos santos hasta tal punto, que no fueran enseñados por ningún hombre, sino por su propio Dios: en comparación con este cielo, todo lo que se ve con ojos carnales debe llamarse tierra; la cual dio a los hijos de los hombres, para que, al considerarla, ya sea desde la parte que ilumina desde arriba, como se llama cielo, o desde la que se ilumina desde abajo, a la que propiamente se le llama tierra, ya que todo, como hemos recordado, en comparación con lo que se llama cielo de los cielos, es tierra; por lo tanto, dio toda esta tierra a los hijos de los hombres, para que al considerarla, en la medida de sus posibilidades, puedan conjeturar al Creador, a quien con corazones aún débiles no pueden ver sin esta ayuda de conjetura.

12. Hay también otra interpretación, que no debo omitir, de estas palabras, en las que se dice, El cielo de los cielos es del Señor, pero la tierra la dio a los hijos de los hombres: para que la intención no se desvíe de lo que hemos dicho. Pues habíamos dicho que los grandes y pequeños también se significan por lo que se añadió, Benditos sois del Señor, que hizo el cielo y la tierra. Si, por lo tanto, aceptamos a los grandes como el cielo, y a los pequeños como la tierra: ya que los pequeños, al crecer, serán el cielo, y en esa esperanza se alimentan con leche; así son aquellos grandes el cielo de la tierra, cuando nutren a los pequeños, para que también se entiendan a sí mismos como el cielo de los cielos, mientras piensan en la esperanza en la que se alimentan los pequeños. Pero, sin embargo, porque ya no obtienen la pureza y abundancia de la sabiduría de un hombre, ni a través de un hombre, sino a través de Dios mismo; han recibido a los pequeños que serán el cielo, para que sepan que son el cielo de los cielos; pero aún son tierra a la que dicen, Yo planté, Apolo regó, pero Dios dio el crecimiento (1 Cor. III, 6). Pues a los mismos hijos de los hombres que hizo cielo, les dio la

tierra en la que trabajen, quien sabe proveer a la tierra a través del cielo. Permanezcan, por lo tanto, el cielo y la tierra en su Dios que los hizo, y vivan de Él, confesándole y alabándole: porque si quieren vivir de sí mismos, morirán, como está escrito, De un muerto, como si no existiera, perece la confesión (Ecli. XVII, 26). Pero, No te alabarán los muertos, Señor, ni todos los que descienden al infierno. Pues clama en otro lugar tu Escritura: El pecador, cuando llega al fondo de los males, desprecia (Prov. XVIII, 3). Pero nosotros que vivimos, bendecimos al Señor, desde ahora y para siempre.

EN EL SALMO CXIV. EXPLICACIÓN.

SERMON A LA PLEBE.

1. [vers. 1.] Amé, porque el Señor escuchará la voz de mi súplica. Que cante esto el alma que peregrina lejos del Señor, que cante esto la oveja que se había extraviado, que cante esto el hijo que estaba muerto y revivió, que estaba perdido y fue hallado (Luc. XV, 6, 24); que cante esto nuestra alma, hermanos e hijos queridísimos. Seamos instruidos, y permanezcamos, y cantemos esto con los santos: Amé, porque el Señor escuchará la voz de mi súplica. ¿Acaso es esta la causa de amar, porque el Señor escuchará la voz de mi súplica? ¿O más bien amamos porque escuchó, o amamos para que escuche? ¿Qué significa entonces, Amé, porque escuchará? ¿O es que la esperanza suele encender el amor, y dijo que amó porque esperó que Dios escucharía la voz de su súplica?

2. [vers. 2, 3.] ¿De dónde esperó esto? Porque inclinó, dice, su oído hacia mí, y en mis días lo invoqué. Por lo tanto, amé porque escuchará; escuchará porque inclinó su oído hacia mí. Pero, ¿cómo sabes, oh alma humana, que Dios inclinó su oído hacia ti, si no dices, Creí? Permanecen, por lo tanto, estas tres cosas, fe, esperanza, caridad (1 Cor. XIII, 13): porque creíste, esperaste; porque esperaste, amaste. Ahora, si pregunto de dónde creyó el alma que Dios inclinó su oído hacia ella; ¿no responderá: Porque nos amó primero, y no escatimó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros (Rom. VIII, 32)? Pues, ¿cómo invocarán a aquel en quien no han creído? dice el Doctor de los Gentiles: ¿o cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin un predicador? ¿Y cómo predicarán, si no son enviados? (Id. X, 14, 15). Al ver que todo esto se hizo por mí, ¿cómo no iba a creer que el Señor inclinó su oído hacia mí? Y así nos recomendó su amor, para que Cristo muriera por los impíos (Id. V, 8, 9). Por lo tanto, cuando me anunciaron estas cosas los hermosos pies de los que anunciaron la paz, los que anunciaron el bien (Is. LII, 7), porque todo el que invoque el nombre del Señor será salvo (Joel II, 32), creí que su oído estaba inclinado hacia mí, y en mis días lo invoqué.

3. ¿Y cuáles son tus días, ya que dijiste, En mis días lo invoqué? ¿Acaso aquellos en los que vino la plenitud del tiempo, y Dios envió a su Hijo (Gál. IV, 4), quien ya había dicho, En el tiempo aceptable te escuché, y en el día de la salvación te ayudé (Is. XLIX, 8)? Escuchaste de la boca del predicador que venía a ti con hermosos pies, He aquí ahora el tiempo aceptable, he aquí ahora el día de la salvación (II Cor. VI, 2): y creíste, y en tus días invocaste, y dijiste, Oh Señor, libra mi alma. Estas cosas son ciertas: pero más bien, dice, puedo llamar a mis días los días de mi miseria, los días de mi mortalidad, los días según Adán, llenos de trabajo y sudor, los días según la vejez de la corrupción. Pues yo, yaciendo, hundido en el lodo profundo (Sal. LXVIII, 3), y en otro salmo clamé, He aquí que has puesto mis días antiguos (Sal. XXXVIII, 6): en estos días míos invoqué. Pues mis días difieren de los días de mi Señor. Llamo mis días a los que yo mismo me hice con audacia privada, al abandonarlo: y como Él reina en todas partes, y es omnipotente y omnipresente, merecí la cárcel; es decir, las tinieblas de la ignorancia, y recibí las cadenas de la mortalidad. En estos días míos invoqué;

porque yo también clamo en otro lugar, Saca mi alma de la cárcel (Sal. CXLI, 8): y porque en el día de la salvación, que me otorgó, me ayudó; entra en su presencia el gemido de los prisioneros (Sal. LXXVIII, 11). Pues en estos días míos, Me rodearon los dolores de la muerte; los peligros del infierno me encontraron: los cuales no me habrían encontrado si no me hubiera apartado de ti. Ahora, sin embargo, me encontraron: pero yo no los encontraba, pues me alegraba con las prosperidades del mundo, en las que más engañan los peligros del infierno.

4. [vers. 4-6.] Pero después de que también yo encontré tribulación y dolor, invoqué el nombre del Señor. Pues me ocultaba la tribulación y el dolor útil; la tribulación de la que da auxilio, a quien se le dijo, Danos auxilio en la tribulación, y vana es la salvación del hombre (Sal. LIX, 13). Pues yo pensaba que debía alegrarme y regocijarme con la vana salvación del hombre; pero cuando escuché de mi Señor, Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados (Mat. V, 5), no esperé a perder primero los bienes temporales con los que me deleitaba malamente, y entonces llorar: sino que atendí a esa misma miseria mía con la que me deleitaba con tales cosas, que temía perder, y no podía retener; atendí a ella vehementemente y con fuerza, y vi que no solo me atormentaba con las adversidades de este mundo, sino que también me ataba con sus prosperidades; y así encontré la tribulación y el dolor que me ocultaba, e invoqué el nombre del Señor. Oh Señor, libra mi alma. Miserable hombre que soy, ¿quién me librará de este cuerpo de muerte, sino la gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor (Rom. VII, 24, 25)? Diga, por lo tanto, el pueblo santo de Dios, Encontré tribulación y dolor, e invoqué el nombre del Señor: y que escuchen los restos de las naciones que aún no invocan el nombre del Señor; que escuchen y busquen, para que encuentren tribulación y dolor, e invoquen el nombre del Señor, y sean salvos. No les decimos esto para que busquen una miseria que no tienen, sino para que encuentren la que tienen sin saberlo: ni les deseamos esto, para que les falten las cosas terrenales necesarias, de las que necesitan mientras viven mortalmente; sino para que lamenten haber perdido la plenitud celestial, y merecieron necesitar cosas terrenales, no para disfrutar de bienes estables, sino para sostenerse con lo necesario. Reconozcan y lloren esta miseria; hará bienaventurados a los que lloran, quien no quiso que fueran siempre miserables.

5. Misericordioso es el Señor, y justo, y nuestro Dios tiene misericordia. Misericordioso, y justo, y tiene misericordia. Misericordioso primero, porque inclinó su oído hacia mí; y no sabía que el oído de mi Dios se había acercado a mi boca, si no fuera por esos hermosos pies que me despertaron, para que invocara: pues, ¿quién lo invocó, sino aquel a quien Él primero llamó? De aquí, pues, primero misericordioso. Justo, sin embargo, porque castiga; y nuevamente tiene misericordia, porque recibe: pues castiga a todo hijo que recibe, y no debe serme tan amargo que castigue, como dulce que reciba. Pues, ¿cómo no va a castigar, Guardando a los pequeños el Señor, a quienes busca grandes herederos? ¿Quién es el hijo a quien su padre no da disciplina (Heb. XII, 6, 7)? Humillado fui, y me salvó. Me salvó, porque fui humillado: pues no es un dolor punitivo, sino saludable, el que hace el médico al cortar.

6. [vers. 7-9.] Vuélvete, pues, alma mía, a tu descanso; porque el Señor te ha hecho bien: no por tus méritos, o tus fuerzas; sino porque el Señor te ha hecho bien. Porque ha librado, dice, mi alma de la muerte. Es una cosa maravillosa, queridísimos, que cuando dijo que su alma debía volverse al descanso, porque el Señor le había hecho bien; añadió, Porque ha librado mi alma de la muerte. ¿Es que debía volverse al descanso, porque fue librada de la muerte? ¿No se suele decir más bien que en la muerte hay descanso? ¿Qué acción es esta, cuya vida es descanso, y cuya muerte es inquietud? Por lo tanto, debe ser una acción del alma que tienda a la seguridad tranquila, no que aumente el trabajo inquieto: porque la libró de la muerte quien, compadecido de ella, dijo, Venid a mí, todos los que estáis trabajados, y yo os haré descansar:

tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es suave, y mi carga ligera (Mat. XI, 28-30). Por lo tanto, manso y humilde, siguiendo a Cristo como camino, debe ser la acción del alma que tiende al descanso: no obstante, no perezosa y desidiosa; para que complete su carrera, como está escrito, En mansedumbre perfecciona tus obras (Ecli. III, 19). Pues, para que la mansedumbre no conduzca a la pereza, se añadió, Perfecciona tus obras. Pues no es como en esta vida el descanso del sueño nos repara para la acción; sino que la buena acción conduce al descanso siempre vigilante.

7. Sin embargo, Dios lo provee todo, lo exhibe todo, de quien aquí se dice, Porque el Señor me ha hecho bien, porque ha librado mi alma de la muerte, mis ojos de las lágrimas, mis pies de la caída. Pues en esperanza se completan estas cosas en aquellos que aún no han emigrado de esta vida. Ahora, cuando pensamos en nuestras caídas peligrosísimas, no cesan de llorar nuestros ojos: pero entonces librará nuestros ojos de las lágrimas, y nuestros pies de la caída. Porque entonces no habrá caída de los pies que caminan, cuando no haya resbalón de la carne débil. Ahora bien, aunque nuestro camino sea firme, que es Cristo; sin embargo, porque sometemos la carne, que se nos manda dominar, en la misma obra en que la castigamos sometida, no caer en ella es grande: pero no resbalar en ella, ¿quién puede?

8. Por lo tanto, porque estamos en la carne, y no estamos en la carne (pues estamos en la carne por el vínculo que aún no se ha disuelto, que disolver y estar con Cristo es mucho mejor [Filip. I, 23]: pero no estamos en la carne en cuanto que hemos dado las primicias del espíritu a Dios, si podemos decir que nuestra conversación está en los cielos [Id. III, 20], y como cabeza agradamos a Dios, pero con los pies, como partes extremas del alma, aún sentimos el resbalón), escucha cómo pertenece a la esperanza lo que se canta como si ya se hubiera hecho, Libró, dice, mis ojos de las lágrimas, mis pies de la caída: y sin embargo no dice, Agradé; sino, Agradaré en la presencia del Señor, en la región de los vivos; mostrando suficientemente que aún no agrada en la presencia del Señor, en la parte que está en la región de los muertos, es decir, en la carne mortal. Pues los que están en la carne no pueden agradar a Dios. Por lo tanto, lo que sigue, y dice el mismo apóstol, Vosotros, sin embargo, no estáis en la carne; lo dice según lo que el cuerpo está muerto a causa del pecado, pero el espíritu es vida a causa de la justicia: según lo cual agradaban al Señor, porque según eso no estaban en la carne. Pero, ¿quién agrada al Dios vivo, en un cuerpo muerto? Pero, ¿qué dice? Si el Espíritu de aquel que resucitó a Jesús Cristo de entre los muertos habita en vosotros; el que resucitó a Jesús Cristo de entre los muertos, vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que habita en vosotros (Rom. VIII, 8-11). Entonces estaremos en la región de los vivos, agradando completamente en la presencia del Señor, sin ser peregrinos de Él en ninguna parte. Pues mientras estamos en el cuerpo, peregrinamos lejos de nuestro Señor; y en cuanto peregrinamos de Él, en tanto no estamos en la región de los vivos. Sin embargo, confiamos y consideramos mejor peregrinar del cuerpo, e inmanecer con el Señor; y por eso ambicionamos, ya sea permaneciendo, ya sea peregrinando, agradarle (II Cor. V, 6-9). Ambicionamos ahora, que aún esperamos la redención de nuestro cuerpo (Rom. VIII, 23): pero cuando la muerte sea absorbida en victoria, y esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad (1 Cor. XV, 53, 54); entonces no habrá llanto, porque no habrá caída; y no habrá caída, porque no habrá corrupción. Y por eso ya no ambicionaremos agradar, sino que agradaremos completamente en la presencia del Señor, en la región de los vivos.

EN EL SALMO CXV EXPLICACIÓN.

SERMON A LA PLEBE.

1. Creo que es bien conocido por su Santidad lo que dice el Apóstol: "No todos tienen fe" (II Tes. III, 2); y no ignoran que suele ser mayor la multitud de los infieles, por lo cual se dice: "Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio?" (Is. LIII, 1; Rom. X, 16). Entre ellos se cuentan también aquellos de quienes el mismo apóstol dice: "Todos buscan lo suyo propio, no lo que es de Jesucristo" (Filip. II, 21); a quienes en otro lugar dice que predican la palabra de Dios no con sinceridad, sino por interés, no castamente (Id. I, 17), es decir, no con un ánimo de pura y sincera caridad. Pues sentían una cosa, que se manifestaba en sus costumbres, y predicaban otra, para agradar a los hombres con el santo nombre: de ellos dice nuevamente: "Porque no sirven a Dios, sino a su vientre" (Rom. XVI, 18). Sin embargo, permite que anuncien a Cristo. Aunque creían más bien en lo que ellos mismos hacían, para morir; sin embargo, predicaban lo que, si otros creyentes lo hicieran, se salvarían; pues no anunciaban nada fuera de la regla de la fe. El Apóstol los excluye, diciendo: "Si alguien os anuncia algo diferente de lo que habéis recibido, sea anatema" (Gál. I, 9). No anuncian a Cristo quienes anuncian falsedad; porque Cristo es la verdad (Juan XIV, 6). De estos dice que anuncian a Cristo; pero no castamente, es decir, no con un ánimo simple y puro, y con una fe sincera que obra por amor (Gál. V, 6): pues, atendiendo a las codicias terrenales, anunciaban el reino de los cielos, teniendo en el pecho falsedad, en la lengua verdad. Sabiendo, pues, el Apóstol que incluso por Judas los creyentes fueron liberados, también permite a estos: "Sea por pretexto, sea por verdad, Cristo es anunciado" (Filip. I, 18). Anunciaban la verdad, aunque no con verdad, es decir, no con un verdadero ánimo. Estos hablan lo que no creen, y por eso son reprobados; aunque son útiles a aquellos a quienes el Señor instruye, diciendo: "Haced lo que dicen, pero no hagáis lo que hacen: porque dicen, y no hacen" (Mat. XXIII, 3). ¿De dónde, sino porque no creen que sean útiles las cosas que dicen? Pero hay otros que creen, y no hablan lo que creen, ya sea por pereza o por temor. Pues aquel siervo, aunque tenía talento, sin embargo, porque no quiso usarlo, escucha del Señor juez: "Siervo malo y perezoso". Y en otro lugar del Evangelio se dice que muchos de los príncipes de los judíos creyeron en él, pero no lo confesaban, para no ser expulsados de las sinagogas; pero también ellos fueron reprendidos y reprobados: pues sigue el Evangelista diciendo: "Porque amaron más la gloria de los hombres que la de Dios" (Juan XII, 42, 43). Si, por tanto, aquellos que no creen lo que dicen, y aquellos que no dicen lo que creen, son justamente reprobados; ¿quién será llamado verdaderamente siervo fiel, sino aquel a quien se dice: "Bien, siervo bueno, porque en lo poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor"? Tal siervo, pues, ni habla antes de creer, ni calla cuando ha creído; para no dar de lo que no tiene, ni dejar de tener por no dar lo que tiene. Pues así se ha dicho: "Al que tiene, se le dará; y al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará" (Mat. XXV, 21-29).

2. [vers. 10.] Diga, pues, este buen siervo cantando "Aleluya", es decir, sacrificando al Señor sacrificio de alabanza, de quien escuchará: "Entra en el gozo de tu Señor"; exulte, y diga: "Creí, por eso hablé": esto es, creí perfectamente. Pues no creen perfectamente quienes no quieren hablar lo que creen: pues a la misma fe pertenece también creer aquello que se ha dicho: "Quien me confiese delante de los hombres, yo lo confesaré delante de los ángeles de Dios" (Mat. X, 32). De esto es llamado fiel aquel siervo, no solo porque recibió, sino porque gastó y ganó. Así también en este lugar no dice: Creí, y hablé; sino que dice que habló porque creyó. Pues creyó al mismo tiempo, y qué premio esperar hablando, y qué castigo temer callando. "Creí", dice, "por eso hablé. Yo, sin embargo, fui muy humillado". Pues sufrió muchas tribulaciones, por la palabra que fielmente mantenía, fielmente gastaba; y fue muy humillado: lo que temieron aquellos que "amaron más la gloria de los hombres que la de Dios". Pero, ¿qué significa "Yo, sin embargo"? Más bien diría: Creí, por eso hablé, y fui muy humillado: ¿por qué añadió "Yo, sin embargo", sino porque el hombre puede ser humillado

por aquellos que contradicen la verdad, no la misma verdad que cree y habla? Por lo cual también el Apóstol, cuando hablaba de su cadena, dijo: "Pero la palabra de Dios no está encadenada" (II Tim. II, 9). Así también este, porque es una sola persona de los santos testigos, es decir, de los mártires de Dios, dice: "Creí, por eso hablé. Yo, sin embargo, no aquello que creí, no la palabra que pronuncié; sino Yo fui muy humillado".

3. [vers. 11.] "Yo, sin embargo, dije en mi éxtasis: Todo hombre es mentiroso". Éxtasis significa temor, que la debilidad humana sufre ante las amenazas de los perseguidores y las pasiones inminentes de tortura o muerte. Pues entendemos esto, porque en este salmo aparece la voz de los mártires. Pues también se dice éxtasis de otro modo, cuando la mente no es alienada por el temor, sino asumida por alguna inspiración de revelación. "Yo, sin embargo, dije en mi éxtasis: Todo hombre es mentiroso". Pues aterrorizado miró su debilidad, y vio que no debía presumir de sí mismo. Pues en cuanto al hombre mismo se refiere, es mentiroso: pero por la gracia de Dios se hizo veraz, para no ceder a las presiones de los enemigos y no hablar lo que había creído, sino negarlo; como le sucedió a Pedro, porque había presumido de sí mismo, y debía ser enseñado a no presumir del hombre. Y si no debe presumir de ningún hombre, ciertamente tampoco de sí mismo; porque es hombre. Bien, pues, vio este en su temor que todo hombre es mentiroso; porque también aquellos que no se desvanecen por ningún temor, para no mentir cediendo a los perseguidores, son tales por los dones de Dios, no por sus propias fuerzas. Por tanto, se ha dicho muy verdaderamente: "Todo hombre es mentiroso"; pero Dios es veraz, quien dice: "Yo dije, dioses sois, y todos vosotros hijos del Altísimo: pero como hombres moriréis, y como uno de los príncipes caeréis" (Sal. LXXXI, 6, 7). Consola a los humildes, y los llena no solo de fe para creer, sino también de confianza para predicar la verdad, si perseveran sometidos a Dios, y no imitan a uno de los príncipes, el diablo, que no permaneció en la verdad, y cayó. Pues si todo hombre es mentiroso, en tanto no serán mentirosos, en cuanto no serán hombres; porque serán dioses, e hijos del Altísimo.

4. [vers. 12.] Considerando, pues, esto el pueblo devotísimo de los fieles testigos, cómo la misericordia de Dios no abandona la debilidad humana, en cuyo temor de debilidad se dijo: "Todo hombre es mentiroso"; cómo consuela a los humildes, y llena de espíritu de confianza a los temerosos, para que revivan con un corazón casi muerto, y no confíen en sí mismos, sino en aquel que resucita a los muertos (II Cor. I, 9), y hace elocuentes las lenguas de los niños (Sab. X, 21); quien dice: "Cuando os entreguen, no os preocupéis de cómo o qué hablaréis: porque se os dará en esa hora lo que habéis de hablar; porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros" (Mat. X, 19 y 20): considerando, pues, todo esto aquel que había dicho: "Yo dije en mi temor: Todo hombre es mentiroso", y viendo que por la gracia del Señor se hizo veraz, "¿Qué retribuiré", dice, "al Señor, por todos los beneficios que me ha hecho?" No dice, por todos los que me ha dado; sino "por todos los que me ha retribuido". ¿Qué, pues, había precedido del hombre, para que todos los dones de Dios no se llamen atribución, sino retribución? ¿Qué había precedido del hombre sino pecados? Retribuye, pues, Dios bienes por males, a quien los hombres retribuyen males por bienes: pues esto retribuyeron quienes dijeron: "Este es el heredero; venid, matémoslo" (Id. XXI, 38).

5. [vers. 13, 15.] Pero este busca qué retribuir al Señor, y no encuentra, sino de lo que el mismo Señor retribuye. "Tomaré", dice, "el cáliz de la salvación, e invocaré el nombre del Señor". Oh hombre, mentiroso por tu pecado, veraz por el don de Dios, y por eso ya no hombre; ¿quién te dio el cáliz de la salvación, que al recibirlo, e invocando el nombre del Señor, le retribuirás por todos los beneficios que te ha hecho? ¿Quién sino aquel que dice: "¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber?" (Id. XX, 22)? ¿Quién te dio imitar sus pasiones, sino aquel que por ti sufrió primero? Por eso, "Preciosa es a los ojos del Señor la muerte de

sus santos". La compró con su sangre, que derramó primero por la salvación de los siervos, para que no dudaran en derramarla por el nombre del Señor; lo cual, sin embargo, aprovecharía a ellos, no al Señor.

6. [vers. 16.] Confiese, pues, su condición el siervo comprado a tan alto precio, y diga: "Oh Señor, yo soy tu siervo; yo soy tu siervo, hijo de tu sierva". Por tanto, es comprado, y es nacido en casa. ¿O fue comprado junto con su madre? ¿O porque es nacido en casa, fue saqueado por el pecado de su fuga, y por eso comprado, porque fue redimido? Pues es hijo de la sierva según que toda criatura está sujeta al Creador, y debe al verdadero Señor el verdadero servicio: cuando lo ofrece, es libre, recibiendo esta gracia del Señor, para servirle no por necesidad, sino por voluntad. Por tanto, este es hijo de la Jerusalén celestial, que está arriba, madre de todos nosotros libre (Gál. IV, 26). Y libre ciertamente del pecado, pero sierva de la justicia: a cuyos hijos aún peregrinos se les dice: "Vosotros habéis sido llamados a la libertad"; y nuevamente los hace siervos, diciendo: "Pero servíos unos a otros por amor" (Id. V, 13): a quienes también se les dice: "Cuando servíais al pecado, erais libres de la justicia; ahora, pues, liberados del pecado, hechos siervos de Dios, tenéis vuestro fruto en santificación, y el fin, la vida eterna" (Rom. VI, 20, 22). Diga, pues, a Dios este siervo: Muchos se dicen mártires, muchos siervos tuyos, porque tienen tu nombre en varias herejías y errores; pero porque están fuera de tu Iglesia, no son hijos de tu sierva: "Yo, sin embargo, soy tu siervo, y el hijo de tu sierva".

7. [vers. 17.] "Rompiste mis cadenas; a ti sacrificaré sacrificio de alabanza". Pues no encontré ningún mérito mío, cuando rompiste mis cadenas; por eso te debo sacrificio de alabanza: porque aunque me gloríe de ser tu siervo y el hijo de tu sierva; no me gloriaré en mí, sino en ti, mi Señor, que rompiste mis cadenas, para que, regresando de la fuga, me uniera a ti.

8. [vers. 18.] "Pagaré mis votos al Señor". ¿Qué votos vas a pagar? ¿Qué víctimas prometiste? ¿Qué incienso? ¿Qué holocaustos? ¿O te refieres a lo que dijiste poco antes: "Tomaré el cáliz de la salvación, e invocaré el nombre del Señor"; y, "A ti sacrificaré sacrificio de alabanza"? Y en verdad, quien bien piensa qué prometer al Señor y qué votos pagar, prométase a sí mismo, páguese a sí mismo: esto se exige, esto se debe. Al ver la moneda, el Señor dice: "Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios" (Mat. XXII, 21): su imagen se devuelve al César, su imagen se devuelve a Dios.

9. [vers. 19.] Pero quien recuerda no solo ser siervo de Dios, sino también hijo de la sierva de Dios, ve dónde pagar sus votos, conformado a Cristo por el cáliz de la salvación. "En los atrios", dice, "de la casa del Señor". ¿Qué casa de Dios es, esta es la sierva de Dios: y qué casa de Dios, sino todo su pueblo? Por eso sigue: "En presencia de todo su pueblo". Y ya nombra más claramente a la misma madre. ¿Qué es, pues, otro pueblo suyo, sino lo que sigue: "En medio de ti, Jerusalén"? Entonces es cuando se paga lo que es grato, si se paga de paz y en paz. Pero aquellos que no son hijos de esta sierva, amaron más la guerra que la paz. Para que nadie piense que los atrios de la casa del Señor, y todo su pueblo, significan a los judíos, porque así cerró este salmo, diciendo: "En medio de ti, Jerusalén", en cuyo nombre se glorían los israelitas carnales; escuchen el siguiente salmo, que se contiene en cuatro versículos.

EXPOSICIÓN DEL SALMO CXVI.

Continuación del discurso anterior.

Alabad al Señor todas las naciones, alabadle todos los pueblos. Estos son los atrios de la casa del Señor, ese es todo su pueblo, esta es la verdadera Jerusalén. Oigan más bien aquellos que no quisieron ser hijos de esta ciudad, cuando se cortaron de la comunión de todas las naciones. Porque confirmada está sobre nosotros su misericordia, y la verdad del Señor permanece para siempre. Estos son aquellos dos, misericordia y verdad, que en el salmo ciento trece recordé que debían ser memorizados. Pero confirmada está sobre nosotros la misericordia del Señor, cuando las bocas rabiosas de las naciones enemigas cedieron a su nombre, por el cual fuimos liberados: y la verdad del Señor permanece para siempre, ya sea en lo que prometió a los justos, ya sea en lo que amenazó a los impíos.

EXPOSICIÓN DEL SALMO CXVII.

DISCURSO AL PUEBLO.

1. Hemos escuchado, hermanos, al Espíritu Santo que nos amonesta y exhorta a ofrecer sacrificio de confesión a Dios. La confesión, sin embargo, es de su alabanza, o de nuestros pecados. Y aquella confesión, por la cual confesamos nuestros pecados a Dios, es conocida por todos; de tal manera que la multitud menos instruida cree que solo esta se llama confesión en las Escrituras sagradas: pues donde esta palabra suena en la boca del lector, inmediatamente sigue el piadoso ruido de los que golpean sus pechos. Pero deben advertir cómo se dice en otro salmo: "Porque entraré en el lugar del tabernáculo admirable hasta la casa de Dios, con voz de exultación y confesión, sonido de festividad celebrante" (Sal. XLI, 5). Aquí ciertamente es manifiesto que la voz de confesión y el sonido no pertenecen al dolor de la penitencia, sino a la alegría de la festividad más celebrada. O si alguien aún duda de un testimonio tan manifiesto, ¿qué dirá de aquello que está escrito en el Eclesiástico: "Bendecid al Señor todas sus obras, dad magnificencia a su nombre, y confesad en alabanza suya con cánticos de labios y con cítaras; y así decid en confesión: Porque todas las obras del Señor son muy buenas" (Ecli. XXXIX, 19-21)? Aquí ciertamente nadie, ni el más lento, duda que la confesión se pone en las alabanzas de Dios; a menos que tal vez haya tanta perversidad en la mente de alguien, que se atreva a decir que el mismo Señor Jesucristo confesó sus pecados al Padre. Pero si algún impío intentara objetar por el nombre de confesión, fácilmente sería refutado por el mismo contexto de las palabras. Pues así habla: "Te confieso", dice, "Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas a los sabios y entendidos, y las revelaste a los pequeños; sí, Padre, porque así te agradó" (Luc. X, 21). ¿Quién no entiende que dice esto en alabanza del Padre? ¿Quién no ve que esta confesión no pertenece al dolor del corazón, sino a la alegría? Pues incluso precedió el Evangelista diciendo: "En esa hora exultó en el Espíritu Santo y dijo: Te confieso, Padre" (Luc. X, 21).

2. [vers. 1.] Por tanto, carísimos, ya que de ninguna manera se debe dudar, con tantos testimonios congruentes, de los cuales podéis advertir similares en las Escrituras por vosotros mismos, que no solo en los pecados, sino también en las alabanzas de Dios, la confesión suele ser nombrada en las divinas Escrituras; ¿qué más congruente en este salmo, cuando cantamos "Aleluya", que es, Alabad al Señor, entendemos que se nos amonesta, cuando escuchamos, "Confesad al Señor", que eso mismo, es decir, que alabemos al Señor? No pudo explicarse más brevemente la alabanza de Dios, que al decir: "Porque es bueno". ¿Qué hay más grande que esta brevedad, no veo; pues es tan propio de Dios que es bueno, que cuando el Hijo de Dios fue llamado por un cierto hombre, al escuchar, "Maestro bueno", de aquel que mirando su carne, y no entendiendo la plenitud de la divinidad, lo consideraba solo hombre; respondió: "¿Por qué me preguntas sobre lo bueno? Nadie es bueno, sino solo Dios" (Marc. X, 17, 18). ¿Qué es esto sino decir, si quieres llamarme bueno, entiende también a Dios? Pero porque se dice al pueblo, en la preanunciación de los futuros liberados de todo trabajo y

cautiverio de la peregrinación y de toda mezcla de inicuos, lo que por la gracia de Dios se les ha concedido, no solo no retribuyendo males por males, sino también retribuyendo bienes por males; se ha añadido muy convenientemente: "Porque su misericordia es para siempre".

3. [vers. 2-5.] «Diga ahora la casa de Israel que es bueno, que su misericordia es para siempre. Diga ahora la casa de Aarón que es bueno, que su misericordia es para siempre. Digan ahora todos los que temen al Señor que su misericordia es para siempre.» Reconocéis, creo, amadísimos, cuál es la casa de Israel, cuál es la casa de Aarón, y que ambos son temerosos del Señor. Ellos son los pequeños con los grandes, ya insinuados adecuadamente en otro salmo en vuestros corazones: de cuyo número todos nosotros, en su gracia que es buena y su misericordia es para siempre, nos alegramos de estar asociados; porque fueron escuchados los que dijeron, Añada el Señor sobre vosotros, sobre vosotros y sobre vuestros hijos (Salmo CXIII, 12-14): para que a los israelitas que creen en Cristo, de cuyo número son nuestros padres los Apóstoles, y a la eminencia de los perfectos y a la obediencia de los pequeños se uniera el número de los gentiles; para que todos digamos hechos uno en Cristo, hechos un solo rebaño bajo un solo pastor, y el cuerpo de esa cabeza como un solo hombre digamos, En la tribulación invoqué al Señor, y me escuchó en la amplitud. La angustia de nuestra tribulación termina: pero la amplitud a la que pasamos no tiene fin. ¿Quién acusará contra los elegidos de Dios? (Rom. VIII, 33).

4. [vers. 6, 7.] El Señor es mi ayudador; no temeré lo que me haga el hombre. Pero, ¿acaso solo tiene enemigos humanos la Iglesia? ¿Qué es el hombre entregado a la carne y la sangre, sino carne y sangre? Pero dice el Apóstol, No tenemos lucha contra carne y sangre, sino contra los principados y potestades de las tinieblas de este mundo: es decir, los rectores de los inicuos, que aman este mundo, y por eso de las tinieblas; porque también nosotros fuimos alguna vez tinieblas, ahora somos luz en el Señor (Efes. V, 8). Contra las potestades espirituales de maldad en los lugares celestiales (Id. VI, 12): es decir, el diablo y sus ángeles; a quien el diablo en otro lugar llama príncipe de la potestad del aire (Id. II, 2). Escucha, pues, lo que sigue: El Señor es mi ayudador, y yo despreciaré a mis enemigos. De cualquier tipo de enemigo que surjan, ya sea del número de los hombres malos, ya sea del número de los ángeles malos; en la ayuda del Señor serán despreciados a quien confesamos alabanza, a quien cantamos Aleluya.

5. [vers. 8, 9.] Despreciados los enemigos, no se me oponga como amigo un buen hombre, para que él mismo me mande poner mi esperanza en él: Porque es bueno confiar en el Señor, que confiar en el hombre. Ni cualquiera que pueda ser llamado ángel bueno, así sea pensado por mí, para que deba confiar en él: nadie es bueno, sino solo Dios; y cuando parecen ayudar el hombre o el ángel, cuando lo hacen con verdadera devoción, lo hace a través de ellos, quien los hizo buenos según su medida. Es bueno, pues, esperar en el Señor, que esperar en los príncipes. Pues también los ángeles son llamados príncipes, como leemos en Daniel, Miguel vuestro príncipe (Dan. XII, 1).

6. [vers. 10, 11.] «Todas las naciones me rodearon, y en el nombre del Señor las he vencido: rodeándome me rodearon, y en el nombre del Señor las he vencido.» Lo que dice, «Todas las naciones me rodearon, y en el nombre del Señor las he vencido,» significa los trabajos y la victoria de la Iglesia; pero como si se buscara la causa de cómo pudo superar tantos males, se miró al ejemplo, y dijo lo que primero sufrió en su cabeza, añadiendo lo que sigue, Rodeándome me rodearon: y bien allí no se repitió, todas las naciones; lo que fue hecho solo por los judíos. Y en el nombre del Señor las he vencido: porque allí el mismo pueblo piadoso, que es el cuerpo de Cristo, sintió a los perseguidores, de cuyo género fue tomada y

suspendida esa carne, y por lo cual se hizo todo lo que por esa divinidad interior a través de la carne exterior se hizo mortalmente con virtud inmortal.

7. [vers. 12.] «Me rodearon como abejas al panal, y ardieron como fuego en espinas, y en el nombre del Señor las he vencido.» Aquí ya en el orden de los hechos, también se teje el orden de las palabras. Pues al mismo Señor, cabeza de la Iglesia, correctamente lo entendemos rodeado por los perseguidores, como rodean las abejas al panal. Porque lo que hicieron los ignorantes, el Espíritu Santo lo habla con mística sutileza. Las abejas producen miel en los panales: pero los perseguidores ignorantes del Señor, lo hicieron más dulce para nosotros con su misma pasión; para que gustemos y veamos cuán dulce es el Señor (Salmo XXXIII, 9), quien murió por nuestras ofensas, y resucitó por nuestra justificación (Rom. IV, 25). Ahora bien, lo que sigue, Y ardieron como fuego en espinas: se entiende mejor en su cuerpo, es decir, en el pueblo difundido por todas partes; a quien rodearon todas las naciones, aunque fue recogido de todas las naciones. Ardieron como fuego en espinas, cuando quemaron con el incendio de la persecución la carne pecadora y las punzantes molestias de esta vida mortal. Y en el nombre, dice, del Señor las he vencido: ya sea porque ellos mismos, con la maldad que en ellos perseguía a los justos extinguida, se unieron al pueblo cristiano; o porque los demás de ellos que despreciaron en este tiempo la misericordia del que llama, sentirán al final la verdad del que juzga.

8. [vers. 13.] Como un montón de arena fui empujado para caer, y el Señor me sostuvo. Aunque ya era una gran multitud de creyentes, comparable a la innumerable arena, y llevada a una sola sociedad como en un montón; sin embargo, ¿qué es el hombre, sino que te acuerdas de él? (Salmo VIII, 5). No dijo, La abundancia de mi número, el número de las naciones no pudo superar; sino, El Señor, dice, me sostuvo. La multitud, pues, de fieles habitando juntos en la unidad de la fe, la persecución de las naciones no tenía a dónde empujarla, para derribarla: cuando se creyó en aquel que tanto a los individuos como a todos y en todas partes los sostendría; porque a los que lo invocan no podría faltar en ningún lugar.

9. [vers. 14.] Mi fortaleza y mi alabanza es el Señor; y se ha convertido en mi salvación. ¿Quiénes, pues, caen, cuando son empujados, sino aquellos cuya fortaleza y alabanza caen? Pues nadie cae en la lucha, sino aquel cuya fortaleza y alabanza caen. Por lo tanto, aquel cuya fortaleza y alabanza es el Señor, no cae tanto como no cae el Señor. Y por eso se ha convertido en su salvación; no porque él se haya convertido en algo que antes no era, sino porque ellos al creer en él, se convirtieron en lo que no eran, y ya él no para sí, sino para ellos, lo que no era para los que se apartaban de él, comenzó a ser salvación para los que se volvían.

10. [vers. 15.] Voz de alegría y salvación en las tiendas de los justos: donde pensaban que había voz de tristeza y destrucción, los que se ensañaban contra sus cuerpos. Pues no sentían las alegrías interiores de los santos por la esperanza futura. De donde también el Apóstol dice, Como tristes, pero siempre gozosos (II Cor. VI, 10); y de nuevo, No solo eso, sino que también nos gloriamos, dice, en las tribulaciones (Rom. V, 3).

11. [vers. 16.] La diestra del Señor ha hecho proezas. ¿Qué proeza dice? La diestra, dice, del Señor me ha exaltado. Gran proeza es exaltar al humilde, deificar al mortal, proporcionar de la debilidad la perfección, de la sujeción la gloria, de la pasión la victoria, dar ayuda de la tribulación; para que a los afligidos se les revele la verdadera salvación de Dios, y a los que afligen les quede la vana salvación del hombre. Grande es esto; pero ¿por qué te maravillas? escucha lo que repite. No se exaltó el hombre, no se perfeccionó el hombre, no se dio gloria

el hombre, no venció el hombre, no fue el hombre su salvación: La diestra del Señor ha hecho proezas.

12. [vers. 17.] No moriré, sino que viviré, y contaré las obras del Señor. Pero ellos haciendo estragos de muertes por todas partes, pensaban que la Iglesia de Cristo moría. He aquí que ahora cuenta las obras del Señor. En todas partes Cristo es la gloria de los mártires bienaventurados. Venció recibiendo golpes de los que golpeaban; sufriendo, de los impacientes; amando, de los que se ensañaban.

13. [vers. 18.] Sin embargo, ¿por qué el cuerpo de Cristo, la santa Iglesia, el pueblo en adopción, sufrió tantas cosas indignas? que nos lo indique. Corrigiendo, dice, me corrigió el Señor, y no me entregó a la muerte. No piense, pues, que el furor de los impíos tuvo algún poder por sus fuerzas: no tendría este poder, si no le hubiera sido dado desde arriba. Muchas veces el padre de familia manda corregir a sus hijos por los siervos más malvados; mientras a ellos les prepara la herencia, a ellos los grilletes. ¿Cuál es esa herencia? ¿Es de oro, o de plata, o de gemas, o de tierras, o de propiedades amenas? Mira por dónde se entra, y reconoce qué es.

14. [vers. 19.] Abridme, dice, las puertas de la justicia. He aquí que hemos oído las puertas. ¿Qué hay dentro? Entraré, dice, en ellas y confesaré al Señor. Esa confesión de alabanza es admirable hasta la casa de Dios, en la voz de júbilo y confesión, celebrando la festividad del sonido (Salmo XLI, 5): esta es la eterna bienaventuranza de los justos, por la cual son bienaventurados los que habitan en la casa de Dios, alabándolo por los siglos de los siglos (Salmo LXXXIII, 5).

15. [vers. 20.] Pero mira cómo se entra en las puertas de la justicia. Estas son las puertas del Señor, dice, los justos entrarán en ellas. Al menos estas puertas no las entre nadie injusto, en aquella Jerusalén que no recibe al incircunciso, donde se dice, Los perros fuera (Apoc. XXII, 15). Basta con que en mi larga peregrinación habité con las tiendas de Cedar, y con los que odian la paz era pacífico (Salmo CXIX, 5): soporté hasta el fin la mezcla de los malos, pero estas son las puertas del Señor; los justos entrarán en ellas.

16. [vers. 21.] Te confesaré, Señor, porque me has escuchado, y te has convertido en mi salvación. Cuán a menudo se muestra que esta confesión es de alabanza, no mostrando las heridas al médico, sino dando gracias por la salud recibida. Pero el mismo médico es la salvación.

17. [vers. 22.] Pero ¿a quién decimos esto? «La piedra que desecharon los edificadores:» pues «esta se ha convertido en la cabeza del ángulo; para que construyera en sí mismo a los dos, en un solo hombre nuevo, haciendo la paz, y conectara a ambos en un solo cuerpo a Dios (Efes. II, 15, 16), a saber, la circuncisión y el prepucio.

18. [vers. 23.] Por el Señor fue hecho esto: es decir, la cabeza del ángulo fue hecha por el Señor. Aunque esto no se hubiera hecho, si no hubiera sufrido; sin embargo, no fue hecho por aquellos de quienes sufrió. Pues aquellos que edificaban, lo desecharon; pero en lo que el Señor edificaba ocultamente, hizo en la cabeza del ángulo lo que ellos desecharon. Y es maravilloso a nuestros ojos: en los ojos del hombre interior, en los ojos de los creyentes, de los que esperan, de los que aman; no en los ojos carnales de aquellos que despreciándolo como hombre lo desecharon.

19. [vers. 24.] Este es el día que hizo el Señor. Este hombre recuerda haber dicho en los salmos anteriores, Porque inclinó su oído hacia mí, y en mis días lo invoqué (Salmo CXIV, 2); recordando sus días antiguos: de donde ahora dice, Este es el día que hizo el Señor; es decir, en el que me dio la salvación. Este es el día del que dijo, En tiempo aceptable te escuché, y en el día de la salvación te ayudé (Isaías XLIX, 8); es decir, el día en que aquel mediador se convirtió en la cabeza del ángulo. Regocijémonos, pues, y alegrémonos en él.

20. [vers. 25.] Oh Señor, sálvame; oh Señor, prospera mi camino. Porque es el día de la salvación, sálvame: porque al regresar de la larga peregrinación nos separamos de aquellos que odiaban la paz, con quienes éramos pacíficos, y cuando les hablábamos, nos combatían sin causa; prospera el camino de los que regresan, porque tú te has convertido en nuestro camino.

21. [vers. 26.] Bendito el que viene en el nombre del Señor. Maldito, pues, aquel que viene en su propio nombre; como dice en el Evangelio: Yo he venido en el nombre de mi Padre, y no me habéis recibido: si otro viene en su propio nombre, a ese recibiréis (Juan V, 43). Os bendecimos desde la casa del Señor. Creo que esta es la voz de los grandes hacia los pequeños, de aquellos grandes que tocan con la mente el Verbo Dios junto a Dios, como pueden en esta vida; y sin embargo, moderan su discurso por los pequeños, para que puedan decir sinceramente lo que dice el Apóstol: Porque si nos hemos excedido en mente, es para Dios; si somos moderados, es para vosotros; porque el amor de Cristo nos apremia (II Cor. V, 13 y 14). Ellos bendicen a los pequeños desde la casa interior del Señor, donde esa alabanza no cesa por los siglos de los siglos: y por eso vean lo que anuncian desde allí.

22. [vers. 27.] Dios es el Señor, y nos ha iluminado. Aquel Señor que vino en el nombre del Señor, a quien desecharon los edificadores, y se convirtió en la cabeza del ángulo (Mateo XXI, 9, 42); aquel mediador de Dios y de los hombres, el hombre Cristo Jesús (I Tim. II, 5), es Dios, es igual al Padre, y nos ha iluminado, para que entendamos lo que hemos creído, y a vosotros que aún no entendéis, pero ya creéis, os lo anunciamos. Para que también vosotros entendáis, Celebrad la fiesta con multitudes, hasta los cuernos del altar: es decir, hasta la casa interior de Dios, desde donde os hemos bendecido, donde están las alturas del altar. Celebrad la fiesta, no con tibieza y pereza, sino con multitudes. Esa es la voz de júbilo, celebrando la festividad del sonido, caminando en el lugar del tabernáculo admirable hasta la casa de Dios. Pues si allí hay sacrificio espiritual, sacrificio eterno de alabanza, y sacerdote eterno, y altar eterno es la mente pacífica misma de los justos. Esto lo decimos más claramente, hermanos: cualquiera que quiera entender al Verbo Dios, no le baste la carne, que por ellos el Verbo se hizo, para que fueran alimentados con leche; ni en la tierra le baste este día festivo en el que el cordero fue inmolado: sino que se celebre con multitudes, hasta que se llegue, elevadas por el Señor nuestras mentes, hasta su divinidad interior, quien se dignó ofrecernos su humanidad exterior como leche para alimentarnos.

23. [vers. 28, 29.] ¿Y qué más diremos allí, sino sus alabanzas? ¿Qué más diremos allí, sino, Tú eres mi Dios, y te confesaré; tú eres mi Dios, y te exaltaré: te confesaré, Señor, porque me has escuchado, y te has convertido en mi salvación? No diremos esto con el ruido de las palabras, sino que el amor adherido a él por sí mismo clama esta voz, y el amor mismo es esta voz. Así que como comenzó la alabanza, así termina: Confesad al Señor, porque es bueno, porque su misericordia es para siempre. De aquí comenzó el Salmo, aquí termina; porque así como desde el principio que abandonamos, así en el fin al que regresamos, no hay algo que más saludablemente deleite, que la alabanza de Dios, y siempre Aleluya.

EN EL SALMO CXVIII EXPOSICIÓN.

Prólogo.

Todos los demás salmos, que sabemos que contiene el libro de los Salmos, lo que por costumbre de la Iglesia se llama el Salterio, en parte los he expuesto hablando en los pueblos, en parte dictando, con la ayuda del Señor, como he podido: pero el salmo ciento dieciocho, no tanto por su notoria longitud, como por su profundidad conocida por pocos, lo he estado posponiendo. Y aunque mis hermanos lo llevaban con gran molestia, que solo su exposición, en cuanto a los Salmos de ese mismo cuerpo se refiere, faltara en mis obras, y me urgían vehementemente a pagar esta deuda, durante mucho tiempo no cedí a sus peticiones y órdenes; porque cada vez que intenté pensar en ello, siempre excedió las fuerzas de nuestra intención. Pues cuanto más parece claro, tanto más profundo me suele parecer; de tal manera que ni siquiera podría demostrar cuán profundo es. Pues de otros, que son difíciles de entender, aunque el sentido se oculta en la oscuridad, sin embargo, la oscuridad misma aparece: pero de este ni siquiera eso; porque ofrece tal superficie, que se cree que el lector y el oyente no necesitan un expositor. Y ahora que finalmente me acerco a su tratamiento, no sé en absoluto qué podré en él: sin embargo, espero que Dios esté presente y ayude para que pueda algo. Pues así lo hizo en todos los que expuse suficientemente, cuando antes me parecían difíciles de entender o explicar, casi imposibles. He decidido, sin embargo, hacerlo a través de sermones, que se pronuncien en los pueblos, lo que los griegos llaman ὁμιλίας. Pues creo que esto es más justo, para que las asambleas eclesiásticas no sean privadas también de la inteligencia de este salmo, cuya melodía, como la de los demás, suelen disfrutar. Pero que hasta aquí sea el prólogo: ya es tiempo de hablar de él mismo, de quien se ha considerado necesario hablar previamente.

1. [vers. 1.] Desde su inicio, este gran salmo, queridos hermanos, nos exhorta a la bienaventuranza, que nadie deja de desear. ¿Quién, en algún lugar, puede, pudo o podrá ser encontrado que no quiera ser bienaventurado? ¿Por qué, entonces, es necesaria una exhortación para algo que el alma humana desea por sí misma? Pues, ciertamente, quien exhorta busca despertar la voluntad de aquel con quien trata, hacia aquello para lo cual se emplea el discurso de exhortación. ¿Por qué, entonces, se nos insta a querer lo que no podemos dejar de querer, sino porque todos desean la bienaventuranza, pero muchos no saben cómo alcanzarla? Por eso, enseña esto quien dice: Bienaventurados los inmaculados en el camino, que andan en la ley del Señor. Como si dijera: Sé lo que deseas, buscas la bienaventuranza; si, pues, quieres ser bienaventurado, sé inmaculado. Pues todos desean aquello, pero pocos desean esto, sin lo cual no se alcanza aquello que todos desean. Pero, ¿dónde será alguien inmaculado, sino en el camino? ¿En qué camino, sino en la ley del Señor? Por tanto, Bienaventurados los inmaculados en el camino, que andan en la ley del Señor, no se nos dice en vano, sino que se nos ofrece una exhortación necesaria para nuestras mentes. Pues se muestra qué bien es aquello a lo que muchos son perezosos, es decir, andar inmaculados en el camino, que es la ley del Señor, cuando se indica que son bienaventurados quienes lo hacen, para que, por aquello que todos desean, también se haga esto que muchos no desean. Ser bienaventurado es un bien tan grande, que lo desean tanto los buenos como los malos. No es de extrañar que los buenos sean buenos por ello; pero es sorprendente que incluso los malos sean malos para ser bienaventurados. Pues quien se entrega a las pasiones, se corrompe con la lujuria y los vicios, busca en este mal la bienaventuranza, y se considera miserable cuando no alcanza el placer y la alegría de su concupiscencia, y no duda en proclamarse bienaventurado cuando lo alcanza. Y quien arde con el fuego de la avaricia, acumula riquezas de cualquier manera para ser bienaventurado: quien desea derramar la sangre de sus enemigos, quien busca el dominio, quien alimenta su crueldad con las

desgracias ajenas, busca la bienaventuranza en todos los crímenes. A estos errantes, que buscan una falsa bienaventuranza en la verdadera miseria, los llama de vuelta al camino, si se escucha, esta voz divina: Bienaventurados los inmaculados en el camino, que andan en la ley del Señor: como diciendo, ¿A dónde vais? Perecéis y no lo sabéis. No se va por donde vais, a donde deseáis llegar: pues ciertamente deseáis ser bienaventurados; pero estos caminos son miserables y conducen a una mayor miseria. No busquéis un bien tan grande a través de males: si queréis llegar a él, venid aquí, id por aquí. Dejad la maldad de los caminos perversos, quienes no podéis dejar el deseo de bienaventuranza. En vano os fatigáis tendiendo hacia donde os contamináis al llegar. No son bienaventurados los contaminados en el error, que andan en la perversidad del mundo; sino, Bienaventurados los inmaculados en el camino, que andan en la ley del Señor.

2. [vers. 2, 3.] Prestad atención a lo que añade: Bienaventurados los que escudriñan sus testimonios, lo buscan con todo el corazón. No me parece que se mencione aquí otro tipo de bienaventurados que el que se dijo antes. Pues escudriñar los testimonios del Señor y buscarlo con todo el corazón, es ser inmaculado en el camino, andar en la ley del Señor. Finalmente, sigue diciendo: No han andado en sus caminos los que obran iniquidad. Si, pues, los que andan en el camino, es decir, en la ley del Señor, son los que escudriñan sus testimonios y lo buscan con todo el corazón; ciertamente, los que obran iniquidad no escudriñan sus testimonios. Y, sin embargo, sabemos que los obradores de iniquidad escudriñan los testimonios del Señor para ser doctos más que justos: sabemos también que otros escudriñan los testimonios del Señor, no porque ya vivan rectamente, sino para saber cómo deben vivir. Tales, pues, aún no son inmaculados que andan en la ley del Señor, y por tanto aún no son bienaventurados. ¿Cómo, entonces, se entiende, Bienaventurados los que escudriñan sus testimonios; cuando vemos a hombres escudriñar sus testimonios y no ser bienaventurados, porque no son inmaculados? Pues los escribas y fariseos sentados en la cátedra de Moisés, de quienes el Señor dijo, Haced lo que dicen, pero no hagáis lo que hacen: porque dicen y no hacen (Mat. XXIII, 3); ciertamente escudriñaban los testimonios del Señor, para tener qué decir bueno, aunque hicieran lo malo. Pero dejemos a estos: pues se nos responderá correctamente que estos no escudriñan los testimonios del Señor. No buscan ellos mismos, sino otra cosa a través de ellos, es decir, ser glorificados por los hombres o enriquecerse. No es esto escudriñar los testimonios de Dios, no amar lo que muestran, no querer llegar a donde conducen, es decir, a Dios. O si también ellos escudriñan los testimonios de Dios, aunque no para encontrarlo a Él, sino para encontrar y adquirir otra cosa de ellos; ciertamente no lo buscan con todo el corazón, lo cual no vemos que se haya añadido en vano aquí. Pues el Espíritu que dice estas cosas, sabiendo que muchos escudriñan sus testimonios por otra razón, no por la que se estableció, no solo dijo, Bienaventurados los que escudriñan sus testimonios; sino que añadió, lo buscan con todo el corazón, como enseñando cómo o por qué deben escudriñarse los testimonios del Señor. Finalmente, en el libro de la Sabiduría, hablando la misma Sabiduría: Me buscan, dice, los malos, y no me encuentran; porque odian la sabiduría (Prov. I, 28 y 29). ¿Qué es esto sino, Me odian? Me buscan, pues, dice, y no me encuentran quienes me odian. ¿Cómo, entonces, se dice que buscan lo que odian, sino porque no buscan eso, sino otra cosa allí? No quieren ser sabios para la gloria de Dios, sino quieren parecer sabios para la gloria de los hombres. Pues, ¿cómo no odian la sabiduría, que ordena y enseña a despreciar lo que aman? Por tanto, «Bienaventurados los inmaculados en el camino, que andan en la ley del Señor. Bienaventurados los que escudriñan sus testimonios, lo buscan con todo el corazón.» Pues escudriñando así sus testimonios, para buscarlo con todo el corazón, los inmaculados andan en la ley del Señor. ¿Acaso no escudriñaba sus testimonios, ni lo buscaba, quien decía, Maestro bueno, ¿qué bien haré para alcanzar la vida eterna? Pero, ¿cómo lo buscó con todo el corazón, quien ante su consejo

prefirió sus riquezas, y al oírlo se fue triste (Mat. IX, 16, 22)? Pues también el profeta Isaías dice, Buscad al Señor; y cuando lo encontréis, deje el impío sus caminos, y el hombre inicuo sus pensamientos (Isai. LV, 6 y 7).

3. Buscan, pues, a Dios tanto los impíos como los inicuos, para que al encontrarlo no sean impíos ni inicuos. ¿Cómo, entonces, ya bienaventurados, cuando aún escudriñan sus testimonios y lo buscan, si esto pueden hacerlo tanto los impíos como los inicuos? Pero, ¿quién diría que los impíos e inicuos son bienaventurados, incluso un impío o inicuo? Por tanto, bienaventurados en esperanza, como bienaventurados los que padecen persecución por la justicia: no por lo que está presente, mientras sufren males; sino por lo que vendrá, porque de ellos es el reino de los cielos: y bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia; no porque tienen hambre y sed, sino por lo que sigue, porque ellos serán saciados: y bienaventurados los que lloran; no porque lloran, sino por lo que sigue, porque reirán (Mat. V, 10, 6, 5). Por tanto, Bienaventurados los que escudriñan sus testimonios, lo buscan con todo el corazón; no porque escudriñan y buscan, sino porque encontrarán lo que buscan: pues lo buscan con todo el corazón, no negligentemente. Si, pues, bienaventurados en esperanza, tal vez también inmaculados en esperanza. Pues ciertamente en esta vida, aunque andemos en la ley del Señor, aunque escudriñemos sus testimonios, y lo busquemos con todo el corazón, si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros (I Juan I, 8). Pero esto debe investigarse con más diligencia. Pues sigue, No han andado en sus caminos los que obran iniquidad. De lo cual puede parecer que quienes andan en el camino del Señor, es decir, en la ley del Señor, escudriñando sus testimonios, y buscándolo con todo el corazón, ya pueden ser inmaculados, es decir, sin pecado, por las palabras siguientes: No han andado en sus caminos los que obran iniquidad. Pero quien comete pecado, comete iniquidad, dice el bienaventurado Juan; y añadió, El pecado es iniquidad (Id. III, 4). Pero este discurso debe cerrarse, y no debe comprimirse una cuestión tan grande en un espacio tan reducido.

SERMO II.

1. [vers. 3.] Está escrito, y se lee, y es verdad, en este salmo, No han andado en sus caminos los que obran iniquidad. Pero es necesario esforzarse, con la ayuda de Dios, en cuya mano estamos nosotros y nuestros discursos (Sap. VII, 16), para que lo dicho correctamente, no entendido correctamente, no perturbe al lector o al oyente. Pues hay que evitar que todos los santos, cuya voz es, Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros; o no se piense que andan en los caminos del Señor, porque el pecado es iniquidad, y quienes obran iniquidad, ciertamente no han andado en sus caminos; o porque no hay duda de que andan en los caminos del Señor, no se crea que tienen pecado, lo cual es sin duda falso. Pues no se escribió para evitar la arrogancia y el orgullo, Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos. De lo contrario, no se añadiría, Y la verdad no está en nosotros; sino que se diría, La humildad no está en nosotros: especialmente porque sigue algo que ilustra más claramente este sentido, y elimina toda duda y ambigüedad. Pues cuando el bienaventurado Juan dijo esto, añadió: «Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonarnos nuestros pecados, y limpiarnos de toda iniquidad» (Id. I, 8 y 9). ¿Qué dice aquí, qué contradice la condenable elevación de la impiedad? Pues si para evitar la arrogancia, no para confesar la verdad, los santos no dicen que no tienen pecado; ¿qué es lo que confiesan, para merecer el perdón y la limpieza? ¿O también esto se hace para evitar la arrogancia? ¿Cómo, entonces, se logrará la verdadera limpieza de los pecados, cuya confesión es falsa? Que calle, pues, y se seque la elevación de los soberbios, engañándose a sí misma, que en los oídos de los hombres dice con fingida humildad que tiene pecado, pero en su corazón con impía elevación dice que no tiene pecado.

Pues quienes dicen esto, se engañan a sí mismos, y la verdad no está en ellos. Pero cuando lo dicen en los oídos de los hombres, no solo se engañan a sí mismos, sino que también engañan a otros con la perversidad de una doctrina insana: pero cuando lo dicen en su corazón, allí se engañan a sí mismos, allí la verdad no está en ellos; y por tanto se engañan a sí mismos en su corazón, y en su corazón pierden la luz de la verdad. Pero que exclame la santa familia de Cristo, fructificando y creciendo en todo el mundo, humildemente veraz y verazmente humilde; que exclame, digo: «Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Pero si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonarnos nuestros pecados, y limpiarnos de toda iniquidad.» Que estas palabras se digan así como se sienten. Entonces será verdadera humildad, si no solo se muestra en la lengua; para que seamos según el Apóstol, no altivos, sino condescendientes con los humildes (Rom. XII, 16): no dice, hablando, sino, condescendiendo; lo cual no se hace con la boca, sino con el corazón. Hipócrita, si dices que tienes, cuando crees que no tienes pecado; fuera finges humildad, dentro abrazas vanidad. Por tanto, ni en la boca ni en el corazón tienes la verdad. ¿De qué te sirve parecer humilde a los hombres en lo que dices, si Dios ve que es altivo lo que piensas? Ciertamente, si un oráculo divino resonara en tus oídos, No digas altivo; no por eso serías condenado injustamente, si humilde en la boca ante los hombres, y altivo en el corazón ante el Señor hablaras. Pero cuando oyes, No seas altivo, sino teme (Id. XI, 20) (pues no dice, decir, sino, pensar); ¿por qué no eres también humilde dentro donde piensas? ¿O es que la mente se infla con altitud, para que la lengua mienta humildad? Lees, o escuchas, No seas altivo, sino teme: y tú piensas tan altivo, que crees no tener pecado; y por tanto, porque no quieres temer, nada te queda sino hincharte.

2. ¿Y de dónde, dices, está escrito, No han andado en sus caminos los que obran iniquidad? ¿Acaso los santos del Señor no andan en los caminos del Señor? Pero si andan, dice, no obran iniquidad: si no obran iniquidad, no tienen pecado; porque el pecado es iniquidad. Levántate en mi ayuda, Señor Jesús, y contra el hereje soberbio ayúdame por el Apóstol confesante. He aquí, ¿dónde está tu hombre vaciándose para llenarse de ti? Escuchémoslo, hermanos míos; interroguemos, si os place, o más bien porque os place, sobre esta cuestión. Dinos, Pablo santísimo, ¿andabas en los caminos del Señor, cuando aún vivías en la carne? Responde: ¿Y de dónde decía, Sin embargo, en lo que hemos llegado, andemos en ello (Filip. III, 16)? ¿De dónde decía, ¿Os engañó Tito? ¿No anduvimos en el mismo espíritu? ¿No en los mismos pasos (II Cor. XII, 18)? ¿De dónde decía, Mientras estamos en el cuerpo, peregrinamos del Señor; porque por fe andamos, no por vista (Id. V, 6, 7)? ¿Qué camino del Señor es más seguro que la fe de la cual vive el justo (Rom. I, 17)? ¿En qué otro camino me dirigía hacia lo alto, cuando decía, «Pero una cosa hago: olvidando lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo hacia la meta, al premio de la suprema vocación de Dios en Cristo Jesús» (Filip. III, 13, 14)? Finalmente, ¿en qué otro camino corrí, cuando decía, He peleado la buena batalla, he acabado la carrera (II Tim. IV, 7)? Sean suficientes estas respuestas, por las cuales hemos aprendido que el apóstol Pablo andaba en los caminos del Señor: pero de él también inquiramos otra cosa. Dinos, te ruego, oh Apóstol, cuando aún vivías en la carne y andabas en los caminos del Señor; ¿tenías pecado, o eras sin pecado? Escuchemos si se engaña a sí mismo, o si realmente piensa lo que su coapóstol el bienaventurado Juan: pues la verdad estaba en ellos. Y aquí también responde: ¿No habéis leído donde confieso, diciendo, Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago? Y esto lo hemos oído: ahora, pues, preguntamos aquello, ¿Cómo andabas en los caminos del Señor, si hacías el mal que no querías; cuando el santo Salmo resuena diciendo, No han andado en sus caminos los que obran iniquidad? Escucha respondiendo inmediatamente por la sentencia siguiente: Si lo que no quiero, dice, eso hago, ya no lo hago yo, sino el pecado que habita en mí (Rom. VII, 15-17). He aquí cómo quienes andan en los caminos del Señor, no obran

pecado, y sin embargo no están sin pecado; porque ya no lo obran ellos, sino el pecado que habita en ellos.

3. Aquí dirá alguien: ¿Cómo hacía lo que no quería mal, y cómo no lo hacía él mismo, sino el pecado que habitaba en él? Por ahora, esta cuestión ya está resuelta, y ha quedado suficientemente claro por la autoridad de la Escritura canónica, que es posible que quienes andan en los caminos del Señor, aunque no estén sin pecado, no lo obren ellos mismos. No han andado en sus caminos los que obran iniquidad, es decir, pecado, porque el pecado es iniquidad. Ahora bien, cómo puede entenderse que lo haga él mismo por el cuerpo de esta muerte, en el cual habita la ley del pecado, y no lo haga él mismo por los caminos del Señor en los que anda; es necesario otro discurso, porque este debe cerrarse.

SERMO III.

1. [vers. 3.] Debido a lo que está escrito en este salmo, No han caminado en sus caminos los que obran iniquidad, porque el pecado es iniquidad, como dice el apóstol Juan, surge una difícil cuestión: ¿Cómo pueden los santos en esta vida no estar sin pecado, ya que también es verdad que si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros? Y sin embargo, caminar en los caminos del Señor, que no caminan los que obran iniquidad, se resuelve con lo que dice el apóstol Pablo: Ya no soy yo quien lo hace, sino el pecado que habita en mí. Pues, ¿cómo está sin pecado aquel en quien habita el pecado? Sin embargo, camina en los caminos del Señor, que no caminan los que obran, porque ya no es él quien lo hace, sino el pecado que habita en él. No obstante, esta cuestión se resuelve de tal manera que surge otra más difícil: ¿Cómo hace el hombre lo que él mismo no hace? Pues dijo ambas cosas: No hago lo que quiero; y No soy yo quien lo hace, sino el pecado que habita en mí. Por lo tanto, debemos entender que cuando el pecado que habita en nosotros obra en nosotros, entonces no somos nosotros quienes lo hacemos; cuando nuestra voluntad no consiente en ello, y también retiene los miembros del cuerpo para que no obedezcan a sus deseos. Pues, ¿qué obra el pecado en nosotros, si no son solo deseos ilícitos? A los cuales, si no se les da el consentimiento de la voluntad, se mueve algún afecto, pero no se le concede ningún efecto. Esto mismo ordenó el apóstol cuando dice: No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, para obedecer a sus deseos; ni presentéis vuestros miembros al pecado como armas de iniquidad. Por lo tanto, hay deseos del pecado a los que nos prohibió obedecer. Así que estos deseos obran el pecado; si les obedecemos, también nosotros obramos: pero si obedeciendo al Apóstol no les obedecemos, no somos nosotros quienes lo obramos, sino el pecado que habita en nosotros. Si no tuviéramos deseos ilícitos, ni nosotros ni el pecado obraríamos nada malo en nosotros. Además, el movimiento del deseo ilícito, al no obedecerlo, no lo obramos nosotros, y por eso se dice que también nosotros lo hacemos, porque no es el vigor de una naturaleza ajena, sino la debilidad de la nuestra: de la cual debilidad seremos completamente salvados cuando seamos hechos inmortales en alma y cuerpo. Por lo tanto, porque caminamos en los caminos del Señor, no obedecemos a los deseos del pecado; y porque no estamos sin pecado, tenemos deseos del pecado. Y así, ya no los obramos nosotros, al no obedecerles; sino que el pecado que habita en nosotros los mueve. Pues no han caminado en los caminos del Señor los que obran iniquidad, es decir, los que obedecen a los deseos del pecado.

2. Pero aún queda por preguntar qué pedimos que se nos perdone cuando decimos a Dios, Perdona nuestras deudas: si lo que obramos cuando obedecemos a los deseos del pecado; o si queremos que se nos perdonen esos mismos deseos que no obramos nosotros, sino el pecado que habita en nosotros. Hasta donde yo puedo entender, la culpa de esa debilidad y

enfermedad, de donde se mueven los deseos ilícitos, que el Apóstol llama pecado, fue completamente absuelta por el sacramento del Bautismo, junto con todo lo que hicimos, dijimos o pensamos obedeciendo a ellos; y esta debilidad no nos perjudicaría en adelante, aunque estuviera presente, si nunca diéramos obediencia a sus deseos ilícitos, ya sea en acción, palabra o consentimiento tácito; hasta que también se sanara, cuando se cumpliera lo que pedimos, ya sea diciendo, Venga tu reino; o diciendo, Líbranos del mal: pero porque la vida humana en la tierra es una tentación; aunque estemos lejos de los crímenes, no falta donde obedezcamos a los deseos del pecado, ya sea en hecho, palabra o pensamiento; cuando, vigilando contra los mayores, algunas cosas pequeñas se nos escapan inadvertidamente, que si se acumulan contra nosotros, aunque no nos aplasten por su peso individual, nos sepultan en conjunto. Y por estas cosas, incluso aquellos que caminan en los caminos del Señor dicen, Perdona nuestras deudas: porque a los caminos del Señor pertenecen tanto esta oración como esta confesión, aunque no pertenezcan a ellos los pecados.

3. Así que en los caminos del Señor, que abarca una sola fe, en la que se cree en aquel que justifica al impío, quien también dijo, Yo soy el camino; nadie obra pecado, sino que lo confiesa. Por lo tanto, se desvía cuando peca; y por eso el pecado no se atribuye al camino, sino que se comete por el que se desvía: pero en el camino de la fe se consideran como no pecadores aquellos a quienes no se les imputa el pecado. De quienes el apóstol Pablo, al recomendar la justicia de la fe, mostró que está escrito en el salmo, Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades son perdonadas, y cuyos pecados son cubiertos: bienaventurado el hombre a quien el Señor no imputa pecado. Esto es lo que ofrecen los caminos del Señor; y por lo tanto, porque el justo vive por la fe, esa iniquidad que es la infidelidad lo aleja del camino del Señor. Pero en este camino, es decir, en la fe piadosa, quienquiera que camine, o no obra pecado, o si algo se comete por el que se desvía, no se le imputa por el camino, y se le considera como si no lo hubiera obrado. Y por eso también se entiende bien así, No han caminado en sus caminos los que obran iniquidad; para significar esa iniquidad que se aparta de la fe, o no se acerca a la fe. Pues como dijo el Señor de los judíos, Si no hubiera venido, no tendrían pecado; y ciertamente no estaban sin pecado antes de que Cristo viniera en la carne, y desde que vino, comenzaron a tener pecado; pero quiso que se entendiera un cierto pecado, es decir, el de la infidelidad, porque no creyeron en él: así que los que obran iniquidad, no cualquier iniquidad, sino esta misma de la infidelidad, no han caminado en sus caminos, porque todos los caminos del Señor son misericordia y verdad; y ambos están en Cristo, y fuera de Cristo no están en ninguna parte. Pues digo que Cristo, dice el Apóstol, fue ministro de la circuncisión por la verdad de Dios, para confirmar las promesas de los Padres; y para que los gentiles glorifiquen a Dios por su misericordia. En esto, pues, la misericordia, porque nos redimió; en esto la verdad, porque cumplió lo que prometió, y cumplirá lo que promete. Por lo tanto, los que obran iniquidad, es decir, infidelidad, no han caminado en sus caminos; porque no creyeron en Cristo. Por lo tanto, conviértanse, y crean piadosamente en aquel que justifica al impío, y en él encuentren misericordia con los pecados perdonados, y verdad con las promesas cumplidas, es decir, todos los caminos del Señor: en los cuales, caminando, no obrarán iniquidad; porque no mantendrán la infidelidad, sino la fe, que obra por el amor, y a la cual no se le imputa pecado.

SERMO IV.

1. [vers. 4.] ¿Quién es, amadísimos, el que dice al Señor, "Tú has mandado que tus mandamientos sean guardados en gran manera. Ojalá se dirijan mis caminos para guardar tus justificaciones. Entonces no me avergonzaré, cuando observe todos tus mandamientos"? ¿Quién es el que dice esto, sino cada miembro de Cristo, o más bien todo el cuerpo de Cristo?

¿Y qué significa, Tú has mandado que tus mandamientos sean guardados en gran manera? ¿Acaso, has mandado en gran manera; o, que sean guardados en gran manera? Cualquiera de estas interpretaciones que entendamos, parece dicho contra aquella memorable y noble sentencia que los griegos alaban en sus sabios, y los latinos alaban consintiendo: "Nada en exceso". Pues si esto es verdad, que nada se haga en exceso; ¿cómo es verdad lo que aquí se dice, Tú has mandado que tus mandamientos sean guardados en gran manera? ¿Cuándo mandaría Dios algo en exceso, o querría que se guardara en exceso, si todo exceso fuera digno de reproche? Diríamos, por tanto, que no estamos sujetos a ninguna autoridad de los sabios griegos, considerando lo que está escrito, ¿No ha hecho Dios insensata la sabiduría de este mundo? y más bien creeríamos que esa sentencia es falsa, en la que se dice, "Nada en exceso", que la palabra divina, donde leemos y cantamos, Tú has mandado que tus mandamientos sean guardados en gran manera; a menos que no nos retenga la altivez griega, sino la verdadera razón. Pues se dice en exceso, de cualquier cosa que sea más de lo que conviene. Porque poco y en exceso son dos cosas contrarias entre sí. Poco es lo que es menos de lo que conviene; y en exceso, más de lo que conviene. En medio de estos está el modo, que se dice, Es suficiente. Por lo tanto, si es útil en la vida y en las costumbres, que no hagamos nada en absoluto más de lo que conviene; ciertamente debemos admitir que la sentencia, "Nada en exceso", es verdadera, más bien que negarla. Pero a veces la lengua latina abusa de esta palabra, de modo que en exceso se usa por lo que es mucho, y lo encontramos puesto en las Escrituras sagradas, y lo ponemos en nuestros discursos. Pues aquí, Tú has mandado que tus mandamientos sean guardados en gran manera, no entendemos sino Mucho, si lo entendemos correctamente: y, Te amo en exceso, si decimos a alguien muy querido, no queremos que se entienda que lo amamos más de lo que conviene, sino que lo amamos mucho. De hecho, esa sentencia griega no tiene esta palabra, que aquí leemos: pues allí está ἄγαν, que es en exceso; pero aquí está σφόδρα, que es Mucho. Pero a veces, como hemos dicho, en exceso se dice y se encuentra por lo que es Mucho: por lo cual algunos códices latinos no tienen, Tú has mandado que tus mandamientos sean guardados en gran manera: sino, mucho. Por lo tanto, Dios lo ha mandado mucho, y mucho deben ser guardados los mandamientos de Dios.

2. [vers. 5.] Pero la humilde piedad o la piadosa humildad, y la fe que no olvida la gracia, presten atención a lo que añade: Ojalá, dice, se dirijan mis caminos para guardar tus justificaciones. Tú lo has mandado, pero ojalá lo que has mandado se cumpla en mí. Donde escuchas Ojalá, reconoce la voz del que desea; y al reconocer la voz del que desea, abandona la soberbia del que presume. Pues, ¿quién diría que desea lo que tiene en su poder de decisión, de modo que sin necesitar ninguna ayuda puede lograrlo? Por lo tanto, si el hombre desea lo que Dios manda; para que él mismo dé lo que manda, Dios debe ser rogado. Pues, ¿de quién se debe desear, sino de aquel de quien, según el testimonio de la Escritura santa, desciende todo don perfecto y todo regalo perfecto, del Padre de las luces? Pero para aquellos que piensan que solo somos ayudados divinamente a hacer justicia, porque los mandamientos de Dios se nos dan a conocer, para que, una vez conocidos, ya sin ninguna gracia de Dios, se cumplan solo con las fuerzas de nuestra voluntad; aquí no desea que se dirijan sus caminos para guardar las justificaciones de Dios, sino después de haber recibido ya sus mandamientos por él mismo que los manda. Pues a esto se refiere lo que dijo antes, Tú has mandado que tus mandamientos sean guardados en gran manera. Como si dijera: Ya he recibido la ley, ya la conozco; tú has mandado que tus mandamientos sean guardados en gran manera: y tus mandamientos son santos, justos y buenos; pero el pecado, por medio de lo bueno, me obra la muerte, a menos que tu gracia me ayude. Ojalá, pues, se dirijan mis caminos para guardar tus justificaciones.

3. [vers. 6.] Entonces no me avergonzaré, cuando observe todos tus mandamientos. Los mandamientos de Dios, ya sea cuando se leen, ya sea cuando se recuerdan en la memoria, deben ser contemplados como un espejo, según el apóstol Santiago que dice, "Si alguno es oyente de la palabra y no hacedor, este se comparará a un hombre que considera su rostro natural en un espejo; porque se consideró a sí mismo, y se fue, y enseguida olvidó cómo era: pero el que mira atentamente en la ley perfecta de la libertad, y persevera, no siendo un oyente olvidadizo, sino un hacedor de la obra, este será bienaventurado en su hecho". Así quiere ser este, que observe como en un espejo los mandamientos de Dios, y no se avergüence; porque no quiere ser solo oyente de ellos, sino hacedor. Por eso desea que se dirijan sus caminos para guardar las justificaciones de Dios. ¿De dónde se dirigen, sino por la gracia de Dios? De lo contrario, tendrá la ley de Dios, no donde alegrarse, sino donde avergonzarse, si quiere observar los mandamientos que no cumple.

4. [vers. 7.] Te confesaré, dice, Señor, con rectitud de corazón, en lo que he aprendido tus juicios de justicia. Esta no es una confesión de pecados, sino de alabanza: como también dice aquel en quien no había pecado alguno, Te confieso, Padre, Señor del cielo y de la tierra; y como está escrito en el libro del Eclesiástico, Esto diréis en confesión, Todas las obras del Señor son muy buenas. Te confesaré, dice, con rectitud de corazón. Ciertamente, si se dirigen mis caminos, te confesaré, porque tú lo hiciste, y esta es tu alabanza, no la mía. Entonces te confesaré en lo que he aprendido tus juicios de justicia, si tengo un corazón recto, con mis caminos dirigidos para guardar tus justificaciones. Pues, ¿de qué me servirá haberlas aprendido, si con un corazón perverso me desvío por caminos torcidos? No me alegraré en ellas, sino que seré acusado por ellas.

5. [vers. 8.] Luego añade: Guardaré tus justificaciones. Todo esto, sin duda, se conecta con lo que dijo: "Ojalá se dirijan mis caminos para guardar tus justificaciones: entonces no me avergonzaré, cuando observe todos tus mandamientos;" y "te confesaré con rectitud de corazón," y "guardaré tus justificaciones." Pero, ¿qué significa lo que sigue? No me abandones hasta en gran manera; o, como tienen algunos códices, hasta en exceso, por lo que es en gran manera: pues esta palabra es griega y aquí es, σφόδρα: como si quisiera ser abandonado por el Señor, pero no hasta en gran manera. Dios no lo quiera. Pero porque Dios había abandonado al mundo por el mérito de los pecados; lo habría abandonado hasta en gran manera, si ni siquiera tanta medicina le hubiera servido, es decir, la gracia de Dios por medio de Jesucristo nuestro Señor: ahora bien, según esta oración del cuerpo de Cristo, no lo abandonó hasta en gran manera; porque Dios estaba en Cristo, reconciliando al mundo consigo mismo. Esto también puede entenderse así, que esta es la voz de aquel que, habiendo dicho en su abundancia, No seré movido para siempre, como confiando en su propia virtud; para mostrarle Dios que no por su mérito, sino por su voluntad le había concedido la virtud de su gloria, apartó su rostro de él, y fue turbado. Por lo tanto, encontrándose a sí mismo, y ya no presumiendo de sí mismo, clama, No me abandones hasta en gran manera. Pues si me abandonaste, para que apareciera débil sin tu ayuda, no hasta en gran manera, para que no perezca. Tú, pues, has mandado que tus mandamientos sean guardados en gran manera: ya no puedo excusarme por ignorancia; pero porque soy débil, "ojalá se dirijan mis caminos para guardar tus justificaciones. Entonces no me avergonzaré, cuando observe todos tus mandamientos;" entonces "te confesaré con rectitud de corazón, en lo que he aprendido tus juicios de justicia;" entonces "guardaré tus justificaciones:" y si me abandonaste, para que no me gloriara en mí, no hasta en gran manera, y justificado por ti me gloriaré en ti.

SERMO V.

1. [vers. 9.] Consideremos estos versos, amadísimos, en este salmo, y como el Señor nos lo concede, escudriñemos sus sagradas Escrituras: ¿En qué corrige el joven su camino? En guardar tus palabras. Se pregunta a sí mismo, y se responde a sí mismo. ¿En qué corrige el joven su camino? hasta aquí es la pregunta: luego la respuesta, En guardar tus palabras. Pero en este lugar, la custodia de las palabras de Dios debe entenderse como la operación de los preceptos: pues en vano se guardan en la memoria, si no se guardan también en la vida. Pues algunos, reteniendo las palabras de Dios, se esfuerzan por no olvidarlas, pero no se esfuerzan por vivir para corregirse: sin embargo, no dijo este, ¿En qué ejercita el joven su memoria? sino, ¿En qué corrige su camino? y a esto responde, En guardar tus palabras. Y de ninguna manera se puede decir que el camino está corregido, mientras la vida sea perversa.

2. Pero, ¿qué significa este joven? Podría haber dicho: ¿En qué corrige el hombre su camino? o, ¿En qué corrige el varón su camino? que generalmente se pone así en las Escrituras, de modo que por el sexo más honorable se entienda al hombre, en una forma de hablar en la que se significa el todo por la parte. Pues tampoco la mujer no es bienaventurada si no anda en el consejo de los impíos: donde sin embargo se dice, Bienaventurado el varón (Sal. I, 1). Aquí, sin embargo, no dice Hombre, ni Varón, sino joven. ¿Acaso debe desesperarse el anciano? ¿O corrige también el anciano su camino de otra manera que no sea guardando las palabras de Dios? ¿O tal vez es una advertencia sobre la edad en la que principalmente debe hacerse, según lo que está escrito en otro lugar: Hijo, desde tu juventud recibe la doctrina, y hasta las canas encontrarás sabiduría (Ecli. VI, 18)? Hay también otra interpretación, para que aquí se reconozca al hijo menor del evangelio, que partió del padre a una región lejana, derrochó su sustancia viviendo con prostitutas de manera pródiga; y después de haber cuidado cerdos, sufriendo necesidad y hambre, volvió en sí mismo, y dijo: Me levantaré e iré a mi padre. ¿En qué corrigió su camino, sino en guardar las palabras de Dios, que deseó con hambre como si fueran pan paterno? Pues tampoco corregiría su camino su hermano mayor, quien dijo a su padre: He aquí, tantos años te sirvo, y nunca he desobedecido tu mandato. Aquel joven, por tanto, corrigió su camino, que confesó haberlo pervertido y tenerlo torcido, al decirle a su padre: Ya no soy digno de ser llamado tu hijo (Luc. XV, 12-21). También se me ocurre una tercera interpretación, que, según mi modesta sabiduría, antepongo a las dos anteriores: que se reconozca al anciano como el hombre viejo; y al nuevo, como el joven: el anciano, que lleva la imagen del hombre terrenal; el joven, que es celestial: porque no es primero lo espiritual, sino lo animal; después lo espiritual (I Cor. XV, 49, 46). Sea, pues, cualquiera que sea, en cuanto a la edad del cuerpo, decrépito por la vejez, será joven para Dios convertido por la novedad de la gracia recibida; y en esto corrige su camino, en guardar sus palabras: esta es la palabra de fe que predicamos (Rom. X, 8), y esta es la fe que obra por el amor (Gál. V, 6).

3. [vers. 10.] Pero este pueblo joven, hijo de la gracia, hombre nuevo, cantor de un cántico nuevo, heredero del nuevo testamento, este joven no es Caín, sino Abel; no Ismael, sino Isaac; no Esaú, sino Israel; no Manasés, sino Efraín; no Elí, sino Samuel; no Saúl, sino David; presten atención a lo que añade: Con todo mi corazón te he buscado; no me rechaces de tus mandamientos. He aquí que ora para ser ayudado a guardar las palabras de Dios, en lo que había dicho que el joven corrige su camino. Pues ciertamente esto es, No me rechaces de tus mandamientos: ¿qué es ser rechazado por Dios, sino no ser ayudado? Porque a sus mandamientos rectos y arduos no se adapta la debilidad humana, a menos que su amor preveniente ayude. A quienes no ayuda, con razón se dice que los rechaza, como si una espada flamígera prohibiera a los indignos extender la mano al árbol de la vida (Gén. III, 24). Pero, ¿quién es digno, desde que por un hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte, y así pasó a todos los hombres, en quien todos pecaron (Rom. V, 12)? Pero la

misericordia inmerecida de Dios sana nuestra miseria debida. Pues este que habla y dice, Con todo mi corazón te he buscado; ¿y cómo podría hacerlo, si no lo convirtiera a sí mismo aquel a quien se dice, Dios, tú nos vivificarás al convertirnos (Sal. LXXXIV, 7), y aquel buscara al perdido, y aquel llamara al errante, quien dice, Lo que se había perdido buscaré, y lo que se había extraviado llamaré (Ezeq. XXXIV, 16)?

4. [vers. 11, 12.] De ahí que también corrige su camino en guardar las palabras de Dios, con él guiando, con él haciendo: pues no podría por sí mismo, cuando el profeta Jeremías confiesa y dice, Sé, Señor, que no es del hombre su camino, ni el varón irá y corregirá su camino (Jer. X, 23). Esto también lo deseó de parte del Señor, donde dijo, Ojalá sean dirigidos mis caminos: y aquí donde añadió, En mi corazón he escondido tus palabras, para no pecar contra ti; inmediatamente buscó la ayuda divina, para que las palabras de Dios no estuvieran escondidas sin fruto en su corazón, a menos que siguieran las obras de justicia. Pues cuando dijo esto, añadió, Bendito eres, Señor; enséñame tus justificaciones. Dijo Enséñame, cómo las aprenden quienes las hacen; no cómo aquellos que solo las recuerdan para tener qué decir. Pues ciertamente ya había dicho, En mi corazón he escondido tus palabras, para no pecar contra ti: ¿Por qué entonces aún busca aprenderlas, si ya las guarda escondidas en su corazón? lo que ciertamente no habría hecho, si no las hubiera aprendido. ¿Por qué entonces añade y dice, Enséñame tus justificaciones, sino porque quiere aprenderlas haciendo, no reteniéndolas en la memoria o hablando? Por tanto, como se lee en otro salmo, Bendición dará quien dio la ley (Sal. LXXXIII, 8); por eso, Bendito eres, Señor; enséñame, dice, tus justificaciones. Porque en mi corazón he escondido tus palabras, para no pecar contra ti, diste la ley; da también la bendición de la gracia, para que aprenda haciendo lo que ordenaste al revelarlo. Esto sea suficiente, para que vuestras mentes se nutran sin hastío: lo que sigue requiere otro discurso.

SERMO VI.

1. [vers. 13.] El inicio de este sermón en el salmo sobre el que discutimos es este verso: Con mis labios he enunciado todos los juicios de tu boca. ¿Qué es esto, amadísimos? ¿qué es esto? ¿Quién puede enunciar todos los juicios de Dios, cuando no puede investigarlos? ¿O acaso dudamos en exclamar con el Apóstol, «¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Cuán inescrutables son sus juicios, e ininvestigables sus caminos!» (Rom. XI, 33)? El Señor dice, «Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis llevar:» y aunque inmediatamente les prometió toda la verdad por el Espíritu Santo (Juan XVI, 12, 13); sin embargo, el bienaventurado Pablo clama, En parte conocemos; para que entendamos que por el Espíritu Santo, del cual hemos recibido una prenda, somos llevados a toda la verdad; pero cuando lleguemos a otra vida, después del espejo y enigma de esta vida, y veamos cara a cara (I Cor. XIII, 9, 12). ¿Cómo, pues, dice este, Con mis labios he enunciado todos los juicios de tu boca? Y esto lo dice quien poco antes en el verso anterior había dicho, Enséñame tus justificaciones. ¿Cómo, entonces, enunció todos los juicios de su boca, quien aún desea aprender sus justificaciones? ¿Acaso ya conocía todos los juicios, pero aún deseaba aprender las justificaciones? Esto sería aún más sorprendente, si ya conocía los inescrutables juicios de Dios, y no conocía lo que Él manda hacer a los hombres. Pues las justificaciones no son palabras, sino hechos de justicia, obras de los justos, que Dios ordena. Por eso se llaman de Dios, aunque las hagamos nosotros, porque no se hacen sin su don. Los juicios de Dios, por otro lado, son aquellos por los cuales el mundo es juzgado por Él, tanto ahora como al final de los tiempos. Pero como en las palabras de Dios se contienen tanto las justificaciones como los juicios; ¿por qué aún busca aprender las justificaciones, quien dice haber escondido las palabras de Dios en su corazón? Pues dice, En mi corazón he escondido tus palabras, para no pecar contra ti: luego añadió, Bendito eres, Señor; enséñame tus

justificaciones; y después, Con mis labios, dice, he enunciado todos los juicios de tu boca. Estos dos parecen no ser contrarios entre sí, sino más bien amigos y unidos, de modo que, puesto que en su corazón esconde las palabras de Dios, en sus labios enuncia sus juicios; Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación (Rom. X, 10): pero lo que puso en medio de estos dos, Bendito eres, Señor; enséñame tus justificaciones, ¿cómo se ajusta a un hombre que ya tiene en su corazón las palabras de Dios, y que con sus labios ha enunciado todos los juicios de Dios, para que aún quiera aprender las justificaciones de Dios, no se encuentra, sino que se entiende que quiere aprenderlas haciendo, no reteniéndolas en la memoria y hablando; y mostró que debemos pedir esto al Señor, sin el cual nada podemos hacer. Pero esto ya lo tratamos en otro sermón antes de este: ahora hemos asumido tratar, en la medida en que Dios lo permita, cómo dijo que enunció todos los juicios de la boca de Dios, cuando se dice que son inescrutables, y de cuya profundidad está escrito en otro lugar, Tus juicios son un abismo profundo (Sal. XXXV, 7).

2. ¿Qué, pues, entendemos aquí? Presten atención. ¿Acaso la Iglesia no conoce los juicios de Dios? Claro que los conoce. Pues sabe a quiénes dirá el juez de vivos y muertos, Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino; y a quiénes dirá, Id al fuego eterno (Mat. XXV, 34, 41). Sabe, digo, que ni los fornicarios, ni los idólatras, ni aquellos y aquellos, que el apóstol Pablo enumera allí, heredarán el reino de Dios (I Cor. VI, 9, 10): sabe que habrá ira e indignación, tribulación y angustia sobre toda alma humana que hace el mal, del judío primero y también del griego; pero gloria, honor y paz a todo el que hace el bien, al judío primero y también al griego (Rom. II, 9 y 10). La Iglesia conoce estos y otros juicios de Dios claramente expresados: pero no son todos; pues hay algunos inescrutables, y como un abismo profundo, profundos y ocultos. ¿O acaso también son conocidos por algunos miembros más excelentes de este hombre, que con su cabeza Salvador es todo Cristo? Pues tal vez se dice que son inescrutables para el hombre, porque no puede investigarlos con sus fuerzas. Pero, ¿por qué no podría hacerlo por el don del Espíritu Santo, a quien el Señor se digna conferirlo? Pues así se dice, Dios habita en luz inaccesible (I Tim. VI, 16); y sin embargo, escuchamos, Acercaos a él, y seréis iluminados (Sal. XXXIII, 5). Esta cuestión se resuelve así, que es inaccesible por nuestras fuerzas, pero se accede a él por sus dones. Aunque, incluso si a ninguno de los santos, mientras el cuerpo que se corrompe agobia al alma (Sab. IX, 15), se le concede conocer todos los juicios de Dios, porque realmente es mucho para el hombre, cuando de hecho (para decir algo a modo de ejemplo, de donde se pueda conjeturar la inmensidad de los juicios de Dios) nadie está sin el juicio de Dios si es lento en el ánimo, o cojo en el cuerpo: sin embargo, tiene de dónde decir la Iglesia, es decir, el pueblo de adquisición, y decir verdaderamente, Con mis labios he enunciado todos los juicios de tu boca; es decir, no he callado ninguno de tus juicios, que quisiste que me fueran conocidos por tus palabras, sino que todos los he enunciado con mis labios. Esto es lo que me parece que quiso significar, al no decir, todos tus juicios; sino, todos los juicios de tu boca, es decir, los que me dijiste: para que por su boca entendamos su palabra, que hizo llegar a nosotros en múltiples revelaciones de los santos, y en los dos Testamentos; todos los cuales juicios la Iglesia no cesa de enunciar por todas partes con sus labios.

3. [vers. 14.] Luego añade y dice, En el camino de tus testimonios me he deleitado, como en todas las riquezas. No entendemos que haya nada más rápido, más seguro, más breve, ni más grandioso que Cristo como el camino de los testimonios de Dios, en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento (Col. II, 3). Por eso este dice que se ha deleitado o alegrado en este camino, como en todas las riquezas. Pues los testimonios de Dios son aquellos por los cuales se digna probar cuánto nos ama. Pero Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros (Rom. V, 8, 9). Por

tanto, cuando Él mismo dice, Yo soy el camino (Juan XIV, 6), y la humildad de su nacimiento carnal y pasión son evidentes testimonios del amor divino hacia nosotros; sin duda el camino de los testimonios de Dios es Cristo. Pues por estos testimonios que vemos cumplidos en Él, también esperamos y esperamos que se cumplan los futuros hacia nosotros, que son prometidos eternamente. Porque el que no escatimó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con Él todas las cosas? (Rom. VIII, 32).

4. [vers. 15, 16.] Sigue: En tus mandamientos hablaré y consideraré tus caminos. Lo que en griego se dice ἀδολεσχήσω, los intérpretes latinos lo han traducido algunos como hablaré, otros como me ejercitaré; que parecen ser dos cosas diferentes: pero si se entiende como un ejercicio del ingenio, con cierto deleite de la discusión, ambos se combinan, y como si de ambos se formara algo único, para que no sea ajena a este tipo de ejercicio la locuacidad. Pues suelen llamarse locuaces a los habladores. Así se ejercita en los mandamientos de Dios la Iglesia, contra todos los enemigos de la fe cristiana y católica con copiosas disputas de los doctores locuaces: que son fructíferas para los que disputan, si no se consideran allí sino los caminos del Señor, como está escrito, misericordia y verdad (Sal. XXIV, 10); cuya plenitud se encuentra en Cristo. Por este dulce ejercicio también se hace lo que añade: En tus justificaciones meditaré, no olvidaré tus palabras. Por eso ciertamente meditaré, para no olvidar. Por eso el bienaventurado en el primer salmo, en la ley del Señor meditará de día y de noche (Sal. I, 2).

5. En todo esto que hemos discutido, como hemos podido, recordemos, carísimos, que aquel que esconde en su corazón las palabras del Señor, y enuncia con sus labios todos los juicios de su boca, y se deleita en el camino de sus testimonios como en todas las riquezas, y hablando o ejercitándose en sus mandamientos, considera sus caminos, y medita en sus justificaciones, para no olvidar sus palabras, por las cuales aparece instruido por la ley de Dios y la doctrina; sin embargo, ora y dice, Bendito eres, Señor; enséñame tus justificaciones. Donde no se entiende que pide otra cosa, sino la ayuda de la gracia, para que lo que ya conoce de palabra, lo aprenda también de obra.

SERMO VII.

1. [vers. 17.] Si recordáis las partes anteriores de este salmo, carísimos, deben ayudarnos a entender lo que sigue. Pues lo que se dice como si fuera de una sola persona, son miembros de Cristo, y pertenecen a una sola cabeza como un solo cuerpo. Sin duda antes había dicho: ¿En qué corrige el joven su camino? En guardar tus palabras. He aquí que ahora más claramente, para hacer eso, pide ayuda: Retribuye, dice, a tu siervo; viviré, y guardaré tus palabras. Si pidió que se le retribuyeran bienes por bienes, ya había guardado las palabras de Dios. Pero no dijo, Retribuye a tu siervo, porque he guardado tus palabras; como si pidiera una buena recompensa por la buena obediencia: sino que dijo, Retribuye a tu siervo; viviré, y guardaré tus palabras. ¿Qué es esto sino decir que los muertos no pueden guardarlas? es decir, los infieles, de quienes se dice, Deja que los muertos entierren a sus muertos (Mat. VIII, 22). Por tanto, si entendemos a los infieles como muertos, y a los fieles como vivos; pues el justo vive por la fe (Rom. I, 17), y no se pueden guardar las palabras de Dios sino por la fe, que obra por el amor (Gál. V, 6): este que dice, Retribuye a tu siervo; viviré, y guardaré tus palabras, pide para sí esta fe. Y puesto que antes de la fe no se deben al hombre sino males por males, pero Dios retribuye por su gracia inmerecida bienes por males; esta retribución pide quien dice, Retribuye a tu siervo; viviré, y guardaré tus palabras. Pues hay cuatro retribuciones: o se retribuyen males por males, como Dios retribuirá con fuego eterno a los impíos; o bienes por bienes, como retribuirá con el reino eterno a los justos; o bienes por

males, como Cristo justifica al impío por gracia; o males por bienes, como Judas y los judíos persiguieron a Cristo por malicia. De estas cuatro retribuciones, las dos primeras pertenecen a la justicia, para que se retribuyan males por males, bienes por bienes: la tercera pertenece a la misericordia, para que se retribuyan bienes por males: la cuarta Dios no la conoce; pues a nadie retribuye mal por bien. Pero esta que puse en tercer lugar, es primeramente necesaria: pues si Dios no retribuyera bienes por males, de ningún modo habría a quienes retribuir bienes por bienes.

2. Observa a Saulo, luego Pablo: «No por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia nos salvó mediante el lavacro de la regeneración» (Tito III, 5). Y nuevamente: «Yo, que antes fui blasfemo, perseguidor e injurioso; pero alcancé misericordia, porque lo hice por ignorancia en la incredulidad» (I Tim. I, 13). Y otra vez: «Doy mi consejo, como quien ha alcanzado misericordia del Señor para ser fiel» (I Cor. VII, 25): esto es, para vivir; porque el justo vive por la fe. Estaba muerto, pues, antes por su injusticia, antes de vivir por la gracia de Dios. Confiesa su muerte de esta manera: «Pero al llegar el mandamiento, el pecado revivió, y yo morí, y el mandamiento que era para vida, resultó ser para muerte» (Rom. VII, 9 y 10). Dios le retribuyó bien por mal, esto es, vida por muerte; una retribución tal como se pide aquí, donde se dice: Retribuye a tu siervo; viviré y guardaré tus palabras. Y vivió, y guardó sus palabras, y comenzó a pertenecer a otra retribución, en la que se retribuyen bienes por bienes: por la cual dice: «He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe; por lo demás, me está reservada la corona de justicia, que me dará el Señor en aquel día, el justo juez» (II Tim. IV, 7 y 8). Ciertamente justo, retribuyendo bienes por bienes; porque primero fue misericordioso, retribuyendo bienes por males. Aunque también esa justicia, por la cual se retribuyen bienes por bienes, no está sin misericordia; porque también está escrito: «El que te corona de favores y misericordias» (Sal. CII, 4). Porque quien dijo: «He peleado la buena batalla», ¿cuándo vencería, si no fuera por aquel que dijo: «Gracias a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo» (I Cor. XV, 57)? Y quien acabó la carrera, ¿cuándo correría, cuándo llegaría, si no fuera por aquel que ayuda, de quien dijo: «Así que no es del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia» (Rom. IX, 16)? Y quien guardó la fe, ¿cuándo lo haría, si no fuera, como él mismo dice, por haber alcanzado misericordia para ser fiel?

3. Por tanto, que no se ensalce la soberbia humana: Dios retribuye con buenas recompensas sus dones. Pero aquel que ya ora y dice: Retribuye a tu siervo, viviré; si estuviera completamente muerto, no oraría: pero recibió de Él el inicio del buen deseo, de quien pide la vida de la obediencia. Porque tenían alguna fe, quienes decían: Señor, aumenta nuestra fe (Luc. XVII, 5). Aquel también confesaba su incredulidad, y no negaba su fe, quien, cuando se le preguntó si creía, dijo: Creo, Señor; ayuda mi incredulidad (Mar. IX, 23). Ya ciertamente comenzando a vivir, pide vida, quien creyendo ora por obediencia: no por la recompensa de haberla guardado; sino para que se guarde, pide ayuda. Porque la vida, creciendo, se renueva cada día, quien se renueva de día en día (II Cor. IV, 16).

4. [vers. 18.] Sabiendo que las palabras de Dios no pueden guardarse por obediencia, a menos que se vean por inteligencia, añade esto también a su oración y dice: Abre mis ojos, y contemplaré las maravillas de tu ley. A esto también se refiere lo que añade: Soy forastero en la tierra: o, como tienen algunos códices, Soy extranjero en la tierra; no escondas de mí tus mandamientos. Porque lo que dijo antes, Abre mis ojos; lo repitió después diciendo, no escondas de mí: y lo que allí dijo, las maravillas de tu ley; lo repite de otro modo diciendo, tus mandamientos. Pero nada hay más maravilloso en los mandamientos de Dios que, Amad a vuestros enemigos (Mat. V, 44); esto es, retribuir bien por mal. Pero sobre esta condición de

forastero o extranjero no debe restringirse el discurso; y por eso no es este el momento para hablar de ello, sino que debe esperarse otro, y con la ayuda del Señor será expuesto.

SERMO VIII.

1. [vers. 19.] A la expectativa de vuestra Caridad debe devolverse el discurso sobre los siguientes versículos de este gran salmo, desde aquel versículo donde dice: Soy extranjero en la tierra; no escondas de mí tus mandamientos: o, como tienen algunos códices, Soy forastero en la tierra. Porque lo que en griego es πάροικος, algunos de los nuestros lo han interpretado como forastero, otros como extranjero, y a veces también como advenedizo. Los forasteros, al no tener casa propia, habitan en casa ajena; los extranjeros o advenedizos, ciertamente son considerados como llegados de fuera. De aquí surge una gran cuestión sobre el alma. Pues no puede entenderse según el cuerpo que se diga, Soy extranjero, o advenedizo, o forastero en la tierra; ya que el cuerpo toma su origen de la tierra. Pero en esta cuestión tan profunda no me atrevo a definir nada. Pues ya sea por el alma (que no debe pensarse que es de la tierra) que con razón se pueda decir, Soy forastero, o extranjero, o advenedizo en la tierra; ya sea según todo el hombre, porque alguna vez fue ciudadano del paraíso, donde ciertamente no estaba quien decía estas cosas; o lo que es más libre de toda controversia, no todo hombre puede decir esto, sino aquel a quien se le ha prometido una patria eterna en los cielos: esto sé, que la vida humana sobre la tierra es una tentación (Job VII, 1); y un yugo pesado está sobre los hijos de Adán (Ecli. XL, 1). Sin embargo, me agrada más discutir según esta sentencia, para que digamos que somos forasteros o extranjeros en la tierra, porque hemos encontrado la patria celestial, de donde hemos recibido una prenda, y a la cual, una vez llegados, nunca partiremos. Pues aquel que en otro salmo dice, Soy forastero ante ti y peregrino, como todos mis padres (Sal. XXXVIII, 13); no dijo, Como todos los hombres; sino que al decir, como todos mis padres, sin duda quiere que se entiendan los justos que lo precedieron en el tiempo, y en esta peregrinación suspiraron piadosamente por la patria celestial. De quienes está escrito a los Hebreos: «Conforme a la fe murieron todos estos, sin haber recibido las promesas, pero viéndolas de lejos y saludándolas, y confesando que eran huéspedes y peregrinos sobre la tierra. Porque los que dicen tales cosas, muestran que buscan una patria. Y si hubieran tenido memoria de aquella de la cual salieron, habrían tenido tiempo de volver; pero ahora anhelan una mejor, esto es, la celestial: por lo cual Dios no se avergüenza de ser llamado Dios de ellos; porque les ha preparado una ciudad» (Hebr. XI, 13-16). Y aquello que leemos, Mientras estamos en el cuerpo, peregrinamos lejos del Señor; puede entenderse que no es de todos, sino de los fieles: No de todos es la fe (II Tes. III, 2). Y vemos qué añade el Apóstol a estas palabras. Pues cuando dijo, Mientras estamos en el cuerpo, peregrinamos lejos del Señor: Porque por fe andamos, no por vista (II Cor. V, 6, 7); para que entendamos que esta peregrinación es de aquellos que andan por fe. Pero los infieles, a quienes Dios no conoció de antemano ni predestinó para ser conformes a la imagen de su Hijo (Rom. VIII, 29), no pueden decir verdaderamente que son peregrinos en la tierra, cuando están allí donde nacieron según la carne: no tienen otra ciudad; y por tanto no son extranjeros en la tierra, sino terrígenas. De donde dice otra Escritura de uno: «Porque puso su casa en la muerte, y en el infierno sus ejes con los terrígenas» (Is. XXVIII, 15). Pero también ellos son peregrinos y forasteros, no de esta tierra, sino del pueblo de Dios, del cual son extranjeros. De donde el Apóstol dice a los creyentes, que comienzan a tener la santa ciudad, que no es de este mundo: «Así que ya no sois extranjeros ni forasteros; sino conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios» (Efes. II, 19). Por tanto, ellos son ciudadanos terrenales, que son peregrinos del pueblo de Dios: pero quienes son ciudadanos en el pueblo de Dios, ellos son peregrinos en la tierra; porque todo ese pueblo, mientras está en el cuerpo, peregrina lejos del Señor. Diga, pues, Soy extranjero en la tierra; no escondas de mí tus mandamientos.

2. Pero, ¿quiénes son aquellos de quienes Dios esconde sus mandamientos? ¿Acaso no quiso Dios que se predicaran en todas partes? Ojalá fueran tan claros para muchos como lo son para muchos. Pues, ¿qué hay más claro que, Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente; y, Amarás a tu prójimo como a ti mismo? En estos dos mandamientos penden toda la ley y los profetas (Mat. XXII, 37-40). ¿Y quién es aquel a quien le son ocultos estos mandamientos? Sin duda son conocidos por todos los fieles, y por muchos infieles. ¿Por qué, entonces, pide el fiel que no se le esconda lo que ve que no se le esconde ni al infiel? ¿O es porque conocer a Dios es difícil, y por tanto, Amarás al Señor tu Dios, es difícil de entender, para que no se ame otra cosa en lugar de Él? Pues el conocimiento del prójimo parece más fácil. Todo hombre es prójimo de todo hombre, y no debe pensarse en la lejanía del linaje, donde hay una naturaleza común. Aunque tampoco conocía al prójimo quien dijo al Señor: ¿Y quién es mi prójimo? Cuando se le presentó un hombre que descendía de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de ladrones: quien no fue prójimo sino aquel que tuvo misericordia de él, el mismo que había preguntado lo juzgó (Luc. X, 29-37); y quedó claro que en hacer misericordia nadie debe ser considerado ajeno por quien ama al prójimo. Pero muchos ni siquiera se conocen a sí mismos; porque conocerse a sí mismo, como debe el hombre conocerse, no es de todos los hombres. ¿Cómo, pues, ama al prójimo como a sí mismo, quien no se conoce ni a sí mismo? No en vano aquel hijo menor, que se fue a una región lejana, donde disipó su sustancia viviendo perdidamente, para decir, Me levantaré e iré a mi padre, primero volvió en sí mismo (Luc. XV, 13-18), a menos que haya peregrinado tan lejos que incluso se dejó a sí mismo. Sin embargo, no volvería a sí mismo si de ninguna manera se conociera; ni diría, Me levantaré e iré a mi padre, si ignorara completamente a Dios. Por tanto, estas cosas se saben en alguna medida, y para que se sepan más y más, no sin razón se piden para ser conocidas. Por lo cual, para que sepamos amar a Dios, es necesario conocer a Dios; y para que el hombre sepa amar al prójimo como a sí mismo, primero debe amarse a sí mismo amando a Dios: ¿cómo podrá hacerlo si no conoce a Dios, si no se conoce a sí mismo? Con razón, pues, se dice a Dios, Soy extranjero en la tierra; no escondas de mí tus mandamientos. Porque ciertamente se esconden de aquellos que no son extranjeros en la tierra: estos mandamientos, aunque los oigan, no los entienden; porque entienden las cosas terrenales. Pero aquellos cuya conversación está en los cielos (Filip. III, 19, 20), en cuanto conversan aquí, ciertamente peregrinan. Pidan, pues, que no se les escondan los mandamientos de Dios, por los cuales sean liberados de esta condición de extranjeros, amando a Dios, con quien estarán eternamente; y amando al prójimo, para que esté allí donde ellos también estarán.

3. [vers. 20.] Pero, ¿qué se ama al amar, si no se ama el mismo amor? Por lo cual, consecuentemente, este extranjero en la tierra, habiendo orado para que no se le escondieran los mandamientos de Dios, en los cuales se ordena el amor, ya sea solo o principalmente; proclama que quiere tener también el amor de ese amor, diciendo: Mi alma ha deseado anhelar tus justificaciones en todo tiempo. Esta concupiscencia es laudable, no condenable. No de esta se dijo, No codiciarás (Éxodo XX, 17); sino de aquella en la que la carne codicia contra el espíritu (Gálatas V, 17). De esta buena concupiscencia por la cual el espíritu codicia contra la carne, busca dónde está escrito; y encontrarás, La concupiscencia de la sabiduría conduce al reino (Sabiduría VI, 21): y se encuentran muchos otros testimonios de buena concupiscencia. Pero ciertamente hay esta diferencia, que no se calla qué se codicia, cuando se menciona la buena concupiscencia: pero cuando no se añade qué se codicia, sino que solo se menciona, no se entiende sino mala. Como en esto que mencioné, La concupiscencia de la sabiduría conduce al reino; si no añadiera de la sabiduría, de ninguna manera diría, La concupiscencia conduce al reino. Pero el Apóstol, cuando dijo, No conocía la concupiscencia, si la Ley no dijera, No codiciarás (Rom. VII, 7); ciertamente no añadió de qué cosa es la

concupiscencia, o qué no codiciarás: pues es cierto que no se entiende, cuando se dice así, sino mala concupiscencia. ¿Qué, pues, codició su alma? Anhelar, dice, tus justificaciones en todo tiempo. Creo que aún no las deseaba, cuando codició desearlas. Pero las justificaciones son hechos justos, es decir, obras de justicia. Pues si aún no las tiene quien ya las desea, ¿cuán lejos estaba de ellas quien aún codiciaba desearlas? ¿Y cuán más lejos están de ellas quienes ni siquiera esto codician aún?

4. Sin embargo, es extraño cómo se codicia el deseo, y no está en nosotros cuya concupiscencia ya está en nosotros. Pues no es un cuerpo hermoso, como el oro, o alguna carne hermosa, que el hombre puede codiciar, y no tener, porque puesta fuera no está en el hombre. ¿Quién no sabe que en el hombre está la concupiscencia, en el hombre está el deseo? ¿Por qué, entonces, se codicia tenerlo, como si se introdujera desde fuera? ¿O cómo puede tenerse su concupiscencia sin él, cuando no es otra cosa que concupiscencia? Pues desear es sin duda codiciar. ¿Quién es este extraño e inexplicable languor? Y sin embargo, existe. Pues el enfermo que sufre de fastidio, y quiere librarse de este mal, codicia ciertamente desear el alimento, mientras codicia no tener fastidio: pero este fastidio es una enfermedad del cuerpo. La concupiscencia, sin embargo, por la cual codicia desear el alimento, esto es, carecer de fastidio, está en el alma, no en el cuerpo: y la tiene no por el deleite de la garganta y el paladar, que el fastidio restringe; sino por la razón de recuperar la salud, por la cual se prevé eliminar el fastidio del alimento. Y por eso no es extraño si el alma desea que el cuerpo desee, cuando el alma desea y el cuerpo no desea. Pero cuando ambas cosas son del alma, y ambas son concupiscencia, ¿por qué codicio el deseo de las justificaciones de Dios? ¿Cómo tengo en mi mismo ánimo la concupiscencia de este deseo, y no tengo el mismo deseo? ¿O cómo son dos cosas, y no una? Pues, ¿por qué codicio desear las justificaciones, y no codicio más bien las mismas justificaciones que el deseo de ellas? ¿O cómo puedo codiciar el deseo de las justificaciones, y no codiciar las mismas justificaciones; cuando por eso codicio el deseo de ellas, porque deseo tenerlas? Si es así, ya ciertamente las codicio. ¿Qué, pues, es necesario para que codicie el deseo de las justificaciones, cuando ya lo tengo, y siento que lo tengo? Pues no podría codiciar el deseo de la justicia, si no codiciara la justicia. ¿O es esto lo que dije antes, que debe amarse también el mismo amor con el que se ama lo que debe amarse; así como debe odiarse el amor con el que se ama lo que no debe amarse? Pues odiamos nuestra concupiscencia con la que la carne codicia contra el espíritu: ¿y qué es esta concupiscencia, sino un mal amor? Y amamos nuestra concupiscencia con la que el espíritu codicia contra la carne: ¿y qué es esta concupiscencia, sino un buen amor? Pero cuando se dice, Debe amarse, ¿qué otra cosa se dice sino, debe codiciarse? Por tanto, puesto que rectamente se codician las justificaciones de Dios, rectamente se codicia la concupiscencia de las justificaciones de Dios. Esto, de otro modo, puede decirse así: si rectamente se aman las justificaciones de Dios, rectamente se ama el amor de las justificaciones de Dios. ¿O es otra cosa codiciar, y otra desear? No porque el deseo no sea concupiscencia, sino porque no toda concupiscencia es deseo. Pues se codician tanto las cosas que se tienen, como las que no se tienen: pues codiciando, el hombre disfruta de las cosas que tiene; pero deseando, codicia las ausentes. ¿Qué es, pues, el deseo, sino la concupiscencia de las cosas ausentes? Pero, ¿cómo pueden estar ausentes las justificaciones de Dios, sino cuando no se conocen? ¿O también cuando se conocen y no se hacen, deben considerarse ausentes? Pues, ¿qué son las justificaciones, sino obras justas, no palabras? Por tanto, pueden no ser deseadas por la debilidad del alma; y por la razón de la mente, donde se ve cuán útiles y saludables son, puede codiciarse su deseo. Pues a menudo vemos qué debe hacerse, y no lo hacemos; porque no deleita hacerlo, y deseamos que deleite. El entendimiento se adelanta; y el afecto humano y débil sigue tarde, y a veces no sigue. Por eso, pues, codiciaba desear lo que veía que era bueno, deseando tener el deleite de lo que podía ver la razón.

5. Pero no dijo, codicia; sino, Mi alma ha deseado anhelar tus justificaciones. Pues tal vez este extranjero en la tierra ya había llegado a lo que codiciaba, y ya deseaba lo que alguna vez recuerda haber codiciado desear. Pero si ya deseaba, ¿por qué no tenía? Pues nada impide que se tengan las justificaciones de Dios, sino que no se desean, mientras no arde en ellas la caridad, cuya caridad brilla. ¿O las tenía, y las hacía? Pues poco después dice: Pero tu siervo se ejercitaba en tus justificaciones. Pero muestra por qué pasos se llega a ellas. Pues primero es que se vea cuán útiles y honestas son; luego, que se codicie su deseo; finalmente, que con el progreso de la luz y la salud deleite su operación, cuya sola razón deleitaba. Pero lo que sigue, puesto que ya este sermón es largo, se tratará más convenientemente en otro sermón, con la ayuda del Señor.

SERMO IX.

1. [vers. 21.] Las siguientes reflexiones sobre este salmo nos recuerdan la causa de nuestra miseria. Pues cuando dijo: "Mi alma ha deseado anhelar tus justificaciones en todo momento", ya sea en tiempos prósperos o adversos, porque la justicia debe deleitar tanto en trabajos como en dolores, y no debe ser amada solo en tiempos tranquilos para ser abandonada en tiempos turbulentos, sino que debe ser abrazada en todo momento: inmediatamente añadió: "Reprendiste a los soberbios; malditos los que se desvían de tus mandamientos". Porque los soberbios se desvían de los mandamientos de Dios. Es diferente no cumplir los mandamientos de Dios por debilidad o ignorancia, que desviarse de ellos por soberbia; como hicieron aquellos que nos engendraron mortalmente en estos males. Les deleitó, "Seréis como dioses"; y así, por esta soberbia, se desviaron del mandamiento de Dios, que sabían que Él les había dado, y que podían cumplir fácilmente, sin que ninguna debilidad los detuviera, impidiera o retrasara. Y he aquí que toda esta dura e infeliz carga de los mortales es, de algún modo, una reprensión hereditaria de los soberbios. Pues cuando Dios dijo: "Adán, ¿dónde estás?" (Gén. III, 5, 9), no es que ignorara dónde estaba, sino que reprendía al soberbio; y no deseaba saber a qué miseria había llegado, sino que, al interrogarlo, lo reprendía y advertía. Observa cómo, al decir "Reprendiste a los soberbios", no dijo "Malditos los que se desviaron de tus mandamientos", para que solo viniera a la mente el pecado de los primeros hombres; sino que dijo "Malditos los que se desvían". Era necesario que todos se atemorizaran con ese ejemplo de no desviarse de los mandamientos divinos, y amando la justicia en todo momento, recibir en el trabajo de este mundo lo que perdimos en el placer del paraíso.

2. [vers. 22.] Pero como los soberbios no bajan la cabeza ni siquiera ante una reprensión tan grande, y aunque están abatidos por el castigo del trabajo y la muerte, se elevan con el orgullo de la soberbia, imitando la altivez de los caídos, burlándose de la humildad de los que se levantan; por ellos ora el cuerpo de Cristo, cuando dice: "Quita de mí el oprobio y el desprecio, porque he buscado tus testimonios". Los testimonios en griego se llaman martyria, palabra que ya usamos en lugar del latín: por eso, a aquellos que por el testimonio de Cristo fueron humillados con diversas pasiones, y lucharon hasta la muerte por la verdad, no los llamamos testigos, que en latín podríamos, sino mártires en griego. Por lo tanto, como esto lo escucháis más familiar y dulcemente, tomemos estas palabras como si se dijera: "Quita de mí el oprobio y el desprecio, porque he buscado tus martyria". Cuando el cuerpo de Cristo dice esto, ¿acaso considera alguna pena escuchar el oprobio y el desprecio de los impíos y soberbios, cuando más bien de ahí llega a la corona? ¿Por qué, entonces, pide que se le quite como si fuera algo grave e intolerable, sino porque, como dije, ora por sus mismos enemigos, a quienes ve que es perjudicial arrojar el santo nombre de Cristo como oprobio a los

cristianos, y despreciar la cruz de Él, burlada por los judíos, y toda la medicina de la humildad cristiana, por la cual solo se cura esa hinchazón con la que caímos inflados y, yaciendo, nos hinchamos más, permaneciendo y creciendo la misma soberbia? Que diga, pues, el cuerpo de Cristo; ya ha aprendido a amar a sus enemigos; que diga a su Señor Dios: "Quita de mí el oprobio y el desprecio, porque he buscado tus martyria": es decir, el oprobio que escucho por eso, y el desprecio por el que soy despreciado por eso, porque he buscado tus martyria, quítalo de mí. Porque mis enemigos, a quienes me mandas amar, que mueren y perecen más y más, cuando desprecian y critican tus martyria en mí, ciertamente revivirán y serán encontrados, si veneran tus martyria en mí. Así ha sucedido; esto vemos. He aquí el martirio de Cristo, y entre los hombres y en este mundo, no solo no es oprobio, sino que es un gran ornamento: he aquí que no solo en la presencia del Señor, sino también en la presencia de los hombres, ya es preciosa la muerte de sus santos (Sal. CXV, 15); he aquí que no solo no se desprecian, sino que sus mártires son preferidos con grandes honores. He aquí que aquel hijo menor que, por los cerdos que apacentaba, es decir, por los inmundos demonios que adoraba, perseguía su parte en los pocos cristianos que lo precedían; ahora, en tantos y grandes pueblos de las naciones, predicando religiosamente a los mártires, a quienes arrojaba oprobio, y exaltando con grandes alabanzas a quienes despreciaba, estaba muerto y revivió, estaba perdido y fue hallado (Luc. XV, 12-24). Con esta tan gran ganancia de corrección, conversión y redención de sus enemigos, el cuerpo de Cristo dijo a Dios: "Quita de mí el oprobio y el desprecio": y como si se preguntara de qué oprobio, de qué desprecio; añade: "Porque he buscado tus martyria".

3. [vers. 23, 24.] ¿Dónde está ahora aquel oprobio? ¿Dónde aquel desprecio? Se han ido y han pasado; y porque fueron hallados los que estaban perdidos, aquellos perecieron. Pero cuando la Iglesia oraba tales cosas, las sufría. Pues dice: "Se sentaron los príncipes, y hablaban contra mí". De ahí venía la grave persecución, porque la decretaban príncipes sentados, es decir, eminentes en sedes judiciales. Refiera esto a la misma cabeza; encontrarás que se sentaron los príncipes de los judíos, buscando consejo sobre cómo perder a Cristo (Mat. XXVI, 3). Refiera esto a su cuerpo, es decir, la Iglesia; encontrarás que los reyes de la tierra idearon y ordenaron cómo los cristianos no existieran en ninguna parte. Pues se sentaron los príncipes, y hablaban contra mí: pero tu siervo se ejercitaba en tus justificaciones. ¿Qué clase de ejercicio era este? Quien desea saberlo, entienda lo que añadió: "Porque tus testimonios son mi meditación, y tus justificaciones mi consejo". Recuerda lo que antes mencioné, que los testimonios son martyria. Recuerda que en las justificaciones del Señor no hay ninguna más difícil y admirable que amar a los enemigos. Así se ejercitaba el cuerpo de Cristo, meditando sus martyria, y amando a aquellos de quienes, por esos martyria, sufría persecuciones con oprobios y desprecios. Pues no oraba por sí mismo, como ya hemos mencionado, sino más bien por ellos, diciendo: "Quita de mí el oprobio y el desprecio". Se sentaron, pues, los príncipes, y hablaban contra mí: pero tu siervo se ejercitaba en tus justificaciones. ¿De qué manera? Porque tus testimonios son mi meditación, y tus justificaciones mi consejo. Consejo contra consejo: el consejo de los príncipes sentados fue perder a los mártires hallados; el consejo de los mártires pacientes fue hallar a los enemigos perdidos. Ellos devolvían mal por bien; estos, bien por mal. ¿Qué, entonces, es de extrañar si aquellos, matando, desfallecieron, y estos, muriendo, vencieron? ¿Qué, digo, es de extrañar si los mártires soportaron pacientemente la muerte temporal a manos de las naciones furiosas, y las naciones, orando los mártires, pudieron llegar a la vida eterna; mientras el cuerpo de Cristo se ejercitaba así, meditando los martyria, y rogando bien por los malos perseguidores de los mártires?

SERMO X.

1. [vers. 25.] Sigue en este salmo mayor, lo que debemos considerar y tratar según el Señor nos lo conceda: "Mi alma se ha adherido al polvo; vivifícame según tu palabra". ¿Qué significa "Mi alma se ha adherido al polvo"? Pues cuando añade y dice: "Vivifícame según tu palabra"; ciertamente ha expuesto la causa al decir: "Mi alma se ha adherido al polvo". Por lo tanto, porque pide ser vivificado, ya que su alma se ha adherido al polvo; es extraño si quiere que se entienda algo bueno de esto. Toda esta sentencia se presenta como si dijera: Estoy muerto; vivifícame. ¿Qué es, entonces, el polvo? Si queremos tomar el universo como una gran casa, vemos el cielo como su bóveda: la tierra será, por tanto, el polvo. Desea, pues, ser liberado de las cosas terrenales, y decir con el Apóstol: "Nuestra conversación está en los cielos" (Filip. III, 20). Por lo tanto, adherirse a las cosas terrenales es la muerte del alma; a este mal se opone la vida, cuando se dice: "Vivifícame".

2. Pero debemos ver si estas palabras concuerdan con quien anteriormente dijo cosas tales, que más bien parece haberse adherido a Dios que al polvo, para que su conversación no estuviera en las cosas terrenales, sino en las celestiales. Pues, ¿cómo puede entenderse que se haya adherido a las cosas terrenales quien dice: "Pero tu siervo se ejercitaba en tus justificaciones; porque tus testimonios son mi meditación, y tus justificaciones mi consejo"? Estas son sus palabras anteriores, de las cuales estas son las consecuentes: "Mi alma se ha adherido al polvo". ¿O debemos entender de esto que, por mucho que alguien progrese en las justificaciones del Señor, tiene el afecto de la carne mortal hacia estas cosas terrenales, en las que la vida humana es una tentación sobre la tierra (Job VII, 1); y si persevera progresando, revive diariamente, siendo vivificado por aquel cuya gracia renueva nuestro hombre interior de día en día (II Cor. IV, 16)? Pues cuando el Apóstol decía: "Mientras estamos en el cuerpo, peregrinamos lejos del Señor" (II Cor. V, 6), y deseaba ser disuelto y estar con Cristo (Filip. I, 23); su alma se había adherido al polvo. Por lo tanto, el mismo cuerpo, porque es de la tierra, no se entiende absurdamente como polvo; que aún porque es corruptible y agrava el alma (Sab. IX, 15), se gime en él y se dice a Dios: "Mi alma se ha adherido al polvo, vivifícame según tu palabra". Pues no es que no estaremos siempre con el Señor con nuestros cuerpos (I Tes. IV, 12-16); pero entonces, porque no serán corruptibles ni agravarán las almas, si consideramos diligentemente, no nos adheriremos a ellos, sino ellos a nosotros, y nosotros a Dios. De donde son las palabras de otro salmo: "Pero para mí, adherirme a Dios es bueno" (Sal. LXXII, 28): para que los cuerpos vivan de nosotros, adhiriéndose a nosotros; pero nosotros vivamos de Dios, porque para nosotros adherirse a Dios es bueno. Pues esta adherencia de la que se dijo: "Mi alma se ha adherido al polvo", no es la conjunción de carne y alma, aunque algunos la hayan entendido así; sino que me parece que significa más bien el afecto carnal del alma, por el cual la carne concupisce contra el espíritu (Gál. V, 17). Si esto se entiende correctamente, ciertamente quien dice: "Mi alma se ha adherido al polvo, vivifícame según tu palabra", no ora para ser liberado del cuerpo de esta muerte, mediante la muerte del mismo cuerpo; lo que el último día de esta vida, que por su brevedad no puede ser duradero, hará en algún momento: sino para que la concupiscencia con la que se concupisce contra el espíritu, disminuya más y más, y la concupiscencia con la que se concupisce contra la carne, aumente más y más; hasta que esta se consuma en nosotros, y aquella se consuma por el Espíritu Santo que nos ha sido dado.

3. [vers. 26.] Pero bien no dijo: "Vivifícame según mi mérito"; sino que dijo: "según tu palabra": ¿qué es esto sino, según tu promesa? Quiere ser hijo de la promesa, no hijo de la soberbia; para que según la gracia la promesa sea firme para toda la descendencia. Pues este es el verbo de la promesa: "En Isaac te será llamada descendencia": esto es, no los que son hijos de la carne, estos son hijos de Dios, sino que los hijos de la promesa son contados como descendencia (Rom. IX, 7, 8). Pues ¿qué era él por sí mismo, lo confiesa en lo que sigue:

"Mis caminos he declarado, y me has escuchado". Algunos códices tienen "tus caminos"; pero más, y especialmente los griegos, "mis caminos", es decir, los malos. Pues esto me parece que dice: Confesé mis pecados, y me escuchaste, es decir, para perdonarlos. Enséñame tus justificaciones. Confesé mis caminos, los borraste; enséñame los tuyos. Enséñame de tal manera que actúe; no solo que sepa qué debo hacer. Pues así como se dijo del Señor que "no conoció pecado" (II Cor. V, 21), y se entiende, no lo hizo; así también la justicia verdaderamente se dice conocerla quien la hace. Esta es la oración de quien progresa. Pues ciertamente si no hiciera nada en absoluto, de ninguna manera diría aquellas cosas anteriores: "Pero tu siervo se ejercitaba en tus justificaciones". No, pues, en las que se ejercitaba, quiere aprender del Señor; sino que, progresando desde estas a otras, como creciendo, desea llegar.

4. [vers. 27, 28.] Finalmente añade y dice: "Insinúame el camino de tus justificaciones"; o, como algunos códices tienen, "instrúyeme": lo que más expresamente se dice del griego, "hazme entender". Y me ejercitaré en tus maravillas. A esas mismas justificaciones más amplias, que desea alcanzar progresando, llama maravillas de Dios. Son, pues, algunas justificaciones de Dios tan maravillosas, que la debilidad humana, por quienes no las han experimentado, no cree que pueda alcanzarlas. Por eso, este que trabaja, y de algún modo fatigado por su dificultad, añade: "Mi alma ha dormitado por el tedio; confírmame en tus palabras". ¿Qué es "ha dormitado", sino que se ha enfriado en la esperanza con la que creía que las alcanzaría? Pero, "confírmame", dice, "en tus palabras", para que no caiga también de aquellas a las que ya siento haber llegado, durmiendo: confírmame, pues, en esas palabras tuyas que ya tengo, que ya hago, para que de ellas pueda progresar hacia otras.

5. [vers. 29.] ¿Y qué impide caminar así en el camino de las justificaciones de Dios, para que el hombre pueda fácilmente llegar incluso a esas maravillas? ¿Qué pensamos, sino lo que pide que se aleje de él en lo que sigue diciendo: "Aparta de mí el camino de la iniquidad"? Y porque "la ley de las obras se introdujo para que abundara el delito" (Rom. V, 20); sigue, y dice: "Y por tu ley ten misericordia de mí". ¿Por qué ley, sino por la ley de la fe? Escucha al Apóstol: "¿Dónde está, pues, tu jactancia? Ha sido excluida. ¿Por qué ley? ¿De las obras? No; sino por la ley de la fe" (Rom. III, 27). Esta es la ley de la fe, por la cual creemos y oramos para que nos sea dado por gracia hacer lo que por nosotros mismos no podemos cumplir; para que no ignorando la justicia de Dios, y queriendo establecer la nuestra, no estemos sujetos a la justicia de Dios (Rom. X, 3). En la ley, pues, de las obras está la justicia de Dios que manda; pero en la ley de la fe, la misericordia que socorre.

6. [vers. 30-32.] Pero cuando dijo: "Y por tu ley ten misericordia de mí"; de los beneficios que ya ha conseguido, de algún modo, si se puede decir, prescribe, para obtener los demás que aún no ha conseguido. Pues dice: "He elegido el camino de la verdad; no he olvidado tus juicios. Me he adherido a tus testimonios; Señor, no me confundas". He elegido el camino de la verdad, por donde correr: no he olvidado tus juicios, para correr. Me he adherido a tus testimonios, mientras corría: Señor, no me confundas; a donde corro, llegue, a donde tiendo, llegue. Pues no es del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia (Rom. IX, 16). Finalmente sigue: "Corrí por el camino de tus mandamientos, cuando ensanchaste mi corazón". No correría, si no hubieras ensanchado mi corazón. En verdad, este verso expone cómo se dijo: "He elegido el camino de la verdad, no he olvidado tus juicios, me he adherido a tus testimonios". Pues este es el curso del camino de los mandamientos de Dios. Y porque más bien sus beneficios que sus méritos propios alega al Señor; como si se le dijera: ¿Cómo corriste este camino, eligiendo, y no olvidando los juicios de Dios, y adhiriéndote a sus testimonios, acaso pudiste por ti mismo? No, dice. ¿Qué, entonces? "Corrí por el camino de tus mandamientos", dice, "cuando ensanchaste mi corazón". No, pues, por mi propio, y como si no necesitara de tu ayuda, arbitrio; sino "cuando ensanchaste mi corazón". El

ensanchamiento del corazón es la delectación de la justicia. Este es el don de Dios, para que en sus preceptos no nos angustiemos por el temor al castigo, sino que nos ensanchemos por el amor y la delectación de la justicia. Pues esta latitud nos promete Él diciendo: "Habitaré en ellos, y andaré" (II Cor. VI, 16). ¡Cuán ancho es donde Dios anda! En esta latitud se difunde la caridad en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Rom. V, 5). De donde también se dijo: "Y en tus plazas corran tus aguas" (Prov. V, 16): pues plaza, del griego, ha tomado su nombre de latitud; porque en griego πλατὺ se dice ancho. Estas son las aguas de las que el Señor clama: "El que tenga sed, venga a mí. El que cree en mí, de su interior correrán ríos de agua viva": y el evangelista, exponiendo lo que dijo, "Esto decía del Espíritu que habían de recibir los que creyeran en él" (Juan VII, 37-39). Mucho se podría decir de esta latitud del corazón, pero ya se objeta a la longitud de este sermón.

SERMO XI.

1. [vers. 33.] En este gran salmo sigue lo que, con la ayuda del Señor, debemos considerar y tratar: Ponme, Señor, la ley del camino de tus justificaciones, y la buscaré siempre. El Apóstol dice: La ley no está puesta para el justo, sino para los injustos y desobedientes, y concluye diciendo: Y cualquier otra cosa que se oponga a la sana doctrina, que es conforme al Evangelio de la gloria del bienaventurado Dios, que me ha sido confiado (I Tim. 1, 9-11). ¿Acaso era tal este que dice: Ponme, Señor, la ley, como aquellos para quienes el bienaventurado Pablo dice que la ley está puesta? De ninguna manera. Pues si fuera tal, no habría dicho antes: Corrí por el camino de tus mandamientos, cuando ensanchaste mi corazón. ¿Qué significa entonces que ore para que el Señor le ponga la ley, si no se pone para el justo? ¿O acaso no se pone para el justo de la misma manera que fue puesta para el pueblo contumaz, en tablas de piedra (Éxodo XXXI, 18), no en tablas de corazones carnales (II Cor. III, 3); según el antiguo testamento del monte Sinaí, que engendra para servidumbre (Gálatas IV, 24), no según el nuevo testamento, del cual está escrito por el profeta Jeremías: He aquí que vienen días, dice el Señor, y consumaré con la casa de Israel y con la casa de Judá un nuevo testamento, no como el testamento que dispuse con sus padres el día que tomé su mano para sacarlos de la tierra de Egipto; porque ellos no permanecieron en mi Testamento, y yo los deseché, dice el Señor. Porque este es el testamento que estableceré con la casa de Israel: Después de aquellos días, dice el Señor, pondré mis leyes en sus mentes, y en sus corazones las escribiré (Jeremías XXXI, 31-33)? He aquí cómo desea este que el Señor le ponga la ley; no como fue puesta para los injustos y desobedientes, pertenecientes al antiguo testamento, en tablas de piedra; sino como a los santos hijos de la libre, es decir, de la Jerusalén celestial, hijos de la promesa, hijos de la herencia eterna, se les da por el Espíritu Santo como el dedo de Dios en la mente, y se escribe en los corazones: no para que la retengan en la memoria y la descuiden en la vida; sino para que la comprendan entendiendo, la cumplan amando, en la amplitud del amor, no en las angustias del temor. Pues quien obra la ley por temor al castigo, no por amor a la justicia, ciertamente lo hace a regañadientes. Y lo que hace a regañadientes, si pudiera, preferiría que no se le ordenara: y por tanto, no es amigo de la ley que desearía que no existiera, sino más bien enemigo; ni se purifica con la obra quien es impuro en la voluntad. Tal persona no puede decir lo que este dijo en los versículos anteriores: Corrí por el camino de tus mandamientos, cuando ensanchaste mi corazón; porque esa dilatación significa la caridad, que según el Apóstol es la plenitud de la ley (Romanos XIII, 10).

2. ¿Por qué entonces este aún pide que se le ponga la ley; la cual, si no le hubiera sido puesta, no habría corrido por el camino de los mandamientos de Dios en la amplitud del corazón? Pero porque habla como quien progresa, y sabe que es don de Dios el progreso; ¿qué otra cosa pide, cuando pide que se le ponga la ley, sino que progrese más y más en ella? Así como

si sostuvieras un vaso lleno, y comenzaras a darlo a un sediento; y él bebe al sorber, y pide al desear. Pero a aquellos injustos y desobedientes a quienes la ley se pone en tablas de piedra, los hace reos de transgresión, no hijos de la promesa. Pero también aquel que la recuerda y no la ama, es reo de la misma manera; porque su memoria es para él como una piedra escrita, no para adornarlo, sino para oprimirlo; un peso de carga, no un título de honor. Sin embargo, este llamó a la ley el camino de las justificaciones de Dios; y no hay otro camino de sus mandamientos, que el que ya había dicho que había corrido, cuando su corazón fue ensanchado. Por lo tanto, corre y sigue corriendo, hasta que llegue a la meta de la vocación celestial de Dios. Finalmente, cuando dijo: Ponme, Señor, la ley del camino de tus justificaciones; añadió: y la buscaré siempre. ¿Qué busca, pues, que ya tiene, sino que tiene al actuar, y busca al progresar?

3. Pero, ¿qué significa siempre? ¿Acaso no habrá fin en buscar; como se ha dicho: Su alabanza estará siempre en mi boca (Salmo XXXIII, 2); porque no habrá fin en alabar: pues no dejaremos de alabar a Dios cuando lleguemos a su reino eterno, cuando leemos: Bienaventurados los que habitan en tu casa, por los siglos de los siglos te alabarán (Salmo LXXXIII, 5)? ¿O siempre se ha dicho, mientras se vive aquí, porque mientras tanto se progresa; pero después de esta vida, quien aquí progresaba bien, allí se perfecciona? Como se ha dicho de ciertas mujeres, siempre aprendiendo: pero ellas mal, porque añadió a continuación: Y nunca llegan al conocimiento de la verdad (II Tim. III, 7). Pero quien aquí siempre progresa en lo mejor, a donde se esfuerza por progresar, llega, donde ya no progresa, porque permanece perfecto sin fin. Sin embargo, no se ha dicho de aquellas mujeres, siempre aprendiendo, que también después de la muerte persistan en aprender cosas vanas e infructuosas; pues a tales doctrinas sucederán no estudios, sino castigos eternos. Aquí, pues, se busca la ley de Dios, mientras se progresa en ella, tanto en conocimiento como en amor; pero allí permanece su plenitud para disfrutar, no queda para buscar. Así también se ha dicho: Buscad su rostro siempre (Salmo CIV, 4). ¿Dónde siempre, sino aquí? Pues no buscaremos el rostro de Dios allí, donde lo veremos cara a cara (I Cor. XIII, 12). O si se dice correctamente que se busca lo que se ama sin hastío, y se actúa para que no se pierda; siempre, sin fin, buscaremos la ley de Dios, es decir, la verdad de Dios: pues en este mismo salmo se dice: Y tu ley es la verdad. Se busca ahora, para que se retenga; entonces se retendrá, para que no se abandone: como se ha dicho del Espíritu de Dios que escudriña todo, incluso las profundidades de Dios (I Cor. II, 10); no para encontrar lo que no sabe, sino porque no deja nada en absoluto que no sepa.

4. [vers. 34.] Por lo tanto, se nos recomienda principalmente la gracia de Dios, cuando pide que el Señor le ponga la ley, quien ya conocía la ley según la letra. Pero porque la letra mata, mas el espíritu vivifica (II Cor. III, 6); ora para que por el Espíritu haga lo que por la letra sabía; no sea que por el conocimiento del mandamiento no observado también se le añada el crimen de transgresión. Aunque también para que se conozca la ley como debe conocerse, es decir, para que se entienda lo que significa, por qué fue puesta para aquellos que no la iban a guardar, qué utilidad tiene incluso el hecho de que la ley se introdujo para que abundara el delito (Romanos V, 20), nadie lo comprende, a menos que reciba entendimiento del Señor: por eso este añade y dice: Dame entendimiento, y escudriñaré tu ley, y la guardaré con todo mi corazón. Pues cuando alguien ha escudriñado la ley, y ha llegado a sus alturas, en las que todo depende; ciertamente debe amar a Dios con todo su corazón, con toda su alma, con toda su mente; y a su prójimo como a sí mismo. En estos dos mandamientos pende toda la Ley y los Profetas (Mateo XXII, 37-40). Esto parece haber prometido, cuando dijo: Y la guardaré con todo mi corazón.

5. [vers. 35.] Pero porque esto también es insuficiente con nuestras propias fuerzas, a menos que seamos ayudados por aquel que manda, para que hagamos lo que manda, Guíame, dice, por la senda de tus mandamientos, porque en ella he puesto mi voluntad. Mi voluntad es insuficiente, a menos que tú mismo me guíes en lo que he querido. Y ciertamente esa es la senda; es decir, el camino de los mandamientos de Dios, que ya había dicho que había corrido con su corazón ensanchado por él. Por eso también la llama senda, porque estrecho es el camino que lleva a la vida (Mateo VII, 14); y siendo estrecho, no se corre a menos que el corazón esté ensanchado.

6. [vers. 36.] Pero como aún progresa, aún corre; y por eso busca la ayuda divina para ser guiado, porque no es del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia (Romanos IX, 16); finalmente, porque incluso el querer lo obra Dios en nosotros (Filipenses II, 13), pues la voluntad es preparada por el Señor; sigue y dice: Inclina mi corazón a tus testimonios, y no a la avaricia. ¿Qué significa tener el corazón inclinado a algo, sino quererlo? Y por tanto, quiso, y ora para querer. Quiso, cuando dice: Guíame por la senda de tus mandamientos, porque en ella he puesto mi voluntad: pero ora para querer, cuando dice: Inclina mi corazón a tus testimonios, y no a la avaricia. Por lo tanto, ora para progresar en esa misma voluntad. Pero, ¿cuáles son los testimonios de Dios, sino aquellos por los cuales él mismo se atestigua? Pues por los testimonios se prueba algo; y por tanto, las justificaciones de Dios y los mandamientos de Dios se prueban por los testimonios de Dios; y cualquier cosa que Dios quiera persuadirnos, nos la persuade con sus testimonios: en los cuales este pide que se incline su corazón, y no a la avaricia. Pues con sus testimonios Dios actúa con nosotros, para que lo adoremos gratuitamente; lo cual impide la avaricia, raíz de todos los males. En este lugar se usa una palabra griega que puede entenderse como avaricia general, por la cual alguien desea más de lo que es suficiente: πλέον en latín es más; ἕξις es hábito, de lo que es tener. Por lo tanto, de tener más se llama πλεονεξία, que algunos intérpretes latinos han traducido en este lugar como emolumento, otros como utilidad; pero mejor quienes lo han traducido como avaricia. Dice el Apóstol: Porque raíz de todos los males es la avaricia (I Tim. VI, 10). Pero en el griego, de donde las palabras mismas han sido traducidas a nuestra lengua, no se lee en el Apóstol πλεονεξία, que es en este lugar del salmo; sino φιλαργυρία, que significa amor al dinero. Sin embargo, el Apóstol debe entenderse que con este nombre significó el género por la especie, es decir, por el amor al dinero la avaricia universal y general, que verdaderamente es raíz de todos los males. Pues los primeros hombres no habrían sido engañados y derribados por la serpiente, si no hubieran querido tener más de lo que recibieron, y ser más de lo que fueron hechos. Pues eso fue lo que él prometió diciendo: Seréis como dioses (Génesis III, 5). Por esta πλεονεξία fueron subvertidos. Pues queriendo tener más de lo que recibieron, perdieron incluso lo que recibieron. Un vestigio de esta verdad, que está dispersa por todas partes, se ha encontrado también en el derecho forense, donde se ha instituido que quien pide más de lo que se le debe, pierda incluso lo que se le debía. Pero toda avaricia se corta de nosotros, si adoramos a Dios gratuitamente. A lo cual el santo Job en la prueba de la tentación mismo provoca al enemigo, cuando dice de él: ¿Acaso Job teme a Dios de balde? (Job I, 9). Pues el Diablo pensaba que el hombre justo tenía el corazón inclinado a la avaricia en el culto a Dios, y que como un mercenario le servía por tal recompensa de las cosas temporales con las que el Señor lo había enriquecido: pero cuán gratuitamente adoraba a Dios, se mostró al ser tentado. Si, pues, no tenemos el corazón inclinado a la avaricia, no adoramos a Dios sino por Dios, para que su culto sea él mismo la recompensa. Amémoslo a él en sí mismo, amémoslo a él en nosotros, a él en nuestros prójimos a quienes amamos como a nosotros mismos, ya sea que lo tengan, ya sea para que lo tengan. Lo cual, puesto que se nos concede por su don, por eso se le dice: Inclina mi corazón a tus testimonios, y no a la avaricia. Pero lo que sigue, debe tratarse en otro sermón.

SERMO XII.

1. [vers. 37.] Sigue en el salmo que hemos asumido para disertar: Aparta mis ojos, para que no vean la vanidad; en tu camino vivifícame. La vanidad y la verdad difieren entre sí por lo contrario. Pero la codicia de este mundo, vanidad; mas Cristo, que nos libera de este mundo, verdad. Él es también el camino en el que este desea ser vivificado, porque él es también la vida; pues él mismo dijo: Yo soy el camino, la verdad y la vida (Juan XIV, 6). Pero, ¿qué significa, Aparta mis ojos, para que no vean la vanidad? ¿Acaso mientras estamos en este mundo, podemos no ver la vanidad? Pues toda criatura está sujeta a vanidad, que se entiende que está en el hombre; y, Todo es vanidad: ¿qué provecho tiene el hombre de todo su trabajo, con que se afana debajo del sol? (Eclesiastés I, 2 y 3). ¿O acaso este ora para que su vida no esté bajo el sol, donde todo es vanidad; sino que esté en aquel en quien pide ser vivificado? Pues él ascendió no solo sobre el sol, sino sobre todos los cielos, para llenar todas las cosas (Efesios IV, 10). Y en él viven más que bajo el sol quienes no escuchan en vano lo que dijo el Apóstol: Buscad las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios; poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios (Colosenses III, 1-3). Por lo tanto, si nuestra vida está allí donde está la verdad, nuestra vida no está bajo el sol donde está la vanidad. Pero este bien tan grande lo tenemos más en esperanza, no lo tenemos en realidad: y según nuestra esperanza el bienaventurado Apóstol habló estas cosas; porque también cuando dijo: La criatura fue sujeta a vanidad, añadió y dijo: No por su voluntad, sino por causa de aquel que la sujetó en esperanza. Por lo tanto, en esperanza, en la cual esperamos adherirnos a la verdad contemplada, estamos sujetos a vanidad por ahora. Pues esta criatura espiritual, animal y corporal toda está en el hombre; más bien, el hombre es. Voluntariamente pecó, y se hizo enemiga de la verdad: pero para que merecidamente fuera castigada, no voluntariamente fue sujeta a vanidad. Finalmente, poco después, No solo esto, dice, sino que también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, es decir, que aún no completamente lo que somos, sino en la parte en que somos mejores que los animales, estamos sujetos a Dios, no a vanidad, esto es, por las primicias del Espíritu: y nosotros mismos gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo. Porque en esperanza fuimos salvos. Pero la esperanza que se ve, no es esperanza: porque lo que alguno ve, ¿por qué esperarlo? Pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos. Mientras tanto, pues, aquí según la carne estamos, cuya adopción y redención aún esperamos con paciencia de esperanza; mientras tanto, según lo que estamos bajo el sol, estamos sujetos a vanidad. Mientras tanto, pues, ¿cómo podemos no ver la vanidad, a la cual también estamos sujetos en esperanza? ¿Qué significa entonces que este dice: Aparta mis ojos, para que no vean la vanidad? ¿Acaso ora para que no se cumpla en esta vida lo que llevamos en esperanza, sino para que esté en esa suerte, que en aquel pueda cumplirse cuando sea liberado de la servidumbre de la corrupción, y espíritu, y alma, y cuerpo, en la libertad de la gloria de los hijos de Dios (Romanos VIII, 20-25), donde ya no vea la vanidad?

2. En verdad, estas palabras pueden entenderse de esta manera, sin apartarse de la regla de la fe; pero hay otro sentido aquí que confieso me agrada más. El Señor en el Evangelio dice: «Si tu ojo es sencillo, todo tu cuerpo estará lleno de luz. Pero si tu ojo es malo, todo tu cuerpo estará en tinieblas. Si, pues, la luz que hay en ti es oscuridad, ¡cuán grandes serán esas tinieblas!» Por lo tanto, es de gran importancia, cuando hacemos algo bueno, considerar por qué lo hacemos. Nuestro deber no debe medirse por el deber mismo, sino por el fin; es decir, no solo debemos pensar si lo que hacemos es bueno, sino especialmente si es bueno el motivo por el que lo hacemos. Estos ojos con los que contemplamos por qué hacemos lo que

hacemos, deben apartarse para no ver la vanidad; es decir, para no atender a aquello por lo que hacemos algo bueno. En esta vanidad ocupa un lugar principal el amor a la alabanza humana, por la cual muchos que son grandes en este mundo han hecho grandes cosas, y han sido muy alabados en las ciudades de las naciones, buscando no la gloria ante Dios, sino ante los hombres, y por esto viviendo aparentemente con prudencia, fortaleza, templanza y justicia; al alcanzar esto, recibieron su recompensa, vana por vana. Deseando el Señor apartar los ojos de los suyos de esta vanidad, dice: «Cuidaos de no hacer vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos; de lo contrario, no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos.» Luego, al tratar algunas partes de esa justicia, dando instrucciones sobre las limosnas, la oración y el ayuno, en todas partes advirtió que nada de esto se haga por la gloria de los hombres, y en todas partes dice que quienes lo hacen por esta razón ya han recibido su recompensa (Mat. VI, 1-23), es decir, no la eterna que está reservada para los santos ante el Padre, sino la temporal que buscan quienes contemplan la vanidad en sus obras: no porque la alabanza humana en sí misma deba ser censurada (pues, ¿qué es más deseable para los hombres que agradarles aquello que deben imitar?), sino porque obrar bien por esa alabanza es contemplar la vanidad en sus obras. Pues incluso la alabanza humana que recibe un hombre justo, por grande que sea, no debe ser el fin de su bien, sino que también debe referirse a la alabanza de Dios, por quien los verdaderamente buenos hacen el bien; ya que no son buenos por sí mismos, sino por Él. Finalmente, en el mismo sermón, el Señor ya les había dicho: «Brille vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos» (Id. V, 16). Donde puso el fin, es decir, en la gloria de Dios, es lo que debemos contemplar cuando hacemos algo bueno, si nuestros ojos se apartan de la vanidad. Por lo tanto, el fin de la buena obra no debe estar en las alabanzas de los hombres, sino que debemos corregir esas alabanzas humanas y referir todo a las alabanzas de Dios, de quien nos es dado todo lo que en nosotros se alaba sin error del que alaba. Además, si es vano hacer el bien por las alabanzas de los hombres, cuánto más vano es hacerlo para obtener dinero, aumentarlo o retenerlo, o cualquier otro beneficio temporal que nos llegue externamente. Porque todo es vanidad: ¿qué provecho tiene el hombre de todo su trabajo con el que se afana bajo el sol? Por la misma salvación temporal no debemos hacer nuestras buenas obras, sino más bien por aquella que esperamos eterna, donde disfrutaremos del bien inmutable, que nos será dado por Dios, o más bien, que es Dios mismo. Pues si los santos de Dios hicieran buenas obras por esta salvación temporal, nunca los mártires de Cristo habrían completado la buena obra de la confesión perdiendo esa misma salvación. Pero recibieron ayuda en la tribulación, no contemplando la vanidad, porque vana es la salvación del hombre (Sal. LIX, 13); y no desearon el día de los hombres (Jerem. XVII, 16), porque el hombre es semejante a la vanidad, sus días pasan como una sombra (Sal. CXLIII, 4).

3. [vers. 38.] Pero cuando se pide a Dios que nos conceda lo que parece estar en nuestro poder, es decir, apartar los ojos de ver la vanidad, ¿qué se está recomendando sino su gracia? Pues algunos no apartaron sus ojos de esa vanidad porque pensaron que se hacían justos y buenos por sí mismos, y amaron la gloria de los hombres más que la de Dios (Juan XII, 43); porque también ellos son hombres, quienes se complacieron demasiado en sí mismos y confiaron en las fuerzas de su libre albedrío: pero también esta vanidad y presunción es un espíritu (Ecle. VI, 9). Por tanto, cuando dijo, Aparta mis ojos para que no vean la vanidad; vivifícame en tu camino; que no es vanidad, sino verdad: luego añadió, Establece tu palabra en tu siervo en tu temor. ¿Qué es esto sino, Dame para que haga lo que dices? Pues la palabra de Dios no está establecida en aquellos que la mueven en sí mismos actuando en contra; pero está establecida en aquellos en quienes es inamovible. Así que Dios establece su palabra en su temor en aquellos a quienes da el espíritu de su temor: no de aquel temor del que dice el

Apóstol. No habéis recibido el espíritu de esclavitud para volver al temor (Rom. VIII, 15); porque este temor lo echa fuera la caridad perfecta (I Juan IV, 18): sino de aquel temor que el profeta llama espíritu de temor de Dios (Isai. XI, 3); un temor casto, que permanece por los siglos de los siglos (Sal. XVIII, 10), un temor por el cual se teme ofender a quien se ama. Pues de manera diferente teme la adúltera a su marido, y de manera diferente la casta: la adúltera, que no venga; la casta, que no se aleje.

4. [vers. 39.] Corta, dice, mi oprobio que he sospechado, porque tus juicios son suaves. ¿Quién es el que sospecha de su oprobio, y no más bien conoce su propio oprobio que el ajeno de cualquiera? Pues el hombre puede sospechar más bien del ajeno, no del suyo; porque lo que sospecha, lo ignora: pero en su propio oprobio no hay sospecha, sino conocimiento, donde habla la conciencia. ¿Qué es, pues, lo que dice, Mi oprobio que he sospechado? Sin duda, este sentido también debe derivarse del anterior: porque mientras el hombre no aparta sus ojos para que no vean la vanidad, lo que se hace en sí mismo, eso sospecha de los demás; de modo que por lo que él mismo cultiva a Dios, o por lo que hace buenas obras, por eso cree que también lo hace el otro. Pues los hombres pueden ver lo que hacemos; pero la contemplación de por qué lo hacemos es oculta: y por eso se da lugar a las sospechas, para que el hombre se atreva a juzgar lo oculto de los hombres, y a menudo sospechar falsamente, y, si es verdad, sin embargo, temerariamente de lo desconocido. Por eso el Señor, cuando hablaba del fin por el cual debemos hacer justicia, para apartar nuestros ojos de la contemplación de la vanidad, advirtió que no hagamos buenas obras por las alabanzas de los hombres, diciendo: Cuidaos de no hacer vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos. Advirtió que no por dinero, diciendo: no os hagáis tesoros en la tierra; y, No podéis servir a Dios y a las riquezas. Advirtió que no por el mismo sustento y vestido necesario, diciendo: No os preocupéis por vuestra vida, qué comeréis, ni por vuestro cuerpo, qué vestiréis (Mat. VI, 1, 19, 24, 25). Y después de haber advertido todo esto, porque podemos sospechar que aquellos que vemos vivir justamente, y no vemos con qué fin lo hacen, lo hacen por algo de este tipo; inmediatamente añadió: No juzguéis, para que no seáis juzgados (Id. VII, 1). Por lo tanto, aquí cuando dijo, Corta mi oprobio que he sospechado; añadió, porque tus juicios son suaves, es decir, tus juicios son verdaderos. Pues el amante de la verdad clama que es suave lo que es verdadero. Pero los juicios de los hombres sobre lo oculto de los hombres, no son suaves, porque son temerarios. Y por eso dijo que su oprobio era lo que había sospechado de los demás; porque también esto que dice el Apóstol, Comparándose a sí mismos consigo mismos (II Cor. X, 12), no lo entienden: pues el hombre más fácilmente sospecha en otro lo que siente en sí mismo. Por lo tanto, pedía que se le quitara este oprobio suyo, que había sentido en sí mismo, y había sospechado en los demás; para que no fuera semejante al diablo, quien sospechó de lo oculto del santo Job que no adoraba a Dios gratuitamente, a quien pidió tentar, para encontrar el crimen que le imputara (Job I, 9-11).

5. [vers. 40.] Pero como la envidia no sospecha del oprobio de otro sino con gusto, mientras no se puede reprochar la buena obra, porque se afirma lo que es evidente; y se reprocha con qué fin se hace, porque no se manifiesta lo que es oculto; y así le gusta a quien le gusta sospechar mal de un hombre, no viendo lo que está oculto, y envidiando lo que es evidente: ciertamente contra este mal, por el cual uno sospecha con gusto del mal de un hombre que no percibe, se debe tener caridad, que no envidia (I Cor. XIII, 4); que el Señor especialmente recomienda, diciendo: Un mandamiento nuevo os doy, que os améis unos a otros; y, En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tenéis amor los unos por los otros (Juan XIII, 34, 35): y hablando del amor a Dios y al prójimo, En estos dos mandamientos, dice, se basa toda la Ley y los Profetas (Mat. XXII, 40). Por lo tanto, contra el oprobio de su sospecha que

desea que se corte, dice: He aquí, he deseado tus mandamientos; vivifícame en tu justicia. He aquí, he deseado con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente amarte a ti, y al prójimo como a mí mismo: no en mi justicia, sino en tu justicia vivifícame, es decir, llíname de esta caridad que he deseado. Ayúdame a hacer lo que recomiendas, da tú mismo lo que mandas. Vivifícame en tu justicia: porque en mí tenía de qué morir; pero no encuentro de qué vivir sino en ti. Tu justicia es Cristo, «quien se ha hecho para nosotros sabiduría de Dios, y justicia, y santificación, y redención; para que, como está escrito, El que se gloría, gloríese en el Señor» (I Cor. I, 30, 31). Y en él encuentro tus mandamientos que he deseado, para que en tu justicia, es decir, en él, me vivifiques. Pues él es el Verbo Dios; y el Verbo se hizo carne, para que fuera también mi prójimo (Juan I, 14).

SERMO XIII.

1. [vers. 41.] Este sermón debe unirse al anterior, que tuvimos recientemente sobre el salmo que es el más extenso de todos, sobre las palabras que siguen. Estas palabras son: Y venga sobre mí tu misericordia, Señor. Esta sentencia parece estar unida a la anterior: pues no dice, Venga sobre mí; sino que dice, Y venga. Pero aquella anterior es, He aquí, he deseado tus mandamientos; vivifícame en tu justicia: luego sigue, Y venga sobre mí tu misericordia, Señor. ¿Qué pide aquí, entonces, sino que por su misericordia haga los mandamientos que ha deseado, quien los mandó? Pues de algún modo explica lo que dijo, Vivifícame en tu justicia; cuando añade, Y venga sobre mí tu misericordia, Señor, tu salvación según tu palabra: es decir, según tu promesa. De donde el Apóstol quiere que entendamos que somos hijos de la promesa (Rom. IX, 8); para que no creamos que somos lo que somos por nosotros mismos, sino que atribuyamos todo a la gracia de Dios. Pues Cristo se ha hecho para nosotros sabiduría de Dios, y justicia, y santificación, y redención; para que, como está escrito, El que se gloría, gloríese en el Señor (I Cor. I, 30 y 31). Por lo tanto, cuando dice, Vivifícame en tu justicia; desea ser vivificado en Cristo, y esa es la misericordia que pide que venga sobre él. Cristo mismo es también la salvación de Dios; con esta palabra explica qué misericordia dice cuando dice, Y venga sobre mí tu misericordia, Señor. Si, pues, buscamos cuál es esta misericordia, escuchemos lo que sigue: Tu salvación según tu palabra. Pues esto fue prometido por aquel que llama a las cosas que no son, como si fueran (Rom. IV, 17). Pues aún no existían aquellos a quienes se prometió, para que nadie se gloríe de sus méritos. Y a quienes se prometió, también ellos fueron prometidos; para que todo el cuerpo de Cristo diga, por la gracia de Dios soy lo que soy (I Cor. XV, 10).

2. [vers. 42.] Y responderé, dice, a los que me reprochan una palabra. Si es, una palabra a los que reprochan; o, responderé una palabra, es ambiguo: pero cualquiera de ellos suena a Cristo. Pues a él nos reprochan, para quienes es crucificado o escándalo, o necedad (Id. I, 23): ignorando que el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros; que el Verbo en el principio era, y con Dios era, y Dios era (Juan I, 14, 1). Pero aunque no reprochen el mismo Verbo que les es oculto, porque su divinidad no es conocida por ellos, quienes desprecian su debilidad en la cruz; sin embargo, respondamos a ellos el Verbo, y no nos atemoricemos ni nos avergoncemos por su reproche. Pues si hubieran conocido el Verbo, nunca habrían crucificado al Señor de la gloria (I Cor. II, 8). Pero él responde el Verbo a los que reprochan, sobre quien viene la misericordia de Dios; es decir, su salvación viene para proteger, no para destruir. Pues sobre algunos vendrá para destruir, quienes ahora al despreciar su humildad, tropiezan y se quebrantan. Pues así dice en el Evangelio: Quien caiga sobre esta piedra, será quebrantado; sobre quien caiga, lo destruirá (Luc. XX, 18). Por lo tanto, a los que nos reprochan, tropiezan y caen en él. Pero para que no tropecemos y caigamos, no temamos sus reproches, sino respondamos a ellos el Verbo. «Este es el Verbo de fe que predicamos. Porque si creyeres,» dice, «en tu corazón que el Señor es Jesús, y confesares con tu boca que

Dios lo resucitó de los muertos; serás salvo. Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se hace confesión para salvación (Rom. X, 8-10). Por lo tanto, no basta tener a Cristo en el corazón, y no querer confesarlo por temor al reproche: sino que a los que reprochan se les debe responder el Verbo. Para que los mártires pudieran hacer esto, se les prometió, y se les dijo, No sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros (Mat. X, 20). Por eso también este, cuando dijo, Responderé a los que me reprochan una palabra; inmediatamente sigue, Porque he esperado en tus palabras: lo cual es ciertamente, en tus promesas.

3. [vers. 43.] Pero como muchos, aunque pertenecen al mismo cuerpo, del cual son estas palabras, bajo la presión de una grave persecución no pudieron soportar el reproche, y negaron a Cristo desfalleciendo; por eso sigue, Y no quites de mi boca la palabra de verdad hasta muy lejos. Pues dice de su propia boca, porque habla la unidad del cuerpo, en cuyos miembros también se cuentan aquellos que desfallecieron por un momento negando, pero después revivieron arrepintiéndose, o incluso recuperaron la palma del martirio que habían perdido, renovando su confesión. Por lo tanto, no hasta muy lejos, o, como algunos códices tienen, no hasta el extremo, es decir, no de ninguna manera, fue quitada de la boca de Pedro, en quien estaba el tipo de la Iglesia, la palabra de verdad: porque aunque por un momento negó turbado por el miedo, sin embargo, llorando fue restaurado (Id. XXVI, 70-75), y confesando después fue coronado. Así que todo el cuerpo de Cristo habla, es decir, la universalidad de la santa Iglesia: en cuyo cuerpo total, ya sea porque, negando muchos, quedaron fuertes quienes lucharon por la verdad hasta la muerte, o porque de aquellos que negaron muchos fueron restaurados, no fue quitada de su boca la palabra de verdad hasta muy lejos. Pero lo que dice, no quites, debe entenderse como, no permitas que se quite; por lo cual orando decimos, No nos dejes caer en tentación (Id. VI, 13). Y el mismo Señor a Pedro, Rogué, dice, por ti, para que no falte tu fe (Luc. XXII, 32); esto es, para que no se quite de tu boca la palabra de verdad hasta muy lejos. Sigue, Porque he esperado en tus juicios; o, como algunos han expresado más diligentemente del griego, he sobreesperado: lo cual, aunque es una palabra menos comúnmente compuesta, sin embargo, cumple con la necesidad de interpretar la verdad. Por lo tanto, debemos examinar atentamente el sentido de este lugar, para entender, cuanto Dios ayuda, qué significa, He esperado en tus palabras, He sobreesperado en tus juicios. Responderé, dice, a los que me reprochan una palabra, porque he esperado en tus palabras: es decir, porque tú mismo me lo prometiste. Y no quites de mi boca la palabra de verdad hasta muy lejos, porque he sobreesperado en tus juicios: es decir, porque tus juicios, con los que me corriges y flagelas, no solo no me quitan la esperanza, sino que también la aumentan: porque a quien ama el Señor corrige; y azota a todo hijo que recibe (Hebr. XII, 6). Pues los santos y humildes de corazón, confiando en ti, no desfallecieron en las persecuciones; pues también quienes confiando en sí mismos desfallecieron, y sin embargo pertenecieron al mismo cuerpo, al conocerse a sí mismos lloraron, y encontraron más sólidamente tu gracia, porque perdieron su soberbia. Por lo tanto, no quites de mi boca la palabra de verdad hasta muy lejos, porque he sobreesperado en tus juicios.

4. [vers. 44.] Y guardaré tu ley siempre: es decir, si no quitas de mi boca la palabra de verdad, guardaré tu ley siempre. Por los siglos de los siglos: muestra lo que quiso decir, siempre. A veces, en efecto, se entiende siempre como "mientras se vive aquí"; pero esto no es, por los siglos de los siglos: pues es mejor interpretado así, que como algunos códices tienen, por la eternidad y por los siglos de los siglos; porque no pudieron decir, y por la eternidad de la eternidad. Por tanto, esta ley debe entenderse de la que dice el Apóstol, La plenitud de la ley es la caridad (Rom. XIII, 10). Esta será guardada por los santos, de cuya boca no se quita la palabra de verdad, es decir, por la misma Iglesia de Cristo, no solo en este siglo, es decir,

hasta que termine este siglo; sino también en el otro, que se llama siglo de los siglos. Pues no recibiremos allí los preceptos de la ley, como aquí, para que los guardemos, sino que guardaremos la plenitud de la ley, como dije, sin temor alguno de pecar: porque amaremos a Dios más plenamente cuando lo veamos, y al prójimo, porque Dios será todo en todos (I Cor. XV, 28); ni habrá lugar para la falsa sospecha de nadie sobre el prójimo, donde nadie estará oculto para nadie.

SERMO XIV.

1. [vers. 45.] Los versos anteriores de este extenso salmo contienen una oración; pero los que siguen, sobre los cuales ahora debemos discutir, contienen una narración. Pues el hombre de Dios pedía anteriormente la ayuda de la gracia de Dios, cuando decía, En tu justicia vivifícame; y venga sobre mí tu misericordia, Señor: y otras cosas similares, ya sea arriba o abajo. Ahora, sin embargo, dice: Y andaba en la amplitud, porque busqué tus mandamientos. Y hablaba de tus testimonios ante los reyes, y no me avergonzaba. Y meditaba en tus mandamientos, que amé. Y levanté mis manos a tus mandamientos, que amé; y me ejercitaba en tus justificaciones. Aquí son palabras de quien narra, no de quien pide; como si, habiendo obtenido lo que había pedido, confesara en alabanzas a Dios cómo lo había hecho la misericordia del Señor, que había pedido que viniera sobre él. Pues no unió estas cosas a las anteriores de tal manera que dijera, Y no quites de mi boca la palabra de verdad hasta el extremo, porque en tus juicios he esperado, Y guardaré tu ley siempre, por los siglos de los siglos, Y andaré en la amplitud, porque busqué tus mandamientos, Y hablaré de tus testimonios ante los reyes, y no me avergonzaré; y otras cosas de este modo; pues así parece que las siguientes debieron conectarse con las precedentes: pero dijo, Y andaba en la amplitud. Donde la conjunción copulativa, es decir, Y, se coloca como inconsecuente; porque no dijo, Y andaré, como decía, Y guardaré tu ley siempre. O ciertamente, si se dijo en modo optativo, Guardaré tu ley; no dijo, Y ande en la amplitud, como si hubiera deseado y pedido ambas cosas: sino que dijo, Y andaba en la amplitud. Donde si no estuviera esa conjunción, sino que se introdujera libre y suelta de la conexión de las anteriores, Andaba en la amplitud; nada del modo inusual de hablar aquí debería mover al lector, para que no se pensara que aquí se debe buscar algún sentido oculto. Por tanto, claramente quiso que se entendiera lo que no dijo, es decir, que había sido escuchado; y luego añadió cómo había sido hecho: como si dijera, Cuando oraba estas cosas, me escuchaste, Y andaba en la amplitud; y las demás cosas que de este modo dijo.

2. ¿Qué es, pues, Y andaba en la amplitud, sino, andaba en la caridad, que ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Rom. V, 5)? En esta amplitud andaba aquel que decía, Nuestra boca está abierta para vosotros, oh corintios; nuestro corazón está ensanchado (II Cor. VI, 11). Esta caridad, sin embargo, se contiene toda e íntegra en aquellos dos mandamientos, a saber, el amor a Dios y el amor al prójimo, en los cuales se basa toda la Ley y los Profetas (Mat. XXII, 40). Por eso, aquí, cuando dijo, Y andaba en la amplitud; añadió la causa y dijo, Porque busqué tus mandamientos. Sin embargo, algunos códices no tienen mandamientos, sino testimonios; pero encontramos mandamientos en más códices, y especialmente en los griegos: ¿quién dudaría que se debe creer más a esta lengua, como precedente, de donde nos han sido traducidas estas cosas? Si, por tanto, queremos saber cómo buscó estos mandamientos, o cómo deben buscarse, miremos lo que dice el buen maestro, y doctor, y dador: Pedid, y recibiréis; buscad, y encontraréis; llamad, y se os abrirá. Y poco después: Si, pues, vosotros, dice, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos; ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará cosas buenas a los que le pidan (Mat. VII, 7, 11)? Donde muestra claramente que lo que había dicho, Pedid, buscad, llamad, no se refiere sino a la insistencia de pedir, es decir, de orar.

Otro evangelista, por su parte, no dice, Dará cosas buenas a los que le pidan, que pueden entenderse de muchas maneras, ya sean corporales o espirituales; sino que eliminó otras cosas de allí, y expresó con suficiente diligencia lo que el Señor quiso que pidiéramos vehementemente e insistentemente, y dijo: ¿Cuánto más vuestro Padre del cielo dará el buen Espíritu a los que le pidan (Luc. XI, 13)? Este es el Espíritu por el cual se derrama la caridad en nuestros corazones, para que amando a Dios y al prójimo cumplamos los mandamientos divinos. Este es el Espíritu en el cual clamamos, Abba, Padre (Rom. VIII, 15). Y por tanto, él mismo nos hace pedir, a quien deseamos recibir; él mismo nos hace buscar, a quien deseamos encontrar; él mismo nos hace llamar, a quien nos esforzamos por alcanzar. Esto enseña el Apóstol, quien cuando dice que en el Espíritu Santo clamamos, Abba, Padre; nuevamente en otro lugar dice, Dios envió el Espíritu de su Hijo en nuestros corazones, clamando, Abba, Padre (Gál. IV, 6). ¿Cómo clamamos nosotros, si él clama en nosotros, sino porque nos hizo clamar, cuando comenzó a habitar en nosotros? También esto, por tanto, hace el Espíritu recibido, para que sea pedido más abundantemente, buscado, llamado, por medio de la oración. Pues ya sea para que se pida la buena vida, o para que se viva bien; todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios (Rom. VIII, 14). Por tanto, Andaba, dice, en la amplitud, porque busqué tus mandamientos. Había buscado y encontrado, porque había pedido y recibido el buen Espíritu, por el cual, hecho bueno, hacía el bien, por la fe que obra por el amor (Gál. V, 6).

3. [vers. 46.] Y hablaba, dice, de tus testimonios ante los reyes, y no me avergonzaba: como aquel que había pedido y recibido, para responder a los que le reprochaban la palabra, y no se quitara de su boca la palabra de verdad. Por tanto, luchando por ella hasta la muerte, ni en presencia de los reyes se avergonzaba de hablarla. Pues los testimonios, de los que dice que hablaba, en griego se llaman martyria; palabra que ya usamos en lugar de la latina. De donde también se deriva el término Mártires, a quienes Jesús predijo que también ante los reyes lo confesarían (Mat. X, 18).

4. [vers. 47, 48.] Y meditaba, dice, en tus mandamientos, que amé, y levanté mis manos a tus mandamientos, que amé: ya sea que algunos códices tengan en ambos versos, amé mucho, o demasiado, o vehementemente, como se ha querido interpretar lo que en griego se dice σφόδρα. Por tanto, amó los mandamientos de Dios por aquello por lo que andaba en la amplitud; a saber, por el Espíritu Santo, por el cual se derrama el mismo amor, y ensancha los corazones de los fieles. Pero amó, tanto pensando como actuando. Pues en cuanto a la reflexión, dice, Y meditaba en tus mandamientos: pero en cuanto a la acción, Y levanté mis manos a tus mandamientos. A ambas sentencias añadió, que amé: pues el fin del precepto es el amor de un corazón puro (I Tim. I, 5). Cuando con este fin, es decir, con la contemplación de esta cosa, se cumple el mandamiento de Dios, entonces se hace verdaderamente una buena obra; y entonces se levantan las manos, porque es hacia lo alto que se levantan. Por eso, el Apóstol, al hablar de ese amor, dice, Os muestro un camino más excelente (I Cor. XII, 31): y en otro lugar, Conocer, dice, también el amor de Cristo que excede a todo conocimiento (Efes. III, 19). Pues si se busca la recompensa de la felicidad terrena por la obra de los mandamientos de Dios, se bajan las manos más bien que levantarlas; porque se buscan con esa obra beneficios terrenales que no están arriba, sino abajo. A ambos, sin embargo, se refiere lo que sigue, Y me ejercitaba en tus justificaciones: lo que más intérpretes han preferido decir, que me alegraba, o charlaba, que algunos han interpretado de lo que el griego tiene ἠδολέσχουν. Pues se ejercita en las justificaciones de Dios alegre, y de algún modo charlatán, quien guarda sus mandamientos que ama, con el deleite de pensar y actuar.

SERMO XV.

1. [vers. 49.] Consideremos, cuanto el Señor nos concede, y tratemos estos versos de este gran salmo: Acuérdate de tu palabra a tu siervo, en la cual me diste esperanza. Esto me consoló en mi humillación, porque tu palabra me vivificó. ¿Acaso el olvido, como en el hombre, cae en Dios? ¿Por qué, entonces, se le dice, Acuérdate? Aunque en otros lugares de la Sagrada Escritura se pone la misma palabra, como es, ¿Por qué te has olvidado de mí? (Sal. XLI, 10); y, ¿Olvidas nuestra aflicción? (Sal. XLIII, 24); y el mismo Dios por el Profeta, Todas, dice, sus iniquidades olvidaré (Ezequiel XVIII, 22): y en otros lugares y en otros lugares se lee esto con frecuencia. Pero no se entienden en Dios estas cosas como suceden a los hombres. Pues así como se dice que Dios se arrepiente, cuando cambia las cosas más allá de la esperanza de los hombres, sin cambiar su consejo, porque el consejo del Señor permanece para siempre (Sal. XXXII, 11); así se dice que olvida, cuando parece tardar en el auxilio o la promesa, o no retribuir lo que merecen los pecadores, o si algo de este tipo, como si se hubiera escapado de su memoria lo que se espera o teme, y no se hace. Se dicen estas cosas con una locución moral, por la cual se mueve el afecto humano; aunque Dios hace estas cosas con cierta disposición, no con una memoria deficiente, ni con una inteligencia oscurecida, ni con una voluntad cambiada. Por tanto, cuando se le dice, Acuérdate, se muestra y se extiende el deseo del que ora, porque pide la promesa; no se le recuerda a Dios, como si se le hubiera olvidado. Acuérdate, dice, de tu palabra a tu siervo: esto es, cumple la promesa a tu siervo. En la cual me diste esperanza: esto es, en la cual palabra, porque prometiste, me hiciste esperar.

2. [vers. 50.] Esto me consoló en mi humillación. Esta esperanza, ciertamente, que se da a los humildes, dice la Escritura, Dios resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes (Santiago IV, 6; y I Pedro V, 5). De donde también el mismo Señor con su propia boca dice: Porque el que se ensalza, será humillado; y el que se humilla, será ensalzado (Luc. XIV, 11; y XVIII, 14). Aquí entendemos bien también aquella humillación, no por la cual uno se humilla confesando pecados, ni arrogándose justicia; sino por la cual uno es humillado por alguna tribulación o abatimiento, que su soberbia mereció, o se ejercita y prueba su paciencia: de donde poco después dice este salmo, Antes de ser humillado, yo pequé. Y aquello en el libro de la Sabiduría: En el dolor soporta, y en tu humillación ten paciencia; porque en el fuego se prueba el oro y la plata, y los hombres aceptables en el horno de la humillación (Eclesiástico II, 4, 5). Lo que dice aceptables, allí dio esperanza que consolara en la humillación. Y el Señor Jesús, cuando predecía a sus discípulos que esta humillación vendría de los perseguidores, no los dejó sin esperanza; sino que también les dio esta, con la cual se consolaran, diciendo, En vuestra paciencia poseeréis vuestras almas: también sobre el cuerpo mismo que los enemigos podrían matar, y como si pereciera completamente, Ni un cabello de vuestra cabeza perecerá (Luc. XXI, 19, 18). Esta esperanza se ha dado al cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, con la cual se consolara en su humillación. Por la cual esperanza dice también el apóstol Pablo: Pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos (Rom. VIII, 25). Pero esta esperanza es de premios eternos: hay también otra esperanza que en la humillación de la tribulación consuela mucho, que se ha dado a los santos en la palabra de Dios prometiendo auxilio de gracia, para que nadie desfallezca. De esta esperanza dice el Apóstol: Fiel es Dios, que no permitirá que seáis tentados más allá de lo que podéis; sino que hará con la tentación también la salida, para que podáis soportar (I Cor. X, 13). Esta esperanza también dio el Salvador con su boca, cuando dijo: Esta noche ha pedido Satanás zarandearos como a trigo; pero yo he rogado por ti, Pedro, para que tu fe no falte (Luc. XXII, 31, 32). Esta esperanza también dio en la oración que enseñó, donde nos advirtió que digamos, No nos dejes caer en tentación (Mat. VI, 13): pues de algún modo prometió dar a los suyos en peligro, lo que quiso que dijeran los que oran. Y claramente de esta esperanza más bien debe entenderse este salmo diciendo, Esto me consoló en mi humillación, porque tu

palabra me vivificó. Lo que más claramente interpretaron quienes no pusieron palabra, sino elocución: pues el griego tiene λόγιον, que es elocución; no λόγος que es palabra.

3. [vers. 51.] Sigue, sin embargo: Los soberbios actuaban inicuamente hasta el extremo; pero de tu ley no me aparté. Quiso que se entendieran los soberbios como los perseguidores de los piadosos; y por eso añadió, Pero de tu ley no me aparté, porque su persecución lo obligaba a hacer esto. A quienes dice que actuaban inicuamente hasta el extremo, porque no solo eran impíos, sino que también obligaban a los piadosos a ser impíos. En esta humillación, es decir, en esta tribulación, la esperanza consoló, que se dio en la palabra de Dios prometiendo auxilio, para que no falte la fe de los mártires; y con la presencia de su Espíritu impartiendo fuerzas a los que luchan, para que escapando de la trampa de los cazadores dijeran: Si no hubiera sido porque el Señor estaba con nosotros, tal vez nos habrían tragado vivos (Sal. CXXIII, 2, 3).

4. ¿O acaso lo que dice, Esto me consoló en mi humillación, se refiere a aquella humillación por la cual el hombre fue derribado y arrojado a la muerte, por aquel pecado que muy desgraciadamente se cometió en la felicidad del paraíso? Pues en esta humillación, en la cual el hombre se ha hecho semejante a la vanidad y sus días pasan como sombra (Sal. CXLIII, 4), todos son hijos de ira, a menos que se reconcilien con Dios por medio del Mediador, quienes han sido predestinados a la salvación eterna antes de la constitución del mundo (Efes. I, 4, 5): en quien también los antiguos justos tenían esperanza, cuando preveían por el espíritu de profecía que vendría en la carne. Por tanto, lo que se decía a ellos sobre él, también esto se entiende bien aquí como palabra, si también tomamos esta voz de ellos; de la cual se dijo, Acuérdate de tu palabra a tu siervo, en la cual me diste esperanza. Esto me consoló en mi humillación; es decir, en esta mi mortalidad: porque tu elocución me vivificó; para que tuviera esperanza de vida arrojado a la muerte. Los soberbios actuaban inicuamente hasta el extremo: cuando ni siquiera la humillación de la mortalidad domó su soberbia. Pero de tu ley no me aparté: lo que me obligaban a hacer los soberbios.

5. [vers. 52.] Me acordé de tus juicios desde el principio, Señor, y me consoló: o, como tienen otros códices, y me exhortó; es decir, recibí exhortación. Pues ambos pudieron interpretarse de la palabra griega, que es παρεκλήθην. Desde el principio, por tanto, desde que el género humano tomó su comienzo, me acordé de tus juicios sobre los vasos de ira, que han sido preparados para destrucción: y me consoló, porque por estos también mostraste las riquezas de tu gloria en los vasos de tu misericordia (Rom. IX, 22 y 23).

6. [vers. 53, 54] «El tedio me detuvo de los pecadores que abandonan tu ley. Tus justificaciones eran cantables para mí en el lugar de mi peregrinación:» o, como tienen otros códices, en el lugar de mi exilio. Esta es aquella humillación en el lugar de la mortalidad del hombre peregrino del paraíso y de aquella Jerusalén celestial, de donde uno descendiendo a Jericó cayó en manos de ladrones: pero por la misericordia que se hizo con él por aquel samaritano (Luc. X, 30, 37), le eran cantables las justificaciones de Dios en el lugar de su peregrinación; aunque el tedio lo detuviera de los pecadores que abandonan la ley de Dios, porque se ve obligado a convivir con ellos en esta vida al menos por un tiempo, hasta que se ventile la era. Sin embargo, estos dos versos pueden adaptarse a cada una de las partes de uno superior: para que lo que dice, Me acordé de tus juicios desde el principio, Señor, se refiera a esto, El tedio me detuvo de los pecadores que abandonan tu ley: pero lo que allí dice, Y me consoló; se refiera a esto, Tus justificaciones eran cantables para mí en el lugar de mi peregrinación.

7. [vers. 55.] Recordé, dice, en la noche tu nombre, Señor, y guardé tu ley. La noche es esa humildad, donde está la aflicción de la mortalidad; la noche está en los soberbios que obran inicuamente en gran manera, la noche en el tedio de los pecadores que abandonan la ley de Dios; la noche es, finalmente, en el lugar de esta peregrinación, hasta que venga el Señor, y alumbre lo oculto de las tinieblas, y manifieste los pensamientos del corazón, y entonces la alabanza será para cada uno de Dios (I Cor. IV, 5). En esta noche, por tanto, el hombre debe recordar el nombre de Dios, para que quien se gloría, se gloríe en el Señor (I Cor. I, 31): por lo cual también está escrito, No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da gloria (Sal. CXIII, 1). Así, pues, cada uno guarda la ley de Dios no en su propia gloria, sino en la de Dios (porque tampoco en su propia justicia, sino en la de Dios, es decir, la que le ha sido dada por Dios); como este dice, Recordé en la noche tu nombre, Señor, y guardé tu ley. Lo cual no habría guardado, si confiando en su propia virtud, no hubiera recordado el nombre de Dios: porque nuestro auxilio está en el nombre del Señor (Sal. CXXIII, 8).

8. [vers. 56.] Por lo cual añadió: Esto me ha sucedido, porque busqué tus justicias. Tus justicias, ciertamente, con las que justificas al impío; no las mías, que nunca me hacen piadoso, sino soberbio. Pues no era este uno de aquellos que, ignorando la justicia de Dios, y queriendo establecer la suya propia, no se someten a la justicia de Dios (Rom. X, 3). Estas justicias, por las cuales son justificados gratuitamente por la gracia de Dios, quienes por sí mismos no pueden ser justos, otros las han interpretado mejor como justificaciones: porque en verdad no δικαιοσύναϛ, es decir, justicias; sino δικαιώματα tiene el griego, que son justificaciones. Pero, ¿qué significa lo que dice, Esto me ha sucedido? ¿Esto qué? ¿Acaso la ley, porque había dicho, Y guardé tu ley; a lo cual añadió, Esto me ha sucedido: como si dijera, ¿Esta ley me ha sucedido? Pero no hay que detenerse en explicar cómo le ha sucedido la ley de Dios. Pues la expresión griega de donde esto ha sido traducido, indica claramente que no se ha dicho de la ley, Esto me ha sucedido; porque la ley en esa lengua es de género masculino, y también allí está escrito con pronombre femenino, Esto me ha sucedido. Por tanto, primero se pregunta qué le ha sucedido, luego cómo le ha sucedido, sea lo que sea. Esto, dice, me ha sucedido: ciertamente no, Esta ley, porque ese sentido, como dije, lo excluye el griego. Por tanto, quizás, Esta noche: porque toda la sentencia anterior se mantiene así, Recordé en la noche tu nombre, Señor, y guardé tu ley: y sigue, Esto me ha sucedido: porque, por tanto, no es la ley, ciertamente es la noche lo que le ha sucedido. ¿Qué es entonces, La noche me ha sucedido, porque busqué tus justificaciones? Pues más bien le ha sucedido la luz, no la noche, porque buscó las justificaciones de Dios. Y así se entiende correctamente, me ha sucedido, como si se dijera, ha sucedido para mí, es decir, ha sucedido para beneficiarme. Pues si aquella humildad de la mortalidad no se entiende absurdamente como noche, donde mutuamente se ocultan los corazones de los mortales, de modo que de tales tinieblas surgen innumerables y graves tentaciones, de modo que en esa misma noche también pasan las bestias del bosque, los cachorros de león rugientes, buscando de Dios alimento para sí (Sal. CIII, 21); de donde también de aquel león rugiente y buscando a quien devorar (I Pedro V, 8), el Señor dice lo que ya mencioné antes, Esta noche Satanás ha pedido zarandearos como a trigo; es decir, esta noche en la que pasan las bestias del bosque, ese gran león os buscó de Dios como alimento para sí: ciertamente esta misma humildad en el lugar de esta peregrinación, que se entiende correctamente como noche, beneficia a aquellos que son ejercitados saludablemente en ella, para que aprendan a no ser soberbios; por lo cual el hombre fue expulsado a esta noche. Pues el principio de la soberbia del hombre es apartarse de Dios (Ecli. X, 14). Pero justificado gratuitamente, y para que en esta humildad progrese, opuesto a varias tentaciones de esta noche, ya entendiendo dice, lo que en este salmo se dice un poco después, Bueno es para mí que me hayas humillado, para que aprenda tus justificaciones. Pues, ¿qué es otra cosa, Bueno es para mí que me hayas humillado, sino, esta

humildad que se llama noche, me ha sucedido, es decir, ha sucedido para beneficiarme? Pero, ¿por qué esto? Porque ciertamente busqué tus justificaciones, no las mías.

9. También podemos entender lo que se ha dicho, Esto me ha sucedido, de manera que no se entienda ni la ley ni la noche, sino que este pronombre que es Esto, no se tome de otra manera que como se tiene en otro lugar del salmo donde se lee, Una cosa he pedido al Señor, esta buscaré (Sal. XXVI, 4). Y no dice qué una, o cuál una, de la que dijo, Esta buscaré; sino que el género femenino se ha puesto como si fuera neutro. Pues inusitadamente se ha dicho, Una cosa he pedido, esta buscaré; donde no se entiende qué es esa una: lo que más usualmente se diría, Una cosa he pedido al Señor, esto buscaré, para habitar en la casa del Señor. En estas cosas neutras no se suele exigir un neutro que deba entenderse, como por ejemplo, un bien, o un don, o algo de este tipo; sino que sea lo que sea, aunque se nombre en género masculino o femenino, o se insinúe sin ningún nombre de ningún género con cualquier palabra, se entiende completamente con la locución habitual en género neutro. Así, pues, aquí también pudo decirse de esa manera, Esto me ha sucedido, como si se hubiera dicho, Esto me ha sucedido. Pero si preguntamos qué es eso, se presenta lo que dijo antes: Recordé en la noche tu nombre, Señor, y guardé tu ley. Esto me ha sucedido; es decir, esto que guardé tu ley, no lo hice por mí mismo, sino que me ha sucedido, ciertamente de ti: porque busqué tus justificaciones, no las mías. Pues Dios es, dice el Apóstol, quien obra en vosotros tanto el querer como el hacer, por su buena voluntad (Filip. II, 13). Esto también lo dice Dios por el profeta: Y haré que andéis en mis justificaciones, y guardéis mis juicios, y los hagáis (Ezequiel XXXVI, 27). Por lo cual, diciendo Dios, Yo haré que guardéis mis juicios, y los hagáis; muy correctamente este dice, Esto me ha sucedido: para que cuando preguntes qué es eso, responda lo que dijo antes, Para que guardara la ley de Dios. Pero como este discurso se ha extendido mucho, lo que sigue, con la ayuda del Señor, será tratado mejor desde otro comienzo.

SERMO XVI.

1. [vers. 57.] Ahora abordamos estos versos de este gran salmo para tratarlos en la voluntad de Dios, Mi parte es el Señor; lo que algunos tienen, Mi porción, Señor. Lo cual, si se dice porque quien se adhiere a Él se hace partícipe de Él, como está escrito, Pero para mí, el bien es adherirme a Dios (Sal. LXXII, 28); pues los hombres no son dioses por existir, sino que lo son participando de aquel único que es el verdadero Dios: o porque los hombres eligen partes para sí en este mundo, o las sortean, uno esto, otro aquello, de donde cada uno viva; de alguna manera la porción de los piadosos es Dios, de donde vivan siempre: ninguno de los dos sentidos es absurdo. Pero escuchemos lo que sigue: Dije, guardaré tu ley. ¿Qué es, Mi porción, Señor, dije, guardaré tu ley; sino que así será la porción de cada uno el Señor, cuando haya guardado su ley?

2. [vers. 58, 59.] Pero, ¿cómo la guarda, si no lo concede y ayuda a ello el Espíritu vivificante; para que la letra no mate (II Cor. III, 6), y el pecado, tomando ocasión por el mandamiento, obre en el hombre toda concupiscencia (Rom. VII, 8)? Por tanto, debe ser invocado: pues así la fe obtiene de Él lo que la ley ordena; porque quien invoque el nombre del Señor, será salvo (Joel II, 32; Rom. X, 13). Y por eso ve lo que añade: He rogado tu rostro con todo mi corazón. Y diciendo cómo ha rogado: Ten misericordia, dice, de mí según tu palabra. Y como si hubiera sido escuchado y ayudado por aquel a quien rogó: He pensado, dice, en mis caminos, y he vuelto mis pies a tus testimonios. He vuelto, ciertamente, de mis caminos, que me desagradaron, para que fueran a tus testimonios, y allí tuvieran camino. Pues muchos códices no tienen, Porque he pensado, como se lee en algunos; sino simplemente, He pensado. Pero lo que aquí se ha puesto, Y he vuelto mis pies; algunos

tienen, Porque he pensado, y has vuelto mis pies: para que esto se atribuya más bien a la gracia de Dios, según lo que dice el Apóstol, Pues Dios es quien obra en vosotros (Filip. II, 13): a quien también se dice, Aparta mis ojos, para que no vean vanidad. Si los ojos, para que no vean vanidad, ¿por qué no también los pies, para que no sigan el error? Por lo cual también está escrito: Mis ojos están siempre hacia el Señor, porque Él sacará mis pies de la red (Sal. XXIV, 15). Pero ya sea que se lea has vuelto mis pies, o he vuelto mis pies, se hace por Él para que hagamos, a quien rogó su rostro en su corazón, y a quien dijo, Ten misericordia de mí según tu palabra, es decir, según la palabra de tu promesa. Pues los hijos de la promesa se cuentan en la descendencia de Abraham. (Rom. IX, 8 y 9).

3. [vers. 60.] Finalmente, con este beneficio de la gracia obtenido, Estoy preparado, dice, y no me he turbado, para guardar tus mandamientos: lo que algunos han interpretado, para guardar tus mandamientos; otros, para que guardara; otros, guardar: lo que el griego ha puesto, τοῦ φυλάξασθαι.

4. [vers. 61.] Cuán verdaderamente preparado ha sido para guardar los mandamientos divinos lo ha añadido, diciendo: Las cuerdas de los pecadores me han rodeado, y no he olvidado tu ley. Las cuerdas de los pecadores son los impedimentos de los enemigos, ya sean espirituales, como el diablo y sus ángeles, o carnales, en los cuales el diablo obra en los hijos de la infidelidad (Efes. II, 2). Pues este nombre que se ha dicho de los pecadores, no se ha declinado de lo que son los pecados, sino de lo que son los pecadores: lo cual en griego aparece claramente. Cuando, por tanto, amenazan males, con los cuales aterrorizar a los justos, para que no sufran por la ley de Dios, de alguna manera los implican con cuerdas, como si fuera con una fuerte y robusta soga suya. Pues arrastran los pecados como una larga soga (Isaías V, 18). Y de aquí intentan implicar a los santos, y a veces se les permite. Pero si implican el cuerpo, no implican el alma, donde no se ha olvidado la ley de Dios; porque la palabra de Dios no está atada (II Tim. II, 9).

5. [vers. 62.] A medianoche, dice, me levantaba para alabarte, por los juicios de tu justicia. Porque esto mismo que las cuerdas de los pecadores rodean al justo, son juicios de la justicia de Dios. Por lo cual dice el apóstol Pedro, que es tiempo de que el juicio comience ya por la casa de Dios. Y si el principio, dice, es por nosotros; ¿cuál será el fin de aquellos que no creen en el Evangelio del Señor? Y si el justo con dificultad se salva, el pecador y el impío, ¿dónde aparecerán? (I Pedro IV, 17, 18). Pues esto lo dice de las persecuciones que sufría la Iglesia, cuando las cuerdas de los pecadores la rodeaban. Por tanto, medianoche creo que debe entenderse como las tribulaciones más graves. En la cual dijo Me levantaba: porque no lo afligía de tal manera que lo derribara; sino que lo ejercitaba, para que se levantara, es decir, para que con esa misma tribulación progresara hacia una confesión más fuerte.

6. [vers. 63, 64.] Ahora bien, porque estas cosas se hacen por la gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor, une la voz de su persona a su cuerpo a través de esta profecía el mismo Salvador. Pues creo que lo que sigue pertenece propiamente a la cabeza: Partícipe soy yo de todos los que te temen, y de los que guardan tus mandamientos. Como está en la Epístola que se inscribe a los Hebreos: Porque el que santifica, y los que son santificados, todos son de uno; por lo cual no se avergüenza de llamarlos hermanos. Y un poco después: Por tanto, dice, porque los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo (Hebr. II, 11, 14). ¿Qué es esto sino que se hizo partícipe de ellos? Pues no seríamos partícipes de su divinidad, si él no se hubiera hecho partícipe de nuestra mortalidad. Pues también en el Evangelio, que nosotros hemos sido hechos partícipes de su divinidad, se dice así: Les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; a los que creen en su nombre, que no nacieron de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios. Para que esto fuera

así, porque él también se hizo partícipe de nuestra mortalidad, así sigue allí: Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (Juan I, 12-14). Por esta participación suya se nos suministra la gracia, para que temamos castamente a Dios, y guardemos sus mandamientos. Por tanto, Jesús mismo habla en esta profecía: pero algunas cosas en sus miembros y en la unidad de su cuerpo, como en un solo hombre extendido por todo el mundo, y creciendo a través de los volúmenes de los siglos; otras en sí mismo, nuestra cabeza. De donde también esto es lo que dice, Partícipe soy yo de todos los que te temen, y de los que guardan tus mandamientos. Y porque por esto que se hizo partícipe de sus hermanos, Dios de los hombres, inmortal de los mortales, por eso el grano cayó en la tierra, para que muerto produjera mucho fruto; de ese fruto añadió, Llena está la tierra de tu misericordia, Señor. ¿Y de dónde esto, sino cuando se justifica al impío? En el conocimiento de cuya gracia para que se progrese, añade, Y enséñame tus justificaciones.

SERMO XVII.

1. [vers. 65.] Estos versos de este salmo, sobre los cuales ahora vamos a discutir en la voluntad de Dios, comienzan con, Has hecho bondad con tu siervo, Señor, según tu palabra; o más bien, según tu dicho. Pero lo que el griego dice κρηστότητα a veces nuestros intérpretes lo han traducido como suavidad, a veces como bondad. Sin embargo, porque la suavidad puede estar también en el mal, cuando deleitan cosas ilícitas e inmundas, también puede estar en el placer carnal que se concede; así debemos entender la suavidad, que los griegos llaman χρηστότητα, para que se cuente entre los bienes espirituales: por esto también quisieron llamarla bondad. Nada aquí, pues, creo que se ha dicho, Has hecho bondad con tu siervo, sino, has hecho que me deleite el bien. Pues cuando deleita el bien, es un gran don de Dios. Cuando, sin embargo, la buena obra que la ley ordena, se hace por temor al castigo, no por deleite en la justicia, cuando Dios es temido, no amado; se hace servilmente, no liberalmente. Pero el siervo no permanece en la casa para siempre, el hijo permanece para siempre (Juan VIII, 35); porque la caridad perfecta echa fuera el temor (I Juan IV, 18). Por tanto, Has hecho bondad con tu siervo, Señor, haciendo hijo al que fue siervo: según tu dicho, es decir, según tu promesa; para que según la fe la promesa sea firme para toda la descendencia (Rom. IV, 16).

2. [vers. 66.] Enséñame bondad, y erudición, y conocimiento, dice, porque en tus mandamientos he creído. Pide que se le aumenten y perfeccionen estas cosas: pues ciertamente quien ya había dicho, Has hecho bondad con tu siervo; ¿cómo dice, Enséñame bondad, sino para que la gracia de Dios le sea más y más conocida con la dulzura de la bondad? Pues tenían fe quienes dijeron: Señor, aumenta nuestra fe (Luc. XVII, 5). Y mientras se vive en este mundo, es el canto de los que progresan. Pero añadió, y erudición; o como tienen muchos códices, disciplina. Pero disciplina, que los griegos llaman παιδείαν, nuestras Escrituras suelen ponerla donde debe entenderse la erudición a través de molestias; según aquello: Porque el Señor corrige al que ama; y azota a todo hijo que recibe. Esto en las Escrituras eclesiásticas suele llamarse disciplina, interpretada del griego, donde se lee, παιδεία. Pues este verbo está puesto en griego en la Epístola a los Hebreos, donde el intérprete latino dice: Toda disciplina al presente no parece ser de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto pacífico de justicia a los que por ella han sido ejercitados (Hebr. XII, 6, 11). Con quien, pues, Dios hace bondad, es decir, a quien propicio inspira el deleite del bien; y, para explicarlo más claramente, a quien se le concede de Dios la caridad de Dios, y por Dios la caridad del prójimo: ciertamente debe orar insistentemente, para que este don le sea aumentado tanto, que no solo desprecie por él las demás delectaciones, sino que también soporte por él cualquier sufrimiento. Así se añade saludablemente disciplina a la bondad. Pues no es a cualquier pequeña bondad o caridad que debe pedirse y desearse; sino a una tan

grande, que bajo su presión no pueda extinguirse, sino como una gran llama bajo el ímpetu del viento, cuanto más se reprime, tanto más ardientemente se excita. Por eso no fue suficiente decir, Has hecho bondad con tu siervo; si no volviera a pedir que le enseñe bondad, tan grande ciertamente que pueda soportar pacientemente la disciplina. En tercer lugar se pone el conocimiento; pues si la magnitud del conocimiento precede a la magnitud de la caridad, no edifica, sino que hincha (I Cor. VIII, 1). Por tanto, cuando la caridad es tan grande en la bondad suave, que no puede extinguirse por las tribulaciones, que la disciplina aplica; entonces será útil el conocimiento, por el cual el hombre también se da cuenta de lo que ha merecido, y qué cosas le han sido dadas por Dios, por las cuales sabe que puede lo que no sabía que podía, y por sí mismo no podía en absoluto.

3. Sin embargo, no dijo: Dame; sino Enséñame: ¿cómo se enseña la dulzura, si no se da? Pues muchos saben lo que no les deleita, y de las cosas que conocen, no tienen dulzura. La dulzura no se puede aprender, a menos que deleite. Asimismo, la disciplina, que significa tribulación correctiva, se aprende recibiéndola; es decir, no escuchando, leyendo o pensando, sino experimentando. Pero la ciencia, que puso en tercer lugar entre las cosas que dijo, Enséñame, se da enseñando. Pues, ¿qué es enseñar sino dar conocimiento? Y estas dos cosas están tan conectadas entre sí, que una no puede existir sin la otra. Nadie es enseñado si no aprende, y nadie aprende si no es enseñado. Y por eso, si el discípulo no es capaz de entender lo que el maestro dice, el maestro no puede decir: Yo le enseñé, pero él no aprendió; pero puede decir: Yo le dije lo que debía decirse, pero él no aprendió; porque no percibió, no comprendió, no entendió. Pues ciertamente él habría aprendido si este hubiera enseñado. Y por eso Dios, cuando quiere enseñar, primero da entendimiento, sin el cual el hombre no puede aprender las cosas que pertenecen a la doctrina divina: de ahí que este mismo dice poco después: Dame entendimiento para que aprenda tus mandamientos. Así, el hombre, cuando desea enseñar a alguien, puede decir lo que el Señor dijo a sus discípulos después de resucitar de entre los muertos; pero no puede hacer lo que Él hizo. Pues el Evangelio dice: Entonces les abrió el entendimiento para que comprendieran las Escrituras, y les dijo (Luc. XXIV, 45, 46). Lo que les dijo se lee allí: pero entendieron lo que dijo porque abrió el entendimiento para que lo captaran. Así, Dios enseña la dulzura inspirando deleite, enseña la disciplina moderando la tribulación, enseña la ciencia insinuando conocimiento. Por tanto, hay cosas que aprendemos solo para saber, y otras para hacer; cuando Dios las enseña, lo hace de manera que sepamos lo que debe saberse, abriendo la verdad, y que hagamos lo que debe hacerse, inspirando dulzura. Pues no en vano se le dice: Enséñame a hacer tu voluntad (Sal. CXLII, 10). Así, dice, enséñame para que haga, no solo para que sepa. Las obras rectas son nuestro fruto que devolvemos a nuestro labrador: pero la Escritura dice: El Señor dará dulzura, y nuestra tierra dará su fruto (Sal. LXXXIV, 13). ¿Y qué es esta tierra, sino aquella de la que se dice al mismo que da dulzura: Mi alma es como tierra sin agua para ti (Sal. CXLII, 6).

4. Pero cuando dijo: dulzura, disciplina y ciencia enséñame; añadió y dijo: Porque he creído en tus mandamientos: no sin razón se puede preguntar por qué no dijo: obedecido; sino, creído. Pues los mandamientos son una cosa, las promesas otra. Recibimos los mandamientos para cumplirlos, para merecer recibir las promesas. Creemos en las promesas, obedecemos los mandamientos. ¿Qué significa entonces, he creído en tus mandamientos, sino que he creído que tú los mandaste, no un hombre, aunque hayan sido ministrados por hombres a hombres? Porque he creído que tus mandamientos son tuyos, que mi fe con la que creí esto, obtenga de ti la gracia para hacer lo que mandaste. Pues si un hombre me ordenara esto desde fuera; ¿acaso, para que también hiciera lo que ordenaba, me ayudaría desde dentro? Enséñame, pues, dulzura inspirando caridad, enséñame disciplina otorgando paciencia,

enséñame ciencia iluminando entendimiento: Porque he creído en tus mandamientos. Creí que tú los mandaste, tú que eres Dios, y das al hombre lo que hace que haga lo que mandas.

5. [vers. 67.] Antes de ser humillado, dice, yo pequé; por eso tu palabra, o, como otros tienen más expresamente, por eso guardé tu dicho: ciertamente para no ser humillado de nuevo. Esto se refiere mejor a aquella humillación que ocurrió en Adán, en quien toda la creación humana, como en una raíz viciada, porque no quiso estar sujeta a la verdad, fue sujeta a la vanidad (Rom. VIII, 20). Lo cual fue provechoso para los vasos de misericordia experimentar, para que, al ser derribada la soberbia, se ame la obediencia, y perezca la miseria que no volverá.

6. [vers. 68.] Eres dulce, Señor; o, como muchos tienen, Eres dulce tú, Señor: algunos también, Eres dulce tú, o, Eres bueno; como tratamos de esta palabra anteriormente. Y en tu dulzura enséñame tus justificaciones. Verdaderamente quiere hacer las justificaciones de Dios, cuando quiere aprenderlas en su dulzura de aquel a quien dijo, Eres dulce, Señor.

7. [vers. 69.] Finalmente sigue, Se ha multiplicado sobre mí la iniquidad de los soberbios: de aquellos a quienes no les fue provechoso que, después de pecar, la naturaleza humana fuera humillada. Pero yo con todo mi corazón escudriñaré tus mandamientos. Por mucha que sea, dice, la abundancia de iniquidad, en mí no se enfriará la caridad (Mat. XXIV, 12). Como si lo dijera aquel que en su dulzura aprende las justificaciones de Dios. Pues cuanto más suaves son las cosas que manda quien ayuda, tanto más las escudriña el amante, para que conocidas las haga y haciéndolas las conozca; porque se conocen más perfectamente cuando se hacen.

8. [vers. 70.] Se ha coagulado como leche su corazón. ¿De quiénes, sino de los soberbios cuya iniquidad dijo que se había multiplicado sobre él? Pero quiere que se entienda que su corazón se ha endurecido con esta palabra y en este lugar. Pues se dice también en buen sentido, como en el salmo sesenta y ocho se dice, Monte cuajado, monte fértil (Sal. LXVII, 16); y se entiende lleno de gracia: pues algunos también lo interpretaron como coagulado. Pero mira qué opone a la dureza de su corazón: Pero yo, dice, he meditado en tu ley. ¿Qué ley? Ciertamente la más justa y misericordiosa: de donde se le dice. Y en tu ley ten misericordia de mí. Resiste a los soberbios, para que se endurezcan; pero da gracia a los humildes (Santiago IV, 6; y I Pedro V, 5), para que amen la obediencia, y reciban la excelencia. Pues con la meditación de esta ley, se conserva la humildad voluntaria, para que se evite la humildad penal, de la que pronto habla.

9. [vers. 71.] Bueno es para mí que me hayas humillado, para que aprenda tus justificaciones. Algo similar ya había dicho antes, Antes de ser humillado, yo pequé; por eso guardé tu dicho. Pues con ese mismo fruto muestra que fue bueno para él ser humillado; pero allí también dijo la causa, que la humildad penal precedió al pecar. Pero lo que allí dijo, Por eso guardé tu dicho; aquí, Para que aprenda tus justificaciones: me parece que ha significado suficientemente que conocer esto es lo mismo que guardar, y guardar es lo mismo que conocer. Pues Cristo no desconocía lo que reprendía; y sin embargo reprendía el pecado, cuando se dijo de él que no conoció pecado (II Cor. V, 21). Conocía, pues, de una manera, y de otra manera no conocía. Así también muchos aprenden las justificaciones de Dios, y no las aprenden. Pues las conocen de una manera; y de otra manera, porque no las hacen, no las conocen. Así, pues, debe entenderse aquí que dijo, Para que aprenda tus justificaciones; con ese conocimiento con el que se hacen.

10. [vers. 72.] Pero esto no se hace sino por amor, donde quien lo hace tiene deleite, por lo cual se dijo, En tu dulzura enséñame tus justificaciones; el siguiente verso lo muestra, donde

dice, Buena es para mí la ley de tu boca, más que miles de oro y plata: para que la caridad ame más la ley de Dios, que la codicia ama miles de oro y plata.

SERMO XVIII.

1. [vers. 73.] Cuando Dios hizo al hombre del polvo, y lo animó con su aliento, no se mencionó allí que lo hiciera con sus manos. ¿Por qué, entonces, a algunos les ha parecido que Dios hizo las demás cosas con su palabra, pero al hombre, como algo especial, lo hizo con sus manos, no lo veo: a menos que sea porque se lee que el cuerpo del hombre fue formado del polvo (Gen. II, 7); piensan que no pudo hacerse sino con manos; y no consideran que en el Evangelio está escrito del Verbo de Dios, Todas las cosas por él fueron hechas (Juan I, 3), no puede sostenerse, si el cuerpo humano no fue hecho también por el Verbo. Pero aportan testimonio de este salmo, y dicen: He aquí donde clama abiertamente el hombre, Tus manos me hicieron y me formaron. Como si no se hubiera dicho también abiertamente, Veré los cielos, obra de tus dedos (Sal. VIII, 4); ni menos abiertamente, Y los cielos son obra de tus manos (Sal. CI, 26); y mucho más abiertamente, Y la tierra seca tus manos formaron (Sal. XCIV, 5). Las manos de Dios son, pues, el poder de Dios. O si el número plural les mueve, porque no se dijo, tu mano, sino, tus manos; que tomen las manos de Dios, el poder y la sabiduría de Dios, que ambos se dicen uno, Cristo (I Cor. I, 24): quien también se entiende como el brazo del Señor, donde se lee, ¿Y a quién se ha revelado el brazo del Señor? (Isaías LIII, 1). O que tomen las manos de Dios, el Hijo y el Espíritu Santo; porque también el Espíritu Santo es cooperador del Padre y del Hijo: de donde dice el Apóstol, Todas estas cosas las obra uno y el mismo Espíritu (I Cor. XII, 11). Por eso dijo, Uno y el mismo: para que no se pensara que hay tantos espíritus como obras, no porque el Espíritu obre sin el Padre y el Hijo. Es libre, pues, cómo se entiendan las manos de Dios: con tal que ni lo que hace con manos, se niegue que lo hace con el Verbo; ni lo que hace con el Verbo, se piense que no lo hace con manos; ni por las manos se crea que hay forma de cuerpo, o una mano izquierda, otra derecha, ni por el Verbo se crea que hay sonido de boca, o movimiento transitorio del ánimo en el Dios que obra.

2. No faltaron quienes distinguieran estas dos palabras, me hicieron y me formaron, de modo que dijeran que Dios hizo el alma, pero formó el cuerpo; porque de la alma dijo Dios, Todo aliento yo hice (Isaías LVII, 16); pero del cuerpo se lee, Y formó Dios al hombre del polvo de la tierra (Gen. II, 7): como si todo lo que se forma se hace, pero no todo lo que se hace se forma. Y por eso dicen que el alma es más hecha que formada, porque no es cuerpo, sino espíritu; como si no estuviera escrito, Que formó el espíritu del hombre en él (Zacarías XII, 1). Sin embargo, cuando ambas palabras se ponen juntas sobre el hombre en un solo lugar, y no se niega que tanto el alma como el cuerpo del hombre son divinamente creados; no se distribuyen sin elegancia a cada uno, de modo que el alma se entienda hecha, y el cuerpo formado, o plasmado. Pues algunos intérpretes no quisieron decir, me formaron; sino, me plasmaron: prefiriendo declinar menos latínamente del griego, que decir me formaron, que a veces también se dice de la simulación.

3. Pero, ¿acaso esto se dijo según Adán, de quien, siendo todos los hombres propagados, quién de los hombres, cuando él fue hecho, no puede decir también que fue hecho por razón de origen y semilla? ¿O también se pudo decir esto correctamente, Tus manos me hicieron y me plasmaron, porque cada uno no se hace sin la obra de Dios, incluso de los padres, creando él, generando ellos? Pues si se sustrajera la potencia operativa de Dios a las cosas, perecen; ni nada en absoluto nace, ya sea de los elementos del mundo, ya sea de los padres, ya sea de las semillas, si Dios no las obra. Por lo cual dijo al profeta Jeremías, Antes de formarte en el vientre, te conocí (Jeremías I, 5). Pero, ¿acaso Dios hizo al hombre sin entendimiento, ya sea

el primero, ya sea cada uno de los nacidos, y ahora le dice, Tus manos me hicieron y me plasmaron; dame entendimiento? ¿No está el entendimiento mismo en la naturaleza humana, para que por él se distinga del animal? ¿O está tan deformada por el pecado, que incluso esto debe ser reformado en ella? Por lo cual también el Apóstol dice a todos los que pertenecen a la regeneración, Renovad el espíritu de vuestra mente: y ciertamente el entendimiento está en la mente. De aquí dice nuevamente, Reformados en la novedad de vuestro sentido (Rom. XII, 2): pero de aquellos que no eran partícipes de esta regeneración, dice: Esto digo y testifico en el Señor, que no andéis ya como los Gentiles andan en la vanidad de su mente, oscurecidos en el entendimiento, ajenos al camino de Dios por la ignorancia que hay en ellos debido a la ceguera de su corazón (Efesios IV, 17, 18, 23). Por estos ojos interiores, cuya ceguera es no entender, para que se abran, y se aclaren más y más, se purifican los corazones por la fe (Hechos XV, 9). Pues aunque nadie puede creer en Dios si no entiende algo; sin embargo, la misma fe con la que cree, sana, para que entienda cosas mayores. Hay cosas que si no entendemos, no creemos; y hay cosas que si no creemos, no entendemos. Pues siendo la fe por el oído, y el oído por la palabra de Cristo (Rom. X, 17); ¿cómo cree al que predica la fe, quien, por no mencionar otras cosas, no entiende la lengua misma que habla? Pero si no hubiera cosas que no podemos entender, a menos que primero creamos, el profeta no diría, Si no creéis, no entenderéis (Isaías VII, 9, según LXX). Por tanto, nuestro entendimiento progresa para entender lo que cree, y la fe progresa para creer lo que entiende; y la misma mente progresa en el entendimiento para que se entiendan más y más las mismas cosas. Pero esto no se hace con fuerzas propias, como si fueran naturales, sino con la ayuda y el don de Dios; como se hace con la medicina, no con la naturaleza, para que el ojo viciado recupere la capacidad de ver. Por tanto, quien dice a Dios, Dame entendimiento, para que aprenda tus mandamientos, no carece completamente de él, como un animal; ni está tan, aunque sea hombre, como para ser contado entre aquellos que andan en la vanidad de su mente, oscurecidos en el entendimiento, ajenos al camino de Dios. Pues si fuera tal, ni siquiera diría esto. No es poco entendimiento saber de quién debe pedirse entendimiento. Y se debe considerar cuánto más profundamente deben entenderse los mandamientos divinos; cuando para aprenderlos aún pide que se le dé entendimiento, quien ya entiende así, y quien ya dijo antes que guardó los dichos de Dios.

4. Pero lo que nuestros intérpretes tradujeron como, Dame entendimiento; el griego lo dijo más brevemente, συνέτισόν με: porque con una sola palabra abarcó, Dame entendimiento, que es συνέτισον, que en latín no se puede decir con una sola palabra: como si no se pudiera decir en latín, sáname; y se dijera, dame sanidad, como aquí se dijo, Dame entendimiento; o, hazme sano, como también aquí se puede decir, hazme inteligente. Lo cual ciertamente pudo hacer también un ángel; pues dijo a Daniel, Vine a darte entendimiento (Dan. X, 14): y esta palabra está en griego, que también está aquí, συνέτισαι σε; como si el intérprete latino dijera, darte sanidad, que el griego habría dicho, sanarte. Pero si esto puede hacerlo también un ángel, ¿qué es lo que este pide a Dios que se le haga? ¿O porque Dios había ordenado al ángel que lo hiciera? Así es: pues Cristo se entiende que ordenó al ángel que lo hiciera, en el lugar donde dice el Profeta, Y sucedió que cuando yo, Daniel, vi la visión, y buscaba el entendimiento, y he aquí que se puso delante de mí como la visión de un hombre, y oí la voz de un hombre entre Ubal, y llamó, y dijo, Hazle entender la visión (Id. VIII, 15 y 16): y allí en griego está esta palabra que también está aquí, es decir, συνέτισον. Dios, pues, por sí mismo, porque es luz (Juan I, 4, 9), ilumina las mentes piadosas, para que entiendan lo que se dice o se muestra divinamente. Pero si para esto usa un ángel como ministro, ciertamente el ángel puede hacer algo en la mente del hombre, para que capte la luz de Dios, y por esta entienda: pero así se dice que da entendimiento al hombre, y como si dijéramos, que lo hace inteligente, como se dice que alguien da luz a una casa, o ilumina una casa, a la que le hace

una ventana; cuando no la penetra e ilumina con su propia luz, sino que solo abre el acceso por el cual se penetra e ilumina. Pero ni el sol que ilumina la casa a través de la ventana, creó esa misma casa, ni al hombre que hizo la ventana en la casa, ni él mismo le ordenó que la hiciera, ni ayudó al que la hacía, ni hizo algo para que se abriera por donde infundiría su luz: pero Dios hizo tanto la mente racional e intelectual del hombre, por la cual pudiera captar su luz; como al ángel de tal manera, que pudiera obrar algo por lo cual la mente humana fuera ayudada a captar la luz de Dios; y así ayuda a esa misma mente, para que reciba la operación angélica; y así la ilumina de sí mismo, para que no solo entienda lo que se muestra por la verdad, sino que también, progresando, contemple la misma verdad. Pero como hemos tratado cosas necesarias, según creo, aunque con una discusión prolija, dejando los siguientes versos de este salmo, cerremos este sermón con este final.

SERMO XIX.

1. [vers. 73.] El Señor Jesús en este salmo por el Profeta, como para sí mismo, pidió que se diera entendimiento a su cuerpo que es la Iglesia, para aprender los mandamientos de Dios. Pues con él la vida de su cuerpo, es decir, de su pueblo, está escondida en Dios (Col. III, 3), y él mismo en ese mismo cuerpo sufre necesidad, y pide lo que es necesario para sus miembros. Tus manos, dice, me hicieron y me plasmaron; dame entendimiento, para que aprenda tus mandamientos. Porque tú, dice, formaste, tú reforma; para que se haga en el cuerpo de Cristo, lo que dice el Apóstol, Reformados en la novedad de vuestro sentido (Rom. XII, 2).

2. [vers. 74.] "Los que te temen," dice, "me verán y se alegrarán"; o, como tienen otros códices, "se regocijarán, porque he esperado en tus palabras": es decir, en lo que has prometido, para que sean hijos de la promesa, la descendencia de Abraham, en quien son bendecidas todas las naciones (Gén. XII, 3; y XXVI, 4). Pero, ¿quiénes son los que temen a Dios, y a quién verán y se alegrarán, porque ha esperado en las palabras de Dios? Si es el cuerpo de Cristo, es decir, la Iglesia, cuya voz es esta a través de Cristo, o en ella y sobre ella, como si esta voz de Cristo fuera sobre sí mismo; ¿no son ellos mismos entre los que temen a Dios? Entonces, ¿quién es aquel a quien ven y se alegran? ¿O es que el pueblo se ve a sí mismo y se alegra, y así se dice, "Los que te temen, me verán y se alegrarán, porque he esperado en tus palabras"; o como otros han expresado más diligentemente, "he sobreesperado": como si dijera, "Los que te temen, verán tu Iglesia, y se alegrarán, porque he sobreesperado en tus palabras"; siendo ellos mismos la Iglesia, que ven la Iglesia y se alegran? Pero, ¿por qué no dijo, los que te temen, me ven y se alegran: sino que puso "temen" en tiempo presente; pero "verán" y "se alegrarán", son palabras de tiempo futuro? ¿O es porque en el tiempo presente hay temor, mientras dura la tentación de la vida humana sobre la tierra (Job VII, 1); pero la alegría que quiso aquí entender, será cuando los justos brillen en el reino de su Padre como el sol (Mat. XIII, 43)? De aquí también se lee en otro salmo, "¡Cuán grande es la multitud de tu dulzura, Señor, que has escondido para los que te temen!" Ahora, pues, mientras temen, aún no ven; pero "verán" y "se alegrarán": porque allí también sigue, "Has perfeccionado a los que esperan en ti" (Sal. XXX, 20, 21); y aquí, "porque he esperado en tus palabras", o "he sobreesperado": para que en una palabra así compuesta y expresada con el cuidado de un intérprete más diligente, también entendamos aquello que Dios es capaz de hacer más allá de lo que pedimos y entendemos (Efes. III, 20); para que, ya que es más allá de lo que pedimos y entendemos, sea poco esperarlo, sino que debamos sobreesperar.

3. [vers. 75, 76.] Porque, por tanto, la Iglesia que está en esta vida aún teme, y aún no se ve en ese reino donde estará su segura alegría, sino que trabaja entre peligrosas tentaciones en

este mundo, donde escucha, "El que piensa estar firme, mire que no caiga" (I Cor. X, 12); considerando la miseria de esta mortalidad, en la cual un yugo pesado está sobre los hijos de Adán, desde el día de su salida del vientre de su madre, así en todos se extiende hasta el día del entierro en la madre de todos (Ecli. XL, 1), para que a causa de la carne que desea contra el espíritu (Gál. V, 17), incluso los regenerados se vean obligados a gemir bajo su peso: considerando esto, "He conocido," dice, "Señor, que tus juicios son justicia, y con verdad me has humillado. Sea tu misericordia, y consuéleme según tu palabra a tu siervo." La misericordia y la verdad son así recomendadas por la palabra divina, que aunque se encuentren en muchos lugares, especialmente en los Salmos, en un lugar también se lee, "Todas las sendas del Señor son misericordia y verdad" (Sal. XXIV, 10). Y aquí, en efecto, primero puso la verdad, por la cual fuimos humillados hasta la muerte, juzgando aquel cuyos juicios son justicia: luego la misericordia, por la cual somos restaurados a la vida, prometiendo aquel cuyo beneficio es gracia. Por eso dice, "según tu palabra a tu siervo": es decir, según lo que prometiste a tu siervo. Ya sea, por tanto, la regeneración por la cual aquí somos adoptados como Hijos de Dios, ya sea la fe, la esperanza y la caridad que se edifican en nosotros, aunque vengan de la misericordia de Dios; sin embargo, en esta vida penosa y tormentosa son consuelos de los miserables, no alegrías de los bienaventurados: por eso se dijo, "Sea tu misericordia, para que me consuele."

4. [vers. 77.] Pero porque después de estas cosas y a través de estas cosas también vendrán aquellas; por eso sigue, "Vengan a mí tus misericordias, y viviré." Entonces verdaderamente viviré, cuando no pueda temer nada, para no morir. Pues se dice vida sin ningún añadido, y no se entiende sino eterna y bienaventurada, como si solo debiera llamarse vida, en cuya comparación esta que llevamos, más bien debería llamarse muerte que vida: como aquello en el Evangelio, "Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos" (Mat. XIX, 17). ¿Acaso añadió, eterna, o, bienaventurada? También cuando hablaba de la resurrección de la carne, "Los que hicieron el bien," dice, "a la resurrección de la vida" (Juan V, 29): tampoco aquí dijo, eterna, o, bienaventurada. Así también aquí, "Vengan," dice, "a mí tus misericordias, y viviré": tampoco aquí dijo, viviré eternamente, o, viviré bienaventuradamente; como si no fuera otra cosa vivir, que vivir sin fin y sin miseria alguna. Pero, ¿por qué mérito? Porque tu ley, dice, es mi meditación. Esta meditación, si no fuera en la fe, que obra por el amor (Gál. V, 6), nunca podría alguien llegar a esa vida por ella. Esto pensé que debía decir, para que nadie, cuando haya memorizado toda la ley, y la haya cantado con frecuente recordación, no guardando silencio sobre lo que manda, pero tampoco viviendo como manda, piense que ha hecho lo que lee, "Porque tu ley es mi meditación"; y piense que obtendrá de aquí, lo que en los versículos anteriores pidió por este mérito, donde se dijo, "Vengan sobre mí tus misericordias, y viviré." Esta meditación es el pensamiento del amante, y tanto del amante, que la caridad no se enfríe en su meditación, por mucha abundancia que se amontone de la iniquidad ajena (Mat. XXIV, 12).

5. [vers. 78.] Finalmente sigue, y dice, "Sean confundidos los soberbios, porque injustamente hicieron iniquidad en mí: pero yo me ejercitaré en tus mandamientos." He aquí lo que dice, meditación de la ley de Dios, o más bien meditación ley de Dios.

6. [vers. 79.] "Vuélvanse," dice, "a mí los que te temen, y los que conocen tus testimonios." En no pocos códices encontramos tanto griegos como latinos, "Vuélvanse a mí"; lo cual creo que vale tanto como si se dijera, "a mí." Pero, ¿quién es este que dice esto? Pues ningún hombre se atreverá a decir esto, o si lo dice, no debe ser escuchado. Sin duda, es aquel que también anteriormente intercaló la propiedad de su voz, diciendo: "Soy partícipe de todos los que te temen." Porque se hizo partícipe de nuestra mortalidad, para que también nosotros fuéramos partícipes de su divinidad; nosotros partícipes de uno para vida, él partícipe de

muchos para muerte. Pues él es a quien se vuelven los que temen a Dios, y los que conocen los testimonios de Dios, predichos tanto tiempo antes por los Profetas, y mostrados poco antes en su presencia por milagros.

7. [vers. 80.] "Sea," dice, "mi corazón inmaculado en tus justificaciones, para que no sea confundido." Vuelve a la voz de su cuerpo, es decir, de su pueblo santo, y ya ora para que su corazón sea hecho inmaculado, es decir, el corazón de sus miembros; en las justificaciones de Dios, no en sus fuerzas: pues esto pidió, no presumió. Pero lo que añadió, "Para que no sea confundido"; algo similar se encuentra también en los primeros versículos de este salmo, donde dijo, "Ojalá sean dirigidos mis caminos para guardar tus justificaciones: entonces no seré confundido, cuando observe todos tus mandamientos." Lo que allí, porque dijo, "Ojalá," significó en una palabra de quien desea; aquí en este lugar lo expresó con palabras más claras de quien ora, diciendo, "Sea mi corazón inmaculado": para que ni en aquella, ni en esta sentencia, que ambas son una, se encuentre audacia de quien confía en el libre albedrío contra la gracia. Pero lo que dijo allí, "Entonces no seré confundido"; aquí dice, "Para que no sea confundido." Por tanto, el corazón de los miembros y del cuerpo de Cristo se hace inmaculado, por la gracia de Dios a través de la cabeza del cuerpo, es decir, por Jesucristo nuestro Señor, por el lavacro de la regeneración (Tit. III, 5), donde fueron abolidos todos nuestros pecados pasados; por la ayuda del espíritu, por el cual deseamos contra la carne (Gál. V, 17), para que no seamos vencidos en nuestra lucha; por el efecto de la oración del Señor, en la cual decimos, "Perdona nuestras deudas" (Mat. VI, 12). Así, con la regeneración concedida, la lucha ayudada, la oración derramada, nuestro corazón se hace inmaculado, para que no seamos confundidos: porque esto también pertenece a las justificaciones de Dios, cuando entre sus otros preceptos se ordena, "Perdona, y se te perdonará; da, y se te dará" (Luc. VI, 37 y 38).

SERMO XX.

1. [vers. 81.] Con la ayuda del Señor, hemos asumido la tarea de considerar y exponer esta parte de este gran salmo, donde dice, "Mi alma desfallece en tu salvación, y he esperado en tu palabra." No todo desfallecimiento debe considerarse como culpa o castigo: también hay un desfallecimiento loable o deseable. Pues cuando estos dos son contrarios entre sí, progresar y desfallecer; más comúnmente se entiende el progreso en el bien, el desfallecimiento en el mal, cuando no se añade o se subentiende en qué se progresa o se desfallece: pero cuando se añade, puede ser malo progresar, y bueno desfallecer. Pues claramente dijo el Apóstol, "Evita las novedades profanas de palabras: porque mucho progresarán en la impiedad" (II Tim. II, 16): y dice de algunos, "Progresarán de mal en peor" (Id. III, 13). Así también el desfallecimiento del bien al mal es malo, del mal al bien es bueno. Pues con buen desfallecimiento se dijo, "Mi alma desea y desfallece en los atrios del Señor" (Sal. LXXXIII, 3). Así también aquí no dijo, Desfallece de tu salvación; sino, "Desfallece en tu salvación," es decir, hacia tu salvación, "mi alma." Por tanto, este desfallecimiento es bueno: pues indica el deseo del bien, aún no alcanzado, pero ávidamente y vehementemente deseado. Pero, ¿quién dice esto sino el linaje escogido, el sacerdocio real, la nación santa, el pueblo adquirido (I Pedro II, 9), desde el origen del género humano hasta el fin de este siglo, en aquellos que en su tiempo vivieron aquí, viven, vivirán, deseando a Cristo? Testigo el santísimo anciano Simeón, quien cuando lo tomó en sus manos como un niño, dijo, "Ahora despides, Señor, a tu siervo, conforme a tu palabra en paz; porque han visto mis ojos tu salvación." Pues había recibido la respuesta divina, de que no vería la muerte antes de haber visto al Cristo del Señor (Luc. II, 29, 30, 26). Y así como fue el deseo en este anciano, así debe creerse que fue en todos los santos de tiempos anteriores. Por eso el mismo Señor dijo a los discípulos, "Muchos profetas y reyes desearon ver lo que vosotros veis, y no lo vieron; y oír lo que oís, y no lo

oyeron" (Mat. XIII, 17): para que también se reconozca en este lugar la voz de ellos, "Mi alma desfallece en tu salvación." Por tanto, ni entonces cesó este deseo de los santos, ni ahora cesa en el cuerpo de Cristo que es la Iglesia, hasta el fin del siglo, hasta que venga "el Deseado de todas las naciones," como se promete por el profeta (Ageo II, 8). Por lo cual dice el Apóstol: "Me está reservada la corona de justicia, que me dará el Señor en aquel día, el justo juez; y no solo a mí, sino también a todos los que aman su manifestación" (II Tim. IV, 8). Por tanto, este deseo del que ahora hablamos, surge del amor por su manifestación; de la cual también dice: "Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria" (Col. III, 4). Por tanto, los primeros tiempos de la Iglesia antes del parto de la Virgen, tuvieron santos que desearon la venida de su encarnación: estos tiempos desde que ascendió al cielo, tienen santos que desean su manifestación para juzgar a vivos y muertos. Ni este deseo de la Iglesia desde el principio hasta el fin del siglo ha cesado en algún momento, sino mientras estuvo aquí con los discípulos en la carne, para que la voz de todo el cuerpo de Cristo gimiendo en esta vida se entienda convenientemente, "Mi alma desfallece en tu salvación, y he esperado en tu palabra": es decir, en la promesa; esta esperanza hace que se espere con paciencia lo que no se ve por los creyentes (Rom. VIII, 25). También aquí el griego tiene esa palabra, que algunos de nuestros intérpretes prefirieron traducir como "he sobreesperado"; porque sin duda será más de lo que se puede decir.

2. [vers. 82.] "Han desfallecido," dice, "mis ojos en tu palabra, diciendo, ¿Cuándo me consolarás?" He aquí nuevamente en los ojos, pero ciertamente interiores, ese desfallecimiento loable y feliz, no viniendo de la debilidad del alma, sino de la fortaleza del deseo en la promesa de Dios: pues esto dice, "en tu palabra." Pero, ¿cómo dicen tales ojos, "¿Cuándo me consolarás?" sino cuando con tal intención y expectación se ora y se gime? Pues la lengua suele hablar, no los ojos: pero la voz de los ojos es de algún modo el deseo de la oración. Sin embargo, en lo que dice, "¿Cuándo me consolarás?" muestra como si sufriera demoras. De donde también es aquello, "¿Y tú, Señor, hasta cuándo?" (Sal. VI, 4). Lo cual o se hace para que la alegría diferida venga más dulce, o este es el sentido de los que desean, cuando el espacio de tiempo, aunque sea breve para el que socorre, es largo para el que ama. Pero el Señor sabe qué hace y cuándo, quien dispone todas las cosas con medida, número y peso (Sab. XI, 21).

3. [vers. 83.] Pero con deseos espirituales ardientes, sin duda los deseos carnales se enfrían: por esto sigue, "Porque he sido como un odre en la escarcha; tus justificaciones no he olvidado." Pues ciertamente por el odre quiere entenderse la carne de esta muerte, pero por la escarcha el beneficio celestial, que al enfriar como con su frío cohibe las concupiscencias de la carne; y de aquí resulta que las justificaciones de Dios no se desvanecen de la memoria, mientras no se piensa en otra cosa; porque se hace lo que dice el Apóstol, "No proveáis para la carne en sus concupiscencias" (Rom. XIII, 14). Por eso cuando dijo, "Porque he sido como un odre en la escarcha"; añadió, "Tus justificaciones no he olvidado": es decir, por eso no he olvidado, porque he sido hecho así. Pues el fervor de la concupiscencia se ha entorpecido, para que arda la memoria de la caridad.

4. [vers. 84.] "¿Cuántos son los días de tu siervo? ¿cuándo harás juicio sobre los que me persiguen?" En el Apocalipsis es esta la voz de los mártires, y se les ordena paciencia hasta que se complete el número de sus hermanos (Apoc. VI, 10, 11). Por tanto, el cuerpo de Cristo pregunta sobre sus días, que serán en este siglo. Y para que nadie piense que la Iglesia no estará aquí antes de que venga el fin del siglo, y que habrá algún tiempo en este siglo en el que la Iglesia ya no esté en la tierra; por eso cuando preguntó sobre sus días, también añadió sobre el juicio, demostrando sin duda que hasta el juicio, en el cual habrá venganza sobre sus perseguidores, ella también estará en la tierra. Pero si a alguien le mueve por qué pregunta lo

que cuando los discípulos preguntaron, el Maestro respondió, "No os corresponde a vosotros saber los tiempos, que el Padre ha puesto en su potestad" (Hech. I, 7); ¿por qué no creemos que en este lugar del salmo se ha profetizado esto mismo que ellos iban a preguntar, y que la voz de la Iglesia, que aquí se predijo tanto antes, se completó con la pregunta de ellos?

5. [vers. 85.] Pero lo que sigue, "Me han contado los inicuos deleites; pero no como tu ley, Señor": así quisieron traducirlas nuestros intérpretes, las que los griegos llaman ἀδολεσχίας, que de ninguna manera puede decirse en latín con una sola palabra, de modo que algunos las llamaron "deleites," otros "fabulaciones"; para que no sin razón se entienda que son ejercicios, pero en el discurso con cierto deleite. Estas las tienen en diversas sectas y profesiones, y las letras seculares, y la que se llama Deuterosis de los judíos, que contiene fuera del canon de las Escrituras divinas miles de fábulas; las tiene también la vana y errante locuacidad de los herejes. A todos estos inicuos quiso que se entendiera, de quienes dice que le contaron ἀδολεσχίας, es decir, ejercicios deleitables de palabras: "Pero no," dice, "como tu ley, Señor"; porque en ella me deleita la verdad, no las palabras.

6. [vers. 86.] Finalmente añade: "Todos tus mandamientos son verdad: injustamente me persiguieron, ayúdame." Y todo el sentido pende de lo anterior: "¿Cuántos son los días de tu siervo? ¿cuándo harás juicio sobre los que me persiguen?" Pues para que me persigan, me contaron los deleites de sus palabras: pero les antepuse tu ley, que por eso me deleitó más, porque "todos tus mandamientos son verdad"; no como en los discursos de ellos abunda la vanidad. Y por tanto "injustamente me persiguieron," porque no me persiguieron en mí sino la verdad. Por tanto, "ayúdame," para que luche por la verdad hasta la muerte; porque también este es tu mandamiento, y por eso también esto es verdad.

7. [vers. 87.] Al hacer esto la Iglesia, sufrió lo que añadió, "Casi me han consumido en la tierra": ciertamente con mucha matanza de mártires hecha, mientras confiesan y predican la verdad. Pero porque no se dijo en vano, "Ayúdame"; "Yo, sin embargo," dice, "no he abandonado tus mandamientos."

8. [vers. 88.] Y para poder perseverar hasta el fin, "Según tu misericordia," dice, "vivifícame, y guardaré los testimonios de tu boca": que en griego tiene, "Martyria." Lo cual no debía callarse, por el dulcísimo nombre de los mártires, que sin duda cuando tanta crueldad de los perseguidores se ensañaba, para que la Iglesia casi fuera consumida en la tierra, de ninguna manera guardarían los testimonios de Dios, si no se hiciera en ellos lo que aquí se oró, "Según tu misericordia vivifícame." Fueron vivificados, para que amando la vida, no negaran la vida, y negando la vida, no perdieran la vida: y así los que por la vida no quisieron abandonar la verdad, muriendo por la verdad vivieron.

SERMO XXI.

1. [vers. 89.] El hombre que habla en este salmo, como si estuviera cansado de la inconstancia de los hombres, por lo cual esta vida está llena de tentaciones, entre sus tribulaciones, por las cuales había dicho antes: "Los inicuos me persiguieron" y "Casi me consumieron en la tierra"; inflamado por el deseo de la Jerusalén celestial, miró hacia lo alto y dijo: "En la eternidad, Señor, tu palabra permanece en el cielo": esto es, en tus ángeles que guardan una milicia eterna sin deserción.

2. [vers. 90.] El siguiente verso, después del cielo, se refiere consecuentemente a la tierra. Pues es uno de los ocho versos que pertenecen a esta letra. A cada una de las letras hebreas se

le asignan ocho versos, hasta que se completa la extensión de este salmo. "De generación en generación es tu verdad; fundaste la tierra, y permanece." Después de contemplar el cielo, mirando con la mente fiel la tierra, encuentra en ella generaciones que no están en el cielo, y dice: "De generación en generación es tu verdad"; ya sea significando todas las generaciones con esta repetición, de las cuales nunca ha faltado la verdad de Dios en sus santos, a veces en menor número, a veces en mayor, según la variedad de los tiempos ha sido o será; o queriendo que se entiendan dos ciertas generaciones, una perteneciente a la Ley y los Profetas, y la otra al Evangelio. ¿Por qué nunca falta la verdad incluso a estas generaciones, como abriendo la causa? "Fundaste", dice, "la tierra y permanece": llamando tierra a los que están en la tierra. Pero nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, que es Cristo Jesús (I Cor. III, 11). Pues tampoco el fundamento de aquella generación perteneciente a la Ley y los Profetas no era Cristo, teniendo testimonio de la Ley y los Profetas (Rom. III, 21). ¿O acaso Moisés y los Profetas deben ser considerados hijos de la esclava que engendra para servidumbre, no de la libre, que es nuestra madre (Gál. IV, 24, 26); a quien, "Madre Sión", dirá el hombre; y el hombre fue hecho en ella, y el Altísimo la fundó (Sal. LXXXVI, 5)? Pues él es también el Altísimo con el Padre, y por nosotros hecho el más humilde en esta madre; porque quien era Dios sobre ella, se hizo hombre en ella. Con este fundamento, Señor, "fundaste la tierra, y permanece": porque establecida en tal fundamento, no se inclinará por los siglos de los siglos (Sal. CIII, 5); permaneciendo ciertamente en aquellos a quienes darás la vida eterna. Pero los que la esclava engendró, pertenecientes al antiguo testamento, en cuyas figuras sin embargo se ocultaba el nuevo, no permanecen, saboreando nada más que las promesas terrenales. Porque el siervo no permanece en la casa para siempre, pero el hijo permanece para siempre (Juan VIII, 35).

3. [vers. 91.] "Por tu ordenación permanece el día." Pues todos estos son el día: y este es el día que hizo el Señor, regocijémonos y alegrémonos en él (Sal. CXVII, 24); y como en el día caminemos honestamente (Rom. XIII, 13). Porque todo te sirve. Todo, ciertamente, de lo que hablaba; todo lo que pertenece a este día, te sirve. Pues los impíos de quienes se dice, "A la noche asemejé a vuestra madre" (Oseas IV, 5, según LXX), no te sirven.

4. [vers. 92.] Luego miró de dónde sería liberada esta tierra, para que permaneciera fundada; y añadió: "Si no fuera porque tu ley es mi meditación, entonces quizás habría perecido en mi humildad." Esta es la ley de la fe; no de una fe vana, sino que obra por el amor (Gál. V, 6). Por esta se obtiene la gracia, que hace fuertes en la tribulación temporal, para que no perezcan en la humildad mortal.

5. [vers. 93.] "En la eternidad", dice, "no olvidaré tus justificaciones, porque en ellas me has vivificado." He aquí de dónde se hizo que no pereciera en su humildad. Pues sin que Dios vivifique, ¿qué es el hombre, que pudo matarse a sí mismo, pero no puede vivificarse?

6. [vers. 94.] Luego añade y dice: "Tuyo soy yo, sálvame, porque he buscado tus justificaciones." No debe entenderse superficialmente lo que se ha dicho, "Tuyo soy yo." ¿Qué no es suyo? ¿O acaso porque se dice que Dios está en los cielos, se debe pensar que algo no es suyo en la tierra; cuando otro salmo clama, "Del Señor es la tierra y su plenitud, el mundo y todos los que habitan en él" (Sal. XXIII, 1)? ¿Qué es entonces lo que este pensó que debía encomendarse a Dios de manera más familiar, para decir, "Tuyo soy yo, sálvame"; sino queriendo que se entienda que por su mal quiso ser suyo, lo cual es el primer y mayor mal de la desobediencia? Y como diciendo, Quise ser mío, y me perdí: "Tuyo soy", dice, "sálvame, porque he buscado tus justificaciones"; no mis voluntades, por las cuales fui mío, sino "tus justificaciones", para ser ya tuyo.

7. [vers. 95.] "A mí", dice, "me esperaron los pecadores, para perderme; pero entendí tus testimonios." ¿Qué es, "me esperaron, para perderme"? ¿o como si con emboscadas acecharan el camino, esperando que cuando pasara, lo mataran? ¿Acaso temía perecer por la muerte del cuerpo? De ninguna manera. ¿Y qué es, "me esperaron", sino para que consintiera con ellos en el mal? Entonces me perderían. Pero dijo de dónde no pereció: "Entendí tus testimonios." Pero aquí suena más familiarmente a los oídos de la Iglesia la palabra griega, "Entendí tus martirios." Porque ciertamente, aunque me mataran no consintiendo con ellos, confesando tus martirios no perecería: pero ellos que esperaban para perderme, cuando consintiera, también torturaban cuando confesaba. Sin embargo, no dejaba lo que había entendido, mirando y viendo ciertamente sin fin el fin, si perseveraba hasta el fin.

8. [vers. 96.] Finalmente añadió: "De toda consumación vi el fin; tu mandamiento es muy amplio." Pues había entrado en el santuario de Dios, y había entendido en lo último (Sal. LXXII, 17). Pero toda consumación me parece aquí entendida, hasta luchar por la verdad hasta la muerte (Ecli. IV, 33), y soportar todos los males por el verdadero y sumo bien: cuyo fin de consumación es sobresalir en el reino de Cristo, que no tiene fin; y tener allí sin muerte, sin dolor, y con gran honor la vida, adquirida por la muerte de esta vida y los dolores y oprobios. Pero lo que añadió, "Tu mandamiento es muy amplio"; no entiendo sino la caridad. ¿De qué serviría confesar esos martirios con cualquier muerte inminente, y entre cualquier tormento, si no hubiera caridad en el que confiesa? Escuchemos al Apóstol: "Y si entregara", dice, "mi cuerpo para ser quemado, pero no tengo caridad, de nada me sirve" (I Cor. XIII, 3). Pero la caridad de Dios está derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado (Rom. V, 5). En esta difusión está la amplitud, en la cual sin estrecheces también se camina por el camino angosto, dado por aquel a quien se le dijo, "Ensanchaste mis pasos debajo de mí, y no se debilitaron mis huellas" (Sal. XVII, 37). Por tanto, el mandamiento de la caridad es amplio, ese mandamiento gemelo, por el cual se ordena amar a Dios y al prójimo. ¿Qué más amplio, que donde pende toda la Ley y todos los Profetas (Mat. XXII, 37-40)?

SERMO XXII.

1. [vers. 97.] A menudo hemos advertido que la amplitud loable, en la cual no sufrimos estrecheces cuando cumplimos los mandamientos de Dios, debe entenderse como caridad. Por lo cual también en este gran salmo, cuando anteriormente dijo, "Tu mandamiento es muy amplio"; en este verso siguiente muestra de dónde es amplio, diciendo: "¡Cómo he amado tu ley, Señor!" La dilección es, por tanto, la amplitud del mandamiento. ¿De dónde puede ser que se ame lo que Dios ordena amar, y no se ame el mismo mandato? Pues es la ley. "Todo el día es mi meditación." He aquí cómo la he amado, para que todo el día sea mi meditación: o más bien, como tiene el griego, "todo el día", donde se expresa más la continuidad del que medita. Esto se entiende por todo el tiempo, que es siempre. Con tal dilección se combate la codicia, que a menudo contradice a los mandamientos de la ley, deseando la carne contra el espíritu: contra la cual el espíritu deseando (Gál. V, 17), debe amar la ley de Dios, para que todo el día sea su meditación. Dice el Apóstol: "¿Dónde está, pues, tu jactancia? Ha sido excluida. ¿Por qué ley? ¿De las obras? No, sino por la ley de la fe" (Rom. III, 27). Esta es la fe que obra por el amor (Gál. V, 6); porque buscando, pidiendo, llamando, obtiene el buen Espíritu (Luc. XI, 10, 13), por el cual la misma dilección se derrama en nuestros corazones (Rom. V, 5). Pues todos los que son guiados por este Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios (Id. VIII, 14): que son recibidos para recostarse con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos (Mat. VIII, 11); expulsado el siervo, que no permanece en la casa para siempre (Juan VIII, 35); es decir, Israel según la carne, a quien se le dijo, "Cuando veáis a Abraham, Isaac y Jacob, y a todos los Profetas en el reino de Dios, y vosotros expulsados fuera. Y vendrán del

oriente, y del occidente, y del norte, y del sur, y se recostarán en el reino de Dios. Y he aquí, hay últimos que eran primeros, y hay primeros que eran últimos" (Luc. XIII, 28-30). "Las naciones", como dice el Vaso de elección, "que no seguían la justicia, alcanzaron la justicia; pero la justicia que es por la fe: Israel, sin embargo, persiguiendo la ley de justicia, no llegó a la ley de justicia. ¿Por qué? Porque no por fe, sino como por obras, tropezaron en la piedra de tropiezo" (Rom. IX, 30-32). Así se hicieron enemigos de este que aquí habla en profecía.

2. [vers. 98.] Y luego añade: "Sobre mis enemigos me hiciste sabio tu mandamiento, porque es eterno para mí." Pues ellos tienen celo de Dios, pero no según conocimiento. Porque ignorando la justicia de Dios, y buscando establecer la suya propia, no se han sometido a la justicia de Dios (Rom. X, 2 y 3). Pero este que sobre sus enemigos sabe el mandamiento de Dios, quiere ser hallado con el Apóstol no teniendo su propia justicia, que es de la ley, sino la justicia por la fe de Cristo, que es de Dios (Filip. III, 9): no porque la ley que leen sus enemigos, no sea de Dios; sino porque no la saben, como este que sobre sus enemigos la sabe, adhiriéndose a la piedra en la que ellos tropezaron. Porque el fin de la ley es Cristo, para justicia a todo creyente (Rom. X, 4), para que sean justificados gratuitamente por su gracia (Id. III, 24): no como aquellos que piensan que pueden cumplir la ley con sus propias fuerzas, y por eso de la ley de Dios, pero buscan establecer su propia justicia; sino como el hijo de la promesa, que hambriento y sediento de ella (Mat. V, 6), pidiendo, buscando, llamando de alguna manera mendiga al Padre (Id. VII, 7), para que adoptado por el Unigénito reciba. Pero, ¿cómo habría sabido el mandamiento de Dios, si él mismo no le hubiera hecho saberlo a quien dice: "Sobre mis enemigos me hiciste sabio tu mandamiento"? Pues sus enemigos, como de Agar, engendrados para servidumbre (Gál. IV, 24), buscaron de ese mismo mandamiento recompensas temporales; y por eso no fue para ellos eterno, como lo es para este. Pues mejor entendieron quienes interpretaron "eterno", que quienes "en el siglo", como si terminado este siglo ya no pudiera haber ningún mandamiento de la ley. Así no habrá ninguno, pero en tablas visibles y libros escritos: en las tablas del corazón, el amor de Dios y del prójimo permanecerá en la eternidad; en este mandamiento geminado pende toda la Ley y los Profetas (Mat. XXII, 37-40): y será la recompensa de guardar este mandamiento el mismo mandador, y la recompensa del amor el mismo amado, cuando Dios sea todo en todos (I Cor. XV, 28).

3. [vers. 99.] Pero, ¿qué es esto que sigue, "Sobre todos los que me enseñan entendí"? ¿Quién es este que sobre todos los que le enseñan entendió? ¿quién es, digo, que sobre todos los Profetas, que no solo hablando a los que vivieron con ellos, sino también escribiendo a los posteriores con tan excelente autoridad enseñaron, se atreve a anteponerse en entendimiento? A Salomón ciertamente se le dio tanta sabiduría, que incluso a todos aquellos que fueron antes que él, parece haber sido preferido (III Reg. III, 12): pero no se debe creer que él pudo ser profetizado aquí por su padre David; especialmente porque no podría decirse de la persona de Salomón lo que aquí se dice, "De todo camino maligno prohibí mis pies." Pero si, lo cual es más aceptable, este profeta anuncia a Cristo, ahora desde la cabeza que es el mismo Salvador, ahora desde su cuerpo que es la Iglesia, ordenando las palabras proféticas, y haciendo como si fuera uno solo hablando, por aquel gran sacramento, donde se dijo, "Serán dos en una sola carne" (Ephes. V, 31, 32); reconozco claramente a aquel que sobre todos los que le enseñan entendió, cuando siendo de doce años, el niño Jesús permaneció en Jerusalén, y por sus padres fue hallado después de tres días allí en el templo sentado entre los doctores, escuchándolos y preguntándoles; donde todos los que lo oían se asombraban de su prudencia y respuestas (Luc. II, 42-47). No sin razón, quien por esta profecía tanto antes había dicho, "Sobre todos los que me enseñan entendí." Pues ciertamente quiere que se entienda a todos los hombres, no a Dios Padre; de quien dice el mismo Hijo, "Como me enseñó el Padre, así

hablo" (Juan VIII, 28). Lo cual es muy difícil de entender desde la persona del Verbo; a menos que alguien pueda de alguna manera captar que ser enseñado para el Hijo es lo mismo que ser engendrado. Pues para quien no es otra cosa ser, y otra cosa ser enseñado, sino que lo que es para él ser, eso es ser enseñado; ciertamente de quien es para él ser, de él al mismo tiempo es para él ser enseñado. Desde la persona del hombre, donde tomó la forma de siervo (Philipp. II, 7), se entiende más fácilmente que aprendió del Padre lo que dijo: en la cual forma de siervo constituido, especialmente siendo niño, los hombres de mayor edad pudieron pensar que debía ser enseñado, pero aquel a quien el Padre enseñó, sobre todos los que le enseñan entendió. Porque tus testimonios, dice, son mi meditación. Por eso sobre todos los que le enseñan entendía, porque meditaba los testimonios de Dios: que mejor que ellos sobre sí mismo conocía, quien decía, "Vosotros enviasteis a Juan, y él dio testimonio de la verdad: pero yo no recibo testimonio de hombre, sino que digo estas cosas para que vosotros seáis salvos. Él era la lámpara ardiente y brillante; pero vosotros quisisteis regocijaros por un tiempo en su luz: pero yo tengo un testimonio mayor que el de Juan" (Juan V, 33-36). Tales testimonios meditaba, cuando sobre todos los que le enseñan entendía.

4. [vers. 100.] Pero aquellos doctores no absurdamente se entienden también ser ancianos, de quienes inmediatamente dice, "Sobre los ancianos entendí." Lo cual me parece repetido de tal manera, para que a nosotros que leemos esto nos venga a la mente aquella edad suya, que nos es conocida por el Evangelio, en la cual en edad infantil entre mayores de edad, esto es, siendo joven entre ancianos, se sentaba, y sobre todos los que le enseñan entendía. Pues suelen decirse mutuamente joven y anciano menor y mayor, aunque ninguno de ellos haya llegado o se haya acercado a la edad senil: aunque si queremos buscar también el nombre expreso de ancianos en el Evangelio sobre los cuales entendió, lo encontramos cuando los escribas y fariseos le dijeron, "¿Por qué tus discípulos transgreden la tradición de los ancianos? Pues no se lavan las manos cuando comen pan." He aquí que se le objetó la transgresión de la tradición de los ancianos. Pero quien sobre los ancianos entendió, escuchemos qué les respondió: "¿Por qué también vosotros transgredís el mandamiento de Dios por vuestra tradición?" Luego poco después, para que no solo él que es la cabeza del cuerpo, sino también el mismo cuerpo y sus miembros entendieran sobre aquellos ancianos, cuya tradición sobre el lavado de manos se promulgaba; convocadas las multitudes les dijo: "Oíd, y entended." Como diciendo: Sobre aquellos ancianos también vosotros entended, para que también de vosotros aquella profecía se aclare que fue predicha, "Sobre los ancianos entendí", no solo al cabeza, sino también al cuerpo, y así a todo Cristo se adapte y convenga. No lo que entra en la boca, contamina al hombre; sino lo que sale de la boca, eso contamina al hombre. Esto no entendían aquellos ancianos, que sobre el lavado de manos habían promulgado sus mandatos como grandes. También los miembros de esta cabeza que entiende sobre los ancianos, aún no habían entendido lo que él había dicho. De hecho, poco después respondiendo Pedro le dijo: "Explícanos esta parábola." Aún pensaba que era parábola, lo que el Señor había dicho sin figuras. Pero él dijo: "¿Aún también vosotros sin entendimiento estáis? ¿No entendéis que todo lo que entra en la boca, va al vientre, y se echa en la letrina; pero lo que sale de la boca, del corazón sale, y eso contamina al hombre?" (Mat. XV, 1-18). ¿Aún también vosotros sin entendimiento estáis, y sobre aquellos ancianos no entendéis? Pero ciertamente ya ahora escuchando a tal maestro, nuestra cabeza, cada uno de nosotros puede decir, "Sobre los ancianos entendí." Pues también al cuerpo le conviene lo que añadió, "Porque he buscado tus mandamientos." Tus mandamientos, no los mandamientos de los hombres: tus mandamientos, no los mandamientos de los ancianos, que queriendo ser doctores de la ley, no entienden ni lo que dicen, ni de lo que afirman (I Tim. 1, 7). Con razón de los mandamientos de Dios, que deben buscarse, para que sobre aquellos ancianos se

entiendan, se respondió a aquellos que preferían su autoridad a la verdad, y se dijo, "¿Por qué también vosotros transgredís el mandamiento de Dios, para establecer vuestras tradiciones?"

5. [vers. 101.] Ahora bien, lo que se añade no parece convenir a la cabeza, sino al cuerpo: De toda vía maligna aparté mis pies, para guardar tus palabras. Pues nuestra cabeza, el mismo Salvador del cuerpo, no se dejaría llevar por ningún camino maligno por deseo carnal, de modo que le fuera necesario apartar sus pies de allí, como si fueran llevados por sus movimientos: lo que nosotros hacemos cuando reprimimos nuestros deseos perversos, que Él no tuvo, para que no sigan caminos malignos. Así podemos guardar las palabras de Dios, si no seguimos nuestras malas concupiscencias (Ecli. XVIII, 30), para que no lleguen a los males deseados; sino que más bien las frenamos con el espíritu que desea contra la carne (Gál. V, 17), para que no nos arrastren y subviertan por caminos malignos.

6. [vers. 102.] No me aparté, dice, de tus juicios, porque tú pusiste la ley para mí. Dijo lo que temió, para apartar sus pies de todo camino maligno. Pues, ¿qué significa, No me aparté de tus juicios; sino lo que en otro lugar dice, De tus juicios temí? Perseveré creyendo en ellos, porque tú pusiste la ley para mí. Tú, interior a mis interiores, tú pusiste en mi corazón la ley con tu espíritu, como con tu dedo; para que no la temiera como un siervo sin amor, sino que la amara con temor casto como hijo, y con amor casto la temiera.

7. [vers. 103.] Y por eso mira lo que sigue: ¡Cuán dulces son a mi paladar tus palabras! o, lo que es más expresivo en griego, tus elocuencias: más que la miel y el panal a mi boca. Esta es la dulzura que el Señor da, para que nuestra tierra dé su fruto (Sal. LXXXIV, 13); para que hagamos el bien verdaderamente bien, es decir, no por temor al mal carnal, sino por deleite del bien espiritual. Algunos códices ciertamente no tienen; panal, pero muchos lo tienen. La doctrina abierta de la sabiduría es semejante a la miel; pero la que se expresa de los sacramentos más ocultos, como de celdas de cera, por la boca del que diserta o mastica, es dulce al paladar del corazón, no de la carne.

8. [vers. 104.] Pero, ¿qué significa lo que dice, De tus mandamientos entendí? Pues una cosa es, Entendí tus mandamientos; y otra, De tus mandamientos entendí. No sé qué otra cosa se significa que entendió de los mandamientos de Dios: esto es, según me parece, dice haber llegado a la inteligencia de aquellas cosas que deseaba saber, haciendo los mandamientos de Dios. Por lo cual está escrito, Deseaste la sabiduría; guarda los mandamientos, y el Señor te la concederá (Ecli. 1, 33): para que nadie, de manera desordenada, quiera llegar a la altura de la sabiduría antes de tener la humildad de la obediencia, la cual no puede captar si no viene por orden. Escuche, pues: No busques lo que es más alto que tú, ni indagues lo que es más fuerte que tú; sino que piensa siempre en lo que el Señor te ha mandado (Id. III, 22). Así el hombre llega a la sabiduría de los ocultos por la obediencia a los mandamientos. Pero cuando dijo, Lo que el Señor te ha mandado, piensa en ello; por eso añadió, siempre, porque la obediencia debe ser guardada para que se perciba la sabiduría, y la sabiduría percibida no debe abandonar la obediencia. Por lo tanto, esta es la voz de los miembros espirituales de Cristo, De tus mandamientos entendí. Pues esto dice correctamente el cuerpo de Cristo en aquellos a quienes, guardando los mandamientos, se les concede una doctrina más abundante de sabiduría, Por eso, dice, aborrecí todo camino de iniquidad. Pues es necesario que el amor a la justicia aborrezca toda iniquidad: cuanto mayor es, más lo inflama la dulzura más amplia de la sabiduría, que se concede a quien obedece a Dios, y de sus mandamientos entiende.

SERMO XXIII.

1. [vers. 105.] Ahora nos disponemos a examinar y tratar, según las fuerzas que Dios concede, estos versos de este salmo, cuyo primero es, Lámpara es a mis pies tu palabra, y luz para mis caminos. Lo que es, lámpara; se repite, luz: lo que, a mis pies; esto, a mis caminos. ¿Qué es, pues, tu palabra? ¿Acaso aquello que en el principio era Dios con Dios, la Palabra por la cual fueron hechas todas las cosas? No es así. Pues aquella Palabra es luz, pero no es lámpara. La lámpara, en efecto, es criatura, no Creador, que se enciende por la participación de la luz inmutable. Esto era Juan, de quien dice la Palabra Dios, Él era lámpara ardiente y luminosa (Juan V, 35). Pero es luz y lámpara: y sin embargo, en comparación con la Palabra, de la cual se dijo, Dios era la Palabra, no era él luz; sino que fue enviado para dar testimonio de la luz. Pues era la luz verdadera, no la que se ilumina, como el hombre, sino la que ilumina a todo hombre (Juan I, 1-9). Pero si también la lámpara es luz, no diría a los Apóstoles, Vosotros sois la luz del mundo. Al oír esto, no debían pensar que eran lo que aquel que lo dijo; pues también de sí mismo dijo en cierto lugar, Yo soy la luz del mundo (Id. VIII, 12): les dijo de ellos, No puede ocultarse una ciudad situada sobre un monte; ni se enciende una lámpara y se pone debajo del celemín, sino sobre el candelero, para que alumbre a todos los que están en la casa: así alumbre vuestra luz delante de los hombres (Mat. V, 14-16); para que supieran que, como lámparas, estaban encendidas por aquella luz que brilla inmutablemente. Ninguna criatura, por más racional e intelectual que sea, se ilumina por sí misma, sino que se enciende por la participación de la verdad sempiterna: y aunque a veces se le llame día, no es el día el Señor, sino el que hizo el Señor; y por eso escucha, Acercaos a él, y seréis iluminados (Sal. XXXIII, 6). Por esta participación, en cuanto hombre es también el Mediador, se le llama lámpara en el Apocalipsis (Apoc. XXI, 23). Pero esta es una recepción singular: pues de ninguno de los santos se pudo decir divinamente, ni de ningún modo es lícito decir; La Palabra se hizo carne (Juan I, 14), sino del único Mediador entre Dios y los hombres (I Tim. II, 5). Por tanto, cuando se dice luz al unigénito Verbo igual al que lo engendra, se dice luz también al hombre iluminado por aquel Verbo, que se llama lámpara, como Juan, como los Apóstoles, y ninguno de ellos es hombre Verbo, y aquella Palabra de la cual fueron iluminados no es lámpara; ¿qué es esta palabra, que se dice luz, para que sea lámpara (pues dice, Lámpara es a mis pies tu palabra, y luz para mis caminos), sino que entendamos la palabra que fue hecha a los Profetas, o la que fue predicada por los Apóstoles? No la palabra Cristo, sino la palabra de Cristo, de la cual está escrito, La fe viene por el oír, y el oír por la palabra de Cristo (Rom. X, 17). Pues también comparando el apóstol Pedro la palabra profética con la lámpara: Tenemos, dice, la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en estar atentos, como a lámpara que alumbra en lugar oscuro (II Pedro I, 19). Lo que aquí dice, Lámpara es a mis pies tu palabra, y luz para mis caminos, es la palabra que se contiene en todas las Escrituras sagradas.

2. [vers. 106, 107.] Juré, dice, y resolví guardar los juicios de tu justicia: como quien camina bien hacia aquella lámpara, y tiene caminos rectos. Con la palabra siguiente se expone lo que antecede. Pues como si preguntáramos qué significa, Juré; añadió, y resolví. Esto llamó juramento a lo que resolvió por sacramento; porque así debe estar fija la mente en guardar los juicios de la justicia de Dios, que sea totalmente como juramento lo que resolvió.

3. Pero los juicios de la justicia de Dios se guardan por la fe; cuando bajo Dios justo juez, ni se cree que la obra recta es infructuosa, ni el pecado impune: pero por esta fe, porque el cuerpo de Cristo sufrió muchos y gravísimos males, Humillado estoy, dice, hasta el extremo. Pues no dijo, Me humillé; para que no sea necesario entender la humildad que está en el precepto: sino que dijo, Humillado estoy hasta el extremo; sufriendo ciertamente la máxima persecución, por haber jurado y resuelto guardar los juicios de la justicia de Dios. Y para que en tanta humillación no desfalleciera la misma fe, añadió, Señor, vivifícame según tu palabra:

esto es, según tu promesa. Pues también la palabra de las promesas de Dios es lámpara a los pies, y luz para los caminos. Así también anteriormente, para que Dios lo vivificara, oró en la humillación de la persecución, donde dice: Casi me han consumido en la tierra; pero yo no abandoné tus mandamientos: según tu misericordia vivifícame, y guardaré tus testimonios, es decir, los martirios de tu boca. Donde se entiende, si él no vivifica dando paciencia, por lo cual se dijo, En vuestra paciencia poseeréis vuestras almas (Luc. XXI, 19); y de lo cual se dijo, Porque de él es mi paciencia (Sal. LXI, 6): no se mortifica el cuerpo en la persecución, sino el alma, no guardando los martirios y los juicios de la justicia de Dios.

4. [vers. 108.] Haz agradables, Señor, las voluntarias ofrendas de mi boca: esto es, que te agraden; no las repruebes, sino apruébalas. Bien se entienden las ofrendas voluntarias de la boca, sacrificios de alabanza, ofrecidos por confesión de amor, no por temor de necesidad: de donde se dijo, Voluntariamente te sacrificaré (Sal. LII, 8). Pero, ¿qué significa lo que añade, Y enséñame tus juicios? ¿Acaso no dijo en los versos anteriores, No me aparté de tus juicios? ¿Cómo es esto, si no los conocía? Pero si los conocía, ¿cómo dice aquí, Y enséñame tus juicios? ¿O es como aquello, Hiciste dulzura con tu siervo; y después dice, Enséñame dulzura? Lo cual expusimos de tal manera que entendamos las palabras de quien progresa, y pide que se le añada a lo que ha recibido.

5. [vers. 109.] Mi alma está siempre en tus manos. Algunos códices tienen, en mis manos: pero más tienen, en las tuyas; y esto ciertamente es claro. Pues las almas de los justos están en la mano de Dios (Sab. III, 1); en cuya mano estamos nosotros y nuestras palabras (Id. VII, 16). Y de tu ley, dice, no me he olvidado: como si para no olvidar la ley de Dios, su memoria fuera ayudada por sus manos, donde está su alma. Pero mi alma en mis manos, no sé cómo se entienda. Pues estas palabras son de un justo, no de un injusto; de quien vuelve al Padre, no de quien se aleja del Padre. Pues puede parecer que aquel hijo menor quiso tener su alma en sus manos, cuando dijo al padre, Dame la parte de la hacienda que me corresponde: pero por eso estaba muerto, por eso había perecido (Luc. XV, 12, 24). ¿O acaso se dijo así, Mi alma en mis manos, como si la ofreciera a Dios para ser vivificada? De donde en otro lugar se dice: A ti levanté mi alma (Sal. XXIV, 1). Pues había dicho también aquí anteriormente, Vivifícame.

6. [vers. 110.] Pusieron, dice, los pecadores lazo para mí, y de tus mandamientos no me desvié. ¿De dónde esto, sino porque su alma está en las manos de Dios, o en las suyas para ser vivificada ofrecida a Dios?

7. [vers. 111.] Heredé tus testimonios para siempre. Algunos, queriendo decir en una sola palabra lo que en griego está en una sola palabra, lo interpretaron como Heredé. Lo cual, aunque pudiera ser latín, más significaría con quien dio la herencia, que con quien la recibió; de modo que así fuera heredé, como, Enriquecí. Mejor, pues, se insinúa el sentido completo con dos palabras; ya sea que se diga, Poseí por herencia; ya sea que se diga, Adquirí por herencia: no la herencia, sino por herencia. Pero si se pregunta, ¿qué adquirió por herencia? Tus testimonios, dice. ¿Qué queriendo dar a entender, sino que para ser testigo de Dios, y confesar sus testimonios; es decir, para ser mártir de Dios, y decir sus martirios, como dicen los mártires, se le ha concedido por el Padre, de quien es heredero? Pues muchos lo desearon, y no pudieron: pero ninguno pudo, si no quiso; porque no podrían, si quisieran negar los testimonios de Dios. Pero también su voluntad fue preparada por el Señor. Por eso este testifica que adquirió esto por herencia, y esto para siempre; porque no es en ellos la gloria temporal de los hombres que buscan vanamente, sino que es gloria eterna en breve tiempo de los que sufren, y sin fin de los que reinan. De donde sigue, Porque son la alegría de mi corazón: aunque aflicción del cuerpo, sin embargo, alegría del corazón.

8. [vers. 112.] Luego añadió: Incliné mi corazón a hacer tus justificaciones para siempre, por la retribución. ¿Acaso haremos las justificaciones de Dios para siempre? Aquellas obras que hacemos en torno a las necesidades de los prójimos, no pueden ser eternas, como tampoco las mismas necesidades: pero si no las hacemos por amor, no hay justificación; si las hacemos por amor, es eterna la misma caridad, y a ella le está preparada la retribución eterna; por la cual retribución dice que inclinó su corazón a hacer las justificaciones de Dios, para que amando eternamente, merezca tener eternamente lo que ama.

SERMO XXIV.

1. [vers. 113.] El lugar de este salmo sobre el cual, en la voluntad de Dios, vamos a discutir, comienza así: A los inicuos aborrecí, y tu ley amé. No dijo, A los inicuos aborrecí, y a los justos amé; o, A la iniquidad aborrecí, y tu ley amé: sino que cuando dijo, A los inicuos aborrecí, explicó por qué, añadiendo, y tu ley amé, para mostrar que no odia en los hombres inicuos la naturaleza, por la cual son hombres; sino la iniquidad, por la cual son enemigos de la ley que ama.

2. [vers. 114.] Luego sigue, Mi ayudador y mi protector eres tú: Ayudador, para hacer el bien; protector, para evitar el mal. Pero lo que añade, En tu palabra he puesto mi esperanza, habla como hijo de la promesa.

3. [vers. 115.] Pero, ¿qué significa el verso que sigue: Apartaos de mí, malignos, y escudriñaré los mandamientos de mi Dios? Pues no dijo, haré; sino, escudriñaré. Para conocerlos, pues, perfectamente y con diligencia, desea que los malignos se aparten de él, y también los aleja de sí mismo, incluso obligándolos. Pues los malignos ejercitan para hacer los mandamientos, pero apartan de escudriñarlos; no solo cuando persiguen, o quieren litigar con nosotros; sino también cuando obsequian y honran, y sin embargo, para ayudar a sus deseos viciosos y ocupados, nos exigen que nos ocupemos, y les dediquemos nuestro tiempo; o ciertamente oprimen a los débiles, y los obligan a llevar sus causas ante nosotros: a quienes no nos atrevemos a decir, Dime, hombre, ¿quién me ha constituido juez o repartidor entre vosotros? (Luc. XII, 14) pues el Apóstol prohibió a los cristianos litigar en el foro, constituyendo jueces eclesiásticos para tales causas (I Cor. VI, 1-6). Ni a aquellos que no arrebatan lo ajeno, sino que reclaman lo suyo con avidez, les decimos, Guardaos de toda avaricia, poniendo ante sus ojos al hombre a quien se le dijo, Necio, esta noche te será quitada tu alma; lo que has preparado, ¿de quién será? (Luc. XII, 20) porque incluso cuando lo decimos, no se apartan ni declinan de nosotros; sino que insisten, urgen, suplican, tumultúan, extorsionan, para que nos ocupemos más en lo que ellos aman, que en escudriñar los mandamientos de Dios que amamos. ¡Oh, cuánto tedio de turbas turbulentas, y cuánto deseo de los divinos oráculos se expresó al decir, Apartaos de mí, malignos, y escudriñaré los mandamientos de mi Dios! Perdonen los fieles obedientes que rara vez nos buscan por sus causas seculares, y se someten fácilmente a nuestros juicios; no nos agotan litigando, sino que más bien nos consuelan obedeciendo. Ciertamente, por aquellos que litigan entre sí con obstinación, y cuando oprimen a los buenos, desprecian nuestros juicios; y nos hacen perder el tiempo que debe dedicarse a las cosas divinas, ciertamente, digo, por estos, también se nos permite exclamar en esta voz del cuerpo de Cristo, Apartaos de mí, malignos, y escudriñaré los mandamientos de mi Dios.

4. [vers. 116.] Luego, después de haber alejado de los ojos de su corazón las moscas que irrumpen, vuelve a aquel a quien decía "Mi ayudador y mi protector eres tú; en tu palabra he puesto mi esperanza;" y continuando su oración, "Susténtame," dice, "según tu palabra, y viviré; y no me confundas en mi esperanza." Quien ya había dicho, Mi protector, pide ser

sostenido más y más, y ser llevado a aquello por lo cual soporta tantas molestias, confiando en vivir allí más verdaderamente que en estos sueños de las cosas humanas. Pues así se dice del futuro, y viviré, como si en este cuerpo muerto no se viviera. Pues el cuerpo está muerto a causa del pecado: y esperando la redención de nuestro cuerpo, hemos sido salvados en esperanza, y lo que no vemos, esperando, lo aguardamos con paciencia (Rom. VIII, 10, 23-25). Pero la esperanza no confunde, si el amor de Dios se derrama en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Rom. V, 5). Por lo cual se clama al Padre para recibirlo más abundantemente, No me confundas en mi esperanza.

5. [vers. 117.] Y como si se le hubiera respondido en silencio, ¿No quieres ser confundido en tu esperanza? no dejes de meditar en mis justificaciones: sintiendo que esta meditación a menudo es impedida por las debilidades del alma, Ayúdame, dice, y seré salvo; y meditaré en tus justificaciones siempre.

6. [vers 118.] Has despreciado a todos; o, como parece expresado más diligentemente del griego, Has reducido a nada a todos los que se apartan de tus justificaciones; porque su pensamiento es injusto. Por eso clamó: Ayúdame y seré salvo, y meditaré siempre en tus justificaciones; porque Dios reduce a nada a todos los que se apartan de sus justificaciones. ¿Por qué se apartan? Porque, dice, su pensamiento es injusto. Allí se acerca, allí se aparta. Todas las obras, ya sean malas o buenas, proceden del pensamiento: en el pensamiento uno es inocente, en el pensamiento es culpable. Por eso está escrito: El pensamiento santo te guardará (Prov. II, 11): y en otro lugar se lee: En los pensamientos del impío habrá interrogatorio (Sab. I, 9): y el Apóstol: Acusando o también defendiendo sus pensamientos (Rom. II, 15). ¿Dónde es feliz quien es miserable en el pensamiento? ¿O cómo no es miserable quien ha sido reducido a nada? Gran es la esterilidad, la iniquidad. Con razón se ha dicho: Sean confundidos los inicuos que obran en vano (Sal. XXIV, 4); es decir, inútilmente, como reducidos a nada.

7. [vers. 119.] Sigue en el Salmo: He considerado, o pensado, o estimado a todos los pecadores de la tierra como transgresores. Muchos de los nuestros han interpretado de diversas maneras una sola palabra griega, que es ἐλογισάμην: pero esa sentencia es profunda, y si el Señor ayuda, debe ser penetrada con una discusión más laboriosa. Pues lo que se añade: Por eso he amado tus testimonios siempre, la hace mucho más profunda. Dice el Apóstol: La ley produce ira, y dando razón de esta afirmación: Porque donde no hay ley, tampoco hay transgresión (Rom. IV, 15); mostrando así que no todos son transgresores. No todos tienen la ley. Sin embargo, en otro lugar dice más claramente que no todos tienen la ley: Los que pecaron sin ley, sin ley perecerán (Id. II, 12). ¿Qué significa entonces: He considerado a todos los pecadores de la tierra como transgresores? Pero aquí basta con haber planteado la cuestión, para tratarla en otro sermón, si Dios lo concede, para que su extensión no obligue a explicarla de manera tan estrecha que lo explicado no pueda ser bien entendido.

SERMO XXV. El Salmo conciliado con el Apóstol.

1. [vers. 119.] Buscamos, si Dios lo concede, cómo debe entenderse lo que se ha dicho en este gran salmo: Transgresores, o más bien, transgrediendo; pues el griego dice παραβαίνοντας, no παραβάτας: buscamos entonces cómo debe entenderse, He considerado a todos los pecadores de la tierra como transgresores; por lo que dice el Apóstol: Porque donde no hay ley, tampoco hay transgresión. Esto lo dijo al distinguir la ley de la promesa. Pues para recoger un sentido más completo de lo anterior: No por la ley, dice, fue la promesa a Abraham o a su descendencia, para que fuera heredero del mundo, sino por la justicia de la

fe. Porque si los que son de la ley son herederos, la fe ha sido vaciada, y la promesa anulada: la ley produce ira; porque donde no hay ley, tampoco hay transgresión. Por eso es por fe, para que según la gracia la promesa sea firme para toda la descendencia; no solo para la que es de la ley, sino también para la que es de la fe de Abraham, quien es padre de todos nosotros (Rom. IV, 13-16). ¿Por qué dijo esto el Apóstol, sino para mostrar que la ley sin la gracia de la promesa no solo no quita, sino que aumenta el pecado? De ahí también aquello: La ley se introdujo para que abundara el delito. Pero porque todo es perdonado por gracia, no solo lo que se cometió sin ley, sino también lo que se cometió en la ley; por eso allí añadió: Donde abundó el delito, sobreabundó la gracia (Id. V, 20). Por lo tanto, el Apóstol no considera transgresores a todos los pecadores, sino que solo considera transgresores a los que transgreden la ley. Porque donde no hay ley, tampoco hay transgresión. Por lo tanto, según el Apóstol, todo transgresor es pecador, porque peca en la ley, pero no todo pecador es transgresor, porque algunos pecan sin ley; Porque donde no hay ley, tampoco hay transgresión. Además, si nadie pecara sin ley, no diría el mismo apóstol, Todos los que pecaron sin ley, sin ley perecerán. Pero según este salmo, si todos los pecadores de la tierra son transgresores, no hay pecado sin transgresión: pero no hay transgresión sin ley; por lo tanto, no hay pecado sino en la ley. Quien dice: He considerado a todos los pecadores de la tierra como transgresores, quiere que se entienda que no hay pecadores sino los que han transgredido la ley; y por esto se opone a quien dijo: Todos los que pecaron sin ley, sin ley perecerán. Según aquel, hay algunos pecadores, aunque no sean transgresores, es decir, los que pecaron sin ley: Porque donde no hay ley, tampoco hay transgresión: pero según este, no hay pecador sin transgresión; porque considera transgresores a todos los pecadores de la tierra. Por lo tanto, según este, nadie pecó sin ley; porque donde no hay ley, tampoco hay transgresión. ¿O acaso diremos que es verdad que no hay transgresión donde no hay ley, pero no es verdad que algunos pecaron sin ley; o es verdad que algunos pecaron sin ley, pero no es verdad que donde no hay ley, no puede haber transgresión? Pero el Apóstol dijo ambas cosas: por lo tanto, ambas son verdaderas, porque ambas las dijo la Verdad a través del Apóstol. ¿Cómo será entonces verdad lo que en este salmo sin duda alguna dijo la misma Verdad, He considerado a todos los pecadores de la tierra como transgresores? Se nos responde: ¿Quiénes son entonces aquellos que según el Apóstol pecaron sin ley? Pues ninguno de ellos puede ser considerado transgresor, ya que según el mismo apóstol, no hay transgresión donde no hay ley.

2. Pero ciertamente cuando el Apóstol dijo, Todos los que pecaron sin ley, sin ley perecerán, se refería a aquella ley que Dios dio a través de Moisés a su pueblo Israel. Esto lo muestran claramente sus palabras circundantes. Pues estaba discutiendo sobre judíos y griegos, es decir, gentiles, no pertenecientes a la circuncisión, sino a la incircuncisión; por eso los llamaba sin ley, porque no habían recibido la ley que los judíos se gloriaban de haber recibido: de ahí que les diga, Si tú, que te llamas judío, y descansas en la ley, y te glorías en Dios. Finalmente, debe observarse de dónde llegó a esta sentencia, para decir, Todos los que pecaron sin ley, sin ley perecerán. Ira, dice, e indignación, tribulación y angustia sobre toda alma humana que hace el mal, del judío primero y también del griego; gloria, honor y paz a todo el que hace el bien, al judío primero y también al griego: Porque no hay acepción de personas para con Dios. A esto añadió de donde surge ahora la cuestión, y dijo, Porque todos los que pecaron sin ley, sin ley perecerán; y todos los que pecaron en la ley, por la ley serán juzgados (Rom. II, 8-17). Queriendo que se entendiera a estos como judíos, y a aquellos como griegos, ya que de ellos estaba hablando; demostrando que ambos están bajo pecado, para que ambos reconozcan que necesitan la gracia: por eso dice, No hay distinción: todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios; siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús. ¿A quiénes dice que todos pecaron, sino

a judíos y griegos, de quienes había dicho, No hay distinción? Pues de ellos y poco antes: Porque hemos acusado, dice, a judíos y griegos, que todos están bajo pecado (Id. III, 22, 23, 24, 9). Por lo tanto, todos los que pecaron sin ley, es decir, sin la que los judíos se gloriaban, sin ley perecerán; y todos los que pecaron en la ley, es decir, los mismos judíos, por la ley serán juzgados. Y no por eso no perecerán, a menos que crean en aquel que vino a buscar lo que se había perdido (Luc. XIX, 10).

3. Algunos incluso tratadistas católicos, en estas palabras del Apóstol, han entendido de manera diferente a como es la realidad, prestando poca atención, para decir que aquellos que pecaron sin ley perecen; pero aquellos que pecaron en la ley, solo son juzgados, no perecen: como si se creyera que son purgados por penas transitorias, como aquel de quien se dijo, Él mismo será salvo, pero como por fuego. Pero esto se entiende correctamente por el mérito del fundamento, del cual hablaba el Apóstol, para decir esto. Pues antes había dicho, Como sabio arquitecto puse el fundamento; otro edifica sobre él: pero cada uno vea cómo edifica sobre él. Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, que es Jesucristo: y lo demás hasta el mismo lugar, donde dijo que sería salvo por fuego, quien sobre este fundamento no edifica oro, plata, piedras preciosas, sino madera, heno, hojarasca (I Cor. III, 10-15); sin embargo, no rechaza recibir, ni abandona el fundamento recibido; y lo antepone a todos sus deseos carnales, a los que sucumbe y se somete, cuando se llega a este punto, que deben ser abandonados, o Cristo; donde si no se antepone Cristo, no es su fundamento. Pues a todas las partes posteriores de la estructura se antepone el fundamento. No creo que hayan pensado aquellos que sintieron que no perecen los que se dijo, Serán juzgados por la ley, sino porque tienen a Cristo como fundamento. Poco, pues, atendieron lo que hemos demostrado; y la misma Escritura clama, que el Apóstol hablaba de los judíos, que están sin el fundamento que es Cristo. ¿Qué cristiano diría que no perece un judío, si no cree en Cristo, sino que solo es juzgado: cuando el mismo Cristo testifica que fue enviado a esa misma nación, por las ovejas que de allí se habían perdido (Mat. XV, 24); y dice que será más tolerable para los de Sodoma en el día del juicio, que ciertamente perecieron sin ley, que para la ciudad judía que no creyó en él haciendo tantos milagros (Id. XI, 23, 24)?

4. Si, pues, el Apóstol según la ley que Dios dio a través de Moisés al pueblo de Israel, pero no dio a las demás naciones, dijo que las demás naciones estaban sin ley; ¿qué entenderemos que se ha dicho en este salmo, He considerado a todos los pecadores de la tierra como transgresores, sino que entendamos alguna ley no dada por Moisés, según la cual son transgresores los pecadores de las demás naciones? Porque donde no hay ley, tampoco hay transgresión. ¿Cuál es esta ley, sino quizás aquella de la que el mismo apóstol dice, Las naciones que no tienen ley, hacen naturalmente lo que es de la ley; estos, no teniendo ley, son ley para sí mismos (Rom. II, 14)? Según esto, pues, que dice, No teniendo ley; pecaron sin ley, y sin ley perecerán: pero según lo que dice, Son ley para sí mismos; no sin razón se consideran transgresores todos los pecadores de la tierra. Pues no hay nadie que haga daño a otro, sino quien no quiere que se le haga a sí mismo: y en esto transgrede la ley de la naturaleza, que no se le permite ignorar, mientras no quiere sufrir lo que hace. ¿Acaso esta ley natural no estaba en el pueblo de Israel? Claro que sí, pues también ellos eran hombres: sin ley natural serían, si pudieran ser aparte de la naturaleza del género humano. Mucho más, pues, se hicieron transgresores por la ley divina, que restauró, aumentó o afirmó aquella ley natural.

5. Ahora bien, si entre todos los pecadores de la tierra no incongruentemente se consideran también los niños, por los lazos del pecado original, también ellos en la semejanza de la transgresión de Adán (Id. V, 14), se muestran pertenecer a aquella transgresión, que, dada la ley en el paraíso, fue la primera cometida (Gen. III, 6): y por lo tanto, correctamente, sin

excepción alguna, se consideran transgresores todos los pecadores de la tierra. Todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios. Por lo tanto, todos los transgresores son encontrados por la gracia del Salvador, unos más, otros menos. Pues cuanto mayor es el conocimiento de la ley en cualquiera, tanto menor es la excusa del pecado: cuanto menor es la excusa del pecado, tanto más manifiesta es la transgresión. Quedaba, pues, que a todos no su propia justicia, sino la de Dios, es decir, la dada por Dios, les socorriera. Por eso dice el Apóstol: Por la ley es el conocimiento del pecado. No, pues, la eliminación, sino el conocimiento. Pero ahora, sin ley, dice, la justicia de Dios ha sido manifestada, testificada por la Ley y los Profetas (Rom. III, 20-23). Por lo tanto, también este añadió: Por eso, dice, he amado tus testimonios. Como si dijera: Porque la ley, ya sea dada en el paraíso, ya sea naturalmente implantada, ya sea promulgada en letras, ha hecho transgresores a todos los pecadores de la tierra; Por eso he amado tus testimonios, que están en tu ley, sobre tu gracia; para que no haya en mí mi justicia, sino la tuya. Pues la ley sirve para esto, para llevar a la gracia. No solo porque atestigua la manifestación de la justicia de Dios, que es sin ley; sino también porque hace transgresores, de modo que incluso la letra mata; obliga a refugiarse en el Espíritu vivificante (II Cor. III, 6) por el cual se borra la totalidad de los pecados, y se inspira la caridad de las buenas obras: Por eso, dice, he amado tus testimonios. Algunos códices tienen, siempre, otros no lo tienen. Pero si está, debe entenderse siempre, de modo que se entienda, Mientras se vive aquí. Pues aquí son necesarios los testimonios, de la Ley y los Profetas, atestiguando la justicia de Dios, por la cual somos justificados gratuitamente: aquí también son necesarios nuestros testimonios, por los cuales los mártires terminaron la vida que aquí se lleva.

6. [vers. 120.] Conocida, pues, la gracia de Dios, que sola libera de la transgresión, que se comete por el conocimiento de la ley, orando dice: Clava con clavos de tu temor mis carnes. Así han interpretado más expresivamente algunos de los nuestros, lo que en griego pudo decirse con una sola palabra, es decir, καθήλωσον. Esto otros quisieron decir con clava, sin añadir clavos; y así, al querer traducir una palabra griega con una latina, explicaron menos la sentencia: porque en lo que es clava, no suenan clavos; καθήλωσον, sin embargo, no puede entenderse sin clavos, ni puede decirse en latín sino con dos palabras, como se ha dicho, clava con clavos. ¿Qué quiere decir, sino lo que dice el Apóstol: Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo; por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo (Gal. VI, 14)? Y de nuevo: Con Cristo, dice, estoy crucificado; y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí (Id. II, 19, 20). ¿Qué es esto sino, No está en mí mi justicia, que es de la ley, en la que me hice transgresor; sino la justicia de Dios, es decir, la que es de Dios para mí (Filip. III, 9), no de mí? Pues así en mí vive, no yo, sino Cristo, «quien se ha hecho para nosotros sabiduría de Dios, y justicia, y santificación, y redención: para que, como está escrito, El que se gloría, gloríese en el Señor» (I Cor. I, 30, 31). También dice, «Pero los que son de Cristo Jesús, han crucificado la carne con sus pasiones y deseos» (Gal. V, 24). Aunque aquí se dice que ellos crucificaron su carne, sin embargo, en este salmo se ruega a Dios que lo haga, a quien se dice, Clava con clavos de tu temor mis carnes; para que entendamos que incluso lo que hacemos correctamente, debe atribuirse a la gracia de Dios, quien en nosotros opera tanto el querer como el hacer, por su buena voluntad (Filip. II, 13).

7. Pero, ¿qué significa que después de haber dicho, Clava con clavos de tu temor mis carnes; añadió, porque he temido tus juicios? ¿Qué es, Clava con tu temor; porque he temido? Si ya había temido, o temía, ¿por qué aún oraba para que Dios clavara sus carnes con su temor? ¿O quería que se le añadiera temor, para que temiera tanto como fuera suficiente para crucificar sus carnes, es decir, sus concupiscencias y afectos carnales: como diciendo, Perfecciona en

mí tu temor; porque he temido tus juicios? Pero hay aquí otro sentido más alto, cuanto Dios concede, que debe extraerse escudriñando el seno de esta Escritura. Clava, dice, con clavos de tu temor mis carnes; porque he temido tus juicios: esto es, con tu temor casto, que permanece por los siglos de los siglos (Sal. XVIII, 10), sean reprimidos mis deseos carnales; porque he temido tus juicios, cuando la ley me amenazaba con el castigo, que no podía darme justicia. Pero este temor, por el cual se teme el castigo, la caridad consumada lo echa fuera (I Juan IV, 18); que no por temor al castigo, sino por deleite en la justicia, hace libres. Pues este temor, por el cual no se ama la justicia, sino que se teme el castigo, es servil, porque es carnal; y por eso no crucifica la carne. Pues vive la voluntad de pecar, que aparece en la obra cuando se espera impunidad. Pero cuando se cree que seguirá el castigo, vive ocultamente: vive, sin embargo. Pues preferiría que fuera lícito, y se duele de que no sea lícito lo que la ley prohíbe; porque no se deleita espiritualmente en su bien, sino que teme carnalmente el mal que amenaza. Pero con el temor casto, la misma caridad que echa fuera este temor, teme pecar, aunque siga la impunidad; porque tampoco juzga que seguirá la impunidad, cuando por amor a la justicia considera el mismo pecado como castigo. Con tal temor se crucifican las carnes; porque las delectaciones carnales, que la letra de la ley prohíbe más que evita, son vencidas por el deleite de los bienes espirituales, y con la misma victoria que crece hasta la perfección, son destruidas. Clava, pues, con clavos, dice, de tu temor mis carnes; porque he temido tus juicios: esto es, Dame el temor casto, para pedir el cual me ha conducido como un pedagogo aquel temor de la ley, por el cual he temido tus juicios.

SERMO XXVI.

1. [vers. 121.] Hemos asumido ahora la tarea de considerar y tratar estos versículos de este gran salmo: He hecho juicio y justicia; no me entregues a los que me dañan. No es de extrañar que haya hecho juicio y justicia, quien anteriormente había pedido, por el temor de Dios, ciertamente casto, que sus carnes fueran clavadas, es decir, las concupiscencias carnales, que suelen impedir que nuestro juicio sea recto. Aunque en el uso de nuestro lenguaje se llame juicio tanto al recto como al torcido, de ahí que se diga a los hombres en el Evangelio: No juzguéis según la apariencia, sino juzgad con justo juicio (Juan VII, 24); sin embargo, en este lugar se ha puesto juicio de tal manera que, si no es recto, no debe llamarse juicio; de lo contrario, no bastaría con decir, He hecho juicio, sino que se diría, He hecho juicio recto. De esta manera habló el Señor Jesús, donde dice: Habéis dejado lo más importante de la Ley; el juicio, la misericordia y la fe (Mateo XXIII, 23). Y aquí también se ha puesto juicio de tal manera que no es juicio si es perverso. Y en muchos lugares de las Escrituras divinas se pone así, como aquel: Cantaré misericordia y juicio a ti, Señor (Salmo C, 1). Y aquel en Isaías: Esperé que hiciera juicio; pero hizo iniquidad (Isaías V, 7). No dice, Esperé que hiciera juicio justo, pero hizo iniquo; sino que ya es juicio porque es justo; y no es juicio lo que es injusto. La justicia, por su parte, no suele llamarse buena justicia o mala justicia, como a veces se dice buen o mal juicio; sino que ya es buena porque es justicia. Así, pues, tiene la costumbre de hablar, que se diga buen juicio y mal juicio; como se dice buen juez y mal juez: pero no se dice buena justicia o mala justicia, como no se dice buen justo y mal justo, porque cualquiera es bueno si es justo. La justicia, por tanto, es una gran virtud del alma, especialmente laudable, sobre la cual ahora no es necesario discutir extensamente. El juicio, cuando la forma de hablar más precisa lo pone solo en el bien, es la operación de esta virtud. Porque quien tiene justicia, juzga rectamente: más bien, según esta locución, quien tiene justicia, juzga; porque no juzga si no juzga rectamente. Y en el nombre de justicia en este lugar, no se ha significado la virtud misma, sino su obra. ¿Quién hace justicia en el hombre, sino quien justifica al impío, es decir, por su gracia hace justo al impío? De ahí que

el Apóstol diga: Justificados gratuitamente por su gracia (Rom. III, 24). Hace, pues, justicia, es decir, obra de justicia, quien tiene en sí justicia, es decir, obra de gracia.

2. He hecho, dice, juicio y justicia: no me entregues a los que me dañan: es decir, He hecho juicio justo; no me entregues a aquellos que por eso me persiguen. Pues también algunos códices tienen, No me entregues a los que me persiguen: porque lo que en griego se ha dicho, τοῖς ἀντιδικοῦσι, algunos lo han interpretado como nocentes; algunos, como persequentes; algunos, como calumniantes. Sin embargo, me sorprende no haber leído en ninguno de los códices que pude tener a mano adversantibus; cuando sin controversia lo que en griego es ἀντίδικος, en latín se llama adversario. Orando, pues, para que no sea entregado por el Señor a los que le adversan, ¿qué ora, sino lo que oramos cuando decimos, No nos dejes caer en la tentación (Mateo VI, 13)? Porque el adversario es de quien dice el Apóstol, No sea que os haya tentado el que tienta (I Tes. III, 5). Dios entrega a quien abandona. Pues aquel no engaña a quien este no abandona, proporcionando en su voluntad la virtud del decoro humano: pero de aquel que había dicho en su abundancia, No seré movido para siempre, apartó su rostro, y fue turbado (Salmo XXIX, 7, 8), y se mostró a sí mismo. Por tanto, quien tiene sus carnes crucificadas por el temor casto de Dios, y no corrompido por ninguna atracción carnal, hace juicio y obra de justicia, debe orar para no ser entregado a los que le adversan; es decir, para no ceder a los que le persiguen haciendo el mal por temor a sufrir el mal. Porque de quien recibe la victoria sobre la concupiscencia, para no ser arrastrado por el placer; de él también recibe la fortaleza de la paciencia, para no ser quebrantado por el dolor: porque de quien se dice, El Señor dará suavidad (Salmo LXXXIV, 13); de él también se dice, Porque de él es mi paciencia (Salmo LXI, 6).

3. [vers. 122, 123.] Finalmente sigue: Recibe a tu siervo para bien; no me calumnien los soberbios. Ellos empujan para que caiga en el mal; tú recibe para bien. Pero quienes han interpretado, No me calumnien, han seguido la locución griega, menos usada en la lengua latina. ¿O acaso tiene la fuerza cuando se dice, No me calumnien, que tendría si se dijera, No me atrapen calumniando?

4. Muchas calumnias de los soberbios pueden entenderse, por las cuales se desprecia la humildad cristiana; pero aquella es la mayor, si se entiende que los soberbios son hombres; que nos calumnian por adorar a un muerto. Pues la misma humildad cristiana se insinúa y se recomienda divinamente por la muerte de Cristo. Esta calumnia es común a ambos infieles, es decir, a judíos y gentiles. También tienen sus calumnias los herejes, propias de cada una de las herejías: y los cismáticos, a quienes todos la soberbia ha cortado de la unión de los miembros de Cristo. Pero cuán grande o qué tipo de calumnia es la del mismo diablo, que calumnió al justo, diciendo, ¿Acaso teme Job a Dios de balde? (Job I, 9). Todas estas calumnias de los soberbios, como venenos de serpientes, se vencen cuando con piedad vigilante y diligente se contempla a Cristo crucificado. Por lo cual, para prefigurar esto, Moisés, por la misericordia y mandato de Dios, levantó en el desierto la semejanza de una serpiente en un madero (Núm. XXI, 9; Juan III, 14), para que se prefigurara en Cristo la semejanza de la carne del pecado crucificada. Contemplando esta cruz salvadora, expulsamos todo veneno de los calumniadores soberbios: que también este, de alguna manera, contemplando muy atentamente, dice, Mis ojos desfallecieron en tu salvación, y en la palabra de tu justicia. Pues Dios hizo a Cristo mismo, por la semejanza de la carne del pecado (Rom. VIII, 3), pecado por nosotros, para que seamos justicia de Dios en él (II Cor. V, 21). En la palabra de esta justicia de Dios dice que desfallecieron sus ojos, contemplando ardiente y sedientamente, mientras, recordando la debilidad humana, desea la gracia divina en Cristo.

5. [vers. 124.] Por lo cual sigue, Haz con tu siervo según tu misericordia: no según mi justicia. Y tus justificaciones, dice, enséñame: sin duda aquellas por las cuales Dios hace justos, no ellos mismos.

6. [vers. 125.] Yo soy tu siervo. Pues no me fue bien cuando quise ser libre mío, no tu siervo. Dame entendimiento, y conoceré tus testimonios. Nunca debe interrumpirse esta petición. Pues no basta haber recibido entendimiento, y haber aprendido los testimonios de Dios, a menos que siempre se reciba, y de alguna manera siempre se beba de la fuente de la luz eterna. Porque los testimonios de Dios, cuanto más inteligente se hace uno, tanto más y más se conocen.

7. [vers. 126.] Tiempo, dice, de hacer para el Señor. Pues eso tienen la mayoría de los códices; no, como algunos, Señor. ¿Qué tiempo, pues, o qué de hacer quiso entender para el Señor? Aquel que poco antes había dicho, Haz con tu siervo según tu misericordia: este es el tiempo de hacer para el Señor. ¿Qué es, pues, sino la gracia que en Cristo se reveló en su tiempo? De este tiempo dice el Apóstol, Pero cuando vino la plenitud del tiempo, Dios envió a su Hijo (Gál. IV, 4). Por lo cual, añadiendo también otro testimonio profético, donde dijo, En tiempo aceptable te escuché, y en día de salvación te ayudé; He aquí ahora, dice, tiempo aceptable, he aquí ahora día de salvación (Isaías XLIX, 8; II Cor. VI, 2). Pero ¿qué es lo que, como queriendo mostrar que es tiempo de hacer para el Señor, inmediatamente añadió, Disiparon tu ley: como si por eso fuera tiempo de hacer para el Señor, porque los soberbios disiparon su ley, que ignorando la justicia de Dios y queriendo establecer la suya, no se sometieron a la justicia de Dios (Rom. X, 3)? ¿Qué es, pues, Disiparon tu ley, sino, Por la iniquidad de la transgresión, no guardaron su integridad? Era necesario, pues, que a los soberbios y a los que presumían de la libertad de su albedrío se les diera la ley, que transgredida, cualquiera que se compungiera se humillara, y no ya por la ley, sino por la fe, corriera a la gracia que socorre. Disipada, pues, la ley, fue tiempo de que por el Hijo unigénito de Dios se enviara la misericordia. Porque la ley se introdujo para que abundara el delito: con este delito la ley fue disipada; y en el tiempo oportuno vino Cristo, para que donde abundó el delito, sobreabundara la gracia (Id. V, 20).

8. [vers. 127.] Por eso, dice, amé tus mandamientos más que el oro y el topacio. La gracia hace que los mandamientos de Dios se cumplan por amor, lo que no podían por temor. Pues por la gracia de Dios se difunde la caridad en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado (Ibid. 5). Por lo cual el mismo Señor dice, No vine a abolir la ley, sino a cumplirla (Mateo V, 17); y el mismo apóstol, La plenitud de la ley es la caridad (Rom. XIII, 10). Por eso, más que el oro y el topacio. Pues esto también se lee en otro salmo: Más que el oro y la piedra preciosa en gran manera (Salmo XVIII, 11). Pues dicen que el topacio es una piedra muy preciosa. En el antiguo testamento, no entendiendo la gracia latente, como con un velo interpuesto, lo que se significaba cuando no podían mirar el rostro de Moisés (Éxodo XXXIV, 33-35; II Cor. III, 13-16), intentaban hacer los mandamientos de Dios por la recompensa terrena y carnal, y no los hacían; porque no amaban ellos mismos, sino otra cosa. Por lo cual no eran obras de los que querían, sino cargas más bien de los que eran forzados. Pero cuando se aman los mismos mandamientos más que el oro y la piedra preciosa en gran manera, toda recompensa terrena es vil en comparación con los mismos mandamientos; ni se comparan en absoluto cualesquiera otros bienes del hombre, con estos bienes por los cuales el mismo hombre se hace bueno.

9. [vers. 128.] Por eso, dice, en todos tus mandamientos me corregía. Sin duda me corregía, porque amaba; y a ellos rectos para que también yo fuera recto, me adhería por amor. Ya lo que añade, era consecuente: Toda, dice, vía de iniquidad odié. Pues ¿cómo podría ser que no

odiara la vía iniqua quien amaba la recta? Porque así como si amara el oro y la piedra preciosa, ciertamente odiaría todo lo que pudiera causarle pérdida de tales cosas: así, porque amaba los mandamientos de Dios, odiaba la vía de la iniquidad, como alguna roca inmensa del camino marino, donde es necesario sufrir naufragio de cosas tan preciosas. Para que esto no suceda, navega lejos de allí, quien navega en el madero de la cruz con las mercancías de los mandamientos divinos.

SERMON XXVII.

1. [vers. 129.] Las palabras del Salmo son estas sobre las cuales, con la ayuda del Señor, vamos a discutir: Maravillosos son tus testimonios; por eso los ha escudriñado mi alma. ¿Quién enumera siquiera en general los testimonios de Dios? El cielo y la tierra, sus obras visibles e invisibles, dan de alguna manera testimonio de su bondad y grandeza; y el mismo curso frecuente y acostumbrado de la naturaleza, por el cual se mueve la rapidez de los tiempos, en los géneros de las cosas, aunque temporales y mortales, que ciertamente se han vuelto viles por la costumbre, si un piadoso observador lo advierte, da testimonio al Creador. Pero ¿cuál de estas cosas no es maravillosa, si no medimos cada una por el uso, sino por la razón? Si, en verdad, como bajo la contemplación de una sola visión nos atreviéramos a contemplar todas las cosas, ¿no sucede en nosotros lo que dice el profeta: Consideré tus obras, y temí (Habac. III, 1)? Y sin embargo, este no se aterrorizó por la admiración de las cosas, sino que más bien dijo que esa era la razón por la que debía escudriñarlas, porque son maravillosas. Pues cuando dijo, Maravillosos son tus testimonios: añadió, por eso los ha escudriñado mi alma; como si se hubiera vuelto más curioso por la dificultad de investigarlos. Porque cuanto más ocultas tiene una cosa sus causas, tanto más es maravillosa.

2. Si, pues, nos encontramos con un hombre que diga que escudriña los testimonios de Dios porque son maravillosos, estando llena de ellos toda la creación visible e invisible; ¿no lo reprendemos, diciéndole: No busques cosas más altas que tú, ni escudriñes cosas más fuertes que tú; sino que piensa siempre en lo que te ha mandado el Señor (Ecli. III, 22)? Pero si nos responde, y dice, Estas mismas cosas que el Señor ha mandado, y que me mandáis que piense, son maravillosos sus testimonios; pues testifican que él es Señor, porque manda, y bueno y grande, porque manda tales cosas: ¿nos atreveremos a apartar al hombre de su escudriñamiento, y no más bien a exhortarlo a que lo haga con diligencia, y dedique cuanto pueda a tan gran asunto? ¿O acaso admitiremos que los preceptos de Dios son testimonios de su bondad, pero negaremos que son maravillosos? Pues ¿qué hay de extraño en que un buen Señor mande cosas buenas? Más bien, eso mismo es lo que hay que admirar, y por qué es así hay que escudriñarlo, que siendo Dios bueno, haya dado una buena ley, que sin embargo no podía vivificar, ni había justicia alguna de la buena ley. Pues si se hubiera dado una ley que pudiera vivificar, ciertamente la justicia sería de la ley. ¿Por qué, pues, se dio una que no podía vivificar, y de la cual no había justicia alguna? Sin duda es admirable, sin duda es asombroso. Estos son, pues, los maravillosos testimonios de Dios: por eso el alma de este los ha escudriñado, porque de ellos no se le podría decir, No escudriñes cosas más fuertes que tú; sino que piensa siempre en lo que te ha mandado el Señor. Pues son ellos mismos los que el Señor nos ha mandado; y por eso deben ser pensados siempre. Más bien, veamos qué ha encontrado el alma de este que los ha escudriñado.

3. [vers. 130.] La manifestación, dice, de tus palabras ilumina, y hace entender a los pequeños. ¿Qué es pequeño, sino humilde e indefenso? No te enorgullezcas, no presumas de tu fuerza, que no es ninguna; y entenderás por qué se dio una buena ley de un buen Dios, que sin embargo no podía vivificar. Pues se dio para que te hiciera pequeño de grande, para que te mostrara que no tienes fuerzas de ti mismo para cumplir la ley; y así, necesitado y

menesteroso de ayuda, huyeras a la gracia, y clamaras: Ten misericordia de mí, Señor, porque estoy enfermo (Salmo VI, 3). Esto, pues, escudriñando, entendió este pequeño, lo que el menor de los Apóstoles, es decir, el pequeño, mostró, que por eso se dio la ley que no podía vivificar, porque la Escritura encerró todo bajo pecado, para que la promesa por la fe de Jesucristo se diera a los creyentes (Gál. III, 21, 22). Así, Señor, así haz, misericordioso Señor; manda lo que no se puede cumplir, más bien manda lo que no se puede cumplir sino por tu gracia: para que cuando los hombres no puedan cumplirlo por sus fuerzas, toda boca se cierre, y nadie se vea grande a sí mismo. Sean todos pequeños, y sea reo todo el mundo ante ti: porque no se justificará por la ley toda carne ante ti; porque por la ley es el conocimiento del pecado. Pero ahora sin la ley se ha manifestado tu justicia, teniendo testimonio de la Ley y los Profetas (Rom. III, 19-21). Estos son los maravillosos testimonios tuyos, que el alma de este pequeño ha escudriñado; y por eso encontró, porque se humilló, y se hizo pequeño. Pues ¿quién hace tus mandamientos como deben hacerse, es decir, por la fe que obra por el amor (Gál. V, 6), sino aquel en cuyo corazón se difunde el mismo amor por el Espíritu Santo (Rom. V, 5)?

4. [vers. 131.] Esto también confiesa este pequeño: Mi boca, dice, abrí, y atraje el espíritu, porque deseaba tus mandamientos. ¿Qué deseaba, sino hacer los mandamientos divinos? Pero no tenía de dónde hacerlos el débil fuerte, el pequeño grande: abrió la boca, confesando que por sí mismo no lo hacía; y atrajo de donde hacerlo: abrió la boca pidiendo, buscando, llamando; y sediento bebió el Espíritu bueno, de donde hacer lo que por sí mismo no podía, el mandamiento santo y justo y bueno (Id. VII, 12). Pues si nosotros, siendo malos, sabemos dar buenas dádivas a nuestros hijos; cuánto más nuestro Padre del cielo dará el Espíritu bueno a los que se lo piden (Lucas XI, 10, 13)? Pues no los que actúan por su propio espíritu, sino todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios (Rom. VIII, 14): no porque ellos no hagan nada; sino para que no hagan nada bueno, son guiados por el bueno para que hagan. Pues tanto más se hace uno buen hijo, cuanto más abundantemente se le da del Padre el Espíritu bueno.

5. [vers. 132.] Por tanto, este aún pide. Abrió la boca, y atrajo el espíritu; pero aún llama al Padre, y busca: bebió, pero cuanto más dulcemente lo sintió, tanto más ardientemente aún tiene sed. Escucha las palabras del sediento: Mira, dice, en mí, y ten misericordia de mí según el juicio de los que aman tu nombre: es decir, según el juicio que hiciste en ellos, que aman tu nombre; porque para que te amaran, primero los amaste. Pues así dice el apóstol Juan, Nosotros amamos, dice, a Dios: y como si se buscara la causa que nos hizo amar; añadió, Porque él nos amó primero (I Juan IV, 19).

6. [vers. 133.] Observa también lo que dice de manera clarísima: Dirige mis pasos según tu palabra, y no se enseñoree de mí ninguna iniquidad. ¿Qué otra cosa dice aquí sino, Hazme recto y libre según tu promesa? Cuanto más reina en cualquiera la caridad de Dios, tanto menos le domina la iniquidad. ¿Qué otra cosa pide, entonces, sino que, con el don de Dios, ame a Dios? Pues amando a Dios, se ama a sí mismo, para poder amar saludablemente también al prójimo como a sí mismo: en estos mandamientos se basa toda la Ley y los Profetas (Mat. XXII, 37, 40). ¿Qué, pues, ora, sino que los mandamientos que Dios impone ordenando, se cumplan con su ayuda?

7. [vers. 134.] Pero, ¿qué significa lo que dice, Líbrame de las calumnias de los hombres, y guardaré tus mandamientos? Si esos hombres le imputan verdaderos crímenes, no calumnian: si son falsos, ¿por qué desea ser librado de las calumnias, es decir, de los falsos crímenes, que no pueden dañarle? Pues un falso crimen, que es calumnia, no hace culpable al hombre, salvo

ante un juez humano: donde Dios es juez, nadie es herido por un falso crimen; porque no se imputa a quien se le acusa, sino más bien al acusador. ¿O es aquí la oración prefigurada de la Iglesia, y de todo el pueblo cristiano, que fue redimido de las calumnias de los hombres, con las que los cristianos eran acosados por todas partes? Pero, ¿acaso por eso guarda los mandamientos de Dios? ¿No es cierto que entre esas mismas calumnias, cuando ardían, el pueblo santo guardaba mucho más gloriosamente los mandamientos de Dios en las tribulaciones, cuando no cedía a los perseguidores para cometer impiedades? Pero sin duda esto es, Líbrame de las calumnias de los hombres, y guardaré tus mandamientos: Actúa tú, infundiendo tu Espíritu, para que las calumnias de los hombres no me venzan con sus terrores, y me aparten de tus mandamientos para llevarme a sus malas acciones. Pues si haces esto conmigo, es decir, si de este modo me redimes de sus calumnias, para que no tema las falsas acusaciones que me imputan, con la paciencia otorgada; entre esas mismas calumnias guardaré tus mandamientos.

8. [vers. 135.] Ilumina tu rostro, dice, sobre tu siervo: es decir, manifiesta tu presencia, socorriendo y ayudando. Y enséñame tus justificaciones. Enséñame, ciertamente, para que las cumpla: lo cual se lee más claramente en otro lugar, Enséñame para que haga tu voluntad (Sal. CXLII, 10). Pues quienes oyen, aunque retengan en la memoria lo que oyen, no deben considerarse que han aprendido, si no lo hacen. Porque es palabra de verdad, Todo el que oyó al Padre y aprendió, viene a mí (Juan VI, 45). Por tanto, quien no hace, es decir, no viene, no ha aprendido.

9. [vers. 136.] Recordando, sin embargo, el dolor del arrepentimiento por su transgresión, dice, Corrientes de agua descendieron de mis ojos, porque no guardaron tu ley: es decir, mis propios ojos. Pues en algunos códices también se lee esto, Porque no guardé tu ley. Descendieron, entonces, corrientes de agua, es decir, efusiones de lágrimas. Y con esa expresión con la que pudo decir, Montañas descendieron mis pies; aunque no dijera, por las montañas, o, en las montañas: con esa expresión se dice, Bajó las escaleras, aunque no se diga, por las escaleras; o, Bajó a la piscina, aunque no se diga, en la piscina. Y bien dice, descendieron, por la humildad del arrepentimiento. Pues ascendieron, cuando por la soberbia contumaz se habían erguido y elevado. Pues se creían estar en lo alto, cuando ignorando la justicia de Dios, querían establecer la suya propia (Rom. X, 3): en la cual fatigados y confundidos por la transgresión de la ley, descendieron llorando de aquella elevación, para obtener la justicia de Dios más bien arrepintiéndose. Hay códices que no tienen descendieron, sino pasaron, como si exageradamente dijera que pasó llorando las fuentes de las aguas; para que entendamos esto como corrientes de agua: es decir, que lloró más de lo que manan las aguas de sus fuentes. Pero, ¿por qué se llora tanto la ley no guardada, sino para obtener la gracia, que borra la iniquidad del penitente, y ayuda la voluntad del creyente?

SERMO XXVIII.

1. [vers. 137, 138.] Había dicho anteriormente quien canta este salmo, Corrientes de agua descendieron de mis ojos, porque no guardaron tu ley: donde testificó haber llorado mucho su transgresión. Por tanto, como dando razón de por qué debía llorar mucho y dolerse gravemente de su pecado, dice, Justo eres, Señor, y recto es tu juicio. Mandaste justicia tus testimonios, y tu verdad en gran manera. Esta justicia de Dios, recto juicio y verdad, es ciertamente temida por todo pecador: pues por ella son condenados divinamente todos los que son condenados; y no hay absolutamente nadie que pueda quejarse con razón de su condenación contra Dios justo. De ahí el llanto recto del penitente; porque si su corazón impenitente fuera condenado, ciertamente sería condenado con toda justicia. Ciertamente

llama justicia a los testimonios de Dios: pues se prueba justo mandando justicia. También es esta la verdad, para que Dios sea conocido por tales testimonios.

2. [vers. 139.] Pero, ¿qué significa lo que sigue: Me consumió mi celo; o, como tienen otros códices, tu celo? Algunos también tienen, de tu casa: y no, me consumió; sino, me devoró. Lo cual, según me parece, se pensó corregir de otro salmo, donde está escrito, El celo de tu casa me devoró: lo cual sabemos que también se recuerda en el Evangelio (Sal. LXVIII, 10; Juan II, 17). Sin embargo, algo similar es, me consumió, a lo que allí es, me devoró. Pero el celo mío, que tienen varios códices, no plantea ninguna cuestión: pues, ¿qué tiene de extraño si alguien se consume por su propio celo? Lo que tienen algunos, tu celo, significa al hombre celoso por Dios, no por sí mismo; pero no se opone si también se dice mío. Pues, ¿qué otra cosa dice el Apóstol, Os celo por Dios, con celo de Dios? Pues al decir, Os celo, ¿qué otra cosa muestra sino su propio celo? Pero porque dijo, por Dios, es decir, no por sí mismo, sino por Dios; por eso añadió, con celo de Dios. Pues este celo lo inspira Dios a sus fieles con su Espíritu: es de amor, no de envidia. Pues, ¿cuál fue la preocupación para que el Apóstol dijera esto? «Os he desposado,» dice, «con un solo esposo para presentaros como una virgen casta a Cristo: pero temo que como la serpiente engañó a Eva con su astucia, así también vuestras mentes se corrompan de la simplicidad y castidad que hay en Cristo» (II Cor. XI, 2, 3). Le devoraba el celo de la casa de Dios, que sin embargo celaba para Cristo, no para sí mismo. Pues el esposo cela a su esposa para sí mismo: pero el amigo del esposo no debe celarla para sí mismo, sino para el esposo. Por tanto, este celo debe entenderse como bueno: pues añade la causa y dice, Porque se olvidaron de tus palabras mis enemigos. Retribuían, pues, mal por bien; porque los celaba para Dios tan vehementemente y ardientemente, que decía estar consumido por ese celo; pero ellos ejercían enemistades contra él por esto: porque ciertamente quería que amaran a Dios, a quienes amaba celándolos. Pues no ingrato a la gracia de Dios, por la cual había sido reconciliado con Dios de enemigo, también él amaba a sus enemigos, y los celaba para Dios, dolido y consumido porque se habían olvidado de sus palabras.

3. [vers. 140.] Luego, considerando él mismo, en las palabras de Dios qué llama de amor ardía: Tu palabra, dice, es muy pura, y tu siervo la ama. Con razón celaba en sus enemigos un corazón impenitente, que se habían olvidado de las palabras de Dios: pues ardía por llevarlos a lo que él mismo amaba ardientemente.

4. [vers. 141.] Soy joven, dice, y despreciado; tus justificaciones no he olvidado: no como mis enemigos, que se olvidaron de tus palabras. Sin embargo, parece que el menor en edad, no olvidado de las justificaciones de Dios, se duele por sus enemigos mayores en edad que se olvidaron. Pues, ¿qué significa, Soy joven y no he olvidado, sino, Ellos mayores se olvidaron? Νεώτερος es en griego, lo que también está en aquel lugar donde se dice, ¿Con qué corregirá el joven su camino? Pero este nombre es comparativo, y por eso bien se entiende en comparación con el mayor. Reconozcamos, pues, aquí a dos pueblos, que también luchaban en el vientre de Rebeca; cuando no por obras, sino por el que llama se le dijo, El mayor servirá al menor (Gen. XXV, 22, 23; Rom. IX, 12, 13). Pero se dice aquí despreciado este menor; por eso se hizo mayor: porque Dios eligió lo ignoble y despreciable del mundo, y lo que no es, como si fuera, para que lo que es sea anulado (I Cor. I, 28); y he aquí que son los últimos que eran los primeros, y los primeros que eran los últimos (Mat. XX, 16).

5. [vers. 142.] No sin razón se olvidaron de las palabras de Dios, quienes querían establecer su propia justicia, ignorando la justicia de Dios (Rom. X, 3): pero este joven no se olvidó, quien no quiso tener su propia justicia, sino la de Dios, de la cual también ahora dice, Tu

justicia es justicia eterna, y tu ley es verdad. Pues, ¿cómo no es verdad la ley, por la cual es el conocimiento del pecado, y que da testimonio de la justicia de Dios? Pues así dice el Apóstol: La justicia de Dios se ha manifestado, testificada por la Ley y los Profetas (Id. III, 20, 21).

6. [vers. 143.] Por esta razón sufrió persecución el joven por parte del mayor, para que dijera el joven lo que sigue: Tribulación y angustia me hallaron, tus mandamientos son mi meditación. Que se ensañen, que persigan; con tal de que no se abandonen los mandamientos de Dios, y que incluso de esos mandamientos se ame a quienes se ensañan.

7. [vers. 144.] Justicia son tus testimonios para siempre, dame entendimiento, y viviré. Este joven pide entendimiento; que si no lo tuviera, no entendería más que los ancianos: pero lo pide en tribulación y angustia, para que entienda cuán despreciable es lo que le pueden quitar los enemigos perseguidores, de quienes dice ser despreciado. Por eso dijo, y viviré: porque si la tribulación y la angustia llegan al punto de que por las manos de los enemigos perseguidores se termine esta vida; vivirá eternamente, quien prefiere la justicia, que permanece para siempre, a las cosas temporales. Esta justicia en tribulación y angustia son los martirios de Dios, es decir, los testimonios, por los cuales son coronados los mártires.

SERMO XXIX.

1. [vers. 145] El clamor al Señor, que se hace por los que oran, si se hace con el sonido de la voz corporal, sin el corazón dirigido a Dios; ¿quién duda que se hace en vano? Pero si se hace con el corazón, incluso con el silencio de la voz del cuerpo; puede ocultarse a cualquier otro hombre, no a Dios. Por tanto, ya sea con la voz de la carne, cuando es necesario, ya sea en silencio, al orar a Dios, se debe clamar con el corazón. Pero el clamor del corazón es una gran intensidad de pensamiento; que cuando está en la oración, expresa un gran afecto del que desea y pide, para que no desespere del efecto: Entonces se clama con todo el corazón, cuando no se piensa en otra cosa. Tales oraciones son raras para muchos, frecuentes para pocos; pero si son para alguien, no lo sé. Tal es la oración que recuerda quien canta este salmo, diciendo: Clamé con todo mi corazón; escúchame, Señor. ¿Para qué sirve su clamor, entonces, añadió: Buscaré tus justificaciones. Para esto, pues, clamó con todo su corazón, y esto deseó para sí del Señor que escucha, que busque sus justificaciones. Por tanto, lo que se nos manda hacer, que busquemos, se ora. ¿Cuán lejos está aún de hacer quien busca? Pues no es consecuente que quien busca, encuentre; ni que quien encuentra, haga: pero no puede hacer si no encuentra; y no puede encontrar si no busca. Pero el Señor Jesús dio gran esperanza diciendo: Buscad, y encontraréis. Pero nuevamente dice la sabiduría (¿qué es, sino él mismo?), Me buscarán los malos, y no me encontrarán. No se dijo, pues, a los malos, sino a los buenos, Buscad, y encontraréis. Más bien se dijo a aquellos, a quienes en ese mismo lugar poco después, Si vosotros, pues, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos (Mat. VII, 7, 11). ¿Cómo, pues, se dice a los malos, Buscad, y encontraréis; cuando nuevamente se dice, Me buscarán los malos, y no me encontrarán? ¿O quería el Señor que buscaran otra cosa que no fuera la sabiduría, cuando les prometía que encontrarían si buscaban? Pues en ella están todas las cosas que deben buscarse por quienes desean ser bienaventurados. Por tanto, allí están también las justificaciones de Dios. Por lo cual queda que entendamos, no todos los malos no encuentran la sabiduría, si la buscan; sino aquellos que son tan malos, que la odian. Pues así dijo: Me buscarán los malos, y no me encontrarán; porque odiaron la sabiduría (Prov. I, 28, 29). Por eso no encuentran, porque odian. Pero nuevamente si odian, ¿cómo buscan; sino porque no la buscan por ella misma, sino por algo que los malos aman, y creen que más fácilmente llegarán a ello a través de ella? Pues muchos son los que buscan con gran diligencia las palabras de la sabiduría, y quieren tenerla en la doctrina, no en la vida; para que no por los hábitos que ordena la sabiduría, lleguen a la luz de

Dios, que es la misma sabiduría, sino por las palabras que tiene la sabiduría, lleguen a la alabanza de los hombres, que es la vana gloria. No buscan, pues, la sabiduría ni siquiera cuando la buscan; porque no buscan a ella misma, de lo contrario vivirían según ella: pero quieren ser inflados por sus palabras; y cuanto más se inflan, tanto más se alejan de ella. Pero este, pidiendo esto mismo al Señor, que le manda hacer el Señor, para que él también opere en él lo que manda; pues Dios es quien obra en nosotros tanto el querer como el hacer, por su buena voluntad (Filip. II, 13): Clamé, dice, con todo mi corazón; escúchame, Señor: buscaré tus justificaciones: ciertamente para hacerlas, no solo para saberlas; no sea que se asemeje a aquel siervo duro; que aunque entienda, no obedecerá (Prov. XXIX, 19).

2. [vers. 146.] Clamé; sálvame: o, como tienen algunos códices tanto griegos como latinos, Clamé a ti; sálvame. ¿Qué es, Clamé a ti, sino, clamando te invoqué? Pero cuando dijo, sálvame, ¿qué añadió? Y guardaré tus testimonios: para que no te niegue por debilidad. Pues la salvación del alma hace que se haga lo que se conoce que debe hacerse, y hasta la muerte del cuerpo, si lo exige la extrema tentación, se luche por la verdad de los testimonios divinos: donde no hay salvación, la debilidad sucumbe, y se abandona la verdad.

3. [vers. 147.] Pero lo que sigue tiene algo de oscuridad, que a veces debe ser explicado más extensamente. Me anticipé en la noche intempestiva, y clamé. Muchos códices no tienen, intempestiva noche; sino, inmadurez: pero apenas se encontró uno que tuviera la preposición duplicada, es decir, en inmadurez. La inmadurez, por tanto, en este lugar es el tiempo nocturno, que no es maduro, es decir, oportuno para hacer algo vigilando: lo que también suele decirse en el vulgo, hora inoportuna. La noche también intempestiva, es decir, media, cuando se debe descansar, sin duda se llama así porque es inoportuna para las acciones de los vigilantes. Pues los antiguos llamaron oportuno a lo tempestivo; e intempestivo, a lo inoportuno: derivado del tiempo, no de aquella tempestad, que por costumbre de la lengua latina ya se llama perturbación del cielo. Aunque este verbo lo usan con gusto los historiadores, para decir, En esa tempestad, lo que quieren que se entienda En ese tiempo: y lo que dice el ilustre orador, ¿De dónde esta tan clara de repente Tempestad? (Virg. Aen. IX, 19, 20.) no significó el cielo turbado por nubes o vientos, sino más bien una serenidad súbita y resplandeciente. Lo que, pues, se dijo en griego ἐν ἀωρίᾳ, no con una palabra, sino con dos, es decir, preposición y nombre; esto algunos de nuestros intérpretes dijeron, intempestiva noche, más, inmadurez, no con dos palabras, sino con una, cuyo nominativo es inmadurez; pero algunos en dos palabras, como el griego puso, en inmadurez; ἀωρία es inmadurez, ἐν ἀωρίᾳ, en inmadurez: como si también aquel que dijo, intempestiva noche, quisiera decir con preposición duplicada, en intempestiva; para que una preposición signifique en qué hora, otra pertenezca a la composición del nombre. Ciertamente no importa para el sentido, si alguien dice haber hecho algo al canto del gallo, o, en el canto del gallo: así no importaría, si intempestiva, o en intempestiva noche, es decir, en noche intempestiva clamó. Sin embargo, el griego dijo en noche intempestiva, lo que es lo mismo que si se dijera, en inmadurez, es decir, en tiempo nocturno inmaduro. Hasta aquí se ha discutido sobre la palabra oscura; ahora veamos cuál es el sentido.

4. Me anticipé, dice, en la noche intempestiva, y clamé; en tus palabras esperé. Si esto lo referimos a cada uno de los fieles, y a la propiedad de la cosa hecha; a menudo sucede que a tal hora de la noche vigila el amor de Dios, y con el gran impulso del afecto de oración, no se espera sino que se anticipa lo que después del canto del gallo suele ser tiempo de orar. Pero si entendemos todo este siglo como noche; ciertamente clamamos a Dios en la noche intempestiva, y anticipamos la madurez del tiempo en que nos devolverá lo que prometió, como se lee en otro lugar: Anticipemos su rostro con confesión (Sal. XCIV, 2). Aunque si queremos entender el tiempo inmaduro de esta noche, antes de que llegara la plenitud del

tiempo, es decir, la misma madurez, cuando Cristo se manifestara en la carne (Gál. IV, 4); tampoco entonces la Iglesia calló, sino que anticipándose a esa madurez, clamó profetizando, y en las palabras de Dios esperó al poderoso para hacer lo que prometió, que en la simiente de Abraham serían bendecidas todas las naciones (Gen. XII, 3; y XXII, 18).

5. [vers. 148.] Ella y lo que sigue dice: "Mis ojos se adelantaron al amanecer, para meditar tus palabras." Pongamos que el amanecer es cuando a los que estaban sentados en la sombra de la muerte, les ha nacido la luz (Isaías IX, 2); ¿no es cierto que en los santos que antes estaban en la tierra, los ojos de la Iglesia se adelantaron a este amanecer, porque previeron de antemano que esto sucedería, para meditar las palabras de Dios, que entonces existían, y en la Ley y los Profetas anunciaban que esto sucedería?

6. [vers. 149.] "Escucha mi voz, Señor, según tu misericordia: y según tu juicio vivifícame." Primero, Dios quita a los pecadores el castigo según su misericordia, y luego les dará vida a los justos según su juicio; porque no en vano se le dice en este orden: "Cantaré misericordia y juicio a ti, Señor" (Salmo C, 1): aunque también el tiempo de la misericordia no está sin juicio, de lo cual dice el Apóstol: "Si nos juzgáramos a nosotros mismos, no seríamos juzgados por el Señor; pero cuando somos juzgados, somos corregidos por el Señor, para que no seamos condenados con el mundo" (I Cor. XI, 31, 32); y su coapóstol dice: "Es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios: y si comienza por nosotros; ¿cuál será el fin de los que no creen en el Evangelio del Señor?" (I Pedro IV, 17). Y el último tiempo del juicio no será sin misericordia, porque "te corona", dice el salmo, "con misericordia y compasión" (Salmo CII, 4). Pero el juicio sin misericordia es para los que no mostraron misericordia (Santiago II, 13).

7. [vers. 150.] "Se acercaron", dice, "los que me persiguen con iniquidad"; o, como tienen algunos códices, "injustamente". Se acercan entonces los que persiguen, cuando llegan hasta la carne para torturarla y destruirla. De ahí el salmo veintiuno, donde se profetiza la pasión del Señor: "No te alejes de mí, porque la tribulación está cerca" (Salmo XXI, 12); cuando se dicen cosas que no se sufrieron con la pasión inminente, sino ya presente. Pero llamó cercana a la tribulación que se hacía en la carne; pues nada es más cercano al alma que la carne que lleva. Se acercaron, pues, los perseguidores, afligiendo la carne de aquellos a quienes perseguían. Pero presta atención a lo que sigue: "Pero se alejaron de tu ley." Cuanto más se acercaron a los justos para perseguirlos, tanto más se alejaron de la justicia. Pero, ¿qué daño hicieron a aquellos a quienes se acercaron persiguiéndolos, cuando la cercanía interior del Señor de ellos, de quien nunca son abandonados, es mayor?

8. [vers. 151.] Finalmente sigue: "Tú estás cerca, Señor, y todos tus caminos son verdad." Incluso en sus tribulaciones, el atribuir a Dios la verdad de que no las sufren inmerecidamente, es una confesión habitual de los santos. Así la reina Esther (Ester XIV, 6, 7), así el santo Daniel (Dan. IX, 4, 15), así los tres hombres en el horno (Id. III, 24-31), así otros compañeros de su santidad confiesan. Pero se puede preguntar cómo aquí se dice: "Todos tus caminos son verdad"; cuando en otro salmo se lee: "Todos los caminos del Señor son misericordia y verdad" (Salmo XXIV, 10). Pero para los santos, todos los caminos del Señor son misericordia, y todos los caminos del Señor son verdad: porque en el juicio también ayuda, y así no falta la misericordia; y en la misericordia muestra lo que prometió, para que no falte la verdad. Pero para todos, tanto a los que libera como a los que condena, todos los caminos del Señor son misericordia y verdad; porque donde no tiene misericordia, se muestra la verdad de la venganza. Pues a muchos libera inmerecidamente, pero a nadie condena inmerecidamente.

9. [vers. 152]. "Desde el principio conocí", dice, "de tus testimonios, que los fundaste para siempre." Lo que el griego dice, καταρχὰς, algunos de los nuestros lo han interpretado como "desde el principio", otros como "en el principio", y otros como "en los principios". Pero los que prefirieron decirlo en plural, siguieron la locución griega. Sin embargo, en la lengua latina es más usual decir "desde el principio" o "en el principio", lo que en griego se dice καταρχὰς como si fuera en plural, pero se dice adverbialmente: es como cuando decimos "Alias hago esto"; parece que decimos un número plural del género femenino, pero es un adverbio, y significa "En otro tiempo". ¿Qué significa entonces, "Desde el principio conocí", o más bien, para decirlo también adverbialmente, "En el principio conocí de tus testimonios, que los fundaste para siempre"? Dice que los testimonios del Señor fueron fundados para siempre, y testifica que lo conoció desde el principio, y que no lo conoció de otra manera que de los mismos testimonios. ¿Cuáles son esos testimonios, sino aquellos por los cuales Dios testificó que daría a sus hijos un reino eterno? Y porque testificó que lo daría en su Unigénito, de quien se dijo: "Y su reino no tendrá fin" (Lucas I, 33); dijo que esos testimonios fueron fundados para siempre, porque lo que Dios prometió a través de ellos es eterno. Pues los mismos testimonios no serán necesarios cuando se vea la realidad misma, para cuya creencia ahora se requieren testimonios. Y por eso se entiende bien que se dijo "los fundaste", porque en Cristo se muestran verdaderos. Pues nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, que es Cristo Jesús (I Cor. III, 11). ¿De dónde conoció esto entonces desde el principio, sino porque habla la Iglesia, que no ha faltado en la tierra desde el principio del género humano, cuyas primicias es el santo Abel, inmolado también él (Gén. IV, 8) en testimonio de la futura sangre del Mediador que sería derramada por un hermano impío? Pues también se dijo desde el principio: "Serán dos en una sola carne" (Id. II, 24): lo cual el apóstol Pablo exponiendo, dice: "Yo digo en Cristo y en la Iglesia" (Efes. V, 32).

SERMO XXX.

1. [vers. 153.] Nadie constituido en el cuerpo de Cristo debe considerar ajena a sí mismo esta voz (pues en verdad todo el cuerpo de Cristo, puesto en esta humildad, dice), de donde comienza la lectura de este salmo, sobre la cual ahora hemos emprendido discutir: "Mira mi humildad, y líbrame; porque no he olvidado tu ley." En este lugar no entendemos ninguna ley de Dios más convenientemente, sino aquella en la que está fijado inmutablemente que todo el que se exalta, será humillado, y todo el que se humilla, será exaltado (Lucas XIV, 11; y XVIII, 14). Por tanto, el soberbio es atado con males para que sea humillado; el humilde es librado de los males para que sea exaltado.

2. [vers. 154.] "Juzga", dice, "mi causa, y redímeme." De alguna manera, la sentencia anterior se repite. Pues lo que dice, "Mira mi humildad"; es lo mismo que "Juzga mi causa": y lo que dice, "y líbrame"; es lo mismo que "y redímeme." Lo que se dijo antes, "porque no he olvidado tu ley"; concuerda con lo que está más abajo, "por tu palabra vivifícame." Pues la misma palabra es la ley de Dios, que no ha olvidado, para humillarse siendo exaltado. A la misma exaltación pertenece lo que dice, "Vivifícame"; porque la exaltación de los santos es la vida eterna.

3. [vers. 155.] "Lejos está", dice, "de los pecadores la salvación; porque no buscaron tus justificaciones." ¿Quién te distingue, oh tú que dijiste, "Lejos está de los pecadores la salvación"? ¿quién te distingue de los pecadores, para que la salvación no esté lejos de ti, sino contigo? Esto te distingue, que lo que ellos no hicieron, tú lo hiciste, es decir, buscaste las justificaciones de Dios. ¿Y qué tienes que no hayas recibido (I Cor. IV, 7)? ¿No eres tú quien poco antes decía, "Clamé con todo mi corazón; escúchame, Señor: buscaré tus

justificaciones"? Por tanto, de aquel a quien clamaste, para que las buscaras, lo recibiste. Él te distingue, pues, de aquellos de quienes la salvación está lejos, porque no buscaron las justificaciones de Dios.

4. [vers. 156.] También él lo vio. Pues no lo vería yo, si no lo viera en él, si no estuviera en él. Porque estas son palabras del cuerpo de Cristo, del cual somos miembros. Lo vio, digo, y enseguida añadió: "Tus misericordias son muchas, Señor." También esto, pues, que buscamos tus justificaciones, pertenece a tus misericordias. "Según tu juicio vivifícame." Pues sé que también tu juicio no será sin tu misericordia sobre mí.

5. [vers. 157.] "Muchos son los que me persiguen y me afligen; de tus testimonios no me he desviado." Ha sucedido, lo sabemos, lo recordamos, lo reconocemos. Toda la tierra está teñida de púrpura con la sangre de los mártires; el cielo florece con las coronas de los mártires, las iglesias están adornadas con las memorias de los mártires, los tiempos están marcados con los natalicios de los mártires, las sanidades se multiplican por los méritos de los mártires. ¿De dónde esto, sino porque se ha cumplido lo que se predijo de este hombre difundido por todo el orbe de la tierra, "Muchos son los que me persiguen y me afligen; de tus testimonios no me he desviado"? Lo reconocemos, y damos gracias al Señor nuestro Dios. Pues tú, hombre, tú en otro salmo, tú mismo dijiste: "Si no hubiera estado el Señor con nosotros, tal vez nos habrían tragado vivos" (Salmo CXXIII, 2, 3). He aquí por qué no te desviaste de sus testimonios, y llegaste a la palma de la vocación celestial entre las manos de muchos que te perseguían y afligían.

6. [vers. 158.] "Vi", dice, "a los insensatos, y me consumía"; o, como tienen otros códices, "Vi a los que no guardan el pacto"; y esto lo tienen más. Pero, ¿quiénes son los que no guardaron el pacto, sino los que se desviaron de los testimonios de Dios, no soportando las tribulaciones de muchos que los perseguían? Este es el pacto, que el que venza, sea coronado. No guardaron este pacto los que, no soportando la persecución, se desviaron de los testimonios de Dios negándolos. Por tanto, este los vio, y se consumía, porque los amaba. Pues es un celo bueno, que viene del amor, no de la envidia. En lo que no guardaron el pacto, añadió: "Porque no guardaron tus palabras." Pues en las tribulaciones las negaron.

7. [vers. 159.] Y se recomienda a sí mismo este, diferenciándose de ellos, y dice: "Mira que he amado tus mandamientos." No dice, "No negué tus palabras o testimonios", que es lo que los mártires eran obligados a hacer, y no haciéndolo sufrían cosas intolerables: sino que dijo esto donde está el fruto de todas las pasiones; porque si entrego mi cuerpo para ser quemado, pero no tengo amor, de nada me sirve (I Cor. XIII, 3). Recomendando este amor, dice: "Mira que he amado tus mandamientos." Luego pidió la recompensa: "Señor, en tu misericordia vivifícame." Estos matan, tú vivifica. Pero si se pide la recompensa en misericordia, que debe ser dada por justicia; cuánto más se ha otorgado misericordia, para que se obtuviera la victoria a la que se debe la recompensa.

8. [vers. 160.] "El principio", dice, "de tus palabras es la verdad, y para siempre son todos los juicios de tu justicia." De tu verdad, dice, proceden tus palabras, y por eso son verdaderas, y no engañan a nadie, a quienes se les anuncia vida al justo, castigo al impío. Pues estos son para siempre los juicios de la justicia de Dios.

SERMO XXXI.

1. [vers. 161.] Las persecuciones que el cuerpo de Cristo, es decir, la santa Iglesia, ha sufrido de los reyes de la tierra, las conocemos. Reconozcamos, pues, aquí también sus palabras

diciendo: "Los príncipes me persiguieron sin causa, y mi corazón temió tus palabras." Pues, ¿qué daño hicieron los cristianos a los reinos terrenales, aunque su rey les prometió el reino de los cielos? ¿Qué, digo, daño hicieron a los reinos terrenales? ¿Acaso su rey prohibió a sus soldados pagar y exhibir lo que se debe a los reyes de la tierra? ¿No fue él quien, cuando los judíos le calumniaban por esto, dijo: "Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios" (Mateo XXII, 21)? ¿No pagó él mismo el tributo del pez (Id. XVII, 23-26)? ¿No fue su precursor quien, a los soldados de este reino que le preguntaban qué debían hacer para la salvación eterna, no les dijo: "Desatad el cinturón, arrojad las armas, abandonad a vuestro rey, para que podáis servir al Señor"; sino que dijo: "No hagáis violencia a nadie, no calumniéis a nadie; contentaos con vuestro salario" (Lucas III, 14)? ¿No fue uno de sus soldados y su amado compañero quien dijo a sus compañeros de armas, y de alguna manera a los provinciales de Cristo: "Toda alma esté sujeta a las potestades superiores"? Y poco después dijo: "Pagad a todos lo que debéis: al que tributo, tributo; al que impuesto, impuesto; al que temor, temor; al que honor, honor. No debáis nada a nadie, sino el amaros unos a otros" (Rom. XIII, 1, 7 y 8). ¿No mandó que la Iglesia orara también por esos reyes (I Tim. II, 1, 2)? ¿Qué, pues, ofendieron los cristianos a los reyes terrenales? ¿Qué deuda no pagaron? ¿En qué no obedecieron los cristianos a los reyes terrenales? Por tanto, los reyes terrenales persiguieron a los cristianos sin causa. Pero presta atención a lo que añadió: "Y mi corazón temió tus palabras." Pues ellos también tenían palabras amenazantes: "Expulso, proscribo, mato, torturo con garras, quemo con fuego, azuzo bestias, desgarro miembros": pero tus palabras me atemorizaron más: "No temáis a los que matan el cuerpo, y después no tienen qué hacer; sino temed a aquel que tiene poder para destruir tanto el cuerpo como el alma en el infierno" (Mateo X, 28). De estas palabras tuyas temió mi corazón; y desprecié al hombre que me perseguía, y vencí al diablo que me seducía.

2. [vers. 162.] Finalmente sigue: "Me regocijaré en tus palabras, como quien encuentra muchos despojos." Por esas palabras venció, de las cuales temió. Pues a los vencidos se les quitan los despojos; como fue vencido y despojado aquel de quien se dice en el Evangelio: "Nadie entra en la casa del fuerte, para saquear sus bienes, si no ata primero al fuerte" (Id. XII, 29). Pero se encontraron muchos despojos, cuando admirados de la paciencia de los mártires, incluso los que los perseguían creyeron; y los que intentaron dañar a nuestro rey con la pérdida de sus soldados, fueron además ganados por él. Por tanto, quien teme las palabras de Dios, para no ser vencido en la lucha, se regocija victorioso sobre esas mismas palabras.

3. [vers. 163.] Pues para que no pensáramos que de aquel temor pudo surgir odio a las palabras de Dios: aunque ya ha dicho, "Me regocijé en tus palabras", lo cual ciertamente no diría si las odiara; sin embargo, aún añadió, y dice: "Odié la injusticia, y la abominé; pero amé tu ley." Pues de aquellos a quienes la ley de Dios no es escándalo, sino a quienes aman a Dios. ¿Y qué tiene de triste la ley del padre para los buenos hijos? ¿Acaso porque a quien ama corrige, y azota a todo hijo que recibe (Hebr. XII, 6)? Pero quien rechaza estos juicios, no recibe las promesas. Por tanto, los juicios paternos deben ser alabados incluso en el castigo, si las promesas son amadas en la recompensa.

4. [vers. 164.] Así lo hace este, que dice: "Siete veces al día te alabé, por los juicios de tu justicia." Lo que dijo "Siete veces al día", significa "Siempre". Pues este número suele ser indicio de totalidad: por lo cual a los seis días de la operación divina, se añadió el séptimo de descanso (Gén. II, 2); y por los siete días que corren y se repiten, se vuelven todos los tiempos. No por otra razón se dijo: "Siete veces caerá el justo, y se levantará": es decir, el justo no perece, aunque sea humillado de muchas maneras, pero no prevarica, de lo contrario no será justo. Pues por todo tipo de tribulación, en la que a los ojos de los hombres es derribado, se puso "siete veces cae"; y por el hecho de que de todas esas tribulaciones

progresa, se puso "se levantará". La sentencia siguiente en ese libro ilustra suficientemente la anterior: pues allí sigue: "Pero los impíos se debilitarán en los males" (Prov. XXIV, 16). Esto es, pues, para el justo caer siete veces y levantarse, no debilitarse en todos los males. Por tanto, con razón la Iglesia alabó a Dios siete veces al día por los juicios de su justicia; porque cuando era tiempo de que el juicio comenzara por la casa de Dios (I Pedro IV, 17), en todas sus tribulaciones no se debilitó, sino que fue glorificada con las coronas de los mártires.

5. [vers. 165.] "Mucha paz", dice, "tienen los que aman tu ley, y no hay para ellos tropiezo." ¿Acaso la misma ley no es tropiezo para los que la aman, o para los que la aman no hay tropiezo de ninguna parte? Pero ambas cosas se entienden correctamente. Pues quien ama la ley de Dios, incluso lo que en ella no entiende lo honra; y lo que le parece sonar absurdamente, juzga que él mismo no lo entiende, y que algo grande está oculto allí: por eso la ley de Dios no es tropiezo para él. Para que no sufra ningún tropiezo en absoluto, no debe atender a los hombres de cualquier profesión santa de tal manera que su fe dependa de sus costumbres; para que, si caen algunos a quienes tenía por grandes, él mismo no perezca por el tropiezo: sino que ame la misma ley de Dios, y tendrá mucha paz, y ningún tropiezo. Pues seguro ama esa ley, en la que, aunque muchos pecan, ella misma no sabe pecar.

6. [vers. 166.] Esperaba, dice, tu salvación, Señor, y amé tus mandamientos. ¿De qué hubiera servido a los justos antiguos amar los mandamientos de Dios, si Cristo, que es la salvación de Dios, no los hubiera liberado? Pues por el Espíritu que les fue dado, pudieron amar los mandamientos de Dios. Si, por tanto, esperaban la salvación de Dios aquellos que amaron sus mandamientos, ¿cuánto más necesario era Jesús, es decir, la salvación de Dios, para salvar a aquellos que no amaron sus mandamientos? Esta profecía también puede aplicarse a los santos de estos tiempos, desde que la gracia revelada se predica en el Evangelio: pues esperan a Cristo quienes aman los mandamientos de Dios, para que cuando Cristo, nuestra vida, aparezca, también nosotros aparezcamos con Él en gloria (Colosenses III, 4).

7. [vers. 167, 168.] Mi alma ha guardado tus testimonios, dice, y los he amado mucho: o, como tienen algunos códices, amó, para que se entienda, mi alma. Los testimonios de Dios se guardan cuando no se niegan. Este es el oficio de los mártires, porque en griego los testimonios se llaman martyria. Pero porque ser quemado en las llamas por los testimonios de Dios sin caridad no aprovecha de nada (I Corintios XIII, 3), añadió: Y los he amado mucho. Antes había dicho: Amé tus mandamientos; luego, en el siguiente verso, tus testimonios, y los he guardado, y los he amado; después, y tus mandamientos, y tus testimonios he guardado; pues dice: He guardado tus mandamientos y tus testimonios. Porque quien ama, los guarda verdaderamente y con gusto. Muchas veces, al guardar los mandamientos de Dios, se hacen enemigos aquellos contra cuya voluntad se guardan: entonces, con valentía, también deben guardarse los testimonios, para que no se nieguen ante los enemigos que persiguen.

8. Así que, después de haber dicho que hizo ambas cosas, atribuye a Dios el mérito de haberlo hecho, añadiendo y diciendo: Porque todos mis caminos están ante ti, Señor. Por eso, dice, he guardado tus mandamientos y tus testimonios; porque todos mis caminos están ante ti. Como si dijera: Si apartaras de mí tu rostro, me turbaría, y no guardaría tus mandamientos y testimonios. He guardado, pues, porque todos mis caminos están ante ti. Con un rostro propicio y ayudador, quiso que se entendiera que Dios ve sus caminos; como oró quien dijo: No apartes tu rostro de mí (Salmo XXVI, 9). Pues ciertamente el rostro del Señor está también sobre los que hacen el mal, pero para borrar de la tierra su memoria (Salmo XXXIII, 17). No así, ciertamente, dijo este que sus caminos eran vistos por Él; sino como el Señor conoce los caminos de los justos (Salmo I, 6), y como dijo a Moisés: Te conozco sobre todos

(Éxodo XXXIII, 17). Pues si esto no ayudara al que camina, que sus caminos estén ante Dios, no diría que por eso guardó sus mandamientos y testimonios, porque todos sus caminos están ante el Señor. Pues sabe escuchar: Servid al Señor con temor, y alegraos con temblor: tomad la disciplina, no sea que se enoje el Señor, y perezcáis del camino justo (Salmo II, 11 y 12): porque si no estuviera ante el Señor, el camino no sería justo. Pues este temor y temblor también el apóstol Pablo lo impone a aquellos a quienes dice: Con temor y temblor trabajad en vuestra propia salvación: y explicando por qué lo dijo, Dios es, dice, quien obra en vosotros tanto el querer como el hacer, por su buena voluntad (Filipenses II, 12, 13). Por tanto, los caminos de los justos están ante el Señor, para que dirija sus pasos, pues son los caminos de los que está escrito en los Proverbios: Los caminos que están a la derecha, los conoce el Señor; pero son perversos, dice, los que están a la izquierda: para que entendamos que no los conoce el Señor, porque a los perversos les dirá: No os conozco (Mateo VII, 23). Además, para mostrar con qué fruto conoce el Señor los caminos que están a la derecha, es decir, de los justos, inmediatamente añadió: Porque Él hará rectos tus pasos, y tus caminos te llevará en paz (Proverbios IV, 27). He aquí por qué también este dice: He guardado tus mandamientos y tus testimonios. Y como si preguntáramos de dónde pudo: Porque todos, dice, mis caminos están ante ti, Señor.

SERMO XXXII.

1. [vers. 169.] Escuchemos ahora la voz del que ora: pues sabemos quién ora, y si no somos reprobos, nos reconocemos en los miembros de este que ora. Que mi oración se acerque a tu presencia, Señor: es decir, mi oración, que se hace en tu presencia, se acerque a ti. Porque el Señor está cerca de los que tienen el corazón quebrantado (Salmo XXXIII, 19). Según tu palabra, dame entendimiento. Pide lo prometido. Pues esto dice, Según tu palabra; como si dijera, según tu promesa. Porque el Señor prometió esto, cuando dijo: Te daré entendimiento (Salmo XXXI, 8).

2. [vers. 170.] Que mi súplica entre en tu presencia, Señor; según tu palabra, líbrame. Repite de alguna manera lo que pidió. Pues lo que antes dijo, Que mi oración se acerque a tu presencia, Señor; es similar a lo que dice después, Que mi súplica entre en tu presencia, Señor; y lo que antes, Según tu palabra, dame entendimiento; concuerda con lo que después, Según tu palabra, líbrame. Pues al recibir entendimiento, se libra quien por sí mismo, al no entender, se engaña.

3. [vers. 171.] Mis labios pronunciarán un himno, dice, cuando me enseñes tus justificaciones. Sabemos cómo enseña Dios a aquellos que son enseñables por Él. Porque todo el que ha oído del Padre y ha aprendido, viene a aquel que justifica al impío (Juan VI, 45): para que no solo reteniendo en la memoria, sino también haciendo, guarde las justificaciones de Dios. Así, quien se gloría, no se gloría en sí mismo, sino en el Señor (I Corintios I, 31), y se pronuncia un himno.

4. [vers. 172.] Pero ya que ha aprendido y ha alabado al maestro Dios, luego quiere enseñar. Mi lengua pronunciará tus palabras, dice, porque todos tus mandamientos son justicia. Cuando dice que pronunciará esto, ciertamente se convierte en ministro de la palabra. Aunque Dios enseña internamente; sin embargo, la fe viene por el oído: y ¿cómo oirán sin alguien que predique? (Romanos X, 17, 14). Pues aunque Dios da el crecimiento (I Corintios III, 7), no por eso se debe dejar de plantar y regar.

5. [vers. 173, 174.] Pero sabe qué peligros seguirán de los que contradicen y persiguen, cuando sea pronunciante de las palabras de Dios: por lo cual añadió: Que tu mano me salve;

porque he elegido tus mandamientos. Para no temer, y no solo mi corazón retenga, sino también mi lengua pronuncie tus palabras; he elegido tus mandamientos, y he reprimido el temor con amor. Que tu mano, pues, me salve de la mano ajena. Así Dios salvó a los mártires, cuando no permitió que fueran muertos en el alma: pues según la carne, vana es la salvación del hombre (Salmo LIX, 13). También puede entenderse así. Que tu mano sea, para que se entienda a Cristo como la mano de Dios; según aquello de Isaías: ¿Y a quién se ha revelado el brazo del Señor? (Isaías LIII, 1). Pues el Unigénito no fue hecho, cuando por Él fueron hechas todas las cosas (Juan I, 3); pero fue hecho del linaje de David (Romanos I, 3), para que fuera Jesús, es decir, Salvador, quien ya era Creador. Pero siendo familiar a la Escritura, Que tu mano sea; y, La mano del Señor fue hecha (Ezequiel I, 3, etc.): no sé si este sentido puede mantenerse en todos esos lugares. Sin embargo, al escuchar lo que sigue, Anhelé tu salvación, Señor; incluso con todos los enemigos reacios, que la salvación de Dios, Cristo, nos salga al encuentro: los justos antiguos lo confiesan verazmente, la Iglesia lo anheló viniendo de las entrañas de la madre, la Iglesia lo anhela viniendo a la derecha del Padre. Se añade a esta sentencia: Y tu ley es mi meditación: porque la ley da testimonio de Cristo.

6. [vers. 175.] Pero en esta fe, cuando se cree con el corazón para justicia, y con la boca se hace confesión para salvación (Romanos X, 10); aunque las naciones se enfurezcan, y los pueblos mediten cosas vanas (Salmo II, 1), ciertamente se mate la carne mientras te predica: Viva mi alma, y te alabará, y tus juicios me ayudarán. Pues aquellos juicios son, que era tiempo de que comenzaran por la casa del Señor (I Pedro IV, 17). Pero me ayudarán, dice. ¿Y quién no ve cuánto ha ayudado a la Iglesia la sangre de la Iglesia? ¿Cuánta cosecha ha surgido en todo el mundo de esa siembra?

7. [vers. 176.] Finalmente se revela a sí mismo, y muestra qué persona hablaba a lo largo del Salmo. Erré, dice, como oveja perdida; busca a tu siervo, porque no he olvidado tus mandamientos. Algunos códices no tienen busca, sino vivifica. Pues una sílaba diferencia, en griego, ζῆσον y ζήτησον: por lo cual también los códices griegos varían. Pero sea cual sea de estos, que la oveja perdida sea buscada, que la oveja perdida sea vivificada, por la cual su pastor dejó las noventa y nueve en los montes, y buscándola (Mateo XVIII, 12), fue desgarrado por las zarzas judías. Pero aún se busca, aún se busque, en parte encontrada aún se busque. Pues en esa parte, en la que dice este, No he olvidado tus mandamientos, ha sido encontrada; pero por aquellos que eligen, recogen, aman los mandamientos de Dios, aún se busca, y por la sangre de su pastor derramada y dispersa, se encuentra en todas las naciones.

8. Como he podido, tanto como el Señor me ha ayudado, he tratado y expuesto este gran salmo. Lo cual ciertamente los más sabios y doctos han hecho mejor, o lo harán; sin embargo, no debía faltar nuestro ministerio a él, especialmente a los hermanos que me lo han solicitado, a quienes soy deudor de este oficio. Pero lo que no he dicho sobre el alfabeto hebreo, donde ocho versos están sujetos a cada letra, y así se compone todo el Salmo, no sea motivo de asombro, ya que no encontré nada que se refiriera propiamente a este: pues no es el único que tiene estas letras. Sin embargo, sepan aquellos que no pueden encontrar esto en la escritura griega y latina, ya que no se ha conservado allí, que todos los ocho versos en los códices hebreos comienzan con la letra que se les antepone; como nos ha sido indicado por aquellos que conocen esas letras. Lo cual se ha hecho con mucho más cuidado que lo que nuestros salmos abecedarios, ya sea en latín o en púnico, suelen hacer. Pues no todos los versos hasta que se cierra el período, sino solo los primeros comienzan con la misma letra que se antepone.

EN EL SALMO CXIX COMENTARIO.

SERMO A LA PLEBE.

1. [vers. 1.] Es un Salmo breve, y muy útil, que acabamos de escuchar cantado, y al que hemos respondido cantando. No os cansaréis mucho escuchando, ni trabajaréis infructuosamente actuando. Pues es, como su título indica, Cántico de los grados. En griego está escrito, ἀναβαθμῶν. Los grados son o de los que descienden o de los que ascienden: pero los grados, tal como están puestos en estos salmos, significan ascensos. Entendamos, pues, como si fuéramos a ascender: y no busquemos ascensiones con los pies corporales, sino como está escrito en otro salmo, "Ha dispuesto ascensiones en su corazón, en el valle de lágrimas, en el lugar que dispuso" (Salmo LXXXIII, 6 y 7). Dijo "ascensiones"; ¿dónde? Es decir, "en su corazón." ¿Desde dónde? Desde "el valle de lágrimas." Y ya a dónde se asciende, como si el discurso humano fallara, no puede explicarse, tal vez ni siquiera pensarse. Habéis escuchado ahora, cuando se leía al Apóstol, "Lo que ojo no vio, ni oído oyó, ni ha subido al corazón del hombre" (I Corintios II, 9). "No ha subido al corazón del hombre"; que el corazón del hombre suba allí. Por tanto, porque "ojo no vio, ni oído oyó, ni ha subido al corazón del hombre"; ¿cómo podría decirse a dónde se debe ascender? Por eso, al no poder decirse, dice, En el lugar que dispuso. ¿Qué más te diré, dice el hombre por quien hablaba el Espíritu Santo? ¿a un lugar tal, o a un lugar tal? Cualquier cosa que diga, piensas en lo terrenal, te arrastras por el suelo, llevas carne: el cuerpo que se corrompe grava el alma, y la morada terrenal deprime el sentido que piensa en muchas cosas (Sabiduría IX, 15). ¿A quién hablo? ¿quién escuchará? ¿quién comprenderá dónde estaremos después de esta vida, si en el corazón ascendemos? Porque nadie, espera algún lugar inefable de bienaventuranza, que te dispuso quien también dispuso ascensiones en tu corazón. Pero ¿dónde? En el valle de lágrimas. El valle significa humildad; el monte significa altura. Hay un monte al que debemos ascender, una cierta altura espiritual. ¿Y quién es este monte al que ascendemos, sino el Señor Jesucristo? Él te hizo, sufriendo, el valle de lágrimas, quien hizo, permaneciendo, el monte de ascensión. ¿Qué es el valle de lágrimas? El Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros. ¿Qué es el valle de lágrimas? Ofreció su mejilla al que lo golpeaba; se sació de oprobios (Lamentaciones III, 30). ¿Qué es el valle de lágrimas? Fue abofeteado, cubierto de esputos, coronado de espinas, crucificado. Este es el valle de lágrimas desde donde debes ascender. Pero ¿en qué debes ascender? En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Pues el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (Juan I, 1, 14). Así descendió a ti, para permanecer en sí mismo: descendió a ti, para hacerse para ti el valle de lágrimas; permaneció en sí mismo, para ser para ti el monte de ascensión. Será, dice Isaías, en los últimos días manifiesto el monte del Señor, preparado en la cima de los montes (Isaías II, 2). He aquí a dónde se debe ascender. Pero no pienses en algo terrenal, ni porque escuchaste monte, pienses en alturas de la tierra: ni cuando escuchas roca o piedra, entiendas dureza; ni cuando escuchas león, pienses en ferocidad; ni cuando escuchas cordero, pienses en ganado. Nada de esto es en sí mismo, y todo se hizo por ti. Desde aquí, pues, se debe ascender, allí se debe ascender; desde su ejemplo, a su divinidad. Pues te hizo ejemplo humillándose. Porque los que no querían ascender desde el valle de lágrimas, fueron oprimidos por Él. Pues querían apresuradamente tener ascenso, pensaban en altos honores, no pensaban en el camino de la humildad. Entienda vuestra Caridad lo que digo, dos discípulos quisieron sentarse a los lados del Señor, uno a la derecha, otro a la izquierda: el Señor los vio pensando apresuradamente y desordenadamente en honores, cuando primero debían aprender a humillarse, para ser exaltados; y el Señor les dijo: ¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber? (Mateo XX, 21, 22). Pues Él iba a beber el cáliz de la pasión en el valle de lágrimas: pero ellos, no atendiendo a la humildad de Cristo, querían apresuradamente comprender la

altura de Cristo. Los llamó de nuevo al camino, como errantes; no para negarles lo que querían, sino para mostrarles por dónde venir.

2. Así que, hermanos míos, cantemos este salmo de ascensión mientras ascendemos en el corazón; porque para que ascendamos, descendió a nosotros. Pues Jacob vio una escalera, y en esa escalera se le mostraron los que subían y bajaban (Gén. XXVIII, 12): vio ambos. Podríamos pensar que vio a los que subían, progresando; y a los que bajaban, retrocediendo: porque en verdad encontramos esto en el pueblo de Dios; algunos progresan, otros retroceden. Aquellas escaleras podrían significar esto, pero tal vez se entiendan mejor todos los buenos en esas escaleras, tanto los que suben como los que bajan. No en vano no se dijo que caían, sino que descendían. Hay una gran diferencia entre descender y caer. Pues porque Adán cayó, Cristo descendió: aquel cayó, este descendió; aquel cayó por soberbia, este descendió por misericordia. Pero no descendió solo: y aunque del cielo descendió solo él; muchos santos que lo imitan descienden a nosotros, y han descendido a nosotros. Pues el Apóstol habitaba en cierta altura del corazón cuando decía: "Si nos hemos excedido en mente, es para Dios". Ya que lo que había excedido en mente, lo había excedido para Dios. Excediéndose en mente de toda fragilidad humana, de toda temporalidad del mundo, de todas las cosas que naciendo y muriendo se desvanecen, estas cosas pasajeras; habitaba en el corazón en una contemplación inefable, tanto como podía, de la cual dice que oyó palabras inefables que no es lícito al hombre hablar (II Cor. XII, 4). Pero no podría hablarte de ellas: él mismo podría verlas de alguna manera, pero no podría hablarte de ellas. Así que si siempre quisiera permanecer en lo que veía, y no podía hablar, no te elevaría a donde tú también pudieras ver. ¿Qué hizo entonces? Descendió. Pues allí dice: "Si nos hemos excedido en mente, es para Dios; si somos moderados, es para vosotros" (II Cor. V, 13). ¿Qué significa "somos moderados"? Hablamos de tal manera que podáis entender. Porque Cristo se hizo tal al nacer y sufrir, para que los hombres pudieran hablar de él: porque de un hombre, el hombre habla fácilmente. ¿Cómo habla el hombre de Dios tal como es Dios? Pero el hombre habla fácilmente del hombre. Así que para que los grandes descendieran a los pequeños, y no les hablaran sino de lo grande; él, que era grande, se hizo pequeño, para que los grandes hablaran a los pequeños de él. Habéis escuchado lo que digo, cuando se leía al Apóstol. Si habéis prestado atención, dijo esto: "No pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales". Por lo tanto, a los espirituales les habla en las alturas; pero para hablar a los carnales, desciende. Pues para que sepáis que cuando desciende, habla de aquel que descendió; aquí Juan habla del que permanece en sí mismo: "En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios; este estaba en el principio con Dios. Todas las cosas fueron hechas por él, y sin él no se hizo nada". Captadlo, si podéis; tomadlo, es alimento. Pero me dirás: "Ese es alimento, pero yo soy un niño, debo ser alimentado con leche, para poder ser apto para comer el alimento". Así que porque tú debes ser alimentado con leche, y él es alimento, ese alimento se te ha transmitido a través de la carne hasta la garganta. Así como la madre come el alimento, para transmitirlo a través de la carne al niño convertido en leche; así el Señor, el alimento de los ángeles, el Verbo se hizo carne, y se hizo leche: y el Apóstol dice: "Os di a beber leche, no alimento; porque aún no podíais, ni aún ahora podéis" (I Cor. III, 1-2). Así que al dar leche descendió a los pequeños; y porque descendió, dio al que descendió. Pues dice: "¿Acaso dije que sabía algo entre vosotros, sino a Jesucristo, y a este crucificado?" (I Cor. II, 2). Porque si solo dijera "Jesucristo", Jesús Cristo es también según la divinidad, según lo que era el Verbo con Dios, el Hijo de Dios Jesús Cristo: pero esto, dicho de esta manera, los pequeños no lo entienden. ¿Cómo lo entienden los que entienden la leche? "Jesucristo", dice, "y a este crucificado". Toma lo que se hizo por ti, y crece hacia lo que es. Así que hay ascendentes y descendentes. En esas escaleras hay ascendentes y descendentes.

¿Quiénes son los ascendentes? Los que progresan hacia la comprensión de las cosas espirituales. ¿Quiénes son los descendentes? Los que, aunque disfrutan de la inteligencia espiritual tanto como los hombres pueden, descienden a los pequeños, para decirles cosas que puedan entender, y alimentados con leche puedan hacerse aptos y fuertes para captar el alimento espiritual. Isaías, hermanos, también fue uno de los que descendieron a nosotros: pues también se ven sus pasos descendentes. Pues cuando hablaba del Espíritu Santo, dice: "Reposará sobre él el Espíritu de sabiduría e inteligencia, el Espíritu de consejo y fortaleza, el Espíritu de ciencia y piedad, y el Espíritu de temor del Señor" (Isaías XI, 2-3): comenzó con la sabiduría, y descendió hasta el temor. Así como el que enseñaba, descendió de la sabiduría al temor; tú que aprendes, si progresas, asciende del temor a la sabiduría: pues está escrito, "El principio de la sabiduría es el temor del Señor" (Prov. I, 7). Ahora escuchad el Salmo. He aquí, pongamos ante nuestros ojos al hombre que va a ascender: ¿a dónde va a ascender? En el corazón. ¿De dónde va a ascender? De la humildad, es decir, del valle de lágrimas. ¿A dónde va a ascender? A aquel lugar inefable que, aunque no se podía decir, se dijo, "Al lugar que dispuso".

3. Cuando el hombre comienza a disponer su ascenso de esta manera; lo digo más claramente, cuando el hombre cristiano comienza a pensar en progresar, comienza a sufrir las lenguas de los adversarios. Cualquiera que aún no las haya sufrido, aún no ha progresado: cualquiera que no las sufra, ni siquiera intenta progresar. ¿Quieres saber de qué hablamos? Más bien, ¿qué escuchamos juntos? Experiméntalo. Comienza a progresar, comienza a querer ascender, querer despreciar las cosas terrenales, frágiles, temporales, tener la felicidad del mundo por nada, pensar solo en Dios, no alegrarse con las ganancias, no entristecerse con las pérdidas, querer vender todo lo suyo y darlo a los pobres, y seguir a Cristo; veamos cómo sufre las lenguas de los detractores y de muchos que contradicen, y lo que es más grave, de aquellos que, como si aconsejaran, apartan de la salvación. Pues quien aconseja a alguien, aconseja para la salvación, aconseja para lo que es provechoso; pero aquel que, como si aconsejara, aparta de la salvación. Porque parece tener el manto de quien aconseja, y tiene el veneno de quien mata, se le llama lengua engañosa. Así que el que va a ascender, primero suplica a Dios contra esas lenguas: pues dice, "A ti, Señor, clamé en mi tribulación, y me escuchaste". ¿De dónde lo escuchó? Para ya establecerlo en los pasos del ascenso.

4. [vers. 2.] Y porque ya ha sido escuchado para ascender, ¿qué ora? "Señor, libra mi alma de los labios injustos y de la lengua engañosa". ¿Qué es la lengua engañosa? Astuta, que tiene la apariencia de aconsejar, y el daño de perjudicar. Son aquellos que dicen: "¿Y tú vas a hacer esto, que nadie ha hecho? ¿Y tú serás el único cristiano?" Y si muestra que otros lo hacen, y lee el Evangelio donde el Señor mandó hacerlo, y lee los Hechos de los Apóstoles; ¿qué dicen ellos con lengua engañosa y labios injustos? "Quizás no podrás cumplirlo; es mucho lo que emprendes". Algunos disuaden prohibiendo, otros presionan más alabando. Porque tal es la vida que ya ha ocupado el mundo, tanta es la autoridad de Cristo, que ya ni siquiera un pagano se atreve a reprochar a Cristo. Se lee de aquel que no puede ser reprochado, porque dijo: "Ve, vende todo lo que tienes, y distribúyelo a los pobres, y sígueme" (Mat. XIX, 21): no se puede contradecir a Cristo, no se puede contradecir al Evangelio, no se puede reprochar a Cristo; la lengua engañosa se vuelve a otro tipo de disuasión, para prohibirme la verdadera alabanza alabando falsamente; más bien, alabando a Cristo, prohibiéndome de Cristo, diciendo: "¿Qué es esto? Mira, ellos lo hicieron, quizás tú no puedas: comienzas a ascender, caes". Parece aconsejar; es una serpiente, es una lengua engañosa, tiene veneno. Ruega contra ella, si quieres ascender, y di a tu Dios: "Señor, libra mi alma de los labios injustos y de la lengua engañosa".

5. [vers. 3-5.] Y tu Señor te dice: "¿Qué se te dará, o qué se te añadirá contra la lengua engañosa?" Es decir, ¿qué tendrás contra la lengua engañosa, qué opondrás a la lengua engañosa, con qué te protegerás contra la lengua engañosa, qué se te dará, o qué se te añadirá? Preguntó para ejercitar; pues él mismo dirá lo que pregunta. Respondió, añadiendo a su pregunta: "Flechas agudas del poderoso, con carbones desoladores"; o, "devastadores". Ya sea que digas "desoladores" o "devastadores" (pues en diferentes códices está escrito de manera diferente), significa lo mismo. Ved: se llaman carbones devastadores, porque devastando y desolando fácilmente llevan a la desolación. ¿Quiénes son estos carbones? Que vuestra Caridad entienda primero qué son las flechas. Las flechas agudas del poderoso son las palabras de Dios. He aquí, se lanzan, y atraviesan los corazones: pero cuando los corazones han sido atravesados por las flechas de la palabra de Dios, se despierta el amor, no se produce la destrucción. El Señor sabe cómo lanzar flechas para el amor; y nadie lanza flechas más bellamente para el amor que quien lanza flechas con la palabra; más bien, lanza flechas al corazón del amante, para ayudar al amante; lanza flechas, para hacer un amante. Pero son flechas cuando actuamos con palabras. ¿Y quiénes son los carbones devastadores? No basta con actuar con palabras contra la lengua engañosa y los labios injustos, no basta con actuar con palabras; también hay que actuar con ejemplos. Los ejemplos son carbones devastadores. Y para que vuestra Caridad entienda brevemente por qué se llaman devastadores. Primero, ved cómo hay que actuar con ejemplos. La lengua engañosa no sabe decir nada tan bien, por lo que es más engañosa, como: "Mira que no puedas cumplirlo; es mucho lo que emprendes". Has recibido el mandamiento evangélico, tienes la flecha; pero aún no tienes los carbones. Hay que temer que la flecha sola no valga contra la lengua engañosa: hay también carbones. Supón que Dios comienza a decirte: "¿Tú no puedes, por qué él puede? ¿Por qué otro pudo? ¿Acaso eres más delicado que aquel senador? ¿Acaso eres más débil que aquel, o aquel en salud? ¿Acaso eres más débil que las mujeres? ¿Las mujeres pudieron, los hombres no pueden? ¿Los ricos delicados pudieron, los pobres no pueden? Pero yo, dice, he pecado mucho, y soy un gran pecador". También se enumeran aquellos que han pecado mucho; y cuanto más se les ha perdonado, más han amado: como se dijo en el Evangelio, "A quien se le perdona poco, ama poco" (Luc. VII, 47). Cuando, por lo tanto, se han enumerado estas cosas, y se han mencionado por nombre las personas que pudieron, aquel que ha recibido la flecha en el corazón, con los carbones devastadores que se le acercan, se desola en él el pensamiento terrenal. ¿Qué significa, se desola? Se lleva a la desolación. Pero había en él muchas cosas que brotaban mal, muchos pensamientos carnales, muchos amores mundanos: ellos mismos son quemados por los carbones devastadores, para que se haga un lugar puro desolado, en cuya pureza del lugar Dios haga su edificio; porque allí se había hecho la ruina del diablo, y allí se edifica Cristo: pues mientras el diablo permanezca allí, no puede edificarse Cristo. Se acercan los carbones devastadores, y derriban lo que había sido mal edificado, y en el lugar desolado se acerca la estructura de la felicidad perpetua. Ved, por lo tanto, por qué se llaman carbones. Porque los que se convierten al Señor, reviven de entre los muertos. Pero los carbones cuando se encienden, antes de encenderse, estaban apagados. Pues los carbones apagados se llaman muertos; los ardientes, se llaman vivos. Por lo tanto, los ejemplos de muchos inicuos que se han convertido al Señor, se llaman carbones. Oyes a las personas maravillarse, y decir: "Yo lo conocía, cuán borracho era, cuán malvado, qué amante del circo o del anfiteatro, qué estafador: ahora cómo sirve a Dios, cuán inocente se ha vuelto". No te maravilles; es un carbón. Te alegras del vivo, a quien llorabas apagado. Pero cuando alabas al vivo, si sabes alabar, acércalo al muerto para que se encienda; es decir, cualquiera que aún sea perezoso para seguir a Dios, acércale el carbón que estaba apagado, y ten la flecha de la palabra de Dios, y el carbón devastador, para que te enfrentes a los labios injustos y a la lengua engañosa.

6. ¿Qué sigue? Este ha recibido ya las flechas ardientes, reciba los carbones devastadores. Ya repele la lengua engañosa y los labios injustos, ya ha ascendido un grado, comienza a progresar: pero aún vive entre los malos, entre los inicuos; aún no se ha aventado la era: supón que se ha hecho trigo, ¿acaso ya está en el granero? Aún es necesario que sea oprimido por mucha paja; y cuanto más progresa, tanto más ve mayores escándalos en el pueblo. Pues si no progresa, no ve las iniquidades; si no es un verdadero cristiano, no ve a los falsos. Y también, hermanos, de esa similitud nos enseña el Señor, de los trigos y las cizañas. "Pero cuando creció la hierba y dio fruto, entonces aparecieron también las cizañas" (Mat. XIII, 26): es decir, que a ningún hombre le aparecen los malos, a menos que él mismo se haya hecho bueno; porque "cuando creció la hierba y dio fruto, entonces aparecieron las cizañas". Así que este ya ha comenzado a progresar, y ha comenzado a ver a los malos, y muchas maldades que antes no conocía, y clama al Señor: "¡Ay de mí, que mi peregrinación se ha hecho larga!", dice. "Mucho me he alejado de ti, mi peregrinación se ha hecho larga. Aún no he llegado a aquella patria donde viviré con ningún malo; aún no he llegado a aquella sociedad de ángeles, donde no temeré escándalos. ¿Por qué aún no estoy allí? Porque mi peregrinación se ha hecho larga". La peregrinación es el exilio: se llama peregrino al que habita en tierra ajena, no en su propia ciudad. "Larga", dice, "se ha hecho mi peregrinación". ¿Y dónde es larga? A veces, hermanos míos, cuando un hombre peregrina, vive entre mejores que en su propia patria podría vivir: pero no es así cuando peregrinamos de aquella Jerusalén celestial. Pues un hombre cambia de patria, y a veces le va bien en la peregrinación: encuentra amigos fieles peregrinando, que no pudo encontrar en su patria. Tuvo enemigos, para ser expulsado de su patria; y cuando peregrinó, encontró lo que no tenía en su patria. No es así la patria de Jerusalén, donde todos son buenos: cualquiera que peregrina de allí, está entre malos; y no puede alejarse de los malos, sino cuando regrese a la sociedad de los ángeles, para estar allí de donde peregrina. Allí todos son justos y santos, que disfrutan del Verbo de Dios sin lectura, sin letras: pues lo que para nosotros está escrito en páginas, ellos lo contemplan en la faz de Dios. ¡Qué patria! Gran patria, y son miserables los que peregrinan de esa patria.

7. Pero lo que dice este, "Lejana se ha hecho mi peregrinación", es principalmente la voz de ellos, es decir, de la misma Iglesia, que trabaja en esta tierra. Es la voz de aquella que clama desde los confines de la tierra en otro salmo diciendo: "Desde los confines de la tierra a ti clamé". ¿Quién de nosotros clama desde los confines de la tierra? Ni yo, ni tú, ni él: sino desde los confines de la tierra clama toda la Iglesia, toda la herencia de Cristo; porque la Iglesia es su herencia, y de la Iglesia se ha dicho: "Pídeme, y te daré las naciones por herencia, y por posesión los confines de la tierra" (Sal. II, 8). Si, por tanto, la posesión de Cristo llega hasta los confines de la tierra, y la posesión de Cristo son todos los santos, y todos los santos son un solo hombre en Cristo, porque la unidad santa está en Cristo; este único hombre dice: "Desde los confines de la tierra a ti clamé, cuando mi corazón se angustió" (Sal. LX, 3). Por tanto, la lejana peregrinación de este hombre se ha hecho entre los malos. Y como si se le dijera: ¿Con quiénes, entonces, habitas para gemir? "Mi peregrinación", dice, "se ha hecho lejana". Pero, ¿qué si estuviera con los buenos? Si estuviera con los buenos, no diría: "¡Ay de mí!" "¡Ay!" es una voz de miseria, de calamidad e infelicidad; pero sin embargo con esperanza, porque ya al menos ha aprendido a gemir. Muchos son miserables y no gimen, y peregrinan, y no quieren regresar. Este ya queriendo regresar, reconoce la infelicidad de su peregrinación: porque al reconocerla, regresa; y comienza a ascender, porque ha comenzado a cantar el Cántico de los grados. ¿Dónde, entonces, gime, y entre quiénes habita? "Habité con las tiendas de Cedar". Esta palabra, porque es hebrea, sin duda no la entendisteis. ¿Qué significa "Habité con las tiendas de

Cedar"? Cedar, según recordamos de la interpretación de los nombres hebreos, significa Tinieblas. Interpretado Cedar en latín, se dice Tinieblas. Sabéis, además, que Abraham tuvo dos hijos, que el Apóstol menciona, y dice que son a imagen de los dos testamentos: uno era de la esclava, y el otro de la libre. De la esclava, era Ismael; de la libre Sara, a quien recibió de la desesperación por la fe, era Isaac. Ambos del linaje de Abraham, pero no ambos herederos de Abraham. Uno nacido de Abraham, pero sin embargo no hereda: el otro también heredero; no solo hijo, sino también heredero. En Ismael están todos los que adoran a Dios carnalmente. A ellos también pertenece el antiguo testamento: porque así dijo el Apóstol: "¿No habéis oído la Ley, los que queréis estar bajo la Ley? Está escrito que Abraham tuvo dos hijos, uno de la esclava y otro de la libre; los cuales son en alegoría. Estos son dos testamentos". ¿Cuáles son los dos testamentos? Uno antiguo, y el otro nuevo. El antiguo testamento de Dios, y el nuevo testamento de Dios; como de Abraham e Ismael e Isaac. Pero Ismael al reino terrenal, Isaac al reino celestial. Por eso el antiguo testamento tiene promesas terrenales, Jerusalén terrenal, Palestina terrenal, reino terrenal, salvación terrenal, sometimiento de enemigos, abundancia de hijos, fecundidad de frutos. Todas estas son promesas terrenales. En figura se entienden espiritualmente, como Jerusalén terrenal era sombra del reino celestial, y el reino terrenal era sombra del reino de los cielos. Ismael en la sombra, Isaac en la luz. Si, por tanto, Ismael está en la sombra, no es de extrañar que allí haya tinieblas. Las sombras más densas son tinieblas. Por tanto, Ismael en las tinieblas, Isaac en la luz. Cualquiera que aquí también en la Iglesia busque la felicidad terrenal de Dios, aún pertenece a Ismael. Son ellos quienes contradicen a los que progresan espiritualmente, y les calumnian, y tienen labios inicuos y lenguas engañosas. Contra ellos rogó este que ascendía, y se le añadieron carbones desoladores, y flechas agudas del poderoso. Entre ellos aún vive, hasta que toda la era sea aventada: por eso dijo: "Habité con las tiendas de Cedar". Pues también esas tiendas de Ismael se llamaron Cedar. Así lo tiene el libro del Génesis; así lo tiene, que Cedar pertenece a Ismael (Gén. XXV, 13). Por tanto, Isaac con Ismael; es decir, los que pertenecen a Isaac, viven entre aquellos que pertenecen a Ismael. Estos quieren ascender, aquellos quieren oprimir hacia abajo: estos quieren volar hacia Dios, aquellos intentan arrancarles las alas. Pues en el Apóstol se dice así: "Pero como entonces, el que había nacido según la carne perseguía al que había nacido según el espíritu; así también ahora". Los espirituales, por tanto, sufren persecución de los carnales. Pero, ¿qué dice la Escritura? "Echa fuera a la esclava y a su hijo; porque no heredará el hijo de la esclava con el hijo de mi Isaac" (Gén. XVI, 15; y XXI, 2, 3, 10; Gál. IV, 21-30). Pero esto que dice, "Echa fuera", ¿cuándo será? Cuando la era comience a ser aventada. Pero ahora, antes de que sea echado fuera, "¡Ay de mí, que mi morada se ha hecho lejana! habité con las tiendas de Cedar". Y nos explica quiénes son estos que pertenecen a las tiendas de Cedar.

8. [vers. 6.] Mucho ha peregrinado mi alma. Para que no entendieras una peregrinación corporal, dijo que el alma peregrina. El cuerpo peregrina en lugares, el alma peregrina en afectos. Si amas la tierra, peregrinas de Dios: si amas a Dios, asciendes a Dios. Ejercitémonos en el amor de Dios y del prójimo, para que regresemos al amor. Si caemos en la tierra, nos marchitamos y pudrimos. Pero este que había caído, se le descendió para que ascendiera. Considerando el tiempo de su peregrinación, dijo que peregrinaba en las tiendas de Cedar. ¿Por qué? Porque "mucho ha peregrinado mi alma". Allí peregrina, donde asciende. No peregrina corporalmente, no asciende corporalmente. Pero, ¿dónde asciende? "Ascensiones", dice, "en el corazón". Si, por tanto, asciende en el corazón, no asciende por las ascensiones del corazón sino el alma que peregrina. Pero hasta que llegue, "mucho ha peregrinado mi alma". ¿Dónde? En las "tiendas de Cedar".

9. [vers. 7.] Con los que odian la paz, era pacífico. Pero para que escuchéis, hermanos carísimos, no podréis probar cuán verdaderamente cantáis, a menos que comencéis a hacer lo que cantáis. Por mucho que lo diga, de cualquier manera que lo explique, con cualquier tipo de palabras que lo exprese, no entra en el corazón de aquel en quien no está su obra. Comenzad a actuar, y ved de qué hablamos. Entonces a cada palabra fluyen lágrimas, entonces se canta el Salmo, y el corazón hace lo que se canta en el Salmo. Pues muchos suenan con la voz, y son mudos de corazón. Y muchos callan con los labios, y claman con el afecto. Porque al corazón del hombre los oídos de Dios: así como los oídos del cuerpo a la boca del hombre, así el corazón del hombre a los oídos de Dios. Muchos con la boca cerrada son escuchados, y muchos en grandes clamores no son escuchados. Debemos orar con afectos, y decir: "Mucho ha peregrinado mi alma: con los que odian la paz, era pacífico". ¿Qué otra cosa decimos a estos herejes, sino, Reconoced la paz, amad la paz? Os decís justos. Pero si fuerais justos, entre la paja gemiríais como granos. Pues porque hay granos en la Católica, y son verdaderos granos; por eso toleran la paja, hasta que la era sea aventada; porque entre la paja claman: "¡Ay de mí, que mi morada se ha hecho lejana! habité con las tiendas de Cedar". Habité, dice, con las pajas. Pero como de la paja sale mucho humo, así de Cedar tinieblas. "Habité con las tiendas de Cedar: mucho ha peregrinado mi alma". Es la voz de los granos, gimiendo entre las pajas. Esto decimos a aquellos que odian la paz; y decimos: "Con los que odian la paz, era pacífico". ¿Quiénes son los que odian la paz? Los que desgarran la unidad. Pues si no odiaran la paz, habrían permanecido en la unidad. Pero evidentemente por eso se separaron, para ser justos, para no tener mezclados injustos. O esta es nuestra voz, o la de ellos; elige de quién es. La Católica dice: No se debe abandonar la unidad, no se debe cortar la Iglesia de Dios. Dios juzgará a los malos y a los buenos después. Si ahora los malos no pueden ser separados de los buenos, deben ser soportados por un tiempo: los malos pueden estar con nosotros en la era, no pueden estar en el granero. Y tal vez hoy los que parecen malos, mañana serán buenos; y los que hoy se jactan de bondad, mañana serán hallados malos. Cualquiera que, por tanto, soporte humildemente a los malos por un tiempo, él mismo llegará al descanso eterno. Esta es la voz católica. Pero la voz de ellos, ¿cómo es, no entendiendo ni lo que dicen, ni de lo que afirman? (I Tim. I, 7). No toques lo inmundo (Isai. LII, 11); y, "El que toque lo inmundo, se contaminará" (Lev. XXII, 5): separémonos, para no mezclarnos con los malos. Y nosotros a ellos: Amad la paz, amad la unidad. ¿No sabéis de cuántos buenos os separáis, mientras calumniáis como malos? Se enfurecen, se ensañan, cuando decimos esto: pues buscan incluso matarnos. Han aparecido a menudo sus ataques, han aparecido sus insidias. Por tanto, cuando vivimos entre sus insidias, y a quienes decimos, Amad la paz, nos adversan; ¿no es esta nuestra voz: "Con los que odian la paz, era pacífico"? Cuando les hablaba, me combatían sin causa. ¿Qué es, hermanos, "me combatían"? Y era poco, si no añadiera, "sin causa". A quienes decimos, Amad la paz, amad a Cristo: ¿acaso decimos, Amad y honradnos a nosotros? Sino, Honrad a Cristo. No queremos ser honrados, sino a él. Pues, ¿qué somos nosotros comparados con el apóstol Pablo? Que sin embargo decía a aquellos pequeños, a quienes los malos hombres y malos consejeros querían cortar de la unidad en cismas; ¿qué les decía él? ¿Acaso fue Pablo crucificado por vosotros? ¿O en el nombre de Pablo fuisteis bautizados? (I Cor. I, 13). Esto también decimos nosotros: Amad la paz, amad a Cristo. Pues si aman la paz, aman a Cristo. Por tanto, cuando decimos, Amad la paz; decimos esto, Amad a Cristo. ¿Por qué? Porque del mismo Cristo dice el Apóstol: "Él es nuestra paz, que de ambos hizo uno" (Ephes. II, 14). Si, por tanto, Cristo es paz, porque "de ambos hizo uno", ¿por qué vosotros de uno habéis hecho dos? ¿Cómo, entonces, sois pacíficos, si cuando Cristo hace uno de dos, vosotros hacéis de uno dos? Pero porque decimos esto, con los que odian la paz somos pacíficos; y sin embargo, aquellos que odian la paz, cuando les hablábamos, nos combatían sin causa.

ENARRACIÓN SOBRE EL SALMO CXX.

SERMON.

1. Este es el segundo salmo de aquellos cuyo título es "Cántico de los grados". Pues son varios los que significan, como ya escuchasteis en el primero de ellos, nuestra ascensión, que se hace en el corazón hacia Dios, desde el valle de lágrimas, es decir, desde la humildad de la tribulación. Pues la ascensión útil para nosotros no puede ser, a menos que primero humillados, recordemos que debemos ascender desde el valle (pues el valle es un lugar bajo de la tierra: así como los lugares altos de la tierra son montes y colinas, así el valle es un lugar humilde); no sea que al buscar exaltarnos precipitadamente y de manera desordenada, no ascendamos, sino que caigamos. Sin embargo, el mismo Señor enseñó que debemos ascender desde el valle de lágrimas, cuando por nosotros se dignó humillarse hasta la muerte de cruz y sufrir. No dejemos este ejemplo: los mártires entendieron este valle de lágrimas. ¿De dónde lo entendieron? ¿De dónde? Porque también ellos ascendieron desde el valle de lágrimas, para ser coronados.

2. Este salmo "Cántico de los grados" también se ajusta al día de hoy: pues de ellos se dijo: "Yendo iban y lloraban, echando sus semillas". Este es el valle de lágrimas, donde se echan las semillas por los que lloran. ¿Cuáles son las semillas? Buenas obras en esta tribulación terrena. Quien obra bien en el valle de lágrimas, es semejante al hombre que siembra en invierno. ¿Acaso el frío lo disuade de su obra? Así las presiones del mundo no deben disuadirnos de la buena obra; porque ves lo que sigue: "Yendo, iban y lloraban, echando sus semillas". Muy miserables, si siempre lloraban; muy miserables, si nunca serán liberados de las lágrimas. Pero mira lo que sigue: "Pero viniendo vendrán con exultación, llevando sus gavillas" (Sal. CXXV, 6).

3. Nada más nos enseñan estos cánticos, hermanos, que ascender; pero ascender en el corazón, en buen afecto, en fe, esperanza y caridad, en el deseo de perpetuidad y vida eterna. Así se asciende. Conviene que digamos cómo se debe ascender. ¡Cuán más terribles lecturas del Evangelio ha escuchado vuestra Caridad! Veis ciertamente que la hora del Señor, como ladrón en la noche, así vendrá. Si supiera, dice, el padre de familia a qué hora vendría el ladrón, en verdad os digo, que no permitiría que perforaran su pared. Decís ahora: ¿Quién, entonces, sabe a qué hora vendrá, ya que la hora será como ladrón? No sabes a qué hora vendrá, vigila siempre; para que, como no sabes cuándo vendrá, te encuentre preparado cuando venga. Y tal vez no sabes cuándo vendrá, para que siempre estés preparado. Pues esa hora sorprenderá de repente a aquel padre de familia que, simbolizado por el soberbio, no quiere ser sorprendido por esa hora como ladrón. ¿Y qué seré, dices? Como escuchaste del salmo, "Pobre y doliente soy yo" (Sal. LXVIII, 30). Pues si eres pobre y doliente, no serás padre de familia, a quien esa hora sorprenderá de repente, y de repente lo oprimirá. Los padres de familia son aquellos que, presumiendo de sus codicias, y fluyendo en los deleites de este siglo, se hinchan; y se levantan contra los humildes, e insultan a los santos que entienden el camino angosto que lleva a la vida (Matth. VII, 14). A tales les vendrá esa hora de repente; porque tales eran también en los días de Noé, de cuyos días escuchasteis hecha la conmemoración en el Evangelio. Así será la venida del Hijo del hombre, dice, como en los días de Noé. Comían, bebían, se casaban, tomaban esposas, plantaban, edificaban, hasta que Noé entró en el arca; y vino el diluvio, y los destruyó a todos (Id. XXIV, 37-44; y Luc. XVII, 26 y 27). ¿Qué, entonces? ¿Todos perecerán los que hacen estas cosas, los que se casan, los que toman esposas, los que plantan, los que edifican? No: sino los que presumen de estas cosas, sino los que prefieren estas cosas a Dios, sino los que por estas cosas están dispuestos a ofender a Dios rápidamente. Pero aquellos que de todas estas cosas o no usan, o usan como

no usando, presumiendo más de aquel que dio, que de las cosas dadas, y entendiendo en estas su consuelo y misericordia, y no ocupados por los dones, para no caer del donador; quienes son tales, no los encontrará desprevenidos esa hora como ladrón. A tales dijo el Apóstol: "Pero vosotros no estáis en tinieblas, para que ese día os sorprenda como ladrón; porque todos vosotros sois hijos de la luz, e hijos del día. Por eso el Señor, al decir que la hora debe temerse como ladrón, puso la noche; y el Apóstol así dice: Porque la hora del Señor como ladrón en la noche, así vendrá. No quieres que te encuentre? No estés en la noche. ¿Qué es, No estés en la noche? Sois hijos de la luz y hijos del día; no somos de la noche ni de las tinieblas (I Thess. V, 2-5). ¿Quiénes son hijos de la noche y de las tinieblas? Inicuos, impíos, infieles.

4. [vers. 1.] Pero también ellos escuchen antes de que venga la hora, y el Apóstol les diga: "Fuisteis en otro tiempo tinieblas; ahora sois luz en el Señor" (Ephes. V, 8). Como tiene este salmo, despierten. Ya se han iluminado los montes, ¿por qué aún duermen? Levanten sus ojos a los montes, de donde vendrá su auxilio. ¿Qué es, Ya se han iluminado los montes? Ya ha salido el sol de justicia, ya se ha predicado el Evangelio por los Apóstoles, se han predicado las Escrituras, se han revelado todos los sacramentos, se ha rasgado el velo (Matth. XXVII, 51), se ha revelado el secreto del templo: ya finalmente levanten sus ojos a los montes, de donde vendrá su auxilio. Pues esto ordena este salmo, el segundo de aquellos que se inscriben, "Cántico de los grados". Pero no presuman de nuevo de los montes; porque esos montes no lucen por sí mismos, sino por aquel de quien se dijo: "Era la luz verdadera, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo" (Joan. I, 9). Los montes pueden entenderse como hombres grandes, hombres ilustres. ¿Y quién mayor que Juan Bautista? ¿Qué monte tan grande era, de quien el mismo Señor dice: "Entre los nacidos de mujer no ha surgido nadie mayor que Juan Bautista" (Matth. XI, 11)? Ves ciertamente a este gran monte luciente; escucha confesando. ¿Qué confesando? "Todos nosotros", dice, "de su plenitud hemos recibido" (Joan. I, 16). De cuya plenitud, por tanto, recibieron los montes, de él es tu auxilio, no de los montes; en los cuales, sin embargo, si no levantas tus ojos a través de las Escrituras, no serás movido; para que de él seas iluminado.

5. [vers. 3.] Canta, pues, lo que sigue: si deseas escuchar para que firmemente pongas tus pies en los escalones, no sea que en esa ascensión te fatigues o caigas resbalando, di lo que sigue: No permitas que mi pie se mueva. ¿De dónde se mueven los pies? ¿De dónde se movió el pie de aquel que estaba en el paraíso? Pero primero observa de dónde se movió el pie de aquel que estaba entre los Ángeles, y al mover su pie cayó, y de ángel se convirtió en diablo: pues al mover su pie cayó. Pregunta de dónde cayó: cayó por soberbia. Por tanto, no mueve el pie sino la soberbia: no mueve el pie hacia la ruina sino la soberbia. Para caminar, progresar y ascender, la caridad mueve; para caer, la soberbia mueve. Por eso, ¿qué dice aquel en el salmo? Los hijos de los hombres esperarán bajo la sombra de tus alas. Si bajo la sombra, siempre humildes, siempre esperando en Dios, siempre sin presumir de sí mismos. Esperarán bajo la sombra de tus alas: pues no se sacian de sí mismos para ser bienaventurados. Pero, ¿qué sigue? Se embriagarán de la abundancia de tu casa, y los harás beber del torrente de tus delicias. He aquí los sedientos, he aquí los embriagados; he aquí tienen sed, he aquí beben: pero no beben de sí mismos, ni son ellos mismos la fuente. ¿De dónde beben? Esperarán bajo la sombra de tus alas. Si bajo las alas, son humildes. ¿Por qué? Porque en ti, dice, está la fuente de la vida. Por tanto, no se riegan los montes de sí mismos, así como no se iluminan los montes de sí mismos. Pues mira lo que sigue: En tu luz veremos la luz. Si, pues, en su luz veremos la luz, ¿quién cae de la luz, sino aquel para quien él no es luz? Y quien quiera ser luz para sí mismo, cae de la luz que lo ilumina. Por eso, sabiendo que no cae sino aquel que quiere ser luz para sí mismo, siendo por sí mismo tinieblas; inmediatamente añadió: No

venga a mí el pie de la soberbia, y la mano de los pecadores no me mueva: es decir, que la imitación de los pecadores no me mueva, para que no caiga de ti. ¿Por qué temiste y dijiste, No venga a mí el pie de la soberbia? Sigue, Allí cayeron todos los que obran iniquidad (Salmo XXXV, 8-13). Aquellos que ahora ves obrar iniquidad, ya están condenados: pero para que fueran condenados, allí cayeron, cuando les vino el pie de la soberbia. Por tanto, aquel que escucha para ascender y no caer, para progresar desde el valle de las lágrimas, no para decaer en la hinchazón de la soberbia, dice a Dios: No permitas que mi pie se mueva. Y Dios le dice: No se adormecerá el que te guarda. Preste atención vuestra Caridad. Como si una sentencia se hubiera formado de dos voces. El hombre dijo ascendiendo y cantando el Cántico de los grados, No permitas que mi pie se mueva: y Dios como si dijera, No permitas que mi pie se mueva, me dices; añade, No se adormecerá el que te guarda, y no se moverá tu pie.

6. [vers. 4.] Pero aquel dirá: ¿Acaso está en mi poder que no se adormezca el que me guarda? Quiero que no duerma, ni se adormezca. Por tanto, elige para ti a aquel que no dormirá, ni se adormecerá, y no se moverá tu pie. Dios nunca está dormido: si deseas tener un guardián que no duerma, elige a Dios como guardián. No permitas que mi pie se mueva, dices tú; bien, muy bien: pero él también te dice, No se adormecerá el que te guarda. Tal vez te ibas a volver hacia los hombres guardianes, y a decir: ¿A quién encontraré que no duerma? ¿qué hombre no se adormecerá? ¿a quién encuentro? ¿a dónde iré? ¿a dónde volveré? Este te muestra: He aquí que no se adormecerá, ni dormirá, el que guarda a Israel. ¿Deseas, pues, tener un guardián que no duerma ni se adormezca? He aquí que no dormirá, ni se adormecerá, el que guarda a Israel: pues Cristo guarda a Israel. Sé, pues, Israel. ¿Qué es Israel? Israel se interpreta como Viendo a Dios. ¿Y cómo se ve a Dios? Primero por la fe, después por la visión. Si por la visión aún no puedes, ve por la fe. Si no puedes ver su rostro, porque allí está la visión; ve sus espaldas. Esto fue dicho a Moisés por el Señor: No puedes ver mi rostro, verás mis espaldas, cuando haya pasado (Éxodo XXXIII, 20, 23). Tal vez esperas que pase: ya ha pasado; tú ve sus espaldas. ¿Dónde pasó? Escucha a Juan; Cuando llegó, dice, la hora de pasar de este mundo al Padre (Juan XIII, 1). Nuestro Señor Jesucristo ya hizo la Pascua. Pascua se interpreta como Paso. Pues es una palabra hebrea: y los hombres piensan que es griega, como si fuera Pasión, pero no lo es. Los más diligentes y doctos han descubierto que Pascua es una palabra hebrea; y no interpretan pasión, sino paso. Pues por la pasión el Señor pasó de la muerte a la vida; y nos hizo un camino a los que creemos en su resurrección, para que también nosotros pasemos de la muerte a la vida. No es gran cosa creer que Cristo murió: esto lo creen también los paganos, y los judíos, y todos los inicuos. Todos creen esto, que murió: la fe de los cristianos es la resurrección de Cristo; esto lo tenemos por grande, porque creemos que resucitó. Por tanto, quiso ser visto cuando pasaba, es decir, cuando resucitó. Entonces quiso que se creyera en él, cuando pasaba; porque fue entregado por nuestras ofensas, y resucitó para nuestra justificación (Romanos IV, 25). Y esa fe en la resurrección de Cristo la recomendó especialmente el Apóstol: pues dice, Si creyeres en tu corazón que Dios lo resucitó de los muertos, serás salvo (Romanos X, 9). No dijo, Si creyeres que Cristo murió, lo cual también los paganos, y los judíos, y todos sus enemigos creyeron: sino que dijo, Si creyeres en tu corazón que Dios lo resucitó de los muertos, serás salvo. Creer esto, es ser Israel, es ver a Dios: aunque aún sus espaldas, sin embargo, cuando creas en sus espaldas, llegarás a la visión de su rostro. ¿Qué es esto? Cuando creas en lo que Cristo se hizo después por ti; cuando creas en lo que Cristo asumió después. Pues al principio, ¿cuál es su rostro? Al principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. ¿Cuáles son sus espaldas? Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (Juan I, 1, 14). Por tanto, cuando crees en esto que el Verbo se hizo por ti, y resucitó en carne, para que no desesperaras de tu carne, te haces Israel. Y cuando te hayas hecho Israel, no se adormecerá, ni dormirá, el que te

guarda; porque ya eres Israel, y has escuchado en el Salmo, He aquí que no se adormecerá, ni dormirá, el que guarda a Israel. Pues Cristo mismo durmió, pero resucitó. ¿Qué dice él mismo en el salmo? Yo dormí, y tomé sueño. ¿Acaso permaneció en el sueño? Me levanté, dice, porque el Señor me sostendrá (Salmo III, 6). Si, pues, ya resucitó, ya pasó; si ya pasó, ve sus espaldas. ¿Qué es, Ve sus espaldas? Cree en su resurrección. Y porque dice el Apóstol, Y si fue crucificado por debilidad, pero vive por el poder de Dios (II Corintios XIII, 4); y nuevamente dice, Cristo resucitado de los muertos ya no muere, y la muerte ya no tiene dominio sobre él (Romanos VI, 9): correctamente te canta, He aquí que no se adormecerá, ni dormirá, el que guarda a Israel. Tal vez aún buscas con sentido carnal, ¿Quién es, que no se adormecerá, ni dormirá? Y cuando buscas entre los hombres, te equivocas; nunca lo encontrarás. No presumas, pues, de ningún hombre: todo hombre duerme, y se adormecerá. ¿Cuándo se adormece? Cuando lleva la carne de la debilidad. ¿Cuándo duerme? Cuando ha muerto. No presumas, pues, de hombre alguno. Puede adormecerse el mortal: duerme muriendo. No busques, pues, entre los hombres.

7. [vers. 5.] Y ¿quién, dices, me guardará, que no se adormece, ni dormirá? Escucha lo que sigue: El Señor te guardará. No, pues, un hombre que duerme y se adormece, sino el Señor te guarda. ¿Cómo te guarda? El Señor es tu sombra a tu mano derecha. Vamos, hermanos, entendamos con la ayuda del Señor qué significa, El Señor es tu sombra a tu mano derecha. Pues me parece que tiene un sentido oculto, por qué no dijo, El Señor te guardará, de manera absoluta y simple; sino que añadió, a tu mano derecha. ¿Qué, pues? ¿Dios guarda nuestra derecha, y no guarda nuestra izquierda? ¿Acaso no nos hizo a nosotros enteros? ¿Acaso no hizo él nuestra derecha, y también nuestra izquierda? Finalmente, si le agradó hablar solo de la derecha, ¿por qué dijo, a tu mano derecha, y no ya, a tu derecha? ¿Por qué diría esto, si no ocultara algo aquí, para que al tocarlo llegáramos a ello? Pues podría haber dicho, o, El Señor te guardará, y no añadir nada; o, si quiso añadir la derecha, El Señor te guardará a tu derecha; o ciertamente, porque añadió mano, podría haber dicho, El Señor te guardará a tu mano derecha, no, a tu mano derecha. Lo que el Señor mismo se digna sugerir, lo expongo a vosotros; quien habita en vosotros, sin duda os hace aprobar que es verdad lo que digo. Pues no sabéis lo que vamos a decir; pero cuando lo digamos, no os mostraremos por nosotros mismos que es verdad lo que decimos, sino que vosotros mismos reconoceréis que es verdad lo que decimos. ¿De dónde lo reconoceréis, sino por aquel que habita en vosotros, en cuanto sois de ese número, cuya voz es, No permitas que mi pie se mueva; y a quienes se dice, No se adormecerá el que te guarda? Pues es necesario que Cristo no duerma en vosotros, y ahora entenderéis que es verdad lo que decimos. ¿Cómo dices? Porque si duerme vuestra fe, duerme Cristo en vosotros. Pues Cristo en vuestro corazón, es la fe de Cristo. Dice el Apóstol: Que Cristo habite por la fe en vuestros corazones (Efesios III, 17). En quien no duerme la fe, Cristo vela. Y si tal vez dormía tu fe, y por eso en esta cuestión estabas fluctuando, como aquella nave que sufría la tempestad, donde Cristo dormía; despierta a Cristo, y se calmarán las tempestades (Mateo VIII, 24-26).

8. Pregunto, pues, a vuestra fe, carísimos: ya que sois hijos de la Iglesia, y en la Iglesia habéis progresado, y en la Iglesia progresaréis los que aún no habéis progresado, y en la Iglesia habéis de progresar los que ya habéis progresado, os pregunto qué soléis entender de lo que se dijo en el Evangelio, No sepa tu izquierda lo que hace tu derecha (Mateo VI, 3). Pues entendiendo esto, encontraréis cuál es la derecha, y cuál es la izquierda: al mismo tiempo entenderéis que Dios hizo ambas partes, la derecha y la izquierda; y sin embargo, no debe saber la izquierda lo que hace la derecha. Nuestra izquierda se dice, todo lo que temporalmente tenemos: nuestra derecha se dice, todo lo que el Señor nos promete eterno e inmutable. Pero si aquel que dará la vida eterna, él mismo también de estas cosas temporales

consuela la vida presente, él hizo la derecha y la izquierda. Dice de algunos el salmo de David: Cuya boca ha hablado vanidad, y su derecha es derecha de iniquidad. Encontró, pues, a algunos a quienes reprende, que tenían la verdadera derecha por izquierda, y la verdadera izquierda se la hicieron derecha: ¿quiénes son estos lo expone a continuación. Todo hombre que no considera que la felicidad del hombre está, sino solo en estas facultades temporales y delicias, y en la abundancia y copia de este mundo, este es necio y perverso, que se hace la izquierda derecha: tales eran aquellos de quienes dice el salmo; no porque no hubieran recibido de Dios también lo que temporalmente poseían, sino porque consideraban que esa sola era la vida bienaventurada, y no buscaban nada más. Escuchad, pues, lo que de ellos dice a continuación: Cuya boca ha hablado vanidad, y su derecha es derecha de iniquidad. Y sigue: Cuyos hijos son como plantas nuevas establecidas; sus hijas adornadas como la semejanza de un templo: sus graneros llenos, rebosando de esto en esto; sus ovejas fecundas, multiplicándose en sus salidas; sus bueyes gordos: no hay ruina de cerca, ni salida; ni clamor en sus plazas. Describió una gran felicidad de algunos. Sin embargo, podría tener esta felicidad también algún justo, como la tuvo Job: pero Job la tenía por izquierda, no por derecha; pues no tenía derecha sino en Dios la felicidad perpetua y sempiterna. Por eso se permitió que la izquierda fuera golpeada, y le bastó la derecha. ¿Cómo fue golpeada la izquierda? Con las tentaciones del diablo. El diablo quitó de repente; permitido por Dios, para que el justo fuera probado, el impío castigado; quitó todo: pero Job, que sabía que la izquierda era izquierda, y la derecha no era sino derecha, ¿cómo se mantuvo en la derecha? Se regocijó en el Señor, consoló las pérdidas, porque no sufrió pérdida de las riquezas interiores; tenía el corazón lleno de Dios. El Señor, dice, dio, el Señor quitó; como al Señor le agradó así se hizo: sea el nombre del Señor bendito (Job I). Esta era su derecha, él mismo el Señor, esa vida eterna, aquella posesión de luz, fuente de vida, luz en la luz. Se embriagarán de la abundancia de tu casa: esa era la derecha. La izquierda, en cambio, era para ayuda de consolación, no para firmeza de felicidad. Pues su verdadera y genuina felicidad era Dios. Pero aquellos de quienes dice David que su boca ha hablado vanidad, y su derecha es derecha de iniquidad; no los reprende por esto, porque abundaban en todas estas cosas, sino porque su boca ha hablado vanidad. Pues ¿qué sigue? Cuando enumeró sus riquezas, dice: Bienaventurado dijeron al pueblo que tiene estas cosas. Esta es la vanidad que habló su boca, que bienaventurado dijeron al pueblo que tiene estas cosas. ¿Tú qué dices, que sabes qué es la izquierda, y qué es la derecha? Sigue y dice: Bienaventurado el pueblo cuyo Dios es el Señor (Salmo CXLIII, 11-15).

9. Preste atención, pues, vuestra Caridad. Vimos la izquierda, vimos también la derecha. Escucha esto confirmado en el Cantar de los Cantares: Su izquierda, dice, está bajo mi cabeza. La esposa dice del esposo, de Cristo la Iglesia en el abrazo de la piedad y la caridad. ¿Qué dice? Su izquierda está bajo mi cabeza, y su derecha me abrazará (Cantar de los Cantares II, 6). Pero, ¿por qué la derecha estaba arriba, la izquierda abajo, y así abrazaba el esposo a la esposa, poniendo la izquierda para consuelo, imponiendo la derecha para protección? Su izquierda, dice, está bajo mi cabeza. Dios la da: por eso su izquierda, porque todas estas cosas temporales Dios las da. ¡Cuán vanos son, cuán impíos, los que de los ídolos, de los demonios, piden estas cosas! ¡Cuántos piden estas cosas a los demonios, y no las tienen! y nuevamente, los que no las piden a los demonios, las tienen; pero no las dan los demonios. También muchos piden a Dios, y no las tienen. Pues él sabe dispensar la izquierda, quien llama a la derecha. Por tanto, si es izquierda, sea izquierda; pero esté bajo la cabeza: sobre ella esté tu cabeza, es decir, sobre ella esté tu fe, donde habita Cristo. No pongas las cosas temporales por encima de tu fe; y no será la izquierda sobre tu cabeza: sino somete todas las cosas temporales a tu fe, y pon tu fe por encima de todas las cosas temporales; y será la izquierda bajo tu cabeza, y correctamente su derecha te abrazará.

10. Escucha cómo se explica esto mismo en los Proverbios, qué es la izquierda y qué es la derecha: cuando hablaba de la Sabiduría, dijo: "Longitud de días y años de vida en su derecha; en su izquierda, riquezas y gloria" (Prov III, 16). Esa longitud de días es la eternidad. Pues la Escritura llama propiamente largo a lo que es eterno: ya que todo lo que tiene fin es breve. En otro lugar dice: "Con longitud de días lo llenaré" (Salmo XC, 16). ¿Y acaso se diría de otra manera como algo grande: "Honra a tu padre y a tu madre, para que seas longevo sobre la tierra" (Éxodo XX, 12)? ¿Sobre qué tierra, sino sobre la que dice: "Tú eres mi esperanza, mi porción en la tierra de los vivientes" (Salmo CXLI, 6)? Ser longevo allí, ¿qué es sino vivir allí eternamente? Pues ser longevo aquí, ¿qué es sino llegar a la vejez? Aunque parezca larga la edad, cuando llega, se demuestra breve; porque tiene fin. Y muchos que maldicen a sus padres envejecen en esta tierra; pero muchos que obedecen a sus padres, pronto van al Señor. ¿Acaso se cumple, entonces, que sea longevo según esta vida? Pero la longevidad se ha puesto por aquella eternidad. La longevidad está en su derecha; pero las riquezas y la gloria, es decir, la suficiencia de esta vida, lo que los hombres consideran bueno, está en la izquierda. Alguien viene y quiere golpearte en la derecha, es decir, quitarte tu fe: recibiste una bofetada en la derecha, ofrece la izquierda (Mateo V, 39), es decir, que quite lo que es temporal, y no lo que tienes de eterno. Escucha a Pablo apóstol haciendo esto. Los hombres lo perseguían porque era cristiano; le golpean la derecha, él ofrece la izquierda: "Soy ciudadano romano", dice (Hechos XXII, 25). Ellos despreciaban su derecha, y él los aterraba con la izquierda: porque ellos no podían temer su derecha; pues aún no habían creído en Cristo. Entonces, si la derecha abraza, la izquierda está bajo la cabeza; ¿qué significa, "Que tu izquierda no sepa lo que hace tu derecha"? Es decir, cuando haces una buena obra, hazlo por la vida eterna. Pues si haces una buena obra en la tierra para que te abunden las cosas terrenales; tu izquierda sabe lo que hace tu derecha, has mezclado la derecha con la izquierda. No hagas nada sino por la vida eterna. Hazlo por eso, y lo harás seguro: pues esto mandó Dios. Si haces lo que haces solo por las cosas humanas y esta vida, la izquierda sola opera; pero si operas por la vida eterna, la derecha sola opera: si tienes intención de vida eterna, pero se te infiltra el deseo de la vida temporal, para que también atiendas a esta cuando haces una buena obra, para que aquí se te retribuya algo, la izquierda se mezcla con las obras de la derecha: esto lo prohíbe Dios.

11. Vayamos ahora a lo que dice el Salmo: "El Señor es tu protección sobre la mano derecha". La mano significa poder. ¿Cómo lo probamos? Porque también la mano de Dios se ha llamado poder de Dios. Pues el diablo, que tentó a Job, dijo esto a Dios: "Extiende tu mano y toca todo lo que tiene; y verás si no te maldice en tu cara" (Job I, 11). ¿Qué significa "Extiende tu mano", sino, da poder? Escucha más claramente, hermano, no sea que aún pienses con sentido carnal que Dios está dividido en miembros; escucha claramente cómo se llama mano al poder. Dice en algún lugar la Escritura: "Muerte y vida están en manos de la lengua" (Prov. XVIII, 21). Conocemos las lenguas como ciertas partes de la carne; se mueven en la boca, y golpeando el paladar y los dientes, distinguen los sonidos con los que hablamos: muéstrenme las manos de la lengua. La lengua, por tanto, no tiene manos, y tiene manos. ¿Cuáles son las manos de la lengua? El poder de la lengua. ¿Qué significa "Muerte y vida en manos de la lengua"? "Por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado" (Mateo XII, 37). Entonces, si la mano es poder, ¿qué es la mano derecha? No creo que se pueda entender más adecuadamente, sino que entendamos la mano derecha como el poder que Dios te ha dado, para que si quieres, con la ayuda de Dios, estés a la derecha. Pues todos los impíos estarán a la izquierda; pero todos los buenos hijos estarán a la derecha, a quienes se les dirá: "Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo" (Mateo XXV, 34). Para que estés a la derecha, es decir, para que

puedas ser hijo de Dios, has recibido poder. ¿Qué poder? Del que dice Juan, "Les dio poder de ser hijos de Dios". ¿De dónde recibiste este poder? "A los que creen en su nombre" (Juan I, 12). Si crees, ese poder te ha sido dado, para que estés entre los hijos de Dios. Estar entre los hijos de Dios es pertenecer a la derecha. Entonces, tu fe es la mano derecha; es decir, el poder que te ha sido dado, para que estés entre los hijos de Dios, es la mano de tu derecha. Pero, ¿de qué sirve el poder que el hombre ha recibido, si el Señor no protege? He aquí que ha creído, ya camina en la fe: es débil, se agita entre tentaciones, entre molestias, entre corrupciones carnales, entre sugerencias de codicia, entre astucias y trampas del enemigo. ¿De qué sirve, entonces, que tenga poder y haya creído en Cristo, para estar entre los hijos de Dios? ¡Ay de aquel hombre, si el Señor no protege también su fe: es decir, que no te permita ser tentado más allá de lo que puedes soportar; como dice el Apóstol, "Fiel es Dios, que no permitirá que seáis tentados más allá de lo que podéis soportar" (I Cor. X, 13). Aquel, pues, que no permite que seamos tentados más allá de lo que podemos soportar, aunque ya seamos fieles, aunque ya tengamos la mano derecha en nosotros, Dios nos protege sobre la mano derecha. No nos basta tener la mano derecha, si Él no protege también esa mano derecha.

12. [vers. 6.] He aquí que he hablado de las tentaciones: presten atención a lo que sigue. Que el Señor te proteja sobre la mano derecha. He dicho, y creo que lo han reconocido. Pues si no lo hubieran reconocido, y no lo hubieran reconocido de las Escrituras, sus voces no me habrían indicado su entendimiento. Entonces, porque han entendido, hermanos, vean lo que sigue; ¿por qué el Señor protege también sobre la mano derecha, es decir, sobre la misma fe, en la que hemos recibido el poder de ser hijos de Dios, y estar a la derecha: por qué es necesario que el Señor proteja? Por los escándalos. ¿De dónde vienen los escándalos? De dos cosas se deben temer los escándalos, porque hay dos mandamientos en los que penden toda la Ley y los Profetas, el amor a Dios y al prójimo (Mateo XXII, 37-40). La Iglesia se ama por el prójimo, Dios se ama por Dios. En Dios, se entiende figuradamente dicho el sol: en la Iglesia, se entiende figuradamente dicha la luna. Cualquiera que pueda errar, para que crea algo diferente de Dios de lo que debe, no crea que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son de una sola sustancia, ha sido engañado por la astucia de los herejes, especialmente de los arrianos. Si cree algo menos en el Hijo, o menos en el Espíritu Santo que en el Padre, ha sufrido escándalo en Dios; es quemado por el sol. Cualquiera que crea que la Iglesia está en una parte, y no la reconozca difundida por todo el mundo, y crea a aquellos que dicen, "He aquí está Cristo, y he aquí allí" (Mateo XXIV, 23), como escucharon cuando se leía el Evangelio; cuando Él compró todo el mundo, porque dio un precio tan grande: él es escandalizado como en lo cercano; es quemado por la luna. Cualquiera que, por tanto, yerra en la misma sustancia de la verdad, es quemado por el sol, y es quemado por el día; porque yerra en la misma sabiduría, de la que se ha dicho, "El día al día emite palabra": de donde dice también el Apóstol, "Comparando cosas espirituales con espirituales. El día al día emite palabra; Comparando cosas espirituales con espirituales. El día al día emite palabra; Hablamos sabiduría entre los perfectos" (I Cor. II, 13, 6). ¿Qué significa, "Y la noche a la noche declara sabiduría" (Salmo XVIII, 3)? A los pequeños se les predica la humildad de Cristo, y la carne de Cristo, y la crucifixión de Cristo; porque eso es la leche que basta para los pequeños. Y por eso no se deja a los pequeños en la noche, porque también la luna brilla en la noche; es decir, por la carne de Cristo se predica la Iglesia, porque esa carne de Cristo es la cabeza de la Iglesia. Cualquiera que no se escandaliza allí, en la misma Iglesia y carne de Cristo, no es quemado por la luna. Cualquiera que no se escandaliza en esa verdad inmutable e incontaminada, no es quemado por el sol: no por este sol no es quemado, que las moscas y los animales ven con nosotros; sino por aquel sol del que dicen los impíos al final, "¿De qué nos sirvió la soberbia? y ¿qué nos aprovechó la jactancia de las riquezas? Todo pasó como sombra. Y cuando dijeron esto: Por tanto, dicen, erramos del camino de la verdad y la luz de

la justicia no nos iluminó, y el sol no salió para nosotros" (Sab. V, 6-9). ¿Acaso no sale este sol para todos los impíos, instituido por aquel de quien se ha dicho: "Que hace salir su sol sobre buenos y malos" (Mateo V, 45)? Entonces, Dios hizo otro sol, que sale sobre buenos y malos, este que ven tanto buenos como malos; pero otro es aquel sol, no hecho, sino engendrado, por quien todas las cosas fueron hechas, donde está la inteligencia de la verdad inmutable: de él dicen los impíos, "Y el sol no salió para nosotros". Cualquiera que no yerra en esa sabiduría, no es quemado por el sol. Cualquiera que no yerra en la Iglesia, y en la carne del Señor, y en las cosas que se hicieron temporalmente por nosotros, no es quemado por la luna. Pero todo hombre, aunque ya haya creído en Cristo, o yerra allí, o allí, si no se cumple en él lo que se ha dicho, "El Señor es tu protección sobre la mano derecha". Por eso, cuando dijo, "El Señor es tu protección sobre la mano derecha"; como si aquel hubiera preguntado y dicho, Ya está la mano derecha mía, ya elegí creer en Cristo, recibí el poder de estar entre los hijos de Dios, ¿qué es que Dios es mi protección aún sobre, es decir, sobre la mano derecha mía? sigue, "De día el sol no te quemará, ni la luna de noche". Para esto, pues, es tu protección sobre la mano derecha, para que no te queme el sol de día, ni la luna de noche. Pues entiendan esto, hermanos, porque se ha dicho figuradamente. Porque en verdad, si pensamos en el sol visible, quema de día: ¿acaso la luna quema de noche? Pero, ¿qué es quemar? Escándalo. Escucha al Apóstol diciendo, "¿Quién se enferma, y yo no me enfermo? ¿quién se escandaliza, y yo no me quemo?" (II Cor. XI, 29).

13. [vers. 7.] Por tanto, de día el sol no te quemará, ni la luna de noche. ¿Por qué? Porque "El Señor te guardará de todo mal". De los escándalos en el sol, de los escándalos en la luna, de todo mal te guardará, quien es tu protección sobre la mano derecha, quien no duerme, ni dormitará. ¿Y para qué? Porque estamos en tentaciones: "El Señor te guardará de todo mal. Guardará tu alma el Señor: también tu alma. Guardará tu entrada y tu salida, desde ahora y para siempre". No como tu cuerpo; pues en el cuerpo fueron muertos los mártires: pero "guardará tu alma el Señor"; porque los mártires no cedieron en el alma. Y los perseguidores se ensañaban contra Crispina, cuyo natalicio celebramos hoy; se ensañaban contra una mujer rica y delicada: pero era fuerte, porque el Señor era su protección sobre la mano derecha, aquel que la guardaba. Pues, hermanos, ¿quién en África no la conoce? Porque fue muy conocida, noble de linaje, abundante en riquezas: pero todas estas cosas eran la izquierda, estaban bajo la cabeza. Vino el enemigo que golpeara la cabeza, y se le opuso la izquierda, que estaba bajo la cabeza. La cabeza estaba arriba, la derecha la abrazaba desde arriba. ¿Qué podía hacer el perseguidor, aunque fuera una mujer delicada? Era ciertamente débil por su sexo, y tal vez más débil por sus riquezas, y más débil por su costumbre corporal; pero, ¿qué ante tales defensas? ¿qué ante aquel esposo que ponía la izquierda bajo la cabeza, y su derecha la abrazaba? ¿Cuándo podría el enemigo golpear a alguien tan protegido? Y sin embargo, golpeó, pero en el cuerpo. Pero, ¿qué dice el Salmo? Guardará tu alma el Señor. El alma no cedió, el cuerpo fue golpeado. Y el cuerpo fue golpeado por un tiempo: pues al final resucitará. Porque también aquel que se dignó ser la cabeza de la Iglesia, ofreció su cuerpo para ser golpeado por un tiempo: pero resucitó su carne al tercer día; nuestra carne la resucitará al final. Por eso fue resucitada la cabeza, para que atendiera al cuerpo, para que no desfalleciera. Guardará tu alma el Señor. Que no ceda, que no se rompa por los escándalos; en las persecuciones, en las tribulaciones, que no ceda desfalleciendo: como dice el Señor, "No temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma: sino temed a aquel que tiene poder para matar el cuerpo y el alma en el infierno de fuego" (Mateo X, 28). Por tanto, que el Señor guarde tu alma, para que no cedas al mal persuasor, para que no cedas al que promete falsedades, para que no cedas al que amenaza con cosas temporales, y que el Señor guarde tu alma.

14. [vers. 8.] Y luego: "El Señor guardará tu entrada y tu salida, desde ahora y para siempre". Pues atiende a tu entrada por un tiempo. Que el Señor guarde tu entrada y tu salida, desde ahora y para siempre. Que guarde también tu salida. ¿Qué es la entrada? ¿qué es la salida? Cuando somos tentados, entramos: cuando vencemos la tentación, salimos. Escucha, la entrada; escucha, la salida. "El horno prueba los vasos del alfarero", dice la Escritura, "y la tentación de la tribulación prueba a los hombres justos" (Eclesiástico XXVII, 6). Si los hombres justos son así, como los vasos del alfarero; es necesario que los vasos del alfarero entren en el horno. Y no cuando entran, ya está seguro el alfarero, sino cuando salen. Pero el Señor está seguro, porque conoce a los que son suyos (II Tim. II, 19), y conoce a los que no se romperán en el horno. Ellos no se rompen, los que no tienen el viento de la soberbia. Por tanto, la humildad guarda en toda tentación: porque ascendemos cantando el Cántico de los grados desde el valle de lágrimas; y el Señor guarda la entrada, para que entremos salvos. Seamos de sana fe cuando ocurre la tentación, y guarda la salida desde ahora y para siempre. Pues cuando hayamos salido de toda tentación, ya en la eternidad ninguna tentación nos asustará, ninguna concupiscencia siquiera nos inquietará. Escucha al Apóstol recordando lo mismo, que recordé hace poco: "Fiel es Dios, que no permitirá que seáis tentados más allá de lo que podéis soportar". He aquí que tu entrada es guardada; cuando Dios no permite que te ocurra una tentación que no puedas soportar, guarda tu entrada: vean si guarda también la salida. "Pero hará", dice, "con la tentación también la salida, para que podáis soportar" (I Cor. X, 13). ¿Acaso podemos interpretar de otra manera, hermanos, que las mismas palabras del Apóstol nos han enseñado? Guárdense, entonces, pero no de ustedes mismos, porque el Señor es la protección, quien guarda, quien no duerme ni dormita. Una vez durmió por nosotros: resucitó; ya no dormirá. Nadie presuma de sí mismo. Desde el valle de lágrimas ascendemos, no permanezcamos en el camino. Quedan grados en el camino; no debemos quedarnos perezosos, no debemos caer por soberbia: digamos a Dios, Que no se mueva nuestro pie. No dormirá, quien nos guarda. Está en nuestro poder, con la ayuda de Dios, si lo hacemos nuestro guardián que no duerme ni dormita, quien guarda a Israel. ¿Qué Israel? El que ve a Dios. Así será tu ayuda del Señor, así será tu protección sobre la mano derecha; así se guarda tu entrada y tu salida desde ahora y para siempre. Pues si presumes de ti mismo, se ha movido tu pie; si se ha movido tu pie, ya crees estar en algún grado: de allí caes, si eres soberbio; porque el humilde en el valle de lágrimas dice, "No des a mover mi pie".

15. Aunque el Salmo es breve, sin embargo, la exposición es larga, y el discurso es largo. Piensen, hermanos, que por el natalicio de la bienaventurada Crispina los he invitado, y he sido más extenso en el banquete. ¿No podría esto sucederles, si alguien los invitara a una fiesta militar, y los obligara a beber sin medida en la mesa? Permítannos hacer esto en el discurso divino, para que se embriaguen y se sacien, como también el Señor se ha dignado regar la tierra con su lluvia temporal, para que con mayor alegría nos permita ir al lugar de los mártires, como prometimos ayer. Pues esos mártires están aquí con nosotros sin esfuerzo.

EN EL SALMO CXXI EXPOSICIÓN.

SERMON A LA PLEBE.

1. Así como el amor impuro inflama el alma y la llama a desear las cosas terrenales y perecederas, precipitándola hacia lo más bajo y sumergiéndola en lo profundo: así el amor santo eleva hacia lo alto, inflama hacia lo eterno y despierta el alma hacia aquello que no pasa ni muere, levantándola del abismo del infierno hacia el cielo. Sin embargo, todo amor tiene su fuerza, y no puede haber amor vacío en el alma del amante; es necesario que conduzca. Pero, ¿quieres saber qué tipo de amor es? Observa hacia dónde conduce. No aconsejamos,

por tanto, que no améis nada; sino que aconsejamos que no améis al mundo, para que améis libremente a quien hizo el mundo. Pues el alma atada por el amor terrenal tiene como si fuera liga en las alas; no puede volar. Pero, purificada de los afectos más sucios del mundo, como con las alas extendidas y liberadas de todo impedimento, es decir, con los dos mandamientos del amor a Dios y al prójimo, vuela. ¿Hacia dónde, sino ascendiendo a Dios volando, porque asciende amando? Antes de poder hacerlo, gime en la tierra, si ya tiene el deseo de volar; y dice: ¿Quién me dará alas como de paloma, y volaré, y descansaré? (Salmo 54, 7). ¿Pero hacia dónde volará, sino desde en medio de los escándalos, donde también gemía aquel cuya voz he recordado? Desde en medio de los escándalos, de la mezcla de hombres malos, de la paja con la que los granos están mezclados, quiere volar, donde no sufra la unión y sociedad de algún iniquo, sino que viva en la santa sociedad de los ciudadanos ángeles en la Jerusalén eterna.

2. [vers. 1.] Por eso este salmo, que hoy hemos tomado para tratar con vuestra Santidad, desea esa misma Jerusalén, es decir, aquel que asciende en este salmo: pues es un Cántico de los grados; lo que a menudo hemos dicho a vuestra Caridad, que estos grados no son de los que descienden, sino de los que ascienden. Por tanto, este quiere ascender. ¿Y a dónde quiere ascender, sino al cielo? ¿Qué es, al cielo? ¿Acaso quiere ascender para estar con el sol, la luna y las estrellas? De ninguna manera. Pero en el cielo está la Jerusalén eterna, donde están nuestros ciudadanos, los ángeles: de esos ciudadanos nuestros estamos peregrinando en la tierra. En la peregrinación suspiramos; en la ciudad nos alegraremos. Sin embargo, hemos encontrado compañeros en esta peregrinación, que ya han visto esa misma ciudad, y nos invitan a correr hacia ella. A estos se alegra aquel que dice: Me alegré con los que me dijeron: Iremos a la casa del Señor. Hermanos, venga a la mente de vuestra Caridad, si alguna festividad de mártires y algún lugar santo es nombrado, donde en un día cierto las multitudes se congregan para celebrar la solemnidad; cómo esas multitudes se animan, cómo se exhortan y dicen: Vamos, vamos. Y preguntan, ¿A dónde vamos? Y se dice, A ese lugar, al lugar santo. Se hablan entre sí, y como encendidos individualmente hacen una sola llama: y esa única llama hecha de la conversación de los que se encienden a sí mismos los lleva al lugar santo, y el pensamiento santo los santifica. Si, por tanto, a un lugar temporal así los lleva el amor santo; ¿qué tipo de amor debe ser el que lleva a los concordes al cielo, y diciéndose entre sí, Iremos a la casa del Señor? Por tanto, corramos, corramos, porque iremos a la casa del Señor. Corramos, y no nos cansemos; porque llegaremos allí, donde no nos fatigaremos. Corramos a la casa del Señor, que nuestra alma se alegre en aquellos que nos lo dicen. Porque quienes nos lo dicen, vieron primero esa patria, clamando desde lejos a los posteriores, Iremos a la casa del Señor: caminad, corred. Los Apóstoles la vieron, y nos dijeron, Corred, caminad, seguid; Iremos a la casa del Señor. ¿Y qué dice cada uno de nosotros? Me alegré con los que me dijeron: Iremos a la casa del Señor. Me alegré con los Profetas, me alegré con los Apóstoles. Porque todos ellos nos dijeron, Iremos a la casa del Señor.

3. [vers. 2.] Nuestros pies estaban firmes en tus atrios, Jerusalén. He aquí que tienes la casa del Señor, si buscabas qué es la casa del Señor. En esa casa del Señor se alaba al que construyó la casa: él es el deleite de todos los que habitan en la casa; él es la única esperanza aquí, y la realidad allí. Por tanto, los que corren, ¿qué deben pensar? Como si ya estuvieran allí, y allí estuvieran firmes. Pues es grande estar allí entre los ángeles, y no desfallecer. Porque quien de allí cayó, no permaneció en la verdad (Juan 8, 44). Quienes no han caído, permanecen en la verdad: y aquel permanece, quien disfruta de Dios; pero quien quiere disfrutar de sí mismo, cae. ¿Quién quiere disfrutar de sí mismo? El que es soberbio. Por eso aquel que siempre quería estar firme en los atrios de Jerusalén, En tu luz, dice, veremos la luz; no, en mi luz: y, En ti, dice, está la fuente de la vida; no, en mí. ¿Y qué añadió? No venga

a mí el pie de la soberbia, y la mano de los pecadores no me mueva. Allí cayeron todos los que obran iniquidad; fueron expulsados, no pudieron estar firmes (Salmo 35, 10, 12, 13). Si, por tanto, ellos no pudieron estar firmes, porque fueron soberbios; asciende humildemente, para que digas, Nuestros pies estaban firmes en tus atrios, Jerusalén. Piensa cómo serás allí; y aunque aún estés en el camino, pon esto ante tus ojos, como si estuvieras allí, como si ya entre los ángeles te alegraras sin desfallecer, y se cumpla en ti lo que se ha dicho, Bienaventurados los que habitan en tu casa; por los siglos de los siglos te alabarán (Salmo 83, 5). Nuestros pies estaban firmes en tus atrios, Jerusalén. ¿De cuál Jerusalén? Pues se suele decir también esta Jerusalén; pero esta Jerusalén es sombra de aquella. ¿Y qué grande es estar en esta Jerusalén, cuando esta Jerusalén no pudo estar firme, que se convirtió en ruina? ¿Es, por tanto, algo grande que el Espíritu Santo hable desde el corazón inflamado de este amante, porque dice, Nuestros pies estaban firmes en tus atrios, Jerusalén? ¿No es aquella Jerusalén a la que el Señor dijo, Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que son enviados a ti (Mateo 23, 37)? ¿Qué grande, entonces, deseaba este, estar entre aquellos que mataban a los profetas, y apedreaban a los enviados a ellos? Lejos esté que piense así de esta Jerusalén quien así ama, quien así arde, quien así quiere llegar a aquella Jerusalén, nuestra madre (Gálatas 4, 26), de la que dice el Apóstol, eterna en los cielos (2 Corintios 5, 1).

4. [vers. 3.] Escucha finalmente, no me creas; escucha lo que sigue, y qué Jerusalén designa a nuestras mentes. Pues cuando dijo, Nuestros pies estaban firmes en tus atrios, Jerusalén; como si se le dijera, ¿De qué Jerusalén hablas? ¿De qué Jerusalén hablas? Inmediatamente añadió, Jerusalén que se edifica como ciudad. Hermanos, cuando David decía estas cosas, esa ciudad estaba completa, no se estaba edificando. No sé, entonces, qué ciudad dice, que ahora se edifica, a la que corren en fe piedras vivas, de las que dice Pedro: Y vosotros, como piedras vivas, sois edificados como casa espiritual (1 Pedro 2, 5), es decir, templo santo de Dios. ¿Qué es, piedras vivas sois edificados? Vives, si crees: pero si crees, te conviertes en templo de Dios; porque dice el apóstol Pablo, El templo de Dios, que sois vosotros, es santo. Esa, por tanto, es ahora la ciudad que se edifica como ciudad: su fundamento es Cristo. Dice el apóstol Pablo: Nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, que es Cristo Jesús (1 Corintios 3, 17, 11). Cuando se pone el fundamento en la tierra, se edifican paredes encima, y el peso de las paredes tiende hacia abajo, porque el fundamento está puesto en lo bajo. Pero si nuestro fundamento está en el cielo, edifiquémonos hacia el cielo. Los cuerpos edificaron esta estructura, que veis que se ha levantado amplia, de esta basílica; y porque los cuerpos la edificaron, pusieron el fundamento en lo bajo: pero como espiritualmente somos edificados, nuestro fundamento está puesto en lo alto. Corramos, por tanto, allí donde seamos edificados; porque de esa Jerusalén se ha dicho, Nuestros pies estaban firmes en tus atrios, Jerusalén. Pero, ¿de cuál Jerusalén? Jerusalén que se edifica como ciudad. Poco dijo, para mostrar Jerusalén, porque dijo, se edifica como ciudad; aún puede entenderse aquella corporal. ¿Qué si alguien dice: Ya cuando estas cosas se decían en tiempos de David, y se cantaban, esa ciudad estaba completa; pero veía en espíritu que iba a caer, y que después de setenta años de cautiverio podría ser edificada de nuevo esa ciudad que fue destruida por los conquistadores (Jeremías 29, 4, 10). Quizás alguien diga: Esto veía David en espíritu, que la ciudad de Jerusalén iba a ser destruida por los conquistadores, y que después de setenta años podría ser edificada de nuevo; y por eso dijo, Jerusalén que se edifica como ciudad: no pienses, por tanto, que se dice de esa ciudad que consta de santos, como de piedras vivas. ¿Qué sigue, para quitar toda duda? Pues dice, Nuestros pies estaban firmes en tus atrios, Jerusalén. Pero, ¿de qué Jerusalén hablo? ¿Acaso de esta, dice, que veis erguida con paredes corporales? No; sino Jerusalén que se edifica como ciudad. ¿Por qué no ciudad, sino como ciudad; sino porque esa estructura de paredes, que estaba en Jerusalén, era una ciudad visible, como propiamente se dice por todos ciudad: pero aquella se edifica como ciudad, porque

aquellos que entran en ella, son como piedras vivas; pues no son verdaderamente piedras? Así como ellos son como piedras, no piedras; así aquella como ciudad, no ciudad; porque dijo, se edifica. Pues con el nombre de edificio, quiso entenderse la estructura y unión de cuerpos y paredes. Pues la ciudad propiamente se entiende en los hombres que habitan en ella. Pero nos manifestó que llamaba ciudad a la urbe, porque dijo, se edifica. Y porque el edificio espiritual tiene cierta semejanza con el edificio corporal, por eso se edifica como ciudad.

5. Pero diga lo que sigue, y quite toda duda, porque no debemos entender carnalmente, Jerusalén que se edifica como ciudad. Cuyo compartir es en lo mismo. Ya, por tanto, hermanos, quienquiera que levante el rostro de la mente, quienquiera que deposite la oscuridad de la carne, quienquiera que limpie el ojo del corazón, elévese, y vea lo mismo. ¿Qué es lo mismo? ¿Cómo lo diré, sino lo mismo? Hermanos, si podéis, entendáis lo mismo. Pues yo, cualquier otra cosa que diga, no digo lo mismo. Intentemos, sin embargo, con ciertas proximidades de palabras y significados llevar la debilidad de la mente a pensar lo mismo. ¿Qué es lo mismo? Lo que siempre es de la misma manera; lo que no es ahora una cosa, y ahora otra. ¿Qué es, entonces, lo mismo, sino lo que es? ¿Qué es lo que es? Lo que es eterno. Pues lo que siempre es de otra manera, no es, porque no permanece: no es del todo no es, pero no es sumamente. ¿Y qué es lo que es, sino aquel que cuando enviaba a Moisés, le dijo: Yo soy el que soy? ¿Qué es esto, sino aquel que cuando su siervo decía, He aquí que me envías: si el pueblo me dice, ¿Quién te envió? no quiso decir otro nombre que, Yo soy el que soy; y añadió y dijo, Dirás así a los hijos de Israel, El que es, me envió a vosotros. He aquí lo mismo, Yo soy el que soy, El que es, me envió a vosotros. No puedes comprender; es mucho entender, es mucho aprehender. Retén lo que por ti se hizo, a quien no podías comprender. Retén la carne de Cristo, en la que eras levantado enfermo, y dejado medio muerto por las heridas de los ladrones, para que fueras llevado al establo (Lucas 10, 30, 34), y allí fueras sanado. Por tanto, corramos a la casa del Señor, y lleguemos a la ciudad donde estén firmes nuestros pies; la ciudad que se edifica como ciudad, cuyo compartir es en lo mismo. ¿Qué debes, pues, retener? Lo que por ti se hizo Cristo, porque él es Cristo; y él mismo Cristo se entiende correctamente, Yo soy el que soy, como está en la forma de Dios. Donde no consideró el ser igual a Dios como usurpación (Filipenses 2, 6), allí está lo mismo. Pero para que tú seas partícipe en lo mismo, él mismo primero se hizo partícipe de ti; y el Verbo se hizo carne, para que la carne participe del Verbo. Pero porque el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros (Juan 1, 14), vino de la descendencia de Abraham; pero fue prometido a Abraham, Isaac y Jacob, que en su descendencia serían bendecidas todas las naciones (Génesis 22, 18); y de ahí vemos la Iglesia difundida por todo el mundo: Dios habla a los débiles. Buscó la firmeza del corazón, cuando dijo, Yo soy el que soy: buscó la firmeza del corazón, y la agudeza de la contemplación erguida, cuando dijo, El que es, me envió a vosotros. Pero quizás aún no tienes la contemplación: no desfallezcas, no desesperes. El que es, quiso ser hombre, como tú eres; y por eso siguió diciendo a Moisés como temiendo el nombre. ¿Qué nombre? Que es, Es. Y dijo, dice, el Señor a Moisés, Yo soy el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob: este es mi nombre para siempre (Éxodo 3, 13-15). No desesperes de ti, porque dije, Yo soy el que soy, y, El que es, me envió a vosotros: porque tú ahora fluctúas, y por la mutabilidad de las cosas y la variedad de la mortalidad humana no puedes percibir lo que es lo mismo. Yo desciendo, porque tú no puedes venir. Yo soy el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob. En la descendencia de Abraham espera algo, para que puedas ser confirmado para ver al que vino a ti en la descendencia de Abraham.

6. Por tanto, esto es lo mismo de lo que se ha dicho, Los cambiarás, y cambiarán; pero tú eres el mismo, y tus años no fallarán (Salmo 101, 27 y 28). He aquí lo mismo, cuyos años no fallan. Hermanos, ¿no fallan nuestros años diariamente, ni permanecen en absoluto? Pues los que vinieron, ya no son; y los que han de venir, aún no son: ya aquellos fallaron, y aquellos que han de fallar vendrán. En este mismo día, hermanos, he aquí ahora lo que hablamos es en un momento. Las horas pasadas han pasado, las futuras aún no han venido; y cuando vengan, también pasarán y fallarán. ¿Cuáles son los años que no fallan, sino los que permanecen? Si, por tanto, allí los años permanecen, y esos mismos años que permanecen son un año, y ese mismo año que permanece es un día; porque ese único día no tiene ni amanecer ni ocaso, ni comienza desde ayer, ni es excluido por el mañana, sino que ese día permanece siempre: y como quieras lo llamas día; si quieres, son años; si quieres, es día; lo que pienses, sin embargo, permanece: de esa estabilidad participa esa ciudad cuyo compartir es en lo mismo: por tanto, porque de esa estabilidad se hace partícipe, dice aquel que corre hacia allí, Nuestros pies estaban firmes en tus atrios, Jerusalén. Pues todo allí permanece, donde nada pasa. ¿Quieres tú también permanecer allí y no pasar? Corre allí. Nadie tiene lo mismo de sí mismo. Prestad atención, hermanos. Lo que el cuerpo tiene, no es lo mismo; porque no permanece en sí mismo. Se cambia por las edades, se cambia por los cambios de lugares y tiempos, se cambia por las enfermedades y defectos carnales: por tanto, no permanece en sí mismo. Los cuerpos celestiales no permanecen en sí mismos: tienen ciertos cambios, aunque ocultos; ciertamente se cambian de lugares a lugares, ascienden del oriente al occidente, y de nuevo circundan al oriente: por tanto, no permanecen, no son lo mismo. El alma humana tampoco permanece. ¡Cuántos cambios y pensamientos la varían! ¡Cuántos placeres la cambian! ¡Cuántos deseos la golpean y desgarran! La misma mente del hombre, que se llama racional, es mutable, no es lo mismo. Ahora quiere, ahora no quiere; ahora sabe, ahora no sabe; ahora recuerda, ahora olvida: por tanto, nadie tiene lo mismo de sí mismo. Quien quiso tener lo mismo de sí mismo, como si él mismo fuera lo mismo, cayó: el ángel cayó, y se hizo diablo. Ofreció al hombre soberbia, lo derribó con él envidia al que estaba firme. Estos quisieron ser lo mismo para sí mismos; quisieron gobernarse a sí mismos, quisieron dominarse a sí mismos: no quisieron tener al verdadero Señor, que verdaderamente es lo mismo, a quien se le dijo, Los cambiarás, y cambiarán; pero tú eres el mismo. Por tanto, después de tanta debilidad, después de tantas enfermedades, dificultades, trabajos, vuelva el alma humillada a lo mismo: y esté en esa ciudad cuyo compartir es en lo mismo.

7. [vers. 4.] Allí subieron las tribus. Pues buscábamos a dónde asciende el que ha caído; porque dijimos que es la voz del hombre que asciende, de la Iglesia que asciende. ¿Pensamos a dónde asciende? ¿A dónde va? ¿A dónde se eleva? Allí subieron, dice, las tribus. ¿A dónde subieron las tribus? A la ciudad cuya participación es en lo mismo. Por tanto, se asciende allí, a Jerusalén. Pero el hombre que descendía de Jerusalén a Jericó cayó en manos de ladrones (Luc. X, 30). No habría descendido, y no habría caído en manos de ladrones. Pero como descendiendo cayó en manos de ladrones, ascendiendo venga a los Ángeles. Ascienda, pues, porque subieron las tribus. Pero, ¿cuáles son las tribus? Muchos lo saben, muchos no lo saben. Pero también nosotros que lo sabemos, descendamos a aquellos que no conocen las tribus, para que asciendan con nosotros a donde subieron las tribus. Las tribus pueden llamarse de otro nombre curias, pero no propiamente. Así que las tribus no pueden llamarse propiamente de otro nombre; pero se llaman curias de manera cercana. Pues propiamente si dijéramos curias, no se entienden sino las curias que están en las ciudades, una en cada una; de donde vienen los curiales y decuriones, es decir, que están en la curia o decuria: y sabéis que tales curias tienen cada una de las ciudades. Pero hay o hubo alguna vez en estas ciudades también curias de los pueblos; y una ciudad tiene muchas curias, como Roma tiene

treinta y cinco curias del pueblo. Estas se llaman tribus. El pueblo de Israel tenía doce de estas, según los hijos de Jacob.

8. Eran doce tribus del pueblo de Israel: pero allí había malos, y había buenos. ¿Qué tribus tan malas las que crucificaron al Señor? ¿Qué tribus tan buenas las que reconocieron al Señor? Aquellas tribus que crucificaron al Señor, son tribus del diablo. Cuando aquí decía, Allí subieron las tribus; para que no entendieras todas las tribus, añadió, tribus del Señor. ¿Qué significa, tribus del Señor? Las que reconocieron al Señor. Pues de esas doce tribus malas, había allí buenos de las buenas tribus que reconocieron al creador de la ciudad; y estos eran los granos entre aquellas tribus, que estaban mezclados entre la paja. Pero subieron, no con la paja, sino tribus purgadas, elegidas, como tribus del Señor. Allí subieron las tribus, tribus del Señor. ¿Qué significa, tribus del Señor? Testimonio de Israel. Escuchad, hermanos, qué significa esto: Testimonio de Israel, es decir, en quienes se reconoce que es verdaderamente Israel. ¿Qué es Israel? La interpretación de su nombre ya se ha dicho, y se dice a menudo: pues aunque se haya dicho recientemente, puede haberse olvidado. Al decirlo, hagamos que no se olvide incluso a aquellos que no saben o no quieren leer: seamos su códice. Israel se interpreta como Viendo a Dios; más precisamente, al examinar la palabra, así se interpreta, Israel. Es viendo a Dios: ambos, es viendo a Dios. Porque el hombre en sí mismo no es: se cambia y se transforma, si no participa de aquel que es lo mismo. Entonces es, cuando ve a Dios. Entonces es, cuando ve a aquel que es; y al ver a aquel que es, él mismo se convierte en lo que es según su medida. Por tanto, él mismo es Israel, Israel es viendo a Dios. Por tanto, el soberbio no es Israel: porque su participación no es en lo mismo; porque él mismo quiere ser en lo mismo. Quien quiere ser principio para sí mismo no es Israel. Por tanto, todo falso no es Israel, porque todo soberbio necesariamente es falso. Esto digo, hermanos; necesariamente todo soberbio quiere parecer lo que no es: de otra manera, hermanos míos, no puede ser. Y ojalá el soberbio quisiera parecer lo que no es, como si quisiera parecer, por ejemplo, un músico, cuando no lo es. Pronto se probaría; se le diría: Canta; veamos si eres músico. No podría; se descubriría que falsamente quiso parecer lo que no era. Si dijera que es elocuente, se le diría: Habla, y prueba. Si hablara, se descubriría que no es lo que profesó ser. El soberbio, lo que es peor, quiere parecer justo, cuando no lo es; y como es difícil entender la justicia, es difícil reconocer a los soberbios. Por tanto, los soberbios quieren parecer lo que no son: por eso su participación no es en lo mismo; no pertenecen a Israel, que es viendo a Dios. ¿Quién, entonces, pertenece a Israel? Quien es partícipe en lo mismo. ¿Quién es el que participa en lo mismo? Quien confiesa que no es lo que Dios es, y que tiene de él lo que bueno puede tener; de sí mismo no es sino pecado, de él tiene la justicia. Tal es en quien no hay engaño. Y el Señor viendo a Natanael, ¿qué dijo? He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño (Juan I, 47). Si, por tanto, el verdadero israelita, en quien no hay engaño, esas tribus ascienden a Jerusalén, en las que no hay engaño. Y ellas son el testimonio de Israel; es decir, por ellas se reconoce que eran granos entre aquella paja, cuando el área al ser vista, toda paja se pensaba. Por tanto, había allí granos: pero cuando asciendan a aquella sublimidad del esplendor, cuando el área sea aventada (Mat. III, 12), entonces será el testimonio de Israel; entonces todos los malos dirán, Verdaderamente había allí justos entre los malos, cuando todos nos parecían malos, y como éramos nosotros, así pensábamos que eran todos. Testimonio de Israel. ¿A dónde ascienden? ¿por qué ascienden? Para confesar tu nombre, Señor. No se puede decir de manera más magnífica. Así como la soberbia presume, así la humildad confiesa. Como es presuntuoso quien quiere parecer lo que no es; así es confesor quien no quiere parecer lo que es él mismo, y ama lo que es él. Por tanto, ascienden los israelitas, en quienes no hay engaño, porque son verdaderamente israelitas, porque en ellos está el testimonio de Israel; ascienden para confesar tu nombre, Señor.

9. [vers. 5.] Porque allí se sentaron tronos para juicio. Un enigma maravilloso, una cuestión maravillosa, si no se entiende. Dice tronos, lo que los griegos llaman thronos. Los griegos llaman thronos a las sillas, como honorables. Por tanto, hermanos míos, no es extraño si los hombres se sientan en tronos, en sillas: pero que los mismos tronos se sienten, ¿cómo podemos entenderlo? Como si alguien dijera: Siéntense aquí las cátedras, o siéntense aquí las sillas. En una silla se sienta, en tronos se sienta, en cátedras se sienta; no se sientan los mismos tronos. ¿Qué significa, entonces, Porque allí se sentaron tronos para juicio? Ciertamente soléis escuchar, diciendo Dios, El cielo es mi trono; pero la tierra es el escabel de mis pies (Isa. LXVI, 1). En latín, sin embargo, se dice todo así, El cielo es mi trono. ¿Quiénes son estos, sino los justos? ¿quiénes son los cielos, sino los justos? Quien es cielo, ellos son cielos: porque lo que es la Iglesia, ellas son las Iglesias; así son muchas, como una es: así, pues, también los justos; así son justos cielo, como son cielos. Pero en ellos se sienta Dios, y de ellos juzga Dios. Y no sin razón se ha dicho, Los cielos narran la gloria de Dios. Los apóstoles se hicieron cielo. ¿De dónde se hicieron cielo? Porque fueron justificados. Así como el pecador se hizo tierra, a quien se le dijo, Tierra eres, y a la tierra volverás (Gen. III, 19); así los justificados se hicieron cielo. Llevaron a Dios, y de ellos Dios resplandecía milagros, tronaba terrores, llovía consolaciones. Eran, pues, eran ellos cielo, y narraban la gloria de Dios. Pues para que sepáis que ellos fueron llamados cielo, allí dice en el mismo salmo: Por toda la tierra salió su sonido, y hasta los confines del mundo sus palabras (Sal. XVIII, 2, 5). Preguntas, ¿de quiénes; y encontrarás, de los cielos. Si, pues, el cielo es el trono de Dios, los apóstoles son cielo; y ellos mismos se hicieron trono de Dios, ellos son el trono de Dios. Se ha dicho en otro lugar: El alma del justo, trono de la sabiduría. Gran cosa, gran cosa se ha dicho: Trono de la sabiduría el alma del justo; es decir, en el alma del justo se sienta la sabiduría como en su silla, como en su trono, y desde allí juzga todo lo que juzga. Por tanto, eran tronos de sabiduría, y por eso el Señor les dijo: Os sentaréis sobre doce tronos, juzgando a las doce tribus de Israel (Mat. XIX, 28). Así también ellos se sentarán sobre doce tronos, y ellos mismos son tronos de Dios: de ellos se ha dicho, Porque allí se sentaron tronos. Porque allí se sentaron tronos. ¿Quiénes se sentaron? Tronos. ¿Y quiénes son tronos? De quienes se ha dicho, El alma del justo, trono de la sabiduría. ¿Quiénes son tronos? Cielos. ¿Quiénes son cielos? Cielo. ¿Qué es cielo? De lo que dice el Señor, El cielo es mi trono. Y ellos justos son tronos, y tienen tronos; y en aquella Jerusalén se sentarán tronos. ¿Para qué? Para juicio. Os sentaréis, dice, sobre doce tronos, oh vosotros tronos, juzgando a las doce tribus de Israel. ¿A quiénes juzgando? A los que están abajo en la tierra. ¿Quiénes juzgarán? Los que se hicieron cielo. Pero aquellos que serán juzgados, se dividirán en dos partes; una a la derecha, otra a la izquierda estará. Juzgarán con Cristo los santos. Vendrá en juicio con los ancianos del pueblo, dice Isaías (Isa. III, 14). Por tanto, hay otros que con él juzgarán; otros que serán juzgados por él, y por aquellos que con él juzgarán. Se dividirán, pues, estos en dos partes: una se pondrá a la derecha, a la que se enumerarán las limosnas que hicieron; otra se pondrá a la izquierda, a la que se enumerará la crueldad, y la esterilidad de la misericordia. Y a aquellos puestos a la derecha se les dirá, Venid, benditos de mi Padre, recibid el reino que os está preparado desde el origen del mundo. ¿Por qué? Tuve hambre, dice, y me disteis de comer. Y ellos: ¿Cuándo te vimos hambriento? Y él: Cuando lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis (Mat. XXV, 31, 45). ¿Qué es, pues, hermanos? Aquellos juzgarán de quienes se ha dicho que se hagan amigos del mamón de iniquidad; para que ellos también, dice, os reciban en las moradas eternas (Luc. XVI, 9). Los santos se sentarán con el Señor para atender a quienes hicieron misericordia, y tomarán a aquellos separados a la derecha en el reino de los cielos: y esa es la paz de Jerusalén. ¿Cuál es la paz de Jerusalén? Que las obras de misericordia corporales se unan a las obras de la predicación espiritual, y se haga la paz dando y recibiendo. Pues dice el Apóstol, quien dijo que la razón

de dar y recibir son estas limosnas (Filip. IV, 15); dice, pues, Si nosotros os sembramos lo espiritual, ¿es mucho que cosechemos de vosotros lo carnal (I Cor. IX, 11)? Y sobre el mismo asunto dice en otro lugar, El que mucho, no tuvo de más; y el que poco, no tuvo de menos. ¿Por qué, El que mucho, no tuvo de más? Porque lo que tenía de más, lo dio al necesitado. ¿Y qué significa, El que poco, no tuvo de menos? Porque recibió de aquel que tenía de más, para que haya, dice, igualdad (II Cor. VIII, 15, 14). Esa es la paz de la que se dice, Haya paz en tu fortaleza.

10. [vers. 6.] Pues cuando dijo, Porque allí se sentaron tronos para juicio, tronos sobre la casa de David, es decir, sobre la familia de Cristo, a quien dieron en tiempo su alimento; inmediatamente como a esos tronos dice, Preguntad por la paz de Jerusalén. Oh vosotros tronos, que ya os sentáis para juzgar, y os habéis hecho tronos del Señor que juzga (pues quienes juzgan, preguntan; quienes son juzgados, son preguntados), Preguntad, dice, por la paz de Jerusalén. Preguntando, ¿qué encontrarán? A unos que hicieron misericordia, a otros que no la hicieron. A quienes encuentren que hicieron misericordia, a esos llamarán a Jerusalén; porque esos son para la paz de Jerusalén. La caridad es una cosa fuerte, hermanos; la caridad es una cosa fuerte. ¿Queréis ver cuán fuerte es la caridad? Cualquiera que por alguna necesidad no pueda cumplir lo que manda Dios, ame a aquel que lo cumple, y en él lo cumple. Preste atención vuestra Caridad. Por ejemplo, tiene esposa, a quien no puede dejar; debe obedecer al Apóstol que dice, El marido pague a la mujer el débito; y, ¿Estás ligado a una mujer? no busques la separación. Le viene a la mente que es mejor aquella vida de la que dice el mismo apóstol, Quisiera que todos fueran como yo (I Cor. VII, 3, 27, 7). Atiende a aquellos que lo hicieron; los ama, y en ellos cumple lo que en sí mismo no puede. La caridad es una cosa fuerte. Esa es nuestra virtud; porque si no estamos en ella, de nada sirve cualquier otra cosa que tengamos. Si hablo lenguas de hombres, dice el Apóstol, y de ángeles, pero no tengo caridad, he venido a ser como metal que resuena, o címbalo que retiñe. Añade otra cosa grande: Y si distribuyera todos mis bienes, y si entregara mi cuerpo para ser quemado, pero no tengo caridad, de nada me sirve (I Cor. XIII, 1, 3). Pero si hay solo caridad, que no encuentra qué distribuir a los pobres, ame: solo dé un vaso de agua fría (Mat. X, 42); se le imputará tanto como a Zaqueo que dio la mitad de su patrimonio a los pobres (Luc. XIX, 8). ¿Por qué esto? Aquel dio tan poco, aquel dio tanto, ¿y se le imputará tanto? Sí, ciertamente. Desigual es la capacidad, pero no desigual la caridad.

11. Por tanto, ellos preguntan; vosotros pensad qué sois. Ya se nos ha dicho, A la casa del Señor iremos. Nos alegramos ciertamente en aquellos que nos dijeron, A la casa del Señor iremos. Ved, pues, si vamos. No vamos con los pies, sino con los afectos. Ved si vamos; que cada uno de vosotros se pregunte cómo es hacia el pobre santo, hacia el hermano necesitado, cómo es hacia el mendigo necesitado: vea si sus entrañas no son estrechas. Porque tienen que preguntarte los tronos que se sentarán en juicio, y deben encontrar lo que es para la paz de Jerusalén. ¿Y cómo preguntan? Como tronos de Dios. Si algo escapa a Dios, y puede escapar a esos tronos que preguntan. Preguntad por la paz de Jerusalén. Pero, ¿qué es para la paz de Jerusalén? Y abundancia, dice, para los que te aman. A esa Jerusalén dirige la voz. Hay abundancia para aquellos que la aman. Abundancia de la escasez: aquí pobres, allí abundantes; aquí enfermos, allí fuertes; aquí necesitados, allí ricos. ¿De dónde se hicieron ricos? Porque dieron aquí lo que recibieron de Dios por un tiempo, y recibieron allí lo que después Dios retribuirá eternamente. Aquí, hermanos míos, incluso los ricos son pobres. Es bueno para el rico reconocer que es pobre: porque si se cree lleno, es hinchazón, no plenitud. Reconozca que está vacío, para que pueda ser llenado. ¿Qué tiene? Oro. ¿Qué no tiene aún? Vida eterna. Atienda a lo que tiene, y vea lo que no tiene. Hermanos, de lo que tiene, dé, para

que reciba lo que no tiene; compre de lo que tiene, aquello que no tiene. Y abundancia para los que te aman.

12. [vers. 7.] Haya paz en tu fortaleza. ¡Oh Jerusalén! ¡oh ciudad que se edifica como ciudad, cuya participación es en lo mismo, haya paz en tu fortaleza, haya paz en tu amor; porque tu fortaleza, tu amor. Escucha el Cantar de los Cantares: Fuerte es como la muerte el amor (Cant. VIII, 6). Gran palabra, hermanos, Fuerte es como la muerte el amor. No se pudo expresar de manera más magnífica la fortaleza de la caridad, que al decirse, Fuerte es como la muerte el amor. ¿Quién resiste a la muerte, hermanos? Preste atención vuestra Caridad. Se resiste a los fuegos, a las aguas, al hierro; se resiste a las potestades, se resiste a los reyes: viene una sola muerte, ¿quién le resiste? Nada más fuerte que ella. Por eso se comparó la caridad a sus fuerzas, y se dijo, Fuerte es como la muerte el amor. Y porque esa caridad mata lo que fuimos, para que seamos lo que no éramos; hace en nosotros una cierta muerte el amor. Esa muerte estaba muerto quien decía, El mundo me es crucificado, y yo al mundo (Gál. VI, 14): esa muerte estaban muertos a quienes decía, Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios (Col. III, 3). Fuerte es como la muerte el amor. Si, pues, es fuerte, es de gran fortaleza, y es virtud, y por ella los débiles son gobernados por los fuertes, la tierra por el cielo, los pueblos por los tronos; por eso, Haya paz en tu fortaleza, haya paz en tu amor. Y por esa virtud, por ese amor, por esa paz, haya abundancia en tus torres: es decir, en tus alturas. Pocos se sentarán en el juicio; pero muchos puestos a la derecha harán el pueblo de esa ciudad. Muchos, pues, pertenecerán a cada uno de los excelsos, de quienes serán recibidos en las moradas eternas; y habrá abundancia en sus torres. Pero la plenitud de las delicias y la suficiencia de las riquezas es Dios mismo, él mismo lo mismo, él cuya participación es de la ciudad en lo mismo: esa será también nuestra abundancia. Pero, ¿de dónde? Por la caridad, esto es, por la virtud. ¿En quién está la caridad, hermanos? Quien no busca lo suyo en esta vida (Filip. II, 4, 21). Escucha al Apóstol teniendo caridad: dice, Agradad a todos en todo, como yo agrado a todos en todo. ¿Dónde está, pues, lo que dijiste, Si aún agradara a los hombres, no sería siervo de Cristo (Gál. I, 10)? y ahora dices que agradas, ahora exhortas a que ellos agraden? Pero no puso el fin allí, para que alguien agrade por sí mismo, no por caridad. Quien busca su propia gloria, no busca la salvación de los demás. Dice, pues: Como yo agrado a todos en todo, no buscando lo que me aprovecha, sino lo que a muchos, para que sean salvos (I Cor. X, 32, 33).

13. [vers. 8.] Por eso, aquí también, al hablar de la caridad, dice: Por mis hermanos, dice, y mis prójimos, hablaba de la paz de ti. Oh Jerusalén, ciudad cuya participación es en lo mismo, yo en esta vida y en esta tierra, yo pobre, peregrino y gimiendo, aún no disfrutando de tu paz, y predicando tu paz; no la predico por mí mismo, como los herejes, que buscando su propia gloria dicen, Paz a vosotros: y no tienen la paz que predican a los pueblos. Porque si tuvieran paz, no desgarrarían la unidad. Yo, dice, hablaba de la paz de ti. Pero, ¿por qué? Por mis hermanos y mis prójimos: no por mi honor, no por mi dinero, no por mi vida; pues, Para mí vivir es Cristo, y morir es ganancia. Pero hablaba de la paz de ti, por mis hermanos y mis prójimos. Pues él deseaba ser disuelto y estar con Cristo: y quien predicaba estas cosas a sus prójimos y hermanos, Permanecer, dice, en la carne, es necesario por vosotros (Filip. I, 21, 23, 24). Por mis hermanos y mis prójimos, hablaba de la paz de ti.

14. [vers 9.] Por la casa del Señor mi Dios, busqué tu bien. No busqué el bien por mí: pues no lo buscaría para ti, sino para mí; por eso ni yo lo tendría, porque no lo buscaría para ti: sino, Por la casa del Señor mi Dios, por la Iglesia, por los santos, por los peregrinos, por los pobres, para que asciendan; porque les decimos, Iremos a la casa del Señor: por la misma

casa del Señor mi Dios, busqué tu bien. Estas cosas, hermanos, tomadlas, comedlas, bebedlas; fortalecéos, corred, alcanzad.

EN EL SALMO CXXII COMENTARIO.

SERMON A LA PLEBE.

1. He asumido la tarea de considerar con vuestra Santidad los cánticos de ascensión en orden; del que asciende y ama, y por eso asciende porque ama. Todo amor o asciende o desciende. Pues por el buen deseo nos elevamos a Dios, y por el mal deseo nos precipitamos a lo bajo. Pero como ya hemos caído por el mal deseo; nos queda, si reconocemos quién no cayó hacia nosotros, sino que descendió, adherirnos a él para ascender; porque con nuestras fuerzas no podemos. Así lo dijo nuestro Señor Jesucristo, Nadie subió al cielo, sino el que descendió del cielo, el Hijo del hombre que está en el cielo (Juan III, 13). Pareciera que lo dijo solo de sí mismo. ¿Entonces los demás se quedaron, porque solo él ascendió, quien solo descendió? ¿Qué deben hacer los demás? Unirse a su cuerpo, para que sea un solo Cristo, quien descendió y ascendió. Descendió la cabeza, ascendió con el cuerpo; vestido con su Iglesia, que se presentó a sí mismo sin mancha ni arruga (Efes. V, 27). Solo él ascendió. Pero también nosotros cuando estamos con él de tal manera que en él somos sus miembros; y con nosotros él es solo, y por eso uno, y siempre uno. La unidad nos une a uno: y no ascienden con él aquellos que no quisieron ser uno con él. Ahora bien, puesto que él mismo que está en el cielo, y con la carne resucitada inmortal, por la cual fue mortal por un tiempo, y no sufriendo en el cielo persecuciones, ni malicias ni oprobios, como en esta tierra cuando se dignó soportar todo por nosotros; compadecido, sin embargo, de su cuerpo que trabaja en la tierra, dijo, Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? (Hechos IX, 4) ya nadie lo tocaba, y desde el cielo clamaba que sufría persecución: no debemos estar sin esperanza, sino presumir con gran confianza, porque si por la caridad él está con nosotros en la tierra, por la misma caridad también nosotros estamos con él en el cielo. Pero dijimos cómo él está con nosotros en la tierra; dijimos su voz resonando desde el cielo, Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? cuando Saulo no lo tocaba en absoluto, ni lo veía: pero, ¿cómo se muestra que también nosotros estamos con él en el cielo? Diciendo el mismo apóstol Pablo: Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios; pensad en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios (Colos. III, 1-3). Por lo tanto, él aún está abajo, y nosotros ya estamos arriba: él está abajo por la compasión de la caridad, nosotros estamos arriba por la esperanza de la caridad. Porque en esperanza fuimos salvados (Rom. VIII, 24). Pero como nuestra esperanza es cierta; aunque sea futuro, se dice de nosotros como si ya estuviera hecho.

2. [vers. 1.] Que ascienda, pues, este cantor; pero que cante este hombre de cada uno de vuestros corazones, y cada uno sea este hombre. Pues cuando lo decís individualmente, porque todos sois uno en Cristo, un solo hombre lo dice: y no, A ti, Señor, levantamos nuestros ojos; sino, A ti, Señor, levanté mis ojos. Debéis pensar que cada uno de vosotros habla; pero principalmente habla aquel que también está difundido por todo el orbe de la tierra. Aquel habla, que en otro lugar dice, Desde los confines de la tierra clamé a ti, cuando mi corazón se angustió (Sal. LX, 3). ¿Quién es el que clama desde los confines de la tierra? ¿Qué hombre único está difundido hasta los confines de la tierra? Cada hombre en su región puede clamar; ¿acaso desde los confines de la tierra? Pero la herencia de Cristo, de la cual se dijo, Te daré las naciones por herencia, y por posesión los confines de la tierra (Sal. II, 8), ella misma clama y dice, Desde los confines de la tierra clamé a ti, cuando mi corazón se angustió. Angústiese nuestro corazón, y clamemos. ¿De qué se angustia nuestro corazón? No de las cosas que aquí sufren también los malos, por ejemplo, porque sufren pérdida: pues si

de eso se angustia el corazón, es ceniza. Porque perdiste a alguien de los tuyos por voluntad de Dios, si de eso se angustia el corazón, ¿qué grandeza hay? De eso se angustian también los corazones de los infieles; eso sufren también los que aún no han creído en Cristo. ¿De qué se angustia el corazón del cristiano? Porque aún no vive con Cristo. ¿De qué se angustia el corazón del cristiano? Porque peregrina y desea la patria. Si de eso se angustia tu corazón, aunque seas feliz según el mundo, gimes; y si todo lo próspero confluye, y por todas partes este mundo te sonríe, tú sin embargo gimes, porque te ves constituido en peregrinación; y ya sientes que tienes felicidad según los ojos de los necios, pero aún no según la promesa de Cristo: buscando esa gimes, buscando esa deseas, y deseando asciendes y ascendiendo cantas Cántico de grados, y cantando Cántico de grados, dices, A ti levanté mis ojos, que habitas en el cielo.

3. Ascendiendo, ¿a dónde iba a levantar los ojos, sino allí a donde se dirigía, y deseaba ascender? Pues de la tierra al cielo asciende. He aquí la tierra abajo, que pisamos con nuestros pies; he aquí también el cielo arriba, que vemos con nuestros ojos; y ascendiendo cantamos, A ti levanté mis ojos, que habitas en el cielo. ¿Dónde están, pues, las escaleras? Pues vemos tantas distancias entre el cielo y la tierra, tanta separación, y tantos espacios de lugares: queremos ascender allí, no vemos escaleras: ¿acaso nos engañamos, porque cantamos Cántico de grados, es decir, cántico de ascensión? Ascendemos al cielo, si pensamos en Dios, quien hizo ascensos en el corazón. ¿Qué es ascender en el corazón? Progresar en Dios. Así como todo el que decae, no desciende, sino que cae: así todo el que progresa, asciende: pero si progresa de tal manera que no se ensoberbece; si asciende de tal manera que no cae: pero si progresando se ensoberbece, ascendiendo nuevamente cae. Pero para que no se ensoberbezca, ¿qué debe hacer? Levante sus ojos a aquel que habita en el cielo, no se mire a sí mismo. Pues todo soberbio se mira a sí mismo, y se ve grande quien se agrada a sí mismo. Pero quien se agrada a sí mismo, agrada a un hombre necio; porque él mismo es necio, cuando se agrada a sí mismo. Solo seguro agrada quien agrada a Dios. ¿Y quién es el que agrada a Dios? A quien le agradó Dios. Dios no puede desagradarle a sí mismo; agradéle también a ti, para que le agrades a él. Pero él no podrá agradarte, a menos que tú te desagrades a ti mismo. Si, sin embargo, te desagradas a ti mismo, aparta de ti la mirada. ¿Por qué te miras a ti mismo? Pues si verdaderamente te miras a ti mismo, encuentras en ti lo que te desagrada; y dices a Dios, Mi pecado está siempre ante mí (Sal. L, 5). Que tu pecado esté ante ti, para que no esté ante Dios; y tú no estés ante ti, para que estés ante Dios. Así como queremos que Dios no aparte su rostro de nosotros, así queremos que aparte su rostro de nuestros pecados: pues ambas cosas se cantan a él en los Salmos. No apartes tu rostro de mí (Sal. XXVI, 9); es voz del salmo, es voz nuestra: y aquel que dice, No apartes tu rostro de mí; ve lo que dice en otro lugar: Aparta tu rostro de mis pecados (Sal. L, 11). Si quieres que aparte su rostro de tus pecados, tú mismo aparta tu rostro de ti, y de tus pecados no apartes tu rostro. Pues si no apartas tu rostro de ellos, tú mismo te enojas con tus pecados: si tú no apartas tu rostro de tus pecados, tú reconoces, y él perdona.

4. Pero levanta tus ojos a él, y di, A ti levanté mis ojos, que habitas en el cielo. Cielo, hermanos míos, si lo entendemos corporalmente como lo que vemos con los ojos corporales, verdaderamente erraremos, de tal manera que no pensemos que ascendemos allí, sino con escaleras puestas, o con algunas máquinas: pero si ascendemos espiritualmente, debemos entender el cielo espiritualmente; si el ascenso es en el afecto, el cielo es en la justicia. ¿Qué es, pues, el cielo de Dios? Todas las almas santas, todas las almas justas. Pues también los Apóstoles, aunque estaban en la tierra con la carne, eran cielo; porque en ellos el Señor sentado, caminaba por todo el mundo. Por lo tanto, habita en el cielo. ¿Cómo? Como dice en otro salmo, Pero tú habitas en el santo, alabanza de Israel (Sal. XXI, 4). Quien habita en el

cielo, habita en el santo: ¿qué es santo, sino su templo? Pues el templo de Dios es santo, que sois vosotros (I Cor. III, 17). Pero todos aún débiles y caminando según la fe (II Cor. V, 7), según la fe son templo de Dios, serán algún día también según la apariencia templo de Dios. ¿Hasta cuándo son templo según la fe? Hasta que en ellos habita Cristo por la fe; como dice el Apóstol: Habitar a Cristo por la fe en vuestros corazones (Efes. III, 17). Pero ya hay cielos en los que Dios habita por la apariencia, viéndolo cara a cara; todos los santos Ángeles, todas las santas Virtudes, Potestades, Tronos, Dominaciones, aquella Jerusalén celestial de la que gemimos peregrinando, y que deseando oramos: allí habita Dios. Allí levantó este su fe, allí ascendió con afecto, deseando: y ese mismo deseo hace que el alma sude las impurezas de los pecados, y se limpie de toda mancha, para que también ella sea cielo; porque levantó los ojos a aquel que habita en el cielo. Pues si entendemos que este cielo corporal que vemos con los ojos es la habitación de Dios; pasará la habitación de Dios, porque el cielo y la tierra pasarán (Mat. XXIV, 35). Además, antes de que Dios hiciera el cielo y la tierra, ¿dónde habitaba? Pero dice alguien: ¿Y antes de que Dios hiciera a los santos, dónde habitaba? En sí mismo habitaba Dios, en sí mismo estaba, y en sí mismo es Dios. Y cuando se digna habitar en los santos, no son los santos casa de Dios de tal manera que, si se quita, Dios caiga. Pues nosotros habitamos en la casa, si se quita, caemos; pero Dios habita en los santos de tal manera que, si él se aparta, ellos caen. Por lo tanto, quien lleva a Dios de tal manera que sea templo de Dios; no piense que lleva a Dios de tal manera que lo aterre si se aparta. Ay de él si Dios se aparta; porque él mismo cae: pues Dios siempre permanece en sí mismo. En aquellos en quienes habitamos, ellos nos contienen; en aquellos en quienes Dios habita, él los contiene. Ya veis cuánta es la diferencia entre nuestra habitación y la de Dios: y así diga el alma, A ti levanté mis ojos, que habitas en el cielo; para que entienda que Dios no necesita del cielo donde habitar; sino que el cielo necesita de él, para ser habitado por él.

5. [vers. 2-4.] ¿Qué sigue, pues, porque dijo, A ti levanté mis ojos, que habitas en el cielo? ¿Cómo levantaste tus ojos? He aquí como los ojos de los siervos en las manos de sus señores, y como los ojos de la sierva en las manos de su señora; así nuestros ojos al Señor nuestro Dios, hasta que tenga misericordia de nosotros. Y somos siervos, y somos sierva: él es tanto señor como señora. ¿O qué significan estas palabras? ¿Y qué significan estas similitudes de cosas? Que vuestra Caridad preste atención un poco. No es de extrañar si somos siervos, y él es señor; pero es de extrañar si somos sierva, y él es señora. Pero tampoco es de extrañar porque somos sierva; pues somos Iglesia: ni es de extrañar, porque él también es señora; pues es la virtud y sabiduría de Dios. Escucha, pues, al Apóstol diciendo: «Nosotros predicamos a Cristo crucificado; para los judíos ciertamente escándalo, para los gentiles necedad; pero para los llamados, tanto judíos como griegos, a Cristo, poder de Dios, y sabiduría de Dios» (I Cor. I, 23 y 24). Para que ya sea el pueblo siervo, y sea la Iglesia sierva; a Cristo, poder de Dios, y sabiduría de Dios: has oído ambas cosas, a Cristo, poder de Dios, y sabiduría de Dios. Cuando, pues, oyes a Cristo, levanta tus ojos a las manos de tu Señor; cuando oyes poder de Dios y sabiduría de Dios, levanta tus ojos a las manos de tu Señora: porque eres tanto siervo como sierva; siervo, porque eres pueblo; sierva, porque eres Iglesia. Pero esa sierva encontró gran dignidad ante Dios: se hizo esposa. Pero hasta que llegue a esos abrazos espirituales, donde disfrute con seguridad de aquel a quien amó, y por quien suspiró en esta larga peregrinación, es esposa: y recibió una gran arras, la sangre del esposo, a quien suspira segura. Ni se le dice, No ames; como se dice a veces a la virgen ya desposada, y aún no casada: y con razón se le dice, No ames; cuando seas esposa, entonces ama: se le dice correctamente, porque es un deseo prematuro y desordenado, y no casto, amar a aquel con quien no sabe si se casará. Pues puede suceder que otro despose, y otro tome por esposa. Pero como no hay otro que se anteponga a Cristo, que ame segura: y antes de unirse a él, que ame, y desde lejos suspire y desde la lejana peregrinación. Solo él tomará, porque solo él dio tal

arras. Pues ¿quién puede tomar de tal manera, que muera por aquella que quiere tomar? Pues si quiere morir por ella, no habrá quien tome. Pero él seguro murió por la esposa, a quien resucitando iba a tomar. Sin embargo, hermanos, mientras tanto seamos como siervos y sierva. Se dijo ciertamente No os llamaré siervos, sino amigos (Juan XV, 15): pero, ¿acaso solo a los discípulos dijo el Señor? Escuchad al apóstol Pablo diciendo: Así que ya, dice, no es siervo, sino hijo; y si hijo, también heredero por Dios (Gál. IV, 7). Al pueblo decía, a los fieles decía. Ya, pues, en el nombre del Señor redimidos por su sangre, lavados en su lavacro, somos hijos, somos hijo; porque así somos muchos, que en él somos uno. ¿Qué significa, pues, que aún hablamos como siervos? ¿Acaso podemos tener tanto mérito en la Iglesia, aunque ya hechos hijos de siervos, como tuvo el mismo apóstol Pablo? Y sin embargo, ¿qué dice en la Epístola? Pablo, siervo de Jesucristo (Rom. I, 1). Si él aún se llama siervo, por quien nos fue predicado el Evangelio; ¿cuánto más debemos reconocer nuestra condición, para que sea mayor en nosotros su gracia? Primero hizo siervos a quienes redimió. Pues aquella sangre es precio por los siervos, es prenda por la esposa. Reconociendo, pues, nuestra condición, aunque ya hijos por gracia, siervos sin embargo por la creación, porque toda criatura sirve a Dios, digamos: «Como los ojos de los siervos en las manos de sus señores, y como los ojos de la sierva en las manos de su señora: así nuestros ojos al Señor nuestro Dios, hasta que tenga misericordia de nosotros.»

6. Dijo: ¿Por qué, así como los siervos tienen sus ojos en las manos de su señor, y las siervas en las manos de su señora; así, dijo, nuestros ojos están en el Señor nuestro Dios? Y como si preguntaras, ¿Para qué? Hasta que, dijo, tenga misericordia de nosotros. ¿Qué tipo de siervos quiso que entendiéramos, hermanos, que tienen sus ojos en las manos de sus señores; y qué tipo de siervas, que tienen sus ojos en las manos de su señora, hasta que su señora tenga misericordia de ellas? ¿Quiénes son estos siervos y siervas que tienen sus ojos en las manos de sus señores, sino aquellos a quienes se les ordena ser castigados? Nuestros ojos están en el Señor nuestro Dios, hasta que tenga misericordia de nosotros. ¿Cómo? Como los ojos de los siervos en las manos de sus señores, y como los ojos de la sierva en las manos de su señora. Por lo tanto, tanto ellos como ellas, hasta que el señor o la señora tenga misericordia. Imagina que un señor ha ordenado que un siervo sea castigado: el siervo es azotado, siente el dolor de los golpes; mira a las manos de su señor, hasta que diga, Perdona. Porque la mano, significa el poder mismo. Entonces, ¿qué decimos, hermanos? Nuestro Señor nos ha ordenado ser castigados, y nuestra señora, la sabiduría de Dios, nos ha ordenado ser castigados; y en esta vida somos azotados, y toda esta vida mortal es nuestro castigo. Escucha la voz del salmo: Por la iniquidad has instruido al hombre; y has hecho que mi alma se consuma como una araña (Salmo 38, 12). Observa, hermanos, cuán frágil es la araña, que con un leve toque se aplasta y muere. Y para que no pensáramos que solo nuestra carne es frágil por la debilidad de la mortalidad, no dijo, Me has hecho consumirme; para que no lo entendiéramos según la carne: sino que dijo, Has hecho que mi alma se consuma como una araña. Porque nada es más débil que nuestra alma puesta en medio de las tentaciones del mundo, en medio de los gemidos y dolores de las tribulaciones; nada es más débil que ella hasta que se adhiera a la solidez celestial, y esté en el templo de Dios, de donde ya no caerá: porque primero, para que viniera a esta debilidad y fragilidad, como una araña se hizo débil, y fue expulsada del paraíso. Entonces se ordenó que el siervo fuera castigado. Hermanos míos, vean desde cuándo somos azotados. En todos los que han nacido desde el principio de la humanidad, en todos los que ahora son, en todos los que nacerán después, Adán es azotado. Adán es azotado, es decir, la raza humana; y muchos se han endurecido tanto, que ni siquiera sienten sus golpes. Pero aquellos que se han convertido en hijos de esa misma raza, han recibido el sentido del dolor: sienten que son azotados, y saben quién ordenó que fueran azotados; y han

levantado sus ojos a aquel que habita en el cielo; y así son sus ojos en las manos de su Señor, hasta que tenga misericordia, como los ojos de los siervos en las manos de sus señores, y como los ojos de la sierva en las manos de su señora. Ves a algunos felices en este mundo riendo, jactándose; no son azotados: más bien, son azotados peor; son golpeados más gravemente porque ya han perdido el sentido. Despierten, y sean azotados; sientan que son azotados, sepan que son azotados, y duelan porque son azotados. Porque quien añade conocimiento, añade dolor: esto lo dijo la Escritura (Eclesiastés 1, 18). Por eso el Señor en el Evangelio: Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados (Mateo 5, 5).

7. Escucharemos la voz del hombre que es azotado, y que estas sean las voces de cada uno de nosotros incluso cuando nos va bien. Pues, ¿quién no entiende que es azotado cuando está enfermo, cuando está en prisión, cuando tal vez está encadenado, cuando tal vez sufre a manos de ladrones? Cuando algunos impíos le causan molestias, siente que es azotado. Gran sentido es ver que es azotado incluso cuando le va bien. Porque la Escritura no dice en Job, La vida humana abunda en tentaciones; sino que dice, ¿No es acaso una tentación la vida humana sobre la tierra? (Job 7, 1). Toda esa vida la llamó tentación. Por lo tanto, toda tu vida sobre la tierra son tus golpes. Llora mientras vivas en la tierra: ya sea que vivas felizmente, o que estés en alguna tribulación, clama, A ti levanto mis ojos, que habitas en el cielo. A las manos del Señor, que te ordenó ser azotado, a quien dices en otro salmo, Por la iniquidad has instruido al hombre; y has hecho que mi alma se consuma como una araña; clama a las manos que azotan, y di, Ten misericordia de nosotros, Señor, ten misericordia de nosotros. ¿No son estas las voces del que es azotado: Ten misericordia de nosotros, Señor, ten misericordia de nosotros?

8. Porque estamos muy llenos de desprecio. En gran medida está llena nuestra alma; oprobio para los que abundan, y desprecio para los soberbios. Quien es despreciado, es menospreciado. Todos los que quieren vivir piadosamente según Cristo, necesariamente sufrirán oprobios, necesariamente serán despreciados (2 Timoteo 3, 12) por aquellos que no quieren vivir piadosamente, cuya felicidad es toda terrenal. Se burlan de aquellos que llaman felicidad a lo que no pueden ver con sus ojos, y se les dice: ¿Qué crees, insensato? ¿Ves lo que crees? ¿Ha regresado alguien de los muertos y te ha contado lo que sucede allí? He aquí, yo veo lo que amo, y disfruto. Eres despreciado porque esperas lo que no ves; y te desprecia aquel que aparentemente tiene lo que ve. Observa si realmente lo tiene: no te turbes; mira si realmente lo tiene, y no te insulte; no sea que, al pensar que es feliz en el presente, pierdas la verdadera felicidad futura: no te turbes; observa si lo tiene. Se le escapa lo que tiene, o él se escapa de lo que tiene; necesariamente pasará o él por sus cosas, o sus cosas por él. ¿Quién pasa por sus cosas? Quien muere en riquezas; porque cuando muere, no las lleva consigo al más allá. Tengo mi casa, se jactó. Preguntas, ¿Cuál es tu casa? La que me dejó mi padre. ¿Y de dónde la obtuvo él? Nuestro abuelo se la dejó. Recurre al bisabuelo, luego al tatarabuelo, y ya no puede decir los nombres. ¿No te asusta más bien, porque ves que muchos han pasado por esa casa, y ninguno de ellos la ha llevado consigo a la casa eterna? Tu padre la dejó aquí; pasó por ella: así también tú pasarás. Si, por lo tanto, tienen un tránsito en su casa, es un albergue de transeúntes, no una morada de residentes permanentes. Y sin embargo, porque esperamos lo que está por venir, y suspiramos por la felicidad futura, y aún no ha aparecido lo que seremos, aunque ya somos hijos de Dios (1 Juan 3, 2); porque nuestra vida está escondida con Cristo en Dios: estamos llenos de desprecio, es decir, de menosprecio, por aquellos que buscan o tienen felicidad en este mundo.

9. En gran medida está llena nuestra alma; oprobio para los que abundan; y desprecio para los soberbios. Buscábamos quiénes son los que abundan; te lo explicó cuando dijo, soberbios. Lo que es oprobio; eso es, desprecio: y lo que es, los que abundan; eso es, soberbios. Es una

repetición de la sentencia, oprobio para los que abundan, y desprecio para los soberbios. ¿Por qué abundan los soberbios? Porque aquí quieren ser felices. ¿Qué? ¿cuando también ellos son miserables, acaso abundan? Pero tal vez cuando son miserables, no nos insultan. Que preste atención vuestra Caridad. Tal vez insultan cuando son felices, cuando se jactan en la pompa de sus riquezas, cuando se jactan en la vanidad de falsos honores; entonces nos insultan, y como si dijeran: He aquí que me va bien, disfruto de las cosas presentes, que se alejen de mí los que prometen lo que no muestran; lo que veo lo tengo, lo que veo lo disfruto; que me vaya bien en esta vida. Tú, sé más seguro; porque Cristo resucitó, y te enseñó lo que dará en la otra vida: ten la certeza de que lo dará. Pero él insulta, porque tiene. Soporta al que insulta, y reirás del que gime: después vendrá el tiempo cuando ellos mismos dirán, Estos son a quienes alguna vez tuvimos en burla. Son palabras del libro de la Sabiduría; porque la Escritura nos reveló lo que dirán aquellos mismos que ahora se burlan de nosotros, y que nos desprecian, y de quienes estamos llenos de oprobio y desprecio: qué palabras tendrán entonces, cuando sean despreciados por la verdad. Porque verán a la derecha brillar a aquellos que mezclados con ellos despreciaron, cuando se haya cumplido en ellos lo que dijo el Apóstol, Cuando Cristo, vuestra vida, aparezca, entonces también vosotros apareceréis con él en gloria (Colosenses 3, 3-4); y dirán: Estos son a quienes alguna vez tuvimos en burla, y en semejanza de reproche. Nosotros, insensatos, considerábamos su vida una locura, y su fin sin honor: ¿cómo fueron contados entre los hijos de Dios, y entre los santos está su suerte? Y seguirán en ese discurso, y añadirán: Por tanto, nos desviamos del camino de la verdad, y la luz de la justicia no brilló para nosotros, y el sol no salió para nosotros. ¿Qué nos aprovechó la soberbia? y la jactancia de las riquezas, ¿qué nos aportó? (Sabiduría 5, 3-8). Allí tú no les insultas, porque ya ellos mismos se insultan. Hasta que eso suceda, hermanos, levantemos los ojos a aquel que habita en el cielo; y no apartemos de él los ojos, hasta que tenga misericordia de nosotros, y nos libere de toda tentación y oprobio y desprecio.

10. A esto se añade que a veces incluso aquellos que están en el flagelo de la infelicidad temporal, nos insultan. Encuentras a alguien que, por el mérito de sus iniquidades, ya sea por el juicio oculto de Dios, o por una condena manifiesta, es enviado a prisión, lleva una cadena: y él mismo insulta. Y cuando se le dice, ¿Por qué no viviste bien? mira a dónde llegaste viviendo mal: él responde, ¿Por qué aquellos que viven bien, sufren estas cosas? Pero ellos sufren para ser probados, para ser ejercitados en tentaciones, para progresar con los flagelos; porque Dios azota a todo hijo que recibe (Hebreos 12, 6). Y si azotó a su Único sin pecado, y lo entregó por todos (Romanos 8, 32), ¿cómo no debemos ser azotados nosotros, que hemos hecho lo que nos hace ser azotados? Cuando decimos estas cosas, ellos incluso en su infelicidad se enorgullecen, y afligidos, aún no humillados, responden, y dicen: Esas son palabras de cristianos vanos, que creen lo que no ven. Si incluso ellos insultan, ¿qué pensamos, hermanos, como si no estuvieran mencionados en este salmo, cuando decía, Oprobio para los que abundan, y desprecio para los soberbios: cuando se insulta a los cristianos incluso por aquellos que no abundan; pero aunque estén en pobreza y aflicciones, tampoco cesan de insultar? Ciertamente, entonces, Oprobio para los que abundan: ¿o acaso no se encuentra a nadie que, incluso en calamidad, insulte? ¿No insultó el ladrón, que fue crucificado con el Señor crucificado? (Lucas 23, 39). Entonces, si insultan incluso aquellos que no abundan, ¿por qué dice el salmo, Oprobio para los que abundan? Si lo examinamos diligentemente, también ellos abundan. ¿De qué abundan? Porque si no abundaran, no serían soberbios. Uno abunda en dinero, y de ahí es soberbio; otro abunda en honores, y de ahí es soberbio; otro cree que abunda en justicia, y de ahí se enorgullece, lo cual es peor. Aquellos que parecen no abundar en dinero, creen que abundan en justicia contra Dios; y puestos en calamidades se justifican a sí mismos, acusan a Dios, y dicen: ¿Qué he hecho, o qué he cometido? Y tú dices: Mira, recuerda tus pecados, si no has hecho nada. Se agita un poco la

conciencia, y vuelve en sí, y piensa en sus malas acciones; y cuando ha pensado en sus malas acciones, ni siquiera entonces quiere confesar que sufre lo que merece: sino que dice, He aquí que manifiestamente he hecho muchas cosas; pero veo a muchos que han hecho peores cosas, y no sufren nada malo. Es justo contra Dios. Entonces también él abunda, tiene el pecho lleno de justicia; cuando Dios le parece hacer mal, y él mismo se ve sufriendo injustamente. Y si le dieras un barco para gobernar, naufragaría con él: pero quiere quitar a Dios del gobierno de este mundo, y él mismo tomar el timón de la creación, y distribuir a todos dolores y alegrías, penas y premios. ¡Infeliz alma! ¿Y qué os sorprende? Abunda, pero abunda en maldad, abunda en malicia; y cuanto más abunda en maldad, más le parece abundar en justicia.

11. Pero el cristiano no debe abundar, sino reconocerse pobre; y si tiene riquezas, debe saber que no son verdaderas riquezas, para desear otras. Porque quien desea riquezas falsas, no busca las verdaderas: pero quien busca las verdaderas, aún es pobre; y correctamente dice, Pobre y doliente soy yo (Salmo 68, 30). De nuevo, aquel que es pobre, y está lleno de maldad, ¿de dónde se dice que abunda? Porque le desagrada ser pobre, y la justicia misma parece abundar en su corazón contra la justicia de Dios. ¿Y cuál es la abundancia de nuestra justicia? Cualquiera que sea la justicia en nosotros, es un rocío no sé cuál ante aquella fuente; ante aquella gran abundancia son ciertas gotas, que suavizan nuestra vida, y disuelven la dura iniquidad. Ahora deseemos ser saciados de la fuente plena de justicia, deseemos ser saciados de aquella abundancia, de la cual se dice en el salmo: Se embriagarán de la abundancia de tu casa, y del torrente de tus delicias los harás beber (Salmo 35, 9). Pero mientras estamos aquí, entendamos que somos pobres y necesitados, no solo de estas riquezas que no son verdaderas riquezas, sino también de la misma salvación. Y cuando estamos sanos, entendamos que estamos enfermos. Porque mientras este cuerpo tenga hambre y sed, mientras este cuerpo se fatigue vigilando, se fatigue estando de pie, se fatigue caminando, se fatigue sentado, se fatigue comiendo; a donde quiera que se vuelva para aliviar la fatiga, allí encuentra otra fatiga: por lo tanto, no hay salud perfecta, ni siquiera en el cuerpo. No son, por lo tanto, esas riquezas, sino mendicidad; porque cuanto más abundan, más crece la indigencia y la avaricia. No es esta la salud del cuerpo, sino la enfermedad. Somos consolados diariamente con los medicamentos de Dios, porque comemos y bebemos: son los mismos medicamentos que se nos presentan. Hermanos, si queréis ver qué enfermedad nos tiene; quien ayuna siete días, se consume de hambre. Entonces esa hambre está allí; pero no la sientes porque la curas diariamente: por lo tanto, ni siquiera esa es nuestra salud perfecta.

12. Que vuestra Caridad preste atención a cómo nos entendemos pobres, para que nos regocijemos en él, y levantemos los ojos a aquel que habita en el cielo. No son esas verdaderas riquezas; aumentan más la codicia en quienes las poseen. No es esa la verdadera salud del cuerpo; porque se lleva una enfermedad defectuosa en todas partes: a donde quiera que se vuelva, se debilita. En la misma ayuda no encontrarás firmeza: se cansa estando de pie; quiere sentarse; ¿acaso sentado durará? Lo que eligió para no fatigarse, allí tiene que debilitarse. Se cansó vigilando, dormirá: ¿acaso porque durmió, no se debilita? Se cansó ayunando, se repondrá: si se repone demasiado, de allí se debilita. En ninguna cosa puede perseverar esta debilidad. ¿Y la justicia? ¿Cuánta justicia hay entre tantas tentaciones? Podemos abstenernos del homicidio, del adulterio, de los robos, de los perjurios, de los fraudes: ¿acaso de las malas intenciones? ¿acaso también de las sugerencias de malos deseos? ¿Cuál es, entonces, nuestra justicia? Por lo tanto, tengamos hambre de todo, tengamos sed de todo, y de las verdaderas riquezas, y de la verdadera salud, y de la verdadera justicia. ¿Cuáles son las verdaderas riquezas? Aquella mansión celestial en Jerusalén. Porque, ¿quién es llamado rico en esta tierra? Cuando se alaba a un rico, ¿qué se dice? Es muy rico; nada le falta. Esa es la alabanza cierta del que alaba: porque esa no es, cuando se dice, Nada le falta.

Observa si nada le falta. Si nada desea, nada le falta: pero si aún desea cosas mayores que las que tiene, a eso han llegado las riquezas, para que la indigencia crezca. En aquella ciudad, en verdad, habrá verdaderas riquezas, porque allí nada nos faltará; porque no necesitaremos de ninguna cosa, y habrá verdadera salud. ¿Cuál es la verdadera salud? Cuando la muerte sea absorbida en victoria, y cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad (1 Corintios 15, 53-54); entonces habrá verdadera salud, entonces habrá verdadera y perfecta justicia, para que no solo no podamos hacer mal, sino ni siquiera pensar en él. Pero ahora, pobres, necesitados, dolientes, suspiramos, gemimos, oramos, levantamos los ojos a Dios: porque incluso aquellos que son felices en este mundo, nos desprecian; porque abundan: y aquellos que son infelices en este mundo, nos desprecian; porque también ellos abundan, y hay justicia en sus corazones, pero falsa. Por eso no llegan a la verdadera, porque están llenos de la falsa. Pero tú, para llegar a la verdadera, sé necesitado y mendigo de esa justicia; y escucha el Evangelio: Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados (Mateo 5, 6).

ENARRACIÓN SOBRE EL SALMO 123.

SERMON AL PUEBLO.

1. [vers. 1-5.] Bien sabéis ya, hermanos amadísimos, que el cántico de los grados es un cántico de nuestra ascensión, y que esta ascensión no se realiza con los pies del cuerpo, sino con los afectos del corazón. Esto os lo hemos insinuado muchas veces; y no es necesario repetirlo tantas veces, para que haya lugar para decir lo que aún no se ha dicho. Y este salmo, que ahora habéis escuchado cantado, se titula Cántico de los grados. Ese es su título. Cantan, pues, los que ascienden: y a veces canta como uno solo, a veces como muchos; porque muchos son uno, porque Cristo es uno, y en Cristo los miembros de Cristo con Cristo forman uno, y la cabeza de todos estos miembros está en el cielo. Sin embargo, aunque el cuerpo sufra en la tierra, no está separado de su cabeza. Desde arriba, la cabeza mira y cuida del cuerpo. Pues si no cuidara, no le habría dicho al perseguidor Saulo, aún no Pablo: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? (Hechos IX, 4). Y esto lo sabéis bien, y os es familiar. No obstante, no se menciona con fastidio a aquellos que no lo han olvidado, para que, a través de su paciencia, vuelva al corazón de aquellos que lo han olvidado; pues son saludables y deben repetirse a menudo. Ya sea que cante uno solo, ya sean muchos los que canten; muchos hombres son un solo hombre, porque hay unidad; y Cristo, como hemos dicho, es uno, y todos los cristianos son miembros de Cristo.

2. ¿Qué cantan, pues, estos? ¿Qué cantan estos miembros de Cristo? Aman, y cantan amando, cantan deseando. A veces cantan con tribulación, y a veces cantan exultando, cuando cantan con esperanza. Pues nuestra tribulación está en el presente siglo, pero nuestra esperanza está en el siglo futuro: y si en la tribulación del presente siglo no nos consolara la esperanza del siglo futuro, pereceríamos. Por tanto, hermanos, nuestro gozo aún no está en la realidad, pero ya está en la esperanza. Y nuestra esperanza es tan cierta, como si ya la cosa estuviera hecha: pues no tememos a la Verdad que promete. La Verdad no puede ser engañada, ni engañar: es bueno que nos aferremos a ella; ella nos libera, pero si permanecemos en su palabra. Ahora creemos, entonces veremos: cuando creemos, hay esperanza en este siglo; cuando veamos, será realidad en el siglo futuro. Veremos cara a cara (I Cor. XIII, 12): pero veremos cara a cara cuando tengamos corazones purificados. Bienaventurados los de corazón puro, porque ellos verán a Dios (Mat. V, 8). ¿Y de qué manera se purifican los corazones, sino por la fe, como dice Pedro en los Hechos de los Apóstoles: Purificando por la fe sus corazones (Hechos XV, 9)? Nuestros corazones se purifican por la fe, para que puedan ser capaces de recibir la

visión. Pues ahora caminamos por fe, no por visión; como dice el Apóstol, Mientras estamos en el cuerpo, peregrinamos lejos del Señor. ¿Y qué es peregrinar? Porque caminamos por fe, dice, no por visión (II Cor. V, 6, 7). Quien peregrina, y camina por fe, aún no está en la patria, pero ya está en el camino; pero quien no cree, ni está en la patria, ni en el camino. Caminemos, pues, como si estuviéramos en el camino; porque el mismo Rey de la patria se ha hecho camino. El Rey de nuestra patria, el Señor Jesucristo; y allí está la verdad, aquí está el camino. ¿A dónde vamos? A la verdad. ¿Por dónde vamos? Por la fe. ¿A dónde vamos? A Cristo. ¿Por dónde vamos? Por Cristo. Él mismo dijo: Yo soy el camino, la verdad y la vida (Juan XIV, 6). Y dijo alguna vez a los que creían en él: Si permanecéis en mi palabra, verdaderamente sois mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres (Juan VIII, 31 y 32). Y conoceréis, dice, la verdad, pero si permanecéis en mi palabra. ¿En qué palabra? Como dice el Apóstol, Esta es la palabra de fe que predicamos (Rom. X, 8). Primero, pues, es la palabra de fe; en la cual palabra de fe, si permanecemos, conoceremos la verdad, y la verdad nos hará libres. La verdad es inmortal, la verdad es inmutable: la verdad es aquel Verbo del que se dice, En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. ¿Y quién ve esto, sino con el corazón purificado? ¿De dónde se purifican los corazones? Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (Juan I, 1, 14). Lo que permanece Verbo en sí, es la verdad a la que venimos, y que nos libera: pero lo que se predica como palabra de fe, en la que el Señor quiere que permanezcamos, para que conozcamos la verdad; esto es, el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros. Crees en Cristo nacido en la carne, y llegarás a Cristo nacido de Dios, Dios con Dios.

3. Cantan exultantes aquellos que leemos; estos miembros de Cristo exultantes cantan este salmo. ¿Y quién exulta aquí, sino en esperanza, como dije? Y que esta esperanza sea cierta para nosotros, y cantemos exultando. Pues los que cantan no son ajenos a nosotros, ni nuestra voz está ausente en este salmo. Escuchad así, como si os escucharais a vosotros mismos; escuchad así, como si os miraseis en el espejo de las Escrituras. Pues cuando miras las Escrituras como un espejo, tu rostro se alegra: cuando te encuentras semejante en la exultación de la esperanza, a algunos miembros de Cristo, que estos miembros cantaron; estarás también tú en esos miembros, y cantarás esto. ¿Por qué, pues, cantan esto exultando? Porque han escapado. Por tanto, es en la esperanza en la que cantan. Pues cuando estamos aquí y peregrinamos, aún no hemos escapado. Algunos miembros de aquel cuerpo del que también somos nosotros, han precedido, que pueden cantar en verdad. Y esto lo cantaron los santos mártires: pues ya han escapado, y están en exultación con Cristo, para recibir cuerpos ya incorruptos, los mismos que primero eran corruptibles, en los que sufrieron penas; de ahí se les harán ornamentos de justicia. Por tanto, ya sea que ellos estén en la realidad, o nosotros en la esperanza uniendo el afecto a sus coronas, y deseando una vida tal como aquí no tenemos, pero que no podremos tener a menos que aquí la deseemos, cantemos todos juntos, y digamos: Si no hubiera sido porque el Señor estaba con nosotros. Miraron, pues, algunas tribulaciones que sufrieron, y consideraron en ese lugar ya en bienaventuranza y seguridad, por dónde pasaron, a dónde llegaron; y porque era difícil ser liberados de allí, si no estuviera la mano del liberador, dijeron con gozo, Si no hubiera sido porque el Señor estaba con nosotros. Así comenzaron a cantar: aún no dijeron de qué escaparon; tanta es la exultación: Si no hubiera sido porque el Señor estaba con nosotros.

4. Diga ahora Israel: Si no hubiera sido porque el Señor estaba con nosotros. Que lo diga ahora, porque ya ha escapado. Pues este salmo presenta a los que escapan, es decir, a aquellos que ya han escapado, para que sean contemplados. Pongamos también nosotros en el corazón a aquellos que ya triunfan; y como si también nosotros estuviéramos allí, como se dijo en el salmo anterior, Estaban nuestros pies en tus atrios, Jerusalén (Sal. CXXI, 2). Aún no estaban

allí, pero estaban en el camino: tanta era la alegría de los que se apresuraban, y tanta la esperanza de llegar, que aún estando en el camino y trabajando, ya se veían a sí mismos establecidos allí. Así también ahora pongámonos en aquel triunfo que será en el siglo futuro, cuando nos burlaremos de la muerte ya acabada, ya consumida; cuando diremos, ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? (I Cor. XV, 55) ya unidos a los ángeles, y exultando con nuestro Rey, que quiso resucitar primero, aunque no quiso morir primero. Pues muchos murieron antes que él, pero nadie resucitó antes que él para siempre. Exultando con él, también allí en esperanza y con el corazón establecido, porque hemos escapado, pensemos de qué hemos escapado, qué escándalos, qué tribulaciones del mundo, qué persecuciones de todos los paganos, qué engaños de todos los herejes, qué sugestiones del diablo, qué conflictos de las pasiones. ¿Quién escaparía de todo esto, si no hubiera sido porque el Señor estaba con nosotros? Diga ahora Israel; pues Israel dice seguro, Si no hubiera sido porque el Señor estaba con nosotros. ¿Cuándo? Cuando se levantaron los hombres contra nosotros. No te maravilles, pues: fueron vencidos; eran hombres: pero el Señor estaba con nosotros, no era un hombre con nosotros; pero los hombres se levantaron contra nosotros. Sin embargo, los hombres oprimirían a otros hombres, si en estos hombres que no pudieron ser oprimidos, no estuviera el Señor, sino un hombre.

5. Por tanto, Si no hubiera sido porque el Señor estaba con nosotros, cuando se levantaron los hombres contra nosotros. ¿Qué podrían haceros los hombres, exultantes y cantantes, y teniendo segura la bienaventuranza eterna? ¿Qué podrían haceros los hombres que se levantan contra vosotros, si no hubiera sido porque el Señor estaba con vosotros? ¿Qué podrían hacer? Quizás nos habrían tragado vivos. Nos habrían tragado vivos; no nos habrían matado primero, y luego tragado. ¡Oh crueles! ¡Oh inhumanos! No así absorbe la Iglesia: a Pedro se le dijo, Mata y come (Hechos X, 13), no, Traga vivos. ¿Cómo, pues, Pedro, es decir, la Iglesia, mata y luego come? ¿Y cómo aquellos que se levantaron contra nosotros, quizás nos habrían tragado vivos, si no hubiera sido porque el Señor estaba con nosotros? Porque en el cuerpo de la Iglesia nadie entra, si no es primero muerto. Muere lo que fue, para que sea lo que no fue. De lo contrario, quien no es muerto y no es comido por la Iglesia, puede estar en el número del pueblo que se ve con ojos humanos; pero en el número del pueblo que es conocido por Dios, del que dice el Apóstol, Conoce el Señor a los que son suyos (II Tim. II, 19); no puede estar si no es comido, ni puede ser comido si no es primero muerto. Viene un pagano, aún vive en él la idolatría; debe ser injertado en los miembros de Cristo: para ser injertado, es necesario que sea comido; pero no puede ser comido por la Iglesia, si no es primero muerto. Renuncia al mundo, entonces es muerto; cree en Dios, entonces es comido. ¿Cómo, pues, nos habrían tragado vivos, si no hubiera sido porque el Señor estaba con nosotros? Pues se levantaron muchos perseguidores alguna vez, y ahora no faltan. Se levantan individualmente, y a veces tragan vivos, pero en quienes no está el Señor. Por eso, antes que nada, ellos dijeron, Si no hubiera sido porque el Señor estaba con nosotros; porque muchos son tragados, en quienes no está el Señor. Estos son los que son tragados vivos, que saben que es malo, y consienten con la lengua. Pues se levantaron algunos perseguidores, y dijeron a los hombres: Ofreced incienso; si no lo hacéis, os mataremos. Ellos amaron esta vida, y la dulzura de esta vida los retuvo. No amaron más lo que Dios prometió, que lo que veían en la tierra. Pues se les mandaba creer en lo que aún no veían, y amaban lo que veían. Reteniendo más lo que veían, excluyeron de sus corazones al Señor; y porque no estaba en ellos el Señor, fueron tragados vivos. ¿Qué significa, fueron tragados vivos? Ofreciendo incienso a los ídolos, sabiendo que el ídolo no es nada. Pues si pensaran que el ídolo es algo, serían tragados muertos: pero cuando piensan que el ídolo no es nada, y saben que todas las cosas de los gentiles son vanas, viven; y sin embargo, cuando hacen lo que quieren los perseguidores, son tragados vivos. Pero por eso son tragados vivos, porque no está en ellos el

Señor. En quienes está el Señor, son muertos y no mueren. Pero quienes consienten y viven, son tragados vivos, tragados mueren. Pero estos que sufrieron, y no cedieron a las tribulaciones, exultan y dicen, Diga ahora Israel; diga exultante, diga seguro, Si no hubiera sido porque el Señor estaba con nosotros, cuando se levantaron los hombres contra nosotros, quizás nos habrían tragado vivos.

6. Cuando se encendió su furor contra nosotros. Sabéis, hermanos, que en algún salmo anterior, al inicio mismo de los cánticos de los grados, alguien que comenzó a ascender pidió ayuda contra la lengua engañosa; y dijo, Señor, libra mi alma de labios injustos, y de lengua engañosa. Pues cuando el hombre comienza a ascender y a progresar, al inicio mismo de la ascensión, sufre lenguas engañosas, halagadoras para la perdición, halagadoras para la mala persuasión: ¿Qué haces? ¿Por qué haces esto? ¿De otra manera no se puede vivir? ¿De otra manera no se puede servir a Dios? ¿Eres tú el único que quiere ser lo que otros no son? Y si encuentras a otros que están contigo, ¿qué dice esa lengua engañosa y halagadora? Mira, ellos pudieron; quizás tú no podrás. Lo intentas; fallarás: y era mejor no comenzar, que haber comenzado y fallado. La lengua engañosa aún halaga. Si perseveras, la lengua engañosa y halagadora es vencida, comienza a ser abiertamente amenazante; y la que halagaba para seducir, amenaza para asustar. Pero si el Señor está en ti, y no dejas que Cristo salga de tu corazón; así como venciste a las lenguas engañosas y halagadoras con flechas agudas y carbones desoladores (Sal. CXIX, 2-4), es decir, con las palabras de Dios con las que fue traspasado tu corazón, y con los ejemplos de los justos que de muertos fueron vivificados, de pecadores se hicieron justos, como carbones que reviven de la muerte: así como venciste a aquellos con flechas y carbones desoladores, engañosamente halagadores y halagando para seducir; así vencerás a estos que ya amenazan iracundos, porque no pudieron seducir halagando. Fueron vencidos cuando halagaban, serán vencidos también cuando amenazan. Pero son vencidos, ¿cómo, si no hubiera sido porque el Señor estaba con nosotros? Es evidente que no venciste tú, sino que venció aquel que está en ti. ¿Llevas un emperador así, y serás vencido? ¿No es aquel a quien llevas, quien dijo, Yo he vencido al mundo (Juan XVI, 33)? ¿No es aquel que, aunque siempre fue sobre toda criatura, porque el Verbo es Dios con Dios, venció al diablo muriendo primero? ¿Por qué venció, sino para enseñarte a luchar contra el diablo? Y sin embargo, ya enseñado, si no está en ti aquel que primero venció por ti, serás vencido. Si no hubiera sido porque el Señor estaba con nosotros, cuando se levantaron los hombres contra nosotros, quizás nos habrían tragado vivos. Cuando se encendió su furor contra nosotros: ya se enojan, ya abiertamente amenazan: quizás el agua nos habría sumergido. Llama agua a los pueblos pecadores; y veremos qué tipo de agua en lo que sigue. Pero cualquiera que consintiera con ellos, el agua lo habría cubierto. Pues moriría con la muerte de los egipcios, no pasaría con el ejemplo de los israelitas. Sabéis, hermanos, que el pueblo de los israelitas pasó por el agua, y esa misma agua cubrió al pueblo de los egipcios (Éxodo XIV, 22-29). El agua, dice, nos habría sumergido.

7. Pero, ¿qué tipo de agua es esta? Es un torrente, fluye con ímpetu, pero pasará. Pues se llaman torrentes a los ríos que crecen con lluvias repentinas: tienen un gran ímpetu; quienquiera que caiga en ellos es arrastrado, pero en quien no está el Señor; en quien está el Señor, su alma pasa el torrente. Aún fluye el torrente, pero ya pasó el alma de los mártires. Aún mientras este siglo corre naciendo y muriendo, es un torrente: de aquí las persecuciones, de este torrente. De aquí bebió aquel primer cabeza nuestro, de quien se dijo en el salmo: Del torrente en el camino bebió. Del torrente, esa agua que significa al pueblo perseguidor, de allí bebió aquel que dijo a los discípulos: ¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber? (Mateo XX, 22) Del torrente, dice, en el camino bebió. ¿Qué significa, en el camino bebió? Bebió pasando, no se detuvo. En el camino bebió; porque de él quizás se dijo, Y en el camino de los

pecadores no se detuvo (Sal. I, 1). Bebió pasando. ¿Y qué se dijo de eso? Por eso levantará la cabeza (Sal. CIX, 9). Del torrente, dice, en el camino bebió, por eso levantará la cabeza. Pues ya se levantó nuestra cabeza, porque del torrente en el camino bebió; pues nuestro Señor sufrió. Si, pues, ya se levantó nuestra cabeza, ¿qué teme el cuerpo al torrente? Sin duda, porque la cabeza se levantó, y el cuerpo dirá después, El torrente pasó nuestra alma: quizás pasó nuestra alma por el agua sin sustancia. He aquí qué tipo de agua decía, Quizás el agua nos habría sumergido. Pero, ¿qué tipo de agua es sin sustancia? ¿Qué significa, sin sustancia?

8. Primero, ¿qué significa, Quizás pasó nuestra alma? Pues, ¿cómo pudieron, los latinos expresaron lo que los griegos dicen ἄρα. Pues así tienen los ejemplares griegos, ἄρα: porque es una palabra de duda, se expresó con una palabra de duda, que es quizás; pero no es del todo eso. Podemos decirlo con una palabra menos latina, pero adecuada para vuestras inteligencias. Lo que los púnicos dicen, iar, no madera, sino cuando dudan; esto dicen los griegos, ἄρα: esto los latinos pueden o suelen decir, ¿Crees?, cuando así hablan: ¿Crees que escapé de esto? Si, pues, se dice, Quizás escapé, veis que no suena así: pero lo que dije, ¿Crees?, se dice comúnmente; no se dice así en latín. Y pude decirlo, al tratar con vosotros; pues a menudo digo palabras no latinas, para que entendáis. Pero en la Escritura no pudo ponerse esto, que no fuera latín; y al faltar el latín, se puso por ello, lo que no sonara así. Pero entended que se dice: ¿Crees que pasó nuestra alma por el agua sin sustancia? ¿Y por qué dicen, ¿Crees? Porque la magnitud del peligro apenas hace creíble que escapó. Soportaron una gran muerte, estuvieron en grandes peligros; fueron tan oprimidos, que casi consintieron vivos, que casi fueron tragados vivos: ya, pues, escapando, ya seguros, pero recordando la magnitud del peligro mismo, ¿Crees?, dicen, que pasó nuestra alma por el agua sin sustancia?

9. ¿Qué es el agua sin sustancia, sino el agua de los pecados sin sustancia? Los pecados no tienen sustancia: tienen carencia, no sustancia; tienen pobreza, no sustancia. En esa agua sin sustancia, el hijo menor perdió toda su sustancia. Sabéis que el hijo menor se fue de viaje y dijo al padre: Dame la parte de la sustancia que me corresponde. ¿Qué quieres para ti? Mejor se guarda con el padre; es tuya: quieres dilapidarla; quieres irte lejos. Dame; pero dame. Él se la dio. Partió a una región lejana, viviendo prodigiosamente con prostitutas, perdió toda la sustancia: quedó necesitado, cuidó cerdos; en su pobreza recordó las riquezas del padre (Luc. XV, 12-17). Si no lo hubiera golpeado la pobreza, no habría deseado esa saciedad. Consideren, pues, todos sus pecados, vean si los pecados tienen sustancia. ¿Por qué irritó al Señor el pecador (Sal. IX, 13)? Si no ves tu pecado antes de cometerlo, al menos cuando ya lo has hecho, considéralo. La dulzura de este siglo endulza la garganta por un tiempo; después se convierte en gran amargura. He aquí que pecaste, y obtuviste ganancia: ¿qué es lo que ganaste? Para obtener ganancia, ofendiste a Dios, para aumentar el dinero, la fe disminuyó, y el oro creció. ¿Qué perdiste y qué adquiriste? Lo que adquiriste se llama oro, lo que perdiste se llama fe: compara la fe con el oro; si la fe se vendiera en el mercado, ¿tendría precio? ¿Piensas en tus ganancias, no piensas en tus pérdidas? ¿Te alegras por el cofre, no lloras por el corazón? Abunda no sé qué en tu cofre; pero mira qué ha disminuido en tu corazón. Cuando abras el cofre, encontrarás monedas que no estaban: bien, porque te alegras de que haya allí lo que no estaba. Atiende al cofre del corazón; allí estaba la fe, y ya no está. Si te alegras por esto, ¿por qué no lloras por esto? Perdiste más de lo que adquiriste. ¿Quieres ver qué perdiste? Ni un naufragio podría quitártelo. Pues a veces lo pierden todo en el mar, salen desnudos. Muchos naufragaron con Pablo (Hech. XXVII, 41): los amantes de este siglo sufrieron naufragio, y todos salieron desnudos; ellos perdieron lo que tenían fuera, y encontraron vacía la casa de su corazón: pero Pablo llevaba en su corazón el patrimonio de su fe; ningún oleaje, ninguna tempestad pudo quitárselo; salió desnudo, y salió rico. Debemos buscar tales riquezas. Pero no las veo, me dices. Alma necia, no las ves con los ojos de tu

carne; ten el ojo del corazón, y las verás. Pero no ves la fe. ¿Por qué la ves en otro? ¿Por qué clamas cuando te la rompen, si no la ves? Que alguien te rompa la fe; clamas. ¿Quieres entonces que te la muestren, y entonces la ves; cuando se te pide que la muestres, entonces no la ves? Lo que clamas que otro no tiene hacia ti, llora por no tenerlo tú hacia otro. Y ve que el pecado que cometes es sin sustancia. Pues lo que se adquiere del pecado parece ser sustancia. Pero esto tampoco se adquiere. Pues tiene oro quien sabe usar el oro: pero quien no sabe usar el oro, es tenido, no tiene; es poseído, no posee. Sed dueños del oro, y no siervos del oro: porque Dios hizo el oro, y te hizo a ti sobre el oro; hizo el oro para tu sustento, y a ti a su imagen. Mira lo que está sobre ti, y pisa lo que está debajo de ti. ¿Qué adquiriste entonces? ¿Quieres ver cuán agua sin sustancia es? Lleva contigo al infierno lo que adquiriste: ¿qué harás? Adquiriste oro, perdiste fe: después de pocos días sales de esta vida, el oro que adquiriste perdiendo la fe, no puedes llevártelo contigo; tu corazón vacío de fe, sale al castigo, lo que lleno de fe saldría a la corona. He aquí que nada es lo que hiciste, y por nada ofendiste a Dios. El agua sin sustancia es la que te sumergió. ¿Por qué irritó al Señor el pecador? Sean confundidos los que obran iniquidad en vano (Sal. XXIV, 4). Pues nadie obra iniquidad sin vanidad; pero nadie lo considera.

10. Los hombres van, oyen ese proverbio vulgar; y los proverbios de Dios dormitan en ellos. ¿Qué proverbio? Prefiero lo que tengo, que lo que espero. Oh infeliz, ¿qué tienes? He aquí que dices, Prefiero lo que tengo; tenlo de tal manera que no lo pierdas, y di, Prefiero lo que tengo. Pero si no lo tienes, ¿por qué no tienes aquello que no puedes perder? ¿Qué tienes entonces? Oro. Tenlo entonces; si lo tienes, que no te lo quiten contra tu voluntad. Pero si por el oro eres arrastrado a donde no quieres, y por eso te busca un ladrón mayor, porque encontró a un ladrón menor; por eso te busca un águila mayor, porque antes atrapaste una liebre: la presa menor fue para ti, serás presa de una mayor. Los hombres no ven esto en los asuntos humanos; tanta codicia los ciega. Es una cosa maravillosa, hermanos; horrorizan a quienes lo consideran. Un más poderoso busca a un más débil, y busca oprimirlo, no por otra cosa, sino porque tiene algo que quitarle: ve que sufre bajo él tribulación, no por otra cosa, sino por lo que tiene; y él mismo, por lo que aquel sufre tribulación, lo acumula para sí. No prestaba atención, cuando lo perseguía; aquel huía, aquel era atormentado, aquel temía, aquel buscaba dónde esconderse: ¿de dónde sufría esos males, sino porque tenía? Aprende al menos en él qué debes evitar: porque la cosa que lo atormentaba, tú persiguiéndolo, para que no se la quitaras, y así te tiene a ti atormentado otro que te persigue. Atiendes porque está gordo: si por eso lo buscas, porque está gordo; teme engordar, no sea que otro te busque. Y todo se hace en vano: busca el fin; las tinieblas se presentan: busca por qué; nada se presenta.

11. [vers. 6.] Por tanto, alégrense y regocíjense en el Señor quienes dicen, Nuestra alma ha pasado por el agua sin sustancia, y recuperen su sustancia. La perdieron viviendo prodigiosamente; pero ¿acaso el Padre se empobreció? Regresen, y encontrarán allí las riquezas que consumieron en el largo viaje con prostitutas; escapen del agua sin sustancia, y digan: Bendito el Señor, que no nos entregó como presa a sus dientes. Pues los perseguidores eran cazadores, y pusieron cebo en la trampa. ¿Qué cebo? La dulzura de esta vida, para que cada uno por la dulzura de esta vida meta la cabeza en la maldad, y la trampa se cierre. No aquellos en quienes estaba el Señor, aquellos que dicen, Si no hubiera sido el Señor quien estaba con nosotros; no fueron atrapados en la trampa. Que el Señor esté en ti, y tampoco tú serás atrapado en la trampa; clama, Bendito el Señor, que no nos entregó como presa a sus dientes.

12. [vers. 7.] Nuestra alma como un gorrión fue liberada de la trampa de los cazadores. Porque en esa alma estaba el Señor, por eso como un gorrión fue liberada el alma de la trampa de los cazadores. ¿Por qué como un gorrión? Porque cayó incauta como un gorrión; y

podía decir después, Dios me perdonará. Oh gorrión inestable, mejor fija tus pies en la roca, no vayas a la trampa. Eres atrapado, consumido, aplastado. Que el Señor esté en ti, y te librará de mayores amenazas, de la trampa de los cazadores. Como si vieras un ave a punto de caer en la trampa, haces un mayor ruido, para que vuele de la trampa: así también los mártires, ya tal vez algunos de ellos inclinaban el cuello hacia la dulzura de esta vida; el Señor que estaba en ellos, hizo ruido de los infiernos, y el gorrión fue liberado de la trampa de los cazadores: Nuestra alma como un gorrión fue liberada de la trampa de los cazadores. ¿Y qué? ¿siempre estará esa trampa? La trampa era la dulzura de esta vida: ellos no quedaron atrapados en la trampa, y fueron muertos; con ellos muertos, la trampa fue rota; ya no queda la dulzura de esta vida, por la cual puedan ser atrapados de nuevo, sino que fue destruida: ¿acaso también el gorrión fue destruido? De ninguna manera; porque no estaba en la trampa: La trampa fue rota, y nosotros fuimos liberados.

13. [vers. 8.] Clamen, pues, porque fueron liberados; vuelen hacia Dios, triunfen en Dios, porque fueron liberados: porque el Señor estaba en ellos, para que no fueran atrapados en la trampa. ¿Por qué la trampa fue rota, y nosotros fuimos liberados? ¿Quieres saber por qué? Nuestro auxilio está en el nombre del Señor, que hizo el cielo y la tierra. Pues si no fuera por este auxilio, la trampa no permanecería eternamente; pero una vez atrapado, el gorrión sería destruido. Pues esta vida pasará; y quienes sean atrapados por su dulzura, y por esta dulzura ofendan a Dios, pasarán con esta vida. Pues la trampa será destruida; estad seguros: toda dulzura de esta vida presente no será, cumplido el destino de su lugar; pero es necesario no quedar atrapado, para que cuando la trampa sea destruida, entonces te regocijes y digas, La trampa fue rota, y nosotros fuimos liberados. Pero no pienses que puedes hacerlo con tus fuerzas, atiende de quién es la obra para que seas liberado (pues si te enorgulleces, caes en la trampa), y di, Nuestro auxilio está en el nombre del Señor, que hizo el cielo y la tierra.

14. El salmo ha sido tratado, y en cuanto el Señor ha dignado ayudar, creo que ha sido expuesto. También sabéis muy bien que mañana se debe un sermón a vuestra Caridad; estad presentes, y ayudadnos con vuestras oraciones. Pues debéis recordar nuestra promesa; no diría qué iba a tratar, sino queriendo ser ayudado por el estudio de vuestra fe y vuestras oraciones. Recordáis que os prometí tratar sobre lo que se dijo en el Evangelio, La Ley fue dada por Moisés; la Gracia y la Verdad fueron hechas por Jesucristo (Juan I, 17). Pues los hombres herejes, especialmente los maniqueos, suelen reprobar la Ley, y decir que Dios no la dio. Pues debe exponerse este lugar, para que se conozca que también la Ley fue dada por Dios, y la Ley fue dada por Moisés; no para salvar, por una cierta causa. La Ley no salvó, para que el legislador mismo fuera deseado como el Emperador, quien daría indulgencia a los pecadores; y la Ley ciertamente fue dada por Moisés, pero la Gracia y la Verdad fueron hechas por Jesucristo. Quise haceros atentos a esto. Vendrá la misericordia del Señor, no por nuestros méritos, sino tal vez por el mérito de vuestro deseo; ni por nuestras capacidades, sino por la abundancia de sus dones: para que así se trate un asunto tan necesario para los hombres puestos en el nuevo testamento, que el enemigo no encuentre escondites donde ocultarse para engañar a los fieles.

EN EL SALMO CXXIV COMENTARIO.

SERMON AL PUEBLO.

1. [vers. 1, 2.] Este salmo, perteneciente al número de los cánticos de los grados (sobre cuyo título ya hemos dicho mucho en otros, y no queremos repetir, para no abrumaros más que instruir), nos enseña a nosotros que ascendemos y elevamos nuestras almas a nuestro Señor Dios con afecto de caridad y piedad, a no fijarnos en los hombres que prosperan en este siglo

con una felicidad falsa y ventosa y completamente engañosa; donde no nutren otra cosa que la soberbia, y su corazón se congela contra Dios, y se endurece contra la lluvia de su gracia, para no dar fruto. Pues presumiendo que todo les abunda, lo que parece necesario para esta vida, y más allá de lo necesario, se enaltecen; y siendo hombres por iniquidad inferiores a todos los hombres, por soberbia se creen superiores a todos los hombres. Y ojalá al menos se consideraran como otros hombres. Pero a veces, al mirar y atender demasiado a estos, también aquellos que adoran a Dios, fluctúan y vacilan, como si hubiera perecido su recompensa por adorar a Dios, cuando se ven en trabajos, en pobreza, en aflicción, en enfermedad, en dolor, en alguna necesidad, y ven a otros tener salud del cuerpo, abundar en lo temporal, alegrarse con la integridad de los suyos, florecer con el brillo de los bienes aquellos que no solo no adoran a Dios, sino que también se oponen a todos los hombres; al atenderlos, vacilan, y dicen para sí lo que está escrito abiertamente en cierto salmo: ¿Cómo supo Dios, y hay conocimiento en el Altísimo? He aquí que los pecadores mismos y abundantes en el siglo obtuvieron riquezas. Y sigue: ¿Acaso en vano he justificado mi corazón, y he lavado mis manos en inocencia? ¿Acaso fui vano, que quise vivir justamente, y comportarme inocentemente entre los hombres, cuando sé que aquellos que no quieren guardar la inocencia, tienen tanta felicidad, e insultan a los justos por su iniquidad felices?

2. Pero ¿quién dijo eso allí en el salmo? De quien aún no era recto el corazón. Pues así comenzó ese salmo del que ahora dimos testimonio, no este que ahora hemos asumido para considerar y tratar, sino donde se dijo, "¿Cómo supo Dios, y hay conocimiento en el Altísimo? He aquí que los pecadores mismos y abundantes en el siglo obtuvieron riquezas. ¿Acaso en vano he justificado mi corazón, y he lavado mis manos en inocencia?" ese salmo, donde veis que el alma está en peligro, donde veis que los pies vacilan, así comenzó: ¡Cuán bueno es Dios para Israel, para los rectos de corazón! Pero yo, dice, casi se movieron mis pies, casi se derramaron mis pasos. ¿Por qué? Porque tuve envidia de los pecadores, viendo la paz de los pecadores (Sal. LXXII, 1-13). Por eso dijo que sus pies se movieron y casi se derramaron sus pasos, cayendo hacia la ruina de Dios, porque miró y observó la felicidad de los pecadores, y los vio tener paz, él mismo trabajo. Pero narró esto cuando ya había escapado, cuando ya con el corazón corregido se había adherido a Dios, narró sus peligros pasados. Por tanto, Bueno es Dios para Israel: pero ¿para quiénes? Para los rectos de corazón. ¿Quiénes son los rectos de corazón? Los que no reprenden a Dios. ¿Quiénes son los rectos de corazón? Los que dirigen su voluntad a la voluntad de Dios; no intentan curvar la voluntad de Dios a su voluntad. Es un breve precepto, para que el hombre dirija su corazón. ¿Quieres tener un corazón recto? Haz tú lo que Dios quiere; no quieras que Dios haga lo que tú quieres. Por tanto, son de corazón torcido, es decir, los que no tienen un corazón recto, los que se sientan y discuten cómo debió hacer Dios; no alabando lo que hizo, sino reprendiéndolo. Quieren corregirlo: es poco que no quieran ser corregidos por él; y dicen, No debió Dios hacer pobres, sino que solo los ricos debieron ser; y ellos solos vivirían. ¿Para qué fue hecho el pobre? ¿para qué vive? Reprende a Dios de los pobres. Cuánto mejor sería ser pobre de Dios, y ser rico de Dios; esto es, seguir la voluntad de Dios, y ver su pobreza temporal como algo que pasará, y las riquezas espirituales para sí como algo que vendrá, de modo que de ninguna manera podrían pasar; y tener en las riquezas del corazón la fe, si no le toca tener oro en el cofre. Porque si tuviera oro en el cofre, temería al ladrón, y el oro del cofre incluso sin querer lo perdería; pero la fe del corazón no la perdería, si él mismo no la expulsara de allí. Pero se puede responder rápidamente, carísimos. Dios hizo al pobre, para probar al hombre; y Dios hizo al rico, para probarlo a él sobre el pobre. Y todo lo que hizo Dios, lo hizo bien. Y si no podemos ver su consejo, por qué hizo esto así y aquello así; es bueno para nosotros someternos a su sabiduría, y creer que lo hizo bien, y si aún no sabemos por qué lo hizo: y tendremos un corazón recto, para que confiemos y esperemos en el Señor,

y no se moverán nuestros pies, y se hará en nosotros ascendiendo de donde comenzó este salmo, Los que confían en el Señor, como el monte Sion, no se moverán para siempre.

3. ¿Quiénes son estos? Los que habitan en Jerusalén: ellos no se moverán para siempre, los que habitan en Jerusalén. Si entendemos esta Jerusalén, todos los que habitaban allí, fueron expulsados por guerras y la destrucción de esa ciudad: ahora buscas a un judío en la ciudad de Jerusalén, y no lo encuentras. ¿Por qué entonces no se moverán para siempre, los que habitan en Jerusalén, sino porque hay otra Jerusalén, de la que soléis oír mucho? Esa es nuestra madre, a la que suspiramos y gemimos en esta peregrinación, para regresar a ella. Nos habíamos alejado de ella, y no teníamos camino: vino su Rey, y se hizo camino para nosotros, para que pudiéramos regresar a ella. Esa es aquella, donde estaban nuestros pies en los atrios de Jerusalén, como escuchasteis en el salmo de los cánticos de los grados anterior, ya expuesto y tratado para los que asistieron; a la que suspiraba aquel que cantaba, Jerusalén que se edifica como ciudad; cuya participación es en lo mismo (Sal. CXXI, 2, 3). Los que habitan allí no se moverán para siempre. Pero los que habitaron en esta Jerusalén, fueron movidos; primero en el corazón, luego en el exilio. Cuando fueron movidos en el corazón y cayeron, entonces crucificaron al Rey de esa Jerusalén celestial. Ya estaban espiritualmente fuera, y excluían al mismo Rey. Pues lo echaron fuera de su ciudad, y lo crucificaron fuera (Juan XIX, 17, 18). Y él los echó fuera de su ciudad, es decir, de la eterna Jerusalén madre de todos nosotros, que está en los cielos.

4. ¿Cómo es esa Jerusalén? La describe brevemente. Montañas la rodean. ¿Es algo grandioso estar en esa ciudad rodeada de montañas? ¿Es toda nuestra felicidad tener una ciudad rodeada de montañas? ¿Acaso no conocemos las montañas? ¿O qué son las montañas, sino elevaciones de tierra? Sin embargo, hay otras montañas amables, montañas elevadas, predicadores de la verdad, ya sean Ángeles, Apóstoles o Profetas. Ellos están alrededor de Jerusalén; la rodean y le forman un muro. De estas montañas amables y deleitables habla continuamente la Escritura. Presten atención cuando escuchan o leen; encontrarán en muchos lugares montañas deleitables, más de las que podemos recordar. Sin embargo, en la medida en que el Señor lo sugiere, nos deleita hablar mucho de estas montañas; y los testimonios divinos de las Escrituras sagradas nos han venido a la mente. Ellos son las montañas que son iluminadas por Dios: y primero son iluminadas, para que de ellas descienda la luz a los valles o a las colinas; porque no tienen la misma altura que las montañas. Ellos son por quienes se nos otorga la Escritura, ya sea en profecía, en los Apóstoles o en el Evangelio. Ellos son las montañas de las que cantamos, "Levanto mis ojos a las montañas, ¿de dónde vendrá mi ayuda?"; porque de las Escrituras sagradas en esta vida tenemos ayuda. Pero como esas montañas no se protegen a sí mismas, ni nos aconsejan por sí mismas, ni nuestra esperanza debe estar en las montañas, para que no seamos malditos por poner nuestra esperanza en el hombre (Jeremías XVII, 5); ya había dicho, "Levanto mis ojos a las montañas, ¿de dónde vendrá mi ayuda? Mi ayuda", dice, "viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra" (Salmo CXX, 1, 2). Ellos son las montañas de las que también dice: "Que las montañas traigan paz a tu pueblo, y las colinas justicia" (Salmo LXXI, 3). Las montañas son grandes, y las colinas son menores. Las montañas, por lo tanto, ven, las colinas creen: los que ven, han recibido la paz y la han llevado a aquellos que creen. Porque los que creen, reciben justicia; porque el justo vive por la fe (Romanos I, 17). Los Ángeles ven, anuncian lo que ven, y nosotros creemos. Aquel Juan: "En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios" (Juan I, 1): vio, predicó para que creyéramos. Y por las montañas que reciben la paz, las colinas recibieron justicia: porque de esas montañas, ¿qué dice? No dijo, Tienen la paz por sí mismos, o, establecen la paz, o, generan la paz; sino, reciben la paz. De donde reciben la paz, es del Señor. Así que levanta tus ojos a las montañas por la paz, para que tu

ayuda sea del Señor, que hizo el cielo y la tierra. Nuevamente, recordando esas montañas, el Espíritu Santo dice: "Iluminas maravillosamente desde las montañas eternas" (Salmo LXXV, 5). No dijo, Las montañas iluminan; sino, "Tú iluminas desde las montañas eternas": a través de estas montañas que quisiste que fueran eternas, predicando el Evangelio, tú iluminas, no las montañas. Tales son las montañas alrededor de Jerusalén.

5. Y para que sepan qué tipo de montañas están a su alrededor; donde la Escritura menciona montañas buenas, muy raramente y con dificultad, o tal vez nunca, no menciona inmediatamente al Señor, o lo indica al mismo tiempo, para que la esperanza no permanezca en las montañas. Miren cuántas cosas he mencionado. "Levanto mis ojos a las montañas, ¿de dónde vendrá mi ayuda?"; y para que no te quedes allí, "Mi ayuda", dice, "viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra". Nuevamente, "Que las montañas traigan paz a tu pueblo": cuando dijo, "Que traigan", mostró que hay otra fuente de paz de la que ellos reciben. Nuevamente, "Iluminas desde las montañas": pero, "Tú", dijo; "Iluminas maravillosamente desde las montañas eternas". También en este lugar, cuando dijo, "Montañas alrededor de ella"; para que no te quedes nuevamente en las montañas, inmediatamente añadió, "Y el Señor alrededor de su pueblo": para que tu esperanza no esté en las montañas, sino en aquel que ilumina las montañas. Porque cuando él habita en las montañas, es decir, en los santos, él está alrededor de su pueblo; y él ha amurallado a su pueblo con una fortaleza espiritual, para que no se mueva para siempre. Pero cuando la Escritura habla de esas montañas malas, no les añade al Señor. Tales montañas, ya les hemos dicho muchas veces, significan ciertas grandes almas, pero malas. No piensen, hermanos, que las herejías pudieron surgir por algunas almas pequeñas. No hicieron herejías, sino hombres grandes: pero tan grandes como eran, eran montañas malas. No eran montañas que recibieran la paz, para que las colinas recibieran justicia; sino que recibieron la disensión del diablo, su padre. Así que eran montañas, pero de esas montañas cuídate de no huir. Porque vendrán hombres, y te dirán: Aquel hombre era grande, y aquel hombre era grande. ¡Qué grande fue aquel Donato! ¡Qué grande es Maximiano! y no sé quién fue Fotino, ¡qué grande fue! y aquel Arrio, ¡qué grande fue! Nombré todas esas montañas, pero naufragaron. Ven que de ellos brilla alguna llama de discurso, y algún fuego de ellos se enciende. Si navegas en madera, y sufres la noche, es decir, la oscuridad de esta vida; no te dejes engañar, ni dirijas allí tu nave: allí hay rocas, allí se producen grandes naufragios. Así que cuando te alaben esas montañas, y comiencen a persuadirte para que vayas a esas montañas, como si fueran una ayuda, y allí descanses; responde: "En el Señor confío; ¿cómo dicen a mi alma, Huye a las montañas como un pájaro?" (Salmo X, 2). Porque es bueno para ti levantar tus ojos a esas montañas de donde tu ayuda viene del Señor, para que escapes como un pájaro de la trampa de los cazadores, no huyas a las montañas. Porque el pájaro es una cosa inestable; se mueve rápidamente, vuela rápidamente de aquí para allá. Pero confía en el Señor, y serás como el monte Sion; no te moverás para siempre, y no huirás a las montañas como un pájaro. ¿Acaso allí nombró las montañas de tal manera que hablara del Señor?

6. Pero ama tales montañas, en las que está el Señor. Sin embargo, te aman esas montañas, si no pones tu esperanza en ellas. Miren, hermanos, qué tipo de montañas son las de Dios. Porque así son nombradas en otro lugar: "Tu justicia es como las montañas de Dios" (Salmo XXXV, 7). No su justicia, sino "tu justicia". Escucha a un apóstol como esa montaña: "Para ser hallado en él", dice, "no teniendo mi propia justicia que es de la ley, sino la que es por la fe de Cristo" (Filipenses III, 9). Pero aquellos que quisieron ser montañas por su propia justicia, como algunos judíos o los fariseos, sus príncipes, son así reprendidos: "Porque ignorando la justicia de Dios, y queriendo establecer la suya propia, no se han sometido a la justicia de Dios" (Romanos X, 3). Pero aquellos que se han sometido, son tan altos que son

humildes. Y porque son grandes, se les llama montañas; pero porque están sometidos a Dios, son valles: y porque tienen la capacidad de piedad, reciben la abundancia de paz y transmiten la inundación a las colinas. Ahora, sin embargo, mira qué montañas amas. Si quieres ser amado por las buenas montañas, no pongas tu esperanza ni siquiera en las buenas montañas. Porque, ¿qué tipo de montaña era Pablo? ¿Cuándo se encuentra uno así? (Hablamos de la grandeza de los hombres). ¿Puede encontrarse fácilmente alguien de tanta gracia? Y sin embargo, temía que ese pájaro pusiera su esperanza en él: ¿Y qué dice? ¿Acaso Pablo fue crucificado por ustedes? (I Corintios I, 13). Pero levanten sus ojos a las montañas, de donde viene su ayuda; porque, "Yo planté, Apolo regó: pero su ayuda es del Señor, que hizo el cielo y la tierra; porque Dios dio el crecimiento" (Id. III, 6). Así que montañas alrededor de ella. Pero así como montañas alrededor de ella, así también el Señor alrededor de su pueblo, desde ahora y para siempre. Si, por lo tanto, montañas alrededor de ella, y el Señor alrededor de su pueblo, el Señor une a su pueblo en un vínculo de caridad y paz, para que los que confían en el Señor como el monte Sion, no se muevan para siempre: y esto es, desde ahora y para siempre.

7. [vers. 3.] Porque el Señor no dejará la vara de los pecadores sobre la suerte de los justos, para que los justos no extiendan sus manos a la iniquidad. Ahora, de hecho, los justos sufren un poco, y a veces los injustos dominan a los justos. ¿A quiénes? A veces los injustos alcanzan los honores del mundo: cuando llegan y se convierten en jueces o reyes, porque Dios lo hace por la disciplina de su pueblo, por la disciplina de su pueblo; no puede ser de otra manera que se les rinda el honor debido al poder. Porque Dios ha ordenado así a su Iglesia, para que todo poder ordenado en el mundo tenga honor, y a veces de los mejores. Pero como ejemplo, digo una cosa; de aquí deduzcan los grados de todos los poderes. El primer y cotidiano poder del hombre sobre el hombre es el del amo sobre el siervo. Casi todas las casas tienen este tipo de poder. Hay amos, y hay siervos; son nombres diferentes: pero hombres y hombres son nombres iguales. ¿Y qué dice el Apóstol, enseñando a los siervos a estar sujetos a sus amos? "Siervos, obedezcan a sus amos según la carne": porque hay un amo según el espíritu. Él es el verdadero y eterno amo; pero estos son temporales según el tiempo. Tú, cuando caminas por el camino, cuando vives en esta vida, Cristo no quiere hacerte orgulloso. Te sucedió que te convertiste en cristiano, y tienes un amo humano: no por eso te convertiste en cristiano, para desdeñar servir. Porque cuando sirves a un hombre por mandato de Cristo, no le sirves a él, sino a aquel que lo ordenó. Y esto dice: "Obedezcan a sus amos según la carne, con temor y temblor, en la sencillez del corazón; no sirviendo al ojo, como agradando a los hombres, sino como siervos de Cristo, haciendo la voluntad de Dios de corazón, con buena voluntad" (Efesios VI, 5, 6). Mira, no hizo de los siervos libres, sino de los malos siervos, buenos siervos. ¡Cuánto deben los ricos a Cristo, que les organiza la casa! para que si había allí un siervo infiel, Cristo lo convierta, y no le diga, Deja a tu amo; ya conociste al que es el verdadero amo: él tal vez es impío e injusto, tú ya eres fiel y justo; es indigno que un justo y fiel sirva a un impío e infiel. No le dijo esto, sino más bien, Siervan: y para fortalecerlo; al siervo, dijo esto, Sirvan con mi ejemplo; yo serví primero a los injustos. Porque el Señor, soportando tanto en la pasión, ¿de quiénes lo soportó, sino del amo de los siervos? ¿Y de quiénes, sino de los malos siervos? Porque si hubieran sido buenos siervos, habrían honrado al amo. Pero como eran malos siervos, le injuriaron. ¿Qué hizo él a cambio? Devolvió amor por odio: porque dijo, "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen" (Lucas XXIII, 34). Si el Señor del cielo y de la tierra, por quien fueron hechas todas las cosas, sirvió a los indignos, rogó por los que lo atacaban y se mostró como médico al venir (porque los médicos, tanto por su arte como por su salud, sirven a los enfermos); ¿cuánto más no debe desdeñar el hombre servir con todo su corazón, y con toda buena voluntad, con todo amor, incluso a un amo malo? Mira, el mejor sirve al peor, pero por un tiempo. Lo que dije del amo

y el siervo, entiéndanlo de las potestades y los reyes, de todas las cumbres de este mundo. Porque a veces las potestades son buenas, y temen a Dios; a veces no temen a Dios. Juliano fue un emperador infiel, fue apóstata, injusto, idólatra: los soldados cristianos sirvieron al emperador infiel; cuando se trataba de la causa de Cristo, no reconocían a nadie más que a aquel que estaba en el cielo. Si alguna vez quería que adoraran ídolos, que ofrecieran incienso; preferían a Dios: pero cuando decía, Formen la línea, vayan contra esa nación; inmediatamente obedecían. Distinguían al Señor eterno del Señor temporal; y sin embargo, estaban sujetos por el Señor eterno, incluso al Señor temporal.

8. Pero, ¿acaso será siempre así, que los inicuos gobiernen a los justos? No será así. Porque miren lo que dice este salmo: "Porque el Señor no dejará la vara de los pecadores sobre la suerte de los justos". Se siente por un tiempo la vara de los pecadores sobre la suerte de los justos; pero no se dejará allí, no será para siempre. Vendrá el tiempo, cuando un solo Dios sea reconocido; vendrá el tiempo, cuando Cristo en su gloria aparezca y reúna ante él a todas las naciones, y las divida, como el pastor divide los cabritos de las ovejas: pondrá las ovejas a su derecha; los cabritos a su izquierda (Mateo XXV, 32, 33). Y verás allí muchos siervos entre las ovejas, y muchos amos entre los cabritos; y nuevamente muchos amos entre las ovejas, muchos siervos entre los cabritos. Porque no porque hayamos consolado así a los siervos, todos los siervos son buenos; ni porque hayamos reprimido así la soberbia de los amos, todos los amos son malos. Hay buenos amos fieles, y hay malos: hay buenos siervos fieles, y hay malos. Pero mientras los buenos siervos sirven a los malos amos, soporten por un tiempo: "Porque el Señor no dejará la vara de los pecadores sobre la suerte de los justos". ¿Por qué esto? Para que los justos no extiendan sus manos a la iniquidad: para que los justos soporten por un tiempo a los inicuos dominantes, y entiendan que esto no es eterno, sino que se preparen para poseer la herencia eterna. ¿Qué herencia? Donde se destruirá todo principado, y todo poder, para que Dios sea todo en todos (I Corintios XV, 28). Guardándose para esto, y contemplándolo en su corazón, y aún reteniéndolo en la fe, y perseverando para verlo, no extienden sus manos a la iniquidad. Porque si ven que siempre está la vara de los pecadores sobre la suerte de los justos, piensan para sí mismos, y dicen: ¿De qué me sirve ser justo? ¿Siempre me dominará el iniquo, y siempre seré siervo? Entonces también haré iniquidad; porque no sirve de nada mantener la justicia. Pero para que no diga esto, se le insinúa la fe, porque por un tiempo puede estar la vara de los pecadores sobre la suerte de los justos: el Señor no dejará la vara de los pecadores sobre la suerte de los justos, para que los justos no extiendan sus manos a la iniquidad; sino que se abstengan de la iniquidad con sus manos, y soporten la iniquidad, no la hagan. Porque es mejor soportar la injusticia que hacerla. ¿Por qué no será siempre así? Porque el Señor no dejará la vara de los pecadores sobre la suerte de los justos.

9. [vers. 4, 5.] Esto piensan los que son rectos de corazón, de los que hablé un poco antes, los que siguen la voluntad de Dios, no su propia voluntad. Pero los que quieren seguir a Dios, lo hacen preceder, y a ellos seguir; no a ellos preceder, y a él seguir: y en todo lo encuentran bueno, ya sea corrigiendo, consolando, ejercitando, coronando, purgando o iluminando, como dice el Apóstol, "Sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien" (Romanos VIII, 28). Y por eso sigue, "Haz bien, Señor, a los buenos, y a los rectos de corazón".

10. Así como el recto de corazón se aparta del mal y hace el bien (Salmo XXXVI, 27), porque no envidia a los pecadores al ver la paz de los impíos (Salmo LXXII, 3); así también el de corazón perverso, que se escandaliza en los caminos del Señor, se aparta de Dios, hace el mal y es seducido por la dulzura del mundo, quedando atrapado y pagando amargas penas.

Para quien se aparta de Dios, cuya disciplina no quiso soportar, la falsa felicidad de los malvados se convierte, por el juicio de Dios, en una verdadera trampa. Por eso añade inmediatamente: "Pero a los que se desvían hacia la estrangulación, el Señor los llevará con los que obran injusticia", es decir, aquellos cuyos actos imitaron; porque amaron sus alegrías presentes y no creyeron en los castigos futuros. Entonces, ¿qué tendrán los que son rectos de corazón y no se desvían? Lleguemos ya a la herencia misma, hermanos, porque somos hijos. ¿Qué poseeremos? ¿Cuál es la herencia? ¿Cuál es nuestra patria? Se llama Paz. Por ella os saludamos, os la anunciamos, la reciben los montes y colinas con justicia (Salmo LXXI, 3). Ella es Cristo: "Él es nuestra paz, quien de ambos pueblos hizo uno, derribando el muro de separación" (Efesios II, 14). Porque somos hijos, tendremos herencia. ¿Y cómo se llamará esa herencia, sino paz? Y ved que son desheredados los que no aman la paz: no aman la paz quienes dividen la unidad. La paz es posesión de los piadosos, posesión de los herederos. ¿Y quiénes son los herederos? Los hijos. Escuchad el Evangelio: "Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios" (Mateo V, 9). Escuchad también la conclusión de este salmo: "Paz sobre Israel". Israel significa "Viendo a Dios"; Jerusalén se interpreta como "Visión de paz". Entienda vuestra Caridad: Israel se interpreta como "Viendo a Dios"; Jerusalén se interpreta como "Visión de paz". ¿Quiénes no serán conmovidos eternamente? Los que habitan en Jerusalén. No serán conmovidos eternamente, pues, los que habitan la visión de paz. Y paz sobre Israel. Por tanto, Israel, que es viendo a Dios, es viendo la paz: y él mismo es Israel y Jerusalén; porque ese pueblo de Dios es la ciudad de Dios. Si, pues, viendo la paz, es decir, viendo a Dios; con razón Dios mismo es paz. Por tanto, porque Cristo, el Hijo de Dios, es paz, vino a reunir a los suyos y a separarlos de los inicuos. ¿De qué inicuos? De los que odian a Jerusalén, que odian la paz, que quieren desgarrar la unidad, que no creen en la paz, que proclaman una falsa paz en el pueblo y no la tienen. A quienes se les responde, cuando dicen "Paz a vosotros", "Y con tu espíritu": dicen falsedad y escuchan falsedad. ¿A quiénes dicen "Paz a vosotros"? A los que separan de la paz del mundo entero. ¿Y a quiénes se dice "Y con tu espíritu"? A los que abrazan las disensiones y odian la paz. Pues si en su espíritu hubiera paz, ¿no amarían la unidad y abandonarían la disensión? Por tanto, proclamando falsedad, escuchan falsedad. Proclamemos nosotros la verdad y escuchemos la verdad. Seamos Israel y abracemos la paz; porque Jerusalén es visión de paz, y nosotros Israel, y paz sobre Israel.

EN EL SALMO CXXV COMENTARIO.

SERMON A LA PLEBE.

1. [vers. 1.] Como ya recordáis, al tratar en orden este salmo es el centésimo vigésimo quinto, que está entre aquellos salmos cuyo título es "Cántico de los grados". Es, como sabéis, la voz de los que ascienden: ¿a dónde, sino a aquella Jerusalén celestial, madre de todos nosotros, que está en los cielos (Gálatas IV, 26)? La que es celestial, es también eterna: pero esta que estuvo en la tierra, tenía la sombra de aquella. Por tanto, esta cayó, aquella permanece: esta cumplió el tiempo de la predicación, aquella sostiene la eternidad de nuestra restauración. De aquella estamos peregrinando en esta vida, suspiramos por su regreso: mientras tanto, somos miserables y trabajamos, hasta que regresemos a ella. Ni nuestros conciudadanos los Ángeles nos han dejado en la peregrinación, sino que nos han anunciado que el mismo Rey vendría a nosotros. Y vino a nosotros, y fue despreciado entre nosotros por nosotros, y después con nosotros: y nos enseñó a ser despreciados, porque fue despreciado; nos enseñó a soportar, porque soportó; nos enseñó a sufrir, porque sufrió; y prometió que resucitaríamos, porque resucitó, mostrándonos en sí mismo lo que debemos esperar. Si, pues, hermanos, los antiguos Profetas, nuestros padres, antes de que el Señor Jesucristo viniera en carne, antes de que muriera, resucitara y ascendiera al cielo, suspiraban por aquella ciudad; ¿cuánto más debemos

desear nosotros, a donde él mismo nos ha precedido, y de donde nunca se ha apartado? Pues el Señor no vino a nosotros de tal manera que abandonara a los Ángeles: permaneció con ellos, y vino a nosotros; permaneció con ellos en majestad, vino a nosotros en carne. Pero, ¿dónde estábamos? Si nuestro redentor se dice que nos tenía cautivos. ¿Dónde, pues, estábamos cautivos, para que él viniera a redimir a los cautivos? ¿Dónde estábamos cautivos? ¿Acaso entre bárbaros? Peor que los bárbaros es el diablo y sus ángeles. Ellos antes tenían cautivo al género humano: de ellos nos redimió, quien no dio oro ni plata, sino su propia sangre por nosotros.

2. ¿Cómo, pues, el hombre vino a la cautividad? Preguntemos al apóstol Pablo. Pues él especialmente gime en esta cautividad, suspirando por la Jerusalén eterna; y nos enseñó a gemir con el mismo Espíritu con el que él, lleno, gemía. Pues él dice: "Toda la creación gime y sufre hasta ahora". Y de nuevo: "Porque la creación fue sometida a la vanidad, no por su voluntad, sino por causa de aquel que la sometió en esperanza". Dijo que toda la creación, incluso en los hombres que aún no creen, pero que creerán, gime en trabajos. ¿Acaso sólo gime en aquellos que aún no han creído? ¿Y ya no gime la creación en aquellos que han creído? "No sólo eso", dice, "sino que también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu", es decir, que ya servimos a Dios con el espíritu, que ya hemos creído en Dios con la mente, y hemos dado en esa fe algunas primicias, para que sigamos nuestras primicias: "también nosotros mismos gemimos en nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo". Por tanto, él mismo gemía, y todos los fieles gimen, esperando la adopción, la redención de su cuerpo. ¿Dónde gimen? En esta mortalidad. ¿Qué redención esperan? La de su cuerpo, que precedió en el Señor, quien resucitó de entre los muertos y ascendió al cielo. Antes de que esto nos sea devuelto, es necesario que gemamos, incluso los fieles, incluso los que esperan. Por eso sigue allí, y dice; cuando decía: "Y nosotros mismos gemimos en nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo"; como si se le dijera, ¿Qué te ha aprovechado entonces Cristo, si aún gimes; y cómo te ha salvado el Salvador? quien gime, aún está enfermo: añadió y dijo, "Porque en esperanza fuimos salvados. Pero la esperanza que se ve, no es esperanza: porque lo que uno ve, ¿por qué esperarlo? Pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos" (Romanos VIII, 20-25). He aquí por qué gemimos, y cómo gemimos; porque lo que esperamos, ya lo aguardamos, pero aún no lo tenemos, y hasta que lo tengamos, suspiramos en el tiempo, porque deseamos lo que aún no tenemos. ¿Por qué? Porque "en esperanza fuimos salvados". Ya la carne tomada de nosotros en el Señor, no en esperanza, sino en realidad, ha sido salvada. Pues resucitó y ascendió en nuestra cabeza nuestra carne salvada; en los miembros aún ha de ser salvada. Los miembros seguros se alegran, porque no han sido abandonados por su cabeza. Pues dijo a los miembros que trabajan: "He aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo" (Mateo XXVIII, 20). Así fue hecho para que nos convirtiéramos a Dios. Pues no teníamos esperanza, sino en el mundo; y por eso éramos siervos miserables, y doblemente miserables, porque tanto en esta vida habíamos puesto nuestra esperanza, y teniendo el rostro hacia el mundo, la espalda hacia Dios. Pero cuando el Señor nos convirtió, para que ya comenzáramos a tener el rostro hacia Dios, y la espalda hacia el mundo, aunque aún estamos en el camino, sin embargo, miramos a la patria: y cuando tal vez sufrimos alguna tribulación, pero sin embargo mantenemos el camino, y somos llevados por el madero; aunque el viento es áspero, es un viento favorable; con trabajo, pero nos lleva rápidamente, nos conduce rápidamente. Porque gemíamos por nuestra cautividad, y también gimen aquellos que ya han creído; pero ¿cómo nos hicimos cautivos, lo hemos olvidado, pero por la Escritura se nos recuerda: preguntemos al mismo apóstol Pablo; pues dice: "Sabemos que la ley es espiritual; pero yo soy carnal, vendido al pecado" (Romanos VII, 14). He aquí de dónde nos hicimos cautivos, porque fuimos vendidos al pecado. ¿Quién nos vendió? Nosotros

mismos, que consentimos al seductor. Pudimos vendernos, no podemos redimirnos. Nos vendimos por el consentimiento del pecado, somos redimidos en la fe de la justicia. Pues se dio sangre inocente por nosotros, para que fuéramos redimidos. Cualquier sangre que él derramó persiguiendo a los justos, ¿qué clase de sangre derramó? Derramó sangre de justos; de los profetas, de nuestros padres, de los justos y de los mártires: sin embargo, todos venían de la descendencia del pecado. Derramó una sola sangre de aquel que no fue justificado, sino que nació justo: al derramar esa sangre, perdió a los que tenía. Pues por quienes se dio la sangre inocente, fueron redimidos; y convertidos de la cautividad, cantan este salmo.

3. Cuando el Señor convirtió la cautividad de Sion, fuimos como consolados. Esto quiso decir, Fuimos gozosos. ¿Cuándo? Cuando el Señor convirtió la cautividad de Sion. ¿Qué Sion? La misma Jerusalén, y eterna Sion. ¿Cómo eterna Sion, cómo cautiva Sion? En los ángeles eterna, en los hombres cautiva. Pues no todos los ciudadanos de esa ciudad son cautivos; sino que los que de allí peregrinan, esos son cautivos. El hombre es ciudadano de Jerusalén, pero vendido al pecado, se hizo peregrino. De su descendencia nació el género humano, y llenó las tierras la cautividad de Sion. Y esa cautividad de Sion, ¿cómo es sombra de aquella Jerusalén? La sombra de aquella Sion que recibieron los judíos en imagen, en figura estuvo en cautividad en Babilonia, y después de setenta años aquel pueblo regresó a su ciudad (Jeremías XXIX, 10; y I Esdras I). Setenta años significan todo el tiempo que se desarrolla en siete días: pero cuando haya pasado todo el tiempo, entonces también nosotros regresamos a nuestra patria; como aquel pueblo después de setenta años regresó de la cautividad de Babilonia. Babilonia es este mundo: Babilonia se interpreta como Confusión. Ved si no es confusión toda la vida humana. Cualquier cosa que hagan los hombres en esperanza vana, cuando reconozcan lo que hacen, se avergüenzan. ¿Por qué trabajan? ¿Para quién trabajan? Para mis hijos, dice. ¿Y ellos para quién? Para sus hijos. ¿Y ellos para quién? Para sus hijos. Nadie, pues, para sí mismo. De esta confusión ya se habían convertido, a quienes dice el Apóstol: "¿Qué fruto teníais entonces en aquellas cosas de las cuales ahora os avergonzáis?" (Romanos VI, 21). Por tanto, toda esta vida de las cosas humanas, no perteneciente a Dios, es confusión. En esta confusión, en esta Babilonia, Sion es cautiva: pero el Señor convirtió la cautividad de Sion.

4. Y fuimos, dice, como consolados: es decir, nos alegramos, como recibiendo consuelo. No hay consuelo sino para los miserables, no hay consuelo sino para los que gimen, los que lloran. ¿Por qué como consolados, sino porque aún gemimos? Gemimos en la realidad, nos consolamos en la esperanza: cuando pase la realidad, del gemido vendrá el gozo eterno, donde no habrá necesidad de consuelo, porque ninguna miseria nos herirá. Pero, ¿por qué dijo como consolados, y no dijo, consolados? No siempre se usa como para similitud, esta palabra, como: lo que decimos, como, a veces se refiere a la propiedad, a veces a la similitud; ahora se ha referido a la propiedad. Pero también debemos dar ejemplos de la locución común de los hombres, para que se entienda fácilmente. Cuando decimos, Como vivió el padre, así también el hijo; lo decimos por similitud: y, Como muere el ganado, así muere el hombre; esto se dice por similitud. Pero cuando decimos, Hizo como hombre bueno; ¿acaso no es hombre bueno, sino que tiene la similitud de hombre bueno? Hizo como justo; este como, no niega que sea justo, sino que muestra su propiedad. Hiciste como senador: ¿Entonces no soy senador, si dice: Más bien porque eres, como senador hiciste; y porque eres justo, como justo hiciste; y porque eres bueno, como bueno hiciste. Por tanto, porque estos verdaderamente fueron consolados, como consolados se alegraban; es decir, su gozo era grande, como de consolados, siendo consolados por aquel que murió para que no temiéramos morir. Pues resucitó primero, para darnos esperanza: porque estando en miseria, consolados en esperanza; de ahí el gran gozo. Y el Señor convirtió nuestra cautividad, para que ya de la

cautividad mantengamos el camino, y vayamos a la patria. Ya redimidos, pues, en el camino no temamos a los enemigos que acechan. Por eso nos redimió, para que el enemigo no se atreva a acecharnos, si no nos apartamos del camino. Pues Cristo mismo se hizo camino (Juan XIV, 6). ¿Quieres no sufrir ladrones? Te dice: Te he preparado un camino hacia la patria; no te apartes del camino. He asegurado tal camino, que el ladrón no se atreva a acercarse a ti; tú no te apartes de él, y el ladrón no se atreve a acercarse a ti. Camina, pues, en Cristo y canta gozoso, canta como consolado; porque él te precedió, quien te mandó que lo siguieras.

5. [vers. 2, 3.] Entonces se llenó de gozo nuestra boca, y nuestra lengua de júbilo. La boca, hermanos míos, que tenemos en el cuerpo, ¿cómo se llena de gozo? No suele llenarse, sino con comida, o bebida, o algo similar introducido en la boca. A veces se llena nuestra boca: y es más lo que decimos a vuestra Santidad; cuando tenemos la boca llena, no podemos hablar. Pero tenemos dentro una boca, es decir, en el corazón, de donde procede todo lo que, si es malo, nos contamina; si es bueno, nos purifica. Pues de esa boca oísteis, mientras se leía el Evangelio. Los judíos insultaban al Señor, porque sus discípulos comían con manos no lavadas. Insultaban aquellos que tenían limpieza por fuera, y por dentro estaban llenos de manchas; insultaban aquellos cuya justicia no era sino ante los ojos de los hombres. Pero el Señor buscaba nuestra limpieza interior; que si está, es necesario que también lo que está fuera esté limpio. Limpiad, dice, lo que está dentro, y lo que está fuera estará limpio (Mateo XXIII, 26). El mismo Señor dice en otro lugar: "Dad limosna de lo que tenéis, y he aquí, todo os será limpio" (Lucas XI, 41). Pero, ¿de dónde procede la limosna? Del corazón. Pues si extiendes la mano, y no tienes misericordia en el corazón, no has hecho nada; pero si tienes misericordia en el corazón, aunque no tengas qué extender con la mano, Dios acepta tu limosna. Pero aquellos inicuos, buscaban limpieza por fuera. De tales era también aquel fariseo que había invitado al Señor, cuando se acercó una mujer que era pecadora y famosa en la ciudad, que lavó los pies del Señor con lágrimas, los secó con sus cabellos, los ungió con ungüento. El fariseo, pues, que había invitado al Señor, y no tenía limpieza sino por fuera en el cuerpo, pero estaba lleno de iniquidad y rapacidad en el corazón, dijo para sí mismo: "Este, si fuera profeta, sabría qué clase de mujer se le ha acercado a los pies". ¿Cómo sabía si sabía o no sabía? Pero por eso pensó que no sabía, porque no la rechazó. Pues si tal mujer se hubiera acercado a ese fariseo, que tenía limpieza como en la carne, soplaría, la rechazaría, la apartaría; para que la inmunda no tocara al limpio, y no contaminara su limpieza. Porque el Señor no hizo esto, por eso creyó que no sabía qué clase de mujer se le había acercado a los pies; pero el Señor no solo conocía a esa mujer, sino que también escuchaba sus pensamientos: porque aunque el contacto del cuerpo hace algo, oh inmundo fariseo, ¿podría la carne del Señor ser contaminada por el contacto de la mujer, o la mujer ser purificada por el contacto del Señor? Pero el médico permitía que la enferma tocara el medicamento; y la que había venido, conocía al médico; y la que solía ser quizás descarada en su fornicación, se hizo más descarada para la salvación. Irrumpió en la casa donde no había sido invitada; pero tenía heridas, y había venido donde el médico estaba recostado. Pero aquel que había invitado al médico, se veía a sí mismo sano; por eso no era curado. Ya conocéis lo que sigue en el Evangelio, cómo fue confundido el fariseo, cuando le mostró que conocía a esa mujer, y escuchaba su pensamiento (Lucas VII, 36-50).

6. Pero volvamos a lo que se acaba de leer del Evangelio, que se refiere al versículo presente donde se dice: "Se llenó de gozo nuestra boca, y nuestra lengua de júbilo". Pues buscamos qué boca y qué lengua. Preste atención vuestra Caridad. Se burlaron del Señor porque sus discípulos comían sin lavarse las manos. El Señor les respondió como era debido, y llamando a las multitudes dijo: "Oíd todos y entended. Todo lo que entra en la boca no contamina al

hombre, sino lo que sale". ¿Qué significa esto? Cuando dijo "lo que entra en la boca", quiso mostrar únicamente la boca del cuerpo. Los alimentos entran y no contaminan a los hombres; porque "todo es puro para los puros"; y "toda criatura de Dios es buena, y nada es de desecharse si se toma con acción de gracias" (1 Tim. VI, 4). Había ciertas cosas puestas en figura para los judíos, y se llamaron impuras (Lev. XI). Pero después de que vino la luz misma, se quitaron las sombras, no estamos retenidos en la letra, sino vivificados en el espíritu: y no se impuso a los cristianos el yugo de la observancia que se impuso a los judíos; porque el Señor dijo: "Mi yugo es suave y mi carga ligera" (Mat. XI, 30): y el Apóstol dice: "Todo es puro para los puros; pero para los impuros e infieles, nada es puro; sino que están contaminados su mente y su conciencia" (Tit. I, 15). ¿Qué quiso dar a entender? Para el hombre puro, tanto el pan como el cerdo son puros; para el impuro, ni el pan ni el cerdo lo son. Para los impuros, dice, y para los infieles, nada es puro. ¿Por qué nada es puro? Porque, dice, están contaminados su mente y su conciencia: porque si lo que está dentro es impuro, lo que está fuera no puede ser puro. Si, por tanto, para aquellos cuyos interiores son impuros, los exteriores no pueden ser puros; si deseas que los exteriores sean puros, purifica los interiores. Allí está la boca que se llenará de gozo, incluso cuando callas: porque cuando callas y te alegras, tu boca clama a Dios. Pero mira de qué te alegras. Si te alegras del mundo, clamas a Dios con un gozo impuro: pero si te alegras de la redención, como dice este salmo, "Cuando el Señor cambió la suerte de Sion, fuimos como los que sueñan"; entonces se llena verdaderamente de gozo tu boca, y tu lengua de júbilo: es evidente que te alegras en la esperanza, y tu gozo es aceptado por Dios. En ese gozo, o en esa boca que tenemos dentro, comemos y bebemos: así como de esta boca para la restauración del cuerpo, así también de aquella boca para la restauración del corazón. Pues de allí, "Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados" (Mat. V, 6).

7. Pero si no hace impuro sino lo que sale de la boca, y esto cuando lo oímos en el Evangelio, no entendemos sino la boca del cuerpo; es absurdo y demasiado necio pensar que entonces el hombre no se hace impuro cuando come, pero sí cuando vomita. Porque el Señor dice: "No lo que entra en la boca, sino lo que sale, contamina". ¿Cuándo, entonces, comes, no te haces impuro; y cuando vomitas, te haces impuro? ¿Cuándo bebes, no eres impuro; y cuándo escupes, eres impuro? Porque cuando escupes, algo sale de tu boca; cuando bebes, algo entra en la boca. ¿Qué quiso decir el Señor, "No lo que entra en la boca, sino lo que sale, contamina"? En el mismo lugar, según otro evangelista, dijo qué cosas son las que salen de la boca; para que entiendas que no hablaba de la boca del cuerpo, sino de la boca del corazón. Porque dice: "Del corazón salen los malos pensamientos, fornicaciones, homicidios, blasfemias; estas son las que contaminan al hombre: pero comer con las manos sin lavar no contamina al hombre" (Mat. XV, 1-20; y Marc. VII, 5-23). Entonces, hermanos míos, ¿cómo salen de la boca, sino porque salen del corazón, como dice el mismo Señor? Porque no es cuando hablamos de ellas que nos manchan. Que nadie diga: Cuando hablamos, salen de nuestra boca, porque las palabras y las voces salen de nuestra boca; y cuando hablamos mal, nos hacemos impuros. ¿Qué si alguien no habla, y solo piensa mal, es puro, porque nada salió de la boca de su cuerpo? Pero de la boca del corazón ya Dios ha oído. Mirad, hermanos míos, prestad atención a lo que digo. Nombré el robo: ahora nombré el robo; ¿acaso porque nombré el robo, me contaminó el robo? Mirad, salió de mi boca, y no me hizo impuro. Pero el ladrón se levanta en la noche, y no dice nada con la boca, y al hacerlo se hace impuro. No solo no dice, sino que también oculta el crimen en total silencio; y tanto teme que se oiga su voz, que ni siquiera quiere que sus pasos suenen: ¿acaso porque así calla, es puro? Pero digo más, hermanos míos. Mirad, aún yace en su lecho, no se ha levantado para robar; vigila, y espera que los hombres duerman: ya clama a Dios, ya es ladrón, ya es impuro, ya el crimen ha salido de la boca interior. ¿Cuándo sale el crimen de la boca? Cuando se decide la voluntad de

hacerlo. Decidiste hacerlo; dijiste, hiciste. Si no robaste fuera; tal vez aquel no mereció perder, a quien planeabas quitar: y él no perdió nada, y tú serás condenado por el robo. Decidiste matar a un hombre; dijiste en el corazón, sonó de tu boca interior el homicidio: aún vive el hombre, y tú eres castigado como homicida. Porque lo que eres ante Dios se investiga, no lo que aún no has aparecido ante los hombres.

8. Ciertamente, entonces, sabemos, y debemos saber, y mantener que hay una boca del corazón, y hay una lengua del corazón. Esa boca se llena de gozo: en esa boca interior oramos a Dios, cuando los labios están cerrados, y la conciencia está abierta. Hay silencio, y el pecho clama: pero ¿a qué oídos? No a los del hombre, sino a los de Dios. Por tanto, estate seguro; Él oye quien tiene misericordia. Y de nuevo, cuando nadie oye tus males, si salen de tu boca, no estés seguro, porque Él oye quien condena. Susana no era oída por los jueces injustos, callaba y oraba. Su boca no era oída por los hombres, su corazón clamaba a Dios (Dan. XIII, 35, etc.). ¿Acaso porque su voz no salió de la boca del cuerpo, por eso no mereció ser oída? Fue oída; cuando oró, nadie de los hombres lo supo. Por tanto, hermanos, pensad qué tenemos en la boca interior. Allí ved que no digáis nada malo dentro, y no haréis nada malo fuera: porque no puede hacerse por el hombre fuera, sino lo que se ha dicho dentro. Guarda la boca del corazón del mal, y serás inocente: será inocente la lengua de tu cuerpo, serán inocentes tus manos; también serán inocentes tus pies, serán inocentes tus ojos, serán inocentes tus oídos; todos tus miembros servirán a la justicia, porque el justo emperador ha tomado el corazón.

9. Entonces dirán entre las naciones: "El Señor ha hecho grandes cosas con ellos. El Señor ha hecho grandes cosas con nosotros; nos hemos alegrado". Ved, hermanos, si ahora Sion no dice eso entre las naciones, por todo el mundo; ved si no se corre a la Iglesia. En todo el mundo se recibe nuestro precio; se responde Amén. Dicen, pues, entre las naciones los cautivos de Jerusalén, los que retornan a Jerusalén, peregrinos, suspirando por su patria. ¿Qué dicen? "El Señor ha hecho grandes cosas con nosotros; nos hemos alegrado". ¿Acaso ellos hicieron algo con ellos mismos? Ellos hicieron mal con ellos mismos, porque se vendieron al pecado. Vino el Redentor, y bien hizo con ellos: y "el Señor ha hecho grandes cosas con ellos. El Señor ha hecho grandes cosas con nosotros; nos hemos alegrado".

10. [vers. 4.] "Conviértenos, Señor, nuestra cautividad, como los torrentes en el sur". ¿Qué significa esto? Preste atención vuestra Caridad. Ya había dicho: "Cuando el Señor cambió la suerte de Sion". Hablaba como del pasado: pero suele suceder que hablando del pasado, el Profeta predice el futuro. Pues hablaba como del pasado, cuando en otro salmo decía: "Han horadado mis manos y mis pies, han contado todos mis huesos" (Sal. XXI, 17). No dijo, horadarán; no dijo, contarán; no dijo, dividirán mis vestiduras; no dijo, echarán suerte sobre mi vestidura: eran cosas futuras, y se cantaban como hechas. Porque todas las cosas que son futuras, para Dios ya están hechas. Aquí, pues, cuando decía: "Cuando el Señor cambió la suerte de Sion, fuimos como consolados; entonces se llenó de gozo nuestra boca, y nuestra lengua de júbilo"; para mostrar que pensaba en el futuro en figura del pasado, dice: "Entonces dirán entre las naciones". Dirán, ya es del futuro. "El Señor ha hecho grandes cosas con nosotros; nos hemos alegrado". Entonces, cuando se cantaban, eran futuras, y ahora se ven presentes. Por tanto, ora como por cosas futuras, quien cantaba las futuras como pasadas: "Conviértenos, Señor, nuestra cautividad". Aún no estaba convertida, pues, la cautividad, porque aún no había venido el Redentor. Por tanto, cuando se cantaron los Salmos, lo que se oraba entonces, ya se ha hecho: "Conviértenos, Señor, nuestra cautividad, como los torrentes en el sur". Como se convierten los torrentes en el sur, así convierte nuestra cautividad. Se preguntaba qué significa; pero se hará evidente ahora, con la ayuda del Señor, por vuestras oraciones. En un lugar la Escritura, al mandar y aconsejar sobre las buenas obras, dice:

"Como el hielo en el sereno, así se disolverán tus pecados" (Ecli. III, 17). Por tanto, los pecados nos ataban. ¿Cómo? Como el frío ata el agua para que no corra. Y atados por el frío de los pecados, nos congelamos. Pero el austro es un viento cálido: cuando sopla el austro, el hielo se derrite, y se llenan los torrentes. Los torrentes se llaman ríos invernales; pues llenos de aguas repentinas corren con gran ímpetu. Nos congelamos, pues, en la cautividad; nos ataban nuestros pecados: sopló el austro del Espíritu Santo; se nos perdonaron los pecados, fuimos liberados del frío de la iniquidad; como el hielo en el sereno, se disuelven nuestros pecados. Corramos hacia la patria, como torrentes en el sur. Pues hemos trabajado mucho tiempo, y aún trabajamos haciendo el bien. Porque esta vida humana en la que hemos entrado es miserable, llena de trabajos, dolores, peligros, aflicciones, tentaciones. No os dejéis seducir por el gozo de las cosas humanas; mirad lo que hay que llorar en las cosas humanas. Podría reír antes el niño que nace: ¿por qué comienza a vivir llorando? Aún no sabe reír; ¿por qué ya sabe llorar? Porque ha comenzado a entrar en esta vida. Pero si es de esos cautivos, aquí llora y gime; pero vendrá el gozo.

11. [vers. 5.] Porque sigue: "Los que siembran con lágrimas, con gozo segarán". En esta vida, que está llena de lágrimas, sembremos. ¿Qué sembremos? Buenas obras. Nuestras obras de misericordia son nuestras semillas: de las cuales semillas dice el Apóstol: "No nos cansemos de hacer el bien; porque a su tiempo segaremos si no desmayamos. Así que, mientras tengamos oportunidad, hagamos el bien a todos, y mayormente a los de la familia de la fe" (Gál. VI, 8-10). Hablando, pues, de esas mismas limosnas, ¿qué dice? "Esto digo, el que siembra escasamente, también segará escasamente" (2 Cor. IX, 6). Por tanto, el que siembra mucho, mucho segará: el que siembra escasamente, escasamente segará; y el que no siembra nada, nada segará. ¿Por qué deseáis grandes campos, donde sembrar muchas semillas? No hay tierra más amplia donde sembrar que Cristo, que quiso que se sembrara en Él. Vuestra tierra es la Iglesia; sembrad cuanto podáis. Pero tienes poco de donde dar. ¿Tienes voluntad? Así como nada sería lo que tienes, si no estuviera presente la buena voluntad; así también, porque no tienes, no estés triste, si tienes buena voluntad. ¿Qué siembras? Misericordia. ¿Y qué segarás? Paz. ¿Acaso dijeron los ángeles, Paz en la tierra a los hombres ricos? Sino, "Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad" (Luc. II, 14). En Zaqueo gran voluntad, en Zaqueo gran caridad. Recibió al Señor en su casa, lo recibió con gozo, y prometió dar la mitad de su patrimonio a los pobres, y si a alguien había defraudado, devolverle el cuádruplo (Id. XIX, 6, 8); para que entiendas que por eso se quedó con la mitad, no para tener qué poseer, sino para tener de dónde devolver las deudas. Gran voluntad; mucho dio, mucho sembró. Entonces, ¿aquella viuda que echó dos moneditas, sembró poco? Más bien, tanto como Zaqueo. Porque llevaba menores recursos, pero tenía igual voluntad; dio dos moneditas con tanta voluntad como Zaqueo la mitad de su patrimonio. Si atiendes a lo que dieron, encontrarás diferencias: si atiendes a de dónde dieron, encontrarás igualdad; ella dio todo lo que tenía, y él dio lo que tenía.

12. Haz que alguien no tenga ni dos monedas: ¿hay algo más vil que podamos sembrar, para cosechar esa cosecha? Hay: "El que dé un vaso de agua fría a un discípulo, no perderá su recompensa". Un vaso de agua fría no cuesta dos monedas, sino que es gratis; sin embargo, a veces es tan gratis, que uno lo tiene, y otro no lo tiene: si, pues, el que lo tiene, se lo da al que no lo tiene; ha dado tanto, si lo ha dado con plena caridad, ha dado tanto como aquella en las dos moneditas, tanto como Zaqueo en la mitad de sus bienes. No sin razón añadió, fría, para mostrar al pobre. Por eso dijo, "un vaso de agua fría", para que nadie se excusara de no tener leña para calentar el agua. "El que dé un vaso de agua fría a uno de estos pequeños, no perderá su recompensa" (Marc. IX, 40; y Mat. X, 42). ¿Qué si ni esto tiene? Esté seguro, aunque no tenga esto; "Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad": solo tema aquello,

de tener y no hacer. Porque si tiene y no hace, ha congelado dentro; aún no se han disuelto sus pecados como torrentes en el sur, porque su voluntad es fría. ¿De qué valen tantos bienes que poseemos? Se acerca una voluntad ferviente, ya disuelta por el calor del austro; y aunque no tenga nada, todo se le cuenta. ¿Cuánto se prestan entre sí los mendigos? Preste atención vuestra Caridad a cómo se hace la limosna. Ciertamente, los mendigos son aquellos a quienes haces limosna, los mendigos necesitan. Tal vez atendéis a vuestros hermanos, si necesitan algo; les dais, si Cristo está en vosotros, incluso a los extraños. Pero si ellos son mendigos, que tienen la profesión de pedir, en su aflicción también tienen algo que prestarse mutuamente. Dios no los ha abandonado, para que sean probados, porque hacen limosnas. Este no puede caminar; el que puede caminar, presta sus pies al cojo; el que ve, presta sus ojos al ciego; y el que es joven y sano, presta sus fuerzas al anciano o al enfermo, lo lleva: él necesita, él es rico.

13. A veces también se encuentra un rico pobre, y un pobre le presta algo. Llega alguien al río, tanto más delicado cuanto más rico; no puede cruzar: si cruzara con los miembros desnudos, se enfriaría, enfermaría, moriría: se acerca un pobre más ejercitado en el cuerpo, transporta al rico; hace limosna al rico. Por tanto, no penséis que solo son pobres los que no tienen dinero. En lo que alguien es pobre, allí míralo; porque tal vez tú eres rico en lo que él es pobre, y tienes de dónde prestar. Tal vez prestas tus miembros, y es más que si prestaras dinero. Necesita consejo, tú estás lleno de consejo; en consejo él es pobre, tú eres rico. Mira, no trabajas, ni pierdes nada; das consejo, y has prestado limosna. Ahora, hermanos míos, cuando hablamos, sois como pobres para nosotros; y porque Dios se ha dignado darnos, os damos de ello; y todos recibimos de Él, que solo es rico. Así se mantiene el cuerpo de Cristo, los miembros asociados se unen y se adhieren en caridad y en el vínculo de la paz, cuando cada uno presta lo que tiene al que no tiene: en lo que tiene, es rico; en lo que aquel no tiene, es pobre. Así os améis, así os queráis. No os miréis solo a vosotros mismos; sino mirad a los necesitados a vuestro alrededor. Pero porque con trabajos y aflicciones se hacen estas cosas en esta vida, no desfallezcáis. Sembráis con lágrimas, segaréis con gozo. ¿Qué, hermanos míos? ¿Acaso el agricultor cuando sale con el arado, y lleva la semilla, no está a veces el viento frío, y la lluvia lo desanima? Mira al cielo, lo ve triste, tiembla de frío, y sin embargo sale, y siembra. Teme que cuando mira el día triste y espera el día alegre, pase el tiempo, y no encuentre qué segar. No os demoréis, hermanos míos; sembrad en invierno, sembrad buenas obras incluso cuando lloráis; porque "los que siembran con lágrimas, con gozo segarán". Envían sus semillas, buena voluntad y buenas obras.

14. [vers. 6.] Iban andando y llorando, llevando sus semillas. ¿Por qué lloraban? Porque estaban entre los miserables, y eran miserables. Es mejor, hermanos míos, que no haya ningún miserable, que tú hagas misericordia. Porque quien desea que haya miserables para hacer misericordia, tiene una misericordia cruel: como si un médico deseara que hubiera muchos enfermos para ejercer su arte, sería una medicina cruel. Es mejor que todos estén sanos, que se ejerza el arte del médico. Es mejor, por tanto, que todos los bienaventurados reinen en aquella patria, que haya quienes necesiten misericordia. Sin embargo, mientras haya quienes necesiten misericordia, no dejemos de sembrar en esta aflicción. Aunque sembremos con lágrimas, cosecharemos con alegría. En aquella resurrección de los muertos, cada uno recibirá sus gavillas, es decir, el fruto de la semilla, la corona de gozo y exultación. Entonces será el triunfo de los que se alegran, y de los que insultan a la misma muerte, en la que se gemía: entonces dirán a la muerte, ¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿Dónde está, muerte, tu aguijón? (I Cor. XV, 55). Pero, ¿por qué ya se alegran? Porque llevan sus gavillas. Porque iban andando y llorando, llevando sus semillas. ¿Por qué, llevando sus semillas? Porque los que siembran con lágrimas, cosecharán con alegría.

15. Con este salmo os hemos exhortado principalmente a hacer misericordia, porque de aquí se asciende; y veis que quien canta el cántico de los grados, es quien asciende. Recordad; no améis descender y no ascender, sino pensad en la ascensión: porque quien descendía de Jerusalén a Jericó, cayó en manos de ladrones. No habría descendido, y no habría caído en manos de ladrones. Ya, pues, Adán descendió, y cayó en manos de ladrones: todos nosotros somos Adán. Pero pasó el sacerdote, y lo despreció; pasó el levita, y lo despreció; porque la Ley no pudo sanar. Pasó un samaritano, es decir, nuestro Señor Jesucristo: a él le dijeron, ¿No decimos bien nosotros que eres samaritano y tienes demonio? Él no dijo, No soy samaritano; sino que dijo, Yo no tengo demonio (Juan VIII, 48, 49). Samaritano se interpreta como Custodio. Si hubiera dicho, No soy samaritano; habría dicho, No soy custodio. ¿Y quién más custodiaría? Luego, poniendo la similitud: Pasó el samaritano, e hizo misericordia con él, como sabéis. Yacía en el camino herido, porque descendió. Pasando el samaritano no nos despreció: nos curó, nos levantó en su cabalgadura, en su carne; nos llevó a la posada, es decir, a la Iglesia; nos encomendó al posadero, es decir, al Apóstol; dio dos denarios para que se curara, el amor de Dios y el amor al prójimo: en estos dos mandamientos pende toda la Ley y los Profetas (Mat. XXII, 37-40). Y dijo al posadero: Si gastas algo más, cuando regrese te lo pagaré (Luc. X, 30-37). El Apóstol gastó más; porque aunque a todos los Apóstoles se les permitió recibir como soldados de Cristo estipendios de los fieles de Cristo, él trabajó con sus manos, y donó sus provisiones a los fieles (I Cor. IV, 12; I Tes. II, 7, 9; y II Tes. III, 8, 9). Todo se ha hecho: si descendimos, y fuimos heridos; ascendamos, cantemos, y progresemos, para que lleguemos.

EN EL SALMO CXXVI COMENTARIO.

SERMON A LA GENTE.

1. [vers. 1.] Entre todos los cánticos que tienen el título, Cántico de los grados, este salmo ha recibido algo más en el título, que se ha añadido, de Salomón. Así se preanuncia: Cántico de los grados de Salomón. Así que el título más inusual que los demás nos ha hecho atentos, para que busquemos por qué se ha añadido, de Salomón. Pues qué es Cántico de los grados, no es necesario repetirlo a menudo; se han dicho muchas cosas de esto, porque canta la voz del que asciende en el afecto de piedad y caridad hacia aquella Jerusalén celestial, a la que suspiramos mientras peregrinamos, y donde nos alegraremos cuando hayamos regresado de la peregrinación. Asciende a esta todo el que progresa; cae de esta todo el que retrocede. No busques ascender con los pies, ni pienses que desciendes con los pies: amando a Dios, asciendes; amando al mundo, caes. Son, por tanto, estos cánticos de los amantes, que arden con un santo deseo. Arden los que cantan esto de corazón, cuyo corazón también se encuentra ardiente en las costumbres, en la buena conversación, en las obras según los mandamientos de Dios, en el desprecio de lo temporal, en el amor de lo eterno. Pero por qué se ha añadido, de Salomón, cuanto el Señor haya inspirado, lo diré a vuestra Caridad.

2. Salomón era en su tiempo hijo de David, aquel grande, por quien el Espíritu Santo obró muchos santos preceptos y saludables consejos y divinos sacramentos en las Escrituras divinas. Pues el mismo Salomón fue amante de mujeres, y fue reprobado por Dios: y hasta tal punto fue un lazo para él esa codicia, que fue obligado por las mujeres a sacrificar incluso a los ídolos, como la Escritura da testimonio de él (III Reg. XI). Pero si al caer él, lo que se dijo por él se borrara; se juzgaría que él lo había dicho, no que se había dicho por él. Muy bien, pues, también hizo la misericordia de Dios y su Espíritu, que todo lo bueno que se dijo por Salomón, se atribuyera a Dios; y el pecado del hombre al hombre. ¿Qué maravilla que en el pueblo de Dios cayera Salomón? ¿No cayó Adán en el paraíso? ¿No cayó del cielo un ángel,

y se convirtió en diablo? Por eso se nos enseña a no poner la esperanza en ningún hombre. Porque también este Salomón había edificado un templo al Señor (Id. VI), en tipo y figura de la futura Iglesia y del cuerpo del Señor; de donde dice en el Evangelio, Destruid este templo, y en tres días lo levantaré (Juan II, 19): porque él había edificado aquel templo, el verdadero Salomón, nuestro Señor Jesucristo, el verdadero pacífico, edificó para sí un templo. Pues el nombre de Salomón se interpreta como Pacífico: pero él es el verdadero pacífico, de quien dice el Apóstol, Porque él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno. Él es el verdadero pacífico, que unió en sí dos paredes que venían de diverso, a las que se convirtió en piedra angular, al pueblo que venía de la circuncisión de los creyentes, y al pueblo que venía de la incircuncisión de los gentiles y también de los creyentes; hizo una Iglesia de dos pueblos, se convirtió en piedra angular para ellos (Efe. II, 14-22), y por eso verdaderamente pacífico. Porque él es el verdadero Salomón; pero aquel Salomón, hijo de David de la mujer Betsabé (II Sam. XII, 24), rey de Israel, llevaba la figura de este pacífico, cuando edificó el templo: por eso, para que no pienses que Salomón fue quien edificó la casa a Dios, mostrándote otro Salomón, la Escritura comenzó así en el Salmo: Si el Señor no edifica la casa, en vano trabajan los que la edifican. El Señor, pues, edifica la casa, el Señor Jesucristo edifica su casa. Muchos trabajan en edificar; pero si él no edifica, en vano trabajan los que la edifican. ¿Quiénes son los que trabajan edificando? Todos los que en la Iglesia predican la palabra de Dios, ministros de los Sacramentos de Dios. Todos corremos, todos trabajamos, todos edificamos ahora; y antes de nosotros corrieron, trabajaron, edificaron: pero si el Señor no edifica la casa, en vano trabajaron los que la edifican. Por eso, viendo a algunos caer, los Apóstoles, y en particular Pablo, dice: Observáis días, y meses, y tiempos, y años; temo por vosotros, que haya trabajado en vano entre vosotros (Gál. IV, 10, 11). Porque sabía que él era edificado interiormente por el Señor, lamentaba a estos, porque había trabajado en vano entre ellos. Nosotros, pues, hablamos afuera, él edifica adentro. Cómo escucháis, nosotros lo advertimos; qué pensáis, solo él lo sabe, quien ve vuestros pensamientos. Él edifica, él amonesta, él aterra, él abre el entendimiento, él aplica a la fe vuestro sentido: y sin embargo, trabajamos también nosotros como obreros; pero si el Señor no edifica la casa, en vano trabajaron los que la edifican.

3. ¿Qué casa de Dios, y también ciudad? Porque la casa de Dios, el pueblo de Dios; porque casa de Dios, templo de Dios. ¿Y qué dice el Apóstol? Porque el templo de Dios es santo, el cual sois vosotros (I Cor. III, 17). Pero todos los fieles, que son la casa de Dios, no solo los que ahora son, sino también los que fueron antes de nosotros y ya duermen, y los que serán después de nosotros, aún los que han de nacer en las cosas humanas hasta el fin del mundo, congregados en uno, fieles innumerables, pero numerados por el Señor, de quienes dice el Apóstol, Conoce el Señor a los que son suyos (II Tim. II, 19); esos granos que ahora gimen entre la paja, que harán una sola masa, cuando la era al final sea aventada (Mat. III, 12): todo el número de los fieles santos, de los hombres que serán transformados para ser iguales a los ángeles de Dios, unidos también a esos ángeles, que ahora no peregrinan, sino que nos esperan cuando regresemos de la peregrinación; todos juntos hacen una casa de Dios, y una ciudad. Esa es Jerusalén. Tiene guardianes: así como tiene edificadores, que trabajan para que se edifique; así tiene también quienes la custodian. Pues a la custodia pertenece lo que dice el Apóstol: Temo que como la serpiente engañó a Eva con su astucia, así también vuestras mentes sean corrompidas de la castidad que es en Cristo (II Cor. XI, 3). Custodiaba, era guardián; vigilaba, cuanto podía, sobre aquellos a quienes presidía. Y los obispos hacen esto. Pues por eso se ha dado un lugar más alto a los obispos, para que ellos supervisen, y como que custodien al pueblo. Pues también en griego lo que se dice obispo, en latín se interpreta superintendente; porque supervisa, porque ve desde arriba. Así como al viñador se le da un lugar más alto para custodiar la viña, así también a los obispos se les ha dado un lugar más

alto. Y de este alto lugar se da una cuenta peligrosa, a menos que estemos aquí con el corazón, para que con humildad estemos bajo vuestros pies, y oremos por vosotros, para que quien conoce vuestras mentes, él mismo os custodie. Porque nosotros podemos veros entrar y salir; pero no podemos ver hasta tal punto lo que pensáis en vuestros corazones, que tampoco podemos ver lo que hacéis en vuestras casas. ¿Cómo, pues, custodiamos? Como hombres; cuanto podemos, cuanto hemos recibido. Y porque nosotros custodiamos como hombres, y no podemos custodiar perfectamente, ¿quedaréis sin guardián? De ninguna manera. Pues, ¿dónde está aquel de quien se dice, Si el Señor no guarda la ciudad, en vano vela el que la guarda? Trabajamos en custodiar, pero nuestro trabajo es vano, a menos que él custodie, quien ve vuestros pensamientos. Él custodia cuando vigiláis, él custodia también cuando dormís. Pues él durmió en la cruz una vez, y resucitó; ya no duerme. Sed Israel; porque no duerme, ni dormitará, quien guarda a Israel (Sal. CXX, 4). Vamos, hermanos, si queremos ser custodiados bajo la sombra de las alas de Dios, seamos Israel. Porque custodiamos por oficio de administración; pero queremos ser custodiados con vosotros. Como pastores somos para vosotros, pero bajo aquel Pastor con vosotros somos ovejas. Como doctores somos para vosotros desde este lugar, pero bajo aquel único Maestro en esta escuela con vosotros somos condiscípulos.

4. [vers. 2.] Si queremos ser custodiados por aquel que se humilló por nosotros, y fue exaltado para custodiarnos, seamos humildes. Nadie se atribuya algo. Nadie tiene algo bueno, a menos que lo haya recibido de aquel que es el único bueno. Pero quien quiera atribuirse sabiduría, es necio. Sea humilde, para que venga la sabiduría y lo ilumine. Pero si antes de que venga a él la sabiduría, piensa que es sabio; se levanta antes de la luz, y camina en tinieblas. ¿Y qué oye en este salmo? En vano es para vosotros levantaros antes de la luz. ¿Qué es, En vano es para vosotros levantaros antes de la luz? Si os levantáis antes de que se levante la luz, es necesario que permanezcáis en la vanidad, porque estaréis en tinieblas. Se levantó nuestra luz Cristo; es bueno para ti levantarte después de Cristo, no levantarte antes de Cristo. ¿Quiénes se levantan antes de Cristo? Quienes quieren ponerse por encima de Cristo. ¿Y quiénes son los que quieren ponerse por encima de Cristo? Quienes quieren ser aquí elevados, donde él fue humilde. Sean, pues, aquí humildes, si quieren ser elevados allí, donde Cristo es elevado. Pues dice de aquellos que se adhirieron a él por la fe, entre los cuales estamos nosotros, si también nosotros creemos en él con corazón puro: Padre, dice, los que me diste, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo (Juan XVII, 24). Gran don, gran gracia, gran promesa, hermanos míos. ¿Y quién no quiere estar con Cristo, donde está Cristo? Pero ya Cristo elevado: ¿quieres estar allí donde está elevado? Sé humilde, donde él también fue humilde. Por eso les dice a ellos la misma luz: No es el discípulo superior al maestro, ni el siervo superior a su señor (Mat. X, 24). Quienes querían ser discípulos superiores al maestro; y los siervos querían ser superiores a su señor, querían levantarse antes de la luz; iban en vano, porque no iban después de la luz. A ellos, pues, les dice este salmo, En vano es para vosotros levantaros antes de la luz. Tales eran los hijos de Zebedeo, que antes de ser humillados según la pasión del Señor, ya elegían lugares para sentarse, uno a la derecha, otro a la izquierda: querían levantarse antes de la luz; por eso iban en vano. El Señor los llamó a la humildad, cuando oyó esto, y les dijo: ¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber? (Mat. XX, 21, 22). Yo vine a ser humilde, y vosotros queréis ser elevados antes que yo. Por donde yo voy, por allí seguidme, dijo. Pues si queréis ir por aquí, por donde yo no voy, En vano es para vosotros levantaros antes de la luz. Y Pedro se había levantado antes de la luz, cuando quería dar consejo al Señor, para que no sufriera por nosotros. Pues él había hablado de su futura pasión, en la que seríamos salvados, de esa humildad; pues humilde sufrió: cuando, pues, hablaba de su futura pasión, Pedro se asustó, quien poco antes lo había llamado Hijo de Dios; temió que muriera, y le dijo, Lejos de ti, Señor; ten compasión de ti:

no sucederá esto. Quería levantarse antes de la luz, y dar consejo a la luz. Pero, ¿qué hizo el Señor? Hizo que se levantara después de la luz: Vuelve detrás de mí, Satanás (Mat. XVI, 21-23). Por eso Satanás, porque quieres levantarte antes de la luz. Vuelve detrás de mí, para que yo preceda, tú sigas: por donde yo voy, por allí vayas; no por donde tú quieres ir, por allí quieras llevarme.

5. Por tanto, a aquellos que querían levantarse antes de la luz, dice el Salmo, En vano es para vosotros levantaros antes de la luz. ¿Y cuándo nos levantaremos? Cuando hayamos sido humillados: Levantaos después de haber estado sentados. La resurrección significa exaltación, la sesión significa humildad. En otros lugares se entiende la sesión en honor de juzgar, en otros lugares muestra humildad. ¿Cómo en honor de juzgar la sesión? Os sentaréis sobre doce tronos, juzgando a las doce tribus de Israel (Mat. XIX, 28). ¿Cómo en signo de humildad la sesión? A la hora sexta el Señor, cansado, se sentó junto al pozo (Juan IV, 6). El cansancio del Señor, la debilidad del Señor fue, la debilidad de la virtud, la debilidad de la sabiduría: pero esa misma debilidad, humildad. Por tanto, si se sentó por debilidad, esa sesión significa humildad. Y esa misma sesión de él, es decir, su humildad, nos hizo salvos; porque, Lo que es débil de Dios, es más fuerte que los hombres (I Cor. I, 25). Por eso dice en cierto salmo: Señor, tú conociste mi sesión, y mi resurrección (Sal. CXXXVIII, 2); es decir, mi humildad, y mi exaltación. ¿Qué, pues, queréis ser exaltados antes de la luz, oh hijos de Zebedeo? Así hablemos, y más bien nombremos a ellos, que no se enojan con nosotros; porque por eso se escribieron estas cosas de ellos, para que otros evitaran la soberbia en la que ellos fueron corregidos. ¿Qué, pues, queréis levantaros antes de la luz? En vano es para vosotros. ¿Queréis ser exaltados antes de ser humillados? Vuestro mismo Señor, que es vuestra luz, fue humillado para ser exaltado. Oíd a Pablo diciendo: Quien siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse. ¿Por qué para él no era algo a qué aferrarse? Porque era por naturaleza, porque había nacido para ser igual a aquel de quien fue engendrado. Pero, ¿qué hizo? Por nosotros se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho a semejanza de los hombres, y hallado en condición como hombre. Se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Esta es su sesión. Pero escucha la resurrección: Por lo cual Dios también lo exaltó, y le dio un nombre que es sobre todo nombre (Filip. II, 6-9). Ya vosotros os apresuráis a ese nombre; levantaos, pero después de haber estado sentados. Queréis levantaros, pero primero sentaos: y levantándote de la humildad, llegas al reino. Pues si arrebatas el reino, caes del reino antes de levantarte. ¿Podéis beber, dice, el cáliz que yo he de beber? Y ellos: Podemos. Y él: Mi cáliz, dice, beberéis; pero sentarse a mi derecha, o a mi izquierda, dice, no es mío darlo a vosotros: está preparado para otros por mi Padre (Mat. XX, 22, 23). ¿Qué es, no es mío darlo a vosotros? No es mío darlo a los soberbios; pues esto aún eran. Pero si queréis recibirlo, no seáis lo que sois. Está preparado para otros; y vosotros sed otros, y está preparado para vosotros. ¿Qué es, Sed otros? Primero humillaos, que ya queréis ser exaltados. Entendieron, pues, que la humildad les sería provechosa, y fueron corregidos. Por tanto, también nosotros escuchemos esto, porque esto dice este salmo: Levantaos después de haber estado sentados.

6. Pero que nadie piense que se sienta para ser honrado; para mostrar que con esta sesión quiso recomendar la humildad; que nadie piense que se le ha mandado sentarse para juzgar, o para banquete y gozo, y busque allí una mayor soberbia; añadió, en señal de humildad, "Los que coméis el pan del dolor". Por tanto, aquellos que comen el pan del dolor son los que gimen en esta peregrinación. Ellos están en el valle de lágrimas. Porque Dios hace ascensiones en el corazón. Pero, ¿dónde las dispone? Dice: "Las ascensiones las dispuso en su corazón". ¿Quién? Dios. Si las ascensiones están en el corazón, por eso cantan el cántico de los grados. Humillémonos en el mundo: ascendamos. ¿Cómo? Con el corazón. Porque esa

misma ascensión del corazón surge del valle de lágrimas. En el valle, dice, de lágrimas (Salmo 83, 6, 7). Así como se levantan los montes, así se asientan los valles: los valles son lugares bajos de la tierra; los cerros son lugares más elevados, aunque menos que los montes; los lugares muy altos de la tierra se llaman montes. No es poco: no dice, Levántate desde un cerro; ni dice, desde un campo; sino, desde un valle, para que haya algo más humilde que un campo. Si, por tanto, en el valle de lágrimas comes el pan del dolor, y dices, "Mis lágrimas se han convertido en mi pan de día y de noche, mientras me dicen continuamente, ¿Dónde está tu Dios?" (Salmo 41, 4), te levantas bien, porque te has sentado.

7. Y como si dijeras, ¿Cuándo nos levantaremos? Ahora se nos manda sentarnos; ¿cuándo será nuestra resurrección, cuándo fue la del Señor? Atiende a Él, que te precedió: porque si no lo atiendes a Él, en vano te levantas antes del amanecer. ¿Cuándo fue exaltado Él? Cuando murió. Por tanto, espera también tu exaltación después de la muerte, espera en la resurrección de los muertos, porque Él resucitó y ascendió. Pero, ¿dónde durmió? En la cruz. Cuando durmió en la cruz, llevaba un signo, más bien cumplía lo que se significó en Adán: porque cuando Adán dormía, se le extrajo una costilla y se hizo Eva (Gén. II, 21, 22); así también al Señor, cuando dormía en la cruz, su costado fue herido con una lanza (Juan XIX, 34), y fluyeron los Sacramentos, de donde se hizo la Iglesia. La Iglesia, en efecto, se hizo esposa del Señor desde el costado, como Eva se hizo desde el costado. Pero así como aquella no se hizo sino del costado del que dormía, así esta no se hizo sino del costado del que moría. Si, por tanto, Él no resucitó sino muerto, ¿esperas tú la exaltación sino después de esta vida? Pero para enseñarte este salmo, como si preguntaras, ¿Cuándo me levantaré? ¿Quizás antes de sentarme? Dice: "Cuando dé a sus amados el sueño". Dios da esto, cuando sus amados duermen; entonces se levantarán sus amados, es decir, de Cristo. Porque todos resucitarán, pero no como sus amados. La resurrección de los muertos es de todos; pero ¿qué dice el Apóstol? "Todos resucitaremos, pero no todos seremos transformados" (I Cor. XV, 51). Ellos resucitan para el castigo; nosotros resucitamos como resucitó nuestro Señor, para seguir a nuestra cabeza, si somos sus miembros. Si somos sus miembros, entonces somos sus amados, entonces nos corresponde aquella resurrección que precedió en el Señor, para que la luz se levante antes que nosotros, nosotros después de la luz: porque en vano es para nosotros levantarnos antes de la luz, es decir, buscar la altura antes de morir; ya que Cristo, nuestra luz, no fue exaltado en la carne, sino después de haber muerto. Constituidos, por tanto, sus miembros, y en sus miembros sus amados, cuando hayamos recibido el sueño, entonces nos levantaremos en la resurrección de los muertos. Uno resucitó, ya no morirá. Resucitó Lázaro (Juan XI, 44), pero moriría; resucitó la hija del jefe de la sinagoga (Mat. IX, 25), pero moriría; resucitó el hijo de la viuda (Luc. VII, 15), pero moriría; resucitó Cristo, no morirá. Escucha al Apóstol: "Cristo, resucitado de entre los muertos, ya no muere, y la muerte no tendrá dominio sobre Él" (Rom. VI, 9). Espera una resurrección así; y por esto sé cristiano, no por la felicidad de esta tierra. Porque si quieres ser cristiano por la felicidad de esta vida, cuando esa luz tuya no buscó aquí la felicidad mundana; quieres levantarte antes de la luz; es necesario que permanezcas en las tinieblas. Cambia, sigue tu luz; resucita como resucitó, levántate: siéntate primero, y así levántate, cuando dé el sueño a sus amados.

8. [vers. 3.] Como si preguntaras de nuevo, ¿A cuáles amados? He aquí la herencia del Señor, los hijos, la recompensa del fruto del vientre. Cuando dice, "fruto del vientre"; estos hijos han sido engendrados. Hay una mujer, en la que espiritualmente se muestra lo que se dijo a Eva: "Con dolor darás a luz". Porque la Iglesia, esposa de Cristo, engendra hijos; y si engendra, da a luz con dolor. En cuya figura también Eva fue llamada "madre de los vivientes" (Gén. III, 16, 20). En los miembros de la que da a luz estaba aquel que decía: "Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros" (Gál. IV, 19).

Pero no en vano dio a luz, ni en vano parió: habrá una simiente santa en la resurrección de los muertos; abundarán los justos, que ahora están dispersos por toda la tierra. La Iglesia gime por ellos, la Iglesia da a luz por ellos: pero en aquella resurrección de los muertos aparecerá el parto de la Iglesia, pasará el dolor y el gemido. Y ¿qué se dirá? He aquí la herencia del Señor, los hijos, la recompensa del fruto del vientre. De este fruto, no, este fruto; la recompensa de este fruto del vientre. ¿Cuál es esa recompensa? Resucitar de los muertos. ¿Cuál es esa recompensa? Levantarse, después de haberse sentado. ¿Cuál es esa recompensa? Alegrarse después de haber comido el pan del dolor. ¿De qué vientre? De la Iglesia: en cuyo vientre, porque Rebeca llevaba su tipo, aquellos dos gemelos como dos pueblos luchaban (Gén. XXV, 22, 23). Una madre contenía en sus entrañas a los hermanos aún no nacidos que disentían; golpeaban las entrañas maternas con discordias internas; ella gemía, sufría violencia; pero al parir discernía a los gemelos que había llevado en su embarazo. Así también ahora, hermanos, mientras se ha dado el gemido a la Iglesia, mientras la Iglesia da a luz, están dentro tanto los buenos como los malos. Pero el fruto del vientre estaba en Jacob, porque a él amó la madre. "A Jacob amé", dice Dios, "pero a Esaú aborrecí" (Malaquías I, 2, 3; Rom. IX, 13). Ambos salieron de un mismo vientre; uno mereció ser amado, el otro ser rechazado. En sus amados, por tanto, estará el fruto. Por tanto, la recompensa del fruto del vientre.

9. [vers. 4.] Como flechas en mano del poderoso, así son los hijos de los desterrados. ¿De dónde se ha hecho esta herencia, hermanos? ¿De dónde se ha hecho tan grande herencia, de la que se ha de decir al final, "He aquí la herencia del Señor, los hijos, la recompensa del fruto del vientre"? Algunos han sido lanzados de la mano del Señor, como flechas, y han ido lejos, y han llenado toda la tierra, de donde brotan los santos. Porque esa es la herencia de la que se dice: "Pídeme, y te daré las naciones por herencia, y los confines de la tierra por posesión" (Salmo II, 8). ¿Y cómo se extiende y crece esta posesión hasta los confines de la tierra? Porque como flechas en mano del poderoso, así son los hijos de los desterrados. Las flechas se lanzan del arco, y cuanto más fuerte las lanza, más lejos va la flecha. ¿Qué más fuerte que el Señor lanzando? De su arco envía a sus Apóstoles: no pudo quedar ningún residuo al que no llegara la flecha lanzada con tanta fuerza; llegó hasta los confines de la tierra. Por eso no más allá, porque no hay más allá del género humano. Porque tiene tal fuerza, que incluso si hubiera más allá a donde pudiera llegar la flecha, la lanzaría allí. Así son, por tanto, los hijos de los desterrados, como también aquellos desterrados. Se ha preguntado sobre esta palabra incluso por aquellos que antes de nosotros trataron estos temas, por qué se llaman hijos de los desterrados, o quiénes deben entenderse como hijos de los desterrados; y a algunos les ha parecido, como dije antes, que los hijos de los desterrados son los hijos de los Apóstoles.

10. Preste atención un poco vuestra Caridad. Se ha preguntado por qué los Apóstoles son llamados desterrados: algunos han dicho que se les llama así porque el Señor les mandó, "Si salís de una ciudad en la que no os escuchan, sacudid el polvo de vuestros pies" (Mat. X, 14). Pero otro dice, No debieron llamarse, por tanto, hijos de los desterrados, sino hijos de los que sacuden: porque el Señor los hizo sacudidores, a quienes dijo, "Sacudid el polvo de vuestros pies"; no desterrados. Sutilmente, como queriendo contradecir la sentencia anterior, aquel de quien ya se habían tratado y dicho estas cosas: sin embargo, nosotros, en cuanto el Señor nos ayuda, buscando cómo pudieron llamarse correctamente también desterrados, a quienes el Señor dijo, "Sacudid el polvo de vuestros pies"; encontramos que no es absurdo que se les llame así. Aunque ellos mismos sacudieran, se sacudían a sí mismos. Esto digo: quien sacude, o se sacude a sí mismo, o algo más: si sacude algo más, es sacudidor, no desterrado; si se sacude a sí mismo, es sacudidor y desterrado. Prestad atención; lo diré más claramente, si puedo. Si sacude algo más, es sacudidor, no desterrado; si es sacudido por otro, es desterrado,

no sacudidor: pero si se sacude a sí mismo, es sacudidor, porque se sacude a sí mismo; y desterrado, porque es sacudido por sí mismo. Se pregunta, por tanto, ¿qué sacudieron los Apóstoles? Sin duda, a sí mismos: porque sacudieron el polvo de sus pies. Pero alguien dice: No se sacudieron a sí mismos, sino al polvo. Esto se dice claramente de manera calumniosa. Porque decimos que algo se sacude de dos maneras; ya sea aquello que se sacude de allí, o aquello de donde se sacude. Porque decimos, "Se sacudió el polvo"; y, "se sacudió la vestidura". Algunos sostienen y sacuden la vestidura, y salta de allí el polvo que se había adherido. ¿Qué dices del polvo? Se sacudió el polvo. ¿Qué dices de la vestidura? Se sacudió la vestidura. Si, por tanto, tanto lo que se sacude de allí, como aquello de donde se sacude lo que se había adherido, se dice sacudido; tanto el polvo se sacudió, como los Apóstoles se sacudieron. ¿Por qué, entonces, no se llaman hijos de los desterrados los hijos de los Apóstoles?

11. Pero hay otra sentencia que no debemos pasar por alto. Porque quizás se ha puesto de manera más oscura para que genere muchos entendimientos, y los hombres se vayan más ricos, porque encontraron algo cerrado que se podía abrir de muchas maneras, que si lo encontraran abierto de una sola manera. Decimos que también se sacude algo para que salga de allí lo que quizás estaba escondido. De otra manera decimos que se sacude una vestidura, para sacudir de allí el polvo; y de otra manera decimos que se sacude un saco, para que salga lo que estaba oculto dentro. Por tanto, entiendo, hermanos, en cuanto puedo, que los hijos de los desterrados quizás se llamen así a los mismos Apóstoles, hijos de los Profetas. Porque los Profetas contenían sacramentos cerrados y ocultos: fueron sacudidos para que de allí salieran cosas manifiestas. Supón, por tanto, que un profeta dijo, como dijo: "Conoció el buey a su dueño, y el asno el pesebre de su señor; pero Israel no me conoció" (Isaías I, 3). Esto me ocurre por el momento, lo que diría de un profeta: si se me hubiera ocurrido otra cosa, lo habría dicho. Pero al escuchar esto un hombre, si piensa en el asno y el buey, y los animales y bestias que ve, no sé qué tocará externamente como si estuviera en un envoltorio; no sabe qué hay allí. El asno y el buey significan algo. ¿Qué se dice, entonces, al hombre que ya quiere pronunciar? Espera; está cerrado lo que tocas, sacude el envoltorio: el Profeta no sé qué ha tejido con esos velos de nombres; y no sé qué asno, no sé qué buey significa. Porque el asno en figura del pueblo de Dios, es bestia de carga de Dios, llevando al Señor para que no se desvíe en el camino: y aquel buey del que dice el Apóstol, "No pondrás bozal al buey que trilla". ¿Acaso se refiere a los bueyes Dios? Pero por nosotros lo dice la Escritura (I Cor. IX, 9, 10). Por tanto, todo el que predica la palabra de Dios, amonesta, reprende, aterroriza; trilla la era, y cumple la función del buey. Venía el buey de la gente de los judíos; de allí los predicadores Apóstoles: venía también el asno de la gente del prepucio, es decir, de los Gentiles. Porque vino para llevar al Señor: y por eso el Señor se sentó en un asno, que nunca había llevado hombre; porque a los Gentiles no se les había enviado la Ley, ni los Profetas. Por tanto, porque nuestro Señor Jesucristo quiso ser nuestro alimento, y por eso nació y fue colocado en un pesebre; "Conoció el buey a su dueño, y el asno el pesebre de su señor". Pero, ¿acaso saldrían estas cosas si no se sacudiera el saco? Si la profecía envuelta, al llegar la diligencia, no se discutiera, ¿acaso saldrían las cosas ocultas a nosotros? Por tanto, todas estas cosas estaban cerradas antes de que viniera el Señor. Vino el Señor y sacudió aquellas cosas cerradas, y se manifestaron; los Profetas fueron sacudidos, y se generaron los Apóstoles. Porque, por tanto, de los Profetas sacudidos se generaron, los Apóstoles son hijos de los desterrados. Ellos, puestos en la mano del poderoso como flechas, llegaron hasta los confines de la tierra. De donde se ha de decir al final: "He aquí la herencia del Señor, los hijos, la recompensa del fruto del vientre". Porque por eso se recoge esta herencia de los confines de la tierra: porque, "Como flechas en mano del poderoso, así son los hijos de los desterrados"; es decir, los hijos de los Profetas, los Apóstoles fueron como flechas en mano del poderoso.

Si poderoso aquel, poderosamente sacudió; si poderosamente sacudió, llegaron hasta los confines de la tierra aquellos que sacudió.

12. [vers. 5.] Bienaventurado el hombre que llenó su deseo de ellos. Ea, hermanos míos, ¿quién llena su deseo de ellos? Quien no ama el mundo. Quien está lleno de deseo del mundo, no tiene dónde entre lo que ellos predicaron. Derrama lo que llevas, y hazte capaz de lo que no tienes. Es decir, deseas riquezas; no puedes llenar de ellas tu deseo: deseas honores en la tierra, deseas lo que incluso a las bestias Dios ha dado, esto es, el placer temporal, y la salud del cuerpo, y cosas así; no de ellas llenarás tu deseo. Pero si deseas así, como el ciervo desea las fuentes de agua (Salmo 51, 2); si dices, "Mi alma desea y desfallece en los atrios del Señor" (Salmo 83, 3): llenas tu deseo de ellos; no porque ya ellos puedan llenar tal deseo, sino imitando a tales vienes a aquel que llenó su deseo.

13. No se confundirá, cuando hable con sus enemigos en la puerta. Hermanos, hablemos en la puerta, es decir, todos sepan lo que hablamos. Porque quien no quiere hablar en la puerta, quiere que lo que habla permanezca oculto; y quizás por eso quiere que permanezca oculto, porque es malo. Si confía, hable en la puerta; como se dice de la Sabiduría: "En las puertas de las ciudades dice audazmente" (Prov. VIII, 3). Cuanto tiempo los inocentes mantengan la justicia, no se avergonzarán: esto es predicar en la puerta. ¿Y quién es el que predica en la puerta? Quien predica en Cristo; porque Cristo es la puerta por la que entramos a aquella ciudad. Miento, si Él no dijo, "Yo soy la puerta" (Juan X, 9). Si es puerta, es también puerta. Porque puerta se dice de la casa; puerta de la ciudad es puerta, puerta de la casa es puerta. Pero quizás no se dice bien puerta, si no se dice bien ciudad la que se ha dicho casa. Porque ambos se han dicho poco antes: "Si el Señor no edifica la casa, en vano trabajan los que la edifican"; y para que no pienses que al escuchar casa es algo pequeño, "Si el Señor", dice, "no guarda la ciudad, en vano vela el que la guarda". Por tanto, aquella es la casa que es ciudad. Por tanto, tiene puerta como casa, y tiene puerta como ciudad. Por tanto, quien es puerta de la casa, es puerta de la ciudad. Por tanto, si Cristo es puerta de la ciudad, aquel no se avergüenza que está en Cristo, y así predica. Pero quien predica contra Cristo, se le cierra la puerta. ¿Quiénes son aquellos que predican contra Cristo? Quienes niegan que se enviaron flechas de la mano del poderoso, y llegaron hasta los confines de la tierra; y esa es la herencia del Señor, de la que se dijo, "Pídeme, y te daré las naciones por herencia, y los confines de la tierra por posesión" (Salmo II, 8). Se predicó, se escuchó, antes de que sucediera; y ya hecho no quieren reconocerlo. Quienes, por tanto, disputan contra Cristo, están fuera de la puerta; porque buscan sus honores, no los de Cristo. Pero quien predica en la puerta, busca el honor de Cristo, no el suyo; y por eso quien predica en la puerta, dice: No confiéis en mí; porque no por mí, sino por la puerta entraréis. Pero aquellos que quieren que los hombres confíen en ellos mismos, no quieren que entren por la puerta: no es de extrañar si se les cierra la puerta, y golpean en vano para que se les abra. Estad atentos, por tanto, hermanos, también por el sermón de mañana, de nuestra promesa, con la ayuda del Señor, que os será devuelto del Evangelio sobre la paloma. En cuyo nombre prometimos, en su misericordia lo devolveremos. Pero para que podamos ser idóneos para devolverlo, no hayamos sido audaces prometedores, orad por nosotros.

EN EL SALMO CXXVII EXPLICACIÓN.

SERMON.

1. [vers. 1-4.] Como dice el Apóstol, hermanos amadísimos, comparamos lo espiritual con lo espiritual; pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios (I Cor. II,

13, 14); debemos tener cuidado de que los hombres naturales, que no perciben las cosas del Espíritu de Dios, se escandalicen más con este salmo que edificarse. Pues brevemente (aunque lo escuchamos cuando se cantaba), porque es breve, lo recorro, no tratando, sino leyendo. Y ved que si alguien desea de Dios como algo grande lo que contiene este salmo; y tal vez no porque ha sido abandonado por Él, sino porque es más amado, no lo recibe; y ve que aquellos premios que aquí escuchó son para los que temen a Dios, abundan en aquellos que no temen a Dios: vacilan sus pasos, y se derraman sus huellas en caída, y dice en su corazón que en vano ha temido a Dios, cuando no mereció esos dones que prometió a los que le temen; además, los recibieron aquellos que no solo no le temieron, sino que también blasfemaron. Ved lo que dice: Bienaventurados todos los que temen al Señor, que andan en sus caminos. Comerás el fruto de tus labores; bienaventurado eres, y bien te irá. Aún podemos aquí, aunque seamos naturales, pensar en la bienaventuranza del siglo futuro; pero ved lo que sigue: «Tu esposa será como una vid fecunda, en los lados de tu casa. Tus hijos serán como brotes de olivo, alrededor de tu mesa. Así será bendecido el hombre que teme al Señor.» ¿Cómo? Para que su esposa sea como una vid fecunda en los lados de su casa, y sus hijos rodeen su mesa, como brotes de olivo. ¿Entonces han perdido su recompensa aquellos que por Dios no quisieron siquiera tomar esposas? Pero dice quien no quiso tomar esposa: Dios me bendecirá de otra manera. Más bien, o te bendecirá así, o no te bendecirá: la sentencia está claramente dicha, «Así será bendecido el hombre que teme al Señor.»

2. ¿Qué significa esto, hermanos? Para que no deseando la felicidad temporal y terrenal, perdamos la celestial, el Profeta nos ha constituido como un envoltorio. Este envoltorio tiene algo dentro. Pero vuestra Caridad recuerda que cuando trataba el salmo anterior, que está antes de este, nos encontramos con un versículo oscuro, donde se dijo: «Como flechas en la mano del poderoso, así son los hijos de los desterrados» (Sal. CXXVI, 4); y cuando buscábamos quiénes son los hijos de los desterrados, nos pareció, sugiriendo lo que creemos el Señor, que los hijos de los desterrados son llamados los Apóstoles, hijos de los Profetas: porque los Profetas hablaron en enigmas, y cubrieron el entendimiento con figuras de cosas como envoltorios de misterios; ese entendimiento no pudo salir a los hombres, a menos que esos envoltorios fueran sacudidos: de donde se dice que son hijos de los desterrados, quienes progresaron de los Profetas sacudidos. Así que también nosotros sacudamos este, para que no seamos engañados por los envoltorios, y tocando lo que está dentro y no viendo, digamos tal vez madera por oro, o barro por plata. Sacudamos, si os parece bien a vuestra Caridad: el Señor estará presente, para que salga lo que está dentro; especialmente, hermanos míos, porque celebramos el natalicio de los mártires. ¡Cuántos males sufrieron los mártires, cuántas muertes, cuántos tormentos, la suciedad de las cárceles, la estrechez de las cadenas, la ferocidad de las fieras, el ardor de las llamas, los aguijones de las injurias! ¿Habrían sufrido todo esto, si no vieran algo hacia lo que se dirigían, que no pertenece a la felicidad de este siglo? Es vergonzoso que celebremos el natalicio de los mártires, de estos siervos de Dios que despreciaron este mundo por la felicidad eterna, y tomemos lo que aquí está escrito por la felicidad presente, de modo que si a algún hombre fiel de Dios, ciudadano de aquella Jerusalén, le sucede que incluso habiendo tomado esposa no tenga hijos, digamos: Este hombre no teme al Señor; pues si temiera al Señor, su esposa sería como una vid fecunda en su casa, no estéril, para que no engendre; y si este hombre temiera al Señor, sus hijos rodearían su mesa, como árboles de olivo. Pues si decimos tales cosas, somos naturales, no percibiendo las cosas del Espíritu de Dios. Comencemos también nosotros a sacudir, para que seamos también nosotros hijos de los desterrados. Pues si somos hijos de los desterrados, seremos en la mano del poderoso como flechas, y nos lanzará por su mandato en los corazones de los hombres que aún no aman, para que heridos por las flechas de las palabras de Dios, amen. Pues si comenzamos a predicarles tales cosas: Hijos, o hermanos míos, temed

al Señor, para que tengáis hijos y nietos, para que vuestra casa se regocije; no disparamos para que se ame aquella Jerusalén eterna: permanecerán en el amor de las cosas terrenales, y viendo que estas abundan en los impíos, aunque no se atrevan a decirnos, en su corazón dicen, ¿Por qué aquel que no teme a Dios, tiene una casa llena de hijos? Y tal vez otro le dice: Aún no sabes lo que le puede suceder; ¿qué si los entierra, porque no teme a Dios, y por eso le nacieron más, para que sufra mayor dolor por la muerte de ellos? Pero si dices tales cosas, te responderá: Yo conozco a un hombre impío, pagano, sacrílego, adorador de ídolos (y tal vez lo conoce y dice la verdad, ni uno solo conoce, ni dos o tres), a quien llevaron a la tumba, anciano, decrépito, muerto en su lecho, por una multitud de hijos y nietos. He aquí que no temió al Señor, y la prole fecundísima de su casa cerró sus ojos. ¿Qué diremos a esto? Nada malo le puede suceder, para que entierre a sus hijos en vida, cuando ya muerto fue llevado por sus hijos a una sepultura gloriosa.

3. Sacudamos, pues, sacudamos, si queremos ser hijos de los desterrados: salga algo aquí. Hay un hombre que es bendecido así; y nadie teme al Señor, sino quien está en los miembros de ese hombre: y muchos hombres son, y un solo hombre es; pues muchos cristianos, y un solo Cristo. Los mismos cristianos con su cabeza, que ascendió al cielo, son un solo Cristo: no aquel uno y nosotros muchos, sino también nosotros muchos en aquel uno, uno. Un solo hombre, pues, Cristo, cabeza y cuerpo. ¿Cuál es su cuerpo? Su Iglesia, dice el Apóstol, «Porque somos miembros de su cuerpo» (Efes. V, 30); y, «Vosotros sois el cuerpo de Cristo y miembros» (I Cor. XII, 27). Entendamos, pues, la voz de este hombre, en cuyo cuerpo somos un solo hombre; y allí veremos esos verdaderos bienes de Jerusalén. Pues así dijo al final: «Y verás los bienes que son de Jerusalén.» Pero si miras esos bienes con el ojo terrenal, la abundancia de hijos y nietos, y la fertilidad y fecundidad de la esposa, no son bienes de aquella Jerusalén; porque esos bienes están en la tierra de los moribundos, aquella tierra es de los vivientes. No tengas en gran estima, si tienes hijos mortales, aunque no antes que tú, ciertamente después de ti. ¿Quieres tener hijos que nunca mueran, y que vivan siempre contigo? Sé en aquel cuerpo, del cual se dijo, «Vosotros sois el cuerpo de Cristo y miembros.»

4. Pues para mostrar esto también el mismo Salmo, porque es tan oscuro que advierte ser tocado, tan cubierto que quiere ser sacudido, comenzó con muchos: «Bienaventurados todos los que temen al Señor, que andan en sus caminos.» Habla a muchos; pero porque esos muchos son uno en Cristo, sigue y ya dice singularmente, «Comerás el fruto de tus labores.» Antes había dicho, «Bienaventurados todos los que temen al Señor, que andan en sus caminos»: ahora, ¿por qué, «Comerás el fruto de tus labores»; y no, comeréis? y ¿por qué, «el fruto de tus labores»; y no, el fruto de vuestros labores? ¿Tan pronto olvidó que hablaba a muchos? Pero si ya lo has sacudido, ¿qué te respondió? Cuando llamo a muchos cristianos, en un solo Cristo entiendo uno. Sois muchos, pues, y uno sois; somos muchos, y uno somos. ¿Cómo somos muchos, y uno somos? Porque nos adherimos a aquel de quien somos miembros; y cuyo cabeza está en el cielo, para que los miembros lo sigan.

5. Él, pues, describa ya; porque es manifiesto a quién describe. Así se aclararán todas las cosas que siguen: solo temed al Señor, y andad en sus caminos, y no envidiéis a aquellos que no andan en sus caminos, cuando los veáis ser felices infelices. Pues los hombres del siglo son infelices felices: los mártires, en cambio, eran felices infelices. Eran infelices por un tiempo, pero felices por la eternidad; y en eso mismo que eran infelices por un tiempo, se les consideraba más infelices de lo que eran. ¿Qué dice el Apóstol? «Como tristes, pero siempre gozosos» (II Cor. VI, 10). ¿Por qué, siempre? Tanto aquí como allí: ciertamente tanto aquí como allí. ¿De qué nos gozamos aquí? De la esperanza. ¿De qué nos gozaremos allí? De la realidad. Gran gozo tiene la esperanza del que se goza. Y si «gozosos en la esperanza», ved lo

que sigue: «Pacientes en la tribulación» (Rom. XII, 12). Los mártires, pues, eran pacientes en la tribulación, porque se gozaban en la esperanza. Pero porque aún no era aquello que se promete, ¿qué dice el Apóstol? «La esperanza que se ve, no es esperanza: pero si lo que no vemos esperamos, con paciencia lo aguardamos» (Rom. VIII, 24 y 25). He aquí por qué los mártires soportaron todo, porque lo que no veían, con paciencia lo aguardaban. Aquellos que los mataban, amaban lo que veían: aquellos que eran matados, suspiraban por lo que no veían, y se apresuraban a alcanzar lo que no veían; y porque eran matados más tarde, consideraban que se les hacía una demora.

6. Así que, hermanos, el mártir Félix y verdaderamente feliz tanto de nombre como de corona, cuyo día es hoy, despreció el mundo. ¿O tal vez porque temía al Señor, por eso era feliz, por eso era bienaventurado, porque su esposa era como una vid fecunda en la tierra, y sus hijos rodeaban su mesa? Todo esto lo tiene perfectamente, pero en el cuerpo de aquel que aquí se describe: y porque así lo entendió, despreció lo presente, para recibir lo futuro. Sabed, hermanos, que no sufrió la muerte que otros mártires sufrieron. Confesó, fue llevado a tormentos; al otro día se encontró su cuerpo sin vida. Pues le cerraron la cárcel, pero al cuerpo, no al espíritu. A quien allí preparaban para torturar, lo encontraron ausente, perdieron su crueldad. Yacía sin vida, sin sentido para ellos, para no ser torturado; con sentido ante Dios, para ser coronado. Por eso también este feliz, hermanos, no solo de nombre, sino también de premio de vida eterna, si amó estas cosas.

7. Así que escuchemos este salmo, como si se dijera de Cristo: y todos los que nos adherimos al cuerpo de Cristo y nos convertimos en miembros de Cristo, andemos en los caminos del Señor; y temamos al Señor con temor casto, temor que permanece en el siglo de los siglos. Pues hay otro temor que la caridad excluye, dice Juan, «En la caridad no hay temor; sino que la caridad perfecta echa fuera el temor» (I Juan IV, 18). No dice de todo temor que es echado fuera por la caridad; pues tienes el salmo que dice, «El temor del Señor es casto, permanece en el siglo de los siglos» (Sal. XVIII, 10). Así que otro temor permanece, otro es excluido. El temor que es excluido, no es casto; pero el que permanece, es casto. ¿Cuál es el temor que es excluido? Dignaos advertir. Algunos solo temen por no sufrir algo malo en la tierra, por no caer en enfermedad, por no sufrir pérdida, por no quedar huérfanos, por no perder a alguien querido, por no ser exiliados, por no ser condenados, por no ser encarcelados, por no sufrir alguna tribulación; por eso temen y tiemblan: aún ese temor no es casto. Aún escucha. Otro no teme sufrir en esta tierra, sino que teme las llamas del infierno, de las que también el Señor advirtió. Oísteis cuando se leía el Evangelio: «Donde su gusano no muere, y su fuego no se apaga» (Marcos IX, 43). Los hombres oyen estas cosas; y porque verdaderamente serán para los impíos, temen, y se contienen del pecado. Tienen temor, y por temor se contienen del pecado. Temen, sí, pero no aman la justicia. Pero cuando por temor se contienen del pecado, se hace costumbre de justicia, y comienza lo que era duro a ser amado, y Dios se endulza: y ya comienza el hombre a vivir justamente, no porque teme las penas, sino porque ama la eternidad. Así que el temor es excluido por la caridad; pero sucede el temor casto.

8. ¿Cuál es este temor casto? Según el cual debemos, hermanos míos, entender lo que se dijo, «Bienaventurados todos los que temen al Señor, que andan en sus caminos.» Si puedo dignamente hablar de este temor casto, con la ayuda del Señor nuestro Dios, muchos tal vez se encenderán con este temor casto en amor casto. Ni puedo explicarlo tal vez, sino proponiendo alguna similitud. Pon una mujer casta, que teme a su esposo: pon otra adúltera; y ella también teme a su esposo. La casta teme que su esposo se aleje; la adúltera, que venga. ¿Qué si ambos están ausentes? Aquella teme que venga; aquella, que tarde. Está ausente de algún modo aquel a quien estamos desposados, está ausente aquel que nos dio la prenda del Espíritu Santo, está ausente aquel que nos redimió con su sangre; aquel esposo que no hay

nada más hermoso, que apareció como feo entre las manos de los perseguidores, de quien poco antes decía Isaías, «Y lo vimos, y no tenía aspecto ni hermosura» (Isaías LIII, 2). ¿Es feo, pues, nuestro esposo? De ninguna manera: ¿cómo lo amarían las vírgenes, que en la tierra no buscaron maridos? Así que nuestro esposo es feo para los perseguidores; y si no lo consideraran feo, no se abalanzarían sobre él, no lo azotarían, no lo coronarían de espinas, no lo deshonrarían con escupitajos: pero porque les parecía feo, le hicieron estas cosas; pues no tenían ojos para ver a Cristo hermoso. ¿Con qué ojos apareció Cristo hermoso? ¿Qué ojos buscaba el mismo Cristo, cuando decía a Felipe: «Tanto tiempo estoy con vosotros, y no me habéis visto» (Juan XIV, 9)? Estos ojos deben ser purificados, para que puedan ver aquella luz; y aunque ligeramente tocados por el resplandor, se encienden en amor, para querer ser sanados, y ser iluminados. Pues para que sepáis que Cristo es hermoso quien es amado, dice el Profeta: «Hermoso en forma más que los hijos de los hombres» (Sal. XLIV, 3). Supera a todos los hombres su hermosura. ¿Qué cosa amamos en Cristo? ¿Los miembros crucificados, el costado perforado, o la caridad? Cuando oímos que sufrió por nosotros, ¿qué amamos? Se ama la caridad. Nos amó, para que lo amáramos; y para que pudiéramos amarlo, nos visitó con su Espíritu. Es hermoso, y está ausente. Pregúntese la esposa, si es casta. En los miembros estamos todos, hermanos míos; en los miembros de él estamos, por eso somos un solo hombre. Vea cada uno qué temor tiene, si aquel que la caridad excluye, o el casto que permanece en el siglo de los siglos. Ahora lo ha probado; digo, y lo probará. Está ausente nuestro esposo; interroga tu conciencia: ¿quieres que venga, o aún quieres que tarde? Ved, hermanos: yo he llamado a las puertas de vuestros corazones; la voz de los que habitan él la ha oído. Lo que las conciencias de cada uno han dicho ahora, no pudo llegar a mis oídos, porque soy hombre: aquel que está ausente en presencia del cuerpo, pero presente en el vigor de la majestad, os ha oído. ¿Cuántos, si se les dice, He aquí ya Cristo, mañana es el día del juicio; no dicen, ¡Ojalá venga! Pues quienes lo dicen, mucho aman: y si se les dice, Tardará; temen que tarde, porque el temor es casto. Así como ahora se teme que tarde, así cuando venga, se temerá que se aleje. Pero será este temor casto, porque será tranquilo y seguro. Pues no seremos abandonados por él, cuando nos encuentre, cuando nos buscó antes de que lo buscáramos. Así que el temor casto, hermanos míos, tiene esto; viene del amor. Pero aquel temor aún no casto, teme la presencia y las penas. Por temor hace lo que hace de bueno; no por temor de perder aquel bien, sino por temor de sufrir aquel mal. No teme perder los abrazos del esposo hermosísimo, sino teme ser enviado al infierno. Este temor es bueno, es útil; no permanecerá en el siglo de los siglos: pero aún no es aquel casto que permanece en el siglo de los siglos.

9. ¿En qué consiste la castidad? Nuevamente pregunto algo que debéis preguntaros a vosotros mismos. Si Dios viniera y nos hablara con su propia voz (aunque no deja de hablar a través de sus Escrituras), y dijera al hombre: Si deseas pecar, peca; haz lo que te plazca; todo lo que ames en la tierra, sea tuyo; aquel a quien odies, perezca; aquel a quien desees arrebatar, sea arrebatado; aquel a quien desees golpear, sea golpeado; aquel a quien desees condenar, sea condenado; aquel a quien desees poseer, poseas: nadie te resista, nadie te diga, ¿Qué haces? nadie, No lo hagas; nadie, ¿Por qué lo hiciste? Que abunden para ti todas esas cosas terrenales que codiciaste, y vive en ellas, no solo por un tiempo, sino para siempre: solo que nunca verás mi rostro. Hermanos míos, ¿por qué gemisteis, sino porque ya ha nacido el temor casto, que permanece por los siglos de los siglos? ¿Por qué se conmovió vuestro corazón? Si Dios dijera: Nunca verás mi rostro: he aquí que con toda esa felicidad terrenal, con todas las cosas abundantes, te rodearán los bienes temporales; no los perderás, no los abandonarás; ¿qué más deseas? El temor casto lloraría y gemiría, y diría: Más bien, que se quiten todas las cosas, y que vea tu rostro. El temor casto clamaría desde el salmo, y diría: Dios de los

ejércitos, conviértenos; y muéstranos tu rostro, y seremos salvos (Sal. 79, 8). El temor casto clamaría desde el salmo, y diría: Una cosa he pedido al Señor. Mira cómo arde este temor casto, amor verdadero, amor sincero. Una cosa he pedido al Señor, esto buscaré. ¿Qué? Que habite en la casa del Señor todos los días de mi vida. ¿Qué si es por la felicidad terrenal? Escucha lo que sigue: Para contemplar la delicia del Señor, y ser protegido en su templo (Sal. 26, 4); es decir, ser su templo, y ser protegido por él, esto es lo único que he pedido al Señor. Si pedís esto único, si ejercitáis vuestro corazón en esto único, y solo teméis perder esto, no envidiaréis las felicidades terrenales, y esperaréis aquella verdadera felicidad, y estaréis en su cuerpo al que se canta, Bienaventurados todos los que temen al Señor, que andan en sus caminos.

10. Comerás el fruto de tus trabajos. Oh vosotros, oh tú, vosotros muchos que sois uno, comerás el fruto de tus trabajos. Parece decirse de manera perversa para los que no entienden: debería haber dicho, Comerás el fruto de tus labores. Muchos comen el fruto de sus labores. Trabajan en la viña, no comen el trabajo mismo; sino que comen lo que nace de su trabajo. Trabajan alrededor de los árboles frutales; ¿quién come los trabajos? Pero lo que esos árboles producen, el fruto del trabajo, eso alegra al agricultor. ¿Qué significa, Comerás el fruto de tus trabajos? Ahora tenemos trabajos, el fruto vendrá después. Pero porque esos mismos trabajos no están sin alegría, por la esperanza, de la que hablamos un poco antes, Gozosos en la esperanza, pacientes en la tribulación; ahora nuestros mismos trabajos nos alegran, y nos hacen felices por la esperanza. Si, por tanto, nuestro trabajo pudo ser comido, y pudo alegrar; ¿cómo será el fruto de ese trabajo cuando sea comido? Comían sus trabajos, los que iban y lloraban, sembrando sus semillas: ¡cuánto más alegremente comerán el fruto de sus trabajos, los que vendrán con júbilo, llevando sus gavillas (Sal. 125, 6)! Y para que sepáis, hermanos, que este trabajo se come, en el salmo anterior escuchasteis decir a los soberbios, que querían levantarse antes del amanecer, es decir, antes de Cristo, no por la humildad, por la cual Cristo se levantó; se les dijo, Levantaos después de haberos sentado (Sal. 126, 2): es decir, humillaos, y de ahí levantaos; porque también él vino a humillarse, quien fue exaltado por vosotros. ¿Y qué se dijo? Vosotros que coméis el pan de dolor. Este es el trabajo de los frutos, el pan de dolor. Pues si no se comiera, no se llamaría pan: pero si este pan no tuviera alguna dulzura, nadie lo comería. ¿Con cuánta dulzura llora en su gemido quien ora? Las lágrimas de los que oran son más dulces que las alegrías de los teatros. Y escucha la llama del deseo, con la que se come ese pan, del que aquí se dice, Vosotros que coméis el pan de dolor. En otro lugar dice este amante, cuya voz reconocemos a menudo en el Salmo: Mis lágrimas se convirtieron en mi pan de día y de noche. ¿Cómo se convirtieron las lágrimas en pan? Mientras se me dice cada día, ¿Dónde está tu Dios (Sal. 41, 4)? Pues antes de que veamos a aquel que nos amó, que nos dio una prenda, a quien estamos desposados, los paganos se burlan de nosotros, y dicen: ¿Dónde está lo que adoran los cristianos? Que nos muestren a quien adoran. He aquí que yo les muestro a mi Dios, y que ellos me muestren a su dios. Cuando el pagano te dice esto, no encuentras qué mostrarle; porque no hay a quién mostrar. Entonces vuelves, y lloras ante Dios; porque suspiras por él, antes de verlo, y gimes por su deseo; y porque lloras por su deseo, también esas lágrimas son dulces, y serán para ti como alimento, porque se han convertido para ti en pan de día y de noche, mientras se te dice cada día, ¿Dónde está tu Dios? Pero vendrá tu Dios, de quien se dice, ¿Dónde está? y enjugará las lágrimas (Apoc. 21, 4), y él mismo sucederá al pan de lágrimas, y te saciará eternamente; porque estará con nosotros la palabra de Dios, con la que se alimentan los ángeles. Mientras tanto, ahora los trabajos de los frutos, después el fruto del trabajo. Comerás el fruto de tus trabajos; bienaventurado eres, y bien te irá. Bienaventurado eres, es del presente; bien te irá, es del futuro: cuando comes el fruto de tus trabajos, bienaventurado eres; cuando llegues al fruto de tus trabajos, bien te irá. ¿Qué dijo? Pues si bien te irá, ciertamente serás

bienaventurado; y si serás bienaventurado, ciertamente te irá bien. Pero hay una diferencia entre la esperanza y la realidad. Si la esperanza es tan dulce, ¡cuánto más dulce será la realidad!

11. Ahora lleguemos a aquello, Tu esposa: Se dice a Cristo. Por tanto, su esposa, su Iglesia; su Iglesia, su esposa, nosotros mismos. Como una vid fecunda. Pero, ¿en quiénes es una vid fecunda? Pues vemos que muchos entran en estos muros estériles; vemos que muchos ebrios, usureros, traficantes, que buscan hechiceros, que van a encantadores y encantadoras cuando les duele la cabeza, entran en estos muros. ¿Es esta la fertilidad de la vid? ¿Es esta la abundancia de la esposa? No lo es. Estas son espinas, pero no en todas partes espinosas. Tiene cierta fertilidad, y es una vid fecunda; pero, ¿en quiénes? En los lados de tu casa. No todos son llamados lados de la casa. Pues busco qué son los lados: ¿qué diré? ¿Son paredes, como piedras fuertes? Si hablara de esta morada corporal, tal vez entenderíamos que son los lados. Llamamos lados de la casa a aquellos que se adhieren a Cristo. Pues no sin razón decimos también en el lenguaje cotidiano de alguien que actúa mal por los malos consejos de sus amigos; de él decimos, Tiene malos lados. ¿Qué significa, Tiene malos lados? Malos se adhieren a él. Por tanto, también de otro, Tiene buenos lados: vive con buenos consejos. ¿Qué significa esto? Se rige por buenos consejos. Por tanto, los lados de la casa son aquellos que se adhieren a Cristo. Y no sin razón también la misma esposa fue hecha del lado. Mientras el hombre dormía, Eva fue hecha (Gén. 2, 21, 22), mientras Cristo moría, la Iglesia fue hecha: y aquella del lado del hombre, cuando se extrajo una costilla; y esta del lado del hombre, cuando el costado fue herido con una lanza (Juan 19, 34), y fluyeron los Sacramentos. Por tanto, tu esposa como una vid fecunda. Pero, ¿en quiénes? En los lados de tu casa. En otros que no se adhieren a Cristo, estéril. Pero ni siquiera a ellos los contaré en la vid.

12. Tus hijos. La que es esposa, son también los hijos. En estos matrimonios y uniones carnales, una es la esposa y otros son los hijos: en la Iglesia, la que es esposa, son los mismos hijos. Pues los Apóstoles pertenecían a la Iglesia, y estaban en los miembros de la Iglesia. Por tanto, estaban en su esposa, y eran esposa según la porción que ocupaban en los miembros. ¿Por qué, entonces, se dice de ellos: Cuando el esposo se les quite, entonces ayunarán los hijos del esposo (Mat. 9, 15)? Por tanto, la misma esposa, y los mismos hijos. Digo algo asombroso, hermanos míos. En las palabras del Señor encontramos que la Iglesia es tanto sus hermanos, como sus hermanas, y su madre. Pues cuando le anunciaron que su madre y sus hermanos estaban afuera, porque estaban afuera, representaban un tipo. ¿Qué tipo de madre? La sinagoga. ¿Qué tipo de hermanos carnales? Los judíos que estaban afuera. Y la sinagoga está afuera. Pues María en los lados de su casa, y sus parientes venidos de la consanguinidad de la virgen María, que creyeron en él, en los lados de su casa; no en cuanto estaban unidos por consanguinidad carnal, sino en cuanto escuchaban y hacían la palabra de Dios. Pues esto respondió el Señor y dijo, ¿Quién es mi madre, o quiénes son mis hermanos? De donde algunos intentaron decir que Cristo no tenía madre, porque dijo, ¿Quién es mi madre? ¿Por qué? ¿Acaso Pedro y Juan y Santiago, y los otros Apóstoles no tenían padres en la tierra? Y sin embargo, ¿qué les dice? No llaméis a nadie padre vuestro en la tierra; porque uno es vuestro Padre que está en los cielos (Mat. 23, 9). Lo que enseñaba a los discípulos sobre el padre, él mismo lo demostró sobre la madre. Pues el Señor quiere que antepongamos a Dios a las consanguinidades terrenales. Respeta al padre, porque es padre; respeta a Dios, porque es Dios. Tu padre te engendró prestando su carne; Dios te creó aplicando su poder. Que el padre no se enoje cuando se le antepone a Dios; más bien, que se alegre de que se le respete tanto, que se haya encontrado a quien se le deba anteponer. Por tanto, ¿qué diré? ¿Qué dijo el Señor? ¿Quién es mi madre, o quiénes son mis hermanos? Y extendió sus manos hacia sus discípulos, y dijo: He aquí mi madre y mis hermanos. Eran hermanos; ¿cómo eran madre?

Añadió, Y quien haga la voluntad de mi Padre, ese es mi hermano, y hermana, y madre (Mat. 12, 46-50). Supón, hermano, por el sexo masculino que tiene la Iglesia; hermana, por las mujeres que Cristo tiene aquí en sus miembros: madre, ¿cómo, sino porque el mismo Cristo está en los cristianos, a quienes la Iglesia da a luz diariamente a través del Bautismo? Por tanto, en quienes entiendes a la esposa, en ellos a la madre, en ellos a los hijos.

13. Digamos, entonces, cómo deben ser los hijos. ¿Cómo? Pacificadores. ¿Por qué pacificadores? Porque, Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios (Mat. 5, 9). Porque, por tanto, en el olivo está el fruto de la paz: pues el aceite significa paz, porque significa caridad; sin caridad no hay paz: y es evidente que quienes dividieron la paz, no tenían caridad. De donde ya expuse a vuestra Caridad por qué la paloma llevó hojas con fruto al arca (Gén. 8, 11); para significar que también aquellos que fueron bautizados fuera, como aquellos maderos fueron bautizados fuera del arca, si no tienen solo hojas, es decir, solo palabras, sino que tienen también fruto, que es la caridad, esa misma paloma los lleva de regreso al arca, y vienen a la unidad. Por tanto, tales deben ser los hijos alrededor de la mesa del Señor, como brotes de olivos. Es una cosa perfecta, una gran bienaventuranza: ya, ¿quién no querría estar allí? Cuando ves a alguien blasfemo tener esposa, hijos, nietos, y tú tal vez no los tienes, no envidies; ve que también en ti se ha cumplido, pero espiritualmente. ¿O acaso no estás en los miembros? Si no estás allí, llora porque ni aquí, ni allí. Pero si estás allí, estate seguro; porque aunque allí y no aquí, es más fructífero allí que aquí.

14. Si, por tanto, tenemos, ¿por qué tenemos? Porque tememos al Señor. He aquí que así será bendecido el hombre que teme al Señor. Ese es el hombre, que son hombres; y esos mismos hombres, hombre: porque muchos son uno, porque Cristo es uno.

15. [vers. 5, 6.] Que el Señor te bendiga desde Sion. Pues comenzaste a considerar, He aquí que así será bendecido el hombre que teme al Señor: ya tal vez tus ojos iban por aquellos que no temen al Señor, y veían allí esposas fecundas, hijos abundantes rodeando la mesa de su padre; no sé a dónde ibas: Que el Señor te bendiga, pero desde Sion. No busques esas bendiciones que no son desde Sion. ¿No bendijo el Señor a tales, hermanos míos? Esta es la bendición del Señor: o si no es del Señor, ¿quién tomará esposa, si el Señor no lo quiere? ¿quién podría estar sano, si el Señor no lo quiere? o ¿quién podría ser rico, si el Señor no lo quiere? Él da esas cosas: pero, ¿no ves que también se las dio a los animales? Por tanto, no es de Sion esa bendición. Que el Señor te bendiga desde Sion; y veas las cosas buenas de Jerusalén. Pues esas cosas buenas no son de Jerusalén. ¿Quieres ver que no son cosas buenas de Jerusalén? También a las aves se les dijo, Creced y multiplicaos (Gén. 1, 22). ¿Quieres tener por grande lo que se dio a las aves? Ciertamente fue dado por la voz de Dios, ¿quién lo duda? Pero usa esos bienes, si los recibes; y piensa más bien en cómo nutrir a los que han nacido, que en que nazcan. Pues ya no es felicidad tener hijos, sino tener buenos hijos. Esfuérzate en nutrirlos, si han nacido; pero si no han nacido, da gracias a Dios. Tal vez serás menos solícito, y sin embargo no has permanecido estéril de esa madre. Tal vez por ti nacen espiritualmente de esa madre, que son como brotes de olivos rodeando la mesa del Señor. Por tanto, que el Señor te consuele, para que veas las cosas buenas de Jerusalén. Pues esas son las cosas buenas. ¿Por qué son? Porque son eternas. ¿Por qué son? Porque allí está el rey, Yo soy el que soy (Éx. 3, 14). Pero estas cosas buenas son, y no son: pues no permanecen; fluyen, pasan. Los hijos son pequeños; acaricias a los pequeños, los pequeños te acarician: ¿acaso permanecen en eso? Pero deseas que crezcan, que llegue la edad deseas. Pero ve que cuando llega una, otra muere. Al llegar la niñez, muere la infancia; al llegar la adolescencia, muere la niñez; al llegar la juventud, muere la adolescencia; al llegar la vejez, muere la juventud; al llegar la muerte, muere toda edad. Cuántos grados de edad deseas, tantos a la vez deseas

también muertes de edades. Por tanto, estas cosas no son. ¿Acaso nacieron para ti hijos en la tierra para vivir contigo, o más bien para excluirte y sucederte? ¿Te alegras por aquellos que nacieron, para ser excluido? Pues los niños nacidos dicen algo así a sus padres: Ea, pensad en iros de aquí, hagamos también nosotros nuestra representación. Pues toda la vida de la humanidad es una representación de tentación; porque se ha dicho, Toda vanidad es todo hombre viviente (Sal. 38, 6). Y sin embargo, si se alegra por los hijos que sucederán; cuánto más se debe alegrar por los hijos con los que permaneceremos, y por aquel padre a quien hemos nacido no para morir, sino para que vivamos con él para siempre. Esas son las cosas buenas de Jerusalén, porque esas son. Que el Señor te bendiga, por tanto, desde Sion; y veas las cosas buenas de Jerusalén. Pues esas cosas que consideras buenas, ciego las ves. Veas, pero esas cosas buenas que se ven con el corazón. ¿Y por cuánto tiempo veré las cosas buenas de Jerusalén? Todos los días de tu vida. Pero si tu vida es eterna, verás las cosas buenas de Jerusalén para siempre. Pero, hermanos míos, esas cosas son buenas, pero no todos los días de tu vida las ves: pues no cuando sales del cuerpo, mueres. Tu vida persevera: el cuerpo muere, pero la vida del espíritu persevera. Los ojos no ven, porque se ha ido quien veía a través de los ojos. Dondequiera que esté quien veía a través de los ojos, ve algo. Pues no estaba muerto aquel rico que en la tierra se vestía de púrpura y lino fino; si estuviera muerto, no sería atormentado en el infierno (Luc. 16, 19, 23). Tal vez le convenía desear morir, pero para su mal vivió en el infierno. Pues era atormentado, y no veía aquellas cosas buenas que dejó en la tierra: he aquí que su vida era tal, y no veía aquellas cosas buenas. Por tanto, tú desea tales cosas buenas que veas todos los días de tu vida, es decir, que vivas con esas cosas buenas para siempre.

16. ¿Cuáles son entonces esos bienes, hermanos? Prestad atención. ¿Se pueden llamar bienes a estas cosas: el oro, la plata, una finca hermosa, paredes de mármol, techos artesonados? De ninguna manera. Los pobres tienen estas cosas en mayor abundancia en esta vida. Es más para el pobre ver el cielo estrellado que para el rico un techo dorado. Hermanos, entonces, ¿cuál es ese bien que nos enciende, por el que suspiramos, que nos inflama, por el cual soportamos tantos trabajos para alcanzarlo y verlo, como escuchasteis cuando se leía al Apóstol, que todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús sufrirán persecución (II Tim. III, 12)? No es que ahora, porque el diablo no actúa con furia a través de los reyes, los cristianos no sufran persecución. Si el diablo ha muerto, las persecuciones han muerto; pero si nuestro adversario vive, ¿de dónde no sugiere tentaciones? ¿De dónde no actúa con furia? ¿De dónde no procura amenazas o escándalos? Oh, si comienzas a vivir piadosamente, verás que todo el que quiere vivir piadosamente en Cristo Jesús sufrirá persecución. ¿Por qué, entonces, sufrimos tantas persecuciones? Porque si en esta vida solo esperamos en Cristo, dice el Apóstol, somos los más miserables de todos los hombres (I Cor. XV, 19). ¿Por qué fueron condenados a las bestias los mártires? ¿Qué es ese bien, se puede decir? ¿De dónde, o qué lengua lo dice? ¿O qué oídos lo escuchan? Y ciertamente, eso ni el oído lo oyó, ni subió al corazón del hombre (Id. II, 9). Amemos tanto, progresemos tanto: veis que no faltan las luchas, y luchamos con nuestras concupiscencias. Luchamos afuera con los infieles y desobedientes; luchamos dentro con las sugestiones, con las perturbaciones carnales: en todas partes luchamos aún, porque el cuerpo que se corrompe, pesa sobre el alma (Sab. IX, 15); luchamos aún, porque si el espíritu es vida, sin embargo, el cuerpo está muerto a causa del pecado. Pero, ¿qué sucederá? Si el Espíritu de aquel que resucitó a Cristo de entre los muertos habita en vosotros, vivificará también vuestros cuerpos mortales, por su Espíritu que habita en vosotros (Rom. VIII, 10, 11). Cuando nuestros miembros mortales sean vivificados, ya nada resistirá a nuestro espíritu. No habrá hambre, no habrá sed, porque estas cosas nacen de la corrupción del cuerpo. Por eso te alimentas, porque algo te falta. Las concupiscencias de

los placeres carnales luchan contra nosotros. Llevamos la muerte por la debilidad del cuerpo: pero cuando esa misma muerte se convierta en aquella inmutabilidad, y esto corruptible se revista de incorrupción, y esto mortal se revista de inmortalidad, ¿qué oirá entonces la muerte? ¿Dónde está, muerte, tu contienda? ¿Dónde está, muerte, tu aguijón? Y tal vez muera, y se dirá: ¿Quedan algunos enemigos? No; sigue el último enemigo, la muerte. Cuando esta sea destruida, sucederá la inmortalidad. Si no habrá enemigo, como último será destruida la muerte (I Cor. XV, 53, 54, 55, 26). Nuestro bien, por el que suspiramos, será la paz. He aquí el bien, hermanos, un gran bien llamado paz. Preguntabais cómo se llamaba: ¿Es oro, es plata, es una finca, es un vestido? Es paz: no la paz que tienen entre sí los hombres, infiel, inestable, mutable, incierta; ni la paz tal como la tiene consigo mismo un solo hombre. Dijimos que el hombre también lucha consigo mismo; hasta que dome todas sus codicias, aún lucha. ¿Qué paz, entonces? La que ojo no vio, ni oído oyó. ¿Qué paz? De Jerusalén, porque Jerusalén se interpreta como Visión de paz. Así, pues, que el Señor te bendiga desde Sion; y veas los bienes que son de Jerusalén, y veas todos los días de tu vida. Y veas, no solo a tus hijos, sino a los hijos de tus hijos. ¿Qué significa, tus hijos? Tus obras que aquí realizas. ¿Quiénes son los hijos de tus hijos? Los frutos de tus obras. Haces limosnas, son tus hijos: por las limosnas recibes la vida eterna, son los hijos de tus hijos. Veas a los hijos de tus hijos; y será lo que sigue, con lo que se concluye, Paz sobre Israel. Esta paz os es predicada por nosotros, es amada por nosotros, deseamos que sea amada por vosotros. A esa paz llegan quienes también aquí han sido pacíficos. Son pacíficos aquí, quienes también allí; quienes rodean la mesa del Señor como brotes de olivos, para que no sea un árbol estéril, como fue aquella higuera donde el Señor hambriento no encontró fruto. Y veis lo que le sucedió. Solo tenía hojas, no tenía fruto (Mat. XXI, 18 y 19): así son quienes tienen palabras, pero no hechos. Viniendo el Señor hambriento, no encontró allí qué comer; porque el Señor tiene hambre de nuestra fe y de nuestras buenas obras. Alimentémoslo viviendo bien, y él nos alimentará dándonos vivir eternamente.

EN EL SALMO CXXVIII COMENTARIO.

SERMON A LA PLEBE.

1. El salmo que hemos cantado es breve: pero como está escrito en el Evangelio sobre Zaqueo, de estatura baja, y grande en obra (Luc. XIX, 2-9); como está escrito sobre aquella viuda que puso dos moneditas en el arca, poco dinero, pero gran caridad (Marc. XII, 42-44): así también este salmo, si cuentas las palabras, es breve; si pesas las sentencias, es grande. Por tanto, no podrá retenernos más tiempo hasta el hastío. ¿Por qué? Que vuestra prudencia lo advierta, y esté presente la intención cristiana: que suene la palabra de Dios a los que quieren, a los que no quieren, a tiempo, fuera de tiempo. Encuentra su lugar, encuentra corazones donde descansar, encuentra tierra donde germinar y dar fruto. Pues porque hay muchos malos e inicuos que la Iglesia lleva hasta el fin, es manifiesto: y son aquellos para quienes la palabra de Dios es superflua; y o bien cae en ellos como semilla en el camino que es pisoteada, y recogida por las aves; o bien cae en ellos como semilla en lugares pedregosos, donde no tiene mucha tierra, sale enseguida, y al calentarse con el sol se seca, porque no tiene raíz; o como entre espinas, que aunque germine y trate de elevarse al aire, es sofocada por la multitud de espinas. Tales son los que desprecian la palabra de Dios como el camino, o los que se alegran por un momento, y cuando llega la tribulación, como el calor del sol, se secan; o los que con pensamientos y cuidados y la preocupación de este mundo, como espinas de avaricia, sofocan lo que había comenzado a germinar en ellos. Pero también hay tierra buena, donde la semilla cuando cae, da fruto, unas veces al treinta, otras al sesenta, otras al ciento por uno (Mat. XIII, 3-23): ya sea poco, ya sea mucho, todos estarán en el granero. Así son, y por ellos hablamos. Por ellos habla la Escritura, por ellos no calla el Evangelio. Pero también

ellos escuchen, no sea que hoy sean una cosa, mañana otra; no sea que cambien al escuchar, o limpien el camino, o quiten las piedras, o arranquen las espinas. Que el Espíritu de Dios hable, que nos hable, que nos cante; ya sea que queramos bailar, ya sea que no queramos, que cante él. Pues así como quien baila, mueve sus miembros al canto; así quienes bailan al precepto de Dios, obedecen con obras al sonido. Por eso, a quienes no quisieron hacer esto, ¿qué les dice el Señor en el Evangelio? Os hemos tocado la flauta, y no habéis bailado; os hemos entonado lamentaciones, y no habéis llorado (Id. XI, 17). Que cante, pues; creemos en la misericordia de Dios, porque habrá de quienes nos consuele. Pues quienes son pertinaces, perseverantes en la maldad, aunque escuchen la palabra de Dios, escandalizan diariamente a la Iglesia. De tales habla este salmo; pues así comienza:

2. [vers. 1-3.] Muchas veces me han combatido desde mi juventud. La Iglesia habla de aquellos a quienes tolera, y como si se dijera, ¿Acaso ahora? La Iglesia existe desde hace tiempo; desde que los santos son llamados, hay Iglesia en la tierra. A veces la Iglesia estaba solo en Abel, y fue combatido por su malvado y perdido hermano Caín (Gen. IV, 8). A veces la Iglesia estaba solo en Enoc, y fue trasladado de entre los inicuos (Id. V, 24). A veces la Iglesia estaba solo en la casa de Noé, y soportó a todos los que perecieron en el diluvio, y solo el arca flotó en las aguas, y llegó a tierra firme (Id. VI-VIII). A veces la Iglesia estaba solo en Abraham, y cuántas cosas soportó de los inicuos, lo sabemos. En el hijo de su hermano Lot, y en su casa en Sodoma, estaba la Iglesia, y soportó las iniquidades y perversidades de los sodomitas, hasta que Dios lo liberó de en medio de ellos (Gen. XII-XX). La Iglesia comenzó a estar también en el pueblo de Israel; soportó a Faraón y a los egipcios. Y en esa misma Iglesia, es decir, en el pueblo de Israel, había un número de santos: Moisés y otros santos soportaron a los inicuos judíos del pueblo de Israel. Llegó también a nuestro Señor Jesucristo, se predicó el Evangelio, dijo en los Salmos, Anuncié y hablé, se multiplicaron más allá del número (Sal. XXXIX, 6). ¿Qué significa, más allá del número? No solo creyeron aquellos que pertenecen al número de los santos; sino que más allá del número entraron: muchos justos, pero más inicuos; y los justos soportaron a los inicuos. ¿Cuándo? En la Iglesia. ¿Acaso solo ahora, desde que se enumera, desde que se recuerda? Por eso, para que la Iglesia no se asombre ahora, o para que nadie se asombre en la Iglesia, queriendo ser un buen miembro de la Iglesia, escuche a la misma Iglesia, su madre, diciéndole: No te asombres de estas cosas, hijo; Muchas veces me han combatido desde mi juventud.

3. Gran afecto al comenzar así el Salmo: Muchas veces me han combatido desde mi juventud. Como si ya estuviera diciendo algo: parece que no comenzó, sino que respondió. Pero, ¿a quiénes respondió? A los que pensaban y decían: Cuántos males sufrimos, cuántos escándalos crecen diariamente, cuando los inicuos entran en la Iglesia y los llevamos. Pero que la Iglesia responda de algunos, es decir, que la voz de los más fuertes responda a las quejas de los débiles, y que los fuertes confirmen a los débiles, y los grandes a los pequeños, y que la Iglesia diga, Muchas veces me han combatido desde mi juventud. Que lo diga Israel, Muchas veces me han combatido desde mi juventud. Que lo diga, no que lo tema. Pues, ¿de qué sirve que cuando dijo, Muchas veces me han combatido, añadió, desde mi juventud? Ya ahora la vejez de la Iglesia es combatida, pero no tema: que diga, Muchas veces me han combatido desde mi juventud. ¿Acaso por eso no llegó a la vejez, porque no cesaron de combatirla? ¿Acaso pudieron destruirla? Que lo diga Israel; y que Israel se consuele, que la misma Iglesia se consuele con los ejemplos pasados, y diga, Muchas veces me han combatido desde mi juventud.

4. ¿Por qué combatieron? Pues no pudieron conmigo. Sobre mi espalda fabricaron los pecadores; hicieron lejos su injusticia. ¿Por qué combatieron? Porque no pudieron conmigo. ¿Qué significa, no pudieron conmigo? Fabricar. ¿Qué significa, no pudieron conmigo? No les

consentí en el mal. Pues todo malvado persigue al bueno porque el bueno no le consiente en el mal. Que haga algo malo, que el obispo no lo reprenda, es buen obispo: que el obispo lo reprenda, es mal obispo. Es malo quien reprende al ladrón, y es bueno quien roba. Que ande, Comamos y bebamos, porque mañana moriremos. Contra el Apóstol: Corrompen las buenas costumbres las malas conversaciones. Sed sobrios, justos, y no pequéis (Is. XXII, 13; I Cor. XV, 32-34). Suena la palabra, suena el discurso que contradice a la lujuria: pero aquel amigo de su lujuria, y enemigo del discurso que contradice a su amiga, le es hostil, y odia el discurso de Dios. Se ha hecho amiga la avaricia, enemigo Dios. Pues Dios contradice a la avaricia, y quiere que nada sea poseído por la avaricia. Yo sea poseído, clama. ¿Qué quieres ser poseído por la avaricia? Duras cosas manda, yo mando cosas leves: su carga es pesada, mi carga es ligera; su yugo es áspero, mi yugo es suave (Mat. XI, 30). No quieras ser poseído por la avaricia. La avaricia manda que cruces el mar, y obedeces; yo mando que des al pobre de lo que tienes ante tu puerta: eres perezoso para hacer una buena obra ante ti, y eres diligente para cruzar el mar. Porque la avaricia manda, sirves; porque Dios manda, odias. ¿Y qué? Cuando comienza a odiar, comienza a querer acusar a aquellos de quienes escucha buenos preceptos, y a querer buscar por sus sospechas crímenes de los siervos de Dios. ¿Quienes nos dicen estas cosas, no las hacen ellos mismos? Y estas cosas, ya sean las que se hacen, ya sean las que no se hacen, se dicen que se hacen; y las que se hacen bien, se dicen que se hacen mal: y lo que toleramos, se aplica a nuestra culpa. ¿Qué respondemos nosotros? No me atiendas a mí; atiende a este discurso: él te habla a ti por cualquiera; a él eres enemigo. Concuerda con tu adversario, mientras estás con él en el camino (Id. V, 25): has hecho adversario tuyo al discurso de Dios. No atiendas porque él te habla: es malo por quien te habla; pero no es malo quien te habla, el discurso de Dios. Acusa a Dios, acusa, si puedes.

5. ¿Creéis, hermanos, que hasta aquí han llegado aquellos de quienes se dice, Muchas veces me han combatido desde mi juventud, que incluso no dudan en acusar a Dios mismo? Acusas al avaro, y él acusa a Dios porque hizo el oro. No seas avaro. Y que Dios no hubiera hecho el oro. Ya solo queda esto, que porque no puedes cohibir tus malas obras, acusas las buenas obras de Dios: te desagrada el creador y hacedor del mundo. Que no hubiera hecho también el sol; porque muchos en las ventanas discuten sobre las luces, y se llevan a juicio. Oh, si cohibiéramos nuestros vicios. Porque todas las cosas son buenas, porque es bueno Dios que hizo todas las cosas; y lo alaban sus obras, consideradas porque son buenas, por aquel que tiene el espíritu de considerar, el espíritu de piedad y sabiduría. Por todas partes es alabado Dios por sus obras. ¿Cómo lo alaban sus obras por boca de los tres jóvenes? ¿Qué se ha omitido? Alaban los cielos, alaban los ángeles, alaban las estrellas, alaban el sol y la luna, alaban los días y las noches, alaba todo lo que germina de la tierra, alaba todo lo que nada en el mar, alaba todo lo que vuela en el aire, alaban todos los montes y colinas, alaban los fríos y los calores; y todas las demás cosas que Dios hizo, habéis oído que alaban a Dios (Dan. III, 57-90): ¿acaso habéis oído allí que alaba a Dios la avaricia, que alaba a Dios la lujuria? No alaban estas cosas, porque no las hizo él. Alaban allí a Dios los hombres; el creador del hombre es Dios. ¿Y qué quiere Dios? Matar en ti lo que tú hiciste, y salvar lo que él hizo.

6. No prestes a usura. Tú acusas a la Escritura que dice, Quien no dio su dinero a usura (Sal. XIV, 5). No lo escribí yo, no salió primero de mi boca: escucha a Dios. Y él: Los clérigos no presten a usura. Y tal vez quien te habla, no presta a usura: pero si presta, haz porque también él presta; ¿acaso presta quien te habla por él? Si hace lo que te dice, y tú no lo haces; tú al fuego, él al reino. Si no hace lo que te dice, y hace contigo los males que haces, y dice los bienes que no hace; juntos al fuego. La hierba arderá, pero la palabra del Señor permanece para siempre (Is. XL, 8). ¿Acaso arde el discurso que te habló por él? O es Moisés quien te habla, es decir, el buen y justo siervo de Dios; o es un fariseo sentado en la cátedra de

Moisés. Has oído también de ellos: Lo que dicen, haced; pero lo que hacen, no lo hagáis (Mat. XXIII, 3). No tienes tú de qué excusarte, cuando la palabra de Dios te habla. Porque no puedes matar la palabra de Dios, buscas acusar a aquellos por quienes te habla la palabra de Dios. Busca cuanto quieras, di cuanto quieras, blasfema cuanto quieras: Muchas veces me han combatido desde mi juventud, diga Israel, Muchas veces me han combatido desde mi juventud. Incluso los usureros se atreven a decir: No tengo otra cosa de la que vivir. Esto mismo me diría el ladrón, atrapado en el acto; esto mismo me diría el ladrón de casas, atrapado cerca de la pared ajena; esto mismo me diría el proxeneta, comprando niñas para la prostitución; esto mismo me diría el hechicero, encantando males, y vendiendo su maldad; cualquier cosa tal que intentáramos prohibir, todos responderían que no tienen de qué vivir, que de eso se alimentan; como si no fuera esto mismo lo que más debe ser castigado en ellos, porque eligieron el arte de la maldad, de la que quieren vivir, y de eso quieren alimentarse, de lo que ofenden a aquel de quien todos se alimentan.

7. Pero cuando clamas esto y lo dices, ellos responden: Si es así, no nos acercamos aquí; si es así, no entramos en la misma Iglesia. Que vengan, que entren, que escuchen: Muchas veces me han atacado desde mi juventud. Sin embargo, no pudieron conmigo: sobre mi espalda construyeron los pecadores: esto es, no pudieron hacer que consintiera; hicieron que los soportara. Qué bien dicho está, qué bien significó, Sin embargo, no pudieron conmigo: sobre mi espalda construyeron los pecadores. Actúan con nosotros, primero para que consintamos en sus malas acciones: si no consentimos, dicen, Tóleranos. Entonces, porque no pudiste conmigo, sube a mi espalda; tengo que llevarte hasta que llegue el fin: así se me ha ordenado, que dé fruto con paciencia (Luc. VIII, 15). No te corrijo, te tolero: o tal vez, mientras te tolero, te corriges. Si no te corriges hasta el final, te tolero hasta el final; y hasta el final estarás sobre mi espalda, hasta un tiempo. ¿Acaso siempre estarás sobre mi espalda? Porque vendrá quien te sacuda de allí: vendrá el tiempo de la cosecha, vendrá el fin del mundo; Dios enviará a los segadores. Los segadores son los ángeles: separan a los malos de entre los justos, como la cizaña del trigo; el trigo lo guardarán en el granero, pero la paja la quemarán con fuego inextinguible. Te llevé hasta donde pude, ahora con alegría paso al granero de Dios, y seguro canto, Muchas veces me han atacado desde mi juventud.

8. ¿Qué pudieron hacerme, porque me atacaron desde mi juventud? Me ejercitaron, no me oprimieron. Fueron para mí como el fuego para el oro, no como el fuego para el heno. Porque el fuego que se acerca al oro, quita la impureza; el que se acerca al heno, lo convierte en ceniza. Sin embargo, no pudieron conmigo, porque no consentí, porque no me hicieron como ellos son. Sobre mi espalda construyeron los pecadores, hicieron su injusticia lejos. Hicieron que los soportara, y no hicieron que consintiera. Ahora, pues, su injusticia está lejos de mí. Los malos están mezclados con los buenos, no solo en el mundo, sino también dentro de la misma Iglesia los malos están mezclados con los buenos. Lo sabéis, y lo habéis probado; y lo probaréis más, si sois buenos. Porque cuando creció la hierba y dio fruto, entonces apareció la cizaña (Mat. XIII, 27-43). Ningún mal aparece en la Iglesia, sino al que es bueno. Sabéis, pues, que están mezclados, y siempre y en todas partes dice la Escritura que no se separarán, sino al final. Así, como están mezclados, están lejos de sí mismos. Que nadie, pues, porque los malos están mezclados entre los buenos, piense que la iniquidad está junto a la justicia, No pudieron, dice, conmigo; es decir, dijeron, y dijeron mal, Comamos y bebamos; porque mañana moriremos. No corrompieron las malas palabras las buenas costumbres: en lo que oí de Dios, no cedí a las palabras de los hombres. Los pecadores hicieron que los soportara, no que me mezclara con ellos, y su iniquidad se hizo lejos de mí. ¿Qué hay tan cerca como dos hombres en una Iglesia? ¿Qué hay tan lejos como la iniquidad de la justicia? Porque donde hay consenso, allí hay cercanía. Dos están atados y son llevados ante el juez; un ladrón y un

inocente están atados con una cadena, y están lejos de sí mismos. ¿Cuánto están lejos de sí mismos? Tanto como está lejos el crimen de la inocencia. He aquí, estos están lejos uno del otro. Otro ladrón en España comete crímenes, es cercano a quien los comete en África. ¿Cuánto cercano? Tanto como se unen el crimen y el crimen, tanto como se unen el latrocinio y el latrocinio. Que nadie, pues, tema a los malos mezclados con él en el cuerpo. Esté lejos de ellos en el corazón, y seguro lleva lo que no teme: Lejos hicieron su injusticia.

9. [vers. 4.] ¿Qué ocurre? Florecen aquellos que reinan inicuamente; y para hablar en lenguaje popular, los inicuos truenan, se exaltan en soberbia, en calumnias. ¿Qué, entonces? ¿Siempre será así? No. Escucha lo que sigue: El Señor justo cortará las cabezas de los pecadores. Preste atención vuestra Caridad. El Señor, dice, justo cortará las cabezas de los pecadores. ¿Quién no temblará? ¿Quién no ha pecado? El Señor justo cortará las cabezas de los pecadores. A todos los que escuchan, entra el temor en el corazón, si creen en la Escritura de Dios. Porque si los hombres se golpean el pecho sin razón, mienten porque se golpean el pecho, si son justos; y en lo que mienten a Dios, se hacen pecadores. Si, pues, verdaderamente se golpean el pecho, son pecadores. ¿Y quién de nosotros no se golpea el pecho? ¿Y quién de nosotros no baja los ojos a la tierra, como aquel publicano, y dice, Señor, ten piedad de mí, pecador (Luc. XVIII, 13)? Si, pues, todos son pecadores, y no se encuentra a nadie sin pecado; a todos se les debe temer la espada en el cuello, porque el Señor justo cortará las cabezas de los pecadores. No creo, hermanos míos, que de todos los pecadores; sino que en el miembro que golpea, allí designa a los pecadores que golpeará. No dijo, el Señor justo cortará las manos de los pecadores; o, el Señor justo cortará los pies de los pecadores, no dijo: sino porque quería que se entendieran los pecadores soberbios, y todos los soberbios son de dura cerviz, que no solo hacen el mal, sino que tampoco quieren reconocerlo, y cuando se les reprende, se justifican (He aquí que lo hiciste; al menos reconoce lo que hiciste: Dios odia al pecador, ódiale tú también; únete a Dios, juntos persigan tu pecado. No, dice: yo hice bien, Dios hizo mal. ¿Qué es esto? Yo no hice nada malo, dice: porque Saturno lo hizo, porque Marte lo hizo, porque Venus lo hizo; yo no hice nada, las estrellas lo hicieron. Te justificas, acusas a Dios que hizo las estrellas, que adornó el cielo): así que porque justificas tu pecado, y te enorgulleces contra Dios, porque te haces fuera de culpa, y a Dios en culpa, y tanto has erguido tu cuello, y has corrido contra Dios, como está escrito en Job (decía del pecador impío), Corriendo contra Dios con el grueso cuello de su escudo (Job XV, 26); y allí nombró el cuello; porque así te eriges, y no bajas los ojos a la tierra, y te golpeas el pecho, y dices, Señor, ten piedad de mí, pecador; pero te jactas de tus méritos, y quieres, dice Dios, contender conmigo en juicio (Jerem. II, 29), entrar conmigo en juicio; cuando deberías en tu culpa satisfacer a Dios, y clamar a Él, lo que se clama en otro salmo, Si observas las iniquidades, Señor; Señor, ¿quién podrá sostenerse? (Sal. CXXIX, 3): clamar a Él, lo que se clama en otro salmo, Yo dije: Señor, ten misericordia de mí, sana mi alma, porque he pecado contra ti (Sal. XL, 5): porque no quieres decir esto, sino que justificas tus hechos contra la palabra de Dios; viene sobre ti lo que sigue la Escritura, y dice, El Señor justo cortará las cabezas de los pecadores.

10. [vers. 5.] Sean confundidos, y vuélvanse atrás, todos los que odian a Sion. Los que odian a Sion, odian a la Iglesia: Sion es la Iglesia. Y los que entran en la Iglesia con hipocresía, odian a la Iglesia. Los que no quieren observar la palabra de Dios, odian a la Iglesia: Sobre mi espalda construyeron. ¿Qué hará la Iglesia, sino llevar hasta el fin?

11. [vers. 6, 7.] Pero ¿qué dice de ellos? Sigue, Sean como la hierba de los techos, que antes de ser arrancada se seca. La hierba de los techos es la que nace en los tejados, en el terrado embaldosado. Se ve en lo alto, y no tiene raíz. ¿Cuánto mejor nacería más humildemente, y crecería más alegremente? Ahora nace más alto para una más rápida sequedad. Aún no ha

sido arrancada, y se ha secado: aún no han sido juzgados en el juicio de Dios, y ya no tienen savia de verdor. Observad sus obras, y ved que se han secado. Pero viven, y están aquí: aún no han sido arrancados: Se han secado, pero aún no han sido arrancados: se han hecho como la hierba de los techos, que antes de ser arrancada se seca.

12. Y vendrán los segadores, pero no llenan sus manos de ellos. Porque vendrán los segadores, y recogerán el trigo en el granero, y atarán la cizaña, y la echarán al fuego. Así también se limpia la hierba de los techos, y todo lo que se arranca de allí, se echa al fuego; porque incluso antes de ser arrancada se ha secado. No llena de ellos el segador sus manos. Porque sigue y dice: No llenó su mano el segador, ni su seno el que recoge los manojos. Los segadores son los ángeles (Mat. XIII, 39.), dice el Señor.

13. [vers. 8.] Y no dijeron los que pasan por el camino, La bendición del Señor sobre vosotros; os bendecimos en el nombre del Señor. Sabéis, hermanos, que cuando se pasa por los que trabajan, es costumbre decirles, La bendición del Señor sobre vosotros. Y más esta costumbre era en el pueblo de los judíos. Nadie pasaba y veía a algunos haciendo algún trabajo en el campo, o en la viña, o en la cosecha, o algo por el estilo; no se permitía pasar sin bendición. Unos son los que recogen los manojos, otros son los que pasan por el camino. Los que recogen los manojos, no llenan sus manos de ellos; porque no se recoge para el granero la hierba de los techos. ¿Quiénes son los que recogen los manojos? Los segadores. ¿Quiénes son los segadores? El Señor dijo: Los segadores son los ángeles. ¿Quiénes son los que pasan? Aquellos que ya han pasado por este camino, es decir, por esta vida, de aquí a la patria: los apóstoles eran los que pasaban en esta vida, los profetas eran los que pasaban. ¿A quiénes bendijeron los profetas y los apóstoles? A aquellos en quienes vieron la raíz de la caridad. Pero a quienes encontraron en los techos sobresaliendo y enorgulleciéndose con el grueso cuello de su escudo, dijeron contra ellos lo que serían, pero no les dieron bendición. Por tanto, todos estos malos que lleva la Iglesia, que leéis en las Escrituras, los encontráis maldecidos designados para pertenecer al anticristo, para pertenecer al diablo, para pertenecer a la paja, para pertenecer a la cizaña. Y muchas cosas innumerables se dicen por similitud de ellos: Porque no todo el que me dice, Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos (Id. VII, 21). No encuentras Escritura que hable bien de ellos, porque los que pasan por el camino no los bendijeron. Los profetas que pasan dijeron todo lo malo de ellos. He aquí también este que llevamos, David pasó por el camino; escuchasteis lo que dijo de ellos: El Señor justo cortará las cabezas de los pecadores. Sean confundidos, y vuélvanse atrás, todos los que odian a Sion. Sean como la hierba de los techos, que antes de ser arrancada se seca. No llenó su mano el segador, ni su seno el que recoge los manojos. Esto dijo de ellos. Por tanto, este que pasa no los bendijo, y se cumplió también por él, lo que él mismo dijo: Y no dijeron los que pasan por el camino, Os bendecimos en el nombre del Señor. Y estos que pasan, ya sean profetas, ya sean patriarcas, ya sean apóstoles, quienesquiera que pasaron, si vivimos bien, hermanos, nos bendijeron en el nombre del Señor. ¿Cuándo, dices, me bendijo Pablo? ¿Cuándo me bendijo Pedro? Atiende en las Escrituras, ve si vives bien, y ve allí que fuiste bendecido. Todos los que viven bien bendijeron. ¿Y cómo bendijeron? En el nombre del Señor; no en su propio nombre, como los herejes. Porque los que dicen, Lo que damos, eso es santo; quieren bendecir en su propio nombre, no en el nombre del Señor. Pero los que dicen, No santifica sino Dios, ni hay nadie bueno sino por el don de Dios; ellos bendicen en el nombre del Señor, no en su propio nombre: porque son amigos del esposo (Juan III, 19), no quieren ser adúlteros de la esposa.

EN EL SALMO CXXIX COMENTARIO.

SERMON A LA GENTE.

1. [vers. 1-3.] Porque presumimos que no solo con los ojos del cuerpo, sino también con el corazón vigiláis, debemos cantar con entendimiento: Desde lo profundo clamé a ti, Señor; Señor, escucha mi voz. Porque esta es la voz del que asciende, perteneciente al cántico de los grados. Por tanto, cada uno de nosotros debe ver en qué profundo está, desde dónde clama al Señor. Clamó desde lo profundo Jonás, desde el vientre del cetáceo (Jonás II, 2). Estaba no solo bajo las olas, sino también en las entrañas de la bestia; sin embargo, ese cuerpo y esas olas no cerraron la oración para que no llegara a Dios, y el vientre de la bestia no pudo retener la voz del que suplica. Penetró todo, rompió todo, llegó a los oídos de Dios: si es que se puede decir que rompiendo todo llegó a los oídos de Dios, cuando los oídos de Dios estaban en el corazón del que ora. ¿Dónde no tiene presente a Dios, la voz de quien es fiel? Sin embargo, también nosotros debemos entender desde qué profundo clamamos al Señor. Porque para nosotros es profundo esta vida mortal. Quien se entienda en el profundo, clama, gime, suspira, hasta que sea sacado del profundo, y venga a aquel que se sienta sobre todos los abismos y sobre los querubines, sobre todo lo que ha creado, no solo corporal, sino también espiritual; hasta que el alma venga a él, hasta que sea liberada por él la imagen de sí mismo, que es el hombre, que en este profundo como agitado por olas constantes, ha sido desgastado: y a menos que sea renovado y reparado por Dios, quien la imprimió cuando formó al hombre (El hombre pudo ser idóneo para su caída; no es idóneo para su resurrección), siempre está en el profundo; a menos que sea liberado, como dije, siempre está en el profundo. Pero cuando clama desde el profundo, se levanta del profundo, y ese clamor no le permite estar mucho en el fondo. Porque están muy en el profundo, quienes ni siquiera claman desde el profundo. Dice la Escritura: El pecador, cuando ha llegado al profundo de los males, desprecia (Prov. XVIII, 3). Ya veis, hermanos, qué profundo es, donde se desprecia a Dios. Cuando alguien ve que está oprimido por pecados cotidianos, por montones y masas de iniquidades, si se le dice que ruegue a Dios, se burla. ¿De qué maneras? Primero dice: Si a Dios le desagradan los crímenes, ¿yo viviría? Si Dios se preocupa por las cosas humanas, ¿no solo viviría, sino que también me iría bien? Esto suele sucederles a aquellos que están muy en el profundo, y prosperan en sus iniquidades: y tanto más se hunden en el profundo, cuanto más parecen ser felices; porque la felicidad engañosa, esa misma es la mayor infelicidad. Luego también suelen decir los hombres: Ya que he hecho muchas cosas y la condena es inminente, ¿por qué pierdo esto, que no hago todo lo que puedo? y, ¿Por qué no hago todo lo que puedo? Como suelen decir los ladrones desesperados: Así me matará el juez por diez homicidios, como por cinco, como por uno; ¿por qué no hago ya todo lo que se me ocurra? Esto es, El pecador, cuando ha llegado al profundo de los males, desprecia. Pero el Señor Jesucristo que no desprecia nuestros profundos, que se dignó venir hasta esta vida, prometiendo el perdón de todos los pecados; incluso desde el profundo ha levantado al hombre, para que clame desde el profundo bajo las masas de sus pecados, y llegue la voz del pecador a Dios: ¿desde dónde clama, sino desde el profundo de los males?

2. Y ved que la voz del pecador clama desde el profundo: Desde lo profundo clamé a ti, Señor; Señor, escucha mi voz. Sean tus oídos atentos a la voz de mi súplica. ¿Desde dónde clama? Desde el profundo. ¿Quién es, pues, el que clama? El pecador. ¿Y con qué esperanza clama? Porque el que vino a perdonar los pecados, dio esperanza incluso al pecador puesto en el profundo. Por eso, ¿qué sigue después de estas voces? Si observas las iniquidades, Señor; Señor, ¿quién podrá sostenerse? He aquí que abrió desde qué profundo clamaba. Porque clama bajo las masas y olas de sus iniquidades. Miró a su alrededor, miró su vida; la vio cubierta por todas partes de crímenes y maldades: dondequiera que miró, no encontró nada bueno en sí mismo, nada sereno de justicia pudo encontrar. Y cuando vio tantos y tan numerosos pecados por todas partes y las hordas de sus crímenes, como espantado exclamó,

Si observas las iniquidades, Señor; Señor, ¿quién podrá sostenerse? No dijo, Yo no podré sostenerme; sino, ¿quién podrá sostenerse? Porque vio que casi toda la vida humana está rodeada por sus pecados, todas las conciencias acusadas por sus pensamientos, no se encuentra un corazón puro que presuma de su justicia. Si, pues, no se puede encontrar un corazón puro que presuma de su justicia; que el corazón de todos presuma de la misericordia de Dios, y diga, Si observas las iniquidades, Señor; Señor, ¿quién podrá sostenerse?

3. [vers. 4-6.] ¿Por qué, entonces, hay esperanza? Porque en ti hay propiciación. ¿Y qué es esta propiciación, sino un sacrificio? ¿Y qué es el sacrificio, sino lo que fue ofrecido por nosotros? La sangre inocente derramada borró todos los pecados de los culpables: un precio tan grande pagado redimió a todos los cautivos de la mano del enemigo captor. Por lo tanto, hay propiciación en ti. Pues si no hubiera propiciación en ti, si quisieras ser solo juez y no misericordioso, observarías todas nuestras iniquidades y las buscarías; ¿quién podría soportarlo? ¿Quién se mantendría ante ti y diría: Soy inocente? ¿Quién se mantendría en tu juicio? La única esperanza, entonces, es que hay propiciación en ti. Por tu ley te esperé, Señor. ¿Qué ley? ¿La que hizo culpables? Porque la ley santa, justa y buena fue dada a los judíos (Rom. VII, 12); pero pudo hacerlos culpables. No se dio una ley que pudiera vivificar (Gál. III, 21), sino que mostrara los pecados al pecador. El pecador se había olvidado de sí mismo y no se veía; se le dio la ley para que se viera. La ley hizo culpable; el Dador de la ley liberó: porque el Dador de la ley es el Soberano. Se dio una ley que aterroriza y constriñe a la culpabilidad; y la ley no libera de los pecados, sino que muestra los pecados. Y tal vez, bajo esa misma ley, este hombre, al darse cuenta en lo profundo de cuánto había hecho contra la ley, exclamó diciendo: Si observas las iniquidades, Señor; Señor, ¿quién podrá soportarlo? Por lo tanto, hay una ley de la misericordia de Dios, una ley de la propiciación de Dios. Aquella fue de temor, hay otra ley de caridad. La ley de la caridad perdona los pecados, borra el pasado, advierte sobre el futuro; en el camino no abandona al compañero, se convierte en compañero de aquel a quien guía en el camino. Pero hay que reconciliarse con el adversario mientras estás con él en el camino (Mat. V, 25). Porque la palabra de Dios es tu adversario mientras no estés de acuerdo con ella. Te reconcilias cuando comienza a deleitarte hacer lo que dice la palabra de Dios. El que era adversario se convierte en amigo: así, al final del camino, no habrá quien te entregue al juez. Por lo tanto, por tu ley te esperé, Señor; porque te dignaste traer la ley de la misericordia, perdonarme todos mis pecados, darme de ahora en adelante advertencias para no ofenderte: en esas advertencias, si por casualidad tropiezo, me diste un remedio, para que te ore, diciendo: Perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores (Id. VI, 12). Estableciste esta ley para mí, para que como yo perdono, se me perdone a mí. Por esta ley te esperé, Señor. Esperé cuando vendrías y me liberarías de toda necesidad, porque en esa misma necesidad no abandonaste la ley de la misericordia.

4. Escucha qué ley dice, si aún no has entendido que ahora habla de la ley de la caridad; escucha al Apóstol: Llevad los unos las cargas de los otros, y así cumpliréis la ley de Cristo. ¿Quiénes llevan las cargas de los otros, sino los que tienen caridad? Los que no tienen caridad, se sienten pesados; pero los que tienen caridad, se llevan a sí mismos. Alguien te ha ofendido, pide perdón: si no perdonas, no llevas la carga de tu hermano; si perdonas, llevas al enfermo. Y si tú, por casualidad, caes en alguna debilidad, como hombre, es necesario que él te lleve a ti, como tú a él. Escucha lo que precedió: Hermanos, dice, si alguno es sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restaurad a tal persona con espíritu de mansedumbre. Y no sea que, porque mencionó a los espirituales, se consideren seguros, inmediatamente añadió: Considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado. Luego añadió lo que recordé: Llevad los unos las cargas de los otros, y así cumpliréis la ley

de Cristo (Gál. VI, 1, 2): de donde dice, Por tu ley te esperé, Señor. Se dice que los ciervos, cuando cruzan los estrechos hacia las islas cercanas en busca de pastos, colocan sus cabezas sobre los otros; y uno, que va delante, lleva solo su cabeza y no la pone sobre otro: pero cuando también él se cansa, se retira de la parte delantera y regresa atrás, para que también él descanse en otro: y así todos llevan sus cargas, y llegan a lo que desean; y no sufren naufragio, porque la caridad es como un barco para ellos. Así que la caridad lleva las cargas; pero no tema ser aplastada por tales cargas: que cada uno cuide de no ser aplastado por sus propios pecados. Porque cuando llevas la debilidad de tu hermano, no te pesan sus pecados. Claro, si consientes, ya te pesan los tuyos, no los de otro. Porque quien consiente al pecador, no es cargado por los pecados ajenos, sino por los suyos. La aprobación del pecado ajeno se convierte en tu pecado; y no hay razón para quejarse de que los pecados ajenos te pesen. Se te dice: Te pesan, pero son tuyos. Viste al ladrón, corriste con él (Sal. XLIX, 18). ¿Qué significa esto? Caminaste con los pies hacia el ladrón; más bien, te uniste mentalmente al ladrón: lo que era solo de él, se convirtió en tuyo; porque te agradó. Pero si te desagrada, y oras por él, y pides perdón, para que puedas decir con frente libre en tus oraciones, que el Jurisperito celestial te dictó, Perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores; aprendiste a llevar la carga de tu hermano; para que otro lleve lo que es tuyo, y se cumpla en vosotros lo que dice el Apóstol, Llevad los unos las cargas de los otros, y así cumpliréis la ley de Cristo. Así cantas seguro lo que se dijo ahora, Por tu ley te esperé, Señor.

5. Pero quien no guarda esta ley, ni espera al Señor; ni, si quiere esperar, hay razón para que espere; espera en vano. Porque el Señor vendrá, y encontrará tus pecados; pero no encontrará que viviste con justicia perfecta. Tal vez no encontrará homicidios, porque son graves y mucho mayores; no encontrará adulterio, no encontrará robos, no encontrará saqueos, no encontrará maleficios, no encontrará idolatría; no encontrará estas cosas. ¿Entonces no encontrará nada? Escucha la palabra del Evangelio: Quien diga a su hermano, Fatuo. ¿Quién se abstiene incluso de estos pequeños pecados de la lengua? Pero tal vez dices, Son pequeños. Será culpable, dice, del fuego del infierno (Mat. V, 22). Si te parecía pequeño o insignificante decirle a tu hermano, Fatuo, que al menos el gran fuego del infierno te parezca grande: si despreciabas el pecado menor, al menos que la magnitud del castigo te disuada. Pero dices: Son menores, son pequeños, sin los cuales no puede ser esta vida. Acumula los pequeños, y hacen un gran montón. Porque los granos también son pequeños, y sin embargo forman una masa: y las gotas son pequeñas, y llenan los ríos, y arrastran masas. Por eso, al considerar cuántos pequeños pecados diarios comete el hombre, si nada más, al menos por pensamientos y lengua, observa cuántos son; y si observa cuán pequeños son, ve que por muchos pequeños se hace un gran montón; y no pensando en sus pecados pasados, sino en la misma fragilidad humana, ya ascendiendo clama: Desde lo profundo clamé a ti, Señor; Señor, escucha mi voz. Sean tus oídos atentos a la voz de mi súplica. Si observas las iniquidades, Señor; Señor, ¿quién podrá soportarlo? Puedo evitar homicidios, adulterios, robos, perjurios, maleficios, idolatría; ¿pero también los pecados de la lengua? ¿y los pecados del corazón? Está escrito: El pecado es iniquidad (I Juan III, 4). ¿Quién, entonces, podrá soportarlo, si observas las iniquidades? si quisieras tratar con nosotros como un juez severo, no como un padre misericordioso, ¿quién se mantendrá ante tus ojos? Pero hay propiciación en ti; por tu ley te esperé, Señor. ¿Qué tipo de ley es esta? Llevad los unos las cargas de los otros, y así cumpliréis la ley de Cristo. ¿Quiénes llevan las cargas de los otros? Los que dicen fielmente, Perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.

6. Mi alma esperó en tu palabra. Nadie espera, sino quien aún no ha recibido lo que se prometió: porque quien ya ha recibido, ¿qué espera? Hemos recibido el perdón de los pecados; pero se nos ha prometido el reino de los cielos: nuestras deudas han sido borradas;

pero nuestra recompensa aún está por venir: hemos recibido el perdón; pero aún no tenemos la vida eterna. Pero quien dio el perdón, también prometió la vida eterna. Si fuera nuestra palabra, deberíamos temer: porque es la palabra de Dios, no falla. Por lo tanto, esperamos con seguridad en su palabra, quien no puede fallar. Mi alma esperó en el Señor, desde la vigilia matutina hasta la noche. ¿Qué significa lo que dice? ¿Esperó en el Señor un solo día, y toda su esperanza terminó? Desde la vigilia matutina hasta la noche, mi alma esperó en el Señor. Esta vigilia matutina es el fin de la noche; desde aquí hasta la noche mi alma esperó en el Señor. Por lo tanto, debe entenderse, para que no pensemos que debemos esperar en el Señor un solo día, Desde la vigilia matutina hasta la noche. ¿Qué piensan, hermanos? Esto es, Desde la vigilia matutina hasta la noche, mi alma esperó en el Señor: porque el Señor, por quien se nos perdonaron los pecados, resucitó de entre los muertos en la vigilia matutina, para que esperemos que en nosotros suceda lo que precedió en el Señor. Porque ya nuestros pecados han sido perdonados, pero aún no hemos resucitado: si aún no hemos resucitado, aún no se ha hecho en nosotros lo que precedió en nuestra cabeza. ¿Qué precedió en nuestra cabeza? Porque también la carne de esa cabeza resucitó; ¿acaso el espíritu de esa cabeza murió? Pero lo que en él murió, resucitó. Resucitó al tercer día; y de alguna manera el Señor nos dijo esto: Lo que visteis en mí, esperad en vosotros; es decir, porque yo resucité, también vosotros resucitaréis.

7. Pero hay quienes dicen: He aquí, el Señor resucitó; ¿acaso por eso debo esperar que yo también pueda resucitar? Por supuesto que sí: porque el Señor resucitó en lo que recibió de ti. Porque no resucitaría si no hubiera muerto, y no habría muerto si no hubiera llevado carne. ¿Qué recibió de ti el Señor? Carne. ¿Qué vino él mismo? La Palabra de Dios, que era antes de todo, por quien todas las cosas fueron hechas. Pero para recibir algo de ti. La Palabra se hizo carne, y habitó entre nosotros (Juan I, 1, 3, 14). Recibió de ti lo que ofrecería por ti; así como el sacerdote recibe de ti lo que ofrecerá por ti, cuando deseas aplacar a Dios por tus pecados. Ya se ha hecho, así se ha hecho. Nuestro sacerdote recibió de nosotros lo que ofrecería por nosotros: recibió de nosotros carne; en esa carne se hizo víctima, se hizo holocausto, se hizo sacrificio. En la pasión se hizo sacrificio; en la resurrección renovó lo que fue muerto, y como primicias tuyas lo dio a Dios, y te dijo: Ya todas tus cosas han sido consagradas, cuando tales primicias de ti fueron dadas a Dios; por lo tanto, espera también en ti lo que precedió en tus primicias.

8. Por lo tanto, porque él resucitó desde la vigilia matutina, nuestra alma comenzó a esperar desde entonces: ¿y hasta cuándo? Hasta la noche; hasta que muramos. Porque toda nuestra muerte carnal es como un sueño. Comenzaste a esperar desde que el Señor resucitó, no dejes de esperar hasta que salgas de esta vida. Porque si no esperas hasta la noche, se borra todo lo que esperabas. Porque hay hombres que comienzan a esperar, pero no perseveran hasta la noche. Comienzan a sufrir algunas tribulaciones, comienzan a sufrir tentaciones, ven a hombres malos e inicuos prosperar en felicidad temporal: y porque esperaban tales cosas del Señor, para ser felices aquí, observan a aquellos que cometieron crímenes, tener lo que ellos deseaban tener; y sus pies desfallecen, y dejan de esperar. ¿Por qué? Porque no comenzaron a esperar desde la vigilia matutina. ¿Qué es esto? No comenzaron a esperar del Señor lo que precedió en el Señor desde esa vigilia matutina: sino que esperaban del Señor, que si eran cristianos, tendrían la casa llena de grano, vino, aceite, plata, oro; ninguno de ellos moriría prematuramente; si alguien no tenía hijos, los tendría; si no se había casado, se casaría; no abortaría no solo alguna mujer en su casa, sino tampoco su ganado; no se agriarían sus cubas, no se granizaría su viña. Quien así esperaba en el Señor, observa a aquellos que no adoran al Señor abundar en estas cosas, y sus pies desfallecen (Sal. LXXII, 2, 3), y no esperó hasta la noche; porque no comenzó a esperar desde la vigilia matutina.

9. ¿Quién, entonces, comienza a esperar desde la vigilia matutina? Quien espera esto del Señor, lo que comenzó a mostrar desde la vigilia matutina en la que resucitó. Porque antes nadie había resucitado para vivir siempre. Presten atención, queridos. Los muertos fueron resucitados antes de la venida del Señor: porque Elías resucitó a un muerto (III Reg. XVII, 22), y Eliseo (IV Reg. IV, 35); pero resucitaron para morir de nuevo. El mismo Señor resucitó a quienes resucitaron, resucitaron para morir de nuevo; ya sea el joven hijo de la viuda (Luc. VII, 15), o la niña de doce años, hija del jefe de la sinagoga (Id. VIII, 55), o Lázaro (Juan XI, 44): resucitaron de otra manera, todos para morir; nacieron una vez, pero murieron dos veces. Nadie había resucitado para nunca morir, excepto el Señor. ¿Cuándo resucitó el Señor para nunca morir? Desde la vigilia matutina. Espera esto también de ti del Señor, que resucitarás, no como resucitó Lázaro, no como resucitó el hijo de la viuda y la hija del jefe de la sinagoga, no como resucitaron los que resucitaron los antiguos profetas; sino espera resucitar como el Señor, para que después de la resurrección con la que resucites, no temas ya morir: y comenzaste a esperar desde la vigilia matutina.

10. Pero espera hasta la noche, hasta que termine esta vida, hasta que sea la noche de toda la humanidad en el ocaso del mundo. ¿Por qué hasta entonces? Porque después de esta noche ya no habrá esperanza, sino la misma realidad. Porque la esperanza que se ve, no es esperanza, dice el Apóstol: porque lo que uno ve, ¿qué espera? Pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos (Rom. VIII, 24, 25). Si, por lo tanto, debemos esperar pacientemente lo que no vemos, esperemos hasta la noche, es decir, hasta el fin de esta vida nuestra o del mundo. Pero cuando esa noche haya pasado, ya vendrá lo que esperábamos; y ya no esperaremos, ni tampoco estaremos desesperados. Porque hay una censura para los desesperados, y a veces detestamos a un hombre, y decimos: No tiene esperanza. No siempre es malo no tener esperanza. En esta vida, cuando estamos, es malo no tener esperanza; porque quien ahora no tiene esperanza, no tendrá la realidad después. Por lo tanto, ahora debemos tener esperanza. Pero cuando venga la realidad, ¿habrá esperanza? Porque lo que uno ve, ¿qué espera? Vendrá nuestro Señor Dios, primero mostrando la misma forma en la que fue crucificado y resucitó, al género humano, para que los piadosos e impíos vean: aquellos vean, y se regocijen al encontrar lo que creyeron antes de ver; y aquellos se avergüencen de no haber creído lo que verán. Los avergonzados serán condenados, y los que se regocijen serán coronados. Se dirá a los confundidos: Id al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles; se dirá a los que se regocijan: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde el principio del mundo (Mat. XXV 41, 34): lo cual, cuando lo reciban, ya no habrá esperanza, porque se tendrá la realidad. Por lo tanto, pasada la esperanza, pasará esa noche; pero hasta que suceda, desde la vigilia matutina espere nuestra alma en el Señor.

11. Y vuelve a eso, Desde la vigilia matutina espere Israel en el Señor. Desde la vigilia matutina hasta la noche, mi alma esperó en el Señor. Pero ¿qué esperó? Desde la vigilia matutina espere Israel en el Señor. No solo espere Israel en el Señor, sino, desde la vigilia matutina espere Israel. ¿Entonces critico la esperanza del mundo, cuando se espera de Dios? No; pero hay otra esperanza propia de Israel. No espere Israel por su bien supremo riquezas, no salud del cuerpo, no abundancia de cosas terrenales: más bien, aquí tendrá tribulación, si por casualidad le toca sufrir algunas molestias por la verdad. Porque los mártires no esperaban en Dios, y sin embargo sufrieron tales cosas, como los ladrones, como los inicuos: expuestos a las bestias, quemados en el fuego, heridos con la espada, desgarrados con garras, encadenados, muertos en prisión, sufriendo todos estos males, ¿no esperaban en el Señor? ¿O esperaban para evitar estos males, disfrutar de esta vida? No, claramente; porque esperaban desde la vigilia matutina. ¿Qué es esto? Consideraban aquella vigilia matutina en la que

resucitó su Señor, y veían que antes de resucitar, él mismo había sufrido tales cosas como ellos sufrían, y no desesperaban de que también ellos, después de tales sufrimientos, resucitarían a la vida eterna. Israel esperó en el Señor, desde la vigilia matutina hasta la noche.

12. [vers. 7, 8.] Porque con el Señor hay misericordia, y con Él hay abundante redención. ¡Magnífico! No podría decirse mejor en su lugar, debido a lo que dijo: Desde la vigilia matutina, espere Israel en el Señor. ¿Por qué? Porque desde la vigilia matutina resucitó el Señor; y esto debe esperar el cuerpo, lo que en la cabeza precedió. Pero no se sugiera este pensamiento: A la Cabeza le fue permitido resucitar, porque no estaba oprimido por los pecados, no había pecado en Él; ¿qué haremos nosotros? ¿Esperaremos una resurrección tal como la que precedió en el Señor, estando agobiados por nuestros pecados? Pero mira lo que sigue: Porque con el Señor hay misericordia, y con Él hay abundante redención. Y Él redimirá a Israel de todas sus iniquidades. Por lo tanto, si estaba oprimido por sus pecados, la misericordia de Dios está presente. Por eso Él precedió sin pecado, para borrar los pecados de los que le siguen. No presuman de ustedes mismos, sino presuman desde la vigilia matutina. Vean a su Cabeza resucitada y ascendida al cielo. En Él no había culpa, pero a través de Él sus culpas serán borradas: Él redimirá a Israel de todas sus iniquidades. Porque Israel pudo venderse y ser vendido bajo el pecado; no puede redimirse de sus iniquidades. Aquel que no pudo venderse, pudo redimir: quien no cometió pecado, Él es el redentor del pecado. Él redimirá a Israel. ¿De dónde lo redimirá? ¿De esa iniquidad, o de aquella? De todas sus iniquidades. Por lo tanto, no tema acercarse a Dios por algunas de sus iniquidades: solo acérquese con un corazón pleno, y deje de hacer lo que antes hacía, y no diga: Esa iniquidad no me será perdonada. Porque si dice esto, debido a la misma que cree que no le será perdonada, no se convierte, y al hacer las demás, no se le perdona incluso aquello que no temía. Porque dice: Cometí un gran crimen, y no puede serme perdonado; ya haré las demás cosas: pues pierdo lo que no hago. No temas: estás en lo profundo, no desprecies clamar desde lo profundo al Señor, y decir: Si observas las iniquidades, Señor; Señor, ¿quién podrá sostenerse? Obsérvalo, y espéralo, y sostente por su ley. ¿Qué ley te dio? Perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. Espera resucitar, y entonces serás de todo modo sin pecado, porque Él resucitó quien primero fue sin pecado. Desde la vigilia matutina espera. No digas: No soy digno por mis pecados. No eres digno; pero con Él hay abundante redención, y Él redimirá a Israel de todas sus iniquidades.

EN EL SALMO CXXX COMENTARIO.

SERMON A LA POBLACIÓN.

1. En este salmo se nos encomienda la humildad del siervo de Dios y fiel, cuya voz se canta, que es todo el cuerpo de Cristo. Pues a menudo hemos advertido a vuestra Caridad, que no debe tomarse como la voz de un solo hombre cantando, sino de todos los que están en el cuerpo de Cristo. Y porque en su cuerpo están todos, como un solo hombre habla: y Él es uno que también son muchos. Pues muchos son en sí mismos, uno son en aquel que es uno. Él mismo es también el templo de Dios, del cual dice el Apóstol: El templo de Dios es santo, que sois vosotros (I Cor. III, 17); todos los que creen en Cristo, y así creen que aman. Esto es creer en Cristo, amar a Cristo: no como los demonios creían (Santiago II, 19), pero no amaban; y por eso, aunque creían, decían: ¿Qué tenemos nosotros contigo, Hijo de Dios? (Mateo VIII, 29). Nosotros, sin embargo, creamos de tal manera, que creamos en Él, amándolo, y no digamos: ¿Qué tenemos nosotros contigo? sino digamos más bien: A ti pertenecemos; tú nos redimiste. Todos, pues, que así creen, son como piedras vivas, de las

cuales se edifica el templo de Dios (I Pedro II, 5); y como maderas incorruptibles, de las cuales se construyó aquella arca, que en el diluvio no pudo hundirse (Gén. VI, 14). Este es el templo, es decir, las mismas personas, donde se ruega a Dios, y Él escucha. Pues quienquiera que ore a Dios fuera del templo de Dios, no es escuchado para aquella paz de la Jerusalén celestial, aunque sea escuchado para algunas cosas temporales, que Dios también ha concedido a los paganos. Pues incluso los demonios fueron escuchados, para ir a los cerdos (Mateo VIII, 31, 32). Ser escuchado para la vida eterna es otra cosa, y no se concede sino a quien ora en el templo de Dios. Pero aquel ora en el templo de Dios, quien ora en la paz de la Iglesia, en la unidad del cuerpo de Cristo; que el cuerpo de Cristo consiste en muchos creyentes en todo el mundo: y por eso es escuchado, quien ora en el templo. Pues él ora en espíritu y verdad, quien ora en la paz de la Iglesia; no en aquel templo donde era figura (Juan IV, 21-24).

2. Según la figura, el Señor excluyó a los hombres del templo, aquellos que buscaban lo suyo, es decir, iban al templo para vender y comprar. Pero si aquel templo era figura, es evidente que también el cuerpo de Cristo, que es el verdadero templo del cual aquella era imagen, tiene mezclados compradores y vendedores, es decir, los que buscan lo suyo, no lo de Jesucristo (Filip. II, 21). Pero son excluidos de allí con un látigo de cuerdas. Pues la cuerda significa pecados, como se dice por el profeta: ¡Ay de aquellos que arrastran pecados como una larga cuerda! (Isaías V, 18). Pues aquellos arrastran pecados como una larga cuerda, quienes añaden pecados a pecados; quienes cuando han cometido un pecado, para cubrirlo, cometen otro. Pues así como para que se haga una cuerda, se añade esparto a esparto, no va en línea recta, sino que se tuerce: así todas las acciones torcidas, que son pecados cuando se añaden entre sí, y de pecado en pecado, y se anexa pecado a pecado, se hace una larga cuerda. Cuyos caminos son torcidos, y sus pasos son tortuosos (Job VI, 18). ¿Para qué sirve, pues, esta cuerda, sino para que de ella se aten las manos y los pies, y se arroje a alguien a las tinieblas exteriores? Pues recordáis que se dijo de cierto pecador en el Evangelio: Atadle las manos y los pies, y arrojadle a las tinieblas exteriores; allí será el llanto y el crujir de dientes (Mateo XXII, 13). No habría de qué atarle las manos y los pies, si él mismo no se hubiera hecho una cuerda. Por lo cual está escrito claramente en otro lugar: Cada uno es atado con las cuerdas de sus pecados (Proverbios V, 22). Pues porque los hombres son azotados por sus pecados, por eso el Señor hizo un látigo de cuerdas, y de allí expulsó del templo a todos los que buscaban lo suyo, no lo de Jesucristo.

3. Por tanto, la voz de este templo está en el Salmo. En este templo, como dije, se ruega a Dios, y se escucha en espíritu y verdad; no en aquel corporal. Pues allí era sombra, en la cual se mostraba lo que había de venir: por eso aquello ya cayó. ¿Cayó, pues, la casa de nuestra oración? De ninguna manera. Pues aquel templo que cayó, no podía llamarse casa de oración, de la cual se dijo: Mi casa será llamada casa de oración para todas las naciones. Pues habéis oído lo que dijo el Señor Jesucristo: Está escrito, Mi casa será llamada casa de oración para todas las naciones; pero vosotros la habéis hecho cueva de ladrones (Mateo XXI, 12, 13; y Juan II, 14-16). ¿Acaso aquellos que quisieron hacer la casa de Dios cueva de ladrones, hicieron que el templo cayera? Así también aquellos que viven mal en la Iglesia católica, en cuanto a ellos, quieren hacer la casa de Dios cueva de ladrones; pero no por eso derriban el templo. Pues vendrá el tiempo, cuando por la cuerda de sus pecados sean arrojados fuera. Pero este templo de Dios, este cuerpo de Cristo, esta congregación de fieles tiene una voz, y como un solo hombre canta en el Salmo. Su voz ya la hemos oído en muchos salmos; oigámosla también en este. Si queremos, es nuestra voz; si queremos, oímos con el oído al que canta, y nosotros cantamos con el corazón. Pero si no queremos, estaremos en aquel templo como compradores y vendedores, es decir, buscando lo nuestro: entramos en la

Iglesia, no por lo que agrada a los ojos de Dios. Pues vea en vuestro número quién cómo escucha, si escucha y se burla, si escucha y lo deja atrás, si escucha y concuerda, es decir, si siente aquí su voz, y une la voz de su corazón a la voz de este salmo. Sin embargo, la voz de este salmo no calla; sean instruidos los que puedan, más bien los que quieran; los que no quieran, no impidan. Se nos encomienda la humildad; de ahí comenzó.

4. [vers. 1.] Señor, no se ha exaltado mi corazón. Ofreció sacrificio. ¿De dónde probamos que ofreció sacrificio? Porque la humildad del corazón es sacrificio. Se dice en otro salmo: Porque si quisieras sacrificio, ciertamente lo daría. Deseaba mucho hacer algo a Dios por sus pecados, quería propiciarlo, para recibir el perdón de los pecados: y como buscando con qué propiciarlo, Si quisieras, dice, sacrificio, ciertamente lo daría; no te deleitas en holocaustos. ¿Qué, pues? porque no se deleita en holocaustos, ¿no acepta sacrificio, y se aplaca sin sacrificio? Si no hay sacrificio, no hay sacerdote. Pero si tenemos un sacerdote en los cielos, que intercede por nosotros ante el Padre: (Pues entró en el santo de los santos, en el interior del velo, donde no entraba el sacerdote en figura sino una vez al año, así como el Señor en todo tiempo fue ofrecido una vez [Hebr. IX], Él mismo se ofreció, Él mismo sacerdote, Él mismo víctima, y entró en el santo de los santos una vez [Rom. VI, 9]); estamos seguros, porque tenemos Sacerdote; allí ofrezcamos también la ofrenda. Veamos qué sacrificio debemos ofrecer; porque no se deleita en holocaustos nuestro Dios, como habéis oído en el salmo. Pero allí sigue y muestra qué ofrece: Sacrificio a Dios es el espíritu contrito: el corazón contrito y humillado no despreciará Dios (Salmo L, 18, 19). Si, pues, el corazón humillado es sacrificio a Dios, ofreció sacrificio quien dijo: Señor, no se ha exaltado mi corazón. Mira en otro lugar ofreciendo así: dice a Dios, Mira mi humildad y mi trabajo, y perdona todos mis pecados (Salmo XXIV, 18).

5. Señor, no se ha exaltado mi corazón, ni se han alzado mis ojos; ni he entrado en cosas grandes, ni en cosas maravillosas sobre mí. Que esto se diga más claramente, y se escuche. No fui soberbio, no quise darme a conocer a los hombres como en cosas maravillosas; ni busqué algo por encima de mis fuerzas, de lo cual me jactara ante los ignorantes. Atienda vuestra Caridad; se encomienda una gran cosa. Como Simón el mago quería entrar en cosas maravillosas sobre sí, por eso le deleitó más el poder de los Apóstoles, que la justicia de los cristianos. Pero cuando vio que por la imposición de manos de los Apóstoles y por sus oraciones Dios daba el Espíritu Santo a los fieles; y porque entonces por milagro se demostraba la venida del Espíritu Santo, para que hablaran en lenguas que no habían aprendido, todos sobre quienes venía el Espíritu Santo (y no por eso ahora no se da el Espíritu Santo, porque no hablan en lenguas, los que creen. Pues entonces era necesario que hablaran en lenguas, para significar que todas las lenguas creerían en Cristo. Donde se cumplió lo que se significaba, el milagro fue quitado): cuando, pues, vio esto Simón, quiso hacer tales cosas, no ser tal; y sabéis que incluso pensó que el Espíritu Santo se compraba con dinero. Era, pues, de aquellos que entran en el templo para comprar y vender; quería comprar lo que disponía vender: y verdaderamente, hermanos míos, porque tal era él, y así había entrado a ellos. El Señor los expulsó del templo a los que vendían palomas; pero la paloma significa el Espíritu Santo: quería, pues, Simón comprar la paloma, y vender la paloma; se acercó el Señor Jesucristo, que habitaba en Pedro, y con el látigo de cuerdas expulsó al mal comerciante (Hechos VIII, 18-23).

6. Por tanto, hay hombres a quienes les deleita hacer milagros, y de aquellos que han progresado en la Iglesia exigen milagro; y ellos mismos que se ven como si hubieran progresado, quieren hacer tales cosas, y piensan que no pertenecen a Dios si no las hacen. Pero el Señor nuestro Dios, que sabe qué da a cada uno, y para que se conserve la unión del cuerpo en paz, habla a la Iglesia por el Apóstol: No puede decir el ojo a la mano, No te

necesito; ni tampoco la cabeza a los pies, No os necesito. Si todo el cuerpo fuera ojo, ¿dónde estaría el oído? si todo el cuerpo fuera oído, ¿dónde estaría el olfato? Pues en nuestros miembros veis, hermanos, cómo cada uno tiene su oficio. El ojo ve, y no oye; el oído oye, y no ve; la mano trabaja, ni oye, ni ve; el pie camina, ni oye, ni ve, ni hace lo que la mano. Pero en un cuerpo si hay salud, y no litigan entre sí los miembros, el oído ve en el ojo, el ojo oye en el oído; ni se puede objetar al oído que no ve, para decirle: Nada eres, eres menor; ¿acaso puedes ver y discernir colores, lo que hace el ojo? Pues responde el oído de la paz del cuerpo, y dice: Estoy donde está el ojo, en ese cuerpo estoy; en mí no veo, en aquel con quien estoy veo. Así cuando el oído dice, El ojo ve por mí; el ojo dice, El oído oye por mí; los ojos y los oídos dicen, Las manos trabajan por nosotros; las manos dicen, Los ojos y los oídos ven y oyen por nosotros: los ojos y los oídos y las manos dicen, Los pies caminan por nosotros: todos en un cuerpo cuando trabajan, si hay salud allí y los miembros concuerdan, se alegran y se regocijan entre sí. Y si hay alguna molestia en algún miembro, no se abandonan, sino que se compadecen entre sí. ¿Acaso, porque en el cuerpo el pie parece estar lejos de los ojos (pues ellos están situados en la altura, y ellos abajo), cuando el pie pisa una espina, los ojos lo abandonan; y no, como vemos, todo el cuerpo se contrae, y el hombre se sienta, se curva la columna vertebral, para buscar la espina que se clavó en la planta? Todos los miembros hacen lo que pueden, para que se extraiga la espina que se había clavado en el lugar más bajo y pequeño. Así, pues, hermanos, quienquiera que en el cuerpo de Cristo no puede resucitar a un muerto, no busque eso, sino busque no discordar en el cuerpo; como si el oído buscara ver, podría discordar. Pues lo que no ha recibido, no puede hacer. Pero si se le objeta y se le dice: Si fueras justo, resucitarías a un muerto, como resucitó Pedro. Pues en Cristo parece que los Apóstoles hicieron cosas mayores, que el mismo Señor (Juan XIV, 12). Pero ¿cómo puede ser que las ramas valgan más, que la raíz? ¿Cómo, pues, parece que hicieron cosas mayores ellos, que Él? A la voz del Señor resucitaron muertos, a la sombra del paso de Pedro resucitó un muerto (Hechos V, 15). Esto parece mayor, que aquello. Pero Cristo podía hacer sin Pedro, Pedro no podía sin Cristo: Porque sin mí, dice, nada podéis hacer (Juan XV, 5). Cuando, pues, esto lo oye el hombre que progresa, como una calumnia objetada por paganos ignorantes, por hombres que no saben lo que dicen; en la unión del cuerpo de Cristo responda y diga: Quien dice, No eres justo, porque no haces milagros; podrías decir también al oído, No estás en el cuerpo, porque no ves. Harías, dice, también tú, como hizo Pedro. Pero Pedro también lo hizo por mí, porque estoy en ese cuerpo, en el que Pedro lo hizo: en él lo que puede puedo, de quien no estoy separado; lo que menos puedo, me compadece, y lo que más puede, me regocijo con él (I Cor. XII). El mismo Señor desde arriba clamó por su cuerpo, Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? (Hechos IX, 4) y a Él nadie lo tocaba, pero por el cuerpo en la tierra laborando la cabeza desde el cielo clamaba.

7. Si, por tanto, hermanos, cada uno actúa justamente en lo que puede y no envidia a otro que puede más, sino que se alegra como si estuviera constituido con él en un solo cuerpo, le corresponde la voz de este Salmo: Señor, no se ha exaltado mi corazón, ni se han alzado mis ojos; no he caminado en cosas grandes, ni en maravillas que me superan. Porque lo que excede mis fuerzas, dice, no lo he buscado, no me he extendido allí, no he querido engrandecerme allí. Pues esta exaltación por la abundancia de gracias debe ser temida, para que nadie se enorgullezca del don de Dios, sino que más bien conserve la humildad y haga lo que está escrito: Cuanto más grande seas, más humíllate en todo, y hallarás gracia ante Dios (Ecli. III, 20). Por tanto, cuán temible es el orgullo por el don de Dios, es algo que debe ser recomendado una y otra vez a vuestra Caridad, especialmente porque el Salmo brevísimo nos permite hablar. El apóstol Pablo, aunque de perseguidor se convirtió en predicador, obtuvo una gracia más abundante en todo trabajo apostólico que los demás apóstoles, para que Dios

mostrara más que lo que da es suyo, no del hombre. Así como los médicos suelen mostrar el poder de su arte en casos desesperados, así el Señor Jesucristo, nuestro médico y salvador, mostró la grandeza de su arte en un caso desesperado, que fue perseguidor de la Iglesia, para no solo hacerlo cristiano, sino también apóstol; y no solo apóstol, sino que, como él mismo dice, trabajó más que todos ellos (1 Cor. XV, 10). Fue, por tanto, de una gracia excelentísima. Y veis, hermanos, que ahora en la Iglesia las Epístolas del apóstol Pablo prevalecen más que las de sus coapóstoles. Pues otros no escribieron, sino que solo hablaron en la Iglesia: porque lo que se presenta por errantes bajo su nombre, al no ser de ellos, es desaprobado y no aceptado por la Iglesia. Otros que escribieron, no escribieron tanto, ni con tanta gracia. Siendo, por tanto, de gran gracia y habiendo merecido grandes dones de Dios, ¿qué dice en cierto lugar? Para que no me ensalce por la grandeza de las revelaciones. Prestad atención, os digo algo tremendo: Para que no me ensalce, dice, por la grandeza de las revelaciones, se me dio un aguijón en mi carne, un ángel de Satanás que me abofetee. ¿Qué es esto, hermanos? Para que no se ensalzara como un joven, era abofeteado como un niño. ¿Y por quién? Por un ángel de Satanás. ¿Qué es esto? Se dice que fue agitado vehementemente por un cierto dolor del cuerpo: los dolores del cuerpo a menudo son infligidos por ángeles de Satanás; pero no pueden hacerlo sin permiso. Pues también el santo Job fue probado así. Satanás fue permitido para probarlo, y lo golpeó con una herida, para que se pudriera con gusanos. Pues el impuro era permitido, pero el santo era probado (Job II, 6, 7). El diablo no sabe cuántos bienes se hacen de él, incluso cuando se enfurece. Enfurecido entró en el corazón de Judas (Juan XIII, 27), enfurecido entregó a Cristo, enfurecido lo crucificó; y con Cristo crucificado, el mundo fue redimido. He aquí que la furia del diablo perjudicó al diablo, pero nos benefició a nosotros. Pues enfurecido, perdió a los que tenía, redimidos por la sangre del Señor, que derramó mientras se enfurecía. Si hubiera sabido el gran daño que sufriría, no habría derramado en la tierra el precio con el que fue redimida la humanidad. Así, pues, aquel ángel de Satanás fue permitido como de buena gana para abofetear al Apóstol; pero sin embargo, el Apóstol era curado. Y porque lo que el médico había aplicado era molesto para el enfermo, rogó al médico que lo quitara. Como cuando el médico aplica a las entrañas un emplasto fuerte y ardiente, del cual, sin embargo, debe ser curado aquel cuyas entrañas estaban hinchadas; cuando comienza a arder y a ser atormentado por el medicamento, ruega al médico que lo quite: pero el médico lo consuela, le aconseja paciencia, porque sabe cuán útil es lo que ha aplicado. Así también el Apóstol sigue y dice, después de haber dicho: Se me dio un aguijón en mi carne, un ángel de Satanás que me abofetee. Pero predijo por qué: Para que no me ensalce por la grandeza de las revelaciones, se me dio un aguijón en mi carne, un ángel de Satanás que me abofetee. Por lo cual tres veces rogué al Señor, dice, que lo quitara de mí. Esto es decir, Rogué al médico que quitara de mí el molesto emplasto que me había aplicado. Pero escucha la voz del médico: Y me dijo, Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad (II Cor. XII, 7-9). Yo sé lo que he aplicado, yo sé de qué adoleces, yo sé de qué serás sanado.

8. Si, por tanto, carísimos, el apóstol Pablo pudo ensalzarse por la grandeza de las revelaciones, a menos que recibiera un ángel de Satanás que lo abofeteara; ¿quién puede estar seguro de sí mismo? Parece más seguro caminar quien ha recibido menos, pero si no busca perversamente lo que no ha recibido rectamente: busque lo que no puede faltar en el cuerpo de Cristo, o sin lo cual está mal allí. Pues es más seguro en el cuerpo un dedo sano que un ojo enfermo. El dedo es una cosa pequeña; el ojo es magnífico, puede mucho: y sin embargo, es mejor ser un dedo y estar sano, que ser un ojo y estar perturbado, enfermo, cegado. Por tanto, no busque cada uno en el cuerpo de Cristo sino la salud. Según la salud tenga fe; de la fe se purifica su corazón, de la purificación del corazón verá aquel rostro del que se ha dicho: Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios (Mat. V, 8). Y quien hizo

milagros, y quien no hizo milagros en el cuerpo de Cristo, no debe alegrarse sino del rostro de Dios. Los Apóstoles regresaron y dijeron al Señor, cuando fueron enviados por el Señor: He aquí, Señor, en tu nombre incluso los demonios se nos someten. El Señor vio que la soberbia los tentaba por el poder de los milagros; y aquel que vino como médico a sanar nuestros tumores, y a llevar nuestras enfermedades, inmediatamente dijo: No os alegréis de que los demonios se os sometan; sino alegraos de que vuestros nombres estén escritos en el cielo (Luc. X, 17, 20). No todos los buenos cristianos expulsan demonios; sin embargo, los nombres de todos están escritos en el cielo. No quiso que se alegraran de lo que tenían como propio, sino de lo que con los demás mantenían la salvación: quiso que los Apóstoles se alegraran de lo mismo que tú te alegras. Preste atención vuestra Caridad. Ningún fiel tiene esperanza, si su nombre no está escrito en el cielo. Los nombres de todos los fieles que aman a Cristo, que caminan humildemente por su camino, que él mismo enseñó humildemente, están escritos en el cielo. El nombre de cualquiera despreciable en la Iglesia, que cree en Cristo, y ama a Cristo, y ama la paz de Cristo, está escrito en el cielo; de cualquiera a quien desprecias. ¿Y qué semejanza hay entre él y los Apóstoles, que hicieron tantos milagros? Y sin embargo, los Apóstoles son reprendidos por alegrarse de su propio bien, y se les ordena alegrarse de lo mismo que se alegra aquel despreciable.

9. [vers. 2.] No sin razón, hermanos míos, con esta humildad dice: Señor, no se ha exaltado mi corazón, ni se han alzado mis ojos; no he caminado en cosas grandes, ni en maravillas que me superan. Si no pensaba humildemente, sino que exalté mi alma; como quien ha sido destetado sobre su madre, así sea la retribución en mi alma. Pues parece que se ha comprometido con una especie de maldición. Como en otro lugar en el salmo dice: Señor Dios mío, si he hecho esto; si hay iniquidad en mis manos, si he devuelto mal a quienes me retribuyen; caiga merecidamente vacío ante mis enemigos (Sal. VII, 4, 5), y otras cosas: así parece haber dicho aquí: Si no pensaba humildemente, sino que exalté mi alma. Adelante; como si fuera a decir, Que me suceda eso. Como allí, Si he devuelto mal a quienes me retribuyen, que me suceda eso; ¿qué? Caiga merecidamente vacío ante mis enemigos: así también aquí, Si no pensaba humildemente, sino que exalté mi alma; como quien ha sido destetado sobre su madre, así sea la retribución en mi alma. Prestad atención. Sabéis que a algunos débiles el Apóstol dice: Leche os di a beber, no alimento sólido; porque aún no podíais, ni aún podéis (1 Cor. III, 2). Hay débiles que no son aptos para el alimento sólido; quieren extenderse a lo que no pueden captar: y si de alguna manera comienzan algo, o se ven a sí mismos como si captaran lo que no han captado, se ensalzan de ello, y se enorgullecen de ello; se ven a sí mismos como sabios. Esto sucede a todos los herejes; que siendo animales y carnales, defendiendo sus sentencias perversas, que no pudieron ver que eran falsas, fueron excluidos de la Católica. Diré a vuestra Caridad lo que puedo. Sabéis que nuestro Señor Jesucristo es el Verbo de Dios, según aquello de Juan: En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios: esto estaba en el principio con Dios. Todas las cosas fueron hechas por él, y sin él no se hizo nada. Por tanto, es pan; de él viven los ángeles. He aquí el pan preparado para ti; pero crece de la leche, para que llegues al pan. ¿Y cómo, dices, crezco de la leche? Lo que Cristo se hizo para tu debilidad, eso primero cree, y mantén firmemente. Así como la madre cuando ve a su hijo menos apto para recibir alimento, le da esos mismos alimentos, pero pasados por su carne: pues él mismo es el pan del que se alimenta el niño, del que también se alimenta su madre; pero el niño no es apto para la mesa, es apto para el pecho. Por tanto, el pan de la mesa se pasa por el pecho de la madre, para que así llegue el mismo alimento al pequeño niño. Así nuestro Señor Jesucristo, siendo el Verbo con el Padre, por quien todas las cosas fueron hechas; quien siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse (Filip. II, 6); como lo captan a su manera los ángeles, y de lo que en el cielo se alimentan las Potestades y Virtudes, los

espíritus intelectuales; pero el hombre débil y envuelto en carne yacía en la tierra, y no podía llegar a él el pan celestial: para que el hombre comiera el pan de los ángeles (Sal. LXXVII, 25), y el maná descendiera al pueblo verdadero de Israel, el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (Juan I, 1, 2, 3, 14).

10. Por tanto, a esos mismos débiles el apóstol Pablo dice esto, a quienes llama animales y carnales (1 Cor. III, 1): ¿Acaso dije saber algo entre vosotros, sino a Jesucristo, y a este crucificado? (Id. II, 2). Pues Cristo era y no crucificado: En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Y porque el mismo Verbo se hizo carne, y el mismo Verbo fue crucificado: pero no se transformó en hombre; el hombre en él fue transformado. El hombre fue transformado en él, para hacerse mejor de lo que era, no para convertirse en la misma sustancia del Verbo. Por tanto, por lo que era hombre, murió Dios; y por lo que era Dios, el hombre fue resucitado, y se levantó, y ascendió al cielo. Todo lo que sufrió el hombre, no puede decirse que no lo sufrió Dios, porque Dios era al asumir al hombre; pero no se transformó en hombre: así como no puedes decir que no sufriste una injuria, si tu ropa es rasgada. Y cuando te quejas a tus amigos o en el juicio, dices al juez, Me rasgó: no dices, Me rasgó mi capa; sino, Me rasgó. Si pudo y mereció tu ropa ser llamada tú, que no eres tú, sino tu ropa; cuánto más mereció oír la carne de Cristo, el templo del Verbo unido con el Verbo, para que todo lo que sufriera en la carne, lo sufriera Dios mismo: aunque el Verbo no pudo morir, ni corromperse, ni cambiarse, ni ser asesinado; pero todo lo que de esto sufrió, lo sufrió en la carne. Y no te maravilles de que el Verbo no sufrió nada: ni el alma del hombre puede sufrir algo cuando el cuerpo es asesinado, diciendo el mismo Señor: No temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma (Mat. X, 28). Si el alma no puede ser asesinada, ¿podía ser asesinado el Verbo de Dios? Y sin embargo, ¿qué dice? Me flageló, me abofeteó, me golpeó, me desgarró: todo esto no sucede en el alma; y sin embargo, no dice sino, a mí, por la unidad de la misma asociación.

11. Por tanto, nuestro Señor Jesucristo, el pan, se hizo para nosotros leche, encarnado y apareciendo mortal; para que en él se terminara la muerte, y no nos desviáramos del Verbo, creyendo en la carne que se hizo Verbo. De esto crezcamos, de esta leche seamos nutridos; antes de que seamos fuertes para captar el Verbo, no nos apartemos de la fe de nuestra leche. Pero aquellos herejes queriendo disputar sobre lo que no podían captar, dijeron que el Hijo es menor que el Padre, y dijeron que el Espíritu Santo es menor que el Hijo; e hicieron grados, e introdujeron en la Iglesia tres dioses. Pues no pueden negar que el Padre es Dios, ni pueden negar que el Hijo es Dios, ni pueden negar que el Espíritu Santo es Dios. Pero si el Padre es Dios y el Hijo es Dios y el Espíritu Santo es Dios y son desiguales, y no son de la misma sustancia; no hay un solo Dios, sino tres dioses. Disputando, por tanto, sobre lo que no podían captar, se ensalzaron en soberbia; y sucedió en ellos lo que se dice en este salmo: Si no pensaba humildemente, sino que exalté mi alma; como quien ha sido destetado sobre su madre, así sea la retribución en mi alma. Pues la madre es la Iglesia de Dios, de la que ellos fueron separados: allí debían ser amamantados y nutridos, para crecer y captar el Verbo Dios con Dios, en forma de Dios igual al Padre.

12. Aquí se ha observado, por aquellos que trataron estos temas antes que nosotros, otra interpretación y otro entendimiento de estas palabras, que no omitiré a vuestra Caridad. Ellos dijeron: Todo soberbio desagrada a Dios, y el alma humana debe humillarse para no desagradar a Dios, y contemplar con todo el corazón lo que se ha dicho: "Cuanto más grande seas, más te humilla en todo, y ante Dios hallarás gracia" (Ecli. III, 20). Pero hay también algunas personas que, al escuchar que deben ser humildes, se abandonan, no quieren aprender nada, pensando que si aprenden algo se volverán soberbios; y permanecen solo en la leche. A

estos los reprende la Escritura, diciendo: "Y os habéis hecho necesitados de leche, no de alimento sólido" (Hebr. V, 12). Pues Dios quiere que nos alimentemos con leche, pero no que permanezcamos en ella; sino que, creciendo a través de la leche, lleguemos al alimento sólido. Por tanto, el hombre no debe elevar su corazón en soberbia, sino debe elevarlo en la doctrina de la palabra de Dios. Pues si el alma no debiera ser elevada, no se diría en otro lugar del salmo: "A ti, Señor, levanto mi alma" (Sal. XXIV, 1). Y a menos que el alma se derrame sobre sí misma, no llega a la visión de Dios y al conocimiento de aquella sustancia inmutable. Pues ahora, mientras aún está en la carne, se le dice: "¿Dónde está tu Dios?" Pero su Dios está dentro de él, y espiritualmente está dentro, y espiritualmente es excelso; no como por intervalos de lugares, como los lugares más altos son por intervalos. Pues si tal altura se buscara, las aves nos superarían hacia Dios. Por tanto, Dios es alto dentro, y espiritualmente alto; y el alma no llega a tocarlo, a menos que se trascienda a sí misma. Pues cualquier cosa que sientas de Dios según el cuerpo, mucho te equivocas. Eres muy niño, si sientes de Dios incluso según el alma humana, que Dios o se olvida, o es sabio de tal manera que es insensato, o hace algo y se arrepiente: pues todas estas cosas están puestas en las Escrituras, para que a nosotros, lactantes, se nos encomiende Dios; no para que escuchemos propiamente de Él estas cosas, y entendamos como si Dios se arrepintiera, y ahora aprendiera algo que no sabía, y entendiera lo que no entendía, y recordara lo que había olvidado. Pues tales cosas son del alma, no de Dios. A menos que trascienda incluso el modo de su alma, no verá que Dios es lo que es; quien dijo, "Yo soy el que soy" (Éxodo III, 14). Así que aquel a quien se le decía, "¿Dónde está tu Dios?", ¿qué dijo? "Mis lágrimas fueron mi pan de día y de noche, mientras me dicen continuamente, ¿Dónde está tu Dios?" Para encontrar a su Dios, ¿qué hizo? "Esto medité", dice, "y derramé mi alma sobre mí" (Sal. XLI, 4, 5). Para encontrar a Dios, derramó su alma sobre sí mismo. Por tanto, no se te dice así, Sé humilde, para que no seas sabio. Sé humilde, por la soberbia; sé alto, por la sabiduría. Escucha una sentencia evidente sobre este asunto: "No os hagáis niños en la mente; sino en la malicia sed niños, para que en la mente seáis perfectos" (I Cor. XIV, 20). Ciertamente se ha explicado, hermanos míos, dónde Dios quiso que fuéramos humildes, dónde altos: humildes, para evitar la soberbia; altos, para alcanzar la sabiduría. Lacta, para que te nutras; así nutre, para que crezcas; así crece, para que comas pan. Pues cuando comiences a comer pan, serás destetado, es decir, ya no necesitarás leche, sino alimento sólido. Y esto parece haber dicho: "Si no sentía humildemente, sino que exalté mi alma"; es decir, si no fui niño en la mente, sino en la malicia. Lo que significa, dijo las palabras anteriores: "Señor, no se ha exaltado mi corazón, ni se han alzado mis ojos; ni he entrado en cosas grandes, ni en cosas maravillosas sobre mí. He aquí que fui niño en la malicia. Pero porque no fui niño en el sentido; si no sentía humildemente, sino que exalté mi alma; que se me retribuya lo que se retribuye al niño que es destetado de su madre, para que ya sea apto para comer pan.

13. Y esta sentencia, hermanos, no desagrada, porque no está contra la fe. Sin embargo, me mueve, porque no solo se dijo, "Como el que es destetado de la leche, así la retribución en mi alma"; sino que se añadió, "Como el que es destetado de la leche sobre su madre, así la retribución en mi alma". Aquí se me ocurre algo, que veo que es maldecido. Pues no es destetado el niño, sino ya el más grandecito: pero el que es débil en la primera infancia, que es la verdadera infancia, está sobre su madre; si acaso es destetado de la leche, se extingue. No en vano, por tanto, se añadió, "sobre su madre". Pues todos pueden ser destetados creciendo. Quien crece, y así es destetado, es bueno para él; pero quien aún está sobre su madre, es pernicioso. Por tanto, hay que tener cuidado, hermanos, y temer que alguien sea destetado antes de tiempo. Pues todo niño grande es separado de la leche. Pero que nadie sea separado de la leche cuando aún está sobre su madre. Pues cuando es llevado en las manos de la madre, quien fue llevado en el útero (pues fue llevado en el útero para nacer; es llevado en

las manos para crecer), necesita leche; aún está sobre su madre. Por tanto, no quiera entonces exaltar su alma, cuando tal vez es menos apto para recibir alimento, sino que cumpla los preceptos de la humildad. Tiene donde ejercitarse: crea en Cristo, para que pueda entender a Cristo. No puede ver el Verbo, no puede captar la igualdad del Verbo con el Padre, aún no puede ver la igualdad del Espíritu Santo con el Padre y el Verbo; crea esto, y sugue. Está seguro, porque cuando crezca, comerá lo que no podía antes de crecer succionando: y tiene donde extenderse. No busques cosas más altas que tú, ni escudriñes cosas más fuertes que tú; es decir, aquellas para las que eres menos apto para captar. ¿Y qué hago, dices? ¿Así me quedaré? Pero lo que el Señor te ha mandado, eso piensa siempre (Ecli. III, 22). ¿Qué te ha mandado el Señor? Haz misericordia, no abandones la paz de la Iglesia, no pongas tu esperanza en el hombre, no tientes a Dios deseando milagros. Si ya hay fruto en ti, reconoces, porque con los buenos toleras la cizaña hasta la cosecha (Mat. XIII, 30); porque con los malos puedes estar por un tiempo, no para siempre. La paja está mezclada contigo en este tiempo en la era; en el granero no estará contigo. Estas cosas que el Señor te ha mandado, piensa siempre en ellas. No te separarás de la leche mientras estés sobre tu madre; no sea que mueras de hambre antes de ser apto para comer pan. Crece; tus fuerzas serán fuertes, y verás lo que no podías, y captarás lo que no captabas.

14. ¿Qué entonces? Cuando vea lo que no podía ver, y capte lo que no podía captar, ¿ya estaré seguro? ¿seré perfecto? No, mientras vivas aquí. Esa es nuestra perfección, la humildad. Habéis escuchado cómo concluyó la lectura apostólica, si ha quedado en vuestra memoria; cómo aquel que recibió un aguijón para que no se ensalzara en las revelaciones (¡cuántas se le revelaban!) por la misma magnitud de las revelaciones, porque podía ensalzarse, a menos que recibiera un ángel de Satanás: y sin embargo, a quien tantas cosas se le revelaban, ¿qué dice? Hermanos, yo mismo no me considero haberlo alcanzado. Pablo dice, "Hermanos, yo mismo no me considero haberlo alcanzado"; quien recibió un ángel de Satanás que lo abofeteara, para que no se ensalzara en la magnitud de sus revelaciones. ¿Quién se atreve a decir que ha comprendido? He aquí que Pablo no lo ha alcanzado, y dice, "No me considero haberlo alcanzado". ¿Y qué dices, oh Pablo? "Aún corro", dice, "para alcanzar". Aún Pablo está en el camino, ¿y tú te crees en la patria? "Pero una cosa", dice, "olvidando lo que queda atrás". Haz esto también tú, y olvida la vida pasada mala. Si alguna vez te deleitó la vanidad, no te deleite. "Olvidando lo que queda atrás", dice, "extendido hacia lo que está adelante, según la intención sigo hacia la meta de la vocación suprema de Dios en Cristo Jesús". Escucho la voz de Dios desde arriba, y corro para alcanzar. Pues no me dejó permanecer en el camino, porque no cesa de hablarme. Por tanto, hermanos, Dios no cesa de hablarnos. Pues si cesa, ¿qué es lo que hacemos? ¿qué es lo que hacen las lecturas divinas y los cánticos divinos? Olvidad, por tanto, lo que queda atrás, y extendéos hacia lo que está adelante. Así succionad la leche, para que crezcáis hacia el alimento. Cuando lleguéis a la patria, os alegraréis. Y aún observad al Apóstol seguir hacia la meta de la vocación suprema. Pues dice: "Todos los que somos perfectos, pensemos esto". No hablo, dice, a los imperfectos, a quienes aún no puedo hablar sabiduría, quienes aún son alimentados con leche, no con alimento sólido; sino que les digo a aquellos que ya comen alimento sólido. Ya parecen ser perfectos, porque entienden la igualdad del Verbo con el Padre: aún no ven así como debe verse, cara a cara; aún en parte, en enigma (I Cor. XIII, 12). Corran, por tanto, porque cuando el camino haya terminado, entonces regresamos a la patria: corran, extiéndanse. "Todos los que somos perfectos, pensemos esto; y si en algo pensáis de otra manera, esto también os lo revelará Dios" (Filip. III, 12-15). Si acaso te equivocas en algo, ¿por qué no regresas a la leche de la madre? Porque si no te ensalzas, porque si no exaltas tu corazón, porque si no entras en cosas maravillosas sobre ti, sino que guardas la humildad, Dios te revelará lo que piensas de otra manera. Pero si eso mismo que piensas de otra manera,

quieres defenderlo, y obstinadamente afirmarlo, y contra la paz de la Iglesia; se te hará esta maldición que dijo: cuando estás sobre la madre y te separas de la leche, fuera de las entrañas de la madre morirás de hambre. Pero si perseveras en la paz católica, si acaso piensas de otra manera de lo que debes pensar, Dios te lo revelará a los humildes. ¿Por qué? Porque Dios resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes (Santiago IV, 6; y I Pedro V, 5).

15. [vers. 3.] Por eso concluyó este salmo: "Espere Israel en el Señor, desde ahora y para siempre". Pues lo que está escrito en griego, "ἀπὸ τοῦ νῦν καὶ ἕως τοῦ αἰῶνος", esto se ha expuesto como, "desde ahora y para siempre". Pero no siempre el nombre de siglo significa este siglo, sino que a veces significa eternidad; porque eterno se entiende de dos maneras; hasta la eternidad, es decir, o siempre sin fin, o hasta que lleguemos a la eternidad. ¿Cómo debe entenderse aquí, entonces? Hasta que lleguemos a la eternidad, esperemos en el Señor Dios; porque cuando lleguemos a la eternidad, ya no habrá esperanza, sino que será la misma realidad.

EN EL SALMO CXXXI COMENTARIO.

SERMON A LA PLEBE.

1. [vers. 1, 2.] Era justo, carísimos, que escucháramos más bien a mi hermano colega, presente a todos nosotros. Y ahora no lo ha negado, sino que lo ha pospuesto: y por eso indico esto a vuestra Caridad, para que mantengáis la promesa conmigo. No fue absurdo para vuestra Caridad, que yo obedeciera primero al que manda: pues me ha forzado a que ahora sea su oyente, con la condición de que yo también sea suyo, porque en esa misma caridad todos somos sus oyentes, quien es nuestro único Maestro en el cielo (Mat. XXIII, 10). Por tanto, prestad atención al Salmo, que en orden, como sabéis, tenemos que tratar. También este está titulado, "Cántico de los grados"; y es algo más extenso que los demás bajo el mismo título. No nos detengamos, pues, a menos que la necesidad lo exija; para que podamos explicarlo todo, si el Señor lo permite. Porque vosotros no debéis escuchar todo como si fuerais inexpertos; algo de las audiciones pasadas debe ayudarnos, para que no sea necesario que todo se diga como nuevo por nosotros. Y debemos ser nuevos, porque la vejez no debe sobrevenirnos; pero también debemos crecer y progresar. Pues de ese mismo progreso dice el Apóstol: "Aunque nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior se renueva de día en día" (II Cor. IV, 16). No progresemos de tal manera que de nuevos nos hagamos viejos, sino que esa misma novedad crezca.

2. Acuérdate, Señor, de David, y de toda su mansedumbre. Como juró al Señor; voto hizo al Dios de Jacob. David, según la fe de los hechos, era un hombre, rey de Israel, hijo de Jesé. También él era manso, como lo indica y lo recomienda la Escritura divina, y tan manso que ni siquiera devolvió mal por mal a su perseguidor Saúl. Mantuvo hacia él tanta humildad, que lo reconocía como rey, y a sí mismo como perro: y no respondía al rey con arrogancia ni soberbia, aunque era más poderoso en Dios, sino que más bien intentaba apaciguarlo con humildad, que provocarlo con soberbia. Incluso Saúl fue puesto en su poder, y esto por el Señor Dios, para que hiciera con él lo que quisiera: pero como no se le había mandado que lo matara, sino que solo se le había dado en poder (aunque al hombre le está permitido usar su poder); desvió lo que Dios le había concedido hacia la mansedumbre. Si hubiera querido matarlo, se habría librado de un enemigo: pero ¿cómo habría dicho, Perdona mis deudas, como yo perdono a mis deudores? (Mat. VI, 12). Saúl entró en una cueva donde estaba David, sin saber que David estaba allí: entró para las necesidades del vientre. David se levantó sigilosamente detrás de él, le cortó un trozo de su manto, para mostrárselo, para que supiera que lo había tenido en su poder; y no por necesidad, sino por voluntad, le había

perdonado, y no quiso matarlo (I Sam. XXIV, 4-15). Tal vez esa mansedumbre es la que ahora se encomienda diciendo, "Acuérdate, Señor, de David, y de toda su mansedumbre". Esto según la fe de los hechos, que la Escritura divina, como hemos dicho, contiene. Pero solemos en los Salmos no atender a la letra, como en toda profecía, sino buscar los misterios a través de la letra. Y vuestra Caridad recuerda que solemos escuchar la voz de un cierto hombre en todos los Salmos; que tiene una cabeza y un cuerpo. La cabeza está en el cielo, el cuerpo en la tierra: pero a donde ha precedido la cabeza, también el cuerpo seguirá. Y ya no digo quién es la cabeza, quiénes son el cuerpo; porque hablo a quienes saben.

3. Por tanto, se encomienda la humildad de David, se encomienda la mansedumbre de David; y se dice a Dios, "Acuérdate, Señor, de David, y de toda su mansedumbre". ¿Para qué cosa acuérdate, Señor, de David? Como juró al Señor, voto hizo al Dios de Jacob. Por tanto, acuérdate para que cumpla lo que prometió. El mismo David hizo un voto como teniendo en su poder, y ruega a Dios que cumpla lo que prometió: hay devoción en el que hace el voto, pero hay humildad en el que suplica. Nadie presuma de sus fuerzas para devolver lo que ha prometido: quien te exhorta a que hagas un voto, él mismo te ayuda a que lo devuelvas. ¿Qué, entonces, prometimos a Dios, sino ser templo de Dios? Nada más grato podemos ofrecerle, que decirle lo que se dice en Isaías, "Poséenos" (Is. XXVI, 13). Y en estas posesiones terrenales se le presta al padre de familia, cuando se le da la posesión: no es así la posesión, que es la Iglesia; a la misma posesión se le presta, para que sea poseída por tal.

4. ¿Qué dice entonces, como juró al Señor, hizo un voto al Dios de Jacob? Veamos qué voto. Jurar es prometer firmemente. Prestad atención a este voto, es decir, con qué ardor lo hizo, con qué amor, con qué deseo; y sin embargo, para cumplirlo, rogó al Señor diciendo: Acuérdate, Señor, de David y de toda su mansedumbre. En esta mansedumbre hizo un voto, para que haya casa de Dios: Si entro en el tabernáculo de mi casa, si subo al lecho de mi descanso. Si doy sueño a mis ojos. Poco parece decir, sueño a mis ojos: Y a mis párpados adormecimiento; y descanso a mis sienes si doy, hasta que encuentre un lugar para el Señor, un tabernáculo para el Dios de Jacob. ¿Dónde buscaba un lugar para el Señor? Si era manso, lo buscaba en sí mismo. ¿Cómo es el lugar del Señor? Escucha al profeta: ¿Sobre quién reposará mi Espíritu? Sobre el humilde, y el tranquilo, y el que tiembla ante mis palabras (Is. LXVI, 2). ¿Quieres ser lugar del Señor? Sé humilde, y tranquilo, y temeroso de las palabras de Dios, y tú mismo te convertirás en lo que buscas. Pues si en ti no se hace lo que buscas, ¿de qué te sirve en otro? Dios obra a veces la salvación de otro solo a través del evangelista, si él mismo dice y no hace; y se convierte a través de su lengua en otro lugar para el Señor, pero él mismo no se convierte en lugar para el Señor. Pero quien hace bien lo que enseña, y así enseña, se convierte en lugar para el Señor junto con aquel a quien enseña: porque todos los creyentes hacen un solo lugar para el Señor. En el corazón tiene lugar el Señor; porque un solo corazón es de todos los unidos en caridad.

5. ¡Cuántos miles creyeron, hermanos míos, cuando pusieron el precio de sus bienes a los pies de los Apóstoles! Pero, ¿qué dice de ellos la Escritura? Ciertamente se convirtieron en templo de Dios; no solo templo de Dios individualmente, sino todos juntos templo de Dios. Se convirtieron, por tanto, en lugar para el Señor. Y para que sepáis que se hizo un solo lugar para el Señor en todos, la Escritura dice: Tenían un solo alma y un solo corazón en Dios (Hech. II, 41; y IV, 4, 32, 35). Pero muchos, para no hacer lugar al Señor, buscan lo suyo, aman lo suyo, se alegran de su poder, codician lo privado. Pero quien quiere hacer lugar al Señor, debe alegrarse no de lo privado, sino de lo común. Esto hicieron ellos con sus bienes privados; los hicieron comunes. ¿Acaso perdieron lo que tenían como suyo? Si lo tuvieran solos, y cada uno tuviera lo suyo; solo tendrían lo que era suyo: pero cuando lo que era

propio lo hicieron común; también lo que era de los demás, se convirtió en suyo. Prestad atención, caridad vuestra: porque por aquellas cosas que poseemos individualmente, existen disputas, enemistades, discordias, guerras entre los hombres, tumultos, disensiones entre sí, escándalos, pecados, iniquidades, homicidios. ¿Por qué? Por esas cosas que poseemos individualmente. ¿Acaso litigamos por aquellas que poseemos en común? Este aire lo respiramos en común, el sol lo vemos todos en común. Bienaventurados, pues, los que hacen lugar al Señor de tal manera que no se alegran de lo privado. Así describía este, que decía, Si entro en el tabernáculo de mi casa. Esto era privado. Sabía que lo privado lo impedía, para no hacer lugar al Señor, y menciona lo que le pertenecía: no entraré en el tabernáculo de mi casa, hasta que encuentre: ¿qué? cuando encuentres lugar para el Señor, ¿entrarás en tu tabernáculo? ¿O será ese mismo tu tabernáculo, donde encuentres lugar para el Señor? ¿Por qué? Porque tú mismo serás lugar del Señor, y con aquellos que sean lugar del Señor, serás uno.

6. Abstengámonos, pues, hermanos, de la posesión de lo privado; o del amor, si no podemos de la posesión; y hacemos lugar al Señor. Es mucho para mí, dice alguno. Pero mira quién eres, para hacer lugar al Señor. Si quisiera hospedarse contigo algún senador, no digo senador, procurador de alguien grande según el mundo, y dijera, Me ofende algo en tu casa; aunque ames eso, lo quitarías para no ofenderle, cuya amistad buscas. ¿Y de qué te sirve la amistad de un hombre? Tal vez allí no solo no encuentres ayuda, sino también peligro. Pues muchos no estaban en peligro antes de unirse a los grandes; desearon las amistades de los grandes, para incurrir en mayores peligros. Seguro desea la amistad de Cristo: quiere hospedarse contigo; hazle lugar. ¿Qué es, hazle lugar? No te ames a ti mismo, ámalo a Él. Si te amas a ti mismo, cierras contra Él; si lo amas a Él, le abres: y si le abres y entra, no perecerás amándote a ti mismo, sino que serás hallado con quien te ama.

7. [vers. 3.] Si entro en el tabernáculo de mi casa, si subo al lecho de mi descanso. Pues la cosa privada misma, donde el hombre se aquieta, hace soberbios; por eso dijo, Si subo. En la cosa que cada uno posee como privada, es necesario que sea soberbio: pues de ahí se extiende el hombre hacia el hombre, siendo ambos carne. ¿Qué es el hombre, hermanos? Carne. ¿Y qué es otro hombre? Otra carne. Y sin embargo, la carne rica se extiende contra la carne pobre; como si esa carne hubiera traído algo cuando nació, o llevara algo cuando muere. Para esto tuvo más, para hincharse más. Pero este que quiere encontrar lugar para el Señor, dice, Si subo al lecho de mi descanso.

8. [vers. 4.] Si doy sueño a mis ojos. Pues muchos cuando duermen, no hacen lugar al Señor. Tales despierta el Apóstol: Despierta, tú que duermes, y levántate de los muertos; y te iluminará Cristo (Efes. V, 14); y en otro lugar, Pero nosotros que somos del día, vigilemos, y seamos sobrios: pues los que duermen, de noche duermen; y los que se embriagan, de noche se embriagan (I Tes. V, 5-8). Llamando noche a la iniquidad, en la que ellos duermen deseando estas cosas terrenales. Y todas estas felicidades que parecen del siglo, son sueños de los que duermen. Y como quien ve tesoros en sueños, durmiendo es rico; pero despertará, y será pobre: así todas estas vanidades de este siglo, de las que los hombres se alegran, en sueños se alegran: despertarán cuando no quieran, si no despiertan ahora cuando es útil; y encontrarán que eran sueños, y han pasado, como dice la Escritura, como sueño del que despierta (Sal. LXXII, 20): y en otro lugar, Durmieron su sueño, y no hallaron nada todos los hombres de riquezas en sus manos (Sal. LXXV, 6). Durmieron su sueño, terminó el sueño, y no hallaron nada en sus manos; porque en sueños veían riquezas pasajeras. Este, pues, que quiere encontrar lugar para el Señor, también dijo, Si doy sueño a mis ojos. Pero hay algunos que no duermen, sino que dormitan. Se retraen un poco del amor a lo temporal, y de nuevo se vuelven a él; como dormitando, inclinan la cabeza con frecuencia. Despierta, sacúdete el

sueño; dormitando caerás. No quiere el Salmo, dar sueño a sus ojos, ni adormecimiento a sus párpados, quien quiere encontrar lugar para el Señor.

9. [vers. 5.] Y descanso, dice, a mis sienes. Del descanso de las sienes viene el sueño a los ojos. Las sienes están cerca de los ojos. Como si fuera a venir el sueño, es la pesadez de las sienes. Pues a los hombres que van a dormir, las sienes comienzan a pesarse; y cuando sienten que las sienes se les pesan, ya el sueño está cerca: si se da a los ojos, dan descanso a sus sienes, y viene el sueño; si no dan descanso a sus sienes, no viene el sueño. Cuando, pues, algo temporal comienza a deleitarte para pecar, ya se te pesan las sienes. ¿Quieres despertar, y no dormir, ni dormitar? No te entregues a tal deleite; tendrá mayores dolores que placeres. Con este pensamiento, como frotándote la frente, sacudes el sueño, y preparas lugar para el Señor.

10. Hasta que encuentre lugar para el Señor, tabernáculo para el Dios de Jacob. Aunque a veces se dice tabernáculo de Dios la casa de Dios, y casa de Dios el tabernáculo de Dios: más distintivamente se entiende, hermanos carísimos, tabernáculo la Iglesia según este tiempo; casa, en cambio, la Iglesia celestial de Jerusalén, a donde iremos. Tabernáculo, pues, como de los que militan y combaten: tabernáculos de soldados en campaña, en expedición; de donde se llaman compañeros de tienda los soldados, como teniendo y habitando los mismos tabernáculos. Mientras, pues, tenemos enemigo con quien luchar, hacemos tabernáculo para Dios. Pero cuando haya pasado el tiempo de la lucha, y venga aquella paz que sobrepasa todo entendimiento, como dice el Apóstol, Y la paz de Cristo que sobrepasa todo entendimiento (Filip. IV, 7); pues por mucho que pienses en esa paz, menos la comprende el alma aún en esta pesadez del cuerpo: cuando venga aquella patria, ya será casa, ningún adversario tentará, para que se llame tabernáculo. No saldremos a combatir, sino que permaneceremos para alabar. Pues ¿qué se dice de aquella casa? Bienaventurados los que habitan en tu casa; por los siglos de los siglos te alabarán (Sal. LXXXIII, 5). En el tabernáculo aún gemimos, en la casa alabaremos. ¿Por qué? Porque el gemido es de los peregrinos, la alabanza ya de los que permanecen en la patria. Aquí primero se busque tabernáculo para el Dios de Jacob.

11. [vers. 6.] He aquí, la oímos en Efrata. ¿Qué cosa? La sede del Señor. La oímos en Efrata. La encontramos en los campos de los bosques. Allí oyó, donde encontró; o en otro lugar oyó, y en otro lugar encontró. Busquemos, pues, qué es Efrata, donde oyó; busquemos también qué es en los campos de los bosques, donde encontró. Efrata, palabra hebrea, se interpreta en latín, Espejo, como han transmitido quienes tradujeron las palabras hebreas puestas en las Escrituras a otro idioma, para que nos llegara el entendimiento. Pues del hebreo tradujeron al griego, y del griego se tradujeron a nosotros en latín. Hubo, pues, quienes velaron en las Escrituras. Si, pues, Efrata es espejo, aquella casa que se encontró en los campos de los bosques, se oyó en el espejo. El espejo tiene imagen: toda profecía es imagen de lo futuro. La casa, pues, de Dios futura, en la imagen de la profecía fue predicada. Pues la oímos en el espejo, es decir, La oímos en Efrata. La encontramos en los campos de los bosques. ¿Qué son los campos de los bosques? Campos de selvas. Pues no como vulgarmente se dice, Aquel bosque, por ejemplo, que tiene tantas centurias. Bosque propiamente, se dice lugar aún inculto y silvestre. Pues también algunos códices, en los campos de la selva, tienen. ¿Quiénes, pues, eran los campos de los bosques, sino las gentes incultas? ¿Quiénes eran los campos de los bosques, sino donde aún había espinas de idolatría? Así, pues, como había espinas de idolatría allí, allí encontramos lugar para el Señor, tabernáculo para el Dios de Jacob. Lo que oímos en Efrata, lo encontramos en los campos de los bosques; lo que fue predicado en imagen a los judíos, se manifestó en la fe de los gentiles.

12. [vers. 7.] Entraremos en sus tabernáculos: ¿de quién? Del Señor Dios de Jacob. Los que entran para habitar, son los que entran para ser habitados. Entras en tu casa para habitar, en la casa de Dios para ser habitado. Pues es mejor el Señor, que cuando comience a habitarte, te hará bienaventurado. Pues si no eres habitado por Él, serás miserable. Quiso estar en su poder aquel hijo que dijo: Dame la parte de la herencia que me corresponde. Bien se guardaba con el padre, para no ser disipado con las meretrices. Recibió, se hizo en su poder; partió a una región lejana, lo derramó todo con las meretrices. Finalmente sufrió hambre, recordó al padre; regresó, para ser saciado de pan (Luc. XV, 12-20). Entra, pues, para ser habitado; y no como si fueras tuyo, sino de Él: Entraremos en sus tabernáculos.

13. Adoraremos en el lugar donde estuvieron sus pies. ¿De quién los pies? ¿Del Señor, o de la misma casa del Señor? Pues es la casa del Señor, donde dice que debe adorarse. Adoraremos en el lugar donde estuvieron sus pies. Fuera de su casa, Dios no escucha para vida eterna. Pues aquel pertenece a la casa de Dios, que está en caridad compaginado con piedras vivas. Pero quien no tenga caridad, hace ruina; y al caer él, la casa permanece. Nadie, pues, amenace a la casa, donde comenzó a estar como piedra, si quiere caer, como si algo dañara a la casa. Pues así se había envanecido también el primer pueblo de los judíos, diciendo, Pues no defraudará Dios al padre Abraham, a quien prometió tanto de su descendencia: y hacían todas las cosas malas como seguros de la promesa de Dios, que no por los méritos de ellos que cometían crímenes, sino por los méritos de Abraham les perdonaría, y congregaría a cualesquiera malos hijos de Abraham en su casa para vida eterna. Pero ¿qué dice Juan? Generación, dice, de víboras. Cuando vinieron a él los mismos hijos de Abraham, para ser bautizados en el agua del arrepentimiento, no les dijo, Generación de Abraham, sino de víboras. Pues tales eran, como aquellos a quienes imitaban; no hijos de Abraham, sino hijos de amorreos, cananeos, gergeseos, jebuseos, y de todos los que ofendieron a Dios: hijos de ellos eran, porque seguían las obras de ellos. Generación de víboras, ¿quién os enseñó a huir de la ira venidera? Haced, pues, fruto digno de arrepentimiento. Y no digáis, Tenemos por padre a Abraham. Pues puede Dios de estas piedras suscitar hijos a Abraham (Mat. III, 7-9). No sé qué piedras veía entonces en los campos de los bosques, de donde fueron suscitados hijos a Abraham. Pues más hijos son los que imitaron la fe, que los que nacieron de la carne. Nadie, pues, amenace a la casa de Dios, como diciendo: Me aparto, y la casa caerá. Pues es bueno para él ser edificado junto, y tener caridad. Pues si él cae, la casa permanecerá. Así que, hermanos, en estos está la casa de Dios, a quienes predestinó y previó perseverar: de ellos se dijo, Donde estuvieron sus pies. Pues hay quienes no perseveran, ni están sus pies en ellos. No son, pues, ellos la Iglesia; no pertenecen a ese tabernáculo ahora, entonces casa. Pero ¿dónde estuvieron sus pies? Porque abundó la iniquidad, se enfriará la caridad de muchos. En aquellos en quienes se enfría la caridad, no están sus pies. Pero ¿qué siguió? Pero el que persevere hasta el fin, este será salvo (Mat. XXIV, 12, 13). He aquí en quienes estuvieron sus pies: en ese lugar adora, es decir, sé de tales en quienes estuvieron los pies del Señor.

14. Pero si quieres entender de la misma casa, Donde estuvieron sus pies de la casa; que tus pies estén en Cristo. Entonces estarán los pies, si perseveras en Cristo. Pues ¿qué se dice del diablo? Aquel era homicida desde el principio, y no permaneció en la verdad (Juan VIII, 44). Pues los pies del diablo no permanecieron. También de los soberbios ¿qué dice? No venga a mí el pie de la soberbia, y la mano de los pecadores no me mueva. Allí cayeron los que obran iniquidad; fueron expulsados, ni pudieron permanecer (Sal. XXXV, 12, 13). Pues la casa de Dios, cuyos pies permanecen. Por eso aquel Juan gozoso ¿qué dice? El que tiene la esposa es el esposo, pero el amigo del esposo está y lo oye. Si no está, no lo oye. Y con gozo se goza por la voz del esposo (Juan III, 29). Con razón está, porque por la voz del esposo se goza:

pues si por su voz se gozara, caería. Ya veis, pues, por qué cayeron los que se gozan por su voz. Pues el amigo del esposo decía: Este es el que bautiza (Juan I, 33). Algunos dicen, Nosotros bautizamos: al gozarse por su voz, no pudieron permanecer; y no pertenecen a esa casa de la que se dice, Donde estuvieron sus pies.

15. [vers. 8.] Levántate, Señor, a tu descanso. Al Señor que duerme dice, Levántate. Ya sabéis quién durmió, y quién resucitó. Pues Él mismo en cierto lugar dice en el salmo: Dormí turbado (Sal. LVI, 5). Bien se le dice, Levántate, Señor, a tu descanso. Ya no te turbarás; porque Cristo resucitando de los muertos, ya no muere, y la muerte no se enseñoreará más de Él (Rom. VI, 9). Suya es la voz en otro salmo: Yo dormí y tomé sueño, y me levanté, porque el Señor me sostendrá (Sal. III, 6). Él mismo durmió, a Él se le dice, Levántate, Señor, a tu descanso, tú y el arca de tu santificación: es decir, levántate, para que se levante también el arca de tu santificación, que santificaste. Él es nuestra cabeza; su arca, su Iglesia: resucitó primero, resucitará también la Iglesia. Pero no se atrevería el cuerpo a prometerse la resurrección, si primero no resucitara la cabeza. Levántate, Señor, a tu descanso, tú y el arca de tu santificación. Y el cuerpo de Cristo que nació de María, fue entendido por algunos como el arca de la santificación; para que dijera esto, Levántate, Señor, a tu descanso, tú y el arca de tu santificación: Levántate con el cuerpo, para que palpen los que no creían. Levántate, Señor, a tu descanso, tú y el arca de tu santificación.

16. [vers. 9.] Vístanse tus sacerdotes de justicia, y alégrense tus santos. Tú resucitando de los muertos, y yendo al Padre, aquel sacerdocio real se vista de fe, porque el justo vivirá por la fe (Rom. I, 17); y recibiendo la prenda del Espíritu Santo, se alegren los miembros con la esperanza de la resurrección, que precedió en la cabeza: pues a ellos el Apóstol dice, Gozosos en la esperanza (Rom. XII, 12).

17. [vers. 10.] Por amor de David, tu siervo, no apartes el rostro de tu Ungido. Esto se dice a Dios Padre: Por amor de David, tu siervo, no apartes el rostro de tu Ungido. El Señor fue crucificado en Judea; fue crucificado por los judíos; turbado por ellos, durmió. Entre las manos de quienes lo atacaban, durmió, y se levantó para juzgarlos: y dice en un lugar: Y levántame, y les daré su merecido (Salmo 40, 11). Y les dio, y les dará. Pues cuántas cosas sufrieron después los judíos por haber matado al Señor, ellos mismos lo saben. De la misma ciudad donde lo mataron, todos fueron expulsados. ¿Qué, entonces? ¿Acaso todos de la estirpe de David y de la tribu de Judá perecieron? No: pues algunos de allí creyeron, y muchas miles de personas creyeron de allí, y esto ya después de la resurrección del Señor. Se ensañaron para crucificarlo, y luego comenzaron a ver milagros realizados en el nombre del crucificado; y temieron más al ver el poder de su nombre, quien parecía no poder nada entre sus manos; y compungidos de corazón, ya creyendo que había una divinidad oculta en aquel que pensaron era como los demás hombres, y pidiendo consejo a los Apóstoles, escucharon: Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de nuestro Señor Jesucristo. Así que, porque Cristo resucitó para juzgar a aquellos por quienes fue crucificado, apartó su rostro de los judíos y lo volvió hacia los gentiles; como si se rogara a Dios por el resto de Israel, y se le dijera: Por amor de David, tu siervo, no apartes el rostro de tu Ungido. Si la paja es condenada, que se recojan los granos. Que el resto sea salvo (Isaías 10, 21), como dice Isaías. Y ciertamente el resto fue salvo: de allí eran los doce Apóstoles, de allí más de quinientos hermanos a quienes el Señor se mostró después de la resurrección (1 Cor. 15, 6); de allí tantos miles bautizados, que ponían el precio de sus bienes a los pies de los Apóstoles (Hechos 2, 4). Así que se cumplió lo que aquí se rogó a Dios: Por amor de David, tu siervo, no apartes el rostro de tu Ungido.

18. [vers. 11.] El Señor juró a David la verdad, y no se arrepentirá. ¿Qué significa, juró? Afirmó su promesa por sí mismo. ¿Qué significa, no se arrepentirá? No cambiará. Pues Dios no sufre el dolor del arrepentimiento, ni se equivoca en algo para querer corregir lo que erró. Pero así como el hombre, cuando se arrepiente, quiere cambiar lo que hizo; así, cuando escuchas que Dios se arrepiente, espera el cambio mismo. Dios lo hace de manera diferente, aunque se llame arrepentimiento, diferente a ti: tú lo haces porque te equivocaste; él lo hace porque castiga o porque libera. Cambió el reino de Saúl, cuando se arrepintió, como se dijo: y en ese mismo lugar donde la Escritura dice, Se arrepintió; allí poco después se dice, Porque no es como el hombre, para que se arrepienta (1 Sam. 15, 11, 29). Así que cuando cambia sus obras por su consejo inmutable; por el mismo cambio, no del consejo, sino de la obra, se dice que se arrepiente. Pero esto lo prometió de tal manera que no cambiaría. Así como se dice también aquello, Juró el Señor, y no se arrepentirá, Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec (Salmo 109, 4): así también esto, porque fue prometido de tal manera que no cambiaría, porque era necesario que sucediera y permaneciera; dijo, Juró el Señor a David la verdad, y no se arrepentirá: Del fruto de tu vientre pondré sobre tu trono. Podría haber dicho, Del fruto de tu muslo: ¿por qué quiso decir, Del fruto de tu vientre? Y si hubiera dicho aquello, habría dicho la verdad: pero quiso decir de manera más significativa, Del fruto de tu vientre; porque Cristo nació de una mujer, a quien no se acercó varón.

19. [vers. 12.] ¿Qué, entonces? Juró el Señor a David la verdad: Del fruto de tu vientre pondré sobre tu trono. Si tus hijos guardan mi pacto, y mis testimonios que les enseñaré; y sus hijos se sentarán para siempre sobre tu trono. Si tus hijos guardan, y sus hijos se sentarán para siempre. Los padres hacen mérito para los hijos. ¿Qué si sus hijos guardaran, y sus hijos no guardaran? ¿Por qué se promete la felicidad de los hijos por el mérito de los padres? Pues ¿qué dice, Si tus hijos guardan, y sus hijos se sentarán para siempre (no dice, Si tus hijos guardan, se sentarán sobre tu trono; y si sus hijos guardan, también ellos se sentarán sobre tu trono: sino que dice, Si tus hijos guardan, y sus hijos se sentarán sobre tu trono), sino porque quiso que se entendiera aquí a los hijos como sus frutos? Si tus hijos, dice, guardan mi ley, y mis mandamientos que les enseñaré guardan tus hijos; y sus hijos se sentarán sobre tu trono: es decir, este será su fruto, que se sienten sobre tu trono. Pues ahora, hermanos, todos los que trabajamos en Cristo, todos los que temblamos ante sus palabras, los que de alguna manera intentamos hacer su voluntad, y gemimos pidiendo que nos ayude a cumplir lo que manda; ¿acaso ya nos sentamos en esos tronos de bienaventuranza que se nos prometen? No: pero guardando los mandamientos esperamos que esto suceda. Esa esperanza se dice como en los hijos; porque la esperanza del hombre que vive en esta vida son los hijos, los frutos son los hijos. Por eso también los hombres que excusan su avaricia, dicen que guardan lo que guardan para sus hijos; y no queriendo dar al necesitado, se excusan con el nombre de la piedad, porque sus hijos son su esperanza. Pues todos los hombres que viven según este mundo, dicen que su esperanza es engendrar hijos y dejarlos. Por eso puso la esperanza misma con el nombre de los hijos, y dijo, Si tus hijos guardan mi pacto, y mis testimonios que les enseñaré; y sus hijos se sentarán para siempre sobre tu trono: es decir, tendrán tales frutos, que la esperanza no los defraudará, que llegarán allí donde esperan llegar. Así que ahora son como padres, hombres de esperanza futura: pero cuando hayan alcanzado lo que esperan, son hijos; porque aquello que alcanzan, lo han engendrado y generado en sus obras. Y esto se les guarda para el futuro, porque también esa posteridad suele llamarse en los hijos.

20. O si tomas a los mismos hombres como hijos, entiende también que se dice de ellos. Si tus hijos guardan mi pacto, y mis testimonios que les enseñaré; para que este sea el sentido: Si tus hijos guardan mi pacto, y mis testimonios que les enseñaré, y sus hijos, es decir, si guardan; para que aquí hagas una pausa, y luego añadas, se sentarán para siempre sobre tu

trono, es decir, tanto tus hijos como sus hijos, pero todos si guardan. ¿Qué, entonces, si no guardan? ¿Se pierde la promesa de Dios? No: sino que se dijo, y se prometió, porque Dios previó; ¿qué, sino que creerían? Pero para que nadie se jacte de las promesas de Dios, y quiera poner en su poder lo que Dios prometió para que se cumpliera; por eso también dijo juró: en lo cual mostró que sin duda vendría. ¿Cómo, entonces, puso allí, Si guardan? Para que no te gloríes ya de las promesas, y te descuides de no guardar. Entonces serás hijo de David, si guardas; pero si no, no serás hijo de David. Dios prometió a los hijos de David. No digas, Soy hijo de David, si degeneras. Si los judíos no dicen eso, que nacieron de esa misma estirpe (más bien lo dicen, pero deliran. Pues el Señor dijo claramente: Si sois hijos de Abraham, haced las obras de Abraham [Juan 8, 39]. Los negó como hijos porque no hacían las obras); ¿cómo decimos nosotros que somos hijos de David, que no somos de su estirpe según la carne? Queda que no seamos hijos, sino imitando la fe, sino adorando a Dios, como él lo adoró. Así que si no esperas lo que te corresponde por estirpe, no quieres alcanzarlo por obras; ¿cómo se cumplirá en ti que te sentarás sobre el trono de David? y si no se cumple en ti, ¿piensas que no se cumplirá? ¿Y cómo la encontró en los campos del bosque? ¿y cómo se mantuvieron sus pies? Sea como sea, esa casa permanecerá.

21. [vers. 13.] Porque el Señor eligió a Sion; la prefirió como su morada. Sion es la Iglesia, es también aquella Jerusalén hacia cuya paz corremos, que no peregrina en los ángeles, sino en nosotros, que espera que la mejor parte regrese; de donde nos llegaron las Escrituras, que se recitan diariamente. Esa ciudad, esa es Sion, que el Señor prefirió.

22. [vers. 14.] Este es mi descanso por los siglos de los siglos. Ya son palabras de Dios. Mi descanso; allí descanso. ¡Cuánto nos ama Dios, hermanos, que porque nosotros descansamos, dice que él descansa! Pues él nunca se turba, ni así descansa; pero dice que descansa allí, porque nosotros en él tendremos descanso. Aquí habitaré, porque la he preferido.

23. [vers. 15.] Bendiciendo bendeciré a su viuda, y saciaré a sus pobres con pan. Toda alma que se reconoce desamparada de toda ayuda, salvo la de Dios, es viuda. Pues ¿cómo describe el Apóstol a la viuda? Pero la que es verdaderamente viuda y desamparada, ha puesto su esperanza en el Señor. Hablaba de esas viudas que todos llamamos en la Iglesia. Pero había dicho, La que vive en placeres, viviendo está muerta; y no la contó entre las viudas. Describiendo a las viudas santas, ¿qué dice? Pero la que es verdaderamente viuda y desamparada, ha puesto su esperanza en el Señor, y persevera en súplicas y oraciones noche y día. Allí añadió, Pero la que vive en placeres, viviendo está muerta (1 Tim. 5, 5, 6). ¿Por qué, entonces, es viuda? Porque no tiene ayuda de otro, sino solo de Dios. Aquellas que tienen maridos, como que se enorgullecen de la ayuda de sus maridos: las viudas parecen desamparadas, y su ayuda es más robusta. Así que toda la Iglesia es una viuda, ya sea en hombres, ya sea en mujeres, ya sea en casados, ya sea en mujeres casadas, ya sea en jóvenes, ya sea en ancianos, ya sea en vírgenes: toda la Iglesia es una viuda, desamparada en este mundo, si siente eso, si conoce su viudez; entonces la ayuda está presente para ella. ¿No reconocéis a esa viuda en el Evangelio, hermanos míos, cuando el Señor decía que es necesario orar siempre, y no desmayar? Había un juez en una ciudad, dijo, que ni temía a Dios, ni respetaba a hombre alguno; y una viuda lo interpelaba cada día, y decía, Hazme justicia de mi adversario. Y al interpelarlo cada día la viuda, lo venció. Pues el mismo juez dijo para sí, que ni temía a Dios, ni respetaba a hombre alguno: Aunque no temo a Dios, ni respeto a hombre alguno, al menos por la molestia que me causa esta viuda, le haré justicia. Si el juez malo escuchó a la viuda, para no sufrir molestia; ¿no escuchará Dios a la Iglesia, a la que exhorta a suplicar (Lucas 18, 1-8)?

24. Asimismo, Saciaré a sus pobres con pan: ¿qué significa, hermanos? Seamos pobres, y entonces seremos saciados. Muchos, presumiendo del mundo y soberbios, son cristianos; adoran a Cristo, pero no son saciados: pues están saciados, y abundan en su soberbia. De tales se dice, Oprobio para los que abundan, y desprecio para los soberbios (Salmo 122, 4): estos abundan; y por eso comen, pero no son saciados. ¿Y qué se dice de ellos en el salmo? Comieron y adoraron todos los ricos de la tierra. Adoran a Cristo, veneran a Cristo, suplican a Cristo; pero no son saciados de su sabiduría y justicia. ¿Por qué? Porque no son pobres. Pero los pobres, es decir, los humildes de corazón, cuanto más tienen hambre, más comen; y cuanto más tienen hambre, más vacíos están del mundo. El que está lleno, rechaza lo que le vas a dar; porque está lleno. Dame al hambriento, dame a los de quienes se dijo, Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados (Mateo 5, 6); y serán estos pobres de quienes ahora dice, Y saciaré a sus pobres con pan. Pues también en el mismo salmo donde se dijo, Comieron y adoraron todos los ricos de la tierra; se dijo allí también de los pobres, y de manera similar a como en este salmo, Comerán los pobres, y serán saciados, y alabarán al Señor los que lo buscan (Salmo 21, 30, 27). Donde se dijo, Comieron y adoraron todos los ricos de la tierra; allí se dijo, Comerán los pobres, y serán saciados. ¿Por qué cuando se dijo que los ricos adoraron, no se dijo que fueron saciados; pero cuando se dijo de los pobres, se dijo que fueron saciados? ¿Y de qué fueron saciados? ¿Qué clase de saciedad es esta, hermanos? Dios mismo es el pan. El pan, para ser leche para nosotros, descendió a la tierra; y dijo a los suyos: Yo soy el pan vivo que descendió del cielo (Juan 6, 41). Por eso allí en el salmo, Comerán los pobres, y serán saciados. ¿De qué serán saciados? Escucha lo que sigue: Y alabarán al Señor los que lo buscan.

25. Sed, pues, pobres, sed en los miembros de esa viuda, que no sea vuestra ayuda sino en un solo Dios. El dinero no es nada; no tendréis ayuda de él. Muchos, por el dinero, han sido precipitados, muchos por el dinero han perecido: muchos, por mucho dinero, han sido buscados por ladrones; estarían seguros si no tuvieran por qué ser buscados. Muchos han presumido de amigos más poderosos: cayeron aquellos de quienes presumieron y arrastraron a quienes presumieron de ellos. Mirad los ejemplos del género humano. ¿Qué grande es lo que se os dice? No solo hablamos de estas Escrituras; leedlo en el mundo entero. Atended a no presumir del dinero, del amigo hombre, del honor y la jactancia del mundo. Quitad todas estas cosas: pero si las tenéis, dad gracias a Dios si las despreciáis. Pero si os infláis de ellas, no miréis cuándo seréis presa de los hombres; ya sois presa del diablo. Pero si no presumís de estas cosas, estaréis en los miembros de esa viuda, que es la Iglesia, de la que se dijo, Bendiciendo bendeciré a su viuda: y seréis también pobres, de quienes se dijo, Y saciaré a sus pobres con pan.

26. Sin embargo, a veces, lo que no debe dejar de decirse, encuentras a un pobre soberbio, y a un rico humilde: lo sufrimos a diario. Escuchas a un pobre como gimiendo bajo un rico, y cuando el más poderoso oprime al rico, entonces lo ves humilde: a veces ni entonces, sino incluso entonces soberbio; de donde ves quién sería, si tuviera algo. Así que el pobre de Dios está en el ánimo, no en el saco. A veces sale un hombre con la casa llena, tierras fértiles, muchas propiedades, mucho oro y plata, sabe que en ellas no se debe presumir, se humilla ante Dios, hace el bien con ellas; así su corazón se eleva a Dios, que sabe que no solo no le sirven de nada esas riquezas, sino que también le impiden los pies, a menos que él lo guíe y él lo ayude: y se cuenta entre los pobres que son saciados con pan. Encuentras a otro mendigo inflado, o no inflado porque no tiene nada, pero buscando de dónde inflarse. Dios no atiende a la facultad, sino a la codicia: y lo juzga según la codicia con la que ansía las cosas temporales, no según la facultad, que no le toca adquirir. Por eso de los ricos dice el Apóstol:

A los ricos de este mundo manda que no sean altivos, ni pongan su esperanza en la incertidumbre de las riquezas, sino en el Dios vivo, que nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos. ¿Qué, entonces, deben hacer con sus riquezas? Sigue y dice: Que sean ricos en buenas obras; que den con facilidad, que compartan. Y mira porque aquí son pobres: Que atesoren para sí un buen fundamento para el futuro, para que echen mano de la vida verdadera (1 Tim. 6, 17-19). Cuando la alcancen, entonces serán ricos; pero cuando aún no la tienen, sepan que son pobres. Así sucede que todos los humildes de corazón, y establecidos en la caridad gemela, cualquiera que sea lo que tengan en este mundo, Dios los cuenta entre sus pobres, a quienes sacia con pan.

27. [vers. 16, 17.] Vestiré a sus sacerdotes de salvación, y sus santos exultarán de júbilo. Ya estamos al final del Salmo; que vuestra Caridad preste un poco de atención. Vestiré a sus sacerdotes de salvación, y sus santos exultarán de júbilo. ¿Quién es nuestra salvación, sino nuestro Cristo? ¿Qué significa, entonces, Vestiré a sus sacerdotes de salvación? Todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo os habéis revestido (Gálatas 3, 27). Y sus santos exultarán de júbilo. ¿De dónde exultarán de júbilo? Porque están revestidos de salvación: no en sí mismos. Pues hechos luz, pero en el Señor; pues antes eran tinieblas (Efesios 5, 8). Y por eso añadió, Allí haré crecer el poder de David: para que se presuma de Cristo, esa será la altura de David. Pues el poder significa altura: ¿y qué clase de altura? No carnal. Por eso todos los huesos están envueltos en carne: el poder excede la carne. La altura espiritual es el poder. ¿Y qué altura espiritual es, sino presumir de Cristo; no decir, Yo hago, yo bautizo; sino, Este es el que bautiza (Juan 1, 33)? Allí está el poder de David. Y para que sepáis que allí está el poder de David, prestad atención a lo que sigue: He preparado una lámpara para mi Ungido. ¿Cuál es la lámpara? Ya conocéis las palabras del Señor sobre Juan: Él era la lámpara ardiente y brillante (Juan 5, 35). ¿Y qué dice Juan? Este es el que bautiza. En esto, pues, exultarán los santos, en esto exultarán los sacerdotes; porque todo lo que es bueno de ellos, no es de ellos, sino de aquel que tiene el poder de bautizar. Así que seguro se acerca a su templo todo el que ha recibido el Bautismo; porque no es del hombre, sino de aquel en quien se ha levantado el poder de David.

28. [vers. 18.] Sobre él florecerá mi santificación. ¿Sobre quién? Sobre mi Cristo. Pues cuando dice a mi Cristo, es la voz del Padre quien dice: Bendiciendo bendeciré a su viuda, y saciaré a sus pobres con pan. Vestiré a sus sacerdotes con salvación, y sus santos exultarán con júbilo. Quien dice: Allí levantaré el cuerno de David, es Dios. Él mismo dice: He preparado una lámpara para mi Cristo, porque es nuestro Cristo y el Cristo del Padre: es nuestro Cristo cuando nos salva y nos gobierna, así como nuestro Señor, pero es el Hijo del Padre; Cristo es tanto nuestro como del Padre. Pues si no fuera el Cristo del Padre, no se diría antes: Por David, tu siervo, no apartes el rostro de tu Cristo. Sobre él florecerá mi santificación. Florece sobre Cristo. Ningún hombre se lo apropie, porque él mismo santifica; de lo contrario, no sería verdad: Sobre él florecerá mi santificación. La gloria de la santificación florecerá. Por tanto, la santificación de Cristo está en el mismo Cristo, el poder de la santificación de Dios en Cristo. Florecerá lo que dijo, quiere pertenecer a la gloria: pues cuando los árboles florecen, entonces son hermosos. Por tanto, la santificación en el Bautismo; de ahí florece y resplandece. ¿De dónde cedió el mundo a esta belleza? Porque florece en Cristo: pues ponla en el poder del hombre; ¿cómo florece, cuando toda carne es hierba, y toda la gloria de la carne como la flor de la hierba (Isaías 40, 6)?

ENARRACIÓN SOBRE EL SALMO 132.

SERMON A LA GENTE.

1. [vers. 1.] El salmo es breve; pero muy conocido y nombrado. He aquí cuán bueno y cuán agradable es habitar los hermanos juntos en unidad. Este sonido es tan dulce, que incluso quienes no conocen el Salterio cantan este verso. Es tan dulce como dulce es la caridad que hace que los hermanos habiten juntos en unidad. Y esto, hermanos, no necesita interpretación ni exposición, cuán bueno y cuán agradable es habitar juntos en unidad; pero lo que sigue tiene algo que debe abrirse a quienes llaman. Sin embargo, para que de este verso descienda a nosotros la comprensión de toda la estructura del Salmo, consideremos primero y nuevamente: si se ha dicho de todos los cristianos, Cuán bueno y cuán agradable es habitar los hermanos juntos en unidad; o si hay algunos ciertos y perfectos que habitan en unidad, y esta bendición no pertenece a todos, sino a algunos, de quienes, sin embargo, desciende a los demás.

2. Estas palabras del Salterio, este dulce sonido, esta suave melodía, tanto en el canto como en la comprensión, incluso han dado lugar a monasterios. A este sonido se han excitado los hermanos que han deseado habitar juntos en unidad; este verso fue su trompeta. Sonó por todo el mundo, y quienes estaban divididos se congregaron. El clamor de Dios, el clamor del Espíritu Santo, el clamor profético no se escuchaba en Judea; y se escuchó en todo el mundo. Contra este sonido eran sordos, entre quienes se cantaba; y se encontraron con oídos abiertos, de quienes se dijo: A quienes no se les anunció de él, verán; y quienes no oyeron, entenderán (Isaías 52, 15). Sin embargo, amadísimos, si consideramos, de aquel muro de la circuncisión primero nació esta bendición. ¿Acaso todos los judíos perecieron? ¿Y de dónde los Apóstoles, hijos de los Profetas, hijos de los expulsados (Salmo 126, 4)? Como ya hablamos a quienes saben. ¿De dónde aquellos quinientos que vieron al Señor después de la resurrección, a quienes menciona el apóstol Pablo (1 Corintios 15, 6)? ¿De dónde aquellos ciento veinte que estaban juntos en un lugar después de la resurrección del Señor y su ascensión al cielo, sobre quienes, estando en un lugar, descendió el Espíritu Santo el día de Pentecostés enviado del cielo; así enviado, como prometido? Todos eran de allí: y ellos primero habitaron juntos en unidad, quienes vendieron todo lo que tenían, y pusieron el precio de sus bienes a los pies de los Apóstoles, como se lee en los Hechos de los Apóstoles; y se distribuía a cada uno según su necesidad; y nadie decía que algo era propio, sino que tenían todas las cosas en común. ¿Y qué es, en unidad? Y tenían, dice, un alma y un corazón en Dios (Hechos 1, 2, y 4). Por tanto, ellos primero escucharon, He aquí cuán bueno y cuán agradable es habitar los hermanos juntos en unidad. Ellos primero escucharon, pero no solo ellos escucharon. Pues esta alegría y unidad de los hermanos no llegó solo hasta ellos. Esta exultación de caridad y voto a Dios también llegó a los posteriores. Pues se promete algo a Dios, y se ha dicho: Prometed, y pagad al Señor vuestro Dios (Salmo 75, 12). Pero es mejor no prometer, que prometer y no pagar (Eclesiastés 5, 4). Pero debe haber un ánimo diligente, para que prometa y pague; no sea que, al considerarse menos capaz de pagar, sea perezoso para prometer. Claro que nunca pagará, si piensa que pagará de lo suyo.

3. Por la voz de este salmo también se llaman Monjes, para que nadie os insulte a los Católicos por este nombre. Cuando comencéis a insultar correctamente a los herejes por los Circunceliones, para que se salven avergonzándose; ellos os insultan por los monjes. Primero, si son comparables, vosotros ved; si vuestras palabras son necesarias, ya estáis trabajando. No es necesario, sino que recordéis a cada uno que preste atención; solo preste atención, y compare. ¿Qué necesidad hay de vuestras palabras? Compárense los ebrios con los sobrios, los precipitados con los considerados, los furiosos con los simples, los vagabundos con los congregados. Pero, sin embargo, suelen decir: ¿Qué significa el nombre de monjes? Cuánto mejor decimos nosotros: ¿Qué significa el nombre de circunceliones? Pero no, dicen, no se llaman circunceliones. Tal vez los llamamos así con un nombre corrupto. ¿Diremos el

nombre completo de ellos? Tal vez se llaman circumcelliones, no circunceliones. Claro, si se llaman así, que expliquen qué son. Pues circumcelliones se les llama porque vagan alrededor de las celdas: suelen ir aquí, allá, sin tener sedes; y hacer lo que sabéis, y lo que ellos saben, quieran o no.

4. Sin embargo, amadísimos, también hay monjes falsos; y nosotros conocemos a tales: pero no ha perecido la fraternidad piadosa, por aquellos que profesan lo que no son. Pues hay monjes falsos, así como hay clérigos falsos, y fieles falsos. Todos los géneros, hermanos míos, los tres que alguna vez os hemos recomendado, y creo que no una sola vez, tienen sus buenos, tienen sus malos. Pues de esos tres géneros se ha dicho: «Dos en el campo; uno será tomado, y otro dejado: y dos en la cama; uno será tomado, y otro dejado: y dos en el molino; una será tomada, y otra dejada» (Lucas 17, 34, 35). En el campo están quienes gobiernan la Iglesia. De donde dice el Apóstol (ved si no estaba en el campo): Yo planté, Apolo regó; pero Dios dio el crecimiento (1 Corintios 3, 6). En la cama quiso que se entendieran aquellos que amaron la quietud; pues quiso que se entendiera la quietud por la cama; no mezclándose con las multitudes, no al tumulto del género humano, sirviendo a Dios en ocio: y de allí, sin embargo, uno será tomado, y otro dejado. Allí hay buenos, y allí hay reprobos. No os asustéis cuando allí se encuentran reprobos; pues algunos están ocultos, que no se encuentran sino al final. También dos en el molino las llamó por el nombre del género femenino; quiso que se entendiera el pueblo. ¿Por qué en el molino? Porque se mueven en este mundo, donde se entiende el molino; porque así se mueve este mundo, como la muela: ay de aquellos a quienes tritura. Así se mueven allí los fieles buenos, para que una de ellas sea consumida, otra tomada. Pues algunas acciones del mundo las hacen los amantes del siglo, los defraudadores, los simuladores. Pero otros están allí, como dice el Apóstol, Y los que usan de este mundo, como si no usaran; pues pasa la figura de este mundo: quiero que estéis sin cuidado (1 Corintios 7, 31, 32). ¿Oyes cuál será tomada del molino? Ciertamente muchos pecados parecen pertenecer a los ricos. Pues cuando más hacen, y más administran, y más depende de ellos la amplia hacienda, es difícil que no contraigan más pecados; y de ellos se ha dicho que es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que un rico entre en el reino de los cielos. Y cuando los discípulos se entristecieron por ellos, de quienes ya desesperaban, el Señor los consoló diciendo: Lo que es imposible para los hombres, es fácil para Dios (Mateo 19, 24-26). ¿Y cómo hace Dios eso fácil? Escucha al Apóstol, si no descuidas lo que ha mandado: Manda, dice, a los ricos de este siglo que no sean altivos. Pues encuentras a un pobre altivo, a un rico humilde; a un cristiano bien considerando que todas esas cosas pasan y fluyen, que nada trajo a este mundo, nada puede llevarse del mundo; pensando cómo aquel rico que ardía en la llama en el infierno, deseó que se le destilara una gota del dedo de aquel que deseaba las migajas de su mesa. Pensando en estas cosas, hacen lo que dice el Apóstol: «Ni esperen en la incertidumbre de las riquezas, sino en el Dios vivo, que nos da todas las cosas abundantemente para disfrutar. Sean ricos,» dice, «en buenas obras, fácilmente den, compartan, atesoren.» ¿Y qué ganan de eso? «Atesoren para sí un buen fundamento para el futuro, para que tomen la vida verdadera» (1 Timoteo 6, 17-19). He aquí cuál será tomada del molino. Pero aquel rico que se vestía de púrpura y lino fino, y banqueteaba espléndidamente cada día, y despreciaba al pobre que yacía a su puerta (Lucas 16, 19-24), será dejado. Porque del molino una será tomada, y otra dejada.

5. Así dice también Ezequiel de tres personas, en las que no absurdamente entendemos estos tres géneros: «Cuando el Señor envíe la espada sobre la tierra, aunque estuvieran en medio de ellos Noé, Daniel y Job, no liberarán hijos ni hijas; sino que ellos solos serán salvos» (Ezequiel 14, 13-16). Ya aquellos fueron liberados hace tiempo, pero en estos tres nombres significó tres géneros. Noé significa a los rectores de la Iglesia, porque él gobernó el arca en

el diluvio (Génesis 7). Pero Daniel eligió la vida tranquila, servir a Dios en celibato, es decir, no buscando esposa. Era un hombre santo, viviendo en deseos celestiales; tentado en muchas cosas, y encontrado oro puro. ¡Qué tranquilo era, que incluso entre los leones estaba seguro (Daniel 6; y 14, 28-39)! Por tanto, en el nombre de Daniel, que también es llamado varón de deseos (Id. 10, 11); pero ciertamente de los castos y santos, se significan los siervos de Dios, de quienes se dice, He aquí cuán bueno y cuán agradable es habitar los hermanos juntos en unidad. En el nombre de Job se significa aquella que será tomada del molino. Pues tenía esposa, tenía hijos, tenía muchas riquezas; y tenía tantas cosas en este siglo, que el diablo le objetó esto, que no adoraba a Dios gratuitamente, sino por aquellas cosas que había recibido. Esto le objetó el adversario al hombre santo: y en sus tentaciones se probó cuán gratuitamente Job adoraba a Dios, y no por aquellas cosas que había recibido, sino por aquel que las había dado. Habiendo perdido, por tanto, todas las cosas por una aflicción y tentación repentina, habiendo perdido la herencia, habiendo perdido a los herederos, quedándole solo la esposa, no para consuelo, sino para tentación, dijo lo que sabéis, «El Señor dio, el Señor quitó; como al Señor le agradó, así se hizo: sea el nombre del Señor bendito» (Job 1). Se cumplió en él lo que cantamos cada día, si también concordamos con las costumbres: «Bendeciré al Señor en todo tiempo; su alabanza estará siempre en mi boca» (Salmo 33, 2). Por tanto, en estos tres nombres se significaron tres géneros de hombres, y en aquellos tres nuevamente en el Evangelio, que mencioné.

6. ¿Qué dicen, pues, aquellos que nos insultan por el nombre de monjes? Tal vez dirán: Los nuestros no se llaman circunceliones: vosotros los llamáis así con un nombre insultante; pues nosotros no los llamamos así. Que digan cómo los llaman, y escucharéis. Los llaman agonísticos. Admitimos también nosotros un nombre honesto, si la cosa concordara. Pero mientras tanto, que vea vuestra Santidad: quienes nos dicen, Mostrad dónde está escrito el nombre de monjes, que muestren dónde está escrito el nombre de agonísticos. Así los llamáis, dicen, por el combate. Pues luchan; y dice el Apóstol, He peleado la buena batalla (2 Timoteo 4, 7). Porque hay quienes luchan contra el diablo, y prevalecen, se les llama agonísticos, soldados de Cristo. Ojalá fueran soldados de Cristo, y no soldados del diablo, de quienes se teme más, Deo gratias, que el rugido del león. Estos incluso se atreven a insultarnos, porque los hermanos, cuando ven a los hombres, dicen Deo gratias. ¿Qué es, dicen, Deo gratias? ¿Acaso eres sordo, que no sabes qué es, Deo gratias? Quien dice, Deo gratias, da gracias a Dios. Ve si no debe el hermano dar gracias a Dios, cuando ve a su hermano. ¿Acaso no es motivo de gratulación, cuando se ven mutuamente quienes habitan en Cristo? Y sin embargo, vosotros os reís de nuestro Deo gratias: los hombres lloran vuestro Deo laudes. Pero ciertamente habéis dado razón del nombre, por qué llamáis agonísticos. Así sea, como llamáis; así sea, ciertamente favorecemos. Que el Señor conceda que luchen contra el diablo, y no contra Cristo, cuya Iglesia persiguen. Sin embargo, porque luchan, decís agonísticos: y habéis encontrado de dónde llamarlos, porque dijo el Apóstol, He peleado la buena batalla. ¿Por qué, entonces, no llamamos también nosotros monjes, cuando dice el Salmo, He aquí cuán bueno y cuán agradable es habitar los hermanos juntos en unidad? Μόνος significa uno: y no uno de cualquier manera; pues también en la multitud hay uno, pero uno con muchos puede decirse, no puede decirse μόνος, es decir, solo: μόνος significa uno solo. Quienes, por tanto, viven juntos en unidad, de modo que hacen un solo hombre, para que sea verdaderamente lo que está escrito, una alma y un corazón; muchos cuerpos, pero no muchas almas; muchos cuerpos, pero no muchos corazones; correctamente se dice μόνος, es decir, uno solo. De donde también aquel uno era sanado en la piscina. Que nos respondan y expliquen, quienes insultan al nombre de monjes, por qué aquel que se encontró con treinta y ocho años en la enfermedad, respondió esto al Señor: Cuando se mueve el agua, no tengo quien me deposite; otro desciende antes que yo (Juan 5, 5, 7). Había descendido uno, ya no

descendía otro. Uno solo era sanado; figuraba la unidad de la Iglesia. Con razón insultan al nombre de la unidad, quienes se han cortado de la unidad. Con razón les desagrada el nombre de monjes, porque no quieren habitar en unidad con los hermanos; sino que, siguiendo a Donato, han dejado a Cristo. Esto sobre uno, y uno solo ha escuchado vuestra Caridad; ya nos regocijemos con el Salmo, para que veamos lo que sigue. Es breve; podemos recorrerlo, tanto como el Señor sugiera. Pues creo que de lo que se ha dicho, puede hacerse claro lo que sigue, aunque parezca oscuro.

7. [vers. 2.] He aquí cuán bueno y cuán agradable es habitar los hermanos juntos en unidad. Mostraba quien decía, He aquí. Vemos también nosotros, hermanos, y bendecimos a Dios; y oramos, para que digamos también nosotros, He aquí. ¿Y a qué cosa son semejantes, dice el Salmo. Como el ungüento en la cabeza, que desciende en la barba, la barba de Aarón; que desciende en el borde de su vestidura. ¿Qué era Aarón? Sacerdote. ¿Quién es sacerdote, sino un solo sacerdote, que entró en el santo de los santos? ¿Quién es este sacerdote, sino quien fue tanto víctima como sacerdote? ¿Sino aquel que, cuando no encontró en el mundo algo puro que ofrecer, se ofreció a sí mismo? En su cabeza el ungüento, porque todo Cristo con la Iglesia: pero del cabeza vino el ungüento. Nuestro cabeza es Cristo; crucificado y sepultado, resucitado ascendió al cielo; y vino el Espíritu Santo del cabeza. ¿A dónde? A la barba. La barba significa a los fuertes; la barba significa a los jóvenes, vigorosos, diligentes, ágiles. Por eso cuando describimos a tales, decimos, Es un hombre barbado. Por tanto, aquel primer ungüento descendió en los Apóstoles, descendió en aquellos que soportaron los primeros embates del siglo: descendió, por tanto, en ellos el Espíritu Santo. Pues también aquellos que primero comenzaron a habitar juntos, sufrieron persecución: pero porque había descendido el ungüento en la barba, sufrieron, no fueron vencidos. Pues también el cabeza ya había sufrido antes, de donde descendió el ungüento. Con tal ejemplo precedente, ¿quién vencería a la barba?

8. De esa barba era el santo Esteban. Y esto es no ser vencido, que la caridad no sea vencida por los enemigos. Pues parecían haber vencido aquellos que persiguieron a los santos. Ellos golpeaban, ellos eran golpeados; ellos mataban, ellos eran matados. ¿Quién no pensaría que ellos vencían y aquellos eran vencidos? Pero como la caridad no fue vencida, por eso el ungüento descendió a la barba. Observa a Esteban. La caridad se enfurecía en él: se enfurecía contra ellos cuando escuchaban; rogó por ellos cuando lo apedreaban. ¿Qué dijo cuando escuchaban? De dura cerviz e incircuncisos de corazón y oídos, siempre resistís al Espíritu Santo. Mira la barba. ¿Acaso aduló? ¿Acaso temió? Ellos, al escuchar estas cosas que se decían contra ellos: pues Esteban parecía enfurecerse; se enfurecía con la boca, amaba con el corazón; y la caridad misma no fue vencida en él: pues ellos, rechazando la palabra, como tinieblas huyendo de la luz, comenzaron a correr hacia las piedras, a apedrear a Esteban. Así como antes las palabras de Esteban los apedreaban a ellos, así después sus piedras a Esteban. ¿Cuándo debió Esteban enojarse más, cuando era apedreado o cuando era escuchado? He aquí que se hizo manso mientras era apedreado, y se enfurecía cuando era escuchado. ¿Por qué se enfurecía cuando era escuchado? Porque quería cambiar a aquellos que lo escuchaban. Con las piedras viniendo hacia él, la caridad no fue vencida: porque el ungüento había descendido de la cabeza a la barba, y había escuchado del mismo cabeza, Amad a vuestros enemigos, y orad por los que os persiguen (Mat. V, 44). Había escuchado del mismo cabeza colgado en la cruz, y diciendo, Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Luc. XXIII, 34). De esa manera, pues, el ungüento había descendido de la cabeza a la barba; porque él también, cuando era apedreado, con la rodilla fija dijo: Señor, no les imputes este pecado (Act. VII, 51-59).

9. Por tanto, ellos eran como la barba. Pues muchos eran fuertes, y sufrieron muchas persecuciones. Pero si el ungüento no hubiera descendido de la barba, ahora no tendríamos monasterios. Pero porque descendió también al borde de la vestidura; pues así dice, Que desciende al borde de su vestidura: la Iglesia siguió, de la vestidura del Señor dio a luz monasterios. Pues la vestidura sacerdotal significa la Iglesia. Esa es la vestidura de la que dice el Apóstol, Para presentársela a sí mismo como una Iglesia gloriosa, sin mancha ni arruga (Ephes. V, 27). Se limpia, para que no tenga mancha; se extiende, para que no tenga arruga. ¿Dónde la extiende el batanero, sino en el madero? Vemos diariamente a los bataneros crucificar de alguna manera las túnicas: se crucifican, para que no tengan arruga. ¿Qué es entonces el borde de la vestidura? Hermanos míos, ¿qué recibiremos en el borde de la vestidura? El borde es el fin de la vestidura. ¿Qué recibiremos al final de la vestidura? ¿O porque al final de los tiempos la Iglesia tendría hermanos habitando juntos? ¿O entendemos en el borde la perfección, porque en el borde se perfecciona la vestidura; y aquellos perfectos, que saben habitar juntos? Aquellos perfectos que cumplen la ley. ¿Cómo se cumple la ley de Cristo por aquellos que habitan juntos como hermanos? Escucha al Apóstol: Llevad los unos las cargas de los otros, y así cumpliréis la ley de Cristo (Galat. VI, 2). Este es el borde de la vestidura. ¿Cómo, hermanos míos, entendemos qué borde dice, al que pudo descender el ungüento? No creo que quisiera entender el borde de la vestidura en los lados. Pues hay bordes en los lados. Pero el ungüento pudo descender de la barba al borde que está en la cabeza, donde se abre el cuello. Tales son los que habitan juntos: para que así como por estos bordes entra la cabeza del hombre, para vestirse; así por la concordia fraterna entra Cristo, que es nuestra cabeza, para vestirse, para que la Iglesia se adhiera a él.

10. [vers. 3.] ¿Qué más dice? Como el rocío de Hermón, que desciende sobre los montes de Sión. Esto quiso entenderse, hermanos míos, que es la gracia de Dios que los hermanos habiten juntos; no por sus propias fuerzas, no por sus propios méritos, sino por el don de él, sino por su gracia, como el rocío del cielo. Pues la tierra no se llueve a sí misma, o todo lo que produce se seca, a menos que la lluvia descienda de arriba. Dice en algún lugar en el salmo: Lluvia voluntaria apartarás, Dios, para tu heredad (Psal. LXVII, 10). ¿Por qué dijo voluntaria? Porque no por nuestros méritos, sino por su voluntad. ¿Qué bien merecimos los pecadores? ¿Qué bien merecimos los inicuos? De Adán Adán, y sobre Adán nacen muchos pecados. Cualquiera que nace, nace Adán, condenado de condenado, y añadió mal viviendo sobre Adán. ¿Qué bien mereció Adán? Y sin embargo, misericordioso amó, y el esposo amó, no a la hermosa, sino para hacerla hermosa. Por tanto, llamó a la gracia de Dios el rocío de Hermón.

11. Pero Hermón, ¿qué es, debéis saber? Es un monte separado de Jerusalén, es decir, de Sión. Por tanto, es extraño que diga así, Como el rocío de Hermón, que desciende sobre los montes de Sión; cuando el monte Hermón está lejos de Jerusalén: pues se dice que está más allá del Jordán. Por tanto, busquemos algo en la interpretación de Hermón. No es hebreo, y tenemos la interpretación de aquellos que conocen esa lengua. Se dice que Hermón se interpreta como Luz exaltada. Pues de Cristo es el rocío: pues ninguna luz exaltada, sino Cristo. ¿Cómo fue exaltado? Primero en la cruz; después en el cielo. Exaltado en la cruz, cuando fue humillado; pero su humillación no pudo ser sino alta. La dispensación del hombre se hacía cada vez menor, que se significaba en Juan; la dispensación de Dios en nuestro Señor Jesucristo crecía: lo cual se muestra también en sus nacimientos. Pues él nació, como la Iglesia transmite, el octavo día antes de las calendas de julio, cuando ya los días comienzan a disminuir: pero el Señor nació el octavo día antes de las calendas de enero, cuando ya los días comienzan a crecer. Escucha al mismo Juan confesando: Es necesario que él crezca, y yo disminuya (Joan. III, 30). Y sus pasiones lo indican. El Señor fue exaltado en la cruz; él fue

disminuido al ser decapitado. Por tanto, luz exaltada, Cristo: de ahí es el rocío de Hermón. Pero cualquiera de vosotros que quiera habitar en uno, deseéis ese rocío, sed empapados de él. De lo contrario, no podréis mantener lo que profesáis, ni atreveros a profesar, a menos que él truene; ni podréis permanecer, a menos que su alimento no os falte: pues ese alimento desciende sobre los montes de Sión.

12. Ya montes de Sión, grandes en Sión. ¿Qué es Sión? La Iglesia. ¿Y quiénes son allí los montes? Grandes. ¿A quiénes significan los montes, a estos significa la barba, a estos significa el borde de la vestidura. La barba no se entiende sino en los perfectos. Por tanto, no habitan en uno, sino en quienes ha sido perfecta la caridad de Cristo. Pues en quienes no es perfecta la caridad de Cristo, y aunque estén en uno, son odiosos, molestos, turbulentos, con su ansiedad perturban a los demás, y buscan qué decir de ellos; como en el yugo el animal inquieto no solo no tira, sino que también rompe con sus patadas lo que está unido. Pero si tiene el rocío de Hermón, que desciende sobre los montes de Sión, tranquilo, apacible, humilde, tolerante, en lugar de murmurar, derrama oración. Pues todos los murmuradores están magníficamente descritos en algún lugar de las Escrituras: Las entrañas del necio son como la rueda del carro (Eccli. XXXIII, 5). ¿Qué es, Las entrañas del necio son como la rueda del carro? Lleva heno, y murmura: pues la rueda del carro no puede dejar de murmurar. Así son muchos hermanos; no habitan en uno sino en cuerpo. Pero, ¿quiénes son los que habitan en uno? Aquellos de quienes se dijo, Y tenían un solo corazón y una sola alma en Dios: y nadie decía que algo era suyo, sino que tenían todas las cosas en común (Act. IV, 32). Han sido designados, han sido descritos, quienes pertenecen a la barba, quienes pertenecen al borde de la vestidura, quienes son contados entre los montes de Sión. Y si hay allí otros murmuradores, recuerden lo dicho por el Señor: Uno será tomado, y otro será dejado (Matth. XXIV, 40).

13. Porque allí mandó el Señor la bendición. ¿Dónde mandó? En los hermanos que habitan en uno. Allí ordenó la bendición, allí bendicen al Señor quienes habitan en concordia. Pues en la discordia no bendices al Señor. En vano dices que tu lengua suena la bendición del Señor, si no suenas con el corazón: con tu boca bendices, y con tu corazón maldices. Con su boca bendecían, y con su corazón maldecían (Psal. LXI, 5). ¿Acaso son nuestras palabras? Han sido significados algunos. Bendices al Señor, cuando oras; y sigues en tu oración, y maldices a tu enemigo. ¿Es esto lo que escuchaste del mismo Señor, Amad a vuestros enemigos? Pero si lo haces, y amas a tu enemigo, y oras por él, allí mandó el Señor su bendición; allí tendrás vida para siempre, es decir, eternamente. Pues muchos amando esta vida, maldicen a sus enemigos: ¿por qué, sino por esta vida, sino por los bienes temporales? ¿Dónde te ha angustiado tu enemigo, para que te veas obligado a maldecir? En la tierra estás angustiado; migra, habita en el cielo. ¿Cómo, dices, habito en el cielo, hombre vestido de carne, dedicado a la carne? Precede con el corazón, para que sigas con el cuerpo. No escuches sordamente, Levantad los corazones. Ten el corazón en alto, y nadie te angustiará en el cielo. Y por eso bien sigue otro salmo:

EN EL SALMO CXXXIII EXPLICACIÓN.

Continuación del sermón anterior.

1. [vers. 1.] He aquí ahora bendecid al Señor, todos los siervos del Señor, que estáis en la casa del Señor, en los atrios de la casa de nuestro Dios. ¿Por qué añadió, en los atrios? Los atrios se entienden como los espacios más amplios de la casa. Quien está en los atrios, no está angustiado, no está oprimido; de alguna manera se dilata. Permanece en la amplitud, y puedes amar a tu enemigo; porque no amas las cosas donde sufres angustia por parte del enemigo.

¿Cómo se entiende que estás en los atrios? Permanece en la caridad, y estás en los atrios. En la caridad hay amplitud, en el odio hay angustia. Escucha al Apóstol: Ira e indignación, tribulación y angustia sobre toda alma de hombre que hace el mal (Rom. II, 8, 9). Pero sobre la amplitud de la caridad, ¿qué dice? Porque la caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado (Id. V, 5). Donde escuchas difusión, entiende amplitud; donde escuchas amplitud, entiende los atrios del Señor; y tendrás la verdadera bendición del Señor, cuando no maldices a los enemigos. Pues el Espíritu habla a aquellos que sufren tribulación, para que se gloríen en las tribulaciones; y les dice, He aquí ahora bendecid al Señor, todos los siervos del Señor. ¿Qué es, He aquí ahora? En este tiempo. Pues después de pasadas las tribulaciones, es evidente que nos dedicaremos a la bendición del Señor, como se ha dicho: Bienaventurados los que habitan en tu casa; te alabarán por los siglos de los siglos (Psal. LXXXIII, 5). Quienes entonces bendecirán sin cesar, aquí comienzan a bendecir al Señor; aquí en las tribulaciones, en las tentaciones, en las molestias, entre las adversidades del mundo, entre las insidias del enemigo, entre los fraudes e impulsos del diablo. Esto es, He aquí ahora bendecid al Señor, todos los siervos del Señor, que estáis en la casa del Señor. ¿Qué es, que estáis? Que perseveráis. Porque se dijo de uno, que fue arcángel, Y en la verdad no permaneció (Joan. VIII, 44): y se dijo del amigo del esposo, Pero el amigo del esposo está, y lo oye, y se goza con gozo por la voz del esposo (Id. III, 29).

2. [vers. 2.] Por tanto, Que estáis en la casa del Señor, en los atrios de la casa de nuestro Dios, en las noches levantad vuestras manos en santidad, y bendecid al Señor. Es fácil bendecir en los días. ¿Qué es, en los días? En las cosas prósperas. Pues la noche es cosa triste; el día es cosa alegre. Cuando te va bien, bendices al Señor. Cuando deseas un hijo y nace, bendices al Señor. Tu esposa ha sido liberada del peligro del parto; bendices al Señor. Tu hijo estaba enfermo, se recupera; bendices al Señor. Tu hijo estaba enfermo; tal vez buscaste a un astrólogo, a un hechicero: tal vez no de la lengua, sino de tus costumbres salió maldición contra el Señor; salió de tus costumbres y vida. No te gloríes porque con la lengua bendices, si con la vida maldices. ¿Cómo, dices, maldigo con la vida? Porque se observa tu vida, y se dice: He aquí un cristiano, he aquí cómo son los cristianos. Se blasfema a Cristo por ti. He aquí que con tu vida maldices, ¿qué aprovecha que con tu lengua bendices? Bendecid, pues, al Señor. ¿Cuándo? En las noches. ¿Cuándo bendijo Job? Cuando era una noche triste. Se quitaron todas las cosas que poseía; se quitaron los hijos para quienes se guardaban: ¡qué noche tan triste! Pero veamos si no bendice en la noche: El Señor dio, el Señor quitó; como al Señor le plació así se hizo: sea el nombre del Señor bendito (Job I, 14-21). ¡Qué noche tan oscura! Golpeado con una úlcera desde la cabeza hasta los pies, putrefacto se derretía en sí mismo. Entonces Eva se atrevió a tentarlo: Di algo contra tu Dios, y muere. Escucha al que bendice en las noches: Hablaste, dice, como una de las mujeres insensatas. Si recibimos lo bueno de la mano del Señor, ¿no soportaremos lo malo? (Job II, 7-10). He aquí qué es, En las noches levantad vuestras manos en santidad, y bendecid al Señor. ¿Qué dijo Job? Hablaste como una de las mujeres insensatas. Adán putrefacto rechazó a Eva, como diciendo: Basta que por ti me hice mortal. Valiste en el paraíso, pero eres vencida en el estiércol. ¡Gran gracia de Dios! Pero, ¿de dónde esto, sino porque el rocío de Hermón había empapado esa alma, y el Señor había dado dulzura, para que nuestra tierra diera su fruto (Psal. LXXXIV, 13)? En las noches levantad vuestras manos en santidad, y bendecid al Señor.

3. [vers. 3.] Bendiga el Señor desde Sión, quien hizo el cielo y la tierra. Exhorta a muchos a que bendigan, y él bendice a uno, porque de muchos hizo uno; porque es bueno y agradable habitar los hermanos juntos en unidad (Psal. CXXXII, 1). Número plural, hermanos; pero singular, habitar en unidad: por eso, Bendiga el Señor desde Sión, quien hizo el cielo y la

tierra. Ninguno de vosotros diga: No me alcanza. ¿Piensas quién es al que dijo, Bendiga el Señor desde Sión? Bendijo a uno: sé uno, y la bendición te alcanzará.

EN EL SALMO CXXXIV EXPLICACIÓN.

SERMON A LA PLEBE.

1. [vers. 1.] Debe sernos muy dulce, y debemos alegrarnos de que nos sea dulce, lo que este salmo nos exhorta. Pues dice: Alabad el nombre del Señor. Y la misma causa por la cual es justo que alabemos el nombre del Señor, inmediatamente la añadió: Alabad, siervos, al Señor. ¿Qué más justo? ¿Qué más digno? ¿Qué más grato? Pues si no alabaran los siervos al Señor; serían soberbios, ingratos, irreligiosos. ¿Y qué hacen no alabando al Señor, sino para que sientan al Señor severo? Pues el siervo ingrato, si no quiere alabar a su Señor, no por eso hace que no sea siervo. Alabes o no alabes, eres siervo: pero si alabas, propicias; si no alabas, ofendes. Por tanto, buena exhortación y útil; de donde más debemos esforzarnos en cómo debe ser alabado Dios, que dudar si debe ser alabado. Alabad, pues, el nombre del Señor. Nos exhorta el Salmo, nos exhorta el Profeta, nos exhorta el Espíritu de Dios, nos exhorta finalmente el mismo Señor, para que alabemos al Señor. Pues no crece con nuestras alabanzas, sino nosotros. Dios no se hace mejor, si lo alabas; ni peor, si lo vituperas: pero tú alabando al bueno, serás mejor; vituperando, peor: pero él permanece bueno, como es. Pues si a sus mismos siervos bien merecidos de él, predicadores de su palabra, rectores de su Iglesia, veneradores de su nombre, obedientes a su mandato, les enseña esto, para que en su conciencia tengan la dulzura de su buena vida, para que no se corrompan con las alabanzas, ni se rompan con las vituperaciones de los hombres; cuánto más él mismo inmutable sobre todo quien enseña esto, no se hace mayor si lo alabas, ni menor si lo vituperas? Pero como nos conviene alabar al Señor, misericordiosamente manda que lo alabemos, no arrogantemente. Escuchemos, pues, lo que dice: Alabad el nombre del Señor, alabad, siervos, al Señor. Pues no hacéis algo incongruente, alabando siervos al Señor: y aunque siempre solo fuerais siervos, deberíais alabar al Señor; cuánto más debéis alabar al Señor siervos, para que merezcáis ser también hijos?

2. [vers. 2.] Pero dado que está escrito en otro salmo, "La alabanza es propia de los rectos" (Salmo XXXII, 1); y también en otro lugar está escrito, "No es hermosa la alabanza en boca del pecador" (Eclesiástico XV, 9); y además en otro lugar se dice, "El sacrificio de alabanza me glorificará, y allí está el camino en el que le mostraré la salvación de Dios"; y consecuentemente, "Pero al pecador dijo Dios: ¿Por qué narras mis justicias y tomas mi pacto en tu boca? Tú, sin embargo, odiaste la disciplina y arrojaste mis palabras detrás de ti" (Salmo XLIX, 23, 16, 17): no sea que alguien, porque se ha dicho, "Alaben, siervos, al Señor", aunque en esta gran casa haya un mal siervo, piense que le beneficia la alabanza del Señor, inmediatamente describe y enseña cómo deben ser aquellos que deben alabar al Señor: "Los que están en la casa del Señor, en los atrios de la casa de nuestro Dios. Los que están, no los que caen". Aquellos que perseveran en sus mandamientos, que sirven a Dios con fe no fingida, esperanza firme y caridad sincera, y honran su Iglesia, y no dan ofensa viviendo mal, a aquellos que quieren venir y encuentran piedras de tropiezo en el camino, son llamados estar de pie. Por lo tanto, "Los que están en la casa del Señor, alaben el nombre del Señor. Sean agradecidos; estaban afuera, y ahora están adentro". Porque están de pie, ¿es poco para ustedes, donde debe ser alabado aquel que los levantó cuando estaban caídos, y los hizo estar en su casa, y reconocerlo a él, y alabarlo? ¿Es pequeño este beneficio, que estamos en la casa del Señor? Aquí, por ahora, en esta peregrinación, en esta casa, que también se llama tabernáculo de peregrinación, porque aquí estamos, ¿no debemos ser suficientemente

agradecidos? ¿No debemos pensar que aquí estamos? ¿No debemos pensar en lo que hemos sido hechos? ¿No debemos pensar en dónde yacíamos, y a dónde hemos sido reunidos? ¿No debemos pensar que todos los impíos no buscaban al Señor, y él los buscó cuando no lo buscaban, él los encontró y los despertó, él los despertó y los llamó, él los llamó y los introdujo, y los hizo estar en su casa? Quienquiera que piense en esto y no sea ingrato, ciertamente se desprecia a sí mismo por amor a su Señor, de quien ha recibido tanto: y dado que no tiene qué devolver a Dios por tantos beneficios, ¿qué le queda sino dar gracias, no devolver? A esa misma acción de gracias pertenece también tomar el cáliz del Señor e invocar su nombre. Pues, ¿qué devolverá el siervo al Señor por todo lo que le ha devuelto? (Salmo CXV, 12, 13). Por lo tanto, "Los que están en la casa del Señor, en los atrios de la casa de nuestro Dios, alaben al Señor".

3. [vers. 3.] ¿Qué diré por qué deben alabar? Porque el Señor es bueno. Brevemente, en una sola palabra se explica la alabanza de nuestro Dios: "El Señor es bueno". Pero bueno, no como son buenas las cosas que hizo. Pues Dios hizo todas las cosas muy buenas (Génesis I, 31): no solo buenas, sino muy buenas. Hizo el cielo y la tierra y todo lo que hay en ellos buenos, y los hizo muy buenos. Si hizo todas estas cosas buenas, ¿cómo es aquel que las hizo? Y sin embargo, aunque hizo cosas buenas, y es mucho mejor quien las hizo que aquellas que hizo; no encuentras nada mejor que decir de él, sino que el Señor es bueno: si entiendes propiamente el bien, del cual provienen los demás bienes. Pues él hizo todos los bienes: él es el bueno que nadie hizo. Él es bueno por su propio bien, no por un bien participado de otro: él es bueno por su propio bien, no adhiriéndose a otro bien. Para mí, adherirme a Dios es bueno (Salmo LXXII, 28), quien no necesitó de alguien para hacerse bueno; pero los demás necesitaron de él para hacerse buenos. ¿Quieren escuchar cuán singularmente es bueno? El Señor, cuando fue interrogado, dijo: "Nadie es bueno, sino solo Dios" (Mateo XIX, 17). Esta singularidad de su bondad, no quiero pasarla brevemente, y no soy capaz de recomendarla adecuadamente. Temo que si paso rápidamente, me encuentre ingrato: también temo que si me propongo explicarla, me fatigue bajo tan gran carga de alabanza del Señor. Sin embargo, hermanos, acéptenme tanto alabando como no siendo suficiente, para que, aunque no se complete la explicación de esa alabanza, se acepte la devoción del que alaba. Que él mismo apruebe mi deseo, perdone no haberlo cumplido.

4. Me siento atrapado por una dulzura inefable cuando escucho, "El Señor es bueno"; y al considerar y examinar todo lo que veo externamente, ya que todo proviene de él, incluso cuando estas cosas me agradan, regreso a él de quien son, para entender que el Señor es bueno. Nuevamente, cuando entro en él tanto como puedo, lo encuentro más interior y superior a mí; porque el Señor es tan bueno que no necesita de estas cosas para ser bueno. De hecho, no alabo estas cosas sin él; pero lo encuentro a él perfecto sin estas cosas, no necesitado, inmutable, no buscando el bien de nadie para aumentar, no temiendo el mal de nadie para disminuir. ¿Y qué más puedo decir? Encuentro en la creación el cielo bueno, el sol bueno, la luna buena, las estrellas buenas; la tierra buena, lo que se genera en la tierra y está arraigado, bueno; lo que camina y se mueve, bueno; lo que vuela en el aire y nada en las aguas, bueno. También digo que el hombre es bueno: "El hombre bueno del buen tesoro de su corazón saca lo bueno" (Lucas XII, 35). También digo que el ángel es bueno, que no cayó por soberbia y se convirtió en diablo; sino que se adhiere obedeciendo a aquel de quien fue hecho. Todas estas cosas las digo buenas, pero con sus nombres; el cielo bueno, el ángel bueno, el hombre bueno: pero cuando me refiero a Dios, creo que no hay nada mejor que decir que bueno. Porque el mismo Señor Jesucristo dijo, "Hombre bueno"; y él mismo también dijo, "Nadie es bueno, sino solo Dios". ¿No nos ha estimulado a buscar y distinguir qué es bueno por otro bien, y qué es bueno por sí mismo? ¿Cuán bueno es entonces aquel del

cual provienen todos los bienes? En verdad, no encuentras ningún bien que no sea bueno por él. El bien que hace cosas buenas es propiamente, así como es propiamente bueno. Pues no es que las cosas que hizo no existan; ni se le hace injuria cuando decimos que no existen las cosas que hizo. ¿Por qué las hizo, si no existen las cosas que hizo? ¿O qué hizo, si no existe lo que hizo? Por lo tanto, aunque existen aquellas cosas que hizo, sin embargo, en comparación con él, no existen; y como si él fuera el único, dijo, "Yo soy el que soy"; y, "Dirás a los hijos de Israel, El que es, me ha enviado a ustedes". No dijo, el Señor Dios Todopoderoso, misericordioso, justo: lo cual, si lo dijera, ciertamente diría la verdad. Al eliminar todos los medios por los cuales podría ser llamado y dicho Dios, respondió que se llamaba a sí mismo ser; y como si ese fuera su nombre: "Esto les dirás", dijo, "El que es, me ha enviado". Porque él es de tal manera que en comparación con él, las cosas que fueron hechas no son. Sin compararlo, son; porque son de él: pero comparadas con él, no son, porque el verdadero ser es ser inmutable, que solo él es. Porque ser es, así como el bien de los bienes, es bueno. Piensen y vean que cualquier otra cosa que alaben, la alaban porque es buena. Está loco quien alaba lo que no es bueno. Si alabas al injusto por ser injusto, ¿no serás también injusto? Si alabas al ladrón por ser ladrón, ¿no serás también partícipe? Si alabas al justo por ser justo, ¿no tienes también parte al alabarlo? Porque no alabarías al justo si no lo amaras; no lo amarías si no obtuvieras algo de ello. Si, por lo tanto, cualquier otra cosa que alabamos, la alabamos porque es buena; no se te puede dar una causa mayor, mejor y más firme para alabar a Dios, sino porque es bueno. Por lo tanto, "Alaben al Señor, porque es bueno".

5. ¿Cuánto tiempo hablaremos de su bondad? ¿Quién puede concebir o abarcar en su corazón cuán bueno es el Señor? Pero volvamos a nosotros mismos, y reconozcámoslo en nosotros, y alabemos al artífice en sus obras; porque no somos capaces de contemplarlo a él mismo: y si alguna vez seremos capaces de contemplarlo, cuando nuestro corazón haya sido purificado por la fe, para que finalmente se regocije en la verdad; ahora, ya que él no puede ser visto por nosotros, veamos sus obras, para que no quedemos sin su alabanza. Por lo tanto, dije, "Alaben al Señor, porque es bueno; canten a su nombre, porque es dulce". Tal vez sería bueno y no sería dulce, si no te diera la capacidad de gustar. Sin embargo, se presentó a los hombres de tal manera que incluso envió pan del cielo (Juan VI, 32-51), y dio a su Hijo igual a él, que es lo que él mismo es, para ser hecho hombre, y para ser muerto por los hombres; para que por lo que tú eres, gustes lo que no eres. Porque era mucho para ti gustar la dulzura de Dios; porque estaba alejada y demasiado alta, y tú estabas demasiado bajo y yaciendo en lo profundo. En esta gran separación, fue enviado el Mediador. No podías llegar a Dios como hombre; Dios se hizo hombre: para que, ya que como hombre puedes llegar a un hombre, lo que no podías a Dios, por medio de un hombre llegues a Dios; y se hizo mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús (I Tim. II, 5). Pero si solo fuera hombre, siguiendo lo que eres, nunca llegarías; si solo fuera Dios, no comprendiendo lo que no eres, nunca llegarías: Dios se hizo hombre, para que siguiendo al hombre, lo que puedes, llegues a Dios, lo que no podías. Él es el Mediador, por eso se hizo dulce. ¿Qué hay más dulce que el pan de los ángeles? ¿Cómo no es dulce el Señor, cuando el hombre comió el pan de los ángeles (Salmo LXXVII, 25)? Porque no vive el hombre de una cosa y el ángel de otra. Él mismo es la verdad, él mismo es la sabiduría, él mismo es el poder de Dios: pero como los ángeles disfrutan de él, tú no puedes. ¿Cómo disfrutan de él? Tal como es, "En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios por quien todas las cosas fueron hechas". Pero, ¿cómo lo tocas tú? Porque "El Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros" (Juan I, 1, 3, 14). Para que el hombre comiera el pan de los ángeles, el Creador de los ángeles se hizo hombre. Por lo tanto, canten a su nombre, porque es dulce. Si han probado, canten; si han probado cuán dulce es el Señor, canten; si lo que han probado sabe bien, alaben. ¿Quién

es tan ingrato con el que cocina o alimenta, que cuando ha sido deleitado por algún manjar, no da gracias alabando lo que prueba? Si no callamos sobre estas cosas, ¿callaremos sobre aquel que dio todas las cosas? Canten a su nombre, porque es dulce.

6. Y escuchen ahora sus obras. Tal vez ustedes se esforzaban por ver el bien de todos los bienes, el bien del cual provienen todos los bienes, el bien sin el cual nada es bueno, y el bien que es bueno sin los demás; se esforzaban por ver, y tal vez al extender la mirada de su mente se fatigaban. Esto lo deduzco de mí mismo; así lo sufro. Pero aunque haya alguien, como puede ser, y muy bien puede ser, con una mirada de mente más fuerte que la mía, y fija la mirada de su corazón en lo que es; que alabe como puede, y como nosotros no podemos, que alabe. Sin embargo, gracias a él, que en este salmo moderó su alabanza, para que fuera tanto de los fuertes como de los débiles. Pues también en aquella misión de su siervo Moisés, cuando dijo, "Yo soy el que soy"; y, "Dirás a los hijos de Israel, El que es me ha enviado a ustedes": porque el ser propiamente dicho es difícil de captar para la mente humana, y se enviaba un hombre a hombres, aunque no por un hombre; inmediatamente Dios moderó su alabanza, y dijo de sí mismo lo que podía ser captado dulcemente; no quiso permanecer en lo que se alababa, a lo que el que alababa no podía llegar. Ve, dijo, di a los hijos de Israel, el Dios de Abraham y el Dios de Isaac y el Dios de Jacob me ha enviado a ustedes: este es mi nombre para siempre. Ciertamente, Señor, tienes ese nombre; porque tú también dijiste, "Yo soy: El que es, me ha enviado a ustedes": ¿por qué ahora cambiaste el nombre, para decir, "Yo soy el Dios de Abraham y el Dios de Isaac y el Dios de Jacob"? ¿No parece que tu razón responde, y dice: Lo que dije, "Yo soy el que soy"; es verdad, pero no lo captas: lo que dije, "Yo soy el Dios de Abraham y el Dios de Isaac y el Dios de Jacob"; también es verdad, y lo captas? Porque "Yo soy el que soy", se refiere a mí, pero "Yo soy el Dios de Abraham y el Dios de Isaac y el Dios de Jacob", se refiere a ti: y si te cansas en lo que soy para mí, capta lo que soy para ti. Y no sea que alguien piense que lo que dijo Dios, "Yo soy el que soy"; y, "El que es, me ha enviado a ustedes", es solo su nombre eterno; pero lo que dijo, "Yo soy el Dios de Abraham y el Dios de Isaac y el Dios de Jacob", es un nombre temporal: Dios no se preocupó, cuando dijo, "Yo soy el que soy"; y, "El que es, me ha enviado a ustedes", de decir que este es su nombre para siempre; porque aunque no lo dijera, se entendería. Porque él es, y verdaderamente es, y por el hecho de que verdaderamente es, es sin principio y sin fin. Pero lo que es para el hombre, "Yo soy el Dios de Abraham y el Dios de Isaac y el Dios de Jacob", para que no surja la preocupación humana de que esto es temporal, no eterno, nos aseguró, porque de las cosas temporales nos lleva a la vida eterna. Esto, dijo, es mi nombre para siempre, no porque Abraham sea eterno, e Isaac y Jacob sean eternos, sino porque Dios los hace eternos después sin fin: pues tuvieron un principio, pero no tendrán fin.

7. En Abraham, Isaac y Jacob, piensen en toda su Iglesia, piensen en toda la descendencia de Israel: pero toda la descendencia de Israel, no solo la que es de la carne, sino también la que es de la fe. Porque el Apóstol hablaba a los gentiles, a quienes decía: "Si ustedes son de Cristo, entonces son descendencia de Abraham, herederos según la promesa" (Gálatas III, 29). Por lo tanto, todos somos bendecidos en el Dios de Abraham, Isaac y Jacob. Bendijo ciertamente un árbol, y lo creó como un olivo, como dijo el Apóstol, a los mismos santos Patriarcas, de donde floreció el pueblo de Dios: pero este árbol de olivo fue podado, no cortado, y de allí se rompieron las ramas orgullosas; es el pueblo blasfemo e impío de los judíos. Sin embargo, quedaron ramas buenas y útiles; porque de allí son los Apóstoles. Y cuando quedaron allí ramas útiles, por la misericordia de Dios fue injertado también el acebuche de los gentiles, a quien el Apóstol dice: "Tú, siendo acebuche, fuiste injertado en ellos, y hecho partícipe de la raíz y de la savia del olivo. No te jactes contra las ramas: pero si te jactas, no sostienes tú a la raíz, sino la raíz a ti" (Romanos XI, 17 y 18). Este es un solo

árbol que pertenece a Abraham, Isaac y Jacob; y lo que es más, más pertenece a Abraham, Isaac y Jacob el acebuche injertado, que las ramas rotas. Porque ellos ya no están allí por la ruptura; el acebuche no estaba allí, y ahora está allí: ellos merecieron ser rotos por la soberbia, él mereció ser injertado por la humildad; ellos perdieron la raíz, él la sostuvo. Por lo tanto, cuando escucharon Israel de Dios, Israel perteneciente a Dios, no se hagan extraños a este árbol. Ciertamente fueron acebuche, pero ahora son olivo, partícipes de la savia del olivo. Porque quieren saber cómo el acebuche está injertado en Abraham, Isaac y Jacob, para que no piensen que no pertenecen a este árbol porque no pertenecen carnalmente a la descendencia de Abraham? El Señor cuando se maravilló de la fe de aquel centurión que no era del pueblo de Israel, sino que era del pueblo de los gentiles: "Por eso, les digo, que muchos vendrán del oriente y del occidente". Aquí ya está el acebuche en la mano del injertador: "Muchos vendrán del oriente y del occidente". Vemos qué lleva para injertar; veamos dónde injerta: "Y se sentarán", dijo, "con Abraham, Isaac y Jacob, en el reino de los cielos". Vemos tanto lo que injertó, como dónde injertó. ¿Qué dice de las ramas naturales orgullosas? "Pero los hijos del reino irán a las tinieblas exteriores; allí será el llanto y el crujir de dientes" (Mateo VIII, 11, 12). La cosa fue predicha, la cosa fue cumplida.

8. [vers. 4.] Por tanto, Cantad al Señor, porque es bueno. Y prestad atención a lo que ha hecho entre nosotros. Porque el Señor eligió a Jacob para sí, Israel como su posesión. Alabad, cantad, porque hizo estas cosas. Digo cosas que podéis comprender. Puso a las demás naciones bajo los ángeles; el Señor eligió a Jacob para sí, Israel como su posesión. Hizo de su pueblo un campo que cultivara, que él mismo sembrara: aunque él creó todas las naciones, encomendó las demás a los ángeles, y a esta la destinó para poseerla y conservarla; a este pueblo, a este Jacob. ¿Por su mérito, o por su gracia? De los que aún no habían nacido dijo, Porque el mayor servirá al menor; lo dijo el Apóstol. ¿Qué mérito pudieron tener los que aún no habían nacido, antes de que alguno de ellos hiciera algo bueno o malo? Por tanto, que Jacob no se ensalce, no se gloríe, no atribuya a sus méritos. Fue conocido de antemano, predestinado de antemano, elegido de antemano: no elegido por sus méritos, sino encontrado y vivificado por la gracia de Dios (Rom. IX, 11-13). Así también todas las naciones: pues, ¿qué mérito tuvo el acebuche con la amargura de sus bayas, con la esterilidad silvestre, para ser injertado? Era un árbol del bosque, no del campo del Señor; y sin embargo, él por su misericordia injertó también el acebuche en el olivo. Pero aún no estaba injertado el acebuche, cuando el Señor eligió a Jacob para sí, Israel como su posesión.

9. [vers. 5.] ¿Y qué dice el Profeta? Porque yo he conocido que el Señor es grande. Con la mente volando hacia lo alto, erguida de la carne, trascendiendo la criatura, conoció que el Señor es grande. No todos pueden conocer viendo: alaben lo que hizo: Es bueno; el Señor eligió a Jacob para sí; Israel como su posesión. Y de aquí alabadle; pues yo también he conocido que el Señor es grande. Hablaba el Profeta, quien entró en el santuario de Dios, quien tal vez escuchó palabras inefables que no es lícito al hombre hablar (II Cor. XII, 4); quien dijo lo que podía decirse a los hombres, y guardó para sí lo que no podía decirse. Por tanto, que se escuche lo que podemos, y se crea lo que no podemos. Que se escuche lo que podemos, Porque el Señor eligió a Jacob para sí, Israel como su posesión; que se crea lo que no podemos, porque él conoció que el Señor es grande. Si le dijéramos, Te rogamos, explica su grandeza; ¿no nos respondería tal vez: No es muy grande lo que veo, si puede ser explicado por mí? Que vuelva entonces a sus obras, y nos las diga. Que tenga él en su conciencia la grandeza del Señor, que vio, que nos encomendó creer; a donde no pudo llevar nuestros ojos: y enumere algunas cosas que el Señor hizo aquí; para que también a nosotros, que no podemos ver su grandeza como él, nos deleite con sus obras, que podemos comprender. Porque yo, dice, he conocido que el Señor es grande, y nuestro Dios sobre todos

los dioses. ¿Qué dioses? Como dice el Apóstol: Aunque hay quienes se llaman dioses en el cielo y en la tierra; como hay muchos dioses y muchos señores; para nosotros, sin embargo, un solo Dios, el Padre de quien son todas las cosas, y nosotros en él, y un solo Señor nuestro Jesucristo, por quien son todas las cosas, y nosotros por él (I Cor. VIII, 5 y 6). Llámense dioses a los hombres: pues está dicho, Dios se levantó en la asamblea de los dioses; está dicho, Yo dije, sois dioses y todos hijos del Altísimo (Sal. LXXXI, 1, 6): ¿no es Dios sobre los hombres? Pero, ¿qué grandeza hay si Dios está sobre los hombres? Y sobre los ángeles es Dios: porque los ángeles no hicieron a Dios, Dios hizo a los ángeles; y es necesario que sobre todo lo que hizo, esté él que lo hizo. Conociendo, pues, la grandeza del Señor este, y viéndolo sobre toda criatura, no solo corporal, sino también espiritual: Gran Rey, dice, sobre todos los dioses. Él es el Dios supremo que no tiene dios sobre sí. Que diga sus obras, estas se comprenden.

10. [vers. 6.] Todo lo que quiso, el Señor lo hizo en el cielo y en la tierra, en el mar y en todos los abismos. ¿Quién puede comprender esto? ¿Quién enumerará las obras del Señor en el cielo y en la tierra, en el mar y en todos los abismos? Sin embargo, si no podemos comprender todo, debemos creer y mantener firmemente que todo lo que hay de criaturas en el cielo, todo lo que hay en la tierra, todo lo que hay en el mar y en todos los abismos fue hecho por el Señor; porque todo lo que quiso, lo hizo en el cielo y en la tierra, en el mar y en todos los abismos, como ya hemos dicho. No todo lo que hizo, lo hizo obligado, sino todo lo que quiso, lo hizo: la causa de todo lo que hizo es su voluntad. Tú haces una casa, porque si no quisieras hacerla, quedarías sin habitación: la necesidad te obliga a hacer una casa, no la libre voluntad. Haces un vestido, porque si no lo hicieras, andarías desnudo: para hacer un vestido te lleva la necesidad, no la libre voluntad. Plantas un monte de vides, esparces semilla, porque si no lo hicieras, no tendrías alimentos: todo esto lo haces por necesidad. Dios lo hizo por bondad, no necesitaba nada de lo que hizo; por eso todo lo que quiso, lo hizo.

11. ¿Crees que también nosotros tenemos algo que hacer por libre voluntad? Porque lo que hemos dicho, lo hacemos por necesidad; porque si no lo hiciéramos, quedaríamos necesitados y pobres. ¿Encontramos algo que hagamos por libre voluntad? Claro que encontramos, cuando alabamos a Dios amándolo. Esto lo haces por libre voluntad, cuando amas lo que alabas; no por necesidad, sino porque te agrada. Por eso a los justos y santos de Dios les agradó Dios, incluso cuando los castigaba. Cuando a todos los inicuos les desagrada, a ellos les agradó; y bajo su castigo, en la aflicción, en los trabajos, en las heridas, en la pobreza alabaron a Dios: no les desagradó ni cuando los atormentaba. Esto es amar gratuitamente, no como si se propusiera una recompensa; porque tu recompensa suprema será Dios mismo, a quien amas gratuitamente: y así debes amar, para que no dejes de desearlo como recompensa, quien solo puede saciarte; como deseaba Felipe, cuando decía, Muéstranos al Padre, y nos basta (Juan XIV, 8). Con razón, porque esto lo hacemos por libre voluntad, y por libre voluntad debemos hacerlo, porque lo hacemos deleitados, lo hacemos amando; porque aunque seamos corregidos por él, nunca debe desagradarnos, quien siempre es justo. Esto dijo aquel que lo alababa: En mí están, Dios, tus votos, que te devolveré en alabanza (Sal. LV, 12). Y en otro lugar: Voluntariamente te sacrificaré (Sal. LIII, 8). ¿Qué significa, Voluntariamente te sacrificaré? Voluntariamente te alabaré. Porque, Sacrificio de alabanza, dice, me glorificará (Sal. XLIX, 23). Si fueras obligado a ofrecer a tu Señor un sacrificio grato y aceptable, como antes se prometían sacrificios en la sombra de lo futuro; tal vez no encontrarías en tu rebaño un toro placentero, ni un macho cabrío digno del altar del Señor, ni en tu redil un carnero digno de ser víctima para tu Señor; y no encontrando, te preocuparías por qué hacer, y tal vez dirías a Dios: Quise, y no tuve. ¿Acaso puedes decir de la alabanza, Quise, y no tuve? El mismo querer alabar es alabar. Porque Dios no busca palabras de ti, sino

el corazón. De hecho, puedes decir: Y no tuve lengua. Si alguien enmudece por alguna enfermedad, no tuvo lengua, y sin embargo tuvo alabanza. Porque si Dios tuviera oídos carnales, y necesitara el sonido de tu cuerpo, entonces al quedarte sin lengua, también quedarías sin alabanza: pero ahora, porque busca el corazón, mira el corazón, es testigo, juez, aprobador, ayudador, coronador; basta con que ofrezcas la voluntad. Cuando puedes, confiesas con la boca para la salvación; pero cuando no puedes, crees con el corazón para la justicia (Rom. X, 10): con el corazón alabas, con el corazón bendices, con el corazón en el altar de la conciencia pones las sagradas víctimas; y se te responde, Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad (Luc. II, 14).

12. Aquel Dios que es omnipotente, en el cielo y en la tierra todo lo que quiso, lo hizo; tú en tu casa no haces todo lo que quieres: él en el cielo y en la tierra todo lo que quiso, lo hizo; tú haz en tu campo todo lo que quieres. Quieres muchas cosas, y no puedes hacer en tu casa todo lo que quieres: tal vez contradice la esposa, contradicen los hijos, a veces incluso un siervo con su contumacia contradice, y no haces lo que quieres. Pero hago, dices, lo que quiero; porque en el que no obedece y contradice, me vengo. Ni siquiera esto haces, cuando quieres: a veces quieres vengarte, y no puedes; a veces amenazas, y antes de hacer lo que amenazas, mueres. ¿Crees que en ti mismo haces lo que quieres? ¿Frenas todos tus deseos? Tal vez los frenas, pero ¿acaso logras que no surjan esos deseos que frenas? Ciertamente quieres no ser molestado por tus deseos; y sin embargo, la carne desea contra el espíritu, y el espíritu contra la carne, para que no hagáis lo que queréis (Gál. V, 17). Tú en ti mismo no haces lo que quieres; pero nuestro Dios en el cielo y en la tierra todo lo que quiso, lo hizo. Que él te dé la gracia para que en ti mismo hagas lo que quieres; porque sin su ayuda, ni en ti haces lo que quieres. Pues cuando él no hacía en sí lo que quería, quien dijo, La carne desea contra el espíritu, y el espíritu contra la carne, para que no hagáis lo que queréis; cuando él mismo se lamentaba, diciendo, Me deleito en la ley de Dios según el hombre interior; pero veo otra ley en mis miembros que lucha contra la ley de mi mente, y me lleva cautivo en la ley del pecado, que está en mis miembros: porque no solo en su casa, ni solo en su campo, sino en su carne o en su espíritu no cumplía lo que quería, clamó a Dios, quien todo lo que quiso, lo hizo en el cielo y en la tierra; y dijo, ¡Infeliz de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? y aquel bueno y aquel amable como si le respondiera, inmediatamente añadió, La gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor (Rom. VII, 22-25). Amad, pues, esta dulzura, alabad esta dulzura. Entended a Dios que todo lo que quiso, lo hizo en el cielo y en la tierra; él mismo también en vosotros hará lo que queréis, con su ayuda cumpliréis vuestra voluntad. Pero mientras no podáis, confesad; cuando podáis, dad gracias: caídos, clamad; erguidos, no os ensoberbezcáis. Él, pues, en el cielo y en la tierra todo lo que quiso, lo hizo, en el mar y en todos los abismos.

13. [vers. 7.] Levantando nubes desde el extremo de la tierra. Vemos estas obras del Señor en su creación: pues las nubes vienen desde el extremo de la tierra al medio, y llueven; de dónde surgieron no lo sabes. Por tanto, el Profeta lo indica: desde el extremo de la tierra, ya sea desde lo más bajo, ya sea desde la circunferencia de los confines de la tierra, de donde quiera levanta nubes, sin embargo, de la tierra. Hizo relámpagos para la lluvia. Pues los relámpagos sin lluvia, te asustarían, y no te darían nada. Hizo relámpagos para la lluvia. Hay relámpagos, tiemblas; llueve, te alegras. Hizo relámpagos para la lluvia; quien te asustó, él mismo hizo para que te alegraras. Quien saca los vientos de sus tesoros: por causas ocultas, de donde no sabes. Pues sientes que sopla el viento; pero no sabes por qué causa se produce, o de qué tesoro de razón se saca: sin embargo, debes a Dios la piedad de creer, porque no soplaría si no lo ordenara aquel que lo hizo, si no lo produjera aquel que lo creó.

14. [vers. 8-12.] Vemos, pues, estas cosas en esta creación; alabamos, admiramos, bendecimos a Dios: veamos lo que hizo en los hombres por su pueblo. Quien hirió a los primogénitos de Egipto. Pues aquellas cosas divinas se dijeron para que ames, y no se dijeron cosas para que temas: observa, porque incluso cuando se enoja, hace lo que quiere. Hirió a los primogénitos de Egipto, desde el hombre hasta el ganado. Envió señales y prodigios en medio de ti, Egipto. Sabéis, habéis leído cuántas cosas hizo la mano del Señor en Egipto por medio de Moisés para aterrorizar, para abatir, para humillar a los soberbios egipcios. En Faraón y en todos sus siervos. Poco es en Egipto; ¿qué después de que el pueblo fue sacado de allí? Quien hirió a muchas naciones: que poseían la tierra que Dios quería dar a su pueblo. Y mató a reyes poderosos; Sehón, rey de los amorreos, y Og, rey de Basán, y todos los reinos de Canaán. Todo esto, como lo recuerda brevemente el Salmo, así lo leemos en otros Libros del Señor, y allí la mano del Señor es grande. Cuando ves lo que se hizo a los impíos, cuídate de que no se haga en ti: pues para eso se hizo en ellos, para que tú pasaras, y no los imitaras, y no sufrieras tales cosas. Sin embargo, observa que el castigo del Señor está sobre toda carne. No pienses que no se te ve cuando pecas, no pienses que se te desprecia, no pienses que el Señor duerme: observa los ejemplos de los beneficios de Dios, cuando los recuerdas; y cuando recuerdas la venganza de Dios, teme. Es omnipotente, tanto para consolar como para castigar. Por eso son útiles estas cosas cuando se leen. Pero cuando el piadoso ve lo que sufrió el impío, se purga de toda impiedad, para no caer él también en tal pena y tal venganza. Bien, pues, habéis recibido estas cosas. ¿Qué hizo luego Dios? Expulsó a los impíos: Y dio la tierra de ellos como herencia, herencia a Israel su siervo.

15. [vers. 13.] Luego la exultación de su alabanza: Señor, tu nombre es para siempre; después de todas estas cosas que hiciste. ¿Qué veo que hiciste? Observo tu creación que hiciste en el cielo, observo esta parte baja donde habitamos; y de aquí veo tus beneficios, de las nubes, de los vientos, de las lluvias. Atiendo a tu pueblo: los sacaste de la casa de servidumbre, e hiciste señales y prodigios entre sus enemigos, castigaste a aquellos que les molestaban, expulsaste a los impíos de su tierra, mataste a sus reyes, diste su tierra a tu pueblo; vi todo, y lleno de alabanza dije: Señor, tu nombre es para siempre.

Exposición mística de los versículos anteriores.

16. [vers. 6.] Estas cosas, en efecto, como están escritas, las vemos, las conocemos, las alabamos. Pero si significan algo, no seré pesado, mientras lo explico como pueda. He aquí que en los mismos hombres puedo reconocer que en el cielo y en la tierra todo lo que quiso, lo hizo. Pues el cielo etéreo, lo tomo como los espirituales; la tierra, como los carnales: de estos dos, como cielo y tierra, se compone la Iglesia de Dios; y a los espirituales pertenece la predicación, a los carnales pertenece la obediencia. Pues los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos (Sal. XVIII, 2). Pero si la tierra de Dios no fuera el pueblo de Dios, no diría el Apóstol, Edificación de Dios, labranza de Dios sois: como sabio arquitecto puse el fundamento; otro edifica sobre él. Por tanto, somos edificio de Dios, y campo de Dios. ¿Quién, dice, planta una viña, y no percibe de su fruto? (I Cor. IX, 7). Yo planté, Apolo regó, pero Dios dio el crecimiento (Id. III, 9, 10, 6). Por tanto, también en su Iglesia, y en sus predicadores, y en sus pueblos, como en el cielo y en la tierra, todo lo que quiso, lo hizo. Poco es en ellos: En el mar y en todos los abismos todo lo que quiso, lo hizo. El mar son todos los infieles, todos los que aún no creen, y en ellos todo lo que quiso, lo hizo. Pues no se enfurecen los infieles, si no se les permite; o se les castiga, cuando son perversos, si no lo ordena aquel que hizo todas las naciones. Supón que es mar, y no tierra; ¿acaso por eso está fuera del poder de Dios omnipotente? Y en el mar y en todos los abismos lo que quiso, lo hizo. ¿Quiénes son los abismos? Los corazones ocultos de los mortales, las profundas reflexiones de los hombres. ¿Cómo también allí hace Dios lo que quiere? Porque el

Señor interroga al justo y al impío: pero quien ama la iniquidad, odia su alma (Sal. X, 6). ¿Y dónde lo interroga? En otro lugar está escrito: En las reflexiones del impío será la interrogación (Sab. I, 9). Por tanto, también en todos los abismos todo lo que quiso, lo hizo. El corazón bueno está oculto, el corazón malo está oculto; hay un abismo tanto en el corazón bueno como en el corazón malo: pero estas cosas están desnudas ante Dios, a quien nada se le oculta. Consola el corazón bueno, atormenta el corazón malo. Por tanto, todo lo que quiso, lo hizo en el cielo y en la tierra, en el mar y en todos los abismos.

17. [vers. 7.] Suscitando nubes desde el extremo de la tierra. ¿Qué nubes? Los predicadores de la palabra de su verdad. De estas nubes, en otro lugar, enojado con su viña, dice: Mandaré a mis nubes que no lluevan sobre ella lluvia (Isaías V, 6). Y es poco haber levantado nubes de Jerusalén o de Israel, que envió a predicar su Evangelio en todo el mundo; de las cuales nubes se dijo: En toda la tierra salió su sonido, y hasta los confines del mundo sus palabras (Salmo XVIII, 5); esto es poco: pero porque el mismo Señor dijo: Este Evangelio del reino será predicado en todo el mundo, en testimonio a todas las naciones, y entonces vendrá el fin (Mateo XXIV, 14); levanta nubes desde el extremo de la tierra. Pues con el crecimiento del Evangelio, ¿de dónde serán los predicadores del Evangelio en los confines de la tierra, si no levanta allí nubes desde el extremo de la tierra? ¿Y qué hace con estas nubes? Hizo relámpagos en lluvia: convirtió amenazas en misericordia, regó con terrores. ¿Cómo regó con terrores? Cuando Dios te amenaza a través del profeta y del apóstol, y temes; ¿no te asustó el relámpago? Pero cuando te corriges arrepintiéndote, y reconoces que esto se hace por misericordia, el terror del relámpago se convierte en lluvia. Él saca los vientos de sus tesoros. Creo que son los mismos predicadores tanto nubes como vientos: nubes, por la carne; vientos por el espíritu. Las nubes se ven, los vientos se sienten y no se ven. Además, porque vemos que la carne es de la tierra. Nubes, dice, levanta desde el extremo de la tierra. Expresó de dónde levanta las nubes: llegó a los vientos, porque el espíritu del hombre se desconoce de dónde viene: Produciendo, dice, vientos de sus tesoros. Presten un poco de atención, y veamos lo demás.

18. [vers. 8.] Él hirió a los primogénitos de Egipto desde el hombre hasta el ganado. Que nuestros primogénitos sean salvos para el Señor, porque él nos los dio. Sin embargo, es un castigo molesto y una plaga muy terrible, la muerte de los primogénitos. ¿Cuáles son nuestros primogénitos? Nuestros hábitos actuales, con los que ahora servimos a Dios, son nuestros primogénitos. Porque tenemos como primicias la misma fe, de donde comenzamos. A la Iglesia se le dijo: Vendrás y pasarás desde el principio de la fe (Cantar de los Cantares IV, 8, según LXX): y nadie comienza a vivir bien, sino desde la fe. Por tanto, nuestra fe está en nuestros primogénitos. Cuando se guarda nuestra fe, lo demás puede seguir. Pues que los hombres se purifiquen cada día progresando a mejor, viviendo mejor, renovándose el hombre interior de día en día, como dice el Apóstol: Y aunque nuestro hombre exterior se corrompa, el interior se renueva de día en día (II Cor. IV, 16); esto sucede porque la fe primogénita vive, de la cual el Apóstol también dice: No solo eso, sino que nosotros mismos, que tenemos las primicias del espíritu; es decir, ya dando a Dios las primicias de nuestro espíritu, esto es, la misma fe como nuestros primogénitos; sin embargo, en nosotros mismos gemimos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo (Rom. VIII, 23). Si, por tanto, es una gran gracia de Dios que se conserve nuestra fe; es un gran castigo matar a los primogénitos, cuando los hombres en la aflicción de la Iglesia pierden la fe. Pues afligen a la Iglesia para que pierdan la fe: porque Egipto mismo se interpreta como aflicción. Por tanto, quienes afligen a la Iglesia, quienes introducen escándalos en la Iglesia, aunque se llamen cristianos, sus primogénitos mueren. Serán infieles, serán vacíos, teniendo solo el nombre y la señal: pero en el corazón han sepultado a su primogénito; tanto que cuando le dices algo, por una

buena vida, por la esperanza de la vida eterna, y por el temor del fuego eterno, se burla en su interior; o si es tal que se atreve ante ti, tuerce la boca y dice: ¿Quién ha regresado de allí? los hombres dicen lo que quieren. Y es cristiano; pero porque aflige, su primogénito ha sido asesinado, su fe ha muerto: y esto desde el hombre hasta el ganado. Diré, hermanos, lo que siento. Entiendo que los hombres se significan espiritualmente como doctos, por el alma racional, que es el hombre: y el ganado, los indoctos; pero que tienen fe, pues no tendrían primogénitos. Hay doctos que afligen a la Iglesia, haciendo cismas y herejías. Por tanto, ni en ellos encuentras fe, porque se han convertido en Egipto, es decir, en aflicción para el pueblo de Dios. Sus primogénitos han sido asesinados: arrastran tras de sí a multitudes indoctas; estos son el ganado. En esta aflicción con la que la Iglesia es afligida, muere la fe en los afligentes: mueren los primogénitos tanto en los doctos como en los indoctos; porque Dios mató a los primogénitos de los egipcios desde el hombre hasta el ganado.

19. [vers. 9.] Envió señales y prodigios en medio de ti, Egipto, en Faraón y en todos sus siervos. Faraón es el rey de los egipcios. Presten atención al nombre, y vean cómo Dios hace estas cosas. El rey es el primero en toda nación; Egipto es Aflicción, Faraón es Dispersión. Por tanto, la aflicción tiene como rey a la dispersión; porque aquellos que afligen a la Iglesia, afligen dispersos. Pues para afligir, se dispersan: porque el rey conduce, el pueblo sigue; precede la dispersión, sigue la aflicción. Escuchen, escuchen estos nombres, llenos de interpretación típica y sabiduría: no encuentras uno solo de estos nombres que interprete algo bueno, donde Dios ejerció su ira.

20. [vers. 10, 11.] Hirió a muchas naciones, y mató a reyes poderosos. ¿Qué reyes y qué naciones? Sehón, rey de los amorreos. Escuchen nombres cargados de sacramentos. Sehón, rey de los amorreos, dice, mató. Mató ciertamente; y ahora mate desde los corazones de sus siervos, y desde las tentaciones de su Iglesia, y no cese su mano en matar a tales reyes y tales pueblos: porque Sehón se interpreta como Tentación de los ojos; los amorreos se interpretan como Amargantes. Ya aquí vean si podemos entender cómo los amargantes tienen como rey a la tentación de los ojos. La tentación de los ojos no es sino mentira: tiene color, no tiene verdad. Ya, ¿qué maravilla es si los amargantes tienen tal rey, un rey mentiroso? Pues si no precede la mentira y la simulación, no hay amargantes en la Iglesia; de ahí amargan, porque fingen. Precede la tentación de los ojos, sigue la amargura: y en el mismo diablo precedió; pues la tentación de los ojos es que se transfigura como ángel de luz (II Cor. XI, 14). Que la mano del Señor mate tanto a él como a ellos; a él, para que no induzca; a ellos, para que se corrijan. Pues en cada hombre se mata a ese rey, cuando condena la simulación, y ama la verdad. La mano de Dios no cesa de hacer eso. Pues así como lo hizo literalmente entonces, así lo hace ahora espiritualmente, para cumplir lo que entonces proféticamente anunció. También mató a otro rey y a otro pueblo suyo: Y a Og, rey de Basán. ¡Y qué malo es este! Og se interpreta como Conclusión: Basán se interpreta como Confusión. Ese rey es malo que cierra el camino a Dios. Pues eso hace el diablo; siempre oponiendo sus ficciones, oponiendo sus ídolos, oponiéndose como necesario a través de posesos, sortílegos, augures, arúspices, magos, ritos de demonios, cierra el camino. Así como por Cristo se hace para que el camino, que había sido cerrado, esté abierto; pues por él redimido alguien dice: Y en mi Dios saltaré el muro (Salmo XVII, 30): así el diablo no hace otra cosa, sino cerrar el camino, para que no se crea en Dios. Pues si se cree en Dios, el camino está abierto; y el mismo Cristo es el camino (Juan XIV, 6): pero si no se cree en Dios, el camino está cerrado. Pero si está cerrado, porque no se cree; ¿qué queda, sino que cuando venga aquel en quien no se creía, se confundan los que no creyeron? ¿Por qué? Porque precede la conclusión, y sigue la confusión: precede la conclusión como rey, sigue la confusión como pueblo. A quienes ahora cierra, para que no crean en Cristo, cuando aparezca Cristo, todos se confundirán, y sus

iniquidades los arrastrarán desde el otro lado. Entonces dirán los impíos confundidos: ¿De qué nos sirvió la soberbia? (Sab. V, 8). Grandes misterios, hermanos míos. Dispersión es el rey de la aflicción; se dispersan para ser afligidos. Grandes misterios. Tentación de los ojos, es decir, falacia, es el rey de los amargantes; pues engañan para amargar. Conclusión es el rey de la confusión; pues se cierran para que no pasen a la fe, y cuando venga aquel en quien creemos, se confundirán. Y todos los reinos de Canaán los mató Dios. Canaán se interpreta como Preparado para la humildad. La humildad parece significar algo bueno, pero si es una humildad útil: pues la mala humillación es penal. Pues si la humillación no perteneciera a la pena, no se diría: Quien se exalta será humillado (Lucas XIV, 11; y XVIII, 14): pues no se le presta un beneficio cuando se le castiga para que se humille. Canaán, por tanto, ahora es soberbio. Todo impío, todo infiel exalta su corazón; no quiere creer en Dios. Pero esta exaltación está preparada para la humildad en el día del juicio; entonces será humillado, cuando no quiera: pues son vasos de ira, que están preparados para la perdición (Rom. IX, 22). Ahora se exalten, hablen, se extiendan sobre los fieles, se burlen de los fieles, blasfemen de los cristianos; digan, Son cosas de viejas lo que dicen del día del juicio. Esta exaltación de ellos está preparada para la humildad. Cuando venga el juez, que ahora es anunciado y se burla; entonces aquel que ahora se exalta, no útilmente, sino penalmente será humillado. Pero ahora no se humilla, sino que está preparado para la humildad, es decir, está preparado para la condenación, preparado para la víctima.

21. [vers. 13.] Por tanto, Dios destruyó todas estas cosas; corporalmente entonces, cuando nuestros padres fueron sacados de la tierra de Egipto; las destruye espiritualmente ahora, y su mano no cesa hasta el fin. Por eso, para que no pienses que esas potencias de Dios se realizaron y cesaron entonces: Señor, tu nombre, dice, es para siempre. Es decir, tu misericordia no cesa, tu mano no cesa para siempre de hacer estas cosas, que entonces profetizaste figurando: «Porque todas esas cosas les sucedían en figura; pero están escritas para nuestra corrección, sobre quienes ha llegado el fin de los siglos» (I Cor. X, 11). «Señor, tu memorial de generación en generación». Esta generación y la otra generación: la generación en la que nos hacemos fieles, y renacemos por el Bautismo; la generación en la que resucitaremos de entre los muertos, y viviremos unidos a los ángeles para siempre. Tu memorial, Señor, tanto sobre esta generación, como sobre aquella generación: porque ni ahora nos ha olvidado, para llamarnos; ni entonces nos olvidará, para coronarnos. Tu memorial, Señor, de generación en generación.

22. [vers. 14.] Porque el Señor ha juzgado a su pueblo. Ciertamente completó todas esas cosas en el pueblo de los judíos. ¿Acaso ya cesaron sus obras, después de haber introducido a su pueblo en la tierra de la promesa? Aún ciertamente juzgará: El Señor ha juzgado a su pueblo, y en sus siervos será invocado. Ya ha juzgado a ese pueblo; excepto por el juicio futuro, el pueblo de los judíos ha sido juzgado. ¿Qué es, juzgado? Han sido separados de allí los justos, y han quedado los injustos. Pero si miento o se piensa que miento, porque dije, Ya ha sido juzgado; escucha al Señor diciendo: En juicio he venido a este mundo, para que los que no ven, vean; y los que ven, se vuelvan ciegos (Juan IX, 39). Los soberbios han sido cegados, los humildes iluminados. Por tanto, el Señor ha juzgado a su pueblo. Ese juicio lo dijo Isaías: Y ahora tú, casa de Jacob, ven, caminemos en la luz del Señor. Esto es poco, pero ¿qué sigue? Porque ha dejado a su pueblo, la casa de Israel (Isaías II, 5, 6). Esa es la casa de Jacob, que es la casa de Israel; pues quien es Jacob, es Israel. Conocen las Sagradas Escrituras, y creo que les viene a la mente que el mismo Jacob cuando vio al ángel luchar con él, entonces recibió el nombre para ser llamado Israel (Génesis XXXII, 28). Es un solo hombre, ya sea Jacob, ya sea Israel; una persona: casa de Jacob, y casa de Israel, una nación, un pueblo; a este invita, y a este deja. Y ahora ya ciertamente has matado a Cristo, oh casa de

Jacob; ya has matado a Cristo, ya has agitado la cabeza ante la cruz, ya has burlado al que pende, ya has dicho: Si es hijo de Dios, descienda de la cruz. Ya ha rogado el médico por los frenéticos: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Mateo XXVII, 39-43; y Lucas XXIII, 34, 35). Ciertamente ya has hecho todas estas cosas, y ahora cree en aquel a quien mataste, bebe la sangre que derramaste. Y ahora tú, casa de Jacob, con el testimonio de Isaías quiero exponer lo que aquí dijo, Porque el Señor ha juzgado a su pueblo, y en sus siervos será invocado. Pues se entiende que ha juzgado a su pueblo, separando en ese mismo pueblo a los buenos de los malos, a los fieles de los infieles, a los Apóstoles de los judíos mentirosos. Esto significó, como había comenzado a decir, por el Profeta diciendo: Ya después de todos esos males tuyos, oh tú casa de Jacob, ven, caminemos en la luz del Señor. ¿Por qué les digo, Ven, caminemos en la luz del Señor? Para que no permaneciendo en el judaísmo, no lleguen a Cristo. ¿Por qué? ¿No siempre se profetizó allí a Cristo? Pero ahora ha dejado a su pueblo, la casa de Jacob. Ven casa de Jacob, porque ha dejado a su pueblo, la casa de Jacob; ven casa de Israel, porque ha dejado a su pueblo, la casa de Israel. ¿Quién ha venido, y quién ha sido dejado, sino porque este es el juicio, para que los que no ven, vean; y los que ven, se vuelvan ciegos? Por tanto, el Señor ha juzgado a su pueblo. Por tanto, ha separado, y ¿no encontrará allí a quienes restituir a su reino? Ciertamente encontrará: Y en sus siervos será invocado. ¿Por quiénes? Por los gentiles. ¡Cuántas naciones han venido creyendo! ¡Cuántas fincas, cuántos lugares desiertos vienen ahora! Vienen de no sé dónde, quieren creer, les decimos: ¿Qué quieren? Responden: Conocer la gloria de Dios. Crean, hermanos, nos maravillamos y nos alegramos ante tal voz de los rústicos. Vienen de no sé dónde, excitados por no sé quién: ¿qué digo, por no sé quién? Más bien sé por quién; porque, Nadie viene, dice, a mí, si no lo atrae el Padre. Vienen de repente del bosque, del desierto, de los montes más remotos y altos a la Iglesia, y esta voz tienen muchos y casi todos ellos, para que veamos verdaderamente a Dios enseñando dentro: se cumple la Escritura profética que dice, Serán todos enseñados por Dios (Isaías LIV, 13; Juan VI, 44, 45). ¿Qué desean, les decimos? Y ellos: Ver la gloria de Dios. Pues todos pecaron, y carecen de la gloria de Dios (Rom. III, 23). Creen, se consagran, exigen que se les ordenen clérigos. ¿No se cumple, Y en sus siervos será invocado?

23. [vers. 15-17.] Finalmente, después de toda esta disposición y dispensación, el Espíritu de Dios se vuelve a reprochar y ridiculizar a los ídolos, que ya son ridiculizados por sus adoradores: Los ídolos de las naciones son plata y oro. Todas estas cosas haciendo Dios, quien en el cielo y en la tierra hizo todo lo que quiso, quien juzgó a su pueblo, y en sus siervos será invocado; ¿qué queda del ídolo, sino para ser ridiculizado, no adorado? ¿Iba a decir los ídolos de las naciones, para que despreciáramos todas estas cosas; iba a decir los ídolos de las naciones, piedras y maderas, yeso y teja? No digo estas cosas; es materia vil: digo aquello que aman mucho, o que honran mucho, Los ídolos de las naciones son plata y oro. Ciertamente es oro, ciertamente es plata; ¿acaso porque brilla la plata, brilla el oro, por eso tienen ojos y ven? Así, como es plata, como es oro, útil tal vez para el avaro, no para el religioso; más bien ni siquiera útil para el avaro, sino útil para quien lo usa bien, y por su distribución adquiere un tesoro celestial: sin embargo, ahora que estas cosas son insensatas, ¿qué hacen los hombres de plata y oro dioses? ¿No ven que los dioses que hacen no ven (Sab. XV, 15)? Tienen ojos, y no verán; tienen oídos, y no oirán; tienen narices, y no olerán; tienen boca, y no hablarán; tienen manos, y no trabajarán; tienen pies, y no caminarán. Todas estas cosas pudo hacer el artífice, el platero, el orfebre, y los ojos, y los oídos, y las narices, y la boca, y las manos, y los pies; pero no pudo dar luz a los ojos, ni oído a los oídos, ni voz a la boca, ni sentido a las narices, ni movimiento a las manos, ni camino a los pies.

24. [vers. 18.] Oh hombre, te ríes sin duda alguna de lo que has hecho, si reconociste a aquel por quien fuiste hecho. Pero, ¿qué se dice de aquellos que no lo reconocieron? Sean

semejantes a ellos todos los que los hacen, y todos los que confían en ellos. Y creéis, hermanos, que en ellos se expresa una cierta semejanza con los ídolos, no en su carne, sino en su hombre interior. Pues tienen oídos, y no oyen: porque Dios clama a ellos, Quien tiene oídos para oír, que oiga (Mat. XI, 15). Tienen ojos, y no ven: pues tienen ojos del cuerpo, pero no tienen ojos de la fe. Finalmente, esta profecía se cumple en todas las naciones: ved cómo fue dicho por el profeta. No menciono nada alegórico, nada figurado: escuchad la profecía propia, expresa, simple, manifiesta, predicha, vedla cumplida. Prevaleció, dice, el Señor contra ellos; dice el profeta Sofonías. Contra los que se oponen, contra los rebeldes, y de la matanza de los fieles haciendo mártires, pero sin saberlo; Prevaleció el Señor contra ellos. ¿Y cómo prevaleció? En su Iglesia vemos que prevaleció contra ellos. Querían extinguir, matar a unos pocos cristianos; derramaron sangre: de la sangre de los muertos surgieron tantos, por los cuales aquellos asesinos de mártires fueron superados. Sin embargo, incluso ahora buscan dónde esconder sus ídolos, aquellos que primero mataban a los cristianos por causa de los ídolos. ¿No prevaleció el Señor contra ellos? Mira si hace lo que sigue, Prevaleció el Señor contra ellos. ¿Y qué hizo? Exterminó a todos los dioses de las naciones de la tierra; y le adorarán cada uno desde su lugar, todas las islas de las naciones (Sofon. II, 11). ¿Qué es esto? ¿No estaba predicho? ¿No se ha cumplido? ¿No se ve como se lee? Y aquellos que quedaron, tienen ojos, y no ven; tienen narices, y no huelen. No sienten ese olor: somos el buen olor de Cristo, como dice el Apóstol, en todo lugar (II Cor. II, 15). ¿De qué sirve que tengan narices, y no huelan tan suave olor de Cristo? Verdaderamente en ellos se ha hecho, y verdaderamente de ellos se ha dicho, Sean semejantes a ellos todos los que los hacen, y todos los que confían en ellos.

25. [vers. 19, 20.] Pero cada día creen por los milagros de Cristo el Señor, cada día se abren los ojos de los ciegos y los oídos de los sordos, se inspiran las narices de los insensatos, se desatan las bocas de los mudos, se fortalecen las manos de los paralíticos, se corrigen los pies de los cojos, de estas piedras se levantan hijos de Abraham (Mat. III, 9): a todos ellos ya se les puede decir, Casa de Israel, bendecid al Señor. Todos los hijos de Abraham; y si de estas piedras se levantan hijos de Abraham, es evidente que ellos son más la casa de Israel, que pertenecen a la casa de Israel, que pertenecen a la descendencia de Abraham, no por la carne, sino por la fe: Casa de Israel, bendecid al Señor. Pero haz que se diga de aquella casa, y se llame pueblo de Israel; de allí creyeron los Apóstoles y miles de circuncisos. Casa de Israel, bendecid al Señor; Casa de Aarón, bendecid al Señor; Casa de Leví, bendecid al Señor. Bendecid al Señor, pueblos, esto es, casa de Israel en general; bendecid, superiores, esto es, casa de Aarón; bendecid, ministros, esto es, casa de Leví. ¿Qué de las demás naciones? Los que teméis al Señor, bendecid al Señor.

26. [vers. 21.] Todos, pues, con una sola voz digamos lo que sigue: Bendito sea el Señor desde Sión, que habita en Jerusalén. Desde Sión y Jerusalén. Sión Especulación, Jerusalén Visión de paz. ¿En cuál Jerusalén habitará ahora? ¿En aquella que cayó? No, sino en aquella nuestra madre, que está en los cielos, de la cual se ha dicho, Muchos son los hijos de la desolada, más que de la que tiene marido (Isai. LIV, 1; Galat. IV, 26, 27). Ahora, pues, el Señor desde Sión, porque especulamos hasta que venga: ahora, sin embargo, mientras vivamos en esperanza, estamos en Sión. Terminada la vía habitaremos en aquella ciudad, que nunca caerá; porque el Señor habita en ella, y la guarda: que es la visión de paz eterna Jerusalén, de aquella paz, hermanos míos, para alabar la cual la lengua no basta, donde ya no sentiremos enemigo alguno ni en la Iglesia, ni fuera de la Iglesia, ni en nuestra carne, ni en nuestro pensamiento. La muerte será absorbida en victoria (I Cor. XV, 54), y descansaremos para ver a Dios en paz eterna, hechos ciudadanos de Jerusalén, ciudad de Dios.

EN EL SALMO CXXXV COMENTARIO.

1. [vers. 1.] Confesad al Señor porque es bueno, porque para siempre es su misericordia. Este salmo contiene la alabanza de Dios, y de la misma manera en todos sus versos termina. Por tanto, aunque aquí se digan muchas cosas en alabanza de Dios, sin embargo, principalmente se recomienda su misericordia, sin cuya recomendación más evidente no quiso que se cerrara ningún verso, por el cual el Espíritu Santo compuso el Salmo. Recuerdo, sin embargo, que en el salmo ciento cinco, que comienza de manera similar, ya que el códice que miraba no tiene, para siempre; sino, para siempre es su misericordia; pregunté qué deberíamos entender mejor: pues en el idioma griego está escrito, εἰς τὸν αἰῶνα que puede interpretarse tanto como para siempre, como para siempre. Pero lo que allí, en la medida de lo posible, discutí, también aquí sería largo de retomar. En este salmo, sin embargo, el mismo códice no tiene, para siempre, que muchos tienen; sino, para siempre es su misericordia. Lo cual, aunque después del juicio, en el fin del mundo, cuando los vivos y los muertos sean juzgados, enviados los justos a la vida eterna, y los inicuos al fuego eterno, no habrá más quienes necesiten de la misericordia de Dios; sin embargo, puede entenderse correctamente que su misericordia será para siempre, la cual otorga a sus santos y fieles: no porque serán miserables para siempre, y por eso necesitarán de su misericordia para siempre; sino porque esa misma bienaventuranza que misericordiosamente concede a los miserables, para que dejen de ser miserables y comiencen a ser bienaventurados, no tendrá fin, por eso para siempre es su misericordia. Pues el que seremos justos de inicuos, sanos de enfermos, vivos de muertos, inmortales de mortales, bienaventurados de miserables, es su misericordia. Pero esto que así seremos, será para siempre: por tanto, para siempre es su misericordia. Por tanto, Confesad al Señor, es decir, confesando alabad al Señor; porque es bueno. Ni por esta confesión vais a recibir algo temporal; porque para siempre es su misericordia, es decir, el beneficio que os concede misericordiosamente, es eterno. Lo que tiene, Porque es bueno, el griego tiene ἀγαθὸς: no como en el salmo ciento cinco; lo que allí es, Porque es bueno, el griego tiene χρηστός. Por eso algunos lo interpretaron, Porque es suave. Αγαθὸς, sin embargo, no es simplemente bueno, sino excelentemente bueno.

2. [vers. 2, 3.] Luego sigue: Confesad al Dios de los dioses; porque para siempre es su misericordia. Confesad al Señor de los señores; porque para siempre es su misericordia. ¿Quiénes son los dioses y señores, de los cuales es Dios y Señor, quien es el verdadero Dios; suele preguntarse con razón. Y encontramos escrito en otro salmo, que también los hombres son llamados dioses, como está, Dios se levanta en la asamblea de los dioses; en medio de los dioses juzga: y poco después, Yo dije, Sois dioses y todos vosotros hijos del Altísimo; pero moriréis como hombres, y caeréis como uno de los príncipes. Este testimonio también el Señor en el Evangelio recuerda diciendo: ¿No está escrito en vuestra Ley, que, Yo dije, Sois dioses? Si llamó dioses a aquellos a quienes fue dirigido el discurso de Dios, y no puede ser quebrantada la Escritura; ¿a quien el Padre santificó, y envió al mundo, decís que, Blasfemas, porque dije, Soy Hijo de Dios? (Juan X, 34-36). No, pues, porque todos sean buenos, sino porque el discurso de Dios fue dirigido a ellos, fueron llamados dioses. Pues si fuera porque todos fueran buenos, no los juzgaría así. Porque cuando dijo, Dios se levanta en la asamblea de los dioses; no dijo, En medio de los dioses y hombres juzga, como mostrando qué diferencia hay entre dioses y hombres: sino, En medio, dice, de los dioses juzga. Luego sigue, ¿Hasta cuándo juzgaréis iniquidad? (Sal. LXXXI, 1, 2, 6, 7) y lo demás: que ciertamente no lo dice a todos sino a algunos, porque lo dice juzgando; y sin embargo en medio de los dioses juzga.

3. Pero se pregunta, si los hombres a quienes fue dirigido el discurso de Dios, son llamados dioses, si también los Ángeles deben ser llamados dioses; cuando a los hombres justos y santos se les promete como máximo premio la igualdad con los Ángeles. Y en las Escrituras

ciertamente no sé si se puede, o fácilmente se puede encontrar, que los Ángeles sean llamados dioses; pero cuando se dijo del Señor Dios, Terrible sobre todos los dioses, ¿por qué dijo esto, inmediatamente como exponiendo añadió, Porque los dioses de las naciones son demonios (Sal. XCV, 4, 5). Sobre tales dioses dijo que el Señor es terrible en sus santos, a quienes hizo cielos, por quienes los demonios serían aterrorizados. Pues así sigue, Pero el Señor hizo los cielos. No, pues, Dioses sin adición; sino, Dioses de las naciones demonios: sin embargo, arriba, Terrible, dice, sobre todos los dioses; no dijo, sobre todos los dioses de las naciones, aunque quiso que se entendiera esto, añadiendo lo que sigue, Porque los dioses de las naciones son demonios. Lo cual se dice que en hebreo no está escrito así; sino, Los dioses de las naciones son ídolos. Si esto es verdad, mucho más deben creerse los Setenta interpretados por el Espíritu divino, por el cual Espíritu también se dijeron aquellas cosas que están en las letras hebreas. Pues por el mismo Espíritu operante, también debía decirse esto que se dijo, Los dioses de las naciones son demonios: para que entendiéramos que así también en hebreo se puso, Los dioses de las naciones son ídolos; para que más bien se significaran los demonios que están en los ídolos. Pues en cuanto a los mismos ídolos, que en griego se llaman eidola, nombre que ya usamos en latín, tienen ojos y no ven; y las demás cosas que de ellos se dicen por eso, porque carecen de todo sentido: por lo cual tampoco pueden ser aterrorizados, porque no pueden ser aterrorizados sino las cosas que sienten. ¿Cómo, pues, se dijo del Señor, Terrible es sobre todos los dioses, porque los dioses de las naciones son ídolos, a menos que por los ídolos se entiendan los demonios, que pueden ser aterrorizados? Por eso también dice el Apóstol, Sabemos que el ídolo no es nada: pues esto lo refirió a la materia terrena carente de sentido. Asimismo, para que nadie pensara que no hay alguna naturaleza viviente y sensible, que se deleite con los sacrificios de las naciones, añadió: Pero lo que sacrifican las naciones, a los demonios lo sacrifican, y no a Dios. No quiero que os hagáis partícipes de los demonios (I Cor. X, 20). Si, pues, en ninguna parte de los discursos divinos se encuentra que los santos Ángeles sean llamados dioses, esta causa principalmente se me ocurre, para que los hombres no se edificaran con este nombre, para que el ministerio o servicio de religión, que en griego se llama liturgia, o latría, lo exhibieran a los santos Ángeles; lo cual ni ellos quieren que se les exhiba por los hombres, sino a aquel Dios que es Dios tanto de ellos como de los hombres. Por lo cual mucho más útil es que se les llame Ángeles, que en latín se llaman mensajeros; para que por el nombre no de la sustancia, sino del oficio, entendamos suficientemente que quieren que adoremos a aquel Dios a quien anuncian. Por tanto, el Apóstol resuelve brevemente toda esta cuestión, donde dice: Pues aunque haya quienes se llamen dioses, ya sea en el cielo, ya sea en la tierra; como hay muchos dioses y muchos señores, pero para nosotros un solo Dios, el Padre, de quien son todas las cosas, y nosotros en él, y un solo Señor Jesucristo, por quien son todas las cosas, y nosotros por él (I Cor. VIII, 4-6).

4. [vers. 4.] Confesemos, pues, al Dios de los dioses, y al Señor de los señores; porque para siempre es su misericordia. Que hizo grandes maravillas solo. Así como en las partes finales de todos los versos se ha puesto, Porque para siempre es su misericordia; así en las cabezas de todos, aunque no esté puesto, debe entenderse, Confesad. Lo cual en griego aparece más claramente. Aparecería también en latín, si nuestros intérpretes pudieran haber trasladado la misma locución. Lo cual en este verso podrían, si dijeran, al que hace maravillas: pues lo que nosotros tenemos, Que hizo maravillas; el griego tiene, al que hace maravillas; donde necesariamente se subentiende Confesad. Y ojalá añadieran el pronombre, para que dijeran, A aquel que hace; o, a aquel que hizo; o, a aquel que firmó: porque incluso así se entendería fácilmente que Confesad debe subentenderse. Ahora bien, se ha hecho tan oscuro, que quien no sepa mirar el códice griego, o lo descuide, puede pensar que, Que hizo los cielos, Que firmó la tierra, Que hizo los luminarias, porque para siempre es su misericordia, se ha dicho

por eso, como si por eso los hubiera hecho, Porque para siempre es su misericordia: cuando eso pertenece a su misericordia que libera a los suyos de la miseria; no para que entendamos que fue de su misericordia hacer el cielo y la tierra y las luminarias, cuando eso es de su bondad que creó todas las cosas muy buenas (Gen. I, 31). Pues creó, para que existieran todas las cosas (Sab. I, 14); esto, sin embargo, es de su misericordia, para que nos limpie de nuestros pecados, y nos libere de la miseria para siempre. Así, pues, nos habla el Salmo: Confesad al Dios de los dioses, confesad al Señor de los señores; confesad a aquel que hace grandes maravillas solo; confesad a aquel que hizo los cielos con inteligencia; confesad a aquel que firmó la tierra sobre las aguas; confesad a aquel que hizo grandes luminarias solo. ¿Por qué, pues, confesemos, en los finales de todos los versos pone, Porque para siempre es su misericordia.

5. [vers. 5-10.] Pero, ¿qué es, Que hizo grandes maravillas solo? ¿acaso porque muchas maravillas hizo por medio de Ángeles y hombres? Hay algunas grandes que solo Dios hace, y las mismas prosigue diciendo, Que hizo los cielos con inteligencia, Que firmó la tierra sobre las aguas, Que hizo grandes luminarias solo: por eso aquí añadió, solo. porque las demás maravillas que va a decir, las hizo por medio de hombres. Pues cuando dijo, Que hizo grandes luminarias solo; cuáles sean esas luminarias, lo explicó a continuación, El sol para el dominio del día, la luna y las estrellas para el dominio de la noche. Luego comienza a decir las que hizo por medio de Ángeles o de hombres: Que hirió a Egipto con sus primogénitos; y lo demás. Por tanto, toda la creación, no la hizo Dios por medio de alguna criatura, sino solo. De cuya creación mencionó algunas partes más excelentes, de las cuales pensáramos en el universo, los cielos inteligibles y la tierra visible: y puesto que también hay cielos visibles, mencionadas sus luminarias para que tomáramos todo lo celestial corpóreo como hecho por él, nos advirtió.

6. Aunque lo que dice, Que hizo los cielos con inteligencia, o, como otros han interpretado, con entendimiento, si quiso significar de este modo los cielos inteligibles, o si en su entendimiento, o en su inteligencia hizo los cielos, esto es, en su Sabiduría, como está escrito en otro lugar, Todo lo hiciste en Sabiduría (Sal. CIII, 24), insinuando de este modo al Verbo unigénito, puede preguntarse. Pero si es así, que en su entendimiento hizo Dios los cielos, ¿por qué dijo esto solo de los cielos, cuando todo lo hizo en la misma Sabiduría? ¿O allí solo debía expresarse, para que en lo demás también tácitamente pudiera entenderse: para que este sea el sentido, Que hizo los cielos con inteligencia, Que fundó la tierra sobre las aguas; para que también aquí subentendamos, con inteligencia: Que hizo grandes luminarias solo, el sol para el dominio del día, la luna y las estrellas para el dominio de la noche; ciertamente, con inteligencia? ¿Cómo, pues, solo, si esto es con inteligencia, o con entendimiento, lo que es en Sabiduría, esto es, en el Verbo unigénito? ¿O porque la Trinidad no son tres dioses, sino un solo Dios, se refiere a que solo Dios hizo, porque no hizo la criatura por la criatura?

7. Pero, ¿qué es, Que firmó la tierra sobre las aguas? Pues es una cuestión oscura; porque la tierra parece más pesada, para que no se crea que es llevada por las aguas, sino que más bien lleva las aguas. Sobre lo cual, para que no parezcamos defender nuestras Escrituras contra aquellos que piensan haber descubierto estas cosas con certezas, ya sea que así sea, ya sea de otro modo, tenemos lo que de inmediato podemos entender, que la tierra que es habitada por los hombres y contiene los animales terrestres, que de otro modo en las Escrituras se llama árida, como está escrito, Aparezca lo seco, y llamó Dios a lo seco tierra (Gen. I, 9 y 10), está fundada sobre las aguas, porque sobresale sobre las aguas que la rodean. Pues no porque se diga ciudad costera fundada sobre el mar, está el mar debajo de ella, como están las aguas bajo las bóvedas de las cavernas, o bajo los barcos flotantes; sino que se dice sobre el mar, porque sobresale al mar inferior. Así se dijo que Faraón salió sobre el agua: pues así lo tiene

el griego, lo que algunos latinos tienen, al agua (Exod. VII, 15); así el Señor estaba sentado sobre el pozo (Juan IV, 6): porque ambos eran superiores al río y al pozo; aquel junto al río, este junto al pozo.

8. Si, sin embargo, estas palabras significan algo más que nos concierne más directamente: Dios creó los cielos en el entendimiento, sus santos espirituales, a quienes no solo les concedió creer, sino también entender lo divino: aquellos que aún no pueden hacerlo y solo mantienen una fe firme, se representan figurativamente como la tierra bajo el nombre de tierra. Y porque en el Bautismo que recibieron, permanecen con una fe inquebrantable; por eso se dice: "Afirmó la tierra sobre las aguas". Asimismo, porque está escrito sobre el Señor Jesucristo que en Él están "todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento escondidos" (Colosenses II, 3); y estos dos, es decir, la sabiduría y el conocimiento, se distinguen entre sí, como también lo atestiguan otras escrituras, especialmente cuando habla el santo Job, donde de alguna manera se definen individualmente; pues dice: "Dijo al hombre: He aquí, la piedad es sabiduría, y apartarse del mal es conocimiento" (Job XXVIII, 28): no es incongruente entender la sabiduría en el conocimiento y amor de aquello que siempre es, y permanece inmutablemente, que es Dios. Pues también lo que dice, "He aquí, la piedad es sabiduría", en griego se dice θεοσέβεια: lo que, para expresarlo completamente en latín, puede llamarse culto a Dios. Apartarse del mal, lo que dijo que es conocimiento, ¿qué es sino moverse cauta y prudentemente en medio de una nación tortuosa y perversa, como en la noche de este siglo (Filipenses II, 15); para que al apartarse de la iniquidad, uno no sea confundido por las tinieblas, distinguido por la luz de su propio don? Por lo tanto, cuando en cierto lugar el Apóstol quiso mostrar la variedad concordante de gracias en los hombres de Dios, puso primero estos dos diciendo: "A uno se le da por el Espíritu palabra de sabiduría"; esto creo que es, "el sol en el poder del día": "A otro, palabra de conocimiento según el mismo Espíritu"; esto es, "la luna". Luego, de alguna manera, creo que se mencionan las "estrellas" en lo que se dice: "A otro, fe en el mismo Espíritu, a otro, don de curaciones en un solo Espíritu, a otro, operaciones de milagros, a otro, profecía, a otro, discernimiento de espíritus, a otro, géneros de lenguas, a otro, interpretación de lenguas" (1 Corintios XII, 8-10). Pues nada de esto es innecesario en la noche de este siglo: cuando haya pasado, estas cosas no serán necesarias: por eso, "en el poder de la noche". En el poder, dice, ya sea del día o de la noche, para que haya poder de brillar de día o de noche; lo que en los dones espirituales se entiende así, porque dio el poder de ser hechos hijos de Dios (Juan I, 12). Él hirió a Egipto, con sus primogénitos. Hirió también al mundo, con aquellos que se consideran principales en el mundo.

9. [vers. 11-26.] Él sacó a Israel de en medio de ellos. También sacó a sus santos y fieles de en medio de los malvados. Con mano poderosa y brazo excelso. ¿Qué hay más poderoso, qué más excelso que aquel de quien se dijo: "¿Y a quién se ha revelado el brazo del Señor?" (Isaías LIII, 1)? Él dividió el Mar Rojo en partes. También divide, para que un mismo Bautismo sea para unos vida, para otros muerte. Y sacó a Israel por en medio de él. También saca a su pueblo renovado por el lavacro de la regeneración. Y sacudió a Faraón y su poder en el Mar Rojo. Rápidamente destruye también el pecado de sus culpables por el Bautismo. Él condujo a su pueblo en el desierto. También nos conduce en la aridez y esterilidad de este siglo, para que no perezcamos en ella. Él hirió a grandes reyes, y mató a reyes poderosos. También hiere y mata de nosotros los poderes diabólicos y nocivos. Sehón, rey de los amorreos. Brote inútil o Tentación ardiente, que se interpreta como Sehón; rey de los amargantes, que se interpreta como amorreos. Y Og, rey de Basán. Acumulador, que se interpreta como Og; y rey de la Confusión, que se interpreta como Basán: ¿qué acumula el diablo sino confusión? Y dio su tierra como herencia, herencia a Israel su siervo. También da

a aquellos que el diablo poseía, como herencia a la descendencia de Abraham, que es Cristo. Porque en nuestra humildad se acordó de nosotros. Y nos redimió de nuestros enemigos: con la sangre de su Unigénito. Él da alimento a toda carne; esto es, a todo género humano, no solo a los israelitas, sino también a los gentiles: de este alimento se dice, "Mi carne es verdadera comida" (Juan VI, 56). Alabad al Dios de los cielos, porque su misericordia es eterna. Alabad al Señor de los señores, porque su misericordia es eterna. Lo que aquí dice, "Dios de los cielos", creo que quiso decir de otra manera lo que ya había dicho antes, "Dios de los dioses": pues lo que allí añadió, también aquí lo repitió, "Alabad al Señor de los señores". Pero aunque hay quienes son llamados dioses, ya sea en el cielo o en la tierra; como hay muchos dioses y muchos señores; pero para nosotros hay un solo Dios, el Padre, de quien son todas las cosas, y nosotros en Él, y un solo Señor Jesucristo, por quien son todas las cosas, y nosotros por Él (1 Corintios VIII, 5 y 6); a quien alabamos, porque su misericordia es eterna.

EN EL SALMO CXXXVI EXPLICACIÓN.

SERMON A LA GENTE.

1. [vers. 1.] No creo que hayáis olvidado que os hemos recomendado, o más bien recordado, lo que todo erudito en la santa Iglesia debe saber: de dónde somos ciudadanos, y dónde peregrinamos, y que la causa de nuestra peregrinación es el pecado, y el don de nuestro regreso es la remisión de los pecados y la justificación por la gracia de Dios. Habéis oído y sabéis que dos ciudades, mezcladas entre sí corporalmente, pero separadas en el corazón, corren a través de estos volúmenes de siglos hasta el fin; una cuyo fin es la paz eterna, y se llama Jerusalén; otra cuyo gozo es la paz temporal, y se llama Babilonia. Las interpretaciones de los nombres, si no me equivoco, las recordáis: Jerusalén se interpreta como Visión de paz; Babilonia, Confusión. Jerusalén estaba cautiva en Babilonia, no toda; pues sus ciudadanos también son ángeles. Pero en lo que respecta a los hombres predestinados a la gloria de Dios, que serán co-herederos de Cristo por adopción, a quienes redimió de esa misma cautividad con su sangre: por lo tanto, esa parte de la ciudad de Jerusalén está cautiva en Babilonia por el pecado, pero comienza a salir de allí primero en el corazón por la confesión de la iniquidad y el amor a la justicia, y luego después, al final del siglo, también será separada corporalmente, lo hemos recomendado en ese salmo que primero tratamos aquí con vuestra Dilección, que comienza así: "A ti se debe el himno, oh Dios, en Sion; y a ti se pagará el voto en Jerusalén" (Salmo LXIV, 2). Pero hoy hemos cantado: "Junto a los ríos de Babilonia, allí nos sentamos y lloramos, al recordar a Sion". Ved que en aquel se dijo: "A ti se debe el himno, oh Dios, en Sion"; pero aquí, "Junto a los ríos de Babilonia, allí nos sentamos y lloramos, al recordar a Sion": aquella Sion, donde se debe el himno a Dios.

2. ¿Cuáles son, entonces, los ríos de Babilonia, y qué significa nuestro sentarnos y llorar al recordar a Sion? Pues si somos ciudadanos de allí, no solo cantamos esto, sino que también lo hacemos. Si somos ciudadanos de Jerusalén, es decir, de Sion, y en esta vida, en esta confusión de este siglo, en esta Babilonia no habitamos como ciudadanos, sino que somos retenidos como cautivos; es necesario que no solo cantemos esto, sino que también lo hagamos con el afecto de un corazón piadoso, con el deseo religioso de la ciudad eterna. También esta ciudad que se llama Babilonia tiene sus amantes que buscan la paz temporal, y no esperan nada más allá, fijando todo su gozo allí, terminándolo allí, y los vemos trabajar mucho por la república terrena: pero incluso en ella, quienes se comportan fielmente, si no buscan allí la soberbia y la altivez perecedera y la jactancia odiosa; sino que muestran la verdadera fe, tanto como pueden, mientras pueden, a quienes pueden, hasta donde ven lo terrenal, y hasta donde entienden la apariencia de la ciudad; Dios no permite que perezcan en

Babilonia: pues los ha predestinado como ciudadanos de Jerusalén. Dios entiende su cautiverio, y les muestra otra ciudad, por la cual realmente deben suspirar, por la cual deben esforzarse en todo, a la cual deben exhortar a sus conciudadanos peregrinos con ellos, tanto como puedan, a alcanzarla. Por eso dice el Señor Jesucristo: "El que es fiel en lo poco, también en lo mucho es fiel": y nuevamente dice: "Si en lo ajeno no fuisteis fieles, ¿quién os dará lo vuestro?" (Lucas XVI, 10, 12).

3. Sin embargo, queridos, prestad atención a los ríos de Babilonia. Los ríos de Babilonia son todas las cosas que aquí se aman y pasan. No sé quién amó, por ejemplo, el mismo ejercicio de la agricultura, enriquecerse de ello, ocupar su mente allí, obtener placer de ello; que observe el final, y vea que lo que amó no es el fundamento de Jerusalén, sino un río de Babilonia. Otro dijo: Es una gran cosa ser militar; todos los agricultores temen a los militares, les obedecen, les temen: si soy agricultor, temeré al militar; si soy militar, seré temido por el agricultor. Oh insensato, te has precipitado en otro río de Babilonia, y uno más turbulento y voraz. Quieres ser temido por el menor, teme al mayor: puede que el que te teme se convierta en mayor que tú de repente; pero nunca será menor aquel a quien debes temer. Ser abogado, dice, es una gran cosa, la elocuencia es poderosísima; tener a todos los que has asumido pendientes de la lengua de su elocuente defensor, y de su boca esperando ya sea pérdidas, o ganancias, o muerte, o vida, o ruina, o salvación. No sabes a dónde te has lanzado: también este es un río de Babilonia; y lo que suena mucho, el ruido del agua golpea las rocas. Observa que fluye, observa que se desliza; y si observas que fluye y se desliza, ten cuidado porque arrastra. Navegar, dice otro, y comerciar es grande; conocer muchas provincias, obtener ganancias de todas partes, no estar sujeto a ningún poderoso en la ciudad, siempre peregrinar, y alimentar la mente con la diversidad de negocios y naciones, y regresar rico con el aumento de las ganancias. Este también es un río de Babilonia. ¿Cuándo estarán firmes tus ganancias? ¿Cuándo estarás seguro de lo que adquieres? Cuanto más rico seas, más temeroso serás. Con un solo naufragio saldrás desnudo, y con razón te lamentarás en el río de Babilonia, porque no quisiste sentarte y llorar junto a los ríos de Babilonia.

4. Por lo tanto, otros ciudadanos de la santa Jerusalén, entendiendo su cautiverio, observan los deseos humanos y las diversas codicias de los hombres arrastrándolos aquí y allá, llevándolos, empujándolos al mar: ven estas cosas, y no se lanzan a los ríos de Babilonia; sino que se sientan junto a los ríos de Babilonia, y lloran junto a los ríos de Babilonia, ya sea por aquellos que son arrastrados, o por ellos mismos que merecieron estar en Babilonia: pero sentados, es decir, humillados. Junto a los ríos de Babilonia, allí nos sentamos y lloramos, al recordar a Sion. Oh santa Sion, donde todo permanece, y nada fluye! ¿Quién nos precipitó en esto? ¿Por qué dejamos a tu Creador y tu sociedad? He aquí, entre lo que fluye y lo que se desliza, apenas alguien, si puede aferrarse a un madero, escapará. Humillados, pues, en nuestro cautiverio, sentémonos junto a los ríos de Babilonia, no nos atrevamos a precipitarnos en esos ríos; ni nos atrevamos a erguirnos con soberbia en el mal y la tristeza de nuestro cautiverio, sino que sentémonos, y así lloremos. Sentémonos junto a los ríos de Babilonia, no bajo los ríos de Babilonia: tal sea nuestra humildad, que no nos sumerja. Siéntate junto al río, no en el río, no bajo el río: pero siéntate humilde, no hables como en Jerusalén. Allí estarás de pie; porque de esa esperanza habla otro salmo, y canta diciendo: "Nuestros pies estaban de pie en tus atrios, oh Jerusalén" (Salmo CXXI, 2). Allí te erguirás, si aquí te humillas con arrepentimiento y confesión. En los atrios de Jerusalén estaban de pie nuestros pies; pero junto a los ríos de Babilonia nos sentamos y lloramos, al recordar a Sion. De allí es necesario que llores, recordando a Sion.

5. Pues muchos lloran con llanto babilónico, porque también se alegran con gozo babilónico. Quienes se alegran con las ganancias y lloran por las pérdidas, ambos son de Babilonia.

Debes llorar, pero recordando a Sion. Si lloras recordando a Sion, incluso cuando te va bien según Babilonia, debes llorar. Por eso se dice en cierto salmo: "Encontré tribulación y dolor, e invoqué el nombre del Señor" (Salmo CXIV, 3 y 4). ¿Qué es lo que dice, "Encontré"? No sé qué tribulación, como si fuera buscada, la encontró como si fuera buscada. Y cuando la encontró, ¿qué ganancia obtuvo? Invoqué el nombre del Señor. Hay mucha diferencia entre encontrar tribulación, y ser encontrado por la tribulación. Pues dice en otro lugar: "Los dolores del infierno me encontraron" (Salmo XVII, 6). ¿Qué significa, "Me encontraron los dolores del infierno"? ¿Qué significa, "Encontré tribulación y dolor"? Cuando de repente te ocupa la tristeza, perturbadas tus cosas temporales con las que te deleitabas: cuando esa tristeza te encuentra de repente, de donde pensabas que no podrías ser triste, sucede, y te vuelves triste; te encontró el dolor del infierno. Pues te creías arriba; sin embargo, estabas abajo: y cuando el dolor del infierno te encontró, allí te encontraste abajo, quien te creías arriba. Pues te encontraste afectado gravemente por el dolor, por la tristeza de algún mal, de donde quizás presumías que no serías triste; te encontró el dolor del infierno. Pero cuando te va bien, todo lo temporal sonríe, ninguno de los tuyos ha muerto, nada en tu viña se ha marchitado o ha sido granizado, o ha aparecido estéril, tu cuba no ha fallado, tu ganado no ha abortado, no has sido deshonrado en alguna dignidad según el siglo, por todas partes tus amigos viven y te mantienen la amistad, no faltan clientes, los hijos obedecen, los siervos tiemblan, la esposa es concorde, se dice que la casa es feliz; allí encontré tribulación, si puedes, para que encontrando tribulación invoques el nombre del Señor. Parece que el sermón divino enseña algo perverso, llorar en la alegría, y alegrarse en el dolor. Escucha a uno que se alegra en el dolor: "Nos gloriamos", dice, "en las tribulaciones" (Romanos V, 3). Pero al que llora en la alegría, ve si encontró tribulación. Que cada uno observe su propia felicidad, en la que su alma exultó, y se hinchó de alguna manera con gozo, y se elevó, y dijo, Soy feliz: que observe si esa felicidad no fluye, si puede estar seguro de que permanece para siempre. Pero si no está seguro, y ve que fluye de donde se alegra; es un río de Babilonia: que se siente sobre él, y llore. Pero se sentará y llorará, si recuerda a Sion. Oh paz aquella que veremos con Dios! Oh aquella santa igualdad de los ángeles! Oh aquella visión y espectáculo hermoso! He aquí, en Babilonia son hermosas las cosas que retienen: que no retengan, que no engañen. Otra cosa es el consuelo de los cautivos, otra cosa es el gozo de los libres. Junto a los ríos de Babilonia, allí nos sentamos y lloramos, al recordar a Sion.

6. [vers. 2.] En los sauces en medio de ella colgamos nuestros instrumentos. Los ciudadanos de Jerusalén tienen sus instrumentos, las Escrituras de Dios, los preceptos de Dios, las promesas de Dios, una cierta meditación del siglo futuro; pero cuando actúan en medio de Babilonia, cuelgan sus instrumentos en sus sauces. Los sauces son árboles infructuosos; y en este lugar están puestos de tal manera que no se puede entender nada bueno de los sauces; en otro lugar, quizás se pueda. Ahora entendamos árboles estériles, nacidos junto a los ríos de Babilonia. Estos árboles son regados por los ríos de Babilonia, y no dan fruto alguno. Así como son los hombres codiciosos, avaros, estériles en obra buena; así son los ciudadanos de Babilonia, para que incluso sean árboles de esa región, alimentados por estas voluptuosidades de cosas pasajeras, como regados por los ríos de Babilonia: buscas fruto, y no lo encuentras en ninguna parte. Cuando sufrimos tales cosas, nos movemos con ellos que están en medio de Babilonia. Hay mucha diferencia entre el medio de Babilonia, y los exteriores de Babilonia. Hay quienes no están en medio de ella, es decir, no están tan abrumados por la concupiscencia del siglo y las delectaciones. Pero quienes, para hablar claramente y brevemente, son muy malos, están en medio de Babilonia, y son árboles estériles, como los sauces de Babilonia. Cuando los vemos, y los encontramos tan estériles, que nos resulta difícil ver en ellos algo de donde podamos comenzar a llevarlos a la fe recta, o a las buenas obras, o a la esperanza del siglo futuro, o al deseo de liberación del cautiverio de la

mortalidad; conocemos las Escrituras, que les decimos: pero porque no encontramos en ellos ningún fruto de donde comenzar, apartamos el rostro de ellos, y decimos, Aún no tienen sabor, no entienden; cualquier cosa que les digamos, la tendrán adversa y contraria. Por lo tanto, al diferir con ellos las Escrituras, colgamos nuestros instrumentos en los sauces: pues no los consideramos dignos de llevar nuestros instrumentos. No les atamos, pues, nuestros instrumentos insertándolos, sino que los colgamos difiriéndolos. Los sauces son, pues, árboles infructuosos de Babilonia, alimentados por las voluptuosidades temporales, como por los ríos de Babilonia.

7. [vers. 3.] Y vean si no sigue esto en el Salmo: En los sauces, dice, en medio de ella colgamos nuestros instrumentos. Porque allí nos preguntaron los que nos llevaron cautivos, las palabras de los cánticos; y los que nos llevaron, un himno: entiendes, nos preguntaron. Nos preguntaron las palabras de los cánticos y un himno, los que nos llevaron cautivos. ¿Quiénes nos llevaron cautivos, hermanos? ¿A quiénes hemos sentido alguna vez como nuestros captores? Ciertamente aquella Jerusalén sintió a los babilonios, persas, caldeos, y a los hombres de aquellas naciones y regiones como sus captores; y esto después, no cuando se cantaban estos salmos. Pero ya dijimos a vuestra Caridad que todo lo que según la letra sucedía en aquella ciudad, eran figuras nuestras: y fácilmente se puede demostrar que somos cautivos. Pues no respiramos ya en las auras de aquella libertad; no disfrutamos de la pureza de la verdad, y de aquella sabiduría que permaneciendo en sí misma renueva todas las cosas (Sab. VII, 27). Somos tentados por las delicias de las cosas temporales, y luchamos diariamente con las sugestiones de los placeres ilícitos: apenas respiramos ni siquiera en la oración; entendemos que somos cautivos. Pero, ¿quiénes nos llevaron cautivos? ¿Qué hombres? ¿Qué nación? ¿Qué rey? Si somos redimidos, éramos cautivos. ¿Quién nos redimió? Cristo. ¿De quién nos redimió? Del diablo. Por tanto, el diablo y sus ángeles nos llevaron cautivos; y no nos llevarían si no consintiéramos. Fuimos llevados cautivos. Ya dije quiénes son nuestros captores. Ellos son también los ladrones que hirieron a aquel viajero que descendía de Jerusalén a Jericó; a quien dejaron herido y medio muerto. A este lo recogió nuestro guardián, es decir, el Samaritano (pues Samaritano se interpreta como Guardián), a quien los judíos le objetaron y dijeron: ¿No decimos bien que eres samaritano y tienes demonio? y él rechazó una de las dos objeciones, y retuvo una: Yo, dijo, no tengo demonio (Juan VIII, 48, 49); pero no dijo, Yo no soy samaritano: pues si aquel Samaritano no nos guardara, ciertamente pereceríamos: por tanto, el Samaritano al pasar vio al herido y abandonado por los ladrones, y como saben, lo recogió (Luc. X, 30-35). Así como a veces se pone en nombre de los ladrones, a quienes nos infligieron las heridas de los pecados, ya por el consentimiento de nuestra cautividad; así también se llaman nuestros captores.

8. Estos, por tanto, que nos llevaron cautivos, el diablo y sus ángeles, ¿cuándo nos dijeron, y cuándo nos preguntaron las palabras de los cánticos? ¿Qué entendemos entonces? Que cuando tales nos interrogan, en quienes el diablo opera, se entiende que él mismo nos interroga, quien opera en ellos. El Apóstol dice: Y vosotros cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados, cuando vivíais en ellos según el siglo de este mundo, según el príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia, en los cuales también nosotros, dice, en otro tiempo nos comportamos (Efes. II, 1-3). Muestra que, redimido de Babilonia, ya comenzó a salir. Pero aún, ¿qué dice? Que luchamos con nuestros enemigos. Y para que no nos enojemos con los hombres que nos imponen persecuciones, el Apóstol apartó nuestra intención del odio a los hombres, y la dirigió a la lucha con ciertos espíritus, que no vemos, y con los cuales luchamos. Dice: No es vuestra lucha contra carne y sangre; es decir, contra los hombres que veis, de quienes parecéis sufrir males, que os imponen persecuciones: pues por ellos se nos ha mandado orar. No es vuestra,

dice, lucha contra carne y sangre, es decir, contra hombres; sino contra principados, y potestades, y gobernadores del mundo de estas tinieblas (Id. VI, 12). ¿Qué dijo, mundo? De los amantes del mundo. A estos los llamó también tinieblas, es decir, inicuos, malvados, infieles, pecadores; a quienes ya creyendo se congratula de este modo, diciendo: Porque fuisteis en otro tiempo tinieblas, ahora sois luz en el Señor (Id. V, 8). Por tanto, nos estableció tener lucha con esos príncipes; ellos nos llevaron cautivos.

9. ¿Y cómo entró el diablo en el corazón de Judas (Juan XIII, 27), para entregar al Señor, y no entraría, si no le diera lugar; así muchos hombres malos de en medio de Babilonia por deseos carnales e ilícitos dando lugar al diablo y a sus ángeles en sus corazones, para que en ellos y de ellos opere, a veces nos interrogan, y nos dicen: Exponednos la razón. Muchos paganos nos dicen esto: Exponed la razón, ¿por qué vino Cristo, y qué beneficio trajo Cristo al género humano? ¿No es cierto que desde que vino Cristo las cosas humanas son peores que antes, y eran más felices entonces las cosas humanas que ahora? Dígannos los cristianos qué bien trajo Cristo, ¿por qué creen que las cosas humanas son más felices porque vino Cristo? Pues ves, si los teatros y anfiteatros y circos estuvieran intactos, si nada cayera de Babilonia, si hubiera abundancia de placeres desbordantes para los hombres que cantan y bailan a canciones obscenas, si la lujuria de los que se prostituyen y de las meretrices tuviera tranquilidad y seguridad, si no temiera el hambre en su casa quien clama para que los mimos sean vestidos; si todo esto fluyera sin mancha, sin alguna perturbación, y hubiera gran seguridad de tonterías, serían tiempos felices, y Cristo habría traído gran felicidad a las cosas humanas. Pero porque se cortan las iniquidades, para que extirpada la codicia se plante el amor de Jerusalén; porque se mezclan amarguras en la vida temporal, para que se desee la eterna; porque los hombres son instruidos con azotes, recibiendo disciplina paterna, para que no encuentren sentencia judicial; Cristo no trajo nada bueno, y Cristo trajo trabajos. Y comienzas a decirle al hombre cuántos bienes ha hecho Cristo, y no lo entiende. Pues le propones a aquellos que hacen lo que ahora oísteis en el Evangelio, venden todo lo que tienen y lo dan a los pobres, para que tengan tesoro en los cielos y sigan al Señor (Mat. XIX, 21): le dices, He aquí lo que trajo Cristo. ¡Cuántos hacen esto, para distribuir sus bienes a los necesitados, y hacerse pobres, no por necesidad, sino por voluntad, siguiendo a Dios, esperando el reino de los cielos! Se ríen de estos como si fueran tontos: Y tales, dicen, bienes trajo Cristo, para que el hombre pierda sus bienes, y cuando da a los necesitados, ¿quede necesitado? ¿Qué harás entonces? No entiendes los bienes de Cristo: pues otro te ha llenado, que es adversario de Cristo, a quien diste lugar en tu corazón. Miras los tiempos pasados, y te parecen haber sido más alegres los tiempos antiguos, que eran como olivos colgando en el árbol, llevados por los vientos, disfrutando de una cierta libertad del aire con un cierto deseo vago. Se llegó a que el olivo fuera puesto en el lagar: pues no siempre había de colgar en el árbol: ya es el fin del año. No sin razón se inscriben algunos salmos, Para los lagares (Sal. VIII, LXXX, y LXXXIII): en el árbol libertad, en el lagar presión. Pues cuando las cosas humanas son trituradas y presionadas, ves que crece la avaricia; mira que también crece la continencia. ¿Por qué eres tan ciego, que ves el orujo fluyendo por las calles, no ves el aceite en la prensa? Y esto no sin razón. Pues los que se comportan mal, son públicamente conocidos; pero los que se convierten a Dios, y se purgan de las suciedades de las malas codicias, son ocultos: pues también en el mismo o del mismo lagar el orujo fluye abiertamente, el aceite se filtra ocultamente.

10. Aclaman a esto, y se alegran de esto; porque ya pueden sentarse junto a los ríos de Babilonia, y llorar. Pero aquellos que nos llevaron cautivos, cuando entran en los corazones de los hombres, y nos interrogan por las lenguas de aquellos que poseen, y nos dicen: Cantadnos las palabras de los cánticos; dadnos razón del advenimiento de Cristo, y qué es la

otra vida. Quiero creer; enséñame la razón por la que me mandas que crea. Le respondo y le digo: Oh hombre, ¿cómo no quieres que te mande que creas? Estás lleno de malas codicias: si digo los bienes de aquella Jerusalén, no los entiendes; es necesario que te vacíes de lo que estás lleno, para que puedas llenarte de lo que estás vacío. Por tanto, no le digas fácilmente algo; es madera de sauce, es madera estéril: no toques el instrumento para que suene, mejor cuélgalo. Pero él dirá: Dime, cántame, dame razón. ¿No quieres, dice, que aprenda? No escuchas con buen ánimo, no llamas de tal manera que sea digno que se te abra. Aquel te ha llenado que me llevó cautivo, él mismo me interroga de ti. Es astuto, pregunta con engaño: no pregunta para aprender, sino para reprochar. Por tanto, no diré, colgaré mi instrumento.

11. [vers. 4.] Pero, ¿qué dirá aún? Cantadnos las palabras de los cánticos, cantadnos un himno, cantadnos de los cánticos de Sion. ¿Qué respondemos? Babilonia te lleva, Babilonia te contiene, Babilonia te nutre, Babilonia habla de ti; no sabes captar sino lo que brilla por un tiempo, ignoras meditar lo eterno, no entiendes lo que preguntas. ¿Cómo cantaremos el cántico del Señor en tierra extraña? Verdaderamente, hermanos, así es. Comiencen a querer predicar la verdad aunque sea un poco que conocen, y vean cuán necesario es que sufran tales burladores, exigentes de la verdad, llenos de falsedad. Respondan a aquellos que exigen de ustedes lo que no pueden entender, y digan con confianza de su santo cántico, ¿Cómo cantaremos el cántico del Señor en tierra extraña?

12. Pero mira cómo te mueves entre ellos, oh pueblo de Dios, oh cuerpo de Cristo, oh noble peregrinación (no eres de aquí, eres de otro lugar); no sea que cuando aquellos que te dicen, Cantadnos las palabras de los cánticos, decidnos un himno, cantadnos de los cánticos de Sion, como si fueran amados por ti, y buscas sus amistades, y temes desagradarles; comience a deleitarte Babilonia, y te olvides de Jerusalén. Temiendo esto, mira lo que añade, mira lo que sigue. Pues este hombre que cantaba sufrió; y este hombre somos nosotros, si queremos: sufrió por todas partes tales interrogantes y adulaciones halagadoras, mordazmente reprochantes, falsamente alabantes, exigiendo lo que no entienden, no queriendo derramar lo que los llena; y entre las multitudes de tales, como en peligro, levantó su ánimo al recuerdo de Sion, y se constriñó tal alma con una especie de juramento, y dijo: Si me olvido de ti, Jerusalén; entre las palabras de los captores, entre las palabras de los engañosos, entre las palabras de los que preguntan mal, buscando y no queriendo aprender.

13. De allí era aquel rico que preguntó al Señor: Maestro bueno, ¿qué haré para conseguir la vida eterna? ¿No preguntaba sobre la vida eterna, como si interrogara un cántico de Sion? Guarda los mandamientos, le dijo el Señor. Y él con arrogancia, al oírlo, Ya todo esto, dice, he cumplido desde mi juventud. Y el Señor le dijo algo de los cánticos de Sion, y sabía que no lo entendería; pero nos dio un ejemplo, de cómo muchos buscan consejo para la vida eterna, y nos alaban mientras respondamos lo que buscan. Dio de él un documento, como si nos dijera a nosotros que alguna vez diremos a tales hombres, ¿Cómo cantaremos el cántico del Señor en tierra extraña? He aquí dice: ¿Quieres ser perfecto? Ve, vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme. Para que aprenda muchos cánticos de los cánticos de Sion, primero deseche los impedimentos, camine libre, no se sobrecargue con ningún peso; y aprenderá algo de los cánticos de Sion. Pero él se fue triste. Digamos después de él, ¿Cómo cantaremos el cántico del Señor en tierra extraña? Y él se fue; pero el Señor dio esperanza a los ricos. Pues los discípulos, entristecidos, dijeron: ¿Quién podrá salvarse? Y él les respondió: Lo que es imposible para los hombres, es fácil para Dios (Mat. XIX, 16-26). Pues también los ricos tienen su modo, y han recibido un cántico de Sion, un cántico del que el Apóstol dice: Manda a los ricos de este siglo que no sean altivos, ni pongan su esperanza en la incertidumbre de las riquezas, sino en el Dios vivo, que nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos. Añadiendo lo que deben

hacer, ya toca el instrumento, no lo cuelga: Sean ricos en buenas obras, den con facilidad, compartan, atesoren para sí un buen fundamento para el futuro, para que alcancen la verdadera vida (I Tim. VI, 17-19). Este cántico de los cánticos de Sion han recibido los ricos, primero, no sean altivos. Pues las riquezas elevan; y a quienes elevan, los ríos aquellos los llevan. ¿Qué se les manda entonces? Ante todo, no sean altivos. Lo que hacen las riquezas, eso eviten en las riquezas; eviten en las riquezas la altivez. Pues ese es el mal que principalmente las riquezas traen a los hombres incautos. Pues no es malo el oro, que Dios creó; sino malo es el hombre avaro que deja al Creador, vuelto a la criatura. Por tanto, evite allí, que no sea altivo, y se siente sobre el río de Babilonia. Pues si ha puesto su esperanza en la incertidumbre de las riquezas, es llevado por el río de Babilonia. Pero si se ha humillado, y no ha sido altivo, y no ha puesto su esperanza en la incertidumbre de las riquezas, se sienta sobre el río, suspira recordando a la eterna Jerusalén; y para llegar a Sion, da. He aquí tienes el cántico que los ricos han recibido de los cánticos de Sion. Trabajen, toquen el instrumento, no estén ociosos, cuando encuentren a un hombre diciéndoles: ¿Qué es lo que haces? pierdes tus bienes dando tanto; atesora para tus hijos. Cuando vean que no entiende, y comprendan que es madera de sauce, no digan fácilmente por qué actúan, y qué hacen, cuelguen los instrumentos en los sauces de Babilonia. Pero fuera de los sauces canten, no cesen, trabajen. Pues no pierden lo que dan. ¿Lo encomiendan a un siervo, y está seguro; lo encomiendan a Cristo, y se pierde?

14. Han oído el cántico de los ricos de los cánticos de Sion; oigan también el cántico de los pobres. El mismo Pablo habla: Nada trajimos a este mundo, y tampoco podemos llevarnos algo: teniendo sustento y abrigo, estemos contentos con esto. Pues los que quieren enriquecerse, caen en tentación y en muchos deseos necios y dañinos, que hunden a los hombres en destrucción y perdición. Estos son los ríos de Babilonia. Porque raíz de todos los males es el amor al dinero; el cual algunos, codiciando, se han desviado de la fe, y se han traspasado con muchos dolores (Ibid., 7-10). ¿Son contrarios estos cánticos? No son contrarios. Vean lo que se dijo a los ricos: No sean altivos, ni pongan su esperanza en la incertidumbre de las riquezas, hagan el bien, den, atesoren para sí un buen fundamento para el futuro. Pero, ¿qué se dijo a los pobres? Los que quieren enriquecerse, caen en tentación. No dijo, los que son ricos; sino, Los que quieren enriquecerse. Pues si ya fueran ricos, oirían otro cántico: el rico oye para dar, el pobre oye para no desear.

15. [vers. 5.] Pero cuando se mueven entre tales, que no entienden el cántico de Sion, cuelguen, como dije, los instrumentos en los sauces en medio de ella; difieran lo que van a decir. Comienzan a ser maderas fructíferas, se cambian los árboles, y tendrán buen fruto: allí ya nos es lícito cantar en los oídos de los que escuchan. Pero cuando se mueven entre estos que se oponen, que preguntan mal, que resisten a la verdad, oblíguense a no querer agradarles, para que no se olviden de Jerusalén; y diga una sola alma suya, hecha una de muchas por la paz de Cristo, diga esa cautiva Jerusalén aquí actuando en la tierra: Si me olvido de ti, Jerusalén, olvídese de mí mi diestra. Se constriñó fuertemente, hermanos míos: Olvídese de mí mi diestra; se obligó severamente. Nuestra diestra es la vida eterna, nuestra siniestra es la vida temporal. Lo que hagas por la vida eterna, lo hace la diestra. Si mezclas en tus obras el amor a la vida eterna con la concupiscencia de la vida temporal, o de la alabanza humana, o de algún beneficio secular; tu siniestra ha conocido lo que hace tu diestra. Y saben que está en el precepto del Evangelio, No sepa tu siniestra lo que hace tu diestra (Mat. VI, 3). Si me olvido, por tanto, dice, de ti, Jerusalén, olvídese de mí mi diestra. Y verdaderamente así sucede: lo predijo, no lo deseó. A tales que se olvidan de Jerusalén, les sucede lo que dijo; su diestra los olvida: pues la vida eterna permanece en sí; ellos permanecen en el deleite temporal, y hacen diestra lo que es siniestra.

16. Prestad atención a esto, hermanos; por la derecha os insinúo esto, tanto como el Señor lo concede, para la salvación de todos. Recordaréis tal vez que aquí alguna vez traté sobre algunos que hacen derecho lo que es izquierdo; es decir, que tienen más bienes temporales y en estos ponen su felicidad, ignorando cuál es la verdadera felicidad, la verdadera derecha. La Escritura llama a estos hijos ajenos, como ciudadanos no de Jerusalén, sino de Babilonia: pues dice en un lugar el salmo: Señor, líbrame de la mano de los hijos ajenos, cuya boca ha hablado vanidad, y su derecha es derecha de iniquidad. Pues sigue y dice: Cuyos hijos son como plantas nuevas establecidas; sus hijas adornadas como la semejanza de un templo; sus despensas llenas, rebosantes de esto en esto; sus ovejas fecundas, multiplicándose en sus salidas; sus bueyes gordos: no hay ruina de seto, ni clamor en sus plazas. ¿Acaso tener esta felicidad es pecar? No; sino hacer de ella la derecha, cuando es izquierda. Por eso, ¿qué dice a continuación? Dijeron bienaventurado al pueblo que tiene estas cosas. He aquí de dónde habló su boca vanidad, porque bienaventurado dijeron al pueblo que tiene estas cosas. Tú, ciertamente, eres ciudadano de Jerusalén, que no olvidas Jerusalén, para que no te olvide tu derecha; he aquí aquellos que hablaron vanidad, bienaventurado dijeron al pueblo que tiene estas cosas: dime tú el cántico de Sion. Bienaventurado, dice, el pueblo cuyo Dios es el Señor (Salmo 143, 11-15). Preguntad a vuestros corazones, hermanos, si deseáis los bienes de Dios, si deseáis aquella ciudad Jerusalén, si anheláis la vida eterna. Toda esta felicidad terrena sea izquierda para vosotros; aquella sea la derecha que siempre tendréis: y si tuvierais la izquierda, no presumáis de la izquierda. ¿Acaso no corriges al que quisiera comer con la izquierda? Si consideras una injuria a tu mesa que un comensal coma con la izquierda; ¿cómo no se hace injuria a la mesa de Dios, si lo que es derecho lo haces izquierdo, y lo que es izquierdo lo haces derecho? ¿Qué, pues? Si me olvidare de ti, Jerusalén, olvídese de mí mi derecha.

17. [vers 6.] Pégese mi lengua a mi paladar, si no me acordare de ti. Es decir, enmudezca, dice, si no me acordare de ti. ¿Para qué habla, para qué suena, quien no suena los cánticos de Sion? Esa es nuestra lengua, el cántico de Jerusalén. El cántico del amor de este siglo, es lengua ajena, lengua bárbara, que aprendimos en la cautividad. Por tanto, será mudo para Dios, quien se olvidare de Jerusalén. Y no basta recordar; pues también los enemigos la recuerdan, queriendo destruirla. ¿Qué es esta ciudad, dicen? ¿quiénes son los cristianos? ¿y cómo son los cristianos? ¡Oh, si no hubiera cristianos! Ya la multitud cautiva ha vencido a sus captores, y sin embargo murmuran, y se enfurecen, y quieren matar a la santa ciudad que peregrina entre ellos: como quiso matar al mismo pueblo Faraón, cuando mataba a los varones nacidos, y dejaba a las mujeres; ahogaba las virtudes, alimentaba las concupiscencias. No basta, pues, recordar: mira cómo recuerdas. Pues algunas cosas las recordamos con odio, otras con amor. Por tanto, cuando dijo, Si me olvidare de ti, Jerusalén, olvídese de mí mi derecha. Pégese mi lengua a mi paladar, si no me acordare de ti; añadió enseguida, Si no prefiriere a Jerusalén al principio de mi alegría. Pues allí está la suma alegría, donde disfrutamos de Dios, donde estamos seguros de la fraternidad coherente y de la sociedad cívica. Ningún tentador nos violará allí, nadie podrá seducirnos a alguna tentación, nada allí deleitará sino el bien. Allí morirá toda necesidad, allí surgirá la suma felicidad. Si no prefiriere a Jerusalén al principio de mi alegría.

18. [vers. 7.] Y se vuelve al Señor contra los enemigos de su ciudad: Acuérdate, Señor, de los hijos de Edom. Edom es llamado también Esaú: pues habéis oído ahora cuando se leía al Apóstol, A Jacob amé, pero a Esaú aborrecí. Eran dos hijos en un mismo vientre, ambos gemelos, en el vientre de Rebeca, hijos de Isaac, nietos de Abraham: nacieron ambos; uno para la herencia, otro para la desheredación. Pero este Esaú fue enemigo de su hermano, porque el hijo menor le precedió en la bendición; y se cumplió, El mayor servirá al menor

(Rom. IX, 10-13; Gén. XXV, 23). Ahora entendemos quién es el mayor, y quién es el menor, y quién es el mayor que servirá al menor. El pueblo de los judíos parecía mayor, el pueblo de los cristianos menor en el tiempo. Y ved cómo el mayor sirve al menor. Ellos llevan nuestros Códices; nosotros vivimos de sus Códices. Pero para que entendáis en general de todos, hermanos, al mayor y al menor; se llama mayor al hombre carnal, y menor al hombre espiritual; porque primero es carnal, y después espiritual. Tienes al Apóstol diciendo claramente: El primer hombre de la tierra, terreno; el segundo hombre del cielo, celestial. Como el terreno, tales también los terrenos; y como el celestial, tales también los celestiales. Como llevamos la imagen del terreno, llevemos también la imagen de aquel que es del cielo. Pero allí arriba había dicho: Pero no es primero lo espiritual, sino lo animal; después, lo espiritual (I Cor. XV, 46-49). Llama animal al mismo que muestra como carnal. El hombre que nace, comienza a ser animal, comienza a ser carnal. Si se convierte de la cautividad de Babilonia al retorno de Jerusalén, se renueva, y se hace una cierta renovación según el hombre nuevo e interior; y se hace menor en el tiempo, mayor en poder. Por tanto, Esaú significa a todos los carnales, pero Jacob a todos los espirituales: los menores elegidos, aquellos mayores reprobados. ¿Quiere también él ser elegido? Que se haga menor. Edom fue llamado por un cierto alimento de lentejas rojo, es decir, por un cierto alimento rosado. Bien cocida estaba la lenteja desmenuzada; Esaú la deseó de su hermano Jacob, y le cedió su primogenitura, vencido por el deseo de comer aquella lenteja. Pero él cedió el alimento de placer, y tomó el honor de la dignidad. Así, por un cierto acuerdo entre ellos, se hizo que él fuera mayor, él menor, para que el mayor sirviera al menor; y fue llamado Edom (Gén. XXV, 29-34; y XXVII, 36, 37). Se interpreta, según dicen los que conocen esa lengua, Edom, Sangre: pues también en púnico Edom, se dice sangre. No te maravilles: a la sangre pertenecen todos los carnales. La carne y la sangre no poseerán el reino de Dios (I Cor. XV, 50). Edom no pertenece allí; pertenece allí Jacob, que careció de alimento carnal, y tomó el honor espiritual. Pero él se hizo enemigo. Todos los carnales son enemigos de los espirituales: todos esos que desean lo presente, persiguen a aquellos que ven meditar lo eterno. Contra estos, mirando a Jerusalén, y rogando a Dios para ser liberado de la cautividad, ¿qué dice? Acuérdate, Señor, de los hijos de Edom. Líbranos de los carnales, de aquellos que imitan a ese Edom, que son hermanos mayores, pero enemigos. Nacieron primero; pero los nacidos después vencieron para la primacía: porque la concupiscencia de la carne los derribó; despreciada la concupiscencia, estos se levantaron. Viven, y envidian, y persiguen.

19. Acuérdate, Señor, de los hijos de Edom, en el día de Jerusalén. ¿El día de Jerusalén en que trabajó, en que fue cautiva; o aquel día de felicidad de Jerusalén, en que es liberada, en que llega, en que se une a la eternidad? Acuérdate, dice, Señor, no te olvides, de los hijos de Edom. ¿De quiénes? De los que dicen, Destruid, destruid, hasta el fundamento en ella. Recuerda, pues, ese día, cuando querían destruir a Jerusalén. ¡Cuántas persecuciones ha sufrido la Iglesia! ¿Cómo decían los hijos de Edom, es decir, los hombres carnales, sometidos al diablo y a sus ángeles, adorando piedras y maderas, siguiendo las concupiscencias de la carne: Extinguid a los cristianos, quitad a los cristianos, que no quede ni uno; destruid hasta el fundamento! ¿No se dijeron estas cosas? Y cuando se decían estas cosas, los perseguidores fueron reprobados, los mártires fueron coronados. De los que dicen, Destruid, destruid, hasta el fundamento en ella. Los hijos de Edom dicen, Destruid, destruid; y Dios dice, Servid. ¿Qué palabras pueden prevalecer, sino las de Dios, que dijo, Porque el mayor servirá al menor? Destruid, destruid, hasta el fundamento en ella.

20. [vers. 8.] Y se vuelve a ella: Hija de Babilonia infeliz. Infeliz tú misma por tu exultación, por tu presunción, y por tus enemistades: Hija de Babilonia infeliz. La misma ciudad se llama Babilonia y hija de Babilonia: como Jerusalén y hija de Jerusalén, y como Sion y hija de

Sion, de esta manera se llama Iglesia e hija de la Iglesia. Se dice hija por la sucesión, se dice madre por la preeminencia. Hubo una primera Babilonia; ¿acaso permaneció el mismo pueblo en ella? Por la sucesión de Babilonia se hizo hija de Babilonia. ¡Oh hija de Babilonia infeliz tú! Bienaventurado el que te retribuya tu retribución. Infeliz tú, bienaventurado él.

21. [vers. 9.] ¿Qué has hecho tú, y qué se te retribuirá? Escucha: Bienaventurado el que te retribuya tu retribución que nos retribuiste. ¿Qué retribución dice? A esto concluye el Salmo: Bienaventurado el que tome y estrelle a tus pequeños contra la roca. La llama infeliz, pero bienaventurado al que le retribuya la retribución que nos retribuyó. Preguntamos, ¿qué retribución? Bienaventurado, dice, el que tome y estrelle a tus pequeños contra la roca. Esa es la retribución. ¿Qué nos hizo esta Babilonia? Ya cantamos en aquel salmo: Las palabras de los inicuos prevalecieron contra nosotros (Salmo 64, 4). Pues cuando nacimos, esta confusión del siglo nos encontró pequeños; y nos ahogó con los errores de diversas opiniones vanas siendo aún infantes. Nacido infante, futuro ciudadano de Jerusalén, y en la predestinación de Dios ya ciudadano, pero mientras tanto cautivo por un tiempo, ¿qué aprende a amar, sino lo que susurran los padres? Instruyen y enseñan avaricia, robos, mentiras cotidianas, diversos cultos de ídolos y demonios, remedios ilícitos de encantamientos y ligaduras. ¿Qué hará aún infante, alma tierna, atendiendo a los mayores qué hacen, sino que lo que los vea hacer eso siga? Babilonia, pues, nos persiguió pequeños; pero Dios nos dio el conocimiento de sí ya grandes, para que no siguiéramos los errores de nuestros padres. Lo que entonces también recordé predicho por el profeta: A ti vendrán las naciones desde el extremo de la tierra, y dirán, Verdaderamente mentira adoraron nuestros padres, vanidad que no les aprovechó (Jeremías 16, 19). Ya lo dicen los jóvenes, que fueron muertos pequeños siguiendo esas vanidades: pero rechazando las vanidades, y reviviendo en Dios, progresen, y retribuyan a Babilonia. ¿Qué retribución le retribuirán? La que nos retribuyó. Que sus pequeños a su vez sean ahogados; más bien, que sus pequeños a su vez sean estrellados, y mueran. ¿Quiénes son los pequeños de Babilonia? Las malas concupiscencias nacientes. Pues hay quienes luchan con la vieja concupiscencia. Cuando nace la concupiscencia, antes de que la mala costumbre haga fuerza contra ti, cuando la concupiscencia es pequeña, para que no reciba la fuerza de la mala costumbre; cuando es pequeña, destrúyela. Pero temes que destruida no muera; destrúyela contra la roca: Pero la roca era Cristo (I Cor. X, 4).

22. Hermanos, no cesen los instrumentos en la obra; cantad entre vosotros los cánticos de Sion. Con cuánta alegría habéis escuchado, con tanta más alegría haced lo que habéis escuchado; si no queréis ser sauces de Babilonia, alimentados de sus ríos, y sin dar fruto. Pero suspirad por la Jerusalén eterna; donde precede vuestra esperanza, siga vuestra vida: allí estaremos con Cristo. Cristo es ahora nuestra cabeza; nos gobierna ahora desde arriba: nos abrazará consigo en aquella ciudad; seremos iguales a los ángeles de Dios. No nos atreveríamos a sospechar esto de nosotros, si no lo prometiera la Verdad. Por tanto, anhelad esto, hermanos, pensad en esto día y noche. Cualquier cosa que del mundo os sonría felizmente, no presumáis: no os deleitéis en conversar con vuestras concupiscencias. El enemigo es mayor, sea destruido contra la roca: el enemigo es breve, sea destruido contra la roca. Y destruid a los mayores contra la roca, y destruid a los menores contra la roca. Que la roca venza. En la roca sed edificados, si no queréis ser llevados ni por el río, ni por los vientos, ni por la lluvia. Si queréis estar armados contra las tentaciones en el mundo, crezca y se fortalezca el deseo de la Jerusalén eterna en vuestros corazones. Pasará la cautividad, vendrá la felicidad, será condenado el último enemigo, y con el rey sin muerte triunfaremos.

EN EL SALMO 137 COMENTARIO.

SERMON.

1. [vers. 1.] El título de este salmo es breve y simple, y no nos retiene, sabiendo de quién portó figura David, y reconociéndonos también a nosotros mismos en él, porque también somos miembros de aquel cuerpo. Reconozcamos, pues, aquí la voz de la Iglesia, y al mismo tiempo alegrémonos de haber merecido estar en ella, cuya voz cantando hemos escuchado. Todo el título es, A David mismo. Veamos, pues, qué a David mismo.

2. Te confesaré, Señor, con todo mi corazón. Suele el título del Salmo indicarnos qué se trata dentro: pero aquí, ya que el título no lo indica, sino que solo indica a quién se canta; qué se trata en todo el Salmo el primer verso lo anuncia, Te confesaré, Señor, con todo mi corazón. Escuchemos, pues, esta confesión. Pero primero os recuerdo que la confesión en las Escrituras, cuando confesamos a Dios, suele decirse de dos maneras, o de pecados, o de alabanza. Pero la confesión de pecados todos la conocen; pero la confesión de alabanza pocos la advierten. Pues tan conocida es la confesión de pecados, que en cualquier lugar de las Escrituras que se escuche, Te confesaré, Señor; o, Te confesaremos: enseguida ya por costumbre de entender así, las manos corren a golpear el pecho; tanto que no suelen los hombres entender que la confesión es sino de pecados. Pero ¿acaso también nuestro Señor Jesucristo fue pecador, quien dice en el Evangelio: Te confieso, Padre, Señor del cielo y de la tierra? Pues siguió diciendo qué confesaba; para que entendiéramos la confesión de alabanza, no de iniquidad: Te confieso, dice, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas a los sabios y prudentes, y las revelaste a los pequeños (Mateo XI, 25). Alabó al Padre, alabó a Dios, porque no desprecia a los humildes, sino que desprecia a los soberbios. Y aquí escucharemos tal confesión, de alabanza a Dios, y de gratitud. Te confesaré, Señor, con todo mi corazón. Todo mi corazón pongo en el altar de tu confesión, te ofrezco holocausto de alabanza. Pues holocausto se llama el sacrificio donde todo se quema: pues en griego ὅλον, en latín se dice todo. Mira cómo ofrece holocausto espiritual, quien dice, Te confesaré, Señor, con todo mi corazón. Todo, dice, mi corazón lo encienda la llama de tu amor: nada en mí quede para mí, ni para que mire a mí mismo; sino que todo en ti arda, todo en ti me consuma, todo te ame, como inflamado por ti. Te confesaré, Señor, con todo mi corazón; porque escuchaste las palabras de mi boca. ¿De qué boca mía, sino de mi corazón? Pues allí tenemos la voz, que Dios escucha, que en absoluto la oreja humana no conoce. Ciertamente clamaban los que acusaban a Susana, y no levantaban los ojos al cielo; ella callaba, y clamaba con el corazón: de donde ella mereció ser escuchada, de allí ellos ser castigados (Daniel XIII). Hay, pues, una boca dentro; allí rogamos, de allí rogamos: y si hemos preparado una morada o casa para Dios, allí hablamos, allí somos escuchados. Pues no está lejos de cada uno de nosotros, en quien vivimos, nos movemos y somos (Hechos XVI, 27 y 28). Lejos de Dios no te hace, sino solo la iniquidad: derriba el muro intermedio del pecado, y estás con aquel a quien ruegas. Escuchaste, dice, las palabras de mi boca; te confesaré.

3. Y ante los ángeles te cantaré. No ante los hombres cantaré, sino ante los ángeles cantaré. Mi salterio, mi alegría: pero mi alegría de las cosas inferiores, está ante los hombres; mi alegría de las cosas superiores, está ante los ángeles. Pues no conoce el impío la alegría del justo: No hay alegría para los impíos, dice el Señor (Isaías XLVIII, 22; y LVII, 21). Se alegra el iniquo en la taberna, se alegra el mártir en la cadena. ¿Cómo se alegraba esta santa Crispina cuya solemnidad celebramos hoy? Se alegraba cuando era apresada, cuando era llevada ante el juez, cuando era puesta en la cárcel, cuando era sacada atada, cuando era levantada en el potro, cuando era escuchada, cuando era condenada; en todas estas cosas se alegraba: y los miserables la consideraban miserable, que se alegraba ante los ángeles.

4. [vers. 2.] Adoraré hacia tu santo templo. ¿Cuál es tu santo templo? ¿Dónde habitaremos, dónde adoraremos? Corremos, en efecto, para adorar. Nuestro corazón está preñado y busca dónde dar a luz. ¿Cuál es el lugar donde debe ser adorado Dios? ¿Qué mundo? ¿Qué edificio? ¿Cuál, en fin, es el asiento en el cielo y entre las estrellas? Buscamos en las Sagradas Escrituras y encontramos en las palabras de la Sabiduría: "Yo", dice, "estaba con Él; yo era su delicia diaria". Y menciona sus obras y nos explica su asiento. ¿Cuál? "Cuando hacía fuertes las nubes en lo alto, cuando separaba su asiento sobre los vientos" (Prov. VIII, 30, 27, 28). Su asiento es su templo. ¿A dónde iremos entonces? ¿Adoraremos sobre los vientos? Si se adora sobre los vientos, las aves nos superan. Pero si entendemos los vientos como almas, es decir, las almas significadas con el nombre de vientos, como dice en algún lugar la Escritura, "Voló sobre las alas de los vientos" (Sal. XVII, 11); esto es, sobre las virtudes de las almas: de donde también se dice que el aliento de Dios es el alma (Gen. II, 7), como un viento, no para que se entienda este viento que sentimos empujando el cuerpo, sino para que su nombre signifique algo invisible, que no puede ser visto con los ojos, ni oído con los oídos, ni percibido con el olfato, ni saboreado con el paladar, ni tocado con la mano; que es ciertamente una vida, por la cual vivimos, que se llama alma: si entendemos estos vientos, no hay razón para buscar alas visibles, para volar con las aves a adorar al templo de Dios; sino que encontraremos a Dios sentado sobre nosotros mismos, si queremos ser sus fieles. Vean si esto no es así: "El templo de Dios es santo", dice el Apóstol, "y ese templo son ustedes" (I Cor. III, 17). Sin embargo, ciertamente, lo que es manifiesto, Dios habita en los ángeles. Por lo tanto, cuando nuestra alegría por las cosas espirituales, no por los bienes terrenales, toma un cántico para Dios, para cantar ante los ángeles; esa misma congregación de ángeles es el templo de Dios, adoramos en el templo de Dios. La Iglesia abajo, y la Iglesia arriba: la Iglesia abajo en todos los fieles, la Iglesia arriba en todos los ángeles. Pero el Señor de los ángeles descendió a la Iglesia abajo, y los ángeles le sirvieron en la tierra mientras nos servía a nosotros (Mat. IV, 11). "No vine", dice, "para ser servido, sino para servir" (Id. XX, 28). ¿Qué nos sirvió, sino lo que hoy comemos y bebemos? Por lo tanto, cuando el Señor de los ángeles nos sirvió, no desesperemos de ser iguales a los ángeles. Pues el que es mayor que los ángeles descendió al hombre, y el Creador de los ángeles asumió al hombre, el Señor de los ángeles murió por el hombre. Adoraré, pues, hacia tu santo templo: entiendo tu templo no hecho por manos, sino el que tú hiciste para ti.

5. Y confesaré tu nombre, en tu misericordia y tu verdad. En estas dos cosas confesamos: así también se lee en otro salmo, "Todas las sendas del Señor son misericordia y verdad" (Sal. XXIV, 10). En estas dos cosas confesamos; en tu misericordia, y en tu verdad. Con misericordia miraste al pecador, con verdad cumpliste la promesa. En tu misericordia y verdad, pues, te confesaré. También yo, según mis fuerzas, devuelvo estas cosas que me has dado, haciendo misericordia y verdad; misericordia al socorrer, verdad al juzgar. Con estas cosas somos ayudados por Dios, con estas cosas merecemos a Dios. Con razón, pues, "misericordia y verdad son todas las sendas del Señor". No hay otras sendas por las que venga a nosotros; no hay otras sendas por las que vayamos a Él.

6. Porque has magnificado sobre todo, tu santo nombre. ¿Qué clase de gratulación es esta, hermanos? Magnificó su santo nombre sobre Abraham. Porque Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia (Gen. XV, 6; Rom. IV, 3). Todas las demás naciones sacrificaban a los ídolos, servían a los demonios. De Abraham nació Isaac; Dios fue magnificado sobre esa casa: de ahí Jacob; Dios fue magnificado, quien dice, "Yo soy el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob" (Éxod. III, 6): de ahí los doce hijos, de ahí el pueblo de Israel liberado de Egipto, conducido por el Mar Rojo, ejercitado en el desierto, colocado en la tierra prometida tras expulsar a las naciones. El nombre del Señor fue magnificado sobre Israel.

Pero de ahí también la virgen María, de ahí el Señor Cristo, muerto por nuestros pecados, resucitando por nuestra justificación (Rom. IV, 25), llenando de fieles con el Espíritu Santo, enviando a predicar entre las naciones, "Hagan penitencia, porque el reino de los cielos se ha acercado" (Mat. III, 2): y he aquí que magnificó sobre todo, su santo nombre.

7. [vers. 3.] En cualquier día que te invoque, escúchame pronto. ¿Por qué, pronto? Porque tú dijiste, "Aún hablando tú, diré, Aquí estoy" (Isa. LVIII, 9). ¿Por qué, pronto? Porque ya no pido felicidad terrenal, he aprendido el santo deseo del nuevo testamento. No pido tierra, no fecundidad carnal, no salud temporal, no la sujeción de los enemigos, no riquezas, no honores; no pido nada de esto: por eso escúchame pronto. Porque me enseñaste qué pedir, dame lo que pido. Digamos a este: ¿Algo así pides? Escuchémonos, exprese su petición, y veamos qué pide; y aprendamos a pedir por él, para que merezcamos recibir. Viniste a la Iglesia, no sé qué ibas a pedir hoy, ¿Qué crees que viniste a pedir? Viniste con tu deseo, no sé cuál, ojalá inocente, aunque carnal. Pero quita la iniquidad, quita la carnalidad; aprende qué pedir, atiende a lo que celebras hoy. Celebras el natalicio de una santa y bienaventurada mujer, y tal vez deseas felicidad terrenal. Ella, por el santo deseo, dejó la felicidad que tenía en la tierra; dejó a sus hijos llorando y como una madre cruel dolientes, porque parecía haber perdido la misericordia humana, que se apresuraba hacia la corona divina. ¿No sabía ella lo que deseaba, lo que despreciaba? Más bien, sabía cantar ante los ángeles de Dios, y desear su compañía, una amistad santa y pura, donde ya no moriría, donde conocería al juez ante quien la mentira no podría prevalecer. ¿Qué entonces? ¿No hay bienes en esa vida? Más bien, allí solo hay bienes, no bienes mezclados con males; seguridades en las que te regocijas cuanto quieras, y nadie te dice, Modérate. Aquí, sin embargo, regocijarse en los bienes terrenales es molesto, y muy peligroso; no sea que te regocijes de tal manera que te aferres, y pereciendo mal por regocijarte. Pues, ¿por qué Dios mezcla tribulaciones con los gozos terrenales, sino para que, sintiendo la tribulación y la amargura, aprendamos a desear la dulzura eterna?

8. ¿Qué, pues, pide, veamos; con qué mérito dijo, Escúchame pronto. ¿Qué pides, para que seas escuchado pronto? Me multiplicarás. La multiplicación puede entenderse de muchas maneras. Hay una multiplicación de generación terrenal, según la primera bendición de nuestra naturaleza, que hemos oído: "Creced y multiplicaos, y llenad la tierra, y dominadla" (Gen. I, 28). ¿Así quería multiplicarse el que decía, Escúchame pronto? Y esta multiplicación ciertamente es fructuosa, y no viene sino de la bendición del Señor. ¿Qué diré ya de otras multiplicaciones? Aquel se multiplicó en oro, aquel en plata, aquel en ganado, aquel en familia, aquel en posesiones, aquel en todas estas cosas. Hay muchas multiplicaciones terrenales; pero más feliz es la de los hijos: aunque para los hombres avaros incluso esa fecundidad es molesta. Temen, en efecto, que queden pobres, los que pudieron nacer muchos. Esta preocupación ha llevado a muchos a la impiedad, para que olviden que son padres, despojados de todo afecto de humanidad, expongan a sus hijos, para hacerlos ajenos; la que dio a luz los abandona, la que no dio a luz los recoge; aquella desprecia, esta ama; aquella madre en vano por la carne, esta más verdadera por la voluntad. Pues, siendo muchas las multiplicaciones, y muchos los géneros de multiplicaciones, ¿qué multiplicación busca el que dijo, Escúchame pronto? Dice, Me multiplicarás. Esperamos oír en qué. Escucha, pues: En mi alma. No en mi carne, sino en mi alma: Me multiplicarás en mi alma. ¿Hay algo más que añadir, no sea que también la multiplicación en el alma no signifique inmediatamente felicidad? Pues también en preocupaciones los hombres se multiplican en el alma. Parece multiplicado en el alma, en quien también se multiplican los vicios. Aquel es solo avaro, aquel solo soberbio, aquel solo lujurioso; este es avaro, y soberbio, y lujurioso: se ha multiplicado en su alma, pero para su mal. Esa multiplicación es de escasez, no de abundancia. Entonces, ¿qué tú que dijiste, Escúchame pronto, y te apartaste de todo cuerpo,

de toda cosa terrenal, de todo deseo secular, para decir a Dios, Me multiplicarás en mi alma? Aún explica qué deseas, Me multiplicarás, dice, en mi alma, en virtud. Expresado el voto, expresado el deseo, cortado de toda confusión. Si dijera, Me multiplicarás; pensarías en no sé qué cosas terrenales: añadió, en mi alma. Nuevamente, para que no pensaras en vicios en el alma, añadió, en virtud. No hay nada más que desear de Dios, si quieres decir con buena y verdadera frente, Escúchame pronto.

9. [vers. 4.] Confiesen a ti, Señor, todos los reyes de la tierra. Así será, y así es, y cada día sucede; y se muestra que no se dijo en vano, sino porque iba a suceder. Confiesen a ti, Señor, todos los reyes de la tierra. Pero también ellos, cuando te confiesan, cuando te alaban, no deseen de ti cosas terrenales. ¿Qué, pues, desearán los reyes de la tierra? ¿No tienen ya el mismo imperio? Cualquier cosa más que desee el hombre en la tierra, hasta el imperio es su deseo. ¿Qué más puede? Se necesita una sublimidad más alta. Pero tal vez cuanto más alta, tanto más peligrosa. Por eso, cuanto más están los reyes en mayor sublimidad terrenal, tanto más deben humillarse ante Dios. ¿Para qué lo hacen? Porque han oído todas las palabras de tu boca. Oh Señor, todas las palabras de tu boca. No sé en qué nación estaban escondidas la Ley y los Profetas, todas las palabras de tu boca. Pero en la nación de los judíos solamente estaban todas las palabras de tu boca: a la cual nación alabando el Apóstol dice, "¿Qué ventaja tiene, pues, el judío? ¿O qué utilidad la circuncisión? Mucho en todo sentido. Primero, porque les fueron confiados los oráculos de Dios" (Rom. III, 1 y 2). Allí estaban las palabras de Dios. Pero dame a aquel Gedeón, un hombre santo en el tiempo de los Jueces; vean qué señal pidió al Señor: "Pondré", dice, "un vellón en la era; que se moje el vellón, y la era quede seca". Y así fue: el vellón solo se mojó, la era estaba seca. Pidió nuevamente una señal: "Que toda la era se moje, y solo el vellón quede seco". Y así fue: la era se mojó, con el vellón seco (Jueces VI, 36-40). Primero se mojó el vellón, la era seca; después se mojó la era, con el vellón seco. ¿Qué les parece la era, hermanos? ¿No es el orbe de la tierra? ¿Qué es el vellón? Como la nación judía en medio del orbe de la tierra, teniendo el sacramento de la gracia, no en manifestación, sino en la nube del secreto, como en el velo la lluvia en el vellón. Llegó el tiempo cuando se revelaría la lluvia en la era; se manifestó, no se ocultó. Por lo tanto, se cumplió lo que se dijo, "Confiesen a ti, Señor, todos los reyes de la tierra; porque han oído todas las palabras de tu boca". ¿Qué es, Israel, lo que escondías? ¿Hasta cuándo lo escondías? Se exprimió el vellón, y salió de ti la lluvia. Solo Cristo es la dulzura de la lluvia: solo a Él no reconoces en las Escrituras, por quien fueron hechas las Escrituras. Pero todos los reyes de la tierra confiesen a ti, Señor; porque han oído todas las palabras de tu boca.

10. [vers. 5.] Y canten en los caminos del Señor, porque grande es la gloria del Señor. Canten en los caminos del Señor los reyes de la tierra. ¿En qué caminos canten? De los que se dijo antes, "En tu misericordia y tu verdad"; porque "todas las sendas del Señor son misericordia y verdad". No sean, pues, los reyes de la tierra soberbios, sino humildes. Entonces canten en los caminos del Señor, si son humildes: amen, y cantarán. Conocemos a los viajeros cantores; cantan, y se apresuran a llegar. Hay cánticos malos como del hombre viejo; pero el cántico nuevo pertenece al hombre nuevo. Caminen, pues, también los reyes de la tierra en tus caminos, caminen y canten en tus caminos. ¿Qué canten? Porque grande es la gloria del Señor: no de los reyes.

11. [vers. 6.] Mira cómo quiso que los reyes cantaran en los caminos, llevando humildemente al Señor, no ensalzándose contra el Señor. Pues si se ensalzan, ¿qué sigue? Porque el Señor es excelso, y mira a los humildes. ¿Quieren, pues, los reyes ser mirados? Sean humildes. ¿Qué? Si se ensalzan en soberbia, ¿pueden ocultarse de sus ojos? No sea que porque oíste, "mira a los humildes", quieras ser soberbio, y digas en tu alma: Dios mira a los humildes, no me mira; haré lo que quiera. ¿Quién me ve? al hombre le oculto; Dios no quiere verme,

porque no soy humilde, pero Él mira a los humildes: hago lo que quiero. Oh imprudente, ¿dirías esto si supieras qué deberías amar? Mira, si un mayor tuyo, tu patrón, no te ve cuando lo saludas, porque está atento a otra cosa, ¿cómo te duele el alma? Pero si Dios no te ve, ¿te crees seguro? No te ve el Salvador, y te ve el depredador. Y sin embargo, Dios también te ve. No pienses que no eres visto; más bien ruega para que merezcas ser visto por quien te ve. Pues se ha dicho: "Los ojos del Señor están sobre los justos". Porque no sobre los injustos, ¿harán entonces lo que quieran los injustos? "Los ojos del Señor están sobre los justos". Sigue aún: "Y sus oídos atentos a sus oraciones". ¿No temen, pues, los injustos que se creían seguros, porque no estaban los ojos del Señor sobre ellos, porque no están también sus oídos atentos a sus oraciones? ¿No es mejor que sus ojos estén sobre nosotros, y sus oídos atentos a nuestras oraciones? Pero cuando haces lo que no quieres que los ojos del Señor vean, no mereces con tus oraciones también los oídos del Señor; y sin embargo, haciendo mal, no apartas de ti los ojos del Señor. Pues, ¿qué sigue allí? "El rostro del Señor está contra los que hacen el mal". ¿Pero para qué? "Para borrar de la tierra su memoria". ¿Ves que eres visto? ¿Ves que no puedes ocultarte? Entonces, ya que eres visto hagas lo que hagas, ¿por qué no haces aquello por lo que merezcas agradar? Entonces, ¿qué aquí? Porque grande es la gloria del Señor; porque el Señor es excelso, y mira a los humildes. Pero los excelsos como si no los mirara: "mira a los humildes". ¿Los excelsos, qué? "De lejos los conoce". ¿Qué, pues, se procura el soberbio? Que sea visto de lejos; no que no sea visto. Ni pienses que debes estar seguro porque menos bien te ve, quien te ve de lejos. Pues lo que ves de lejos, no lo ves bien: Dios, aunque te vea de lejos, te ve perfectamente, y no está contigo. Esto haces, no para que seas visto menos perfectamente; sino para que no estés con aquel que te ve. Pero, ¿qué se procura el humilde? "Cercano está el Señor a los que tienen el corazón quebrantado" (Salmo XXXIII, 16, 17, 19). Levántese, pues, el soberbio, cuanto quiera; ciertamente Dios habita en lo alto, Dios está en el cielo: ¿quieres que se acerque a ti? Humíllate. Pues tanto más alto estará de ti, cuanto más alto te eleves: "Los excelsos, sin embargo, los conoce de lejos".

12. [vers. 7.] Si camino en medio de la tribulación, me vivificarás. Es verdad: en cualquier tribulación que estés, confiesa, invoca; te libera, te vivifica. Pero sin embargo, debemos entender aquí algo mejor, para que ya más familiarmente nos unamos a Dios, y le digamos, Escúchame pronto. Pues había dicho, "Los excelsos los conoce de lejos": y los excelsos soberbios no conocen la tribulación. No conocen, digo, la tribulación de la que se dice en otro lugar, "Hallé tribulación y dolor, e invoqué el nombre del Señor" (Salmo CXIV, 3, 4). Pues, ¿qué grande es, si la tribulación te encuentra? Si puedes algo, tú encuentra la tribulación. ¿Y quién es, dices, que encuentra la tribulación? ¿O quién la buscaría? ¿Estás en medio de la tribulación, y no lo sabes? ¿Es esta vida pequeña tribulación? Si no es tribulación, no es peregrinación; pero si es peregrinación, o amas poco la patria, o sin duda te tribulas. Pues, ¿quién no se tribula, no estar con lo que desea? Pero, ¿por qué no te parece tribulación? Porque no amas. Ama la otra vida, y verás que esta vida es tribulación: por más que brille con prosperidad, por más que abunde y fluya con delicias; cuando aún no es aquel gozo sin ninguna tentación certísimo, que Dios nos guarda al final, sin duda es tribulación. Entonces, entendamos también la tribulación de esta, hermanos. Si camino en medio de la tribulación, me vivificarás. No lo dijo así, como si dijera, Si acaso me ocurre alguna tribulación, me liberarás de ella. Pero, ¿cómo? Si camino en medio de la tribulación, me vivificarás; es decir, de otra manera no me vivificarás, si no camino en medio de la tribulación. Si camino en medio de la tribulación, me vivificarás. ¡Ay de los que ríen; bienaventurados los que lloran! (Luc. VI, 21, 25): Si camino en medio de la tribulación, me vivificarás.

13. Sobre la ira de mis enemigos extendiste tu mano, y me salvó tu diestra. Que se enfurezcan los enemigos; ¿qué pueden hacer los enemigos? Quitar dinero, despojar, proscribir, enviar al

exilio, torturar con dolores y tormentos; al final, si se les permite, incluso matar: ¿acaso más? Pero tú, Señor, sobre la ira de mis enemigos extendiste tu mano: sobre lo que mis enemigos pueden hacerme, tú extendiste tu mano. Pues los enemigos no pueden separarme de ti; tú, sin embargo, vindicas más, porque aún me difieres: Sobre la ira de mis enemigos extendiste tu mano. Que se enfurezca cuanto pueda el enemigo, no me separa de Dios: pero tú, Señor, aún no me recibes, aún me desgastas en la peregrinación, aún no me ofreces tu gozo y dulzura; aún no me has embriagado con la abundancia de tu casa, y aún no me has saciado con el torrente de tu delicia. Porque contigo está el manantial de la vida, y en tu luz veremos la luz (Sal. 35, 9, 10). Pero he aquí que he dado las primicias del espíritu, y he creído en ti, y sirvo con la mente a la ley de Dios (Rom. 7, 25); sin embargo, en nosotros mismos aún gemimos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo (Id. 8, 23). Esta vida nos la dio Dios pecando, donde también es necesario que Adán sea desgastado en el sudor y trabajo de su rostro, cuando la tierra le produce cardos y espinas (Gén. 3, 18, 19). ¿Acaso algún enemigo pudo procurar más? Sobre la ira de mis enemigos extendiste tu mano: pero no hasta la desesperación. Pues sigue: Y me salvó tu diestra.

14. También puede entenderse así, sobre la ira de mis enemigos extendiste tu mano: se enfurecían los enemigos, me vengaste de los enemigos. El pecador verá y se enfurecerá, rechinará sus dientes y se consumirá (Sal. 111, 10). ¿Dónde están los que decían: Pereza el nombre de los cristianos de la tierra? Ciertamente o mueren, o se convierten. Por tanto, Sobre la ira de los enemigos extendiste tu mano, mientras se decía lo que está escrito: Mis enemigos dijeron cosas malas de mí, ¿cuándo morirá y perecerá su nombre? (Sal. 40, 6) ¿cuándo será borrado el nombre de los cristianos de la tierra? Cuando dicen estas cosas, en parte creyeron, en parte perecieron, pocos temerosos quedaron. ¡Cuánta ira de los enemigos se enfurecía, cuando se derramaba la sangre de los mártires! ¡Cómo pensaban borrar el nombre de los cristianos de la tierra! Sobre la ira de mis enemigos extendiste tu mano, y me salvó tu diestra. He aquí aquellos que perseguían a los mártires, buscan las memorias de los mártires, ya sea para adorarlas, ya sea para embriagarse; sin embargo, buscan. Sobre la ira de mis enemigos extendiste tu mano, y me salvó tu diestra. Según el deseo me salvó tu diestra. Hay una cierta salvación en la diestra; pues hay otra salvación en la siniestra: la salvación temporal y carnal, está en la siniestra; la salvación eterna con los Ángeles, está en la diestra. Por eso ya en la misma inmortalidad puesto Cristo, se dice que está sentado a la diestra de Dios (Mar. 16, 19). Pues Dios no tiene en sí mismo diestra o siniestra; pero la diestra de Dios se llama aquella felicidad, que como no puede ser mostrada a los ojos, recibió tal nombre. Con esta diestra tuya me salvaste, no según la salvación temporal. Pues Crispina fue asesinada; pero ¿acaso la abandonó Dios? No la hizo salva en la siniestra, sino en la diestra. ¡Cuántos tormentos sufrieron los Macabeos! (II Mac. 7) Tres jóvenes en medio de las llamas caminando alabaron a Dios (Dan. 3, 24). La salvación de ellos en la diestra, la de estos también en la siniestra. A veces, por tanto, no salva en la siniestra a sus santos; pero siempre salva en la diestra. A los impíos, sin embargo, a menudo los salva en la siniestra, no los salva en la diestra. Pues aquellos que perseguían a Crispina, estaban sanos en el cuerpo: ella fue asesinada, ellos viven. La salvación de ellos en la siniestra, la de ella en la diestra: Y me salvó tu diestra.

15. [vers. 8.] Señor, retribuirás por mí. Yo no retribuyo; tú retribuirás por mí. Que se enfurezcan los enemigos, cuanto quieran; tú retribuirás lo que yo no puedo. Señor, retribuirás por mí. En nuestra misma cabeza fijémonos. Pues nos dejó ejemplo, para que sigamos sus huellas. Quien no cometió pecado, ni se halló engaño en su boca: quien cuando era maldecido, no maldecía diciendo, Señor, retribuirás por mí: cuando era juzgado, no amenazaba; sino que se encomendaba a aquel que juzga justamente (I Ped. 2, 21-23). ¿Qué es, Señor, retribuirás por mí? Yo, dice, no busco mi gloria; hay quien la busque y juzgue

(Juan 8, 50). No os venguéis a vosotros mismos, amados, dice el Apóstol: sino dad lugar a la ira. Pues está escrito, Mía es la venganza, yo retribuiré, dice el Señor (Rom. 12, 19). Señor, retribuirás por mí.

16. Hay aquí otro entendimiento que no debe ser descuidado, y tal vez más elegido. Señor Cristo, retribuirás por mí. Pues si yo devuelvo, he robado; tú lo que no robaste, pagaste: Señor, retribuirás por mí. Mira a aquel retribuyendo por nosotros. Vinieron los que exigían tributo; exigían el tributo de dos dracmas, es decir, dos dracmas por una persona: se llegó al Señor, para que pagara el tributo; más bien no a él, sino a los discípulos; y se les dijo: ¿Vuestro Maestro no paga el tributo? Ellos lo refirieron a él. Y él: ¿Los reyes de la tierra de quién exigen tributo? ¿de sus hijos, o de los extraños? Respondieron: De los extraños. Entonces, dice, los hijos son libres. Pero sin embargo, para no escandalizarlos, dice a Pedro, ve, lanza el anzuelo al mar, y el primer pez que suba, abre su boca, y encontrarás un estatero; es decir, dos didracmas. El estatero es un tipo de peso, que tiene cuatro dracmas. Lo encontrarás allí; dáselo por mí y por ti (Mat. 17, 23-26). Señor, retribuirás por mí. Con razón tenemos al primer pez capturado con el anzuelo, atrapado con el anzuelo; el primero que surge del mar, el primogénito de los muertos. En su boca encontramos dos didracmas, es decir, cuatro dracmas: en su boca encontramos los cuatro Evangelios. Con estas cuatro dracmas nos liberamos de la exacción de este siglo; por los cuatro Evangelios no quedaremos deudores: pues allí se perdonan todos nuestros pecados. Retribuye, por tanto, por nosotros: gracias a su misericordia. No debía nada; no pagó por sí mismo, sino que pagó por nosotros. He aquí, dice, viene el príncipe de este mundo, y en mí no encontrará nada. ¿Qué es, en mí no encontrará nada? No encontrará pecado en mí; no tiene por qué matarme. Pero para que todos sepan, dice, que hago la voluntad de mi Padre, levantaos, vámonos de aquí (Juan 14, 30, 31). ¿Qué es, levantaos, vámonos de aquí? Es decir, no por necesidad, sino por voluntad sufro, pagando lo que no debo: Señor, retribuirás por mí.

17. Señor, tu misericordia es eterna. ¿Qué deseo? No el día de los hombres. No trabajé siguiéndote, Señor, y no deseé el día de los hombres; tú lo sabes (Jer. 17, 16). He aquí que la santa mártir Crispina si deseara el día de los hombres, negaría a Cristo: Viviría más aquí, pero no viviría eternamente. Prefirió vivir eternamente, que vivir un poco más temporalmente. Por tanto, Señor, tu misericordia es eterna; no quiero ser liberado por un tiempo. Tu misericordia es eterna, con la que liberaste a los mártires, y así rápidamente los sacaste de esta vida. Señor, tu misericordia es eterna.

18. No desprecies las obras de tus manos. No digo, Señor, No desprecies las obras de mis manos; no me jacto de mis obras. Busqué al Señor con mis manos de noche ante él, y no fui engañado (Sal. 76, 3); pero sin embargo no encomiendo las obras de mis manos: temo que cuando mires, encuentres más pecados que méritos. Esto solo ruego, esto digo, esto deseo obtener: No desprecies las obras de tus manos. Ve en mí tu obra, no la mía; pues si ves la mía, condenas; si ves la tuya, coronas. Porque incluso cualesquiera que sean mis buenas obras, de ti las tengo, y por eso son más tuyas que mías. Pues escucho de tu Apóstol: Por gracia sois salvos por la fe, y esto no de vosotros, sino que es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras (Efes. 2, 8-10). Por tanto, ya sea en lo que somos hombres, ya sea en lo que de nuestra impiedad hemos sido cambiados y justificados, Señor, no desprecies las obras de tus manos.

EN EL SALMO 138 EXPLICACIÓN.

SERMON A LA GENTE.

1. Habíamos preparado un salmo breve, que habíamos mandado cantar al Lector; pero en el momento, al parecer, perturbado, leyó otro en lugar del que era. Preferimos seguir en el error del Lector la voluntad de Dios, que la nuestra en nuestro propósito. Si, por tanto, os hemos retenido un tiempo en su extensión, no nos lo imputéis; sino creed que Dios quiso que no trabajáramos en vano. Pues no en vano en nuestro primer pecado recibimos la pena de comer el pan con el sudor de nuestro rostro (Gén. 3, 19). Solo si es pan, prestad atención. Pero es pan, si es Cristo: Yo soy, dice, el pan vivo que descendió del cielo (Juan 6, 41). A quien tenemos manifestado en el Evangelio, busquémoslo también en los Profetas. No lo ven allí aquellos sobre cuyo corazón aún está puesto el velo (II Cor. 3, 14), de lo cual oyó vuestra Caridad ayer. Pero a nosotros, porque el sacrificio vespertino de la cruz del Señor rasgó el velo (Mat. 27, 51), para que ya se abran los secretos del templo; mientras se nos predica Cristo, aunque con trabajo y sudor, debe comerse el pan.

2. Habla, sin embargo, nuestro Señor Jesucristo en los Profetas a veces desde la persona de nuestra cabeza, que es él mismo Cristo salvador, sentado a la diestra del Padre; quien también por nosotros nació de una virgen, y bajo Poncio Pilato, lo que sabéis, padeció; derramando su sangre inocente, que es nuestro precio, redimió a los culpables de la cautividad, en la que éramos retenidos por el diablo, perdonándonos los delitos, y con su misma sangre, nuestro precio, borrando el documento por el cual éramos deudores (Col. 2, 13, 14). Él es el rector y esposo y redentor de la Iglesia, nuestra cabeza. Y ciertamente si es cabeza, tiene cuerpo. Su cuerpo es la santa Iglesia, que también es su esposa; a la que dice el Apóstol, Vosotros sois el cuerpo de Cristo y miembros (I Cor. 12, 27). Así pues, todo Cristo cabeza y cuerpo, como un hombre entero: porque también la mujer fue hecha del hombre, y pertenece al hombre; y se dijo del primer matrimonio, Serán dos en una sola carne (Gén. 2, 24). Pero esto el Apóstol lo interpreta como un misterio no dicho en vano de esos dos hombres, sino porque en ellos ya se figuraba a Cristo y la Iglesia. Pues así lo expone el Apóstol: Serán dos en una carne, dice, este sacramento es grande; pero yo digo, en Cristo y la Iglesia (Efes. 5, 31 y 32). También dice que el mismo Adán es figura del futuro: Que es, dice, figura del futuro (Rom. 5, 14). Si, por tanto, Adán es figura del futuro; como del costado del durmiente fue hecha Eva (Gén. 2, 21, 22), así del costado del Señor durmiente, es decir, muriendo en la pasión, y en la cruz herido por la lanza (Juan 19, 34), manaron los Sacramentos, con los que se formaría la Iglesia. Pues de su futura pasión así dice en otro salmo: Yo dormí, y tomé sueño; y me levanté, porque el Señor me sostendrá (Sal. 3, 6). Por tanto, el sueño se entiende como la pasión. Eva del costado del durmiente, la Iglesia del costado del paciente. Habla, por tanto, nuestro Señor Jesucristo en los Profetas a veces con su propia voz, a veces con nuestra voz, porque se hace uno con nosotros; como se dijo, Serán dos en una sola carne. Por eso dice el mismo Señor en el Evangelio, cuando hablaba del matrimonio: Por tanto, ya no son dos, sino una sola carne (Mat. 19, 6). Una sola carne, porque de nuestra mortalidad tomó carne: pero no una sola divinidad; porque él es Creador, nosotros criatura. Todo lo que, por tanto, el Señor habla desde la persona de la carne asumida, pertenece tanto a aquella cabeza que ya ascendió al cielo, como a estos miembros que aún en la peregrinación terrena trabajan: por estos miembros laboriosos, cuando Saulo los perseguía, clamó desde el cielo, Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? (Hech. 9, 4) Escuchemos, por tanto, al Señor Jesucristo hablando en la profecía. Pues estos Salmos fueron cantados mucho antes de que el Señor naciera de María, no antes de que el Señor existiera: siempre Creador de todo; alguna vez también nacido de la criatura. Creemos en aquella divinidad, y cuanto podamos, entendamos igual al Padre. Pero aquella divinidad igual al Padre, se hizo partícipe de nuestra mortalidad, no de lo suyo, sino de lo nuestro; para que también nosotros fuéramos hechos partícipes de su divinidad, no de lo nuestro, sino de lo suyo.

3. [vers. 1.] Señor, me has probado, y me has conocido. Diga esto el mismo Señor Jesucristo, dígalo él mismo, Señor, al Padre. Pues no es Señor suyo el Padre, sino porque se dignó nacer según la carne. Padre es de Dios, Señor del hombre. ¿Quieres saber de quién es Padre? Del Hijo igual a él. El Apóstol dice: Quien siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse. A esta forma es Padre Dios, a la forma igual a él, al Hijo unigénito nacido de su sustancia. Pero por nosotros, para que fuéramos restaurados, y hechos partícipes de su divinidad, renovados a la vida eterna, porque él, como dije, se hizo partícipe de nuestra mortalidad; ¿qué dice de él el Apóstol allí, donde había dicho, Quien siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse? Sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo; hecho a semejanza de los hombres, y hallado en condición como hombre (Filip. 2, 6, 7). Pero estaba en forma de Dios igual al Padre; y tomó forma de siervo, por la cual era menor que el Padre. Por eso dice ambas cosas en el Evangelio, y, Yo y el Padre somos uno (Juan 10, 30); y, Porque el Padre es mayor que yo (Id. 14, 28). Yo y el Padre somos uno, según la forma de Dios; El Padre es mayor que yo, según la forma de siervo. Por tanto, porque es tanto Padre como Señor, Padre de la forma de Dios, Señor de la forma de siervo; diga, por tanto, él mismo, y no nos asombremos, ni nos escandalicemos, porque el Hijo único de Dios dice: Señor, me has probado, y me has conocido. Probaste, y conociste: no porque no conociera, sino porque lo hizo conocido a otros. Me has probado, dice, y me has conocido.

4. [vers. 2.] Tú conociste mi sesión y mi resurrección. ¿Qué es aquí sesión? ¿qué es aquí resurrección? Quien se sienta, se humilla. Se sentó, por tanto, el Señor en la pasión, se levantó en la resurrección. Tú, dice, esto conociste: es decir, tú quisiste, tú aprobaste; según tu voluntad se hizo. Pero si quieres tomar la voz de la cabeza desde la persona del cuerpo, digamos también nosotros, Tú conociste mi sesión y mi resurrección. Pues el hombre se sienta, cuando se humilla en penitencia; pero se levanta con los pecados perdonados, cuando se erige en la esperanza de la vida eterna. Por eso también en otro salmo se dice: Levantaos después de haberos sentado, los que coméis el pan del dolor (Sal. 126, 2). El pan del dolor lo comen los penitentes, que cantan en otro salmo, y dicen: Mis lágrimas se me han convertido en pan de día y de noche (Sal. 41, 4). ¿Qué es, por tanto, Levantaos después de haberos sentado? No os exaltéis, si no os habéis humillado. Pues muchos quieren levantarse, antes de haberse sentado; quieren parecer justos, antes de haber confesado ser pecadores. Por tanto, si desde la persona de nuestra cabeza lo tomas, así entiende: Tú conociste mi sesión y mi resurrección, mi pasión y mi resurrección. Si desde la persona del cuerpo: Tú conociste mi sesión y mi resurrección; ante tus ojos confesé mis pecados, y por tu gracia fui justificado.

5. [vers. 3.] Has comprendido mis pensamientos desde lejos: has escudriñado mi camino y mi senda, y has previsto todos mis caminos. ¿Qué significa, desde lejos? Cuando aún estoy en peregrinación, antes de llegar a aquella patria, tú conociste mi pensamiento. Observa al hijo menor; porque él también se convirtió en el cuerpo de Cristo, la Iglesia que viene de los gentiles. En efecto, el hijo menor había ido a un país lejano. Un padre de familia tenía dos hijos: el mayor no había ido lejos, sino que trabajaba en el campo, y representa a los santos que cumplen las obras y los preceptos de la Ley. Pero la humanidad que se había desviado hacia la idolatría había peregrinado en un país lejano. ¿Qué está más lejos de aquel que te hizo, que la imagen que tú mismo te has hecho? Así que el hijo menor partió hacia una región lejana, llevando consigo su herencia, y como sabemos en el Evangelio, la desperdició viviendo prodigiosamente con prostitutas; y sufriendo hambre, se unió a un príncipe de aquella región; y este lo puso a cuidar cerdos, de cuyas algarrobas deseaba llenarse, pero no podía. Después del trabajo, la trilla, la tribulación y la pobreza, recordó a su padre y quiso regresar; y así dijo: Me levantaré e iré a mi padre. Me levantaré, dijo; pues estaba sentado.

Reconoce aquí su voz diciendo: Tú conociste mi sentada y mi levantada. Me senté en la pobreza, me levanté con el deseo de tu pan. Has comprendido mis pensamientos desde lejos. Pues había partido lejos; pero, ¿dónde no está aquel a quien había abandonado? Has comprendido mis pensamientos desde lejos. Por eso dice el Señor en el Evangelio, que el padre corrió a su encuentro cuando venía (Luc. XV, 11-20). Verdaderamente, porque había comprendido sus pensamientos desde lejos. Has escudriñado mi camino y mi senda. Mi camino, dice: ¿cuál, sino el malo, que él había recorrido para abandonar a su padre, como si pudiera estar oculto a los ojos del que castiga; o acaso en aquella pobreza se hubiera quebrantado, o hubiera sido puesto a cuidar cerdos, si el padre no hubiera querido castigar al lejano para recibir al cercano? Así que, como un fugitivo descubierto, seguido por la legítima venganza de Dios, que castiga nuestras afecciones, dondequiera que vayamos y hasta donde hayamos llegado; así que, como un fugitivo descubierto, habla: Has escudriñado mi camino y mi senda. ¿Qué es, mi camino? Por donde partí. ¿Qué es, mi senda? Hasta donde llegué. Has escudriñado mi camino y mi senda. Mi senda lejana no estaba lejos de tus ojos: mucho había caminado, y tú estabas allí. Has escudriñado mi camino y mi senda.

6. [vers. 4.] Y has previsto todos mis caminos. No dijo, has visto; sino, has previsto. Antes de que los recorriera, antes de que los caminara, los has previsto; y me permitiste ir por mis caminos en el trabajo, para que si no quisiera trabajar, regresara a tus caminos. Porque no hay engaño en mi lengua. ¿Por qué dijo esto? Porque aquí confieso ante ti; caminé por mi camino, me alejé de ti; me aparté de ti, con quien estaba bien, y sin ti, mi bien me fue mal. Pues si me hubiera ido bien sin ti, tal vez no hubiera querido regresar a ti. Así que este confesando sus pecados, diciendo que el cuerpo de Cristo ha sido justificado, no en sí mismo, sino en la gracia de aquel, dijo: No hay engaño en mi lengua.

7. [vers. 5.] He aquí, Señor, conociste todas las cosas nuevas y antiguas. Conociste mis cosas nuevas, cuando cuidaba cerdos; conociste mis cosas antiguas, cuando te pedí la parte de mi herencia. Las cosas antiguas fueron para mí el comienzo de los males recientes. El pecado antiguo, cuando caímos; el castigo reciente, cuando llegamos a esta mortalidad laboriosa y peligrosa. Y ojalá esto sea lo último para nosotros. Esto será lo último, si ya queremos regresar. Porque hay otro último para algunos impíos, a quienes se les dirá: Id al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles (Mat. XXV, 41). Pero nosotros, hermanos, hasta ahora hemos abandonado a Dios: hasta esta vida mortal, que sea suficiente nuestro trabajo. Recordemos el pan de nuestro Padre, recordemos la bienaventuranza de la casa de nuestro padre; que no nos deleiten las algarrobas de los cerdos, las doctrinas de los demonios. He aquí, Señor, conociste todas las cosas nuevas y antiguas: las nuevas, a donde llegué; las antiguas, donde te ofendí. Tú me formaste, y pusiste tu mano sobre mí. Me formaste: ¿dónde? En esta mortalidad; ya para los trabajos, para los cuales todos hemos nacido. Pues nadie nace, sino aquel a quien Dios ha formado en el vientre de su madre; ni hay criatura alguna de la cual él no sea el creador. Pero me formaste en este trabajo: y pusiste tu mano sobre mí; una mano vengadora, que pesa sobre el soberbio. Así que, de manera saludable, humilló al altivo, para levantar al humilde. Tú me formaste, y pusiste tu mano sobre mí.

8. [vers. 6]. Admirable es tu conocimiento de mí: ha prevalecido; no puedo alcanzarlo. Algo que es oscuro, pero que se entiende con no poca dulzura, escuchen con atención. Moisés, el santo siervo de Dios, con quien Dios hablaba a través de la nube, porque temporalmente hablaba, por supuesto, a través de una criatura asumida, hablaba con su siervo; es decir, no a través de su sustancia, sino a través de alguna criatura corporal asumida, por la cual se hicieran aquellas voces, y resonaran en oídos humanos y mortales (Así hablaba entonces Dios, no como habla en su sustancia. ¿Cómo habla en su sustancia? La locución de Dios es el Verbo de Dios; el Verbo de Dios es Cristo: ese Verbo no suena y pasa, sino que siempre

permanece inmutablemente el Verbo, por el cual fueron hechas todas las cosas [Juan I, 3]. A ese Verbo se le dice (pues es también la Sabiduría de Dios); Cambiarás ellas, y cambiarán; pero tú eres el mismo [Sal. CI, 27, 28]: y en otro lugar, cuando la Escritura hablaba de la Sabiduría: Permaneciendo en sí misma, dice, renueva todas las cosas [Sab. VII, 27]. Esa Sabiduría, por lo tanto, permaneciendo (si debe decirse permaneciendo: se dice, sin embargo, por la inmutabilidad, no por la inmovilidad) y manteniéndose siempre de la misma manera, no variada en ningún lugar, en ningún tiempo, nunca de otra manera que aquí o allí, nunca de otra manera que ahora o antes, esa es la locución de Dios. Pero aquella locución que se hacía a Moisés, se hacía al hombre a través de sílabas, a través de sonidos pasajeros. Sin embargo, estas cosas no se harían, si Dios no asumiera tal criatura, por la cual emitiera tal discurso y voces): Moisés, el santo, sabía que esa locución de Dios se hacía a través de ciertas criaturas corporales asumidas; y deseó y anheló ver la misma esencia de Dios, y al Dios que hablaba con él le dijo: Si he hallado gracia ante ti, muéstrame a ti mismo. Cuando deseaba esto vehementemente, y quería extorsionar, por así decirlo, a Dios con una cierta familiaridad amistosa, con la que él mismo se dignó, para ver su majestad y rostro, como se puede decir el rostro de Dios; le dijo: No puedes ver mi rostro: porque nadie ha visto mi rostro, y ha vivido. Pero te pondré en la hendidura de la roca, y pasaré, y pondré mi mano sobre ti; y cuando haya pasado, verás mis espaldas (Éxodo XXXIII, 9-23). Y de estas palabras nació otro enigma, es decir, una figura oscura de las cosas. Cuando haya pasado, verás mis espaldas, dice Dios; como si de un lado tuviera rostro, y del otro espalda. Lejos de nosotros pensar algo así de esa Majestad. Pues quien piensa esto de Dios, ¿de qué le sirve que los templos estén cerrados? Fabrica un ídolo en su corazón. Hay, por lo tanto, grandes misterios en esas palabras. El Señor hablaba, como dije, a través de una criatura, como quería con su siervo. Se entendió allí la persona de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Quien, según la forma de Dios, en la cual es igual al Padre, es igualmente invisible a los ojos humanos, como también el Padre. Pues si la sabiduría humana no puede ser vista por los ojos, ¿puede la Virtud y Sabiduría de Dios ser vista por los ojos carnales? Pero porque el Señor iba a asumir carne en el tiempo oportuno, para aparecer también a los ojos carnales por la salud de curar la mente interior, cuando fuera necesario aparecer así; prediciendo esto a Moisés figuradamente dijo, No puedes ver mi rostro; verás mis espaldas, pero cuando haya pasado: para que no veas mi rostro, mi mano estará sobre ti. ¿Qué fue pasar para el Señor, sino lo que dice el evangelista, Cuando llegó la hora de que Jesús pasara de este mundo al Padre (Juan XIII, 1)? Pues ese paso significa la Pascua. Porque lo que se dice en hebreo Pascua, se interpreta en latín como Paso. ¿Qué significa, No verás mi rostro, pero verás mis espaldas? ¿De quién era la persona que representaba Moisés, cuando se le dijo, No verás mi rostro, pero verás mis espaldas, y esto cuando haya pasado: para que no veas mi rostro, pondré mi mano sobre ti? ¿Llamó su rostro, su primera parte? y de alguna manera sus espaldas, su paso de este mundo en su pasión. Apareció a los judíos; no lo reconocieron. Moisés representaba su persona, cuando se le decía, No puedes ver mi rostro. ¿Por qué no vieron a Dios en carne? Porque la mano del Señor pesaba sobre ellos. Pues Isaías había dicho de ellos, Engruesa el corazón de este pueblo, y sus ojos pesa (Isaías VI, 10): y su voz está en otro salmo, Porque tu mano pesaba sobre mí (Sal. XXXI, 4). Para que no reconocieran entonces la divinidad de Cristo (pues si lo hubieran reconocido, nunca habrían crucificado al Señor de la gloria [I Cor. II, 8]: pero si el Señor no hubiera sido crucificado, su sangre no habría redimido al mundo), ¿qué hizo Dios, sino lo que dice el Apóstol, la profundidad de las riquezas de la sabiduría y el conocimiento de Dios, donde exclama: ¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y el conocimiento de Dios! ¡Cuán incomprensibles son sus juicios, e inescrutables sus caminos! ¿Quién conoció la mente del Señor? ¿O quién fue su consejero? ¿O quién le dio primero, para que se le retribuya? Porque de él, y por él, y en él son todas las cosas; a él sea la gloria por los siglos de los siglos. El Apóstol dice esto; porque había dicho antes: La ceguera en parte ha acontecido

a Israel, hasta que la plenitud de los gentiles haya entrado, y así todo Israel será salvo (Rom. XI, 33-36, 25, 26). Por lo tanto, los judíos fueron cegados en parte, merecidamente por su soberbia, porque se decían justos; y cegados crucificaron al Señor. Puso su mano sobre ellos, para que no lo vieran, hasta que pasara, es decir, de este mundo al Padre. Veamos si después de que pasó, vieron sus espaldas. El Señor resucitó, apareció a sus discípulos (Juan XX, XXI) y a todos los que ya creían en él; no a aquellos por quienes había sido crucificado, porque había puesto su mano sobre ellos, hasta que pasara. Pero ascendió al cielo, después de haber estado cuarenta días con sus discípulos. Cumplido el día de Pentecostés, les envió el Espíritu Santo. Llenos del Espíritu Santo, comenzaron a hablar en todas las lenguas, quienes habían nacido en una sola, y solo habían aprendido una. Se asombraron y se horrorizaron de tal milagro, miles de aquellos que habían crucificado al Señor: compungidos de corazón por tal milagro, buscaron consejo de los Apóstoles, qué hacer, después de que se les predicó a Cristo, maravillándose de cómo hombres iletrados hablaban en todas las lenguas. Por lo tanto, anunciado Cristo por el apóstol Pedro, a quienes en la cruz habían despreciado, a quienes como hombre mortal habían ridiculizado; a quien por eso insultaban, porque no descendía de la cruz, cuando ciertamente fue mucho mayor lo que hizo, resucitar del sepulcro, que descender de la cruz: anunciado, por lo tanto, Cristo a ellos, dijeron, ¿Qué haremos? Aquellos que se habían enfurecido contra el Señor, a quien veían, ya buscan consejo de salvación; y se les dijo: Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de nuestro Señor Jesucristo; y se os perdonarán vuestros pecados (Hechos I, II). He aquí, vieron sus espaldas, a quien no pudieron ver su rostro. Pues su mano estaba sobre sus ojos; no siempre, sino hasta que pasara. Después de que pasó, quitó su mano de sus ojos: quitada la mano de sus ojos, dicen a los discípulos, ¿Qué haremos? Primero furiosos, luego piadosos; primero iracundos, luego temerosos; primero duros, luego flexibles; primero ciegos, luego iluminados.

9. Creo que reconocemos también en este salmo voces de este tipo de los gentiles recordando su infidelidad. Porque Dios encerró a todos en la infidelidad, para tener misericordia de todos (Rom. XI, 32). Tú me formaste, y pusiste tu mano sobre mí. Admirable es tu conocimiento de mí: ha prevalecido; no puedo alcanzarlo. Como si dijera, pusiste tu mano sobre mí: me has hecho maravilloso; no te comprendo con quien estaba. ¡Cuán fácil me era el rostro del padre, cuando dije, Dame mi herencia, que me corresponde. He aquí, partí a una región lejana y, consumido por el hambre (Luc. XV, 12-17), es mucho para mí, y es un trabajo ante mí; no puedo alcanzar lo que dejé. Admirable es, dice, tu conocimiento de mí. De mi pecado se ha hecho que me sea admirable, e incomprensible para mí. Pues me era fácil contemplarte, cuando no te había dejado por soberbia. Admirable es tu conocimiento de mí: ha prevalecido; no puedo alcanzarlo: pero se entiende, de mí. No puedo alcanzarlo de mí. Entonces, cuando pueda, no podré sino de ti.

10. [vers. 7.] He aquí, encuentras que el fugitivo en la lejanía no puede ocultarse de los ojos de aquel de quien huyó. ¿Y a dónde irá ahora, cuyo límite ha sido investigado? Vean lo que dice: ¿A dónde iré de tu Espíritu? Porque el Espíritu del Señor ha llenado el mundo (Sab. I, 7): ¿quién puede huir en el mundo de ese Espíritu, con el que el mundo está lleno? ¿A dónde iré de tu Espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu rostro? Busca un lugar donde huir de la ira de Dios. ¿Quién es el lugar que recibirá al fugitivo de Dios? Los hombres que reciben a los fugitivos, les preguntan de quién han huido; y al siervo de algún amo menos poderoso que encuentren, lo reciben sin temor, diciendo en su corazón: No tiene este tal amo que pueda investigarlo. Pero cuando oyen de un amo poderoso, o no lo reciben, o lo reciben con gran temor: porque incluso un hombre poderoso puede ser engañado. ¿Dónde no está Dios? ¿Quién engaña a Dios? ¿A quién no ve Dios? ¿De quién no reclama Dios a su fugitivo? ¿A dónde, pues, irá el

fugitivo de la presencia de Dios? Se vuelve aquí y allá, como buscando un lugar para su huida.

11. [vers. 8.] Si subo, dice, al cielo, allí estás; si bajo al infierno, allí estás. Finalmente reconociste, mal fugitivo, que de ninguna manera puedes estar lejos de aquel de quien quisiste alejarte. He aquí, él está en todas partes: tú, ¿a dónde irás? Encontró un consejo, y esto inspirado por aquel que ya se digna a llamarlo de regreso. Si subo al cielo, allí estás; si bajo al infierno, allí estás. Si me elevo, te encuentro como represor; si me escondo, te encuentro como inquisidor; y no solo como inquisidor, sino también como investigador. Pues si me enorgullezco de mi justicia, allí estás, cuya justicia es verdadera. Si pecando llego al abismo de los males, y desprecio confesar (Prov. XVIII, 3), diciendo, ¿Quién me ve? (Eclo. XXIII, 25) ¿quién confesará en el infierno? (Sal. VI, 6) también allí estás, para vengar. ¿A dónde, pues, iré, para huir de tu rostro, es decir, no sentirte enojado?

12. [vers. 9.] Encontró este consejo: Así huiré, dice, de tu rostro, así huiré de tu Espíritu; del Espíritu vengador, del rostro vengador, así huiré. ¿Cómo? Si tomo mis alas en dirección recta, y habito en los confines del mar: así puedo huir de tu rostro. Si en los confines del mar quiere huir de la presencia de Dios, ¿no estará allí aquel de quien huye, de quien dijo, Si bajo al infierno, allí estás? Es extraño si en los confines del mar no está, quien tampoco falta en los infiernos. Pero sé, dice, cómo huir de tu ira. Deben tomarse las alas no en lo torcido, sino en lo recto, para no elevarme en presunción soberbia, ni hundirme en desesperación perdida. ¿Qué alas quiere tomar, sino dos alas, dos preceptos de caridad? En estos dos preceptos pende toda la Ley y los Profetas (Mat. XXII, 40). Estas, dice, alas, estas plumas si las tomo así, y habito en los confines del mar, puedo huir de tu rostro hacia tu rostro, del rostro enojado al rostro apaciguado. ¿Qué es el confín del mar, sino el fin del mundo? Allí ya volemos con esperanza y deseo, teniendo las alas de la doble caridad: no tengamos descanso, sino en el confín del mar. Pues si queremos descanso en otro lugar, en el mar nos precipitaremos. Volemos hasta que el mar termine, suspendámonos con las alas de la doble devoción: volemos a Dios mientras tanto con esperanza, y premeditemos con esperanza fiel ese fin del mar.

13. [vers. 10.] ¿Quién nos guiará? Prestad atención: aquel mismo de cuyo rostro airado queremos huir. ¿Qué sigue? Si descendiere al infierno, allí estás. Si tomare mis alas al amanecer. Tomaré, dice: por lo tanto, las había perdido. Si tomare mis alas al amanecer y habitare en el extremo del mar. Aun allí tu mano me guiará, y me sostendrá tu diestra. Meditemos esto, hermanos amadísimos; que esta sea nuestra esperanza, que esta sea nuestra consolación. Recuperemos las alas por la caridad, que perdimos por la codicia. La codicia se ha convertido en el lazo de nuestras alas; nos ha expulsado de la libertad de nuestro aire, es decir, de aquellas auras libres del Espíritu de Dios. De allí expulsados, perdimos las alas y fuimos de alguna manera capturados bajo el poder del cazador: de allí nos redimió con su sangre, a quien huimos para ser capturados. Nos nutre las alas con sus preceptos; las levantamos ya sin lazo. No amemos el mar, sino volemos al extremo del mar. Que nadie tema; pero que nadie presuma de sus alas: porque incluso con alas, si Él no las levanta, si Él no nos guía, caeremos en las profundidades del mar, cansados y fatigados, como si presumiéramos de nuestras fuerzas. Es necesario, por tanto, que tengamos alas, y es necesario que Él nos guíe; porque Él es nuestro ayudador. Tenemos libre albedrío; pero con ese mismo libre albedrío, ¿cuánto podemos, si no nos ayuda aquel que manda? Aun allí tu mano me guiará, y me sostendrá tu diestra.

14. [vers. 11.] Y considerando la longitud del camino, ¿qué se dijo a sí mismo? Y dije, Tal vez las tinieblas me aplastarán. He aquí que ya he creído en Cristo, ya me levanto con las dos alas de la caridad gemela, y abunda la iniquidad de este siglo; y porque abundó la iniquidad, se enfriará la caridad de muchos. Así dijo el Señor: Porque abundará la iniquidad, se enfriará la caridad de muchos. En esta vida, entre tantos escándalos, entre tantos pecados, entre tantas turbas de tentaciones diarias, de malas sugestiones diarias, ¿qué hago, dice? ¿Cómo llegaré al extremo del mar? Escucho terriblemente del Señor, Porque abundará la iniquidad, se enfriará la caridad de muchos: luego añadió, El que persevere hasta el fin, éste será salvo (Mat. XXIV, 12, 13). Considerando la longitud del camino, me dije, Tal vez las tinieblas me aplastarán. Y la noche será luz en mis delicias. La noche se ha convertido en luz para mí: porque en la noche desesperaba de poder atravesar tanto mar, y superar tanto camino, y llegar al extremo perseverando hasta el fin. Gracias a aquel que me buscó fugitivo, que golpeó mi espalda con el azote, que llamándome, me revocó de la perdición, que hizo para mí la noche iluminada. Porque es de noche mientras se vive esta vida. ¿Cómo es la noche iluminada? Porque Cristo descendió a la noche. Cristo tomó carne de este mundo, y nos iluminó la noche. La mujer había perdido la dracma; encendió la lámpara (Luc. XV, 8). La sabiduría de Dios había perdido la dracma. ¿Qué es la dracma? Una moneda, en la cual estaba la imagen de nuestro Emperador. Porque el hombre fue hecho a imagen de Dios (Gen. I, 27), y se había perdido. ¿Y qué hizo la mujer sabia? Encendió la lámpara. La lámpara es de barro, pero tiene luz para encontrar la dracma. La lámpara de la sabiduría, la carne de Cristo, fue hecha de barro; pero brilla con su Verbo, encuentra a los perdidos. Y la noche será luz en mis delicias: la noche se ha convertido en delicias para mí. Nuestras delicias son Cristo. Ved cómo ahora nos alegramos de Él. Estos clamores vuestros, estas alegrías vuestras, ¿de dónde son, sino de las delicias? ¿Y de dónde estas delicias, sino porque la noche ha sido iluminada, sino porque Cristo el Señor nos es predicado? Porque os buscó antes de que lo buscarais, y os encontró para que lo encontrarais. Y la noche será luz en mis delicias.

15. [vers. 12.] Porque las tinieblas no serán oscuras para ti. Tú, por tanto, no oscurezcas tus tinieblas; y Dios no las oscurece, sino que más bien las ilumina: porque a Él se le dijo en otro salmo, Tú iluminarás mi lámpara, Señor; mi Dios, iluminarás mis tinieblas (Sal. XVII, 29). ¿Quiénes oscurecen sus tinieblas, que Dios no oscurece? Los hombres malos, los hombres perversos: cuando pecan, ciertamente son tinieblas; mientras no confiesan los pecados que han cometido, sino que además los defienden, oscurecen sus tinieblas. Así que si ya has pecado, estás en tinieblas: pero confesando tus tinieblas, merecerás que tus tinieblas sean iluminadas; pero defendiendo tus tinieblas, oscureces tus tinieblas. ¿Y cuándo escaparás de las dobles tinieblas, tú que en las simples ya sufrías? ¿De dónde el Señor no oscurece nuestras tinieblas? Porque no nos permite tener pecados impunes: nos azota en estos trabajos, y nos instruye. Toda esta miseria del género humano en la que gime el mundo, sabed, hermanos, que es un dolor medicinal, no una sentencia penal. Veis que hay dolor en todas partes, en todas partes miedo, en todas partes necesidad, en todas partes trabajos. Crece la avaricia, pero en los males. Si para esto Dios nos saca aquí con tales azotes, para que nuestras tinieblas no sean oscurecidas; reconozcamos que estamos bajo la pena del azote, y bendigamos a Dios que mezcla amarguras con la dulzura de la vida temporal, para que no cegados por el deleite de las delicias temporales, no deseemos las delicias eternas, ni queramos terminar el mar y habitar en el extremo del mar. Que los oleajes del mar sean feroces; cuanto más feroces sean los oleajes del mar, tanto más se suspende la paloma con sus alas. Por tanto, Dios no oscurece nuestras tinieblas; porque mezcla azotes con nuestros pecados, y amarguras con nuestras dulces perversiones. No oscurezcamos nuestras tinieblas defendiendo nuestros pecados; y la noche será luz en nuestras delicias. Porque las tinieblas no serán oscuras para ti.

16. Y la noche será iluminada como el día. La noche como el día: el día para nosotros es la prosperidad del siglo, la noche para nosotros es la adversidad del siglo: pero si reconocemos que por el mérito de nuestros pecados sufrimos adversidades, y nos son dulces los azotes del Padre, para que no sea amarga la sentencia del juez; así tendremos las tinieblas de esta noche, como la luz de esta noche. Si es noche, ¿cómo hay luz allí? Es noche, porque aquí se yerra por el género humano: es noche, porque aún no hemos llegado a aquel día, que no es limitado por el ayer y el mañana; sino que es un día perpetuo, sin amanecer, porque sin ocaso. Es noche, por tanto, aquí; pero esta noche tiene una cierta luz, y sus tinieblas. Ya hemos dicho por qué es generalmente noche: ¿cuál es la luz de esta noche? La prosperidad y felicidad de este siglo, el gozo temporal, el honor temporal, es como la luz de esta noche. La adversidad y amargura de las tribulaciones o la ignominia, son como las tinieblas de esta noche. En esta noche, en esta mortalidad de la vida humana, los hombres tienen luz, los hombres tienen tinieblas; luz la prosperidad, tinieblas la adversidad. Pero cuando venga Cristo el Señor, y habite en el alma por la fe, y prometa otra luz, e inspire y otorgue paciencia, y advierta al hombre que no se deleite en las cosas prósperas, para que no se quiebre en las adversas; el hombre fiel comienza a usar indiferentemente de este mundo, ni se exalta cuando suceden cosas prósperas, ni se quiebra cuando son adversas, sino que en todo lugar bendice al Señor; no solo cuando abunda, sino también cuando pierde; no solo cuando está sano, sino también cuando enferma; para que en él esté ese verdadero canto: Bendeciré al Señor en todo tiempo; su alabanza estará siempre en mi boca (Sal. XXXIII, 2). Si, por tanto, siempre, tanto cuando esta noche brilla, como cuando esta noche está oscura; cuando la prosperidad sonríe, cuando la adversidad es triste, que su alabanza esté siempre en tu boca: y se hará para ti lo que ahora se ha dicho, Como sus tinieblas, así también su luz. No me aplastan sus tinieblas, porque no me exalta su luz.

17. He aquí que tienes su luz en Job: abundaba en todas las cosas. La luz de la noche en sus riquezas se describe primero: con cuántas cosas y cuánta abundancia rebosaba, era la luz de su noche. El enemigo pensó que por eso tal hombre adoraba a Dios, porque le había dado todas esas cosas; y pidió que le fueran quitadas: se hicieron las tinieblas de su noche que primero tenía luz. Sin embargo, él sabía que ya fuera luz allí, ya fueran tinieblas, era noche en la que peregrinaba lejos de su Dios; y tenía la luz interior de su mismo Dios, por la cual luz interior tenía indiferentemente ya fueran las tinieblas de su noche, ya fuera la luz. Por eso, porque en la luz de su noche, es decir, en la abundancia de cosas, adoraba a Dios, quitadas todas las cosas, después de que se hicieron sus tinieblas, ¿qué dijo él? El Señor dio, el Señor quitó; como al Señor le agradó, así se hizo: sea el nombre del Señor bendito (Job I). Estoy en una cierta noche de esta vida: mi Señor, dice, habita en mi corazón; me iluminó con ciertos consuelos esta noche, cuando dio abundancia de cosas temporales: retiró esa luz temporal, y como que se oscureció la noche. Pero porque como sus tinieblas, así también su luz: el Señor dio, el Señor quitó; como al Señor le agradó, así se hizo: sea el nombre del Señor bendito. No estoy triste en esta noche, porque como sus tinieblas, así también su luz. Ambas cosas pasan, para que los que se alegran sean como si no se alegraran, y los que lloran como si no lloraran (I Cor. VII, 30); porque como sus tinieblas, así también su luz.

18. [vers. 13.] Porque tú poseíste mis riñones, Señor. No sin razón, Como sus tinieblas, así también su luz. El poseedor está dentro: no solo tiene el corazón, sino también los riñones; no solo los pensamientos, sino también las delicias. Él, por tanto, posee de donde me deleitaría algo de luz en la noche; Él tiene mis riñones: no sé deleitarme sino de la luz interior de su sabiduría. ¿Qué, entonces? ¿No te deleitas de la prosperidad de las cosas, de la felicidad de los tiempos, de los honores, de las riquezas, de la familia? No me deleito, dice. ¿Por qué? Porque como sus tinieblas, así también su luz. ¿De dónde te viene esta indiferencia, para que

como sus tinieblas, así sea para ti también su luz? ¿De dónde? Porque tú poseíste mis riñones, Señor; me recibiste del vientre de mi madre. Mientras estaba en el vientre de mi madre, no tenía indiferentemente las tinieblas de esa noche y la luz de esa noche. Porque el vientre de mi madre fue la costumbre de mi ciudad. ¿Cuál es esa ciudad? La que primero nos engendró en cautiverio. Conocemos aquella Babilonia de la que hablamos ayer, de donde parten todos los que creen y suspiran por aquella luz, la Jerusalén celestial. Yo, por tanto, dije: Del vientre de mi madre fui recibido por el Señor; de allí me fueron hechas indiferentes las tinieblas de esta noche y la luz de esta noche. Pero el que está en el vientre de aquella Babilonia, se alegra de las cosas prósperas del siglo, se quiebra con las adversidades del siglo; no sabe alegrarse sino cuando algo próspero sucede según el tiempo, ni sabe entristecerse sino cuando algo adverso sucede según el tiempo. Ya sal de ese vientre de Babilonia, comienza a cantar un himno al Señor: sal, y nace; Dios te recibirá del vientre de tu madre. ¿Qué Dios? Aquel Dios del apóstol Pablo, que dijo: Pero cuando agradó a Dios, que me apartó del vientre de mi madre, revelar a su Hijo en mí (Gál. I, 15, 16). ¿Cuál era su madre? La sinagoga. ¿Y qué había aprendido allí, sino lo que tenían y aprendían los mismos judíos y el mismo pueblo? En ellos permanecía el nombre de la alabanza de Dios; pero no se encontraban en ellos las obras: en ellos estaban las palabras de Dios, como hojas en el árbol, y los frutos en ninguna parte. Tal árbol de higuera, como sabéis, cuando el Señor lo encontró, lo secó con una maldición. Encontró en él hojas, y no encontró fruto: figuraba para nosotros un cierto árbol. Pues aún no era tiempo de frutos, lo que todos los hombres sabían, ¿no lo sabía el artífice del cielo y la tierra? Por tanto, aquel que apartó a Pablo del vientre de su madre, Él también nos apartó del vientre de nuestra madre. ¿De qué madre nuestra? De aquella Babilonia. Recibidos, por tanto, de aquel vientre, ya comencemos a tener otra esperanza. Prometió, hermanos, por qué os alegráis; haced frutos puestos en otra esperanza. Ya no conocemos el mal sino ofender a Dios, y no ser llevados a lo que prometió; ni conocemos el bien sino merecer a Dios, y ser llevados a lo que promete. ¿Qué de los bienes de este mundo, y de los males de este mundo? Tengámoslos indiferentemente; porque ya recibidos del vientre de aquella madre nuestra, teniéndolos indiferentemente, decimos, Como sus tinieblas, así también su luz. Ni la felicidad del siglo nos hace bienaventurados, ni la adversidad miserables. Es necesario mantener la justicia, amar la fe, esperar en Dios, amar a Dios, amar también al prójimo. Después de estos trabajos tendremos la luz incansable, tendremos el día sin ocaso: pasa todo lo que es en esta noche luminoso y tenebroso. Porque tú poseíste mis riñones, Señor; me recibiste del vientre de mi madre.

19. [vers. 14.] Te confesaré, Señor, porque terriblemente has sido maravilloso. Terriblemente has sido maravilloso: por eso mismo que te admiramos, tú eres terrible; con temblor nos alegramos. Porque tememos que, al enorgullecernos por tus dones, merezcamos perder lo que con humildad recibimos. Te confesaré, Señor, porque terriblemente has sido maravilloso: maravillosas son tus obras, y mi alma lo conoce mucho. Ya mi alma lo conoce mucho; porque me recibiste del vientre de mi madre: antes, en verdad, tu ciencia se había maravillado en mí; había prevalecido, y no podía alcanzarla. Por tanto, de mí había prevalecido, y no podía alcanzarla. ¿De dónde ahora mi alma lo conoce mucho, sino porque la noche es luz en mis delicias? ¿Sino porque vino a mí tu gracia, e iluminó mis tinieblas? ¿Sino porque tú poseíste mis riñones? ¿Sino porque tú me recibiste del vientre de mi madre?

20. [vers. 15.] No está oculto mi hueso de ti, que hiciste en lo oculto. Dice su hueso: lo que vulgarmente se dice ossum, en latín se dice os. Esto se encuentra en griego. Pues podríamos aquí pensar que es os, de lo que son bocas; no os con acento breve, de lo que son huesos. No está, por tanto, oculto, dice, mi hueso de ti, que hiciste en lo oculto. Tengo en lo oculto un cierto hueso. Así, pues, hablemos: es mejor que nos reprendan los gramáticos, a que no

entiendan los pueblos. Por tanto, ¿qué hueso dice, hermanos? Busquémoslo; está en lo oculto. Pero porque cristianos en el nombre del Señor hablamos a cristianos, ahora encontramos qué es tal hueso. Es una cierta firmeza interior del alma; porque en los huesos se entiende firmeza y fortaleza. Por tanto, hay una cierta firmeza interior del alma, donde no se quiebra. Cualesquiera tormentos, cualesquiera tribulaciones, cualesquiera adversidades de este siglo por todas partes sean feroces; aquello que Dios hizo firme en lo oculto, en nosotros no puede quebrarse, no cede. Porque del Señor ha sido hecha una cierta firmeza de nuestra paciencia, de la cual se dice en otro salmo: Sin embargo, a Dios se someterá mi alma; porque de Él es mi paciencia (Sal. LXI, 6). Y atiende al apóstol Pablo, teniendo dentro este tipo de firmeza: Como tristes, dice; pero siempre gozosos (II Cor. VI, 10). ¿De dónde como tristes? Con injurias, oprobios, persecuciones, azotes, golpes, lapidaciones, cárceles, cadenas. ¿Quién no los consideraría entonces miserables? Ni esos mismos perseguidores se ensañarían contra ellos, si no pensaran que se hacían miserables con sus persecuciones. Porque ellos los juzgaban desde su propia debilidad, que no tenían el hueso oculto interiormente: pero aquellos que lo tenían, a los hombres afuera les parecían tristes, pero dentro se alegraban en Dios; a quien no estaba oculto su hueso, que había hecho en lo oculto. Pero abre este hueso hecho en lo oculto por Dios el mismo apóstol Pablo, con estas palabras: No solo eso, dice, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones. ¿Es poco que no estés triste, sino que también te glorías? Te basta con no estar triste. Es poco, dice, para los cristianos: tal hueso me hizo en lo oculto, que es poco no quebrarse, si no también gloriarse. ¿De dónde te glorías? En las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia. Mira cómo se ha formado esa firmeza dentro del corazón: Sabiendo que la tribulación produce paciencia, la paciencia prueba, la prueba esperanza; y la esperanza no confunde: porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado (Rom. V, 3-5). Así se ha formado y fortalecido ese hueso oculto, que nos hace incluso gloriarnos en las tribulaciones. Pero parecemos miserables a los hombres, porque les está oculto lo que tenemos dentro. No está oculto mi hueso de ti, que hiciste en lo oculto: y mi sustancia, en las partes inferiores de la tierra. He aquí que mi sustancia está en la carne, en las partes inferiores de la tierra está mi sustancia; y sin embargo tengo un hueso dentro, que formaste, que me hace no ceder a todas las persecuciones de esta región inferior, donde aún está mi sustancia. ¿Qué es grande si el ángel es fuerte? Es grande si la carne es fuerte. ¿Y de dónde es fuerte la carne, de dónde es fuerte el vaso de barro, sino porque se ha hecho allí un hueso en lo oculto? Y mi sustancia en las partes inferiores de la tierra.

21. [vers. 16.] ¿Qué pasa con aquellos que son menos firmes? Pues habla Cristo, como ya he mencionado. Pero muchas cosas se han dicho desde la perspectiva del cuerpo; escucha también desde la perspectiva de la cabeza: y no es que distinga, para introducir a las mismas personas, a veces la cabeza, a veces el cuerpo. Si distingue, es como si dividiera; no serán dos en una sola carne. Pero si son dos en una sola carne (Efesios V, 31, 32); no te sorprendas si son dos en una sola voz. Cuando nuestro Señor Jesucristo sufrió, los discípulos aún no tenían ese hueso interior; aún no se les había fortalecido la firmeza de la paciencia: y se escondían, no conocían sus fuerzas; y Pedro se atrevió a prometer la compañía de la muerte con la pasión del Señor, y no se conocía a sí mismo enfermo; pero el médico conocía al enfermo. ¿Qué sucedió entonces? Contigo, dijo, hasta la muerte. En verdad te digo; antes de que el gallo cante, me negarás tres veces (Mateo XXVI, 34, 35; y Lucas XXII, 33, 34). La respuesta del médico resultó ser más verdadera que la presunción del enfermo. Por eso dice, No está oculto mi hueso de ti, que hiciste en lo oculto: en quienes se ha fortalecido ese hueso interiormente, y especialmente la fortaleza de la pasión en nuestro Señor y Salvador Jesucristo, quien cuando quiso, se sentó; cuando quiso, se levantó; cuando quiso, durmió;

cuando quiso, despertó; porque, Tengo poder, dijo, para poner mi vida, y tengo poder para volver a tomarla (Juan X, 18). ¿Qué pasa con aquellos en quienes no estaba formada y fortalecida esa fortaleza? ¿Qué dice de ellos? Mira lo que dice al Padre Dios: Mi imperfección vieron tus ojos. Mi imperfección, mi Pedro prometiendo y negando, presumiendo y fallando: sin embargo, lo vieron tus ojos. Pues cuando el mismo Señor lo miró, como está escrito en el Evangelio, ya después de la tercera negación, recordando lo que el Señor le había predicho, salió afuera y lloró amargamente (Lucas XXII, 61, 62): ese llanto fue por la mirada de Dios; porque, Mi imperfección, dice, vieron tus ojos. Pues ese imperfecto tambaleante en la pasión del Señor, sin duda perecería: pero lo vieron tus ojos; no solo a él, sino a todos los que fueron imperfectos, hasta que con la resurrección de Cristo fueron fortalecidos. Pues apareció a sus ojos que no había perecido en el Señor lo que estaba muerto; y se hizo ese hueso en su interior, para que ya no temieran morir. Mi imperfección vieron tus ojos; y en tu libro todos serán escritos: no solo los perfectos, sino también los imperfectos. Que no teman los imperfectos, solo que progresen. Y no porque dije, No teman, amen la imperfección, y permanezcan allí donde fueron encontrados. Que progresen tanto como puedan. Que añadan cada día, que avancen cada día: sin embargo, que no se aparten del cuerpo del Señor; para que en un solo cuerpo, y unidos en estos miembros, puedan merecer que se diga de ellos esta voz, Mi imperfección vieron tus ojos; y en tu libro todos serán escritos.

22. Errarán durante el día, y nadie entre ellos. Este día aún era nuestro Señor Jesucristo: de ahí que decía, Caminad mientras tenéis la luz (Juan XII, 35). Pero errarán durante el día sus imperfectos. También ellos pensaron que nuestro Señor Jesucristo era solo un hombre; que no tenía en sí una divinidad oculta, que no era secretamente Dios, sino solo lo que parecía ser: eso también pensaron ellos. Pues incluso Pedro (de él principalmente hablamos, en quien también se nos ha propuesto un ejemplo de debilidad no desesperada): había dicho al Señor el mismo Pedro, cuando preguntó qué decían los hombres de él: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo. Y el Señor le dijo: Bienaventurado eres, Simón Barjona, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos. ¿Por qué? Porque había dicho que era el Hijo de Dios. Allí poco después, en el mismo lugar, en la misma secuencia de palabras, el Señor comenzó a hablar de su futura pasión. Pero Pedro, que ya lo había confesado como Hijo de Dios, temió que muriera como hijo del hombre. Era Hijo de Dios, y era hijo del hombre: Hijo de Dios, en forma de Dios, igual al Padre; hijo del hombre, en forma de siervo (Filipenses II, 6, 7), en la que es menor que el Padre (Juan XIV, 28). Venía a la pasión ciertamente en forma de siervo; ¿por qué temió Pedro que en forma de siervo pereciera la forma de Dios, y no más bien presumió que en forma de Dios reviviría la forma de siervo? Le dijo: Lejos de ti, Señor; ten piedad de ti. Y el Señor, que lo había llamado bienaventurado en esa voz: Apártate de mí, Satanás, le dijo; porque no entiendes lo que es de Dios, sino lo que es de los hombres (Mateo XVI, 13-23). Hace poco, porque había dicho, Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo; escuchó, No te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos: por eso piedra, por eso bienaventurado. Pero ahora, porque no respondió por revelación del Padre, sino por la debilidad de la carne, fue llamado Satanás; No entiendes, le dijo, lo que es de Dios, sino lo que es de los hombres. Y aquí estaba Cristo, hermanos: había caminado entre ellos, había mandado a los vientos (Id. VIII, 26), había caminado sobre las olas ante sus ojos (Id. XIV, 25), había resucitado a un muerto de cuatro días ante sus ojos (Juan XI, 39-44), había hecho tantos milagros ante sus ojos; y sin embargo, temieron en su pasión, como si lo hubieran perdido de quien en vano habían presumido. Pero errarán durante el día y nadie entre ellos. Nadie en absoluto, ni siquiera el que había dicho, Contigo hasta la muerte. Pues les había dicho: Vendrá la hora en que me dejaréis solo, y cada uno se irá por su camino: pero no estoy solo, porque el Padre está conmigo (Id. XVI, 32). Con él estaba el

Padre, y él con el Padre; y en él el Padre, y él en el Padre; y él y el Padre son uno (Id. X, 30, 38); y ellos temieron cuando murió. ¿Por qué, sino porque erraron durante el día, y nadie estuvo entre ellos? Errarán durante el día, y nadie entre ellos.

23. [vers. 17.] Pero, ¿qué significa, errarán durante el día? ¿Acaso perecerán? ¿Y dónde está, Mi imperfección vieron tus ojos, y en tu libro todos serán escritos? Entonces, ¿cuándo erraron durante el día? Cuando no entendieron al Señor puesto aquí. ¿Y qué sigue? Pero para mí, muy honrados son tus amigos, Dios. Los mismos que erraron durante el día, y nadie estuvo entre ellos, se convirtieron en tus amigos, y para mí son muy honrados. Se hizo en ellos ese hueso después de la resurrección del Señor en lo oculto, y por su nombre sufrieron, en cuya pasión temieron. Pero para mí, muy honrados son tus amigos, Dios; muy fortalecidos son sus principados. Hechos Apóstoles, hechos líderes de la Iglesia, hechos carneros guiando rebaños, muy fortalecidos son sus principados.

24. [vers. 18.] Los contaré, y se multiplicarán sobre la arena. Por medio de aquellos que erraron durante el día, y nadie estuvo entre ellos, he aquí que ha nacido esta gran multitud, que ya como la arena no puede ser contada, sino por Dios. Pues dijo, Se multiplicarán sobre la arena; y sin embargo, había dicho, Los contaré. Ellos mismos contados, se multiplicarán sobre la arena. Pues la arena está contada para él, a quien están contados los cabellos de nuestra cabeza (Mateo X, 30). Los contaré, y se multiplicarán sobre la arena.

25. Me levanté, y aún estoy contigo. Me levanté, y aún estoy contigo, ¿qué significa? Ya he sufrido, he sido sepultado; he aquí que me he levantado, y aún no me entienden con ellos. Aún estoy contigo, es decir, aún no con ellos; porque aún no reconocen. Pues así se lee en el Evangelio, que después de la resurrección de nuestro Señor Jesucristo, no lo reconocieron de inmediato cuando se les apareció (Mateo XXVIII, 17). Hay también otro sentido, Me levanté, y aún estoy contigo: para significar este tiempo, en el que aún está oculto a la derecha del Padre, antes de que se revele en la gloria con la que vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos.

26. [vers. 19, 20.] Y luego dice qué sufre mientras tanto durante todo este tiempo, mientras ya ha resucitado y aún está con el Padre, aquí por la mezcla de pecadores en su cuerpo, que es la Iglesia, y por la separación de los herejes. Pues sigue diciendo: Si matas, Dios, a los pecadores; Hombres de sangre, apartaos de mí, porque dirás en pensamiento, Recibirán en vanidad sus ciudades. Parece que el orden de las palabras se conecta así: Si matas, Dios, a los pecadores, recibirán en vanidad sus ciudades. Pues si quiere que se entienda a los muertos, cuando por el orgullo con el que se hinchan, pierden la gracia por la que viven. Pues el espíritu santo de disciplina huirá del engaño, y se apartará de los pensamientos que carecen de entendimiento (Sabiduría 1, 5). Así son muertos los pecadores, porque oscurecidos en entendimiento se alienan de la vida de Dios (Efesios IV, 18). Pues pierden la confesión por la altivez: y así en ellos muertos se cumple lo que está escrito, Del muerto, como si no existiera, perece la confesión (Eclesiástico XVII, 26). Y así reciben en vanidad sus ciudades, es decir, sus pueblos vanos, siguiendo su vanidad; cuando inflados con el nombre de justicia persuaden para que, rompiendo el vínculo de la unidad, los sigan como más justos ciegos e ignorantes. Y porque a menudo encuentran ocasión de separarse de la unidad de Cristo, mientras acusan a los malos, con quienes fingen no querer tener comunión; y porque puede suceder que no solo difamen a inocentes, a quienes fingen huir como malos, sino que también digan la verdad sobre algunos malos semejantes a ellos, entre quienes el trigo de Cristo gime guardando el vínculo de la unidad: por eso intercaló, Hombres de sangre, apartaos de mí, porque dirás en pensamiento, recibirán en vanidad sus ciudades; es decir, por eso seducirán a sus pueblos en su propia separación, para ser corrompidos por su propia vanidad, porque tú

en pensamiento dirás, Hombres de sangre, apartaos de mí: para que merecidamente por su orgullo los pecadores muertos en espíritu, por eso reciban en vanidad sus ciudades, es decir, en la vanidad del error los lleven a la separación, y como ofendidos por la mezcla de paja, rompiendo la unidad, abandonen el trigo; porque el mismo trigo, es decir, los fieles buenos, advierte que antes de la ventilación, que será la última, no se separe abiertamente de los malos, para no abandonar a los buenos aún mezclados con ellos; sino que por buena conversación y disimilitud de vida de algún modo les diga en silencio, Hombres de sangre, apartaos de mí. Pues esto les dice con la voz de Dios, que es una voz en el pensamiento, como Dios la dice en el pensamiento de su pueblo santo. Pero, ¿quiénes son los hombres de sangre, sino los que odian a sus hermanos; como dice Juan: Quien odia a su hermano, es homicida (I Juan III, 15)? Esto, pues, no entendiendo los pecadores muertos, cómo dice Dios a los malos en el pensamiento de los buenos, Hombres de sangre, apartaos de mí, acusan en ellos la comunión de los malos; y separándose por estas calumnias, reciben en vanidad sus ciudades. Esta voz que ahora se dice en el pensamiento de los buenos a los malos, será manifiesta en aquel día, cuando se les diga por nuestro mismo cabeza: Nunca os conocí; apartaos de mí, todos los que obráis iniquidad (Mateo VII, 23).

27. [vers. 21.] Ahora dice el cuerpo de Cristo, que es la Iglesia: ¿Por qué me calumnian los soberbios, como si me mancharan los pecados ajenos, y por eso separándose, reciben en vanidad sus ciudades? ¿Acaso no odié a los que te odian, Señor? ¿Por qué me exigen los peores de mí incluso una separación corporal de los malos, para que antes del tiempo de la cosecha se arranque junto con la cizaña también el trigo (Id. XIII, 30); para que antes del tiempo de la ventilación pierda la paciencia de tolerar la paja (Id. III, 12); para que antes de que todos los géneros de peces lleguen al fin del siglo como a la orilla para ser separados, rompa las redes de la paz y la unidad (Id. XIII, 47)? ¿Acaso los Sacramentos que recibo son de los malos? ¿Acaso consiento en sus vidas y hechos, y comunico con ellos? ¿Acaso no odié a los que te odian, Señor; y sobre tus enemigos me consumía? ¿Acaso no cuando el celo de tu casa me devoraba (Salmo LXVIII, 10), veía a los insensatos, y me consumía? ¿Acaso no también el tedio me detenía de los pecadores que abandonan tu ley (Salmo CXVIII, 139, 158, 53)? Pues, ¿quiénes son tus enemigos, sino los que con su vida muestran cuánto odian tu ley? A estos, pues, cuando los odiaba, ¿por qué me calumnian los que reciben en vanidad sus ciudades, que me puedan imputar los pecados de aquellos a quienes odiaba, y sobre quienes por el celo de la casa de Dios me consumía? Pero, ¿dónde está, Amad a vuestros enemigos? ¿O porque dijo vuestros, no de Dios? Haced bien, dijo, a los que os odian: no dijo, a los que odian a Dios. Por eso este siguió diciendo, ¿Acaso no odié a los que te odian, Señor? no dijo, a los que me odian. Y sobre tus enemigos me consumía: dijo tus; no, míos. Pero, ¿quiénes nos odian por eso, y por eso son enemigos nuestros, porque servimos a Dios, qué otra cosa sino que odian a él, y son sus enemigos? ¿Acaso, pues, no debemos amar a tales enemigos nuestros? ¿O no sufren persecución por Dios, a quienes se les dice: Orad por los que os persiguen (Mateo V, 44)? Por lo tanto, atiende lo que sigue.

28. [vers. 22.] Con perfecto odio los odiaba. ¿Qué es, con perfecto odio? Odiaba en ellos sus iniquidades, amaba tu creación. Esto es odiar con perfecto odio, para que ni por los vicios odies a los hombres, ni por los hombres ames los vicios. Pues mira lo que añade, Se han hecho enemigos míos. No ya solo de Dios, sino que muestra que son sus enemigos. ¿Cómo, pues, cumplirá tanto lo que él mismo dijo, ¿Acaso no odié a los que te odian, como lo que el Señor mandó, Amad a vuestros enemigos? ¿Cómo lo cumplirá, sino con ese perfecto odio; para que odie en ellos que son inicuos, y ame en ellos que son hombres? Pues incluso en el tiempo del Antiguo Testamento, cuando el pueblo carnal era cohibido con castigos visibles, el hombre que por entendimiento pertenecía al Nuevo Testamento, el siervo de Dios Moisés,

¿cómo odiaba a los pecadores, cuando oraba por ellos? y ¿cómo no los odiaba, cuando los mataba, sino porque los odiaba con perfecto odio? Pues con esa perfección odiaba la iniquidad que castigaba, para que amara la humanidad por la que oraba.

29. [vers. 23.] Entonces, mientras el cuerpo de Cristo ha de ser separado incluso corporalmente de los impíos e inicuos al final, ahora gime entre ellos por el momento; y mientras esos pecadores muertos calumnian a los buenos como si de la comunión de los malos, y separándose como por ocasión de los malos más bien de los buenos e inocentes, así reciben en vanidad sus ciudades, para que muchos malos aún queden, que no sigan su separación, sino que deban ser tolerados hasta el fin por los buenos, permaneciendo en la misma mezcla: ¿qué hace entre estas cosas el cuerpo de Cristo, ya sea llevando fruto al ciento, al sesenta, o al treinta con paciencia (Mateo XIII, 23; y Lucas VIII, 15)? ¿Qué hace la cercana de Cristo en medio de las hijas, como un lirio entre espinas (Cantar de los Cantares II, 2)? ¿Cuáles son sus voces? ¿Cuál es su conciencia? ¿Cuál es la apariencia de la hija del rey en su interior (Salmo XLIV, 14)? He aquí, escucha lo que dice: Pruébame, Dios, y conoce mi corazón. Tú Dios, tú prueba, tú conoce; no el hombre, no el hereje, que ni sabe probar, ni puede conocer mi corazón, donde tú pruebas y sabes que no consiento en las obras de los malos, y ellos piensan que puedo ser contaminado por los pecados de otros: para que mientras yo en mi lejana peregrinación hago lo que en otro salmo gimo, es decir, con los que odian la paz soy pacífico (Salmo CXIX, 7), hasta que llegue a aquella visión de paz, que se interpreta Jerusalén, que es madre de todos nosotros, ciudad eterna en los cielos; ellos litigando y calumniando y separándose, reciban, no ciertamente en la eternidad, sino en vanidad sus ciudades. Pruébame, pues, Dios, y conoce mi corazón; escudriña, y conoce mis caminos. ¿Para qué esto? Atiende lo que sigue.

30. [vers. 24.] Y ve, dice, si hay camino de iniquidad en mí, y guíame en el camino eterno. Escudriña, dice, mis caminos, es decir, mis consejos y pensamientos: y ve si hay camino de iniquidad en mí, ya sea haciendo, ya sea consintiendo; y guíame en el camino eterno. ¿Qué otra cosa dice, sino, guíame en Cristo? Pues, ¿quién es el camino eterno, sino quien es la vida eterna? Pues es eterno quien dijo: Yo soy el camino, la verdad y la vida (Juan XIV, 6). Si, pues, encuentras algo en mi camino que desagrade a tus ojos, porque mi camino es mortal; tú guíame en el camino eterno, donde no hay iniquidad: porque si alguno peca, tenemos un abogado ante el Padre, a Jesucristo el justo. Él es la propiciación por nuestros pecados (I Juan II, 1); él es el camino eterno sin pecado; él es la vida eterna sin castigo.

31. Grandes son los sacramentos, hermanos. ¿Cómo nos habla el Espíritu de Dios? ¿Cómo nos deleita en esta noche? ¿Qué es esto, os preguntamos, hermanos? ¿De dónde provienen estas dulzuras, que son a la vez tan oscuras? Nos prepara una bebida para su amor, de maneras maravillosas. Hace que sus palabras sean admirables, de modo que, aunque decimos lo que ya conocíais, al ser extraídas de lugares que parecían oscuros, el conocimiento mismo se renueva como si fuera nuevo. ¿Acaso no sabíais, hermanos, que en la Iglesia de Dios deben tolerarse los malos, y que no deben hacerse cismas? ¿Acaso no sabíais ya que dentro de esas redes que capturan peces buenos y malos, debemos perseverar hasta la orilla, y que no deben romperse las redes; porque en la orilla los buenos serán separados para los vasos, y los malos serán arrojados? Ya conocíais esto; pero no entendíais estos versos de este salmo: se ha expuesto lo que no entendíais, y se ha renovado lo que conocíais.

EN COMENTARIO AL SALMO CXXXIX.

SERMON A LA PLEBE.

1. Los señores hermanos han ordenado, y en ellos el Señor de todos, que traiga este salmo para que lo entendáis, tanto como el Señor lo permita. Que ayude con vuestras oraciones, para que diga lo que debo decir, y vosotros escuchéis; para que la palabra divina sea útil para todos nosotros. Pues no es útil para todos; porque no todos tienen fe (II Tes. III, 2). La fe está en el alma como una buena raíz que lleva la lluvia al fruto: pero la perfidia, el error diabólico y la codicia, son la mala raíz de todos los males (I Tim. VI, 10), como la raíz de las espinas, que incluso convierte la dulce lluvia en punzadas.

2. ¿Qué tiene este salmo? Creo que cuando se cantó, os disteis cuenta de que se queja y gime, y eleva una súplica a Dios, el cuerpo de Cristo constituido entre los malos: pues es su voz en toda profecía de este tipo, como la de aquel pobre, es decir, necesitado, aún no saciado, hambriento y sediento de justicia (Mat. V, 6), a quien se le ha prometido cierta saciedad reservada para el final. Mientras tanto, aquí ahora tenga sed y hambre, gima y llame y busque. Que no se deleite con los atractivos de la peregrinación, que no considere el siglo como su patria, de donde Cristo vino para liberarlo: porque Cristo quiso ser nuestra cabeza, la cabeza de un cierto cuerpo. No se puede llamar cabeza, donde no hay cuerpo al que sea cabeza. Por lo tanto, si Cristo es la cabeza; Cristo es la cabeza de algún cuerpo. El cuerpo de esa cabeza es la santa Iglesia, en cuyos miembros estamos, si amamos a nuestra cabeza. Escuchemos, pues, las voces del cuerpo de Cristo, es decir, nuestras voces, si estamos en el cuerpo de Cristo; porque quien no esté allí, estará entre aquellos entre quienes gime ese cuerpo. Por lo tanto, o estarás en ese cuerpo, para gemir entre los malos; o no estarás en ese cuerpo, y estarás entre aquellos malos entre quienes gime el cuerpo, que gime entre los malos: o miembro de Cristo, o enemigo del cuerpo de Cristo. Ni estos enemigos y adversarios del cuerpo de Cristo se entienden de una sola manera, ni actúan de una sola manera. Pues el que reina en ellos es versátil, y los usa como sus vasos. Sin embargo, muchos son liberados de él, y pasan al cuerpo de Cristo; y quiénes son, y cuántos serán, lo sabe aquel que los redimió con su sangre sin que ellos lo supieran. Pero hay algunos que perseverarán en su maldad, que no pertenecen al cuerpo de Cristo; y ellos también son conocidos por aquel a quien nada le es desconocido. Mientras tanto, aquellos que ya están unidos a sus miembros, aún no teniendo la futura resurrección, en la que perecerá todo gemido, y la alabanza sucederá, en la que toda tribulación morirá, y habrá una exultación sin fin; aún no teniendo esto en realidad, pero teniéndolo en esperanza, gimen con un cierto deseo, y oran para ser liberados de los hombres malos, entre quienes es necesario que vivan también los buenos: pues la separación ya no es segura para nadie. Esa separación será de aquel que no sabe errar. ¿Qué significa, que no sabe errar? Que no traslade el mal a la derecha, ni el bien a la izquierda. Pero nosotros en esta vida es difícil que nos conozcamos a nosotros mismos; cuánto menos debemos emitir un juicio apresurado sobre alguien. Porque si hoy conocemos al mal, mañana ignoramos cómo será; y tal vez a quien odiamos vehementemente, es nuestro hermano, y no lo sabemos. Por lo tanto, odiamos con seguridad la maldad en los malos, y amamos la criatura; para que amemos lo que Dios hizo allí, y odiemos lo que el hombre hizo allí. Pues Dios hizo al hombre mismo; pero el hombre hizo el pecado. Ama lo que Dios hizo, odia lo que el hombre hizo: así perseguirás lo que el hombre hizo, para que sea liberado lo que Dios hizo.

3. [vers. 1.] Al final, Salmo de David. No entiendas otro fin que el que te ha sido propuesto por el Apóstol: Porque el fin de la Ley es Cristo, para justicia de todo creyente (Rom. X, 4). Por lo tanto, cuando escuchas al Salmo decir, Al final, que los corazones se vuelvan a Cristo. Pues el título del Salmo es como un heraldo del Salmo, como diciendo, He aquí que vendrá; de allí hablaré, de Cristo cantaré. Pues también, de David, no entiendo sino a aquel que fue hecho del linaje de David según la carne (Id. I, 3). Mientras tanto, por el linaje concuerda el

nombre. Linaje carnal de David; linaje espiritual sobre David: y no solo antes de David, sino antes de Abraham; ni solo antes de Abraham, sino antes de Adán; ni solo antes de Adán, sino antes del cielo y la tierra, antes de todos los Ángeles, antes de todas las Potestades y Virtudes, antes de todas las cosas visibles e invisibles. ¿Por qué? Porque para que estas cosas existieran, todas fueron hechas por él, y sin él nada fue hecho (Juan I, 3). Por lo tanto, porque del linaje de David, no según la divinidad, por la cual es Creador del mismo David, sino según la carne; se dignó ser llamado David en la profecía: en ese fin pon tu atención, porque de David se canta el Salmo; y escucha la voz de su cuerpo, y sé parte de su cuerpo. La voz que escuchaste sea tuya, y ora, y di lo que sigue.

4. [vers. 2.] Líbrame, Señor, del hombre maligno: no de uno, sino de ese género; no solo de los vasos, sino del mismo príncipe, es decir, del mismo diablo. ¿Por qué del hombre, si del diablo? Porque también él en figura fue llamado hombre: Vino el enemigo hombre, y sembró cizaña; y cuando los siervos dijeron al padre de familia, ¿No sembraste buena semilla? ¿De dónde aparecieron las cizañas? Se respondió: El enemigo hombre hizo esto (Mat. XIII, 25, 27, 28). Por lo tanto, ora cuanto puedas para ser liberado de este hombre maligno: Porque no tienes lucha contra carne y sangre; sino contra principados y potestades, y gobernadores de las tinieblas de este mundo (Efes. VI, 12), es decir, gobernadores de los pecados. Lo cual también fuimos nosotros; pues hemos escuchado ahora la voz del Apóstol: Fuisteis en otro tiempo tinieblas; ahora sois luz en el Señor (Id. V, 8). Ya hechos luz, no en nosotros, sino en el Señor, oremos no solo contra las tinieblas, es decir, contra los pecadores, que el diablo aún posee; sino también contra el mismo príncipe de ellos, el diablo, que opera en los hijos de desobediencia (Ef. II, 2). Del hombre injusto líbrame. Esto es, del hombre maligno; que es, del hombre injusto. Pues lo llamó maligno porque es injusto: no sea que pienses que algún injusto es bueno. Pues hay muchos injustos que parecen no hacer daño; no son crueles, no son ásperos, no persiguen ni oprimen a los hombres: pero sin embargo son injustos, porque de otro modo son lujuriosos, borrachos, entregados a los placeres. ¿Cómo no hace daño a nadie quien no se perdona a sí mismo? Pues inocente es aquel que no hace daño; no, sin embargo, quien se hace daño a sí mismo. ¿Y cómo puede no hacerte daño quien se hace daño a sí mismo? Pero respondes: ¿En qué me hace daño? Pues no ha invadido mi propiedad, ni ha atentado contra mi seguridad: se alimenta de su lujuria, se deleita en sus placeres; pero si tiene placeres impuros, él mismo se contamina; ¿qué me importa a mí, a quien no molesta? Te hace daño al menos con su ejemplo, porque vive contigo, y te invita a lo que hace. ¿No es cierto que cuando lo ves prosperar en esas suciedades, te sientes atraído por el deleite de tales acciones? Aunque no consientas, al menos has encontrado algo que combatir. ¿Cómo, pues, no te hacía daño, quien te esfuerzas por vencer lo que hizo en tu corazón? Por lo tanto, todo injusto es maligno, y necesariamente es nocivo, ya sea blando o feroz. Cualquiera que caiga en él, cualquiera que sea atrapado por sus lazos, encontrará cuán nocivo es lo que pensaba que era suave. Pues, hermanos, también las espinas no pinchan en las raíces. Arranca las espinas de la tierra, toca sus raíces, y verás si sientes dolor: sin embargo, aquello de lo que sientes dolor en la superficie, proviene de esa raíz. Por lo tanto, no os agraden los hombres que parecen suaves y blandos, pero son amantes de los placeres carnales y seguidores de deseos impuros; no os agraden. Aunque aún parezcan suaves, son raíces de espinas. Pues con tales acciones a menudo derraman lo que tenían: y ¿cómo buscan llenar lo que derramaron? ¿Acaso ya se abstienen de robos y pensamientos de fraudes, de todo tipo de maldad por buscar? Ya ves al hombre malo, que antes pensabas que era suave. Cuando lo veías embriagarse, era bueno: ahora ya ves al ladrón, temes al bandido; han brotado espinas de esas raíces. Cuando sentías las raíces de las espinas suaves, entonces si pudieras las quemarías, y no habría de dónde saliera lo que ahora te pincha. Por lo tanto, hermanos míos, cuerpo de Cristo, o miembros de Cristo, que gimen entre tales malos; a quienes encontréis inclinados a

dejarse llevar por malas lujurias y placeres perniciosos, entonces reprended, y entonces castigad, entonces quemad. Que se queme la raíz, y no habrá de dónde salga la espina. Pero si no podéis, estad seguros de que los tendréis como enemigos. Pueden callar, pueden ocultar sus enemistades, no pueden amarte. Pero como no pueden amarte, y es necesario que quienes te odian busquen tu mal; no dejes que tu lengua y tu corazón dejen de decir a Dios, Líbrame, Señor, del hombre maligno: del hombre injusto líbrame.

5. [vers. 3.] Que han maquinado injusticias en el corazón. ¿Qué, pues, porque no se atreven a manifestarlo en la lengua, y lo guardan en el corazón? Pues por ellos lo dijo, que a menudo en los labios hablan bien. Oyes la voz del justo; pero no es el corazón del justo. Pues ¿de qué sirvió añadir esto, para decir, Que han maquinado injusticias en el corazón? Líbrame de ellos; que tu mano sea poderosísima para librarme. Pues es fácil evitar enemistades abiertas; es fácil apartarse del enemigo manifiesto y evidente, cuya iniquidad ya está también en los labios: ese es molesto, ese es oculto, ese es difícil de evitar, que en los labios lleva cosas buenas, y en el corazón oculta cosas malas: Que han maquinado injusticias en el corazón. Todo el día maquinaban guerras. ¿Qué es, guerras? Contra lo que luchaba todo el día me maquinaban. Pues de tales corazones nace todo lo que contra lo que lucha el cristiano. Si sedición, si cisma, si herejía, si contradicción turbulenta, no surge esto sino de aquellas maquinaciones que se ocultaban: y cuando los labios hablaban bien, todo el día maquinaban guerras. Oyes palabras pacíficas; pero la maquinación de guerra no se aparta de los corazones. Pues lo que se dijo, todo el día, significa sin interrupción, es decir, todo el tiempo.

6. [vers. 4.] Han afilado sus lenguas como serpientes. Si aún buscas al hombre, observa la similitud. En la serpiente está principalmente la astucia y el engaño para hacer daño; por eso también se arrastra. Pues no tiene pies, para que sus huellas se escuchen cuando viene. En su camino es como un trazo suave, pero no es recto. Así, pues, reptan y se arrastran para hacer daño, teniendo veneno oculto y bajo un contacto suave. Y por eso sigue: Veneno de áspides bajo sus labios. He aquí está aquello bajo los labios; para que notemos algo bajo los labios, algo en los labios. Que también manifiesta abiertamente en otro lugar, donde dice, Que hablan paz con su prójimo; pero el mal está en sus corazones (Sal. XXVII, 3).

7. [vers. 5.] Guárdame, Señor, de la mano del pecador; de los hombres injustos líbrame. Ellos son, son conocidos: aquí no es necesario entender, sino actuar; es necesario orar, no buscar quiénes son. Pero cómo orarás contra tales hombres, te lo revela en lo que sigue. Pues muchos oran imprudentemente contra los malos. Que han maquinado, dice, suplantar mis pasos. Aún puede entenderse carnalmente. Alguien tiene un enemigo; en el negocio piensa hacerle fraude, y quitarle dinero, que se ocupa en un negocio común: alguien tiene un enemigo vecino, y piensa hacerle mal a su casa, disminuir algo de su propiedad; y ciertamente lo piensa con engaño, lo piensa con fraude, con maquinaciones del diablo desea cumplirlo; nadie lo duda. Pero sin embargo no por estas cosas deben evitarse estos, sino para que no te engañen llevándote a ellos; es decir, separándote del cuerpo de Cristo, y haciéndote parte de su cuerpo. Pues así como Cristo es la cabeza de los buenos, así el diablo es la cabeza de ellos. Que han maquinado, dice, suplantar mis pasos. ¿Qué es, suplantar mis pasos? No como para que yerres en el negocio que tienes con él, y te engañe en la causa que tienes común con él en el foro. Ha suplantado tus pasos, si te ha impedido en el camino de Dios, para que aquello que rectamente intentabas, titubee, o se desvíe del camino, o caiga en el camino, o se aparte del camino, o se quede en el camino, o retroceda de donde vino. Cualquier cosa que te haya hecho así, te ha suplantado, te ha engañado. Ora contra tales insidias, para que no pierdas la herencia celestial, para que no pierdas a Cristo coheredero, porque vivirás eternamente con aquel que te hizo heredero. Pues no te hizo heredero para que sucedas a él muerto, sino para que vivas eternamente con él.

8. [vers. 6.] Han escondido los soberbios una trampa para mí. Explicó brevemente todo el cuerpo del diablo, cuando dijo, soberbios. De ahí es que también a menudo se dicen justos, siendo inicuos. De ahí es que nada les es tan nocivo, como confesar los pecados. Ellos son quienes siendo falsos justos, necesariamente envidian a los verdaderos justos. Pues nadie envidia a otro en lo que no quiere ser o parecer. Otro te envidia, porque eres rico; o quiere ser rico para envidiarte, o quiere parecer rico: otro te envidia, porque eres claro y noble; o desea ser esto, o desea parecerlo. Y así todo lo que parece bueno en este siglo y se considera; lo que alguien quiere tener, y en lo que quiere sobresalir, o de lo que busca fama, en eso te envidia. Pero estos que son falsos justos, quieren parecer justos, no siéndolo; y necesariamente a quien vean verdadero justo, le envidian, y con él tratan de hacer que pierda aquello de lo que se gloría. De ahí vienen todas las seducciones y suplantaciones. Esto lo quiso primero el mismo diablo, quien cayendo envidió al hombre que estaba de pie: y porque él mismo perdió el reino de los cielos, no quiso que el hombre llegara allí (Gén. III), y no quiere; y ahora actúa para que el hombre no llegue allí, de donde él fue arrojado. Porque, pues, él es soberbio, y por eso envidioso porque es soberbio, todo su cuerpo es el cuerpo de tales. Pero oremos contra él, que no puede ser corregido, y por ellos que pueden, para que digamos al hombre injusto: ¿Por qué envidias al justo, oh hombre injusto? Porque quieres parecer justo? Rápidamente haz lo que es mejor, y más fácilmente serás lo que quieres parecer. Sé justo: así amarás a quien envidiabas; porque lo que dolías que él fuera, serás tú también, y amarás en él a ti, y a él en ti. Pues si envidiaras al rico, no estaría en tu poder ser rico; si envidiaras al honesto, a algún senador noble, no estaría en tu poder ser noble y claro; si envidiaras al hermoso, nunca te harías hermoso; si envidiaras al fuerte y valiente, nunca te darías fuerzas: si envidias al justo, la cosa está en la voluntad; sé lo que duele que otro sea. Pues no comprarás lo que tú no eres y otro es; es gratis, es rápido: Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad (Luc. II, 14).

9. Sin embargo, los soberbios han escondido una trampa: han buscado hacer tropezar mis pasos. ¿Y qué han hecho? Han extendido redes como trampas para mis pies. ¿Qué redes? Este término es conocido en las Escrituras, y encontramos en otros lugares lo que significan las redes. El Señor hizo un látigo de cuerdas, con el cual expulsó del templo a aquellos que se comportaban mal allí (Juan II, 15); y nos indicó cómo debemos entender las redes: porque, "Cada uno es atrapado por las cuerdas de sus pecados" (Prov. V, 22), dice otra Escritura; e Isaías claramente dice: "¡Ay de aquellos que arrastran el pecado como una cuerda larga!" (Isaías V, 18). ¿Por qué se llama cuerda? Porque todo pecador que persevera en sus pecados añade pecado a pecado; y cuando debería corregirse por la acusación de su pecado, duplica con defensa lo que podría eliminar con confesión, y a menudo busca estar armado con otros pecados debido a los que ha cometido. Cometió adulterio, y para no ser asesinado, prepara un homicidio; añade pecado a pecado. Nuevamente, si le sucede cometer homicidio, ya teme dos crímenes en lugar de uno: y aunque ve que teme más de lo que temía antes, no piensa en disminuir lo que ha hecho, sino en añadir lo que aún no ha hecho; quizás incluso busca la hechicería. Ya tiene tres. ¿Quién puede pensar en esto? ¿Quién puede terminar la cuerda de los pecados? Y se llama cuerda con razón: porque para que una cuerda se retuerza, se añade; y no se añaden hilos rectos, sino torcidos. La perversidad conectada consigo misma se extiende en longitud, y no piensa en cortar lo que ha tejido mal; sino en añadir, extender, prolongar: para que al final tenga con qué atar sus manos y pies, y sea arrojado a las tinieblas exteriores (Mateo XXII, 13). Estos pecados suyos los tienden a los justos, cuando les persuaden a hacer el mal que ellos mismos hacen. Por eso dijo: "Han extendido redes como trampas para mis pies"; es decir, han querido hacerme caer con sus pecados. ¿Y dónde es esto? "Han puesto tropiezos junto a mis caminos": no en los caminos, sino junto a los caminos. Tus caminos son los mandamientos de Dios. Ellos han puesto tropiezos junto a los

caminos; tú, no te apartes de los caminos, y no caerás en los tropiezos. Y no quiero que digas: "Y que Dios impida que pongan tropiezos junto a mis caminos, y no los pondrán allí". Más bien, Dios permitió que pusieran tropiezos junto a los caminos, y tú no te apartes de los caminos. Han puesto tropiezos junto a mis caminos.

10. [vers. 7.] ¿Y qué queda? ¿Qué remedio hay entre tantos males, en estas tentaciones, en estos peligros? Dije al Señor: "Tú eres mi Dios". Ellos son hombres, y no míos; tú eres Dios, y mío. Dije al Señor: "Tú eres mi Dios". Gran voz de oración; mueve la confianza. ¿Acaso no es Dios de ellos? ¿De quién no es Dios, que es el verdadero Dios? Pero, sin embargo, propiamente es de aquellos que disfrutan de Él, que le sirven, que están voluntariamente bajo Él. Pues incluso los malos, aunque no quieran, están bajo Él. Ellos llaman a Dios, de quien serán coronados; huyen de Él, de quien serán condenados. Y el injusto que no quiere tener al Señor su Dios, ¿a dónde huirá del Dios de todos? Es bueno para él, entonces, convertirse al Dios de todos, y hacer que con su conversión sea su Dios; y estando entre tales pecadores, seductores, hipócritas, soberbios, diga a Dios, a quien con su conversión ha hecho su Dios: "Dije al Señor: Tú eres mi Dios. Escucha, Señor, la voz de mi súplica". Es una sentencia simple y fácil de entender; pero, sin embargo, quizás deleita pensar por qué no dijo: "Escucha, Señor, mi súplica"; sino que, como expresando más claramente el afecto de su alma, dijo: "la voz de mi súplica", la vida de mi súplica, el alma de mi súplica, no lo que suena en mis palabras, sino de donde viven mis palabras. Pues los demás ruidos sin alma pueden llamarse sonidos, no voces: la voz propiamente es de los animados, de los vivos. Pero muchos suplican a Dios, y no sienten a Dios, ni piensan bien de Dios. Pueden tener el sonido de la súplica, pero no la voz; porque allí no hay vida. La voz de su súplica era de aquel que vivía, porque entendía a su Dios, y veía de quién sería liberado, y sentía de quiénes sería liberado.

11. [vers. 8.] Recomendando esto a los oídos de Dios, diga: "Señor, Señor". Tú, Señor, Señor, es decir, tú verdaderamente Señor, no como los señores hombres, no como los señores que compran con dinero; sino como el Señor que compra con sangre. "Señor, Señor, fuerza de mi salvación": es decir, tú das fuerzas a mi salvación. ¿Qué significa "fuerza de mi salvación"? Se quejaba de los escándalos e insidias de los pecadores, de los malignos hombres vasallos del diablo que ladran y acechan alrededor, de los soberbios que envidian a los justos, entre los cuales es necesario llevar la vida, mientras vivimos aquí en nuestra peregrinación. El Señor predijo que tales escándalos abundarían, y dijo: "Abundará la iniquidad, y porque abundará la iniquidad, se enfriará la caridad de muchos. Pero añadió inmediatamente el consuelo: "El que persevere hasta el fin, éste será salvo" (Mateo XXIV, 12, 13). Este lo consideró y temió; y turbado por la abundancia de iniquidades, miró la esperanza: porque "el que persevere hasta el fin, éste será salvo". Se extendió para perseverar, y vio un largo camino; y porque perseverar es grande y difícil, oró a aquel que le mandó perseverar para la perfección de su perseverancia. Ciertamente seré salvo, si persevero hasta el fin; pero la perseverancia pertenece a la virtud, para que merezca la salvación: tú eres la fuerza de mi salvación, tú me haces perseverar, para que llegue a la salvación. "Señor, Señor, fuerza de mi salvación". ¿Y de dónde espero que tú eres la fuerza de mi salvación? "Has cubierto mi cabeza en el día de la batalla". He aquí que aún lucho: lucho afuera contra los falsos buenos, lucho dentro contra mis concupiscencias; porque "veo otra ley en mis miembros, que lucha contra la ley de mi mente, y me lleva cautivo en la ley del pecado, que está en mis miembros. ¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? La gracia de Dios, por Jesucristo nuestro Señor" (Rom. VII, 23-25). Por tanto, trabajando en esta batalla, miró a la gracia de Dios; y porque ya comenzaba a arder y secarse, encontró como una sombra bajo la cual vivir: "Has cubierto mi

cabeza en el día de la batalla"; es decir, en el calor, para que no me fatigara, para que no me secara.

12. [vers. 9.] No me entregues, Señor, al deseo de mi pecador. He aquí para qué me servirá tu sombra, para que no sufra el calor de mí mismo. ¿Y qué me haría ese pecador, por más que se enfurezca? Pues los inicuos se enfurecieron contra los mártires; los arrastraron, los ataron con cadenas, los encerraron en cárceles, los hirieron con la espada, los expusieron a las bestias, los consumieron con fuego: hicieron todo esto; pero Dios no los entregó a los pecadores, porque no fueron entregados por su deseo. Por tanto, ora cuanto puedas, para que Dios no te entregue al pecador por tu deseo. Pues tú, por tu deseo, das lugar al diablo. He aquí que el diablo te propone una ganancia, y te invita al fraude: no puedes tener ganancia, a menos que cometas fraude. Pero la ganancia es el cebo, el fraude es la trampa. Así que mira el cebo, para que también veas la trampa: porque no puedes obtener la ganancia, a menos que cometas fraude; pero si cometes fraude, serás atrapado. No digo que serás atrapado porque serás descubierto: a veces no serás descubierto, pero por los hombres; ¿acaso por Dios? Serás atrapado, y arrastrado, y asesinado. Pues todo el que hace tales cosas, se destruye a sí mismo. Allí está, entonces, el cebo, allí está también la trampa; frena tu deseo, y no caerás en la trampa: pero si el deseo del cebo te vence, te pone el cuello en la trampa, y el cazador de almas te atrapará. No me entregues al deseo de mi pecador. De ahí se cubre en el día de la batalla. Pues el deseo causa el calor; pero la sombra del Señor templa el deseo, para que podamos refrenar hacia donde éramos arrastrados, para que no ardamos tanto que seamos llevados a la trampa. Han tramado contra mí; no me abandones, no sea que se exalten. Tienes en otro lugar: "Los que me oprimen se alegrarán si me muevo" (Salmo XII, 5). Así son estos, porque así es el mismo diablo. Cuando seduce a un hombre, se alegra, triunfa sobre él; se exalta, porque él ha sido humillado. ¿Por qué ha sido humillado? Porque fue mal exaltado: y aquel que triunfa sobre él, será humillado. Pues todos los que se alegran del mal son así; parecen gloriarse por un tiempo, enorgullecerse, levantar el cuello. No te deleite su exaltación; tienen el cebo en la boca y el anzuelo: allí está lo que les deleita, allí está lo que los arrastra. No me abandones, no sea que se exalten: es decir, no triunfen sobre mí, no se alegren de mí.

13. [vers. 10.] La cabeza de su cerco, el trabajo de sus labios los cubrirá. A mí, dice, me cubrirá tu sombra; a ellos los cubrirá la cabeza de su cerco: esa es la soberbia. ¿Qué es su cerco? Que den vueltas, y no se detengan; en un círculo de error, donde el camino no tiene fin. Pues el que va en línea recta, comienza en algún lugar, termina en algún lugar: el que va en círculo, nunca termina. Ese es el trabajo de los impíos, que se muestra más claramente en otro salmo: "Los impíos caminan en círculo" (Salmo XI, 9). Pero la cabeza de su cerco es la soberbia; porque el principio de todo pecado es la soberbia (Eclesiástico X, 15). ¿Y de dónde la soberbia, el trabajo de sus labios? Pues todo soberbio es falso, todo falso es mentiroso. Los hombres trabajan para hablar mentira: pues la verdad la dirían con toda facilidad. Aquel que finge lo que dice, trabaja. Pues el que quiere decir la verdad, no trabaja: pues la verdad misma habla sin trabajo. De este hombre dijo a Dios: Me cubrirá tu sombra; a ellos los cubrirá su mentira: pero esa mentira suya es el trabajo de sus labios. He aquí que concibió injusticia, concibió dolor, y dio a luz iniquidad (Salmo VII, 15). Pues en toda obra mala hay trabajo, y toda obra mala pensada tiene la mentira como guía. Pues no hay verdad, sino en la obra buena. Y por eso, porque todos trabajan en la mentira, ¿qué clamó la Verdad? Venid a mí, todos los que trabajáis y estáis cargados, y yo os haré descansar (Mateo XI, 28). Esa es la voz que clama a los que trabajan en otro salmo: "Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo seréis de corazón pesado? ¿Por qué amáis la vanidad y buscáis la mentira?" (Salmo IV, 3). Escucha claramente en otro lugar el trabajo en la mentira: "Enseñaron a sus lenguas a hablar mentira;

para obrar iniquidad trabajaron" (Jeremías IX, 5). La cabeza de su cerco, el trabajo de sus labios los cubrirá.

14. [vers. 11.] Caerán sobre ellos carbones de fuego en la tierra, y los derribarás. ¿Qué significa, en la tierra? Aquí, aún en esta vida; aquí caerán sobre ellos carbones de fuego, y los derribarás. ¿Quiénes son los carbones de fuego? Conocemos estos carbones. ¿Son estos otros, y aquellos de los que vamos a hablar? Pues veo que estos carbones valen para el castigo; pero aquellos de los que vamos a hablar, para la salvación. Pues se ha dicho de algunos carbones, cuando un hombre pedía ayuda contra la lengua engañosa: "¿Qué se te dará, o qué se te añadirá a ti, lengua engañosa? Flechas agudas de poderoso, con carbones abrasadores" (Salmo CXIX, 3, 4): es decir, palabras de Dios que atraviesan el corazón, y destruyen la vejez, y engendran amor; y ejemplos de hombres que estaban muertos y revivieron, y eran negros, y se hicieron resplandecientes. Pues los carbones son tinieblas; el color lo indica. Pero cuando la llama de la caridad se acerca a ellos, y reviven de entre los muertos, escuchan del Apóstol: "Porque fuisteis en otro tiempo tinieblas, ahora sois luz en el Señor" (Efesios V, 8). Ellos son los carbones, hermanos, que miramos cuando queremos cambiar de vida, heridos por la flecha de Dios, y nos impiden las malas lenguas de los hombres, de los cuales se quejaba aquí ahora; y quieren seducirnos del camino de la verdad, e inducirnos más bien a sus errores, y decirnos que si profesamos, no cumpliremos. Miramos los carbones. El que ayer era borracho, hoy es sobrio; el que ayer era adúltero, hoy es casto; el que ayer era ladrón, hoy es generoso: todos estos son carbones de fuego. Se acercan los ejemplos de los carbones a la herida de las flechas (pues no temo decir herida, cuando clama la misma esposa: "Estoy herida de amor" [Cantar de los Cantares II, 5, según la LXX]), y allí se hace la devastación del heno; por lo cual también se llaman carbones abrasadores. Se devasta el heno, pero se purifica el oro; y el hombre cambia de muerte a vida, y comienza a ser también él mismo un carbón ardiente: como era un carbón el Apóstol, que antes fue perseguidor y blasfemo e injurioso, negro y apagado; pero habiendo alcanzado misericordia (I Timoteo I, 13), fue encendido desde el cielo: la voz de Cristo lo encendió; toda la negrura en él desapareció, comenzó a arder en el espíritu con el que era encendido, a encender. ¿Entenderemos, entonces, aquí también estos carbones de fuego, que caen sobre estos malos, y los derriban? Claramente no se nos prohíbe tener esta interpretación. Veo aquí que nos ilumina una sentencia no improbable e irreprochable: entiendo que esos carbones caen sobre estos, para que sean derribados. Pues en algunos vienen, para que se enciendan; en otros, para que sean derribados: pues el mismo carbón decía: "Para algunos somos olor de muerte para muerte, para otros somos olor de vida para vida" (II Corintios II, 16). Pues ven a los justos ardiendo en espíritu, resplandeciendo en luz, y envidiándolos caen; esto es lo que los carbones de fuego caerán sobre ellos en la tierra, y serán derribados. ¿Qué significa, en la tierra? Aún aquí están en esta vida; excepto aquel castigo que se reserva para los impíos, estos carbones los derriban, antes de que venga el fuego eterno: "Caerán sobre ellos carbones de fuego en la tierra, y los derribarás". En las miserias no subsistirán. Les viene miseria y no la soportan: pero el justo subsiste; como aquel que dice: "Pero también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia, la paciencia prueba, la prueba esperanza; y la esperanza no confunde: porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado" (Romanos V, 3-5). Pero cuando a ellos les cae alguna presión, alguna miseria, no subsisten; caen. Pues cuando tales sufren estas presiones, no pueden soportar, caen en malas iniquidades; porque son entregados por su deseo al pecador.

15. [vers. 12.] El hombre hablador no será establecido sobre la tierra. El hombre hablador ama las mentiras. ¿Qué placer tiene, sino hablar? No presta atención a lo que dice, mientras habla. No puede ser que este sea dirigido. ¿Cómo debe ser entonces el siervo de Dios,

encendido por esos carbones, y él mismo convertido en un carbón salvador? ¿Cómo debe ser? Que prefiera escuchar más que hablar, como está escrito: Sea todo hombre pronto para oír, tardo para hablar (Santiago I, 19); y, si es posible, desee no tener la necesidad de hablar, de decir y de enseñar. Pues digo a vuestra Caridad: hermanos míos, hablamos ahora a vosotros para enseñaros algo: cuánto mejor sería que todos supiéramos, y nadie enseñara a otro; que no hubiera uno hablando y otro escuchando, sino todos escuchando a aquel a quien se dice: Darás gozo y alegría a mi oído (Salmo L, 10). Por eso Juan no se alegraba tanto porque predicaba y hablaba, sino porque escuchaba: pues dice: El amigo del esposo está de pie y lo escucha, y se alegra mucho por la voz del esposo (Juan III, 29). Así que, hermanos, rápidamente diré a vuestra Caridad, donde cada uno se pruebe a sí mismo: no para no hablar, sino para que de él se exija el oficio de hablar; pero tenga el gozo del silencio en la voluntad, la voz de la doctrina en la necesidad. ¿Cuándo es necesaria la voz de la doctrina? Cuando sufres a un ignorante, cuando sufres a un indocto. Si siempre te deleita enseñar, siempre quieres tener a un ignorante a quien enseñar: pero si eres benevolente, y quieres que todos sean doctos, no quieres siempre tener a quienes enseñar; y no será en la voluntad el ejercicio o prueba de tu doctrina, sino en la necesidad. Que tu gozo esté en la escucha de Dios, que tu necesidad esté en tu habla; y no serás un hombre hablador, para que no seas desviado. ¿Por qué quieres hablar, y no quieres escuchar? Siempre sales afuera, te niegas a volver adentro. Porque quien te enseña está dentro: cuando tú enseñas, es como si salieras afuera hacia aquellos que están afuera. Porque escuchamos la verdad desde dentro, y hablamos a aquellos que están fuera de nuestro corazón. Pues cuando decimos que los tenemos en el corazón a aquellos de quienes pensamos, lo decimos según una cierta imagen que tenemos de ellos impresa. Porque si estuvieran completamente dentro, sabrían ciertamente lo que hay en nuestro corazón; y así no sería necesario hablarles. Pero si te deleita lo que haces afuera; mira que no te hinches afuera, y no puedas volver por el camino angosto, y no pueda decirte tu Dios: Entra en el gozo de tu Señor; sino que te diga, porque amaste lo que estaba afuera, Átenle las manos y los pies, y échenlo a las tinieblas exteriores (Mateo XXII, 13). Porque donde muestra que es malo ser echado afuera, allí muestra que es bueno entrar adentro. Pues al buen siervo, ¿qué le dijo? Entra en el gozo de tu Señor. Pero al mal siervo, Échenlo a las tinieblas exteriores (Id. XXV, 21, 23, 30). No amemos más las cosas exteriores, sino las interiores: alegrémonos en las cosas interiores; en las exteriores tengamos necesidad, no voluntad. El hombre hablador no será establecido sobre la tierra.

16. Al hombre injusto lo perseguirán los males hasta su destrucción. Vienen los males, y no permanece; por eso dijo, Lo perseguirán hasta su destrucción. A muchos buenos, a muchos justos les han sucedido males; y como si los males los hubieran encontrado. Pues por eso dijo, Lo perseguirán, porque cada uno quiere esconderse del mal: pero cuando es encontrado por el mal, es como si se convirtiera en presa. ¿Acaso solo los malos huyen de los males, cuando son buscados por los males? ¿No se les dijo también a los buenos: Si os persiguen en esta ciudad, huid a otra (Id. X, 23)? Así que cuando los malos perseguían a los buenos, es decir, a nuestros mártires, cuando los capturaron, los cazaron; pero no para su destrucción. Pues la carne fue oprimida, el alma fue coronada; y el alma fue expulsada de la carne, y no se hizo nada a la carne que le perjudicara en el futuro. Que la carne sea quemada, que la carne sea golpeada, que la carne sea desgarrada; ¿acaso por eso fue sustraída al Creador, porque fue entregada en manos del perseguidor? Aquel que creó de lo que no era, ¿no la reparará mejor de lo que era? Así que cuando los justos fueron capturados, los malos ciertamente los cazaron, pero no para su destrucción. Pero aquellos que no serán dirigidos y son habladores, los males los perseguirán hasta su destrucción. ¿Por qué? Porque en las miserias no subsistirán.

17. [vers. 13.] Conocí que el Señor hará justicia al necesitado. Este necesitado no es hablador: porque el hablador quiere abundar, no sabe lo que es tener hambre. Pero aquellos son necesitados, a quienes se les dice: Llamad, y se os abrirá; buscad, y hallaréis; pedid, y se os dará (Mateo VII, 7): ese necesitado es del que se dice: Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados (Id. V, 6). Gimen entre los escándalos de los malos, ellos rezan a su cabeza, para ser rescatados del hombre malo, y ser liberados del hombre maligno, y ser rescatados de las manos de los injustos. Ellos son, por tanto, aquellos cuya causa el Señor no descuidará: y si ahora sufren presiones, su gloria aparecerá cuando aparezca su cabeza. A tales, estando aquí establecidos, se les dice: Habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios (Colosenses III, 3). Así que somos pobres, nuestra vida está escondida; clamemos por el pan: pues es el pan vivo que descendió del cielo (Juan VI, 41); y quien nos alimenta en el camino, nos saciará en la patria. Pues ahora, para que resistamos, somos alimentados: pues es necesario que tengamos hambre, hasta que seamos saciados. Conocí que el Señor hará justicia al necesitado. Estaba seguro de que el Señor hará justicia al necesitado, y la causa de los pobres. Mostrará a los inicuos cómo ama a sus justos; mostrará a los ricos cómo ama a sus pobres. Llamó ricos a los soberbios; pobres a los humildes: llamó ricos a los que no buscan por abundancia; pobres a los que suspiran por deseo. El Señor hará la causa de ellos.

18. [vers. 14.] Sin embargo, los justos confesarán tu nombre. Y cuando hagas su causa, y cuando hagas su juicio, confesarán tu nombre: no atribuirán nada a sus méritos, no atribuirán todo sino a tu misericordia. Sin embargo, los justos confesarán tu nombre. Y porque confesarán tu nombre, para que por más justos que sean, no se atribuyan nada de lo suyo, no se atribuyan nada de lo suyo; ¿qué sucederá, para que dirijan su corazón? Porque cuando se inclinan hacia sí mismos, tuercen su corazón; pero cuando se enfocan en el Señor, dirigen su corazón. ¿Y dónde estará el placer, dónde el descanso, dónde el gozo, dónde la bienaventuranza? ¿Acaso en sí mismos? No; sino en aquel en quien son luz. Ahora, sin embargo, luz en el Señor (Efesios V, 8), dijo. Por eso, mira lo que sigue, mira cómo concluye: Habitarán los rectos con tu rostro. Pues les fue mal con su rostro; les irá bien con tu rostro. Cuando amaron su rostro, comieron pan con el sudor de su rostro (Génesis III, 19). Regresen, y con el sudor limpiado, con los trabajos terminados, con el gemido desapareciendo, vendrá a ellos tu rostro abundante en suficiencia. No buscarán más, porque no tienen mejor; no te abandonarán más, ni serán abandonados por ti. Pues después de la resurrección, ¿qué se dijo del Señor? Me llenarás de alegría con tu rostro (Salmo XV, 11). Sin su rostro no nos daría alegría. Para esto purificamos nuestro rostro, para que nos regocijemos en su rostro. Pues somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que seremos: sabemos que cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como es (I Juan III, 2); porque habitarán los rectos con tu rostro. ¿Pensamos acaso con el rostro del Padre, y no con el rostro del Hijo? ¿O con el rostro del Hijo, y no con el rostro del Padre? ¿O de alguna manera un solo rostro del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo? Veamos si no nos promete el mismo Hijo su rostro, del cual nos hará felices. Ahora este capítulo en el Evangelio, que atestiguaría este salmo, el Señor Dios inspiró para que se leyera. Pues el mismo Señor dice: El que oye mis mandamientos, y los guarda, ese es el que me ama: y el que me ama, será amado por mi Padre, y yo lo amaré, y me manifestaré a él (Juan XIV, 21). ¿Qué premio prometió, amadísimos? ¿Acaso no lo veían, a quienes prometía manifestarse? ¿No estaba ante ellos? ¿No estaba el rostro de su carne ante sus ojos? ¿Qué es lo que quería manifestar a quienes lo veían? Pero porque los discípulos veían tal como lo crucificaron los judíos; pero Dios estaba oculto en esa carne; los hombres podían ver al hombre, pero no a Dios, aunque en el hombre; porque Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios (Mateo V, 8); dio la forma del hombre, tanto a los piadosos como a los impíos;

reservó la forma de Dios a los purificados y piadosos, para que nos regocijemos en él, y nos vaya bien eternamente con su rostro.

EN EL SALMO CXL COMENTARIO.

SERMON AL PUEBLO.

1. Habéis escuchado, hermanos, nuestra exhortación y petición de la boca del Apóstol, cuando se leía ahora su Epístola. Pues dice: Perseverad en la oración, velando en ella; orando también por nosotros, para que Dios nos abra una puerta para la palabra, para hablar su misterio, para manifestarlo, como debo hablar (Colosenses IV, 2-4). Considerad estas palabras también como mías. Pues en las Escrituras sagradas hay profundos misterios, que se ocultan para que no se vuelvan vulgares; se buscan para ejercitar; se revelan para alimentar. El salmo que cantamos ahora, en muchas sentencias es oscuro. Cuando, con la ayuda del Señor, lo que se ha dicho comience a ser extraído y expuesto, veréis que escucháis lo que ya conocíais. Pero por eso se dice de muchas maneras, para que la variedad de la expresión quite el tedio de la verdad.

2. Pues, hermanos, ¿qué más, o más saludable, vais a escuchar y conocer, que: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente; y, Amarás a tu prójimo como a ti mismo? Pero no penséis que estos dos mandamientos son pequeños: En estos dos mandamientos penden toda la Ley y los Profetas (Mateo XXII, 37-40). Por tanto, cualquier cosa que se conciba saludablemente en la mente, o se exprese con la boca, o se extraiga de cualquier página divina, no tiene otro fin que la caridad. Pero esta caridad no es cualquiera. Pues también los que viven mal se unen entre sí por la sociedad de una conciencia perdida, y se dice que se aman, que no quieren separarse unos de otros, que se reconcilian con sus conversaciones, que se desean cuando están ausentes, que se alegran con su presencia. Ese amor es infernal: tiene un lazo que los arroja al abismo; no alas que los eleven al cielo. Pero, ¿qué es la caridad, para que se separe y distinga de las otras que se llaman caridades? Esa que se llama verdadera caridad de los cristianos, definida por Pablo, y así circunscrita por ciertos límites, aunque sea infinita por la divinidad, para que se distinga completamente de las otras. Pues el fin del mandamiento es la caridad. Podría haber dicho hasta aquí. Pues en otros lugares donde hablaba como a conocedores, dijo hasta aquí: La plenitud de la ley es la caridad (Romanos XIII, 10); y no dijo qué caridad. Por eso no lo dijo allí, porque lo dijo en otro lugar: pues no en todas partes se pueden o deben decir todas las cosas. Por tanto, aquí, La plenitud de la ley es la caridad. ¿Buscabas tal vez, qué caridad? ¿Qué tipo de caridad? Escuchas en otro lugar: El fin del mandamiento es la caridad de un corazón puro. Ya veis si los ladrones tienen caridad de un corazón puro entre ellos. Un corazón puro en la caridad es esto, cuando amas al hombre según Dios; porque así debes amarte a ti mismo, para que no yerre la regla, Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Pues si te amas mal y de manera inútil; así amando al prójimo, ¿qué le aconsejas? Pero, ¿cómo te amas mal? ¿Cómo insinúa la Escritura, que no adula a nadie, y te convence de que no te amas; más bien te convence de que te odiaste: Pues el que ama la iniquidad, odia su alma (Salmo X, 6). Si amas la iniquidad, ¿piensas que te amas a ti mismo? Te equivocas: así amando al prójimo, lo llevarás a la iniquidad, y tu amor será una trampa para el amado. Por tanto, la caridad de un corazón puro es la que es según Dios, y de buena conciencia, y de fe no fingida (I Timoteo 1, 5). Esta caridad definida por el Apóstol tiene dos mandamientos; el del amor a Dios, y el del amor al prójimo. No busquéis otra cosa en las Escrituras, que nadie os mande otra cosa. Cualquier cosa oscura en la Escritura, allí está oculta esta caridad: cualquier cosa clara allí, allí está abierta esta caridad. Si no estuviera abierta en ninguna parte, no te alimentaría: si no estuviera oculta en ninguna parte, no te ejercitaría. Esta caridad clama de un corazón puro, de un

corazón de tales en estas palabras, como el que ora aquí ahora. Y quién es este, lo diré rápidamente: es Cristo.

3. Pero vais a escuchar palabras que, sobre nuestro Señor Jesucristo, se entienden indignamente, y el poco entendido pensará que hablé temerariamente al decir que es la persona de Cristo en este salmo. Pues, ¿cómo puede ser sobre nuestro Señor Jesucristo, sobre aquel cordero inmaculado, sobre aquel en quien solo no se encontró pecado, quien solo pudo decir verdaderamente: He aquí que viene el príncipe de este mundo, y en mí no encontrará nada (Juan XIV, 30), es decir, ninguna culpa, ningún delito; quien solo pagaba lo que no había robado (Salmo LXVIII, 5); quien solo derramó sangre inocente, el Hijo único de Dios tomando carne, no para que él disminuyera, sino para que nos aumentara: ¿cómo entonces se entiende correctamente sobre esta persona: Pon, Señor, una guardia a mi boca, y una puerta de continencia alrededor de mis labios, para que no decline mi corazón a palabras malignas para excusar excusas en pecados? Pues este es el sentido más manifiesto: Guarda, Señor, mi boca con una puerta y un portal de tu precepto, para que mi corazón no decline a palabras malignas. ¿Qué palabras malignas? Con las que se excusan los pecados. No, dice, prefiera excusar mis pecados, que acusarlos. Estas palabras no se aplican a nuestro Señor Jesucristo. Pues, ¿qué pecados cometió él, que debiera confesar más bien que defender? Estas son nuestras palabras. Ciertamente Cristo habla. Si son nuestras palabras, ¿cómo habla Cristo? ¿Y dónde está la caridad de la que hablaba? ¿No sabéis que ella nos hizo uno en Cristo? La caridad clama a Cristo de nosotros, la caridad clama de Cristo por nosotros. ¿Cómo clama la caridad a Cristo de nosotros? Y será, todo el que invoque el nombre del Señor, será salvo (Joel II, 32). ¿Cómo la caridad de Cristo por nosotros? Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? (Hechos IX, 4). Vosotros, dice el Apóstol, sois el cuerpo de Cristo y miembros (I Corintios XII, 27). Si él es la cabeza, nosotros el cuerpo, un solo hombre habla; ya sea que hable la cabeza, o los miembros, un solo Cristo habla. Y es propio de la cabeza hablar también en la persona de los miembros. Observad nuestra propia costumbre. Primero, ¿cómo no puede hablar en nuestros miembros sino la cabeza? Ahora bien, observad cómo habla nuestra cabeza en la persona de todos los miembros. En un lugar estrecho alguien te pisa el pie: Me pisas, dice la cabeza. Alguien te hiere la mano: Me heriste, dice la cabeza. Nadie tocó tu cabeza, pero habla la unidad de la estructura de tu cuerpo. La lengua que está en la cabeza ha asumido la persona de todos tus miembros, ella actúa por todos con la palabra. Así, escuchemos a Cristo hablando; pero cada uno reconozca allí su voz, como adherido al cuerpo de Cristo. Pues a veces dirá palabras en las que ninguno de nosotros encuentre su persona, sino que pertenecen solo a la cabeza; sin embargo, no se separa de nuestras palabras y se eleva a las suyas propias, o de las suyas propias no regresa a las nuestras. Pues de él y de la Iglesia se dijo: Serán dos en una sola carne (Génesis II, 24). Por eso él mismo en el Evangelio dice sobre este mismo asunto: Ya no son dos, sino una sola carne (Mateo XIX, 6). Estas cosas no son nuevas; siempre las habéis escuchado: pero por ocasiones es necesario recordarlas, primero porque las mismas Escrituras que tratamos, están tan entrelazadas, que muchas cosas se repiten en muchas; y es útil. Pues la preocupación del mundo tiene espinas, y ahoga las semillas; es necesario ser recordado frecuentemente por el Señor lo que el mundo obliga a olvidar.

4. [vers. 1.] Señor, clamé a ti, escúchame. Esto todos podemos decir. No digo, todo Cristo lo dice: pero más bien se dijo desde la persona del cuerpo; porque incluso cuando estaba aquí, llevando carne, oró, y desde la persona del cuerpo oró al Padre, y cuando oró, gotas de sangre destilaban de todo su cuerpo. Así está escrito en el Evangelio: Jesús oró con intensa oración, y sudó sangre (Lucas XXII, 44). ¿Qué es el flujo de sangre de todo el cuerpo, sino la pasión de los mártires de toda la Iglesia? Señor, clamé a ti, escúchame: atiende a la voz de mi

súplica, mientras clamo a ti. Ya pensabas que el asunto de clamar había terminado, cuando decías, Clamé a ti. Clamaste, ya no estés seguro. Si la tribulación ha terminado, el clamor ha terminado: pero si la tribulación de la Iglesia y del cuerpo de Cristo permanece hasta el fin del mundo, no solo diga, Clamé a ti, escúchame; sino, Atiende a la voz de mi súplica, mientras clamo a ti.

5. [vers. 2-4.] Diríjase mi oración como incienso ante ti; la elevación de mis manos como sacrificio vespertino. Todo cristiano reconoce que esto suele entenderse del mismo Cristo. Pues al declinar el día hacia la tarde, el Señor entregó su alma en la cruz para recibirla de nuevo, no la perdió contra su voluntad. Sin embargo, también nosotros estamos representados allí. ¿Qué colgó de aquel madero, sino lo que tomó de nosotros? ¿Y cómo podría ser que alguna vez Dios Padre abandonara y dejara a su único Hijo, quien ciertamente es un solo Dios con Él? Y sin embargo, fijando nuestra debilidad en la cruz, donde nuestro viejo hombre, como dice el Apóstol, fue crucificado con Él, clamó con la voz de nuestro hombre: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" (Salmo XXI, 2; Mateo XXVII, 46). Ese es, por tanto, el sacrificio vespertino, la pasión del Señor, la cruz del Señor, la ofrenda de la víctima salvadora, el holocausto acepto a Dios. Ese sacrificio vespertino hizo en la resurrección el don matutino. La oración, entonces, dirigida puramente desde un corazón fiel, se eleva como incienso desde un altar santo. Nada es más deleitable que el aroma del Señor: así deben oler todos los que creen.

6. "Nuestro viejo hombre," son palabras del Apóstol, "fue crucificado con Él; para que el cuerpo del pecado sea destruido, para que ya no sirvamos al pecado" (Rom. VI, 6). De ahí que en el mismo salmo, cuando se dijo: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado, lejos de mi salvación?" inmediatamente se añadió: "Las palabras de mis delitos." ¿De qué delitos, si consideras la cabeza? Y sin embargo, Él mismo testificó que era su voz en el salmo, pues dijo esas mismas palabras en la cruz, pronunció ese mismo verso. No se deja lugar a la conjetura humana, no hay entrada para la negación de ningún cristiano. Lo que leo en el salmo, lo escucho del Señor. En el mismo salmo reconozco lo que leo en el Evangelio: "Han horadado mis manos y mis pies; han contado todos mis huesos. Ellos me miraron y me observaron; repartieron entre sí mis vestiduras, y sobre mi ropa echaron suertes" (Salmo XXI, 17-19). Todo esto, tal como fue predicho, así se cumplió; como hemos oído, así también hemos visto (Salmo XLVII, 9). Por tanto, si nuestro Señor Jesucristo, representándonos en el amor de su cuerpo, aunque Él mismo estaba sin pecado, dijo: "Las palabras de mis delitos;" lo dijo, sin embargo, desde la persona de su cuerpo: ¿quién se atreve en sus miembros a decir que no tiene pecado, sino aquel que se atrevería a exaltarse con el nombre de una falsa justicia, y acusar a Cristo de falsedad? Confiesa, entonces, oh miembro, lo que tu cabeza pronunció por ti. Para que confesemos esto, para que lo hagamos, y no nos justifiquemos ante la vista del único justo, que justifica al impío (Rom. IV, 5); ya ha sometido la voz de su cuerpo: "Pon, Señor, una guardia en mi boca, y una puerta de continencia alrededor de mis labios." No dijo, un cerrojo de continencia; sino, una puerta. La puerta se abre y se cierra: por tanto, si es una puerta, que se abra y se cierre; que se abra para la confesión del pecado, que se cierre para la excusa del pecado. Así será una puerta de continencia, no de ruina.

7. ¿De qué nos sirve esta puerta de continencia? ¿Qué ora Cristo desde la persona de su cuerpo? "Para que no incline," dice, "mi corazón a palabras malignas." ¿Qué es, "mi corazón"? El corazón de mi Iglesia, ciertamente el corazón de mi cuerpo. Prestad atención a aquellas palabras donde se nos establece una regla, "Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?" (Hechos IX, 4) cuando nadie lo había tocado. "Tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber:" y demás. Y ellos: "¿Cuándo te vimos hambriento o sediento?" Y Él:

"Cuando lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis" (Mateo XXV, 35, 37, 40). Estas cosas no deberían ser inusitadas para los cristianos, especialmente en aquellos en quienes se han fijado reglas y para entender las demás; y no se turbarán, o se corregirán rápidamente. Así como allí los justos dirán: Señor, ¿por qué dijiste, "Tuve hambre, y me disteis de comer"? ¿Cuándo te vimos hambriento? y Él responderá, "Cuando lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis;" así también digamos a Cristo dentro, en nuestro hombre interior, que se digna habitar allí por la fe (Efesios III, 17). No está ausente de nosotros, y no hay a quien no podamos decir, ya que Él mismo dice: "He aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo" (Mateo XXVIII, 20). Digámosle, entonces, también nosotros, ya que hemos recibido su voz en este salmo: porque es su voz, lo que nadie niega, "La elevación de mis manos como sacrificio vespertino." Di, entonces, consecuentemente: "Pon, Señor, una guardia en mi boca, y una puerta de continencia alrededor de mis labios; para que no incline mi corazón a palabras malignas, para excusar excusas en pecados." ¿Por qué oras así, Señor? ¿Qué pecados tuyos vas a excusar? Responde, Cuando uno de mis miembros ora así, yo oro así: como allí respondió, "Cuando lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis."

8. Pero cuando tu corazón no se haya inclinado, oh miembro de Cristo, cuando tu corazón no se haya inclinado "a palabras malignas, para excusar excusas en pecados, con hombres que obran iniquidad; y no te combinarás con sus elegidos." Esto es lo que sigue: "Y no me combinaré con sus elegidos." ¿Quiénes son sus elegidos? Aquellos que se justifican a sí mismos. ¿Quiénes son sus elegidos? Aquellos que se consideran justos a sí mismos, y desprecian a los demás, como aquel fariseo en el templo dijo: "Dios, te doy gracias porque no soy como los demás hombres" (Lucas XVIII, 11). ¿Quiénes son sus elegidos? Este hombre, si fuera profeta, sabría qué mujer se le acercó a los pies. Reconocéis la voz de otro fariseo, que había invitado al Señor, cuando aquella mujer que era pecadora en la ciudad, vino y se acercó a sus pies. Aquella impúdica, antes descarada para la fornicación, más descarada para la salvación, irrumpió en una casa ajena. Pero aquel que estaba allí reclinado, no era ajeno. No era una extraña siguiendo a cualquier comensal, sino una sierva siguiendo a su Señor. Se acercó a los pies, porque deseaba seguir sus huellas; los lavó con lágrimas, los secó con sus cabellos. ¿Quiénes son los pies de Cristo, sino aquellos por los que recorrió todo el mundo? ¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian cosas buenas! (Isaías LII, 7; Romanos X, 15). Por tanto, los pies del Señor, cuántos los recibieron, para que recibiendo al justo en nombre de justo, recibieran la recompensa del justo; y recibieron al profeta en nombre de profeta, para que recibieran la recompensa del profeta. "Y cualquiera que dé de beber," dice, "a uno de estos pequeños un vaso de agua fría, solo en nombre de discípulo, en verdad os digo, no perderá su recompensa" (Mateo X, 41, 42). Quien, por tanto, con tal humanidad recibió los pies del Señor, ¿qué ofreció, sino lo que tenía en casa como superfluo? Con razón, porque los cabellos son como superfluos, con ellos secaba los pies del Señor. Tus superfluos se vuelven necesarios para ti, si con ellos has servido a los pies del Señor. Por tanto, ella quería ser curada, consciente de su gran herida. Pero, ¿acaso una gran herida, y un pequeño médico? Sin embargo, los fariseos no querían ser tocados por los impuros, evitaban todo contacto con los pecadores; y si alguna vez por necesidad eran tocados, se lavaban. Y casi se bautizaban a todas horas no solo a sí mismos, sino también sus vasos, sus lechos, sus copas, sus platos, como el Señor menciona en el Evangelio (Mateo XXIII, 25). Por tanto, cuando aquel fariseo conocía a esta mujer, que ciertamente si se acercara a los pies de aquel fariseo, la rechazaría, para que su santidad no se contaminara; pues la tenía en el cuerpo, no en el corazón; y porque no la tenía en el corazón, ciertamente la tenía falsa en el cuerpo: porque, por tanto, él la rechazaría, cuando el Señor no lo hizo, pensó que Él no sabía quién era ella, y dijo para sí mismo, "Este, si fuera profeta, sabría qué mujer

se le acercó a los pies." No dijo, la habría rechazado: sino, sabría quién era; como si fuera consecuente que si lo supiera, la rechazaría. Por tanto, de que no la rechazó, también supuso con certeza que no lo sabía. Pero el Señor tenía sus ojos en aquella mujer, como tenía sus oídos en el corazón del fariseo. Así que, habiendo escuchado su pensamiento, propuso la parábola que conocéis. "Dos deudores había a cierto prestamista; uno le debía quinientos denarios, el otro cincuenta: como no tenían ambos con qué pagar, perdonó a ambos. Te pregunto," dice, "¿quién le amó más?" Y él respondió, ya obligado por la verdad a pronunciar sentencia contra sí mismo: "Creo," dice, "Señor, que aquel a quien más perdonó." Y volviéndose hacia la mujer, dijo a Simón: "¿Ves a esta mujer? Entré en tu casa: no me diste beso; pero ella no ha cesado de besar mis pies: no me diste agua para mis pies; pero ella los lavó con sus lágrimas: no me diste aceite; pero ella los ungió con ungüento. Por lo cual te digo: se le perdonan muchos pecados, porque amó mucho" (Lucas VII, 36-47). ¿Por qué? Porque confesó, porque lloró, porque su corazón no se inclinó a palabras malignas para excusar excusas en pecados, no se combinó con sus elegidos, es decir, con los que se defienden a sí mismos.

9. Pues tampoco a esta misma mujer, si su corazón se inclinara a palabras malignas, le faltaría defensa de sus pecados. ¿Acaso no diariamente sus iguales en la deshonra, pero no iguales en la confesión, prostitutas, adúlteras, mujeres deshonestas defienden sus pecados? Si se ocultan, niegan; pero si son descubiertas y convictas, o si lo hacen públicamente, defienden. Y cuán fácil es su defensa, cuán rápida, pero cuán precipitada, cuán cotidiana y cuán sacrílega. ¡Oh, si Dios no quisiera esto, no lo haría! Esto quiso Dios, esto quiso la fortuna, esto quiso el destino. No dice, "Yo dije, Señor, ten misericordia de mí;" no como aquella pecadora que vino a los pies del médico, "Sana mi alma, porque he pecado contra ti" (Salmo XL, 5). Y esta, hermanos míos, ¿de quién es la defensa? No solo de los indoctos, sino también de los doctos. Se sientan, y calculan las estrellas; observan, describen, conjeturan intervalos, cursos, revoluciones, posiciones, movimientos. Doctos, parecen grandes. Todo esto docto y grande, es defensa del pecado. Serás adúltero, porque así tienes a Venus: serás homicida, porque así tienes a Marte. Marte, por tanto, es el homicida, no tú; y Venus es la adúltera, no tú. Mira no sea que por Marte y Venus seas condenado. Pues Dios, que va a condenar, sabe que eres tú, quien dice, No yo, al juez que sabe. Además, el mismo matemático que te vende las fábulas de tus lazos, para que no compres la muerte gratuitamente (pues compras la muerte del matemático a precio, quien despreciaste la vida de Cristo gratis): por tanto, el mismo matemático si ve a su esposa comportarse un poco más descaradamente, o mirar impropiamente a algunos extraños, o frecuentar la ventana; ¿acaso no la agarra, la golpea, y le da disciplina en su casa? Que le responda la esposa: Si puedes, golpea a Venus, no a mí. ¿Acaso no le responderá también él: Tonta, una cosa es lo que corresponde al maestro, otra lo que se ofrece al comprador? Por tanto, ¿quiénes son sus elegidos? Elegidos de los malos, elegidos de los impíos, con quienes no se debe combinar, es decir, con quienes no se debe tener sociedad. ¿Quiénes son, entonces? Aquellos que se consideran justos, y desprecian a los demás como pecadores, como eran aquellos fariseos: o porque esos pecados se descubren manifiestamente o se hacen públicamente, defendiéndolos y afirmándolos, para que no se les atribuya ninguna culpa; y para que ellos mismos no sean juzgados de haber hecho nada malo, sino que todo lo hizo Dios, quien dicen que así creó al hombre, o dispuso las estrellas, o descuida las cosas humanas. Son defensas de los elegidos del mundo. Pero diga el miembro de Cristo, diga el cuerpo de Cristo, diga Cristo desde la persona de su cuerpo, "No inclines mi corazón a palabras malignas, para excusar excusas en pecados, con hombres que obran iniquidad; y no me combinaré con sus elegidos."

10. Sabéis, hermanos, que no debe omitirse, como si los justos más eminentes en sí mismos sostuvieran como el primer grado de justicia, ser llamados Elegidos entre los Maniqueos. Quienes lo saben, que lo reconozcan; quienes no lo sabían, que lo escuchen. Los elegidos de Dios son todos los santos, y tenemos esto en las Escrituras (Mateo XXIV, 22, 24, 31): pero se han apropiado de ese nombre, y se lo han aplicado como más familiarmente, para que ya se llamen propiamente elegidos. ¿Quiénes son estos elegidos? A quienes si les dices, Has pecado; inmediatamente presentan aquella defensa impía y peor que las demás, y más sacrílega: No he pecado yo, sino la raza de las tinieblas. ¿Qué es esta raza de las tinieblas? La que libró guerra contra Dios. ¿Y ella peca cuando tú pecas? Ella, dicen, porque estoy mezclado con ella. Pues Dios, que te mezcló, ¿qué temió? Pues dicen que esa raza de las tinieblas se rebeló contra Dios, antes de que el mundo fuera hecho; y Él, temiendo que sus reinos fueran devastados por la llegada de un ataque hostil, envió aquí sus miembros, su sustancia, lo que Él mismo es; si oro, oro; si luz, luz: lo que sea, eso envió, y lo mezcló con las entrañas de la raza de las tinieblas, dicen, y de ahí fabricó el mundo. Y nosotros, las almas, dicen, somos de esos mismos miembros de Dios; pero aquí estamos oprimidos por las entrañas de la raza de las tinieblas, y cualquier cosa que se diga que pecamos, esa raza peca. Se parecen a excusar su pecado; pero no excusan a su Dios del crimen del miedo, ni a la misma sustancia de su Dios del crimen de la corruptibilidad. Pues si Dios es incorruptible, si es inmutable, si es incontaminable, si es inmaculable, si es impenetrable, ¿qué le haría esa raza? Habría hecho el ataque que quisiera; ¿cómo habría aterrorizado al impenetrable, al inviolable, al incontaminable, al inmutable y al incorruptible? Si, por tanto, tal es Dios, cruel; porque sin razón te envió aquí, a quien nada podía dañarle. ¿Por qué te envió? He aquí, la raza de las tinieblas no podía dañarle; pero Él te dañó gravemente, y Él, más que ella, fue tu enemigo: aunque ella también pudo dañarte. Pudiste ser oprimido, pudiste ser capturado, pudiste ser contaminado, pudiste ser corrompido: por tanto, Él también pudo. Pues de alguna manera, un fragmento y una porción de su naturaleza condena a la masa. Cualquiera que sea lo que envió aquí, tal es también lo que quedó allí. Esto dicen ellos mismos: ellos mismos confiesan que hay dos naturalezas; una aquella, y una esta. Sus libros lo contienen; y si lo niegan, se leen, y se les convence.

11. ¿Qué, entonces? Para no decir más en este único comienzo, no diré cosas peores, no diré cosas más criminales: en este mismo comienzo donde introducen la guerra, ved cómo son derrotados; y donde dicen que se luchó contra Dios por la raza de las tinieblas, ellos mismos son capturados en la lucha de sus palabras. Pues no hay nada que puedan decir, ni a dónde puedan huir. Pero tú, oh impío, falso elegido, ¿quieres defender tu pecado, para que cuando hagas algo malo, no parezca que lo hiciste tú? Buscas a quién atribuir tu pecado, y lo atribuyes a la raza de las tinieblas. Pero mira a Dios, si no lo atribuyes a Él. Pues si la raza de las tinieblas, que fingís, pudiera decirte esto: ¿Por qué me acusas? ¿Pude hacer algo a tu Dios, o no pude? Si pude, soy más fuerte que Él: si no pude, ¿por qué me temió? Si no temió, ¿por qué te envió aquí, para que sufras tanto aquí, siendo tú su miembro, siendo tú su sustancia? Si no temió, envidió; si no lo hizo por miedo, lo hizo por crueldad. ¿Cuán injusto es, entonces, a quien nada podía dañarle, y lo hizo para que sus miembros sufrieran tanto aquí? ¿O podía ser dañado? Entonces no es incorruptible. Por tanto, cuando quieres defenderte de tu pecado, no puedes alabar a Dios. En la alabanza de Dios no serías atrapado, a menos que te jactaras de ti mismo. Pasa a tu vituperio, y alabarás a Dios. Vuelve a las palabras de los Salmos que aborreces, di: "Yo dije, Señor, ten misericordia de mí; sana mi alma, porque he pecado contra ti." Yo dije, yo pequé; no la fortuna, no el destino, no la raza de las tinieblas. Si, por tanto, tú pecaste, ya ves cómo se abre la alabanza de Dios, en la que estabas angustiado, cuando querías defenderte. Es mejor que te angusties en tus pecados, y te ensanches en su alabanza. Ya, por tanto, confesado tu pecado, ve cómo se alaba a Dios: porque es justo, cuando te

castiga perseverante; y misericordioso, cuando libera al que confiesa. Por tanto, no dice, "No inclines mi corazón a palabras malignas, para excusar excusas en pecados;" para que diga que la raza de las tinieblas hizo lo que yo hice.

12. Con los hombres que obran iniquidad. ¿Qué iniquidad? Digamos alguna de sus iniquidades nefandas. Escuchen la iniquidad nefanda de los maniqueos, que confiesan públicamente. Dicen que es más conveniente para el hombre ser usurero que agricultor. Preguntas la razón, y te dan una explicación. Ve si esa explicación no debería llamarse demencia. Porque dicen que quien presta dinero a interés no daña la cruz de la luz (muchos no entienden, pero lo explicaré): pero quien, dicen, es agricultor, daña mucho la cruz de la luz. Preguntas qué cruz de la luz. Dicen que los miembros de Dios que fueron capturados en aquella batalla están mezclados en todo el mundo, y están en los árboles, en las hierbas, en las frutas. Quien ara la tierra, aflige los miembros de Dios; quien arranca una hierba de la tierra, aflige los miembros de Dios; quien recoge una fruta del árbol, aflige los miembros de Dios. Para no cometer estos falsos homicidios en el campo, comete verdaderos homicidios en la usura. No da pan al mendigo. Vean si puede haber mayor iniquidad que esta justicia. No da pan al mendigo: preguntas, ¿por qué? Para que la vida que está en el pan, que dicen es un miembro de Dios, una sustancia divina, no sea recibida por ese mendigo y la ate en la carne. ¿Y entonces ustedes? ¿Por qué comen? ¿No tienen carne? Pero nosotros, dicen, porque hemos sido iluminados por la fe maniquea, con nuestras oraciones y salmos, nosotros que somos los elegidos, purificamos de allí la vida que está en ese pan, y la enviamos a los tesoros del cielo. Son tales los elegidos, que no son salvados por Dios, sino salvadores de Dios. Y dicen que él mismo es Cristo, crucificado en todo el mundo. Yo en el Evangelio había recibido a Cristo como Salvador; pero ustedes en sus libros son los salvadores de Cristo. Son claramente blasfemadores de Cristo, y por eso no serán salvados por Cristo. Entonces, que no se dé un bocado al mendigo, y que el miembro de Dios llore en el bocado, ¡el mendigo morirá de hambre! La falsa misericordia en el bocado, hace un verdadero homicidio en el hombre. Pero, ¿quiénes son esos elegidos de ellos? No inclines mi corazón a palabras malignas, y no me uniré con sus elegidos.

13. [vers. 5.] Me corregirá el justo con misericordia, y me reprenderá. Vean al pecador confesante: quiere ser corregido misericordiosamente, más bien que ser alabado falsamente. Me corregirá el justo con misericordia: si es justo, si es misericordioso, cuando me ve pecar. Esto ciertamente lo dicen algunos miembros de Cristo, lo dicen de algunos miembros de Cristo, lo dicen en un solo cuerpo. El Señor se digna hablar desde la persona del corrector, y no rechaza la persona del corregido o del que debe ser corregido: porque todos los miembros están en él, y él mismo dice, Me corregirá el justo. ¿Qué justo te corregirá? La cabeza corrige todos los miembros. Me corregirá el justo con misericordia, y me reprenderá. Me reprenderá, pero con misericordia: me reprenderá, pero no odia; y tanto más me reprenderá, porque no odia. ¿Y por qué da gracias por eso? Porque, Corrige al sabio, y te amará (Prov. IX, 8). Me corregirá el justo: ¿porque persigue? De ninguna manera: este es más bien el que debe ser corregido, si corrige con odio. ¿Por qué entonces corrige? Con misericordia. Y me reprenderá: ¿en qué? En misericordia. El aceite del pecador no ungirá mi cabeza. ¿Qué significa, El aceite del pecador no ungirá mi cabeza? No crecerá mi cabeza por la adulación. La falsa alabanza es adulación; la falsa alabanza del adulador, eso es el aceite del pecador. Por eso, cuando los hombres han ridiculizado a alguien con falsa alabanza, también dicen de él: Le ungí la cabeza. Amen, pues, ser reprendidos por el justo con misericordia; no amen ser alabados por el pecador con burla. Tengan aceite con ustedes, y no buscarán el aceite del pecador. Porque aquellas vírgenes sabias llevaban aceite consigo (Mat. XXV, 4): las vírgenes sabias llevaban aceite consigo, es decir, su conciencia les daba testimonio. El aceite es gloria,

brilla, resplandece en la superficie. Pero la gloria debe ser buena, y la gloria verdadera, para que esté dentro de sus vasijas. Escucha qué hay en las vasijas: Pero pruébese cada uno a sí mismo, y entonces tendrá gloria en sí mismo, y no en otro (Gál. VI, 4). ¿Qué significa, En sus vasijas? Escucha al mismo Apóstol: Porque nuestra gloria es esta, el testimonio de nuestra conciencia (II Cor. I, 12).

14. Finalmente, porque estás en el cuerpo de Cristo, y aún llevas cierta mortalidad; sé justo para ti mismo, y sé justo en ti. Eres pecador, castígate a ti mismo; vuelve a tu conciencia, exige de ti mismo penas, castígate a ti mismo. Así ofreces sacrificio a Dios. Porque si quisieras sacrificio, ciertamente lo daría, dice el pecador, no te deleitarás en holocaustos. ¿Qué entonces? ¿No acepta ningún sacrificio? Sacrificio a Dios es un espíritu contrito; un corazón contrito y humillado, Dios no desprecia (Sal. L, 18, 19). Humilla tu corazón, rompe tu corazón, castiga tu corazón; y tú mismo te corregirás con misericordia: porque no te odias a ti mismo cuando eres severo contigo. Serás justo en la parte que corrige, aunque aún seas pecador en la parte que debe ser corregida: porque en la parte en que te desagradas, eres injusto; en la parte en que te desagrada en ti lo que es injusto, eres justo. ¿Quieres ver cuán justo eres? Esto en ti te desagrada lo que también a Dios: ya te has unido a la voluntad de Dios, y en ti mismo no odias lo que él hizo, sino lo que él odia. Desde que odiaste en ti lo que hiciste, lo que también odia él que no lo hizo, comenzaste a ser severo contigo; él será misericordioso: perdonará, porque tú no te perdonaste. Por lo tanto, desde que te uniste a sus ojos, y te deleitas en su ley, y reprendes en ti lo que su ley reprende, y te desagrada en ti lo que también desagrada a los ojos de Dios, ve cuán justo eres: pero desde que caíste haciendo lo que desagrada a Dios, y por cierta fragilidad de la debilidad humana caes en ello, y aún llevas la debilidad de la carne, y gimes con cierta resistencia de la conciencia, en esta parte eres injusto y pecador.

15. ¿Cómo, dirás, en cierta parte justo, en cierta parte pecador? ¿Qué es lo que dices? Nos esforzamos, parecemos hablar cosas contrarias, a menos que nos ayude la autoridad apostólica. Escucha eso del Apóstol, para que no me acuses de mal intérprete: Porque me deleito en la ley de Dios según el hombre interior. He aquí el justo. ¿No es justo quien se deleita en la ley de Dios? ¿De dónde, entonces, pecador? Veo otra ley en mis miembros, que lucha contra la ley de mi mente, y me lleva cautivo en la ley del pecado. Aún llevo una guerra contra mí mismo, aún no estoy completamente restaurado a la imagen de mi creador; he comenzado a ser esculpido de nuevo, y en la parte en que soy reformado, me desagrada lo que es deforme. Entonces, mientras estoy así, ¿qué espero? ¡Desdichado de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? La gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor (Rom. VII, 22-25). La gracia de Dios que ya ha comenzado a esculpir de nuevo, la gracia de Dios que infunde dulzura, para que ya por el hombre interior te deleites en la ley de Dios: de allí se sanarán las demás cosas, de donde también estas han sido sanadas. Gime aún herido, castígate, desagrádete.

16. No lucho, dice, como quien golpea el aire; sino que castigo mi cuerpo y lo reduzco a servidumbre, no sea que habiendo predicado a otros, yo mismo sea descalificado (I Cor. IX, 26, 27). ¿Acaso quien castiga el cuerpo, odia el cuerpo? Si alguien castiga a un siervo, ¿odia al siervo? Si alguien golpea a un hijo, ¿odia al hijo? Y para decir algo más cercano, tu carne es como tu esposa. Esto mismo dice el Apóstol: Nadie jamás odió su propia carne; sino que la nutre y la cuida, como también Cristo a la Iglesia (Efes. V, 29). Ciertamente la carne es como una esposa, y nadie odia su propia carne. Sin embargo, ¿qué dice en otro lugar? La carne desea contra el espíritu, y el espíritu contra la carne (Gál. V, 17). Desea contra ti, como tu esposa; ama y castiga, hasta que haya una concordia en una sola reforma. ¿Cuándo será eso? Porque ahora clamas, ¡Desdichado de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?

¿Acaso se separará de ti este cuerpo, y entonces estarás seguro? ¿Y qué es, En nosotros mismos gemimos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo (Rom. VIII, 23). Entonces se restaurará de la mortalidad a la inmortalidad, y ya no resistirá, porque no habrá mortalidad que resista. Por eso castiga tu cuerpo; ahora doma lo que después recibirás; ahora que desfallezca, para que entonces sea suficiente. Porque en esta vida no puede ser restaurado, mientras se lleva lo mortal. No te abandone, no te separe; soporta, educa, castiga: se restaurará al final. Y porque nadie jamás odió su propia carne, también resucitará la carne. Pero, ¿cómo? ¿Aún entonces lucharé? Es necesario, dice, que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad (I Cor. XV, 53).

17. Por lo tanto, cuando se dice, Me corregirá, y me reprenderá; ya sea un hermano, ya sea un prójimo, ya sea un vecino, ya seas tú mismo, debes ser reprendido y corregido con misericordia. Pero el aceite del pecador no ungirá mi cabeza. Pero, ¿qué hago, me dices? Sufro a los aduladores, no cesan de alabar; alaban en mí lo que no quiero, lo que yo desprecio lo alaban en mí, lo que yo valoro lo reprenden en mí, aduladores, engañadores, embaucadores. Aquel gran hombre, por ejemplo, Gayo Seio; grande, docto, sabio: pero, ¿por qué cristiano? Pues gran doctrina, y grandes letras, y gran sabiduría. Si gran sabiduría, aprueba que es cristiano: si gran doctrina, eligió sabiamente. Finalmente, lo que tú vituperas, le agrada a aquel a quien alabas. Pero, ¿qué? Esa alabanza no endulza; es el aceite del pecador. Pero no cesa de hablar. No unja tu cabeza; es decir, no te alegres por tales cosas; es decir, no asientas, no consientas, no te congratules por ello: y si él trajo el aceite de la adulación, pero tu cabeza permaneció íntegra, no se infló, no se hinchó. Porque si se inflara y se hinchara, hace peso y te precipita. Pero el aceite del pecador no ungirá mi cabeza.

18. Porque aún mi oración está en sus placeres. Espera; ahora me vituperan, dice Cristo. En los primeros tiempos de los cristianos, los cristianos eran reprendidos por todas partes. Aún espera; y mi oración estará en sus placeres. Vendrá el tiempo cuando miles de hombres golpearán su pecho y dirán: Perdona nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores (Mat. VI, 12). ¿Cuántos quedan ya que se avergüenzan de golpearse el pecho? Por lo tanto, que reprendan; soportemos. Que reprendan, que odien, que acusen, que calumnien: Aún mi oración estará en sus placeres; vendrá el tiempo cuando mi oración les agradará. Se levantarán como justos con sus propias fuerzas; serán vencidos en la lucha: porque se levantaron con soberbia, serán derribados, serán arrastrados por los pecados, verán que son inicuos, se cumplirán las palabras de los profetas; comenzará a temerse el juicio, la mirada del alma se volverá a la conciencia de los pecados, y agradará aquella oración, Perdona nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores. ¡Oh defensa verbosa de la iniquidad! Ciertamente ya lo dicen los pueblos, y el trueno de los pechos golpeándose no cesa. Con razón las nubes truenan, en las que ya habita Dios. ¿Dónde está esa verbosidad, dónde está esa jactancia: Soy justo, no he hecho nada malo? Ciertamente cuando en las Escrituras santas hayas contemplado la norma de la justicia, por mucho que hayas progresado, te encontrarás pecador. Has progresado, ya adoras a un solo Dios; muy bien: no te prostituyes de él a los ídolos, a los astrólogos, a los adivinos, a los arúspices, a los augures, a los hechiceros; porque eso es prostituirse del Señor Dios: ya estás en algún número de los miembros de Cristo. Ya comienza a ver también esos pecados de la sociedad humana. No matas a nadie, no adulteras con la esposa de nadie, no haces injuria a tu esposa yendo a otra, no te contaminas con ninguna corrupción perversa, has abstenido tus manos del robo, tu lengua del perjurio, tu corazón de codiciar la cosa de tu prójimo: ya eres justo. Atiende a las demás cosas; no te enorgullezcas ya. ¿No pecas en la lengua? ¿No te deslizas en una palabra dura? Pero, ¿qué gran cosa dices? ¿Qué gran cosa? Quien diga a su hermano, Fatuo; será reo del fuego del infierno (Mat. V, 22). Ya toda esa soberbia tiembla. He aquí que ya no hace

mucho para que Dios sea blasfemado por alguna impiedad; no se lanza a herir a alguien, no hace a otro lo que no quiere sufrir: ¿qué de la lengua? ¿Quién la doma? Pero he aquí que ya también la has frenado: aunque, ¿quién es tan grande que lo logre de todo modo? Pero he aquí que ya también la has frenado: ¿qué haces con tus pensamientos? ¿Qué haces con el tumulto y la multitud de deseos rebeldes? No les das los miembros. Así lo creo, y lo veo: pero sin embargo, los pensamientos a veces inclinan y te llevan, a menudo en la oración con las rodillas dobladas. Prosternas el cuerpo, curvas el cuello, confiesas los pecados, adoras a Dios: veo el cuerpo donde yace, busco dónde vuela el alma. Veo los miembros yacentes: veamos si la conciencia está firme, veamos si está fija en aquel a quien adora; si no es llevada a menudo por pensamientos, como por el oleaje del mar, y es llevada por la tempestad a una cosa y otra. Ahora, si hablaras conmigo, y de repente te volvieras a tu siervo, y me dejaras, no digo a quien pedías algo, sino con quien hablabas de igual a igual; ¿no consideraría yo que se me ha hecho una injuria? He aquí lo que haces diariamente a Dios. ¿Cómo he dicho ahora, hermanos? Ya a aquel que solo adora a Dios, que confiesa a Cristo, que conoce al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo como un solo Dios, que no se prostituye después de él, que no adora demonios, que no busca ayudas del diablo, que mantiene la Iglesia católica; de cuya fraude nadie se queja, de cuya opresión no gime el vecino débil; que no tienta a la esposa ajena, que está contento con la suya, o que ni siquiera con la suya, sino como lo permite y lo permite la disciplina apostólica, donde hay consenso de ambos (I Cor. VII, 5) o donde aún no ha sido tomada. Quien ya es tal, sin embargo, es descubierto en estas cosas que he dicho.

19. [vers. 6.] Viene, pues, el tiempo que se ha dicho, Aún mi oración estará en sus placeres; ya sea la que enseñó, ya sea la que intercede por nosotros. En estos, pues, pecados cotidianos, ¿cuál es la esperanza, sino que con corazón humilde digamos en la oración dominical, que ya está en nuestros placeres, no defendiendo nuestros pecados, sino confesándolos, Perdona nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores; y tengamos un abogado ante el Padre, a Jesucristo el justo, para que él mismo sea la propiciación por nuestros pecados (I Juan II, 1-2)? Ahora hablen los soberbios; son vencidos en número, son vencidos por los pueblos, toda la tierra desde el oriente hasta el occidente alabando el nombre del Señor. ¿Qué hacen unos pocos que disputan de otra manera? Son jueces de los impíos. Pero, ¿qué te importa? Ve lo que sigue: Absorbidos son junto a la roca sus jueces. ¿Qué significa, Absorbidos son junto a la roca? Pero la roca era Cristo (I Cor. X, 4). Absorbidos son junto a la roca. Junto, es decir, comparados los jueces, grandes, poderosos, doctos: ellos son llamados sus jueces, como juzgando sobre las costumbres, y emitiendo sentencia. Esto dijo Aristóteles. Júntalo a la roca, y es absorbido. ¿Quién es Aristóteles? Escuche, Cristo dijo; y en los infiernos tiembla. Esto dijo Pitágoras, esto dijo Platón. Júntalos a la roca, compara su autoridad con la autoridad evangélica, compara a los inflados con el crucificado. Digámosles: Ustedes escribieron sus letras en los corazones de los soberbios; él fijó su cruz en los corazones de los reyes. Finalmente, murió y resucitó: ustedes murieron, y no quiero buscar cómo resuciten. Por lo tanto, Absorbidos son junto a esta roca sus jueces. Parecen decir algo, hasta que se comparan con la roca. Por eso, si se encuentra alguno de ellos diciendo lo que también dijo Cristo; nos alegramos por él, no lo seguimos. Pero, ¿fue él antes que Cristo? Si alguien dice la verdad, ¿es anterior a la misma verdad? Oh hombre, atiende a Cristo, no cuando vino a ti, sino cuando te hizo. También puede decir el enfermo: Pero primero caí en la cama, antes de que el médico viniera a mí. Ciertamente por eso él vino después, porque tú caíste primero.

20. Observad, pues, el texto del Salmo: "Aún mi oración está en sus placeres". Pero habrá muchos que contradigan: "Fueron absorbidos junto a la roca sus jueces". ¿Qué sucederá entonces? Oirán mis palabras, porque prevalecieron. Mis palabras prevalecieron sobre las

suyas. Ellos dijeron algunas cosas elocuentemente, pero yo dije la verdad. Una cosa es alabar al locuaz, otra al veraz. Oirán mis palabras, porque prevalecieron. ¿Cómo prevalecieron? ¿Quién de ellos fue capturado en sacrificio, cuando estas leyes lo prohibían, y no lo negó? ¿Quién de ellos fue capturado adorando un ídolo, y no clamó: "No lo hice", y temió ser convencido? Tales ministros tenía el diablo. ¿De dónde prevalecieron las palabras del Señor? He aquí que os envío como corderos en medio de lobos. No temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma; temed más bien a aquel que puede arrojar tanto el cuerpo como el alma al infierno de fuego (Mateo 10, 16, 28). Dio temor, sometió esperanza, inflamó caridad. No temáis, dice, la muerte. ¿Teméis la muerte? Yo muero primero. ¿Teméis que ni un cabello vuestro perezca? Yo resucito primero íntegro en la carne. Con razón escuchasteis sus palabras, porque prevalecieron. Decían, y eran asesinados; caían, y se mantenían firmes. ¿Y qué se logró con tantas muertes de mártires, sino que esas mismas palabras prevalecieran, y como si la tierra regada con la sangre de los testigos de Cristo, brotara por todas partes la cosecha de la Iglesia? Oirán, dice, mis palabras, porque prevalecieron. ¿De dónde prevalecieron? Ya lo hemos dicho: cuando son predicadas por quienes no temen. ¿Qué no temen? Ni el exilio, ni las pérdidas, ni la muerte, ni la cruz. No solo la muerte; sino tampoco la cruz, que parecía la muerte más execrable. El mismo Señor la asumió, para que sus discípulos no temieran ni siquiera la muerte, ni se horrorizaran del tipo de muerte. Por lo tanto, cuando estas cosas son dichas por quienes no temen, prevalecieron.

21. [vers. 7.] ¿Qué hicieron entonces esas muertes de todos los mártires? Escucha: "Como la grosura de la tierra se rompió sobre la tierra, nuestros huesos fueron dispersados junto al infierno". Junto al infierno fueron dispersados los huesos de los mártires, es decir, los cuerpos de los testigos de Cristo. Pues los mártires fueron asesinados, y parecía que prevalecían quienes los mataban. Prevalecieron ellos persiguiendo, para que prevalecieran las palabras de Cristo predicando. ¿Y qué se logró con las muertes de los santos? "Como la grosura de la tierra se rompió sobre la tierra, nuestros huesos fueron dispersados junto al infierno". ¿Qué significa "la grosura de la tierra se rompió sobre la tierra"? Sabemos que la grosura de la tierra son cosas despreciables. Lo que es despreciable para los hombres, fertiliza la tierra. Pues se ha dicho en cierto salmo que las muertes de los santos yacían; y no hubo quien las sepultara (Salmo 78, 3). Pero todas esas muertes se convirtieron en la grosura de la tierra. Así como la tierra recibe cierta fertilidad de cosas despreciables y rechazadas; así de lo que este mundo desprecia, la tierra recibió grosura, para que de allí brotara más fértil la cosecha de la Iglesia. Ya sabéis, hermanos, que las cosas despreciables de esta tierra, de las cuales la tierra se enriquece, ni quiero nombrarlas, ni es decoroso decirlo: tal es cierta gordura de la tierra, y cierta grosura; y es despreciable para los hombres, y parece sucia, y se desecha. Pero, ¿qué hizo aquí, para usar ya sus propias palabras? "De la tierra levantó al pobre, y del estiércol exaltó al necesitado; para colocarlo con los príncipes, con los príncipes de su pueblo" (Salmo 112, 7-8). Pues estaba postrado en la tierra; como la grosura de la tierra, fue roto sobre la tierra: así yacía aquel Lázaro lleno de llagas, pero fue llevado por los ángeles al seno de Abraham (Lucas 16, 20-22). "Preciosa es a los ojos del Señor la muerte de sus santos" (Salmo 115, 15). Así como es despreciable para el mundo, es preciosa para el agricultor. Pues él conoce allí la utilidad y el jugo abundante, y sabe qué desea, qué elige, de dónde surge la cosecha fértil: pero este mundo la desprecia. ¿No sabéis que "Dios eligió lo despreciable del mundo, y lo que no es, como si fuera, para que lo que es sea anulado" (1 Corintios 1, 28)? Del estiércol fueron levantados Pedro y Pablo; y cuando fueron asesinados, fueron despreciados: ahora ya la tierra enriquecida, con la cosecha de la Iglesia surgiendo, he aquí lo que es noble y principal en el mundo, el emperador viene a Roma; ¿a dónde se apresura? ¿al templo del Emperador, o a la memoria del Pescador? Pues "como la grosura de la tierra se rompió sobre la tierra, nuestros huesos fueron dispersados junto al infierno".

22. [vers. 8.] "Porque a ti, Señor, mis ojos: en ti he confiado; no quites mi alma". Pues fueron atormentados en las persecuciones, y muchos desfallecieron. Y porque habló de la cautividad de la persecución, "Como la grosura de la tierra se rompió sobre la tierra, nuestros huesos fueron dispersados junto al infierno": se dio cuenta de que muchos desfallecieron y muchos estuvieron en peligro; y como en medio de las tribulaciones de las persecuciones se emitió la voz del que ora, "Porque a ti, Señor, mis ojos". No me importa lo que amenacen los que me rodean; "A ti, Señor, mis ojos". Fijo más mi mirada en tus promesas que en sus amenazas. Sé lo que sufriste por mí, lo que me prometiste: "A ti, Señor, mis ojos: en ti he confiado; no quites mi alma".

23. [vers. 9.] "Guárdame de la trampa que me han tendido". ¿Cuál era la trampa? Si consientes, te perdono. En la trampa se puso el cebo de esta vida: si el ave ama este cebo, cae en la trampa: pero si el ave es tal que dice, "Y el día del hombre no deseé, tú lo sabes" (Jeremías 17, 16); sus ojos no se apartarán de Dios, y él mismo sacará sus pies del lazo (Salmo 25, 15). "Guárdame de la trampa que me han tendido, y de los escándalos de los que obran iniquidad". Dijo dos cosas, ambas para distinguirse entre sí: dijo que los perseguidores tendieron una trampa, pero los escándalos vinieron de aquellos que consintieron y apostataron; y de ambos quiere ser guardado. De un lado amenazan con violencia, del otro caen los que consienten: temo que este sea tal, a quien temo; temo que este sea tal, a quien imite. Esto te haré, si no consientes: "Guárdame de la trampa que me han tendido". He aquí que tu hermano ya consintió: "Y de los escándalos de los que obran iniquidad".

24. [vers. 10.] "Caerán en su red los pecadores". ¿Qué significa entonces, hermanos, "Caerán en su red los pecadores"? Pero no todos los pecadores: algunos pecadores, que son tan pecadores que aman tanto esta vida que la prefieren a la vida eterna, caerán en su trampa. Pero, ¿qué dices? ¿Crees que tales caen en su red? Pero, ¿qué de tus discípulos, oh Cristo? He aquí que cuando la persecución ardía, cuando todos te dejaron solo, y cada uno se fue a lo suyo (predijiste esto, porque lo preveías: no porque tú lo predijiste, tú lo hiciste, ni tú en nadie te negaste): pero he aquí que aquellos que se adherían a ti, en tu tentación y persecución, en la que los enemigos te buscaban para crucificarte, desfallecieron. Y aquel audaz que te había prometido que estaría contigo hasta la muerte, escuchó del médico lo que se hacía en él enfermo. Pues febril se había dicho sano; él tocaba la vena del corazón. Llegó la tentación, llegó la prueba, llegó la acusación; y ya interrogado, no por alguna gran autoridad, sino por un siervo inferior, y esto una mujer, interrogado por una criada sucumbió. Negó tres veces. Negado una vez, cuando se le recordó, negó de nuevo: negado dos veces, cuando se le recordó, negó por tercera vez. Esto lo había predicho el Señor; no lo había ordenado, no lo había forzado. O si se piensa que Pedro hizo bien porque el Señor lo había predicho; también hizo bien Judas que lo entregó, porque el Señor también lo había predicho. Lejos de nosotros, hermanos míos; esta es la voz de aquellos elegidos, que incluso defienden sus pecados en lugar de confesarlos. Consideremos más bien a Pedro mismo. Si no pecó en nada, ¿por qué lloró? No preguntemos sobre Pedro, sino a las lágrimas de Pedro: no encontramos testigos más fieles sobre él. Lloró amargamente, dice (Mateo 26, 31-75). Aún no era apto para la pasión: "Me seguirás después" (Juan 13, 36), se le había dicho. Aún sería firme, confirmado por la resurrección del Señor.

25. Aún no era el tiempo, pues, para que esos huesos se dispersaran junto al infierno. Pues ved cuántos desfallecieron, incluso aquellos primeros adheridos a su boca; incluso ellos desfallecieron. ¿Por qué esto? "Soy único, hasta que pase". Pues esto sigue en el Salmo. Antes había dicho, "Guárdame, Señor, de la trampa que me han tendido, y de los escándalos de los que obran iniquidad". De la trampa, y de los escándalos; y de los que amenazan, y de

los que caen. Pero porque en su pasión incluso aquellos primeros, que serían los líderes de la Iglesia y las columnas de la tierra, desfallecieron; aún no se había cumplido lo que dice en otro salmo. "Yo confirmé sus columnas" (Salmo 74, 4). ¿Qué dice, "Soy único, hasta que pase"? Esta es la voz desde la persona de la cabeza, "Soy único, hasta que pase". ¿Qué significa "único"? En la pasión tú solo sufres, tú solo eres asesinado por los enemigos. "Soy único, hasta que pase". ¿Qué significa "hasta que pase"? El evangelista dice: "Cuando llegó la hora de que Jesús pasara de este mundo al Padre" (Juan 13, 1). ¿Qué significa entonces "hasta que pase", sino "de este mundo al Padre"? Entonces confirmé sus columnas, es decir, las columnas de la tierra, cuando en mi resurrección claramente aprendieron que la muerte no debe ser temida. Hasta que pase, soy único: cuando haya pasado, me multiplicaré; muchos me imitarán, muchos sufrirán por mi nombre. Soy único hasta que pase; muchos en mí serán uno cuando haya pasado. "Soy único, hasta que pase". Escuchad también el misterio de su palabra. Según la locución griega, Pascua parece significar pasión; pues "πάσχειν" significa sufrir: pero según la lengua hebrea, como lo interpretaron quienes lo saben, Pascua se interpreta como Tránsito. Pues incluso si preguntáis a los griegos bien, niegan que Pascua sea griego. Allí suena "πάσχειν", es decir, sufrir, pero no suele declinarse así: pues pasión en griego se dice "πάθος", no pascua. Entonces Pascua, como dicen quienes lo saben, y quienes nos interpretaron lo que leíamos, se interpreta como tránsito. Por eso, cuando se acercaba la pasión del Señor, como si el mismo verbo hablara el evangelista: "Cuando llegó", dice, "la hora de que Jesús pasara de este mundo al Padre". Pascua sonó aquí, pues, en este verso, "Soy único, hasta que pase". Después de Pascua ya no seré único, después del tránsito ya no seré único. Muchos me imitarán, muchos me seguirán: y si después me seguirán, ¿qué será? "Soy único, hasta que pase". ¿Qué es lo que el Señor dice en este salmo, "Soy único hasta que pase"? ¿qué es lo que hemos expuesto? Si lo entendimos, atiende a sus propias palabras en el Evangelio: "En verdad, en verdad os digo", dice, "si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto". Esto lo dijo allí, donde también dijo: "Cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos a mí mismo" (Juan 12, 24, 25, 32). "Si el grano de trigo", dice, "no cae en tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto". Por tanto, a ese grano se le debía mucha cosecha: pero espera, que aún sea mortificado; porque el grano, a menos que caiga en tierra y sea mortificado, queda solo.

26. Por tanto, estaba solo, antes de ser mortificado. Por eso también Pedro aún no tenía tales fuerzas: recibiría las fuerzas para seguir, no tenía las de preceder. Pues por Cristo, es decir, por la confesión del nombre de Cristo, por el cual somos cristianos, nadie murió antes de Cristo: no sea que se os ocurra. Pues muchos murieron y son mártires, muchos profetas sufrieron tales cosas; pero no morían por anunciar a Cristo, sino porque decían los pecados de los hombres contra ellos, y resistían más libremente a sus iniquidades: y se cuentan entre los mártires. Pues si no por la confesión del nombre de Cristo, sin embargo, por la verdad fueron asesinados. Hasta tal punto, sin embargo, por ese mismo nombre, es decir, por la confesión del nombre de Cristo, nadie murió, antes de que ese grano cayera en tierra, de cuya persona se dijo, "Soy único, hasta que pase", que incluso Juan, que había sido recientemente asesinado, donado por el rey inicuo a la bailarina, no fue asesinado por esto, porque confesó a Cristo. Podría haber sido asesinado por eso, y esto por muchos. Si por otra cosa fue asesinado por uno, cuánto más por Cristo podría haber sido asesinado por aquellos mismos que mataron a Cristo. Pues Juan daba testimonio de Cristo. Aquellos que escuchaban a Cristo, querían matarlo a él, y no mataban a quien daba testimonio de él. Pues si se hiciera un ataque por Cristo a Juan, no lo negaría. (Pues había en él grandes fuerzas, por las cuales fue llamado amigo del esposo [Juan 3, 29]. Gran gracia en él, gran excelencia: "Entre los nacidos de mujer no se ha levantado nadie mayor que Juan el Bautista" [Mateo 11, 11]). Por tanto, el ataque se hizo contra aquel que no tenía tales fuerzas: se hace un ataque a Pedro, no se hace a

Juan. Pues Pedro recibió esas fuerzas después; entonces, sin embargo, fue débil. Por el nombre de Cristo, aquel que no tenía fuerzas es interrogado: aquel que tenía fuerzas, no sufre persecución por Cristo; para que por el nombre de Cristo no precediera a Cristo. No es asesinado por los judíos, que daban testimonio libre de Cristo, a quien los judíos mataron; y es asesinado por Herodes, porque le decía, "No te es lícito tener la mujer de tu hermano" (Mateo 14, 3-11). Pues no había muerto su hermano sin posteridad. Por la ley de la verdad, por la equidad, por la justicia: por eso santo, por eso mártir; pero no por ese nombre, por el cual somos cristianos. ¿Por qué esto, sino para que se cumpliera, "Soy único, hasta que pase"?

EN EL SALMO 141 COMENTARIO.

SERMON AL PUEBLO.

1. A la solemnidad de los mártires, como la devoción de vuestra celebración, así se debe el sermón de nuestro servicio. Pero es necesario que vuestra Caridad recuerde cuántas cosas se dijeron ayer. Pues no porque por la avidez de vuestro interior estuvisteis presentes durante todo el sermón como si fuerais nuevos, debemos olvidar la debilidad común: primero porque es necesario honrar las palabras ilustres, como está escrito, "Las palabras ilustres son sabiduría del Señor Dios". A través de nosotros se os ministran como por vasijas: y si son de barro las vasijas, pero el pan es celestial. El Apóstol dice: "Tenemos este tesoro en vasijas de barro, para que la eminencia del poder sea de Dios" (2 Corintios 4, 7). ¿Qué tesoro, sino el mismo pan? Pues si no fuera el mismo tesoro y pan, no se habría escrito en otro lugar sobre ese tesoro: "El tesoro deseable reposa en la boca del sabio; pero el hombre necio lo devora" (Proverbios 21, 20). Por eso advertimos a vuestra Caridad que lo que escucháis y guardáis en el vientre de la memoria, lo volváis a revolver y meditar, como si lo rumiarais. Esto es, "El tesoro deseable reposa en la boca del sabio; pero el hombre necio lo devora": brevemente dijo, el sabio rumia, el necio no rumia. Pero esto claramente y en latín, ¿qué es? El sabio medita lo que ha escuchado; pero el necio olvida lo escuchado. Pues no por otra razón en la Ley, se dijeron puros aquellos animales que rumian, impuros los que no rumian (Levítico 12, 2-8): pues toda criatura de Dios es pura. Para el Dios Artífice, tanto el cerdo como el cordero son puros. Pues creó todo muy bueno (Génesis 1, 31): y, "Toda criatura de Dios es buena", dice el Apóstol (1 Timoteo 4, 4); y, "Todo es puro para los puros" (Tito 1, 15). Pues aunque en la naturaleza ambos sean puros; en significado, sin embargo, el cordero significa algo puro, el cerdo significa algo impuro: el cordero significa la inocencia de la sabiduría que rumia; el cerdo significa la impureza de la necedad que olvida. Un breve Salmo fue dicho para la solemnidad; veamos si también puede ser tratado brevemente.

2. [vers. 2.] "Con mi voz clamé al Señor". Bastaría, "Con voz clamé al Señor"; tal vez no en vano se añadió, "mi". Pues muchos claman al Señor, no con su voz, sino con la voz de su cuerpo. Por tanto, el hombre interior, en quien Cristo comenzó a habitar por la fe (Efesios 3, 17), clame al Señor con su voz, no en el ruido de los labios, sino en el afecto del corazón. No donde el hombre oye, allí oye Dios: a menos que clames con la voz de los pulmones y los costados y la lengua, el hombre no te oye; tu pensamiento es clamor al Señor. "Con mi voz clamé al Señor; con mi voz al Señor supliqué". Lo que dijo, "clamé"; lo explicó, cuando dijo, "supliqué". Pues claman al Señor también los que blasfeman. En el verso anterior puso el clamor, en el siguiente explicó el clamor. Como si se exigiera, ¿Con qué clamor clamaste al Señor? "Al Señor", dice, "supliqué": mi clamor, mi súplica; no insulto, no murmuración, no blasfemia.

3. [vers. 3.] Derramaré ante Él mi oración. ¿Qué significa, ante Él? En su presencia. ¿Qué significa, en su presencia? Donde Él ve, ¿y dónde no ve? Pues decimos, donde ve, como si en algún lugar no viera. Pero en este conjunto de cosas corporales, ven tanto los hombres como los animales: sin embargo, Él ve donde el hombre no ve. Pues ningún hombre ve tu pensamiento, pero Dios lo ve. Por tanto, derrama tu oración donde solo Él ve, quien recompensa. Pues el Señor Jesucristo te mandó orar en secreto: pero si reconoces tu habitación y la limpias, allí ruegas a Dios. Cuando oréis, dice, no seáis como los hipócritas, que están en las plazas y en las calles orando, para ser vistos por los hombres. Pero tú, cuando ores, entra en tu habitación, cierra la puerta y ora a tu Dios en secreto; y el que ve en secreto, te recompensará (Mat. VI, 5 y 6). Si los hombres van a recompensar, derrama tu oración ante los hombres: si Dios va a recompensar, derrama tu oración ante Él, y cierra la puerta, para que el tentador no entre. El tentador no cesa de golpear, para irrumpir; si la encuentra cerrada, pasa de largo. Por eso el Apóstol, porque está en nuestro poder cerrar la puerta: la puerta del corazón, no de las paredes; pues allí también está la habitación: porque está en nuestro poder cerrar esta puerta, dice, No deis lugar al diablo (Efes. IV, 27). Pues si ha entrado y poseído, observa que tú descuidadamente cerraste o descuidaste cerrar.

4. ¿Qué significa cerrar la puerta? Esta puerta tiene como dos hojas; de codicia y de temor. O deseas algo terrenal, y por ahí entra; o temes algo terrenal, y por ahí entra. Cierra, pues, la puerta del temor y de la codicia contra el diablo, ábrela a Cristo. ¿Cómo abres esas hojas a Cristo? Deseando el reino de los cielos, temiendo el fuego del infierno. Por la codicia del mundo entra el diablo, por el deseo de la vida eterna entra Cristo: por el temor de los castigos temporales entra el diablo, por el temor del fuego eterno entra Cristo. He aquí que los mártires cerraron la puerta contra el diablo, la abrieron a Cristo. El mundo les prometió muchas cosas: se rieron, cerraron la hoja de la codicia contra el diablo. El mundo les amenazó con bestias, fuegos, cruces: no temieron, cerraron la hoja del temor contra el diablo. Veamos si las abrieron a Cristo: El que me confiese, dice, delante de los hombres, yo también lo confesaré delante de mi Padre, que está en los cielos. Amaron, pues, el reino de los cielos, donde Cristo los confesará. ¿Cómo los confesará? Venid, benditos de mi Padre, recibid el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo (Mat. XXV, 34). Los confesará colocados a su derecha. Veamos si también abrieron a Cristo la hoja del temor, que cerraron al diablo. En un mismo lugar el Señor advierte esto, que se cierre al diablo y se abra a Él. No temáis, dice, a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma: advirtió que la hoja del temor se cerrara en la cara del diablo. ¿Entonces no hay nada que temer? ¿No se abrirá entonces la entrada del temor a Cristo, que se cerró al diablo? Inmediatamente añadió, como diciendo, Lo excluiste, ábreme a mí: Pero temed, dice, a aquel que tiene poder para matar el alma y el cuerpo en el infierno de fuego (Mat. X, 32, 28). Ahora bien, si creíste y abriste a Cristo, cierra contra el diablo. Cristo está dentro, allí habita: derrama ante Él tu oración, no busques que te escuche desde lejos. Pues no está lejos la Sabiduría de Dios, que se extiende con fuerza de un extremo al otro, y dispone suavemente todas las cosas (Sab. VIII, 1). Por tanto, dentro de ti, derrama ante Él tu oración: allí están sus oídos. Porque ni del oriente, ni del occidente, ni de los desiertos montes; porque Dios es juez (Sal. LXXIV, 7): si es juez, mira qué causa llevas en tu corazón.

5. [vers. 4.] Derramaré ante Él mi oración; anunciaré mi tribulación en su presencia. Es una repetición, tanto en los dos versículos anteriores como en los siguientes; son dos sentencias, pero cada una dicha dos veces. Una es aquella, Con mi voz clamé al Señor, con mi voz supliqué al Señor: la otra es, Derramaré ante Él mi oración, anunciaré mi tribulación en su presencia. Pues lo que es, ante Él; es lo mismo que, en su presencia: y lo que es, derramaré mi oración; es lo mismo que, anunciaré mi tribulación. ¿Cuándo haces esto? Hablando en

persecución: Cuando desfalleció mi espíritu dentro de mí. ¿Por qué desfalleció tu espíritu, oh mártir en tribulación? Para no atribuirme mis fuerzas, para saber que otro en mí opera esa misma virtud. Pero cuando os entreguen a los jueces (así advirtió el Señor a quienes quería hacer mártires), no penséis qué habéis de hablar; porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros (Mat. X, 19, 20). Por tanto, que desfallezca tu espíritu, que hable el Espíritu de Dios. Con razón quería hacerlos pobres de espíritu: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos (Mat. V, 3). Bienaventurados, pues, los pobres de su espíritu, ricos en el Espíritu de Dios. Pues todo hombre que sigue su propio espíritu, es soberbio. Someta su espíritu, para que reciba el Espíritu de Dios. Iba a la cumbre, que descanse en el valle. Si va a la cumbre, el agua se desliza de él: si descansa en el valle, se llenará de ella, y se convertirá en aquel vientre del que se dijo, Ríos de agua viva fluirán de su vientre (Juan VII, 38). Por tanto, cuando desfalleció mi espíritu dentro de mí, en tu presencia anuncié mi tribulación, hecho humilde, confesándote con mi espíritu desfallecido, cuando estoy lleno de tu Espíritu.

6. Y tal vez los hombres oyeron que desfalleció mi espíritu dentro de mí, y desesperaron de mí, y dijeron, Lo hemos capturado, lo hemos oprimido: Y tú conociste mis caminos. Ellos pensaban que yo estaba caído, tú me veías de pie. Aquellos que me perseguían y habían capturado, pensaban que mis pies estaban atrapados: pero sus pies fueron atados, y cayeron; nosotros, sin embargo, nos levantamos y estamos erguidos (Sal. XIX, 9). Pues mis ojos están siempre hacia el Señor, porque Él sacará mis pies de la trampa (Sal. XXIV, 15). Perseveré caminando: Pues el que persevere hasta el fin, ese será salvo (Mat. X, 22). Ellos pensaban que yo estaba oprimido, pero yo caminaba. ¿Dónde caminaba? En los caminos que ellos no veían, que pensaban que yo estaba capturado; en los caminos de tu justicia, en los caminos de tus mandamientos. Pues tú conociste mis caminos; el perseguidor no los conoció: pues no me envidiaría en ellos, sino que caminaría conmigo en ellos. ¿Cuáles son esos caminos, sino aquellos de los que en otro lugar se dice: El Señor conoce el camino de los justos, y el camino de los impíos perecerá (Sal. I, 6)? No dijo, No conoce el camino de los impíos: Conoce el de los justos, pero el de los impíos perecerá. Pues lo que no conoce, perece. En muchos lugares de las Escrituras encontramos que conocer de Dios, es guardar; conocer de Dios, es conservar; no conocer, es condenar. Pues de aquel que conoce todo, dirá al final, No os conozco (Mat. VII, 23). No se alegren y digan, No seremos castigados, porque el juez no nos conoce. Ya están castigados, si el juez no los conoce. Por tanto, los caminos que el Señor conoce, son los que aquí se llaman caminos, cuando dice, Tú conociste mis caminos. Pues todo camino es un sendero; no todo sendero es un camino. ¿Por qué, entonces, esos caminos se llaman senderos, sino porque son estrechos? El camino ancho de los impíos, el camino estrecho de los justos.

7. Ese camino, esos mismos son caminos: así como la Iglesia, esas mismas son Iglesias; y lo que es cielo, esos mismos son cielos. Se dicen en plural, y se dicen en singular. Por la unidad de la Iglesia, una Iglesia: Una es mi paloma, una es de su madre (Cant. VI, 8). Por las congregaciones fraternales por lugares, hay muchas Iglesias: Las Iglesias, dice, de Judea que están en Cristo, se alegraban de que aquel que nos perseguía, ahora evangeliza la fe que una vez devastaba; y en mí glorificaban a Dios (Gál. I, 22, 24). Así dijo Iglesias, y así dice una Iglesia: Sed sin ofensa a los judíos, y a los griegos, y a la Iglesia de Dios (I Cor. X, 32). Así, pues, caminos, y camino; y senderos, y sendero. ¿Por qué senderos, y por qué sendero? Así como dimos razón de por qué Iglesias y Iglesia, debemos también dar razón de esto. Se llaman senderos de Dios, porque son muchos preceptos: y porque esos muchos preceptos se reducen a uno, porque la plenitud de la ley es la caridad (Rom. XIII, 10); por eso esos caminos en muchos preceptos se reúnen en uno, y se dice uno, porque nuestro camino es la

caridad. Veamos si la caridad es camino. Escuchemos al Apóstol: Y aún os muestro un camino más excelente (I Cor. XIII, 31). ¿Qué dices, oh Apóstol, camino más excelente? Lo que digo escucha: Si hablo lenguas de hombres y de ángeles, pero no tengo caridad, he venido a ser como metal que resuena, o címbalo que retiñe: y si tuviera profecía, y entendiera todos los misterios, y toda la ciencia; y si tuviera toda la fe, de tal manera que trasladara montes, pero no tengo caridad, nada soy: y si distribuyera todos mis bienes a los pobres, y si entregara mi cuerpo para ser quemado, pero no tengo caridad, de nada me sirve (I Cor. XIII, 1-3). Por tanto, dijo que la caridad es el camino más excelente. Este gran camino, hermanos, tiene un gran milagro. Este camino ciertamente, porque es más excelente, y es más elevado; pues lo que es más elevado, es lo que sobresale. Nada más elevado que el camino de la caridad, y no caminan en él sino los humildes. Por tanto, estos senderos, dice, son los preceptos de la caridad. Tú, dice, conociste mis senderos: tú sabes que lo que sufro por ti, lo sufro por amor; tú sabes que la caridad en mí todo lo soporta; tú sabes que aunque entregue mi cuerpo para ser quemado, la tengo, sin la cual eso no aprovecha al hombre.

8. Pero, ¿quién conoce estos caminos del hombre, hermanos míos, sino verdaderamente aquel a quien se le dijo, Tú conociste mis senderos? Pues todas las obras humanas ante los ojos de los hombres; es incierto con qué corazón se hacen. Y cuántos impíos midiéndose a sí mismos, dicen de nosotros que buscamos en la Iglesia honores, alabanzas, utilidades temporales. ¿Cuántos dicen que hablo a vosotros para que aclaméis y me alabéis, y que tengo este fin y esta intención cuando hablo? ¿Y cómo les muestro que no hablo con esa intención? Resta que diga, Tú conociste mis senderos. ¿Cómo saben ellos lo que ni vosotros sabéis? ¿Cómo saben ellos lo que apenas yo sé? Pues ni yo me juzgo a mí mismo: quien me juzga es el Señor (I Cor. IV, 3 y 4). No sé qué de sí mismo Pedro, no sabiendo, presumió, y el médico veía otra cosa en sus fuerzas. Por tanto, clámese piadosa y puramente al Señor, porque verdaderamente se clama, Tú conociste mis senderos. Pero, ¿quieres que te guíe por esos senderos? Sé manso, sé humilde; no seas feroz, no seas soberbio, no con el cuello erguido y levantado, como el caballo y el mulo, que no tienen entendimiento (Sal. XXXI, 9). Pues cuando seas manso, cuando seas humilde, el Señor se sentará y te guiará por sus caminos: guiará a los mansos en el juicio, enseñará a los humildes sus caminos (Sal. XXIV, 9). Tú, pues, conociste mis senderos.

9. En este camino por el que entraba, me escondieron una trampa. Este camino por el que entraba, es Cristo: allí me escondieron una trampa, quienes persiguen en Cristo, por el nombre de Cristo. Allí, pues, me escondieron una trampa. ¿Qué celan en mí? ¿Qué persiguen en mí? Que soy cristiano. Si, pues, persiguen esto, que soy cristiano, En el camino por el que entraba, me escondieron una trampa. En cuanto a ellos, en el camino por el que entraba, ellos me escondieron una trampa para que fuera capturado. Pero el Señor conoce el camino de los justos; y tú conociste mis senderos. Esto es lo que ellos querían; pero tú no les permites poner escándalo en ti, porque tú eres mi camino. Pues también los herejes en el nombre de Cristo nos quieren esconder escándalo, y ellos mismos son engañados. Lo que creen poner en el camino, lo ponen fuera del camino, porque ellos mismos están fuera del camino: no pueden poner una trampa donde ellos no están. Pero esto se dijo según su deseo, según su intención y opinión: pues expresamente en otro lugar se dijo, Junto a los senderos pusieron escándalos para mí (Sal. CXXXIX, 6). Esto que se dijo, en el camino; se dijo según su deseo y opinión: lo que se dijo, junto al camino, es decir, junto a los senderos; se dijo según la verdad. Pues realmente no lo ponen en el sendero, no lo ponen en el mismo camino, porque Cristo es el camino (Juan XVI, 6): ciertamente lo ponen junto al camino. Cristo no les permite ponerlo en el camino, para que no haya por dónde ir: sin embargo, les permite ponerlo junto al camino, para que no nos desviemos del camino. En el camino se cree poner escándalo el pagano,

cuando me dice: Adoras a un Dios crucificado. Reprende la cruz de Cristo, que no entiende. En Cristo cree poner lo que pone junto al camino. No saldré de Cristo, y no caeré de la vía en la trampa. Que insulte al Cristo crucificado; yo veo la cruz de Cristo en las frentes de los reyes. Lo que ridiculiza, allí soy salvo. Nada más soberbio que un enfermo que se burla de su medicina. Si no se burlara, también él la recibiría, y sería sanado. Esa cruz es signo de humildad; pero él, con demasiada soberbia, no reconoce de dónde se sanará el tumor de su alma. Pero si yo lo reconozco, camino en el camino. Tanto es así que no me avergüenzo de la cruz, que no la tengo en un lugar oculto, sino que la llevo en la frente. Muchos Sacramentos los recibimos de diferentes maneras: algunos, como sabéis, los recibimos con la boca, otros con todo el cuerpo. Pues como en la frente se siente vergüenza, aquel que dijo, El que se avergüence de mí delante de los hombres, me avergonzaré de él delante de mi Padre, que está en los cielos (Luc. IX, 26); esa ignominia de alguna manera, que los paganos ridiculizan, la colocó en el lugar de nuestra vergüenza. Oyes a un hombre insultar a un impúdico, y decir: No tiene frente. ¿Qué significa, No tiene frente? Es impúdico. No tenga yo la frente desnuda; cúbrala la cruz de mi Señor. Por tanto, En el camino por el que entraba, me escondieron una trampa, en cuanto a ellos; pues junto al camino la pusieron: pero yo estaré seguro, si no me aparto del camino. ¿No sabes que caminas en medio de trampas?, dice la Escritura (Eclo. IX, 20). ¿Qué significa, en medio de trampas? En el camino de Cristo, y de aquí trampas, y de allá trampas; trampas a la derecha, trampas a la izquierda: trampas a la derecha, la prosperidad del mundo; trampas a la izquierda, la adversidad del mundo: trampas a la derecha, promesas; trampas a la izquierda, terrores. Tú camina en medio de las trampas, no te apartes del camino: ni la promesa te atrape, ni el terror te derribe. En este camino por el que entraba, me escondieron una trampa.

10. [vers. 5.] Miraba a la derecha, y veía. Miraba a la derecha, y veía: quien mira a la izquierda, se ciega. ¿Qué significa mirar a la derecha? Donde estarán aquellos a quienes se les dirá: Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino. Pues habrá algunos a la izquierda, a quienes se les dirá: Id al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles (Mat. XXV, 34, 41). Por tanto, con todo el mundo enfurecido y amenazante en persecuciones, con insultos y terrores de hombres creciendo por todas partes, él despreciando lo presente, miraba hacia el futuro, atendía a la derecha donde estará; meditaba estar allí, miraba allí, y por eso soportaba todo: pero aquellos que lo perseguían, no veían. Por eso cuando decía, Miraba a la derecha, y veía; añadió, Y no había quien me conociera. Pues cuando soportas todo, ¿quién sabe a qué atiendes; si diriges el ojo a la derecha, o a la izquierda? En lo que soportas, si buscas la alabanza de los hombres, miraste a la izquierda: en lo que soportas, si buscas las promesas de Dios, miraste a la derecha. Miraste a la derecha, verás: miraste a la izquierda, te cegarás. Pero incluso cuando ves a la derecha, no habrá quien te reconozca. Pues ¿quién te consuela, sino el Señor a quien dices, Y tú conociste mis senderos? Ni había quien me conociera.

11. Perdi mi escape. Como si estuviera rodeado, dice: "Perdi mi escape". Se burlan los perseguidores, está oprimido, capturado, rodeado, vencido; perdió su escape. Perdió su escape aquel que no huye. Pero quien no huye, sufre todo lo que puede por Cristo; es decir, no huye en su mente. Porque físicamente se puede huir, está permitido, concedido, como dice el Señor: "Si os persiguen en una ciudad, huid a otra" (Mateo 10, 23). Así que quien no huye en su mente, ha perdido su escape. Pero importa por qué no huye; si es porque está rodeado, capturado, o porque es fuerte: tanto el capturado como el fuerte pierden su escape. ¿Qué escape, entonces, debe evitarse? ¿Qué escape debe perderse de nosotros? De lo que el Señor dice en el Evangelio, que el buen pastor da su vida por las ovejas: pero el asalariado, que no es pastor, cuando ve venir al lobo, huye. ¿Por qué huye cuando ve al ladrón? Porque no le importan las ovejas (Juan 10, 11-13). Tal escape había perdido este; ya sea que tomemos esta

voz de la persona de Cristo nuestro Señor, que murió por todos; o de sus miembros, nuestros mártires, porque ellos también sufrieron por sus hermanos. Escucha a Juan diciendo: "Así como él dio su vida por nosotros, también nosotros debemos dar nuestras vidas por los hermanos" (1 Juan 3, 16). Pero cuando ellos dan, Cristo da; porque cuando ellos sufren persecución, él clama: "¿Por qué me persigues?" (Hechos 9, 4). Perdí mi escape; y no hay quien busque mi alma. Entonces, ¿no hay quien busque su alma? Ve a los hombres queriendo ensañarse en su muerte, queriendo derramar su sangre; ¿cómo es que no hay quien busque su alma? Y esto se entiende de dos maneras. Así como perder el escape se entiende de dos maneras, porque tanto el capturado como el fuerte pierden su escape; así el alma del hombre es buscada de dos maneras, ya sea por los perseguidores o por los amantes. Así, "No hay quien busque mi alma": dijo de aquellos, "Ciertamente persiguen mi alma, y no buscan mi alma". Pero si buscan mi alma, la encontrarán adherida a ti: y si saben buscarla, saben también imitarla. Porque para que sepáis que el alma del hombre es buscada también por los perseguidores, en otro lugar se dice: "Sean confundidos y avergonzados los que buscan mi alma" (Salmo 39, 15).

12. [vers. 6.] Clamé a ti, Señor; dije, Tú eres mi esperanza. Cuando sufría, cuando estaba atribulado, dije, Tú eres mi esperanza. Mi esperanza aquí; por eso soporto. Pero mi porción, no aquí, sino en la tierra de los vivientes. Dios da la porción en la tierra de los vivientes; pero no algo de sí, fuera de sí. ¿Qué dará al que lo ama, sino a sí mismo?

13. [vers. 7.] Atiende a mi oración; porque estoy muy humillado. Humillado por los perseguidores, humillado en confesión. Se humilla invisiblemente, humillado por los enemigos visiblemente. Por tanto, es levantado por él visiblemente e invisiblemente. Invisiblemente ya han sido levantados los mártires: visiblemente serán levantados, cuando esto corruptible se vista de incorrupción en la resurrección de los muertos, cuando incluso esto mismo en lo que solo los perseguidores pudieron ensañarse, será restaurado (1 Cor. 15, 53). No temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma (Mateo 10, 28). ¿Y qué perece? ¿Qué matan? ¿Se les permite acaso que lo que matan perezca? No perecerá. Escucha la promesa del mismo Señor: "En verdad os digo, ni un cabello de vuestra cabeza perecerá" (Lucas 21, 18). ¿Por qué, entonces, te preocupas por los demás miembros, donde no habrá pérdida de cabello?

14. Líbrame de los que me persiguen. ¿De quiénes creéis que ora para ser librado? ¿De los hombres que lo perseguían? ¿Son realmente esos hombres nuestros enemigos? Tenemos otros enemigos invisibles, que persiguen de otra manera. El hombre persigue para matar el cuerpo; otro persigue para atrapar el alma. Y por eso, a través de sus instrumentos, porque de él se dice, "Opera en los hijos de desobediencia" (Efesios 2, 2): a través de sus instrumentos, es decir, los hombres en los que opera, lleva a cabo la persecución del cuerpo, para que internamente se produzca la ruina del corazón. Porque si al caer el cuerpo el alma permanece firme, la trampa se ha roto, y hemos sido liberados (Salmo 123, 7). Por tanto, hay otros enemigos nuestros, de los que debemos suplicar a Dios que nos libre, para que no nos seduzcan, ya sea quebrantados por las molestias mundanas, o inducidos por las tentaciones. ¿Quiénes son estos enemigos? Veamos si algún siervo del Señor los describe abiertamente, algún soldado perfecto que haya luchado contra ellos. Escucha al Apóstol diciendo: "No tenéis lucha contra carne y sangre. No convirtáis vuestro odio en los hombres, y no los consideréis vuestros enemigos, y no penséis que sus enemistades os destruyen: esos hombres que teméis son carne y sangre; no tenéis lucha contra carne y sangre". Así quiso decir, despreciando la mortalidad de los hombres. ¿Y contra quiénes? Contra los principados, dice, y potestades, y gobernadores de este mundo, de estas tinieblas (Efesios 6, 12). Te asustaste al escuchar, "gobernadores del mundo". Si son gobernadores de este mundo, ¿acaso vas a ir más

allá del mundo, donde no los sufrirás? ¿Vas a ir más allá del mundo, donde serás librado de ellos? Así, entonces, entiende "gobernadores del mundo" y "de estas tinieblas", no gobernadores del cielo y la tierra; pues esa es la obra de Dios. Cielo y tierra se llaman mundo, y los hombres malos mundo. ¿Por qué también estos son mundo? Porque aman el mundo: y por eso son tinieblas, porque son impíos. Y por eso, ya de ese número de muchos creyentes, ¿qué dice el Apóstol? "Fuisteis en otro tiempo tinieblas; ahora sois luz en el Señor" (Efesios 5, 8). Antes de que fuerais luz, cuando erais tinieblas, considerad a quién teníais como gobernador. ¿Qué gobernador tienen los inicuos, sino al diablo, así como los piadosos y fieles tienen a Cristo como gobernador? Por tanto, llamó al diablo y a sus ángeles "gobernadores del mundo", es decir, gobernadores de los amantes del mundo, gobernadores de los pecadores, que son "de estas tinieblas": esos son nuestros enemigos, de los que debemos suplicar al Señor que nos libre.

15. Escucha el mundo y el mundo claramente en un lugar de la Sagrada Escritura, en el Evangelio: el mundo que Dios hizo; el mundo que el diablo gobierna, es decir, los amantes del mundo. Porque Dios hizo a los mismos hombres; no los hizo amantes del mundo. Amar el mundo es pecado; pero Dios no hizo el pecado. Escucha, entonces, como comencé a decir, el mundo y el mundo. "En el mundo estaba", se dice. ¿De quién se dice "En el mundo estaba", sino de la Sabiduría de Dios, que es Cristo Jesús; de quien se dice lo que recordé poco antes, "Se extiende de un extremo al otro con fortaleza, y dispone todas las cosas con suavidad" (Sabiduría 8, 1)? Porque alcanza en todas partes por su pureza, y nada impuro se le acerca (Sabiduría 7, 24-25). Por tanto, "En el mundo estaba, y el mundo fue hecho por él, y el mundo no lo conoció". Has oído dos mundos: "El mundo fue hecho por él, y el mundo no lo conoció" (Juan 1, 10). No el mundo que fue hecho por Jesús, es gobernado por esos principados y potestades de las tinieblas; sino el mundo que no conoció a Jesús, es decir, los amantes del mundo, los pecadores, los inicuos, los soberbios e infieles. ¿De dónde el mundo pecadores? Porque aman el mundo, y amando habitan el mundo; así como se dice casa tanto de la estructura como de los habitantes. Una buena casa, a menudo una buena estructura; y una buena casa, porque buenos habitan en ella. Y, "Cuidado con esa casa, porque es mala", se dice de dos maneras. "Esa casa es mala, cuidado"; tal vez por el peligro de derrumbe, no sea que algo caiga y te aplaste: también se dice de otra manera, "Cuidado con esa casa mala, no caigas en la trampa de los cazadores, no sea que el pobre sea oprimido por el rico, no sufras algún fraude". Así como casa y casa, así mundo y mundo. ¿Por qué, entonces, los justos, aunque también están en el mundo, no se llaman mundo? Porque dice el Apóstol: "Aunque andamos en la carne, no militamos según la carne" (2 Corintios 10, 3); "porque nuestra ciudadanía está en los cielos" (Filipenses 3, 20). El justo habita aquí en la carne, pero su corazón está con Dios. Y él mismo se llama mundo, si sin razón escucha, "Arriba el corazón": pero si hay razón para que escuche, habita arriba. "Porque habéis muerto", dice, "y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios" (Colosenses 3, 3). Pero aquellos cuya vida está aquí, es decir, cuyo deseo y amor están aquí, aquí se desgastan, aquí se enredan, bien se les llama habitantes del mundo: y bien se les llama mundo, aquellos que habitan el mundo; así como bien se les llama casa, aquellos que habitan la casa. Mundo, entonces, y mundo: "El mundo fue hecho por él, y el mundo no lo conoció". He aquí el mundo hecho por el Señor, he aquí el mundo que no conoció al Señor. Alaba tú la obra, y ama al hacedor; y no ames habitar en la obra, sino habita en el hacedor.

16. Líbrame de los que me persiguen; porque se han fortalecido contra mí. ¿Quién dijo, "se han fortalecido contra mí"? Clama el Cuerpo de Cristo, es la voz de la Iglesia, claman los miembros de Cristo: Ha crecido mucho el número de los pecadores. Porque ha abundado la

iniquidad, el amor de muchos se enfriará (Mateo 24, 12). Líbrame de los que me persiguen; porque se han fortalecido contra mí.

17. [vers. 8.] Saca de la cárcel mi alma, para que confiese tu nombre. Esta cárcel ha sido entendida de diversas maneras por los antiguos. Y tal vez sea la misma cárcel que se menciona en el título, la cueva. Pues el título de este salmo es: "Instrucción de David, cuando estaba en la cueva, oración". Esa cueva, y también cárcel. Proponemos entender dos cosas; pero una vez que entendamos una, entenderemos ambas. Los méritos hacen la cárcel. Pues en una misma habitación, para uno es casa, para otro es cárcel. Aquellos que custodian a los hombres encerrados; aunque los custodien en su casa, aquellos que son custodiados más estrictamente, están en la cárcel: ¿acaso se dice que también ellos están en la cárcel? Es una misma habitación para ambos; para unos es casa por la libertad, para otros es cárcel por la servidumbre. Por tanto, a algunos les ha parecido que la cueva y la cárcel son este mundo; y la Iglesia ora para ser sacada de la cárcel, es decir, de este mundo, de bajo el sol, donde todo es vanidad. Pues se dice, "Todo es vanidad, y aflicción de espíritu en toda obra del hombre, que él hace bajo el sol" (Eclesiastés 1, 2-3). Por tanto, fuera de este mundo, en no sé qué descanso, Dios nos promete que estaremos; tal vez por eso clamamos desde este lugar, "Saca de la cárcel mi alma". Nuestra alma está por la fe y la esperanza en Cristo, como dije poco antes: "Vuestra vida está escondida con Cristo en Dios". Pero nuestro cuerpo está en esta cárcel, en este mundo. Si dijera, "Saca de la cárcel mi cuerpo"; aceptaríamos con seguridad que la cárcel es el mundo. Sin embargo, tal vez debido a algunos deseos terrenales que nos retienen, contra los cuales luchamos y combatimos, porque "Veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente" (Romanos 7, 23); decimos correctamente, "Saca mi alma de este mundo", es decir, de los trabajos y presiones de este siglo. Pues no es la carne que tú hiciste, sino la corrupción de la carne, y las presiones, y las tentaciones lo que es cárcel para mí.

18. Sin embargo, algunos han dicho que esta cárcel y cueva es este cuerpo, para que esto sea, "Saca de la cárcel mi alma". Pero también este entendimiento vacila un poco. Pues, ¿qué gran cosa es, "Saca de la cárcel mi alma", "Saca de mi cuerpo mi alma"? ¿Acaso las almas de los ladrones y malhechores no salen del cuerpo, y van a peores penas de las que sufrieron aquí? ¿Qué gran cosa, entonces, se pide, "Saca de la cárcel mi alma"; cuando ya sea tarde o temprano, es necesario salir? Tal vez el justo dice: "Ya moriré; saca de esta cárcel del cuerpo mi alma". Si se apresura demasiado, no tiene caridad. Debe desear y anhelar esto, como dice el Apóstol: "Deseando partir y estar con Cristo; porque es mucho mejor" (Filipenses 1, 23-24). Pero, ¿dónde está la caridad? Por tanto, sigue, "Permanecer en la carne es necesario por vosotros". Que Dios saque del cuerpo, cuando quiera. Podría decirse que nuestro cuerpo es cárcel, no porque sea cárcel lo que Dios hizo, sino porque es penal y mortal. Hay dos cosas que considerar en nuestro cuerpo; la creación de Dios, y el castigo del mérito. Toda esta forma, postura, andar, miembros ordenados, disposición de los sentidos, ver, oír, oler, gustar, tocar; toda esta estructura y distinción de la obra, no pudo hacerse sino por Dios, que hizo todas las cosas, celestiales, terrenales, altas y bajas, visibles e invisibles. ¿Qué, entonces, hay de penal en nosotros? Que la carne es corruptible, que es frágil, que es mortal, que es necesitada: eso no estará en la recompensa. Pues no es que no habrá cuerpo, ya que el cuerpo resucitará. Pero, ¿qué no habrá allí? Corrupción: porque esto corruptible se vestirá de incorrupción (1 Corintios 15, 53). Por tanto, si la carne es cárcel para ti, no es el cuerpo tu cárcel, sino la corrupción de tu cuerpo. Pues tu cuerpo lo hizo Dios bueno, porque es bueno; la corrupción la introdujo el justo, porque es juez: eso lo tienes por beneficio, eso lo tienes por castigo. Tal vez, entonces, dijo, "Saca de la cárcel mi alma", "Saca de la corrupción mi alma". Si lo entendemos así, no es blasfemia; el entendimiento es consistente.

19. Finalmente, hermanos, como creo, esto dijo, "Saca de la cárcel mi alma", "Saca de la angustia". Pues al hombre que se alegra, incluso la cárcel es amplia, y al triste el prado es estrecho. Por tanto, ora para ser sacado de la angustia. Aunque en esperanza tenga amplitud, en la realidad presente, sin embargo, se angustia. Atiende a las angustias del Apóstol: "No tuve reposo en mi espíritu", dijo; "porque no encontré a Tito, mi hermano" (2 Corintios 2, 13). En otro lugar: "¿Quién se enferma, y yo no me enfermo? ¿Quién se escandaliza, y yo no me quemo?" (2 Corintios 11, 29). ¿No estaba en penas y cárcel quien se enfermaba y se quemaba? Pero esas penas por caridad engendran corona. Por eso dice de nuevo: "Me queda la corona de justicia, que me dará el Señor en aquel día, el justo juez" (2 Timoteo 4, 8). Para esto vale, "Saca de la cárcel mi alma, para que confiese tu nombre". Ya sacada de la corrupción, ¿qué tiene que confesar? Allí no hay pecados, sino alabanzas: pero la confesión se entiende de dos maneras, tanto en nuestros pecados como en la alabanza de Dios. En nuestros pecados es conocida la confesión, y tan conocida por todo el pueblo, que cuando se escucha el nombre de confesión en la lectura, ya sea que se diga en alabanza o se diga de pecados, las manos corren al pecho. Por tanto, es conocido el nombre de confesión de pecado: busquemos la confesión en alabanza. ¿Dónde la encontramos? La tienes en las Escrituras: "Y esto diréis en confesión, Todas las obras del Señor son muy buenas" (Eclesiástico 39, 20-21). Por tanto, aquí la confesión es de alabanza. En otro lugar, el mismo Señor dice: "Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra". ¿Qué confesaba? ¿Acaso pecados? Por tanto, confesar de Cristo era alabar. Y escucha la alabanza del Padre: "Porque escondiste estas cosas", dice, "de los sabios y entendidos, y las revelaste a los niños" (Mateo 11, 25). Porque después de estas angustias de corrupción habitaremos en la casa de Dios, toda nuestra vida no será sino alabanza de Dios. Ya se os ha expuesto muchas veces que, al cesar la necesidad, todos los negocios de necesidad cesan; porque no habrá qué hacer allí. No digo día y noche, donde no hay noche; sino todo el día, cuando es un solo día, no habrá qué hacer allí, sino alabar a quien amamos, porque entonces también veremos. Ahora deseamos lo no visto, y alabamos; entonces lo visto que amamos, ¿cómo lo alabaremos? Sin fin será la alabanza, porque sin fin será el amor. Porque eso haremos allí, por eso "saca de la cárcel mi alma, para que confiese tu nombre". Bienaventurados los que habitan en tu casa; por los siglos de los siglos te alabarán (Salmo 83, 5). Ahora la cárcel lo impide, porque "el cuerpo que se corrompe, agobia el alma" (Sabiduría 9, 15). No el cuerpo agobia el alma (pues también entonces tendremos cuerpo); sino "el cuerpo que se corrompe". Por tanto, la cárcel no la hace el cuerpo, sino la corrupción. Saca de la cárcel mi alma, para que confiese tu nombre. Ya la voz que sigue, suena desde la cabeza, de nuestro Señor Jesucristo. Y es tal, como la última de ayer. Pues la última de ayer, si recordáis, fue esta: "Soy único, hasta que pase" (Salmo 140, 10). ¿Y cuál es la última aquí? Me esperarán los justos, hasta que me recompenses.

EN EL SALMO 142 EXPLICACIÓN.

SERMON AL PUEBLO.

1. Del salmo que hemos cantado, hablaré lo que el Señor dé, a vuestra Caridad. Ayer el salmo era más breve, pero el espacio de tiempo nos daba la oportunidad de decir mucho incluso de pocas cosas: ahora, como el salmo es más extenso, no debemos detenernos tanto en cada verso; no sea que el Señor no nos conceda la capacidad de poder completarlo todo.

2. [vers. 1.] El título del Salmo es, "De David, cuando su hijo lo perseguía". En los libros de los Reyes sabemos que esto ocurrió, que Absalón se convirtió en enemigo de su padre, librando contra él no solo una guerra civil, sino también doméstica. Sin embargo, David no

fue derribado injustamente, sino que fue humildemente disciplinado por el Señor; soportó la medicina, no devolviendo mal por mal, sino teniendo un corazón dispuesto a seguir la voluntad del Señor (II Reyes XV, XVI). Ese David es digno de alabanza, pero otro David, verdaderamente "Manu fortis", que se interpreta como David, es nuestro Señor Jesucristo, quien debe ser reconocido por nosotros. Pues aquellos hechos pasados fueron figuras de lo que estaba por venir; y no es necesario insistir en lo que a menudo han escuchado y bien recuerdan. Busquemos, pues, en este salmo al Señor y Salvador nuestro Jesucristo, anunciándose a sí mismo a través de esta profecía, y prediciendo lo que sucedería en este tiempo, a través de lo que ya se había hecho. Él mismo se proclamaba en los Profetas, porque Él es la Palabra de Dios; y ellos no decían nada de esto, sino llenos de la Palabra de Dios. Anunciaban, pues, a Cristo, llenos de Cristo; y ellos lo precedían en su venida, a quienes Él no abandonaba mientras los precedía. Reconozcamos, pues, cómo también a Cristo lo perseguía su hijo: pues tenía hijos, de quienes decía, "No ayunan los hijos del esposo mientras el esposo está con ellos; pero cuando el esposo les sea quitado, entonces ayunarán los hijos del esposo" (Mateo IX, 15). Así que los hijos del esposo, los Apóstoles: y entre ellos el perseguidor Judas, el diablo. Cristo, por tanto, anunciará su pasión en este salmo; escuchemos.

3. Nuevamente, dirigimos la atención de vuestra Caridad a esto, no enseñando lo que desconocen, sino recordando lo que saben; que nuestro Señor y Salvador Jesucristo es la cabeza de su cuerpo, Él es el único mediador entre Dios y los hombres, el hombre Jesús (I Tim. II, 5), nacido de una virgen, como en soledad, como hemos oído en el Apocalipsis. Por soledad, creo, porque nació solo de esta manera. Pues esta mujer dio a luz a aquel que gobernará al pueblo con vara de hierro (Apoc. XII, 5 y 6). Esta mujer es la antigua ciudad de Dios, de la que se dice en el salmo: "Gloriosas cosas se dicen de ti, ciudad de Dios". Esta ciudad tiene su inicio desde Abel mismo, así como la ciudad mala desde Caín. Esta antigua ciudad de Dios, siempre soportando la tierra, esperando el cielo, que también se llama Jerusalén y Sion. Ciertamente, de un nacido en Sion, y del fundador de Sion, un salmo dice: "Madre Sion, dirá el hombre". ¿Qué hombre? "Y el hombre fue hecho en ella; y el Altísimo la fundó" (Salmo LXXXVI, 3, 5). Finalmente, Él mismo fue hecho hombre en Sion, pero fue hecho hombre humilde; y el mismo Altísimo fundó esa ciudad en la que fue hecho hombre. Así que aquella mujer estaba cubierta por el sol, el mismo sol de justicia que los impíos no conocen; quienes dirán al final: "Nos hemos desviado del camino de la verdad, y la luz de la justicia no nos ha iluminado, y el sol no ha salido para nosotros" (Sab. V, 6). Hay, pues, un sol de justicia que no sale para los impíos. Sin embargo, este sol hace salir sobre buenos y malos (Mateo V, 45). Así que estaba vestida de sol, y llevaba en su vientre un varón que iba a dar a luz. Él mismo era el que fundaba Sion, y nacía en Sion: y aquella mujer, la ciudad de Dios, estaba protegida por su luz, de cuya carne estaba embarazada. Con razón tenía la luna bajo sus pies (Apoc. XII, 1, 2), porque pisoteaba con virtud la mortalidad de la carne que crece y decrece. Así que el mismo Señor Jesucristo es la cabeza y el cuerpo: pues quiso hablar también en nosotros, quien se dignó morir por nosotros; nos hizo sus miembros. A veces, pues, habla desde la persona de sus miembros, a veces desde su propia persona, como nuestra cabeza. Él tiene algo que decir sin nosotros; nosotros sin Él no podemos decir nada. El Apóstol dice: "Para completar lo que falta de las tribulaciones de Cristo, en mi carne" (Colos. I, 24). "Para completar", dice, "lo que falta de las tribulaciones", no mías, sino "de Cristo; en la carne", no ya de Cristo, sino "mía". Cristo, dice, aún sufre tribulación; no en su carne, en la que ascendió al cielo, sino en mi carne, que aún trabaja en la tierra. Cristo, dice, sufre tribulación en mi carne: "Porque ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí" (Gál. II, 20). Pues si Cristo no sufriera tribulación en sus miembros, es decir, en sus fieles, Saulo no perseguiría a Cristo sentado en el cielo. Finalmente, explicando esto claramente en un lugar:

"Porque así como el cuerpo es uno", dice, "y tiene muchos miembros; pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo: así también Cristo" (I Cor. XII, 12). No dice, "Así también Cristo y el cuerpo"; sino, "un cuerpo, muchos miembros, así también Cristo". Todo, pues, es Cristo: y porque todo es Cristo, por eso la cabeza desde el cielo, "Saulo", dice, "Saulo, ¿por qué me persigues?" (Hechos IX, 4). Tengan esto presente, y manténganlo firmemente en la memoria, como hijos de la enseñanza eclesiástica y de la fe católica, para que reconozcan a Cristo como cabeza y cuerpo, y al mismo Cristo como el Verbo de Dios unigénito igual al Padre; y desde allí vean cuánta gracia alcanzan a Dios, para que Él mismo haya querido ser uno con nosotros, quien es uno con el Padre. ¿Cómo es uno con el Padre? "Yo y el Padre somos uno" (Juan X, 30). ¿Cómo es uno con nosotros? No dice, dice, "Y a las semillas, como si fueran muchas; sino como si fuera una, Y a tu simiente, que es Cristo". Pero alguien dirá: Si Cristo es la simiente de Abraham, ¿acaso también nosotros? Recuerden que la simiente de Abraham es Cristo; y por lo tanto, si también nosotros somos la simiente de Abraham, entonces también nosotros somos Cristo. Así como un cuerpo tiene muchos miembros, así también Cristo: y "Todos los que han sido bautizados en Cristo, se han revestido de Cristo". Sin duda, la simiente de Abraham es Cristo; y no se puede contradecir las clarísimas palabras apostólicas, "Y a tu simiente, que es Cristo". Vean lo que nos dice: "Si ustedes son de Cristo, entonces son simiente de Abraham" (Gál. III, 16, 27, 29). Por eso es grande aquel sacramento: "Serán dos en una sola carne" (Gén. II, 24). El Apóstol dice: "Este sacramento es grande; pero yo digo en Cristo y en la Iglesia" (Efes. V, 32). Cristo y la Iglesia, dos en una sola carne. Refieran a la distancia de la majestad dos. Dos claramente. Pues no somos el Verbo, no somos en el principio Dios con Dios, no somos aquel por quien todas las cosas fueron hechas (Juan I, 1, 3). Se llega a la carne, y allí Cristo y él y nosotros. No nos asombremos, pues, en los Salmos: muchas cosas dice desde la persona de la cabeza, muchas desde la persona de los miembros; y todo esto como si fuera una sola persona, así habla. No te asombres de que dos hablen con una sola voz, si dos son en una sola carne.

4. Judas, hijo del esposo, persiguiendo al esposo. Esto ocurrió entonces; ¿o es también un ejemplo de lo que vendrá? Pues la Iglesia habrá de sufrir muchos falsos hermanos, para que aún y hasta el fin el hijo persiga a aquel esposo. Si el enemigo me hubiera insultado, ciertamente lo habría soportado, dice; y si el que me odiaba hubiera hablado grandes cosas contra mí, ciertamente me habría escondido de él. ¿Quién es el enemigo? ¿quién es el que me odia? El que dice: ¿Quién es Cristo? Cristo fue un hombre, y no pudo vivir cuando quiso vivir: y murió, dicen, sin querer, vencido, crucificado, asesinado. Los enemigos dicen estas cosas. Este enemigo es abierto, dice Cristo, me odia, me declara enemistad abierta; es fácil soportarlo o evitarlo: ¿qué hago con Absalón? ¿qué hago con Judas? ¿qué con los falsos hermanos? ¿qué con los malos hijos y, sin embargo, hijos, que no blasfeman contra nosotros a Cristo, sino que adoran a Cristo con nosotros, y en nosotros persiguen a Cristo? De los cuales se dice consecuentemente en el mismo salmo: Era fácil soportar a otro, al que me odiaba; o esconderme de él. Pues te escondes de un pagano, entrando en la Iglesia. Pero cuando también allí encuentras lo que temes, ¿qué buscas dónde esconderte? Finalmente, aquel mismo apóstol que gime en peligros por falsos hermanos: "Fuera", dice, "peleas, dentro temores" (II Cor. VII, 5). Si, pues, el que me odiaba hubiera hablado grandes cosas contra mí, ciertamente me habría escondido de él; tú, sin embargo, mi unánime (Salmo LIV, 13). Llama unánime, como uno en Cristo. Por tanto, la Iglesia tiene algo que soportar fuera, gemir dentro: sin embargo, debe considerar a sus enemigos fuera y dentro; fuera más fácilmente evitables, dentro más difícilmente tolerables.

5. Diga, pues, nuestro Señor, diga Cristo con nosotros todo Cristo: "Señor, escucha mi oración, atiende a mi súplica". Esto es, "escucha"; lo que es, "atiende a mis oídos": la

repetición es confirmación. En tu verdad escúchame, en tu justicia. No tomen esto de cualquier manera, cuando se dice, "en tu justicia". Es una recomendación de la gracia, para que nadie piense que es su propia justicia. Pues esta es la justicia de Dios, que para tenerla Dios te la dio. Porque aquellos que quisieron gloriarse de su propia justicia, ¿qué dice de ellos el Apóstol? "Les doy testimonio", dice, "de que tienen celo de Dios". Hablando de los judíos, "Tienen celo de Dios", dice, "pero no según conocimiento". ¿Qué es, "no según conocimiento"? ¿Qué conocimiento útil recomiendas? ¿acaso aquel que cuando está solo infla; que si no está acompañado de caridad, no edifica (I Cor. VIII, 1)? No ciertamente ese; sino aquel conocimiento compañero de la caridad, maestro de la humildad. Ve si es ese: "Tienen celo de Dios", dice, "pero no según conocimiento". Exponga qué conocimiento dice: "Ignorando la justicia de Dios y queriendo establecer la suya propia, no se han sometido a la justicia de Dios" (Rom. X, 2, 3). ¿Quiénes, pues, quieren establecer su propia justicia? Aquellos que lo que han hecho bien, se lo imputan a sí mismos, lo que han hecho mal, a Dios: completamente perversos. Finalmente, serán rectos cuando conviertan esto mismo. Perverso, porque lo que has hecho mal, a Dios; lo que has hecho bien, a ti: serás recto, cuando lo que has hecho mal, a ti; lo que has hecho bien, a Dios. Pues no vivirías justamente de impío, si no fueras hecho justo por aquel que justifica al impío (Id. IV, 5). Por tanto, dice, "En tu verdad escúchame, en tu justicia", no en la mía; para que "sea hallado en él no teniendo mi propia justicia, que es de la ley, sino la que es por la fe" (Filip. III, 9). He aquí, "En tu justicia escúchame". Pues cuando me miro a mí mismo, no encuentro nada mío sino pecado.

6. [vers 2.] "Y no entres en juicio con tu siervo". ¿Quiénes quieren entrar en juicio con Él, sino aquellos que ignorando la justicia de Dios, quieren establecer la suya propia? ¿Qué es eso de que hemos ayunado, y no has visto, hemos afligido nuestras almas, y no has sabido (Isaías LVIII, 3)? como diciendo: Hemos hecho lo que ordenaste; ¿por qué no devuelves lo que prometiste? Dios te responde: Para que recibas lo que prometí, yo lo daré; para que hicieras, por qué recibirías, yo lo di. Finalmente, a tales soberbios les habla el profeta: "¿Por qué quieren contender conmigo en juicio? Todos me han abandonado, dice el Señor" (Jeremías II, 29). ¿Por qué quieren entrar en juicio conmigo, y recordar sus justicias? Recuerden sus justicias; yo conozco sus crímenes. ¿Cómo aprobaré la justicia, donde condenaré la soberbia? Con razón este humilde en el cuerpo de Cristo, aprendiendo de la cabeza que es manso y humilde de corazón (Mateo XI, 29), "No entres", dice, "en juicio con tu siervo". No litiguemos; no quiero tener una causa contigo, para que yo proponga mi justicia, tú convenzas mi iniquidad: "No entres en juicio con tu siervo". ¿Por qué esto? ¿por qué teme? "Porque no se justificará delante de ti ningún viviente". Todo viviente, aquí ciertamente viviente, en la carne viviente, viviente para morir, nacido hombre, viviente de los hombres, de Adán, Adán viviente; todo así viviente puede justificarse tal vez ante sí mismo, no ante ti. ¿Cómo, ante sí mismo? Agradándose a sí mismo, desagradándote a ti: ante ti, sin embargo, no se justificará todo viviente. No entres, pues, en juicio conmigo, Señor, mi Dios. Por más recto que me parezca a mí mismo, tú sacas de tu tesoro la regla, me ajustas a ella, y me encuentro torcido. No entres en juicio con tu siervo. Bien, "con tu siervo". Es indigno de ti entrar en juicio con tu siervo, ni siquiera con tu amigo: porque, "A ustedes les digo, amigos míos" (Lucas XII, 4), no dirías, si de siervos no hubieras hecho amigos. Tú aunque digas amigo, yo confieso siervo: necesito misericordia, fugitivo regreso, busco paz; no soy digno de ser llamado tu hijo (Id. XV, 21), "No entres en juicio con tu siervo; porque no se justificará en tu presencia todo viviente". Antes de la muerte no alabes a ningún hombre (Eclesiástico XI, 30): absolutamente "todo viviente". ¿Qué de los mismos carneros, qué de los mismos Apóstoles, de cuya prole se dice: "Ofrezcan al Señor hijos de carneros" (Salmo XXVIII, 1)? De estos es Pablo, quien dice que no es perfecto: "No que ya lo haya alcanzado", dice, "o que ya sea perfecto" (Filip. III, 12). Finalmente, hermanos, para que rápidamente reconozcan,

ellos mismos aprendieron a orar lo que oramos, a ellos se les dio la regla de pedir, por el Jurisperito celestial: "Así oren", dice, Y después de haber dicho algunas cosas, puso también esto para que dijeran nuestros carneros, guías de las ovejas, y miembros principales del Pastor y congregador de un solo rebaño; ellos mismos aprendieron a decir: "Perdona nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores" (Mateo VI, 9, 12). No dijeron, Gracias a ti, que nos perdonaste nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores; sino, "Perdona, como perdonamos". Oraban, sin embargo, ya fieles, ya Apóstoles: pues esta oración dominical se da más a los fieles. Si aquellas deudas se dijeran solamente que se perdonan por el Bautismo, más congruente sería para los catecúmenos orar, "Perdona nuestras deudas". Digan, pues, los Apóstoles, digan, "Perdona nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores". Y cuando se les diga, ¿Por qué dicen esto? ¿cuáles son sus deudas? Respondan, "Porque no se justificará en tu presencia todo viviente".

7. [vers. 3.] "Porque el enemigo ha perseguido mi alma, ha humillado en la tierra mi vida". Mira a nosotros, mira a nuestra cabeza por nosotros: "Porque el enemigo ha perseguido mi alma". Ciertamente el diablo persiguió el alma de Cristo, y Judas el alma del maestro: y ahora para la persecución del cuerpo de Cristo el mismo diablo permanece; Judas, sin embargo, es sucedido por los judas. No falta, pues, de quien diga también el cuerpo, "Porque el enemigo ha perseguido mi alma, ha humillado en la tierra mi vida". Ha humillado, dice, en la tierra mi vida. En otro lugar se dice: "Han inclinado mi alma" (Salmo LVI, 7). ¿Qué hace con nosotros, quienquiera que persiga, sino que, dejando la esperanza celestial, saboreemos la tierra, cediendo al perseguidor amemos las cosas terrenales? Y ellos, ciertamente, en cuanto a ellos respecta, hacen esto: pero no nos suceda esto a nosotros, a quienes se nos dice, "Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios; buscad las cosas de arriba, no las de la tierra: porque habéis muerto" (Colos. III, 1-3). Pues no se justificará ante Dios todo viviente. Ellos, pues, ya sea abiertamente atacando, ya sea ocultamente acechando, intentan llevar nuestra vida a la tierra: contra ellos vigilemos, para que podamos decir, "Nuestra conversación está en los cielos" (Filip. III, 20). Ha humillado, dice, en la tierra mi vida el enemigo.

8. Me colocaron en lugares oscuros, como a los muertos del siglo. Esto lo escucháis más fácilmente desde el principio, y más fácilmente lo reconocéis en el principio. Pues Él se hizo muerto por nosotros, pero no muerto del siglo. ¿Quiénes son los muertos del siglo? ¿Y cómo no era Él un muerto del siglo? Los muertos del siglo, muertos con razón, recibiendo la recompensa de la iniquidad, y llevando la muerte por la propagación del pecado; de aquella voz que dice: Porque en iniquidades fui concebido, y en pecados me alimentó mi madre en el vientre (Salmo 50, 7). Pero Él vino por una virgen, asumiendo carne, no la iniquidad de la carne, asumiendo carne pura purificadora. Sin embargo, aquellos que lo consideraban pecador, lo juzgaban como muerto del siglo. Pero Él, que en otro salmo dijo: Lo que no robé, entonces lo devolvía (Salmo 68, 5); y que dijo en el Evangelio: He aquí que viene el príncipe del mundo, el jefe de la muerte, el persuasor de la obra mala, el ejecutor del castigo; Viene, dice, y en mí no encontrará nada. ¿Qué significa, en mí no encontrará nada? Ninguna culpa, nada por lo que deba morir. Pero para que todos sepan que hago la voluntad de mi Padre, dice, levantaos, vámonos de aquí (Juan 14, 30, 31). Para morir, dice, hago la voluntad de mi Padre, pero no soy digno de muerte. No hice nada por lo que deba morir, pero lo hago para morir; para que ellos sean liberados por la muerte del inocente, quienes tenían razón para morir. Me colocaron en lugares oscuros, como en los infiernos, como en el sepulcro, como en la misma pasión; como a los muertos del siglo, a aquel que dice: Me he convertido como un hombre sin ayuda, entre los muertos libre (Salmo 87, 5, 6). ¿Qué significa, libre? ¿Por qué

libre? Porque todo el que comete pecado, es esclavo del pecado (Juan 8, 34). Finalmente, no liberaría de las cadenas, si no fuera libre de las cadenas. Él, libre, mató a la muerte, ató la cadena, capturó la cautividad, y lo colocaron en lugares oscuros como a los muertos del siglo.

9. [vers. 4.] Y mi espíritu, dice, sufrió tedio en mí, Recordad, Mi alma está triste hasta la muerte (Mateo 26, 38). Ved una sola voz. ¿Acaso no aparece la misma transición de la cabeza a los miembros, de los miembros a la cabeza? Mi espíritu, dice, sufrió tedio en mí. Reconocemos, Mi alma está triste hasta la muerte. Pero también allí estábamos nosotros. Pues transformó en sí el cuerpo de nuestra humildad, conformándolo al cuerpo de su gloria (Filipenses 3, 21); y nuestro viejo hombre fue crucificado con él (Romanos 6, 6). En mí se turbó mi corazón. En mí, dice, no en otros. Pues ellos me abandonaron, y aquellos que se adherían se retiraron, y a mí mismo, porque me veían morir, pensaron otra cosa; y fueron vencidos por el ladrón, que entonces creyó (Lucas 23, 40-42), cuando ellos fallaron.

10. [vers. 5.] De ahí a los miembros. Me acordé de los días antiguos. ¿Acaso se acordó Él de los días antiguos, por quien fue hecho todo día? Pero habla el cuerpo, habla cada uno justificado por su gracia, adherido a Él en caridad y devota humildad; habla, y dice, Me acordé de los días antiguos, medité en todas tus obras. Porque ciertamente tú hiciste todas las cosas buenas, y nada existiría que no hubiera sido constituido por ti. Tu criatura se me ha hecho espectáculo: busqué en la obra al artífice, y en todas las cosas creadas al creador. ¿Por qué esto? ¿Para qué esto, sino para que entendiera que todo lo bueno que hay en mí, fue hecho por Él; para que no ignorando la justicia de Dios, y queriendo establecer la suya, no estuviera sujeto a la justicia de Dios (Romanos 10, 3); para que le conviniera aquella voz superior, En tu verdad y en tu justicia? En todas las obras de Dios y en la meditación de todas las obras de Dios insinúa la gracia, recomienda la gracia, se gloría de haber encontrado la gracia, la gracia por la cual hemos sido salvados gratuitamente: porque también hemos sido salvados gratuitamente. ¿Por qué te glorías en tu justicia? ¿Por qué te ensalzas, ignorando la justicia de Dios? ¿Acaso diste algo para ser salvo: qué diste para ser hombre? Mira, pues, al creador de tu vida, al autor de tu sustancia y justicia y salvación. Medita en las obras de sus manos, porque también la justicia que hay en ti, la encontrarás perteneciente a su mano. Escucha al Apóstol enseñándote esto: No por obras, dice, para que nadie se gloríe. ¿No tenemos buenas obras? Claro que las tenemos; pero mira lo que sigue: Porque somos hechura suya, dijo. Somos hechura suya: ¿acaso quiso recordar la naturaleza, por la cual somos hombres, llamando a esto hechura? No, claramente; hablaba de las obras: No por obras, dice, para que nadie se gloríe. Pero no conjeturemos; que siga: Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras (Efesios 2, 9, 10). No pienses, pues, que obras algo, sino en cuanto eres malo. Apártate de tu obra, hacia la obra de aquel que te hizo: Él forma; y Él reforme lo que había formado y tú destruiste. Pues para que seas, Él obró; para que seas bueno, si eres bueno, Él obra. Con temor, dice, y temblor trabajad vuestra propia salvación. Si trabajamos nuestra propia salvación, ¿por qué con temor, por qué con temblor, si está en nuestro poder lo que trabajamos? Escucha por qué con temor y temblor: Porque Dios es quien obra en vosotros tanto el querer como el hacer, por su buena voluntad (Filipenses 2, 12, 13). Por tanto, con temor y temblor, para que deleite trabajar en el valle a nuestro artífice. Pues así obra como en los abatidos, que juzga entre las naciones, y llena las ruinas. En las obras de tus manos he meditado. Vi, pues, e inspeccioné tus obras; porque nada bueno puede haber en nosotros, si no es hecho por ti, que nos hiciste.

11. [vers. 6.] ¿Y qué hice, cuando vi que todo don perfecto y todo regalo perfecto es de arriba, descendiendo del Padre de las luces, en quien no hay cambio, ni sombra de variación (Santiago 1, 17)? Cuando vi esto, apartado de la obra mala que había hecho en mí, extendí mis manos hacia ti. Extendí, dice, mis manos hacia ti: mi alma como tierra sin agua para ti.

Llueve, dice, sobre mí para hacer buen fruto. Pues el Señor dará dulzura, para que nuestra tierra dé su fruto (Salmo 84, 13). Extendí mis manos hacia ti: mi alma como tierra sin agua, no para mí, sino para ti. Puedo tener sed de ti, no puedo regarme a mí mismo. Mi alma como tierra sin agua para ti: porque mi alma tuvo sed del Dios vivo (Salmo 41, 3). ¿Cuándo vendré, sino cuando Él venga? Mi alma tuvo sed del Dios vivo; porque mi alma como tierra sin agua para ti. El mar abunda, inunda, es copioso, fluctúa, pero es amargo. Mi alma se ha separado, apareció seca (Génesis 1, 9); riégala, porque como tierra sin agua para ti.

12. [vers. 7.] Pronto escúchame, Señor. Pues, ¿qué demora cuando tengo tanta sed, para inflamar mi sed? Retrasabas la lluvia, para que al beber la absorbiera, no rechazara lo que fluías. Si, pues, por eso retrasabas, ya da; porque mi alma como tierra sin agua para ti. Pronto escúchame, Señor; mi espíritu desfalleció. Lléneme tu espíritu, porque mi espíritu desfalleció: esa es la causa para que pronto escuches, porque mi espíritu desfalleció. Ya me he hecho pobre de espíritu; hazme bienaventurado en el reino de los cielos (Mateo 5, 3). Pues en quien vive su espíritu, es soberbio, se ensalza con su espíritu contra Dios. Que se haga en él bien lo que está escrito en otro lugar, Quitarás su espíritu, y desfallecerán, y se convertirán en su polvo (Salmo 103, 29); para que confesando digan, Recuerda que somos polvo (Salmo 102, 14). Pero cuando digan, Porque somos polvo recuerda; entonces digan, Mi alma como tierra sin agua para ti. Pues, ¿qué es tan tierra sin agua; como polvo? Pero pronto escúchame, Señor: llueve sobre mí, fortaléceme, para que no sea polvo que el viento arroja de la faz de la tierra (Salmo 1, 4). Pronto escúchame, Señor; mi espíritu desfalleció: no se demore mi necesidad. Quitaste mi espíritu, para que desfalleciera, y me convirtiera en mi polvo, y te dijera, Mi alma como tierra sin agua para ti: haz también lo que sigue en aquel salmo, Enviarás tu espíritu, y serán creados; y renovarás la faz de la tierra (Salmo 103, 30). Si, pues, alguna nueva criatura en Cristo, las cosas viejas pasaron. En su espíritu las cosas viejas pasaron, en tu espíritu se hicieron nuevas (2 Corintios 5, 17).

13. No apartes tu rostro de mí. Apartaste del soberbio. Pues alguna vez abundaba, y en mi abundancia me ensalzaba: Porque yo dije alguna vez en mi abundancia, No seré movido para siempre. Dije, No seré movido, en mi abundancia, ignorando tu justicia, y estableciendo la mía; pero tú, Señor, en tu voluntad diste a mi decoro fortaleza. Dije en mi abundancia, No seré movido; pero en verdad de ti era para mí todo lo que abundaba. Y para probar que esto era de ti para mí, apartaste tu rostro de mí, y me hice turbado (Salmo 29, 7, 8). Después de esta turbación en la que me hice, porque apartaste tu rostro; después del tedio de mi espíritu, después de mi corazón turbado en mí, por haber apartado tu rostro; ya me he hecho como tierra sin agua para ti: No apartes tu rostro. Apartaste del soberbio, devuelve al humilde. No apartes tu rostro de mí; porque si apartas; seré semejante a los que descienden al pozo. ¿Qué significa, a los que descienden al pozo? El pecador, cuando llega al fondo de los males, desprecia (Proverbios 18, 3). Ellos descienden al pozo, quienes incluso pierden la confesión: contra lo que se dice, No cierre sobre mí el pozo su boca (Salmo 68, 16). Esta profundidad llama a menudo la Escritura pozo, en la cual profundidad cuando llega el pecador, desprecia. ¿Qué significa, desprecia? Ya no considera ninguna providencia; o si la considera, no cree que le concierne. Se propone a sí mismo la licencia de pecar, sin esperanza de perdón, con las riendas de la iniquidad sueltas. No dice, Volveré a Dios, para que vuelva a mí; ni escucha, Convertíos a mí, y volveré a vosotros (Malaquías 3, 7): porque viniendo al fondo de los males desprecia. Pues del muerto, dice, como si no existiera, perece la confesión (Eclesiástico 17, 26). No apartes, pues, tu rostro de mí, y seré semejante a los que descienden al pozo.

14. [vers. 8.] Hazme oír por la mañana tu misericordia; porque en ti he confiado. He aquí que estoy en la noche; pero en ti he confiado, hasta que pase la iniquidad nocturna (Salmo 56, 2). «Pues tenemos, como dice Pedro, la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en

prestar atención, como a una lámpara que alumbra en lugar oscuro, hasta que el día amanezca, y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones» (2 Pedro 1, 19). Por tanto, llama mañana, después del fin del siglo, cuando veamos lo que en el siglo creemos. «Por la mañana» pues «escucharás mi voz; por la mañana estaré ante ti y contemplaré» (Salmo 5, 4, 5). «Hazme oír por la mañana tu misericordia, porque en ti he confiado.» Pues si lo que no vemos esperamos, por paciencia lo aguardamos (Romanos 8, 25). La paciencia requiere la noche, la alegría dará el día. «Hazme oír por la mañana tu misericordia; porque en ti he confiado.»

15. Pero aquí, ¿qué, hasta que venga la mañana? Pues no basta esperar la mañana; es necesario hacer algo. ¿Por qué hacer algo? Porque dice en otro salmo, Busqué a Dios en el día de mi tribulación: como en el tiempo de mi noche busqué a Dios. ¿Cómo lo buscaste? Con mis manos de noche ante Él; y no fui engañado (Salmo 76, 3). Con las manos debe buscarse a Dios en la noche. ¿Qué significa, con las manos? Con buenas obras. Ante Él: Pues cuando haces limosna, no hagas sonar la trompeta; y tu Padre que ve en lo secreto, te recompensará (Mateo 6, 2, 4). Porque así debe esperarse la mañana, y así debe tolerarse esta noche, y en esa paciencia hasta que el día amanezca debe perseverarse, ¿qué mientras tanto aquí debe hacerse? ¿Acaso vas a hacer algo por ti mismo, para merecer ser llevado a la mañana? Hazme conocer, Señor, el camino en que debo andar. Por eso encendió la lámpara profética; por eso envió al mismo Señor como en la vasija de la carne, quien también diría, Se secó como una vasija mi fuerza (Salmo 21, 16). Camina hacia la profecía, camina hacia la lámpara de las cosas futuras predichas, camina hacia las palabras de Dios. Aún no ves el Verbo en el principio, Dios con Dios (Juan 1, 1); camina hacia la forma de siervo, serás llevado a la forma del Señor. «Hazme conocer, Señor, el camino en que debo andar; porque a ti he elevado mi alma. He elevado a ti, no contra ti. En ti está la fuente de la vida (Salmo 35, 10). A ti he elevado mi alma, como un vaso he traído al manantial: lléname, pues, porque a ti he elevado mi alma.

16. [vers. 9.] Líbrame de mis enemigos, Señor; porque a ti he huido. Quien alguna vez huyó de ti, a ti he huido. Pues Adán huyó de la faz de Dios, y se escondió entre los árboles del paraíso (Génesis 3, 8), para que de él se dijera en el libro de Job: Como un siervo que huye de su Señor, y alcanza la sombra (Job 7, 2, según LXX). Huyó de la faz de su Señor, y alcanzó la sombra: pues a la sombra huyó entre los árboles del paraíso. ¡Ay de él si permanece en la sombra; no sea que después se diga, Pasaron todas las cosas como sombra (Sabiduría 5, 9). Líbrame de mis enemigos. No pienso aquí en enemigos humanos: No tenemos lucha contra carne y sangre. ¿Pero contra quiénes? Contra principados y potestades, gobernadores del mundo. ¿De qué mundo? Pues no gobiernan lo que no hicieron. Gobernadores del mundo; pero ¿de qué mundo? Ciertamente no del cielo y la tierra; pues no gobiernan lo que no hicieron. Gobernadores del mundo; pero ¿de qué mundo? De las tinieblas de este mundo. ¿De qué tinieblas? Ciertamente de los inicuos. Pues fuisteis alguna vez tinieblas; ahora sois luz en el Señor (Efesios 5, 8). Gobernadores del mundo, de estas tinieblas, gobernadores de los inicuos; contra estos tenéis lucha. Gran batalla tenéis, enemigo no visto y vencer. Contra los gobernadores del mundo de estas tinieblas; el diablo y sus ángeles (Efesios 6, 12): no los gobernadores de aquel mundo, del cual se dice, Y el mundo fue hecho por Él; sino de aquel mundo, del cual se dice, Y el mundo no lo conoció (Juan 1, 10). Líbrame de mis enemigos, Señor; porque a ti he huido. De mis enemigos; no de Judas, sino de quien llenó a Judas. A él sufro visto, a él combato no visto. Pues Judas tomó el bocado, y entró en él Satanás (Juan 13, 27): para que este David sufriera persecución de su hijo. ¡Cuántos llena Judas Satanás, indignamente recibiendo el bocado para su juicio! Pues quien come y bebe indignamente, juicio come y bebe para sí (1 Corintios 11, 29). No es malo lo que se da, sino que lo bueno se

da al malo para juicio. No puede ser bueno para quien lo recibe mal lo que es bueno. Por tanto, «líbrame de mis enemigos; porque a ti he huido, Señor.»

17. [vers. 10-12.] Enséñame a hacer tu voluntad; porque tú eres mi Dios. ¡Oh confesión, oh prescripción! Porque tú eres, dice, mi Dios. ¿A otro correré a ser restaurado, si por otro fui hecho? Tú eres todo mío; porque tú eres mi Dios. ¿Buscaré al Padre por la herencia? Tú eres mi Dios, no solo el dador de la herencia, sino la misma herencia: El Señor es la parte de mi herencia (Salmo 15, 5). ¿Buscaré al Señor por la redención? Tú eres mi Dios. ¿Buscaré al patrón por la liberación? Tú eres mi Dios. Finalmente, ¿deseo ser recreado siendo creado? Tú eres mi Dios, quien eres mi Creador, quien me creaste por tu Verbo, y me recreaste por el Verbo. Pero me creaste por el Verbo Dios permaneciendo contigo; me recreaste por el Verbo hecho carne por nosotros. Enséñame, pues, a hacer tu voluntad; porque tú eres mi Dios. Si no me enseñas, haré mi voluntad, y me abandonará mi Dios. Enséñame a hacer tu voluntad; porque tú eres mi Dios. Enséñame: pues no eres mi Dios, y yo seré mi maestro. Ved cómo se recomienda la gracia. Esto retened; esto bebed, esto que nadie os lo quite del corazón; para que no tengáis celo de Dios, pero no según ciencia; para que no ignorando la justicia de Dios, y queriendo establecer la vuestra, no estéis sujetos a la justicia de Dios (Romanos 10, 2, 3). Ciertamente reconocéis las palabras del Apóstol. Decid, pues, estas cosas, Enséñame a hacer tu voluntad; porque tú eres mi Dios.

18. Tu espíritu bueno, no mi mal espíritu: Tu espíritu bueno me guiará a tierra recta. Porque mi mal espíritu me condujo a tierra perversa. ¿Y qué he merecido yo? ¿Qué obras buenas mías se cuentan sin tu ayuda, para que mereciera ser guiado por tu Espíritu a tierra recta? ¿Cuáles son mis obras, o cuáles mis méritos? Por tu nombre, Señor, me darás vida. Prestad atención, pues, en la medida de vuestras posibilidades, a la recomendación de la gracia, por la cual habéis sido salvados gratuitamente. Por tu nombre, Señor, me darás vida. No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da la gloria (Salmo 113, 1). Por tu nombre, Señor, me darás vida: en tu justicia, no en la mía, no porque yo lo haya merecido, sino porque tú tienes misericordia. Pues si mostrara mi mérito, no merecería de ti sino castigo. Has apartado mis méritos, has insertado tus dones. «Por tu nombre, Señor, me darás vida: en tu justicia sacarás mi alma de la tribulación; y en tu misericordia llevarás a la destrucción a mis enemigos. Y destruirás a todos los que afligen mi alma; porque yo soy tu siervo.»

EXPOSICIÓN SOBRE EL SALMO 143.

SERMON A LA GENTE.

1. [vers. 1.] El título de este salmo es breve en número de palabras, pero pesado en el peso de los misterios: De David contra Goliat. Este combate ocurrió en tiempos de nuestros padres, como vuestra Caridad recuerda de las Sagradas Escrituras. Pues cuando los extranjeros luchaban contra el pueblo de Dios, uno provocó a uno, Goliat a David: en cuyo combate se probó la voluntad de Dios por la victoria de cada parte. Pero, ¿por qué nos preocupamos por la victoria, cuando vemos al provocador y al provocado? La impiedad provocó a la piedad, la soberbia a la humildad, finalmente el diablo a Cristo. ¿Por qué os asombráis de que el diablo haya sido vencido? Aquel era de gran estatura corporal; este, sin embargo, era pequeño de estatura, pero grande en fe. El santo David tomó las armas de guerra para salir contra Goliat. Estas armas, debido a su edad y pequeña estatura corporal, como hemos dicho, no pudo llevar. Desechó lo que le pesaba, no lo que le ayudaba: tomó cinco piedras del río y las puso en un vaso pastoral. Armado corporalmente con estas, pero espiritualmente con el nombre de Dios, salió y venció (1 Samuel 17). Esto fue lo que hizo aquel David: pero investiguemos los

misterios. Pues habíamos propuesto este título breve en número de palabras, pero pesado en el peso de los misterios. Venga a la mente aquella sentencia apostólica, Todas estas cosas les sucedieron en figura (1 Cor. 10, 11); para que no parezca que buscamos algo oculto, donde se pueda decir que todo se ha dicho simplemente sin la profundidad del misterio. Tenemos, pues, la autoridad que nos hace atentos para buscar, vigilantes para investigar, devotos para escuchar, fieles para creer, diligentes para hacer. En David está Cristo: pero como soléis entender, instruidos en su escuela, Cristo es la cabeza y el cuerpo. No escuchéis, pues, algo de la persona de Cristo, como si no os concerniera, que sois miembros de Cristo. Puesto este fundamento, veamos qué sigue.

2. Sabéis que el primer pueblo estaba cargado con muchos sacramentos visibles y corporales; la circuncisión, aquel sacerdocio laborioso, y el templo lleno de figuras, con múltiples géneros de holocaustos y sacrificios. Nuestro David, como armas que oprimen, no que ayudan, las dejó. Pues si se hubiera dado una ley que pudiera vivificar, verdaderamente la justicia sería por la Ley. ¿Para qué, entonces, la Ley? Sigue: Pero la Escritura lo encerró todo bajo pecado, para que la promesa se diera a los creyentes por la fe en Jesucristo (Gál. 3, 21-22). Finalmente, este David, es decir, Cristo cabeza y cuerpo, en el tiempo de la revelación del Nuevo Testamento, en el tiempo de insinuar y recomendar la gracia de Dios, ¿qué hizo? Dejó las armas, tomó cinco piedras: dejó las armas que, como dijimos, oprimían; por tanto, dejó los sacramentos de la Ley, aquellos sacramentos de la Ley que no fueron impuestos a los gentiles, que no observamos. Recordáis cuántas cosas leemos en la Ley Antigua y no observamos; pero, sin embargo, entendemos que fueron propuestas y presentadas para algún significado: no para desechar la Ley de Dios, sino para no celebrar los sacramentos que prometían, una vez cumplida la promesa. Pues lo que prometían, ha venido. La gracia del Nuevo Testamento estaba velada en la Ley; en el Evangelio se revela. Quitamos el velo, reconocemos lo que estaba velado: lo reconocemos en la gracia de nuestro Señor Jesucristo, nuestra cabeza y Salvador, que fue crucificado por nosotros; y cuando fue crucificado, también el velo del templo se rasgó (Mat. 27, 51). Finalmente, él dejó las armas, como cargas de los sacramentos de la Ley Antigua; y tomó la misma Ley. Pues las cinco piedras significan los cinco libros de Moisés. Tomó, pues, aquellas cinco piedras del río. Sabéis qué es el río. Pues el siglo mortal fluye, y pasa todo lo que viene al mundo. Por tanto, estaban en el río, como en aquel primer pueblo, las piedras; allí eran inútiles, estaban vacías, no servían de nada, pasaban sobre los ríos. ¿Qué hizo David para que la misma Ley fuera útil? Recibió la gracia. Pues la Ley no puede cumplirse sin gracia: La plenitud de la Ley es la caridad (Rom. 13, 10). ¿Y de dónde viene esa caridad? Mira si no es de la gracia. La caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Rom. 5, 5). Porque, pues, la gracia hizo que se cumpliera la Ley, y la gracia se significa por la leche; pues esto es gratuito en la carne, donde la madre no busca recibir, sino que se esfuerza por dar; esto la madre da gratis, y se entristece si falta quien reciba: ¿cómo, pues, mostró David que la Ley no puede operar sin gracia, sino cuando quiso unir aquellas cinco piedras, que significaban la Ley en los cinco libros, a la gracia, las puso en un vaso pastoral, donde solía ordeñar leche? Armado con estas, armado con gracia, y por tanto confiando no en sí mismo, sino en su Señor, salió contra el soberbio Goliat, jactándose de sí mismo, confiando en sí mismo. Tomó una piedra, la lanzó, golpeó al enemigo en la frente; cayó por ese lugar del cuerpo, donde no tenía la señal de Cristo. También puedes notar esto: puso cinco piedras, lanzó una. Se leyeron cinco libros, pero la unidad venció. La plenitud de la Ley, como recordamos poco antes, es la caridad: y el Apóstol dice, Soportándoos unos a otros en amor, procurando guardar la unidad del espíritu en el vínculo de la paz (Efes. 4, 2-3). Luego, después de haberlo golpeado y derribado, le quitó la espada y con ella le cortó la cabeza. Y esto hizo nuestro David, derribó al diablo de los suyos: pues cuando creen sus grandes, a

quienes tenía en su mano, y con los que mataba a las demás almas, vuelven sus lenguas contra el diablo; y así se corta la cabeza de Goliat con su propia espada. Hemos tratado el misterio del título por la brevedad del tiempo; veamos qué tiene el mismo Salmo.

3. Bendito sea el Señor mi Dios, que adiestra mis manos para la batalla, mis dedos para la guerra. Es nuestra voz, si somos el cuerpo de Cristo. Bendigamos al Señor nuestro Dios que adiestra nuestras manos para la batalla, nuestros dedos para la guerra. Parece una repetición de la sentencia: lo que es, nuestras manos para la batalla; esto es; nuestros dedos para la guerra. ¿O hay alguna diferencia entre manos y dedos? Con los dedos operan también las manos: no, pues, absurdamente tomamos los dedos por las manos. Sin embargo, en los dedos reconocemos la división de la operación, y sin embargo la raíz de la unidad. Mira aquella gracia: dice el Apóstol, A uno se le da por el Espíritu palabra de sabiduría, a otro palabra de ciencia según el mismo Espíritu, a otro fe en el mismo Espíritu, a otro dones de curaciones en un Espíritu, a otro géneros de lenguas, a otro profecía, a otro discernimiento de espíritus. Pero todas estas cosas las obra uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como quiere (1 Cor. 12, 8). A uno esto, a otro aquello; son divisiones de la operación: Todas estas cosas las obra uno y el mismo Espíritu; es la raíz de la unidad. Con estos dedos combate el cuerpo de Cristo, avanzando en la guerra, avanzando en la batalla.

4. Ya los géneros de batallas y guerras tal vez sea largo de enumerar, y más fácil de llevar que de explicar. Tenemos una guerra que menciona el Apóstol: No es vuestra lucha contra carne y sangre, es decir, contra hombres de quienes parecéis sufrir molestias; no contra ellos lucháis: sino contra principados y potestades y rectores del mundo. Y para que no entendieras del mundo, del cielo y de la tierra, mostró lo que decía: De las tinieblas, dijo, de este mundo (Efes. 6, 12). Del mundo, ciertamente, no del que fue hecho por él; porque, Y el mundo fue hecho por él: sino del mundo que no lo conoció; porque, Y el mundo no lo conoció (Juan 1, 10). Estas tinieblas no son por naturaleza, sino por voluntad. Pues el alma por sí misma no brilla: porque canta humildemente y verdaderamente, Tú iluminarás mi lámpara, Señor; mi Dios, ilumina mis tinieblas (Salmo 17, 29): y, En ti está el manantial de la vida; en tu luz veremos la luz (Salmo 35, 10); no en nuestra luz, sino en tu luz. Pues también nuestros ojos se llaman luces; y sin embargo, si falta la luz exterior, aun sanos y abiertos, permanecerán en tinieblas. Por tanto, luchamos contra los rectores de estas tinieblas, rectores, es decir, de los infieles, el diablo y sus ángeles, rectores de su espada con la que el diablo lucha contra los fieles. Pero así como, al ser derribado Goliat, se le quita la espada para que con su propia espada se le corte la cabeza a Goliat; así cuando creen los mismos infieles, se les dice: Fuisteis en otro tiempo tinieblas; ahora sois luz en el Señor (Efes. 5, 8). Luchasteis en la mano de Goliat, ya en la mano de Cristo cortad la cabeza de Goliat.

5. Esta es una batalla: pero hay otra en cada uno consigo mismo. Ahora se leía este género de guerra en la epístola apostólica: La carne codicia contra el espíritu, y el espíritu contra la carne; para que no hagáis lo que queréis. Y esta es una guerra grave, y lo que es más molesto, interna. En esta guerra, si alguien es victorioso, vencerá inmediatamente a aquellos enemigos que no ve. Pues el diablo y sus ángeles no tientan sino lo que en ti domina carnalmente. Pues, ¿cómo vencemos a esos enemigos que no vemos, sino porque sentimos los movimientos carnales interiores? Con estos luchamos, y a ellos golpeamos. En el amor al dinero domina la avaricia: el diablo desde fuera propone ganancia con fraude a tu avaricia que no has vencido dentro, que no has dominado, que no has sometido; propone como un mal agonoteta a su atleta fraude y ganancia, obra y premio: Haz, y toma. Pero si pisoteas la avaricia, si no te domina interiormente, que sientes que vences; pues al diablo insidioso no lo sientes: si, pues, has dominado la avaricia, atiendes al otro que propone obra y premio. ¿Qué propuso aquel? Fraude y ganancia. ¿Qué propone este? Inocencia y corona. Haz y toma, dice aquel, y este.

Ya tú, más elevado interiormente, si no has sido vencido por la avaricia, sino vencedor de la avaricia; atiendes a aquel, vences a este. Pues distingues a ambos, y dices: Aquí veo obra y premio, allí veo cebo y trampa. Pues no dices nada en ti que no te pertenezca. Pues por el pecado estás dividido contra ti mismo. Arrastras la descendencia de la concupiscencia y la transmisión de la muerte: tienes contra qué luchar en ti, tienes qué conquistar en ti. Pero tienes a quien invocar, para que te ayude luchando, y te corone venciendo, quien te hizo cuando no existías.

6. ¿Cómo, dices, venceré? He aquí que el mismo Apóstol propone una batalla muy difícil, y cuán laboriosa o tal vez insuperable sea, si no lo entiendo, él mismo lo muestra. La carne, dice, codicia contra el espíritu, y el espíritu contra la carne; para que no hagáis lo que queréis. ¿Cómo me ordenas vencer, cuando él dice, Para que no hagáis lo que queréis? ¿Preguntas cómo? Atiende a la gracia del vaso pastoral, pon la piedra del río en el recipiente de leche. He aquí que yo también te digo, más bien la misma verdad te dice. Ciertamente no haces lo que quieres, luchando la carne contra tu espíritu. Si en esta lucha confías en ti mismo, debes ser advertido, para que no hayas oído en vano, Exultad en Dios nuestro ayudador (Salmo 80, 2). Pues si cumplieras todo por ti mismo, no sería necesario el ayudador. Nuevamente, si tú mismo no hicieras nada con tu voluntad, no se llamaría ayudador: pues el ayudador ayuda a quien hace algo. Finalmente, cuando dijo, La carne codicia contra el espíritu, y el espíritu contra la carne; para que no hagáis lo que queréis; y te propuso ante ti mismo, como si te faltaras a ti mismo, inmediatamente te envió al ayudador: Pero si sois guiados por el espíritu, ya no estáis bajo la Ley. Pues quien está bajo la ley, no cumple la ley, sino que es oprimido por la ley; como aquel David estaba bajo las armas. Por tanto, si eres guiado por el espíritu, mira quién te ayudará para que cumplas lo que quieres. Tu ayudador, tu sustentador, tu esperanza, quien adiestra tus manos para la batalla, y tus dedos para la guerra. Pues manifiestas son, dice, las obras de la carne, que son fornicaciones, inmundicias, idolatría, lujuria, hechicerías, contiendas, enemistades, borracheras, comilonas, y cosas semejantes; de las cuales os advierto, como ya os advertí, que los que hacen tales cosas no heredarán el reino de Dios (Gál. 5, 17-21). No los que luchan contra tales cosas, sino los que hacen tales cosas. Pues cuando luchas, es una obra; cuando vences, es otra obra; cuando tienes paz y descanso, es otra obra. Estas cosas, mientras las demuestro con pocos ejemplos, prestad atención. Se sugiere alguna ganancia, deleita; tiene fraude, pero es una gran ganancia; deleita, no consientes: mira la lucha, aún se persuade, aún se insiste, aún se delibera, por tanto quien lucha, está en peligro. Vimos la lucha, veamos lo demás. Despreció la justicia para hacer fraude; fue vencido: despreció la ganancia para servir a la justicia; venció. En estos tres, lamento al vencido, temo por el que lucha, me alegro con el vencedor. Pero incluso aquel que venció, ¿acaso ha hecho en sí mismo que absolutamente no lo tiente el dinero, o no despierte en él ninguna delectación, aunque sea superable, aunque sea despreciable, aunque no solo a la que no consienta, sino con la que ni siquiera se digne luchar? Sin embargo, hay alguna titilación de delectación. Esta titilación, y aquel enemigo ya ni lucha, ni reina: sin embargo, está presente, y como que mora en la carne mortal, lo que no será. Pues todo se convertirá en victoria, pero después: ahora, sin embargo, El cuerpo ciertamente está muerto a causa del pecado; y por eso en el mismo cuerpo está presente el pecado, aunque no reina el pecado: pero el espíritu es vida a causa de la justicia. Si, pues, el que resucitó a Cristo de entre los muertos, habita en vosotros; el que resucitó a Cristo de entre los muertos, vivificará también vuestros cuerpos mortales, por su Espíritu que habita en vosotros (Rom. 8, 10, etc.). Allí ya no habrá ni lo que luche, ni lo que titile; todo cederá en paz. Pues no es una naturaleza contraria la que lucha contra otra naturaleza, sino como en una casa el marido y la mujer. Si disienten entre sí, es un trabajo molesto y peligroso; si el marido es vencido y la mujer domina, es una paz perversa: pero si la mujer se somete al marido dominante, es una paz

recta; sin embargo, no es otra cosa de otra naturaleza, porque de hombre fue hecha mujer para el hombre. Tu carne, tu esposa, tu sierva: considera lo que quieras, es necesario que la sometas; y si luchas, para que la lucha sea provechosa. Pues esto conviene, que lo inferior se someta a lo superior; para que también aquel que quiere que se le someta lo que es inferior a él, se someta a quien es superior a él. Reconoce el orden, busca la paz. Tú a Dios, tu carne a ti. ¿Qué más justo? ¿Qué más hermoso? Tú al mayor, el menor a ti: sirve tú a quien te hizo, para que te sirva lo que fue hecho para ti. Pues no conocemos este orden, ni recomendamos este orden. Tú a la carne y tú a Dios; pero, Tú a Dios, y tu carne a ti. Pero si desprecias Tú a Dios, nunca lograrás que Tu carne a ti. Quien no obedece al Señor, es atormentado por el siervo. ¿Acaso si no primero tú a Dios, para que luego tu carne a ti, podrás decir estas palabras, Bendito sea el Señor mi Dios, que adiestra mis manos para la batalla, y mis dedos para la guerra? ¿Quieres luchar sin ser enseñado, serás condenado vencido. Primero, pues, sométete a Dios; luego, siendo enseñado y ayudado por él, lucha, y di, Que adiestra mis manos para la batalla, y mis dedos para la guerra.

7. [vers. 2.] Y cuando luchas, porque mientras luchas, te pones en peligro, di lo que sigue, estando en el peligro de la lucha. Mi misericordia. No seré vencido. ¿Qué significa esto, Mi misericordia? ¿Me ofreces misericordia y eres misericordioso conmigo? ¿O me has concedido ser misericordioso yo también? Porque el enemigo no es vencido de ninguna manera como cuando somos misericordiosos. Prepara calumnias para el juicio, y no puede presentar falsedades, porque no hay ante quién. Si tratara con nosotros ante un juez humano, podría engañarlo con mentiras y perjudicarnos con acusaciones falsas; pero como nuestro caso con él está ante un juez que no puede ser engañado, por eso busca seducirnos al pecado, para tener algo verdadero que objetar. Y donde la fragilidad humana sucumbe a sus engaños, que siga la obra de la humildad en la confesión, que se ejercite en obras de misericordia y piedad. Todo se borra cuando decimos de corazón sincero y plena confianza a quien ve: Perdónanos, como también nosotros perdonamos (Mat. VI, 12). Di con todo el corazón, di con toda confianza, di seguro, Perdónanos, como también nosotros perdonamos; o no perdones, si no perdonamos. Aunque no digas, No perdones, si no perdonamos; de ninguna manera perdona, si no perdonamos. Porque no será un mentiroso en sus promesas para que tú seas un pecador impune. ¿Quieres, dice, que perdone? Perdona. Hay otra obra de misericordia: ¿Quieres que dé? Da. En un lugar del Evangelio se dice, Perdonad, y se os perdonará; dad, y se os dará (Luc. VI, 37, 38). Algo, dice, tengo contra ti, algo también tú tienes contra otro; perdona, y yo perdono. Algo me pides, algo otro te pide a ti; da, y yo doy. ¿Y qué perdona? ¿qué da? ¿No es la caridad? ¿Y de dónde viene la caridad sino por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Rom. V, 5)? Si, por tanto, nuestro enemigo es vencido por las obras de misericordia, y no podríamos tener obras de misericordia si no tuviéramos caridad; y no tendríamos caridad si no la recibiéramos por el Espíritu Santo: él enseña nuestras manos para la batalla, y nuestros dedos para la guerra; a él le decimos correctamente, Mi misericordia, de quien también tenemos que seamos misericordiosos. Porque el juicio será sin misericordia para aquel que no hizo misericordia.

8. ¿Consideráis pequeñas las obras de misericordia? Me gustaría decir algo sobre ellas. Prestad atención primero a esta sentencia extraída de la Sagrada Escritura, que acabo de mencionar: Porque el juicio será sin misericordia para aquel que no hizo misericordia antes de ser juzgado. ¿Y luego? ¿qué sigue? Pero la misericordia triunfa sobre el juicio (Santiago II, 13). ¿Qué significa esto, hermanos, La misericordia triunfa sobre el juicio? La misericordia se sobrepone al juicio: en quien se encuentre la obra de misericordia, aunque tenga algo en el juicio por lo que ser castigado, como una ola, la misericordia extingue el fuego del pecado. Porque la misericordia triunfa sobre el juicio. ¿Y qué? ¿y cuando ayuda a

tales personas, y cuando las libera, y cuando las perdona, es Dios injusto? De ninguna manera. Y allí es justo: la misericordia no le quita la justicia, ni la justicia la misericordia. Mira si no es justo: Perdona, y yo perdono; da, y yo doy. Mira si no es justo: Con la medida con que midáis, se os medirá (Mat. VII, 2). Porque, Con la medida: no es una medida del mismo tipo; pero es la misma medida, Perdona, y yo perdono. Tienes una medida para dar perdón; encontrarás en mí una medida para recibir perdón: tienes una medida para dar lo que tienes; encontrarás en mí una medida para recibir lo que no tienes.

9. Mi misericordia y mi refugio, mi sustentador y mi libertador. Mucho trabaja aquí el luchador, sosteniendo la carne que desea contra el espíritu. Sostén lo que sostienes. Entonces será plenamente lo que deseas, cuando la muerte sea absorbida en victoria; cuando este cuerpo mortal resucitado se transforme en la condición angélica, y vuele a la calidad celestial. "Los muertos," dice, "en Cristo, resucitarán primero: luego nosotros, los que vivimos, los que quedamos, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire; y así estaremos siempre con el Señor" (I Tes. IV, 15, 16). Allí la muerte será absorbida en victoria: allí se dirá, ¿Dónde está, muerte, tu contienda? ¿dónde está, muerte, tu aguijón? (I Cor. XV, 54, 55). Porque no quedará, ni en el alma ni en el cuerpo, nada que se rebele contra el amor de Dios. Plena victoria, plena paz. De esto se nos dice a nosotros que luchamos: Venid, hijos, escuchadme; os enseñaré el temor del Señor. Estáis en la batalla, en la contienda lucháis; y sin embargo deseáis algún descanso. ¿Quién es el hombre que desea la vida, y ama ver días buenos? ¿Quién no dirá: Yo? Allí está la vida, allí los días buenos, donde nada desea contra el espíritu: donde no se dice, Lucha; sino Alégrate. Pero, ¿quién es el que desea estos días? Ciertamente todo hombre dice: Yo. Escucha lo que sigue. Veo que trabajas, veo que en la lucha, en el peligro te encuentras: escucha lo que sigue; enseña las manos para la batalla, los dedos para la guerra. Refrena tu lengua del mal, y tus labios de hablar engaño; apártate del mal, y haz el bien. Porque, ¿cómo podrás hacer el bien, si no te apartas del mal? ¿Qué busco que vistas, cuando aún despojas? ¿qué busco que des, cuando aún robas? Apártate del mal, y haz el bien. Que no llore primero el pobre bajo ti, para que se alegre de ti el pobre. Apártate del mal, y haz el bien. ¿Con qué recompensa? Porque ahora luchas. Busca la paz, y síguela (Sal. XXXIII, 12-15). Aprende, di, Mi misericordia y mi refugio, mi sustentador y mi libertador, mi protector. Sustentador, para que no caiga; libertador, para que no quede atrapado; protector, para que no sea herido. Mi protector, y en él he confiado. En todo esto, en todo mi trabajo, en todas mis luchas, en todas mis dificultades, en él he confiado. Él somete a mi pueblo bajo mí. He aquí que nuestra cabeza habla con nosotros.

10. [vers. 3.] Señor, ¿qué es el hombre, para que te hayas dado a conocer a él? Todo lo que es, es esto, para que te hayas dado a conocer a él. ¿Qué es el hombre, para que te hayas dado a conocer a él? o el hijo del hombre, para que lo estimes? Lo estimas, lo valoras tanto, lo consideras tanto: ordenas, sabes bajo qué lo pones, sobre qué lo pones. Porque la estimación es el valor de algo. ¿Cuánto estimó al hombre, quien por él derramó la sangre de su Unigénito? ¿Qué es el hombre, para que te hayas dado a conocer a él? ¿A quién, a quién te has dado a conocer? ¿Qué es el hijo del hombre, para que lo estimes? Porque lo valoras tanto, lo estimas tanto, muestras que es algo precioso. Porque Dios no estima al hombre como el hombre estima al hombre: cuando encuentra un siervo a la venta, compra un caballo más caro que al hombre. Mira cuánto te estima, para que puedas decir: Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros? Y cuánto te estimó, quien no escatimó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros. ¿Cómo no nos dará también con él todas las cosas? (Rom. VIII, 31, 32). ¿Quién dio este sustento al que lucha, qué guarda para el que vence? Yo soy, dice, el pan vivo que descendió del cielo (Juan VI, 41). Este es el sustento de los que luchan, traído de los graneros del Señor, de donde se alimentan los ángeles: porque, El hombre comió el pan

de los ángeles (Sal. LXXVII, 25). Pero después de las luchas, ¿qué guarda además de este sustento? ¿qué dará a los vencedores, sino lo que se dice en otro salmo: Una cosa he pedido al Señor, esta buscaré, que habite en la casa del Señor todos los días de mi vida; para contemplar la hermosura del Señor, y para ser protegido en su templo (Sal. XXVI, 4)? ¿Qué es el hombre, para que te hayas dado a conocer a él? o el hijo del hombre, para que lo estimes?

11. [vers. 4.] El hombre es semejante a la vanidad; y sin embargo te has dado a conocer a él, y lo estimas. El hombre es semejante a la vanidad. ¿A qué vanidad? A los tiempos que pasan y fluyen. Porque esta vanidad se dice en comparación con la verdad siempre permanente y nunca deficiente. Porque esta también es una criatura en su lugar. Porque Dios llenó la tierra, como está escrito, con sus bienes (Ecli. XVI, 30). ¿Qué significa, sus? Congruentes a él. Pero todas estas cosas terrenales, volátiles, transitorias, si se comparan con aquella verdad, donde se dijo, Yo soy el que soy (Éxodo III, 14); todo esto que pasa, se llama vanidad. Porque se desvanece con el tiempo, como el humo en el aire. ¿Y qué más diré, que lo que dijo el apóstol Santiago, queriendo reducir a la humildad a los hombres soberbios? Porque, ¿qué es vuestra vida? Es un vapor que aparece por un poco de tiempo; luego se desvanece (Santiago IV, 15). Por tanto, El hombre es semejante a la vanidad. Pecando, se hizo semejante a la vanidad. Porque cuando fue creado por primera vez, fue hecho semejante a la verdad; pero porque pecó, porque recibió lo que merecía, se hizo semejante a la vanidad. Porque por la iniquidad corriges al hombre, dijo en otro salmo, y haces que su alma se consuma como una araña. De ahí también esto, El hombre es semejante a la vanidad. Allí, ¿qué dice? Has puesto mis días como antiguos (Sal. XXXVIII, 12, 6). Aquí, ¿qué dice? Sus días pasan como una sombra. Que el hombre preste atención a sí mismo en los días de su sombra, para que haga algo digno de la luz deseada; y si está en la sombra de la noche, busque el día. Porque el día de esta vanidad, para el hombre que conoce, es un día de tribulación; ya sea que alguna incomodidad y molestia nos dañe, o que el mundo nos sonría con alguna prosperidad, todo es de temer y lamentar, porque la vida humana sobre la tierra es una tentación (Job VII, 1): de donde se dice, Todo el día anduve afligido (Sal. XXXVII, 7). Necesitamos consuelos, y cualquier cosa que Dios nos ofrezca ahora, cuando lo hace favorablemente, no es la alegría de los bienaventurados, sino el consuelo de los miserables. Por tanto, que el hombre haga algo digno de la luz deseada en estos días de su sombra, y en la noche busque a Dios, como está escrito: En el día de mi tribulación busqué a Dios con mis manos de noche delante de él, y no fui engañado (Sal. LXXVI, 3). ¿Qué día de tribulación dice, sino el que también llama noche? Con mis manos de noche delante de él. Aún estamos en la noche, y vigilamos con la lámpara de la profecía. Algo ha sido prometido que aún se espera: pero, ¿qué dice el apóstol Pedro? Tenemos la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en prestar atención, como a una lámpara que brilla en un lugar oscuro, hasta que el día amanezca, y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones (II Pedro I, 19). Allí está nuestro premio. Por la mañana escucharás mi voz; por la mañana estaré delante de ti, y contemplaré (Sal. V, 4, 5). Por tanto, obra, aunque en la noche, con tus manos; es decir, busca a Dios con buenas obras, antes de que venga el día que te alegre, para que no venga el que te entristezca. Mira cómo trabajas seguro, porque no serás abandonado por aquel a quien buscas: Con mis manos, dice, busqué a Dios de noche delante de él. Para que tu Padre que ve en lo secreto, te recompense (Mat. VI, 4); por eso, delante de él. Ten misericordia, caridad dentro de ti; no hagas nada como si fuera para agradar a los hombres. Con mis manos, con mis obras: en la sombra, en esta vida: donde él ve, no donde me esfuerzo por agradar a los hombres. ¿Y qué sigue? Y no fui engañado. El hombre es semejante a la vanidad; sus días pasan como una sombra: y sin embargo te has dado a conocer a él, y lo estimas.

12. [vers. 5.] Señor, inclina tus cielos, y desciende: toca los montes, y humeen. Lanza relámpagos, y dispérsalos; envía tus flechas, y contúrbalos. Envía tu mano desde lo alto; y sácame, y líbrame de las muchas aguas. El cuerpo de Cristo, el humilde David, lleno de gracia, confiando en Dios, luchando en este mundo, invoca la ayuda de Dios: Inclina tus cielos, y desciende. ¿Quiénes son los cielos inclinados? Los apóstoles humillados. Porque estos cielos cuentan la gloria de Dios: y de estos cielos que cuentan la gloria de Dios se dice enseguida, No hay lenguaje ni palabras, donde no se oigan sus voces: su sonido ha salido por toda la tierra, y sus palabras hasta los confines del mundo (Sal. XVIII, 2, 4, 5). Cuando estos cielos emitían sus voces por todas las tierras, y hacían maravillas, con el Señor resplandeciendo y tronando en ellos con milagros y preceptos, se pensó que los dioses habían descendido del cielo a los hombres. Porque algunos de los gentiles, pensando esto, incluso quisieron sacrificarles. Entonces ellos, viendo que se les atribuía un honor indebido, y temiendo, y detestando, y corrigiendo a aquellos que erraban así, para mostrarles el movimiento de su alma, rasgaron sus vestiduras, y dijeron, ¿Qué hacéis? También nosotros somos hombres pasibles, como vosotros. Y comenzaron bajo estas palabras a encomendar la excelencia de nuestro Señor Jesucristo (Hechos XIV, 7-17), humillándose para que Dios fuera encomendado; porque los cielos estaban inclinados, para que Dios descendiera. Inclina, pues, tus cielos, y desciende. Toca los montes, y humeen: montes soberbios, elevaciones terrenales, grandezas hinchadas: Toca, dice, toca estos montes; da de tu gracia a estos montes: y humeen; porque confesarán sus pecados. El humo de los que confiesan sus pecados arrancará también lágrimas de los soberbios humillados. Toca los montes, y humeen. Mientras no son tocados, se ven grandes a sí mismos. Dirán, Tú eres grande, Señor (Sal. XLVII, 2); dirán también los montes, Tú solo eres el Altísimo sobre toda la tierra (Sal. LXXXII, 19).

13 [vers. 6.] Pero hay algunos que conspiran, se reúnen en uno contra el Señor, y contra su Cristo (Sal. II, 2; Hechos IV, 26, 27). Se reunieron, conspiraron. Lanza relámpagos, y dispérsalos. Crece con tus milagros, y se disolverá su conspiración. Lanza relámpagos, y dispérsalos. Ya aterrados por los milagros, no se atreverán a hacer algo contra ti, y en esos milagros, temiendo, dudarán. ¿Quién es este que puede tanto? ¿quién es este que se exalta así, cuyo nombre vale tanto? Cuando dicen, ¿Quién es este?, creerán: lanzaste relámpagos con milagros, y dispersaste su mala conspiración. Envía tus flechas, y contúrbalos. Flechas agudas del poderoso (Sal. CXIX, 4); tus preceptos, tus palabras hieran su corazón. Envía tus flechas, y contúrbalos. Sean heridos los que están mal sanos, para que sean sanados bien heridos; y digan ya en la Iglesia y en el cuerpo de Cristo constituidos, digan con la Iglesia: Porque estoy herido de amor (Cant. II, 5, según LXX). Envía tus flechas, y contúrbalos.

14. [vers. 7.] Envía tu mano desde lo alto. ¿Qué después? ¿qué al final? ¿Cómo vence el cuerpo de Cristo? Con ayuda celestial. Porque vendrá el mismo Señor con voz de arcángel, y con trompeta de Dios descenderá del cielo (I Tes. IV, 15); el mismo Salvador del cuerpo, la mano de Dios, Envía tu mano desde lo alto; y sácame, y líbrame de las muchas aguas. ¿Qué significa, de las muchas aguas? De muchos pueblos. ¿De qué pueblos? De los extranjeros, infieles, ya sea atacando desde fuera, ya sea acechando desde dentro. Sácame de las muchas aguas, en las que me ejercitabas, en las que me hacías rodar para quitarme las impurezas. Esta es aquella agua de contradicción (Núm. XX, 13). Sácame, y líbrame de las muchas aguas.

15. [vers. 8.] Escuchemos ya de estas muchas aguas, de las que Dios librará el cuerpo de su Cristo, de las que Dios librará la humildad de David. ¿Qué significa, de las muchas aguas? ¿Qué dijiste, para que las aguas no se entiendan de otra manera? ¿qué dijiste de las muchas aguas? ¿Qué dije, escucha. De la mano de los hijos de los extranjeros. Escuchad, hermanos, entre quienes estamos, entre quienes vivimos, de quienes deseamos ser librados. Cuya boca

ha hablado vanidad. Hoy todos vosotros, si no estuvierais reunidos para estos divinos espectáculos de la palabra de Dios, y vivierais mezclados con ellos a esta hora, ¡cuántas vanidades escucharíais! Cuya boca ha hablado vanidad. Cuando finalmente aquellos que hablan vanidad, ¿escucharían a vosotros hablando verdad? Cuya boca ha hablado vanidad, y su diestra es diestra de iniquidad.

16. [vers. 9.] ¿Qué haces tú entre ellos con el vaso pastoral, que tiene cinco piedras? Dime de otra manera: la misma Ley que significaste con cinco piedras, significa también de otra manera. Dios, cantaré a ti un cántico nuevo. El cántico nuevo es de gracia; el cántico nuevo es del hombre nuevo; el cántico nuevo es del Nuevo Testamento. Cantaré a ti, dice, un cántico nuevo. Pero no pienses que la gracia se aparta de la Ley, cuando más bien por la gracia se cumple la Ley: En el salterio de diez cuerdas te cantaré. En el salterio de diez cuerdas, en la Ley de los diez mandamientos: allí te cantaré, allí me alegraré, allí te cantaré un cántico nuevo; porque la plenitud de la Ley es la caridad (Rom. XIII, 10). Sin embargo, los que no tienen caridad, pueden llevar el salterio, pero no pueden cantar. Por tanto, dice, entre las aguas de contradicción te cantaré un cántico nuevo; y nunca harán las aguas de contradicción con su ruido, que mi salterio se quede mudo: En el salterio de diez cuerdas te cantaré.

17. [vers. 10, 11.] Qui dat salutem regibus: ya humean los montes. Qui redime a David su siervo. Reconocéis a David, sed David. ¿De dónde redime a David su siervo? ¿De dónde redime a Cristo? ¿De dónde redime al cuerpo de Cristo? Líbrame de la espada maligna. De la espada, no basta; añade, maligna. Sin duda hay una espada benigna. ¿Cuál es la espada benigna? De la que el Señor dice: No he venido a traer paz a la tierra, sino espada (Mat. X, 34). Pues iba a separar a los fieles de los infieles, a los hijos de los padres, y a romper otras relaciones, cortando la podredumbre con la espada, pero sanando los miembros de Cristo. Es, por tanto, una espada benigna de doble filo, poderosa en ambos cortes, del Antiguo y del Nuevo Testamento, con la narración de lo pasado y la promesa de lo futuro. Esta es, por tanto, la espada benigna: pero aquella es maligna, con la que ellos hablan vanidad; porque es benigna, con la que Dios habla verdad. Por tanto, líbrame de la espada maligna. Pues los hijos de los hombres, sus dientes son armas y flechas, y su lengua es espada afilada (Sal. LVI, 5): líbrame de esta espada maligna. Lo que ahora llamó espada, antes lo llamó aguas muchas: Líbrame de las aguas muchas. Lo que llamé aguas muchas, lo llamo espada maligna. Finalmente, cuando dijo de las aguas muchas; continuó, De la mano de los hijos extraños, cuya boca ha hablado vanidad. Y para que sepas que se refiere a ellos; cuando aquí dijo, Líbrame de la espada maligna, continuó, Y sálvame de la mano de los hijos extraños, cuya boca ha hablado vanidad: de manera similar a como lo dijo allí. Y lo que sigue, Su diestra es diestra de iniquidad; esto también lo había dicho antes, cuando los llamó aguas muchas. Pues no creas que las aguas muchas son buenas, las explicó en la espada maligna. Ahora, por tanto, explique lo que dijo, Cuya boca ha hablado vanidad, y su diestra es diestra de iniquidad. ¿Qué vanidad ha hablado su boca? y ¿cómo su diestra es diestra de iniquidad?

18. [vers. 12-14.] Cuyos hijos son como plantas jóvenes establecidas en su juventud. Quiere enumerar su felicidad. Atended, hijos de la luz, hijos de la paz; atended, hijos de la Iglesia, miembros de Cristo; atended a quienes llama extranjeros, a quienes llama hijos extraños, a quienes llama aguas de contradicción, a quienes llama espada maligna. Atended, os ruego; porque entre estos peligráis, entre las lenguas de estos lucháis contra los deseos de vuestra carne: entre las lenguas de estos, puestas en la mano del diablo, contra las cuales combatís, tenéis lucha, no contra carne y sangre, sino contra principados y potestades, y gobernadores de las tinieblas de este mundo (Efes. VI, 12), es decir, de los inicuos. Atended, para que os

discernáis; atended, para que no creáis que la verdadera felicidad es la que desean los hombres o débiles o malignos. He aquí, hermanos, ciertamente llamó hijos extraños, ciertamente aguas muchas, ciertamente espada maligna. Ved la vanidad que hablan, y guardaos de hablar tales cosas, guardaos de imitar a los que hablan tales cosas. Cuya boca ha hablado vanidad, y su diestra es diestra de iniquidad. ¿Qué vanidad ha hablado su boca, y cuál es su diestra de iniquidad? Escucha: Cuyos hijos son como plantas jóvenes establecidas desde su juventud; sus hijas adornadas, y ornadas como la semejanza de un templo: sus almacenes llenos, rebosando de esto en esto: sus ovejas fecundas, multiplicándose en sus salidas; sus bueyes gordos: no hay ruina de seto, ni salida; ni clamor en sus plazas. ¿Es, por tanto, esta felicidad? Pregunto a los hijos del reino de los cielos, pregunto a la progenie de la resurrección para siempre, pregunto al cuerpo de Cristo, miembros de Cristo, templo de Dios: ¿Es, por tanto, esta felicidad, tener hijos sanos, hijas adornadas, almacenes llenos, abundancia de ganado, ninguna ruina, no digo de pared, sino ni de seto; ningún tumulto y clamor en las plazas, sino quietud, paz, abundancia, abundancia de cosas en las casas, en las ciudades? ¿Es, por tanto, esta felicidad? ¿O deben los justos huir de ella? ¿O no encuentras también la casa del justo abundante en todas estas cosas, llena de esta felicidad? ¿No era la casa de Abraham abundante en oro, plata, hijos, familia, ganado (Gén. XII, 5; y XIII, 2-6)? ¿No regresó Jacob, el santo patriarca, huyendo de la cara de su hermano Esaú a Mesopotamia, enriquecido sirviendo, y dio gracias al Señor su Dios, porque con su vara cruzó el río, y regresó con tanta abundancia de ganado y de hijos (Gén. XXXI, 18; y XXXII, 7-10)? ¿Qué decimos? ¿No es esta felicidad? Que lo sea, pero siniestra. ¿Qué es, siniestra? Temporal, mortal, corporal. No quiero que la rechaces ya, pero tampoco que la consideres derecha. Pues no son malignos por esto, ni vanos, porque abundaban en estas cosas; sino porque lo que debía ser siniestro, lo ponían en la derecha. Por eso su diestra es diestra de iniquidad; por eso su boca ha hablado vanidad: porque pusieron en la derecha lo que debían tener en la siniestra. ¿Qué debían poner en la derecha? A Dios, la eternidad, los años de Dios que no fallan, de los cuales se dice, Y tus años no fallarán (Sal. CI, 28): allí la derecha, allí debe estar nuestro deseo. Usemos la siniestra por un tiempo, deseemos la derecha para siempre. Si las riquezas fluyen, no pongáis el corazón (Sal. LXI, 11). Pues si ponéis el corazón en las riquezas que fluyen, lo que es siniestro, lo haréis derecho. Corregíos, reconoced la sabiduría que os abraza; a la cual se le dice, Su siniestra bajo mi cabeza, y su diestra me abrazará (Cant. II, 6). Ved los cánticos santos de amor; ved el Cantar de los Cantares, de las bodas celestiales de Cristo y la Iglesia. ¿Qué dice la esposa del esposo? Su siniestra bajo mi cabeza, y su diestra me abrazará. La siniestra bajo la cabeza, la diestra sobre la cabeza. Pues el brazo del que abraza desde arriba está sobre la cabeza, y la siniestra bajo la cabeza. Su siniestra, dice, bajo mi cabeza. Pues no me abandonará en las cosas temporales necesarias: pero sin embargo, esa siniestra estará bajo la cabeza; no se antepondrá a la cabeza, sino que estará bajo la cabeza; para que su diestra me abrace, prometiendo vida eterna. Pues así la siniestra bajo la cabeza, si la diestra sobre la cabeza; y se cumple lo que está escrito a Timoteo: Teniendo promesa de la vida presente y futura (I Tim. IV, 8). Promesa, dice, teniendo de la vida presente y futura. ¿Qué en el presente? La siniestra bajo la cabeza. ¿Qué en el futuro? Su diestra me abrazará. ¿Buscáis lo necesario para el tiempo? Buscad primero el reino de Dios, es decir, la derecha; y todo esto se os añadirá (Mat. VI, 33). Tendréis aquí, dice, tanto riquezas como gloria, y en el futuro siglo vida eterna: y con la siniestra sostendré vuestra debilidad, y con la derecha coronaré vuestra perfección. ¿O acaso los Apóstoles, dejando todas sus cosas, o distribuyendo a los pobres lo que tenían, quedaron sin riquezas en este siglo? ¿Y dónde está aquella promesa de la siniestra: Recibirá en este siglo siete veces tanto? Prometió multiplicación. Y en verdad, ¿qué le falta al hombre de Dios? Si acaso alguno es infiel, tiene una casa o pocas: El hombre fiel tiene todo el mundo de riquezas (Prov. XVII, 6, según LXX). Ve la siniestra de él llena bajo la cabeza: Recibirá en este siglo siete veces tanto. Ve la derecha abrazando: Y en el futuro

siglo vida eterna (Mat. XIX, 29). Con razón también en otro lugar se dice de la misma Sabiduría: En su derecha años de vida, y en su siniestra riquezas y honor (Prov. III, 16).

19. [vers. 15.] ¿De dónde, pues, estos vaniloquios? ¿Por qué ha hablado vanidad su boca? Porque su diestra es diestra de iniquidad. No los acuso, pues, porque sus hijos son como plantas jóvenes establecidas desde su juventud, ni porque sus hijas están adornadas como la semejanza de un templo, ni porque tenían abundancia y paz terrena: sino ¿por qué los acuso? Dijeron bienaventurado al pueblo que tiene estas cosas. ¡Oh hombres que hablan vanidad! Dijeron bienaventurado al pueblo que tiene estas cosas. Perdieron la verdadera derecha; malignos, perversos, vistieron inversamente los beneficios de Dios. ¡Oh malignos, oh vaniloquios, oh hijos extraños! Dijeron bienaventurado al pueblo que tiene estas cosas. Lo que estaba a la siniestra, lo pusieron a la derecha: Dijeron bienaventurado al pueblo que tiene estas cosas. ¿Qué dices tú, David? ¿Qué dices tú, cuerpo de Cristo? ¿Qué decís vosotros, miembros de Cristo? ¿Qué decís vosotros, no hijos extraños, sino de Dios? Pues los vaniloquios hijos extraños dijeron bienaventurado al pueblo que tiene estas cosas: vosotros, ¿qué decís? Bienaventurado el pueblo cuyo Dios es el Señor. Tened, pues, la siniestra, pero en la siniestra: deseéis la derecha, para que seáis puestos a la derecha. Pues tuvieron la siniestra en la siniestra, aquellos a quienes tuvo hambre, y le dieron de comer; tuvo sed, le dieron de beber; fue huésped, lo recibieron; estuvo desnudo, lo vistieron (Mat. XXV, 35, 36). Todo esto lo tomaron de la siniestra, y lo trasladaron a las obras de la derecha, para que fueran puestos a la derecha. Dijeron, pues, los vaniloquios hijos extraños bienaventurado al pueblo que tiene estas cosas; vosotros decid con nosotros, Bienaventurado el pueblo cuyo Dios es el Señor.

EN EL SALMO CXLIV COMENTARIO.

SERMON.

1. Hemos deseado alabar al Señor con vosotros: y puesto que se ha dignado concederlo; para que la alabanza que le dirigimos tenga su orden, no sea que por algún exceso quien alaba ofenda, mejor buscamos el camino de la alabanza en la Escritura de Dios, para no desviarnos de la misma vía, ni a la derecha ni a la izquierda. Pues me atrevo a decir a vuestra Caridad: para que Dios sea bien alabado por el hombre, Dios se alabó a sí mismo; y porque se dignó alabarse, por eso el hombre encontró cómo alabarlo. Pues no se puede decir a Dios lo que se dijo al hombre, No te alabe tu propia boca (Prov. XXVII, 2). Pues para que el hombre se alabe, es arrogancia: para que Dios se alabe, es misericordia. Conviene amar a quien alabamos; amando el bien, nos hacemos mejores. Así que, puesto que sabe que esto nos conviene, que lo amemos, alabándose se hace amable; y en eso nos aconseja, porque se hace amable. Exhorta, pues, nuestro corazón a su alabanza; llenó a sus siervos con su espíritu, para que lo alabaran. Y puesto que su espíritu en sus siervos lo alaba, ¿qué otra cosa sino que él mismo se alaba? Comienza, pues, este salmo así:

2. [vers. 1.] Te exaltaré, Dios mío, rey mío; y bendeciré tu nombre por los siglos, y por los siglos de los siglos. Veis que se ha comenzado la alabanza de Dios, y hasta el final del Salmo se lleva a cabo la misma alabanza. De hecho, el título del Salmo es, La misma alabanza de David. Y puesto que se ha dicho David, que vino a nosotros de la descendencia de David (Rom. I, 3), pero él es nuestro rey, gobernándonos e introduciéndonos en su reino: se entiende La alabanza a David, La alabanza a Cristo. Cristo, sin embargo, según la carne David, porque es hijo de David: pero según la divinidad, Creador de David, y Señor de David. De hecho, también el Apóstol, cuando honraba al primer pueblo de Dios, del cual también los mismos Apóstoles creyeron, y se hicieron muchas primeras Iglesias, haciendo en

muchos miles de hombres lo que ahora en el Evangelio un rico oyó, y se fue triste (Mat. XIX, 21, 22); es decir, vendiendo todo lo que tenían, y distribuyendo a los pobres, y buscando la perfección en el Señor (Hech. II, 41-47; y IV, 4, 32-35): cuando, pues, alababa al mismo primer pueblo, así dijo: Cuyos padres, y de los cuales es Cristo según la carne, que es sobre todas las cosas Dios bendito por los siglos (Rom. IX, 5). Porque, pues, de ellos es Cristo según la carne, por eso David: porque en verdad él es sobre todas las cosas Dios bendito por los siglos, por eso, Te exaltaré, Dios mío, rey mío; y bendeciré, dice, tu nombre por los siglos, y por los siglos de los siglos. Quizás por los siglos, Aquí; pero por los siglos de los siglos, En la eternidad. Ahora, pues, comienza a alabar, si vas a alabar por la eternidad. Quien no quiere alabar en el tránsito de este siglo, enmudecerá cuando venga el siglo de los siglos. Por tanto, en los versículos siguientes casi dijo esto.

3. [vers. 2.] Para que nadie entienda de otra manera lo que dijo, Alabaré tu nombre por los siglos; y busque otro siglo, cuando alabar: Por cada día, dice, te bendeciré. Alaba, pues, y bendice a tu Señor Dios cada día; para que cuando se acaben los días, y venga un día sin fin, pases de alabanzas en alabanza, como de virtudes en virtud (Sal. LXXXIII, 8). Por cada día, dice, te bendeciré; no pasará día en que no te bendiga. Y no es de extrañar si en un día alegre bendices a tu Dios. ¿Qué, si acaso amanece un día triste, como se comportan las cosas humanas, como es la abundancia de escándalos, como es la multiplicación de tentaciones? ¿Qué si, pues, algo triste le sucede al hombre? ¿Dejarás de alabar a Dios? ¿Dejarás de bendecir a tu Creador? Si dejas de hacerlo, mentiste al decir, Por cada día te bendeciré, Señor. Pero si no dejas de hacerlo, aunque te parezca en un día triste mal, habrá para ti en tu Dios bien. Pues hay, incluso cuando te va mal, donde te vaya bien. Pues si en algún mal te va mal, sin duda en algún bien te irá bien. ¿Y qué tan bueno, como tu Dios; de quien se dijo: Nadie es bueno, sino solo Dios (Luc. XVIII, 19)? Pues cuán segura es esta alabanza, y cuán seguro es este bien, entiéndelo de ese mismo bien. Pues si te alegras de un bien que te sucede durante el día, tal vez pase al otro día este bien del que te alegras. Pero si te alegras en el Señor tu Dios, oirás a la Escritura diciendo: Deléitate en el Señor (Sal. XXXVI, 4). Tanto más firmemente te alegrarás, cuanto más seguro es aquel en quien te alegrarás. Pues si te alegras de una moneda, temes al ladrón; pero si te alegras de Dios, ¿qué temes? ¿Que alguien te quite a Dios? Nadie te quitará a Dios, si tú no lo abandonas. Pues Dios no es así, como esta luz que brilla desde el cielo. No cuando queremos nos acercamos a ella porque no en todo lugar brilla. Por nuestra debilidad tal vez sucede, que en invierno nos deleite estar en esa luz: pero ahora en verano veis que más bien buscamos un lugar, para no estar en esa luz. Pero cuando estás en tu Dios, y te deleitas en la luz de su verdad, no buscas un lugar para acercarte a él; sino que la conciencia se acerca, la conciencia se aleja. Lo que se dijo, Acercaos a él, y seréis iluminados (Sal. XXXIII, 6): se dijo con el ánimo, no con el vehículo; se dijo con los afectos, no con los pies. Y cuando estés en él, no sufrirás calor. Pues el Espíritu soplará para ti, y bajo sus alas esperarás (Sal. XC, 4).

4. Ves, pues, que tienes cómo deleitarte cada día. Pues no te abandonará tu Dios, incluso si algo triste sucede. ¡Cuán triste era lo que le sucedió al santo varón Job! ¡Cuán repentinamente, cuántos males! ¡Cómo todo de lo que se pensaba que se alegraba, no de lo que se alegraba, fue sustraído por la tentación del diablo! ¡Cómo también sus hijos murieron! Pereció lo que se guardaba, perecieron aquellos para quienes se guardaba; pero no pereció quien dio tanto aquello como a ellos. Y esos hijos perecieron para este siglo presente, para ser reconocidos y recibidos en el futuro. Sin embargo, aquel varón teniendo otro motivo de alegría, en el que era verdad lo que ahora hemos recordado, Por cada día te bendeciré; ¿acaso porque aquel día en que todo pereció, amaneció triste, por eso la luz interior en el corazón se apagó? Pues permaneció en aquella luz, y dijo: El Señor dio, el Señor quitó; como al Señor le

plació, así se hizo: sea bendito el nombre del Señor (Job I). Por tanto, alabó cada día, quien incluso en un día tan triste alabó. Es una breve enseñanza, para que siempre alabes a Dios, y de corazón verdadero, no falsamente digas: Bendeciré al Señor en todo tiempo; su alabanza siempre en mi boca (Sal. XXXIII, 2). Es una breve enseñanza, a saber, que sepas que él da misericordiosamente cuando da, misericordiosamente quita cuando quita; y no creas que te abandona su misericordia, quien te halaga dando, para que no desfallezcas; o te corrige exultante, para que no perezcas. Ya sea, pues, en sus dones, ya sea en sus castigos, alaba tú. La alabanza del que castiga, es medicina de la herida. Por cada día, dice, te bendeciré. En verdad cada día, hermanos, bendecid; en verdad, pase lo que pase, bendecid a Dios. Pues para que no suceda algo que no podáis soportar, él lo hace. Por eso debes estar con temor, cuando te va bien; y no prepararte para esto, como si nunca fueras a ser tentado. Pues si nunca eres tentado, nunca eres probado. ¿No es mejor ser tentado y probado, que no tentado ser reprobado? Y alabaré tu nombre por los siglos, y por los siglos de los siglos.

5. [vers. 3.] Grande es el Señor y digno de ser alabado en gran manera. ¿Cuánto iba a decir? ¿Qué palabras iba a buscar? ¿Qué concepción tan grande concluyó en un solo "en gran manera"? Piensa cuanto quieras. Pero, ¿cómo puede ser pensado aquel que no puede ser comprendido? Es digno de ser alabado en gran manera; y su grandeza no tiene fin. Por eso dijo "en gran manera", porque su grandeza no tiene fin: no sea que comiences a querer alabarlo y pienses que puedes terminar de alabarlo, cuya grandeza no puede tener fin. No pienses, por tanto, que puedes alabar suficientemente a aquel cuya grandeza no tiene fin. ¿No es mejor, entonces, que así como él no tiene fin, tampoco tenga fin su alabanza? Su grandeza es sin fin, y que tu alabanza también sea sin fin. ¿Qué se ha dicho de su grandeza? Su grandeza no tiene fin. ¿Y de tu alabanza? Alabaré tu nombre por siempre, y por los siglos de los siglos. Así como su grandeza no tiene fin, tampoco tendrá fin tu alabanza. Pues no dejarás de alabar al Señor cuando mueras en esta carne. Se ha dicho, en efecto, "No te alabarán los muertos, Señor" (Salmo 113, 17); pero se refiere a aquellos de quienes se dice, "Del muerto, como si no existiera, perece la confesión" (Eclesiástico 17, 26); no a aquellos de quienes dice, "El que cree en mí, aunque muera, vivirá" (Juan 11, 25); porque el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob no es Dios de muertos, sino de vivos (Mateo 22, 32). Si siempre serás de él, nunca dejarás de alabarlo. ¿Podrías temer que, mientras vivas aquí, seas de él; y cuando mueras, no lo seas? Escucha al Apóstol prometiéndote seguridad: "Si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos: así que, ya sea que vivamos o que muramos, del Señor somos". ¿Y cómo es que eres de él incluso muerto? Porque te redimió con el precio de su sangre y murió. ¿Cómo puede perder a un siervo muerto, cuya muerte es tu precio? Por eso, cuando dijo, "Ya sea que vivamos o que muramos, del Señor somos", para mostrar el precio, añadió, "Porque para esto Cristo murió y resucitó, para ser Señor de vivos y muertos" (Romanos 14, 8-9).

6. [vers. 4.] Sin embargo, porque su grandeza no tiene fin, y debemos alabar a aquel a quien no podemos comprender (pues si lo comprendemos, su grandeza tiene fin: pero si su grandeza no tiene fin, podemos captar algo de él; sin embargo, no podemos captar a Dios en su totalidad); como si desfalleciéramos en su grandeza, para ser restaurados por su bondad, miremos sus obras, y alabemos al que obra por sus obras, al Creador por lo creado. Veamos lo que ha hecho aquí, lo que nos es conocido, lo que nos es manifiesto. Pues su inmensa bondad y su interminable grandeza, ¿cuántas otras cosas ha hecho que no conocemos? Cuando extendemos la vista de nuestros ojos hasta el cielo, y desde el sol, la luna y las estrellas volvemos la mirada a la tierra; y todo este espacio es donde vaga nuestra vista: ¿quién puede extender la mirada de la mente, no digo de la carne, más allá de los cielos? Por tanto, alabémoslo por sus obras en la medida en que nos son conocidas. Porque sus cosas

invisibles, desde la creación del mundo, se comprenden y se ven por medio de las cosas hechas (Romanos 1, 20). Generación tras generación alabará tus obras. Toda generación alabará tus obras. Pues tal vez se ha dicho toda generación, generación tras generación. No iba a decir generación tras generación hasta terminar el número de todas las generaciones; sino que la repetición del que habla envió el ánimo del que piensa al infinito. He aquí esta generación que ahora está en la carne, que pasará de aquí como vino, alaba las obras de Dios; y aquella a la que cede la que le sigue, también alabará las obras de Dios; y después de esa habrá otra; y hasta el fin del mundo, ¡cuántas generaciones! Significando esto, dijo, "Generación tras generación alabará tus obras". ¿O tal vez quiso insinuar dos generaciones con esta repetición? Pues en esta generación somos hijos de Dios; seremos en otra generación hijos de la resurrección. La Escritura llamó hijos de la resurrección; a la misma resurrección la llamó regeneración. "En la regeneración", dice, "cuando el Hijo del Hombre se siente en su majestad" (Mateo 19, 28). Y en otro lugar: "Porque no se casarán ni se darán en matrimonio, porque son hijos de la resurrección" (Lucas 20, 35-36). Por tanto, "Generación tras generación alabará tus obras". Alabamos ahora las obras del Señor, mientras vivimos en esta mortalidad; y si alabamos encadenados, ¡cómo alabaremos coronados! Por tanto, atendamos ahora en esta generación a las obras del Señor, en cuya alabanza se dice, "Generación tras generación alabará tus obras"; porque tu grandeza no tiene fin. Es posible contemplar tus obras, para que seas alabado tú que obras tales cosas.

7. Y anunciarán tu poder. Pues no alabarán tus obras, sino para anunciar tu poder. Se proponen alabanzas a los niños en la escuela, y se proponen todas esas cosas que deben ser alabadas, que Dios ha obrado: se propone al hombre la alabanza del sol, la alabanza del cielo, la alabanza de la tierra; para llegar incluso a las cosas menores, la alabanza de la rosa, la alabanza del laurel: todas estas son obras de Dios, se proponen, se reciben, se alaban; se celebran las obras, se calla sobre el que las hizo. Yo quiero alabar al Creador en sus obras; no amo al ingrato que alaba. ¿Alabas lo que hizo, callas sobre quien lo hizo? Como si, a menos que él fuera tan grande, encontraras qué alabar. En lo que ves, ¿qué se alaba allí? La apariencia, la utilidad, alguna virtud, algún poder de estas cosas. Si te deleita la belleza, ¿qué hay más hermoso que el que hace? Si se alaba la utilidad, ¿qué hay más útil que aquel que hizo todo? Si se alaba la virtud, ¿qué hay más poderoso que aquel por quien todo fue hecho; por quien incluso lo hecho no se abandona, sino que todo se rige y gobierna? No, pues, como algunos elocuentes mudos, alabando la criatura, olvidando al Creador; no así te alaba generación tras generación en tus siervos, cuando alaba tus obras. Pero, ¿cómo alaba? Y anunciarán tu poder. Al alabar tus obras, anunciarán tu poder. Estos alabadores, santos y buenos fieles, verdaderos alabadores, no ingratos a la gracia, cuando alaban las obras de Dios, estas y aquellas, las altas y las bajas, las celestiales y las terrenales, entre las mismas obras de Dios que alaban, se encuentran a sí mismos, porque entre las obras de Dios también están ellos. Pues quien hizo todo, nos hizo a nosotros entre todo. Por tanto, si alabas las obras de Dios, también te alabarás a ti mismo; porque tú también eres obra de Dios. ¿Dónde está, entonces, "No te alabe tu propia boca" (Proverbios 27, 2)? He aquí que se ha encontrado cómo puedes alabarte a ti mismo, y no ser arrogante. Alaba a Dios en ti, no a ti mismo: no porque seas tal, sino porque él te hizo; no porque puedas algo, sino porque él puede en ti y por ti. Y por tanto te alabarán, y anunciarán tu poder; no el suyo, sino el tuyo. Aprended, pues, a alabar. Contemplando las obras, admirad al artífice; dando gracias, no siendo arrogantes. Alabad porque él lo hizo, porque así lo estableció, porque tales cosas donó.

8. [vers. 5, 6.] Finalmente, mira lo que sigue: "Anunciarán tu poder". Y hablarán de la magnificencia de la gloria de tu santidad, y contarán tus maravillas. Y dirán el poder de tus temibles, y narrarán tu grandeza. Eructarán la memoria de la abundancia de tu dulzura: sólo

la tuya. Este contemplador de las obras, mira si se ha desviado del que obra hacia la obra; mira si ha caído del que hizo, hacia lo que hizo. De lo que ha sido hecho, se ha hecho un paso hacia él, no una caída de él hacia esto. Pues si amas estas cosas más que a él, no lo tendrás a él. ¿Y de qué te sirve abundar en obras, si el que obra te abandona? Ciertamente ama también estas cosas; pero ámalo más a él, y ama estas cosas por él. Anuncia su poder, habla de la magnificencia de la gloria de su santidad, narra sus maravillas, di el poder de sus temibles. Pues él es amable y terrible. No halaga sin amenazar. Si no halagara, no habría exhortación; si no amenazara, no habría corrección. Por tanto, tus alabadores dirán el poder de tus temibles; dirán el poder de tu criatura que castiga y da disciplina, no callarán. Pues no predicarán tu reino eterno, y callarán el fuego eterno. La alabanza de Dios, poniéndote en el camino, debe mostrarte qué amar, qué temer, qué desear, qué evitar; qué elegir, y qué rechazar. El tiempo de elección es ahora, el de aceptación será después. Por tanto, dígase el poder de tus temibles. Y narrarán tu grandeza, dice, la narrarán. Así, infinita, así como tu grandeza no tiene fin; no callarán sobre ella. Esa, digo, tu grandeza, de la que dije antes, "Y tu grandeza no tiene fin", la narrarán. ¿Cómo la narrarán, si no tiene fin? La narrarán, cuando la alaben; y porque no tiene fin, así tampoco tendrá fin su alabanza. Probemos que no tendrá fin su alabanza. "Bienaventurados", dice, "los que habitan en tu casa; por los siglos de los siglos te alabarán" (Salmo 83, 5). Y tu grandeza, esa, esa infinita, la narrarán.

9. [vers. 7.] Eructarán la memoria de la abundancia de tu dulzura. ¡Oh banquetes felices! ¿Qué comerán los que así eructarán? La memoria de la abundancia de tu dulzura. ¿Qué es, la memoria de la abundancia de tu dulzura? Porque no te olvidaste de nosotros, cuando nosotros te olvidamos. Pues toda carne había olvidado a Dios; sin embargo, él no se olvidó de sus obras. Esta memoria suya sobre nosotros, porque no nos olvidó, debe ser proclamada, narrada; y porque es muy dulce, debe ser comida y eructada. Come así, para que eructes; recibe así, para que des. Comes, cuando aprendes; eructas, cuando enseñas; comes, cuando escuchas; eructas, cuando predicas: sin embargo, eructas lo que comiste. Finalmente, aquel ávido comensal Juan el apóstol, a quien no le bastaba la misma mesa del Señor, si no se recostaba sobre el pecho del Señor (Juan 13, 23), y bebía de su arcano los secretos divinos, ¿qué eructó? "En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios" (Juan 1, 1). Por tanto, eructarán la memoria de la abundancia de tu dulzura. ¿Cómo no basta, tu memoria, ni la memoria de tu abundancia, o la memoria de tu dulzura; sino la memoria de la abundancia de tu dulzura? Pues, ¿de qué sirve si abunda y no es dulce? También es molesto, si es dulce y es poco.

10. Por tanto, eructarán la memoria de la abundancia de tu dulzura: porque no te olvidaste de nosotros; y no olvidándonos, nos recordaste, para que también nos traigas a la memoria. Pues se acordarán y se convertirán al Señor todos los confines de la tierra (Salmo 21, 28). Porque eructarán la memoria de la abundancia de tu dulzura, entendiendo que en ellos no hay nada bueno que no sea de ti; ni pudieron convertirse a ti, si no fueran recordados por ti; ni pudieron ser traídos a la memoria de ti, si tú los olvidaras: considerando estas cosas en tu gracia, y se regocijarán en tu justicia. Estas cosas, digo, considerando en tu gracia, se regocijarán en tu justicia, no en la suya. Hermanos, si queréis eructar gracia, bebed gracia. ¿Qué es, bebed gracia? Aprended gracia, entended gracia. Antes de que fuéramos, no éramos en absoluto; y fuimos hechos hombres, cuando antes no éramos nada: luego ya siendo hombres, de la descendencia de aquel pecador, éramos malignos, y por naturaleza hijos de ira, como los demás (Efesios 2, 3). Consideremos, pues, la gracia de Dios, no solo por la cual nos hizo, sino también por la cual nos rehizo. A quien, por tanto, debemos que somos, a él debemos que también somos justificados. Nadie atribuya a Dios que es, y a sí mismo que es justo. Pues es mejor lo que quieres atribuirte, que lo que le atribuyes a él: es mejor algo que eres porque

eres justo, que porque eres hombre. Das algo inferior a Dios; y algo superior a ti. Dale todo a él, alábalo en todo: no caigas de la mano del artífice. ¿Quién hizo que fueras? ¿No está escrito que Dios tomó polvo de la tierra, y formó al hombre? (Génesis 2, 7). Antes de que fueras hombre, eras polvo; antes de que fueras polvo, no eras nada. Pero no solo por esta formación da gracias a tu artífice; escucha otra formación donde te hizo. "No por obras", dice, "para que nadie se gloríe". Pero quien dijo, "No por obras, para que nadie se gloríe"; ¿qué recordó antes? "Por gracia sois salvos por la fe; y esto no de vosotros". Son palabras del Apóstol, no mías: "Por gracia sois salvos por la fe; y esto" (para que seáis salvos por la fe) "no de vosotros". Aunque esto mismo que dijo, "Gracia"; ciertamente, "no de vosotros": pero para que nadie lo entendiera de otra manera, se dignó abrirlo más claramente. Da al que entiende, y lo ha dicho todo: "Por gracia sois salvos". Donde oyes, "gracia", entiende "gratis". Si, pues, es gratis, no trajiste nada, no mereciste nada: pues si algo se devuelve por méritos, es salario, no gracia. "Por gracia", dice, "sois salvos por la fe". Expónlo más claramente para los arrogantes, para los que se complacen en sí mismos, para los que ignoran la justicia de Dios y quieren establecer la suya. Escucha esto mismo más claramente: "Y esto", dice, "que por gracia sois salvos, no de vosotros, sino que es don de Dios". Pero tal vez hicimos algo para merecer los dones de Dios. "No por obras", dice, "para que nadie se gloríe". ¿Qué, entonces? ¿no obramos bien? Sí, obramos. Pero, ¿cómo? Él mismo obrando en nosotros; porque por la fe damos lugar en nuestro corazón a aquel que obra el bien en nosotros y por nosotros. Escucha, pues, de dónde obras el bien: "Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, para que andemos en ellas" (Efesios 2, 8-10). Esta es la dulzura abundante de su memoria sobre nosotros. Al eructar esto, sus predicadores se regocijarán en su justicia, no en la suya. ¿Qué, entonces, para que seamos, para que alabemos, para que nos regocijemos en tu justicia, para que eructemos la memoria de la abundancia de tu dulzura, qué has hecho por nosotros, Señor, a quien alabamos? Digamos, y al decirlo, alabemos.

11. [vers. 8.] Misericordioso y compasivo es el Señor, paciente y muy misericordioso. El Señor es amable con todos, y sus misericordias están en todas sus obras. Si Él no fuera así, no habría esperanza para nosotros. Reflexiona sobre ti mismo; ¿qué merecías, pecador? ¿Despreciador de Dios, qué merecías? Observa si no se te ocurre más que el castigo, si no se te ocurre más que el suplicio. Por tanto, ves lo que se te debía y lo que te ha dado quien te lo ha dado gratuitamente. Se ha concedido el perdón al pecador, se ha dado el espíritu de justificación, se ha dado la caridad y el amor, en los cuales haces todas las cosas buenas; y sobre esto, te dará también la vida eterna y la compañía de los ángeles: todo por misericordia. No presumas de tus méritos, porque incluso esos méritos tuyos son dones de Él: Y tu justicia se regocijará. Misericordioso y compasivo es el Señor: quien ha hecho todo gratuitamente. Paciente: ¿cuántos pecadores soporta? Misericordioso y compasivo es el Señor, en aquellos a quienes ha dado el perdón: en aquellos a quienes aún no ha dado, paciente, no condenando, sino esperando, clamando con esa misma espera, Convertíos a mí, y me convertiré a vosotros (Malaquías III, 7); y con gran paciencia, No quiero, dice, la muerte del impío, sino que se convierta y viva (Ezequiel XXXIII, 11). Él ciertamente es paciente; pero tú, según la dureza de tu corazón y tu corazón impenitente, atesoras para ti ira en el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios, quien pagará a cada uno según sus obras (Romanos II, 5, 6). No es que ahora sea tan paciente en soportar, que nunca sea justo en vengar. Distribuye los tiempos: te llama ahora, te exhorta ahora; espera hasta que te arrepientas, ¡y tú tardas! Grande es su misericordia también en que te ha hecho incierto el día de tu vida, para que no sepas cuándo partirás de aquí; y cuando esperas partir cada día, alguna vez te conviertas: y en esto es grande su misericordia. De lo contrario, si hubiera fijado un día para todos, haría que

los pecados abundaran por la seguridad. Por tanto, ha dado la esperanza del perdón, para que no peques más por desesperación. Y la esperanza, y la desesperación son temibles en los pecados. Observa la voz del que desespera para aumentar los pecados, y observa la voz del que espera para aumentar los pecados, y cómo a ambas voces acude la providencia y misericordia de Dios. Escucha la voz del que desespera: Ya, dice, estoy condenado; ¿por qué no hago lo que quiero? Y escucha también la voz del que espera: La misericordia del Señor es grande; cuando me convierta, me perdonará todo: ¿por qué no hago lo que quiero? Desespera, para pecar; espera, para pecar. Ambas cosas son de temer, ambas son peligrosas; ¡ay de la desesperación! ¡ay de la esperanza perversa! ¿Cómo acude la misericordia de Dios a ambos peligros y a ambos males? ¿Qué dices tú, que querías pecar desesperando? Ya estoy condenado; ¿por qué no hago lo que quiero? Escucha la Escritura: No quiero la muerte del impío, sino que se convierta y viva. Con esta voz de Dios se le devuelve la esperanza: pero se debe temer otra trampa, no sea que con esa misma esperanza peque más. ¿Qué decías tú, que pecas más por la esperanza? Cuando me convierta, Dios me perdonará todo; haré lo que quiera. Escucha también tú la Escritura: No tardes en convertirte al Señor, ni difieras de día en día; porque de repente vendrá su ira, y en el tiempo de la venganza te destruirá (Eclesiástico V, 8, 9). No digas, pues: Mañana me convertiré, mañana agradaré a Dios; y todo lo de hoy y de ayer se me perdonará. Dices la verdad, porque Dios ha prometido indulgencia a tu conversión; pero no ha prometido el día de mañana a tu dilación.

12. [vers. 9.] El Señor es amable con todos, y sus misericordias están en todas sus obras. ¿Por qué, entonces, condena? ¿Por qué azota? ¿Acaso aquellos a quienes condena, aquellos a quienes azota, no son sus obras? Claro que son sus obras. ¿Y quieres saber por qué sus misericordias están sobre todas sus obras? De ahí viene esa paciencia con la que hace salir su sol sobre buenos y malos: ¿no están sus misericordias en todas sus obras, quien hace llover sobre justos e injustos (Mateo V, 45)? ¿No están sus misericordias en todas sus obras? Paciente, espera al pecador, diciendo, Convertíos a mí, y me convertiré a vosotros: ¿no están sus misericordias en todas sus obras? Y cuando dice, Id al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles (Mateo XXV, 41); aquí no está su misericordia, sino su severidad. Su misericordia se ha dado a sus obras; su severidad no está en sus obras, sino en tus obras. En definitiva, si quitas tus malas obras, y no queda en ti más que su obra, su misericordia no te abandonará: pero si no abandonas tus obras, su severidad estará en tus obras, no en sus obras.

13. [vers. 10.] Que te confiesen, Señor, todas tus obras, y tus santos te bendigan. Que todas tus obras te confiesen. ¿Qué? ¿No es la tierra su obra? ¿No son los árboles sus obras? ¿No son los animales, las bestias, los peces, las aves sus obras? Claro que también estas son sus obras. ¿Y cómo le confesarán también estas? Veo ciertamente que los ángeles le confiesan sus obras; pues los ángeles son sus obras: y los hombres son sus obras; y cuando los hombres le confiesan, sus obras le confiesan: ¿acaso los árboles y las piedras tienen voz de confesión? Que le confiesen todas sus obras. ¿Qué dices? ¿También la tierra y los árboles? Todas sus obras. Si todo alaba, ¿por qué no todo confiesa? Porque la confesión no se dice solo de los pecados, sino también de la alabanza: no sea que dondequiera que oigas confesión, pienses que ya no es más que de pecado. Tanto se piensa esto, que cuando suena de los divinos discursos, inmediatamente es costumbre golpearse el pecho. Escucha que también hay confesión de alabanza. ¿Acaso el Señor Jesucristo tenía pecado? Y sin embargo dice: Te confieso, Padre, Señor del cielo y de la tierra (Mateo XI, 25). La confesión es, pues, en alabanza. Por tanto, ¿qué se debe entender, Que te confiesen, Señor, todas tus obras? Que te alaben todas tus obras. Pero tal cuestión vuelve a la alabanza, como era en la confesión. Pues si por eso no podrán confesar la tierra, los árboles y las cosas insensibles, porque no tienen voz para confesar; por eso tampoco alabarán, porque no tienen voz para proclamar. Sin

embargo, ¿no enumeran todo esos tres jóvenes, caminando entre las llamas inofensivas; a quienes se les daba espacio, no solo para no arder, sino también para alabar a Dios? A todos dicen desde los celestiales hasta los terrenales: Bendecid, cantad himno, y exaltadlo por los siglos (Daniel III, 20, 90). He aquí cómo dicen el himno. Que nadie piense que una piedra muda o un animal mudo tiene razón para entender a Dios: quienes lo han pensado, se han desviado mucho de la verdad. Dios ordenó todo, e hizo todo: a algunos les dio sentido, entendimiento e inmortalidad, como a los ángeles; a algunos les dio sentido y entendimiento con mortalidad, como a los hombres; a algunos les dio sentido corporal, ni entendimiento, ni inmortalidad, como a los animales; a algunos, ni sentido, ni entendimiento, ni inmortalidad, como a las hierbas, los árboles, las piedras: sin embargo, incluso estas en su género no pueden faltar, y ordenó la creación en ciertos grados, desde la tierra hasta el cielo, desde lo visible hasta lo invisible, desde lo mortal hasta lo inmortal. Esta conexión de la creación, esta belleza ordenadísima, ascendiendo desde lo más bajo hasta lo más alto, descendiendo desde lo más alto hasta lo más bajo, nunca interrumpida, sino templada con disimilitudes, toda alaba a Dios. ¿Por qué, entonces, toda alaba a Dios? Porque cuando la consideras y la ves hermosa, en ella alabas a Dios. Una cierta voz es la de la tierra muda, la apariencia de la tierra. Observas y ves su apariencia, ves su fecundidad, ves sus fuerzas, cómo concibe la semilla, cómo a menudo produce lo que no se ha sembrado: ves, y con tu consideración como que la interrogas; y esa misma investigación es interrogación. Pero cuando investigas admirando, y has examinado, y has encontrado gran fuerza, gran belleza, y virtud espléndida, ya que no podría tener esta virtud por sí misma y de sí misma; inmediatamente te viene a la mente, porque no pudo ser por sí misma, sino por aquel Creador. Y esto que has encontrado en ella, es la voz de su confesión, para que alabes al Creador. ¿No es cierto que, al considerar toda la belleza de este mundo, como con una sola voz te responde la misma apariencia: No me hice yo, sino Dios?

14. [vers. 11.] Por tanto, Que te confiesen, Señor, todas tus obras, y tus santos te bendigan. Para que en la confesión de tus obras tus santos te bendigan, que esos mismos santos tuyos contemplen la creación confesante. Y escucha su voz bendiciendo. Pues cuando tus santos te bendicen, ¿qué dicen? La gloria de tu reino dirán, y tu poder hablarán. ¡Cuán poderoso es Dios, que hizo la tierra! ¡Cuán poderoso es Dios, que llenó la tierra de bienes! ¡Cuán poderoso es Dios, que dio sus propias vidas a los animales! ¡Cuán poderoso es Dios, que dio diversas semillas a las entrañas de la tierra, para que germinaran tanta variedad de arbustos, tanta especie de árboles! ¡Cuán poderoso es Dios, cuán grande es Dios! Tú preguntas, la creación responde; y de la respuesta, como confesión de la creación, tú, santo de Dios, bendices a Dios, y hablas de su poder.

15. [vers. 12.] Para que hagan conocer a los hijos de los hombres tu poder, y la gloria de la grandeza de la hermosura de tu reino. Por tanto, tus santos proclaman la gloria de la grandeza de la hermosura de tu reino; la gloria de la grandeza de la hermosura. Hay una cierta grandeza de la hermosura de tu reino; esto es, tu reino tiene hermosura, y gran hermosura. Pues cualquier cosa que tiene hermosura, de ti tiene hermosura; ¡cuál será la hermosura de tu mismo reino! No nos asuste el reino, tiene también hermosura con la que nos deleitemos. Pues, ¿qué hermosura es aquella de la que disfrutarán los santos, a quienes se les dirá, Venid, benditos de mi Padre, recibid el reino (Mateo XXV, 34)! ¿De dónde irán? ¿A dónde irán? Mirad, hermanos; y si podéis, cuanto podáis, pensad en la hermosura de aquel reino que vendrá; de donde está en nuestra oración, Venga tu reino (Mateo VI, 10). Pues ese reino deseamos que venga; este reino venidero proclaman los santos. Observad este mundo; tiene hermosura. ¡Qué hermosura tiene la tierra, el mar, el aire, el cielo, las estrellas! ¿No aterrorizan a todo observador todas estas cosas? ¿No se destaca tanto la misma belleza, que

parece que nada más hermoso puede encontrarse? Y aquí viven contigo en esta hermosura, en esta belleza casi ya inefable, aquí viven contigo también los gusanos y los ratones, y todos los reptiles de la tierra; estos viven contigo en esta hermosura. ¿Qué hermosura será la de aquel reino, donde contigo no vivirán sino los ángeles? Por eso fue poco decir la gloria de la hermosura. Pues se pudo decir también la gloria de la hermosura de cualquier especie incluso en este mundo constituido, ya sea de la tierra verde, o del cielo resplandeciente: pero la grandeza de la hermosura de tu reino, algo encomienda que aún no vemos, que aún no visto creemos, que creído deseamos, por cuyo deseo todo soportamos. Hay, pues, una grandeza de cierta hermosura: ámese antes de que se vea, para que cuando se vea se retenga.

16. [vers. 13.] Tu reino. ¿Qué reino digo? El reino de todos los siglos. Pues también el reino de este siglo tiene su hermosura; pero no está allí aquella grandeza de la hermosura, como está en el reino de todos los siglos. Y tu dominio en toda generación y generación. Esta es aquella repetición, o significando toda generación, o aquella generación que será después de esta generación.

17. Fiel es el Señor en sus palabras, y santo en todas sus obras. Fiel es el Señor en sus palabras: ¿qué ha prometido, y no ha dado? Fiel es el Señor en sus palabras. Aún ha prometido algunas cosas y no las ha dado; pero créasele por las que ha dado. Fiel es el Señor en sus palabras. Podríamos creerle solo diciendo: no quiso que se le creyera solo diciendo, sino que quiso que se retuviera su Escritura; como si dijeras a algún hombre, cuando prometieras algo, ¿No me crees? Mira, te lo escribo. Pues porque la generación va, y la generación viene, y así transcurren estos siglos con mortales que ceden y suceden; la Escritura de Dios debía permanecer, y una especie de documento de Dios, que todos los que pasan leyeran, y mantuvieran el camino de su promesa. ¿Y cuántas son las que ha devuelto de este documento? ¿Dudan los hombres en creerle sobre la resurrección de los muertos y sobre el siglo futuro, que es lo único que queda por devolver; cuando, si hace cuentas con los infieles, se avergüenzan los infieles? Si Dios te dijera: Tienes mi documento; prometí juicio, separación de buenos y malos, reino eterno para los fieles, ¿y no quieres creer? Allí en mi documento lee todo lo que prometí, haz cuentas conmigo: ciertamente, al menos computando lo que he devuelto, puedes creer que devolveré lo que debo. En el mismo documento tienes prometido al Hijo único, a quien no perdoné, sino que lo entregué por todos vosotros (Romanos VIII, 32): ya computa lo devuelto. Lee el documento; prometí allí dar el Espíritu Santo como prenda por medio de mi Hijo: computa lo devuelto (Hechos I, 8; y II, 2-4). Prometí allí la sangre y las coronas de los mártires gloriosísimos: computa lo devuelto; que te recuerde la Masa del débito devuelto. Pero también esta gloria de los Mártires para que se devolviera, te fue prometida en el documento, donde está escrito, Por ti somos muertos todo el día (Salmo XLIII, 22); para que esto se devolviera, Bramaron las naciones, y los pueblos meditaron vanidades; se levantaron los reyes de la tierra, y los príncipes se reunieron en uno, contra el Señor, y contra su Cristo (Salmo II, 1, 2). Los príncipes se reunieron en uno, conspirando contra los cristianos. ¿Qué? ¿No prometí también la fe de esos reyes en el documento, y la devolví en efecto? Observa donde prometí: Le adorarán todos los reyes de la tierra; todas las naciones le servirán (Salmo LXXI, 11). Ingrato, lees la deuda, ves lo devuelto, ¿no crees lo prometido? Lee otra cosa en mi documento: Porque bramaron las naciones: Porque mis enemigos dijeron mal de mí, esto es, de Cristo: ¿Cuándo morirá y perecerá su nombre (Salmo XL, 6)? Porque hicieron y dijeron todas estas cosas, lee lo que prometí, a lo que me obligué a devolver: Prevalecerá el Señor contra ellos, y exterminará a todos los dioses de las naciones de la tierra; y le adorarán, cada uno desde su lugar (Sofonías II, 11). ¿No ha prevalecido ya? Ha exterminado a todos los dioses de las naciones de la tierra. ¿No hace también esto, y lo devuelve? Pone ante los ojos de todos la solución de sus deudas:

algunas las devolvió bajo nuestros mayores, que no vimos; algunas las devolvió en nuestros tiempos, que ellos no vieron: a través de todas las generaciones devolvió lo que está escrito. ¿Y qué queda? ¿No se le cree, habiendo devuelto todas estas cosas? ¿Qué queda? He aquí que hiciste cuentas; tanto ha devuelto: ¿acaso por pocas cosas restantes se ha hecho infiel? De ninguna manera. ¿Por qué? Porque, Fiel es el Señor en sus palabras, y santo en todas sus obras.

18. [vers. 14.] El Señor sostiene a todos los que caen. Pero, ¿a quiénes todos los que caen? A todos los que caen, pero de una manera. Pues muchos caen de Él; pero muchos caen de sus pensamientos (Salmo V, 11). Si tenían malos pensamientos, caen de ellos, y el Señor sostiene a todos los que caen. Quienes pierden algo en este siglo y son santos, o son deshonrados en este siglo; de ricos se hacen pobres, de honrados se hacen despreciados, y sin embargo son santos de Dios; como si fueran caídos. Pero el Señor sostiene a todos los que caen. Pues siete veces cae el justo y se levanta; pero los impíos se debilitarán en los males (Proverbios XXIV, 16). Cuando los males suceden a los impíos, se debilitan allí: cuando los males suceden a los justos, el Señor sostiene a todos los que caen. Job había caído de la gloria de la luz temporal anterior, con la que brillaba por un tiempo, había caído de la gloria de su casa. ¿Queréis saber cuánto había caído? Estaba sentado en el estiércol: y el Señor sostuvo al caído. ¿Cuánto lo sostuvo? Para que incluso en esa grave herida con la que estaba golpeado por todo el cuerpo, respondiera a su esposa tentadora, a quien el diablo le había dejado como única ayudante: Has hablado como una de las mujeres insensatas: si hemos recibido el bien de la mano de Dios, ¿no soportaremos el mal (Job II, 7-10)? ¡Cómo había sostenido al caído! El Señor sostiene a todos los que caen. Cuando cae, dice, el justo no se turbará, porque el Señor sostiene su mano (Salmo XXXVI, 24). Y levanta a todos los abatidos: a todos los que le pertenecen. Pues Dios resiste a los soberbios (Santiago IV, 6).

19. [vers. 15.] Los ojos de todos esperan en ti, y tú les das su alimento a su debido tiempo. Como quien restaura a un enfermo en el momento oportuno, cuando debe recibir, entonces das; y lo que debe recibir, eso das. Así que a veces se desea algo de Él, y no lo da: quien cuida sabe la hora de dar. ¿Por qué digo esto, hermanos? Para que nadie, cuando no sea escuchado pidiendo algo justo a Dios, se desanime; porque cuando se pide algo injusto, se es escuchado para su propio castigo; pero si se pide algo no injusto y no se es escuchado, no se desanime, no desfallezca; que sus ojos esperen el alimento que Él da a su debido tiempo. Cuando no da, es porque no da para que no perjudique lo que da. Pues el Apóstol no pedía nada injusto cuando rogaba que se le quitara el aguijón de la carne, el ángel de Satanás que lo abofeteaba: y sin embargo rogó, y no recibió; porque aún era tiempo de ejercitar la debilidad, no de recibir el alimento oportuno. Basta, dice, mi gracia: porque la virtud se perfecciona en la debilidad (II Cor. XII, 7-9). Job fue pedido para ser tentado por el diablo, y fue concedido (Job I, 9-12; y II, 4-6). Prestad atención, hermanos míos, a este gran misterio, que debe ser aprendido, repetido, mantenido en el alma, nunca olvidado, debido a la abundancia de tentaciones en este mundo. ¿Qué digo? ¿Es comparable el Apóstol al diablo? El Apóstol ruega, y no recibe; el diablo pide, y recibe. Pero el Apóstol no recibió por su perfección; el diablo recibió para su condenación. Finalmente, el mismo Job recibió la salud a su debido tiempo. Sin embargo, fue postergado para ser probado, y permaneció mucho tiempo en su herida, y dijo muchas cosas; y rogaba a Dios que se le quitaran esas cosas, y Dios no las quitaba. Más rápidamente escuchó al diablo para tentarlo, que a Job para sanarlo. Aprended, pues, a no murmurar contra Dios, y cuando no seáis escuchados, que no falte en vosotros lo que está escrito arriba, Cada día te bendeciré. El mismo Hijo, el mismo Unigénito, vino a sufrir, a pagar lo que no debía, a morir en manos de los pecadores, a borrar con su sangre el documento de nuestra muerte; para esto vino: y sin embargo, para mostrarte un ejemplo de

paciencia, transformó el cuerpo de nuestra humildad conforme al cuerpo de su gloria (Filip. III, 21). Padre, dice, si es posible, pase de mí este cáliz. Y para cumplir, aunque no recibiera lo que parecía pedir, Cada día te bendeciré: Pero no lo que yo quiero, dice, sino lo que tú quieres, Padre (Mat. XXVI, 39). Los ojos de todos esperan en ti, y tú les das su alimento a su debido tiempo.

20. [vers. 16.] Abres tu mano, y llenas de bendición a todo ser viviente. Aunque a veces no das, das sin embargo a su debido tiempo: difieres, no quitas, y esto a su debido tiempo.

21. [vers. 17.] Justo es el Señor en todos sus caminos. Y cuando castiga, y cuando cura, es justo, y en Él no hay iniquidad. De hecho, todos los santos en tribulaciones primero alabaron su justicia, y así pidieron beneficios. Primero dijeron: Justo es lo que haces. Así rogó Daniel, así otros santos: Justos son tus juicios, bien hemos sufrido, rectamente hemos sufrido (Dan. III, 27-31; y IX, 5-19). No atribuyeron injusticia a Dios, no le atribuyeron iniquidad e insensatez. Primero alabaron al que castiga, y así sintieron al que alimenta: Justo es el Señor en todos sus caminos. Que nadie piense que Él es injusto cuando sufre algo malo; sino que alabe su justicia, y acuse su propia injusticia: Justo es el Señor en todos sus caminos, y santo en todas sus obras.

22. [vers. 18.] Cercano está el Señor a todos los que lo invocan. ¿Y dónde está aquello, Porque cuando me invoquen, no los escucharé (Prov. I, 28)? Por tanto, observa lo que sigue: A todos los que lo invocan en verdad. Pues muchos lo invocan no en verdad. Buscan algo de Él, y no lo buscan a Él. ¿Por qué amas a Dios? Porque me dio salud. Eso es evidente, Él lo dio: pues no hay salvación de nadie, sino de Él. Porque me dio, dice, una esposa rica, cuando no tenía nada, y que me sirve. Y eso Él lo dio; dices la verdad. Me dio, dice, hijos, y muchos y buenos, me dio familia, me dio todos los bienes. ¿Por eso amas? ¿Por eso no buscas nada más? Sé hambriento, sigue llamando a la puerta del padre de familia; aún tiene más que dar. Estás en mendicidad con todas estas cosas que has recibido, y no lo sabes. Aún llevas la carne andrajosa de la mortalidad; ¿acaso has recibido la túnica de la gloria de la inmortalidad, y como si ya estuvieras saciado no pides? Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados (Mat. V, 6). Entonces, si Dios es bueno porque te dio estas cosas; ¿cuánto más feliz serás cuando se dé a sí mismo a ti? Deseaste tanto de Él; te ruego, deséalo también a Él. Pues no son estas cosas verdaderamente más dulces que Él, ni de alguna manera comparables a Él. Por tanto, quien antepone a Dios mismo, de quien recibió lo que le alegra, a todas estas cosas que recibió, ese invoca a Dios en verdad. Pues para que lo sepáis, si a tales personas se les propone y se les dice: ¿Qué, si Dios quiere quitarte todas estas cosas de las que te alegras? ya no será amado; no habrá quien diga, El Señor dio, el Señor quitó; como al Señor le agradó, así se hizo: sea bendito el nombre del Señor (Job I, 21). Pero tal vez a quien le quitó, ¿qué dice? Dios, ¿qué te hice? ¿Por qué me quitaste, y a ellos diste? Das a los inicuos, y quitas a los tuyos. Acusas a Dios como injusto, y te alabas a ti mismo como justo. Vuélvete; acúsate a ti mismo, alábalo a Él. Entonces serás recto, cuando en todos los bienes que hace, Dios te agrade; en todos los males que sufres, Dios no te desagrade. Esto es invocar a Dios en verdad. Quienes así invocan al Señor, Él los escucha: está cerca, es decir, aún no te ha dado lo que deseas, pero está allí. Como un médico si acaso aplica algo al ojo o a las entrañas, que sane quemando; si el enfermo ruega que se lo quite, el médico espera el tiempo, no hace lo que el enfermo ruega; sin embargo, no se aleja. Y está cerca, y no lo hace; y por eso no lo hace, porque está cerca. Pues al curar impuso lo que impuso, y al curar no hace lo que se le ruega. No te escucha para la voluntad presente, escuchándote para la salud futura; y esto ciertamente para la voluntad: pues ciertamente quiere estar sano, incluso quien no quiere ser quemado. Está cerca, pues, el Señor a todos los

que lo invocan. Pero, ¿a todos? A todos los que lo invocan en verdad. A todos esos sostiene cuando caen, quienes lo invocan en verdad.

23. [vers. 19.] Hará la voluntad de los que le temen. Lo hará, lo hará: aunque no lo haga al momento, lo hará sin embargo. Ciertamente, si temes a Dios para hacer su voluntad, he aquí que Él de alguna manera te sirve, hace tu voluntad. Y escuchará sus oraciones, y los salvará. Ves que escucha el médico para salvar. ¿Cuándo esto? Escucha al Apóstol diciendo: Porque en esperanza fuimos salvados. Pero la esperanza que se ve, no es esperanza: si lo que no vemos esperamos, con paciencia lo aguardamos (Rom. VIII, 24, 25): la salvación, ciertamente, que Pedro dice preparada para ser revelada en el último tiempo (I Pedro I, 5).

24. [vers. 20.] El Señor guarda a todos los que le aman, y a todos los pecadores destruirá. Veis que hay severidad en Él, en quien hay tanta dulzura. Salvará a todos los que esperan en Él, a todos los fieles, a todos los que le temen, a todos los que le invocan en verdad; y a todos los pecadores destruirá. ¿A qué pecadores, sino a los que perseveran en sus pecados; atreviéndose a culpar a Dios, no a sí mismos; discutiendo contra Dios cada día; desesperando del perdón de los pecados, y acumulando pecados por esa misma desesperación; o prometiéndose perversamente el perdón, y por esa misma promesa no apartándose de los pecados y la impiedad? Vendrá el tiempo en que todos estos serán separados, y se harán aquellas dos partes, una a la derecha, otra a la izquierda; los justos recibirán el reino eterno, y aquellos irán al fuego eterno (Mat. XXV, 32, 33, 46): Y a todos los pecadores destruirá.

25. [vers. 21.] Porque estas cosas son así, y hemos escuchado la bendición del Señor, las obras del Señor, las maravillas del Señor, las misericordias del Señor, la severidad del Señor, la providencia en todas sus obras, la confesión de todas sus obras; mirad lo que concluye en su alabanza: Mi boca hablará la alabanza del Señor, y toda carne bendiga su santo nombre por los siglos, y por los siglos de los siglos.

EN EL SALMO CXLV EXPLICACIÓN.

SERMON A LA GENTE.

1. Las delicias de nuestro espíritu son los cánticos divinos, donde incluso el llanto no está sin alegría. Para el hombre fiel y peregrino en el mundo, no hay recuerdo más placentero que el de aquella ciudad de la que está peregrinando: pero el recuerdo de la ciudad en la peregrinación no está sin dolor y suspiro. Sin embargo, la esperanza cierta de nuestro regreso, incluso en la tristeza de la peregrinación, nos consuela y exhorta. Que las palabras de Dios capturen vuestro corazón, y que vuestro poseedor reclame su posesión, es decir, vuestras mentes, para que no se desvíen hacia otra cosa. Que cada uno de vosotros esté completamente aquí, para que no esté aquí: es decir, que esté completamente en la palabra de Dios, que suena en la tierra para ser exaltado por ella, y no esté en la tierra. Pues Dios está con nosotros, para que también nosotros estemos con Él. Porque quien descendió a nosotros para estar con nosotros, hace que ascendamos a Él para estar con Él. Mientras tanto, Él no despreció nuestra peregrinación; porque no es peregrino en ningún lugar, quien creó todas las cosas.

2. [vers. 2, 3.] He aquí que suena el Salmo: es la voz de alguien que, si queréis, es vuestra, exhortando a su alma a alabar a Dios, y diciéndose a sí mismo, Alaba, alma mía, al Señor. Pues a veces en las tribulaciones y tentaciones de la vida presente, quieras o no, el alma se turba: cuya perturbación en otro salmo se dirige, diciendo, ¿Por qué estás triste, alma mía? y ¿por qué me turbas? Pero para quitarle esa perturbación, sugiere alegría no aún por la cosa, sino por la esperanza, y le dice a esa alma perturbada y ansiosa, triste y afligida: Espera en el

Señor, porque aún le confesaré (Sal. XLII, 5). La esperanza con la que se levantó, la estableció en la confesión, como si su alma le dijera, que lo turbaba con tristeza, ¿Qué me dices, Espera en el Señor? Me recuerda la conciencia de mis pecados; yo sé lo que he cometido, y me dices, Espera en el Señor? Cometiste, es verdad: ¿de dónde esperas, sin embargo? Porque le confesaré. Así como Dios odia al que defiende sus pecados, así levanta al que los confiesa. Por tanto, con esta esperanza recibida, que no puede ser sin alegría; aunque estemos en cosas difíciles según esta vida, llenas de tormentas y tempestades: sin embargo, con esta esperanza levantada, el alma se alegra en la esperanza, como dice el Apóstol, Gozosos en la esperanza, pacientes en la tribulación (Rom. XII, 12); recibió una cierta elevación hacia Dios, para alabar a Dios; y se le dice, Alaba, alma mía, al Señor.

3. Pero, ¿quién dice, y a quién dice? ¿Qué decimos, hermanos? ¿La carne dice, Alaba, alma mía, al Señor? ¿Y puede la carne sugerir buen consejo al alma? Que la carne esté muy domada, y sujeta a nuestro servicio por las fuerzas impartidas por el Señor, para que sirva completamente como un siervo condicionado; basta con que no impida. Además, carísimos, ciertamente se buscan consejos de los mejores. Y si nuestra alma es algo bueno, y nuestra carne es algo bueno, porque ambos fueron creados por Él que hizo todas las cosas muy buenas (Gén. I, 31); aunque en sus propios géneros ambos sean buenos, sin embargo, dice el Apóstol: El cuerpo ciertamente está muerto a causa del pecado. Hay ciertamente también ese cuerpo, como se nos promete, y aún no tenemos, en cuya redención nos alegramos con esperanza, diciendo el Apóstol: En nosotros mismos gemimos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo. Porque en esperanza fuimos salvados. Pero la esperanza que se ve, no es esperanza: porque lo que uno ve, ¿por qué esperarlo? Pero si lo que no vemos esperamos, con paciencia lo aguardamos (Rom. VIII, 10, 23, 24, 25). Aunque, pues, nuestro cuerpo sea algo bueno; sin embargo, mientras sea mortal a causa del pecado, mientras necesitado, mientras corruptible, mientras tan mutable, que ni siquiera por un momento permanece en sí mismo, sin duda es tal que deseamos su redención, para que alguna vez no sea tal. Pero, ¿cómo será alguna vez? Como dice el mismo apóstol en otro lugar: Es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad (I Cor. XV, 53). Pero incluso cuando nuestro cuerpo sea tal, un cuerpo ya celestial y espiritual, un cuerpo angélico en la sociedad de los Ángeles, ni así dará consejo al alma. Siempre, pues, el cuerpo, porque es cuerpo, está por debajo del alma, y cualquier alma vil es más excelente que el cuerpo más excelso.

4. No os parezca esto como algo maravilloso, porque incluso cualquier alma pecadora es mejor que cualquier cuerpo grande y excelso. No es mejor por méritos, sino por naturaleza. Ciertamente el alma es pecadora, está manchada por ciertas concupiscencias; sin embargo, es mejor, aunque sucia, el oro que el plomo más puro. Así corre vuestro ánimo por todas las criaturas, y veréis que lo que decimos no es increíble; que aunque el alma sea vituperable, es más digna de alabanza que el cuerpo alabado. Dos cosas son, alma y cuerpo. Vitupero el alma, alabo el cuerpo: vitupero el alma, porque es iniqua; alabo el cuerpo, porque está sano. Sin embargo, en su propio género alabo el alma, o en su propio género culpo el alma; y en su propio género alabo el cuerpo, o lo culpo. Si me preguntas qué es mejor, si lo que vituperé, o lo que alabé; recibirás una respuesta maravillosa. Yo ciertamente vituperé aquello, y yo alabé esto: sin embargo, preguntado qué es mejor de estos dos, respondo que es mejor lo que vituperé, que lo que alabé. Si te sorprendes en estos dos, atiende a aquellos dos que mencioné de oro y plomo. He aquí que vituperé el oro. No es buen oro, está sucio, no brilla así, no está tan purgado. Este plomo es óptimo, nada más puro. Vituperé aquello, alabé esto; y puse ante ti ambos, vituperando uno, alabando otro. Después de esta vituperación y alabanza mía, pregúntame qué de estos es mejor; responderé, El oro es mejor incluso sucio, que el plomo

purgado. ¿Por qué mejor? y ¿por qué lo vituperaste? ¿Por qué lo vituperé? Porque aún no es el oro que puede ser. ¿Qué puede ser? Purgado y mejor. Porque aún no está purgado, fue vituperado. ¿Por qué fue alabado el plomo? Porque ya está tan purgado, que no puede ser mejor. Nuevamente dices un caballo óptimo, y un hombre pésimo; sin embargo, al caballo alabado prefieres al hombre vituperado. Si se te pregunta de estos dos cuál es mejor, el jurisperito más ignorante es preferido al sastre perfecto. Atienda vuestra Caridad. Así muchas cosas alabadas, y otras vituperadas, preguntados a menudo preferimos las cosas vituperadas a las cosas alabadas. La naturaleza del alma es más excelente que la naturaleza del cuerpo, la supera mucho; es una cosa espiritual, es una cosa incorpórea, está cerca de la sustancia de Dios. Es algo invisible, gobierna el cuerpo, mueve los miembros, dirige los sentidos, prepara los pensamientos, ejerce las acciones, capta las imágenes de cosas infinitas; y ¿quién es, hermanos carísimos, quien sea suficiente para las alabanzas del alma? Y si se falla en las alabanzas del alma, ¿cuál es la alabanza de quien creó el alma? Y sin embargo, tanta es su gracia, que este hombre dice, Alaba, alma mía, al Señor. ¿Quién puede alabar a Dios? Si dijera, Alábate a ti misma, tal vez fallaría: Alaba, dice, a Dios. Esfuérzate con afecto de piedad, fallarás en sus alabanzas. Es mejor fallar alabando a Dios, que progresar alabándote a ti mismo. Pues cuando alabas a Dios, y no explicas lo que deseas, tu pensamiento se extiende hacia lo interior; esa misma extensión te hace más capaz de aquel a quien alabas.

5. ¿Quién es, entonces, como comencé a decir, el que dice: "Alaba, alma mía, al Señor"? No lo dice la carne. Aunque el cuerpo sea angelical, es inferior al alma; no puede dar consejo al superior. El alma es infeliz si espera consejo del cuerpo. La carne, bien obediente, es sierva del alma; aquella gobierna, esta es gobernada; aquella manda, esta sirve: ¿cuándo puede la carne dar este consejo al alma? ¿Quién es, entonces, el que dice: "Alaba, alma mía, al Señor"? No encontramos nada más en el hombre que carne y alma: todo el hombre es esto, espíritu y carne. ¿O acaso el alma misma se lo dice a sí misma, y de alguna manera se manda, se exhorta y se anima? Pues por ciertas perturbaciones flotaba por una parte de sí misma; pero por otra parte, la que llaman mente racional, aquella con la que piensa en la sabiduría, ya adherida al Señor y suspirando por Él, advierte que algunas de sus partes inferiores se perturban con movimientos mundanos, y con cierto deseo de deseos terrenales se va hacia lo exterior, dejando al Dios interior: se llama a sí misma de lo exterior a lo interior, de lo inferior a lo superior, y dice: "Alaba, alma mía, al Señor". ¿Qué te agrada en el mundo? ¿Qué es lo que quieres alabar? ¿Qué es lo que quieres amar? A dondequiera que te vuelvas con los sentidos corporales, te encuentras con el cielo, te encuentras con la tierra: lo que amas en la tierra es terrenal; lo que amas en el cielo es corporal. En todas partes amas, y en todas partes alabas: ¿cómo debe ser alabado aquel que hizo estas cosas que alabas? Ya has vivido ocupada por mucho tiempo, y golpeada por la diversidad de deseos, llevas heridas, herida, dividida por muchos amores, inquieta en todas partes, segura en ninguna; recógete a ti misma: lo que te agradaba afuera, busca quién es su autor. Nada mejor en la tierra, por ejemplo, que esto y aquello: oro, plata, animales, árboles, bellezas, piensa en toda la tierra. ¿Qué mejor en el cielo que el sol, la luna, las estrellas? Piensa en todo el cielo. Todas estas cosas juntas son muy buenas, porque Dios hizo todas las cosas muy buenas. Por todas partes la belleza de la obra, que te recomienda al artífice. Admiras la obra, ama al creador. No te ocupes en lo que está hecho, y te alejes de aquel que lo hizo. Pues estas cosas en las que te ocupas, las hizo debajo de ti, porque te hizo debajo de sí mismo. Si te adhieres al superior, pisotearás lo inferior; pero si te alejas del superior, estas cosas se convertirán en castigo para ti. Así ha sido, hermanos míos: el hombre recibió un cuerpo como siervo, teniendo a Dios como Señor, el cuerpo como siervo, teniendo sobre sí al Creador, debajo de sí lo que fue creado bajo él; en un cierto lugar intermedio fue constituida el alma racional, recibió la ley de adherirse al superior, gobernar al

inferior. No puede gobernar al inferior, a menos que sea gobernada por el mejor. Es arrastrada por el inferior, por lo tanto abandonó al mejor. No puede gobernar lo que gobernaba, porque no quiso ser gobernada por quien era gobernada. Ahora, entonces, regrese, alabe. El alma misma se da consejo desde la luz de Dios a través de la mente racional, de donde concibe un consejo fijo en la eternidad de su autor. Lee allí algo tremendo, digno de alabanza, de amor, de deseo y de búsqueda: aún no lo tiene, aún no lo comprende; es deslumbrada por un cierto resplandor, no es tan fuerte como para permanecer allí. Por lo tanto, se recoge a una cierta salud, y dice: "Alaba, alma mía, al Señor".

6. ¿Y qué es, hermanos? ¿No alabamos al Señor? ¿No cantamos un himno todos los días? ¿No suena cada día nuestra boca, da a luz nuestro corazón las alabanzas de Dios? ¿Y qué es lo que alabamos? Grande es lo que alabamos; pero lo que alabamos aún es débil. ¿Cuándo llena el que alaba la excelencia del alabado? He aquí que el hombre está de pie, canta a Dios un poco más largo, y a menudo los labios se mueven al canto, pero el pensamiento vuela por no sé qué deseos. Estaba, entonces, nuestra mente de alguna manera en la alabanza de Dios, y nuestra alma por diversas codicias o preocupaciones de negocios flotaba aquí y allá. Como si desde arriba la misma mente mirara a la que flota aquí y allá, y su inquietud de molestias como si se volviera le habla: "Alaba, alma mía, al Señor". ¿Qué es lo que te preocupa de otras cosas? ¿Qué es lo que te ocupa con el cuidado de las cosas terrenales y mortales? Quédate conmigo, alaba al Señor. Y como si el alma misma estuviera agobiada, y no pudiera permanecer como es digno, responde a la mente: "Alabaré al Señor en mi vida". ¿Qué es, "en mi vida"? Porque ahora estoy en mi muerte. Por lo tanto, primero exhórtate a ti misma, y di: "Alaba, alma mía, al Señor". Tu alma te responde: Alabo cuanto puedo, débilmente, tenuemente, débilmente. ¿Por qué? Porque mientras estamos en el cuerpo, peregrinamos lejos del Señor (II Cor. V, 6). ¿Por qué alabas así al Señor, no perfectamente, no firmemente? Pregunta a la Escritura: Porque el cuerpo que se corrompe, agrava el alma, y la morada terrenal deprime el sentido que piensa en muchas cosas (Sab. IX, 15). Quítame el cuerpo que agrava el alma, y alabo al Señor; quítame la morada terrenal que deprime el sentido que piensa en muchas cosas, para que de muchos confluya en uno, y alabo al Señor: pero mientras estoy así, no puedo, estoy agobiado. ¿Qué, entonces? ¿Callarás, y no alabarás perfectamente al Señor? Alabaré al Señor en mi vida.

7. ¿Qué es, "en mi vida"? Mi esperanza eres tú aquí. Mi esperanza eres tú aquí, decimos: pero mi porción no está aquí, sino en la tierra de los vivientes (Sal. CXLI, 6). Pues esta es la tierra de los moribundos: de aquí pasamos: pero importa a dónde. Porque tanto el hombre malo peregrina aquí, como el hombre bueno peregrina aquí. No es que el bueno pase, y el malo permanezca aquí; o que el malo pase, y el bueno permanezca aquí: ambos pasan, pero no ambos al mismo lugar. Había dos; un pobre lleno de llagas yacía a la puerta del rico, y el rico vestido de púrpura y lino fino, en banquetes espléndidos todos los días: ambos estaban aquí, ambos pasaron de aquí, pero no al mismo lugar; lugares diferentes los reciben, porque diferentes méritos los conducen. Pasó el pobre al seno de Abraham, y pasó el rico a los tormentos del infierno. Vecinos en cuerpo en la tierra; aquel en la casa, aquel ante la puerta: después de la muerte tan separados, que dice Abraham: "Entre nosotros y vosotros hay un gran abismo establecido" (Luc. XVI, 19-26). Por lo tanto, hermanos, ya que la esperanza aquí alimenta, pero nuestra vida perfecta no es, sino aquella que se promete; aquí gemidos, aquí tentaciones, aquí angustias, aquí tristezas, aquí peligros: nuestra alma alabará al Señor como debe ser alabado, según se dice en otro salmo: "Bienaventurados los que habitan en tu casa, por los siglos de los siglos te alabarán" (Sal. LXXXIII, 5); cuando todo nuestro negocio será esa alabanza. Pero ¿cuándo esto? En mi vida. Pues ahora, ¿qué es? Podría decirte, Mi muerte. ¿De dónde tu muerte? Porque peregrino lejos del Señor. Pues si adherirse a Él es vida;

alejarse de Él es muerte. Pero ¿qué te consuela? La esperanza. Ya vives en esperanza; alaba de la esperanza, canta de la esperanza. No cantes de donde es tu muerte; canta de donde vives. Tu muerte es por la tristeza de este siglo, vives en la esperanza del siglo futuro. Alabaré, dice, al Señor en mi vida.

8. ¿Y cómo alabarás a tu Señor? Cantaré a mi Dios mientras viva. ¿Qué clase de alabanza es esa, "Cantaré a mi Dios mientras viva"? Vean, hermanos míos, qué será ese ser. Donde habrá alabanza eterna, habrá ser eterno. He aquí que ahora eres; ¿acaso cantas a tu Dios mientras eres? He aquí que cantabas; te apartaste a algún negocio, ya no cantas, y eres: he aquí que eres, y no cantas. Quizás también inclinado por la codicia a algo, no solo no cantas, sino que ofendes su oído; y sin embargo eres. ¿Cuál será esa alabanza, donde mientras seas alabarás? Pero ¿qué dice, "mientras viva"? ¿Acaso alguna vez no será? Más bien será eterno ese "mientras", y por eso verdaderamente será "mientras". Pues cualquier cosa que tenga fin en el tiempo, por muy larga que sea, no es "mientras". Cantaré a mi Dios mientras viva.

9. Mientras tanto bien, alabarás al Señor en tu vida, cantas de tu futuro Dios mientras eres. Bien: lo que aquí debe ser anticipado, espéralo de Él. No nos abandone la esperanza en esta peregrinación y tentación, en estas maldades e insidias del enemigo, con tentaciones del mundo resonando por todas partes, constituidos por todas partes en trabajos y angustias. ¿Qué haremos, entonces? Escucha lo que sigue: No confíes en los príncipes. Hermanos, recibimos aquí un gran asunto; es una voz divina, y suena desde arriba para nosotros. Pues ahora no sé qué debilidad del alma humana, cuando ha sido afligida, aquí desespera del Señor, y quiere confiar en el hombre. Se le dice a un hombre en alguna aflicción, Hay un hombre grande, por quien puedes ser liberado: sonríe, se alegra, se levanta. Pero si se le dice, Dios te libera: casi se enfría con desesperación. Se promete la ayuda de un mortal, y te alegras: se promete el inmortal, y te entristeces. Se te promete que te libere alguien que contigo será liberado, y te exultas como si fuera una gran ayuda: se te promete aquel liberador que no necesita liberador, y casi desesperas como si fuera un cuento. ¡Ay de tales pensamientos; peregrinan lejos: verdaderamente miserable y gran muerte en ellos. Acércate, comienza a desear, comienza a buscar y reconocer a aquel por quien fuiste hecho. Pues no abandonará su obra, si no es abandonado por su obra. Vuélvete, entonces, a aquel a quien dices: Alabaré al Señor en mi vida, cantaré a mi Dios mientras viva. Pues este, lleno de tanto espíritu, nos advierte, y dice como a los que están lejos, y peregrinan lejos, y no solo no quieren alabar a Dios, sino que aún no esperan de Dios: No confíes en los príncipes, ni en los hijos de los hombres, en quienes no hay salvación. En un hijo de hombre hay salvación; y en él no porque sea hijo de hombre, sino porque es Hijo de Dios; no por lo que tomó de ti, sino por lo que guardó en sí. Por lo tanto, en ningún hombre hay salvación: porque en él hay salvación, porque es Dios, que es sobre todo Dios bendito por los siglos. De Cristo se dijo: De quienes es Cristo según la carne (Rom. IX, 5). ¿De quiénes? De los judíos, de los padres Cristo según la carne: pero ¿acaso esto es todo Cristo, lo que es según la carne? No: pues no es según la carne que es, sobre todo Dios bendito por los siglos. Por eso en él hay salvación, porque del Señor es la salvación. Pues otro salmo dice: Del Señor es la salvación, y sobre tu pueblo tu bendición (Sal. III, 9). Y en vano los hombres se jactan de que dan salvación. Que se la den a sí mismos. Responde al hombre soberbio: Te glorías, porque dices que me das salvación; dátela a ti mismo. Considerando bien tu fragilidad, ves que aún no la tienes. Por lo tanto, no me aconsejes que espere de ti, sino espera conmigo. No confíes en los príncipes, ni en los hijos de los hombres, en quienes no hay salvación. He aquí que no sé qué príncipes proceden, no sé de dónde, y dicen: Yo bautizo, y lo que yo doy, eso es santo: y si lo recibes de otro, no has recibido nada; si lo recibes de mí, has recibido algo. Oh hombre, oh príncipe, ¿quieres estar entre los hijos de los hombres, y entre los príncipes en quienes no hay salvación? ¿Por eso

tengo salvación, porque tú me la das? ¿Es tuyo lo que das? ¿O acaso también tú das? ¿O se debe decir que tú das? Que diga también la cañería que ella da agua; que diga también el canal que él mana; que diga también el pregonero que él libera. Yo en el agua atiendo a la fuente, en la voz del pregonero reconozco al juez. No serás tú claramente el autor de mi salvación: él será de quien estoy seguro; de ti estoy incierto. Si no eres arrogante, no solo yo estoy incierto de ti, sino también tú de ti mismo. Por lo tanto, de él me viene la salvación, que está sobre todo; porque del Señor es la salvación. Tú entre los hijos de los hombres, tú entre los príncipes: pero escucho la voz del Salmo, No confíes en los príncipes, ni en los hijos de los hombres, en quienes no hay salvación.

10. [vers. 4.] Según la multitud de hombres, ¿qué son estos hijos de los hombres? ¿Qué son, quieres saber? Saldrá su espíritu, y volverá a su tierra. He aquí todo lo que habla, sin saber cuánto tiempo hablará; amenaza, sin saber cuánto tiempo vivirá. De repente saldrá su espíritu, y volverá a su tierra. ¿Acaso cuando quiera, saldrá su espíritu? Saldrá, y cuando no quiera saldrá, y cuando no sepa volverá a su tierra. Al salir el espíritu, la carne volverá a su tierra. Pero porque era carne la que así hablaba (pues no dirían de mí presume, y yo te doy, sino aquellos de quienes se dijo, Porque son carne [Gen. VI, 3]), Saldrá su espíritu, y volverá a su tierra: en ese día perecerán todos sus pensamientos. ¿Dónde está la arrogancia? ¿Dónde está la soberbia? ¿Dónde está la jactancia? Pero tal vez haya pasado a un buen lugar, a los justos: si es que ha pasado. Pues quien así hablaba, no sé a dónde ha pasado. Pues hablaba con soberbia; y no sé a dónde pasan tales hombres, sino porque miro otro salmo, y veo que su paso es malo. Vi al impío exaltarse sobre los cedros del Líbano, y pasé, y he aquí que no estaba; y lo busqué, y no se encontró su lugar (Sal. XXXVI, 35, 36). Este piadoso que pasó y no encontró al impío, llegó allí donde no hay impío. Por lo tanto, hermanos, todos escuchemos; hermanos amados por Dios, todos escuchemos: en cualquier tribulación, en cualquier deseo de don divino, no confiemos en los príncipes, ni en los hijos de los hombres en quienes no hay salvación. Todo esto es mortal, transitorio y caduco. Saldrá su espíritu, y volverá a su tierra: en ese día perecerán todos sus pensamientos.

11. [vers. 5.] ¿Qué haremos, entonces, si en los hijos de los hombres, si en los príncipes no se debe confiar? ¿Qué haremos? Bienaventurado aquel cuyo Dios de Jacob es su ayudador. No aquel hombre o aquel hombre, no aquel ángel o aquel ángel; sino, Bienaventurado aquel cuyo Dios de Jacob es su ayudador: porque también a Jacob así fue ayudador, que de Jacob hizo Israel (Gen. XXXII, 28). Gran ayuda, Israel ya viendo a Dios. Aquí, entonces, puesto y peregrino aún no viendo a Dios, si tienes al Dios de Jacob como ayudador, de Jacob serás Israel, y serás viendo a Dios; y perecerá todo trabajo y todo gemido, pasarán las preocupaciones mordaces, sucederán las alabanzas felices. Bienaventurado aquel cuyo Dios de Jacob es su ayudador: de este Jacob. ¿Por qué este bienaventurado, aún gimiendo en esta vida? Su esperanza está en el Señor su Dios. Por eso bienaventurado, porque su esperanza está en el Señor su Dios. ¿En quién está su esperanza, él será su posesión. Hermanos, ¿acaso me equivoqué, porque dije que Dios será nuestra posesión? ¿Qué si dijera que Dios será nuestra herencia? Mi esperanza eres tú, mi porción en la tierra de los vivientes (Sal. CXLI, 6). Tú serás mi porción. Serás tú posesión, y poseerás; serás posesión de Dios, y Dios será tu posesión: tú serás su posesión, para que Él te cultive; y Él será tu posesión, para que tú lo cultives. Pues tú cultivas a Dios, y eres cultivado por Dios. Correctamente se dice, Cultivo a Dios: pero ¿cómo soy cultivado por Dios? Lo encontramos en el Apóstol: Sois labranza de Dios, edificio de Dios (I Cor. III, 9). Y el Señor, Yo soy, dice, la vid, vosotros los sarmientos, y mi Padre el labrador (Juan XV, 1, 5). Por lo tanto, Dios te cultiva, para que seas fructífero; y tú cultivas a Dios, para que seas fructífero. Para ti es bueno que Dios te cultive; para ti es bueno que cultives a Dios. Si el cultivador Dios se aleja del hombre, el hombre se vuelve

desierto; si el cultivador hombre se aleja de Dios, el hombre mismo se vuelve desierto. Ni crece Dios con tu acercamiento, ni decrece con tu alejamiento. Por lo tanto, Él será nuestra posesión, para que nos alimente; y seremos su posesión, para que nos gobierne.

12. [vers. 6.] Su esperanza está en el Señor su Dios. ¿Quién es este Señor su Dios? Presten atención, hermanos. Muchos tienen muchos dioses y los llaman sus señores y sus dioses. Pero dice el Apóstol: Aunque hay quienes son llamados dioses, ya sea en el cielo o en la tierra; como hay muchos dioses y muchos señores: para nosotros, sin embargo, hay un solo Dios, el Padre, de quien son todas las cosas, y un solo Señor Jesucristo, por quien son todas las cosas (I Cor. VIII, 5 y 6). Por lo tanto, que Él sea tu esperanza, el Señor tu Dios; en Él esté tu esperanza. En el señor su dios está la esperanza también de aquel que adora a Saturno; en el señor su dios está la esperanza de quien adora a Marte, quien adora a Neptuno, quien adora a Mercurio: añado más, quien adora al vientre, de quienes se ha dicho: Cuyo dios es el vientre (Filip. III, 19). Así que aquel es su dios, y aquel es su dios. ¿Quién es el de este bienaventurado? Porque su esperanza está en el Señor su Dios. Pero, ¿quién es este? El que hizo el cielo y la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos. ¡Hermanos míos, tenemos un gran Dios! Bendigamos su santo nombre, porque se dignó hacernos su posesión. Aún no ves a Dios, no puedes amar plenamente lo que aún no ves. Lo que ves, Él lo hizo. ¿Te maravillas del mundo, por qué no del artífice del mundo? Miras al cielo y te estremeces; piensas en toda la tierra y tiemblas; ¿cuándo ocupas con tu pensamiento la magnitud del mar? Observa la innumerabilidad de las estrellas; observa tantas clases de semillas, tantas diversidades de animales, todo lo que nada en las aguas, se arrastra en la tierra, vuela en el aire, gira en el cielo: ¡todas estas cosas, cuán grandes, cuán espléndidas, cuán hermosas, cuán asombrosas! He aquí que quien hizo todas estas cosas, es tu Dios. Pon allí tu esperanza, para que seas bienaventurado: Su esperanza está en el Señor su Dios. ¿Quién? El que hizo el cielo y la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos. ¡Tenemos un gran Dios!

13. Presten atención, hermanos, a un gran Dios, bueno, haciendo tales cosas. ¿Qué pensó entonces Dios al hacer (si es que se puede decir de Dios, Pensó) el cielo, la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos? Tal vez este hombre diría: Veo ciertamente todas estas grandes cosas: Dios hizo el cielo y la tierra, el mar: ¿cuándo me cuenta Dios entre las cosas que hizo? ¿Y realmente pertenezco a su cuidado, y ahora Dios piensa en mí, o sabe si vivo? ¿Qué es esto que dices? No permitas que un mal pensamiento se infiltre en tu corazón; sé de aquellos de los que hablábamos poco antes, Alabaré al Señor en mi vida, cantaré a mi Dios mientras viva. Pero este se dirige a otros, no sé a quiénes tibios, a quienes exhorta, y casi teme que desesperen de sí mismos, porque no están en el cómputo de Dios. Muchos tienen tales pensamientos. Pero por eso abandonan a Dios y se entregan a cualquier pecado, porque no creen que a Dios le importe lo que hagan. Escucha las palabras divinas, no desesperes de ti mismo. ¿Quién se preocupó por hacerte, no se preocupa por rehacerte? ¿No es tu Dios quien hizo el cielo, la tierra y el mar? Si solo dijera estas cosas, tal vez responderías: Dios que hizo el cielo, la tierra y el mar, gran Dios; pero, ¿acaso piensa en mí? Él te hizo, se te diría. ¿Cómo? ¿Acaso soy yo el cielo, o soy yo la tierra, o soy yo el mar? Y ciertamente es manifiesto, ni soy cielo, ni soy tierra, ni soy mar; pero estoy en la tierra. Al menos concédeme esto, que estás en la tierra. Escucha que no solo el cielo y la tierra y el mar hizo Dios: Porque hizo el cielo, la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos. Si entonces todo lo que hay en ellos, también a ti. Digo poco, a ti: al pastor, a la langosta, al gusanillo; nada de esto no lo hizo Él, y se preocupa por todos. No es por mandato que se preocupa; pues el mandato solo lo dio al hombre. Dice el salmo: Salvarás, Señor, a hombres y bestias; según la multitud de tu misericordia, Dios (Sal. XXXV, 7, 8). Multitud, dice, de tu misericordia; según esta salvarás a hombres y bestias. Y el Apóstol: ¿Acaso a Dios le importa de los bueyes? Aquí, De

los bueyes no le importa a Dios; aquí, Salvarás, Señor, a hombres y bestias: ¿acaso son contrarias estas cosas? ¿Qué dice el Apóstol? ¿Acaso de los bueyes se ocupa Dios? ¿Dónde está el mandato, No pondrás bozal al buey que trilla (I Cor. IX, 9; Deut. XXV, 4); allí de los bueyes no pensó Dios? Así que quiso significar algunos bueyes. No es que a Dios le importe advertir qué hacer con los bueyes; la misma naturaleza humana lo tiene. Así fue hecho el hombre, para que sepa cuidar de sus bestias: ni de eso recibió mandatos de Dios, sino que le fue insinuado en la mente por Dios, para que pueda hacerlo incluso sin mandato; Dios lo hizo así. Pero como gobierna al ganado, debe ser gobernado por otro; de aquel por quien es gobernado, recibió el mandato. Por lo tanto, en cuanto al tenor del mandato, no le importa a Dios de los bueyes: en cuanto a la providencia del universo, que creó todo y gobierna el mundo, Salvarás, Señor, a hombres y bestias.

14. Presten atención, queridos. Aquí tal vez alguien me diga: Del Nuevo Testamento es, porque de los bueyes no le importa a Dios: Salvarás, Señor, a hombres y bestias, es del Antiguo Testamento. Hay quienes calumnian y dicen que estos dos Testamentos no son concordantes. No sea que diga algo diferente en el Antiguo, algo diferente en el Nuevo, y exija de mí una sentencia del Nuevo tal como esta, Salvarás, Señor, a hombres y bestias; ¿qué hago? Nada tan en la cabeza del Nuevo Testamento, como el Evangelio. En el Evangelio encuentro que todas estas cosas pertenecen a Dios, ya no habrá quien contradiga. ¿Acaso el Apóstol será contrario al Evangelio? Escuchemos al mismo Señor, príncipe y maestro de los Apóstoles. Miren, dice, las aves del cielo, que no siembran, ni cosechan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta (Mat. VI, 26). Por lo tanto, además del hombre, estos animales pertenecen al cuidado de Dios, para que sean alimentados, no para que reciban la ley. En cuanto a dar la ley, de los bueyes no le importa a Dios; pero en cuanto a crear, alimentar, gobernar y regir, todo pertenece a Dios. ¿No se venden dos gorriones por un as (dice el Señor Jesucristo), y uno de ellos no caerá en tierra sin la voluntad de vuestro Padre? ¿Cuánto más valen ustedes que ellos? No digas, entonces: No pertenezco a Dios. Tu alma pertenece a Dios, tu cuerpo pertenece a Dios; porque Dios hizo tanto tu alma como tu cuerpo. Tal vez dices: Dios no me cuenta en la gran multitud. Se añade allí algo maravilloso del Evangelio: Todos los cabellos de vuestra cabeza están contados (Mat. X, 29-31).

15. [vers. 7, 8.] Entonces mi Dios es, y en Él mi esperanza, quien hizo el cielo y la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos. Pero en cuanto a mí, ¿qué hace conmigo? Quien guarda la verdad para siempre. Y ha recomendado amar a Dios, y temerle. Quien guarda la verdad para siempre. ¿Qué verdad para siempre? ¿qué, y en quién guarda la verdad? Haciendo juicio a los que sufren injusticia. Venga la injusticia de los que sufren, hermanos míos; les hace juicio. ¿A quiénes? A los que sufren injusticia, castigando a todos los injustos. Si entonces favorecerá a los que sufren injusticia y castigará a los injustos, mira ahora de qué número quieres ser. Mira, atiende si quieres estar entre aquellos que sufren injusticia, o entre aquellos que hacen injusticia. Inmediatamente la voz apostólica se dirige a ti, y te dice: Ya es una falta, porque tienen juicios entre ustedes. ¿Por qué no sufren más bien la injusticia? (I Cor. VI, 7). Reprende a los hombres, porque no sufren la injusticia. No te exhorta a que sufras molestia, sino a que sufras injusticia: no toda molestia es injusticia. Porque lo que sufres justamente, no es injusticia. No sea que digas: Y yo estoy entre los que sufren injusticia; pues aquello en aquel lugar, y aquello por esa causa lo sufrí. Mira si sufriste injusticia. Los ladrones sufren muchas cosas, pero no injusticia: los criminales, los malhechores, los ladrones, los adúlteros, los corruptores, todos sufren muchos males, pero no hay injusticia. Una cosa es sufrir injusticia; otra cosa es sufrir tribulación, o pena, o molestia, o castigo. Considera dónde estás, mira qué has hecho, mira por qué sufres; y allí ves qué sufres. Derecho e injusticia son contrarios. Porque el derecho es lo que es justo. Porque no todo lo

que se llama derecho, es derecho. ¿Qué si alguien establece un derecho injusto? Ni siquiera debe llamarse derecho, si es injusto. Entonces, ese verdadero derecho, que también es justo. Mira qué has hecho, no qué sufres. Si hiciste derecho, sufres injusticia: si hiciste injusticia, sufres derecho.

16. ¿Por qué dije estas cosas, hermanos? Para que no se enorgullezcan los herejes, cuando tal vez sufren algo por las órdenes de los príncipes terrenales; no se cuenten entre aquellos que sufren injusticia, y digan: He aquí que el Salmo me consuela; porque yo adoro a Dios, quien hará juicio a los que sufren injusticia. Correcto, pregunto si sufres injusticia. Si hiciste derecho, es injusticia lo que sufres. ¿Es derecho negar a Cristo? ¿es derecho erigir un altar con rebeldía y soberbia? ¿es derecho, a los que perdonan a los perseguidores de la túnica de Cristo (Juan XIX, 24), desgarrar la Iglesia de Cristo? Pero si esto no es derecho, lo que sufres por esto, es derecho. No eres, entonces, de aquellos que sufren injusticia. Leo algo más claro del Evangelio: Bienaventurados, dice, los que sufren persecución. Espera: ¿por qué te apresuras? ¿por qué dices, Yo soy? Espera, digo; leeré todo. Has oído, Bienaventurados los que sufren persecución; ya comenzabas a arrogártelo. Si permites, leeré todo; mira qué sigue. Bienaventurados los que sufren persecución por causa de la justicia (Mat. V, 10). Ahora di, Yo soy. Si te atreves a decir, Yo soy; revisemos lo que dije antes: o, para no alargarme, pregunto esto solo: Si condenaras a un hombre, cuya causa no conoces, ¿te atreverías a decir que mantienes la justicia? o, si sufrieras algo por esto, ¿lo llamarías injusticia? Te eriges en un tribunal temerario de tu corazón, de donde serás precipitado; y te atreves a emitir sentencia sobre un hombre cuya causa no conoces. Si hicieras esto sobre un solo hombre, serías injusto: lo haces sobre todo el orbe de la tierra, ¿y eres justo? Queridos hermanos, ¿y cuál es la que sufre injusticia, sino la Iglesia católica que sufre tantas cosas? Entre tantos escándalos de los herejes gime; ve por malas persuasiones y fraudes arrebatar de su regazo a los débiles, a los pequeños ser llevados a no sé qué secretos de malas cavernas, ser rebautizados, ser negado en ellos a Cristo, ser matado en ellos no esa vida mortal por la que son hombres, sino esa por la que vivirán eternamente. Se persuade al hombre a decir, No soy cristiano, y se llama justicia. Vas a acercarte al obispo, le dice, mira que no digas que eres cristiano: porque si dices que eres cristiano, no recibirás; pero para que recibas, di que no eres. ¿Qué aconsejas, cristiano? ¿qué enseñas? Ciertamente sufres persecución: ¡cuánto más verdadero perseguidor eres tú! Cuando los Emperadores perseguían a los Cristianos, obligaban con amenazas, lo que tú logras persuadiendo. Persuades al cristiano a negar que es cristiano: lo que tú logras persuadiendo, eso no lo logró el perseguidor matando. Bajo ti vive el hombre, que niega ser cristiano. Niega, ¿y vive? Ya ha perdido la vida; un cadáver te habla. El que fue herido por la espada del perseguidor, cayó, y vive: a quien hablas, está de pie, y cayó. Haciendo estas cosas, ¿lo que sufres será injusticia? No quiero que te adules: si todas estas cosas son injustas, todo lo que sufres será justo. ¿A quién hace juicio, quien guarda la verdad para siempre? A los que sufren injusticia.

17. [vers. 7, 8.] Ahora tú procede, y di con esos tus buenos razonamientos, y como agudos y sutiles, que tú alimentas; y di: ¿Puede alimentar el hambriento? es decir, ¿puede el pecador dar lo santo? ¿Puede alimentar el hambriento? ¿puede sanar el enfermo? ¿puede liberar el atado? Estas son como grandes y sutiles, con las que engañan a los inexpertos. Cierre el salmo este su boca: Dando alimento a los hambrientos. He aquí que no espero nada de ti; Dios da alimento a los hambrientos. ¿A qué hambrientos? A todos. ¿Qué es, a todos? A todos los animales, a todos los hombres Él da alimento; ¿y no guarda ningún alimento para sus amados? Si tienen otro hambre, tienen también otro alimento. Busquemos primero su hambre, y encontraremos su alimento: Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados (Ibid., 6). Debemos ser hambrientos de Dios: ante la

puerta de su presencia mendiguemos en oraciones; Él da alimento a los hambrientos. ¿Qué es lo que te jactas, hereje, de que tú liberas, tú levantas, tú iluminas? ¿Acaso porque ya has sido liberado, y tú estás de pie, y tú eres luz? De ninguna manera. Mira arriba: No confíen en príncipes, ni en hijos de hombres, de quienes no hay salvación. No ellos dan la salvación. Entonces, que los herejes se aparten del medio. El Señor libera a los cautivos; el Señor levanta a los caídos; el Señor hace sabios a los ciegos; es decir, a los que son ciegos los hace sabios. Muy bien, por esta sentencia nos explicó todos los anteriores: no sea que cuando dijo, El Señor libera a los cautivos, lo refiramos a aquellos cautivos que tal vez por alguna falta son atados con hierro por sus amos; porque dijo, Levanta a los caídos, se nos ocurra alguien, o tropezando y cayendo, o cayendo del caballo. Hay otra caída, hay otras cadenas; así como hay otras tinieblas y otra luz. En lo que dijo, Hace sabios a los ciegos; no quiso decir, Ilumina a los ciegos, para que tampoco esto lo entiendas carnalmente; como fue iluminado por el Señor, cuyos ojos ungió con lodo hecho de saliva, y lo sanó (Juan IX, 6, 7): no esperes algo así, cuando habla de cosas espirituales, muestra una cierta luz de sabiduría, con la que se iluminan los ciegos. Entonces, así como los ciegos son iluminados con la luz de la sabiduría, así se liberan los cautivos, así se levantan los caídos. ¿De dónde somos entonces cautivos? ¿de dónde caídos? Nuestro cuerpo fue nuestro adorno: pecamos, y de allí recibimos cadenas. ¿Cuáles son nuestras cadenas? La misma mortalidad. Escucha al apóstol Pablo, porque él mismo aún estaba encadenado en esta peregrinación. ¡Cuánto recorrió este encadenado! No le fueron pesadas las cadenas; con esas cadenas predicó el Evangelio a todo el orbe: el espíritu de caridad arrebató las cadenas, y recorrió cuanto pudo. Pero, ¿qué dice? Deseando ser disuelto, y estar con Cristo. ¿Qué es, ser disuelto? De las cadenas de la mortalidad. Y sin embargo, la misericordia aún quería estar en las cadenas, por otros encadenados, a quienes ministraba: Permanecer, dice, en la carne, es necesario por ustedes (Filip. I, 23, 24). El Señor entonces libera a los cautivos, es decir, de mortales los hace inmortales. El Señor levanta a los caídos. ¿Por qué están caídos? Porque estaban erguidos. ¿Por qué se levantan? Porque fueron humillados. Cayó y fue derribado Adán: él cayó, Cristo descendió. ¿Por qué descendió quien no cayó, sino para que se levantara quien cayó? El Señor hace sabios a los ciegos; el Señor ama a los justos. Por eso hace juicio a los que sufren injusticia.

18. [vers. 9.] ¿Y quiénes son esos justos? ahora en qué medida justos? Como tienes, El Señor guarda a los prosélitos. Los prosélitos son extranjeros. Toda la Iglesia de los Gentiles es prosélita. Porque es adventicia a los padres, no nacida de su carne, sino imitando hija. Sin embargo, el Señor guarda, no algún hombre. Al huérfano y a la viuda acogerá. Nadie piense como un huérfano por la herencia, o una viuda por no sé qué asunto suyo. Ciertamente, Dios también ayuda a estos, y en todos los oficios del género humano hace una buena obra, quien cuida del huérfano, quien no abandona a la viuda: pero de alguna manera todos somos huérfanos, con el padre ausente, no muerto. Porque el huérfano según los hombres, se hace al morir el padre. Y si buscan la verdad, hermanos, porque el alma no muere, nuestros padres viven; y más con los padres ausentes son huérfanos, quienes son huérfanos: si fueron malos, viven en penas; si fueron buenos, viven en descanso: todo está íntegro para el Creador. Sin embargo, mientras estamos en este cuerpo, y habitamos el lugar de la peregrinación, nuestro Padre está ausente, a quien clamamos, Padre nuestro, que estás en los cielos (Mat. VI, 9). Por eso la Iglesia es viuda, como con el esposo ausente, con el marido ausente. Vendrá aquel, quien ahora la protege, no visto, sino deseado. Porque somos arrebatados por un gran deseo, y deseamos a aquel a quien no vemos. Nos uniremos a sus abrazos vistos, si aún no vistos por la fe somos retenidos. Entonces, ¿qué quiso significar con huérfano y viuda, hermanos? Desprovistos de toda ayuda y auxilio. El alma desprovista en el mundo, espere en sí misma la ayuda de Dios. Lo que sea que tengas aquí, tengas oro; ¿has presumido de ello? Ya no eres prosélito, no eres huérfano, no estás en el número de las viudas. Tienes un amigo: si has

presumido de él, y has dejado a Dios, no estás desprovisto. Tienes todas estas cosas; ¿no presumes de ellas, no te enorgulleces de ellas? Eres huérfano de Dios, y viuda de Dios. Acoge entonces a los desprovistos; eso dijo: acoge al huérfano, acoge también a la viuda.

19. Y exterminará el camino de los pecadores. ¿Cuál es el camino de los pecadores? Burlarse de lo que decimos. ¿Quién es el huérfano? ¿Qué es la viuda? ¿Qué es el reino de los cielos? ¿Y cuál es el castigo del infierno? Esas son fábulas de los cristianos. Lo que veo, para eso vivo: Comamos y bebamos, porque mañana moriremos. Ten cuidado de que tales personas no te persuadan: que no entren por el oído al corazón, que encuentren espinas en tus oídos; quien comience a entrar así, que se retire herido. Porque las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres (I Cor. XV, 32, 33). Pero tal vez aquí dirás: ¿Por qué entonces son felices? He aquí que no adoran a Dios, y cometen todo tipo de maldades diariamente; abundan en cosas de las que yo carezco y por las que sufro. No te irrites por los pecadores. Ves lo que reciben; lo que se les reserva, no lo ves. ¿Y cómo, dices, veo lo que no se ve? La fe tiene ojos; y ojos mayores, más poderosos y más fuertes. Estos ojos no han engañado a nadie; que estos ojos estén siempre en el Señor, para que Él también saque tus pies de estas trampas (Sal. XXIV, 15). ¿Te agrada el camino de los pecadores porque es ancho y muchos caminan por él? Ves su amplitud, no ves su fin. He aquí que donde termina, hay un precipicio; donde termina, hay una cierta profundidad de abismo: los que se alegran y se expanden en este camino, se hunden en ese fin. Pero no puedes extender tus ojos para ver ese fin: cree en quien lo ve. ¿Y quién es el hombre que lo ve? Tal vez ningún hombre; pero tu Señor vino a ti, para que creyeras en Dios. ¿Acaso no vas a creer también en tu Señor Dios, quien dice: Ancho y espacioso es el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por él (Mat. VII, 13)? Este camino lo exterminará el Señor; porque es el camino de los pecadores.

20. [vers. 10.] Y cuando haya sido exterminado el camino de los pecadores, ¿qué nos queda? Venid, benditos de mi Padre, recibid el reino que os está preparado desde la fundación del mundo (Id. XXV, 34). A esto concluye el Salmo: Y exterminará el camino de los pecadores. ¿Y tú qué? El Señor reinará eternamente. Alégrate, porque reinará para ti; alégrate, porque tú serás su reino. Mira también lo que sigue. Eres ciertamente ciudadano de Sion, no de Babilonia; es decir, no de la ciudad perecedera de este siglo, sino de Sion que por un tiempo sufre y peregrina, pero que reinará eternamente. Has escuchado, pues, el fin; de allí eres. El Señor reinará eternamente, tu Dios, Sion. Oh Sion, tu Dios reinará eternamente: ¿acaso reinará sin ti tu Dios? De generación en generación. Lo dijo dos veces, porque no pudo decir siempre. No pienses que porque las palabras terminan, la eternidad termina. La eternidad consta de una palabra de cuatro sílabas, en sí misma es sin fin. No pudo serte encomendada sino así, tu Dios reinará de generación en generación. Dijo poco: si lo dijera todo el día, sería estrecho; si lo dijera toda su vida, ¿no callaría alguna vez? Ama la eternidad; reinarás sin fin, si Cristo es tu fin, con quien reinarás por los siglos de los siglos. Amén.

EXPOSICIÓN DEL SALMO CXLVI.

SERMON.

1. [vers. 1.] Escuchábamos atentamente cuando se cantaba el presente salmo; y no todos los que escuchábamos, también entendíamos. Cuánto más, entonces, debe ser escuchado atentamente ahora, si, como espero y deseo, con la ayuda de las oraciones de todos los oyentes, si algo aquí es oscuro, Dios lo revelará; para que la escucha sea fructífera, y no regrese vacío el oyente que estuvo atento mientras escuchaba. ¿De dónde comenzó? Se nos

dice: Alabad al Señor. Esto se dice a todas las naciones, no solo a nosotros: y esta voz, aunque suena en lugares individuales por los Lectores, las Iglesias la escuchan individualmente; sin embargo, la única voz de Dios sobre todos no calla, para que lo alabemos. Y como si preguntáramos por qué debemos alabar a Dios, vean qué causa presentó: Alabad al Señor, dice, porque es bueno el salmo. ¿Es esta toda la recompensa de los que alaban? Alabemos al Señor. ¿Por qué? Porque es bueno el salmo. Yo quisiera, dice alguien, alabar al Señor, si me diera algo por esta alabanza. ¿Quién alaba gratis a un hombre? Entonces, los que alaban a los hombres esperan alguna recompensa; ¿no debe esperar, pedir o esperar ninguna recompensa el que alaba a Dios? Se alaba al débil, y se espera algo de él; se alaba al Omnipotente, ¿y no hay recompensa? ¿O tal vez deseo algo que él no puede dar? ¿Qué desea el hombre que no esté en la mano de Dios? Cuando alabas a un hombre, tal vez deseas algo que no puede ser otorgado por él: alaba a Dios con seguridad, a quien nadie puede decir que no puede otorgar lo que puedas desear. Por lo tanto, con la esperanza de alguna recompensa propuesta, debemos alabar a Dios, pero no que dará cualquier cosa que deseemos. Porque es Padre, y lo que los hijos malos desean, no lo da. Alabemos, y esperemos, y deseemos no esto o aquello, sino lo que juzga que debe ser dado, a quien alabamos. Porque él sabe qué nos conviene recibir; nosotros, en cambio, debemos atender a lo que nos conviene recibir. El Apóstol dice: Porque no sabemos qué debemos pedir como conviene (Rom. VIII, 26). Y el mismo apóstol Pablo esperaba que le beneficiara si se le quitara el aguijón de su carne, el ángel de Satanás que lo abofeteaba, como él mismo confiesa y dice: Por lo cual tres veces rogué al Señor, que lo quitara de mí; y me dijo: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad (II Cor. XII, 7-9). Deseó algo; no se le concedió según su voluntad, para que se le aconsejara para su salud. Entonces, ¿qué se nos propone aquí? Alabad, dice, al Señor. ¿Por qué alabamos al Señor? Porque es bueno alabar al Señor. No pasemos por alto alabar al Señor. Se dijo, y pasó; se hizo, y callamos; alabamos, y callamos; cantamos, y descansamos. Vamos a otra cosa que tal vez queda por hacer, y cuando otras acciones nos ocurran, ¿cesará la alabanza divina en nosotros? No así; porque tu lengua alaba por un momento, tu vida alabe siempre. De ahí que el salmo sea bueno.

2. El salmo es un canto, no cualquiera, sino al salterio. El salterio es un cierto instrumento de canto, como la lira, como la cítara, y otros instrumentos de este tipo, que fueron inventados para cantar. Quien, pues, canta con salterio, no canta solo con la voz; sino que, tomando también un cierto instrumento llamado salterio, hace que sus manos concuerden con su voz. ¿Quieres, pues, cantar con salterio? No solo tu voz suene en alabanzas a Dios, sino que tus obras concuerden con tu voz. Cuando, pues, hayas cantado con la voz, callarás alguna vez: canta con tu vida de tal manera que nunca calles. Estás en un negocio, y piensas en el fraude; has callado la alabanza de Dios: y lo que es más grave, no solo has callado la alabanza, sino que has pasado a la blasfemia. Porque cuando Dios es alabado por tu buena obra, con tu obra alabas a Dios; y cuando Dios es blasfemado por tu mala obra, con tu obra blasfemas a Dios. Así que canta con la voz para exhortar a los oídos; no calles con el corazón, no calles con la vida. No piensas en el fraude en el negocio, cantas a Dios. Cuando comes y bebes, canta; no mezclando dulzuras de sonidos aptos para los oídos, sino comiendo y bebiendo con modestia, frugalidad y templanza: porque esto dice el Apóstol, Ya sea que comáis, o bebáis, o hagáis cualquier cosa; hacedlo todo para la gloria de Dios (I Cor. X, 31). Si, pues, haces bien, que comes y bebes, y tomas para la reparación del cuerpo y la restauración de los miembros, dando gracias a quien te ha proporcionado estos consuelos de suplementos mortales y frágiles; tu comida y tu bebida alaban a Dios: pero si excedes la medida debida a la naturaleza con la immoderación de la voracidad, y te embriagas con el vino; por muchas alabanzas de Dios que tu lengua pronuncie, tu vida blasfema. Después de la comida y la bebida, descansas para dormir; no hagas nada indecente en el lecho, ni excedas la licencia

concedida en la ley de Dios: que el lecho conyugal sea casto; y si hay cuidado de procrear hijos, que no haya lujuria desenfrenada de pasiones; respeta a tu cónyuge en tu lecho, porque ambos sois miembros de Cristo (Id. VI, 15), ambos creados por él, ambos restaurados por su sangre: haciendo esto alabas a Dios, y tu alabanza no callará en absoluto. ¿Qué, cuando viene el sueño? Y cuando duermes, que no te despierte de tu descanso una mala conciencia; y la inocencia de tu sueño alaba a Dios. Si, pues, alabas, no solo canta con la lengua, sino también tomando el salterio de buenas obras; porque es bueno el salmo. Alabas cuando haces negocio, alabas cuando tomas comida y bebida, alabas cuando descansas en el lecho, alabas cuando duermes; ¿cuándo no alabas? La alabanza de Dios se perfeccionará en nosotros cuando lleguemos a esa ciudad, cuando seamos hechos iguales a los ángeles de Dios (Mat. XXII, 30); cuando ninguna necesidad corporal nos preocupe en absoluto, no nos interpele el hambre, no nos interpele la sed, no nos fatigue el calor, no nos constriña el frío, no nos derribe la fiebre, no nos termine la muerte. Para esa alabanza perfectísima ejercitémonos con esta alabanza en buenas obras.

3. Por eso, cuando dijo, Alabad al Señor, porque es bueno el salmo: A nuestro Dios, dice, sea la alabanza agradable. ¿Cómo será la alabanza agradable a nuestro Dios? Si es alabado con buena vida. Escucha porque entonces será agradable la alabanza para él. En otro lugar se dice, No es hermosa la alabanza en la boca del pecador (Ecli. XV, 9). Si, pues, en la boca del pecador no es hermosa la alabanza, no es agradable; porque lo que es agradable, es hermoso. ¿Quieres, pues, que la alabanza sea agradable a tu Dios? No contradigas con malos hábitos a tu buena canción. A nuestro Dios sea la alabanza agradable. Porque la alabanza puede ser agradable al hombre, cuando escucha a alguien que alaba con sentencias agudas y concisas y con voz suave: pero a nuestro Dios sea la alabanza agradable; cuyas orejas no están abiertas a la boca, sino al corazón; no a la lengua, sino a la vida del que alaba.

4. [vers. 2.] ¿Quién es nuestro Dios a quien la alabanza sea agradable? Se nos hace dulce, se nos recomienda: gracias a su dignación. Se digna recomendarnos a sí mismo, no como si fuéramos a otorgarle algo, sino más bien a recibir mucho de él. ¿Cómo, pues, se nos recomienda Dios? Escuchen al apóstol Pablo: «Pero Dios recomienda su amor hacia nosotros.» ¿Cómo «recomienda»? Escuchen; que lo diga él mismo, para que se compare con el Salmo: «Pero Dios recomienda su amor hacia nosotros.» ¿Cómo «recomienda»? Escuchen; él mismo lo dice: «Porque cuando aún éramos pecadores, Cristo murió por nosotros» (Rom. V, 8, 9). ¿Qué, pues, reserva a los que alaban, quien así se recomienda a los pecadores? Porque así dijo el Apóstol que Dios nos recomendó su amor, para que Cristo muriera por los impíos; no para que los impíos permanecieran, sino para que por la muerte del justo fueran sanados de la injusticia: ¿qué escuchas aquí, cuando dijo, A nuestro Dios sea la alabanza agradable? Veamos si es la misma recomendación que dijo el Apóstol, Porque Cristo murió por los pecadores y por los impíos. Edificando, dice, Jerusalén el Señor, y recogiendo las dispersiones de Israel. He aquí edificando Jerusalén el Señor, recogiendo las dispersiones de su pueblo. Porque el pueblo de Jerusalén, el pueblo de Israel. Hay una Jerusalén eterna en los cielos, donde también los ángeles son ciudadanos. ¿Qué, pues, allí Israel? Si consideras a aquel hombre, nieto de Abraham, que fue llamado también Jacob; ¿cómo entendemos a los ángeles como Israel? Si discutimos la interpretación del nombre, porque el mismo Jacob fue llamado Israel con el nombre cambiado (Gen. XXXII, 28); más bien allí el nombre Israel: y ojalá también nosotros siguiéramos siendo Israel. ¿Qué significa Israel? Viendo a Dios. Todos, pues, los ciudadanos de esa ciudad, viendo a Dios se alegran en esa gran ciudad y amplia y celestial; Dios mismo es su espectáculo. Pero nosotros peregrinamos de esa ciudad, expulsados por el pecado, para que no permaneciéramos allí; y agobiados por la mortalidad, para que no regresáramos allí. Dios miró nuestra peregrinación, y aquel que edifica Jerusalén,

restauró la parte caída. ¿De dónde restauró la parte caída? Recogiendo las dispersiones de Israel. Porque cayó una parte, y se hizo peregrina: esta peregrina Dios la vio misericordiosamente, y buscó a los que no lo buscaban. ¿De dónde buscó? ¿a quién envió a nuestra cautividad? Envió al Redentor, según lo que dice el Apóstol: Dios recomienda su amor hacia nosotros, porque cuando aún éramos pecadores, Cristo murió por nosotros. Envió, pues, a nuestra cautividad al redentor, su Hijo. Lleva contigo el saco, dice, lleva allí el precio de los cautivos. Porque se revistió de la mortalidad de la carne, y allí estaba la sangre con la que seríamos redimidos. Con esa sangre recogió las dispersiones de Israel. Y si él recogió a los dispersos de antaño, ¿cómo se debe esforzar para que se recojan ahora los dispersos? Si los dispersos fueron recogidos, para ser formados en la mano del artífice para el edificio; ¿cómo se deben recoger los que cayeron de la mano del artífice por inquietud? Edificando Jerusalén el Señor. He aquí a quien alabamos, he aquí a quien toda nuestra vida debe alabanza. Edificando Jerusalén el Señor, y recogiendo las dispersiones de Israel.

5. [vers. 3.] ¿Cómo recoge? ¿qué hace para recoger? Quien sana a los quebrantados de corazón. He aquí cómo se recogen las dispersiones de Israel, para que se sanen los quebrantados de corazón. Quien no quebranta el corazón, no se sana. ¿Qué es quebrantar el corazón? Que sea conocido, queridos; que se haga, para que puedan ser sanados. Porque se ha dicho en muchos otros lugares de las Escrituras; y especialmente en aquel lugar, con nuestra voz alguien cantando, decía, Porque si quisieras sacrificio, ciertamente lo daría: decía a Dios, Si quisieras sacrificio, ciertamente lo daría; pero no te deleitarás en holocaustos. ¿Qué, pues? ¿Nos quedaremos sin ofrecer sacrificio? Escucha lo que quiere que ofrezcas. Sigue, y dice: «El sacrificio a Dios es un espíritu contrito; un corazón contrito y humillado, Dios no despreciará» (Sal. L, 18, 19). «Sana» pues «a los quebrantados de corazón»: porque a ellos se acerca para sanar; como se dice en otro lugar, «Cercano está el Señor a los que tienen el corazón quebrantado» (Sal. XXXIII, 19). ¿Quiénes tienen el corazón quebrantado? Los humildes. ¿Quiénes no tienen el corazón quebrantado? Los soberbios. El quebrantado será sanado, el altivo será derribado. Porque tal vez se derriba para que el quebrantado sea sanado. No quiera, pues, hermanos, nuestro corazón estar erguido antes de estar recto: se erige mal lo que no se corrige primero.

6. Quien sana a los quebrantados de corazón, y venda sus heridas. Sana, dice, a los quebrantados de corazón: sana, pues, a los humildes de corazón, sana a los que confiesan, sana a los que se castigan a sí mismos, ejerciendo un juicio severo sobre sí mismos, para que puedan experimentar la misericordia de él. A tales sana; pero su sanidad perfecta se hará cuando la mortalidad haya pasado, cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad (I Cor. XV, 53, 54); cuando no habrá nada que desde la mancha de la carne nos solicite, no solo nada a lo que consintamos, sino nada que se sugiera desde la carne. Porque ahora, hermanos míos, ¡cuántas deleitaciones ilícitas tocan el alma! Aunque no consintamos en ellas, para que nuestros miembros sirvan a la justicia, no a la iniquidad; sin embargo, deleitarse con tales cosas, aunque no consientas, aún no es sanidad perfecta. Serás sanado, pues, con el corazón quebrantado serás sanado. No te avergüences, quebranta el corazón; a tales sana Dios. Pero, ¿qué hago, dices, ahora? «Porque me deleito en la ley de Dios según el hombre interior; pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y me lleva cautivo en la ley del pecado.» ¿Qué haces? Quebranta el corazón, confiesa; vamos, di lo que sigue: Infeliz de mí, ¿quién me librará de este cuerpo de muerte? Porque decir esto, Infeliz hombre, ya es quebrantar el corazón. Que espere la felicidad quien confiesa la infelicidad. Di, pues, Infeliz de mí, ¿quién me librará de este cuerpo de muerte; para que se te responda, La gracia de Dios, por Jesucristo nuestro Señor (Rom. VII, 22-25). ¿Cómo, pues, librará esa gracia de Dios, de la cual ahora hemos recibido

la prenda? Escucha al mismo Apóstol: «El cuerpo, en verdad,» dice, «está muerto a causa del pecado; pero el espíritu es vida a causa de la justicia. Si, pues, el Espíritu de aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos, habita en vosotros; aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos, vivificará también vuestros cuerpos mortales, por su Espíritu que habita en vosotros» (Id. VIII, 10, 11). Esta prenda, pues, ha recibido nuestro espíritu, para que comencemos a servir a Dios por la fe, y ser llamados justos por la fe: porque el justo vive por la fe (Rom. I, 17). Pero lo que aún nos resiste y se opone, es de la mortalidad de la carne; y esto será sanado. Vivificará, dice, también vuestros cuerpos mortales, por su Espíritu que habita en vosotros. Para esto dio la prenda, para que complete lo que prometió. ¿Qué, pues, ahora en esta vida, cuando aún somos confesores, no poseedores, qué en esta vida, qué se hará? ¿Cómo se curará? Sana a los quebrantados de corazón; pero la sanidad perfecta será entonces, cuando dijimos. ¿Qué, pues, ahora? Venda sus heridas. Quien cura, dice, a los quebrantados de corazón, cuya sanidad perfecta será en la resurrección de los justos; ahora venda sus heridas.

7. ¿Cuáles son las ataduras de las contriciones? Así como los médicos vendan las fracturas. A veces, entiendan esto, queridos hermanos, y es conocido por aquellos que han observado o han escuchado de los médicos: a veces, cuando algo está mal y torcidamente fijado, los médicos lo rompen para corregirlo y hacen una nueva herida, porque la sanidad era mala y torcida. Así pues, dice la Escritura, los caminos del Señor son rectos; pero el de corazón torcido se escandalizará en ellos (Oseas XIV, 10). ¿Qué significa de corazón torcido? Tener un corazón torcido. Piensa que todo lo que dice Dios está torcido, cree que todo lo que ha hecho Dios es malo, y le desagradan todos los juicios de Dios, especialmente aquellos en los que él mismo es corregido; y se sienta y discute sobre lo mal que actúa Dios, porque no actúa según su voluntad. Un corazón torcido no solo no se corrige hacia Dios, sino que quiere torcer a Dios hacia sí mismo. ¿Qué dice entonces Dios desde lo alto? Estás torcido, yo soy recto. Si tú fueras recto, sentirías mi equidad. Así como si pusieras un madero torcido en un suelo nivelado, no se asentaría, se balancearía por todas partes, se movería por todas partes; no por la desigualdad del lugar, sino por la torcedura del madero: como dice la Escritura, ¡Cuán bueno es Dios para con Israel, para con los de limpio corazón! (Salmo LXXII, 1). ¿Qué entonces? ¿Cómo se endereza un corazón torcido? Y está torcido y duro: ya entonces, que lo torcido y duro se rompa, se quiebre, para que se enderece. Tú no puedes enderezar tu corazón: tú rómpelo, Él lo enderezará. ¿Cómo lo rompes? ¿Cómo lo quiebras? Confesando, castigando tus pecados. ¿Qué otra cosa significa el golpearse el pecho? A menos que pensemos que nuestros huesos han pecado cuando golpeamos nuestro pecho. Pero significamos que estamos quebrantando nuestro corazón, para que sea enderezado por el Señor.

8. Sana, pues, a los contritos de corazón, y a los que tienen el corazón quebrantado; y la sanidad de ese corazón será perfecta cuando se complete también la restauración del cuerpo que ha sido prometida. Mientras tanto, ¿qué hace el médico? Venda tus contriciones, para que puedas llegar a la firmeza plena, hasta que se consolide lo que está roto, lo que está vendado. ¿Cuáles son esas ataduras? Los Sacramentos temporales. Las ataduras medicinales son de nuestra contrición, Sacramentos temporales por ahora, con los cuales tenemos consuelo: y todo lo que os decimos, lo que suena y pasa, todo lo que se lleva a cabo temporalmente en la Iglesia, son ataduras de las contriciones. Así como el médico, cuando la sanidad es perfecta, quita la venda; así en aquella ciudad de Jerusalén, cuando seamos hechos iguales a los ángeles, ¿pensáis que allí recibiremos lo que aquí recibimos? ¿O allí se nos recitará el Evangelio para que nuestra fe permanezca? ¿O se nos impondrá la mano por algún superior?

Todas estas son ataduras de la fractura; cuando la sanidad sea perfecta, se quitarán: pero no se llegaría a ella si no se ataran. Sana, pues, a los contritos de corazón, y venda sus contriciones.

9. [vers. 4.] Él que cuenta la multitud de las estrellas, y a todas ellas llama por sus nombres. ¿Qué es grande para Dios contar la multitud de las estrellas? También los hombres lo han intentado: vean si pudieron lograrlo; sin embargo, no lo intentarían si no esperaran lograrlo. Dejemos a ellos lo que pudieron y hasta dónde llegaron: pero creo que no es grande para Dios contar todas las estrellas. ¿O acaso recuenta el número para no olvidarlo? ¿Es algo grande para Dios contar las estrellas, para quien los cabellos de nuestra cabeza están contados (Mateo X, 30)? Es evidente, hermanos, que Dios quiere que entendamos algo en lo que dice: Él que cuenta la multitud de las estrellas, y a todas ellas, dice, llama por sus nombres. Hay ciertas estrellas que son luces en la Iglesia consolando nuestra noche, todas aquellas de las que dice el Apóstol: En las cuales aparecéis como luminarias en el mundo. En esta, dice, nación torcida y perversa, en las cuales aparecéis como luminarias en el mundo, teniendo la palabra de vida (Filipenses II, 15, 16). Dios cuenta esas estrellas; tiene contados a todos los que reinarán con Él, a todos los que serán agregados al cuerpo de su Unigénito, y los cuenta. Quien es indigno, ni siquiera es contado: Y muchos creyeron, o muchos se unieron a su pueblo con alguna especie de fe simulada; pero Él sabe lo que cuenta y lo que aventa. Pues tan grande es la altura del Evangelio, que se cumplió lo que se dijo: Anuncié y hablé, se multiplicaron más allá del número (Salmo XXXIX, 6). Hay, pues, en los pueblos también de alguna manera supernumerarios. ¿Qué significa supernumerarios? Más de los que estarán allí. Dentro de estos muros hay más de los que estarán en el reino de Dios, en aquella Jerusalén celestial; ellos están sobre el número. Que cada uno considere si brilla en las tinieblas, si no es seducido por la iniquidad del siglo tenebroso; si no ha sido seducido ni vencido, será como una estrella que Dios ya cuenta.

10. Y a todas ellas, dice, llama por sus nombres: ahí está toda la recompensa. Tenemos ciertos nombres ante Dios: debemos desear que Dios conozca nuestros nombres, actuar en consecuencia, esforzarnos tanto como podamos, no alegrarnos por otras cosas, ni por ciertos dones espirituales. Que vuestra Caridad vea: hay muchos dones en la Iglesia, como dice el Apóstol, A uno se le da por el Espíritu palabra de sabiduría, a otro palabra de ciencia según el mismo Espíritu, a otro fe en el mismo Espíritu, a otro don de curaciones, a otro discernimiento de espíritus, es decir, para discernir entre buenos y malos espíritus; a otro géneros de lenguas, a otro profecía (I Corintios XII, 8-10). ¡Cuántas cosas dijo! ¡Cuántas cosas dijo! Muchos que usaron mal tales dones oirán al final, No os conozco. ¿Y qué dirán al final, quienes oirán, No os conozco? Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre expulsamos demonios, y en tu nombre hicimos muchas maravillas? En tu nombre hicimos todas estas cosas. ¿Y qué les dirá? Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad (Mateo VII, 22, 23). ¿Qué significa, entonces, ser ya una luz del cielo consolando la noche, y que no sea vencida por la noche? Aún, dice, os muestro un camino más excelente (I Corintios XII, 31). Si hablo en lenguas humanas y angélicas, pero no tengo caridad, he venido a ser como metal que resuena, o címbalo que retiñe. ¡Qué don es hablar en lenguas de ángeles y de hombres! Sin embargo, si no tengo caridad, dice, soy como metal que resuena, o címbalo que retiñe. Si supiera, dice, todos los misterios y toda la ciencia, y si tuviera toda la profecía, y toda la fe, de tal manera que trasladara montes (¡qué grandes son esos dones!); pero no tengo caridad, dice, nada soy. ¡Qué don es el del martirio, y la distribución de sus bienes! Y sin embargo, si distribuyera, dice, todos mis bienes a los pobres, y entregara mi cuerpo para ser quemado, pero no tengo caridad, de nada me sirve (I Corintios XIII, 1-3). Quien no tiene caridad, aunque por un tiempo tenga estos dones, le serán quitados. Se le quitará lo que tiene, porque no tiene algo: y ese algo que no tiene, es lo que sostiene las demás cosas y él mismo

no perece. ¿Qué es eso que ahora dice el Señor: Al que tiene, se le dará; y al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado (Mateo XIII, 12)? Quien no tiene, aun lo que tiene le será quitado. Tiene la gracia de poseer, pero no tiene la caridad para usar: porque no tiene eso, aun lo que tiene le será quitado. Por eso los discípulos, para que tuvieran caridad, a quienes quería hacer estrellas caminantes en el cielo, Él que cuenta la multitud de las estrellas, y a todas ellas llama por sus nombres; cuando los discípulos regresaron a donde habían sido enviados, se regocijaron y dijeron: Señor, mira, los espíritus inmundos se nos sujetan por tu nombre. Y Él que cuenta la multitud de las estrellas, y a todas ellas llama por sus nombres, sabiendo que muchos dirán, ¿No expulsamos demonios en tu nombre? a quienes les dirá al final, No os conozco; porque no los contó en la multitud de las estrellas, ni los llamó por sus nombres: No os regocijéis, dice, en que los espíritus se os sujetan; sino regocijaos de que vuestros nombres están escritos en el cielo (Lucas X, 17, 20). Él que cuenta la multitud de las estrellas, y a todas ellas llama por sus nombres.

11. [vers. 5.] Grande es nuestro Señor. Se llenó de gozo, exclamó de manera inefable: no sé qué decir; y ¿cómo podría pensar? Grande es nuestro Señor, y grande es su poder, y su inteligencia no tiene número. Él mismo que cuenta la multitud de las estrellas, no puede ser contado: Grande es nuestro Señor, y grande es su poder, y su inteligencia no tiene número. ¿Quién puede explicar esto? ¿Quién puede dignamente pensar lo que se ha dicho, Y su inteligencia no tiene número? Y ojalá se infunda en vosotros, y donde nosotros fallamos, porque Él es poderoso, Él ilumine vuestras mentes, para que sepáis qué significa, Su inteligencia no tiene número. Veis, hermanos; ¿acaso hay número para la arena? Para nosotros no lo hay, para Dios sí: para quien los cabellos de nuestra cabeza están contados, y la arena está numerada. Todo lo que el mundo contiene de infinito, aunque para el hombre no lo sea, para Dios sí: poco digo, para Dios; para los ángeles está numerado. Su inteligencia no tiene número. Supera a todos los numeradores su inteligencia, no puede ser numerada por nosotros. ¿Quién numera ese número? Con número se numeran todas las cosas que se numeran. Si todo lo que se numera, se numera con número; el número no puede tener número, el número no puede ser numerado de ninguna manera. ¿Qué es entonces para Dios, de donde hizo todas las cosas, y donde hizo todas las cosas, a quien se dice: Todo lo dispusiste con medida, número y peso (Sabiduría XI, 21)? ¿O quién puede numerar, medir o pesar esa misma medida, ese mismo número, ese mismo peso, donde Dios dispuso todas las cosas? Por tanto, Su inteligencia no tiene número. Callen las voces humanas, descansen los pensamientos humanos: no se extiendan hacia lo incomprensible como si fueran a comprenderlo, sino como si fueran a participar; porque seremos partícipes. No seremos lo que comprendemos, ni comprenderemos todo: pero seremos partícipes; porque se ha dicho de Jerusalén, cuyas dispersiones recoge, se ha dicho algo grande de ella: Jerusalén que se edifica como ciudad, cuya participación es en lo mismo (Salmo CXXI, 3). En lo mismo, ¿qué dice, sino lo que no puede cambiarse? Las demás cosas que son creadas, pueden ser de una manera u otra; pero quien las creó, no puede ser de una manera u otra. Él es, pues, lo mismo, porque se le ha dicho: Cambiarás ellas, y cambiarán; pero tú eres el mismo, y tus años no acabarán (Salmo CI, 27, 28). Por tanto, si Él es el mismo, y no puede cambiarse en ninguna parte; participando de su divinidad seremos también nosotros inmortales en la vida eterna. Y esto se nos ha dado como prenda del Hijo de Dios, lo que ya he dicho a vuestra Santidad, para que antes de que seamos hechos partícipes de su inmortalidad, Él primero se hiciera partícipe de nuestra mortalidad. Así como Él fue mortal, no de su sustancia, sino de la nuestra: así nosotros seremos inmortales, no de nuestra sustancia, sino de la suya. Seremos, pues, partícipes: nadie dude, la Escritura lo ha dicho. ¿Y de qué seremos partícipes, como si hubiera partes en Dios, o como si Dios se dividiera en partes? ¿Quién, entonces, explica cómo muchos son partícipes de uno simple? No exijáis, pues, lo que no puede decirse

adecuadamente, creo que lo veis: pero volved al remedio del Salvador; quebrantad el corazón, que se quiebre la dureza del alma, que se quiebre la obstinación del alma, que se acuse en el mal, que renazca en el bien. Él mismo lo enderezará, vendará la fractura, consolidará la sanidad; y ya no serán imposibles para nosotros las cosas que ahora son imposibles. Pues es bueno que confiese su debilidad quien quiere llegar a la divinidad. Su inteligencia no tiene número.

12. [vers. 6.] Por eso, ¿qué debes hacer en la dificultad de entender? Te lo muestra cuando dice a continuación: El Señor sostiene a los mansos. Por ejemplo, no entiendes, entiendes poco, no alcanzas: honra la Escritura de Dios, honra la palabra de Dios, incluso no abierta; difiere con piedad la inteligencia. No seas atrevido para acusar o la oscuridad, o como si fuera la perversidad de la Escritura. Aquí no hay nada perverso; pero algo es oscuro, no para que te sea negado, sino para que ejercites al recibirlo. Por tanto, cuando es oscuro, el médico lo hizo así, para que llames: quiso que te ejercitaras llamando; quiso que al que llama se le abriera (Mateo VII, 7). Llamando te ejercitarás; ejercitado, serás más amplio; hecho más amplio, recibirás lo que se da. Por tanto, no te indignes porque está cerrado; sé manso, sé humilde. No te rebeles contra las cosas oscuras de Dios, y digas: Sería mejor dicho si se dijera así. ¿Cuándo podrás tú decir o juzgar cómo conviene que se diga? Así se dijo como debía decirse. No corrija el enfermo sus medicinas; el médico sabe cómo prepararlas: confía en Él, que te cura. Por eso, ¿qué sigue? El Señor sostiene a los mansos. No te resistas, pues, contra las cosas cerradas de Dios; sé manso, para que te sostenga. Pero si resistes, escucha lo que sigue: Humilla a los pecadores hasta la tierra. Hay muchos tipos de pecados: Humilla a los pecadores hasta la tierra; ¿a qué pecadores, sino a los contrarios a los mansos? Pues de lo que dice, El Señor sostiene a los mansos, humilla a los pecadores hasta la tierra; quiso que se entendiera una especie de pecados de la mansedumbre antes mencionada. Por tanto, entendemos aquí a los pecadores como los que no son mansos. ¿Por qué los humilla hasta la tierra? Reprenden las cosas inteligibles, sentirán las terrenales.

13. Esto hizo con los hombres que quisieron burlarse de la Ley antes de conocerla; pues no fueron mansos. Que vuestra Caridad lo entienda. Surgió una secta muy perversa de los maniqueos; recibieron las Escrituras y, al leerlas, se burlaron: quisieron reprender lo que no entendían, y al criticar y reprender lo no entendido, atraparon a muchos. Pero fueron humillados, quienes quisieron hacer esto, hasta la tierra. No se les permitió entender las cosas celestiales, sintieron las terrenales. Todo lo que escuchas en sus fábulas, no es más que blasfemia, y ciertas ficciones de imágenes corporales: ya que queriendo entender a Dios, llegaron hasta la concepción de esta luz visible, no pudieron ir más allá; y crearon tales campos de luz en el reino de Dios, como veían este sol, como si fuera fruto de aquella luz. Pero todo esto que se percibe por la tierra de la carne, es tierra para Dios. Pues tenemos de dónde ver, de dónde oír, de dónde oler, de dónde gustar, de dónde tocar. Esta carne percibe a través de ciertos mensajeros, que llamamos sentidos, solo cosas corporales: pero las inteligibles y espirituales se captan con la mente. Porque ellos se burlaron de la oscuridad de las Escrituras, que estaban cerradas para que los que llamaran se ejercitaran, no para que se les negara a los pequeños, fueron humillados hasta la tierra, para que no pudieran sentir a Dios incorpóreo, y todo lo que pensaran de Dios, lo pensaran corporalmente.

14. [vers. 7.] Por tanto, Dios humilla a los pecadores hasta la tierra. ¿Qué debemos hacer nosotros, si no queremos ser humillados hasta la tierra? Porque es grande progresar hasta las cosas inteligibles, es grande progresar hasta las cosas espirituales, es grande que el corazón llegue a conocer que hay algo que no se extiende por lugares, ni se varía por tiempos. ¿Cuál es, pues, la forma de la sabiduría? ¿Quién la concibe? ¿Es larga? ¿Es cuadrada? ¿Es redonda? ¿Está aquí ahora y luego allí? Alguien piensa en la sabiduría en Oriente, otro la piensa en

Occidente: si la piensan bien, estando en tanta diversidad de lugares, está toda presente para ambos. ¿Qué es esto? ¿Quién lo comprende? ¿Quién capta esta sustancia, esta cierta naturaleza divina e inmutable? No te apresures, podrás comprender. Escucha lo que sigue: Comienza al Señor con confesión. Comienza aquí, si quieres llegar a la inteligencia clara de la verdad. Si quieres ser conducido por el camino de la fe a la posesión de la visión, comienza con confesión. Acúsate primero a ti mismo; acusado tú, alaba a Dios. Invoca a quien aún no conoces, para que venga y sea conocido: no para que Él venga, sino para que te lleve a Él. ¿Cómo vendrá Él de donde nunca se aleja? Esa es la perfección de la sabiduría; está en todas partes, y está lejos de los malos: está en todas partes, digo, y está lejos de los malos que están en todas partes. Os ruego, ¿de quién está lejos lo que está en todas partes? ¿Dónde pensáis, sino porque yacen en su disimilitud, exterminando en sí mismos la semejanza de Dios? Hechos disímiles se alejaron; reformados regresen. ¿De dónde, dice, seremos reformados? ¿Cuándo seremos reformados? Comienza al Señor con confesión. ¿Después de la confesión qué? Sigan las buenas obras. Cantad a nuestro Dios con cítara. ¿Qué significa, con cítara? Lo que ya he explicado, así como aquel en el salterio el salmo, así también la cítara; no solo con la voz, sino también con la obra. Cantad a nuestro Dios con cítara.

15. [vers. 8.] He aquí, confiesa, realiza obras de misericordia, canta salmos a nuestro Dios. ¿A cuál Dios nuestro? Al que cubre el cielo con nubes. ¿Qué significa, el que cubre el cielo con nubes? El que cubre la Escritura con figuras y sacramentos. Aquel que humilla a los pecadores hasta la tierra, aquel que acoge a los mansos, cubre el cielo con nubes. ¿Y quién verá el cielo que está cubierto de nubes? No temas; escucha lo que sigue: El que cubre el cielo con nubes, el que prepara la lluvia para la tierra. El que cubre el cielo con nubes: te asustaste, porque no ves el cielo; cuando llueva, fructificarás y verás el cielo despejado. Cubre el cielo con nubes, el que prepara la lluvia para la tierra: tal vez esto lo hizo el Señor nuestro Dios. Pues si no tuviéramos la ocasión de la oscuridad de las Escrituras, no te diríamos estas cosas que te alegran. Tal vez esta es la lluvia que te alegra. No podría expresarse a ti a través de nuestra lengua, si Dios no cubriera el cielo de las Escrituras con nubes de figuras. Por eso cubre el cielo con nubes, para preparar la lluvia para la tierra. Por eso quiso que las palabras de los Profetas fueran oscuras, para que después los siervos de Dios tuvieran algo que interpretar sobre los oídos y corazones de los hombres, recibiendo de las nubes de Dios la abundancia de la alegría espiritual. El que cubre el cielo con nubes, el que prepara la lluvia para la tierra.

16. El que hace brotar la hierba en los montes, y la hierba para el servicio de los hombres. He aquí el fruto de la lluvia. El que hace brotar, dice, la hierba en los montes. ¿Acaso no también en la tierra baja? Pero lo que es grande, en los montes. Llama montes a los altos del mundo: toma aquí montes a aquellos dotados de alguna gran dignidad. Y no es de extrañar que una viuda haya echado dos pequeñas monedas en el tesoro (Marcos 12, 42); la tierra trajo hierba, la tierra baja: y el monte trajo. Zaqueo, el mayor de los publicanos (Lucas 19, 2-8); esto era más admirable, porque el monte trajo hierba. Pues cuanto más elevados son los hombres, tanto más avaros son; y cuanto más grandes en este mundo, tanto más aman sus riquezas. De ahí que aquel se fue triste, quien pedía consejo de vida eterna al Señor, y lo llamó buen maestro diciendo: ¿Qué haré para tener vida eterna? Y él: Guarda los mandamientos. ¿Cuáles? Y dijo los mandamientos de la ley. Todo esto lo he hecho desde mi juventud. Una cosa, dice, te falta. ¿Quieres ser perfecto? Ve, vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; y ven, sígueme. ¿Qué dijo el Señor? He aquí que eres un monte, recibe la lluvia, y da hierba. ¿Qué vas a dar? ¿No es hierba? Pues todas estas cosas que se dan a la Iglesia para las necesidades de los que sirven a Dios, ¿qué son, sino hierba? Son carnales, y aparecen por un tiempo: pero no se busca de ellas algo carnal. Considera lo que compras

con cosas viles. Pues el Apóstol dice, mostrando que eso es hierba, Si nosotros sembramos en vosotros lo espiritual, ¿es mucho que cosechemos de vosotros lo carnal? (1 Cor. 9, 11). Y escucha que lo carnal es hierba. Toda carne es hierba; y toda la gloria del hombre como la flor de la hierba (Isaías 40, 6). Por eso aquel se fue triste; y el Señor dijo: ¡Qué difícilmente entra un rico en el reino de los cielos! Esto es grande, porque hace brotar la hierba en los montes. ¿Y cómo hace brotar la hierba en los montes, si aquel rico, al oír que debía dar sus bienes a los pobres, se fue triste? ¿Cómo respondió después a los Apóstoles entristecidos? Lo que es difícil para los hombres, es fácil para Dios (Mateo 19, 16-26). Por eso él hace brotar la hierba en los montes, para quien todo es fácil. Pues nada sería más estéril que los montes más duros. Llueve aquel que hace brotar la hierba en los montes, y la hierba para el servicio de los hombres. ¿Para qué servicio? Mira a Pablo mismo: Nosotros, dice, vuestros siervos por Jesucristo (2 Cor. 4, 5). El que decía, Si nosotros sembramos en vosotros lo espiritual, ¿es mucho que cosechemos de vosotros lo carnal? se llamó a sí mismo siervo. Pues os servimos, hermanos. Que ninguno de nosotros se diga mayor que vosotros. Seremos mayores, si somos más humildes: Pero el que quiera ser mayor entre vosotros, es sentencia del Señor, será vuestro siervo (Mateo 20, 26). Por eso hace brotar la hierba en los montes y la hierba para el servicio de los hombres. El apóstol Pablo, viviendo de sus propias manos, no quiso recibir esa hierba de los montes; quiso necesitar: pero sin embargo, los montes daban hierba. ¿Acaso porque él no quiso recibir, por eso los montes no debían dar, para que permanecieran estériles? Se debe el fruto a la lluvia, se debe el alimento al siervo, como dice el Señor: Comed lo que es de ellos. Y para que no piensen que dan algo de lo suyo: Digno es, dice, el obrero de su salario (Lucas 10, 8, 7).

17. Así que, hermanos, ya que ha sucedido que por esta ocasión os hablemos algo, especialmente porque hablamos, no buscando tales cosas de vosotros, y por eso lo decimos más libremente: pero aunque lo buscáramos, buscaríamos vuestro fruto, y no vuestras riquezas, sino vuestra justicia: sin embargo, os advierto brevemente, ya que hemos dicho muchas cosas, y alguna vez el discurso debe terminar; si queréis no ser estériles, para que devolváis por la lluvia fecundidad, no sea que después se condene vuestra esterilidad (pues Dios amenaza con fuego a la tierra estéril y espinosa (Hebreos 6, 7, 8), como prepara el granero para la fructífera); haced que os exijáis a vosotros mismos, convertíos en vuestros propios cobradores. Cristo exige en silencio; y es mayor la voz del que calla, porque en el Evangelio no calla. Pues no calla verdaderamente, cuando dice: Haceos amigos con las riquezas de la iniquidad, para que ellos os reciban en las moradas eternas (Lucas 16, 9). Él no calla; escuchad su voz. Pues nadie puede exigir de vosotros; a menos que tal vez sea necesaria la exigencia, para que aquellos que os sirven en el Evangelio, os pidan. Si se llega a esto, que pidan; ved que no pidáis en vano a Dios lo que vosotros pedís. Por tanto, sed vuestros propios cobradores, para que aquellos que os sirven en el Evangelio, no digo que se vean obligados a pedir, pues tal vez ni siquiera obligados piden; sino que no os acusen en silencio. De donde está escrito: Bienaventurado el que entiende sobre el necesitado y el pobre (Salmo 40, 2). Cuando dice, el que entiende sobre el necesitado y el pobre, no espera a que pida. Entiende sobre él. Uno te busca necesitado, a otro debes buscar tú necesitado. Ambas cosas se han dicho, hermanos míos: y, A todo el que te pida, da (Lucas 6, 30), se ha leído ahora; y en otro lugar la Escritura dice, Que sude la limosna en tu mano, hasta que encuentres al justo a quien dársela. Uno es el que te busca, a otro debes buscar tú. No dejes vacío a quien te busca; pues a todo el que te pida, da: pero otro es a quien debes buscar; que sude la limosna en tu mano hasta que encuentres al justo a quien dársela. Nunca haréis esto, a menos que tengáis algo de vuestras cosas apartado, lo que a cada uno le plazca según la necesidad de su familia, como una deuda casi al fisco. Si Cristo no tiene su república, no tiene su fisco. Pues sabéis qué es el fisco? El fisco es un saco; de donde también se dicen fiscelas y fiscinas.

No penséis que el fisco es algún dragón, porque se escucha con temor al cobrador del fisco; el fisco es un saco público. El mismo tenía el Señor aquí en la tierra, cuando tenía bolsas; y esas bolsas estaban encomendadas a Judas (Juan 12, 6). El Señor soportaba a Judas el traidor y ladrón, y en él mostrando en todas partes su paciencia: sin embargo, los que contribuían, contribuían a las bolsas del Señor. A menos que penséis que el Señor iba, y pedía, o necesitaba, a quien los Ángeles servían, que de cinco panes alimentó a tantas miles de personas. ¿Por qué entonces quiso necesitar, sino para dar ejemplo a los montes, para que produjeran hierba, no sea que devolvieran esterilidad contra la lluvia? Apartad, pues, algo, y destinad algo fijo, ya sea de los frutos anuales, o de las ganancias diarias. Pues parece que das de lo vivo, y es necesario que tiemble tu mano, cuando la extiendes a lo que no habías prometido. Aparta alguna parte de tus ingresos. ¿Quieres diezmos? Aparta diezmos, aunque sea poco. Pues se ha dicho que los fariseos daban diezmos: Ayuno dos veces en el sábado, doy diezmos de todo lo que poseo (Lucas 18, 12). ¿Y qué dice el Señor? Si vuestra justicia no abunda más que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos (Mateo 5, 20). Y aquel sobre quien debe abundar tu justicia, da diezmos; pero tú ni siquiera das la milésima parte. ¿Cómo superarás a aquel a quien no igualas? El que cubre el cielo con nubes, el que prepara la lluvia para la tierra; el que hace brotar la hierba en los montes, y la hierba para el servicio de los hombres.

18. [vers. 9.] Y da a los animales su alimento. Estos animales son los rebaños de Dios. Dios no priva a su rebaño de su alimento a través de los hombres, para cuyo servicio hace brotar la hierba. De donde dice el Apóstol: ¿Quién apacienta un rebaño, y no se alimenta de la leche del rebaño? (1 Cor. 9, 7). El que da a los animales su alimento, y a los polluelos de los cuervos que lo invocan. ¿Acaso pensaremos que los cuervos invocan a Dios, para que les dé alimento? No penséis esto, que un alma irracional invoca a Dios; no sabe el alma invocar a Dios, sino solo la racional. Tomad esto dicho en figura, no penséis, como algunos impíos dicen, que las almas humanas se convierten en animales, en perros, en cerdos, en cuervos. Excluid esto de vuestros corazones y de vuestra fe. El alma humana fue hecha a imagen de Dios (Gén. 1, 26); no dará su imagen a un perro o a un cerdo. ¿Qué significa entonces, Y a los polluelos de los cuervos que lo invocan? ¿Quiénes son los polluelos de los cuervos? Los israelitas decían que solo ellos eran justos, porque habían recibido la Ley; llamaban pecadores a todos los demás hombres de las naciones. Y en verdad todas las naciones estaban en pecado, en idolatría, en adoración de piedras y maderas; pero, ¿acaso así permanecieron? Aunque no nuestros padres cuervos, sin embargo, nosotros mismos, polluelos de cuervos, invocamos a Dios. Da a los animales su alimento, y a los polluelos de los cuervos que lo invocan. Ellos son los polluelos de los cuervos, a quienes Pedro dice: Porque no fuisteis redimidos con oro o plata corruptible de vuestra vana conducta heredada de vuestros padres (1 Pedro 1, 18). Pues los polluelos de los cuervos que parecían adorar ídolos según sus padres, se convirtieron a Dios. Y ahora escuchas a un polluelo de cuervo invocando a un solo Dios. ¿Qué entonces? ¿Dejaste a tu padre, dices al polluelo de cuervo? Claro que lo dejé: pues aquel cuervo no invocaba a Dios, yo, polluelo de cuervo, invoco a Dios. Y a los polluelos de los cuervos que lo invocan.

19. [vers. 10.] No tendrá complacencia en la fuerza del caballo. La fuerza del caballo es la soberbia. Pues el caballo parece estar dispuesto como un estrado para el hombre, para que camine más alto. Y en verdad tiene en él un cuello, indicando cierta soberbia. No se enorgullezcan los hombres en sus dignidades, no se consideren elevados por sus honores; cuídense de no precipitarse con un caballo indómito. Pues mira lo que se dice en otro salmo: Estos en carros, y aquellos en caballos; pero nosotros en el nombre del Señor nuestro Dios nos magnificaremos. Esto es, ellos en honores temporales, nosotros en el nombre del Señor

nuestro Dios nos magnificaremos. Por eso, ¿qué les sucedió a ellos? Mira lo que sigue: A ellos se les ataron los pies, y cayeron; pero nosotros nos levantamos, y estamos erguidos (Salmo 19, 8, 9). No tendrá complacencia en la fuerza del caballo; ni se complacerá en las piernas del hombre. En las piernas, dice, del hombre. Pues hay un tabernáculo del Señor, la misma santa Iglesia extendida por todo el mundo. Los herejes, separándose de los tabernáculos de la Iglesia, se han hecho tabernáculos para sí mismos: no se complacerá Dios en esos tabernáculos del hombre. Pero atiende al polluelo de cuervo diciendo: Elegí ser rechazado en la casa del Señor, más que habitar en los tabernáculos de los pecadores (Salmo 83, 11). Pues si a algún bueno, piadoso, confesando su debilidad, polluelo de cuervo invocando a Dios, le sucede tal vez carecer de honor temporal en la Iglesia; no sale fuera de la Iglesia, no se hace un tabernáculo fuera de la Iglesia, en el cual Dios no se complace: sino que dice: Elegí ser rechazado en la casa del Señor, más que habitar en los tabernáculos de los pecadores. Ni se complacerá en los tabernáculos del hombre.

20. [vers. 11.] Pero, ¿qué añade? Se complacerá el Señor en los que le temen, y en los que esperan en su misericordia. Se complacerá el Señor en los que le temen: pero, ¿acaso se teme a Dios como a un ladrón? Pues también se teme al ladrón, y se teme a la bestia, y se teme mucho al hombre injusto y poderoso. Se complacerá el Señor en los que le temen: pero, ¿cómo en los que le temen? Y en los que esperan en su misericordia. He aquí que Judas, el traidor de Cristo, lo temió, pero no esperó en su misericordia. Pues después se arrepintió de haber entregado al Señor, y dijo: He pecado, porque he entregado sangre inocente. Bien temiste; pero si hubieras esperado en la misericordia de aquel a quien temiste. Él, desesperando, se fue, y se ahorcó con una soga (Mateo 27, 4, 5). Por tanto, teme al Señor de tal manera que esperes en su misericordia. Si temes al ladrón, esperas ayuda de otro, no de aquel a quien temes: pides ayuda a aquel a quien no temes, contra aquel a quien temes. Si así temes a Dios, y por eso temes a Dios porque eres pecador, ¿de quién recibirás ayuda contra Dios? ¿A dónde irás? ¿Qué harás? ¿Quieres huir de él? Huye hacia él. ¿Quieres huir del airado? Huye hacia el apaciguado. Pero lo apaciguarás, si esperas en su misericordia; y así de ahora en adelante te cuidas de pecar, para que por los pecados pasados ruegues, para que te sean perdonados por el Señor, a quien sea el honor y el poder con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

EN EL SALMO 147 COMENTARIO.

SERMON A LA PLEBE.

1. Recuerda vuestra Caridad del salmo que acabamos de cantar, que para el día de hoy pospusimos el sermón. Pues era el mismo, y fue leído el día del Señor, y el mismo fue asumido para ser tratado. Pero porque con la lectura evangélica entonces conmovidos, por la magnitud de nuestro temor y vuestra utilidad nos detuvimos en lo que el Señor nos encomendó el día último, y nos quiso cautos y vigilantes esperar su venida; también aterrorizándonos con el ejemplo, no sea que nos condene con su juicio; diciendo que así será la venida del Hijo del hombre, como en los días de Noé: comían y bebían, compraban, vendían, se casaban, se daban en matrimonio, hasta que Noé entró en el arca, y vino el diluvio, y los destruyó a todos (Mateo 24). Solícitos, pues, y con gran temor conmovidos (¿quién, si cree, no temerá?), en eso nos detuvimos, cuanto pudimos, para que de vuestras costumbres y vuestra vida y la de todos nosotros se prolongara el discurso, para que podamos esperar aquel día no solo seguros, sino también desearlo. Pues si amamos a Cristo, ciertamente debemos desear su venida. Es perverso, y no sé si es verdadero, temer que venga aquel a quien amas; orar, Venga tu reino (Mateo 6, 10); y temer que seas escuchado. ¿De dónde, pues, el temor? ¿Porque vendrá como juez? ¿Acaso injusto? ¿Acaso malévolo?

¿Acaso envidioso? ¿Acaso finalmente esperando de otro conocer tu causa; no sea que aquel a quien instruiste, o te engañe con prevaricación, o con menor elocuencia y capacidad, no pueda demostrar con palabras el bien de tu inocencia? Nada de esto. ¿Quién, pues, vendrá? ¿Por qué no te alegras? ¿Quién vendrá a juzgarte, sino aquel que vino a ser juzgado por ti? No temas al acusador, de quien él mismo dijo: El príncipe de este mundo ha sido echado fuera (Juan 12, 31). No temas al mal abogado; pues él mismo es ahora tu abogado, quien entonces será juez. Él será, y tú, y tu causa; el discurso de tu causa, el testimonio de tu conciencia. Por tanto, quienquiera que temas al juez futuro, corrige ahora tu conciencia presente. ¿No es suficiente para ti que no requerirá lo pasado? Sin el resto del tiempo entonces juzgará: pero con cuánto tiempo ahora te advierte? Entonces ya no se podrá corregir: ahora, ¿quién lo prohíbe? Esto, cuando lo recomendábamos vehementemente el día del Señor, porque en verdad, porque casi solo esto debe decirse; no poco tiempo pasó, y nos vimos obligados a posponer este salmo asumido para ser tratado, para este día. Ahora está presente; atendamos a él, más bien a Dios que ha dignado dispensar estos discursos por su misericordia en su Espíritu, así como él sabe que conviene a nuestras debilidades. Pues, ¿quién enfermo se atreve a dar consejo al médico?

2. Al ser leído, creo que todos o muchos de ustedes notaron que contiene algunos versos que requieren ser desvelados, especialmente donde dice: "El que da la nieve como lana, esparce la niebla como ceniza: el que envía su cristal como trozos de pan; ¿quién resistirá ante su frío?" Al escuchar esto, cualquiera que lo tome literalmente pensará en las obras divinas. ¿Quién da la nieve, sino Dios? ¿Y quién esparce la niebla, sino Dios? ¿Quién endurece el cristal, sino Él mismo? Y estas tres cosas tienen similitudes opuestas congruentes. Pues la lana no es diferente de la nieve, ni la ceniza de la niebla, ni los trozos de pan blanco del brillo y blancura del cristal. El cristal es una especie de vidrio, pero es blanco. Este tipo es conocido por aquellos que lo saben; por lo tanto, no debemos dudar, ya que la Escritura más fiel da testimonio: se dice que el cristal, endurecido por muchos años y no derretido por la nieve, se congela de tal manera que no es fácil de disolver. Las nieves del invierno pasado son fácilmente disueltas por el verano que llega; pues no han tenido la antigüedad para consolidar su dureza. Pero donde muchas nieves han sido acumuladas durante muchos años, y su abundancia ha vencido la violencia del verano, no de un solo verano, sino de muchos, especialmente en estas partes de la tierra, es decir, en la región del norte, donde ni siquiera en verano se encuentra el sol más ardiente; esa dureza prolongada y añeja produce esta especie que se llama cristal. Presten atención, queridos. ¿Qué es entonces el cristal? Es nieve endurecida por muchos años, de tal manera que no puede ser fácilmente disuelta por el sol o el fuego. Esto lo hemos explicado un poco más porque muchos lo ignoran: y aquellos que quizás lo sepan, no deben considerar tedioso el discurso sobre lo que conocen, ya que no se hace por ellos, sino por aquellos que no lo saben. Así que cuando escucharon esto del Lector, no dudo que pensaron en diversas cosas; algunos dijeron, y dijeron la verdad, "Grandes son las obras del Señor", de las cuales se ha mencionado una parte, y esta misma terrenal, y conocida casi todos los años, cómo Dios hace nevar, cómo esparce la niebla, cómo también solidifica el cristal: otros se dijeron a sí mismos, "¿Acaso estas cosas están puestas en las Escrituras sin razón, o realmente tienen todo lo que suenan? ¿No nos insinúan algo la nieve y la lana, la niebla y la ceniza, el cristal y el pan?" Pero, ¿por qué quiso la Escritura hablar así, a través de ciertas oscuridades de similitudes? ¿No sería mejor hablar más claramente? ¿Por qué me pregunto o dudo sobre lo que esas palabras exigen? ¿Por qué me esfuerzo al escuchar? ¿Por qué a menudo, después de escuchar el salmo, me voy sin haber aprendido? Esto es lo que dije hace un momento: Permítete ser curado; así serás sanado. Muy orgulloso y precipitado es el enfermo que se atreve a aconsejar al médico, incluso siendo humano. ¿Se

atreverá el enfermo a dar consejo al médico? Donde el hombre está enfermo y Dios cura, es un gran comienzo de piedad y salud, antes de saber por qué se dijo algo, creer que debía decirse como se dijo. Esta piedad te hace capaz de buscar lo que se dijo, y cuando lo busques, lo encuentres, y cuando lo encuentres, te regocijes. Que este sentimiento esté con nosotros ante el Señor nuestro Dios por las oraciones de ustedes; y si no por nosotros, al menos por ustedes, que se digne conceder lo que aquí está oculto. Ahora, entonces, consideren que, como prometimos el día de un espectáculo y edición divina, al pronunciar estos versos y aún no exponerlos, hemos sacado algunos paquetes envueltos de nuestro Editor. Ciertamente, se sacan envueltos para que se esperen desenvueltos: pero ustedes no solo se preparan para mirar, sino también para vestirse.

3. Dijimos el domingo, si su Caridad lo recuerda, quienes estuvieron presentes, que la misma lectura evangélica, que nos retuvo más tiempo, hizo que la exposición del Salmo se pospusiera, fue leída de manera congruente con el mismo salmo. Eso dijimos entonces, pero no pudimos mostrarlo, porque pospusimos el Salmo. Hoy, por lo tanto, debe demostrarse esa congruencia. En aquella lectura evangélica nos aterrorizamos por el último día. Ese terror engendra seguridad; pues al estar aterrorizados, tomamos precauciones, y al tomar precauciones, estaremos seguros. Así como la seguridad desordenada lleva a los terrores, la preocupación ordenada engendra seguridad. Nos aterrorizamos, pues, de no amar esta vida presente, efímera, volátil, transitoria, como si no hubiera otra: porque si no hay otra, amemos esta. Si no hay otra vida, son más felices que nosotros quienes hoy vigilaron para ir al anfiteatro. ¿Qué dice el Apóstol? "Si en esta vida solamente esperamos en Cristo, somos los más miserables de todos los hombres" (1 Cor. XV, 19). Por lo tanto, hay otra vida. Que cada uno pregunte a Cristo en su fe: pero la fe duerme. Con razón fluctúas, porque Cristo duerme en la nave. Jesús dormía en la nave, y la nave fluctuaba en las aguas y en muchas tempestades (Mat. VIII, 24, 25). Fluctúa, pues, el corazón, cuando Cristo duerme. Cristo siempre vela: ¿qué significa, entonces, que Cristo duerme? Tu fe duerme. ¿Por qué aún te agitas en la tempestad de la duda? Despierta a Cristo, despierta tu fe: contempla con los ojos de la fe la vida futura, por la cual creíste, por la cual eres marcado con su signo, quien vivió esta vida para mostrarte cuán despreciable es la que amabas, y cuán esperable es la que no creías. Si, por lo tanto, despiertas la fe, y diriges sus ojos al final, y piensas en el mundo futuro en el que nos regocijaremos después de la segunda venida del Señor, después de que se haya realizado el juicio, después de que se haya entregado el reino de los cielos a los santos, si piensas en esa vida, y en el negocio ocioso de esa vida, del cual hemos hablado a menudo, queridos; nuestro negocio no fluctuaría, un negocio ocioso lleno de pura dulzura, no interrumpido por ninguna molestia, no herido por ningún cansancio, no perturbado por ninguna nube. ¿Cuál será nuestro negocio? Alabar a Dios, amar y alabar; alabar en el amor, amar en las alabanzas. Bienaventurados los que habitan en tu casa; te alabarán por los siglos de los siglos (Sal. LXXXIII, 5). ¿Por qué, sino porque te amarán por los siglos de los siglos? ¿Por qué, sino porque te verán por los siglos de los siglos? Esto, pues, hermanos míos, ¿qué espectáculo será en la visión de Dios? Los hombres ven a un cazador, y se deleitan: ¡ay de los miserables, si no se corrigen! Porque quienes ven al cazador y se deleitan, verán al Salvador y se entristecerán. ¿Qué más miserable que aquellos para quienes el Salvador no será salvación? No es de extrañar, entonces, que para aquellos a quienes les deleita un hombre luchando, no les sea salvación Dios liberando. Pero nosotros, hermanos, si nos recordamos en sus miembros, si deseamos, si perseveramos, veremos y nos regocijaremos. Esa ciudad será purgada de todos sus ciudadanos, sin ningún sedicioso o turbulento mezclado: aquel enemigo que ahora envidia, para que no lleguemos a esa patria, allí no podrá acechar a nadie; porque ni siquiera se le permitirá estar allí. Si ahora es excluido del corazón de los creyentes, ¿cómo será excluido de la ciudad de los vivientes? ¿Qué será, hermanos, qué será, les ruego, estar en

esa ciudad, de la cual hablar es ya un gozo? Debemos preparar nuestros corazones para esa vida futura: quien prepare su corazón para ella, desprecia toda esta; despreciada esta, lo hace esperar seguro el día que el Señor nos ha advertido esperar.

4. Así que cuando este salmo nos habla y canta sobre esa vida futura, y el Evangelio nos ha aterrorizado sobre el presente; el Salmo provoca amor por el futuro, el Evangelio provoca temor por el presente. Ni siquiera se calla sobre el deleite futuro en las letras del Nuevo Testamento, y mucho más en ellas, donde no se presentan aquellas cosas que deben ser entendidas como envueltas; sino que allí se ven abiertas, para que aquí se entiendan las oscuras. Así que cuando el Evangelio nos decía, "Vigilad el último día que vendrá, el día de la venida del Hijo del Hombre"; porque encontrará mal a aquellos que ahora están seguros, precisamente porque están desordenadamente seguros; están seguros en los placeres del mundo, cuando deberían estar seguros con las pasiones del mundo dominadas: ya ciertamente el Apóstol nos preparó para esa vida, en las palabras que también recordé entonces, "Por lo demás, hermanos, el tiempo es corto: queda que los que tienen esposas, sean como si no las tuvieran; y los que compran, como si no compraran; y los que se alegran, como si no se alegraran; y los que lloran, como si no lloraran: y los que usan de este mundo, como si no usaran de él: porque la figura de este mundo pasa. Quiero que estéis sin preocupaciones" (1 Cor. VII, 29-32). Quien pone toda su alegría y toda su felicidad en comer, beber, casarse, comprar, vender, usar este mundo, está sin preocupaciones y tal - pero fuera del arca: ¡ay de él por el diluvio! Pero quien, ya sea que coma, beba, o haga algo, todo lo hace para la gloria de Dios (1 Cor. X, 31): y si hay alguna tristeza por las cosas del mundo, llora así, que dentro se regocija en la esperanza; y si hay alguna alegría en las cosas del mundo, se alegra así, que dentro teme espiritualmente, y no se entrega a ser corrompido por la felicidad, ni se deja quebrantar por la adversidad (esto es llorar como si no llorara, y alegrarse como si no se alegrara): quien, aunque tenga esposa, compadeciéndose de su debilidad, devuelve, no exige el deber; o si por su propia debilidad toma esposa, lamentándose más porque no pudo estar sin esposa, que alegrándose porque la tomó: quien vende lo que sabe que, aunque permaneciera, no lo haría feliz; quien compra lo que sabe que pasará; y de todas estas cosas, aunque abundantes, aunque fluyan a su alrededor, no presume, y hace de lo que tiene, misericordia con quien no tiene, para que él también reciba lo que no tiene, de aquel que todo lo tiene: quien es tal, espera seguro el último día, porque no está fuera del arca; ya es contado entre las maderas incorruptibles, de las cuales se fabrica el arca (Gén. VI, 14). No tema, pues, al Señor que vendrá; sino que espere, y desee: porque no vendrá para infligir castigos, sino para terminar molestias. Esto se hace por el deseo de esa ciudad. Lo que el Evangelio advirtió, se cumple por el deseo de esa ciudad que el Salmo canta: así el Evangelio concuerda con este cántico.

5. Y qué ciudad canta este salmo, escuchemos. Escuchemos, y cantemos; nuestro gozo, cuando escuchamos esto, es el cántico de nuestro Dios. No solo cantamos cuando con voz y labios entonamos un cántico; hay también un cántico interior, porque hay también oídos de algún tipo interior. Cantamos con la voz, para excitarnos; cantamos con el corazón, para agradarle. Se dice que es el Salmo de Ageo y Zacarías. Ageo y Zacarías fueron profetas. Pero estos profetas ya estaban en la cautividad de aquella Jerusalén, que en la tierra portaba la sombra de una celestial. En la cautividad de esa ciudad, estando en Babilonia, estos profetas profetizaron la restauración de Jerusalén, profetizaron una ciudad nueva a partir de la restauración de la antigua, liberado el pueblo de la cautividad (I Esdras V, 1; y VI, 14). Reconocemos también esta cautividad, si verdaderamente reconocemos nuestra peregrinación. En este mundo, en estas tribulaciones del siglo, en esta multitud de escándalos, de alguna manera gemimos en cautiverio; pero seremos levantados: se predice que nuestra

ciudad será nueva, igual. Pues después de la profecía de estos, y visiblemente ocurrió, para que todo se explicara en cuanto a cumplir la imagen. Jerusalén fue restaurada después de setenta años de cautiverio. Así Jeremías el profeta, con esos setenta años, ese número de siete señala toda la volubilidad de este tiempo: pues en el número de siete se vuelven estos días, como saben; los mismos se van, los mismos regresan. Después de setenta años, cuando Jeremías profetizó que la ciudad de Jerusalén sería restaurada (Jerem. XXV, 12; y XXIX, 10), sucedió, para que allí también se significara la imagen de lo futuro: se significó para nosotros que después de toda esta volubilidad del tiempo, que se vuelve en el número de siete, nuestra ciudad futura será ya en la eternidad en un solo día. En aquella morada no se vuelve el tiempo, porque el habitante allí no se desliza. Cuando los Profetas veían en espíritu; veían aquella, hablaban de esta. Pero decían estas cosas de esta, que conducían a aquella; y todas aquellas cosas que se hacían según el tiempo, según los movimientos corporales, según los actos de los hombres, eran signos y prenuncios de lo futuro.

6. [vers. 12.] Escuchemos ya cantar aquella ciudad, y levantémonos hacia ella. Pues mucho nos la recomienda el Espíritu de Dios, infundiéndonos amor por ella, para que suspiremos por ella, y en la peregrinación gemamos, y deseemos llegar a ella. Amemos aquella, y amarla es caminar hacia ella. He aquí que amemos aquella desde la boca santa, desde la boca profética y del Espíritu de Dios diciendo: "Alaba, Jerusalén, al Señor." Aún en cautiverio, ven aquellos rebaños, más bien un solo rebaño de todos los ciudadanos, reunidos de todas partes hacia aquella ciudad; ven el gozo de la masa, después de las trillas, después de las ventilaciones ya enviadas al granero, sin temer nada, sin sufrir trabajo y molestia; y aún aquí puestos, y conversando en esa misma contrición, anticipan el gozo de la esperanza, y anhelan hacia ella, como uniendo sus corazones con los Ángeles de Dios, y con aquel pueblo futuro que permanecerá con ellos en gozo. "Alaba, Jerusalén, al Señor." ¿Qué harás, oh Jerusalén? Ciertamente pasará el trabajo y el gemido. ¿Qué harás? ¿Ararás, sembrarás, plantarás, navegarás, comerciarás? ¿Qué harás? ¿O en aquellas obras, aunque buenas y provenientes de la misericordia, aún debes ejercitarte? Considera tu número, considera tu sociedad de todas partes: ve si alguien tiene hambre, a quien le ofrezcas pan; ve si alguien tiene sed, a quien le des un vaso de agua fría; ve si alguien es ahora peregrino entre ti, a quien recibas en hospitalidad; ve si alguien está enfermo, a quien visites; ve si alguien litiga, a quien concilies (Mat. XXV, 35, 36); ve si alguien muere, a quien entierres. ¿Qué harás, entonces? "Alaba, Jerusalén, al Señor"; he aquí tu negocio. Como suele escribirse en los títulos, "Usa felizmente": "Alaba, Jerusalén, al Señor."

7. Sean Jerusalén: recuerden de quienes se dijo, "Señor, en tu ciudad reducirás a nada su imagen" (Sal. LXXII, 20). Estos son los que ahora se deleitan con tales pompas: entre ellos están quienes por eso hoy no vinieron, porque hay un espectáculo. ¿Para quién es el espectáculo? ¿Para quién el daño? ¿O de dónde el espectáculo? ¿O de dónde el daño? Pues no solo aquellos que organizan tales cosas son golpeados por el daño; sino que son golpeados por un daño mayor, quienes miran tales cosas con gusto. La arca de aquellos se vacía de oro; el pecho de estos se despoja de las riquezas de la justicia. Muchos editores se lamentan, vendiendo sus villas: ¿cómo deben lamentarse los pecadores, perdiendo sus almas? ¿Es que para esto clamó el Señor el día del Señor, "Vigilad", para que hoy se vigilara así? Les ruego, oh ciudadanos de Jerusalén, les conjuro por la paz de Jerusalén, por el redentor, por el constructor, por el rector de Jerusalén, que conviertan sus oraciones a Dios por ellos. Que vean, que sientan que están en la vanidad; y muy atentos a aquellos espectáculos que les agradan, alguna vez también se miren a sí mismos, y se desagraden. Pues en muchos ya se ha hecho, nos alegramos; y alguna vez también nos sentamos allí, y enloquecimos: y cuántos creemos que ahora están sentados allí, futuros no solo cristianos, sino también obispos. De lo

pasado inferimos lo futuro; de lo que ya se ha hecho, predecimos lo que Dios hará. Que sus oraciones vigilen; no gimen en vano, hermanos. Ciertamente aquellos que han escapado, suplicando por aquellos que están en peligro, porque ellos mismos estuvieron en el número de los que peligraban, son escuchados; y Dios apartará de la cautividad de Babilonia a su pueblo, lo redimirá y lo librará, y se completará el número de los santos que llevan la imagen de Dios. No estarán allí, de quienes Dios en su ciudad despreciará la imagen, y la reducirá a nada; porque ellos también en su ciudad, es decir, Babilonia, redujeron a nada su imagen. Será aquel pueblo alabando al Señor, que ahora el Espíritu de profecía prevé; y dice para que exultemos en esperanza, y deseemos esa realidad. "Alaba, Jerusalén, al Señor; alaba a tu Dios, Sion." "Alaba", porque consistes de muchos; "alaba", porque has sido hecha una. Muchos, dice el Apóstol, somos uno en Cristo Jesús (1 Cor. X, 17). Por lo tanto, porque somos muchos, alabamos; porque somos uno, alabamos. Los mismos muchos que uno; porque aquel en quien somos uno, siempre es uno.

8. ¿Por qué, dice esta Jerusalén, alabo al Señor y alabo a mi Dios Sion? ¿Qué Sion, la misma Jerusalén? Dos nombres por diferentes causas. Jerusalén se llama Visión de paz; Sion se llama Especulación. Vean si estos nombres no significan otra cosa que espectáculos; para que las naciones no piensen que tienen espectáculos y nosotros no. A veces, al salir del teatro o del anfiteatro, cuando comienza a salir de esa cueva la multitud de perdidos, a veces llevando en su mente las fantasías de su vanidad, y alimentando su memoria con cosas no solo inútiles, sino también perniciosas, alegrándose en ellas como en cosas dulces, pero pestilentes; a menudo ven, como suele suceder, pasar a los siervos de Dios, los reconocen por su hábito o por su vestimenta o por su cabeza, o los tienen conocidos por su frente, y dicen entre sí y consigo mismos: ¡Oh, pobres de ellos, qué pierden! Hermanos, roguemos al Señor por su benevolencia, porque creen que eso es bueno. Nos desean bien: pero quien ama la iniquidad, odia su alma (Salmo X, 6). Si odia su alma, ¿cómo amará mi alma? Sin embargo, esa perversa y vana benevolencia, si es que se puede llamar benevolencia, lamentan que perdamos lo que aman; oremos para que no pierdan lo que amamos. Vean a qué tipo de Jerusalén se exhorta a alabar, o más bien se anticipa que alabará. Pues no es necesario exhortar y excitar con voz profética las alabanzas de esa ciudad, cuando veamos, amemos y alabemos; sino que los Profetas dicen esto ahora para que puedan, tanto como puedan en esta carne constituida, los futuros gozos de los bienaventurados, y al eructar en nuestros oídos, exciten el amor por esa ciudad. Ardeamos de deseo, no seamos perezosos en espíritu.

9. [vers. 13.] Pero vean qué tipo de Jerusalén dice que alabará a Dios, y de dónde lo alabará: de una cierta perfección de bienaventuranza. Alaba, dice, Jerusalén, al Señor; alaba a tu Dios, Sion. Y como si dijera, ¿De dónde segura alabaré? Porque ha fortalecido, dice, los cerrojos de tus puertas. Presten atención, hermanos míos. Ha fortalecido, dice, los cerrojos de tus puertas. La fortificación de los cerrojos no es de puertas abiertas, sino cerradas: de ahí que muchos códices tienen, Ha fortalecido los cerrojos de tus puertas. Preste atención vuestra Caridad. Dice que Jerusalén cerrada alaba al Señor. Alaba, Jerusalén, al Señor; alaba a tu Dios, Sion. Alabamos ahora, alabamos ahora, pero entre escándalos. Muchos que no queremos, entran; muchos, aunque no queramos, salen; por eso los escándalos se multiplican: Y porque abundó la iniquidad, dice la Verdad, se enfriará la caridad de muchos (Mateo XXIV, 12): por los que entran, a quienes no podemos juzgar; y los que salen, a quienes no podemos retener. ¿Por qué esto? Porque aún no hay perfección, aún no hay esa bienaventuranza. ¿Por qué esto? Porque aún es era, no granero. Entonces, ¿qué, sino que no temas que algo así suceda? Alaba, pues, Jerusalén, al Señor, alaba a tu Dios, Sion; porque ha fortalecido los cerrojos de tus puertas. Ha fortalecido. No dijo, Ha puesto, solamente: Ha fortalecido los cerrojos de tus puertas.

Nadie salga, nadie entre. Nadie salga, nos alegramos: Nadie entre, tememos. Ni esto temas; cuando hayas entrado, se dirá; solo sé del número de las vírgenes que llevaron aceite consigo.

10. Pues aquellas vírgenes significan almas. No eran realmente cinco, sino que en esas cinco hay miles. En ese número quinario se entienden miles, no solo de mujeres, sino también de hombres: porque ambos sexos se llaman mujer, porque es la Iglesia; y ambos sexos, es decir, la Iglesia, se llama virgen. Os desposé con un solo esposo, para presentaros como virgen casta a Cristo (II Cor. XI, 2). La virginidad de la carne es de pocos, debe ser de todos en el corazón. La virginidad de la carne, cuerpo intacto; la virginidad del corazón, fe incorrupta. Por tanto, se dice virgen toda la Iglesia, y en género masculino se llama pueblo de Dios: ambos sexos pueblo de Dios, y un solo pueblo, y único pueblo; y una Iglesia, y única paloma: y en esta virginidad miles de santos. Por tanto, las cinco vírgenes significan todas las almas que entrarán en el reino de Dios; no sin razón en número quinario, porque son cinco los sentidos del cuerpo más conocidos por todos. Pues por cinco puertas entra algo por el cuerpo al alma: o por los ojos entra lo que deseas mal, o por los oídos, o por el olfato, o por el gusto, o por el tacto. Por estas cinco puertas quien no haya admitido corrupción, se cuenta entre las cinco vírgenes. Se admiten corrupciones por deseos ilícitos. Pero lo que es lícito y no lícito, están llenos los libros de las Escrituras. Por tanto, es necesario que estés entre esas cinco vírgenes. No temerás lo que se ha dicho, Nadie entre. Pues se dice esto, y se hará esto; pero cuando hayas entrado: nadie te cerrará; pero una vez que hayas entrado, se cerrarán las puertas de Jerusalén, y se fortalecerán los cerrojos de sus puertas. Pues si quieres ser o no virgen de corazón, o, aunque virgen, entre las vírgenes necias; quedarás fuera, y en vano llamarás.

11. ¿Cuáles son las vírgenes necias? También son cinco: ¿qué, sino almas que tienen esta continencia de la carne, para evitar las corrupciones que vienen de todos los sentidos, que ya enumeré? Evitan como corrupciones que vienen de todas partes, y no llevan su bien en la conciencia ante los ojos de Dios: sino que quieren agradar a los hombres, y siguen el juicio ajeno. Buscan los favores del vulgo; se desprecian a sí mismas, cuando quieren ser queridas por los espectadores; no les basta la conciencia. Con razón no llevan aceite consigo. El aceite es esa misma gloria, por el brillo y esplendor. Pero ¿qué dice el Apóstol? Vean las vírgenes sabias llevando aceite consigo: Pero cada uno examine su obra, y entonces tendrá gloria en sí mismo, y no en otro (Gál. VI, 4). Estas son, pues, las vírgenes sabias. Las necias encienden lámparas; sus obras parecen brillar: pero se apagarán; porque no se alimentan del aceite interior. Y todas duermen mientras el esposo tarda: porque de ambos tipos de hombres duermen en la muerte; y de aquellas necias, y de estas sabias, mientras el Señor tarda en venir, se va a esta muerte corporal y visible, que las Escrituras ponen en lugar de sueño, como es conocido por todos los cristianos. Cuando el Apóstol hablaba de los enfermos, Por eso hay entre vosotros, dice, muchos enfermos y débiles, y duermen suficientemente (I Cor. XI, 30): Duermen, dice, mueren. Pero he aquí que vendrá el esposo, y todos se levantarán, pero no todos entrarán. Las obras de las vírgenes necias, que no tienen el aceite de la conciencia, fallarán; no encontrarán de quién comprar lo que solían venderles los aduladores. Pues se dice por los que se burlan, no por los que envidian: Id, comprad para vosotras. Pues las necias pudieron haber dicho a las sabias: Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan. ¿Qué dijeron las sabias? No sea que no nos baste a nosotras y a vosotras, id más bien a los que venden, y comprad para vosotras. Esto era advertir, ¿De qué os sirven ahora aquellos de quienes solíais comprar adulación? Y mientras van, dice, entraron aquellas, y se cerró la puerta (Mateo XXV, 1-13). Mientras van de corazón, mientras tales cosas piensan, mientras se alejan de esa intención, y recuerdan sus cosas pasadas, van como a los que venden: y no encuentran entonces a los que favorecen, no encuentran entonces a los que

alaban, de quienes solían ser alabadas, y como excitadas a buenas obras, no por la fuerza de una buena conciencia, sino por el estímulo de una lengua ajena.

12. Y aquello que se dijo, No sea que no nos baste, se dijo con gran consideración de humildad. Pues el aceite que llevamos en la conciencia, es nuestro juicio sobre nosotros mismos, cómo somos; y es difícil que alguien juzgue perfectamente sobre sí mismo. Hermanos míos, por mucho que alguien progrese, por mucho que se extienda hacia lo que está adelante, y olvide lo que está atrás (Filip. III, 13); si ya se dice a sí mismo, Está bien: sale la regla de los tesoros de Dios, examina a fondo; y ¿quién se gloriará de tener un corazón puro? y ¿quién se gloriará de estar limpio de pecado (Prov. XX, 9)? Pero ¿qué dijo la Escritura? Juicio sin misericordia para aquel que no hizo misericordia (Santiago II, 13). Por mucho que progreses, esperarás en la misericordia. Pues si la justicia se pronuncia sin misericordia, encontrará en cualquier cosa que condene. ¿Qué Escritura nos consuela? La que nos exhorta a hacer misericordia, para que crezcamos en dar lo que tenemos de más. Pero tenemos muchas cosas superfluas, si solo retenemos lo necesario: pues si buscamos cosas vanas, nada es suficiente. Hermanos, busquen lo que es suficiente para la obra de Dios, no lo que es suficiente para vuestra codicia. Vuestra codicia no es obra de Dios. Vuestra forma, vuestro cuerpo, vuestra alma, todo esto es obra de Dios. Busca lo que es suficiente, y verás cuán pocas cosas son. A la viuda le bastaron dos monedas para hacer misericordia (Marcos XII, 42), le bastaron dos monedas para comprar el reino de Dios. ¿Qué le basta al editor para vestir tantas veces a los cazadores? Vean que no solo son pocas las cosas que os bastan; sino que ni siquiera Dios pide mucho de vosotros. Busca cuánto te ha dado, y de eso toma lo que es suficiente: lo demás que yace superfluo, es necesario para otros. Lo superfluo de los ricos, es necesario para los pobres. Se poseen cosas ajenas, cuando se poseen cosas superfluas.

13. Haciendo, pues, estas misericordias, y especialmente aquella que es gratuita, Perdona, como perdonamos (Mateo VI, 12); donde no erogas sino caridad, que crece cuando erogas: haciendo, pues, y ferviente en esas buenas obras de misericordia, que ya no serán necesarias, porque no habrá nadie miserable a quien hacer misericordia; esperarás seguro el juicio, no tan seguro de tu justicia, como seguro de la misericordia de Dios, porque tú también has otorgado misericordia. Pues juicio sin misericordia para aquel que no hizo misericordia: pero la misericordia, dice, se exalta sobre el juicio. No piensen, hermanos, que entonces no es justo, cuando se apiada de nosotros, o se aparta de la regla de su justicia. Y cuando condena, es justo; y cuando se apiada, es justo. Pues ¿qué es más justo que devolver misericordia al que la ha otorgado? ¿Qué es más justo que con la medida con que midáis, se os mida (Mateo VII, 2)? Da al hermano necesitado. ¿A qué hermano? A Cristo. Si, pues, porque es hermano, a Cristo; y porque es Cristo, a Dios, que es sobre todo bendito por los siglos (Rom. IX, 5): Dios quiso necesitar de ti; y tú retraes la mano? Ciertamente tú extiendes la mano, y pides a Dios: escucha la Escritura, No sea tu mano extendida para recibir, y cerrada para dar (Eclesiástico IV, 36). Dios quiere que se le erogue de lo que dio. Pues ¿qué das que Él no dio? ¿qué tienes que no recibiste (I Cor. IV, 7)? ¿O acaso, no digo, a Dios, sino a cualquiera das algo de lo tuyo? Das de lo que Él dio, que manda que des. Sé otorgador, no invasor. Haciendo, pues, esto, y si con buena humildad dices de ese aceite, No sea que no nos baste, entrarás y se cerrará. Escucha al Apóstol diciendo esto: Para mí es muy poco ser juzgado por vosotros (Ibid., 3). ¿Cuándo podéis juzgar mi conciencia? ¿cuándo examinar con qué ánimo hago lo que hago? ¿cuánto pueden los hombres juzgar de otro? Más puede el hombre de sí mismo; pero Dios más del hombre, que el hombre de sí mismo. Por tanto, si eres tal, entrarás; estarás entre esas cinco vírgenes: las demás necias serán excluidas. Pues tienes esto en el Evangelio, Se cerrará la puerta, y estarán y clamarán, Ábrenos; y no se abrirá: Porque ha fortalecido los cerrojos de tus puertas. Ha fortalecido, dice, los cerrojos de tus puertas: permanece seguro,

alaba seguro, alaba sin fin. Fuertemente cerradas están tus puertas; no sale amigo, no entra enemigo: Ha fortalecido los cerrojos de tus puertas.

14. Bendijo a tus hijos en ti. No vagan fuera, no peregrinan; dentro se alegran, dentro alaban, dentro son bendecidos; dentro no dan a luz, porque ya no dan a luz a nadie. Son hijos, son santos: estos hijos santos ya alabando y gozando, han sido dados a luz y paridos por la madre caridad, están encerrados por la caridad que los reúne. Escucha a la caridad dándolos a luz: con la que estaba dotado el apóstol Pablo, llevando no solo un corazón paterno, sino también materno hacia los hijos, Hijos míos, dice, a quienes de nuevo doy a luz (Gál. IV, 19). Cuando Pablo los daba a luz, la caridad los daba a luz: cuando la caridad los daba a luz, el Espíritu de Dios los daba a luz; pues la caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Rom. V, 6). Por tanto, reúna a los que ha dado a luz y parido. Ahora ya son hijos dentro, están seguros: han volado del nido del temor, han volado a lo celestial, han volado a lo eterno; ya no temen nada temporal.

15. [vers. 14.] Bendijo a tus hijos en ti. ¿Quién? El que puso tus confines en paz. ¿Cómo exultaron todos? Amen esto, hermanos míos. Nos deleitamos mucho, cuando clama de vuestros corazones el amor de la paz. ¿Cómo os deleitó? No dije nada, no expuse nada; pronuncié el verso, y exclamasteis. ¿Qué clamó de vosotros? El amor de la paz. ¿Qué mostré a vuestros ojos? ¿De dónde clamáis, si no amáis? ¿de dónde amáis, si no veis? La paz es invisible. ¿Cuál es el ojo con el que fue vista, para ser amada? Pues no se aclamaría, si no se amara. Estos son los espectáculos que Dios exhibe de cosas invisibles. ¿Con qué belleza la inteligencia de la paz golpeó vuestros corazones? ¿Qué diré ya de la paz, o de la alabanza de la paz? Vuestro afecto precedió todas mis palabras: no lo lleno; no puedo, soy débil. Dejemos todas las alabanzas de la paz para aquella patria de paz. Allí la alabaremos más plenamente, donde la tendremos más plenamente. Si así amamos la paz comenzada en nosotros, ¿cómo la alabaremos perfecta? Esto digo, oh hijos amados, oh hijos del reino, oh ciudadanos de Jerusalén, porque en Jerusalén está la visión de la paz; y todos los que aman la paz, son bendecidos en ella, y ellos mismos entran cuando se cierran las puertas, y se fortalecen los cerrojos. Esta que así nombrada amáis y deseáis, seguidla, deseadla; amadla en casa, amadla en el negocio, amadla en las esposas, amadla en los hijos, amadla en los siervos, amadla en los amigos, amadla en los enemigos.

16. Esa es la paz que los herejes no tienen. ¿Qué hace la paz en las incertidumbres de esta región, en esta peregrinación de nuestra mortalidad, cuando aún nadie es visible para el otro, nadie ve el corazón del otro? ¿Qué hace la paz? No juzga lo incierto, no confirma lo desconocido; es más inclinada a creer bien del hombre que a sospechar mal. No se duele mucho de errar, cuando cree bien incluso del malo; pero es pernicioso cuando siente mal, quizás, del bueno. No sé cómo es: ¿qué pierdo si creo que es bueno? Si es incierto, está permitido que te cuides, no sea que sea verdad; pero no debes condenar, como si fuera verdad. Esto es lo que manda la paz. Busca la paz, dice, y síguela (Salmo XXXIII, 15). ¿Qué aconseja la herejía? Condena a los desconocidos, condena al mundo entero: Todo el mundo ha perecido, no hay cristiano, África ha quedado. Bien has juzgado. ¿Desde qué tribunal dictas sentencia sobre el orbe? ¿En qué foro se presentó el mundo ante ti? No quiero que se me crea a mí, pero tampoco a ti: que se crea a Cristo, que se crea al Espíritu de Dios a través de los Profetas, que se crea a la Ley de Moisés. ¿Qué dijo Moisés sobre estos tiempos futuros? A Abraham se le dijo: En tu simiente serán bendecidas todas las naciones (Gén. XXII, 18). ¿Dudas de qué es la simiente de Abraham? Creo que cuando el Apóstol lo diga, no dudarás: o si incluso dudas del Apóstol, ¿por qué, Paz, paz; y no hay paz (Jer. VI, 14)? ¿Qué dice el Apóstol? A Abraham y a su simiente fueron hechas las promesas. No dice, Y a las

simientes, como si fueran muchas; sino como en uno, Y a tu simiente, que es Cristo (Gál. III, 16). He aquí que hace miles de años se dijo a Abraham, En tu simiente serán bendecidas todas las naciones: lo que se dijo hace miles de años, y fue creído por uno, ahora ya lo vemos cumplido. Leemos esto, contemplamos esto, y tú te resistes viniendo de lado. ¿Qué dirás? No creas. ¿A quién? ¿Al Espíritu de Dios? ¿A Dios hablando a Abraham? ¿Y a quién creo? ¿A ti? No digo esto, dirás. ¿No dices esto? ¿No dices: Créeme a mí más que al Espíritu de Dios y a Dios hablando a Abraham? ¿Qué me dices entonces? Él lo entregó, y él lo entregó. ¿Recitas esto del Evangelio, del Apóstol, de los Profetas? Examina todas las Escrituras, léeme esto de ellas en las que creo; porque a ti no te creo. ¿De dónde lo leerás? Esto me lo dijo mi padre, dice, esto me lo dijo mi abuelo, esto me lo dijo mi hermano, esto me lo dijo mi obispo. Pero esto Dios a Abraham: En tu simiente serán bendecidas todas las naciones. Un hombre escucha y cree, y se cumple en muchos después de mucho tiempo. Cuando se dijo, se creyó: cuando se cumplió, ¿se duda? Esto dijo Moisés, que lo digan también los Profetas. Mira el comercio de nuestra compra. Cristo cuelga en el madero; mira cuánto pagó, y así verás qué compró. Va a comprar algo; ese algo aún no lo sabes. Mira, mira cuánto, y verás qué. Derramó su sangre, compró con su sangre, compró con la sangre del Cordero inmaculado, compró con la sangre del único Hijo de Dios. ¿Qué fue comprado con la sangre del único Hijo de Dios? Aún mira cuánto. El Profeta lo dijo mucho antes de que sucediera: Horadaron mis manos y mis pies, contaron todos mis huesos. Veo un gran precio, Cristo; veré qué compraste: Recordarán y se convertirán al Señor todos los confines de la tierra. En un mismo salmo veo al comprador, el precio y la posesión. El comprador es Cristo, el precio es la sangre, la posesión es el orbe. Escuchemos las mismas voces proféticas, contradiciendo a los litigantes herejes. He aquí la posesión de mi Señor. Leo el derecho en el salmo, Recordarán y se convertirán al Señor todos los confines de la tierra, y adorarán en su presencia todas las familias de las naciones. Y mira al que disputa, mira al que defiende el derecho: Porque del Señor es el reino, y él dominará sobre las naciones (Salmo XXI, 17, 18, 28, 29). Él que compró es Cristo, no Donato que apostató. Adorarán: correctamente, adorarán todas las familias de las naciones en su presencia. ¿Por qué correctamente? Porque del Señor es el reino, y él dominará sobre las naciones. Eso Moisés, esto los Profetas, y otros muchos miles. ¿Quién cuenta los testimonios de la Iglesia difundida por todo el orbe? ¿Quién los cuenta? No hay tantas herejías contra la Iglesia como testimonios de la Ley a favor de la Iglesia. ¿Qué página no suena esto? ¿Qué verso no lo dice? Todo clama por la unidad del Señor, porque ha puesto la paz en los confines de Jerusalén. ¡Tú ladras contra esto, hereje! Por eso se dice con razón en esa ciudad, lo que está escrito en el Apocalipsis, Los perros estarán fuera (Apoc. XXII, 15). Tú ladras contra esto. ¿Desde dónde juzgaste sobre el orbe, como había comenzado a decir? ¿Desde qué tribunal? Evidentemente desde la presunción de tu corazón. Un tribunal alto, pero ruinoso. Esto dijo Moisés, esto dijeron los Profetas; y aún no creen, quienes quieren parecer cristianos.

17. Un cierto rico era atormentado en el infierno, deseó una gota de agua del dedo del pobre despreciado ante su puerta, porque ardía en llamas. Y como no se le daba, porque juicio sin misericordia para aquel que no hizo misericordia; entonces dijo a Abraham: Padre Abraham, envía a Lázaro. Tengo allí cinco hermanos; anúnciales lo que sufro aquí, para que no vengan también ellos a este lugar de tormentos. ¿Y qué le dijo Abraham? Tienen allí a Moisés y a los Profetas. Y él: No, padre Abraham; pero si alguien de entre los muertos resucita, creerán. Y Abraham: Si no oyen a Moisés y a los Profetas, tampoco creerán si alguien resucita de entre los muertos (Luc. XVI, 19, 31). ¿De quiénes dijo, Tienen allí a Moisés y a los Profetas? De aquellos que aún vivían, a quienes aún se les daba tiempo para corregirse, que aún no habían llegado a esos lugares de tormento. Tienen allí, dijo, a quienes oír, a Moisés y a los Profetas. No creen a estos, pero si alguien de entre los muertos resucita, creerán. Si no oyen a Moisés y

a los Profetas, tampoco creerán si alguien resucita de entre los muertos. Es la sentencia de Abraham. ¿Dónde y de dónde es la sentencia de Abraham? De un cierto lugar excelso, lleno de quietud y felicidad, que vio aquel que era atormentado en la llama, alzando sus ojos; cuando en su seno, es decir, en su secreto, vio al pobre exultando felizmente: de allí se pronunció esta sentencia. Mira desde qué tribunal. Allí habita Dios, porque en los santos habita Dios. De donde el Apóstol desea y dice, Deseo partir y estar con Cristo, lo cual es mucho mejor (Filip. I, 23): y al ladrón se le dice, Hoy estarás conmigo en el paraíso (Luc. XXIII, 43). Por lo tanto, el Señor, permaneciendo con Abraham y en Abraham, dijo esta sentencia: Tienen allí a Moisés y a los Profetas; si no los oyen, tampoco creerán si alguien resucita de entre los muertos. Oh herejes, tenéis aquí a Moisés y a los Profetas: aún vivís, aún podéis oír, aún es posible corregirse, frenar la animosidad; aún se concede mantener la verdad: discutan entre ustedes si deben oír a Moisés y a los Profetas, quienes han dado tantos testimonios de su fe; viendo que las cosas humanas suceden tal como ellos las predijeron. ¿Por qué dudáis aún en creer a Moisés y a los Profetas? ¿Por qué dudáis en escuchar? ¿O acaso buscáis a alguien que resucite de entre los muertos, para que también él os hable de su Iglesia? Esto buscó el rico en el infierno, que alguien fuera enviado de entre los muertos a sus hermanos: fue reprendido por buscar esto; debieron bastarles a sus hermanos Moisés y los Profetas. Para esto él lo buscó en vano, para que vosotros ya advertidos por el ejemplo, no busquéis en vano y tarde, como él, y seáis atormentados. Escuchad a Moisés y a los Profetas. ¿Qué dijo Moisés? En tu simiente serán bendecidas todas las naciones. ¿Qué dijeron los Profetas? Recordarán y se convertirán al Señor todos los confines de la tierra. ¿Aún me dirás: Que alguien resucite de entre los muertos; no creo, a menos que alguien venga de allí y lo diga? Oh Señor, gracias a tu misericordia: quisiste morir, para que alguien resucitara de entre los muertos; y ese alguien, no cualquiera, sino la Verdad resucitó de entre los muertos. Quien diría la verdad sobre los muertos, aunque no hubiera ido a los muertos; sin embargo, por las voces de los ignorantes malvados, he aquí que él mismo murió, he aquí que resucitó de entre los muertos. ¿Qué dices, hereje? ¿Qué dices? Ahora te escucharé, se han acabado todas tus excusas; aunque dijeras las palabras del rico en el infierno, Cristo resucitó de entre los muertos: ¿te dignas al menos escucharlo a él? He aquí que lo que quizás deseabas, como el rico muerto, resucitó de entre los muertos: no tu padre, no tu abuelo, no aquellos que no sé quiénes infamaron con el nombre de tradición. Pero he aquí que no infamaron, dijeron la verdad; ¿quieres saber cuánto no me afecta? Escuchemos juntos lo que dijo quien resucitó de entre los muertos. ¿Por qué detenerme más? Escuchemos, ya se abra el Evangelio, léase lo que sucedió como si sucediera: pongamos ante nuestros ojos los hechos pasados, para evitar los futuros. He aquí que Cristo resucitando de entre los muertos, se muestra a sus discípulos. Sus bodas; él mismo el esposo, la Iglesia la esposa. He aquí el esposo que se decía muerto, consumido, acabado; he aquí que resucitó íntegro, he aquí que se muestra a los ojos de los discípulos, he aquí que se ofrece a las manos que lo tocan, he aquí que tocaron las cicatrices, que se desesperaron como heridas. Se mostró a sus ojos para ser visto, a sus manos para ser tocado: piensan que es un espíritu; se desesperaron de su salvación. Los exhorta, los confirma en la fe: Palpad y ved, porque un espíritu no tiene carne y huesos, como me veis tener. Tocan, se alegran, tiemblan. Y mientras aún temblaban de alegría; así lo tienes escrito. Aunque son ciertas, las cosas muy alegres apenas se creen. Una cierta duda como de quien tarda en creer, condimenta la voluntad de quien retiene. Es necesario que el hombre se alegre más, cuando llega lo que había desesperado. Pues para condimentar y aumentar esa alegría, no quiso ser reconocido de inmediato. Retuvo la vista de sus discípulos, de aquellos dos que encontró en el camino conversando ya en desesperación, y diciendo: Nosotros esperábamos que él fuera el que redimiera a Israel. Habían pensado esto, ya no lo pensaban. Ya no tenían esperanza con ellos, y Cristo estaba con ellos: pero quien se devolvió, y la esperanza regresó. Después dijo, después de que lo reconocieron en la fracción del pan, y se ofreció a otros discípulos

suyos, cuando pensaban que era un espíritu, Palpad y ved, porque un espíritu no tiene carne y huesos, como me veis tener. Y mientras aún temblaban de alegría: ¿Tenéis aquí algo que comer? Tomó, bendijo, comió, y les dio. Se expresó la verdad del cuerpo, se eliminó toda sospecha de falsedad. ¿Qué después? ¿No sabíais que era necesario que se cumpliera todo lo que está escrito en la Ley de Moisés y en los Profetas y en los Salmos acerca de mí? Y porque ellos creían a Moisés y a los Profetas: pues era verdad lo que dijo Abraham, Si no oyen a Moisés y a los Profetas, tampoco creerán si alguien resucita de entre los muertos: porque ellos creían a Moisés y a los Profetas, y no eran de aquellos que Abraham reprendió, escucharon lo que dijo el Señor, ¿No sabíais que era necesario que se cumpliera todo lo que está escrito en la Ley de Moisés y en los Profetas y en los Salmos acerca de mí? He aquí que quienes creyeron a Moisés y a los Profetas, vean cómo por el testimonio de ellos creen en quien resucitó de entre los muertos: Entonces les abrió el entendimiento, para que comprendieran las Escrituras; y les dijo, Porque así está escrito, y así era necesario que Cristo padeciera, y resucitara de entre los muertos al tercer día.

18. Ya tienes al esposo de la Iglesia. Y de esto no calló Moisés, no callaron los Profetas, que Cristo resucitaría de entre los muertos al tercer día; que padecería, que resucitaría. Se nos ha descrito al esposo, para que no erremos. Pero no sé quiénes surgen, y porque no erramos en el esposo, y ellos también parecen creer lo mismo que nosotros sobre el esposo, para apartarnos de los miembros del esposo, nos dicen: Él es ciertamente el esposo en quien creéis, en quien también nosotros creemos: pero la esposa no es esa Iglesia que tenéis. ¿Y cuál es? La parte de Donato. ¿Y esto es lo que tú dices: esto lo dices tú, o el esposo? ¿Lo dices tú, o Dios a través de Moisés? He aquí que a través de Moisés tengo a la Iglesia: se dijo por Moisés, En tu simiente serán bendecidas todas las naciones. ¿Lo dices tú, o el Espíritu de Dios a través de los Profetas? He aquí que a través de los Profetas tengo a la Iglesia: se dijo por el Profeta, Recordarán y se convertirán al Señor todos los confines de la tierra. He aquí que ya tengo el testimonio de la Ley y el testimonio de los Profetas; escuchemos también a quien resucitó de entre los muertos. Se mostró como esposo, lo tenemos. Confirmó demostrando, exhibiendo testimonios. Esto dijo Moisés, esto los Profetas, que era necesario que Cristo padeciera, y resucitara al tercer día. Ya entonces porque tenemos ambos al esposo de las mismas palabras, y creo que ya comienzas a creer conmigo también estas palabras de Moisés, y de los Profetas; creamos también a quien resucitó de entre los muertos. Que siga, y diga. Oh Señor, ya veo al esposo Cristo; se ha hecho: que nadie me aparte de los miembros de tu esposa, y no seas mi cabeza, si no estoy en sus miembros; dime también algo de la Iglesia; porque ya no dudo de su esposo. Escucha también de la Iglesia. Sigue y dice: Predicar en su nombre el arrepentimiento y la remisión de los pecados. Nada más cierto, predicar en su nombre el arrepentimiento y la remisión de los pecados. Pero ¿dónde? Pues otros dicen, He aquí aquí; otros, He aquí allí. ¿Y qué dice él? No creáis: surgirán falsos cristos y falsos profetas, y dirán, He aquí aquí, y he aquí allí (Mat. XXIV, 23, 24). No dicen esto del mismo cabeza, He aquí aquí, y he aquí allí; pues es conocido que Cristo está en los cielos: sino de la Iglesia donde está Cristo, quien dice, He aquí yo estoy con vosotros hasta el fin del mundo (Id. XXVIII, 20). Pero dice el Señor: No creáis: quien dice, He aquí aquí, y he aquí allí, muestra partes; yo compré todo. Que me diga esto el Evangelio: di esto tú mismo del Evangelio, porque ya resucitaste de entre los muertos, para que te crean quienes creen a Moisés y a los Profetas; dime esto tú. Escucho: Era necesario que Cristo padeciera y resucitara al tercer día, y predicar en su nombre el arrepentimiento y la remisión de los pecados por todas las naciones, comenzando desde Jerusalén (Luc. XXIV, 13-47). ¿Qué es, hereje? Ciertamente cuando recitaba a Moisés, cuando recitaba a los Profetas, diferiste a quien resucitaría de entre los muertos: he aquí que resucitó, he aquí que dijo; tan indudable es la Iglesia de Cristo y esposa de Cristo, como indudable es el cuerpo de Cristo, mostrado a los ojos, tocado por las manos

de los discípulos. He aquí que quien resucitó de entre los muertos mostró ambos: mostró la cabeza, mostró los miembros; mostró al esposo, mostró a la esposa. O cree ambos conmigo, o eso lo crees para tu condenación. ¿Qué porque resucitó de entre los muertos, porque resucitó en el mismo cuerpo? Bien, porque mostró las cicatrices; porque como fue crucificado, como fue sepultado, así fue devuelto, así fue mostrado: muy bien crees; escucha a quien habla en quien crees. Predicar en su nombre el arrepentimiento y la remisión de los pecados. ¿Dónde? Por todas las tierras. Si yo quisiera decir eso, ya luchando contra los herejes, ya peleando, ya teniendo con ellos el conflicto de tan gran cuestión; no lo diría así contra los herejes presentes, como lo dijo él contra los futuros. ¿Qué más quieres? La remisión de los pecados se predica en el nombre de Cristo. ¿Dónde? Por todas las naciones. ¿Desde dónde? Comenzando desde Jerusalén. Comunica con esta Iglesia. ¿Por qué litigamos? Pues esta Iglesia comenzó desde Jerusalén terrenal, para alegrarse de allí con Dios en aquella Jerusalén celestial. Pues de esta comienza, en aquella termina. En aquella estará toda la Iglesia, de esta tomó el inicio de la fe.

19. Lee los Hechos de los Apóstoles, si acaso miento, cómo allí estaban congregados los discípulos, cuando vino el Espíritu Santo; para que se te muestre lo que dijo el Señor, Comenzando desde Jerusalén; cómo hablaron en todas las lenguas en quienes vino el Espíritu Santo (Hechos I, 4-14; y II, 1-12). ¿Por qué no quieres hablar en todas las lenguas? He aquí que allí sonaron todas las lenguas. ¿Por qué ahora a quien se le da el Espíritu Santo, no habla en todas las lenguas? Pues entonces era el indicio de la venida del Espíritu Santo en los hombres, que hablaran en todas las lenguas. Ahora, ¿qué dirás, hereje? ¿Que no se da el Espíritu Santo? No digo, ¿Dónde? ¿Se da, o no se da? Si no se da; ¿qué es lo que hacéis, hablando, bautizando, bendiciendo? ¿Qué es lo que hacéis? Celebráis cosas vanas. Entonces se da. Si se da; ¿por qué no hablan en todas las lenguas quienes lo reciben? ¿Acaso ha faltado el don de Dios, o es menor el fruto? Crecieron las cizañas, pero también el trigo: Dejad que ambos crezcan hasta la siega (Mat. XIII, 30). No dijo, Crezcan las cizañas, disminuya el trigo; ambos crecieron. ¿Por qué no aparece ahora el Espíritu Santo en todas las lenguas? Más bien aparece en todas las lenguas: pues entonces aún no estaba la Iglesia difundida por el orbe, para que los miembros de Cristo hablaran en todas las naciones. Entonces se cumplía en uno, lo que se preanunciaba en todos. Ya todo el cuerpo de Cristo habla en todas las lenguas: y en las que aún no habla, hablará. Pues crecerá la Iglesia, hasta que ocupe todas las lenguas. Lo que vosotros abandonasteis, hasta donde creció. Mantened con nosotros hasta donde ha llegado, para que con nosotros lleguéis a donde aún no ha llegado. Hablo en todas las lenguas, me atrevo a decirte. Estoy en el cuerpo de Cristo, estoy en la Iglesia de Cristo: si el cuerpo de Cristo ya habla en todas las lenguas, y yo estoy en todas las lenguas; mía es la griega, mía es la siria, mía es la hebrea, mía es de todas las naciones, porque estoy en la unidad de todas las naciones.

20. Por tanto, hermanos, la Iglesia comenzó en Jerusalén; ha ido por todas las naciones: ¿qué testimonio más evidente que este de la Ley, de los Profetas, del mismo Señor? Las voces de los Apóstoles resuenan por todas partes, dando testimonio de nuestra esperanza en la unidad del cuerpo de Cristo. Alegraos en los granos, soportad la cizaña, gemid en la trilla, suspirad por el granero. Vendrá el tiempo en que nos alegraremos, cuando se fortalezcan los cerrojos de las puertas de Jerusalén. Que entre quien ha de entrar. Quien allí entre manifiestamente, aquí no entra falsamente. Pero quien aquí entra falsamente, está fuera. Está fuera, y no lo sabe: el aventador lo probará, los cerrojos lo probarán. Quien ahora está verdaderamente dentro y verazmente dentro, allí estará firmemente dentro: pero quien aquí está dentro soportando, allí estará dentro gozando. Porque los límites de Jerusalén son paz; porque, dice, ha puesto tus límites en paz. Ahora deseamos la paz, que aquí tenemos en esperanza. Pues,

¿qué paz plena hay en nosotros mismos? La carne desea contra el espíritu, y el espíritu contra la carne (Gálatas V, 17). ¿Dónde hay paz plena en un solo hombre? Cuando haya paz plena en un solo hombre, entonces habrá paz plena en todos los ciudadanos de Jerusalén. ¿Cuándo habrá paz plena? Cuando esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad (I Cor. XV, 53): entonces habrá paz plena, entonces habrá paz firme; nada litiga contra el alma en el hombre, ni él mismo contra sí, por alguna parte herido; ni la fragilidad de la carne, ni la necesidad del cuerpo, ni el hambre, ni la sed, ni el frío, ni el calor, ni el cansancio, ni ninguna escasez, ni provocación de riña, ni ciertamente la cautela solícita de evitar al enemigo y amarle. Todas estas cosas, hermanos míos, litigan contra nosotros; aún no hay paz plena y perfecta. Lo que clamasteis hace tiempo al nombrar la paz, lo clamasteis por deseo; vuestro clamor fue de sed, no de saciedad: porque allí habrá justicia perfecta, donde habrá paz perfecta. Ahora tenemos hambre y sed de justicia. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados (Mateo V, 6). ¿Cómo serán saciados? Cuando lleguemos a la paz. Por eso, cuando dijo, Quien puso tus límites en paz; porque allí hay saciedad y ninguna necesidad, añadió inmediatamente, Y te sacia con la grosura del trigo.

21. Hermanos, puesto que esa paz de la que hablamos, aún no está en todos nosotros, es decir, en cada uno de nosotros completamente, tal vez todavía deleita a vuestro espíritu escuchar: pero si nada resiste y se rebela desde el cuerpo, terminaremos el Salmo. Nunca os siento fatigados; sin embargo, temo, Dios lo sabe, ser una carga para vosotros o para algunos hermanos: y veo el entusiasmo de muchos exigiendo de mí este trabajo y este esfuerzo, que creo en el Señor no será infructuoso. Me alegra que haya tanto placer en la verdad de la palabra de Dios, que vuestro buen entusiasmo en el bien y por el bien, supere el entusiasmo de los insensatos que están en el anfiteatro. ¿Acaso ellos, si estuvieran de pie tanto tiempo, seguirían mirando? Por tanto, hermanos, escuchemos lo demás, porque eso queréis. Que el Señor esté presente, esté presente tanto en nuestras fuerzas como en nuestras mentes. Quien puso tus límites en paz, dice a aquella Jerusalén: y te sacia con la grosura del trigo. Pasa el hambre y la sed de justicia, sucede la saciedad. ¿Quién será allí la grosura del trigo, sino aquel pan que descendió del cielo hacia nosotros (Juan VI, 51)? ¿Cómo saciará en la misma patria, quien en el peregrinaje así alimentó?

22. [vers. 15.] Ahora va a hablar de nuestro mismo peregrinaje, por el cual se llega a aquella Jerusalén donde alabaremos al Señor, alabaremos al Señor nuestro Dios, nosotros Jerusalén, nosotros Sion, cuando se fortalezcan los cerrojos de nuestras puertas. Pues aquel que entonces saciará con la grosura del trigo, ¿qué hace en este peregrinaje? Lo que sigue: Quien envía su palabra a la tierra. He aquí que en la tierra trabajamos cansados, débiles, perezosos, fríos: ¿cuándo seríamos elevados a la grosura del trigo y a la saciedad, si no enviara su palabra a la tierra, por la cual éramos gravados; a la tierra, por la cual éramos impedidos de regresar? Envió su palabra, no nos abandonó ni siquiera en el desierto, llovió maná del cielo. Quien envía su palabra a la tierra; y su palabra vino a las tierras. ¿Cómo? ¿O cuál es su palabra? Hasta en velocidad corre su palabra. No dijo, Su palabra es veloz: su palabra corre hasta en velocidad. Entendamos, hermanos; no pudo elegir mejor palabra. El caliente se calienta con el calor, el frío se enfría con el frío, el veloz se hace veloz con la velocidad. ¿Qué más caliente que el mismo calor, con el que se calienta todo lo que se hace caliente? ¿Qué más frío que el mismo frío, con el que se enfría todo lo que se hace frío? ¿Qué, entonces, más veloz que la misma velocidad, con la que se hace veloz todo lo que corre velozmente? Se pueden decir muchas cosas veloces, y unas más y otras menos; y tanto más veloz es cada cosa, cuanto más participa de la velocidad. Esa cosa participa más de la velocidad; por lo tanto, es más veloz: o menos participa de la velocidad; por lo tanto, es menos veloz. ¿Qué, entonces, más veloz que la misma velocidad? ¿Hasta dónde corre? Hasta en velocidad. Por

mucho que aumentes lo que es veloz la palabra, y digas: Es más veloz que esto o aquello, que las aves, que los vientos, que los ángeles. ¿Acaso algo de esto tanto, como la misma velocidad, hasta en la misma velocidad? ¿Qué es la misma velocidad, hermanos? Está en todas partes, no está en parte. Esto pertenece a la Palabra de Dios, no estar en parte, estar en todas partes por sí misma la Palabra, de la cual es la Virtud de Dios y la Sabiduría de Dios (I Cor. I, 24), aún no asumida la carne. Si pensamos en Dios en la forma de Dios, la Palabra igual al Padre; esa es la Sabiduría de Dios, de la cual se dijo: Alcanza de un extremo al otro con fortaleza (Sab. VIII, 1). ¡Cuánta velocidad! Alcanza de un extremo al otro con fortaleza. Pero tal vez alcanza con inmovilidad. Si con inmovilidad, como alguna mole de piedra llena algún lugar; se dice que alcanza de ese lugar de un extremo al otro, pero no con movimiento. ¿Qué decimos entonces? ¿No tiene movimiento esa Palabra, y esa Sabiduría es torpe? ¿Y dónde está lo que se dice del Espíritu de Sabiduría? Cuando se decían muchas cosas: Agudo, dice, móvil, seguro, inmaculado (Id. VII, 22). Así ciertamente la sabiduría de Dios es móvil. Si, por lo tanto, es móvil; ¿cuándo toca esto, no toca aquello? ¿O toca esto, abandona aquello? ¿Y dónde está la velocidad? Esto hace la velocidad, que esté en todas partes siempre, y en ninguna parte esté encerrada. Pero no podemos pensar estas cosas; somos perezosos. ¿Quién piensa estas cosas? Y en verdad, hermanos, porque dije como pude (si es que pude, si entendí), y como pudisteis entendisteis. Pero ¿qué dice el Apóstol? A aquel que es poderoso para hacer más de lo que pedimos, o entendemos (Efes. III, 20). ¿Qué muestra aquí? Que cuantas veces entendamos, no entendemos como es. ¿Por qué esto? Porque el cuerpo que se corrompe agrava el alma (Sab. IX, 15). Por lo tanto, en la tierra somos fríos. Pues la velocidad es ardiente; y todas las cosas ardientes son más veloces, todas las frías más lentas. Nosotros lentos, por lo tanto fríos. Pero esa Sabiduría corre hasta en velocidad. Por lo tanto, es ardentísima; y no hay quien se esconda de su calor (Sal. XVIII, 7).

23. [vers. 16.] Nosotros, por lo tanto, que somos fríos por la lentitud del cuerpo, cargados por el vínculo de esta vida terrena corruptible, ¿no tenemos ninguna esperanza de alcanzar la Palabra, que corre hasta en velocidad? ¿O acaso aquel, aunque deprimidos en lo más bajo por el cuerpo, nos ha abandonado? ¿No nos predestinó él, antes de que naciéramos en este cuerpo mortal y perezoso? Quien, por lo tanto, nos predestinó, dio a la tierra la nieve, a nosotros mismos. Pues ya vengamos a esos versículos del Salmo algo oscuros; comiencen a desvelarse esos envoltorios: porque la palabra de Dios, cuanto más se dice por nosotros, tanto más ávidos os encuentra. He aquí que nosotros, perezosos en esta tierra, casi nos hemos congelado aquí. Y como sucede con las nieves; pues arriba se congelan, y caen a lo más bajo: así, enfriándose la caridad, la naturaleza humana cayó en estas tierras, y envuelta en un cuerpo perezoso se hizo como nieve. Pero en esa nieve están los hijos de Dios predestinados. Pues él da la nieve como lana. ¿Qué significa, como lana? Es decir, de la nieve que dio, de estos que aún son perezosos en espíritu y fríos a quienes predestinó, va a hacer algo. Pues la lana es materia de vestido: la lana cuando se ve, es como una preparación para un vestido. Por lo tanto, porque predestinó a estos que por un tiempo fríos reptan en la tierra, y aún no arden en el espíritu de caridad (pues aún habla de la predestinación), los dio Dios como lana; va a hacer de ellos un vestido. Con razón en el monte resplandeció el vestido de Cristo, como la nieve (Mateo XVII, 2). Resplandecía el vestido de Cristo, como la nieve, como si de esa lana ya se hubiera hecho la túnica; de esa lana, es decir, de la nieve que dio como lana, aún predestinados, eran perezosos: pero espera, ve lo que sigue; porque como lana los dio, se hace de ella una túnica. Pues como se dice que la Iglesia es el cuerpo de Cristo, se dice también que la misma Iglesia es el vestido de Cristo: de ahí es aquello que dice el Apóstol, Para presentarse a sí mismo una Iglesia gloriosa, sin mancha ni arruga (Efes. V, 27). Por lo tanto, preséntese a sí mismo una Iglesia gloriosa, sin mancha ni arruga; haga para sí un vestido de esa lana que predestinó en la nieve. Aún en los hombres incrédulos, y fríos, y perezosos, haga

un vestido de esta lana. Para que se lave de las manchas, se limpie con la fe; para que no tenga arruga, se extienda en la cruz. Quien da la nieve como lana.

24. Ya si están predestinados, deben ser llamados. A quienes predestinó, a esos también llamó (Rom. VIII, 30). Ya, ¿cómo son llamados desde la languidez de ese cuerpo, para que sean sanos? ¿Cómo son llamados? Escucha el Evangelio: No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento (Mateo IX, 13). Comienza, por lo tanto, ya por la predestinación de esa nieve a reconocer su propia torpeza, a acusar su pecado; comienza por la llamada a venir al arrepentimiento. Con razón, por lo tanto, quien da la nieve como lana, por el vestido confeccionado que será; también por la llamada al arrepentimiento, esparce la niebla como ceniza. La niebla, dice, la esparce como ceniza: ¿quién? Quien da la nieve como lana. Pues a quienes predestinó, los llama al arrepentimiento; porque a quienes predestinó, a esos también llamó. Pero la ceniza pertenece al arrepentimiento. Escucha llamando al arrepentimiento, cuando reprochó a ciertas ciudades, diciendo: ¡Ay de ti Corozaim, ay de ti Betsaida; porque si en Tiro y Sidón se hubieran hecho las virtudes que se han hecho en vosotros, hace tiempo, dice, en cilicio y ceniza habrían hecho penitencia (Mateo XI, 21). Por lo tanto, esparce la niebla como ceniza. ¿Qué significa, Esparce la niebla como ceniza? Cuando alguien es llamado a entender a Dios, y se le dice, Toma la verdad, comienza a querer tomar la verdad, no es suficiente, ve que padece una cierta oscuridad, que antes no veía. Por lo tanto, esa niebla es para que sepas que no sabes, y sepas qué es necesario saber, y veas que eres incapaz de saber lo que es necesario saber. Pues si en esa niebla ya antes presumiste saber, escucharás del Apóstol: Quien se cree que sabe algo, aún no sabe como debe saber (I Cor. VIII, 2). Por lo tanto, aún no has comprendido, aún padeces la niebla. Pero no te ha abandonado quien encendió para ti la lámpara de su carne. No erras en la niebla; sigue con fe. Pero porque intentas ver, y no puedes, arrepiéntete de tus pecados; porque la niebla esparcida como ceniza. Ya arrepiéntete de haber sido contumaz contra Dios; ya arrepiéntete de haber seguido tus malas vías. Has llegado a esta dificultad de aquella visión bienaventurada; y te será saludable la niebla que como ceniza esparce Dios. Tú mismo eres aún niebla, pero como ceniza. Pues aún los penitentes se revuelcan en la ceniza, hermanos míos, como testigos de su semejanza, diciendo a su Dios: Soy ceniza. Pues dijo cierta Escritura: Me desprecié a mí mismo y me disolví, y me consideré tierra y ceniza (Job XXX, 19). Esta es la humildad del penitente. Cuando Abraham habla a su Dios, y cuando quiere que se le revele el incendio de Sodoma: Yo, dice, soy tierra y ceniza (Gén. XVIII, 27). ¿Cómo fue esta siempre la humildad en los grandes y santos varones? Por lo tanto, esparce la niebla como ceniza: ¿por qué? Porque a quienes predestinó, a esos también llamó, quien no vino a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento.

25 [vers. 17, 18.] Quien envía su cristal como trozos de pan. No es necesario trabajar de nuevo para decir qué es el cristal. Pues ya hemos hablado antes, y creo que no ha caído en el olvido de vuestra Caridad. ¿Qué significa, Entonces, envía su cristal como trozos de pan? ¿Cómo aquella nieve es suya, porque es de los predestinados; cómo aquella niebla es suya, porque ellos son llamados al arrepentimiento, quienes son predestinados a la salvación: así es de alguna manera su cristal. ¿Qué es el cristal? Se ha endurecido mucho, se ha congelado mucho; ya no como la nieve puede disolverse fácilmente. La nieve endurecida por muchos años y por la serie de siglos, se llama cristal: y esto lo envía como trozos de pan. ¿Qué significa esto? Fueron demasiado duros, ya no comparables a la nieve, sino al cristal: y ellos también son predestinados, y llamados; y algunos de ellos de tal manera que alimenten a otros, y sean útiles también a otros. ¿Y qué necesidad hay de que enumeremos a muchos que tal vez conocemos, a este o aquel? A cada uno que piense, le ocurre, de aquellos que conoce, cuán duros y pertinaces y resistentes contra la verdad fueron, y ahora predican la verdad: se

han hecho trozos de pan. ¿Quién es ese único pan? Muchos, dice el Apóstol, Somos un solo cuerpo en Cristo (Rom. XII, 5): un solo pan, un solo cuerpo somos muchos, él mismo dice (I Cor. X, 17). Por lo tanto, si un solo pan es todo el cuerpo de Cristo, los miembros de Cristo son trozos de pan. De algunos duros hace sus miembros, y útiles para alimentar a otros. ¿Por qué vamos por muchos? Miremos a aquel apóstol Pablo tan conocido. Nada más conocido para nosotros que este hombre, nada más dulce, nada más familiar en las Escrituras. Y si hubiera quienes de tanta dureza, en la que él mismo estuvo, se hicieran pan; propuesto él mismo como ejemplo, todos ocurran, para que se explique este sentido, Envía su cristal como trozos de pan. He aquí que el apóstol Pablo era cristal, duro, resistente a la verdad, clamando contra el Evangelio, como endureciéndose contra el sol. ¿Cuán duro fue este, creciendo en la Ley, instruido a los pies de Gamaliel, doctor de la Ley (Hechos XXII, 3)? ¿No escuchaba a Moisés y a los Profetas predicando a Cristo? ¡Gran dureza! Ciertamente las Gentes no habían escuchado a los Profetas, no habían escuchado a Moisés: eran fríos, pero no eran cristal. Aquel que creía en las palabras que predicaban a Cristo, y no creía en Cristo viniendo, se había endurecido demasiado. Porque, por lo tanto, era cristal, parecía brillante y blanco; pero duro y demasiado helado. ¿Cómo brillante y blanco? Hebreo de hebreos, según la Ley fariseo. Mira el brillo del cristal. Escucha la dureza del cristal: Según el celo, persiguiendo a la Iglesia de Cristo (Filip. III, 5, 6). Entre los apedreadores del santo Esteban mártir, allí estaba este duro, y tal vez más duro que los demás: pues guardaba las vestiduras de todos los que apedreaban, para que con las manos de todos apedreara (Hechos VII, 57).

26. Por lo tanto, vemos la nieve, la niebla, el cristal: es bueno que Él sople y disuelva. Porque si Él no sopla, si no disuelve la dureza de este hielo, ¿quién resistirá ante el frío de su rostro? ¿Ante el frío de su rostro, de quién? De Dios. ¿De dónde proviene su frío? He aquí que abandona al pecador, he aquí que no llama, he aquí que no abre el entendimiento, he aquí que no infunde gracia: que el hombre se libere, si puede, del hielo de la necedad. No puede. ¿Por qué no puede? ¿Quién resistirá ante el frío de su rostro? Mira entonces a aquel que se congela y dice: Veo otra ley en mis miembros, que lucha contra la ley de mi mente y me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? He aquí que me enfrío, he aquí que me congelo; ¿con qué calor me disolveré para correr? ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? ¿Quién resistirá ante el frío de su rostro? ¿Y quién se liberará a sí mismo si Él lo abandona? ¿Y quién libera? La gracia de Dios, por Jesucristo nuestro Señor (Rom. VII, 23-25). Escucha aquí también la gracia de Dios: Él envía su cristal como trozos de pan: ¿quién resistirá ante el frío de su rostro? ¿Entonces es desesperación? De ninguna manera. Pues sigue: Enviará su palabra y los derretirá. No desesperen, pues, la nieve, la niebla, el cristal. Porque de la nieve, como de la lana, se confecciona una túnica. Aquella niebla encuentra salvación en la penitencia; porque a quienes predestinó, a esos también llamó. Pero aunque entre los predestinados haya quienes sean muy duros, y se hayan congelado por mucho tiempo, y se hayan convertido en cristal; no serán duros para la misericordia de Dios. Enviará su palabra y los derretirá. ¿Qué significa los derretirá? No sea que entiendan mal los derretirá; los licuará, los disolverá. Porque son duros por soberbia. Con razón la soberbia también se llama estupor; porque todo lo que es estúpido es frío. Los hombres que han experimentado el rigor dicen a diario: Me quedé estupefacto. Por lo tanto, la soberbia es estupor. Enviará su palabra y los derretirá. Y en verdad, los montones de nieve, cuando se calientan, se disuelven en humildad. Así como el estupor levanta una montaña de nieve, así la soberbia levanta a los necios. Enviará su palabra y los derretirá. He aquí que aquel cristal Saulo, después de la matanza y lapidación de Esteban, estúpido por una cierta dureza contra Cristo, pidió cartas a los sacerdotes para llevar a los cristianos de todas partes, anhelando matanzas. Este es duro y helado contra el fuego de Dios.

Pero aunque fuera duro, aunque helado, he aquí que Él, que enviará su palabra y los derretirá, clamó desde el cielo con fervor: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? (Hechos IX, 1-4). Con aquella sola voz, toda aquella dureza de cristal se disolvió. Enviará, pues, su palabra y los derretirá. No se desespere del cristal; mucho menos de la nieve o de la niebla. No se desespere del mismo cristal. Escucha una cierta voz del cristal: Yo, que antes fui blasfemo, perseguidor e injurioso. Pero, ¿por qué Dios disuelve el cristal? Para que la misma nieve no desespere de sí misma. Pues dice: Por eso alcancé misericordia, para que en mí mostrara Cristo Jesús toda su paciencia, para ejemplo de los que habrían de creer en Él para vida eterna (I Tim. I, 13, 16). Clama, pues, Dios a las naciones: He disuelto el cristal, vengan nieves. Enviará su palabra y los derretirá; soplará su espíritu y correrán las aguas. He aquí que el cristal y las nieves se disuelven, se convierten en aguas; los que tienen sed, vengan y beban. Saulo, duro como cristal, persiguió a Esteban hasta la muerte; Pablo, ya en agua viva, llama a las naciones a la fuente. Soplará su espíritu y correrán las aguas. Espíritu ferviente: de donde se dice en otro salmo: Conviértete, Señor, nuestra cautividad, como torrente en el austro (Salmo CXXV, 4). Porque la cautiva Jerusalén se había congelado en Babilonia: sopla el austro, se disuelve el rigor de la cautividad, y corre hacia Dios el fervor de la caridad. Soplará su espíritu y correrán las aguas. Se convertirá en ellos una fuente de agua que salta para vida eterna (Juan IV, 14).

27. [vers. 19.] Anunciando su palabra a Jacob, sus justicias y sus juicios a Israel. ¿Qué justicias? ¿Qué juicios? Porque todo lo que el género humano ha sufrido aquí antes, cuando era nieve, y niebla, y cristal, lo ha sufrido merecidamente por la soberbia y la elevación contra Dios. Volvamos al origen de nuestra caída, y veamos que verdaderamente se canta en el salmo: Antes de ser humillado, yo pequé. Pero quien dice: Antes de ser humillado, yo pequé; él mismo dice: Bueno es para mí que me hayas humillado, para que aprenda tus justificaciones (Salmo CXVIII, 67, 71). Estas justificaciones las aprendió Jacob de Dios, quien hizo que Jacob luchara con el Ángel; en cuya persona del Ángel el mismo Señor luchó. Lo sostuvo, hizo fuerza para sostenerlo, prevaleció para sostenerlo: se dejó sostener por misericordia, no por debilidad. Jacob, pues, luchó y prevaleció, lo sostuvo; y a quien parecía haber vencido, le ruega que lo bendiga (Gén. XXXII, 24-26). ¿Cómo entendía con quién había luchado, a quién había sostenido? ¿Por qué luchó violentamente y lo sostuvo? Porque el reino de los cielos sufre violencia, y los que hacen violencia lo arrebatan (Mat. XI, 12). Entonces, ¿por qué luchó? Porque con trabajo. ¿Por qué apenas sostenemos lo que fácilmente perdimos? Para que al recibir fácilmente lo que perdimos, no aprendamos a perder lo que sostenemos. Que el hombre trabaje para sostener; sostendrá con firmeza lo que haya sostenido después del trabajo. Por lo tanto, Dios manifestó estos juicios suyos a Jacob e Israel. Lo diré más claramente: es decir, que incluso los justos que están aquí, sufren trabajos, peligros, molestias, pasiones por mérito, por el justo juicio de Dios. Porque solo Él puede decir que sufrió aquí sin causa; aunque no sin causa, porque fue por nosotros: quien solo puede decir: Lo que no robé, entonces lo devolvía (Salmo LXVIII, 5); quien solo pudo decir: He aquí que viene el príncipe de este mundo, y en mí no encontrará nada. Y como si se le dijera: ¿Por qué entonces sufres? sigue y dice: Pero para que todos sepan que hago la voluntad de mi Padre, levántense, vámonos de aquí (Juan XIV, 30, 31). Todos los demás, por su propio mérito, por el juicio de Dios, y por la justicia que sufren, no se atribuyan a sí mismos, como si fuera una pasión de inocencia, tal como era en Cristo. Escucha al apóstol Pedro: Es tiempo, dice, de que el juicio comience por la casa de Dios. Exhortando a los mártires y testigos de Dios, para que soporten pacientemente todas las amenazas del mundo que ruge, les dice: Es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios. Si el comienzo es por nosotros, ¿cuál será el fin de aquellos que no creen en el Evangelio de Dios? y si el justo

con dificultad se salva, ¿dónde aparecerán el pecador y el impío? (I Pedro IV, 4, 17, 18). Anunciando su palabra a Jacob, sus justicias y sus juicios a Israel.

28. [vers. 20.] No hizo así con toda nación. Que nadie los engañe: no se ha anunciado a ninguna nación este juicio de Dios, de cómo sufren tanto los justos como los injustos: cómo todos según su mérito; cómo en la gracia de Dios, no en sus propios méritos, se liberan los mismos justos. No se ha anunciado esto a toda nación; sino solo a Jacob, solo a Israel. ¿Qué hacemos entonces, si no lo anunció a toda nación, sino solo a Jacob, solo a Israel? ¿Dónde estaremos nosotros? En Jacob y en Israel. No manifestó sus juicios a ellos. ¿A quiénes? A todas las naciones. ¿Y cómo fueron llamadas las nieves, disuelto el cristal? ¿Cómo fueron llamadas las naciones, justificado Pablo? ¿Cómo, sino para que estuvieran en Jacob? El acebuche fue cortado, para ser injertado en el olivo (Rom. XI, 17). Ya pertenecen al olivo; ya no deben llamarse naciones, sino una sola nación en Cristo, la nación de Jacob, la nación de Israel. ¿Por qué la nación de Jacob y la nación de Israel? Porque Jacob de Isaac, Isaac de Abraham. Pero, ¿qué se le dijo a Abraham? En tu simiente serán bendecidas todas las naciones. Esto mismo se le dijo a Isaac, esto también a Jacob (Gén. XXII, 18; XXVI, 4; XXVIII, 14). Por lo tanto, pertenecemos a Jacob; porque pertenecemos a Isaac, pertenecemos a Abraham. Porque la simiente de Abraham, no por mí o por cualquier hombre, sino por el santo Apóstol interpretando, es Cristo: y él mismo dice: No dice, Y a las simientes, como si fueran muchas; sino como si fuera una, Y a tu simiente, que es Cristo (Gál. III, 16). Si una simiente, un Jacob, un Israel, y todas las naciones uno en Cristo. Por lo tanto, lo que reveló a Jacob y a Israel pertenece a todas las naciones; y solo deben considerarse de otras naciones aquellos que, no queriendo creer en Cristo, no quieren apartarse del acebuche e injertarse en el olivo. Permanecerán en ramas silvestres estériles y amargas. Que Jacob se regocije. ¿Qué es Jacob? Suplantador; porque Jacob suplantó a su hermano (Gén. XXVII, 36). Porque una parte de Israel ha sido endurecida, para que la plenitud de los gentiles entrara (Rom. XI, 25). De Jacob se hizo Israel. ¿Qué es Israel? Ahora todos escuchemos, todos Israel, ya sea que estén aquí en los miembros de Cristo, o que estén fuera y no fuera, y por todas las naciones en todas partes fuera, en todas partes dentro; escuche el mismo Israel, que de Jacob se hizo Israel. ¿Qué es Israel? Viendo a Dios. ¿Dónde verá a Dios? En paz. ¿En qué paz? En la paz de Jerusalén; porque, Él ha puesto tus fronteras en paz. Allí alabaremos, todos seremos uno en uno hacia uno; porque de ahora en adelante no seremos muchos dispersos.

EN EL SALMO CXLVIII EXPLICACIÓN.

SERMON A LA GENTE.

1. [vers. 1.] La meditación de nuestra vida presente debe estar en la alabanza de Dios: porque la exultación eterna de nuestra vida futura será la alabanza de Dios; y nadie puede hacerse idóneo para la vida futura, si no se ejercita ahora para ella. Ahora, pues, alabamos a Dios: pero también rogamos a Dios. Nuestra alabanza tiene alegría, nuestra oración gemido. Porque se nos ha prometido algo que aún no tenemos; y porque es veraz quien lo prometió, nos regocijamos en la esperanza: pero como aún no lo tenemos, gemimos en el deseo. Es bueno para nosotros perseverar en el deseo hasta que venga lo prometido, y pase el gemido, y suceda solo la alabanza. Por estos dos tiempos, uno que ahora está en las tentaciones y tribulaciones de esta vida, otro que será entonces en la seguridad y exultación perpetua, se nos ha instituido también la celebración de dos tiempos, antes de Pascua y después de Pascua. Lo que celebramos antes de Pascua, esto también hacemos: pero lo que celebramos después de Pascua, significamos lo que aún no tenemos. Por eso, ese tiempo en ayunos y oraciones lo ejercitamos; pero este tiempo, relajados los ayunos, lo celebramos en alabanzas. Esto es, pues, el Alleluia que cantamos; que se interpreta en latín, como saben, Alaben al Señor. Por

eso, ese tiempo antes de la resurrección, este tiempo después de la resurrección del Señor es. En qué tiempo se significa la vida futura, que aún no tenemos; porque lo que significamos después de la resurrección del Señor, lo tendremos después de nuestra resurrección. Porque en nuestra cabeza se nos ha figurado y demostrado ambos. La pasión del Señor nos mostró la vida de la necesidad presente, porque es necesario trabajar, y ser atribulados, y al final morir: pero la resurrección y glorificación del Señor nos mostró la vida que recibiremos, cuando venga a retribuir dignamente a los dignos, mal a los malos, bien a los buenos. Y en verdad ahora los malos todos pueden cantar con nosotros, Alleluia: pero si perseveran en su maldad, podrán decir con los labios el cántico de nuestra vida futura; pero no podrán obtener la vida misma, que entonces será en esa verdad que ahora se significa, porque no quisieron meditar antes de que viniera, y sostener lo que vendría.

2. Ahora, pues, hermanos, los exhortamos a que alaben a Dios; y esto es lo que todos nos decimos cuando decimos, Alleluia. Alaben al Señor, le dices tú a otro, él te lo dice a ti: cuando todos se exhortan, todos hacen lo que exhortan. Pero alaben con todo su ser; es decir, que no solo su lengua y su voz alaben a Dios, sino también su conciencia, su vida, sus hechos. Porque alabamos ahora en la iglesia cuando nos congregamos; cuando cada uno se va a lo suyo, como si cesara de alabar a Dios. No cese de vivir bien, y siempre alaba a Dios. Entonces dejas de alabar a Dios, cuando te apartas de la justicia, y de lo que le agrada a Él. Porque si nunca te apartas de la vida buena; tu lengua calla, tu vida clama; y los oídos de Dios están atentos a tu corazón. Porque así como nuestros oídos están atentos a nuestras voces, así los oídos de Dios están atentos a nuestros pensamientos. No puede suceder que tenga malas obras, quien tiene buenos pensamientos. Porque las obras proceden del pensamiento; ni nadie puede hacer algo, o mover los miembros para hacer algo, si primero no ha precedido la orden del pensamiento: así como desde el palacio interior, todo lo que ordena el Emperador, se extiende por el imperio romano, todo lo que ves que se hace por las provincias. ¿Cuánto movimiento se produce por una sola orden del Emperador sentado dentro? Él solo mueve los labios cuando habla; y toda la provincia se mueve cuando se hace lo que habla. Así también en cada uno de los hombres está el emperador dentro, sentado en el corazón: si es bueno, ordena cosas buenas, se hacen cosas buenas; si es malo, ordena cosas malas, se hacen cosas malas. Cuando Cristo está sentado allí, ¿qué puede ordenar, sino cosas buenas? Cuando el diablo posee, ¿qué puede ordenar, sino cosas malas? En tu arbitrio, sin embargo, Dios quiso que estuviera, a quién preparas el lugar, a Dios o al diablo: cuando lo hayas preparado, quien posea, él mandará. Por lo tanto, hermanos, no solo presten atención al sonido: cuando alaban a Dios, alaben con todo su ser; que cante la voz, que cante la vida, que canten los hechos. Aunque todavía haya gemido, tribulación, tentación; esperen que todo pase, y que venga aquel día en que alabaremos sin defecto. He aquí que este salmo, porque es manifiesto, debemos recorrerlo. Porque distribuye toda la creación alabando a Dios, y como que exhorta a que alabe, como si hubiera encontrado a alguien callado.

3. Alaben al Señor desde los cielos. Como si hubiera encontrado a los cielos callando la alabanza del Señor, los exhorta a que se levanten y alaben. Nunca los cielos han callado las alabanzas de su Creador, nunca las cosas terrenales han dejado de alabar a Dios. Pero ciertamente hay algunas que tienen el espíritu de alabar a Dios en ese afecto en el que les agrada Dios. Porque nadie alaba, sino lo que le agrada. Pero hay otras que no tienen el espíritu de vida y entendimiento para alabar a Dios, pero porque también ellas son buenas, y están dispuestas en su orden íntegramente, y se refieren a la belleza del universo, que Dios creó; ellas mismas, aunque no alaban a Dios con su propia voz y corazón, cuando son consideradas por los entendidos, por ellas se alaba a Dios; y cuando por ellas se alaba a Dios, de algún modo ellas también alaban a Dios. Por ejemplo, alaban a Dios en el cielo todas las

que tienen el espíritu de vida, y el entendimiento puro para contemplarlo y amarlo sin fastidio y defecto. Alaban a Dios en la tierra por el entendimiento de discernir el bien y el mal, por el entendimiento de conocer la creación y al Creador, los hombres que piensan en estas cosas, a quienes el Señor les ha dado la mente para discernir estas cosas, deleitarse y alabar. Los hombres pueden: ¿acaso los animales tienen este tipo de entendimiento? Si los animales tuvieran este tipo de entendimiento, no nos diría Dios: No sean como el caballo y el mulo, que no tienen entendimiento (Salmo XXXI, 9). Cuando nos exhorta a no ser como los animales, sin entendimiento, nos muestra que al hombre le ha dado entendimiento para alabar a Dios. Los árboles, ¿acaso tienen siquiera esa vida misma, para sentir como los animales? Porque los animales, aunque no tienen el sentido interior racional y la mente inteligente y discerniente que tiene el hombre, para alabar a Dios: tienen, sin embargo, la vida manifiesta, como todos sabemos, de apetecer el alimento, de tomar lo útil, de rechazar lo nocivo; el sentido de discernir las cosas corporales; la vista para los colores, el oído para las voces, el olfato para los olores, el gusto para los sabores, el movimiento ya sea hacia los placeres, o lejos de las molestias. Entendemos estas cosas, y las vemos ante nuestros ojos. No tienen razón para entender; pero tienen el espíritu del cuerpo animado, y la vida manifiesta: los árboles, sin embargo, ni siquiera tienen eso; y sin embargo, todas las cosas alaban a Dios. ¿Por qué alaban a Dios? Porque cuando vemos estas cosas, y consideramos al Creador que las hizo, de ellas nace en nosotros la alabanza de Dios; y cuando por su consideración se alaba a Dios, todas las cosas alaban a Dios. Comenzó, pues, este desde el cielo: todas alaban, y dice, Alaben. ¿Por qué, si alaban, dice, Alaben? Porque se deleitó en que alaban, y le agradó como añadir su exhortación. Como si vinieras a hombres haciendo alguna obra buena con alegría, ya sea en la viña, ya sea en la cosecha, ya sea en alguna agricultura; te agrada lo que hacen, y dices, Hagan, actúen: no para que comiencen a hacer cuando dices; sino porque te agrada lo que encontraste haciendo, añades tu gratulación y exhortación. Porque diciendo, Hagan, y exhortando a los que hacen, con tu deseo haces con ellos. En esta exhortación, pues, lleno del Espíritu, el Profeta dice estas cosas.

4. Y el Salmo es de Ageo y Zacarías: así tiene el título. Estos dos profetas, en el tiempo en que el pueblo estaba cautivo en Babilonia, profetizaban ya el fin futuro de la cautividad, para que se restaurara la ciudad de Jerusalén (I Esdras V, 1, 2; y VI, 14), que había caído en la guerra. Nos significaron, por tanto, en misterio la vida futura, donde alabaremos a Dios después de la cautividad de la vida presente; donde habrá renovación de aquella gran ciudad de Jerusalén, de la cual suspiramos como peregrinos, aún cautivos bajo el peso y carga del cuerpo mortal; de donde aún gemimos en peregrinación, pero exultaremos en la patria. Quien no gime como peregrino, no se alegrará como ciudadano; porque no hay deseo en él. Estos profetas santos, por tanto, brindaron gran consuelo entonces al pueblo cautivo según la carne, es decir, establecido en Babilonia bajo reyes extranjeros. Mostraban, pues, por profecía, el tiempo futuro de liberación de la cautividad, de la restauración de Jerusalén. Pero todo aquello se hizo en figura (I Cor. X, 6); tienen su verdad: fueron figurados en los antiguos, se muestran presentes en nosotros. ¿Qué dice ahora el Apóstol? Mientras estamos en el cuerpo, peregrinamos lejos del Señor (II Cor. V, 6). Aún no estamos en la patria: ¿cuándo estaremos en la patria? Cuando triunfemos sobre el enemigo diablo vencido, cuando el último enemigo, la muerte, sea destruido: entonces se cumplirá la palabra que está escrita, La muerte ha sido absorbida en victoria. ¿Dónde está, muerte, tu aguijón? ¿Dónde está, muerte, tu victoria? (I Cor. XV, 26, 54, 55). ¿Cuándo, pues, no habrá contienda de muerte, que ahora existe, y nos hace gemir por la deficiencia y mutabilidad de las cosas, por la fragilidad de la carne humana? Diariamente nos combaten las tentaciones, diariamente las deleitaciones: aunque no consintamos, sin embargo, sufrimos molestia, y contendemos, y es un gran peligro que quien

contiende sea vencido; pero si vencemos no consintiendo, sin embargo, sufrimos molestia resistiendo a las deleitaciones. No cesa, y no muere el enemigo, sino en la resurrección de los muertos. Pero presumamos, confiemos, nos levantan Ageo y Zacarías; cantan nuestra futura liberación. Si cantaron al pueblo de entonces, y se cumplió; ¿no se cumplirá lo que se canta al pueblo cristiano? Estad seguros: solamente en esta peregrinación de la vida, ved cómo actuáis. No os complazca el amor de Babilonia, para que no olvidéis la ciudad de Jerusalén. Aunque vuestro cuerpo aún esté retenido en Babilonia, vuestro corazón sea enviado por adelantado a Jerusalén. Alabe, pues, toda criatura al Señor; porque eso haremos allí, lo que aquí premeditamos.

5. Alabad al Señor desde los cielos; alabadlo en las alturas. Primero dice desde los cielos, después desde la tierra: porque es alabado Dios que hizo el cielo y la tierra. Las cosas celestiales son tranquilas, pacíficas; allí siempre hay gozo, no hay muerte, no hay enfermedad, no hay molestia; siempre alaban a Dios los bienaventurados: nosotros, sin embargo, aún estamos abajo, pero cuando pensamos cómo allí se alaba a Dios, tengamos el corazón allí, y no sin razón escuchemos, Arriba los corazones. Elevemos el corazón arriba, para que no se pudra en la tierra; porque nos agrada lo que allí hacen los Ángeles. Ahora nosotros con esperanza; después en realidad, cuando lleguemos allí. Alabadlo, pues, en las alturas.

6. [vers. 2-5.] Alabadlo todos sus Ángeles, alabadlo todas sus virtudes. Alabadlo sol y luna, alabadlo todas las estrellas y la luz. Alabadlo cielos de los cielos, y aguas que están sobre los cielos, alaben el nombre del Señor. ¿Cuándo explica todo enumerando? Pero sin embargo, de manera resumida y como tocando todo, concluyó todas las cosas celestiales alabando a su Creador.

7. Y como si se le dijera, ¿Por qué lo alaban? ¿Qué le deben, qué les ha conferido para que lo alaben? sigue: Porque él dijo, y fueron hechas; él mandó, y fueron creadas. No es de extrañar si las obras alaban al obrero, no es de extrañar si las cosas hechas alaban al hacedor, no es de extrañar si la criatura alaba al Creador. Allí también se nombró a Cristo, y como si no hubiéramos escuchado su nombre. ¿Quién es Cristo? En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios: esto estaba en el principio con Dios. Todas las cosas fueron hechas por él, y sin él no se hizo nada (Juan I, 1-3). ¿Por qué fueron hechas? Por el Verbo. ¿Cómo aquí muestra que por el Verbo fueron hechas? Él dijo, y fueron hechas; él mandó, y fueron creadas. Nadie dice, nadie manda, sino por el verbo.

8. [vers. 6.] Las estableció para siempre y para siempre jamás. Todas las cosas celestiales, todas las superiores, todas las virtudes y los Ángeles, una cierta ciudad suprema, buena, santa, bienaventurada: de donde, porque peregrinamos, aún somos miserables; y a donde vamos a regresar, en esperanza bienaventurados; y cuando hayamos regresado, en realidad bienaventurados. Las estableció para siempre y para siempre jamás: puso un precepto, y no pasará. ¿Qué clase de precepto pensáis que tienen las cosas celestiales y los santos Ángeles? ¿Qué precepto les dio Dios? ¿Qué, sino que lo alaben? Bienaventurados aquellos cuyo negocio es alabar a Dios. No aran, no siembran, no muelen, no cocinan: porque estas son obras de necesidad; allí no hay necesidad. No roban, no saquean, no adulteran: porque estas son obras de iniquidad; allí no hay iniquidad. No parten pan al hambriento, no visten al desnudo, no acogen al peregrino, no visitan al enfermo, no reconcilian al litigioso, no sepultan al muerto: porque estas son obras de misericordia; allí no hay miseria en la que se haga misericordia. ¡Oh bienaventurados! ¿Pensamos que seremos también así? Ea, suspiremos, gemamos de suspiro. ¿Y qué somos, para que estemos allí? Mortales, proyectados, abatidos, tierra y ceniza. Pero quien prometió es omnipotente. Si nos atendemos

a nosotros, ¿qué somos? si a él, es Dios, es omnipotente. ¿No va a hacer un ángel de un hombre, quien hizo al hombre de la nada? ¿O acaso tiene en poco a un hombre, por quien quiso morir su Unigénito? Atendamos al indicio del amor. De la promesa de Dios hemos recibido tales arras; tenemos la muerte de Cristo, tenemos la sangre de Cristo. ¿Quién murió? El Unigénito. ¿Por quiénes murió? Ojalá por los buenos, ojalá por los justos. Pero, ¿qué? Porque también Cristo, dice el Apóstol, murió por los impíos (Rom. V, 6). Quien donó a los impíos su muerte, ¿qué guarda para los justos, sino su vida? Levántese, pues, la fragilidad humana, no desespere, no se derrumbe, no se aparte, no diga, No seré. Quien prometió es Dios: y vino para prometer; apareció a los hombres, vino a recibir nuestra muerte, prometernos su vida. Vino a la región de nuestra peregrinación, a recibir aquí lo que aquí abunda, oprobios, azotes, bofetadas, escupitajos en el rostro, injurias, corona de espinas, suspensión en el madero, cruz, muerte. Estas cosas abundan en nuestra región; a tales intercambios vino. ¿Qué dio aquí, qué recibió? Dio exhortación, dio doctrina, dio remisión de pecados; recibió injurias, muerte, cruz. Nos trajo de aquella región bienes, y en nuestra región soportó males. Sin embargo, nos prometió que allí estaríamos de donde vino; y dijo: Padre, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo (Juan XVII, 24). ¡Tanto precedió el amor! Porque donde nosotros estábamos, estuvo con nosotros; donde él está, estaremos con él. ¿Qué te prometió Dios, oh hombre mortal? Que vivirás eternamente. ¿No crees? Cree, cree. Ya es más lo que ha hecho, que lo que ha prometido. ¿Qué ha hecho? Murió por ti. ¿Qué prometió? Que vivas con él. Es más increíble que el eterno haya muerto, que el mortal viva eternamente. Ya tenemos lo que es más increíble. Si por el hombre murió Dios, ¿no vivirá el hombre con Dios? ¿No vivirá el mortal eternamente, por quien murió quien vive eternamente? Pero, ¿cómo murió Dios, y de dónde murió Dios? ¿Y puede morir Dios? Tomó de ti, de donde moriría por ti. No podría morir, sino en carne; no podría morir, sino en cuerpo mortal: se revistió de lo que moriría por ti, te revestirá de lo que vivas con él. ¿Dónde se revistió de muerte? En la virginidad de la madre. ¿Dónde te revestirá de vida? En la igualdad del Padre. Eligió aquí para sí un tálamo casto, donde el esposo se uniera a la esposa. El Verbo se hizo carne (Juan I, 14), para que fuera cabeza de la Iglesia. Porque el mismo Verbo no es parte de la Iglesia; pero para ser cabeza de la Iglesia, asumió carne. Algo nuestro ya está arriba, lo que aquí tomó, donde murió, donde fue crucificado: ya algunas primicias tuyas han precedido, ¿y dudas que seguirás?

9. [vers. 7.] Por tanto, vuelva también a las cosas terrenales, porque ya ha dicho las alabanzas de las celestiales. Alabad al Señor desde la tierra. ¿De dónde comenzó antes? Alabad al Señor desde los cielos; y enumeró las celestiales: ahora escucha las terrenales. Dragones y todos los abismos. Los abismos son profundidades de aguas: todos los mares, este aire nublado pertenece al abismo. Donde hay nubes, donde hay vientos, donde hay tempestades, donde hay lluvias, relámpagos, truenos, granizo, nieve, y todo lo que Dios quiere que se haga sobre la tierra de este aire húmedo y oscuro, todo esto lo llamó con el nombre de tierra, porque es demasiado mutable y mortal: a menos que penséis que arriba llueve estrellas. Todo esto ocurre aquí cerca de la tierra. Y a veces hay hombres en las cimas de las montañas, y ven las nubes debajo de ellos, y a menudo se producen lluvias: y todo esto, que se agita en el aire perturbado, se ve claramente por los que observan bien, que ocurre aquí en esta parte inferior del mundo. Por eso, a estas cosas oscuras, es decir, a este aire, como a una cárcel, fue condenado el diablo, caído del aparato de los ángeles superiores con sus ángeles: pues el Apóstol dice esto de él, Según el príncipe de la potestad del aire, que ahora opera en los hijos de desobediencia (Efes. II, 2). Y otro apóstol dice, Porque si Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que los arrojó a prisiones de oscuridad infernal, entregándolos para ser reservados al juicio (II Pedro II, 4): llamando a esto infierno, porque es la parte inferior del mundo. No pienses, pues, en lo que recibió el diablo, sino en lo que perdió. Por tanto, veis

cómo son todas estas cosas, mutables, turbadas, terribles, corruptibles: sin embargo, tienen su lugar, tienen su orden, y también ellas completan la belleza del universo según su modo, y por eso alaban al Señor. Volviéndose, pues, a ellas, como exhortándolas también; más bien exhortándonos a nosotros, para que por su consideración alabemos al Señor (pues así alaban a Dios, cuando consideradas engendran la alabanza de Dios), comenzó a decir, Alabad al Señor desde la tierra, dragones y todos los abismos. Los dragones se mueven alrededor del agua, salen de las cavernas, se lanzan al aire; el aire se agita por ellos: los dragones son grandes animales, no hay mayores sobre la tierra. Por eso comenzó diciendo, Dragones y todos los abismos. Hay, sin embargo, cavernas de aguas ocultas, de donde brotan fuentes, de donde fluyen ríos; y unos fluyen sobre la tierra, otros van ocultamente por debajo: y todo esto, y toda esta naturaleza húmeda de las aguas, junto con el mar y este aire inferior, se llaman abismo o abismos, donde viven los dragones y alaban a Dios. ¿Qué? ¿Pensamos que los dragones hacen coros y alaban a Dios? De ninguna manera. Pero vosotros, considerando los dragones, mirad al artífice de los dragones, al creador de los dragones; y cuando admiréis a los dragones, y digáis, Grande es Dios que hizo estas cosas, los dragones alaban a Dios con vuestras voces: Dragones y todos los abismos.

10. [vers. 8.] Fuego, granizo, nieve, hielo, viento de tempestad, que hacen su palabra. ¿Por qué añadió aquí, que hacen su palabra? Muchos necios, no pudiendo contemplar y discernir la criatura en sus lugares y en su orden, bajo el mandato y la orden de Dios, moviendo sus movimientos, les pareció que Dios gobierna todas las cosas superiores, pero las inferiores las desprecia, las abandona, las deja, para que ni las cuide, ni las gobierne, ni las dirija: sino que se rijan por casualidades, como puedan, donde puedan: y les mueve lo que a veces dicen (pero no te lo digan a ti, es decir, no consientas cuando dicen estas cosas; porque son blasfemas y execrables a Dios), Si Dios lloviera, ¿acaso llovería en el mar? ¿Qué clase de providencia? Getulia tiene sed, y el mar se llena de lluvia. Se creen agudos en su razonamiento: a quienes se les debe decir esto, Getulia tiene sed; tú, ni sed. Porque era bueno que dijeras a Dios: Mi alma es como tierra sin agua para ti (Sal. CXLII, 6). Lo que en otro lugar se dice claramente: Mi alma tiene sed de ti, cuán multiplicadamente de ti y mi carne (Sal. LXII, 2). Y el Señor en el Evangelio: Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados (Mat. V, 6). Porque ya está saciado quien disputa tales cosas; se cree sabio, y no quiere aprender, por eso no tiene sed. Porque si tuviera sed, querría aprender; y encontraría que todo se hace por la providencia de Dios en la tierra; y admiraría los miembros dispuestos incluso del pulgón. Prestad atención, queridos míos. ¿Quién dispuso los miembros del pulgón y del mosquito, para que tengan su orden, tengan su vida, tengan su movimiento? Considera cualquier pequeño animalito, el que quieras. Si consideras el orden de sus miembros, y la animación de la vida por la cual se mueve; cómo por sí mismo huye de la muerte, ama la vida, apetece placeres, evita molestias, exhibe diversos sentidos, se vigoriza en un movimiento congruente a sí mismo. ¿Quién dio el aguijón al mosquito, con el que chupa sangre? ¡Qué delgada es la trompa con la que sorbe! ¿Quién dispuso estas cosas? ¿Quién hizo estas cosas? Te asombras en lo mínimo; alaba al grande. Por tanto, mantened esto, hermanos míos; que nadie os saque de la fe, y de la sana doctrina. Quien hizo en el cielo al ángel, él mismo hizo en la tierra al gusanillo: pero al ángel en el cielo por la habitación celestial, al gusanillo en la tierra por la habitación terrenal. ¿Acaso hizo al ángel reptar en el lodo, y al gusanillo en el cielo? Distribuyó a los habitantes en sus sedes; dio incorruptibilidad a las sedes incorruptas, cosas corruptibles a lugares corruptibles. Atiende a todo, alaba todo. Por tanto, quien dispuso los miembros del gusanillo, ¿no gobierna las nubes? ¿Y por qué llueve en el mar? ¿Acaso no hay en el mar, lo que se alimente con la lluvia; acaso no hizo allí peces, acaso no hizo allí animales? Observad cómo los peces corren hacia el agua dulce. ¿Y por qué, dice, llueve al pez, y a mí a veces no me llueve? Para que pienses que estás en la

región del desierto, y en la peregrinación de la vida; y te amargue la vida presente, para que desees la futura; o para que seas azotado, y corregido, y corregido. ¿Cómo, pues, distribuyó las cosas propias de las regiones? He aquí, porque hemos hablado de Getulia, llueve aquí cerca cada año, y cada año da trigo: aquí no se puede guardar el trigo, pronto se corrompe; porque cada año se da: allí, porque rara vez, y se da mucho, y se guarda mucho tiempo. Pero tal vez piensas que allí Dios abandona a los hombres, o que no allí según su alegría alaban y glorifican a Dios. Toma de allí a un getuliano, ponlo entre estos árboles amenos; quiere huir de aquí, y regresar a la desnuda Getulia. Por tanto, Dios ha distribuido y ordenado a todos los lugares, regiones, tiempos, sus propias cosas. Y es largo mencionar una consideración más diligente de todas las cosas. ¿Quién la explica? Sin embargo, quienes tienen ojos, ven muchas cosas allí: cuando las ven, agradan; cuando agradan, se alaban, no como ellas mismas, sino aquel que las hizo: así todas las cosas alabarán a Dios.

11. Considerando esto, el espíritu del Profeta, después de haber dicho: Fuego, granizo, nieve, hielo, viento tempestuoso, que a algunos necios les parece que todo esto está agitado y movido por el azar, añadió: Que cumplen su palabra. No te parezca, entonces, que se mueven por casualidad, aquellas cosas que sirven a la palabra de Dios en todo su movimiento. Donde Dios quiere, allí va el fuego, allí se dirige la nube, ya sea que lleve lluvia, nieve o granizo. ¿Y por qué a veces los rayos golpean una montaña y no a un ladrón? Lo que puedo decir según la capacidad de mi mente, tanto como Dios se digna concederme: los más grandes conocen cosas mayores y entienden más; y que Dios les conceda saber más de lo que digo, pero con moderación, sin soberbia: puedo, entonces, según mi medida, decir por qué golpean una montaña y no a un ladrón: porque tal vez aún busca la conversión del ladrón; y por eso se golpea la montaña que no teme, para que se transforme el hombre que teme. A veces tú también, cuando das disciplina, golpeas la tierra para que el niño se asuste. Y a veces golpea también al hombre que quiere. Pero me dices: Mira, golpea a uno más inocente y deja al más culpable. No te asombres: de cualquier manera, la muerte es buena para el piadoso. ¿Y cómo sabes qué castigos se reservan en secreto para el más culpable si no quiere cambiarse? ¿No preferirían ser incendiados por un rayo aquellos a quienes al final se les dirá: Id al fuego eterno (Mat. XXV, 41)? Es necesario que seas inocente. ¿Qué? ¿Es malo morir en un naufragio y bueno morir de fiebre? Sea de una manera o de otra, busca cómo es quien muere; a dónde irá después de la muerte, no de dónde saldrá de la vida. De cualquier manera, saldremos de aquí. ¿Con qué salidas merecieron salir los mártires? ¿Acaso con fiebres, como muchos desean ser liberados por fiebre? Unos con un solo golpe de espada, otros con fuego, otros con bestias. Y las bestias devoraron los cuerpos de los mártires, y no temieron que sus cuerpos perecieran. Porque de todas partes Dios reunirá los cuerpos de sus santos, a quien nuestros cabellos están contados (Id. X, 30). Y cuando quiso, liberó a tres jóvenes del fuego (Dan. III, 24, 93): ¿acaso por eso abandonó a los Macabeos en el fuego (II Macab. VII)? A aquellos los liberó abiertamente, a estos los coronó en secreto. Dios sabe, entonces, lo que hace. Tú teme, y sé bueno. De cualquier manera que quiera que salgas de aquí, que te encuentre preparado. Porque eres un inquilino (Sal. CXVIII, 19), no el dueño de la casa. La casa te ha sido alquilada; esta casa te ha sido alquilada, no dada; aunque no quieras, te mudarás: y no la recibiste bajo tal condición, como si tuvieras tiempos ciertos. ¿Qué dijo tu Señor? Cuando quiera, cuando diga, Múdate; prepárate. Te expulso del hospedaje, pero te daré una casa: eres inquilino en la tierra, serás poseedor en el cielo.

12. Por tanto, cualquier cosa que aquí suceda contra nuestra voluntad, sepan que no sucede sino por la voluntad de Dios, por su providencia, por su orden, por su mandato, por sus leyes: y si no entendemos por qué sucede, atribuyámoslo a su providencia, porque no sucede sin causa, y no blasfemaremos. Porque cuando comenzamos a discutir sobre las obras de Dios,

¿Por qué esto, por qué aquello? y, No debió hacerlo así, lo hizo mal: ¿dónde está la alabanza a Dios? Has perdido el Aleluya. Considera todo de tal manera que complazcas a Dios y alabes al artífice. Porque si entraras en el taller de un herrero, no te atreverías a criticar los fuelles, los yunques, los martillos. Y si un hombre inexperto que no sabe para qué es cada cosa, lo critica todo. Pero si no tiene la habilidad del artífice, y al menos tiene la consideración de un hombre, ¿qué se dice a sí mismo? No sin razón están aquí los fuelles; el artífice sabe por qué, aunque yo no lo sepa. En el taller no se atreve a vituperar al herrero; ¡y se atreve a criticar a Dios en este mundo! Por tanto, así como el fuego, el granizo, la nieve, el hielo, el viento tempestuoso, que cumplen su palabra; así todas las cosas que parecen a los vanos suceder al azar en la naturaleza, no hacen sino su palabra, porque no suceden sino por su mandato.

13. [vers. 9-12.] Luego dice, para que alaben al Señor: Montes y todas las colinas, árboles frutales y todos los cedros; bestias y todo el ganado, reptiles y aves aladas. Luego a los hombres: Reyes de la tierra y todos los pueblos, príncipes y todos los jueces de la tierra; jóvenes y vírgenes, ancianos con los jóvenes alaben el nombre del Señor. Se ha explicado la alabanza del cielo, se ha explicado la alabanza de la tierra.

14. [vers. 13.] Porque exaltado es su nombre solo. Ningún hombre busque exaltar su propio nombre. ¿Quieres ser exaltado? Sométete a aquel que no puede ser humillado: Exaltado es su nombre solo.

15. [vers. 14.] Su confesión en la tierra y en el cielo. ¿Qué es, Su confesión en la tierra y en el cielo? ¿Por la cual él mismo confiesa? No; sino por la cual todo lo confiesa, todo clama: la belleza de todo es de alguna manera su voz, confesando a Dios. El cielo clama a Dios: Tú me hiciste, no yo. La tierra clama: Tú me creaste, no yo. ¿Cómo claman estas cosas? Cuando se consideran, y esto se encuentra; claman desde tu consideración, claman desde tu voz. Su confesión en la tierra y en el cielo. Mira el cielo, es hermoso; mira la tierra, es hermosa: ambos juntos son muy hermosos. Él los hizo, él los gobierna, por su mandato son dirigidos, él atraviesa los tiempos, él renueva los momentos, por sí mismo los renueva. Por tanto, todas estas cosas lo alaban, ya sea en estado, ya sea en movimiento, ya sea desde la tierra hacia abajo, ya sea desde el cielo hacia arriba, ya sea en vejez, ya sea en renovación. Cuando ves estas cosas y te alegras, y te elevas hacia el artífice, y contemplas sus cosas invisibles, entendidas por las que han sido hechas (Rom. I, 20), Su confesión en la tierra y en el cielo; es decir, le confiesas por las cosas terrenales, le confiesas por las cosas celestiales. Y porque él hizo todo, y no hay nada mejor que él, todo lo que hizo está dentro de él; y todo lo que te agrada en estas cosas, es menos que él. No te complazca, entonces, lo que hizo, de tal manera que te alejes de él que lo hizo; sino que si amas lo que hizo, mucho más a él que lo hizo. Si son hermosas las cosas que hizo, ¿cuánto más hermoso es él que las hizo? Su confesión en la tierra y en el cielo.

16. Y exaltará el cuerno de su pueblo. He aquí lo que profetizaban Ageo y Zacarías. Ahora el cuerno de su pueblo es humilde en las tribulaciones, en las pruebas, en el golpe de los pechos: ¿cuándo exaltará el cuerno de su pueblo? Cuando venga el mismo Señor, y surja nuestro sol: no este que se ve con los ojos, y sale sobre buenos y malos (Mat. V, 45); sino del que se dice, Para vosotros que teméis a Dios, surgirá el sol de justicia, y la salud en sus alas (Malach. IV, 2); y del que dirán los soberbios e impíos, La luz de la justicia no brilló para nosotros, y el sol no salió para nosotros (Sap. V, 6). Esa será nuestra estación. Ahora los frutos durante el invierno no aparecen en la raíz; miras los árboles como secos durante el invierno. Quien no sabe ver, piensa que la vid está seca: y tal vez cerca hay una que realmente se ha secado; ambas son similares durante el invierno: aquella vive, aquella está muerta; pero la vida de

aquella y la muerte de aquella están en lo oculto: el verano avanza, la vida de aquella se manifiesta, la muerte de aquella se revela; avanza el honor de las hojas, la fecundidad de los frutos; la vid se viste en la apariencia, de lo que tiene en la raíz. Así que ahora, hermanos, somos tales como otros hombres: como nacen, comen, beben, se visten, pasan esta vida; así también los santos. A veces esta misma cosa engaña a los hombres, y dicen: Mira, porque comenzó a ser cristiano, ¿acaso no le duele la cabeza? o porque es cristiano, ¿qué tiene más que yo? Oh vid seca, miras junto a ti una vid desnuda en invierno, pero no seca. Vendrá el verano, vendrá el Señor, nuestro honor, que estaba oculto en la raíz; y entonces exaltará el cuerno de su pueblo, después de la cautividad en la que vivimos mortalmente. De donde dice el Apóstol: No juzguéis nada antes de tiempo, hasta que venga el Señor, y ilumine lo oculto de las tinieblas; y entonces la alabanza será para cada uno de Dios (I Cor. IV, 5). Pero me dices: ¿Dónde está mi raíz? ¿dónde está mi fruto? Si crees, sabes dónde está tu raíz. Porque está donde está tu fe, donde está tu esperanza y tu caridad. Escucha al Apóstol: Porque habéis muerto. Como durante el invierno parecían muertos; escucha que viven: Y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. He aquí dónde tienes tu raíz. ¿Cuándo, entonces, serás adornado con honor? ¿cuándo serás fecundado con fruto? Escucha al que sigue: Cuando Cristo, vuestra vida, aparezca, entonces vosotros también apareceréis con él en gloria (Coloss. III, 3, 4) Y exaltará el cuerno de su pueblo.

17. Himno para todos sus santos. ¿Sabéis qué es un himno? Es un canto con alabanza a Dios. Si alabas a Dios, y no cantas, no dices himno: si cantas, y no alabas a Dios, no dices himno: si alabas otra cosa que no pertenece a la alabanza de Dios, aunque alabes cantando, no dices himno. Por tanto, el himno tiene estas tres cosas, canto, alabanza, y de Dios. Por tanto, la alabanza de Dios en el canto, se llama himno. ¿Qué es, entonces, Himno para todos sus santos? Que los santos suyos reciban el himno, que los santos suyos digan el himno; porque esto es lo que recibirán al final, un himno eterno. Por eso en otro lugar dice el salmo, El sacrificio de alabanza me glorificará; y allí está el camino por el cual le mostraré mi salvación (Sal. XLIX, 23): y, Bienaventurados los que habitan en tu casa; te alabarán por los siglos de los siglos (Sal. LXXXIII, 5). Esto es, Himno para todos sus santos. ¿Quiénes son sus santos? A los hijos de Israel, al pueblo que se acerca a él. Que nadie diga: No soy hijo de Israel. No penséis que los judíos son hijos de Israel, y nosotros no somos hijos de Israel: me atrevo a deciros, hermanos míos; ellos no lo son, y nosotros lo somos. Escuchad por qué: porque es mayor el nacido según el espíritu, que el nacido según la carne. ¿De dónde Israel? De Abraham; porque Isaac de Abraham, Israel de Isaac. ¿Cómo agradó Abraham a Dios? Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia (Rom. IV, 3). Quienquiera que imite a Abraham, es hijo de Abraham: quienquiera que se aparte de la fe de Abraham, ha perdido la descendencia de Abraham. Los judíos se apartaron; lo perdieron: nosotros lo imitamos; lo encontramos. Escucha que ellos lo perdieron: ¿qué les dice el Señor a aquellos que dicen, Somos hijos de Abraham? Se atrevieron a mostrar su linaje, y a levantar la cabeza por la nobleza de su justo linaje; y ¿qué les dice el Señor? Si fuerais hijos de Abraham, haríais las obras de Abraham (Juan VIII, 33, 39). Si, entonces, ellos perdieron ser hijos de Abraham, nosotros lo encontramos para ser hijos de Abraham. Porque creyendo encontramos lo que ellos no creyendo perdieron: porque Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia. Y la simiente de Abraham es Cristo (Galat. III, 16), y en Cristo estamos nosotros; y del pueblo de Israel, del cual el pueblo María, de la cual María Cristo, en el cual Cristo nosotros: por tanto, hijos de Israel nosotros. ¿Y cómo añadió, para distinguirnos? A los hijos de Israel, al pueblo que se acerca a él. Mirad a los judíos: si se acercan, ellos son. Y tal vez se acercan, me dice alguien: todos los días también ellos cantan el salmo, y cantan himnos a Dios. ¿No escucháis lo que les dijo el profeta? Este pueblo me honra con los labios; pero su corazón está lejos de mí (Isai. XXIX, 13). Si su corazón está lejos, pero nuestro corazón está cerca; porque

creemos, porque esperamos, porque amamos, porque estamos unidos a Cristo, porque hemos sido hechos miembros de él: ¿acaso los miembros están lejos de la cabeza? Si estuvieran lejos, y estuvieran separados, no diría: He aquí yo estoy con vosotros hasta la consumación del siglo (Mat. XXVIII, 20). Si estuvieran separados, no diría desde el cielo: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? (Act. IX, 4). Si no estuviera en nosotros, no diría, Tuve hambre, y me disteis de comer: y cuando ellos decían, ¿Cuándo te vimos hambriento? respondió, Cuando lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis (Mat. XXV, 35, 37, 40). He aquí el pueblo, he aquí el Israel que se acerca; y con él ahora en esperanza, después en realidad.

EN EL SALMO CXLIX COMENTARIO.

SERMON AL PUEBLO.

1. [vers. 1.] Alabemos al Señor tanto en voz, como en entendimiento, y en buena obra; y como nos exhorta este salmo, cantémosle un cántico nuevo. Así comenzó: Cantad al Señor un cántico nuevo. Hombre viejo, cántico viejo: hombre nuevo, cántico nuevo. Antiguo Testamento, cántico viejo: Nuevo Testamento, cántico nuevo. En el Antiguo Testamento hay promesas temporales y terrenales. Quien ama las cosas terrenales, canta un cántico viejo: quien quiere cantar un cántico nuevo, ame las cosas eternas. Esa misma es la nueva y eterna dilección: por eso siempre nueva, porque nunca envejece. Pues si lo consideras bien, esto es antiguo: ¿cómo, entonces, es nuevo? ¿Acaso, hermanos míos, la vida eterna acaba de nacer? La vida eterna es el mismo Cristo, y según la divinidad no acaba de nacer: porque, En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios: este estaba en el principio con Dios. Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada fue hecho (Juan I, 1-3). Si las cosas hechas por él son antiguas; ¿qué es él, por quien fueron hechas? ¿Qué, sino eterno, y coeterno con el Padre? Pero nosotros, caídos en pecado, llegamos a la vejez. Porque nuestra voz está en aquel salmo donde se dice con gemido: He envejecido entre todos mis enemigos (Sal. VI, 8). El hombre envejeció por el pecado, se renueva por la gracia. Por tanto, todos los que se renuevan en Cristo, para comenzar a pertenecer a la vida eterna, cantan un cántico nuevo.

2. Y este cántico es de paz, este cántico es de caridad. Quien se separa de la unión de los santos, no canta un cántico nuevo. Ha seguido la antigua animosidad, no la nueva caridad. ¿Qué hay en la nueva caridad? Paz, vínculo de santa sociedad, unión espiritual, edificio de piedras vivas. ¿Dónde está esto? No en un solo lugar, sino en todo el mundo. Escucha esto de otro salmo: así dice, Cantad al Señor un cántico nuevo; cantad al Señor, toda la tierra (Sal. XCV, 1). De esto se entiende que quien no canta con toda la tierra, canta un cántico viejo, cualesquiera que sean las palabras que salgan de su boca. Porque, ¿qué me importa lo que suene, cuando veo lo que piensa? ¿Y tú, dices, ves lo que piensa? Los hechos lo indican. Porque el ojo no penetra en la conciencia. Atiendo a lo que hace, y allí entiendo lo que piensa. Porque no es que si alguien, por ejemplo, sorprende a un hombre en robo, en homicidio, en adulterio, ve sus pensamientos en el corazón, sino en los hechos. Hay cosas que están ocultas dentro; pero hay muchas que salen a la obra, y se hacen manifiestas incluso a los hombres. Cuando, entonces, estaban aquellos que se separaron de la unión de la caridad de Cristo y de la sociedad de la santa Iglesia, malos dentro de sí, solo Dios lo sabía. Vino la tentación; los separó, y mostró a los hombres lo que Dios sabía. Porque el fruto no se muestra sino en los hechos. De donde se dijo: Por sus frutos los conoceréis (Mat. VII, 16). Porque el Señor dijo a algunos, que se visten con piel de oveja, pero por dentro son lobos rapaces; y para que tal vez la fragilidad humana no pudiera distinguir al lobo bajo la piel de oveja, dijo: Por sus frutos los conoceréis. Buscamos los frutos de la caridad, encontramos las espinas de

la disensión. Por sus frutos los conoceréis. Por tanto, su cántico es viejo: cantemos nosotros un cántico nuevo. Ya hemos dicho, hermanos, toda la tierra canta un cántico nuevo. Quien no canta un cántico nuevo con toda la tierra, diga lo que quiera, con lenguas suene Aleluya, diga todo el día, diga toda la noche; no inclino mucho mis oídos a la voz del que canta, sino que busco las costumbres del que obra. Porque pregunto, y digo: ¿Qué es lo que cantas? Responde: Aleluya. ¿Qué es, Aleluya? Alabad al Señor. Ven, alabemos juntos al Señor. Si tú alabas al Señor y yo alabo al Señor; ¿por qué estamos en discordia? La caridad alaba al Señor, la discordia blasfema al Señor.

3. ¿Y queréis ya saber dónde cantar el cántico nuevo? Lo que va a decir en el mismo Salmo, ved cómo se hace y dónde se hace; si se hace en todas las naciones o en alguna parte de la tierra: y de aquí entenderéis más plenamente a quién pertenece el cántico nuevo. Ya es evidente aquello que recordé de otro salmo, Cantad al Señor un cántico nuevo: Y para mostrar que en el cántico nuevo está el fruto de la caridad y la unidad, añadió, Cantad al Señor, toda la tierra. Que nadie se separe, que nadie se disgregue: eres trigo, soporta la paja hasta que sea aventada. ¿Quieres ser sacudido del arca? Aunque fueras trigo fuera del área, te encontrarían las aves y te recogerían (Id. III, 12). Añade que al mismo tiempo que te alejas y vuelas, indicas que eres paja: y porque eras ligero, vino el viento y fuiste llevado de debajo de los pies de los bueyes. Pero los que son trigo, soportan la trilla; se alegran porque son granos, gimen entre la paja, esperan al aventador, a quien reconocen como redentor. Cantad al Señor un cántico nuevo: su alabanza en la Iglesia de los santos. Esta es la Iglesia de los santos, la Iglesia de los granos de trigo esparcidos por todo el orbe de la tierra; sembrada en el campo del Señor, que es este mundo, como el mismo Señor explicó cuando hablaba del sembrador: Porque «un hombre sembró buena semilla en su campo, y vino el enemigo y sembró cizaña; y dijeron los siervos al padre de familia, ¿No sembraste buena semilla en tu campo? ¿De dónde, pues, viene la cizaña? Él respondió, Un hombre enemigo hizo esto.» Quisieron recoger la cizaña, y él los contuvo diciendo: «Dejad que ambos crezcan juntos hasta la siega; y en el tiempo de la siega diré a los segadores, Recoged primero la cizaña, y atadla en manojos para quemarla: pero guardad mi trigo en el granero.» Después sus discípulos le preguntaron diciendo: Cuéntanos la parábola de la cizaña. Y él lo explica todo, para que ningún hombre atribuya a su corazón lo que allí entendió, sino al Maestro del cielo que lo expone. Que nadie diga: Lo explicó como quiso. Si el Señor expusiera una parábola del profeta, cuando él mismo hablaba a través de ellos lo que decían; ¿quién se atrevería a decir que no debe exponerse así? Mucho más, cuando él mismo expuso lo que él mismo propuso, ¿quién se atreve a contradecir la verdad manifiesta? Cuando, por tanto, el Señor exponía esta parábola, dijo, El que siembra la buena semilla es el Hijo del hombre: mostrándose a sí mismo. La buena semilla son los hijos del reino: esa es la Iglesia de los santos. La cizaña son los hijos del maligno. El campo es este mundo (Mat. XIII, 24-30, 36-38). Ya veis, hermanos, que la buena semilla ha sido sembrada por el mundo, y la cizaña ha sido sembrada por el mundo. ¿Acaso en parte trigo, y en parte cizaña? Por todo el trigo, y por toda la cizaña. El campo del Señor es el mundo, no África. No como estas tierras: Getulia produce sesenta o cien, y Numidia produce diez: no es así el campo de Dios. En todas partes se le lleva fruto, y ciento, y sesenta, y treinta: tú solo mira qué quieres ser, si piensas pertenecer al fruto del Señor. Por tanto, la Iglesia de los santos es la Iglesia católica. La Iglesia de los santos no es la Iglesia de los herejes. La Iglesia de los santos es aquella que Dios prefiguró antes de que se viera; y la exhibió para que se viera. La Iglesia de los santos estaba antes en los códices, ahora en las naciones: la Iglesia de los santos antes solo se leía, ahora se lee y se ve. Cuando solo se leía, se creía: ahora se ve, ¡y se contradice! Su alabanza en la iglesia de los santos.

4. [vers. 2.] Alégrese Israel en aquel que lo hizo. ¿Qué es Israel? Viendo a Dios: eso es lo que significa el nombre Israel. Quien ve a Dios, alégrese en aquel por quien fue hecho. ¿Qué es entonces, hermanos? Porque dijimos que pertenecemos a la Iglesia de los santos, ¿acaso ya vemos a Dios? ¿Cómo somos Israel, si no vemos? Hay una cierta visión de este tiempo; habrá otra visión del tiempo futuro: la visión que ahora es, es por la fe; la visión que será, será por la apariencia. Si creemos, vemos; si amamos, vemos. ¿Qué vemos? A Dios. ¿Dónde está ese Dios? Pregunta a Juan: Dios es caridad (I Juan IV, 16). Bendigamos su santo nombre; y alegrémonos en Dios, si nos alegramos en la caridad. Quien tiene caridad, ¿por qué lo enviamos lejos, para que vea a Dios? Mire su conciencia, y allí ve a Dios. Si la caridad no habita allí, Dios no habita allí: pero si la caridad habita allí, Dios habita allí. Quizás quiere verlo sentado en el cielo; tenga caridad, y en él habita como en el cielo. Seamos, pues, Israel, y alegrémonos en aquel que nos hizo: Alégrese Israel en aquel que lo hizo. Alégrese en aquel que lo hizo, no en Arrio, no en Donato, no en Ceciliano; no en Proculiano, no en Agustín: Alégrese en aquel que lo hizo. Nosotros, hermanos, no nos recomendamos a vosotros; sino que os recomendamos a Dios, porque os encomendamos a Dios. ¿Cómo os recomendamos a Dios? Para que lo améis por vuestro bien, no por el suyo: porque por vuestro mal no lo amáis, no por el suyo. Pues Dios no tendrá menos divinidad, si el hombre no tiene caridad hacia él. Tú creces de Dios, no él de ti: y sin embargo, tanto nos amó primero (I Juan IV, 19), antes de que lo amáramos, que envió a su único Hijo a morir por nosotros (Juan III, 16). Quien nos hizo, se hizo entre nosotros. ¿Cómo nos hizo él? Todas las cosas fueron hechas por él, y sin él no se hizo nada. ¿Cómo se hizo entre nosotros? Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (Id. I, 3, 14). Por tanto, él es en quien debemos alegrarnos. Ningún hombre se arrogue las partes de él; de él es la alegría que nos hace felices: Alégrese Israel en aquel que lo hizo.

5. Y los hijos de Sion exulten en su rey. Ese Israel, son los hijos de la Iglesia. Porque Sion fue una ciudad, que cayó: en sus restos habitaban los santos temporalmente; pero la verdadera Sion y la verdadera Jerusalén (porque esa Sion, que es Jerusalén), es eterna en los cielos, que es nuestra madre (Gál. IV, 26). Ella nos engendró, ella es la Iglesia de los santos, ella nos nutrió; en parte peregrina, en gran parte permaneciendo en el cielo. En la parte que permanece en el cielo, es la bienaventuranza de los ángeles: en la parte que peregrina en este siglo, es la esperanza de los justos. De ella se dijo, Gloria a Dios en las alturas: de esta se dijo, Y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad (Luc. II, 14). Quienes en esta vida gimen, y desean esa patria, corran con amor, no con los pies del cuerpo: no busquen naves, sino alas; tomen las dos alas de la caridad. ¿Cuáles son las dos alas de la caridad? El amor a Dios y al prójimo. Peregrinamos, suspiramos, gemimos. Nos llegaron Cartas de nuestra patria, las mismas os las recitamos.

6. Alégrese Israel en aquel que lo hizo, y los hijos de Sion exulten en su rey. Lo que dijo, quien lo hizo; eso dijo, en su rey. Lo que escuchasteis, Israel; eso son, los hijos de Sion: y lo que escuchasteis, en aquel que lo hizo; eso es, en su rey. El Hijo de Dios que nos hizo, se hizo entre nosotros: y nuestro Rey nos gobierna, porque nuestro Creador nos hizo. Él es, sin embargo, por quien fuimos hechos, quien es por quien somos gobernados: y por eso somos cristianos, porque él es Cristo. Cristo se llama así por el crisma, es decir, por la unción. Los reyes eran ungidos (I Reg. X, 1; y XVI, 13) y los sacerdotes (Éxod. XXX, 30): él fue ungido como Rey y Sacerdote. El Rey luchó por nosotros, el Sacerdote se ofreció por nosotros. Cuando luchó por nosotros, fue como si fuera vencido; pero verdaderamente venció. Fue crucificado, y desde su cruz, en la que estaba fijado, mató al diablo: y de ahí nuestro Rey. ¿De dónde el Sacerdote? Porque se ofreció por nosotros. Dad al Sacerdote lo que ha de ofrecer. ¿Qué encontraría el hombre que pudiera dar una víctima pura? ¿Qué víctima? ¿Qué

puede ofrecer puro el pecador? ¡Oh iniquo, oh impío! Todo lo que traigas es impuro, y algo puro debe ser ofrecido por ti. Busca en ti mismo qué ofrecer; no encontrarás. Busca de ti mismo qué ofrecer; no se deleita en carneros, ni en machos cabríos, ni en toros. Todo es suyo, aunque no ofrezcas. Ofrece, pues, un sacrificio puro. Pero eres pecador, eres impío, pero tienes una conciencia manchada. Quizás podrías ofrecer algo puro, purificado; pero para ser purificado, algo debe ser ofrecido por ti. ¿Qué, entonces, vas a ofrecer por ti, para ser purificado? Si estás purificado, podrás ofrecer lo que es puro. Que se ofrezca a sí mismo el sacerdote puro, y purifique. Esto es lo que hizo Cristo. No encontró nada puro en los hombres, que pudiera ofrecer por los hombres; se ofreció a sí mismo como víctima pura. ¡Feliz víctima, verdadera víctima, hostia inmaculada! No ofreció, pues, lo que nosotros le dimos: más bien ofreció lo que tomó de nosotros, y lo ofreció puro. Pues tomó carne de nosotros, eso ofreció. Pero, ¿de dónde la tomó? Del vientre de la virgen María, para ofrecer puro por los impuros. Él mismo Rey, él mismo Sacerdote; en él nos alegremos.

7. [vers. 3.] Alaben su nombre en coro. ¿Y qué significa coro? Muchos conocen el coro; y porque hablamos en la ciudad, casi todos lo conocen. El coro es la concordia de los que cantan. Si cantamos en coro, cantemos concordemente. En el coro de los que cantan, quienquiera que disuene con su voz, ofende al oído y perturba el coro. Si la voz de quien canta inadecuadamente perturba el concierto de los que cantan, ¿cómo perturba la herejía disonante el concierto de los que alaban? El coro de Cristo ya es todo el mundo. El coro de Cristo resuena desde el oriente hasta el occidente. Veamos si el coro de Cristo se extiende tanto. Dice otro salmo: Desde el nacimiento del sol hasta su ocaso, alabad el nombre del Señor (Sal. CXII, 3). Alaben su nombre en coro.

8. En tamboril y salterio cántenle. ¿Por qué toma el tamboril y el salterio? Para que no solo la voz alabe, sino también las obras. Cuando se toma el tamboril y el salterio, las manos concuerdan con la voz. Así también tú, si cuando cantas Aleluya, das pan al hambriento, vistes al desnudo, acoges al peregrino; no solo suena la voz, sino que también la mano concuerda, porque las palabras concuerdan con los hechos. Has tomado el instrumento, y los dedos concuerdan con la lengua. Y el mismo misterio del tamboril y el salterio no debe ser descuidado. En el tamboril se extiende el cuero, en el salterio se extienden las cuerdas: en ambos instrumentos la carne es crucificada. ¡Qué bien tocaba en tamboril y salterio quien decía: Para mí el mundo está crucificado, y yo al mundo (Gál. VI, 14)! El mismo salterio, como tamboril, quiere que lo tomes, quien ama el cántico nuevo, quien te enseña cuando te dice: Quien quiera ser mi discípulo, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame (Mat. XVI, 24). No deje su salterio, no deje su tamboril: extiéndase en el madero, y séquese de la concupiscencia de la carne. Cuanto más tensos estén los nervios, más agudamente suenan. Para que el salterio del apóstol Pablo sonara agudamente, ¿qué dijo? Olvidando lo que queda atrás, extendiéndome a lo que está delante, sigo hacia la meta de la vocación celestial (Filip. III, 13, 14). Él mismo se extendió; Cristo lo tocó, y sonó la dulzura de la verdad. En tamboril y salterio cántenle.

9. [vers. 4.] Porque el Señor ha hecho bien a su pueblo. ¿Qué tan beneficioso, que morir por los impíos? ¿Qué tan beneficioso, que borrar con sangre justa el documento del pecador? ¿Qué tan beneficioso, que decir: No me importa lo que fuisteis; sed lo que no fuisteis? El Señor ha hecho bien a su pueblo, perdonando los pecados, prometiendo la vida eterna. Hace bien al convertir al que se aparta, al ayudar al que lucha, al coronar al que vence: El Señor ha hecho bien a su pueblo. Y exaltará a los mansos en la salvación. Porque también los soberbios son exaltados, pero no en la salvación. Los mansos en la salvación, los soberbios en la muerte: es decir, los soberbios se exaltan a sí mismos, y el Señor los humilla; pero los mansos se humillan a sí mismos, y Dios los exalta. Y exaltará a los mansos en la salvación.

10. [vers. 5, 6.] Exultarán los santos en la gloria. Quiero decir algo; escuchad atentamente sobre la gloria de los santos. Pues no hay nadie que no ame la gloria. Pero la gloria de los necios, esa popular que se dice, tiene el atractivo del engaño, para que, movido por las alabanzas de los hombres vanos, quiera vivir de tal manera que sea alabado por los hombres, de cualquier manera. De aquí los hombres se vuelven insensatos, y llenos de orgullo, vacíos por dentro, hinchados por fuera, incluso quieren perder sus bienes, donando a los escénicos, actores, cazadores, aurigas. ¡Cuánto donan! ¡Cuánto gastan! Derraman fuerzas, no solo del patrimonio, sino también de su alma. Estos desprecian al pobre, porque no clama el pueblo para que el pobre reciba; pero clama el pueblo para que el cazador reciba. Por tanto, donde no se clama por ellos, no quieren dar: donde se clama por los insensatos, se vuelven insensatos; y todos se vuelven insensatos, tanto el que es visto, como el que ve, como el que dona. Esta gloria insensata es reprendida por el Señor, es desaprobada ante los ojos del Omnipotente. Y sin embargo, hermanos míos, Cristo así reprocha a los suyos, y dice: No recibí de vosotros tanto como recibieron los cazadores; y a ellos para que les dierais, de lo mío disteis: pero yo estaba desnudo, y no me vestisteis. Y ellos: ¿Y cuándo te vimos desnudo, y no te vestimos? Y él: Cuando no lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, tampoco a mí lo hicisteis (Mat. XXV, 43-45). Pero quieres vestir a quien te agrada: ¿en qué te desagrada Cristo? Quieres vestir al cazador, a quien quizás, si es vencido, te avergüences: Cristo nunca es vencido; y venció al diablo, y venció por ti, y venció para ti, y venció en ti. No quieres vestir a tal vencedor. ¿Por qué? Porque se clama menos, porque se enloquece menos. Por eso, aquellos que se deleitan en tal gloria, en su conciencia no tienen nada. Así como vacían sus arcas, para enviar vestidos; así vacían su conciencia, para que no tengan nada precioso allí.

11. Pero los santos que exultan en la gloria, ¿cómo exultan? No es necesario que lo digamos nosotros; escuchad el siguiente verso del mismo Salmo: Exultarán los santos en la gloria: se alegrarán en sus lechos. No en los teatros, no en los anfiteatros, no en los circos, no en las tonterías, no en las plazas; sino, en sus lechos. ¿Qué es, en sus lechos? En sus corazones. Escucha al apóstol Pablo exultando en su lecho: Porque esta es nuestra gloria, el testimonio de nuestra conciencia (II Cor. I, 12). Nuevamente, se debe temer que alguien se complazca en sí mismo, y como si fuera soberbio, se gloríe de su conciencia. Pues cada uno debe exultar con temblor (Sal. II, 11); porque es don de Dios aquello por lo que exulta, no mérito suyo. Pues hay muchos que se complacen en sí mismos, y se consideran justos; y procede contra ellos otra página diciendo: ¿Quién se gloriará de tener un corazón puro; o quién se gloriará de estar limpio de pecado (Prov. XX, 9)? Hay, por tanto, un cierto modo de gloriarse en la conciencia, para que sepas que tu fe es sincera, sepas que tu esperanza es cierta, sepas que tu caridad es sin simulación. Pero como todavía hay muchas cosas que pueden ofender los ojos de Dios, alaba a Dios que te ha dado estas cosas; entonces perfeccionará lo que ha dado. Por eso, cuando dijo, Se alegrarán en sus lechos; para que no parezcan complacerse en sí mismos, añadió inmediatamente, Las exultaciones de Dios en sus gargantas. Así se alegrarán en sus lechos, para que no se atribuyan a sí mismos el ser buenos, sino que alaben a aquel de quien recibieron lo que son, de quien son llamados para llegar a lo que aún no son, y de quien esperan la perfección; a quien dan gracias, porque ha comenzado: Las exultaciones de Dios en sus gargantas. Ya veis a los santos, ved su gloria, ved por todo el mundo, ved que las exultaciones de Dios están en sus gargantas.

12. Y espadas de doble filo en sus manos. Se llama espada a lo que comúnmente se denomina "spatha". Hay espadas que son afiladas por un solo lado, esas son las "machaerae". Sin embargo, las espadas de doble filo también se llaman "frameae", "romphaeae" y "spathae". Este tipo de arma, que es afilada por ambos lados, tiene un gran misterio. Las espadas son de

doble filo en sus manos. Entendemos las espadas de doble filo como la palabra del Señor: y es una sola espada; pero se dice que son muchas porque hay muchas bocas y muchas lenguas de los santos. Por lo tanto, la palabra de Dios es una espada de doble filo (Hebreos IV, 12). ¿Por qué de doble filo? Habla de lo temporal, habla de lo eterno. En ambos casos prueba lo que dice, y a quien hiere, lo separa del mundo. ¿No es acaso la espada de la que el Señor dice: No he venido a traer paz a la tierra, sino espada (Mateo X, 34)? Observa cómo viene a separar, cómo viene a dividir. Separa a los santos, separa a los impíos, aparta de ti lo que te impide. El hijo quiere servir a Dios, el padre no quiere: viene la espada, viene la palabra de Dios; divide al hijo del padre. La hija quiere, la madre no quiere; son divididas por la espada. La nuera quiere, la suegra no quiere; venga la espada de doble filo, traiga la promesa de la vida presente y futura, el consuelo de lo temporal, el gozo de lo eterno. He aquí la espada afilada por ambos lados, prometiendo lo temporal y lo eterno. ¿En qué nos ha fallado? ¿No estaba la Iglesia de Dios en todo el mundo? He aquí que está. Antes se leía, y no se veía: ahora, como se lee, así se ve. Todo lo que se nos ha prometido temporalmente pertenece a un lado de la espada: todo lo que es eterno, al otro lado de la espada. Tienes la esperanza de las cosas futuras, tienes el consuelo de las presentes; no te dejes apartar por quien quiera apartarte: sea padre, madre, hermana, esposa, amigo, no te aparte; y la espada de doble filo te será útil. Útilmente te separa, malamente te unes. Vino, pues, nuestro Señor trayendo la espada de doble filo, prometiendo lo eterno, cumpliendo lo temporal. Por eso se dice que hay dos Testamentos. ¿Cuáles eran, entonces, las espadas de doble filo en sus manos? Los dos Testamentos pertenecen a la espada de doble filo: el Antiguo Testamento promete lo terrenal, el Nuevo lo eterno. En ambos, la palabra de Dios se ha encontrado veraz, como una espada de doble filo. ¿Por qué, entonces, en las manos y no en las lenguas? Y espadas de doble filo, dice, en sus manos. En las manos, dijo, en el poder. Recibieron, pues, la palabra de Dios en poder, para decirla donde quisieran, a quien quisieran; no temían el poder, no despreciaban la pobreza. En sus manos tenían la espada, la blandían, la giraban, golpeaban: y todo esto estaba en el poder de los predicadores. Pues si la palabra no está en las manos: no sea que alguien diga, ¿Cómo es la palabra una espada de doble filo, y cómo está en las manos? Si, pues, la palabra no está en las manos, ¿por qué está escrito, La palabra del Señor fue hecha en la mano del profeta Hageo (Hageo I, 1)? ¿Acaso, hermanos, hizo Dios su palabra en los dedos de él? ¿Qué significa, en su mano fue hecha? Se le dio el poder de predicar la palabra del Señor. Finalmente, también podemos entender estas manos de otra manera. Pues quienes hablaron, tuvieron la palabra de Dios en la lengua; quienes escribieron, en las manos: Y espadas de doble filo en sus manos.

13. [vers. 7.] Ya, hermanos, veis a los santos armados; observad las matanzas, observad las gloriosas batallas. Pues si hay emperador, hay soldado; si hay soldado, hay enemigo; si hay guerra, hay victoria. ¿Qué hicieron estos que tienen en sus manos espadas de doble filo? Para ejecutar venganza en las naciones. Ved si no se ha hecho venganza en las naciones. Cada día se hace; esto hacemos también nosotros hablando. Observad cómo han sido abatidas las naciones de Babilonia. A ella se le devuelve el doble: pues así está escrito de ella, Devolvedle el doble, según lo que hizo (Apocalipsis XVIII, 6). ¿Cómo se le devuelve el doble? Los santos combaten, sacan espadas de doble filo; se hacen matanzas, se hacen muertes, separaciones: ¿cómo se le devuelve el doble? Cuando ella podía perseguir a los cristianos, mataba la carne, no rompía a Dios: ahora se le devuelve el doble; y los paganos se extinguen, y los ídolos se rompen. ¿Cómo, dirás, se matan los paganos? ¿Cómo, sino cuando se hacen cristianos? Busco al pagano, no lo encuentro; es cristiano: por lo tanto, el pagano ha muerto. Pues si no se matan, ¿de dónde se dijo a Pedro: Mata y come (Hechos X, 13)? ¿De dónde Saulo mismo fue muerto como perseguidor, y Pablo se levantó como predicador? Busco a Saulo el perseguidor, y no lo encuentro; ha sido muerto. ¿De dónde? De la espada de doble

filo. Pero porque fue muerto en sí mismo, y vivificado en Cristo, por eso dice confiado: Vivo, pero ya no yo; sino que Cristo vive en mí (Gálatas II, 20). Como le sucede a él, así por él. Pues cuando se hizo predicador, él mismo también tomó en sus manos la espada de doble filo, para ejecutar venganza en las naciones. Y para que no pienses que realmente se golpea a los hombres con hierro, se derrama sangre, se hacen heridas en la carne, sigue y explica: Reprensiones en los pueblos. ¿Qué es la reprensión? Corrección. Que salga de vosotros la espada de doble filo, no ceséis; Dios os la dio según vuestra medida. ¿Qué clase de hombre eres, que adoras ídolos? Dile a tu amigo, si aún queda alguien a quien decirle: ¿Qué clase de hombre eres, que dejaste a quien te hizo, y adoras lo que hiciste? Mejor es el artesano que lo que fabrica el artesano. Si te avergüenzas de adorar al artesano, ¿no te avergüenzas de lo que hizo el artesano? Cuando comience a avergonzarse, cuando comience a ser herido, has hecho una herida con la espada; ha llegado al corazón, morirá para vivir: Espadas de doble filo en sus manos, para ejecutar venganza en las naciones, reprensiones en los pueblos.

14. [vers. 8.] Para atar a sus reyes con cadenas, y a sus nobles con grilletes de hierro. Para ejecutar en ellos el juicio escrito. Hemos explicado fácilmente cómo caen por las espadas para levantarse, se separan para reunirse, son heridos para ser sanados, mueren para vivir: pero ¿qué haremos? ¿Cómo explicaremos, Para atar a sus reyes con cadenas? Reyes de las naciones para ser atados con cadenas; y a sus nobles con grilletes, añadió de hierro. Estad atentos, para reconocer lo que ya sabéis. Pues estos versos que hemos comenzado a explicar son oscuros; pero lo que voy a decir de ellos no es nuevo. Ya os es conocido; ahora no necesitáis aprender, sino recordar. Dios quiso poner algunos de sus versos de manera oscura, no para que se extraiga algo nuevo de ellos; sino para que lo que ya era habitual, al ser expuesto lo oscuro, se renueve. Sabemos que los reyes se han hecho cristianos, sabemos que los nobles de las naciones se han hecho cristianos. Hoy en día hay, y ha habido, y habrá; y no cesan las espadas de doble filo en las manos de los santos. ¿Cómo, entonces, entendemos que están atados con cadenas y grilletes de hierro? Sabe vuestra Caridad y erudición (porque habéis sido nutridos en la Iglesia, y soléis escuchar las lecturas divinas), que Dios eligió lo débil del mundo para confundir a lo fuerte; y Dios eligió lo necio del mundo para confundir a los sabios; y lo que no es como si fuera, para que lo que es sea anulado. Pues así dice el Apóstol: Ved vuestra vocación, hermanos, que no muchos sabios según la carne, no muchos poderosos, no muchos nobles; sino que Dios eligió lo necio del mundo, y lo débil del mundo, para confundir a lo fuerte; y Dios eligió lo vil y despreciable, y lo que no es como si fuera, para que lo que es sea anulado (I Corintios I, 26-28). Vino Dios Cristo para beneficiar a todos: pero eligió beneficiar al emperador a través del pescador, no al pescador a través del emperador; y eligió lo que no tenía importancia en el mundo. A ellos los llenó de su Espíritu, les dio espadas de doble filo, les mandó predicar el Evangelio, e ir por todo el mundo (Mateo XXVIII, 19). El mundo rugió, el león se levantó contra el cordero: pero el cordero fue hallado más fuerte que el león. El león fue vencido al enfurecerse, el cordero venció al sufrir. Los corazones de los hombres se volvieron al temor de Cristo; los reyes comenzaron, los nobles comenzaron a ser movidos por los milagros, a ser turbados por el cumplimiento de la profecía, a ver a la humanidad converger en un solo nombre. ¿Y qué harían? Muchos eligieron la ignominia, y dejando sus casas, distribuyendo sus bienes a los pobres, corrieron hacia la perfección. Pues a tal imperfecto se le dice por el Señor: Si quieres ser perfecto, ve, vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres; y ven, sígueme, y tendrás un tesoro en los cielos (Mateo XIX, 21). Muchos de los nobles hicieron esto: pero dejaron de ser nobles de las naciones; eligieron la pobreza en el mundo, la nobleza en Cristo. Pero muchos mantienen esa nobleza, mantienen los poderes reales, y así son cristianos. Ellos son como en cadenas, y como en grilletes de hierro. ¿De dónde esto? Para que no avancen hacia lo ilícito, recibieron cadenas; cadenas de sabiduría, cadenas de la palabra de Dios.

15. ¿Por qué, entonces, grilletes de hierro, y no grilletes de oro? Son de hierro mientras temen; que amen, y serán de oro. Que vuestra Caridad preste atención a lo que digo. Habéis escuchado ahora al apóstol Juan: En el amor no hay temor; sino que el amor perfecto echa fuera el temor, porque el temor lleva consigo castigo (I Juan IV, 18). Este es el grillete de hierro. Y sin embargo, a menos que el hombre comience a temer a Dios, no llegará al amor. El principio de la sabiduría es el temor del Señor (Salmo CX, 10). Comienza, pues, con grilletes de hierro, se termina con un collar de oro. Pues está dicho de la Sabiduría, Y un collar de oro alrededor de tu cuello (Eclesiástico VI, 25). No te pondría un collar de oro, si primero no te hubiera atado con grilletes de hierro. Comenzaste con temor, te perfeccionas en sabiduría. ¿Cuántos hay que por eso no quieren hacer el mal, porque temen las llamas del infierno, porque temen los tormentos? Aún no aman la justicia. Si se les prometiera impunidad, y se les dijera, Haced lo que queráis con seguridad, os será impune; liberarían el avance de sus lujurias en las más perversas: y sobre todo, hermanos míos, sobre todo los reyes y nobles, a quienes no fácilmente se les dice, ¿Qué has hecho? Pues el hombre pobre, aunque no tema a Dios; porque no tiene fuerzas, ni recursos; para que cuando se mueva, no sea llevado al castigo, cesa por temor al hombre, aunque no de Dios. Pero los poderosos del mundo, los reyes, los nobles, si no temen a Dios, ¿qué temerán? Pero se les predica, y son heridos por la espada de doble filo. Se les dice que hay quien pone a unos a la derecha, a otros a la izquierda; para decirles a los que están a la izquierda: Id al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles (Mateo XXV, 33, 41). Aún no aman la justicia, pero temen el castigo; y al temer el castigo, ya han recibido grilletes, y en grilletes de hierro son instruidos. Viene a nosotros un hombre poderoso del mundo; su esposa lo ofende, o tal vez codicia a otra más hermosa, o a otra más rica: quiere dejar a la que tiene, y no lo hace. Escucha al siervo de Dios, escucha al profeta, escucha al apóstol, y no lo hace; escucha a aquel en cuyas manos está la espada de doble filo, No lo harás, no te es lícito, Dios no permite que dejes a tu esposa, excepto por causa de fornicación (Mateo V, 32): escucha esto, teme, y no lo hace. Sus pies ligeros ya avanzaban hacia la caída, son retenidos por grilletes; tiene grilletes de hierro, teme a Dios. Se le dice: Dios te condenará si lo haces; es juez sobre todos, escucha el gemido de tu esposa, serás culpable ante él. Esta concupiscencia le halaga, este castigo le aterra. Iba a consentir en la mala codicia, si no lo retuvieran los grilletes de hierro. Lo que es más, si dice, Ya quiero contenerme, ya no quiero esposa: No puedes. ¿Qué, si tú quieres, y ella no quiere? ¿Acaso por tu continencia debe ella hacerse fornicaria? Si se casa con otro mientras tú vives, será adúltera. Dios no quiere compensar tal daño con tal ganancia. Devuelve el deber; y aunque no exijas, devuelve lo que se debe a la esposa. Temes, no lo haces; tus grilletes se sacuden. Escucha que estás atado con grilletes de hierro: ¿Estás atado a una esposa? No busques la separación (I Corintios VII, 39, 3, 27). Es duro, es de hierro. Pues cuando el Señor dijo esto, mostró que es un grillete de hierro: (jóvenes, escuchad: son grilletes de hierro, no pongáis los pies; cuando los pongáis, seréis más estrechamente atados con grilletes. Tales grilletes os consolidan también las manos de los obispos. ¿Acaso no huyen a la Iglesia los encadenados, y aquí son liberados? Los hombres huyen aquí queriendo dejar a sus esposas; aquí son atados más estrechamente: nadie desata estos grilletes). Lo que Dios ha unido, no lo separe el hombre. Pero son duros los grilletes. ¿Quién no lo sabe? Los mismos Apóstoles lamentaron esa dureza, y dijeron: Si tal es la causa con la esposa, no conviene casarse. Si son grilletes de hierro, no es necesario que se pongan los pies allí. Y el Señor: No todos entienden esta palabra; pero quien pueda entenderla, que la entienda (Mateo XIX, 6, 10, 11). ¿Estás atado a una esposa? No busques la separación; porque estás atado con grilletes de hierro. ¿Estás libre de esposa? No busques esposa (I Corintios VII, 27); no te ates con grilletes de hierro.

16. [vers. 9.] Para ejecutar en ellos el juicio escrito. Este es el juicio que los santos hacen en todas las naciones. ¿Por qué, conscrito? Porque esto fue escrito antes, y ahora se cumple. He aquí que ahora se hace: alguna vez se leía, y no se hacía. Y concluyó así: Esta es la gloria de todos sus santos. Por todo el mundo, por todas las naciones, esto hacen los santos, así se glorifican: así exaltan a Dios en sus gargantas, así se alegran en sus lechos, así se regocijan en su gloria, así se exaltan en la salvación, así cantan un cántico nuevo, así dicen Aleluya, con el corazón, con la boca, con la vida. Amén.

EN EL SALMO CL EXPLICACIÓN.

1. Aunque el orden de los Salmos, que me parece contener el secreto de un gran sacramento, aún no me ha sido revelado; sin embargo, porque todos se cuentan como ciento cincuenta, incluso para nosotros que aún no hemos penetrado con la mente la profundidad de todo su orden, insinúan algo, de lo cual, sin impudicia, podemos discutir cuanto el Señor nos ayude. Primero, el número quince, del cual este se multiplica (pues lo que valen quince en el orden de las unidades, eso valen ciento cincuenta en el orden de las decenas, ya que quince veces diez los hacen; eso valen mil quinientos en el orden de las centenas, ya que quince veces cien son; eso valen quince mil en el orden de los millares, ya que quince veces mil son): el número quince, por tanto, significa la concordia de los dos Testamentos. En aquel se observa el sábado, que significa el descanso (Éxodo XX, 10): en este el día del Señor, que significa la resurrección. El sábado es el séptimo día: el día del Señor, después del séptimo, ¿qué sino el octavo, el mismo que debe considerarse como el primero? Pues también se dice una del sábado (Marcos XVI, 2), para que luego sea el segundo, tercero, cuarto, y así sucesivamente hasta el séptimo sábado. Desde el día del Señor hasta el día del Señor es el octavo día: donde se declara la revelación del Nuevo Testamento, que en el Antiguo estaba cubierto como bajo promesas terrenales. Siete y ocho son quince. Tantos son también los cánticos que se llaman de los grados, porque tantos eran también los grados del templo. Además, el número cincuenta lleva en sí un gran sacramento. Consiste en una semana de semanas, añadiendo uno como el mismo octavo para completar el número cincuenta. Siete veces siete hacen cuarenta y nueve; a los cuales se añade uno, para que sean cincuenta. Este número cincuenta es de tan gran significado, que después de completarse tantos días desde la resurrección del Señor, en el mismo día cincuenta vino sobre aquellos que estaban congregados en Cristo, el Espíritu Santo (Hechos II, 1-4). Este Espíritu Santo se recomienda en las Escrituras especialmente con el número siete, ya sea en Isaías, ya sea en el Apocalipsis (Apocalipsis I, 20); donde se mencionan claramente los siete Espíritus de Dios, debido a la operación septenaria de un mismo Espíritu. Esta operación septenaria se recuerda así por el profeta Isaías: Reposará sobre él el Espíritu de Dios; Espíritu de sabiduría e inteligencia, Espíritu de consejo y fortaleza, Espíritu de ciencia y piedad, Espíritu de temor del Señor (Isaías XI, 2, 3). Este debe entenderse como el temor del Señor casto, que permanece por los siglos de los siglos (Salmo XVIII, 10). Pero el temor servil lo echa fuera la caridad consumada (I Juan IV, 18); y nos hace libres, para que no hagamos obras serviles, que están prohibidas en el sábado. La caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado (Romanos V, 5). De aquí también se recomienda el Espíritu Santo con el número siete. El número cincuenta también se divide en cuarenta y diez por el Señor. Pues en el día cuarenta después de su resurrección ascendió al cielo, y luego, completados diez días, envió al Espíritu Santo: recomendando con el número cuarenta la cohabitación temporal en este mundo. Porque el número cuatro prevalece en cuarenta; el mundo y el año tienen cuatro partes: añadiendo el número diez, como recompensa por la ley cumplida con buenas obras, se figura la misma eternidad. Este número cincuenta lo tiene triplicado el número ciento cincuenta, como si la Trinidad lo hubiera multiplicado. Por lo cual, por esta causa, no

inadecuadamente entendemos que este es el número de los Salmos. Pues también en aquel número de peces que fueron capturados con las redes después de la resurrección, al añadir tres a ciento cincuenta (Juan XXI, 11), parece haberse hecho una advertencia, en cuántas partes debe dividirse este número, para que tenga tres veces cincuenta. Aunque ese número de peces tiene también otra razón mucho más sutil y agradable, que al poner diez y siete en triángulo, es decir, contando todos desde uno hasta diez y siete, se llega al mismo número. En diez se significa la Ley, en siete la Gracia; porque la Ley no se cumple, sino por la caridad derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que se significa con el número siete.

2. Por lo tanto, lo que algunos creyeron que hay cinco libros de todos los Salmos, siguieron aquello, cuantas veces al final del salmo se ha dicho, Sea, sea (Salmo XL, LXXI, LXXXVIII, y CV). Pero cuando quise comprender la razón de esta división, no pude: porque ni siquiera esas cinco partes son iguales entre sí, aunque no en la cantidad de escritura, al menos en el mismo número de Salmos, para que tuvieran treinta cada uno. Y si el final de cada libro es Sea, sea; se puede preguntar con razón por qué el quinto libro, que es el último, no termina con el mismo final. Pero nosotros, siguiendo la autoridad de la Escritura canónica, donde se lee, Porque está escrito en el libro de los Salmos (Hechos I, 20); sabemos que hay un solo libro de los Salmos. Y veo cómo esto es verdad, y aquello, si es verdad, no se opone a esta verdad. Pues puede ser que por alguna costumbre de las letras hebreas se llame un libro, el que consta de varios; como de varias Iglesias consta una Iglesia, y de varios cielos un cielo (Pues no omitió ningún cielo quien dijo, Mi ayuda viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra [Salmo CXX, 2]. Y cuando la Escritura dice, Y llamó Dios al firmamento cielo; y las aguas están sobre el firmamento [Génesis I, 8, 7], esto es, sobre el cielo: no miente sin embargo la misma Escritura diciendo, Y las aguas que están sobre los cielos alaben el nombre del Señor [Salmo CXLVIII, 4, 5]; porque no dijo, sobre el cielo), y una tierra de muchas tierras. Pues también decimos por costumbre diaria el orbe de la tierra, y el orbe de las tierras. Y quien dijo, Está escrito en el libro de los Salmos, aunque la forma de hablar sea tal que parezca haber querido insinuar que es un solo libro; sin embargo, se puede responder que se dijo en el libro de los Salmos, En algún libro de esos cinco: lo cual en el uso del lenguaje es tan poco común o raro, que incluso se persuade que los doce Profetas son un solo libro, porque de manera similar se lee, Como está escrito en el libro de los Profetas (Hechos VII, 42). También hay quienes llaman a todas las Escrituras canónicas un solo libro, porque concuerdan con una unidad muy admirable y divina: y de aquí se dice, En el principio del libro está escrito de mí, para que haga tu voluntad; para que así se entienda que el Padre hizo el mundo por el Hijo, cuya creación es el principio de las Escrituras en el libro del Génesis. O más bien porque parece ser una profecía, no narrando hechos, sino anunciando futuros (pues no dijo, que haya hecho; sino, para que haga, o, para que hiciera tu voluntad); esta sentencia se debe referir a aquello que está escrito en las primeras partes del mismo libro, Serán dos en una sola carne (Génesis II, 24). Lo cual el Apóstol dice que es un gran sacramento, en Cristo y en la Iglesia (Efesios V, 31, 32). Aunque también este libro de los Salmos puede entenderse como significado, donde se dijo, En el principio del libro está escrito de mí, para que haga tu voluntad: pues sigue, Dios mío, quise, y tu ley en medio de mi corazón. Porque de él se toma profetizado en el principio de este libro el mismo primer salmo, Bienaventurado el varón que no anduvo en el consejo de los impíos, ni estuvo en el camino de los pecadores, ni se sentó en la silla de los pestilentes: sino que en la ley del Señor está su voluntad, y en su ley meditará de día y de noche (Salmo I, 1, 2): para que esto sea lo que se dijo, Dios mío, quise, y tu ley en medio de mi corazón. Lo que sigue, Anuncié tu justicia en la gran congregación (Salmo XXXIX, 8-10); se refiere más congruentemente a aquello, Y serán dos en una sola carne.

3. Por lo tanto, ya sea que se entienda aquello, ya sea esto que se dijo, En el principio del libro; este libro de los Salmos por cincuentenas, si se interroga por los mismos artículos de cincuenta, responde algo grande y muy digno de consideración. Pues no me parece en vano que el cincuenta sea de penitencia, el cien de misericordia y juicio, el ciento cincuenta de alabanza a Dios en sus santos. Así tendemos a la vida eterna y bienaventurada, primero condenando nuestros pecados, luego viviendo bien, para que después de condenada la vida mala y llevada la buena, merezcamos la eterna. Según el propósito de su justicia y bondad ocultísima, Dios, a quienes predestinó, a esos también llamó; y a quienes llamó, a esos también justificó; y a quienes justificó, a esos también glorificó (Romanos VIII, 30). Nuestra predestinación no se hizo en nosotros, sino en lo oculto ante él, en su presciencia. Las tres restantes se hacen en nosotros, vocación, justificación, glorificación. Somos llamados por la predicación de la penitencia: pues así comenzó el Señor a evangelizar, Haced penitencia; porque el reino de los cielos se ha acercado (Mateo III, 2; y IV, 17). Somos justificados en la vocación de misericordia, y en el temor del juicio: de aquí es que se dice, Dios, en tu nombre sálvame, y en tu poder júzgame (Salmo LIII, 3). No teme ser juzgado, quien ha obtenido antes ser salvado. Llamados, renunciamos al diablo por la penitencia, para no permanecer bajo su yugo: justificados, somos sanados por la misericordia para no temer el juicio: glorificados, pasamos a la vida eterna, donde alabamos a Dios sin fin. A esto creo que se refiere lo que el Señor dijo: He aquí que expulso demonios, y realizo sanidades hoy y mañana, y al tercer día soy consumado (Lucas XIII, 32). Lo cual también mostró en el triduo de su pasión, dormición y vigilia. Pues fue crucificado, sepultado y resucitó. En la cruz triunfó sobre los principados y potestades, en el sepulcro reposó, en la resurrección exultó. La penitencia aflige, la justicia tranquiliza, la vida eterna glorifica. La voz de la penitencia es: Ten piedad de mí, Dios, según tu gran misericordia; y según la multitud de tus misericordias borra mi iniquidad. Esta ofrece sacrificio a Dios, espíritu contrito, corazón contrito y humillado (Salmo L, 3, 19). La voz de la justicia de Cristo es en sus elegidos: Cantaré misericordia y juicio a ti, Señor; cantaré, y entenderé en el camino inmaculado, cuando vengas a mí. Pues por la misericordia somos ayudados para hacer justicia, para que seguros lleguemos al juicio; donde serán destruidos de la ciudad del Señor todos los que obran iniquidad (Salmo C, 1, 2, 8). Con este verso se concluye este salmo, la voz de la vida eterna.

4. [vers. 1, 2.] Alabad al Señor en sus santos: ciertamente en aquellos a quienes ha glorificado. Alabadle en el firmamento de su poder. Alabadle en sus virtudes; o, como otros han interpretado, en sus potestades. Alabadle según la multitud de su grandeza. Todos estos son sus santos; como dice el Apóstol: Para que seamos justicia de Dios en él (II Corintios V, 21). Si, por tanto, la justicia de Dios que hizo en ellos, ¿por qué no también la virtud de Dios que hizo en ellos, para que resucitaran de los muertos? Pues en la resurrección de Cristo se recomienda especialmente la virtud; porque en la pasión hubo debilidad, diciendo el Apóstol, Aunque fue crucificado por debilidad, pero vive por el poder de Dios (II Corintios XIII, 4): y en otro lugar, Para conocerle, dice, y el poder de su resurrección (Filipenses III, 10). Muy bien dijo, En el firmamento de su poder. Pues es firmamento de poder, porque ya no morirá, y la muerte no tendrá más dominio sobre él (Romanos VI, 9). ¿Por qué no también se llamen potestades de Dios, los que hizo en ellos? Más bien, ellos mismos sean sus potestades; como se dijo, Nosotros somos justicia de Dios en él. Pues ¿qué más poderoso, que reinar eternamente, con todos los enemigos puestos bajo los pies? ¿Por qué no sean también ellos la multitud de su grandeza? No por la cual él es grande, sino por la cual los hizo grandes, tan numerosos, esto es, miles de miles. Así como se entiende de otra manera la justicia por la cual él es justo; antes que la que hace en nosotros, para que seamos su justicia.

5. Los mismos santos están significados en todos los instrumentos musicales que siguen, para alabar a Dios. Pues lo que propuso diciendo, Alabad al Señor en sus santos, ¿a quiénes dijo esto, sino a ellos mismos? ¿Y en qué para que alaben a Dios, sino en sí mismos? Pues vosotros, sus santos, dice, sois su poder, pero el que hizo en vosotros; y sus potestades, y la multitud de su grandeza, que hizo y mostró en vosotros. Vosotros sois trompeta, salterio, cítara, tamboril, coro, cuerdas, y órgano, y címbalos de júbilo bien sonantes, porque sonantes juntos. Vosotros sois todo esto, no se piense aquí nada vil, nada transitorio, nada lúdico. Y porque pensar según la carne es muerte, Todo espíritu alabe al Señor.

SAN AGUSTÍN DE HIPONA (como se tiene en las ediciones de Er. y Lov. al final de este tomo) ORACIÓN, Que solía decir después de cada sermón y tratado.

Convertidos al Señor Dios Padre omnipotente, con corazón puro, en cuanto puede nuestra pequeñez, démosle las máximas y verdaderas gracias: rogando con todo el ánimo su singular mansedumbre, para que se digne escuchar nuestras oraciones en su beneplácito; también expulse al enemigo de nuestros actos y pensamientos con su poder, nos multiplique la fe, gobierne la mente, conceda pensamientos espirituales, y nos conduzca a su bienaventuranza: por Jesucristo su Hijo nuestro Señor, que con él vive y reina en la unidad del Espíritu Santo Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

EN EL SALMO XIV COMENTARIO, (G,S)*

Encontrado en tres manuscritos del Vaticano, del Rey y otro del convento de los Dominicos de Clermont, justo antes de la otra exposición del mismo Salmo que tienes en su lugar: y en gran parte insertado en el comentario sobre los Salmos publicado bajo el nombre de Jerónimo.

1. [vers. 1.] Oportunamente se ha leído el salmo catorce; y según el orden ha sucedido de tal manera, que parece haber sido leído casi de manera intencionada. Según el orden se ha leído el Salmo, y creo que ha sido hecho por disposición de Dios para que lo que os era provechoso, hoy se recitara en el orden de exponer. Se ha leído el salmo catorce, que se titula Salmo de David. Pero nuestro David es Cristo, como hemos dicho a menudo. Luego leímos en el Éxodo, que el cordero debe ser inmolado el día catorce (Éxodo XII, 5, 6); se inmola el día catorce, cuando la luna está llena, cuando no le falta nada de luz: ved, pues, que Cristo no se inmola sino en plena y perfecta luz. Por lo tanto, ya que el cordero debe ser inmolado el día catorce para vosotros, ahora el Profeta se maravilla, e interroga, y dice:

2. Señor, ¿quién habitará en tu tabernáculo? Vosotros que deseáis habitar en el tabernáculo del Señor, escuchad lo que se dice. ¿Quién habitará en tu tabernáculo? ¿o quién descansará en tu monte santo? No primero en el monte y después en el tabernáculo; sino primero en el tabernáculo, y así en el monte. El tabernáculo no es una casa firme, el tabernáculo no tiene cimientos; sino que se traslada de un lugar a otro, y migra con el que migra. Por eso se dice, παροικία, no habitación. Señor, ¿quién morará en tu tabernáculo? Porque es un tabernáculo, por eso se dice παροικία. Veamos entonces qué es el tabernáculo, qué es el monte: ya que el tabernáculo no tiene cimientos, sino que es una casa incierta; pero los montes tienen cimientos firmes; el tabernáculo me parece ser la Iglesia de este mundo. Ahora las Iglesias que veis son tabernáculos; pues no permanecemos aquí habitando, sino que hemos de migrar a otro lugar. Pues si pasa la figura de este mundo (I Cor. VII, 31), y se dice en otro lugar, Porque el cielo y la tierra pasarán (Mat. XXIV, 35): ¿cuánto más las piedras de las Iglesias que vemos? Ahora, por tanto, las Iglesias se llaman tabernáculos, porque hemos de migrar de

estos al monte santo de Dios. ¿Cuál es este monte santo del Señor? Dice Ezequiel contra el príncipe de Tiro: Has sido herido, dice, desde el monte del Señor. ¿Y quién descansará en tu monte santo (Ezequiel XXVIII, 16, según LXX)? Porque, por tanto, hemos de migrar de los tabernáculos a los montes; debemos aprender quiénes son aquellos que han de migrar al monte santo de Dios.

3. [vers. 2.] Lo que dijo, ¿Quién habitará en tu tabernáculo? ¿o quién descansará en tu monte santo? es de quien pregunta. Lo que, por tanto, preguntó el Profeta, ahora responde el Espíritu Santo: ¿y qué le dice? ¿Quieres saber, oh Profeta, quieres saber quién habitará en mi tabernáculo, o quién descansará en mi monte santo? Escucha lo que sigue: si haces estas cosas que siguen, habitarás en mi monte santo. Vosotros, por tanto, que deseáis habitar en el tabernáculo, y ascender al monte santo de Dios, no es necesario que escuchéis mis palabras: escuchad lo que el Señor respondió al Profeta; haced esto que el Señor mandó, y ascenderéis al monte santo del Señor. El que entra sin mancha, y obra justicia. Por eso se dice también en el salmo ciento dieciocho, Bienaventurados los inmaculados en el camino (Sal. CXVIII, 1): inmediatamente al principio se dice, Bienaventurados los inmaculados en el camino. Como allí se dice, inmaculados en el camino; así también aquí se dice, El que entra sin mancha. El que entra, está en el camino. El que entra sin mancha. Ved lo que se ordena: no dijo, El que llega al final sin mancha; sino, El que aún está en el camino, y no tiene mancha. Alguien podría decir: No tengo mancha, no he hecho mal. No nos basta con no hacer el mal, a menos que también hagamos el bien. Finalmente sigue: Y obra justicia. No dijo, obra castidad; no dijo, obra sabiduría, obra fortaleza. Y estas virtudes ciertamente son óptimas. Por ejemplo, la sabiduría nos beneficia, para que seamos instruidos en las persecuciones; la fortaleza nos beneficia, para que resistamos las persecuciones; luego la templanza y la castidad nos benefician, para que no perdamos nuestras almas. La justicia sola es una gran virtud y madre de todas. Que alguien diga: ¿Cómo es la justicia mayor que las demás virtudes? Las demás virtudes deleitan al que las posee; la justicia no deleita al que la posee, sino a los demás. Si soy sabio, la sabiduría me deleita; si soy fuerte, me deleita mi fortaleza; si soy casto, mi castidad es mi alegría: pero la justicia no beneficia al que la tiene, sino a los demás miserables que no la tienen. Haz que un pobre tenga una disputa con mi hermano; haz que mi hermano sea poderoso, y que otro, es decir, ajeno a mí, pobre y miserable, sea oprimido por el poder: ¿qué le beneficia al pobre mi sabiduría? ¿qué le beneficia al pobre mi fortaleza? ¿qué le beneficia al pobre mi castidad? La justicia beneficia, porque no tomo en cuenta la persona de mi hermano, sino que juzgo por la verdad. La justicia no conoce hermano, no conoce madre, no conoce padre; conoce la verdad: no toma en cuenta la persona, imita al Señor. Por eso dijo, Y obra justicia, para que no pareciera haber excluido las demás virtudes. El que se enoja por el alivio de otro, el que no se deleita en las miserias de los demás, ese es justo.

4. [vers. 3.] Digamos también lo demás que sigue. El que habla verdad en su corazón. Muchos hablan verdad en los labios, y no en el corazón, que parecen decir la verdad, pero el corazón no concuerda con los labios. El que no ha hecho engaño con su lengua. Porque lo que ha pensado en su mente, lo ha expresado con palabras. Ni ha hecho mal a su prójimo. Algunos piensan que el prójimo es el hermano, o el vecino, o el pariente, o el consanguíneo. Pero nuestro Señor nos enseña en el Evangelio, en esa parábola donde alguien descendió de Jerusalén a Jericó: el sacerdote pasó, el levita pasó, no tuvo misericordia; el samaritano pasó, y tuvo misericordia. Y después el Señor pregunta, y dice, ¿Quién de estos fue el prójimo? Y enseguida se dice: El que hizo el bien. Y el Señor añade: Id, y haced vosotros lo mismo (Luc. X, 30-37). Por tanto, todos los hombres somos prójimos, y no debemos hacer mal a nadie. Pero si entendemos por prójimos a los hermanos y parientes; entonces nos estaría permitido

hacer mal a los extraños. Pero lejos esté de nosotros creer así: todos los hombres somos prójimos; pues tenemos un solo padre. Y no ha aceptado oprobio contra sus prójimos. Se dice una gran cosa. Nunca, dice, el vecino ha murmurado contra él; nunca, dice, ha encontrado ocasión de difamarlo: esta virtud excede la condición humana, es gracia de Dios.

5. [vers. 4.] El malvado ha sido reducido a nada ante sus ojos. Aunque sea emperador, aunque sea prefecto, aunque sea obispo, aunque sea presbítero (pues en la Iglesia estas son las dignidades), cualquiera que sea malo, ante el santo, es considerado como nada. Y enseguida sigue: Pero a los que temen al Señor glorifica. Este santo que entra sin mancha, que desprecia a los poderosos, porque son malos; si ve a alguien temer a Dios, aunque sea pobre, sin embargo lo glorifica. El que jura a su prójimo, y no engaña. Y aquí debemos entender al prójimo de la misma manera que antes.

6. [vers. 5.] El que no da su dinero a usura. Hay muchas cosas que decir, pero la hora nos excluye. Sin embargo, como anteayer hablamos del principio de estas cosas, y con la ayuda de Dios salisteis de Caldea con Abraham (Gen. XI, 31), y recordáis lo que dijimos, cómo salisteis de Caldea, y llegasteis a la tierra de la promesa. Finalmente, también Abraham después de llegar a la tierra de la promesa, aquí y allá había adversarios, los enemigos ocupaban la tierra; vino el Señor, y lo sacó afuera, y lo puso en el monte, y le mostró toda la tierra, y le dijo: Todo esto te daré a ti y a tu descendencia (Id. XIII, 15). A él se lo prometió, a nosotros nos lo dará.

Termina el tratado de Aurelio Agustín, obispo, sobre el Salmo XIV.

Y enseguida en los mismos manuscritos se añade otra exposición del mismo Salmo, que comienza, Sobre este título, etc.